DGCL
A

HISTORIA

DE

FELIPE SEGUNDO

369642

Tit: 55459
c. 1093340

HISTORIA

DE

FELIPE SEGUNDO

POR H. FORNERON

TRADUCIDA POR DON CECILIO NAVARRO

EDICION ILUSTRADA

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

Y 311

JOYA LITERARIA
de
CUSPINERA, TEIX Y C.ª
SANTIAGO
Monjitas, Portal Mac-Clure, n.° 2
VALPARAÍSO, *Victoria, 124*

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

R-58568

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

PRÓLOGO

Los españoles no son extranjeros para nosotros: cualidades de una misma índole en buena y mala parte nos funden al parecer con ellos en una misma raza y unen tan íntimamente nuestros destinos, que se ve á Francia y España alternar en el empeño de defender y esparcir ó dilatar la civilizacion latina.

Nosotros, como los españoles, hemos combatido la barbarie musulmana: si ellos expulsaron de la península el islamismo, nosotros lo atajamos en Poitiers, y si en esta lucha de tantos siglos por la salvacion del mundo antiguo, pueden ellos gloriarse de Don Juan de Austria, nosotros podemos á nuestra vez gloriarnos de San Luis. En América, así como los rudos emigrantes de los tiempos de Cárlos V y Felipe II engrandecieron la cristiandad y prepararon el mundo entero á gozar de los trabajos de la raza superior, los elegantes caballeros de la corte de Luis XVI tomaron parte en la guerra de la independencia y sembraron los gérmenes de la libertad.

Si la guerra es incesante entre Francia y España durante el siglo XVI, no es sino que Francia lucha por su nacionalidad. Sin esta resistencia, que constituye casi toda nuestra historia en aquel tiempo, hubiera llegado Felipe II á la monarquía universal. Habia añadido á las coronas reunidas por su padre, Cárlos V, y por su abuelo Fernando, la de Inglaterra, siquiera por poco tiempo, y la de Portugal, y su reinado de cincuenta años estuvo dotado de una organizacion militar que parecia asegurarle la supremacía, y de una fecundidad literaria que enriquecia á las naciones vecinas. Al mismo tiempo, una escuela de pintores y arquitectos revelaba los recursos del genio nacional; una ciencia sutilísima combinaba los recursos de todo el mundo para vencer las resistencias del patriotismo y domar las fuerzas independientes. Pero la autoridad de los empleados y la ciega resistencia á las necesidades de libertad hubieron de precipitar la decadencia y extenuaron á España de tal manera, que en una sola batalla, en Rocroy, fué aniquilado su vigor militar, cuarenta y cinco años despues de la muerte de Felipe II.

Al lado de Felipe II, contra él, se hacia la libertad invencible en Inglaterra, en Holanda, en Francia, sin poderse dar cuenta de cómo permanecian impotentes en sus manos los tesoros de América, los bajeles de Andalucía, los tercios de Castilla. Como habia visto á su pueblo elevarse fuera de toda proporcion, veíalo caer súbito en irremediable postracion. En su reinado, el poder de España fué llevado á su apogeo y precipitado rápidamente á su ruina. Estas peripecias dejan entrever ó adivinar las misteriosas leyes que dirigen la vida de las naciones.

Los que han emitido juicio acerca de Felipe II, las más de las veces han sufrido la influencia de los odios religiosos ó de los ardores del patriotismo. El uno presenta, *en una corte de hipócritas y frailes, bajo un gobierno de criminales,* á aquel hombre, *que, como los lobos, no podia vivir sino en la oscuridad tenebrosa y fria del Escorial;* el otro, para justificar una sentencia pronunciada y ejecutada por Felipe II, alega la opinion de la época, que reconocia en los príncipes el derecho de omitir las formalidades de justicia, cuando podian cohonestarlo con la razon de Estado, sin tener presente que la conciencia no ha permitido nunca á un hombre ser á la vez acusador,

juez y ejecutor de su adversario (1). En fin, la nacion que encarnó un momento en Felipe II, no gusta de oir juzgar á su príncipe: con recelosa admiracion perdona en él sus propias extravagancias, su ceremoniosa piedad, su silencioso orgullo, su indolente paciencia, disculpa en él ese vicio de temporizacion maniática que aún reprochan á la administracion española los moralistas contemporáneos (2), y no puede llegar á sentir que estén organizadas las cosas de España no siempre de acuerdo con la lógica (3).

Fuera de las preocupaciones y complacencias, el sentimiento histórico parece haberse indicado con verdad por el eminente Cánovas del Castillo, pudiendo decirse segun él: «Nuestros contemporáneos no tienen nada que perder dejando pasar sin cólera, como pasen para siempre, los principios, las pasiones y los actos que han llenado una época heróica.»

(1) D. Gaspar Muro, *La Princesa de Eboli*, pág. 205: «Se reconocia al rey la facultad de castigar á sus súbditos complicados en causas de Estado, prescindiendo de las formalidades judiciales establecidas para los casos ordinarios: no es posible censurarle...»

(2) M. J. de Larra. Artículos de costumbres: *Vuelva V. mañana.*

(3) M. J. de Larra, *En este país:* «Esta es la frase que todos repetimos á porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos choque en mal sentido. Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla...»

PARTE PRIMERA

España y Europa en los primeros años del reinado

CAPITULO PRIMERO

JUVENTUD DE FELIPE II – 1527-1563

NACIMIENTO DE FELIPE.— PRIMER MATRIMONIO.— PRIMER VIAJE Á FLANDES

I.—Nacimiento de Felipe

Cárlos V veia crecer su fortuna: acababa de salir de sus manos el rey de Francia prometiéndole la Borgoña; los luteranos de Alemania aún no ponian en duda al parecer los derechos de su corona; sus ejércitos cruzaban á Italia sin encontrar enemigos. Sólo el Padre Santo se atrevia á hacer frente al emperador victorioso y se declaraba dispuesto á tomar una pica para defender su ciudad, *como si fuera un soldado* (1). Indignado de esta resistencia, exclamaba Cárlos V: No puedo yo tratarlo como papa; no, á pesar de cuantas excomuniones pueda imaginar (2). Y escribia al condestable de Borbon, cuya marcha sobre Roma sabia: No sé en verdad lo que habeis hecho con el papa desde vuestra entrada en Roma; espero que os tendreis en cuidado de que el papa se tome la molestia de venir por aquí (3).

Con esto, premeditado ó previsto, el golpe resonó de súbito: Roma fué tomada al asalto por el ejército de César (4); el papa *apénas tuvo el tiempo de decir tres credos* para huir del Vaticano y fué perseguido á arcabuzazos hasta el castillo de *Sant Angelo* donde fué cercado; los vencedores prolongaron el saqueo por espacio de ocho dias, convirtiendo en caballerizas y en salas de festin las más veneradas basílicas, arrojando al suelo las reliquias, arrastrando por

(1) Ms. Bibl. nac. ranc. 2984, 1.° 75, Nicolás Raince en Montmorency, del 30 de setiembre de 1526.

(2) Ms. Rec. of. 3,051 Lee and Ghinucci to Wolsey, 17 abril de 1527 (Foreign Henri VIII).

(3) Carta citada por Mignet, Rivalidad entre Francisco I y Cárlos V, tom. II, pág. 351.

(4) Coleccion de documentos inéditos para la historia de España, tom. VII, pág. 449: *Ejército Cesáreo.*

las calles á las religiosas cautivas (1), despojando á los cardenales sin dejarles siquiera una camisa (2) y apaleándolos. Los tercios habian perdido la disciplina, pero conservaban sus instintos propios: los españoles daban muerte á los que defendian las casas y buscaban las comunidades de religiosas; los alemanes buscaban las cajitas de plata y los despojos de las cajas rotas y se adornaban grotesca y alegremente con capas pluviales y casullas.

A la misma hora en que la noticia de esta impía victoria y de estos inauditos sacrilegios

Cárlos V

llegaba á conocimiento de Cárlos V, Isabel de Portugal su esposa, daba á luz al príncipe Felipe en el antiguo palacio real de Valladolid, el 21 de mayo de 1527 (3). De este modo nacia el que tiempo adelante habia de aspirar á ser cabeza de los católicos en el momento en que su propio padre consumaba el atentado más cruel que jamás haya sufrido la Iglesia.

(1) *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España.* Tomo VII, p. 449. «Pasando el papa por el muro ya tiraban sus arcabuces cuando pasaba, de tal manera que casi por espacio de cuanto se dijeran tres credos ó poco más, dejaron de tomarle su palacio... y por las calles dando alaridos las monjas presas y maltratadas... y las reliquias por el suelo sin poderse conocer.»

(2) Ibid. tom. XIII pág. 515. El fragmento publicado en el tomo XIII es continuacion del del tomo VII. Las indicaciones tomadas de los 70 volúm. de esta coleccion de documentos inéditos llevarán en las páginas siguientes la mencion *Doc. inéd.*

(3) El saqueo de Roma duró del 6 al 14 de mayo de 1527.

Triste y destinada á morir jóven, como todas las reinas de España, la emperatriz Isabel se rodeó con su hijo de un severo ceremonial. Vivia recluida en medio de algunas damas sentadas á media luz, las cuales no hablaban palabra, y consagraban largas horas á la oracion (1). Exigia que su hijo estuviese rodeado de todos los respetos debidos al heredero *del mayor emperador que hubiera habido entre los cristianos* (2). Tan rigurosa etiqueta convenia poco al parecer á la salud del príncipe, que ya desde los primeros meses comenzó á tener enfermedades eruptivas (3),

Felipe II

y quedando enclenque y melancólico, fué sometido á una educacion formalista y pedante que no le enseñó ninguna de las lenguas de sus súbditos (4). A la edad de doce años perdió á su madre.

(1) Florez. Memorias de las Reinas Católicas. Madrid, 1770.

(2) *Rel. Venec.* Michele Soriano: «Per la voluntá della madre fu allevato con quel rispetto che parea convenirsi ad un figliuolo del maggior imperatore che fosse mai fra christiani.» Sabido es que Castilla se unió á Aragon por el matrimonio de Fernando é Isabel; que estos reyes conquistaron los reinos de Navarra, Granada y Nápoles, y que casaron á su heredera con Felipe el Hermoso, soberano de los Países Bajos y del condado de Borgoña. El hijo de Felipe, Cárlos V, añadió á estas posesiones el Milanesado, parte de la Toscana, muchas provincias de Africa, toda la América y la corona imperial.

(3) Ms. Rec. ot 152, Navagero to the Signory, 19 ag. 1527. (Venetian *papers.*)

(4) Doc. inéd. tom. LI, pág. 127. Sepúlveda á Su Alteza, 23 de setiembre, de 1549.

De aquella severa infancia ningun recuerdo tierno le quedó. La emperatriz carecia de sensibilidad hasta el punto de que, teniendo á su cuidado, como en rehenes, á los hijos de Francisco I, se preocupaba únicamente de la mala opinion que formarian los extranjeros si veian á aquellos pobres niños mal vestidos ó poco alimentados. No quiero que los visitantes franceses, decia, los encuentren en mal estado ni que echen de ver que lo que se hace por ellos es debido á este escrúpulo (1). El príncipe Felipe conoció poco á su padre Cárlos V. El grande emperador se creyó obligado á asistir á las exequias de su esposa, á quien habia tenido bastante olvidada: pudo entónces apreciar el frio juicio y la precocidad de su hijo, pero prolongó poco su estancia á su lado, prefiriendo á la rigidez de su corte española las fiestas de sus palacios de Brabante y del Milanesado, y sobre todo, las de Fontainebleau, donde cuando se presentó, «el rey su buen hermano le quiso dar un banquete completo y le hizo servir una honesta y bella dama de la corte para su regalado gusto (2).

Ocupábase ya en casar á su hijo con una princesa de doce años como él, la heredera de Navarra «para ver de pacificar y extinguir la querella de Navarra, y con esto poner en reposo de conciencia á nos y á nuestro hijo (3).» Sin duda pensaba ménos en su conciencia que en la ventaja de hacer valer los derechos de la princesa de Navarra Juana de Albret á la soberanía del Bearne, poniendo así el pié sobre nuestras provincias meridionales. Así lo comprendió Francisco I, el cual se dió buena prisa en casar á la princesa con el duque de Cleves, mal que le pesara á ella, á quien no le era nada simpático este pretendiente aleman. Sabido es como declaró Juana de Albret que habia dado su consentimiento por coaccion, hizo anular este matrimonio y lo contrajo despues con Antonio de Borbon (4).

Cárlos V vió por segunda vez á su hijo, dos años despues de la muerte de Isabel, de vuelta de su malhadada expedicion á Argel. Habeis sido vencido por la tempestad y no por los enemigos, hubo de escribir Felipe á su padre al tener noticia de su regreso (5). Es la sentencia que lo consolará á él mismo cuarenta y siete años más tarde, cuando sepa él tambien lo que son reveses de fortuna (6).

(1) Doc. inéd. tom. II, pág. 238.

(2) Brantome, *el Duque de Alba*, pág. 27.

(3) Papeles de Estado del cardenal Granvela, tom. II, pág. 556. Cárlos V á Felipe, 5 de noviembre de 1539. Juana de Albret tenia cinco meses más que Felipe II.

(4) Ibid. t. II, pág. 552, 562. Véase tambien el baron de Ruble, el *Casamiento de Juana de Albret*, pág. 113. El casamiento es del 14 de unio de 1540, anulado por el papa el 12 de octubre de 1545.

(5) Cabrera, tom. I, pág. 6. Esta alusion á los desastres del reinado de Felipe en sus últimos tiempos es tan precisa que puede temerse que aquella célebre carta fué inventada por el cronista Cabrera, el primero que la cita.

(6) Sobre los vínculos genealógicos que enlazaron las coronas de Fernando y de Isabel la Católica á la casa de Austria, y sobre los misteriosos dramas de esta extraña familia, véanse los apéndices B y C al final del volúmen.

II.—Primer matrimonio de Felipe

La fortuna de Cárlos V parecia ir declinando, cuando fué asociado Felipe á los cuidados de su padre, como regente del reino, teniendo apénas quince años. La situacion económica, sobre todo, parecia desesperada, y el emperador pensó en allegar recursos proyectando un enlace con la familia reinante en Portugal. Ya en lo más recio de su lucha con Francia se habia él casado con Isabel de Portugal para pagar sus lansquenetes con la dote de esta princesa, que montaba á novecientos mil escudos de oro; y en esta segunda época de su penuria pidió otra dote á Portugal proponiendo el matrimonio de su hijo Felipe con la hija del rey Juan III, que estaba casado con una hermana de Cárlos V y no se creia obligado, como su cuñado, á disipar las riquezas traidas de América para mantener gente de guerra en toda Europa.

La princesa María de Portugal era alegre y viva de genio y un tanto gruesa (7), siquier sólo tenia diez y seis años como Felipe (8). Felipe apénas más alto que ella (9) se mantenia derecho, *sin perder una pulgada de su estatura;* tenia amarillo el pelo (10), ancha la frente, azules y vivos los ojos y la barba saliente (11). A pesar de su precoz gravedad, hubo de revelar cierta impaciencia por conocer á su futura esposa y corrió á caballo con el duque de Alba y algunos favoritos á reunirse con la escolta que la traia, ocultándose en el lugar de Aldea Nueva del Campo. «La princesa estaba aquel dia muy agraciada con su vestido de terciopelo carmesí,

(7) Sandoval. «Antes gorda que delgada, muy buena en el rostro y donayre en la risa.»

(8) Sandoval dice que tenia cuatro meses más que él; Leti, lib. VII, pág. 142, que habian nacido el mismodia; Cabrera, tom. I.°, que tenia ella cinco meses ménos: el P. Anselmo confirma esta opinion dando por fecha de su nacimiento el 15 de octubre de 1527: la del casamiento es del 13 de mayo de 1543; la princesa murió el 12 de julio de 1545.

(9) Rel. Venec. Marino Cavallo: «Statura minore che mediocre.» Michele Soriano: «Piccola di persona.»

(10) Relacion del embajador inglés John Elder, citado por Froude. Hist. of England, tom. VI, cap. 33: «As he loseth no inch of his height, vith a yellow headaand yellow heard.»

(11) Rel. Venec. Badoaro.

su manto castellano y su toca blanca adornada de plumas (1).» Venia acompañada de catorce damas de honor y un enano *monstruosamente pequeño.* Suntuosas fiestas solemnizaron el casamiento del «heredero del mundo, la esperanza del siglo (2);» los cortesanos tomaron parte en las lidias de toros, y el duque de Alba rodó por tierra con su caballo (3).

El contraste entre esta ruidosa alegría y el triste destino de esta union inspira interés hácia esta princesa acogida tan jubilosamente: los súbditos esparcidos más allá de los mares, cuya soberana debia ser María de Portugal, no bien supieron el matrimonio cuando ya habia muerto: pasó por la juventud de Felipe como una aparicion, presto olvidada: dejó para padecer despues de ella y morir en sus más floridos años, á su hijo el príncipe D. Cárlos.

Felipe consagró á su dolor tres semanas de retiro en el monasterio de Abrojo; pero á pesar de esta manifestacion oficial, bien puede dudarse de que sintiera una emocion muy profunda, si es cierto que sus relaciones con Isabel Osorio estaban ya sancionadas por una cédula de esposa legítima dada por él á esta dama española, como publicó el príncipe de Orange en una acusacion que nunca se ha desmentido. «Así que en el tiempo en que fingia casarse con la infanta de Portugal, madre de D. Cárlos, estaba ya unido con D.ª Isabela Osorio, de la cual tuvo tambien dos ó tres hijos, el primero llamado don Pedro, y el segundo D. Bernardino (4).» Cualquiera que sea la época de esta cédula de esposa, dada á Isabel para poner á cubierto su honor (5), hubieron de prolongarse sus relaciones muchos años (6) sin que Felipe se abstuviera de contraer otras. Era conocido como muy arrebatado en su pasion al bello sexo (7) y como extraordinariamente ligero en lo de rebuscar este comercio (8). Pero no abandonó jamás, ni en lo más recio de esta efervescencia, el placer que hallaba en el trabajo administrativo y en el sostenimiento de copiosa correspondencia.

Cifraba mucho cuidado en escribir con la mayor cortesía al rey de Francia, Francisco I A pesar de sus reveses, de su versatilidad y mala fe, Francisco I era tenido por el primer príncipe de Europa. A una reclamacion para que se restituyera un navío apresado por cruceros españoles, contestó Felipe que ya habia recomendado dar satisfaccion á Francisco I, y que si el asunto hubiera dependido únicamente de su voluntad, habria recaido ya una solucion satisfactoria (9). Con todo eso, tuvo buen cuidado de no pasar por Francia cuando fué llamado por su padre para presentarlo á los flamencos.

III.—Primer viaje á Flandes

Felipe fué conducido á Génova por la flota de Doria, recibió á su paso por la Lombardía los homenajes de los soberanos de Italia; fué cabalgando al Tirol, á Baviera, á la Alsacia, y llegó en fin á Flandes, fatigado y más que todo importunado por las arengas, reclamaciones y súplicas, á que daba contestacion estudiada en algunas palabras tan vagas como frias; muchas ciudades de Alemania le hicieron más hábilmente los honores enviándole como agasajo de norabuena algunos sacos de moneda. Al parecer no hubo de agradar el príncipe á ninguna de las poblaciones por donde pasaba: no hablaba más lengua que la castellana, ni sabia, como su padre, atraerse con una palabra graciosa ó una sonrisa benévola el corazon de los personajes que tenian influencia en las provincias. En Bruselas pudo al fin ver á sus anchas á Cárlos V y recoger de sus labios los hondos secretos de una depravacion penosamente adquirida. Encerrábase con él todos los dias y estábase allí espacio de muchas horas escuchándolo, interrogándole, tomando apuntes (10). El emperador derramaba los tesoros de su experiencia, enseñábalo á con-

(1) Doc. inéd. tom. III, pág. 396.

(2) «Orbis terrarum futurus hæres, sæculi spes.» Documento citado por Mignet, Cárlos V. su abdicacion, pág. 35.

(3) Doc. inéd. tom. III, pág. 409.

(4) *Apología ó defensa del príncipe de Orange contra el edicto publicado por el rey de España.* Delft 3 de febrero de 1581. Isabel Osorio era hermana del marqués de Astorga. Véase tambien á Martha Freer, *Elisabeth de Valois, queen of Spain.* tom. 1.º, pág. 23.

(5) Benito Maestre, noticia á la edicion de *El lazarillo de Tormes.* Madrid, 1844. «Para poner á cubierto su honra le dió cédula de esposa.»

(6) Algunos hijos habian nacido en Inglaterra, si nos atenemos á algunas cartas particulares de la época, que ha leido, pero que no cita D. Pascual Gayangos, prólogo al *Viaje de Felipe II á Inglaterra,* pág. 28.

(7) Rel. Venec. Badoaro «Nelli piaceri delle donne è incontinente.»

(8) Ibid. Tiepolo: «Ma più di tutto le donne delle quali mirabilmente si diletta.» Soranzo: «Molto ama le donne con le quali spesso si trattiene.»

(9) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 2,996, 1.º 11. Felipe II al rey de Francia. 13 de diciembre de 1546. «Cristianísimo, muy alto y muy poderoso rey de Francia, mi muy caro y muy amado tio. Vuestra carta de 26 septiembre recibí sobre la restitucion de un navío que traya á cargo el capitan Rostain. Y como siempre mi inclinacion ha sido de enderezar todo lo que he visto convenir para conservar la amistad y buena vezindad que ay entre estos reyes, he tornado á mandar que se determine con toda la brevedad posible con muy gran voluntad de satisfazeros. Y que si solo dependiera de mi voluntad, que es la que se deve al amor, y deudo que entre nosotros ay, y no estuviera en términos de justicia, se hubiera hecho la provision con la misma brevedad que decis. *Yo el príncipe.*»

(10) Rel. venec. Marino Cavallo: «Facendolo andare l'imperatore ogni giorno per due o tre ore nella sua camera per amaestrarlo de solo a solo.»

ciliar la superchería con los escrúpulos de la conciencia y le indicaba los desconocidos resortes que movian á tantos hombres bajo su mano. Pacientes ambos á dos en el trabajo y satisfechos de sus coloquios, el padre y el hijo tenian tambien las mismas aficiones en cuanto á los pasatiempos de la galantería. Así, el emperador condujo al palacio de su hermana, la reina de Hungría, á su hijo Felipe, el cual *fué regalado con un banquete servido por veinticuatro damas en traje de ninfas y diosas pastoriles* (1). Probablemente en estos festejos conoceria Felipe á Catalina Lainez. Más tarde casó á esta dama, despues de haber encerrado en un convento de Toledo á la hija que habia tenido de estas relaciones poco gratas á Isabel Osorio (2).

Ménos complacido estuvo ya Felipe en Alemania, encerrándose en una altiva reserva,

Francisco I de Francia.—Medallon de bronce dorado acuñado en el siglo XVI (Coleccion del conde de Reiset)

cuando su padre lo presentó á los electores como futuro candidato á la corona imperial. Los groseros juegos de los señores alemanes no podian ser del gusto de un príncipe que no sabia romper una lanza ni recibir el choque de un adversario sin vacilar en su silla. En el torneo de Augsburgo «el príncipe de España se portó peor que todos, sin poder nunca romper una lanza» (3). Sobre esto, Felipe no bebia cerveza, no se embriagaba jamás, ni comprendia el encanto de diversiones como la siguiente: «Habiendo allí gran número de príncipes y grandes señores de Alemania, hubieron de reunirse en la posada principal, y despues de apagar uno de ellos las luces, batiéronse á golpe de ciego con los escabeles. Cuando terminó este combate, resultó que un príncipe tenia un brazo roto, una pierna otro, y los que mejor libraron salieron con horribles contusiones» (4). El príncipe de España era de una raza delicada y noble, y no juzgará completamente á los alemanes en toda su inferioridad moral hasta verlos manos á la obra en el pillaje de San Quintin, algunos años despues. Pero desde aquella época, no disimulaba la impresion que le causaba el contraste entre aquellos hombres rudos y los españoles en medio de los cuales se habia educado. Sólo se le oia elogiar á España y á los españoles (5): no era estrechez de orgullo nacional, sino sim-

(1) Juan de Vandenesse, *Viajes*, fragmento publicado por Lesbroussart sobre el manuscrito de Besanzon.

(2) Leti, lib. IX, pág. 186, y lib. X, pág. 225. Rel. venec. Giov. Soranzo. «Ha avuto con una giovane de Brussele una figliuola, la quale fa nutrire in quei paesi molto secretamente.» El marido de la Lainez se llamaba Antonio de Casores.

(3) Ms. Bibl. nac. Briena. vol. 89, f.° 196.

(4) Du Maurier, Memorias.

(5) Sepúlveda, tom. II, pág. 401 «Nec aliud quam Hispaniam loquebatur.» Rel. venec. Michele Soriano: «A Tedeschi odioso.»

ple sentimiento de la superioridad de raza; porque muy luégo va á verse en presencia de los ingleses y sabrá apreciar sus cualidades, procurar su estimacion, y comprender el mérito de este pueblo, tan diferente de los pueblos meridionales. Con esto hízose luégo al punto odioso á los alemanes, que se sintieron menospreciados. Obligado Cárlos V á renunciar á su proyecto de asegurarle la sucesion á la corona imperial, la mantuvo á lo ménos en su familia en provecho de su hermano Fernando. Poco despues del regreso de Felipe á España (1) no tardó mucho en verse sometido á una nueva humillacion. Hostigado por los príncipes alemanes, tuvo que poner en libertad á los que habia encarcelado y autorizar el ejercicio del culto luterano. Para recobrar su autoridad imaginó azuzar á los alemanes contra Francia. El estímulo del saqueo en un país laborioso y rico, los sedujo y cayeron sobre Metz. Despues de haber visto desbaratarse el gigantesco ejército que habia de invadir nuestro país, Cárlos V, vencido, busca aliados, dinero, ejércitos. Un embajador lo pinta en aquella época (2) presentando «un semblante resuelto á no descubrir las emociones del corazon: nada habla en él sino la lengua. Lo he visto sentado á una mesa sin tapete, en la cual sólo habia un reloj, sus anteojos y su mondadientes; tenia el labio inferior hinchado y cubierto con una hoja de hiedra ungida de ungüento; y su pronunciacion era todavía más confusa que de ordinario. Verdaderamente pocos hombres han estado nunca tan bien armados como él contra las perfidias de la fortuna; pero el desastre ha sido harto completo: su rostro está muerto, su mano flaca y descolorida.»

El emperador acechaba la tercera dote de Portugal para rehacer su hacienda y solicitaba para Felipe otra princesa que debia aportar un millon de escudos de oro (3). Este proyecto fué abandonado de pronto á la noticia de la muerte de Eduardo VI, rey de Inglaterra. Tuvo que prepararse Felipe para el casamiento con María, la nueva reina de Inglaterra, que tenia doce años más que él, pero que habia de allegarle nuevos súbditos y ejércitos.

CAPÍTULO II

ALIANZA INGLESA—1554-1555

INFANCIA DE MARIA TUDOR. —NEGOCIACIONES DE MATRIMONIO. — SUBLEVACION DE WYATT. —SEGUNDO MATRIMONIO DE FELIPE. —CONVERSION DE INGLATERRA. —RELACIONES DE FELIPE Y DE ISABEL

I.—Primeros años de María Tudor

La idea fija de Cárlos V y de Felipe, despues de la afrenta sufrida delante de Metz, es el proyecto de un desquite contra Francia. Desde que Alemania se mostró impotente, el emperador funda su esperanza en una union con Inglaterra. La nueva reina María es prima suya, su protegida, una católica, y hácia ella concentra todos los esfuerzos de su diplomacia. Todas sus cartas de aquella época hacen mencion de las cosas de Inglaterra; sólo se habla de los proyectos de alianza inglesa, así en Bruselas como en Valladolid, y tal es la preocupacion de Cárlos V, que á pesar de sus dolencias y el cansancio de su vida, no vacila en escribir: Si estuviera en edad y disposicion, no querría escoger otro partido en este mundo que enlazarme yo mismo con ella (4).

Este casamiento entre Cárlos V y María Tudor habia sido ya proyectado treinta años atrás, cuando la princesa no tenia más que ocho años; proyecto que fué muy luégo roto y reemplazado por el de union entre esta misma princesa y Francisco I, que estaba ya prometido á la hermana de Cárlos V, pero que aparentaba estar libre para conservar la alianza de Inglaterra (5). Tambien parecia pedir que se pusiera en sus manos á la niña, bien que sólo tuviera diez años.

(1) El 12 de julio de 1551.

(2) Ms. State papers office. Tytler, vol. II. Véase tambien á Froude, Hist. of England, tom. V. cap. 28. «He hath a face unwont to discover any hid affection of his heart, as any face that ever I met with in all my life, there is in him almost nothing that speaks besides his tongue... At a bare table, without carpet or anything else upon it, saving his cloke, his brusch, his spectacles and his picktooth... There were few that could better digest fortune's foul play than he; yet good nature migth be provoked too far... never so nigh gone, never so dead in the face, his hand never so lean and pale and wan.»

(3) Hija del rey Manuel y de Leonor, hermana de Cárlos V, que casó en segundas nupcias con Francisco I.

(4) El emperador á Renard, 20 de setiembre de 1553.

(5) María nació el 18 de febrero de 1516; fué prometida á Cárlos V en 1522, y á Francisco I en 1526, declarada bastarda en 1533, y perdió á su madre en 1536. Su madre Catalina de Aragon era hermana de la madre de Cárlos V.

Pero Enrique VIII prefirió enviar un retrato y prometer la venida de su hija para la época en que hubiera de realizarse el casamiento (1). El nuevo pretendiente se consoló escribiendo á María. Una de las cartas de Francisco I existe todavía: conserva las señales de haber sido estrujada y arrojada al fuego por una mano irritada al parecer; en lo que de ella queda se leen estas palabras: «Continuar, perseverar, permanecer... deseando honor, bien y prosperidad de su persona como de la nuestra propia...» Algunos meses despues, se casaba Francisco I con Leonor, hermana de Cárlos V.

Muy luégo vió María seguir á las decepciones que humillaron su infancia, pesares más positivos; vió repudiada á su madre, expulsada por una de sus damas; ella misma fué declarada ilegítima, sometida á la autoridad de aquella mujer y secuestrada sin más defensa ni consejo que estas palabras de su madre: «Hija mia, habla poco con esa mujer, obedece al rey tu padre en todo lo que no pueda ofender á Dios ni perder tu alma; no disputes nunca, no te mezcles en nada (2).» No pudo ni consolar á su madre en su abandono, ni asistirla en su enfermedad, ni verla siquiera á la hora de su muerte; fué objeto de sospechas injuriosas, sometida á registros en sus cofres y reducida á la pobreza. Dominada por la soledad, creyó poder ablandar á su padre, se humilló á su tercera mujer, Juana Seymour, y firmó el acta de su apostasía y de su degradacion. «Reconozco al rey como jefe de la Iglesia, reniego de la supuesta autoridad del obispo de Roma y de la jurisdiccion que ha usurpado en este reino. Declaro libre y francamente y en cumplimiento de mi deber para con Dios que el matrimonio entre el rey y mi madre era incestuoso y nulo por las leyes divinas y humanas (3).» Y todavía tuvo que escribir algunos dias despues al canciller: «Sobre las peregrinaciones, el purgatorio, las reliquias y otras cosas de este género no tengo otra creencia, os lo aseguro, que la que debo recibir de quien es el único señor de mi alma, mi clementísimo padre (4).» Despues de tales sumisiones, no obtuvo más que una pension de cuarenta libras por trimestre, cuya insuficiencia la obligó á escribir á Tomás Cromwell, el antiguo perseguidor de su madre: «Tengo vergüenza de ser una mendiga, pero la situacion es tal, que me veo obligada á pediros un socorro (5).»

Así envejeció en el olvido. Cuando llegó á los treinta años, logró volver á la gracia perdida, no ya condenando á su madre, sino comprometiéndose abiertamente en la Reforma con una traduccion impresa del comentario de Erasmo sobre San Juan. Su libro era distribuido en todas las parroquias, y el obispo Gardiner que lo refutó, fué reducido á prision. En el reinado de su hermano Eduardo VI, María renegó de su libro y volvió al gremio de la Iglesia católica, llevaba su rosario, oia misa en secreto y reclamó la proteccion del embajador de España. A la muerte de su hermano, Eduardo VI, tenia treinta y siete años. El mismo dia de esta muerte (6), el duque de Northumberland, que de muchos meses atrás tenia la autoridad en sus manos y se habia prevalido de ella para casar á su hijo con una de las herederas de la corona, Juana Grey (7), convocó el Consejo é hizo proclamar por reina á su nuera. Pero no se atreve á fiarse de nadie por no haber dado á nadie ocasion de amarlo (8).

No obstante la impopularidad del nuevo gobierno, teme el emperador que su protegida María no se deje seducir por los que la aconsejan que se apresure á declararse reina. Pero le contestan los embajadores: La dicha doña María, á pesar de las consideraciones que le hemos hecho, se ha proclamado reina (9). Los cálculos de los hombres de Estado más sensatos suelen ser ménos juiciosos que las inspiraciones de una mujer. María se puso valerosamente á la cabeza de los campesinos del Norfolk y marchó sobre Lóndres. «¿Quereis nuestros capitanes? preguntaban los marineros de la flota á su agente. O están en vuestro favor ó irán de cabeza al mar (10).» María hizo su entrada en Lóndres con su hermana Isabel; llevaba igualmente á su lado á Cecil, que estaba destinado á mostrarse por espacio de cuarenta años el infatigable adversario de Felipe, y á Simon Renard, el sutil consejero que Cárlos V envió para preparar el matrimonio de Felipe.

---

(1) Ms. Rec. of. n.º 2,773, de 3 de enero de 1527.

(2) Carta publicada por Miss Inés Strickland, *Lives of the queens of England*, London, Colburn, 1844, tom. V.

(3) Ibid. «That the marriage heretofore had between His Majesty and my mother was by God's law and man's law incestuous and unlawful.»

(4) Ibid. «Such as I shall receive from him who hath mine whole heart in his keeping, my most benign father.»

(5) Carta citada «I am ashamed to be a beggar, but the occasion is such a cannot chose.»

(6) El 7 de julio de 1553.

(7) Hija de la hermana de Enrique VIII, que se habia casado con nuestro rey Luis XII, y en segundas nupcias con el duque de Suffolk.

(8) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 38, los embajadores del emperador á Cárlos V.

(9) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, págs. 22 y 25.

(10) Froude, tom. VI, pág. 25: «They shall go with you or they shall go to the bottom.»

II.—Negociaciones de matrimonio

Simon Renard, natural del Franco-Condado, inteligente y malicioso, aprendió en la chancillería imperial á no doblegarse nunca á los tiernos impulsos del corazon ni á los escrúpulos de conciencia. Su mision de hacer reinar á Felipe sobre los ingleses no podia tener buen éxito en su opinion, sino suprimiendo los competidores, por una parte, y por otra simulando miramientos con la herejía. En virtud de sus informes, escribió Cárlos V que la reina María debia consultar bien la opinion ántes de pronunciarse abiertamente por el catolicismo (1), porque los principales, añade, que han mantenido su causa se podrian declarar en contra de ella; hará bien en comunicar lo que quiera hacer con los que le merezcan mayor confianza y conozcan mejor lo que puede dar la presente estacion. Inclinado á contemporizar hasta el momento oportuno en las cuestiones de fe, Simon Renard es diligente y ardoroso, cuando se trata de la seguridad material. Insiste en obtener la muerte de Juana Grey, y propone con su pedantería de letrado el ejemplo de Máximo y Víctor, su hijo, á quienes sacrificó el emperador Teodosio por haberse arrogado este título.

Supo María resistirse esta vez á tales sugestiones; pero no pudo impedir la condenacion de su adversario real el duque de Northumberland. Cuando supo su sentencia, el cruel duque olvidó á su nuera, Juana Grey, á quien habia arrastrado á su pesar al desastre; olvidó á cuantos habia condenado él mismo, los cuales murieron á lo ménos con valor, y exclamó con voz atragantada: «Que me deje vivir la reina, sí, que me deje vivir como un pobre perro para besar sus piés, para consagrarme al honor de servirla (2).» Despues se declaró católico é insistió en oir una misa y obtener un confesor. Al saber esta apostasía, dijo con desden la dulce Juana Grey: «Jóven y todo no haria yo traicion á mi fe por amor á la vida. ¡Dios me libre de ello!» Las mujeres no se dejan ablandar con tales bajezas, y María, tan indignada como su rival, firmó la sentencia de muerte del desdichado duque, el cual fué ejecutado con seis de sus adeptos.

Apénas parece asegurada la confianza por esta parte, cuando Simon Renard propone el enlace de Felipe de España con María (3). «No insistais demasiado, escribe á Renard un paisano suyo, Perrenot de Granvelle (4), para desviarla de cualquier otro casamiento, porque si tuviera ese antojo, no dejaria de pasar adelante, si tiene la índole de las demás mujeres; y se resentiria para siempre de lo que pudierais haberle dicho.» —«Cuando le propuse el casamiento, contesta Renard (5), echóse á reir, no una, sino muchas veces, mirándome de modo que parecia decirme que no le era sino muy grata la propuesta.»

Una duda retenia al emperador. Su hijo, que tenia veintiseis años, ¿seria dócil á sus consejos de político viejo y renunciaria á su prometida portuguesa, á su España, para ir á casarse con una solterona de treinta y seis años, á vivir en un país famoso por sus epidemias y amén de todo herético? En esta duda escribió á Renard que no pasara más adelante hasta que se tuvieran noticias de España y se supiera la intencion del príncipe, porque pudiéramos ir tan léjos, añade, que á él mismo pudiera parecerle mal. Felipe tenia un respeto religioso para con su padre, cuya incontestable superioridad reconocia, mirándolo como representante de Dios ántes que él: comprendió que el casamiento con María traeria necesariamente en un breve plazo soldados ingleses á los ejércitos imperiales, á pesar de las estipulaciones y compromisos que pudieran firmarse; finalmente, si tenia la prudencia de no precipitar la reconciliacion de Inglaterra con la Santa Sede, la extirpacion de la herejía no era ménos inevitable en el caso de una union íntima de Inglaterra y de España. Con esto, no vaciló ya un solo dia y su contestacion fué inmediata (6): No tengo más voluntad que la vuestra, escribió; así, pues, me someto enteramente á vos, y aquello que querais, eso se hará. María, por su parte, no se decidió tan pronto. En vano le pintó Renard al príncipe como un viudo maduro y grave, padre de un hijo de ocho años. «Sin esperar al fin, juró que no habia sentido jamás el aguijon de lo que se llama amor, ni caido en tentacion carnal (7); que si el príncipe queria ser voluptuoso, no era esto lo que ella queria, por no ser ya de tal edad (8). Preguntó «si era moderado y juicioso (9).»

---

(1) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 60, del 29 de julio de 1553.

(2) «Oh that it would please Her Good Grace to give me life, yes, the life af a dog, if I might but live and kiss her feet, and spend both life and all in her honourable service.»

(3) El 7 de agosto de 1553.

(4) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 77.

(5) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 78.

(6) El 13 de setiembre de 1553. *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 103.

(7) Ibid. pág. 98.

(8) Ms. Rollshouse, citado por Froude, tom. VI, pág. 105, y ms. Rec. of. Foreign Mary, tom. 1.º pág. 485, del 12 de octubre de 1553.

(9) Ms. Rec. of, Ibid. tom. 1.º pág. 505, del 15 de octubre de 1553.

Fuera de esto, no se formaba ilusiones sobre las gracias que habia conservado. Habia sido bella (1); pero tantas desgracias y emociones no habian pasado en vano sobre su delicado cuerpo. Pequeña, endeble, arrugada, granulenta, de pelo rojo y ojos grises, de nariz larga y voz ruda, padecia de una dolencia del corazon que le daba sofocaciones, alteraba el movimiento de la sangre y causaba crísis de muchos dias. Y todavía la debilitaban más y más sus médicos, sometiéndola á frecuentes purgas y sangrías, sin permitirle que tomara un bocado hasta muy bien pasada la hora del medio dia, siquiera se levantara habitualmente muy temprano. Hablaba cinco lenguas y tocaba el laud tan bien como su hermana Isabel. Estaba asimismo dotada, si de belleza no, á lo ménos de una dulzura natural que no excluye ni la dureza ni la violencia, cuando se remueven y agitan las pasiones. Su pasion era someter otra vez su reino á la

Sello de Felipe II y María de Inglaterra
(Anverso)

obediencia de la Santa Sede. Simon Renard dirigia todos sus esfuerzos á separar de Inglaterra al cardenal Pole que solicitaba autorizacion para predicar la conversion. «¡Qué mal pecado, qué irreparable daño, escribia Pole al emperador, retardar la salvacion de tantas almas! Todos los ingleses que mueren durante estas dilaciones están en inminente riesgo de condenarse (2).» — No conviene por ahora ir más apriesa, contestaba el emperador, que se cuidaba poco de que se salvaran los ingleses, con tal de que no llegaran á ser sus enemigos (3).

Y en efecto, la repugnancia á volver al gremio de la Iglesia católica era lo que mantenia en la nacion inglesa una oposicion unánime á los proyectos de Cárlos V: las combinaciones políticas del gran emperador estaban en peligro de fracasar por un exceso de celo de algunas almas piadosas, como si fuera tan importante restablecer la supremacía del papa para vengar

(1) *Rel. venec.* Giov. Michieli: «Più che mediocremente bella.»

(2) Ms. *State paper*, Pole to Charles-Quint: «Quanto grave peccato e irreparabile danno sia il differir cosa che pertenga alle salute di tante anime, le quale mentre quel regno sta disunito della Chiesa, si trovano in manifesto pericolo della loro dannatione.»

(3) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 145, del 13 de noviembre de 1553.

afrentas hechas por Francia delante de Metz. Estábamos á la sazon representados nosotros en Inglaterra por dos hermanos, el conde y el protonotario de Noailles, dignos de luchar contra Simon Renard. Supieron muy hábilmente explotar aquel horror del pueblo á la dominacion de Roma, hablaron de los bienes de la Iglesia distribuidos en los reinados precedentes y que debian ser restituidos, y de una guerra costosa contra Francia, en la cual entraria necesariamente el nuevo príncipe. Hasta expusieron este argumento á la misma reina. «La reina contestó, escribe Noailles (1), que tendria en mucho más su conciencia y su deber que su marido; y en cuanto al predominio que en mi concepto podria ejercer sobre ella, yo tendria ocasion de ver que luégo de casados, no seria tan grande como lo suponia.»

Los ingleses de entónces tenian en las preocupaciones del orgullo nacional una estrechez de

Sello de Felipe II y María de Inglaterra

(Reverso)

miras mucho más exclusiva que en nuestro siglo y odiaban á los franceses tanto como á los españoles. No toleraban más que á los flamencos, compradores de sus lanas; las relaciones mercantiles habian estrechado la union del pueblo inglés con Flandes hasta el punto de que por poco no se rebelara, cuando Enrique VIII se alió con Francia á riesgo de romperla. «Los negociantes habian resuelto no concurrir ya al mercado á fin de que no pudiendo vender los campesinos sus lanas y paños, amotinaran el país. El rey les mandó á decir sin dilacion á algunos de los principales que no pasaran adelante, que los conocia y que sabia muy bien dónde estaba la Torre. Vinieron entónces á implorar clemencia y prometieron que en el mercado próximo no quedaria cosa de mercancía por valor de un escudo (2).» Simon Renard hizo valer el interés de multiplicar estas relaciones mercantiles por medio de una íntima union bajo la proteccion de los mismos soberanos. Sino que miéntras se agitaba él por desbaratar los manejos de Noailles, supo que la

(1) *Noailles, Embajadas, Coleccion de Vertot*, fin de diciembre de 1553.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. 3,075, f.° 63, Bellay á Montmorency.

Cámara de los comunes preparaba una peticion para suplicar á la reina que eligiera por esposo á un súbdito inglés. Entónces comprendió que la solucion se precipitaba de suyo.

La hija de Enrique VIII miró, en efecto, esta pretension como un agravio hecho á su prerogativa; y aquella misma noche se encerró en su oratorio con lady Clarence, una de sus damas de honor, y Simon Renard. El Santísimo Sacramento estaba allí, refiere éste (1); la reina me manifestó cómo desde que le entregué las cartas de Vuestra Majestad no habia dormido, sino que habia llorado mucho rogando á Dios inspiracion y consejo; hincándose luégo de rodillas, rezó el *Veni, creator spiritus*, y Mistress Clarence y yo hicimos lo propio. Así que se hubo levantado, sintiéndose aconsejada de Dios, que ha hecho ya tantos milagros por ella, me dió la promesa de matrimonio para Su Alteza en presencia del Santísimo Sacramento, sintiendo absolutamente que á esto tendia su inclinacion. Si ella habia invocado al Espíritu Santo, yo á la Santísima Trinidad para que le inspirara esta deseada respuesta. La importancia del resultado obtenido impulsa los ánimos á una vía de misticismo que terminará pronto en una verdadera parodia de la Sagrada Escritura; como quiera que se llega á considerar á María como la destinada á dar á luz al Mesías que ha de redimir al pueblo inglés. Noailles, que no cree en la profecía, no vacila en contestar con un golpe de efecto, y se empeña en relaciones secretas con los descontentos, induce á la princesa Isabel á aceptar el papel de defensora de las creencias protestantes y prepara un movimiento para apoyar la resistencia legal de la Cámara de los comunes.

III.—Sublevacion de Wyatt

La oposicion del Parlamento y su demanda á la reina para que no eligiera esposo sino entre súbditos ingleses, fueron recibidas con desden y arrastraron muy luégo un decreto de disolucion. La perseverancia de la reina en arrostrar el descontento de su pueblo y en mantener la eleccion que creia ella inspirada por el Espíritu Santo, regocijó en gran manera á Cárlos V, que se dió buena prisa en felicitarla por su firmeza, excusándose de dictar su carta, «por estar tan trabajado de la gota que no puedo mover la mano y he rogado á la reina de Hungría, mi hermana, que escriba esta de su puño.»

(1) Ms. Rec. of. Foreign Mary, tom. 1.º, pág. 600. Carta de Renard del 31 de octubre de 1553.

El príncipe Felipe se decide en fin á escribir directamente (2), y da sus poderes al conde de Egmont, que va á firmar las capitulaciones matrimoniales. En ellas se estipula que Felipe reciba el título de rey de Inglaterra y que el hijo que nazca de esta union sea heredero de Flandes y de Borgoña añadidas á Inglaterra en detrimento de los derechos de D. Cárlos, hijo del primer matrimonio. Con esto, créense al término de esta difícil negociacion; pero Renard no está tranquilo todavía. No hay que fiarse, dice: si la alianza es grande, tambien es arriesgada (3). Por su parte, afirma Noailles que el pueblo *demuestra poco favor y regocijo* (4). Sabe además á qué atenerse sobre los obstáculos positivos. «Veo cundir tal desasosiego y subversion entre este pueblo, que no tan fácilmente se extinguiria, y creo que por poco que sean apoyados y socorridos los fautores del movimiento, llegarian al logro de sus designios, por el descontento que conozco y veo en la mayor parte de los súbditos de este reino en razon del dicho casamiento (5).» Ofrece hacer que se establezca en Plymouth una guarnicion francesa y que se anticipen cinco mil escudos de oro á los descontentos. Espera que miéntras los revoltosos trabajan por poner en el trono que ocupa María á su hermana Isabel, pueda él levantar por reina de Inglaterra á María Estuardo, uniendo así bajo un cetro católico á Inglaterra, Escocia y Francia. Sino que uno de los conspiradores entrega al canciller todos los secretos; con cuyas revelaciones es sorprendido un conciliábulo en una iglesia y son ahorcados inmediatamente dos de los conspiradores. No se desalienta Noailles por tan poco y se compromete con tan poca reserva que le es sorprendida su correspondencia diplomática (6). Al mismo tiempo se subleva el condado de Kent, y los voluntarios de la *City* que se envian para atajar la rebelion, se pasan á las órdenes del jefe de los insurgentes, Wyatt. A la noticia de esta defeccion, comprende Simon Renard que ha sido burlado por Noailles y se espanta de ver en el Consejo, al rededor de la reina, reconvenciones, discordias, turbacion (7). En las crísis en que el vigor de decision es más necesario que la calma, las mujeres harán siempre un papel

(2) 7 de enero de 1554.
(3) Carta á Cárlos V, del 12 de diciembre de 1553.
(4) Noailles al rey, 3 de enero de 1554. *Coleccion de Vertot*, tom. III, pág. 12.
(5) Ibid. tom. III, págs. 18 á 22.
(6) El 26 de enero de 1554.
(7) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 207.

notable: poseen la obstinacion, el ardor, la viveza, cualidades necesarias para tranquilizar á los tímidos y atraer á los indecisos. María corre á la City, echa en cara á los burgueses la vergonzosa traicion de sus hijos enviados contra los rebeldes, los espanta con la idea del pillaje, tan tentador para los campesinos que avanzan hácia Lóndres y los enardece y llena de valor con su voz viril. Noailles que ha tenido la cruel curiosidad de ver *qué cara hacia*, dice que estaba «tan triste y llorosa como puede pensarse;» pero esta misma afliccion de la hija de Enrique VIII, hace que los burgueses se le muestren leales. Algunos dias despues, ninguno de ellos se pronuncia por Wyatt, cuando este jefe de insurrectos se presenta á la puerta del puente de Lóndres. Los *hombres decentes de la City* ántes quieren abandonar al suplicio á sus hijos rebeldes que sus almacenes al pillaje. Noailles á su vez está intranquilo. Pero todavía se puede arrebatar á la reina en su palacio: sus damas lloran en torno de ella; el canciller Gardiner, más conmovido que ellas, quiere huir secretamente con la reina; Renard conjura á María que no se mueva sino en último extremo (1).—«Suceda lo que quiera, contesta la reina, soy la esposa del príncipe de España; y mi corona, mi vida y todo lo renuncio ántes que al príncipe.»—Manda disparar los cañones de la torre contra los rebeldes de Wyatt; éste vacila, se retrasa dos dias á la orilla derecha del Támesis, se pone en marcha el mártes de Carnestolendas (2), ve los puentes defendidos y no puede pasar el Támesis sino por más arriba de Lóndres. Si hubiera precipitado un tanto este movimiento, acaso hubiera podido sorprender á la reina en su palacio; pero pierde muchas horas en montar un cañon que se habia caido de su cureña en el camino; y no llega á Hyde-Park hasta las nueve de la mañana siguiente despues de una interminable marcha de noche.

Apénas se ve, á causa de una densa niebla que se resuelve luégo en lluvia; mojados, frios, fatigados, llenos de lodo, faltos de alimento, los campesinos de Wyatt se desbandan y esconden en cuanto los atacan los guardias de la reina en Hyde-Park: apénas siguen á Wyatt unos trescientos hombres que acometen á los guardias, cruzan la llanura llamada hoy Pall Mall, desfilan ante el resto de las compañías de la City que se niegan á la vez á combatirlos y á pasarse á ellos, y llegan á Charing-Cross donde la caballería de la reina emprende la fuga á su vista. Desde las ventanas de Whitehall observa María la marcha de los sublevados al través de la niebla; algunos disparos de arcabuz turban el silencio, y no pocos hombres que se extravian vienen á morir á su vista al hierro de sus alabarderos. Muy luégo la partida de Wyatt atraviesa á Charing-Cross y penetra en un arrabal de angostas calles, que es hoy el Strand. Wyatt sigue creyendo en la buena voluntad de los burgueses de la City, cuyos hijos están con él: cree que le pueden proporcionar la victoria en el último momento; impórtanle poco los campesinos que se van rezagando por el camino y ménos las tropas reales que le cortan la retirada. Llegue á la City, y aunque llegue solo, triunfará. Sigue adelante y se acerca al rastrillo de la puerta Ludgate-Hill: pero el rastrillo no se abre; la City está seducida por la reina. Vuélvese Wyatt, no ve ya más que unos veinte hombres de los trescientos que lo seguian y cae abrumado sobre un banco á la puerta de la taberna la *Hermosa Salvaje*.

Wyatt representaba sin ningun género de duda el pensamiento de la mayor parte de los ingleses. Si hubiera sido vencedor habria excitado extraordinario entusiasmo y la historia contaria pocos nombres tan ilustres. Pero veislo abandonado en el momento decisivo, veislo vencido; y aquellos mismos hombres que se aprestaban á aclamarlo, que volverán á sus opiniones al dia siguiente, los acosan á él y á sus compañeros, los ojean, por decirlo así, al través de las calles que desembocan en la City, viniendo á ser el enemigo comun y el maldito del momento. Ni una puerta se abre para darle asilo; ni un corazon palpita de compasion por él. Todo el que tiene las botas manchadas de lodo es reducido á prision: el barro recogido durante aquella marcha nocturna es una señal que lo denuncia para que lo lleven al suplicio. Estos movimientos de la opinion contra los inhábiles tienen muy poco de heróico. Una ciudad entera olvida en un momento sus pasiones de la víspera. Los niños son ménos accesibles á estos desfallecimientos, porque á su edad no comprenden tan bien la ley del más fuerte. Algunos dias despues los pilluelos de Lóndres se dividen en dos bandos, el de Wyatt y el del príncipe de España: el que representa á Felipe es preso y llevado al patíbulo «y sin el auxilio de algunos hombres que oportunamente acudieron lo hubieran estrangulado, como se puede claramente juzgar por las señales que conserva y

(1) Ms. Rec. of., Foreign Mary, tom. 1.º pág. 1,176.
(2) El 2 de febrero de 1554.

tendrá por mucho tiempo en el cuello» (1). La reina, excitada á la severidad por Simon Renard, quiere que uno de ellos sea sacrificado; pero si se obtiene de ella que no castigue juegos de niños con una ejecucion capital, puede á lo ménos hacer morir á todos los sospechosos y afianzar así la seguridad del esposo que espera; y muy bien que despacha á todos los contrarios para asegurar su autoridad absoluta, pues que es notorio que han merecido la muerte. No duda ni vacila; una vez ajusticiados los presos, todos los cuales son herejes, quedará completamente restablecida la religion (2). Renard no

Medalla con el retrato de María Tudor
(*Real gabinete numismático de Berlin*)

exceptua á Isabel; y áun hubiera querido comprender al mismo Noailles en el proceso formado contra los conspiradores (3).

Noailles está ménos afligido por el fracaso que lisonjeado de haber «infundido á la dicha dama y á los señores de su consejo tan grande espanto al ver puesta en peligro la corona por espacio de ocho dias» (4). Tiene la audacia de presentarse ante la reina, pues aunque no ignora que sus despachos á la corte de Francia han sido interceptados, cree que no han podido descifrarlos. Se engaña sin embargo: las cartas han sido descifradas en pocos dias por el canciller, quien las ha remitido al punto á Simon Renard sin darle á conocer su traduccion; pero Renard las ha leido á su vez (5), del propio modo que un erudito de nuestro tiempo ha podido dar con la cifra de los antiguos despachos de la república de Venecia (6). La conducta de Noailles pareceria sospechosa á nuestra diplomacia contemporánea: un embajador que se mezcla en una conspiracion, que hace ofrecimientos á los rebeldes y toma medidas para burlarlos á su vez, si triunfan, no pareceria ya un modelo digno de imitarse. Pero hay que recordar el interés de Francia en impedir la union de las cortes del Norte; sobre todo hay que tener presentes las costumbres diplomáticas de la época, que permitian el espionaje en todas sus variedades. Hasta se ve á un enviado inglés que se excusa de no hacer personalmente el oficio de espía

Este funcionario está en Bruselas. «Si escucho lo que se dice en la corte me haré sospechoso; en mi calidad de hereje, tampoco puedo hacerlo en las iglesias; sólo me es dado disponer de una buena mesa y de espías generosamente pagados. Sin herramientas no se puede trabajar. Sin dinero para los espías perderemos preciosas revelaciones (7).» Así, no fué de ninguna manera censurado Noailles por su conducta en el asunto Wyatt, ántes bien hubo de recibir felicitaciones oficiales por su tacto y habilidad (8). Pero la reina María no lo disculpaba tan fácilmente y cuando pareció á su presencia lo recibió de tal manera y con semblante tan colérico que no ofrecia nada de la dulzura femenil (9).

Otro acceso de esta misma cólera alcanzó á la víctima más interesante y sin duda más inocente. Juana Grey estaba presa hacia siete meses: puesto que habia sido perdonada en julio por su crímen de haber ceñido á su pesar la corona por espacio de ocho dias, no habia razon para ejecutarla en febrero sin nuevo agravio. Con todo eso, María quiso su muerte, temiendo que la presencia de esta rival fuera una de las causas de las vacilaciones de Felipe para ponerse en camino y decretó ejecutarla.

Al saber esta sentencia Juana Grey, que tenia diez y siete años, trazó estas palabras al márgen de su Biblia: «Hay dos dias buenos, el dia en que se nace y el dia en que se muere: el dia de la muerte es el mejor» (10).

Cuando estuvo en el cadalso entregó á su doncella de honor sus guantes y su pañuelo y despues

(1) Noailles á Montmorency, tom. III, pág. 129, y carta de Simon Renard del 14 de marzo de 1554.
(2) Ms. Rec. of., tom. 1.º pág. 1,203, Renard á Cárlos V, del 12 de febrero de 1554.
(3) Ibid. tom. II, Renard á Cárlos V, del 24 de febrero de 1554.
(4) NOAILLES, tom. III, pág. 60.
(5) Doc. inéd. tom. III, pág. 499.
(6) M. Paul Friedman. Su interpretacion está conforme con la cifra original que señaló en 1869 en los archivos de Venecia Luigi Pasini.
(7) Ms. Rec. of., n.º 1,341, Challoner to Cecil, 19 de setiembre de 1559.
(8) El 27 de febrero de 1554, Col. de Vertot, tom. III, pág. 89.
(9) Ibid. tom. III, pág. 135.
(10) «There is a time to be born and a time to die; and the day of death is better than the day of our birth.»

se desciñó el vestido rechazando la ayuda que le queria prestar el verdugo. Luégo anduvo unos pasos hasta llegar á la paja en que estaba montado el tajo y dijo al verlo: «¿Es esta la cuchilla? Os suplico que acabeis pronto.»—Despues se postró de rodillas, se vendó los ojos con su pañuelo y dijo:—¿Qué he de hacer?—Buscó entónces el tajo, preguntando dónde estaba y sin demora fué decapitada con grande abundancia de sangre (1).

Este era el regalo nupcial de María á su prometido. Ahora podia este acercarse al trono protegido por el recuerdo de este suplicio. La fidelidad de los burgueses de la City quedó asegurada al mismo tiempo con el espectáculo de un centenar de horcas, cargadas de cuerpos en medio de las calles, pues para que la leccion no se olvidara, no se descolgaron los cadáveres. «No os contaré al por menor todo el sacrificio; baste decir que ha habido ya más de cuatrocientos

El duque de Alba (Copia de una medalla de la época)

ahorcados» (2). A muchos se les condenó á remar en las galeras, despues de haber sido sometidos á cuestion de tormento.

Se contaba mucho con la tortura para obtener revelaciones que permitieran destruir una competidora tan peligrosa como Juana Grey, la princesa Isabel.

Esta segunda hija de Enrique VIII habia sido educada en la religion protestante (3), tenia veintiun años y era amada del pueblo. «Era notablemente hermosa y gentil de su persona, dice un embajador (4), modesta, dulce é instruida como quiera que hablaba seis lenguas.» Los esfuerzos de Renard para apartarla del camino de su príncipe hubieron de fracasar. «Los hombres de ley, dice con despecho, no encuentran medio para condenarla.» Todo se redujo á una conversion forzada al gremio de la Iglesia católica. Isabel escribió á Cárlos V, rogándole fuera servido de enviarle cruces, cálices y demás ornamentos necesarios para celebrar misa en su capilla (5). No pudo salir de la torre de Lóndres donde habia sido encerrada, sino despues de haber oido misa (6). Fué luégo desterrada á un lejano castillo. Esta desgracia parecia ilusoria á Renard que hubiera querido hacer simplemente de Isabel una dama de honor de la hermana de Cár-

(1) Colec. de Vertot, tom. III, pág. 126. Carta del protonotario Noailles del 12 de marzo de 1554.

(2) Colec. de Vertot, tom. III, pág. 126.

(3) Nació el 7 de setiembre de 1533.

(4) Ms. Rec. of. Venetian papers, IV, pág. 934. Soranzo, 18 de agosto de 1554: «E di corpo et di faccia molto bella et disposata con una si grave maestà in tutte le sue operazioni che non è alcuno che non la giudichi Regina.»

(5) Despacho de Cárlos V, del 24 de diciembre de 1553, publicado por el P. Griffet. *Nuevas aclaraciones*. Amsterdam, 1766.

(6) Colec. de Vertot, tom. III, pág. 60.

los V, «si la reina de Hungría tenia á bien admitirla á su servicio» (1). En su impaciencia de quitar de en medio todos los obstáculos á su príncipe, decia con amargura: «Verdaderamente el canciller ha mostrado gran negligencia en proceder contra los criminales (2).»

Confesaba, sin embargo, que se habia hecho bastante para imponer silencio á los descontentos. «Ya el pueblo de Lóndres comienza á decir que Su Alteza será bien venido» (3), lo que no impedia que los ministros de la reina se disputaran aún el poder con encarnizamiento. «Las parcialidades, envidias y malevolencias de los consejeros han crecido tanto y tanto se manifiestan, que al presente, enojados entre sí, no se encuentran en el consejo: lo que el uno hace, deshácelo el otro; lo que este aconseja desapruébalo aquel» (4). En este desórden «la reina gritaba todos los dias tras los de su consejo» (5) y esperaba «con gran devocion la ratificacion de Su Alteza y la dispensa del papa» (6). Desde el principio habia declarado que no queria casarse durante la cuaresma (7). Despues habia visto pasar la Pascua florida y parecia inquieta en gran manera por la tardanza de Felipe que tan «poca voluntad manifestaba de ir por allá (8).» Renard por su parte comenzaba tambien á no saber cómo explicar la lentitud de su amo. «La reina me pregunta muy á menudo si se ha fijado el dia de vuestra partida, escribió á Felipe; si se ha recibido la dispensa del Padre Santo y si habeis enviado ya vuestros poderes» (9).—«Su constancia y sus declaraciones públicas, añadia el emperador, son dignas de su carácter y nos tienen muy obligados» (10). No era falta de fe la tardanza de Felipe, sino simple incapacidad de ejecutar rápidamente lo que estaba resuelto á hacer. Pero muy luégo esta tardanza vino á ser indecorosa para su real prometida; «hasta me han dicho que á ciertas horas de la noche la sobrevienen tales melancolías de amores y pasiones, que con frecuencia se pone como fuera de sí y yo creo que la causa principal de su dolor proviene del despecho de ver su persona tan desmerecida y multiplicados los años como que el tiempo corre todos los dias mal que nos pese (11).» ¿Hay que creer que Noailles, espiando con malévola curiosidad las impaciencias de la pobre señora, hubiera imaginado para desbaratar su matrimonio un proyecto ménos honroso aún que el de la conspiracion de Wyatt? Renard lo acusa de ello formalmente; pero la empresa parece extraña y Noailles se abstiene de hablar de ella á su corte. Un caballero napolitano llamado Julio César Brancazo, hábil tañedor de laud, recomendado á la reina por Bárbara su dama de honor flamenca, tañedora tambien de espineta, fué introducido en la corte y destinado á convertirse en un favorito. Renard consiguió que lo pusieran preso ántes de que hubiera obtenido una entrevista; pero el italiano «hombre determinado y escandaloso,» se creia tan seguro de vencer, que se negó á salir de Inglaterra cuando se le ofreció ponerlo en libertad (12).

Esta contrariedad no era la única que ponia en cuidado á Felipe: miéntras la reina «se desespera» (13), sabe Felipe que va á verse en la precision de reformar todas sus costumbres. Siendo taciturno y altanero, tiene que halagar á la nobleza y ser comunicable con ella y dejarse ver del pueblo con frecuencia. No habla más que el castellano y ha de verse forzado á aprender algunas palabras inglesas para saludar siquiera; se complace en la sociedad de Isabel Osorio y de las damas de su corte, y no conviene de ninguna manera que lleve allá damas españolas (14). Se le recomienda que use una cota de mallas debajo de su vestido para precaverse de cualquier atentado, que lleve sus cocineros y gentiles-hombres de mesa y boca para sustraerse al veneno y que deje en sus naves los soldados españoles para evitar probables riñas con sus nuevos súbditos. Se le advierte que será preciso ganar á los notables con pensiones y liberalidades y que los franceses pondrán en juego todos sus manejos para mantener parcialidades (15).

Felipe, sin apresuramientos ni ilusiones, se resignó friamente á sufrir tal y tanta violencia y á hacer frente á tantos peligros. Embarcóse á mediados del verano (16), recibiendo de su padre en compensacion de este destierro y en premio de su docilidad los reinos de Nápoles y de Sicilia. Para que le auxiliase en el gobierno de sus dispersos pueblos llamó á su hermana

(1) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 276.
(2) Ms. Rec. of. del 22 de abril de 1554.
(3) Ibid.
(4) Ibid.
(5) Ibid.
(6) Papeles de Estado de Granvela.
(7) Despacho de Renard del 31 de enero de 1554, publicado por el P. Griffet. *Nuevas aclaraciones*, pág. 131.
(8) Colec. de Vertot, tom. III, pág. 253.
(9) Doc. inéd., tom. III, pág. 507.
(10) Ibid. pág. 508.
(11) Colec. de Vertot, tom. III, pág. 252.
(12) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 271.
(13) Ibid., tom. IV, pág. 269.
(14) Ibid tom. IV. Instrucciones del Emperador.
(15) Doc. inéd., tom. III, pág. 515, Renard al príncipe de España.
(16) Julio de 1554.

Juana y le confió la administracion de España.

Juana, viuda hacia seis meses del rey de Portugal, habia dado á luz al príncipe Sebastian algunas semanas despues de la muerte de su marido, y dejado la regencia á su tia, hermana de Cárlos V. Entró en España con su luctuoso traje de viuda que no abandonó ya, fria, ceremoniosa, exaltada por el orgullo de raza y tan cuidadosamente velada, que para darse á conocer tenia que decir: «Soy la princesa (1).» Esta mujer ignorante é indolente no fué un auxiliar útil para Felipe, que á partir de esta misma fecha hubo de comenzar sus interminables trabajos de correspondencia y adquirir el hábito de estudiar todos los negocios.

IV.—Segundo matrimonio de Felipe

Cuando la escuadra que conducia á Felipe arribó á la rada de Southampton entre salvas de artillería, un artillero inglés metió una bala en su pieza y la apuntó al navío del príncipe (2). Al desembarcar Felipe supo que no debia hacerse acompañar en tierra sino por unas diez personas, con lo cual no pudo conservar á su lado más que cuatro flamencos y los españoles Alba, Feria y Ruy Gomez (3) para compartir su destierro en el país de las nieblas: les recomendó que vivieran completamente á la inglesa, en cuyo empeño les serviria él de ejemplo y despues se hizo servir cerveza (4); bien que apénas recobrado del mareo que venia padeciendo desde que subió á bordo en la Coruña, fingió ser muy de su gusto la bebida.—Es el vino del país, dijo.—Anunció á los señores ingleses que llevaba en sus cofres hasta cuarenta mil ducados para obsequiarlos; y con las damas todavía llevó más allá su cortesía, pues quitándose el sombrero, las besó á todas en la boca «conformándose con los usos del país» (5). Tales expansiones no inspiraron aún gran confianza á Renard. Mucho ha de costarle, escribia, concertar á los españoles con los ingleses, cuanto más que los franceses no se descuidan por su parte (6). Los marineros que bajaban á comprar víveres eran insultados por el populacho que llamaba á sus barcos conchas de almeja (7) y los provocaban á reñir, estrechándolos y dándoles empellones.

Entre tanto sabe Felipe la llegada de la reina á Winchester (8), y parte á caballo para recibirla. Una lluvia cruel y continua pone los caminos impracticables (9) y no llega hasta las seis de la tarde; echa pié á tierra y entra en la iglesia para rezar sus devociones, no presentándose á María hasta las diez de la noche. La besa segun los estilos de por allá, háblale en castellano y ella le contesta en francés; celébrase el casamiento el dia siguiente; «el obispo bendice el tálamo nupcial y se les deja solos. Lo que pasó aquella noche sólo ellos lo saben; todo lo que podemos pretender es que nos den un príncipe» (10). Los ingleses con gran escándalo de los españoles hasta sostienen que Felipe no lleva otra mision á su país: «no lo necesitamos más que para esto; tenga la reina hijos y puede volverse él por donde vino» (11). No bien entraron los esposos en Lóndres, cuando nuevas sorpresas y decepciones ofensivas vienen á lastimar á los españoles. Los ministros son los que explican cómo en aquel país no tiene autoridad el rey: sus ministros son los que dan las órdenes y gobiernan (12); los hombres del pueblo silban como un símbolo de idolatría la cruz roja en forma de puñal con que está adornado el hábito de los caballeros de Santiago, desgarran este hábito en las calles y dicen del papa que es un hombre como ellos (13).

Pero de todas las vejaciones que tiene que sufrir con paciencia, las que más cargan á Felipe son al parecer las importunas ternezas de su esposa. La reina es muy buena persona, escribe el confidente Ruy Gomez (14); pero más vieja aún de lo que se nos decia. El Señor proveerá, él que hasta ahora ha dirigido todo lo que se refiere á este enlace. No es que Felipe carezca de miramientos para con la buena

(1) Florez. *Reinas Católicas*, tom. II, pág. 873.
(2) *Viaje á Inglaterra*. Prólogo, pág. XXIV.
(3) Ibid. Tambien Ruy Gomez era portugués: tenia además cuatro mayordomos.
(4) Colec. de Vertot. Noailles al rey, tom. III, pág. 287.
(5) *Viaje á Inglaterra*, pág. 71. «Con la gorra en la mano, las recebia besándolas á todas, por no quebrantar el uso de la tierra.» Véase tambien Sepúlveda, tom. II, pág. 499. «Matronas etiam et regias virgines sigillatim salutat, osculaturque.»
(6) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 293.
(7) Fytler. *Edward and Mary*, tom. II, pág. 414.
(8) El 23 de julio de 1554.
(9) Relazione venet. Badoaro.
(10) *Viaje á Inglaterra*, pág. 95. «Lo de la noche ellos se lo saben. A darnos un hijo se va todo el bien que se pretende.»
(11) «El príncipe nuestro señor dicen que vino solo á darle un hijo á la reina y que en habiéndolo en ella se ha de volver á España.» Ibid. pág. 120.
(12) Ibid. pág. 111. «Los reyes aquí mandan tan poco como si fueran vassallos. Quien los manda y gobierna todo son los consejeros.»
(13) Ibid., pág. 121. «A dos caballeros de Santiago quisieron estos dias quitar por fuerza los hábitos en la calle preguntándoles para qué llevaban en el pecho aquellas cruces coloradas; y hablando del papa dicen que es un hombre como ellos.»
(14) Doc. inéd., tom. III, pág. 526. Ruy Gomez á Eraso, 26 julio de 1554.

señora; al contrario, «su conducta es muy correcta con ella y no le manifiesta nada que pueda hacerle creer que ha pasado ya de la edad de las pasiones (1); y procura con tal cuidado satisfacerla, que el otro dia estando á solas, hablábale ella de amor y él le contestaba en términos convenientes.» A lo ménos no habria debido dejar que el confidente supiera que tan pocos atractivos tenia su real esposa; el dúctil Ruy Gomez llega á ser irreverente sobre modo cuando escribe algunos dias despues: Paréceme que si usara el traje y tocado de las damas de nuestro país pareceria menos vieja y trasnochada: á decir verdad se necesita mucho la ayuda de Dios para beber ese cáliz: por fortuna comprende muy bien el rey que este matrimonio no se ha contraido para satisfacer sus apetitos (2).

Entre esta dama llena de ternura y orgullosa del esposo elegido por Dios para ella y estas grotescas chocarrerías de los subalternos, hay un contraste que hace poco honor al libertino esposo. Las confidencias trasmitidas por Ruy Gomez están disfrazadas por el secretario Eraso con la idea de convencer al emperador de que corresponde Felipe al amor de su mujer. «¡Alabado sea Dios! exclama Cárlos V engañado por las facecias de los cortesanos de su hijo; Felipe está verdaderamente cambiado (3).»

V.—Conversion de Inglaterra

Las dificultades religiosas se añadian á las complicaciones políticas y á las decepciones conyugales. Dos opiniones dividian á los católicos sobre la urgencia de poner á Inglaterra otra vez bajo la supremacía de la Santa Sede: la reina, el legado Pole y los obispos ingleses se creian en el deber de conciencia de no tolerar un retardo que hacia morir diariamente centenares de ingleses en estado de herejía; al contrario, la necesidad de esperar el momento oportuno de no comprometer el éxito por una precipitacion intempestiva era sostenida por Simon Renard, aceptada por Cárlos V y áun por la santidad del papa Julio III. El emperador continuaba aún reteniendo al legado Pole en el continente de acuerdo con el Padre Santo, temiendo las imprudencias de su piadoso celo.

El cardenal Pole representa en toda su honradez al inglés franco, al católico convencido, al sacerdote leal. Su carácter ha sido mal comprendido por los historiadores protestantes que sólo han visto en él un conspirador y un fanático.

Pero cuando se lee su correspondencia se admira su moderacion en la controversia religiosa y su desinterés en las cuestiones políticas: jamás pensó en hacer valer sus derechos á la corona de Inglaterra, jamás en tomar venganza de los suplicios que habian exterminado á su familia sin formacion de causa, siquiera simulada, sin agravio imaginario siquiera; jamás en pedir la hoguera para los herejes. Si se cree trasportado á los tiempos de las maravillas del Antiguo Testamento, cuando tuvo la fortuna de restaurar por sí mismo la fe católica en Inglaterra, las faltas de habilidad de su entusiasmo no lo impulsaron hasta el crímen, y son en cierto modo excusables en un anciano sacerdote que sobrevivia solo, despues de un largo destierro, á una raza real.

Desde el advenimiento de María habia comenzado el cardenal á reclamar con celo infatigable la vuelta oficial á la fe católica (4): escribe á la reina, al príncipe de España, al emperador y al papa. Al emperador recuerda que nunca es demasiado pronto para comenzar las cosas de Dios (5). Esta es tambien la opinion del obispo de Lóndres, Bonner; segun él, «cuando se trata de la religion, se debe avanzar sin temor.» Pero no es el parecer de Cárlos V, que quiere proceder discretamente á fin de que por pensar hacer bien y precipitarse no se lleve á la nacion á lo que no pueda soportar (6). Ni él ni su hijo quieren comprometer la alianza inglesa y el juego de su política por un interés católico. Estos dos príncipes son los campeones de la Iglesia, siempre que este papel les procure la consolidacion de su autoridad sobre sus súbditos, ó el engrandecimiento de sus Estados; pero no quieren disminuir las probabilidades de preponderancia, disgustando inoportunamente, por intereses puramente católicos, á la nacion inglesa. El honrado Pole pierde el tiempo pidiendo que se le permita volver á Inglaterra; «no será allá recibido sin la vénia del emperador, y podria seguir pidiéndola hasta diez mil

(1) Doc. inéd. pág. 531, del 12 de agosto de 1554. El texto original es más enérgico. «Sabe pasar lo que no es bueno en ella para la sensibilidad de la carne.»

(2) Doc. inéd., pág. 530.

(3) Doc. inéd., tom. III, pág. 533, Eraso á Ruy Gomez, 26 de noviembre de 1554.

(4) Ms. Rec. of., Ven. pap., n.º 756, del 13 de agosto de 1553.

(5) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 282.

(6) Papeles de Estado de Granvela, pág. 287. Véase tambien Ms. Rec. of., Ven. pap., n.º 957, del 26 de octubre de 1554.

años, si no presenta los breves que lo autoricen á consagrar la enajenacion de los bienes eclesiásticos ocupados por el fisco y dados ó vendidos á los particulares. Si la Iglesia intenta reclamarlos, seria el desórden en todo el reino» (1).

Los ingleses, á los ojos del emperador, no dan importancia más que á la cuestion de los bienes de la Iglesia, que se han repartido en donaciones, ventas y sucesiones. Si se ponen en tela de juicio los derechos de propiedad seria una perturbacion en todas las fortunas, un trastorno de todos los títulos de propiedad. Sólo el temor de tales restituciones aparta de Roma á Inglaterra. En cuanto al dogma, segun Cárlos V «se curan poco de ello, no importándoles más una que otra creencia» (2).

Ante esta escéptica inflexibilidad, retrocede el prelado y se vuelve al papa á fin de que lo autorice á dejar de exigir la restitucion de los bienes del clero, pintando el horror de los ingleses á la sola idea de sumision á la Iglesia (3). Refiere que los religiosos llevados por Felipe tuvieron que dejar los hábitos de su órden para no ser arrastrados por el pueblo y muestra la mano de Dios, dispuesta á salvar aquellas pobres almas por un milagro maravilloso, «puesto que ha unido á un príncipe español con una reina inglesa, á fin de que su amor conyugal repare los daños que causara la discordia conyugal entre un rey inglés y una princesa española» (4).

Estas censuras sentimentales y este grito de una conciencia sinceramente católica no obtienen del papa más que del emperador. Los cardenales influyentes de la corte pontificia no están de ninguna manera por acrecentar la autoridad de Cárlos V, temiendo caer ellos mismos más y más bajo su poder, porque, dice Renard, son parciales de los príncipes cristianos y las más veces mezclan las cosas seculares y profanas con los consejos divinos y eclesiásticos (5).

La Sede Apostólica estaba ocupada á la sazon por un hombre que tenia más vicios y ménos virtudes que sus predecesores del siglo XVI. A la muerte de Paulo III, los cardenales, fatigados despues de sesenta y dos dias de conclave, eligieron por adoracion al cardenal di Monte. «El acuerdo fué general, súbito, inesperado; lo que prueba muy bien la presencia del Espíritu Santo,» dice el veneciano Dandolo, fingiendo ignorar que los cardenales Farnesio y Guisa habian unido la víspera sus facciones contra los cardenales españoles (6). Julio III, el nuevo pontífice, inauguró su papado con un acto de antiguo César, promoviendo á cardenal á un niño de ocho años, conocido como su favorito por el apodo de *Prevostino* (7).

Semejante pontífice no podia participar del entusiasmo de Pole, y hubo de intentar explotarlo dando al piadoso legado plenos poderes para resolver la cuestion de los bienes eclesiásticos, pero con esta pérfida restriccion: «Siempre que las soluciones no toquen á los asuntos que deben reservarse á nuestra jurisdiccion y á la sancion de la Santa Sede» (8). No era que Julio III diera grande importancia á lo de hacer justicia á las iglesias desposeidas, pues como escribe el emperador á Simon Renard (9), sabria obrar con moderacion en cuanto á los bienes ocupados, pero que sin embargo, seria preciso que fuera de modo que el resto de la cristiandad no tomara mal ejemplo de ello, y señaladamente que algunos católicos que poseen bienes eclesiásticos no quisieran pretender apropiárselos con tal ejemplo.

El infatigable Pole no puede comprender estas tergiversaciones tratándose de un pueblo; y desatendido por el emperador y por el papa, se dirige á Felipe y le dice: «¿Qué es esto? Pedro llama á vuestra puerta y la puerta permanece cerrada; Pedro huye de las cárceles de Herodes; Pedro llama á la puerta de María. ¿Qué teme María, si Herodes está muerto? A vos, príncipe, os toca consolar á María. Pedro no solicita entrar solo: Cristo está con él. Cristo espera que le abrais.» Tambien alienta el celo

(1) Carta de Damula, embajador veneciano, al Senado. Ms. Rec. of., Ven. pap., n.º 931.

(2) Palabras del emperador citadas por Pole en su carta al papa del 13 de octubre de 1554. Véase Ms. Rec. of., Ven. pap., n.º 952. «Disse che poco curavano questi tali non credendo nè all' una nè all' altra via »

(3) Ibid. «Et quanto sia abhorrito questo nome dell' obedientia della Chiesa.»

(4) Reinaldo Pole, Epist. tom. IV. «Il qual habbia ordinato che si come per discordia matrimoniale d'un Re Inglese et una Regina Hispana fu levata l'obedientia della Chiesa de quel Regno, cosi dalla concordia matrimoniale d'un Re Hispano et d'una Regina Inglese ella vi dowerse ritornare.»

(5) Papeles de Estado de Granvela.

(6) Ms. Rec. of., Ven. pap., 9 de febrero de 1550, n.º 643. La eleccion es del 8 de febrero del mismo año.

(7) Llamábase Innocenzio del Monte, el *Prevostino* por mal nombre. Obtuvo el capelo el 31 de mayo de 1550 (Ibid. pág. 316). El papa acostumbraba tenerlo *in camera e nel proprio letto.* Fué preso en tiempo de Pio IV en 1560, por haber dado muerte á un jóven que se le resistia, y se le confinó en un monasterio. (Leti, lib. XV, pág. 353.) Era la costumbre que el papa diera á su advenimiento el capelo que dejaba vacante á quien y como quisiera.

(8) Bula pontificia publicada por Burnett *(Collectanea)* «Salvo tamen in his, in quibus propter rerum magnitudinem et gravitatem, hæc sancta sedes merito tibi videretur consulenda, nostro et præfatæ sedis beneplacito et confirmatione.»

(9) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 283.

de la reina, y le pondera la gloria de producir hijos espirituales, haciendo de sus súbditos herederos del reino de los cielos; con lo cual podria llamarse verdaderamente *madre de los dioses* (1); ella engendró en su pensamiento este precioso fruto; y ella debe darlo á luz para la gloria de Dios.

Por fin obtiene la autorizacion de embarcarse para Lóndres y de no exigir la restitucion de los bienes eclesiásticos (2). Sube el Támesis en una barca que lleva por mástil su cruz de plata de legado apostólico, y el clero lo acoge con arengas en que le dice: «Tú eres Polo y nos muestras el polo del reino de los cielos» (3). Cuando atraviesa la ciudad, se borra apresuradamente del retrato de Enrique VIII el libro proscrito, la Biblia que tiene en la mano, sustituyéndola con un par de guantes (4). Felipe se adelanta á recibir al legado del papa y lo acompaña hasta Whitehall; Pole ve, en fin, á la reina, á quien dice con ingenua alegría: « Dios te salve, María, bendita eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre» (5).

Esta comparacion sacrílega parece en efecto que no es una ficcion: aquella misma noche se anuncia la preñez de la reina; mas para la exaltada imaginacion del legado, no es ya aquel hijo el nuevo Jesus; es el mismo Felipe. «Es verdaderamente semejante á aquel rey del mundo, que dejó la celestial mansion de su padre para venir á ser el esposo y el hijo de la Vírgen, y á consolar y salvar al género humano (escribe Pole al papa); así este gran rey, heredero de la mayor corona de la tierra, abandona el imperio de su padre para venir á ser el esposo de esta vírgen (6).» Entónase el *Te Deum* en todas las iglesias; una especie de marea arrebata la opinion á la noticia del próximo advenimiento de un príncipe; las dos Cámaras del Parlamento se dan tal y tanta prisa en pedir que se reconcilie la nacion con la Santa Sede, que los delegados de cada una se topan en los corredores, cuando de la una á la otra, quieren dar aviso de este voto. «Señal evidente de que el espíritu de Dios las inspiraba á entrambas al mismo tiempo y con el mismo soplo (7).» El cardenal Pole pronuncia las palabras de absolucion; el clero mismo teme tanto turbar esta alegría, que abandona la propiedad de los bienes de la Iglesia, sin restriccion, pero con una especie de conminacion espiritual. «Que los detentadores de estos bienes tengan siquiera á la vista el ejemplo de Baltasar, rey de Babilonia, que empleó en usos profanos los vasos sagrados, robados no por él precisamente, sino por su padre; que los restituyan, se lo conjuramos por las entrañas de Jesus» (8).

Sin demora, se aprovechó Felipe de esta súbita docilidad para imbuir en los espíritus la idea de una guerra contra Francia (9) y para que se le adjudicara la regencia en el caso en que el príncipe que habia de nacer sobreviviera á su madre; y áun hay miembros del Parlamento que proponen «que el rey continúe siendo rey absoluto, si muere la reina sin herederos» (10) y los obispos reciben instrucciones para «que en todos los oficios divinos que se celebren desde entónces se ruegue por la prosperidad y conservacion de la reina, del rey y de su fruto, á fin de que lo podamos gozar á su tiempo» (11).

Un solo hombre permanece frio en medio de aquel desenfrenado entusiasmo de una nacion entera: el adversario impasible é infatigable de Felipe, Noailles (12). Ni siquiera cree en el embarazo de la reina. Anota puntualmente todos los choques entre ingleses y españoles y las burlas que todos los dias se cruzan de una á otra parte. Nadie denuncia á los ladrones que han hecho desaparecer el equipaje de Felipe. Verdad es que el bandolerismo estaba tan bien organizado en aquella época, que se desbalijaba igualmente al embajador de Ferrara en las afueras de Lóndres (13). Muy luégo las exageradas y torpes pretensiones de los obispos traen una brusca reaccion y puede escribir Noailles: «Están por hoy muy léjos de lo que pensaban hacer seis

(1) «Mater deorum » Ms. Rec. of. , Ven. pap., n.° 958. Pole to queen Mary, 27 octubre de 1554.

(2) Ibid. n.° 962, Pole al Papa. La autorizacion es del 11 de noviembre de 1554.

(3) «Tu es Polus qui aperis nobis polum regni cœlorum.»

(4) Froude, tom. VI, pág. 254.

(5) Epistolæ Tigurinæ, pág. 169. Salkins á Bullinger. «Sanctis Scripturarum verbis abuti non verebatur, sed in primo congressu iisdem quibus matrem Dei salutavit angelus, reginam Polus alloquitur.» Véase tambien *Descriptio reductionis Angliæ*. «Perchè egli havesse potuto dire a S A. come diceva: *Ave Maria gratia plena...*»

(6) Epist. Reg. Pol., tom. V. Véase Ms. Rec. of., Ven. pap., n.° 966, del 30 de noviembre de 1554.

(7) *Descriptio reductionis Angliæ*. «Segno evidentissimo che lo Spiritu di Dio lavorava in amendue i luoghi in un tempo et di una medesima conformità...»

(8) Ley inglesa, *Philip and Mary*, cap. VIII, sec. 31, párral. 1.° y 2.° «Hortantes etiam et per viscera misericordiæ Jesu Christi obtestantes eos...»

(9) *Correspondencia de Noailles*, tom. IV, pág. 76.

(10) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 348.

(11) *Correspondencia de Noailles*, tom. IV, pág. 30.

(12) Correspondencia de Noailles, t. IV, p. 26 El conde de Noailles (Antonio) sólo pudo continuar en la corte de Lóndres hasta junio de 1556, pero supo hacer que se aceptara por sucesor suyo á su hermano el protonotario Francisco; entre tanto desempeñó la embajada, de junio á octubre de 1556, Gil de Noailles. Francisco, nombrado obispo de Dax, llegó en octubre de 1556 y partió en junio de 1557, en el momento de la declaracion de guerra.

(13) Ms. Rec. of., Ven. pap., n.° 928. «Gli ladroni di quel paese...»

semanas ha con este Parlamento, lo que ha disgustado tanto á los reyes, que el 16 de este mes (1) fueron los dos, por agua, á cerrar y terminar el dicho Parlamento, como á las cuatro de la tarde, sin grande acompañamiento ni cosa de ceremonia, mostrando el mayor desagrado.»

Pero no era esto poner fin á las dificultades: los obispos Gardiner y Bonner, á pesar de la oposicion del cardenal Pole, quisieron echar herejes á la hoguera para hacer constar bien sus nuevos derechos. Esta primera persecucion fué bastante benigna, limitándose á quemar vivos á algunos ancianos sacerdotes. La ejecucion de Rogers, uno de ellos, no acabó sin escándalo (2). Cuando fué atado sobre los haces de leña y el verdugo les prendió fuego, «no temieron aclamarlo muchas veces, y hasta sus hijos asistieron consolándolo de tal manera que parecia que lo llevaban á una fiesta nupcial.» Felipe creyó necesario apartar de estos feroces actos sus propios intereses: no pudiendo impedir que Bonner condenara á la hoguera nuevas víctimas, hizo reprobar públicamente en el púlpito á ciencia y paciencia de él, por boca de su capellan Fray Alonso y Castro, este género de asesinatos y los abusos cometidos por los obispos (3). La indignacion del honrado franciscano Alonso y Castro conmovió tambien á Simon Renard, que escribió al emperador invocando su intervencion: Los nobles y el pueblo murmuran, segun se lo he hecho saber al rey por medio de una carta; y preveo que si tal precipitacion no se modera tomarán las cosas un aspecto peligroso (4). Mantiene Renard la repugnancia de Felipe contra los miembros del clero que hacen alarde de su celo de neófitos, y lo excita á exigir que en las cosas de la religion se vaya con tiento y sin precipitacion cuando hayan de imponerse castigos crueles, y que se introduzca la reforma entre los eclesiásticos, tanto más, cuanto que la persecucion excita la exaltacion de los herejes. Muchos han querido ponerse voluntariamente al lado de los que estaban en la hoguera; habiendo preguntado á un burgués si sufriria bien el fuego, contestó que hicieran la prueba, y habiendo traido una candela encendida, puso encima la mano, sin retirarla ni moverla en buen espacio (5).

Las ejecuciones fueron interrumpidas durante cinco meses por influencia de Felipe. Su papel será diferente en otra época: no se le verá entónces poner la dignidad del cristianismo en el horror de las brutalidades; olvidará que se protege á la Iglesia apartando de ella las escenas de sangre; dejará de defender contra los iluminados la vida de sus súbditos. Pero en Inglaterra los intereses de su política le imponen de tal modo el respeto de las opiniones, que se le podria suponer un verdadero sentimiento de tolerancia, en lugar de deseos de triunfos materiales. Su presencia era tan necesaria para extinguir las hogueras, que escribia Renard al emperador, cuando Felipe creyó necesario salir de Inglaterra: En cosas de religion vendrá muy luégo la precipitacion para los castigos crueles, en vez de emplear la moderacion y la mansedumbre requeridas.

VI.—Relaciones de Felipe y de Isabel

Entre las víctimas que le debieron la vida, fuera de aquellos míseros predicantes, la más ilustre, la que protegió hasta el punto de comprometerse, fué su cuñada Isabel.

Desde la conspiracion de Wyatt estaba Isabel encerrada en el castillo de Woodstock y sujeta á vejaciones que le enseñaban cómo sabe una mujer mortificar con arte á una cautiva. Más tarde aplicará ella, todavía perfeccionada, esta ciencia adquirida en sus tristes años de juventud, cuando á su vez tenga bajo su mano á una princesa; pero en la época del casamiento de su hermana con Felipe, estaba reducida á envidiar la suerte de la moza que sin cosa de pena ni inquietud cantaba en el corral del castillo «¡De qué buena gana trocaria mi suerte por la suya!» exclamaba la aprisionada princesa (6). Anhelo desesperado que está uno tentado á ratificar, si compara el destino de estos dos séres: la moza, cuya vida pasará en la sumision y el trabajo, que habrá de defender á sus hijos contra el hambre, pero que en medio de sus instintos de resignacion podrá saborear horas de amor y alegría; la otra, la princesa, entregada desde muy temprano á los arrebatos de un monstruoso egoismo, á las tristezas del aislamiento entre pretendientes que se dirigen á su vanidad, cortesanos que buscan fortuna, ministros que la impelen á una política extremada; arrastrada á la crueldad por las tradicio-

(1) Enero de 1555. *Corresp. de Noailles*, tom. IV, pág. 153.
(2) Noailles á Montmorency, 4 de febrero de 1555, tom. IV, página 173.
(3) Strype. *Memorials*, tom. III.
(4) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 400.
(5) Ibid. pág. 404.
(6) Foxe, parte VIII, pág. 619; Heywood, pág. 147; Wiessener, pág. 292.

nes de su padre, las desgracias de su madre y las asperezas del celibato; obligada á perseguir las más nobles almas y á tronchar las más caras cabezas; lanzada á las aberraciones de la manía, como el terror de la muerte, la creencia en la magia, el ansia de amontonar adornos; reservada, en fin, á una muerte sin consuelo y sin dignidad.

¿Por qué pues, desde su arribo á Lóndres, se apresta Felipe á tomar la defensa de su cuñada? (1) Noailles, siempre suspicaz y burlon, cree que el emperador queria hacer de Isabel un instrumento para que no se le escapara aquella corona en el caso de que la reina no tuviera sucesion (2), y que Felipe queria prepararse contra un accidente, si sucedia, como muchos temian, que la reina su esposa no pudiera librar bien de su embarazo (3). Es probable, sobre todo, que los españoles no hicieron correr á Isabel la suerte de Juana Grey temiendo robustecer los derechos de la tercera heredera, María Estuardo.

María Estuardo era verdaderamente francesa, sobrina del duque de Guisa que acababa de defender á Metz, educada al cuidado de nuestro Enrique II, que la destinaba á su primogénito. Para alejar del trono de Inglaterra á esta princesa, francesa y católica, no veia Felipe, despues de su esposa, más que á la protestante Isabel; y en sus primeras previsiones de la famosa rivalidad entre María Estuardo é Isabel, comenzaba Felipe á descuidar los intereses religiosos, ántes que dar ventajas á los intereses de Francia. Poníase de parte de la princesa, que era la esperanza de los protestantes y aparentaba creer en la sinceridad de su conversion. Su intervencion en favor de Isabel se revela tan claramente, que más tarde (4) hubo de disculparse de haber querido preparar la sucesion de esta princesa al trono y pretendió dar en rostro á los franceses con la reconvencion de haber intentado inducirla á su perdicion comprometiéndola en conspiraciones peligrosas para dejar así libre el campo á la reina de Escocia. Los consejos del príncipe de Orange, que estuvo casi siempre en Lóndres al lado de Felipe, contribuyeron tambien á salvar á Isabel. El conde Ludovico, hermano del príncipe de Orange, creyó mucho tiempo en la gratitud que debia guardarles esta princesa «por los señalados servicios que en otro tiempo recibiera para la conservacion de su vida» (5).

Con todo eso, sólo despues de haber logrado la suspension de las ejecuciones de los herejes, pudo obtener Felipe para la princesa la vénia de salir de Woodstock y presentarse en el palacio de Hamptoncourt. Dispuso que se la alojara allí en las habitaciones del duque de Alba, que acababa de partir, y fué á verla dos veces en secreto, ántes de haber podido decidir á su esposa á recibirla. Estas visitas del rey á su cuñada quedaron ignoradas de todos los contemporáneos, salvo el embajador veneciano y nuestro Noailles, que acechaban los menores movimientos de Felipe (6). Fueron igualmente los que primero observaron la singular fascinacion que ejercia Isabel en el ánimo de su cuñado y el apasionado ardor con que la defendia á contar desde estas misteriosas entrevistas (7). Píntase á Isabel en aquella época llena de seducciones (8), alta y bien formada, y de color moreno pálido que recordaba el de las mujeres del Mediodía; tenia unas manos notablemente bellas, lo que era más raro en Inglaterra que en España, donde las damas las llevaban calzadas siempre de guantes. Su hermana no tenia al parecer celos de ella, despues de su reconciliacion, pues le recomendaba estar vestida lo más ricamente que pudiera cada y cuando fuera á verla su marido (9). Mas por otra parte no dejaba de tener motivos de inquietud. En vano recurria ella tambien á los artificios del tocador, á los vestidos de cola, á las mangas acuchilladas, á los bordados de oro y plata, á las joyas en la garganta y en el pelo (10); no podia impedir que su esposo perdiera todo su prestigio á los ojos de los ingleses, por el poco caso que hacia de ella. No era más fiel tampoco á su esposa española Isabel Osorio, y cantábanse en las calles sus aventuras con la hija de un panadero:

---

(1) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 293.
(2) *Corresp. de Noailles*, tom. III, pág. 236.
(3) Ibid. tom. IV, pág. 82.
(4) *Herrera*, tom. I, pág. 10. «Metiéndola en estos trabajos para que muriendo, quedase desembarazada la sucesion á la reina de Escocia.» *Aubery du Maurier*, Memorias: «La reina Isabel dijo una vez á mi padre que debia la vida al rey Felipe II.»

(5) *La Huguerye, Memorias*, tom. I, pág. 86.
(6) *Carta inédita de Noailles*, encontrada en los archivos de negocios extranjeros y citada por Wiessener, *la Juventud de Isabel*, p. 311. Véase tambien la carta de Giovanni Michieli del 6 de mayo de 1555, al dux. «Non essendo fin ora stata veduta d' alcuno, eccetto che una o due volte da questa Maestà per vie secrete.»
(7) Noailles al rey, 26 de dic. de 1554, *Col. de Vertot*, tom. IV, pág. 82; Giovanni Michieli al dux, 29 de abril de 1555.
(8) *Giovanni Michieli.* «E più tosto graziosa che bella; di persona grande et ben formata, olivastra de complexione, belli occhi, et sopra tutto, bella mano.»
(9) Carta inédita de Noailles, descubierta y citada por Wiessener.
(10) Ms. Rec. of., Ven. pap, Giacomo Soranzo, n.° 937 del 18 de agosto de 1554.

The baker's daughter in her russet gown
Better than queen Mary without her crown (1).

Tambien habia querido dirigir sus galanterías á la hermosa Magdalena Dacre. Era esta una doncella de honor de su esposa, recia, vigorosa y tan alta que les llevaba la cabeza á todas las damas de la corte. Una mañana hubo de ser sorprendida en su tocador, con todo el busto descubierto, por el rey Felipe, que habia notado que el aposento de la doncella tenia una ventana al corredor, en Hamptoncourt, y empujando bonitamente la vidriera, metió el brazo. La robusta inglesa asió luégo al punto una escoba y golpeó con ella el intruso brazo con tal y tanto garbo, que tuvo el rey que retirarlo asaz mohino (2).

Entre tanto la reina pensaba en su alumbramiento, disponia la cuna, buscaba nodrizas, preparaba hasta las cartas que anunciaran á los soberanos de Europa al advenimiento del hijo milagroso. La intervencion de la Providencia estaba demasiado manifiesta para que no fuera un príncipe el fruto de bendicion: las mismas cartas lo dicen. «El dichoso alumbramiento de un príncipe por lo que damos gracias humildemente á Dios (3).» Pasaron los meses y los dolores comenzaron al parecer. A esta nueva se echaron á vuelo todas las campanas de Lóndres, se iluminaron las ventanas, hicieron salvas los buques; se canta un solemne *Te-Deum* en San Pablo, los sermones atraen á los fieles á las iglesias (4), y los sacerdotes reunidos en Hamptoncourt recitan eternas preces junto á la cámara de la reina. Al cabo de algunas noches, se cansan: la crísis se prolonga; y todos se inquietan y asombran y nadie se atreve á decir á la real parturienta que aquella preñez es falsa y sólo efecto de una rara enfermedad. Pasan algunas semanas, María sigue esperando su alumbramiento y permanece doliente, recluida y con las facciones descompuestas; «de dia pasa muchas veces sentada largo tiempo en el suelo con las rodillas á la altura de la cabeza (5);» y estropea dos páginas particulares de su libro de oraciones, á fuerza de leerlas y de estrujarlas entre sus dedos convulsos. El libro existe todavía arrugado y sucio en la hoja que contiene la oracion relativa á las parturientas y en la que se refiere á la unidad de la Iglesia (6). Su esposo habla ya de su partida para volver á los Países Bajos y no cede sino á las instancias de Simon Renard. Ella ha soñado ser amada; siéntese aislada entre su marido español y sus súbditos ingleses; no ve más que ingratitudes. Todo le hace traicion ó la abandona. Dios no realiza el milagro que le parecia tan cierto, no le da el hijo prometido. ¿Qué ha hecho para no merecerlo? Es castigada porque ha cesado de perseguir á los herejes. El obispo de Lóndres, Bonner, se lo hace creer

Moneda de Felipe II (reino de Nápoles)

así; ha cometido el crímen de Saul, que se negaba á exterminar á los amalecitas; y luégo al punto da la órden de continuar la persecucion. Cincuenta personas son quemadas vivas en los tres meses que siguen á su decepcion; abre otra vez su corazon á la esperanza y por espacio de estos tres meses sigue aguardando al hijo suspirado.

Felipe, que ha renunciado desde luégo á esta ilusion, convierte ya los ojos á sus demás Estados: despues de Nápoles y Sicilia le ha cedido su padre el Milanesado, de que hace tomar posesion en su nombre á su embajador en Venecia «D. Luis de Córdova» el cual recibe en esta ocasion de la república una cadena de oro por valor de trescientas coronas (7). Lleva tambien su pretension á adjudicarse el territorio de Siena que acaba de arrebatarse á los franceses y «que le convendria para defender mejor los otros Esta-

(1) Strype, *Memorials*, tom. II, pág. 344, Original papers from Foxe's manuscripts.

(2) Casóse en el reinado siguiente con el vizconde de Montague.—R. Smith. *Life of Magda'en Dacre, viscountess of Montague.*

(3) Muchos ejemplares de estas cartas, con la fecha y el nombre del destinatario en blanco, existen aún en los archivos ingleses anunciando «the happy deliverance of a prince.»

(4) Noailles á Montmorency, 30 de abril de 1555.

(5) Noailles á Montmorency, tom. IV, pág. 342.

(6) Ms. Sloane, 1583, f.° 15. Véase tambien Stevenson, prólogo del Catálogo de los manuscritos foreign Mary, pág. 73.

(7) Ms. Rec. of., Ven. pap., n.° 950, del 12 de octubre de 1554.

dos de que el emperador le ha hecho donacion (1).» Pero su padre se dispone á ir poniendo en sus manos, reino á reino, durante los últimos meses del año 1555, la totalidad de sus posesiones. Anúnciale sus propósitos de abdicacion y lo llama á Bruselas.

Dispuesto á aprovechar esta ocasion para huir de Inglaterra, embárcase luégo Felipe (2), siendo desgarradora para la pobre reina la escena de la despedida. María llora viendo á Felipe besar una á una á las damas de honor; luégo bajar la escalera; y puesta de codos á una ventana sigue, en fin, con los ojos turbados por las lágrimas, la barca que se aleja por el Támesis (3). Si Felipe tiene la caridad de ocultar su prisa de abandonarla, comete en cambio la torpeza de dejársela conocer á sus enemigos; los navíos franceses cogieron algunos dias despues las cartas que escribió en España (4). Nosotros no las tenemos ya, pero el protonotario Noailles, que las leyó en Fontainebleau, avisa á su hermano que segun aquellas cartas, la reina hechizó tanto á aquel buen mozo de príncipe, su marido, que le habia hecho creer, por espacio de un año entero, que estaba en cinta para retenerlo á su lado; por lo cual se halla ahora tan confuso y corrido que ha deliberado no volver, prometiendo á todos sus criados que, si puede verse otra vez en España, no saldrá de ella en tan mala ocasion.

CAPÍTULO III

RIVALIDAD ENTRE FELIPE II Y ENRIQUE II.—1555-1559

ABDICACION DE CARLOS V.—GUERRA CONTRA LA SANTA SEDE.—DECLÁRASE INGLATERRA CONTRA ENRIQUE II.—BATALLA DE SAN QUINTIN.—PÉRDIDA DE SAN QUINTIN.—TOMA DE CALAIS.—CONFERENCIAS DE CERCAMP.—MUERTE DE MARÍA TUDOR.—PAZ DE CATEAU-CAMBRESIS.—VANIDAD DE LOS PROYECTOS DE CONCIERTO CONTRA LA HEREJÍA.

I.—Abdicacion de Cárlos V

Tiempo hacia que Cárlos V estaba preparando su retiro al monasterio de Yuste, y cuando llegó Felipe á los Países Bajos, acababa él de convocar á la nobleza y á los diputados de las ciudades para la solemne ceremonia de su abdicacion en Bruselas.

Esta renuncia del poder hubo de ser motivada por la senectud precoz que consumia al grande emperador. Despues de haber removido á Europa y dirigido la conquista de América, el hombre se sentia desfallecer, reconocíase impotente para el gran trabajo de gobernar tales y tantos Estados en medio de la multitud innúmera de peligros interiores y de enemigos muy á menudo afortunados. No tenia, sin embargo, mas que cincuenta y cinco años; pero los hombres de guerra envejecian presto en el siglo XVI: los excesos de fatiga durante las campañas ó los viajes y la privacion completa, ó poco ménos, de higiene, gastaban rápidamente los temperamentos más robustos. Francisco I y Claudio de Guisa estaban decrépitos á los cincuenta años; Brisac á los cincuenta y siete, quebrantado de achaques, sólo arrastraba dias de doliente ancianidad (5). Hubiérase podido creer que Cárlos V se eximiria de esta ley, como el condestable de Montmorency, por el vigor de su constitucion: habia sido el primer jinete de su tiempo (6) y se habia hecho notable en los circos lidiando toros (7); pero desde la edad de treinta años, comenzó á molestarle la gota (8), cuyos ataques se hicieron luégo muy frecuentes y le obligaron á permanecer encerrado, á negarse á dar audiencias y á mirar con repugnancia la más ligera aplicacion á cosas sérias. Hasta hubo de estar una vez nueve meses sin poder firmar, lo que revelaba una gran postracion intelectual (9), especialmente para

(1) Felipe á Granvela, 4 de julio de 1555. «Conviene á la defensa de los Estados de que S. M. me ha hecho merced.»

(2) El 29 de agosto de 1555.

(3) Todos estos pormenores están anotados por un testigo, Giovanni Michieli, carta al dux, del 3 de setiembre de 1555.

(4) Correspondencia de Noailles, tom. V, pág. 136.

(5) Brantome, *Hombres ilustres*. Véase tambien Guill. de Rochechouart, Memorias, pág. 604; dice que se vió obligado á dejar el servicio del rey á los cincuenta y ocho años á causa de su vejez.

(6) Vera y Figueroa, *Epítome de Cárlos V*, pág. 262.

(7) Relaz. ven. Marino Cavalli, y Contarini. (Alberi, serie primera, tom. II, pág. 60 y 212.)

(8) *Sepúlveda*, tom. II, pág. 528.

(9) Ibid., pág. 539, Matriti, 1780. «Non sine suspicione mentis imminuitæ.»

aquellos que veian de cerca la acumulacion de expedientes y la urgencia de las decisiones. Bien probó cuán poco habitual le habia sido esta inercia recordando á los caballeros del Toison de oro, cuando les hizo reconocer á su hijo Felipe, como gran maestre (1) de la órden, que habia ido nueve veces á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra y otras dos á Africa: luégo anunció su último viaje para ir á sepultarse á Yuste (2).

Tres dias despues se consumó este acto de su abdicacion (3). De pié, apoyado en el hombro del jóven príncipe de Orange, teniendo á su lado á sus dos hermanas, María, reina de Hungría, y Leonor, reina de Francia, resumió en francés á los flamencos reunidos sus cuarenta años de reinado, sus batallas, sus luchas contra los musulmanes, su gran necesidad de reposo. Volvióse luégo á su hijo y «Temed á Dios, le dijo, buscad la justicia, respetad las leyes, proteged la fe.» Y fué interrumpido por los sollozos de todos los circunstantes: él mismo se enterneció y se sentó quebrantado por la emocion.

«Señores, dijo entónces Felipe, que habia conservado toda su serenidad, quisiera saber hablar mejor la lengua de este país (4) á fin de haceros comprender perfectamente el afecto y

Moneda de Felipe II (ducado de Milan)

estimacion que os tengo; pero como no sé expresarme tan bien como seria necesario, cedo la palabra al obispo de Arras que lo hará por mí (5).» El obispo leyó un discurso, la reina de Hungría dimitió el gobierno de los Países Bajos que venia ejerciendo de veinte años atrás y volvieron á comenzar los llantos. Los flamencos que veian partir á un príncipe nacido y criado entre ellos, conocedor de sus intereses, acostumbrado á escuchar á su aristocracia, tuvieron como un presentimiento de los males que les reservaba el nuevo reinado. Se tranquilizaron, sin embargo, por la solemnidad y repeticion de los juramentos que prestó el jóven soberano, pues cada provincia hubo de hacerle jurar el respeto de sus leyes especiales: el Henao, por ejemplo, no lo reconoció por su conde sino despues de haberlo visto jurar «en presencia de los señores de sus Estados y de las reliquias de santa Wauldrud y de las religiosas del capítulo de santa Wauldrud y poniendo la mano en la cabeza y en el cuerpo de santa Wauldrud, que defenderia y guardaria las franquicias, privilegios y usos de las iglesias, nobles y buenas ciudades, y á todos los de este país guardaria y mantendria por la ley y juicio de los pares y hombres de feudo y por los puntos contenidos en sus constituciones» (6).

El 16 de enero siguiente (7), Cárlos V hizo renuncia de las coronas de Castilla y Aragon. Conservó sin embargo el título de emperador dos años más (8), y pudo ántes de embarcarse ratificar una tregua de cinco años ajustada en Vaucelles con Francia. Sus manos trémulas y entorpecidas por la gota apénas pudieron romper el sello de las cartas del rey Enrique II, que le llevaba Coligny (9); con todo, habia querido organizar por sí mismo los preparativos necesarios para solemnizar este acto que dejaba

(1) Mignet. *Cárlos V, su abdicacion, su retiro*, pág. 97.

(2) El poeta español Espronceda *(El Diablo-mundo)* dice tambien:

Y es la historia del hombre y su locura
una estrecha y hedionda sepultura.

(3) El viérnes 25 de octubre de 1555. Véase el acta oficial. *Doc. inéd.*, tom. VII, pág. 524; y Granvela, tom. IV, pág. 486. No puede haber ya duda sobre la fecha.

(4) Noailles, tom. III, pág. 310, habia notado ya que Felipe mal que bien comprendia el francés, pero no lo hablaba. Despues se verá cómo escribia Felipe de su puño y letra en las cartas francesas: «Hágaseme una version en castellano.»

(5) Leti, lib. X, pág. 242.

(6) *Com. roy. d'hist*, tom. IV, de 1852, pág. 353.

(7) El 16 de enero de 1556.

(8) Hasta el 28 de febrero de 1558. Este retardo fué debido sobre todo á los trámites exigidos por la Dieta para proceder á la eleccion del nuevo emperador Fernando. *(Doc. inéd.*, tom. II, pág. 421. Carta de Fernando á Felipe, 24 de mayo de 1556.)

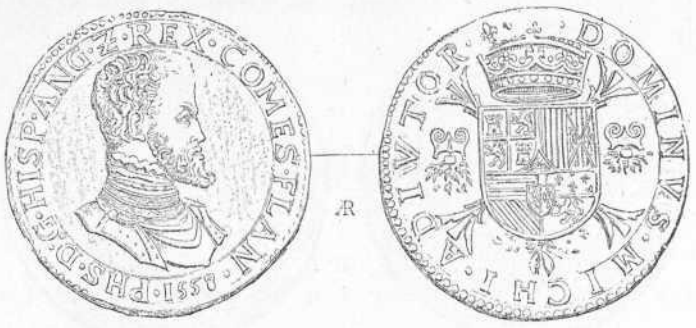
(9) Mignet, *Cárlos V, su abdicacion*, pág. 114.

á su hijo las probabilidades de reinar en paz y reconstituir su hacienda. Tuvo tambien la vanidad de adornar la sala en que fueron introducidos los enviados franceses, con tapices que representaban la batalla de Pavía y escenas de la prision de Francisco I. A vista de esto, el bufon de Enrique II, Brusquet, que seguia á Coligny, corrió á buscar un saco de escudos y arrojó las monedas á los guardias que rodeaban al emperador y al pueblo gritando *¡Largueza!* y los vió á todos disputárselas olvidando los respetos del lugar y del mismo emperador. «Esta farsa fué hecha con tal destreza que los concurrentes, que eran más de dos mil entre hombres y mujeres, se arrojaron codiciosamente, á recoger escudos, llegando los arqueros de la guardia hasta á amenazarse con sus alabardas: la multitud entró en tal confusion, que las mujeres salian desgreñadas de la porfía en que sin distincion de sexos rodaron por el suelo (1),» con gran despecho del emperador y de su hijo.

El 13 de setiembre siguiente se embarcó el emperador en Flesinga y dejó á Felipe II encargado de la soberanía.

II.—Guerra contra la Santa Sede

Inesperadas dificultades comenzaban ya á surgir. El nuevo enemigo no era sino el mismo



Moneda de Felipe II (condado de Flandes)

Padre Santo. El anciano pontífice Julio III, aquejado de las mismas dolencias que el emperador, habia querido combatir su gota con el hambre; pero sólo consiguió matarse á sí mismo (2). El conclave le dió por sucesor á Marcelo II, santo que habia anunciado en el momento de su advenimiento su intencion de corregir abusos. Veintiun dias despues, estaba tambien en el sepulcro por haber cortado y abolido tantas superfluidades de grados y honores (3). Fué reemplazado por Paulo IV, napolitano que llevó al solio pontificio sus resentimientos contra la dominacion de los españoles en su patria. Desde su advenimiento comenzó á hacer negociaciones en Paris para que se rompiera la tregua de Vaucelles. Simon Renard fué el primero que se alarmó (4), porque «la mayoría de los capitanes franceses licenciados han llegado á la corte y ya me han contado que se ha descubierto una práctica que tenian en Italia.»

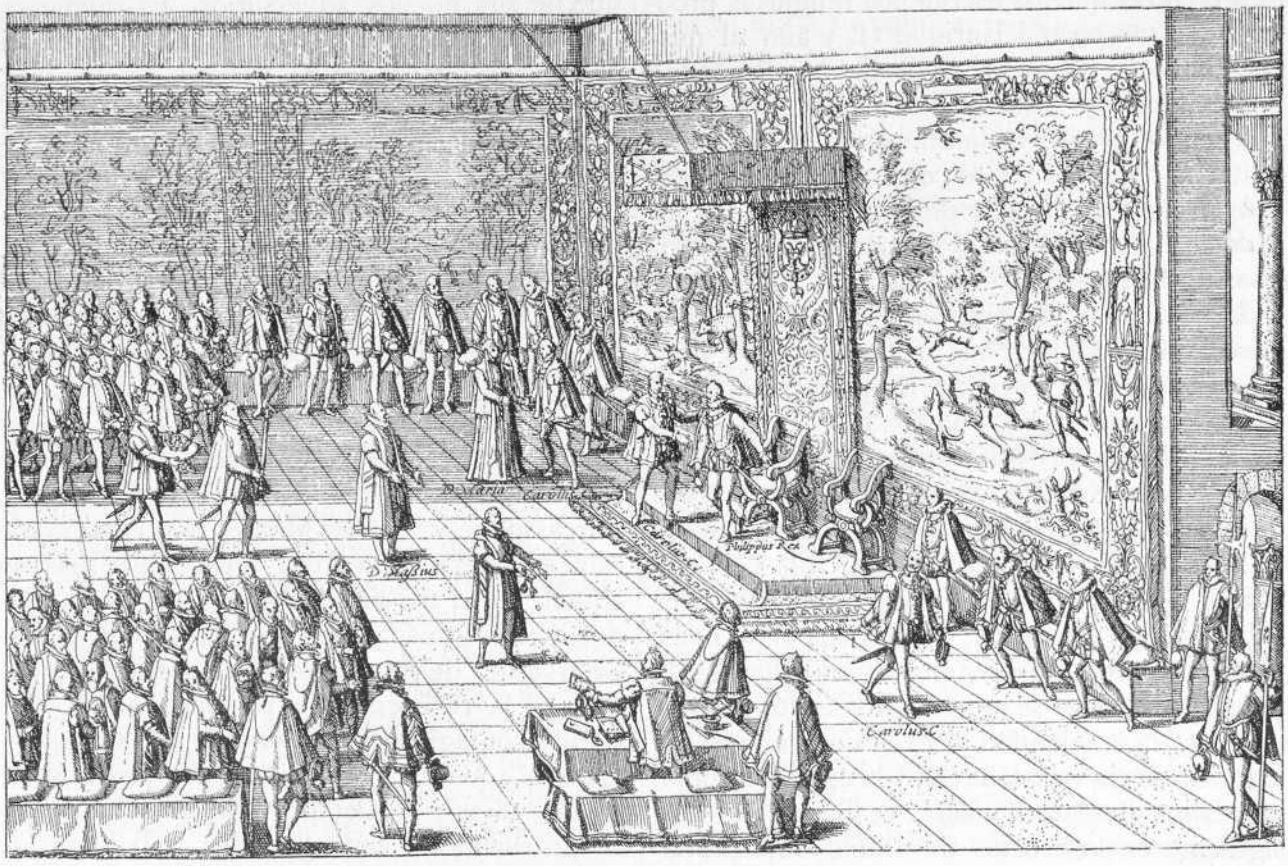
Pero romper una tregua apénas ajustada, reanudar una guerra ántes de que la paz haya reparado los estragos de la precedente, acometer las posesiones españolas sin pretexto ni otra alianza que la de un papa de ochenta años, eran actos de temeridad y mala fe que hacian vacilar á Enrique II. «El condestable que ve el porvenir, que conoce interiormente los negocios del rey de Francia, y no desconoce el estado de su hacienda, y la pobreza del reino, lo inclina á desear la paz» (5). Esta oposicion de Montmorency es vencida por una embajada de un sobrino del papa, antiguo jefe de banda, promovido súbitamente á cardenal. Renard aconseja apoderarse de este negociador á su vuelta á Italia: «si se pudiera sorprender al dicho Caraffa al pasar otra vez por Marsella, seria una gran cosa» (6). Felipe se limita á conservar á los prisioneros franceses de la última guerra destinándolos á galeras (7): los desdichados no saldrán de ellas. Despues no tiene escrúpulos en prohibir la publicacion de las bulas pontificias. Ningun breve de la Santa Sede podrá en adelante penetrar en sus Estados sin su *regium exequatur:* las tentativas de infraccion serán severamente reprimidas, pues escribe á su hermana Juana que gobierna á España en su nombre, para que sean apresados todos

(1) Memorias de Ribier.
(2) Leti, *Vita di Filippo II*, lib. X, pág. 235.
(3) Rabutin, *Comentarios*.
(4) Mayo de 1556.
(5) Papeles de Estado de Granvela, tom. IV, pág. 595.
(6) Ibid., pág. 619.
(7) Ibid., pág. 631.

los barcos que arriben de Roma, ocupadas todas las cartas que traigan y castigados ejemplarmente los que sean portadores de bulas (1).

«El rey hasta ahora ha disimulado y sufrido muchas ofensas de Vuestra Santidad,» escribe al mismo tiempo el duque de Alba, á quien ha encargado de defender el reino de Nápoles (2). —¿Qué quiere hacer el rey vuestro amo?—procura decir aún Montmorency (3).—¿Quiere derribar de su silla á ese pobre anciano? ¿Lo quiere hacer prisionero, como se hizo con el papa Clemente?—Y añade Simon Renard: En esto hay poco provecho para Vuestra Majestad, pues no quiere hacerse papa ni agrandar sus Estados con el patrimonio de la Iglesia.

Nada más desastroso, en efecto, para Felipe II que una guerra con la Santa Sede en una época en que la Reforma parece amenazar á la vez á la autoridad del papa y á la de los príncipes: todos los proyectos de asociacion entre los poderes constituidos, contra los partidarios de las nuevas ideas, quedan aplazados. ¿Con qué derecho presentarse como el jefe militar del partido ortodoxo estando en pugna con el jefe espiritual? El impetuoso Paulo IV manda incoar ya en la curia eclesiástica el proceso del rey de España, llama á los italianos á la libertad y predice «que los españoles perderán sus posesiones y que Italia será emancipada» (4). El rey de Francia, por su parte, toma al fin partido abiertamente por el papa y le escribe (5): «Tendreis en nuestro lugar á nuestro primo el duque de Guisa, portador de esta, y que nos representará como nuestra misma persona.»



Abdicacion de Cárlos V en Bruselas (copia de un grabado en cobre de F. Hozenberg)

Felipe á su vez se proveyó de una consulta en toda forma, firmada por sus teólogos, para tener la facultad de defender sus Estados napolitanos y retener en los demás las rentas de la Santa Sede; obtuvo además la aprobacion de su padre, que en el fondo de su retiro declaró los derechos de España incontestables y justificados á los ojos de Dios y del mundo; y á Felipe no

(1) Cabrera, tom. I, pág. 79, carta del 10 de julio. «Si por ventura entre tanto viniese de Roma algo que tocase á esto, conviene que no se guarde ni cumpla, ni se dé lugar á ello. Y para no venir á esto, haya gran cuenta y recato en los puertos de mar y tierra y que se haga grande y ejemplar castigo en las personas que las trujeren.»

(2) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 666, carta del duque de Alba al papa, 21 de agosto de 1556.

(3) Papeles de Estado de Granvela, carta de Simon Renard del 27 de setiembre de 1556.

(4) Relaz. ven. *Bernardo Navajero*. «Perderebbero li stati et saria l'Italia liberata.»

(5) Ms. Bibl. nac. fr. 3,124, f.° 12. Esta carta, muy curiosa, añade: «Os suplicamos le hableis francamente de todo... como hariais con la persona que le ha hecho entera revelacion de todas sus intenciones.»

responsable de los daños que han de venir, porque forzoso será recurrir al remedio supremo (1). Un empréstito levantado en casa de los banqueros Fugger, de Amberes (2), proveyó de los caudales necesarios, lo que no impidió que el duque de Alba mandara fundir las campanas de las iglesias y conventos de Nápoles para hacer cañones (3).

Verdad es que los escrúpulos religiosos preocupaban tan poco á Enrique II, y áun al mismo Paulo IV, que privados de la alianza de Venecia por las intrigas del nuevo emperador Fernando (4), no vacilaron, por su parte, en solicitar la del gran Turco contra el rey Católico. Enviaron, pues, á Juan de la Vigne á la Puerta á decir al Gran Señor si le parecia bien despachar un buen número de galeras y bajeles (5).

Una expedicion marítima contra cristianos parecia siempre bien en Constantinopla, y muy luégo vinieron á amenazar las posesiones españolas en Orán algunos navíos turcos (6), miéntras una escuadra considerable se presentaba en las aguas de Nápoles, cautivaba en Sorrento mil quinientas personas y toda una comunidad de religiosas (7), haciéndose luégo á la vela con rumbo á Trípoli. Trípoli era el refugio de los caballeros de San Juan, expulsados de Rodas. Despues de una heróica defensa, los fuertes de aquella plaza fueron tomados por asalto y perdidos para la cristiandad. La isla de Menorca fué luégo invadida y asolada (8), y la escuadra turca, tan criminalmente llamada, reapareció el año siguiente en las costas de Italia, desembarcó tropas que tomaron á Reggio, Salerno y Sorrento, y no evacuaron estas ciudades hasta haber sacado de ellas ocho mil cautivos (9).

Las hazañas del duque de Alba no eran, por otra parte, ménos funestas á las poblaciones de Italia. Anagni, la primera ciudad que atacó, recibió la intimacion de rendirse al *futuro papa*, y habiendo intentado defenderse, fué tomada por asalto y entregada á un pillaje tan feroz, que la plaza fuerte de Tívoli hubo de abrir sus puertas para evitar estragos semejantes. Apoderóse luégo de Ostia el duque y privó á Roma de sus comunicaciones marítimas. Era ya tiempo de que llegaran los franceses: el duque de Alba, que habia mandado un cuerpo de ejército en el sitio de Metz y conocia la aptitud militar del duque de Guisa, retrocedió á su aproximacion, evacuó los Estados de la Iglesia y se decidió á quedar á la defensiva para fatigar el arranque de sus nuevos adversarios. El duque de Guisa vengó en los habitantes de Campli los daños sufridos por los de Anagni, y luégo puso cerco á Civitella.

Esta poblacion coronaba una altura y estaba fortificada con muros flanqueados de torres. Los ataques de las ciudades no dan hoy ninguna idea de lo que eran en el siglo XVI. Actualmente las murallas están al nivel del suelo, la poblacion, la ciudad queda casi invisible y á cubierto, los asaltantes se mantienen siempre léjos: las plazas del siglo XVI, al contrario, ostentaban á la vista del sitiador, casi al alcance de su mano, muros cargados de garitas, caminos almenados, torreones macizos y elevados. Carcassonne y Aigues-Mortes han conservado esta arquitectura militar. Irritábanse más en aquella lucha del brazo humano contra la piedra, y más y más se enardecian á la idea de la embriaguez del asalto y de la fiebre del saqueo. Pero si la resistencia se prolongaba, un desaliento contagioso enfriaba el ardor de los sitiadores, que dormian en el duro suelo, carecian de víveres y sucumbian al fin víctimas de las privaciones y enfermedades. El duque de Guisa no tardó mucho en observar los primeros síntomas de abatimiento en su ejército que se fatigaba en asaltos contra Civitella, y no vaciló en levantar el sitio y en presentar la batalla al duque de Alba. «Conocíanse ambos á dos por muy buenos motivos, y por eso Mr. de Guisa no le temia allí ni en ninguna parte. Cuando dos grandes capitanes se han probado una vez en tales encuentros, el que ha llevado la peor parte teme con razon el segundo choque (10). El duque español temió comprometer en una sola jornada la suerte del rey de Nápoles «y con sus dilaciones y entretenimientos nos hizo gastar la pólvora en salvas.»

Durante estas provocaciones, no recibia el duque de Guisa víveres ni refuerzos del papa; sólo sabia que el anciano pontífice exhalaba su cólera en palabras violentas contra los españoles y en protestas sobre la gloria del martirio. «Yo que deseo estar con Jesus, decia, espero

(1) *Legajo de Yuste*, citado más léjos, el emperador á Vazquez, 8 de agosto de 1557. «Forzado será usar del último remedio.»
(2) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, pág. 94.
(3) *Doc. inéd.*, tom. XXIII, pág. 158.
(4) Ibid., tom. II, pág. 247, Fernando á Felipe, 21 de octubre de 1556.
(5) *Negociaciones en Levante*, tom. II, pág. 364. Instrucciones del 13 de noviembre de 1556, donde se dice: «El Padre Santo me ha invitado á darle ayuda.»
(6) *Cabrera*, tom. 1.º pág. 98.
(7) Ibid. pág. 221.
(8) Ibid. pág. 226.
(9) *Leti*, lib. XIII, pág. 301.
(10) *Brantome.*

sin temor la corona de los mártires.» A esta noticia exclamaba el jóven general: «Yo amo mucho á la Iglesia de Dios; pero nunca acometeria ninguna empresa ni conquista, fiado en la palabra y fe de un clérigo» (1).

Muy luégo el de Alba envalentonado, oculta su marcha al ejército francés y se adelanta temerariamente hácia Roma. Dispone al efecto que sus soldados se pongan una camisa sobre su armadura para que se reconozcan en la oscuridad de la noche: y pretende nada ménos que renovar las hazañas del condestable de Borbon. «Sospecho que vamos á entrarla á saco,» hubo de decir á su hijo (2). Pero una súbita tempestad y la lluvia que empapa los caminos defraudan sus cálculos y esperanzas, pues no llega ante los muros de la ciudad eterna sino cuando ya amanecia. Su aproximacion es notada y luégo al punto chisporrotean en las almenas las mechas de los arcabuces, y de allí á poco sale á la escapada por una puerta un grupo de jinetes que corren á prevenir á los franceses acampados en Tívoli. Reconocen los soldados españoles que han perdido la ventaja de la sorpresa y comienzan á inquietarse por el sacrilegio, repitiéndose la leyenda de los antiguos soldados de Borbon: Todos los paisanos nuestros, que se hallaron en el saqueo de Roma, han tenido un fin desastroso (3). Menester es ordenar la retirada ántes de que llegue el duque de Guisa (4).

Este golpe en vago habria podido ser funesto al duque de Alba, si su adversario no hubiera recibido en aquel momento la órden de regresar á toda prisa con su ejército para defender á Paris. La suerte de la nueva lucha empeñada entre Francia y España se decidia en nuestro territorio; el duque de Guisa debió embarcarse para traernos la fortuna, dejando á la república de Venecia el cuidado de reconciliar á Paulo y á Felipe. El duque de Alba entró en Roma no ya como vencedor, sino como penitente: fingió implorar y obtuvo su absolucion; y á cambio de pueriles satisfacciones obtuvo del malhumorado anciano el aislamiento de Francia contra las fuerzas coligadas de Europa.

III.—Declárase Inglaterra contra Enrique II

Fué este uno de los momentos más críticos de nuestra historia. Felipe II se habia aprovechado de los meses en que todos nuestros hombres de guerra se alejaban con el duque de Guisa al seno de Italia, para organizar contra nosotros un ejército formidable.

Observando que era inminente la guerra con Francia, su primer pensamiento fué para su esposa, á quien habia olvidado desde el momento en que creyó que la alianza inglesa no seria ya útil á su política; pero en cuanto conoció la necesidad de reunir auxilios en navíos y gente de guerra que podian prestarle los ingleses, se embarcó para Lóndres, no sin algunos recelos sobre la acogida que le esperaba.

Durante los veinte meses que habia pasado en Bruselas desde su salida de Inglaterra (5), con objeto de recoger las coronas de su padre y negociar la tregua con Francia, habia conservado sus hábitos de amoríos: la reina María no los ignoraba y «por haber oido decir que el dicho señor rey se entretenia con damas más jóvenes que ella, habia caido en una profunda alteracion» (6). A veces tambien se dejaba llevar de una gran desesperacion, «estando poseida de continuo furor por no poder gozar de la presencia de su esposo» (7). Pero se guardaba muy bien de decir nada á Felipe y le expresaba en sus cartas la más humilde sumision, áun cuando se esforzaba en violentar sus sentimientos. Instada por él para que casara á su hermana Isabel con Filiberto, duque de Saboya, comienza María por tímidas súplicas (8): «Señor, de la manera más humilde que me es posible; siendo, como soy, vuestra más leal y obediente esposa, teniendo un marido como Vuestra Alteza, suplico con toda humildad á Vuestra Alteza sea servido de diferir este asunto hasta vuestro regreso...» Interrúmpese aquí, preguntándose los motivos secretos de este casamiento, el interés que puede tener Felipe en atraer á su corte á la jóven princesa; recuerda las misteriosas entrevistas de su esposo con su hermana y la constante proteccion que siempre le ha dispensado. Alármase y añade: «de lo contrario, tendria celos de Vuestra Alteza, lo cual seria para mí peor que la muerte, porque he comenzado ya á sentir grandes inquietudes».

Pero estos mismos celos todavía daban estímulo á su pasion: la reina desdeñada no sabia hablar más que de su esposo ausente ó del hijo que se le habia negado; pasaba los dias enteros

(1) *Brantome. Vida de María, reina de Hungría.* Son poco más ó ménos las mismas expresiones que reproduce Leti, lib. XII, pág. 279: «Che pazzi erano quei principi che si fidavano á preti.»

(2) *Andrea, Guerra de Roma,* pág. 312.

(3) Relaz. ven. Bernardo Navajero.

(4) El 26 de agosto de 1557. Véanse sobre esta campaña Andrea, *Guerra de Roma,* obra confusa y prolija, y la relacion de Bernardo Navajero.

(5) Agosto de 1555.—Marzo de 1557.

(6) Col. de Vertot, tom. V, pág. 172. Carta de Noailles de 22 de octubre de 1556.

(7) Ibid Carta del 7 de mayo de 1556.

(8) Ms. Record office. Esta carta se encuentra en la coleccion Cotton, Titus B. 2, n.º 57.

á solas con su dama de honor, Juana Dormer, casada tambien con un español, el conde de Feria, que habia partido igualmente para los Países Bajos; ó bien escapábase al campo, entraba en la cabaña de los labriegos, buscaba á los rapazuelos, los acariciaba y prometia ser madrina de los que iban á nacer. «Ha gemido mucho la pobre señora, dice Noailles (1); las tribulaciones le han servido de tan ordinario sustento desde los primeros tiempos de su juventud como el pan de cada dia.»

Todas estas tristezas se desvanecieron como

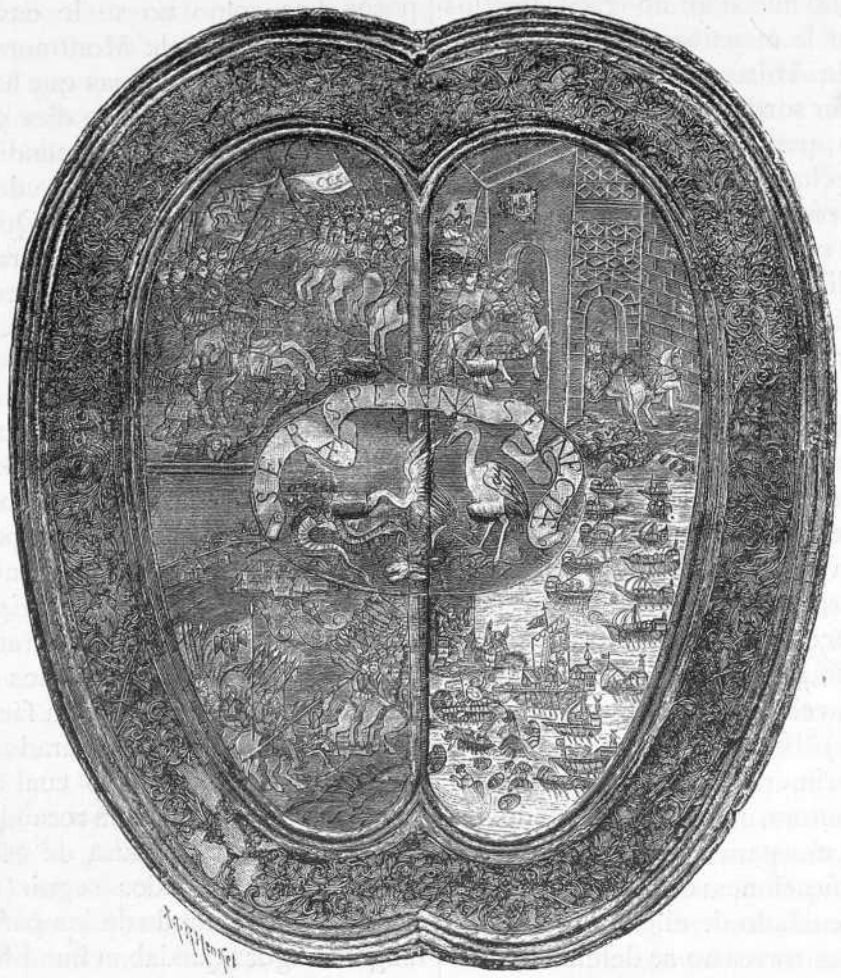
Enrique II de Francia.—Copia de un grabado en cobre de Estéban de Laulne (1510-1595)

por ensalmo tan luégo como Felipe reapareció ante ella. Pero ¿podia ella arrastrar sin pretexto la Inglaterra á una guerra con Francia sólo porque él se lo exigiera? Habia declarado solemnemente á nuestro embajador que creeria ofender á Dios si tal hiciera (2); y cuando Noailles insistia para obtener de ella un acta escrita: «¿Qué seguridad, le contestaba, podeis desear mayor que mi palabra, á la cual he resuelto no faltar miéntras viva? (3).» Pero la palabra dada á un extranjero no podia ménos de olvidarse, cuando se olvidaban los agravios del ingrato que se sometia á su amor. Los abrazos de reconciliacion conyugal decidieron el rompimiento entre Inglaterra y Francia; la amargura que quedaba en el corazon de la reina se derramaba contra su parlamento cuyas resistencias y dilaciones retardaban esta declaracion de guerra, con la cual debia reconquistarse el corazon del

(1) Colec. Vertot, tom. V, pág. 172.
(2) Ibid. tom. II, pág. 339.
(3) Colec. Vertot, tom. III, pág. 39.

esposo. En fin; un heraldo vino á anunciar á Enrique II la ruptura. «Ya preveia yo esta guerra, contestó ligeramente el rey de Francia, como quiera que es la prenda de la sumision de vuestra reina á su marido» (1).

María suministró á su esposo ocho mil soldados y dinero inglés. Felipe reconoció más adelante que «habia recibido siete mil libras y algunas joyas para pagar ciertas tropas alemanas» (2); á estas muestras de amorosa deferencia contestó él con una partida inmediata. Habia llegado allá el 20 de marzo, y se embarcó para Flandes el 3 de julio. María no volvió á verlo más.



Escudo de Felipe II (Armería real de Madrid)

IV.—Batalla de San Quintin

No tomó el mando de su ejército y estúvose en Bruselas y despues en Valenciennes los primeros dias de la campaña (3). Desde léjos dirigió sobre Francia, desguarnecida de tropas, un ejército de más de cincuenta mil hombres (4) al mando del duque de Saboya.

Manuel Filiberto, duque de Saboya, despojado en nuestras conquistas de la totalidad de sus estados (5), tenia entónces veintinueve años. Poseia cualidades que rara vez se adunan, el vigor corporal y una inteligencia muy bien cultivada, indomable fuerza de voluntad y cierta flexibilidad de carácter. Se le habia visto un mes entero sin quitarse la armadura; admiraba á los ingenieros con su ciencia matemática (6); en su correspondencia échase de ver un estilo preciso y á las veces mordaz (7). Para él era la guerra un oficio lucrativo: compraba á los soldados los caballeros prisioneros «á vil precio y

(1) Leti, lib. XII, pág. 280. El 7 de junio de 1557.

(2) Memorias de la real Acad. de la Historia, tom. VII. Carta de Feria del 21 noviembre 1558. «En el hecho era verdad que la reina María le habia dado de una vez siete mil libras y algunas joyas de valor para pagar ciertas tropas alemanas.»

(3) Doc. inéd. tom. IX, pág. 486. Es una Memoria muy curiosa sobre esta parte de la campaña, escrita por uno de los principales oficiales del ejército. El Ms. está en la biblioteca del Escorial.

(4) La mayoría de los historiadores dicen 47,000 hombres; pero no incluyen en este número el contingente inglés de 8,000 hombres que llegaron ántes de la batalla.

(5) Su madre, Beatriz de Portugal, era hermana de Isabel de Portugal, mujer de Cárlos V. «Era orgullosa y estaba infatuada de gloria, como esta; no paró hasta conseguir que su marido declarase la guerra á Francia, de que le vino daño, pues fué despojada de sus Estados y por el despecho de haber sido ella la causa, murió en Niza como desesperada.» Brantome.

(6) Rel. ven. Giov. Francesco.

(7) Papeles de Estado de Granvela, tom. V.

despues sacaba grandes rescates» (1). Los hombres de guerra de su ejército preferian al conde de Egmont, gallardo flamenco de fino semblante. Pertenecian á todas las naciones, españoles, italianos, flamencos, ingleses, del Franco-Condado; pero los alemanes estaban en gran mayoría.

Para contener la invasion, no vacilaron los franceses en tomar la ofensiva: Coligny reunió las guarniciones de Ardres, Boloña y Perona, é intentó entrar por sorpresa en Douai, la noche de la Epifanía (2); pero una mujer vagaba por las murallas, vió echar las escalas y dando gritos de alarma, salvó la ciudad. Con más lentitud se organizó el ejército del duque de Saboya: este tomó á Hesdin, entretúvose luégo en simular un ataque sobre Rocroy primero, y despues sobre Guisa; pero el duque, escribe Felipe, tiene la intencion de volver rápidamente á la derecha y caer sobre San Quintin ántes que los franceses hayan podido guarnecer esta plaza (3). En efecto, el ejército de invasion se presentó de repente delante de San Quintin.

San Quintin era una ciudad «más grande que Madrid con sus arrabales (4),» muy rica, porque «era un almacen de diversas mercancías que se trasportaban á los Países-Bajos (5), y en disposicion de pagar cien mil ducados de impuesto anualmente» (6). Bien que en aquella época fuera una de las primeras ciudades de Francia y próxima á la frontera, no habia pensado en hacer ningunos gastos para conservar ni ménos aumentar sus fortificaciones; el rey por su parte tampoco se habia cuidado de ello. Las murallas estaban ruinosas, las torres no se defendian mutuamente; no habia víveres para más allá de tres semanas; la guarnicion no llegaba á cuatrocientos hombres con ménos de cien arcabuceros. A esta plaza tan desmantelada fué Coligny á encerrarse con algunos hombres y el ingeniero provenzal Saint-Remi, uno de los antiguos defensores de Metz. Desde su llegada vió atacar el arrabal de la Isla, separado de la ciudad por un pantano. Notó Saint-Remi que los sitiadores, emboscados en un grupo de casas techadas de paja, estaban á cubierto de los arcabuces, é hizo lanzar contra aquellos techos inflamables flechas que llevaban unos cucuruchos de papel llenos de azufre y estaban provistos de una mecha encendida. El choque prendia fuego al azufre é incendiaba las casas con asombro de los españoles. Pero su artillería no tardó mucho en hacer inhabitable el arrabal. Coligny lo incendió con los puentes al evacuarlo, y avisó á su tio el condestable que no podria conservar la plaza sino muy pocos dias, como no se le enviaran refuerzos.

El condestable de Montmorency permaneció en la Fère con las tropas que habia podido reunir y que no pasaban de diez y ocho mil hombres. Sin otros recursos pretendia avanzar por en medio del ejército del duque de Saboya, lanzar un millar de soldados en San Quintin y replegarse rápidamente al punto de partida. El proyecto era temerario, pero hubo de parecer fácil su ejecucion en los primeros momentos. El 10 de agosto á las 9 de la mañana, el escaso ejército francés apareció súbitamente al través de las líneas de los sitiadores y estableció una batería de diez y seis cañones alrededor de un molino con bastante fortuna para cubrir de balas á los españoles ántes de que hubieran podido tomar las armas. Filiberto tuvo que abandonar su tienda y retirarse á la del conde de Egmont, miéntras una columna de infantería francesa se dirigia por en medio de los pantanos á San Quintin. Pero el soldado no conserva fácilmente la serenidad cuando se ve aventurado en medio de un ejército numeroso, por lo cual todos se daban priesa en ponerse á buen recaudo tras los muros de San Quintin. A causa de esta precipitacion no podian los soldados seguir las sendas y se desviaban á lo hondo de los pantanos, en cuyas fangosas aguas quedaban hundidos y áun ahogados (7). Con esto, ménos de doscientos pudieron penetrar en la plaza. Montmorency, que veia desde léjos correr á nuestros hombres y empujarse hácia los malecones, no se aprovechó del corto momento de victoria para ordenar la retirada, esperando que llegaran los barcos para llevar por agua á San Quintin los refuerzos; pero los barcos estaban á la cola del ejército y no llegaron sino dos horas largas despues que nosotros (8). El príncipe de Condé y los jefes principales apremiaban al condestable á que replegara el ejército. El anciano los despedia con rudeza y les ofrecia mostrarles *un ardid de antigua guerra* (9); creia que no tenia que temer nada del enemigo, el cual se iba rehaciendo miéntras tanto. «No podian venir contra nosotros á causa de un gran pantano que nos separaba y un rio

(1) Brantome.
(2) El 6 de enero de 1557. Doc. inéd. tom. II, pág. 463, Felipe á Fernando, 9 enero 1557.
(3) Doc. inéd. tomo II, pág. 487, Felipe á Fernando, Valenciennes, 3 de agosto de 1557.
(4) Doc. inéd. tom. IX.
(5) *Rabutin*, Guerra de Bélgica, lib. IX, pág. 689.
(6) Doc. inéd. tom. IX.
(7) Rabutin, *Comentarios*.
(8) Mergey, *Memorias*.
(9) Tavannes. Mergey.

que pasaba por en medio» (1); pantano y rio que cruzaba una calzada; pero «habian asegurado al condestable que no podian pasar por él más de cuatro caballos de fondo» (2); con lo cual se necesitaban lo ménos cuatro horas para tener al frente enemigos que combatir. Miéntras el condestable se fiaba en los informes que le habian dado, el duque de Saboya iba á reconocer por sí mismo el paso, y viendo que admitia hasta cuarenta hombres de fondo, hacia pasar en silencio su caballería y la formaba en órden de batalla sin cosa de precipitacion (3).

Dióse parte de ello á Montmorency «y todavía agrava su falta enviando un escuadron de raitres, gente poco aguerrida, á estar á la mira en el punto más importante» (4). Estos raitres hacen lo que hacian siempre los jinetes alemanes cuando se hallaban en presencia del enemigo; emprender la fuga. El condestable, que «apénas cree lo que está ya viendo», ordena en fin la retirada «esperando aún poder hacerlo sin combate»; pero entónces teníamos ya á retaguardia siete mil jinetes de España y del Franco-Condado vestidos de casaca azul y banda roja. Su jefe, don Enrique Manrique, vacila en acometernos sin prévia órden, ó acaso esperara la infantería, que no habia pasado aún el pantano. Ve detrás de sí esta tropa que avanza con ardimiento (5), y delante «la espalda de los que se retiraban» (6), y no pudiendo resistir á la tentacion, parte al galope con su caballería.

Los más valientes se defienden mal en una retirada: el deber de retirarse justifica al parecer la idea de huir. El conde de Enghien se vuelve sin embargo contra los españoles, manda a decir al condestable que no queria morir por la espalda y cae con once heridas. Los demás, en su mayor parte quedaron muertos ó prisioneros en la fuga. «Difícil es sacar en limpio por dónde y por quién hubo de comenzar aquel desórden, como quiera que acaeció de súbito; fuera de que no hay ya hombre á quien el despecho ó el miedo no se lo haya borrado de la memoria (7).» Nuestros cinco mil mercenarios alemanes rindieron las armas sin intentar siquiera combatir (8); Montmorency recibió un pistoletazo que le rompió una pierna y quedó prisionero, habiendo perdido en la jornada seis mil hombres muertos, seis mil prisioneros, cincuenta banderas, y toda la artillería: el resto del ejército se refugió en la Fère, quedando así Francia completamente abierta al rey de España.

Miéntras se daba la batalla, Felipe II estaba encerrado en Cambray escribiendo cartas (9). Al saber la victoria mandó que echaran á vuelo las campanas de la ciudad y corrió á presentarse á su ejército, no sin cierta confusion por no haber asistido á la batalla, segun así se lo confesaba á su padre en su carta del dia siguiente: «Mi pesar de haber estado ausente supera todo cuanto Vuestra Majestad puede suponer (10).» No ménos pesaroso estaba Cárlos V (11); pero se preocupaba, sobre todo, de las medidas que tomaba su hijo para aprovecharse de aquel prodigioso triunfo, y «todavía tan religioso y medio santo como era, no pudo resistirse á la tentacion de preguntar si aprovechándose bien de la victoria, habia llegado á las puertas de Paris (12).»

Esta marcha sobre Paris, soñada por Cárlos V, fué aconsejada al parecer por el duque de Saboya. Podia creerse fácil hacer prisioneros los últimos fugitivos que quedaban en la Fère y dar un asalto afortunado á las ruinosas murallas de nuestra capital á fin de apoderarse de Enrique II y su familia. ¿Fué sólo exagerada prudencia lo que contuvo á Felipe haciéndole temer, en caso de un revés, una retirada tan desastrosa como las de su padre, que «entraba en Francia, segun frase de su mismo hijo (13), comiendo pavos reales y salia comiendo raíces?» ¿O bien juzgó imposible arrancar su ejército á la rica presa que tenia entre sus manos, la ciudad de San Quintin, privada de guarnicion, abandonada sin esperanzas de socorro y en la necesidad de rendirse acaso el dia siguiente? ¿No hubieran las tropas mostrado más ardor en el ataque de Paris haciéndoles gozar primero las delicias de un pillaje?

V.—Pérdida de San Quintin

Parece prudente este plan, porque rara vez se ve que las plazas sitiadas continúen su resistencia, despues de la derrota del ejército de socor-

(1) Mergey.
(2) Tavannes.
(3) Mergey.
(4) Tavannes.
(5) Doc. inéd. tom. IX, pág. 486. «Y viendo de vista la infantería que marchaba á furia, el dicho Enrique cerró con ellos y luego le siguió toda la caballería.»
(6) Tavannes.
(7) Rabutin, Comentarios, pág. 689.
(8) Doc. inéd. tom. IX.
(9) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, pág. 120.
(10) Carta del 11 de agosto, legajo de Yuste.
(11) Carta de Luis Quixada á Juan Vazquez, legajo de Yuste. «Siento que no se puede conocer de que su hijo no se hallase en ello.»
(12) Brantome. Esta asercion es completamente exacta, pues está confirmada por una carta de Quixada del 10 de setiembre (legajo de Yuste): «Que ya deberia estar sobre Paris.»
(13) Cabrera, libro IV, cap. VIII.

ro. Pero Coligny gritó al puñado de valientes que lo rodeaban: «Si me oís decir algo que se asemeje á cosa de rendicion, arrojadme al foso por encima de las murallas; si entre vosotros hay alguno que hable de eso, haré otro tanto con él (1).» ¡Gloriosa leccion! Una plaza sitiada debe defenderse siempre, áun sin probabilidades de salvacion. Sólo con setecientos hombres contra cincuenta mil se mantuvo Coligny detrás de aquellos arruinados muros el tiempo suficiente para darlo á que viniera la estacion de las lluvias; y cuando sucumbió, las arcillosas tierras (2) de los valles de Aisne y del Oise no permitian ya el paso de la artillería: la campaña estaba terminada; Francia á salvo.

Pero no sucumbió sin hacer pagar cara su derrota. En vez de ocupar la ciudad el dia siguiente de su victoria, tuvo Felipe II que abrir trincheras y extenderlas hasta el borde mismo de los fosos (3), derribando á cañonazos lienzos de muralla, cuya fábrica estaba tan ruinosa que en cuanto se cuarteaban los remates, derrumbábase de suyo el resto, hiriendo y áun matando á muchos sus escombros (4). Cerrábanse las brechas con toneles llenos de tierra, pero no eran posibles las salidas: hubieran sido menester, al decir de los mismos españoles (5), ocho mil hombres para defender la plaza y Coligny apénas tenia la décima parte. El 21 de agosto, once horas despues de la batalla, hizo Coligny salir de la ciudad mil doscientas mujeres para economizar víveres. Los españoles las hubieran recibido bien (6); pero las desgraciadas fueron á dar en el campo de los alemanes y fueron recibidas á arcabuzazos. El dia 25 hay sesenta piezas en batería, y once brechas en las murallas bastante anchas para que puedan dejar paso á tres hombres de frente; pero hasta dos dias despues, el 27 de agosto, á las ocho de la mañana, no se intenta el asalto, que dan, por las once brechas á la vez, diez mil españoles, cuatro mil alemanes y dos mil ingleses. A esta enorme masa se añaden los demás alemanes del ejército, atraidos por la codicia del pillaje (7). Los franceses son setecientos diez, número exacto de los muertos y heridos, y no son exterminados por aquellas masas hasta las tres ó cuatro de la tarde. A esta hora comienza en fin el saqueo tan ansiosamente esperado y se encarnizan hasta con los muertos, á quienes despojan y abren buscando monedas hasta en su estómago y sus intestinos. «Ví, dice un capitan español (8), muertos completamente desnudos, con el vientre abierto y las entrañas fuera: muchos soldados pillaron cerca de dos mil ducados.» Hasta arrancaron la plancha de cobre que adornaba la fachada de la casa de la ciudad (9). El rey habia dado órden de respetar á las mujeres; pero todos los alemanes del campamento, que habian entrado á la zaga de los asaltantes, desnudaban á las mujeres y las palpaban grotescamente para ver si ocultaban dinero, y aún salian bien libradas, pues solian cortarles la cara ó los brazos con sus cuchillos (10). Iban á gavillas de cincuenta ú ochenta, y despojaban uno á uno de su botin á los españoles que acertaban á pasar á su alcance. De este modo tuvieron los alemanes «casi todo el provecho; y si algun español se resistia, lo mataban y se lo quitaban todo. Pero eran tan numerosos que tenian que aparentar los jefes que no lo echaban de ver (11).» Este latrocinio sublevó á los demás nacionales, y el general inglés escribia: «Nadie podia guardar nada con aquellos alemanes, que demostraron tal barbarie como jamás ha producido la codicia del lucro (12).» Cuando se les ordenó que salieran de la ciudad el dia siguiente, prendieron fuego á las casas segun su costumbre y era la mayor lástima, dicen los españoles, ver arder entera una ciudad tan bella (13).

Felipe II creyó ya terminados los desórdenes el tercer dia y entónces hizo su entrada en la ciudad: fué pisando montones de plumas escapadas de los colchones que habian abierto y vaciado buscando el dinero oculto, pasó por entre cadáveres desnudos cuyos restos devoraban los perros, y no pudo penetrar en la catedral que estaba

(1) Coligny, Memorias.
(2) Doc. inéd. tom. IX.
(3) Ibid. pág. 497.
(4) Rabutin, Comentarios.
(5) Doc. inéd. tom. IX.
(6) Ibid.
(7) Ibid. tom. I. «Por codicia del saco.»

(8) Doc inéd. «Despues de muertos y desnudos en carnes, los abrian por los estómagos; yo ví uno que le sacaron las tripas por el estómago.»

(9) Fué restablecida en 1853; vense aún sobre la casa de la ciudad los versos de Santeuil que celebran esta defensa:

Bellatrix i, Roma, tuos nunc objice muros!
Plus defensa manu, plus nostro hæc tincta cruore
Mœnia laudis habent; furit hostis et imminet urbi:
Civis murus erat, satis est sibi civica virtus.

(10) Doc. inéd. «Las desnudaban en camisa y las buscaban si tenian dineros; porque dijesen dónde tenian los dineros, las daban cuchilladas por la cara y á muchas cortaron los brazos.»

(11) Ibid. «Y como hallaban españoles con presa, se la quitaban por fuerza, y ansí fueron ellos los que llevaban más parte del saco, y si algo resistian á no dárselo, los mataban, y tambien se salian con ello. Se disimuló con ellos, aunque lo hacian públicamente.»

(12) Tytler, *Edward and Mary*, tom. II, pág. 493, the earl of Bedford to Cecil: «They had now showed such cruelty as the like hath not been seen for greediness.»

(13) Doc. inéd. tom. IX. «Que era la mayor lástima del mundo.»

llena de inmundicias (1) é infectada. Mandó á la Fère á cuantos quedaban con vida, y entre ellos unas tres mil quinientas mujeres desnudas, hambrientas y heridas. Hubiérase dicho que era aquello otra Jerusalen destruida (2).

Entretenido por la defensa, primero, y despues por el pillaje, Felipe II pudo temer un momento que pereciera de hambre su ejército: todos los carros habian sido ocupados por los alemanes para llevarse el botin y los medios de trasporte faltaban para acarrear víveres. Entre tanto comenzaron las lluvias: irritados con los alemanes, los ingleses abandonaron el ejército; los alemanes mismos, satisfechos de sus hazañas, se vendieron á Enrique II, y vinieron por regimientos enteros á incorporarse al grueso de nuestro ejército en Paris. Todavía pudo Felipe tomar á Castelet, Ham, Chauny; pero el ejército se desbandaba: el mal tiempo hacia correr el riesgo de perder lo que se habia ganado y sobre todo la reputacion (3). El rey escuchó esta advertencia de su fiel obispo de Arras, y volvió á Bruselas, despues de haber acantonado los tercios españoles en sus cuarteles de invierno.

VI.—Toma de Calais

Fué una falta. Siempre es peligroso desarmarse en presencia de un adversario á quien no se ha reducido á la impotencia. Francia no habia perdido en esta desgraciada campaña más que cinco ciudades de Picardía y algunos millares de soldados. Aún poseia sus ejércitos de Italia, sus guarniciones y sus recursos. La moral estaba profundamente abatida, pero un golpe feliz podia levantarla. Así lo comprendió el duque de Guisa cuando volvió de Nápoles, y en su virtud adoptó un audaz proyecto que hubo de sugerirle un eclesiástico. Cuando el protonotario de Noailles, ya obispo de Dax, pero privado de su embajada á causa de las hostilidades, volvió de Lóndres, desembarcó en Calais, y observó sin afectacion esta ciudad francesa de que eran dueños los ingleses hacia doscientos años, echando de ver que las murallas se hallaban en mal estado y que la guarnicion era poco numerosa. El duque de Guisa comprobó estos informes con los que le dieron hombres de guerra experimentados, como Senarpont y Vieilleville; y concentró cautelosamente las tropas que se le reunieron durante los últimos meses del año. Los papeles se habian trocado: á nuestra vez poseíamos un ejército miéntras Felipe II habia diseminado el suyo. Por entre las plazas que él ocupaba pasó Guisa el Somme miéntras se le suponia ocupado en Compiègne con las devociones de Navidad, y apareció á vista de Calais en la madrugada del 2 de enero (4), tomó los fuertes exteriores y dirigió sus baterías contra la ciudadela en la *boca del muelle* (5).

Ni Felipe II ni los ministros de su esposa estaban en disposicion de parar estos golpes fulminantes. Felipe á lo ménos supo enviar de Amberes y de Dunkerque sus barcos para tomar tropas inglesas en Douvres, y trasportarlas en socorro de Calais. Pero los navíos de España no encontraron ningunas fuerzas preparadas para embarcarse. Los ingleses los obligaron á alejarse de sus costas, sintiendo renacer en su ánimo la ojeriza contra una nacion que los habia arrastrado á una guerra cuyos desastres sufrian ellos solos; quejábanse de las condescendencias de su reina para con su marido, de la incapacidad de sus ministros que no habian hecho ninguna reparacion en los muros de Calais y malversaban las diez mil libras votadas anualmente para el mantenimiento de una guarnicion de dos mil hombres. Lord Wentworth, gobernador de Calais, no tenia más que quinientos hombres. Felipe envió á Guines las guarniciones de Gravelinas y de Hesdin, al mando de Benicourt, gobernador del Artois (6); pero el duque de Guisa dirigia las operaciones con tal anhelo, el deseo del desquite daba á las tropas tal ardor, que Guines capitulaba despues de Calais (7). En diez y ocho dias fueron expulsados de Francia los ingleses.

Miéntras nosotros nos rehacíamos rápidamente, pocos dias despues del desaliento de la derrota, Felipe II no encontraba ya más que odio en Inglaterra. A su ofrecimiento de recobrar á Calais con un contingente inglés, contes-

(1) Doc. inéd. t. IX. «Llena de inmundicias y huele muy mal.»

(2) Ibid. «Y me pareció otra destruicion de Jerusalem.» Todos los hechos indicados en la narracion anónima de los Doc. inéd. están confirmados por dos documentos importantes: 1.º La relacion oficial enviada por Felipe II al emperador Fernando el 29 de agosto de 1557 (Doc. inéd. tom. II, pág. 494); y 2.º por el testimonio de Cabrera, tom. I.º pág. 181-191, que tiene casi el valor de una narracion contemporánea, como quiera que el abuelo del historiador tuvo mando de tropas en el ejército sitiador, y su padre fué uno de los primeros que entraron en la plaza.

(3) Papeles de Estado de Granvela: «No veo cómo se puede hazer sin fiarse demasiado en el tiempo tan incierto en esta sazon, por donde se pornia lo ganado en gran peligro y más la reputacion.»

(4) De 1558.

(5) Doc. inéd. tom. II, pág. 514. Relacion oficial de Felipe II al emperador, 19 enero 1558.

(6) Doc. inéd. tom. II. pág. 517.

(7) Calais fué saqueada, á pesar de las órdenes del duque, por los mercenarios alemanes del ejército francés. Véase la misma relacion oficial de Felipe II (ibid. Carta del 19 enero 1558). «Los alemanes comenzaron á matar y á saquear.»

taron con armamentos en las costas, preparados más bien contra él que contra Francia. Indeciso y sin saber qué hacer en Bruselas, daba tiempo al duque de Guisa para que atravesara segunda vez sus líneas y cayera sobre Thionville. Acababa de casarse con el delfin, hijo de Enrique II, María Estuardo, sobrina del duque de Guisa; pero este, sin detenerse en los regocijos, ni desvanecerse con este aumento de favor é influencia en la corte, en veinte dias tomaba la plaza de Thionville. Su plan de campaña parecia amenazar á Bruselas: el ejército de Thionville debia reunirse en Flandes con otro que habia de salir de Calais á las órdenes del mariscal de Termes. Este avanzó hasta Dunkerque, tomó la ciudad, sin poder evitar que sus alemanes la entraran á saco, y llegó hasta Niewport. Pero el ejército español se despertó en fin. Miéntras Filiberto esperaba á Guisa en Maubeuge, el conde de Egmont cortó las comunicaciones del ejército que acababa de saquear á Dunkerque. Embarazados con el botin y obligados á ponerlo en seguridad, los mercenarios del mariscal de Termes quisieron retroceder á Calais; caminaban por la playa y acababan de repasar precipitadamente el Aa, cerca de Gravelinas, cuando se encontraron de manos á boca con las tropas del conde de Egmont: nuestros alemanes clavaron sus picas en la arena y se negaron á combatir (1); y sólo la infantería gascona sostuvo el choque de la caballería española. Indecisa estaba la jornada, cuando doce barcos ingleses (2), atraidos por el estruendo de la mosquetería, se pusieron en línea á lo largo de la costa é hicieron algunas descargas de artillería. Esta inesperada agresion llevó el desórden á nuestras filas; Egmont supo aprovecharse de él y el ejército del mariscal de Termes fué derrotado completamente (3).

A la noticia de esta derrota, retiróse el duque de Guisa sobre el Somme y estuvo maniobrando todo el resto de la campaña á presencia de los ejércitos españoles que Felipe II habia reunido. Respetándose mutuamente, se evitaba por una y otra parte la batalla, cuya pérdida hubiera sido un desastre: con esto se pensó en la paz.

VII.—Conferencias de Cercamp

Agotados sus últimos recursos económicos, veíase Felipe reducido á escribir: Os digo que estoy imposibilitado absolutamente de sostener la guerra; si no hago las paces, estoy á punto de perderme (4). Sus ministros no se hacian la menor ilusion. «No tenemos un real, y debemos á los mercenarios alemanes más de un millon de escudos, sobre lo que se les acaba de pagar á buena cuenta de su antiguo crédito. Si no se hace la paz, ha de verse el rey en el más tremendo apuro en que pueda verse un monarca» (5). Los banqueros de Amberes estaban ya intratables y se veia á los comerciantes de Sevilla valerse de ardides para entrar en posesion de las barras que les llegaban consignadas á Cádiz y que eran retenidas por el fisco. Este último rasgo de audacia hubo de despertar la cólera del moribundo Cárlos V, el cual escribió á su hija Juana ordenándole que cargara de hierros á aquellos avaros mercaderes, los arrancara de sus mostradores á la luz del dia y los enviara al castillo de Simancas; calificábalos en términos tan violentos que el secretario no se atrevió á emplear las mismas expresiones (6).

El viejo emperador veia con despecho desvanecerse el respeto, propagarse las nuevas ideas y hasta corromperse su fiel España. ¿Se permitiria que miéntras se agotaban los recursos en guerras estériles, alentara la herejía las ideas de libertad? Todos los que resulten culpables á juicio de la Inquisicion, escribe á la regente Juana (7), deben ser castigados ejemplar y rigurosamente. Las costumbres se pervierten: el mismo viejo César ¿no habia dado ejemplos perniciosos en su indulgencia con los luteranos de Alemania y en su fragilidad con sus súbditas? Así, él mismo es el primero que se castiga: prohibe á toda mujer acercarse al monasterio á distancia de más de dos tiros de ballesta,

(1) Leti, Tavannes.
(2) Natalis Comes, pág. 252.
(3) El 13 de julio de 1558.

(4) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, pág. 454, Felipe al obispo de Arras, 12 feb. 1559. «Yo os digo que estoy de todo punto imposibilitado de sostener la guerra. So pena de perderme, no puedo dejar de concertarme.»

(5) Ibid. pág. 458. «Si no se hace la paz, yo veo al rey puesto en el mayor trance que rey ha visto jamás.»

(6) Carta del emperador á la regente Juana, del 31 de marzo de 1557, y carta de Martin de Gaztelu á Juan Vazquez, del 12 de mayo siguiente. Estos documentos forman parte del legajo relativo al retiro de Cárlos V en el monasterio de Yuste: algunas de estas cartas se han citado ya en las páginas precedentes. Este legajo de Yuste ha estado mucho tiempo secretamente guardado en Simancas; pero en estos últimos años se ha estudiado con tal detenimiento, que nos es ya conocida la menor circunstancia de aquel período. Se ha utilizado en las obras siguientes:

Don Tomás Gonzalez, *Retiro, estancia y muerte del Emperador Cárlos V en el monasterio de Yuste*, 1847.

Stirling, *The cloister life of Charles the Fifth*, 1852.

Amadeo Pichot, *Chronique de Charles-Quint*, 1854.

Gachard, *Retraite et mort de Charles-Quint*, 1855.

Mignet, *Charles-Quint, son abdication, son séjour et sa mort au monastère de Yuste*, 1856.

(7) Carta del 3 de mayo de 1558. «Para que los que fueren culpados sean punidos y castigados con demostracion y rigor.»

so pena de doscientos azotes (1); azótase él á sí mismo con toda la fuerza de su brazo senil, ensangrentando los nudos de su disciplina en sus rugosas espaldas, y muere en el momento en que su hijo se inclinaba á la paz cediendo á la penuria de sus arcas (2). Encarga en su testamento no pensar ya en otra cosa que en extirpar la herejía, en exterminar á los herejes y reconstituir el órden establecido: tal es su horror á toda idea de cambio en los poderes de los reyes, que se acuerda del pobre rey de Navarra, cuyo abuelo fué desposeido, y habla de restituir el reino, si sabios teólogos, prudentemente consultados, aconsejan el abandono de esta presa (3).

Los mismos terrores fatigaban al propio tiempo el ánimo de Enrique II. Como los burgueses de Amberes y los comerciantes de Sevilla, los burgueses de Paris se sentian al parecer inclinados á las nuevas ideas: varios miembros del Parlamento hablaban de su conciencia; los beneficios eclesiásticos y las pensiones de los cortesanos llamaban la atencion, y era tiempo de asociar los esfuerzos de los príncipes para defender los privilegios constituidos. Los dos reyes de Francia y España estaban, por otra parte, seducidos por la idea de unir las fuerzas de las dos naciones católicas para reprimir toda tentativa de innovacion en la Iglesia; pero Felipe no quiso, por consejo de prudencia, sacrificar los intereses nacionales á la impaciencia de ponerse al servicio del dogma. Enrique II, al contrario, en su prisa de emprender una cruzada contra sus súbditos infieles, se empeñó en las negociaciones con el propósito de no discutir ninguna concesion. El primero estaba sin duda decidido á extirpar la herejía, pero no lo estaba ménos á recobrar sus provincias, posponiendo á esta ventaja la proteccion de las almas que diariamente se perdian; el segundo creia al parecer que nunca seria demasiado pronto para desembarazarse de las conquistas que retardaban el momento de proteger las almas contra la herejía.

Por una curiosa fatalidad los negociadores de los dos adversarios eran respectivamente el fiel trasunto del carácter de cada uno de sus amos. Ambos á dos eran eclesiásticos, como si se hubiera querido demostrar que se ajustaba la paz principalmente en interés del catolicismo; pero el nuestro, el cardenal de Lorena, era un epicúreo vanidoso, un espíritu inquieto sin instruccion política, sin elevacion, sin conciencia; miéntras el representante de Felipe II estaba adornado de maravillosas aptitudes de gobierno: era Antonio Perrenot, obispo de Arras, que fué luégo el cardenal Granvela.

Su abuelo fué herrero en Ornans; su padre era abogado en Besançon. El abogado habia llegado á ser canciller de Cárlos V; habia tenido quince hijos de la burguesa de Besançon Nicolasa Bonvalot, con quien se habia casado ántes de llegar á los honores. El cuarto, Antonio (4), habia recibido á los veinticinco años de edad la mitra de Arras, y desde entónces habia intervenido en todos los negocios. Era dócil, laborioso, exacto: así era como Felipe II deseaba un ministro, y al tomar las riendas del poder, aumentó las atribuciones de Antonio Perrenot. Estos dos hombres tenian las mismas rarezas de genio: gustaban los dos de aplazar las decisiones, de agotar todas las hipótesis ántes de elegir las probabilidades de un partido, de estudiar los inconvenientes de una medida, áun despues de estar ya adoptada. Complacíase al rey sugiriendo objeciones, descubriendo inconvenientes, despertando inquietudes. Granvela era de suyo propenso á esta especie de lisonja. En las negociaciones de paz con Enrique II, se limitó á no ceder nada y á exigirlo todo. Sin embargo, el cardenal de Lorena no podia renunciar á Calais sin renegar de la gloria de su hermano; estaba obligado á conservar para Francia la ciudad cuya conquista era el honor de su casa. Pero esta misma ciudad habia de ser necesariamente reivindicada por Felipe II con la mayor obstinacion, como una prenda recibida de su esposa. No podia borrar sus agravios y rehabilitarse con María, sino devolviéndole intacto su reino. «Sin ninguna duda nos apedrearia el pueblo, decian los enviados ingleses, si volviéramos sin Calais (5).»

Pero un acontecimiento, que Felipe preveia de mucho tiempo atrás, le permitió por fin abandonar sin deshonor los intereses de Inglaterra.

VIII.—Muerte de María Tudor

En medio de crecientes pesares, la reina María llegaba al último término de su enfermedad. Sentíase impotente contra la Reforma, á pesar de los suplicios que habia ordenado; engañada por su hermana, que se conservaba como

(1) Sandoval, tom. II, pág. 612.

(2) El 21 de setiembre de 1558.

(3) Papeles de Estado de Granvela. Véanse tambien las varias piezas del testamento.

(4) Nació el 20 de agosto de 1517. El retrato del canciller Nicolás Perrenot, por Ticiano, y el de Antonio Perrenot de Granvela, por Gaetano, se conservan en Besançon.

(5) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, pág. 319.

una esperanza para los descontentos; aborrecida del pueblo á quien habia arrastrado á una funesta guerra; desdeñada por su marido, cuyo retrato hacia tiras con las tijeras (1), en sus accesos de celos. Y triste y despechada se iba consumiendo (2). Por última vez pidió una entrevista al hombre á quien tanto habia amado, y Felipe envió en su lugar al conde de Feria.

Feria (3) se habia casado con Juana Dormer, dama de honor de María; y algunos meses ántes habia sido ya enviado otra vez á felicitar á la reina por una preñez tan ilusoria como la primera, pero presentada por él, segun las órdenes de Felipe, como un consuelo de la pérdida de Calais (4). Volvió el 9 de noviembre de 1558 con instrucciones redactadas y recopiadas por su amo (5). «Se me ha recibido, escribe (6), como á un hombre que trajera bulas de un papa muerto.» Preséntase el dia siguiente á Isabel, que habita el castillo de lord Clinton á trece millas de Lóndres; cena á su mesa y le manifiesta que Felipe está decidido á reconocerla como heredera de la corona y á declararse «plenamente satisfecho de sus opiniones religiosas (7).» Pero la princesa está muy asida al pueblo y muy confiada que le tiene todo de su parte (como es verdad) y dando á entender que el pueblo la ha puesto en el estado que está; y de esto no reconoce nada á V. M. ni á la nobleza del reino (8). Feria que conoce su vanidad tiene en aquel momento la audacia de contestarle, viviendo aún la hermana, que Felipe habia estado siempre enamorado de ella y que desea darle su mano de esposo, como se comprometa por su parte á defender la religion católica (9). Felipe, replica Isabel, ha sido un marido sin corazon; ha arruinado á Inglaterra, y una nueva union con él no seria del agrado del pueblo: la autoridad del papa le será siempre repulsiva.

Esta afectacion en lo de hablar del pueblo causa grande extrañeza al fiel español, que conserva vivo el recuerdo de aquella noche. Asómbrale, sobre todo, la tendencia á la herejía que no acierta á encubrir la futura reina. El peligro es grave, dice; Isabel se rodeará de protestantes y áun de los comprometidos en las conspiraciones; reune la astucia á la vanidad; todos los traidores y herejes se han levantado de la sepultura para venir á ella. ¿No tiene el rey la culpa? Todos los católicos acusan á V. M., que no ha querido ocuparse de sus intereses.

Siete dias despues dispone María que se diga misa cerca de su lecho; incorpórase en el momento de la elevacion y vuelve á caer ya muerta (10). Un emisario de Isabel, el jóven Throckmorton, que espera en el aposento de una dama de honor, se desliza hasta la muerta, levanta la sábana del lecho, miéntras encienden los cirios,

El cardenal Granvela (copia de una medalla de la época)

y le arranca del dedo, que pocos minutos ántes hacia temblar á la corte, el anillo de oro con esmalte negro que Felipe le habia puesto el dia de su casamiento, y se lo lleva á la princesa Isabel, como prenda de su emancipacion y poder (11).

El primer acto de la nueva reina fué la ocupacion de los papeles del cardenal Pole, muerto el mismo dia precisamente que la reina María (12). Pero, á pesar de sus bravatas delante de Feria, comprendió que su autoridad podia ser puesta en tela de juicio, pues duraba todavía la guerra contra Francia y Escocia, estaba exhausto el tesoro, y los católicos podian caer en la tentacion de proclamar á María Estuardo. Decidióse, pues, Isabel á conservar, áun á costa de simuladas condescendencias, la proteccion de Felipe II, y áun á fingir la intencion de mantener el culto católico. No era todo doblez en estas aparien-

(1) Inés Strickland, *Lives of the queens of England.*

(2) Relaz. ven. Michele.

(3) Se llamaba don Gomez Suarez y Figueroa. Obtuvo el título de duque de Feria en 1567.

(4) Real Acad. de la Hist. tom. VII, pág. 251. Instruccion del 21 de enero de 1558. Todavía tiene el rey la singular idea de afirmar que los franceses hubieran quitado la plaza de Calais á los ingleses «aun cuando no estuvieran aliados con él.»

(5) Stevenson, Prólogo, *Foreign Elizabeth*, tom. II, pág. 12.

(6) Mem. real Acad. tom. VII, pág. 254, año 1832, publicacion de M. Gonzalez.

(7) Ibid. «Muy contenta.»

(8) Ibid. pág. 254.

(9) Mem. real Acad. tom. VII, pág. 259.

(10) El 17 de noviembre de 1558, á las 6 de la mañana.

(11) *Ms. Rec. of domestic. Elizabeth*, tom. I, núms. 4 y 10; 18 nov. 1558.

(12) Ibid. *Throckmorton to the queen.*

cias: al lado del deseo de conservar una alianza útil y recobrar á Calais, habia cierto apego á las ceremonias de la Iglesia católica y á sus máximas favorables á la autoridad absoluta de los príncipes; habia además los instintos de la jóven sin corazon á quien lisonjeaba la peticion en matrimonio del soberano más poderoso de Europa.

Isabel de Inglaterra
(Copia de un retrato pintado por Franz Forbus de Aelteren (1540-1580)

Esta peticion fué dirigida por Felipe en cuanto Isabel le hubo anunciado en latin muy elegante la muerte de su hermana. Al mismo tiempo le hizo donacion de toda la pedrería preciosa dejada por la difunta, sin retener ni áun la que le pertenecia personalmente (1). Por mediacion de Feria hubo de entablarse un curioso diálogo entre las dos Majestades. Habiéndose hecho proponer por esposo, tiene Felipe buen cuidado de declarar que sus viajes á Inglaterra no podrán ser frecuentes ni duraderos. La demanda de su mano, dice á Feria (2), es sólo en interés del servicio de Dios: la peticion ha de hacerse verbalmente y no por escrito.—Pero seria preciso consultar á mi parlamento, replica Isabel (3).—El conde, añade Felipe, deberá plantear francamente la cuestion religiosa.—Temo mucho que esta union sea imposible, exclama entónces la reina, porque mi conciencia se resiste á pedir al papa las licencias necesarias.—Por más que sienta ver fracasado

(1) Cabrera, tom. I, pág. 248.

(2) Real Acad. de la Hist. tom. VII. pág. 263. «Solo porque creo hacer en ello un servicio grande á Dios.»

(3) Ibid. pág. 264.

un proyecto que tanto me lisonjeaba, concluye Felipe, y parecia ser de suyo tan favorable al bien público, una vez que la reina no admite igualmente su necesidad y en la creencia de que una buena amistad dará los mismos resultados, quedo pagado y contento (1).

Cada uno de ellos habia, en efecto, logrado sus fines en esta especie de coquetería de dos meses: Isabel se habia hecho aceptar por los católicos ingleses en razon de este apoyo de Felipe II; y Felipe habia evitado una inteligencia secreta entre Inglaterra y Francia: tambien habia encontrado un pretexto decoroso para abandonar á Calais.

IX.—Paz de Cateau-Cambresis

Enrique II conocia los manejos de Felipe II para arreglar sus negocios en Inglaterra y ver de obtener la mano de la nueva reina (2); pero declaraba al mismo tiempo: «Estoy resuelto á no firmar jamás ningun tratado, por el cual se me escape de las manos la plaza de Calais (3).» A los comisarios ingleses les pareció duro haber de pagar tal precio por una guerra que su país no habia consentido. «No nos toca á nosotros que no hemos provocado la contienda, decian (4), pagar sus gastos ni ménos pagarlos con semejante joya.»

Isabel renovó los empréstitos en casa de Lázaro Fucker en Amberes (5) y quedó prevenida contra los franceses «que quieren separarnos de los españoles, dice su enviado (6), para cantar luego *¡Io Pæan!* pero mi gramática me enseñó en otro tiempo: *fistula dulce canit volucrem dum decipit auceps.* Cantaron en tiempo de Enrique VI con tanta armonía á los oídos de Felipe de Borgoña, que lo apartaron de nuestra alianza para obtener lo que deseaban. Son hombres ingeniosos de los que echan huesos entre amigos. El cardenal Bellay, el más maligno colega de todo el colegio romano, persuadió á Enrique VIII de que era su amigo y su flauta pareció tan melodiosa que lo arrastró contra España.»

Las conferencias iniciadas en Cercamp se continuaban en Cateau-Cambresis: el duque de Guisa habia vuelto á la corte el 27 de octubre (7), y el armisticio se habia prolongado sucesivamente desde aquella época (8) sin que las partidas de caballería se abstuvieran de hacer presas por una y otra parte (9), y sin que los plenipotenciarios llegaran á entenderse. Finalmente Isabel, que se veia amenazada por los escoceses, se decidió á una concesion bastante rara: propuso, pues, que el hijo que tuviera del marido incógnito con quien habia de casarse, se casara á su vez con la hija que naciera del matrimonio entre el delfin y María Estuardo, y recibiera á Calais como dote de esta esposa imaginaria (10). Esta combinacion fué abandonada por otra, que no era ménos extraña: Calais debia continuar en poder de Francia por espacio de ocho años, y ser devuelta á los ingleses, pasado este término, ó rescatada por quinientos mil escudos. Al tenor de estas bases se firmó el tratado con Inglaterra el 2 de abril de 1559, y con España el dia siguiente. Francia satisface á mayor precio las exigencias de Felipe II, y tiene que devolver al duque de Saboya todos sus Estados, salvo Pignerol y Saluces; Siena á los Médicis; Córcega á los genoveses, perdiendo hasta doscientas plazas fuertes (11).

Esta derrota diplomática desesperó á nuestros hombres de guerra, y hasta los mismos extranjeros quedaron asombrados. Los franceses, decian (12), han perdido de una vez todo lo que Enrique II y su padre habian ganado á costa de tantos esfuerzos, y hecho manifiestos el poder y fortuna de España. Puede decirse que no hay en nuestra historia acontecimiento más vergonzoso. La verdadera causa de este desastre no ha sido nunca exactamente conocida: Enrique II no se vió en rigor obligado á firmar la paz por la falta de recursos, porque á la sazon escribia al condestable: Para el año que viene tengo tantos ó más medios que este (13). Probablemente los escrúpulos religiosos hubieron de influir principalmente en el ánimo del rey para producir este desfallecimiento de patriotismo. Enrique II entregó nuestras doscientas plazas fuertes á fin de quedar más libre para destruir

(1) Real Acad. de la Hist. tom. VII, pág. 266.
(2) Gail, Cartas inéditas de Enrique II, pág. 31.
(3) Enrique II á M. de la Vigne. Negociaciones en Levante, t. II, pág. 542.
(4) Ms. Rec. of. foreign Eliz. t. I, n.° 6, 18 nov. 1558 «That began not the fray, bear the burthen and the loss, and such a jewel as Calais is.»
(5) Ibid. n.° 42.
(6) Ibid. n.° 221 Wotton to Cecil, Bruselas, 9 enero 1559.
(7) Mis. Bibl. nac. franc. vol. 3128, f.° 158. Carta de Sansac á Humières del 27 octubre 1558.
(8) Ibid. Carta del 28 de octubre.
(9) Ibid. Carta de Aubespine á Humières del 26 de diciembre.
(10) Papeles de Estado de Granvela, t. V, pág. 468.—Ms. Rec. of. n.° 321 y 322.—Forbes, State papers of Elizabeth. t. I, p. 54.
(11) Los despachos, poderes y piezas del tratado de Cateau-Cambresis están en la Bib. nac. Ms. franceses 3153, todo el volúmen, y 3156, fs. 13 y 89.
(12) Cabrera, tom. I, pág. 259.
(13) Gail, Cartas inéditas de Enrique II, p. 27.

á los reformados, diciendo «que no se tranquilizaria nunca su conciencia ni creeria en seguridad sus estados, miéntras no viera su reino limpio de tan maldita peste (1).» Pero puede creerse con Felipe II que tuvo por tentador en tales actos al condestable de Montmorency. Acabo de poner en libertad á Montmorency, escribe Felipe al duque de Feria (2), para arruinar en Francia la influencia de los que quieren continuar la guerra: desde su regreso no tendrán ya los Guisas tanta mano en la política ni en la gobernacion del reino.

Cogido en las intrigas de sus cortesanos, creyó Enrique II que salvaba á lo ménos el honor, cubriendo este abandono con el nombre de dotes á nuestras princesas: dió la mano de su hermana al duque de Saboya y ofreció la de su hija mayor á Felipe II. Este ofrecimiento fué aceptado, no sin altivez. Nos ha parecido mejor, escribe Granvela (3), decirles francamente que áun cuando Vuestra Majestad haya estado siempre duro y difícil en recibir persuasiones para volver á casarse, no embargante, habiéndole hecho presente el deseo del rey Cristianísimo, se habia resuelto á condescender, para mostrarle su bueno y sincero afecto. Felipe, sin embargo, acababa de probar á la nueva reina de Inglaterra que no era tan duro en esto de recibir persuasiones de este género. «No estaba Felipe, exclama Isabel de Inglaterra, ofendida de este aceleramiento en aceptar la mano de la princesa de Francia (4), no estaba tan enamorado de mí como lo queria hacer creer; no ha tenido paciencia para esperar cuatro meses; yo no he dicho nunca que no formalmente.»

Era necesario insistir en los siete ú ocho meses en cuyo decurso fueron preparadas y discutidas estas negociaciones: desde luégo, porque durante este período aparece Felipe con todas sus cualidades de tenacidad, de aplicacion al trabajo, de fidelidad á sus aliados, prueba que sabe aprovecharse de las faltas de sus contrarios y reparar los reveses de sus armas; pero tambien porque de aquella hora datan los descontentos en Francia, los gérmenes de guerras civiles y la ruina de nuestra preponderancia. Por haber cedido nuestras conquistas de los veinte años precedentes estamos condenados á sufrir hasta fines del siglo la influencia del extranjero.

(1) Pont. Payen, *Memorias*, tom. I, cap III.
(2) Real Acad. de la Hist. tom. VII, pág. 260.
(3) Papeles de Estado de Granvela, tom. V. pág. 580.
(4) Memorias de la Real Acad. de la Hist. tom. VII, pág. 268: «Hasta el punto de decir redondamente que no.»

X.—Vanidad de los proyectos de concierto contra la herejía

Antes de volver para siempre á España, prolonga Felipe su residencia en Bruselas despues de la paz, para acabar las tres grandes empresas que han ocupado su atencion por espacio de cinco años (5): el restablecimiento de su autoridad en la corte pontificia, la conservacion de la alianza inglesa y la intervencion en los negocios de Francia.

El viejo Paulo IV estaba muy ocupado en las intrigas y crímenes de sus sobrinos para renovar sus querellas con España. Uno de estos aventureros á quien habia investido el ducado de Palliano, usurpado á la familia de Colona, hubo de casarse con una rica heredera, y luégo acusó á su esposa de adulterio con un pariente suyo, llamado Marcelo Cápice: vacilando en matarla, su hermano el cardenal Cárlos Caraffa le echó en cara este escrúpulo, y los dos estrangularon, en presencia de su hija Antonia, á la jóven duquesa, que estaba en cinta y que resultó al fin inocente en virtud de un proceso ulterior (6): en cuanto al pariente, supuesto cómplice, se le encerró en un calabozo de Soriano, se le sometió á cuestion de tormento, y guardando silencio murió en el potro. Fué invitado el papa por Felipe á castigar á sus sobrinos, pero el anciano sucumbió en un arrebato de cólera. Aquella misma noche (7) «el pueblo romano creyó que podia poner fin á los procedimientos de la inquisicion que perseguia otros delitos que la herejía, y puso en libertad á los sospechosos.» Este motin inquietó á Felipe y lo afirmó en sus proyectos de prestar ayuda al Santo Oficio; pero no debió estar ménos disgustado de un escándalo que ofreció la Bolsa de Amberes. A la nueva de la muerte de Paulo IV, los banqueros de Amberes improvisaron una lotería á tres escudos por cada uno de los nombres de los sesenta y tres cardenales: el billete del cardenal que fuera elegido papa debia ganar el premio: algunos negociantes hicieron sus apuestas en favor de ciertos nombres (8).

El nuevo papa elegido, Pio IV, se mostró favorable á los intereses de España, durante los seis años que duró su pontificado.

Felipe II supo particularmente hacer que lo se-

(5) Desde julio de 1554, partida de España á Inglaterra, hasta agosto de 1559, regreso á España.
(6) Ms. Rec. of. n.º 1287, Challoner to Cecil, 31 ag. 1559.—Natalis Comes, pág. 262.—Leti, lib. XIV, pág. 325. Estos crímenes fueron castigados dos años despues.
(7) Ms. Rec. of. n.º 1287. Challoner to Cecil.
(8) Ibid.

cundara en su política relativa á Inglaterra. Hay esperanzas, le escribia (1); no obreis contra la reina miéntras yo no os avise, ni tomeis ninguna medida sin consultarme. La reina, por su parte, no ahorraba medios para conservar el apoyo moral del rey de España. «Soy tan católica como vos, decia al embajador de Felipe (2): pongo á Dios por testigo de que mi fe religiosa es la de todos los católicos de mi reino», y presentaba como prenda de su fe el crucifijo que habia en el altar de su capilla y los ornamentos sacerdotales de sus capellanes (3): así los desterrados del último reinado comenzaban á escandalizarse y se indignaban de ver que despues de cuatro meses, aún toleraba Isabel la ceremonia de la misa (4) y la supremacía de la Santa Sede, como si Polo estuviera todavía en pié con su cruz de legado apostólico. No era menester ménos para contener su santa cólera que la destreza y doblez del nuevo ministro, William Cecil.

Cecil parecia á los españoles, «brutalmente» inglés; y lo juzgaban de «hombre astuto, falso, mendaz, trapacero, hereje y orgulloso con los extranjeros» (5). Aunque laico, habia sido rector de una parroquia en las cercanías de Lóndres (6), y despues se hizo católico en tiempo de la reina María dando mucha publicidad á su abjuracion; pero luégo que Isabel subió al trono, no ocultaba ya su pasion por los intereses de la Reforma. Casi todos los ingleses pasaron en aquella época por semejantes oscilaciones. ¿Hay que creer con Renard y Noailles que la ventaja del momento decidia estas apostasías?—El fervor religioso, como suele creerse, es un móvil más poderoso que el amor á la patria, ó que el sentimiento del derecho, ó que las sugestiones del interés personal; sin embargo, la fe, áun la más firme, no resulta las más de las veces, sino de la educacion, ó del hábito, ó de los incidentes de una lucha: la de los ingleses del siglo XVI era maleable al gusto del soberano, porque el respeto á la autoridad monárquica era la primera necesidad de todas las clases de la nacion, en un momento en que se acababa de salir de las matanzas de cien años de guerras civiles. El desarrollo inmediato de la riqueza pública ligó al pueblo á su bienestar y á la dinastía, que afianzaba la seguridad interior. Esta lealtad permitió á María probar á combatir la Reforma; pero no es dudoso que las pasiones populares quedaban profundamente empeñadas en el protestantismo. Isabel supo comprender la fuerza que le darian sus halagos á este instinto nacional, y se dejó llevar por el pueblo á la Reforma. Pero lo más extraño es que, comprendiendo Felipe, tan bien como ella, lo irresistible de este movimiento de reflujo, se decidió á utilizarlo en favor de su política. Si los ingleses son perdidos para la Iglesia, su inevitable apostasía puede á lo ménos ser útil á Felipe II. Hay que defender á Inglaterra contra Escocia y Francia, como defenderíamos á Bruselas, escribe Granvela (7), que con su amo, queria tener á raya más bien á Francia que á la herejía. Por odio á Francia, sostiene el rey de España á los protestantes de Escocia que se rebelan contra el trono católico de nuestra delfina María Estuardo; por odio á Francia ayuda á consolidar en Inglaterra la autoridad de Isabel, que restaura el culto reformado, y esteriliza las pretensiones de María Estuardo. Entre la herejía y Francia, áun en el momento de firmar las paces con Francia para extirpar la herejía, prefiere Felipe II la herejía. Y no es ciertamente por error; no se deja engañar por las casullas y crucifijos de Isabel; conoce en sus más leves pormenores lo que son sus creencias religiosas, sus intenciones políticas y áun sus más secretas enfermedades (8); pero hace la vista gorda para no ver estos disfraces, entregado íntegramente á su odio contra la familia de los Guisas (9). Desde el principio se yergue como enemigo de estos Guisas, que muy pronto serán sus más firmes auxiliares en el extranjero; fortalece el poder de Isabel, cuyo odio va á acumular los reveses en la segunda mitad de su reinado, y se desentiende de los progresos de la Reforma, áun en los Países Bajos, hasta el mes de su partida: «Cuando haya partido, dice el agente inglés (10), y se aplique á preservar del protestantismo á España, podrá encontrar á su regreso muy adelantado á Flandes.»

(1) Felipe á Feria, mayo de 1559, despacho en Froude tom. VII, pág. 83: «Y que hasta ver lo qual yo avisaré á Su Santidad, no innove cosa ninguna.»

(2) Cuadra al obispo de Arras, 9 oct. 1559, *ibid.* pág. 246. «Que era tan católica como yo y que hacia á Dios testigo de lo que creia, que no era diferente de lo que todos los católicos creian.»

(3) Ibid. pág. 145. Cuadra al obispo de Arras, 9 oct. 1559. «La reina mandó que se pusiera en el altar un crucifijo, y el domingo hubo vestimientos y clérigos vestidos como nosotros usamos.»

(4) *Epist. Tigur.* 26 marzo 1559. Jewel á Pedro Mártir.

(5) Teulet, tom. V, pág. 47. Relacion del embajador Guerau de Espés. «Hombre de baja parte, pero muy astuto, falso, mentiroso y lleno de todo engaño.»

(6) Wimbledon.

(7) El 5 diciembre 1559.

(8) Ms. Rec. of., n.° 1116. Challoner to the queen. «No, I ween, under your Grace's pardon, about your person.»

(9) Ibid. «The greatest enemies ye have, verily the house of Guise. Take heed of them. If the king my master, quod he, would have given assent to their offers, ye had heard of them this time.»

(10) Ibid. «Whem he is once departed, it may chance whilst he studieth to keep Spain pure from protestantship, he may find Flander at his return well adwanced.»

Enrique II conservaba con mayor sinceridad los sentimientos religiosos que lo habian determinado á la paz. Estaba preparando una espedicion al Poitou y á la Gascuña para exterminar á los protestantes (1); asistia personalmente á la ejecuciones en París, ejemplo que ya le habia dado su padre (2); tenia audiencia real para dominar la oposicion del Parlamento que temia la competencia de los tribunales eclesiásticos: allí, el consejero del Bourg se atrevió á reclamar contra las enormes rentas de los cardenales franceses.—¿Venis á echarnos bravatas? exclamó indignado el condestable (3). Pero el digno magistrado continuó su discurso contra los abusos, y por la noche fué reducido á prision con otros dos consejeros y un presidente. Este acto de vigor quebrantó la resistencia de los parlamentos. Pero Enrique II meditaba una empresa más gloriosa aún: en la ingenuidad del celo con que acababa de inflamarse por la religion, creyó buenamente que Felipe II iba tambien de buena fe en sus declaraciones contra los protestantes, y le propuso una cruzada contra Ginebra, la ciudad infiel. El condestable fué por su parte á ver al duque de Alba, recien llegado á Paris (4).—Menester es que los dos

Medalla de la coronacion de Isabel de Inglaterra. — (Mitad del tamaño natural)

reyes se concierten para destruir esa sentina. Arrasada Ginebra, no tendrán ya guarida los fugitivos.—Más práctico seria, respondió friamente el de Alba, estudiar los medios de evitar que se reunieran allí.—Aquellos españoles sabian resistir las pasiones contrarias al interés de su país; en ellos estaba la fe subordinada al patriotismo. El duque de Alba comprendió desde luégo que no se hubiera podido atacar á Ginebra sin irritar á los suizos, sin inspirarles la tentacion de invadir el Franco-Condado y de cerrar á los españoles el paso de los Alpes, necesario á las comunicaciones entre el Milanesado y los Países Bajos. Acaso tambien la política española veia ventajas en dejarnos la peligrosa vecindad de aquel foco de herejía, con la idea de atizar entre nosotros contiendas religiosas.

Esta reserva del duque de Alba no impidió que desplegara un fausto régio en las ceremonias del casamiento por poderes que contrajo en nombre de Felipe II con Isabel de Valois.

El duque de Alba, que solia vestir sencillamente, ciñó aquel dia una corona cerrada á la imperial y lo demás de su traje estaba cuajado de oro y pedrería (5). Adoptó la usanza francesa de besar á todas las damas que encontraba (6), y se hacia seguir de escuderos y pajes, que vestian sus colores, negro, amarillo y rojo. Por su parte la hija de Enrique II estaba adornada con un traje cubierto enteramente

(1) Ms. Rec. of., n.° 732, del 23 mayo 1559, Throckmorton to Cecil.

(2) Ms. State paper office, serie II, vol. IV Andrew Bayton to Henry III. «Estando presente el rey mismo, yendo en órden detras de las reliquias, llevando una antorcha en la mano, con sus hijos, los obispos y cardenales delante de él, y los duques, condes y demás señores detrás de él, se quemaron seis herejes en una hoguera. Y el rey por su parte daba gracias á Dios que le habia dado conocimiento de tan gran daño, pidiéndole perdon de haber perdonado él uno ó dos el año pasado, por no haber servido para la enmienda, y despues hizo juramento de que adelante quemaria á todos cuantos hallare.»

(3) Ms. Rec. of., n.° 833, Throckmorton to Cecil, 13 junio 1559.

(4) Despacho del duque de Alba á Felipe II, conservado en los archivos nacionales y publicado por Mignet en el *Diario de los sabios*, 1859.

(5) Guisa, Memorias-Diarios (*Memoires-Journaux*), pág. 442.

(6) Campana, *Filippo Secondo*, lib. II: «Nel baciar tutte le dame.»

de piedras preciosas (1). Iba conducida por tres reinas, la de Francia, la de Escocia y la de Navarra, y seguida de sus doncellas vestidas de raso violado con ribetes de hilillo de oro, y de las princesas y damas de la corte con sus doncellas vestidas de librea. El cortejo desfiló partiendo del Louvre á Nuestra Señora, y haciendo al pueblo las acostumbradas larguezas.

Era el 22 de junio de 1559: algunos dias despues se habia helado súbitamente esta alegría. Enrique II, que era más apto para caracolear en un torneo que para dirigir á los negociadores de un tratado de paz, habia de romper tres lanzas contra tres adversarios en la fiesta preparada para el 29 de junio: corrió primero contra el duque de Saboya, luégo contra el de Guisa y en fin contra un hijo del conde de Lorges. Este último se llamaba el capitan Montgomery de la guardia escocesa, y aunque muy mozo, era alto y vigoroso (2), y su bote de lanza derribó al rey sobre la silla. Rotas las tres lanzas, segun el programa de la funcion, el mariscal de Vieilleville, que habia de reemplazar al rey, se adelantó para ocupar su puesto, pero Enrique II se siente humillado, y quiere romper otra lanza contra el jóven capitan.

Está nervioso, y apartando vivamente al mariscal, da órden á Montgomery para tomar campo y volver á comenzar. Parten al galope los dos campeones y rompen sus lanzas; pero el capitan se olvida de arrojar á tierra el trozo de lanza que conserva enristrado, y chocando con el rey, le rompe la visera del casco con tan mala suerte que le entró una astilla en la frente por encima del ojo derecho. Suelta las bridas el rey y cae sin sentido; llévanselo al momento, lo desembarazan de la armadura y se ve que la herida es pequeña, pero el herido no vuelve en sí. Los cirujanos no pueden extraer la astilla, y para estudiar prácticamente el caso, hacen que se les entreguen cinco ó seis condenados, á quienes matan clavándoles astillas en la frente (3); disecan luégo sus cabezas y no aprenden nada. Felipe II envia á su cirujano el ilustre Vesale, que llega el 5 de julio (4), demasiado tarde para curar un mal agravado ya despues de siete dias: el rey muere el 9. Tres dias despues se ejecutaban tres protestantes como para celebrar sus funerales, segun sus últimas voluntades (5).

Ya era tiempo de que Felipe pensara tambien en sus deberes de protector de la Iglesia. No sin inquietudes se decidia á salir de Flandes; pero ántes de alejarse de allí, quiso dejar recomendaciones contra los herejes. Intimó á los estados provinciales á mostrarse solícitos en vigilar si por todas partes se hacian las ejecuciones con todo rigor, sin respetar á nadie de los que pudieran ser siquiera sospechosos de creer en los artículos de Lutero, y si los jueces usaban de disimulacion ó connivencia. Designó como regente de los Países Bajos á la duquesa de Parma con el cardenal Granvela por principal consejero, y finalmente dió instrucciones para hacerse á la vela con rumbo á España el 8 de agosto. El dia señalado estaba todo á bordo, hasta el vino, hasta la cama del rey, cuando llegó á la escuadra una contraórden (6). Esta vez no retuvieron á Felipe las preocupaciones políticas, ni los escrúpulos de conciencia; fué sólo «el loco de Nostradamo, que con sus pronósticos de tempestades y naufragios para el mes de agosto habia llevado el terror al ánimo de los navegantes.» (7). La partida se realizó por fin el 23 de agosto (8), y Felipe desembarcó en España el 8 de setiembre (9).

(1) Guisa. *Memoires-Jornaux*.

(2) Ms. Rec. of., n.° 902, Throckmorton to the queen. Esta relacion está conforme con la de Carlois, el autor de las *Memorias de Vieilleville*.

(3) Stevenson, pról. al t. II del *Calendar foreign Elizabeth*, p. 48.

(4) Ms. Rec. of., n.° 950, Throckmorton to Cecil, 8 julio 1559. Vese por esta carta que Ruy Gomez llegó á Paris el 5 de julio y no con el duque de Alba, para la ceremonia del casamiento, como han creido muchos historiadores.

(5) Ms. Rec. of., n.° 987.

(6) Ms. Rec. of. n.° 1168. Challoner to Cecil.

(7) Ibid. n.° 1258. «The foolish Nostradamus with his threats of tempests and shipwrecks this month, did put these sailors in a great fear.»

(8) Ibid.

(9) Gachard. Corresp. de Felipe II, tomo I, pag. 187.—Ms. Rec. of. n.° 1354. Este desembarco fué positivamente el 8 de setiembre, y no el 29 de agosto, como dicen en su mayoría los historiadores.

CAPÍTULO IV

LAS COSTUMBRES É IDEAS RELIGIOSAS DE ESPAÑA EN EL REINADO DE FELIPE II

ABATIMIENTO DE LOS REINOS ESPAÑOLES.—ASPEREZA DE LAS COSTUMBRES.—LA VIDA PRIVADA.—PREOCUPACIONES RELIGIOSAS.—SANTA TERESA.—LA COMPAÑIA DE JESUS.—LA INQUISICION.—DOMINACION DEL REY POR LA INQUISICION.—LUCHAS DE LA INQUISICION CONTRA EL CLERO.

I.—Abatimiento de los reinos españoles

Aquel príncipe, que retardaba su partida por una ocurrencia de Nostradamo, que toleraba en Inglaterra los herejes, los dejaba á sus anchas en Ginebra y los protegia en Escocia, tan luégo como arribó á España se mostró el más implacable de los perseguidores, autorizó con su presencia las ejecuciones en hoguera y persiguió con su odio á los prelados á quienes miraba con malos ojos la cábala investida con el poder de apreciar la fe. Cambio tan brusco no puede explicarse sino por la situacion moral y religiosa del país á que volvia Felipe II. Hay que entrar con él en ese mundo pintoresco y olvidado.

La nacion no habia podido vivir y crecer sino á condicion de sus porfiadas luchas contra los musulmanes almoravides, almohades, benimerines: estas guerras entre enemigos de raza y de religion habian arruinado las ciudades, talado los bosques, destruido las antiguas vías de los romanos y las recientes obras de irrigacion de los moros, á la vez que habian endurecido los corazones y enseñado el menosprecio del trabajo pacífico. «España, fuente de orgullo en un valle de miseria,» decia tristemente un inglés (1); todos los extranjeros estaban sobrecogidos ante el espectáculo de esta desconsoladora pobreza; era un desierto lo que atravesaban para ir á la corte, y tenian que ir provistos de víveres, y que acampar todas las noches bajo una tienda y hacerse preceder de guías por llanuras incultas y desfiladeros inhabitados (2). El mismo rey, cuando iba de una á otra capital, no encontraba en el camino alojamiento ni comida (3); las posadas de los pueblos ocupadas por los maleantes arrieros y las sucias criadas que describe Cervantes, no tenian más que sillas rotas y ventanas abiertas á todos vientos (4), carnes podridas y huevos gárgoles (5). Cuando los campos están abandonados, las ciudades están hambrientas: la idea del hambre está presente en todos los espíritus; corre peligro de morir de inanicion el que no es religioso, soldado ó paje; los narradores de cuentos están seguros de despertar el interés cuando pintan el hambre y los ingeniosos recursos que ella inspira; saben que cada cual ha visto y acaso pasado estos sufrimientos.

Quien no ha vivido entre famélicos hallará sin duda frio el chiste del rústico á quien un hidalgo pondera el buen temple de su espada.—Cortaria con esta hoja una vedija de lana, dice el soldado.—Y yo con mis dientes un pan de cuatro libras, contesta el otro (6). El pan era un regalo suficiente para mantener despierto una noche en peso al niño que no estaba acostumbrado á saborearlo (7).—No se tiene todos los dias pan y nueces.—Hay más dias que longanizas, dicen los refranes (8). El hábito de la sobriedad contraido desde la infancia viene á ser en el soldado español una cualidad que admira á los capitanes extranjeros. «Son pacientes de hambre,» concluye Brantome (9) despues de haber citado raros ejemplos de su aptitud para soportar privaciones. Al propio tiempo lo que más los admira á ellos mismos fuera de su país es la abundancia de buena comida. «Sus festejos se

(1) Ms. Rec. of. foreign Elizabeth, n.° 959 del 26 de marzo de 1562. Challoner to Cecil.

(2) Relaz. ven. Andrea Navagero. Véase tambien á Guicciardini, la Legazione di Spagna. Firenze, 1864.

(3) Anales del año ochenta y cinco en el que el rey Católico se fué á Monzon; compuesto por Enrique Cock, notario apostólico y arquero de la guardia del cuerpo real. Ms. publicado en Madrid por órden del ministro de la Gobernacion, 1876.

(4) Don Mariano José de Larra, *En este país*, 1833.

(5) *Guzman de Alfarache*, el *Lazarillo de Tormes* y demás novelas contemporáneas.

(6) «Veisla aquí; yo me obligo con ella á cercenar un copo de lana.—Y yo dije entre mí: Y yo con mis dientes un pan de cuatro libras.»

(7) «Leonardillo, come este pan poco á poco y en acabándosete, despiértame.» *La Pícara Justina*, por Francisco Lopez de Ubeda.

(8) «No todas veces pan y nueces.—Hay más dias que longanizas.»

(9) *Baladronadas españolas.*

reducen á comer y beber, exclaman observando á los ingleses: beben más cerveza que agua contiene el rio de Valladolid (1).» Lo que al rededor de la reina de Inglaterra consumen los palaciegos y damas de honor es un objeto de envidia: «Se comen diariamente en palacio de ochenta á cien carneros, y cuenta que sus carneros son más grandes y gordos que los nuestros; una docena de vacas que son gordísimas, unas veinte terneras, y caza mayor y volátiles y conejos sin número (2).»

En España una libra de carnero vale catorce maravedís; una libra de vaca diez y seis (3). No es muy caro, porque el maravedí es una 400 ava parte del escudo que vale 2 francos 40 céntimos. Pero la miseria es tal que se ha de recurrir á monedas tan ínfimas: no se puede gastar más; el mercader no halla medio de vender más caro. Todavía por debajo del maravedí hay dos monedas, de las cuales la una vale cerca de uno de nuestros mílimos. Las dotes de las jóvenes se cuentan por maravedís (4).

Las naves se llevan el trigo para abastecer las guarniciones de la costa de Africa (5): la riqueza reunida en el comercio ó en los beneficios eclesiásticos es poco más ó ménos improductiva. No se deposita como entre los burgueses flamencos ó los señores italianos en las arcas de los banqueros; al contrario, se ha visto á las córtes suplicar á Felipe II (6), que destierre léjos de España á todos los banqueros por ser la más peligrosa peste; los súbditos están roidos por las usuras é intereses de los banqueros. Los genoveses han presentido ya esta tempestad y están á punto de retirar diestramente su dinero y ver de enviarlo á Francia, Italia y otros países.

El español enriquecido no sabe más que colocar su dinero en propiedad territorial, en renta constituida; y áun nota que desde que los pontífices Calixto II y Martin V declararon que tal colocacion no es el préstamo ilícito á usura, la tierra ha favorecido los deseos y las fatigas del labrador (7); pero no echa de ver que grava el suelo y arruina á la clase agrícola. A veces se contenta con acumular en sus arcas el oro que ha recogido. «Son aficionados, dice un viajero (8), á sacar de sus arcas y comerse el capital, y así poco á poco consumen lo que han reunido con tanto afan.» Suele suceder tambien que un robo afortunado hace desaparecer de repente las economías de una vida entera (9).

Así todo se combina para arruinar á España: el capital no es productivo; la tierra está cargada de censos; menospreciada la industria, queda abandonada á los incapaces; las ricas minas de Guadalcanal se hallan casi destruidas por la ignorancia de los ingenieros que dejan que las inunden las aguas pluviales (10); los tejedores de seda y lana, que al advenimiento de Felipe II, tenian en Sevilla hasta diez y seis mil telares, no tienen ya más que cuatrocientos á la muerte de su hijo (11); la *mesta* ó asociacion de ganaderos poseia siete millones de cabezas, cuando Felipe II tomó las riendas del poder, y sólo tiene á su muerte dos millones (12). Durante su reinado, la poblacion de España ha disminuido la quinta parte, ó sea de diez millones de habitantes á ocho (13). En esta progresiva decadencia la celeridad es tal, que desde 1566 las córtes de Castilla declaran los recursos del reino insuficientes para las cargas ú obligaciones que de él se exigen; y en 1579 las mismas córtes pierden hasta la esperanza de mejoría. Tal es tambien la opinion del rey, que dice en 1575: El desórden de las rentas es irremediable: tengo cuarenta y ocho años, ¡qué vejez me espera! La vejez llega y no sé cómo viviré mañana; ni sé cómo vivo hoy con el despecho que me dan estos cuidados (14). Las riquezas del nuevo mundo sostienen la política exterior; pero contribuyen á arruinar más y más á España, trayendo la depreciacion del numerario, la elevacion de la mano de obra y el abandono momentáneo de

(1) Viaje de Felipe II á Inglaterra, prólogo de D. Pascual Gayangos, pág. 18.

(2) Ibid. pág. 107.

(3) Lope de Vega, la *Dorotea*, acto V.

(4) La dote de la mujer de Cervantes asciende á 182,297 maravedises, ó sea algo ménos de mil y cien francos (Véase Merimée, *Noticia sobre Cervantes*). La equivalencia de las monedas se indica por Cabrera, pág. 49:

La blanca	vale	2 cornados
El maravedí	»	2 blancas ó $^2/_3$ de céntimo
La terja de plata	»	20 maravedises
El real	»	34 maravedises ó 26 de nuestros cénts.
El escudo de oro	»	400 maravedises.

(5) Doc. inéd. tom. XXVI, p. 468, Felipe á Cárlos V. 9 de julio de 1545. «Por falta de pan en este reino, no se pudiendo hacer la provision que convernia para Bugía, aunque de acá se envian agora 6.000 hanegas.»

(6) Ms. Bibl. nac. franc. vol. 10.751, f. 600. Forquevauls al rey, diciembre de 1566.

(7) *Cabrera*, tom. I, pág. 49.

(8) Ms. Bib. nac. franc. vol. 24.195.

(9) Véase en *Guzman de Alfarache* la muerte del Comendador.

(10) Ms. Rec. of. n.º 1353, Challoner to the queen, 18 setiembre 1559. «The spanish miners have well nigh destroyey through ignorance how to shift the rain-water the mine.»

(11) Don Pedro Rodrigo Campomanes, *Discurso sobre la educacion popular de los artesanos y su fomento*, 1775, tom. II, pág. 472; Ustariz, *Theor*, 1724, cap. VII.

(12) Ranke, pág. 240 de la traduccion francesa.

(13) Cánovas del Castillo en el *Diccionario de política de* BARCA Y SUAREZ.

(14) Cánovas del Castillo, Prólogo al libro de don Gaspar Muro, *La Princesa de Eboli*.

las minas: las minas de mercurio, por ejemplo, dejaron de explotarse en grande escala desde 1574, porque los sulfuros americanos de Guancavélica suministraban el mercurio necesario para el Potosí. Ni España podia tampoco bastar al esfuerzo militar que se exigia de ella: no era fecunda más que en soldados, y tuvo que tomarlos de toda Europa, de Africa, del nuevo mundo, sin tener nunca tiempo para reparar tantas pérdidas.

II.—Aspereza de costumbres

Esta impulsion de todo un pueblo hácia la vida militar sublevaba los instintos de violencia y dejaba que se agitara una clase bastante curiosa de espadachines. Las ciudades populosas como Sevilla (3), estaban llenas de hombres pendencieros, paseantes, tramposos, mujeriegos, dispuestos á exhibirse en cuanto olfateaban la carne. Estos pícaros tenian una

Monedas españolas del reinado de Felipe II

importancia real en la vida de la época: comian á costa de las cortesanas y bebian de la generosidad de los grandes señores, de cuyas venganzas se encargaban; llevaban encerado el mostacho, el sombrero con grandes alas, coleto de ante, medias de color, un lazo en las ligas y luenga tizona (1). El marqués de la Favara no salia nunca sin una cuadrilla de hasta veinte rufianes, bien armados de pistolas en disposicion de romperles los huesos á todos los transeuntes (2); el duque de Pastrana empleaba una docena de estos hombres que cortaban las narices á cuantos le desagradaban á su paso y áun á los oficiales; la princesa de Eboli tenia tambien á su devocion espadachines de estos, y una vez hubo de despedir de su servicio á uno que no habia sabido matar más que un hombre en toda su vida. Un dia que estaba yo desocupado, declara un criado en un procedimiento judicial (4), me preguntó el mayordomo si conocia á algun paisano mio que quisiera dar una puñalada bien pagada. Le contesté que se lo propondria á un mozo de mulas, amigo mio, y hecho así, aceptó el amigo. Pero supe que se trataba de un personaje de cuenta, y dije que no era caso para contentarse con un mozo de mulas. Así, pues, no se salia nunca á la calle sin llevar una rodela del diámetro de un plato (5), que se colgaba del cinto, y en pendencia se tenia en la mano izquierda para parar los tajos.

En cuanto á la justicia, parece haber sido singularmente venal. Cuando los hombres de ley son mal recompensados, rechinan más que las ruedas de un carro (6). Los chistes son inagotables sobre este punto: tan cierto se está de verlos siempre aceptados sin reclamacion. Aquí estoy, señor, por falta de diez ducados, dice un galeote (7); si hubiera podido echar

(1) Cervantes, *Rinconete y Cortadillo.*

(2) Véanse los apéndices del libro de D. Gaspar Muro, la *Princesa de Eboli*, núms. 128, 139, 141. Carta del duque de Medina Sidonia. «Estúvose con más de veinte rufianes que trajo consigo, y todos públicamente con pistoletes y sacos de malla, y que han de romper y matar á todo el mundo.—Mandó cortar las narices al alférez Medrano.—Vendo un hombre por su camino, salyan á él doce soldados y le cortaban las narices.—Despidió uno por sólo que no habia muerto más que un hombre en toda su vida.»

(3) Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada:* «Gente ociosa, corrillera, pendenciera, tahura, hacen de las mujeres públicas ganancia particular, movida por el humo de las viandas.»

(4) Mignet, *Felipe II* y *Antonio Perez*, Declaracion de Antonio Enriquez, pág. 44.

(5) Merimée, *Vida de Cervantes.* La princesa de los Ursinos refiere que cuando acompañaba al rey á la cama de la reina, llevaba la rodela, el vaso de noche y la espada del rey.

(6) Cervantes, la *Ilustre Fregona.*

(7) Id. *Don Quijote*, 1.ª parte, cap. XXII.

algun oro en la faltriquera del relator ó en el tintero del escribano, estaria á estas horas divirtiéndome en Toledo, en medio del Zocodover. Los viajeros y los refranes están de acuerdo con los escritores. «Más vale el favor que la justicia y la razon,» dice el refran; y añade el viajero: «Es cosa que espanta la justicia de España, pues por una fruslería llevan á uno preso sin que pueda salir de la cárcel sino á fuerza de dinero (1).» Los extranjeros son las víctimas preferidas por los jueces españoles, como los más capaces de pagar: los embajadores están abrumados de reclamaciones por barcos apresados con sus cargamentos bajo los más ridículos pretextos. El inglés descubre desde luégo un medio de dominar á los jueces, «y es procurarse el apoyo de un favorito cerca del rey y ofrecerle una comision á costa del barco: por ejemplo, prometámosle cuatro ó cinco mil ducados para que obtenga del rey lo apresado y nos restituya la diferencia (2).»

Pero no es el dinero el único medio de accion en la justicia española de aquella época: un pintor, Pedro Villegas, que habia alquilado una casa á una mujer enamorada, no pudo ni cobrar los alquileres ni obtener una providencia contra la dama (3). Bien que estas diversas variedades de corrupcion revelen la bajeza de los sentimientos, se prestan sin embargo á la risa más que los demás vicios de los jueces culpables. No se indigna uno de ver á Cervantes hacer decir alegremente á una gitana (4): «Tres veces me he visto á punto de ser públicamente azotada: la primera, me libró un poco de dinero; la segunda un collar de perlas; la tercera cuarenta monedas de á ocho reales: con un doblon de dos caras, la severa cara del juez se puso risueña.» Sí que se indignaria uno si hablara con semejante ligereza de los jueces que se dejan llevar de las pasiones del sectario ó de los que pronunciaban las sentencias inspiradas por Felipe II.

Esta falta de justicia y seguridad obligaba á defenderse por sí mismos ó á buscar un protector. Los hábitos por otra parte, como los episodios de la vida ordinaria, mantenian la aspereza de las costumbres. En la costa se corre el riesgo de ser cautivado por los corsarios, y la costumbre de maltratar á los esclavos encruelece el alma de los que vuelven enriquecidos de América. Allí se han visto dueños de criaturas de una raza inferior, privadas de vigor y de energía; han arrancado de sus campos á estos pobres séres para obligarlos á buscar oro en los lechos de los torrentes, y á fuerza de castigo y privaciones los han hecho sucumbir sin esperanza, miéntras sus abandonadas familias se morian de hambre. Los que vuelven de las grandes guerras de Europa se han encruelecido tambien en los horrores de las ciudades saqueadas y en las brutalidades ejercidas con los prisioneros para sacarles buen rescate; á veces se retienen los niños como esclavos. En la toma de San Quintin pereció el señor de Creseques, y su hijo fué llevado á los Países Bajos. En vano reclamó á su hijo la madre: no pudo recobrar la prenda de su corazon. Consigue interesar en su dolor al duque de Guisa y este imagina poner, como en rehenes, en sus manos uno de los ingleses que habia hecho prisioneros en Calais. «No es racional, dice el embajador inglés, que la señora de Creseques se vengue en un niño inglés de que un español quiera seguir siendo dueño de su hijo (5).» Sucede esto muchos meses despues de la paz, y no se trata de míseros plebeyos, sino de hijos de nobles, protegidos el uno por la reina de Inglaterra, el otro por el duque de Guisa.

Para hombres hechos á tales espectáculos no hay ya mejor divertimiento que las lidias de toros, ó las farsas que pintan bien las palizas, los sufrimientos de la carne, las contusiones sangrientas. Don Quijote, un viejo, y Sancho Panza, un pobre hombre, son eternamente apaleados, manteados, derribados por tierra; y áun esta brutalidad está en una obra maestra, se pinta por un artista consumado y se hace agradable á fuerza de gracia y buen humor. Pero si se estudian las demás novelas de la época (6) se ve que para descansar de las durezas de la vida real, era preciso enseñar greñas llenas de miseria, espaldas desgarradas por la vara, pechos negros y velludos, piés cubiertos de inmundicia; minucias todas de la decrepitud y de la suciedad. Eran menester viejas impúdicas, vasijas rotas en la cabeza de los traseuntes, se-

(1) Ms. Bibl. nac. franc. vol. 24,195. Viaje de tres jóvenes á España, 1654. Narracion muy curiosa. Estos viajeros que se llaman holandeses, son probablemente hugonotes franceses: los compañeros del autor, que no se nombran, son MM. de la Platte y d'Espic.

(2) Ms. Rec. of. n.º 545, Challoner to John Hawkins, 5 de julio de 1564. «To procure some favourite about the king to ask the whole as a forfeit... and be bound to render to his factors the rest.»

(3) Doc. inéd. tom. XLI, pág 411, Arias Montano á Zayas, 10 de noviembre de 1579.

(4) Cervantes, *La Gitanilla*.

(5) Ms. Rec. of. núms. 1342, 1343, 1346, 1355.

(6) *La Celestina*, *Lazarillo de Tormes*, *Guzman de Alfarache*, *Marcos de Obregon*, *Discursos de la viuda de veinticuatro maridos*, *La Garduña de Sevilla*, *La Pícara Justina*, etc.

ñores que apalearan á sus criados, hechiceras que atrajeran á sus guaridas á las doncellas. Gustábase de ver á los enamorados caer de un balcon y romperse la crisma en el suelo, á las cortesanas pagar un beso con una puñalada, á los alguaciles repartiéndose el botin con los bandidos, á las princesas llorando en brazos de un turco. El escritor elegia el sentimiento más fuerte y lo expresaba con la mayor hipérbole: si una doncella está apenada, no hay sino arrancarse los cabellos é hincarse las uñas en las mejillas; y si sobrecogida de sorpresa, luégo al punto se desmaya. El hombre que quiere expresar su amistad hace donacion de todos sus bienes, y cuando monta en cólera, viene á dar en la demencia: el honor es tan receloso que la afrenta al deudo más lejano mancha á una familia entera, y hay deshonor en satisfacerse con disculpas.

Pero áun en estos excesos hay tanta altivez, tanto ingenio, tanto calor, tal y tanta aversion á toda vileza, sobre la gallardía de la expresion, que no puede uno permanecer insensible á esas ideas de exaltacion en la abnegacion ó en el odio. Si se encuentra en tales costumbres más orgullo que decencia, más heroísmo que honradez, no han dejado de contribuir á levantar el nivel moral de la raza, y de ofrecer tambien un ideal, cuyo modelo y concepcion no han encontrado nunca los escritores de nacionalidad alemana. Los romanceros y los cantares acaso enseñaban desde la infancia á subordinar al pundonor toda idea y toda pasion. El honor era puesto á la vista á cada instante por medio de ficciones, muy á menudo extravagantes ó crueles, pero siempre con una tendencia sostenida á la exaltacion de sentimientos (1). Aparte del dinero, somos tan nobles como el rey, dicen los españoles de pura raza (2). Y se ve á un zapatero, cuando suelta su lesna y su horma y se cuelga su espada y su puñal al lado, que apénas se quita el sombrero para quien le da obra que hacer; ni se puede hablar con el más humilde sin darle todos sus títulos honoríficos (3). La vida no es nada á costa del honor. Habiendo incurrido un soldado en cierto latrocinio, hubo de ser condenado á la pena de perder una oreja, y él prefirió la de ser pasado por las armas (4). La verdad no es mucho más estimada que la vida y el español «cree que es grandeza de alma mostrarse fanfarron en sus palabra y ademanes» (5). No hay pues que extrañar que si sus hazañas se extienden sólo á un dedo, las estire hasta un codo (6). Se estima de tal modo superior á los hombres de las demás naciones que se considera como el amo donde quiera que se presenta (7); y la afable cortesía del francés le admira tanto como el buen apetito del inglés y del flamenco. Estos hombres, dice, gustan de complacer á los extranjeros, les tienen miramientos y saben alabar y alaban de buen grado las hazañas (8). El ideal del español, al contrario, es el hombre de guerra que tiene talento para el mando y vigor para el combate (9).

No es más que un ideal. Se engañaria ciertamente quien no viera en el español más que estos sentimientos de altivez y predominio. Por debajo de las almas escogidas, se agitaba como siempre en una comunidad humana el mundo de los espíritus mezquinos, prácticos y envidiosos, dominados por los instintos populares, las vulgaridades del buen sentido, las rudas reivindicaciones de la vida material. Los grandes escritores observan este antagonismo, y así como Rabelais puso á Fray Juan enfrente de Pantagruel, Cervantes pone á Sancho Panza al lado de D. Quijote, estudiando el contraste entre los arranques del hombre generoso y las inquietudes del egoista. Esta preocupacion de las necesidades terrenales estaba expresada por refranes de grosera sabiduría.—Hínchate de aire y producirás viento.—Gloria vana florece y no grana.—Ante reyes y grandes calla, ó dí cosas gratas.

A las veces, esta moral democrática desciende á las fórmulas del más repugnante egoismo.—Más vale vieja con dineros que moza en cabellos.—Aquel es mi amigo que muele en mi molino.—Buena olla y mal testamento.—A poco pan tomar primero.—Al agradecido más

(1) La inspiracion es la misma en toda la literatura de la época. Por debajo de Cervantes, que nació en 1547, hay que poner, entre los escritores del siglo XVI, á Lope de Vega (nacido en 1562) cuya prodigiosa fecundidad le permitia decir: «He escrito novecientas comedias, y doce tomos de prosa y de verso»; á Hurtado de Mendoza (1503), cuya *Guerra de Granada* es una de las mejores obras de historia que se hayan escrito en ningun país; á Santa Teresa, cuyo estilo es preciso y ardiente; y á los poetas Fray Luis de Leon y Herrera. El historiador Mariana, que nació en 1536, no deja de tener valía, al decir de los que han tenido la paciencia de leer todas sus obras, como Pí y Margall.

(2) Brantome, *Bravatas españolas:* «Somos hidalgos como el rey, dineros ménos.»

(3) Ms. Bibl. nac. franc. vol. 24,195, *Viaje de los holandeses.*

(4) Brantome. *Bravatas.*

(5) *Viaje de los holandeses.*

(6) Brantome.

(7) Marcos de Obregon.

(8) *Crónica de D. Pedro Niño, conde de Buelna,* por Gutierre Diez de Gamez, su alférez, Madrid, 1782. «Los franceses... honran mucho á los extranjeros, saben loar y loan mucho.»

(9) *Crónica de D. Alvaro de Luna,* Madrid, 1784. «Varones sabios para regir y fuertes para guerrear.»

de lo pedido.—No hace poco quien su mal echa á otro (1).

III.—La vida privada

De lo que era la vida de todos los dias en las ciudades españolas del siglo XVI, se podia tener aún una imágen recorriendo, algunos años há, las calles adyacentes á la de las Sierpes en Sevilla: las casas estaban defendidas por puertas y ventanas enrejadas. Las mujeres, con una verbena ó un clavel en la cabeza, se ocupaban en sus quehaceres: cuando abrian la puerta, se veia el patio guarnecido de flores, y con frecuencia de una fuente de salto, oyéndose dentro voces alegres. A veces algunos enamorados permanecian silenciosos en la estrecha calle con los ojos fijos en una sombría ventana. Hay que creer que dieran tambien serenatas, pues todos los cuentos de la época versan sobre episodios de este género: si sobrevenia un celoso, apaleaba á los músicos y les rompia las vihuelas, ó bien se entablaban estos diálogos debajo del mismo balcon:—¿Qué es lo que miran? ¿No pueden pasar sin reconocernos? ¡Qué gentil cortesía!—No vengo á ser cortés, sino á echarle de esa puerta.—Si trae esa determinacion, á buen tiempo viene.—¡Ay, señora! que se matan! (2).

Las mujeres se casaban rara vez ántes de haber cumplido los veinticinco años (3); vestian ropas y basquiñas de paño frisado y grana, y si de terciopelo, servian para el matrimonio de abuela, hija y nieta, y las más pobres tomaban prestado el que para todos los casamientos se conservaba en el ayuntamiento (4). Sin embargo los maridos no se encontraban tan fácilmente. El hombre que volvia del ejército quebrantado ántes de tiempo por el vivac bajo el húmedo cielo de Flandes, ó por las heridas ó por el cautiverio entre los turcos, disgustado por las injusticias de los ascensos ó por la pérdida de un valedor, solicitaba y obtenia una plaza en la curia ó en las alcabalas y tomaba mujer para tenerla recluida, como habia aprendido de los moros, en las casas edificadas por ellos. De las costumbres de este enemigo, el español habia tomado, sobre todo, la de fiarse poco ó nada de la mujer. «El hombre es fuego, la mujer estopa, viene el diablo y sopla», dice uno de los ménos groseros de sus refranes. Aun por la calle iba la española casi tan velada como la mora. —Yo no salia, dice la hija de un labrador (5), sino para ir á misa con mi madre y las mujeres que me servian, y estaba tan envuelta en mis velos que no veia de la tierra más que el sitio en que poner el pié.—Salvo las damas de la corte, las mujeres de bien no salen casi nunca; y fuera de algunas visitas que se hacen no se ven nunca en público (6). Pero no estaba prohibido hablarles en la calle, cuando iban á la iglesia (7), cuanto más que el escudero que las acompañaba no creia útil intervenir en la conversacion, siquiera fuese de mal gusto.—Quisiera que las pulgas de mi cama se os parecieran, dice un galan á una dama.—¡Qué puerco! contestóle esta. Sin duda duerme en alguna zahurda el lechon! El hermoso majadero! (8).

Vivian en completa ociosidad, sin coserse siquiera los vestidos: ninguna mujer se ganaba la vida con la aguja; los trabajos de costura se encargaban á los sastres, y se miraba como un acto de ridículos celos la precaucion de un marido que por no permitir que el sastre palpara á su mujer, hacia que tomara las medidas á otra mujer de su misma estatura (9). Las córtes de 1573 se quejaron de que esta industria de la costura no se ejerciera por mujeres, sino por hombres que hubieran sido más útiles, ahora en la profesion de las armas, ahora en los trabajos del campo (10); y se tuvo por cosa extraña que en un año de hambre empleara Felipe II mujeres en retirar piedras de los prados del Escorial, dándoles un salario (11). Ocupábanse en las casas en hilar y bordar: los cardadores cardaban, las mujeres hilaban (12); pero «á buscarla ando la mala de la rueca y no la hallo.»

Verdad es que lo que se les exigia no era que se ganaran la vida, sino que estuvieran recogidas y sumisas al amo, bien que se les toleraba algunos instantes de impaciencia.—Eres una paloma sin hiel; á las veces te muestras terrible como una leona; sino que exhalas tu

(1) Los refranes citados están tomados de Cervantes (*Don Quijote* y *el Licenciado Vidriera*); de Lope de Vega (*la Dorotea*), y de la coleccion de refranes ó proverbios castellanos, *César Oudin*, Paris 1659. Entre los más groseros aforismos de esta filosofía de famélicos, pueden citarse aún:—Bendita sea la puerta por do sale hija muerta.—Becerra mansa, de su madre y de la ajena mama.—A tuerto ó á derecho, vuestra casa hasta el techo.—Buena es la gallina que cria la vecina.—La mitad de los refranes se refieren al mismo asunto; casi todos los demás van contra las mujeres ó los clérigos.

(2) La *Dorotea*, acto III.

(3) Cabrera, t. I, p. 49.

(4) Ibid. pág. 50.

(5) Cervantes, *D. Quijote*, parte I, cap. XXVIII.

(6) *Viaje de los holandeses.*

(7) *La Dorotea*, acto I. «Que galas me murmuran adonde voy á misa.»

(8 Vicente Espinel, *Marcos de Obregon.*

(9) Cervantes, el *Celoso Extremeño.*

(10) Lafuente, Historia de España, tom. XIV, pág. 407.

(11) Cabrera, tom. I, pág. 320. «Dando salario hasta á las mujeres.»

(12) Viaje á Inglaterra, pág. 8.—*La Picara Justina*, pág. 148.

cólera en un bofeton y quedas otra vez como de cera (1). Para distraerlas se las rodeaba de doncellas, de criadas y de esclavas.

Las doncellas eran hijas de hidalgos, las cuales, en vez de retirarse al claustro, preferian esperar un casamiento, colocándose bajo la proteccion de la esposa de un alcalde ó de un corregidor, ó de cualquiera otra dama que estaba en posibilidad de mantenerlas: allí solian envejecer, como doncellas ó como dueñas, mal vestidas y no mejor comidas, ocupadas siempre en lisonjear á sus amas, en vestirlas y tocarlas, sin fatiga ni tristeza. La mujer se apega al ama que vive con ella; y á puerta cerrada, hablaban de la gitana que dice la buenaventura, de la pluma del caballero vista al través de la reja, de la buena maña de la vecina contra un amante celoso, del sermon, etc.

Algunas de estas doncellas no podian ser admitidas sino como sirvientas: estas gozaban tambien de las familiaridades de la vida comun; se las vestia y mantenia lo mismo que á las otras; pero eran con frecuencia castigadas, pues sus amas no les escaseaban las injurias y áun los golpes (2). Agitábanse en intrigüelas y llegaban á ser, á causa de estas vejaciones, crueles como los hombres. Formadas por sus propios sufrimientos en el ingenioso arte de las menudas persecuciones, se consolaban de sus humillaciones buscando á su vez víctimas.

Por debajo de ellas encontraban todavía á la esclava. La esclavitud era una institucion social como en la antigüedad, de tal manera que los escuadrones de caballería llevaban un séquito de esclavos que cuidaban los caballos (3).

Las bellas esclavas eran muy raras en tiempo de Cárlos V. Los que eran bastante ricos para educarlas, preferian no venderlas. Cuando el almirante Chabot de Brion, que habia caido prisionero con Francisco I en Pavía, quiso aliviar la tristeza del cautiverio, encargó á uno de los negociadores de rescates que le buscara una esclava. «He encontrado, escribe el encargado (4), una jóven esclava para Mr. de Brion, la cual vende su ama por ser muy *requebrada*, que quiere decir muy amorosa; no hay medio de encontrar otra.» El mismo Francisco no pudo procurarse en aquel entónces más que una negra, obtenida á duras penas por su hermana Margarita, que pidió noticias de ella, despues de su vuelta á Francia: El rey, se escribe á la princesa (5), tiene siempre buen apetito; vuestra negra está con él una hora todas las mañanas.

Pero en el reinado de Felipe II el sinnúmero de jóvenes italianas robadas por los turcos y arrastradas de mercado en mercado por los judíos hasta España, y la abundancia de moriscas reducidas á esclavitud, despues del levantamiento de Andalucía, abarataron tanto la mercancía, que hasta la pequeña nobleza pudo tener rebaños de esclavas, marcadas con sus cifras como si fuesen ovejas. «Compró cuatro esclavas blancas que marcó á fuego en el rostro (6), y dos negras,» se dice de un burgués enriquecido. Esta costumbre estaba tan generalizada que los agitadores protestantes excitaban á los flamencos al odio contra los españoles, que les harian llevar, les decian, las cicatrices ó cauterios en la cara, ni más ni ménos que á sus esclavos (7). No habia casamiento de gente acomodada, en que no diera el novio á la novia, entre los regalos de boda, una ó dos esclavas, que sabian hilar y hacer conservas (8). Si en la casa se cometia un crímen, en estas pobres criaturas recaian desde luégo las sospechas, como la jóven que llevó al secretario Escobedo el caldo en que el secretario Antonio Perez habia echado, sin verlo ella, una dósis de veneno. Se sabia que era inocente; pero, no embargante, se la ahorcó en la plaza pública (9). No tenian esperanzas de casarse ni con un lacayo. «Una esclava blanca, dice un criado (10), me tuvo mucho tiempo en la creencia de que era libre para que me casara con ella, como si yo no fuera hombre y ella esclava.» Pero los hijos que el amo tenia de ellas podian contraer ricos matrimonios: una hija del marqués de Montemayor y de la esclava María Florin se casó con un hombre importante, don Juan de Vibero (11).

(1) Cervantes, *la Gitanilla*.

(2) *La Celestina*, pág. 42: «Estas que sirven á señoras no gozan de deleite... con una saya rota de las que ellas desechan pagan el servicio de diez años... Nunca oyen sus nombres propios de la boca dellas, sino p... acá, p... allá. ¿A dó vas, tiñosa? ¿Qué hiciste, bellaca? ¿Por qué comiste esto, golosa? ¿Cómo fregaste la sarten, puerca? ¿Por qué no limpiaste el manto, sucia? Y tras esto, mil chapinazos, pellizcos, palos y azotes.»

(3) Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*.

(4) Champollion-Figeac, *Cautividad de Francisco I*, pág. 459.

(5) Champollion, *Cautividad de Francisco I*, pág. 487.

(6) Cervantes, el *Celoso Extremeño*.

(7) Pont-Payen, t. II, p. 65.

(8) *La Dorotea*, acto I: «Le daria dos esclavas conserveras y laboreras.»

(9) Mignet, *Felipe II y Antonio Perez*, pág. 48.

(10) *Guzman de Alfarache*, parte II, lib. III, cap. VII. «Ella teniendo para su servicio una esclava blanca... como si yo no fuera hombre y ella esclava.»

(11) Llorente, edicion francesa, t. II, p. 231. La vida de las esclavas era, por confesion de los contemporáneos, muy penosa. «La más triste vida que se ha dado á esclava.» *La Dorotea*. Probábanse venenos en estos pobres séres, y si morian, decíase sin remordimiento:

En las más humildes casas gran número de mujeres se reunian así bajo la autoridad de la señora: Cervantes, aunque enfermo y pobre, tenia al lado de su esposa seis parientas ó extrañas á quienes mantenia con su trabajo. Nuestras modernas ideas de limpieza eran desconocidas entre aquella gente. Miéntras Catalina de Médicis introducia en el tocador refinamientos llevados al exceso, y adoptados en nuestras más lejanas provincias (1), las damas españolas conservaban el horror á los baños y dejaban que la limpieza y los adornos brillantes vinieran á ser el privilegio de las cortesanas.

Estas últimas desempeñaban un papel preponderante en la España del siglo XVII (2), como ha de suceder por fuerza cada y cuando la matrona se encierre en la ignorancia y la sumision servil. Las cortesanas de órden inferior solian ocupar un barrio especial, como en Valencia, «grande como un pueblo y cerrado alrededor de muros con una sola puerta y delante de la puerta una horca para los malhechores que pudiera haber dentro..... Andan vestidas de terciopelo y raso; tienen sus casas alfombradas y provistas de buenas sábanas y se están muy bien asentadas á sus puertas, con la lámpara al lado... pagando el diezmo para el rey» (3).

La mujer honrada, ante estas seducciones criminales, se creia en el deber de extremar su austeridad y hacer alarde de desprecio y áun de horror respecto de toda costumbre que contrastara con sus severos hábitos. Dos damas de la corte, D.ª Jerónima de Navarra y D.ª Francisca de Córdoba, que habian acompañado á sus maridos á Lóndres, se negaron á presentarse en el palacio de la reina María porque las inglesas «eran de mala conversacion.» Y la duquesa de Alba, en el mismo viaje, se presentó una sola vez, negándose á exponerse otra en sitio tan peligroso (4). Y ¿qué tenian que ver aquellas españolas con mujeres que salian solas enseñando la cara y los brazos, que caracoleaban á caballo con la misma destreza que el más hábil jinete (5), y tocaban el laud, y leian toda clase de libros? La mujer honrada no sabe leer, ó no lee sino obras de devocion (6); no sabe nada de lo que enseñan las generosas lecciones de la libertad; está sostenida por el pundonor tan receloso de suyo y por los terrores religiosos, *santas costumbres*, pero rara vez por la dignidad moral. Así, no puede extrañarse que, sustraida á la violencia, vaya inmediatamente á los excesos más extremos. Las que á dicha recibian instruccion, esto es, las que aprendian el latin, se encontraban aisladas y miraban con desden á las demás; leian la Biblia y los tratados de teología y acababan por caer en manos del Santo Oficio. Casi todas las mujeres condenadas por este Santo Tribunal son sábias. Algunas han ido más allá de la herejía: la espiritual doña Luisa Sigea de Toledo, que se cita con su hija D.ª Angela, como una filósofa (7), ha dejado un libro, cuya depravacion no puede superarse (8); acaso reproduce solamente las tradiciones de una misteriosa asociacion descubierta en Sevilla bajo el reinado de Juan II, escuela rara, cuya inmoralidad se adivina al través de los términos del decreto que la proscribe (9).

Pero las mujeres que han llevado á tales excesos las diversas libertades del pensamiento ó de la imaginacion, han sido, por fortuna, raras. El ideal religioso de la mujer estaba satisfecho con las sencillas prácticas que se le pedian: algunas velas consumidas ante la imágen de la Vírgen, oraciones repetidas desde la infancia, ayunos que no cambiaban sus hábitos de frugal mantenimiento... esto bastaba para tranquilizar su conciencia sobre las esperanzas de la vida eterna. Hasta en el vicio, guardaba piadosamente su exactitud en las menudas manifestaciones de la devocion. La vieja que Cervantes (10) hace salir de la guarida en que vive, no olvida la casa de los santos, porque importa, dice, importa llevar despues de la muerte cirios por delante, sin contar con los que nos puedan encender nuestros herederos.

«Fué á gozar de su libertad en el otro mundo.» (*Doc. inéd.* t. II, p. 395.) La familia de un hombre condenado á galeras, podia entregar un esclavo para remar en lugar del criminal. «Redimiéndole de las galeras en dar un esclavo en su lugar, que esto se hacia cada dia.» (*La Garduña de Sevilla*, pág. 231.) La muerte del amo no daba la libertad, y el esclavo se trasmitia á los herederos. (Véase el art. 14 del testamento del infante don Cárlos.)

(1) Brantome, *Damas galantes*. Imberdis, *Historia de las guerras religiosas en la Auvernia*, t. II, pág. 411.

(2) *Viaje de los holandeses*, ya citado.

(3) Antonio de Lalaing, fragmento de manuscrito del viaje á España de 1501, publicado en los Archivos del Norte de Francia y del Mediodía de Bélgica, tom. VI.

(4) Viaje á Inglaterra, pág. 112. «Son estas señoras de acá de mala conversacion.»

(5) Viaje á Inglaterra, pág. 113. «¿Quién nunca jamás vió andar las mujeres cabalgando y solas en sus caballos y palafrenes y áun á las veces correrlos diestramente y tan seguras como un hombre muy ejercitado?»

(6) Lope de Vega, *la Viuda de Valencia*.—J. «¿De qué materias leias?—L. De oracion.»

(7) Mayans y Ciscar, *Cartas de varios autores*, tom. II, pág. 356.

(8) *Meursii Joannis elegantiæ latini sermonis, seu Aloisia Sigæa Toletana de arcanis amoris et veneris.*

(9) Archivos de Sevilla, Ms. publicado por Pí y Margall, *Estudios sobre la edad media*. «Como órden de lujuria, por manera de colegio facian sus lujurias y maldades más encubiertamente que las mundanas públicas... ordeno y mando que de aquí non se fagan tales ayuntamientos de mujeres.»

(10) Cervantes, *Rinconete y Cortadillo*.

IV.—Preocupaciones religiosas

El hábito de respetar las prácticas religiosas era tan inveterado que ningun escritor pintaba un renegado, áun entre los turcos, sin suponerle la intencion de convertirse en su vejez: el amante más exaltado no se atreve á decir á su amada que el gusto de contemplarla es la más apetecible de todas las felicidades, sin añadir inmediatamente «excepto la de la vida eterna.»

El clero conocia que su influencia estaba tan arraigada que dejaba con asombrosa ingenuidad que se maldijeran sus costumbres: y con tal que no se ofendiera al gobierno ni al Santo Oficio, se podia escarnecer con toda licencia á la gente de corte y de iglesia. La malicia popular se despachaba á su gusto con sus refranes muy más mordaces que nuestros cuentos del siglo XIII.—Guárdate del buey por delante, de la mula por detrás, del fraile por todas partes (1).—Ni fraile por amigo, ni clérigo por vecino.—A clérigo hecho de fraile, no le fies tu comadre.—La hacienda del clérigo Dios la da y la quita Satanás (2). Una vieja refiere que su casa es visitada por eclesiásticos de todas dignidades desde prelado á sacristan. Como la clerecía es tan grande, hay de todo en la viña del Señor: unos son muy castos, otros tienen á cargo mantener á las de mi oficio (3). Ni habia más respeto para el Padre Santo. Los que van á la corte de Roma hacen grandes gastos por los caminos y sostienen allá mucho boato hasta que la corte los reduce á tal estado que tienen que vestirse de andrajos; vuelven cansados, aburridos y casi pidiendo limosna: fueron gallardos y vuelven flacos (4).

Tal vez hubiera más envidia que indignacion en estas vulgares injurias: el labrador y el soldado hambrientos no se resignaban á ver con buenos ojos la opulencia relativa del clero. «No hay cosa más llena que del cura la alacena, decian; y tambien: Si quieres pasar un mes bueno, mata un puerco; si un buen año, toma estado; si vida envidiable, hazte fraile» (5). Pero hay que observar tambien que un clero demasiado poderoso resistia difícilmente á la depravacion. Todo el que se ve objeto de adulacion se siente tentado á perder sus cualidades morales. Fuera de esto, el número de eclesiásticos era tan excesivo, que habia de comprender personas indignas de su carácter religioso. Así en solo el obispado de Calahorra habia diez y siete mil clérigos desocupados en su mayoría, «y tan dignos de correccion que el cargo de alcaide de la prision episcopal valia mil y quinientos ducados» (6). Las demás diócesis ofrecian igual exceso de gente y de indisciplina: su número total alcanzaba en España la cuarta parte de la poblacion adulta, si hemos de dar fe á una estadística que se supone hecha en el reinado de Felipe II. Segun esta cuenta, habia trescientos doce mil sacerdotes, doscientos mil clérigos de órdenes menores y cuatrocientos mil religiosos (7).

V.—Santa Teresa

Para mantener la disciplina en semejante ejército, bien era menester una regla rigurosamente mantenida por un severo reformador.

El más noble, y pudiera decirse sobrehumano, de los reformadores, apareció en aquella época en España: era Santa Teresa de Jesus. Siéntese uno poseido de admiracion mezclada de ternura, leyendo las obras de esta mujer verdaderamente extraordinaria. Tenia cuarenta y siete años, cuando emprendió la redencion de la religiosa española (8), como quiera que habia pasado toda su juventud en una comunidad de agustinas en medio de grandes alucinaciones: ella misma ha contado (9) «las turbaciones secretas y tentaciones íntimas que el demonio le traia.» Vivia en medio del terror. «Estaba una vez, dice la santa (10), en un oratorio y apareciómе hácia el lado izquierdo una abominable figura: en especial miré la boca, porque me habló, que la tenia espantable. Parecia le salia una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente que me habia librado de sus manos, mas que él me tornaria á ellas. Yo tuve gran temor y santigüéme como pude y desapareció, y tornó luégo: por dos veces me acaeció esto. Yo no sabia qué me hacer: tenia allí agua bendita, y echéla hácia aquella parte y nunca más tornó. Pero otra vez en la capilla y diciendo unas oraciones muy devotas, se me puso sobre el libro para que no acabase la oracion: yo me santigüé y fuése. Tornando á comenzar, tornóse, y hasta que eché agua bendita, no pude acabar: ví que

(1) Cervantes, el *Licenciado Vidriera*.
(2) Romances populares.
(3) *La Celestina*, pág. 43.
(4) *Guzman de Alfarache*.
(5) Cervantes, el *Licenciado Vidriera*.
(6) Cabrera, tom. II, pág. 356.
(7) En 1570. Leti, lib. XX[1], pág. 597.
(8) Nació el 28 de marzo de 1515, á los diez y seis años entró en el convento de Agustinas; en 1562, fundó el convento de San José; murió en 1582, y fué canonizada cuarenta años despues.
(9) Libro de su vida, cap. XXXI, pág. 93, edicion Rivadeneyra.
(10) Ibid.

salieron algunas ánimas del purgatorio en el instante y pensé si pretendia estorvar esto.» A veces lo sentia penetrar en su propio cuerpo y hallábase poseida de angustia y desesperacion. —¿Qué habeis visto y cómo pensais que podeis haberlo visto? le preguntaban con incredulidad sus confesores.—Veo con los ojos del alma, contestaba la santa (1). Poco á poco fueron las visiones ménos horribles y dolorosas, sobre todo, á contar de la época en que se rodeó de religiosas, sujetas á la regla que habia instituido.

Contristada por la excesiva libertad en que vivian las monjas en las comunidades, se separó de las Agustinas, y luégo de las Carmelitas y fundó la órden de las Carmelitas descalzas. La nueva regla prescribia que las monjas no salieran nunca de los muros del convento, que fueran siempre descalzas y que ayunaran ocho de los doce meses del año. Una vez á la semana se presentaban dos á dos en capítulo ante la presidenta, confesaban públicamente sus faltas y descuidos y pedian perdon prosternadas, ofreciendo la desnuda espalda á la priora para que las disciplinara en penitencia á su juicio y piedad. Por una falta grave habia de estar la pecadora en pié en el refectorio y á pan y agua, miéntras las demás comian (2). Las humillaciones y privaciones no dejan de tener su voluptad para la mujer dada al misticismo: cita la santa por ejemplo el fervor de una monja, que en su casa paterna, llevaba á raíz de la carne, durante toda la cuaresma, una cota de malla de guerrero, y que por la noche iba al aposento de las criadas á besarles los piés (3). Así, la misma severidad hizo la fortuna de la nueva regla: la santa debió reprimir el exceso de celo y las exaltaciones del servilismo. Cita un monasterio de su órden, donde se ejercitaban en la obediencia y mortificacion con tanta gracia de Dios, que un dia, estando en el huerto, hubo de preguntar á una jóven religiosa si se arrojaria á una balsa de agua á su mandado, cuando luégo al punto la vió echarse en ella con la mayor alegría. Otra comprendiendo mal á la priora, se disponia á tragarse de buen grado una lombriz de tierra (4). La santa gustaba más de la ingenua presteza de sus hijas en hacer de su cuerpo una espontánea ofrenda á las humillaciones que de la piedad recóndita de las almas melancólicas. No tenia piedad para aquellas que le llevaban sus vagas tristezas ó le confesaban sus lágrimas. «Hay que sujetarlas por todas las vías y maneras que pudieren: si no bastaren palabras, sean castigos; si no bastaren pequeños, sean grandes; si no bastare un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro, que no pueden hacer mayor bien» (5). Hubiérase dicho que desconfiaba en las otras de aquellos misteriosos arranques que ella misma tenia: llevó este escrúpulo hasta prohibir por cierto tiempo acercarse á la sagrada mesa á las monjas que dejaban ver demasiada voluptad al recibir la hostia consagrada (6); miéntras confiesa ella misma (7) que amaba la sacratísima hostia con pasion tan celosa que cuando veia á otras monjas recibirla á su lado, sentia haberla ya recibido y no poder apartarlas para sustituirlas. ¡Admirables celos de un alma de tal modo despegada de los sentidos que ignoraba sus inoportunidades y se creaba sus delicadas tentaciones! En su código cruel, no se digna la santa prever siquiera la menor falta contra la castidad: la carne no existe para ella: Mi mayor pesar, dice (8), es haber de comer, sobre todo, si tengo que interrumpir para ello mis oraciones.

VI.—La Compañía de Jesus

Semejante poder ejercido por una mujer sobre sus contemporáneos y tan profunda revolucion impuesta á las instituciones monásticas debian concitar los odios, las persecuciones, los dolores. Santa Teresa fué defendida y en cierto modo adoptada por reformadores, cuya accion ha sido por otra parte fecunda, no ya sólo en las costumbres del clero y en las tendencias de la Iglesia, sino tambien en la evolucion misma de las ideas religiosas de la humanidad: los Padres de la *Compañía de Jesus*. Fuí socorrida por los Padres de la Compañía de Jesus, dice la Santa (9), y por las grandes obligaciones que les tengo, les tengo siempre particular devocion.

No fué ciertamente Santa Teresa la única á quien confortara en la Iglesia de España la Compañía de Jesus (10): los Padres introdujeron

(1) Libro de su vida, pág. 120-124.
(2) Libro de su vida, pág. 278, *Libro de las Constituciones:* «Vengan á la mitad del capítulo... se postraran demandando piadosamente perdon, y desnudas las espaldas, resciba una disciplina cuanto á la Madre priora le paresciere... y coma pan y agua.»
(3) Ibid. pág. 218.
(4) Ibid. pág. 206-211.
(5) Libro de su vida.
(6) Ibid. *Fundaciones.*
(7) Ibid. *Libro de las revelaciones*, pág. 191. «En acabando de comulgar, si via comulgar á otras, quisiera no haber comulgado por tornar á comulgar.»
(8) *Libro de las revelaciones*, pág. 150.
(9) Libro de su vida, *Fundaciones*, pág. 183.
(10) *Cabrera*, tom. I, pág. 350. «Fué aconsejada de los Padres.»

la dignidad y la decencia en las costumbres del clero, y le ofrecieron el modelo de sacerdotes instruidos y prudentes (1). Los jesuitas españoles tenian á la sazon el admirable mérito de consagrarse á las misiones entre los paganos. Ellos invadieron audazmente el Japon en cuanto fué descubierto (2); edificaron allí iglesias y trajeron algunos de sus neófitos para presentárselos á Felipe II (3). Si descubrian en su órden alguno de esos espíritus absolutos, de los que ha habido muchos entre los jesuitas de Francia y Alemania, que creian aumentar el poder de la Compañía poniéndola en pugna con las leyes civiles (4), luégo al punto lo expulsaban los Padres españoles, como sucedió con Juan de Mariana, á quien enviaron á Colonia, en medio de los protestantes (5). Comprendieron con bastante sagacidad el temperamento del pueblo español, en cuyo seno vivian, para no acometer la empresa de depurar completamente las ideas religiosas; pero supieron reglamentar las leyendas milagrosas á fin de darles una direccion práctica.

Con esto se cesó de contar el cuento de la hostia consagrada, que vendida á un judío, se habia escapado de sus dedos, volviendo al sagrado copon al través de los muros de la iglesia (6); pero cundia la noticia de la vision de Santa Teresa, á quien se habian aparecido en la gloria de los cielos los Padres de la Compañía con sendas banderas blancas en las manos (7): se repetia que los habia visto elevarse hasta el trono de Dios, á la hora de la muerte de cada uno (8), ó que un velo sobrenatural ceñia sus cabezas, cuando comulgaban (9).

(1) Cabrera, tomo I, página 350. «Reformó lo estragado con su ejemplo y exercicios, y hizo más sábio, hábil y suficiente el sacerdocio.»

(2) El Japon fué descubierto por los portugueses en 1544; el Padre Francisco Javier (San Francisco Xavier) llegó allá en 1549; quince jesuitas ocupaban el Japon en 1564. Herrera, tom. I, pág. 245.

(3) *Doc. inéd.* tom. VII, p. 395.

(4) Tales son los Padres: Keller autor del *Tyrannicidium seu scitum catholicorum de tiranni internecione*, Monachii, 1611. — Guignard, ejecutado en 1595, como cómplice de Juan Chatel.—Serrario autor de los *Commentarii in sacros Bibliorum libros, Lutetiæ*, 1611.

(5) Mariana (1536-1623), es autor del libro *De rege et regis institutione*, donde se leen estas palabras sobre el asesinato de Enrique III, *Coeso rege, ingens sibi nomen fecit.*

(6) Milagro de Segovia.

(7) *Obras de Santa Teresa*, tom. I, pág. 117. «Vílos en el cielo con banderas blancas en las manos, y he visto de ellos otras cosas de mucha admiracion.»

(8) *Ibid.* pág. 120: «Habíase muerto aquella noche un hermano de aquella casa de la Compañía, y oyendo misa de otro Padre de la Compañía por él, dióme un gran recogimiento, y víle subir al cielo con mucha gloria, y el Señor con él.»

(9) *Ibid.* pág. 124. «Y estando comulgando los hermanos de aquella casa, ví un palio muy rico sobre sus cabezas; esto ví dos veces; cuando otras personas comulgaban, no lo veia.»

VII.—La Inquisicion

Estas fuerzas eran demasiado espontáneas é independientes para que agradaran á Felipe II. Un espíritu absoluto no comprende más que las instituciones oficiales. En la crísis religiosa de que estaban amenazados sus estados, no se cuidó Felipe de los aliados cuya docilidad le era sospechosa, y reservó sus favores para una corporacion de sacerdotes, de dominicanos y de laicos servilmente sumisos á su autoridad y colocada en una jerarquía compleja, la corporacion que se ha llamado la Inquisicion de España.

La institucion existia de muchos siglos atrás, pero se habia desviado de su primitivo destino. El rey Fernando el Católico, en 1478, habia agregado laicos á los religiosos dominicanos y puesto á su disposicion una fuerza armada para confiscar en pro de su erario los bienes de los cristianos de raza judía que judaizaban en secreto (10). Así trasformada la Inquisicion de España vino á ser un instrumento precioso para la ocupacion de las propiedades de los moriscos y se acostumbró á las condescendencias con el poder real. Su jefe nominal era el consejo de la Suprema, que presidia el inquisidor general. Por debajo de la Suprema se desarrollaba la red de tribunales del Santo Oficio protegidos por la fuerza armada de los familiares. Los procedimientos eran misteriosos: las piezas del proceso no se comunicaban nunca (11); pero hoy han salido del polvo los legajos y se han puesto á nuestra vista, por el canónigo Llorente, por los académicos de Madrid y por los archiveros del gobierno. En las innumerables páginas de estas publicaciones se hallan invariablemente seguidos los mismos procedimientos: delacion ó denuncia, tortura y aislamiento en una oscura prision.

La denuncia se obtenia de tres maneras; ó se despertaban hábilmente los escrúpulos de las conciencias tímidas para suscitar revelaciones sobre las faltas contra la religion cometidas por otras personas, ó se atizaban los odios privados y las querellas de familia: acogíanse por ejemplo las acusaciones hechas por las jóvenes casadas

(10) Ms. Arch. nac. K, 1710, n.º 7. «Informaron al rey y á la reina que en sus reinos y señoríos avia muchos cristianos de linaje de los judíos, que tornaban á judaizar y facer ritos judaicos secretamente en sus casas y reyan la fee de christiano ni facian las obras que católicos christianos deven facer.»

(11) Llorente. *Historia crítica de la Inquisicion de España*, traducida por Pellier, Paris, 1818. Llorente era un canónigo de Toledo que fué secretario de la Inquisicion de la corte desde 1789 hasta 1791 y tuvo bajo su custodia los legajos acumulados desde el tiempo del inquisidor general Valdés en 1547.

contra sus suegras (1); en fin, algunos espías hacian observaciones y daban informes (2).

Aun despues de haberse reconocido culpable de todas las faltas de que era acusado, el reo podia sufrir la tortura; cierto que la Suprema habia prohibido someter muchas veces á cuestion de tormento al mismo acusado; pero esta prohibicion era eludida por los tribunales inferiores, que imaginaron suspender el tormento para continuarlo de nuevo algunos dias despues cuando el acusado habia recobrado sus fuerzas (3). La vejez no libraba de la tortura más que la confesion: en 1557 una francesa de noventa años de edad que vivia en Zaragoza (4), murió en manos de los esbirros que la sometian á cuestion. Se ha creido que habia variedad en los suplicios que imponia la Inquisicion bajo el nombre de tortura. Esta operacion ofrecia, al contrario, una gran regularidad, á lo ménos en el siglo XVI. El ejecutor se habria negado por honor profesional á trabajar fuera de las reglas del arte: los manuales existen, los procedimientos son conocidos. El paciente era colgado de las manos á una cuerda rodeada á una polea; se le ataba peso á los piés y haciendo girar la polea se levantaba en alto la víctima; se la dejaba caer y se la volvia á levantar á impulsos bruscos, repitiéndolos varias veces. Al cabo de algunos minutos, los piés, las manos, los músculos de las piernas, de los pulmones y de los hombros quedaban ordinariamente desgarrados. El único detalle que fué confiado al capricho era el peso atado á los piés y el número de impulsos ó sacudidas que se llamaban *golpes* ó *vueltas de cuerda* (5).

Los padecimientos de la prision han sido muy exagerados por la credulidad popular. Estaba prohibido poner en hierros á los reos: se les privaba siempre de lumbre y de luz, y se les conservaba á veces muchos años en una oscuridad completa y en absoluta incomunicacion. La severidad en mantener la separacion entre los presos era tan grande que la criada de un carcelero, María Gonzalez, convicta de haber tolerado comunicaciones entre ellos, fué sacada en camisa á la plaza pública y recibió doscientos azotes (6). Sin embargo, solian ser encerradas dos mujeres en un mismo calabozo; así en Sevilla, en 1560, D.ª Juana Bohorquez esposa de D. Francisco de Vargas, puesta en prision aunque en cinta de seis meses, fué asistida en su parto por una moza acusada como ella. La pobre madre por cierto tuvo el dolor de que le arrebataran á su hijo. Su compañera la abandonó el dia siguiente para sufrir la tortura; y despues la volvieron al mismo calabozo ensangrentada, con los músculos desgarrados y desarticulados los huesos. D.ª Juana la asistió á su vez, pero fué interrumpida en su piadosa abnegacion para comparecer ella tambien en la sala del tormento. Sintió igualmente segar sus carnes las cuerdas y distenderse sus miembros; pensó en su hijo recien nacido y robado, en su amiga moribunda; se desangró por la boca y murió en el potro del tormento. Despues fué declarada inocente por el Santo Oficio.

Pero es necesario reconocer que la existencia era ménos penosa en las prisiones de la Inquisicion que en las que encerraban á los criminales ordinarios: en éstas la miseria y el hambre eran los menores sufrimientos; la vida comun con los demás presos exponia á tales otros que se consideraba como una fausta libertad la salida para las galeras. Unos franceses, que habian sido apresados haciendo el comercio de América, fueron conducidos á las cárceles de Sevilla, donde murieron en su mayoría, quién por haber sido apaleado, quién por falta de alimento, ó por sobrada pobreza y enfermedad, siendo tratados allí peor que perros (7). A veces tambien la permanencia en la cárcel pública era empleada como medio de tortura: así se ve á la heróica Juana Coello, esposa de un ministro en desgracia, arrojada con sus hijos en una de estas cloacas para ver de obligarla á entregar los papeles que habia puesto en seguridad como necesarios á la defensa de su marido. Todavía en nuestros dias, en la España contemporánea, ofrecen los mismos horrores las cárceles públicas (8), donde los gritos de los presos, víctimas de compañeros desalmados, se oyen hasta en la calle (9). Pero si el régimen del secreto ahorraba estas miserias, no carecia de peligro para la inteligencia de los presos en los calabozos del Santo Oficio: uno de los últimos, casi un contemporáneo, el marsellés Miguel Maffre de Rieux, preso en 1790, se jactó ante el tribunal de la

(1) Llorente, tom. I, pág. 292.—*Doc. inéd.*, tom. X, pág. 150.
(2) Leti, tom. I, pág. 342.
(3) Llorente, tom. I, pág. 307.
(4) *Ibid.*, tom. II, pág. 149.
(5) Los instrumentos extraños que se enseñan hoy son de una época de decadencia. El inquisidor no estaba obligado en conciencia á aplicar la tortura. Véase la *Inquisicion de Goa*, libro raro publicado en 1687, con licencia del gobierno francés.
(6) Llorente, tom. II, pág. 293.
(7) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10,752, f. 985, Forquevauls á Cárlos IX.
(8) Don José de Larra, los *Barateros*.
(9) Véase el *Imparcial* del 24 de setiembre de 1878, y los números de los dias siguientes.

Inquisicion de ser el hombre de la naturaleza, segun los preceptos de Rousseau; por ello fué condenado á aparecer en la plaza pública con una cuerda de esparto al cuello, el sambenito en la cabeza y un cirio verde en la mano. Vuelto á la prision, y á solas ya con el recuerdo de su humillacion, se estranguló.

El más temible peligro no estaba en la delacion ni en las confesiones que arrancaba la tortura; estaba en la sutileza de las interpretaciones que hacian los jueces y en las refinadas argucias de los teólogos.

Estos teólogos, que se llamaban *calificadores*, eran religiosos ignorantes y ciegos, pero habilísimos en lo de descubrir herejías en las palabras más sencillas con ayuda de las definiciones de la escolástica. Los tales teólogos han dejado monumentos de oratoria sagrada en sus rústicos sermones, como el del fraile aquel que predicando de la tentacion de Jesus sobre el pináculo del templo, donde Satanás le instaba á que se precipitara abajo, añadia de su cosecha: «Jesus, como caballero bien criado, contestó: Bésoos las manos, señor Satanás; tengo yo otra escalera para bajar (1).» O como aquel monitorio que acaso se lea todavía todos los años, el tercer dia de cuaresma, despues de la misa mayor: Si habeis oido decir que ciertas personas se mudan de camisa en sábado, ó en sábado mudan las sábanas de la cama, ó hacen diariamente la ablucion, lavándose los brazos, las manos, ó los codos, cara, boca, narices, oidos, piernas y partes vergonzosas, ó que hayan tenido pacto tácito ó expreso con el demonio, estais obligados á delatarlos bajo la pena de excomunion (2). Los que sustituyen el estudio por el entusiasmo se dejan llevar de buen grado por una idea fija y vienen á ser el azote de su partido: ahora se pongan al servicio de un príncipe, ahora al de una demagogia, siempre resultará que desprecian igualmente el hecho y el derecho. La insensatez de aquellos calificadores acérrimos fué lo que más comprometió á la Inquisicion, como por ejemplo, cuando condenó al que fué convicto de sostener relaciones con un demonio bajo la forma de un hombrezuelo negro, llamado *Xaguax*, á quien alimentaba con estoraque (3); ó como cuando retuvo en prision hasta su muerte á un profesor de retórica, padre de doce hijos, por haber dicho, explicando en cátedra á Plinio, que Jesucristo fué circuncidado por su madre y no por Simeon, y por haberse resistido á creer que once mil vírgenes embarcadas en una sola nao habian sido sacrificadas. Las palabras *XIM. virgines*, decia, significan once mártires vírgenes, y no once mil (4).

Ved ahí los hombres crueles con pedantería y fanáticos con servilismo que prefirió Felipe II á los Padres de la Compañía de Jesus para defender, bajo la máscara de fe católica, su autoridad monárquica.

Aún ántes de salir de los Países Bajos habia escrito ya á su hermana Juana para que denunciara á la Inquisicion los españoles sospechosos castigando á los culpables con todo rigor en todas las ciudades (5). La princesa se creyó obligada á autorizar con su presencia una ejecucion de condenados en Valladolid; y el domingo de la Trinidad (6), acompañada de don Cárlos, hijo de Felipe II, asistió al auto de fe, y mandó hacer de él una memoria ó relacion oficial para enviársela al rey. «El auto del Santo Oficio de la Inquisicion se hizo el domingo de la Trinidad, en la plaza, donde se hallaron Sus Altezas y todos los grandes y prelados que aquí habia y los Consejos, y hízose muy solemne. Comenzóse á las siete de la mañana y acabóse á las cinco de la tarde, quemándose quince entre hombres y mujeres y los demás se condenaron á cárcel perpetua. Habrá de hacerse otro auto presto de algunos que quedan presos. Y á todo se hallaron Sus Altezas (7).» Lo que estas últimas palabras tienen de repugnante y cruel no puede comprenderse sin recordar las dos fases del auto de fe: la primera pasaba en un tablado en medio de la plaza mayor: era la humillacion pública; luégo eran entregados los reos al corregidor para ser conducidos á los afueras, á un campo donde estaba ya preparada la hoguera; el *quemadero* técnicamente. La piedad no obligaba á asistir más que á la ceremonia religiosa, la de la ciudad; Juana, empero, quiso estar presente en todo y arrastró consigo á su sobrino el jóven príncipe á que presenciara tambien la quema. Allí vió perecer á damas de su corte á quienes conocia desde su infancia: una de ellas, Beatriz de Vivero, se habia declarado constantemente católica; quebrantada por la tortura, se

(1) Brantome. Los que han oido los sermones de los frailes españoles en nuestra ciudad francesa de Oran, saben muy bien que estas extravagancias están aún en sus costumbres.

(2) Este monitorio se leia en lengua vulgar.

(3) Llorente, tom. II, pág. 342.

(4) *Doc. inéd.*, tom. II, pág. 7 y siguientes.

(5) Cabrera, tom. I, pág. 243.

(6) No el 21 de marzo, como dice Cabrera, ni en mayo, como dice Llorente; Mr. Gachard da por fecha el 21 de mayo; pero es seguramente un dia de la primera quincena de junio.

(7) *Doc. inéd.*, tom. XXVII, pág. 205, el secretario Francisco Osorio al rey. El corregidor de Valladolid era D. Luis Osorio: eran parientes de Isabel Osorio.

habia sometido á todas las confesiones que le exigieran; pero no ganó con su docilidad sino el triste favor de que la estrangularan ántes de ser arrojada á la hoguera donde fueron quemadas vivas las demás víctimas. Mencía de Figueroa, dama de honor de la reina, obtuvo más indulgencia, pues fué condenada á la degradacion con toda su familia y luégo á prision perpetua. Una hija del marqués de Montemayor y la viuda del tesorero de Castilla sufrieron la misma suerte: esta última dejaba trece hijos á quienes notaba de infamia la sentencia de la madre. La más cruelmente castigada fué una monja del monasterio de Santa Catalina de Valladolid, Sor María de Rojas, que fué enviada á su convento para que la maltrataran á su voluntad sus hermanas en Cristo.

Algunas semanas despues, otro auto de fe quemaba poco más ó ménos el mismo número de personas en Sevilla. Pero la verdadera fiesta se reservaba para la llegada del rey.

El 8 de setiembre de 1559, cuando Felipe II descubrió la tierra de España de que no habia ya de salir más, fué azotado por tan peligrosa tempestad que se dejó llevar por un piloto audaz, el cual lo puso en la playa: apénas estuvo en salvo cuando vió zozobrar y perderse el navío que acababa de dejar y nueve de los que lo seguian. A su vista se tragó el mar un millar de hombres y todas las colecciones de tapices, cuadros y piedras preciosas, que habia reunido su padre en los Países Bajos (1). Ya aparecia aquella extraña fatalidad, que opuso constantemente tempestades á sus designios. Más de quince dias invirtió en llegar á Valladolid: despues, sin perder momento, se aprestó á presenciar la solemnidad esperada con impaciencia.

El domingo 8 de octubre, ante la iglesia de San Martin, en alta tribuna cubierta de rica tapicería, los jueces de la Inquisicion se colocaron alrededor del trono: enfrente estaba el tablado. Las campanas dieron la señal y la procesion salió del palacio de la Inquisicion: cada uno de los condenados venia apoyado en dos familiares; los que se habian admitido á penitencia vestian negra túnica y los destinados á la hoguera hopa amarilla y sambenito pintorreado de grotescos dibujos que representaban llamas infernales y demonios. Las masas populares aclamaban con entusiasmo el cortejo de grandes señores, títulos, embajadores, cortesanos. Hase calculado en doscientos mil el número de españoles que acudieron á esta ceremonia nacional (2): la alegría de ver al rey pronunciarse con tal y tanta solemnidad en contra de la herejía, no ménos que el santo deseo de ganar los cuarenta dias de indulgencias prometidos á los que presenciaran el acto, habian atraido aquella multitud innúmera. La alegría subió de punto, cuando el inquisidor general requirió al rey á mantener la pureza de la fe, á denunciar á los innovadores y á sostener el Santo Oficio de la Inquisicion; y subió muy más aún hasta llegar á su colmo, cuando se alzó en pié la majestad del rey diciendo en alta voz y espada en mano: «¡Yo el rey, así lo juro (3).»

Entónces se leyó la sentencia. Los penitentes se hincaron de rodillas, recibieron la absolucion y fueron restituidos á su prision por el resto de su vida. Los demás fueron entregados con gran pompa al brazo secular con estas palabras sacramentales: «Los confiamos á la justicia del magnífico corregidor, á quien recomendamos sea servido de tratarlos con bondad y misericordia.» Nunca pronunció el Santo Oficio una sentencia de muerte, nunca dictó sentencia contra los que no admitia á penitencia; nunca habló de los que salian de sus manos, sino invocando la bondad y misericordia. Pero nunca tampoco, nunca jamás dudó el magistrado civil de la suerte que se le habria reservado, si hubiera tenido bondad y misericordia para oponerse á que fueran quemadas inmediatamente las víctimas que se le entregaban con tan hipócrita y pérfida fórmula. Hasta sabia que no tenia la facultad de estrangularlas ántes de arrojarlas á la hoguera, cuando el Santo Oficio no habia autorizado de antemano esta gracia.

De los diez y ocho condenados que desfilaron por delante del rey, seis fueron admitidos á penitencia: entre ellos habia una descendiente del rey D. Pedro el Cruel, llamada Isabel de Castilla; era conveniente que no pereciera á fin de mostrarla humillada en longuísima penitencia, conservándola como víctima de alto rango, preciosa para ser degradada y escarnecida. Su marido fué uno de los doce entregados al brazo secular, noble florentino, ahijado del mismo Cárlos V, y se llamaba Cárlos di Seso. Al pasar alzó los ojos al rey y creyendo poder avergonzarlo con su mala compañía, le dijo altivamente: —¿Cómo un caballero como vos deja en manos de estos frailes á un caballero como yo?—Yo

(1) Cabrera, tom. I, pág. 275.—Sepúlveda, *Opera*, tom. III, página 53.

(2) Gachard, *Don Cárlos y Felipe II*, pág. 46.—Castro, *Historia de los protestantes*, pág. 176.

(3) Cabrera. «Yo el rey, dixo, así lo juro.»

mismo, contestó el rey, yo mismo traeria la leña para quemar á mi propio hijo, si fuera tan perverso como vos.—¡Pensamiento sincero! Estas palabras traducian tan bien la intencion de Felipe II, que fué repetida despues en análoga ocasion á nuestro embajador, el cual recomendaba á unos franceses perseguidos por el Santo Oficio: No he obtenido otra respuesta del rey, decia el embajador, sino que él mismo entregaria á las llamas á su propio hijo, si hubiera pecado contra la fe (1).

Sin llevar la leña á la hoguera ¿tuvo el rey la complacencia de salir de la ciudad con las víctimas para ver decrepitar las carnes vivas á la accion del fuego? Su hijo y su hermana lo habian hecho ya. Su apologista dice sólo que se hallaba presente cuando se empujaron á la hoguera muchos culpables, acompañados de sus guardias de á pié y de á caballo (2). Puede creerse que no abandonó su tribuna, que veria arrastrar hácia el lugar del suplicio á los condenados, contentándose con prestar sus guardias para que los acompañaran al quemadero, sin seguirlos él personalmente. Donde no, si hubiera asistido en persona á la agonía de las víctimas, los escritores de la época habrian cantado sus alabanzas en términos más pomposos y explícitos, habrian celebrado hasta con orgullo el recuerdo de una accion tan meritoria.

Ninguna institucion fué nunca más popular ni más conforme con la idea que del catolicismo habian concebido los españoles del siglo XVI. Puede decirse que habian trasformado la religion en un estrecho ritual de prácticas materiales; y como al mismo tiempo habian llevado su ideal de honradez á las exageraciones de un honor facticio, no podian ménos de sentirse heridos por las doctrinas del protestantismo: una religion que proscribia las pompas del culto, la voluptad de la obediencia, y en aquella época á lo ménos, la vida contemplativa, debia chocar con los sentimientos más caros de hombres que sabian morir ó padecer por su fe, sin discutirla, sin comprenderla de otro modo que con imágenes, sacramentos y ceremonias. Defendida la fe católica al mismo tiempo que la patria por mil años de guerras, hubo de entrar tan bien por atavismo en el sentimiento nacional, que aún hoy en dia está tan vivo el odio al protestantismo y pudiera llegar á ser tan cruel como en el siglo XVI. Sin ir más léjos, en la ciudad de Alcoy, estaban tres protestantes sentados en un paseo y discutian mano á mano sobre el concepto de una lectura piadosa: en esto fueron reconocidos por los transeuntes, y sin más, injuriados groseramente y perseguidos hasta su domicilio, viniendo á completar el cuadro un comisario de policía que los prendió y los retuvo presos espacio de tres dias en un calabozo (3). Con esto cuando los académicos de Madrid quieren publicar un manuscrito que cierne, por ejemplo, dudas sobre un supuesto milagro, añaden prudentemente por nota: «Este milagro ha servido para una canonizacion, y está pues desde entónces fuera de toda discusion (4).» Y cuando un impresor es llamado por el párroco y apercibido y conminado con la especie de picota de poner su nombre en la puerta de la Iglesia con nota de excomulgado si continúa tomando artículos de los periódicos liberales, la única observacion que se permiten sus compañeros, áun los ménos reaccionarios, es que el reverendo párroco se ha extralimitado con la excomunion al impresor de un artículo, cuyo autor no está excomulgado (5).

Fuera de esto, en el siglo XVI, la idea de destruir por medio del suplicio á los innovadores religiosos era universal: si no está absolutamente probado que Felipe II no vió consumirse en las llamas á sus súbditos, se sabe sin ninguna duda que nuestros reyes Francisco I y Enrique II asistieron á sacrificios de este género. En cuanto á Calvino, escribia así al príncipe inglés (6): «Teneis dos especies de sediciosos, los unos son gente fantástica que so color de Evangelio querrian ponerlo todo en confusion; los otros gente obcecada con las supersticiones del Antecristo de Roma: todos juntos merecen ser reprimidos por la autoridad que se os ha confiado, puesto que ofenden no sólo al rey, sino á Dios que lo ha sentado en trono real.» Los disidentes son «furiosos que querrian que

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 16.103, fol. 134. El obispo de Limoges á Catalina de Médicis, 20 de enero de 1562 á propósito de su intervencion en favor de Bobuze, boticario francés de la jóven reina Isabel. Este obispo, que era Sebastian Laubespine, habia seguido á Felipe II de Bruselas á España. En cuanto á la respuesta dada á Seso está indicada por todos los apologistas españoles de Felipe con tan pocas variantes en los términos, que no puede negarse su autenticidad. — Cabrera: «Yo traeria leña para quemar á mi hijo, si fuere tan malo como vos.» — Fray Agustin Danvila: «Si mi hijo fuere contra la Iglesia, yo llevaré los sarmientos para que lo quemen.» — Porreno: «Muy bien que la sangre noble si está manchada, se purifique en el fuego; y si la mia propia se manchare en mi hijo, yo seria el primero que lo arrojase en él.»

(2) Cabrera, tom. I, pág. 276. «Hallóse por esto presente á ver llevar y entregar al fuego muchos delincuentes acompañados de sus guardas de á pié y de á caballo.»

(3) *El Imparcial* del 17 de agosto de 1878.

(4) *Doc. inéd.*, tom. XV, pág. 570.

(5) El párroco de Mahon contra el impresor del *Bien público*. Véase *El Imparcial* del 25 de julio de 1878.

(6) Julio Bonnet, «Cartas de Juan Calvino,» tomo I, páginas 261–331, Calvino á lord Somerset, regente en la minoría de Eduardo VI, 23 octubre 1548.

todo el mundo volviera atrás en confusa licencia y que difaman el Evangelio como si no engendrara más que rebelion contra los príncipes.» Aún el pecado debe castigarse: las más pueriles instrucciones del Santo Oficio están justificadas de antemano por estas palabras de Calvino. «Sobre todo, que el honor de Dios os sea recomendado para castigar los crímenes de que los hombres no han acostumbrado hacer caso. Lo digo porque á las veces los latrocinios, los apaleamientos y las extorsiones serán asperamente castigados, por cuanto son ofensivos á los hombres; no embargante, se sufrirán las fornicaciones y los adulterios, las borracheras, las blasfemias del nombre de Dios como cosas casi lícitas ó bien de poca importancia.»

Seria un error creer que la Reforma fuera en su orígen producida por las necesidades del pensamiento: ha creado, es muy cierto, ha creado las ideas de libertad en las creencias, pero no, no procede de un sentimiento liberal. Nadie más supersticioso que Lutero, más aferrado á un dogma estrecho que Calvino, más poseido de fanatismo que Enrique VIII: los frailes refractarios, los clérigos hambrientos, los príncipes licenciosos que predicaban la rebelion contra el yugo de la Iglesia, no eran ni pensadores ni espíritus tolerantes. La Reforma no creyó nunca que conmovia el principio universalmente aceptado de la destruccion de los disidentes por la hoguera. La educacion es la misma para todos; la teoría es clara, está formulada en estas palabras: *Vivus flammis corpore cruciatus miserrimam animam efflavit ad supplicia sempiterna* (1). Se muestra, se prueba el infierno, se comienza á nuestra vista anticipando el juicio; se sustituye á Dios; se le ahorra el esfuerzo; se le facilita el empeño, se le suministra la hoguera. ¡Monstruosa alegoría! ¡error grosero que no atenúa en nada el pretexto de salvar el alma, resumiendo en un momento en el cuerpo de la víctima todos los padecimientos que ha merecido por una eternidad! Este pretexto ha sido formulado ingeniosamente por un escéptico contemporáneo (2). «¿Qué hay más absurdo que la tolerancia? Veo que un desgraciado se prepara centenares de años de atroces dolores ¡ y no se los evitaria yo, que puedo hacerlo, con cuatro ó cinco años de prision y áun por un dolor de dos horas en una hoguera!»

Este sofisma, á lo ménos, puede disculpar, no al rey, no á los jueces, no á los prelados, sino á esa masa inconsciente del pueblo que acudia á los autos de fe (3). El pudor de los católicos franceses ha conservado el nombre extranjero de estas inmolaciones rehusando llamarlas *actes de foi;* pero los españoles no veian en ellas más que una de tantas fiestas para recrear la vista, de que tan ávidos estaban, un cuadro que representaba el infierno que se les habia enseñado, y gustaban simplemente de mirar cómo ardian en él verdaderos réprobos, á la manera que se complacian en presenciar cómo sus señores lavaban los piés de los pobres la tarde del juéves santo, y más aún en ver cómo corria la sangre á borbotones en las corridas de toros. Y se animaban más y más alrededor del cortejo militar, al són de los gritos y salmos y conjuros, y al calor y embriaguez de las llamas y del humo.

Representacion dramática para el pueblo, el auto de fe no era considerado por el rey con más conciencia religiosa. Seria ir demasiado léjos atribuir á Felipe II una especie de doblez que hubiera puesto con premeditacion la fe al servicio de sus intereses profanos; si procuró confundir su autoridad con la de la religion, y acaparar los beneficios de la docilidad para con el trono á la vez que los de la sumision para con la Iglesia, ha de verse en estos manejos una ilusion más bien ingenua que calculada: considérase Felipe sin la menor vacilacion como un delegado ó representante de Dios; ni más ni ménos. Dios se ha desposeido de todos sus derechos en sus reales manos; Dios no existe ya fuera de él. Su mision y su investidura le permiten hacer lo que los demás hombres llaman crímenes, si se trata de su poder, esto es del poder de Dios. En la serie de acontecimientos de su larga vida, se le verá de hoy más colocado bajo el imperio de esta alucinacion. Mas para no volver á la situacion de la Iglesia ni á la Inquisicion, terminaremos este capítulo con el resúmen de los principales acontecimientos religiosos del reinado de Felipe II.

VIII.—La Inquisicion puesta al servicio del poder real

Desde el punto y hora en que Felipe II se cree el representante de Dios en su reino, se considera *ipso facto* como poseedor de la autoridad eclesiástica. «Tengo por cierto que lo que Vuestra Majestad me ordena será la voluntad del Padre Santo,» escribia ya un obispo á Cár-

(1) *Sepúlveda*, tom. III, pág. 58.
(2) Enrique Beyle, Carta á M. Colomb, octubre 1823.
(3) *Autos de la fe*, segun la ortografía de la Cancillería inquisitorial. Véase una de sus sentencias con su escritura hierática. Ms. Arch. nac. K. 1505, pág. 41.

los V (1). El rey hace constar como un hecho de mucho atrás admitido su patronato en todas las iglesias catedrales de España y su derecho exclusivo de presentar, esto es de elejir todos los prelados, áun cuando la vacante de las sillas se produzca en la corte de Roma (2). Dueño de su clero, teme casi en el mismo grado que el protestantismo las reformas que podria decretar el Concilio de Trento; espia con desconfianza á los Padres de aquella congregacion ecuménica, «las extravagantes proposiciones que se discuten en su seno con grave detrimento de la religion, y la llegada del cardenal de Lorena con los obispos y abades de Francia que tienen los proyectos más subversivos y acaso relaciones con los luteranos, acaso inteligencias con el diablo (3).» Comienza por no ver en el Concilio más que una reunion de herejes, cuyas ideas no podrian oir sin escándalo oidos piadosos, «y así el diablo va trabajando y haciendo uso de artificios (4).» Cada uno de los obispos es objeto de una memoria ó informacion que un espía italiano dirige exactamente á Felipe II (5). La desconfianza contra el Concilio desaparece únicamente el dia en que la mayoría queda asegurada á favor de los obispos españoles (6).

Tan quisquilloso con su clero como con los Padres del Concilio, desciende Felipe II á los pormenores más menudos de la disciplina eclesiástica y no parece sino que envidia á Enrique VIII, que habia redactado por sí mismo el ritual de su Iglesia. «Me parece, escribe Felipe II, que la fiesta del Angel Custodio se debia de pasar al primer dia de marzo... en la misa de Santa Ana se mire si seria más conforme al misal nuevo y por esto mejor poner la epístola *Mulierem fortem*... en la misa de las Once Mil Vírgenes se vea si seria de poner la conmemoracion... (7).» En un pasaje de los misales impresos por Plantino, se advierte que en las misas de difuntos debe decirse *Lavabo inter ignocentes*, sin el *Gloria Patri;* y en otro pasaje que no debe cantarse este salmo (8). O bien hace larguísima investigacion para saber si se ha de decir *Paraclitus* ó *Paracletus* (9). ¿Quién podia estar seguro de su ortodoxia á los ojos de un rey tan minucioso que anotaba las erratas de imprenta? Ni áun los Padres de la Iglesia, pues su teólogo Arias Montano le escribe (10) que no los dé á la estampa sin depurarlos bien, porque contienen algo que no es muy sano, y en este número están las obras de San Agustin, San Jerónimo, Tertuliano y otros Padres graves.

Al servicio de las sospechas del rey estaban las manos de la Inquisicion, de tal manera dóciles, que trabajaban hasta para sus intereses fiscales: por ejemplo, los alcabaleros se reconocieron incapaces de contener la exportacion de caballos á Francia; fingió el rey la creencia de que los caballos eran destinados á los ejércitos calvinistas, y con esto hizo que prohibiera este tráfico la Santa Inquisicion, cuyo tribunal condenó en Zaragoza á un ganadero á doscientos azotes y cinco años de galeras por una venta de caballos (11). Felipe II ni áun siquiera procura disimular que es el verdadero jefe de los inquisidores españoles. «Se ha dado órden á los inquisidores,» es la fórmula que emplea sin rodeos (12); los pone y los quita (13); los vigila por medio de espías que llama asesores ó consejeros (14), y arrebaña todas las consfiscaciones hechas por ellos. Aisla ó aleja á su clero de la Santa Sede, prohibiendo la publicacion de las bulas y despachos de Roma (15); alienta á sus alcaldes y corregidores á pugnar contra las inmunidades eclesiásticas y despreciar las excomuniones hasta el punto de hacerles creer que los premios se dan únicamente á los funcionarios

(1) Doc. inéd., tom. V, pág. 100, Santo Tomás de Villanueva, obispo de Valencia, á Cárlos V, 12 abril 1547.

(2) Ley de 1565, *Nueva Recopilacion*, lib. I, tít. VI, ley I, página 36. «Por derecho y antigua costumbre y justos títulos y concesiones apostólicas, somos padron de todas las iglesias catedrales...»

(3) Doc. inéd., tom. IX, pág. 291, el rey á Vargas, 7 oct. 1562. «Y de las demandas extravagantes que se tractan á la venida del cardenal de Lorena con obispos y abades franceses, con la mesma ruin intencion, y quizá con comunicacion de germanos y inteligencia del demonio.»

(4) Doc. inéd., tom. IX, pág. 291. «Y el demonio por esta vía va obrando y usando de sus arteficios.»

(5) Ibid., pág. 316-319.

(6) Véase el cap. VI, párrafo 5, más léjos.

(7) Doc. inéd., tom. XLI, pág. 249. Notas de puño y letra del rey, 17 de julio de 1571.

(8) Doc. inéd., tom. XLI, pág. 247, nota del rey á Zayas, 19 junio 1571.

(9) Ibid. «Aunque se me acuerda que me digistes como se habia de decir en griego la palabra que dige, no se me acuerda si habia de ser *paraclitus* á *paracletus*, y veo que en los breviarios de Plantino en esta parte dicen siempre *paracletus*, y en estos advertimientos dice que diga *paraclitus*. No sé cual es la verdad: en caso que sea *paraclitus*, será menester advertir que en los breviarios....»

(10) Ibid., pág. 175, Arias Montano al rey, 10 mayo 1570. «Tienen necesidad de ser repurgados por tener cosas no tan sanas como conviene, en este número entran las obras de San Agustin, y San Gerónimo, y Tertuliano, y otros autores graves.»

(11) En 1578, Llorente, tom. II, pág. 395.

(12) Doc. inéd., tom. IV, pág. 343, el rey á Granvela, 17 febrero 1567.

(13) Llorente, tom. I, pág. 145.

(14) Estos asesores ó consejeros eran siempre laicos. Se les llamaba asesores y consultores. Llorente, tom. II, pág. 498.

(15) Relac. ven. Agostino Nani, apud. Alberi, serie I, tom. V, pág. 485. «*Non e tenuto per buon ministro quell' alcado ó corregidor che non sia stato almeno dieci mesi escommunicato, e quello e tenuto p-r meglior ministro che fa maggior forza contro la juridizione ecclesiastica.*»

que sostienen la Inquisicion contra los tribunales del clero.

Tal poder y tal actitud, si no constituian un cisma, eran á lo ménos, segun la despechada expresion de un legado, graves limitaciones de la autoridad del Padre Santo (1).» Pero el rey sabia que el papa no se atreveria á oponerse á sus usurpaciones, ó bien se mantendria en respeto cuando se le *enseñaran los dientes* (2); y se prevalia precisamente de este predominio sobre su clero para dar á su corona un carácter excepcional y reclamar por medio de su embajador en Roma la preeminencia, el primer lugar entre los representantes de los demás estados. Ya desde su advenimiento habia probado que no tenia cosa de escrúpulo en hacer la guerra al papado: así la inquietud debió ser mucha en Roma, cuando Vargas, su embajador, hizo saber (3) que se retiraria de la corte pontificia si por respeto á la dignidad de su amo y señor, no le daba el papa antelacion sobre el embajador de Francia (4). Este hizo valer sus derechos adquiridos y amenazó tambien con retirarse, si se le posponia. Eludióse el conflicto contemporizando; pero despues de tres años de instancias, se pusieron secretamente de acuerdo los dos embajadores para presentarse juntos con su séquito en San Pedro y darse allí la batalla hasta que uno de los dos adversarios hubiera ganado el puesto de honor disputado. A dicha, supo á tiempo el papa este proyecto y retirándose por una puerta excusada, suprimió la ceremonia (5); pero no pudo demorar más la decision y hubo de confirmar al fin el derecho de prelacion del embajador francés. Felipe II llamó al suyo sin demora, declarando que no se creia obligado á pagar un embajador para honrar á un pontífice que habia vacilado tan poco en agraviarlo (6). Al mismo tiempo dió á conocer esta determinacion á todos sus vireyes, manifestándoles que el papa habia faltado á lo que le debia por el amor, respeto y consideracion que él le habia tenido (7). Despues, cuando el papa desaprobó la trasformacion del Santo Oficio en instrumento de la autoridad real é intentó pronunciarse contra esta criminal manera de interpretar el catolicismo, hubo de replicar el rey: Con sus escrúpulos destruirá Su Santidad la religion. Otra cosa debe el Padre Santo al respeto y amor que yo le profeso y así deberia Su Santidad abrir el ojo y no dejarse vencer de los escrúpulos que cada uno le quiera poner delante (8).

Si no pudo hacer tragar al papa su inquisicion española, supo á lo ménos Felipe II humillar con sus familiares del Santo Oficio á los demás príncipes extranjeros en las personas de sus embajadores y de los viajeros que procuraban entablar relaciones de comercio con España. El enviado inglés era ménos libre en Madrid bajo la salvaguardia del derecho de gentes, que en otro tiempo en Lóndres, cuando era súbdito de aquel mismo rey: tuvo que someterse, aunque protestando, á la observancia del ayuno (9). Arriesgóse á pedir que se le permitiera leer su Biblia en su casa, y el rey le contestó al principio buenamente que no queria autorizar la herejía en España, ni podia tampoco hacerlo, porque él, como todo español, estaba sujeto al Santo Oficio de la Inquisicion (10). Despues se irritó, expulsó al inglés de su corte, lo tuvo secuestrado y casi preso léjos de Madrid, en la montaña, por no haberse conformado con las órdenes del Santo Tribunal, sin permitirle siquiera volver á la corte para hacer sus preparativos de viaje, cuando hubo obtenido autorizacion de su gobierno para retirarse (11). Nuestro embajador, el prudente obispo de Limoges, tuvo buen cuidado de atemperarse á las circunstancias, procurándose un certificado de enfermedad que le dió Andrés Vesale, con lo cual pudo hacer uso de carnes durante la cuaresma (12). Pero ni él ni sus sucesores fueron afortunados en sus gestiones para aliviar la suerte de los comerciantes franceses, que el Santo Oficio mandaba prender, no sin confiscar sus naves. Setenta pobres franceses que estaban presos en Barcelona bajo el poder del Santo Oficio han sido condenados al remo é incorporados inmediatamente en las chusmas, escribe nuestro embajador (13). Los marselleses, como los más ricos, entraban en mayor número en estas condenas; y siempre

(1) Carta del nuncio Visconti. «Gran diminucione dell' autorita di questa Santa Sede.»

(2) Correspondencia de Felipe II, prólogo, pág. 58. Las palabras son del cardenal Granvela aludiendo á Pio V. «Reprímese quando se le muestran los dientes.»

(3) Enero de 1561.

(4) Ms. Rec. of. n.º 877, John Shers to Cecil, 11 enero, 1561.

(5) *Herrera*, tom. I, pág. 140.

(6) Id. Ibid.

(7) Doc. inéd., tom. IV, pág. 314. El rey á la duquesa de Parma, 6 agosto 1564.

(8) Doc. inéd., tom. IV, pág. 341, el rey al cardenal Granvela, 17 de febrero de 1567.

(9) Ms. Rec. of. n.º 866, Challoner to Cuerton, 16 oct. 1562.

(10) Ibid. n.º 2109, Man to Cecil, 4 abril, 1568.

(11) Ms. Rec. of. núms. 2139, 2227, 2360, del 23 abril, 27 mayo y 19 julio.

(12) Luis Paris, negociaciones bajo el reinado de Francisco II, página 879. «*Integræ valetudinis noxa quadragesimali victu uti posset, ego, quoad in me est, carnium usum hac quadragesima præcepi et concessi. Toleti 16 feb. 1561. And. Vesalius.*»

(13) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10,751 fol. 561. Forquevauls al rey, diciembre de 1566.

que se apresaba un barco de esta manera con toda su tripulacion, contestaba el rey á las reclamaciones hechas por parte del rey de Francia (1), que ya habia dicho muchas veces que no acostumbraba mezclarse en estos asuntos, dejando al tribunal de la Santa Inquisicion que procediera segun sus reglamentos.

Pero todavía los comerciantes ingleses eran muy más vejados que los nuestros, y la correspondencia diplomática ha conservado el recuerdo de un pobre Nicolás Burton que habia venido á traficar y fué condenado á la hoguera por el Santo Oficio: sus mercancías fueron confiscadas con el barco; el armador vino ingénuamente de Inglaterra á reclamarlo y fué quemado á su vez. No parecia sino que se habia tomado á empeño el enseñar á los extranjeros que no era posible comerciar con España, sino á mano armada: los ingleses no echaron en olvido estas lecciones.

Si la Inquisicion fué concausa de la ruina del comercio, vino á ser maravilloso instrumento, no para combatir el protestantismo, que no tenia ninguna probabilidad de éxito en España, sino para mantener, durante todo este reinado, la supremacía del rey sobre el clero. La Inquisicion se encarnizó con la gente de Iglesia y sólo persiguió á los escritores que pertenecian á un órden religioso: persiguió á treinta y dos prelados españoles (2), todos aquellos cuyo mérito ó fervor religioso despertaba los celos del inquisidor general, que llegó á ser, segun la opinion de un inglés, el señor de los señores (3). Don Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, que ejerció las funciones de inquisidor general espacio de veinte años (4), contribuyó con su carácter envidioso, su amor al fausto y su satánico orgullo, que en vez de disminuir creció con la edad y los honores, á empujar la institucion á sus más perniciosos hábitos. Acabó por cansar al rey, que al fin lo despidió reemplazándolo con su secretario Espinosa. Este se desvaneció á su vez con el exceso de su fortuna y cayó tambien en desgracia, despues de seis años de ejercicio. El inquisidor general de la segunda mitad del reinado de Felipe fué Quiroga (5). Pero este excesivo poder conferido á un hombre no contribuyó poco á arrastrar la institucion á sus más graves errores. La Inquisicion abusó de sus fuerzas con torpe intemperancia: persiguió con arrogancia pueril á los santos más puros y á los más formidables poderes. Para comprender bien sus descalabros hay que fijar la vista en algunos de sus combates: en medio de tantas quejas levantadas con tanta perfidia como ligereza, sólo se pueden examinar las que alzó contra el mejor teólogo y á la vez el primer poeta de la época, Fray Luis de Leon; contra el jefe del clero secular del reino, el arzobispo de Toledo; contra Santa Teresa de Jesus; en fin, contra el más peligroso de los enemigos, la Compañía de Jesus.

(1) Ibid. Forquevauls envia el texto español de la respuesta del rey. «Ya se ha dicho otras veces que no acostumbra ni se quiere entremeter en las tales, sino dexar libremente al tribunal de la Santa Inquisicion que procedan conforme á sus ordinaciones.»

(2) Llorente, tom. II, pág. 140, cita sus nombres.

(3) Ms. Rec. of., Challoner to Cecil, 13 oct. 1559.

(4) De 1547 á 1566.

(5) De 1573 á 1594.

IX.—Luchas de la Inquisicion contra el clero

Fray Luis de Leon era la gloria de la órden de los Agustinos: su valía como poeta es difícil de juzgar, porque los extranjeros no saben apreciar la estéril abundancia de los versos españoles; pero fué apreciada muy honrosamente por un conocedor de autoridad indisputable, Miguel de Cervantes (6). No seria lícito asegurar que el glorioso esplendor que el ilustre fraile daba á su órden hubiera excitado los celos de los Dominicanos; pero no es tampoco temerario atribuir al rencor y á la envidia un proceso en que los dominicanos encargados de la instruccion admitian y utilizaban declaraciones como la siguiente: «El declarante afirma haber oido decir á unos estudiantes, que no conoce, que el acusado les dijo...» (7); ó bien: «El declarante no recuerda ninguna de las proposiciones enseñadas por el acusado, en atencion á su gran número; pero sabe que las habia ofensivas á la religion.» Los cargos bien precisados eran haber dado en su curso de teología tanto valor á la opinion de los rabinos como á la de los Padres de la Iglesia «sobre ciertos pasajes de la Escritura, cuyo recuerdo no se conserva;» de haber sostenido «que no es artículo de fe creer que la santísima Vírgen no hubiera cometido nunca pecado venial,» y que «la edicion de la Vulgata contenia faltas de traduccion.» Pero entre las «proposiciones heréticas, escandalosas, malsonantes que habia dicho, afirmado y sostenido,» dos sobre todo irritaban á sus acusadores: Fray Luis, segun ellos, habia sostenido «que en el Antiguo Testamento no habia promesa ninguna de la vida eterna,» lo que es contrario,

(6) *La Galatea:* «Fray Luis de Leon es el que digo,
á quien yo reverencio, adoro y sigo.»

(7) Este proceso se ha publicado en la coleccion de las obras de Fray Luis de Leon, edicion de Rivadeneira, Escritores del siglo XVI, tom I, pág. 17 y siguientes.

añaden los calificadores, al sentir de San Pablo, que encuentra en Isaias (1) un versículo sobre la vida eterna; y que habia profanado los cánticos de Salomon traduciéndolos en verso castellano y considerándolos como simples cantos eróticos (2). En su virtud, se pedia y suplicaba que fuera sometido á cuestion de tormento hasta que confesara enteramente la verdad.

El teólogo poeta no sufrió, por fortuna, más tormento que el de estar cinco años en una prision oscura y el de ser luégo amonestado con apercibimiento de mayor rigor, si no era en adelante más circunspecto.

Esta paciencia en provocar, durante muchos años, delaciones contra una víctima retenida en el aislamiento y en la oscuridad para acabar por absolverla, es mucho más notable en el proceso de Carranza, arzobispo de Toledo, que duró diez y siete años mortales y llegó á veinticinco mil folios.

Bartolomé de Carranza era un religioso dominico, como el inquisidor general Valdés. Veinte años más jóven que él, habia subido más aina á las dignidades de la Iglesia, y llegado á arzobispo de Toledo, primado de las Españas, con una dotacion de ochenta mil ducados y los derechos señoriales de quince lugares, miéntras que Valdés envejecia en el arzobispado de Sevilla. ¿Quién iba á tener la preponderancia en la órden de Santo Domingo? Valdés, ciertamente, podia poner al servicio de los rencorosos recuerdos de sus antiguas rivalidades de convento todo el poder de la Inquisicion; pero ¿cómo perseguir al antiguo confesor de Cárlos V y Felipe II, al fiel predicador que siguió á su amo á Inglaterra, donde se hizo notar de tal manera por su celo en lo de la restitucion de los bienes eclesiásticos, confiscados por Enrique VIII, que le llamaban por mal nombre los ingleses el *fraile negro*, y lo habrian asesinado en la calle, si no lo hubieran trasportado sin demora á Flandes? (3) Hacia muchos años que Valdés hacia espiar á su rival: la trama estaba tan maravillosamente urdida y las precauciones tomadas eran tan sutiles, que no podia escaparse del espionaje una palabra del primado, ni siquiera, aunque parezca inverosímil, ni siquiera las que hubo de pronunciar ante el lecho mortuorio del emperador, cuando el dolor y el respeto habian apartado á todo el mundo para dejar solos con el cadáver á los dos confesores; el uno, Carranza, que ayudaba á bien morir al César; el otro Fray Regla, que murmuraba al parecer las preces de los agonizantes, y no hacia sino recoger las expresiones de Carranza sobre la justificacion por la fe y formular su delacion. Con un legajo de papeles, hábilmente clasificados y declaraciones que acusaban al arzobispo de Toledo de no creer en el dogma del purgatorio, se presentó á Felipe II el inquisidor general y obtuvo de él sin dificultad la autorizacion competente para perseguir ante el tribunal del Santo Oficio al reverendo prelado. Luégo al punto se le sorprendió en la cama á deshora de la noche (4), y los familiares le hicieron subir á un carricoche y lo trasladaron á los calabozos del tribunal en Valladolid. Para empezar, Carranza estuvo dos años á oscuras y en incomunicacion, con tan absoluta ignorancia de los acontecimientos exteriores, que ni siquiera tuvo noticia de un incendio de cuatrocientas casas á las puertas de su calabozo. En vano invocaban sus partidarios la intervencion del rey diciéndole: «Mirad, Señor que os llama como nuestro Señor Jesu-Cristo en la cruz: ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me habeis abandonado?» Los envidiosos eran más y acumulaban cargos alegando afirmaciones nada ortodoxas. Bien podia haber dicho Carranza que no habia encontrado en la Sagrada Escritura pruebas evidentes de la existencia del purgatorio; pero habia añadido que, á falta de texto preciso, se debia estar á lo que definiera la Iglesia; probaba además que habia celebrado misa muchas veces por las ánimas del purgatorio. Atento á lo de haber enseñado que no era necesario para la salvacion llevar cilicios, no era en verdad una doctrina muy peligrosa. Así, el clero unánime se pronunció en su favor; y un Padre jesuita se atrevió á decir en la mesa de un ministro: (5) «Veremos si es hereje; pero ya se ve que es perseguido por envidia.» El concilio de Trento se negó á abrir los despachos de Felipe II y á recibir á su embajador, miéntras no fuera el arzobispo Carranza restablecido en su silla (6), y aprobó solemnemente el catecismo por el cual era perseguido (7). El

(1) Refiérense á *prima ad Corinthios* y citan este versículo de Isaías: «A sæculo non audierunt, neque auribus perceperunt, oculus non vidit, Deus absque te, quæ preparasti expectantibus te.»

(2) «Ha dicho que los Cantares de Salomon eran *Carmen amatorium ad suam uxorem*, y profanando los dichos cantares, los tradujo en lengua vulgar... Pido y suplico sea puesto á cuestion de tormento.»

(3) Carranza, llamado por los ingleses *the black friar*, nació en 1503; Fernando Valdés en 1483. Véase Cabrera, tom. I, pág. 25.—*Doc. inéd.* tom. V, pág. 389 y siguientes.—Llorente, tom. III, página 183. Los documentos publicados en *Doc. inéd.*, confirman la narracion de Llorente.

(4) El 22 agosto 1559.

(5) El P. Tablares, en casa del príncipe de Eboli.

(6) *Doc. inéd.*, tom. V, pág. 447.

(7) Llorente, tom. III, pág. 268.

mismo catecismo, examinado por la Congregacion del Indice, en Roma, fué reconocido por unanimidad útil á la fe, é impreso inmediatamente por órden del papa (1). Pero Felipe II no retrocedia ante el peligro de un conflicto con la Santa Sede, ni áun en materia de fe. Acaso sentia en lo recóndito de su alma haber sido llevado por la perfidia de Valdés á servir antiguos rencores de claustro; hasta destituyó á este inquisidor que á los ochenta y tres años se vengaba tan cruelmente de sus primeras humillaciones; pero en su orgullo se negó á someterse ante la oposicion del concilio y más aún ante el breve pontificio que enviaba un legado para intervenir en tan escandaloso proceso. Por respeto á Vuestra Santidad, escribió al Padre Santo (2), me abstengo de expresar lo que siento: más valiera que los Padres del concilio se ocuparan en los intereses de la cristiandad; el breve del legado es contrario á los privilegios de mi corona, y así no lleveis á mal que yo prohiba su publicacion y deje el proceso al Santo Oficio.—No pudo, sin embargo, Felipe persistir en esta lucha abierta contra el papa y los prelados todos de la cristiandad, y acabó por aceptar como transaccion, la mision de tres jueces, que el Padre Santo envió á España para instruir el proceso que se habia prolongado ya seis años, sin que el primado de las Españas pudiera salir de las tinieblas de su prision. La capacidad de los jueces pontificios difícilmente podia ponerse en duda, pues por una extraña fortuna, los tres sucesivamente llegaron á ceñir la tiara pontificia (3); pero miéntras se les desanimaba con medios dilatorios y el estudio de documentos inútiles, un pontífice más firme subió á la silla de San Pedro. Era Pio V, que habia vestido tambien el hábito de Santo Domingo y resolvió acabar con aquella especie de guerra civil en su órden. Apénas se sentó en la silla apostólica, intimó á Felipe II bajo la pena de excomunion, poner en libertad al arzobispo Carranza, para que su proceso se continuara en Roma. Todavía dió largas al asunto el rey contemporizando un año más; pero al fin tuvo que ceder con gran despecho de la Inquisicion de España (4); cedió, pero no permitiéndole embarcarse sino seis meses despues de haberlo prometido y reteniendo las piezas del proceso para esperar que le fueran reclamadas y ganar así más tiempo.

Estas dilaciones sistemáticas no provenian de un simple despecho: el descalabro sufrido por Felipe y su Inquisicion podia repararse por una contingencia, por la muerte de Pio V. Con esta vaga esperanza, los acusadores del prelado fueron tan fecundos en producir réplicas é informes suplementarios como tardíos en formular cargos. Con esto lograron retardar la sentencia de absolucion seis años más. Por fin la santidad de Pio V redactó la fórmula que restituia á Carranza todas sus dignidades y derechos; pero no se atrevió á publicarla sin comunicarla préviamente al rey de España. La contestacion de Felipe tardó en llegar á Roma: Pio V murió y el proceso volvió á empezar.

El perseguido prelado tuvo que sufrir aún tres años de interrogatorios; hasta que el papa Gregorio XIII creyó haber encontrado una solucion que no fuera deshonrosa para el rey de España, pronunciando que el arzobispo de Toledo estaria obligado á condenar públicamente diez y seis proposiciones «de cuya esencia era vehementemente sospechoso,» y que celebraria luégo misa en siete iglesias de Roma. Esta penitencia terminaba el proceso de diez y siete años; sino que diez y seis dias despues, moria el arzobispo Carranza (5). Gregorio XIII, que no tenia que contemporizar ahora, mandó celebrar sus exequias con gran pompa y elogiar sobre su tumba «el esplendor de su vida, de su enseñanza y de su elocuencia.»

La persecucion de Santa Teresa no conmovió tan profundamente al mundo católico. La santa era acusada de haber remedado el sacramento de la penitencia, estableciendo en las casas de su órden la costumbre de confesar públicamente las faltas para que las culpables recibieran el castigo reglamentario; creíase hallar tambien alguna opinion temeraria en el cuaderno en que apuntaba los sucesos de su vida. Este manuscrito estuvo en poder de la Inquisicion espacio de diez años; pero la Santa no fué presa; sólo sufrió frecuentes interrogatorios y la humillacion de abrir sus conventos á los hombres del Santo Oficio y de haber de permitir

(1) El 26 de junio de 1563. Las cartas de los once miembros de la Congregacion están publicadas por Baluze, Col. mon., tom. II, página 207, y tom. IV, pág. 314.

(2) El 15 abril 1563. No se conserva el original de esta carta; su traduccion italiana está publicada por Leti, l. XVII, pág. 403, que pudo encontrarla en los archivos del Vaticano. Está en el estilo diplomático del rey; pero sabido es que Leti no es muy escrupuloso.

(3) Eran el cardenal Buoncompagni, que fué Gregorio XIII; el arzobispo de Rossano, que fué Urbano VII; y el general de los franciscanos, que fué Sixto V.

(4) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 10,751, Forquevauls á Cárlos IX, diciembre de 1566.

(5) No de vergüenza y despecho como dice Prescott, sino de una fuerte retencion de orina. *Doc. inéd.*, tom. V, pág. 457.

que fueran interrogadas sobre ella sus hijas (1). Reconociendo á Felipe II como el verdadero dueño de la Inquisicion, á él le dirigió sus lamentos. Si no me protegeis, le decia en una carta, si no me protegeis con mis pobres carmelitas, ¿que será de nosotras sin otro apoyo en el mundo? (2). Es probable que el extraordinario ascendiente que ejercia sobre las personas que la rodeaban la preservara de las delaciones secretas; acaso los jueces del Santo Oficio sufrieron tambien el prestigio de aquella

Pio V

dominadora de las almas y se sintieron conmovidos viendo comparecer ante ellos á aquella santa de elevada estatura, gallarda, majestuosa, serena (3). Pero su defensa más segura fué, á no dudar, la fidelidad inquebrantable que le guardó siempre la Compañía de Jesus (4).

¿Qué quiere decir esto? ¿Renunciaria el Santo Oficio de la Inquisicion á ser el único árbitro de la fe, dejando crecer la influencia de la sociedad que predica el yugo suave? Si la Inquisicion hubiera estado en manos de los dominicos de Italia, el mero tacto político les hubiera inspirado los temperamentos y concesiones necesarias al mantenimiento de un poder cualquiera; pero los inquisidores españoles siguieron sólo sus temerarios impulsos y se atrevieron á renovar contra los jesuitas una lucha comenzada mucho tiempo hacia é interrumpida siempre por la autoridad de la Santa Sede.

El mismo año del nacimiento de Felipe y del saqueo de Roma, ellos mismos habian encerrado á Ignacio de Loyola en los comienzos de su apostolado, al Santo predestinado que habia gritado á la hora de su nacimiento: *¡El fuego traigo!* (5). Pero no estaban aún en estado de sostener tal empeño, y tuvieron que poner en libertad al Santo fundador, que se retiró á Roma (6), donde hizo que se aprobaran sus doctrinas. Los procedimientos contra otro jesuita, San Francisco de Borja, y contra el P. Lainez de Almazan, segundo general de la órden, tomaron ya más consistencia: se les acusaba de la herejía de los *iluminados* (7); pero Lainez tuvo la prudencia de trasladarse súbitamente á Roma, librándose así de la prision y evitó á las reliquias de San Francisco de Borja una exhumacion infamatoria. La Santa Inquisicion no suspendió por eso sus diligencias secretas y en el silencio completó el proceso. Hízolo tan voluminoso y elástico que, á la muerte de Lainez estuvo tentada á continuar los procedimientos contra toda la órden; pero semejante lucha no podia empeñarse abiertamente sin permiso de Felipe II, á cuyo alrededor hubieron de agitarse intrigas tenebrosas por espacio de treinta años. El secreto estaba tan maravillosamente guardado que esta singular aventura parece haber sido ignorada de todos los historiadores. Las únicas huellas que de esto existen en el mundo, han de buscarse en los decretos de las congregaciones de la Compañía de Jesus. Estos decretos guardan la impresion de terror dejada por los recuerdos de aquella época. Por el decreto 55 de la quinta congregacion se sabe que la sociedad fué arrastrada por falsas calumnias y acusaciones mentirosas ante la majestad del rey Felipe, y que el peligro fué tan inminente

(1) Llorente, tom. III, pág. 115. — Muro, la *Princesa de Eboli*, página 59.

(2) *Obras de Santa Teresa*. Carta al rey, del 15 de diciembre 1577. «Si V. M. no manda poner remedio, no sé en qué se ha de parar, porque ningun otro tenemos en la tierra.» La santa estaba en correspondencia frecuente con el rey. Véanse otras cartas, pág. 51 y 149.

(3) Cabrera, tom. I, pág. 350. «Era de buena estatura, el rostro blanco, abultado, el cabello negro, crespo, los ojos redondos, negros, la nariz pequeña, tenia suavidad, nobleza y alegría en la condicion y trato.»

(4) Véase en la pág. 156 de la Correspondencia de Santa Teresa, su apelacion á los Padres jesuitas, 7 dic. 1577.

(5) *Ignem jacio:* De aquí el nombre de Ignacio. Pero no se habla de esta maravilla en la vida legendaria del Santo (*Vita S. Ignatii cum iconibus expressa*, Augustæ Vindel, 1622). Tampoco se habla en ella de su proceso en el tribunal de la Inquisicion: las persecuciones sufridas en diversos países se atribuyen á mala inteligencia de la justicia.

(6) Llorente, tom. III, pág. 102.

(7) Ibid., pág. 83. *Alumbrados.*

que faltó poco para que la Compañía entera cayera en los lazos que se la habian tendido, resignándose á las humillaciones más penosas (1). Tuvo que permitir se examinaran todas las obras de sus Padres, someter sus doctores á los teólogos de Santo Domingo y llevar la docilidad hasta el punto de renunciar á la lectura de los libros prohibidos por el Santo Oficio (2). La Compañía de Jesus no logró hacerse tolerable sino inclinándose ante la fuerza de la órden enemiga; tuvo que renunciar á dar la absolucion en los casos que se reservaban los inquisidores y prevenir á todos sus Padres que se guardaran de toda inmixtion en todo lo relativo á los privilegios de la Santa Inquisicion. Sus decretos hicieron constar con tal y tanta sumision la superioridad de su contraria, que añadieron: «Todavía advertimos severamente á los nuestros que deben ofrecer con humildad y solicitud todos los servicios y obsequios que puedan aceptar de nuestra poca importancia el Santo Oficio y sus ministros.»

Si se encuentran con tal precision en los archivos del vencido las condiciones impuestas en la derrota, conócense ménos exactamente los aliados y los puntos de ataque. En cuanto á las consecuencias definitivas, á la vista saltan.

El aliado de la Compañía de Jesus fué sin ninguna duda el soberano pontífice, que habia preservado ya del peligro á San Ignacio y á Lainez. Y debió aumentar aún su solicitud para con sus fieles jesuitas cuando él mismo se vió amenazado, á espaldas de ellos, por las invasiones del Santo Oficio. Este, en la ceguedad de su omnipotencia, llevó la temeridad hasta el extremo inverosímil de incoar un proceso contra el mismo sucesor de San Pedro. El papa Gregorio XIII por un *motu proprio*, sellado con el anillo del Pescador, habia nombrado á Fray Luis de Granada vicario general de los dominicanos en Portugal y revocado á Fray Antonio de la Cerda (3). Irritado Felipe II por esta intervencion en los poderes de los inquisidores, consultó á su confesor Fray Diego de Chaves, quien le sugirió un subterfugio piadoso. «Creo, por una suposicion fundada, le dijo, que algunos dominicos han de haber maquinado esto con los cardenales y otras personas influyentes de Roma para obtener de Su Santidad lo que vemos.» En su consecuencia, aparentó el rey creer que era falso el breve y lo pasó á la Inquisicion para que se condenara con los que lo habian introducido.

Tengo por seguro, escribia el mismo Felipe á Fray Luis de Granada, que si hubierais examinado bien el breve, lo hubierais tenido por falso con toda evidencia. Ahora bien, como conviene al servicio de Dios, al de Su Santidad y al mio descubrir con toda certeza el autor de esta criminal maquinacion, será de mi real agrado que os sometais á lo que os proponga la Santa Inquisicion (4). Ante esta intervencion, se dió prisa á ceder el pobre monje, á reconocer que el breve era cosa de un falsario y á aprobar su invalidacion. El Legado apostólico no demostró más firmeza, sin conseguir por eso aplacar la cólera del rey, quien guardó rencor hasta á la misma Inquisicion por haber obtenido estos actos de servilismo sin tortura, ni prision ni otra violencia, y escribió con enojo al márgen del documento en que se le daba cuenta: Todo esto se ha llevado con mucha lenidad (5).

El Padre Santo, por otra parte, no debia juzgar severamente los cargos articulados como puntos vulnerables contra la Compañía de Jesus.

La antigua acusacion de *iluminismo*, ya intentada contra San Ignacio y San Francisco de Borja, fué ciertamente renovada y hecha verosímil, por la propension que en todos tiempos tuvieron los jesuitas á aceptar como artículos de fe pueriles leyendas. Esta deferencia á las alucinaciones populares no dejaba de tener peligro en un momento en que la inspiracion religiosa debia emanar exclusivamente del trono. Lo que más hubo de perjudicarles fué la poca aficion que manifestaron á un género de mortificacion muy en moda entre los españoles de aquel tiempo, áun fuera del clero, y que al parecer ha caido en desuso en nuestros dias: difícilmente se consideraba á la sazon como verdaderos religiosos

(1) Actas de la quinta Congregacion, decreto 55, pág. 319 de la edicion de 1635. «Falsis calumniis et mendacibus criminationibus apud catholicam Philippi Hispaniarum regis majestatem traduxerunt,.. ut ipsa societas in summum naufragii discrimen adduceretur.. omnia hujus congregationis opera examinari...»

(2) *Ibid.* pág. 286, decreto 21: «... facultas legendi libros prohibitos... facultas absolvendi ab hæresi in foro conscientiæ... præcipiens atque interdicens ne quis nostrorum in illis regnis aliisque dominiis illi Tribunali subjectis privilegio illo quod ad Sanctum Officium pertinet quoquo modo uti ullatenus præsumat... Quin potius omnes nostros serio et graviter hortatur ut quidquid obsequii a nostra tenuitate in sanctum illud Officium, ejusque ministros provenire poterit, id humiliter semper adque alacriter præstare curent.»

(3) El 28 nov. 1580. *Doc. inéd.*, tom. XXXIII, pág. 446-518.

(4) *Doc. inéd.*, tom. XXXIII, pág. 446-518, Carta del rey del 5 enero 1581. «Tengo por sin dubda que si lo hubieredes bien visto lo hubierades juzgado por tal mucho mas claramente que se os puede decir... seré servido que hagais y cumplais lo que por el inquisidor se os propusiere.»

(5) *Doc. inéd.*, tom. XXXIV, pág 6-49. Flojamente se debió hacer esto.

á los que no creian necesario el uso de la disciplina, es decir, la costumbre de azotarse con ramales de cáñamo ó correas guarnecidas de clavos ó alambres de hierro. Las disciplinas habituales, decian las Constituciones (1), son de mucha importancia para domar las rebeliones de la carne: todos los lúnes, miércoles y viérnes comenzará la penitencia en la capilla, con las luces apagadas, cuando el presidente entone el salmo *Miserere mei* que todos cantarán á coro, acabando con el *Gloria Patri*. El mismo Cárlos V habia manchado con su sangre imperial una disciplina que su hijo contemplaba como una reliquia, azotándose á su vez. Pero, sobre todo, en la educacion de la juventud fué en lo que se mostró España más rebelde á los jesuitas: hasta 1596 no les permitió enseñar públicamente en Madrid (2), y más de doscientos años despues de su institucion, juzgaba aún indecente, contrario á la profesion monástica que se consagraran religiosos á enseñar y aprender materias profanas y temporales que condenan la vida contemplativa y alejan de las letras sagradas. ¿No es un oprobio, una vergüenza para los católicos enseñar astronomía, geografía, botánica, miéntras los protestantes se ocupan en hacer una edicion correcta de la Biblia, de tal manera que se ve á la vez al Padre Boscowich salir de Roma para observar el paso de Vénus por el sol, y los ingleses entrar en ella para copiar en el Vaticano los antiguos manuscritos de la Biblia? (3). El verdadero terreno de la Compañía de Jesus era Francia: aquí eran acogidos los Padres como innovadores que venian á romper los viejos moldes de la enseñanza escolástica y á combatir la intolerante ignorancia de una universidad rezagada en la Edad media; aquí encontraba todo un pueblo de vanidosas burguesas que se complacian en ver á sus hijos confundidos con los de la nobleza; aquí en fin podian servir útilmente á España, su patria, con su correspondencia con Felipe II.

Los resultados de esta preponderancia dada por el rey á la organizacion oficial del Santo Oficio, pudieron consolar á la Compañía de Jesus de su momentánea humillacion. El nombre solo de la Inquisicion de España tomó una significacion siniestra que causó horror en todas las naciones. En España, áun á la vista del amo, el reino de Aragon intentó rechazar semejante procedimiento de gobierno (4). Aquel tribunal tan necesario no pudo introducirse nunca en Nápoles ni en Milan (5); los prelados italianos se sentian bastante amados del pueblo, y al mismo tiempo bastante apoyados por el papa y por el Concilio de Trento para someterse á la triste condicion de los de España; y secundaron, sobre todo, en el Milanesado, la opinion pública. Obligado Felipe II á ceder, procuró, á lo ménos, sacar de este fracaso resultados útiles. Entiendo, escribe el francés (6), que la Inquisicion de España que el rey habia querido con tanto empeño establecer en Milan, no ha podido implantarse allí por más diligencias que se hayan hecho, pues se cree que se convertiria al cabo en imposicion. Pero la señal de la resistencia estaba dada y nuestro embajador podia añadir: Los de Flandes tampoco quieren someterse á la dicha Inquisicion. La tenacidad con que Felipe II quiso imponer á la Europa su institucion favorita fué la causa de los principales desastres de su reinado, como quiera que determinó en parte la insurreccion de Flandes, que la corte de Francia previó con notable sagacidad.—Hace algun tiempo, escribe Cárlos IX, bajo la inspiracion de sus ministros (7), que os escribí la sospecha que los Países Bajos tenian de que se les queria poner la Inquisicion de España y que los súbditos comenzaban á murmurar bien de recio; lo que ha dormido por algun tiempo, pero despues se ha despertado, á lo que entiendo, y bien pudiera traer algun movimiento intestino que verdaderamente sentiria.

Como los católicos de los Países Bajos, de quienes podia decirse «los de la una y de la otra religion ántes moririan que tolerar la Inquisicion (8),» los católicos de Francia retrocedieron con horror ante una dinastía española que les hubiera llevado el azote del Santo Oficio. Se puede pues decir que la predileccion de Felipe II hácia este instrumento de predominio le costó la Holanda y sus probabilidades de dominar en Francia, arrastrándolo en cambio á guerras que extenuaron á España.

Reducido únicamente á la Península, el Santo Oficio de la Inquisicion acabó por desaparecer

(1) *Constituciones de los religiosos descalzos de la Recolleccion de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, Redempcion de captivos*, Salamanca, 1611: «Para mortificar los brios de la carne.» Débese notar que San Ignacio de Loyola hacia frecuente uso de la disciplina.

(2) *Doc. inéd.*, tom. XXI, pág. 197 y siguientes.

(3) Ibid. En un documento del siglo XVIII figuran aún estos extraños cargos.

(4) *Doc. inéd.*, tom. XXI. Véase el capít. VI.

(5) Cabrera, tom. I, pág. 276.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3162, fol. 21. Saint-Sulpice á la reina, 8 oct. 1563.

(7) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10.751, Cárlos IX á Forquevauls, del 6 de marzo de 1566.

(8) Ibid., fol. 367 del 11 de agosto.

del mundo cristiano, despues de haber condenado treinta y cinco mil vivientes y tres mil muertos ó contumaces bajo el reinado solo de Felipe II: desde la promocion de Valdés hasta el advenimiento de la dinastía de los Bonapartes quemó treinta y dos mil personas y notó de infamia con durísima prision doscientas noventa y un mil (1).

CAPÍTULO V

AUTORIDAD DE FELIPE II EN ESPAÑA Y EN EUROPA. — 1559-1560

PODER ABSOLUTO EN ESPAÑA.—RELACIONES CON FRANCIA.—RELACIONES CON INGLATERRA Y ESCOCIA.—CUESTION DE NAVARRA.—LOS MINISTROS.—PENURIA DEL ERARIO

I.—Poder absoluto en España

Tan luégo como hubo consagrado con su presencia en el auto de fe de Valladolid los procedimientos del Santo Oficio de la Inquisicion, sintió Felipe II la necesidad de atender á sus intereses temporales, y se puso en camino para Toledo el dia siguiente, á fin de pedir subsidios á las córtes de Castilla (2). Veia con singular repugnancia esta especie de derecho que para arreglar los impuestos se arrogaban sus súbditos; recordaba con despecho las primeras humillaciones por que le hicieron pasar las córtes de Aragon ántes de su partida para Flandes, cuando en medio de irrespetuosos gritos los diputados reunidos en Monzon amenazaron negar el impuesto. Pero las antiguas costumbres que habrian podido asegurar la grandeza de España se iban borrando poco á poco bajo la mano del poder. Desde el siglo XV habia perdido Galicia sus fueros, despues de una lucha sangrienta (3). Más tarde, Cárlos V oprimió de tal modo á Castilla, que se pudo poner en su boca este refran: «Si Toledo me fia, Monzon habla todavía (4).» Este viaje á Toledo no podia dar ninguna inquietud al rey, pero la menor ficcion de independencia despertaba sus celos y recelos: queria dominar sus municipios lo mismo que las parroquias, y se sentia indignado á la menor reclamacion, áun hecha humildemente, hasta el punto de contestar al prelado de Sevilla, que le hablaba del disgusto de los comerciantes declarado á todos los confesores de su diócesis: «Porque tienen la lengua larga conviene que tengan las manos atadas (5).» Por lo que toca á la nobleza, cuya complicidad habia permitido destruir todos los diques contra los desbordamientos del poder real, Felipe II tenia varios procedimientos para abatirla: muy á menudo su favor era tan terrible para los magnates como su enojo; Felipe venia en darles cargos, donde no podian ménos de arruinarse, si eran ricos, y por tal manera volvian á caer bajo su dependencia (6).

En vida de su padre estaba precisado á hacer todas las concesiones que podia soportar la poca flexibilidad de su espíritu; pero luégo de volver á la tierra de España, hecho á los treinta y tres años de edad el más antiguo soberano de Europa (7), afectó inflexibilidad. Buscaba ahora más soledad y silencio; se encerraba para trabajar, para comer (8). Pero de sus antiguos hábitos conservaba siempre la irresolucion y sus galanterías mujeriegas. Habia visto en las fiestas del

(1) Hé aquí las cifras exactas:

		Quemados	*Sometidos á penitencia*	*Condenados en efigie*
Valdés. . .	(1547-1566).	2.400	12.000	1.200
Espinosa. .	(1566-1573).	720	3.600	360
Quiroga. .	(1573-1594).	2.816	14.080	1.408
Reinado de Felipe II. .		5.936	29.680	2.968
Duracion de 1547 á 1805.		32.000	291.000	17.000

(2) Que se abrieron el 9 de diciembre de 1559.

(3) Molino, *Descripcion del reino de Galicia*, 1550, fol. 40.—Gándara, *Nobiliario*, cap. XXI, pág. 381.

(4) En Toledo estaban las Córtes de Castilla y en Monzon las de Aragon.

(5) *Relaz. ven.* (Alberi, serie I, tom. V, pág. 488), Agostino Nani. «Il cardinal di Siviglia disse à la Maestà che i confessori gli riferivano tutti i penitenti essere mal contenti di lei, et essa rispose che poiche avevano sciolta la lingua, era bene che avessero legate le mani.»

(6) Ibid. pág. 289, Gioan Francesco Morosini: «procura di tener questi grandi bassi per ogni verso... procura il re di dargli occasione di spendere per tenerlo estenuato.»

(7) En algunos meses habian muerto Cárlos V y los soberanos de Francia, Inglaterra, Portugal, Dinamarca y Ferrara, así como las reinas de Francia (Leonor), de Hungría, el dux de Venecia y trece cardenales.

(8) *Relaz. ven.* Alberi, serie I, tom. III á V. Relaz. di Suriano, Tiepolo, Soranzo (tom. V, pág. 112), Sig. Cavalli (ibid. pág. 183), Priuli y Badoaro.

auto de fe á una dama de su hermana Juana, la cual dama hubo de parecerle bien, cuando luégo al punto la hizo su favorita, lo cual obligó á decir despues al príncipe de Orange: Tuvo intimidad con Doña Eufrasia de Guzman, la cual, estando en cinta por obra y gracia del rey, se casó con el príncipe de Ascoli, por apremio de Felipe y al cabo de algun tiempo el bueno del príncipe murió de despecho (1). Este despecho no impidió que aceptara el de Ascoli una buena dote, más el empleo de Chambelan, lo que hacia hablar mucho y reir más, porque se daba por cierto, que á pesar del conyugio, no habia querido el rey privarse de su favorita, y porque el marido, como italiano que era, debia habérsela llevado á su tierra (2). Pero estas damiselas de su corte no ejercieron nunca gran influencia en el ánimo de Felipe II: dos mujeres pesaron constantemente en los acontecimientos de su vida; pero enemigas ambas á dos, mujeres extraordinarias, igualmente impacientes de freno, falsas, crueles, dotadas del instinto de la autoridad ó del mando y exentas de todo escrúpulo en la lucha por la dominacion: eran estas Isabel Tudor, reina de Inglaterra, y Catalina de Médicis, reina de Francia.

Por un singular destino, una y otra, las dos, se habian depravado lentamente en las miserias, decepciones y devaneos de sus años juveniles y habian devorado tanta vergüenza, que no tenian ya piedad ninguna, cuando era cosa de exigir bajezas á su vez.

Isabel, negada por su padre, relegada á una aldea, sin sayas, sin justillo, sin medias, sin camisa (3); criada entre las pavorosas narraciones del suplicio de su madre y los dramas del tálamo maldecido por su padre, nunca jamás habia conocido la ternura. A la edad de quince años, acariciada, como una moza de servicio, por el insolente Seymour, hubo de olvidar el pudor de la doncella, ántes de olvidar con sus apostasías la dignidad de la cristiana.

Catalina de Médicis se habia visto, á la edad de once años, arrancada de su convento por el populacho de Florencia y arrastrada á la plaza pública, donde oyó discutir qué seria mejor hacer con ella, si montarla en el caballete de un muro ante los cañones de los Médicis que sitiaban la ciudad, ó alistarla entre las meretrices de un burdel (4). Mas despues, casada con el rey de Francia, se envileció hasta adular á la favorita de su esposo, hasta aceptar el segundo lugar, hasta sufrir tan resueltamente su dominio, que no se atrevió á sacudir el yugo ni á vengar su deshonor, áun en las horas de su omnipotencia.

Así se habian habituado á los reveses, formado en las trapacerías, hecho á las tortuosidades de la política, estas dos mujeres. Iban á llenar la segunda mitad del siglo con las peripecias de sus luchas con Felipe II, y ninguna rivalidad en la historia del mundo ha tenido tales consecuencias sobre la suerte de los hombres. Por desgracia, las dos reinas, bien que fueran formidables las armas que templaran en la lucha, eran versátiles y apasionadas: la idea del momento las llevaba muy á menudo léjos del plan concebido de antemano; ó iras y enojos mezquinos las impelian á torpes y contradictorias ingerencias en la esfera de las ideas religiosas. Por eso, á pesar de la superioridad de su genio y de sus recursos, no supieron aliarse contra Felipe II, á quien dejaron en pié como un peligro siempre amenazador contra la rival. Desesperado de ver esta especie de respeto que á entrambas imponia el rey de España, decia de él uno de nuestros embajadores: La lentitud en sus obras proviene de su natural frio; y bien puede dar gracias á Dios por no tener enemigos poderosos é inquietos, porque si no fuera más expeditivo de lo que es, le iria muy mal (5).

II.—Relaciones con Francia

Catalina no perdió en ninguna época de su vida la ilusion que la dominara. Contó desde el principio con su influencia de suegra, y esperó hacer servir la extraordinaria autoridad que habia sabido adquirir sobre sus hijos para tener á Felipe II sujeto á su voluntad por medio de su hija Isabel de Valois.

Pero entretenido con los autos de fe, las córtes de Toledo y sus amoríos, Felipe no se daba al parecer mucha prisa en llevar á su lado á su esposa Isabel. Las dilaciones se prolongaban ya demasiado para dar inquietud en Francia y para obligar á Felipe á disculparse. El príncipe de Eboli me asegura, escribe Saint Sulpice, emba-

(1) *Apología ó defensa del príncipe de Orange contra el edicto publicado por el rey de España*, Delft, 3 feb. 1581.

(2) Juan Soranzo, *Relaz. ven.* Donna Eufrasia de Guzman, che era dama della principessa sua sorella... con dote onorata e fatto lui della camera, il che da molto di raggionare.

(3) Strype, Mem., parte I, lib. II, pág. 172, carta de su aya.

(4) Alberi, pág. 14, segun Jovio, Hist. lib. XXIX, y Litta, *Famiglie celebri d'Italia*, Tav. XI, «Che s'affidasse à un lupanare di meretrici.»

(5) Ms. Bibl. nac. franc. 10.752, fol. 305, Forquevauls al rey, del 6 de agosto de 1569.

jador francés, que las razones que S. M. me habia dicho eran la única causa del retardo de la venida de la reina, vuestra hija (1). Estas razones debian ser muy poco fundadas, como quiera que el verdadero motivo de la tardanza era la necesidad de aprovechar la estada del duque de Alba en Paris, para organizar un sistema de espionaje que permitiera conocer dia por dia los más secretos proyectos y manejos de la corte de Francia. Este delicado servicio estaba centralizado en manos de Perrenot de Chantonnay, el nuevo embajador en Paris, á quien el duque de Alba puso en relaciones con todos los que se aprestaban á dar informes, como oficiales de mar, relatores del consejo, secretarios de Estado y gobernadores de provincia (2). Con esto, hasta el mes de noviembre no fué autorizada la partida de la reina (3). Pero al ver partir á la delicada niña para ir á caer en los duros brazos de aquel viudo libertino, taciturno y fosco, todos los Valois se sintieron conmovidos. Os suplico que la ameis por la sumision que encontrareis en ella, escribia el hermano, el jóven rey Francisco II; y su esposa María Estuardo añadia por su parte: No quiero dejar de añadir mi recomendacion, rogándoos que la recibais como á la persona que más ameis en el mundo (4). Se conocia la entonada y rígida etiqueta de la corte de España que reprimia todas las voluntades, prohibiendo hasta reir (5), y se temian las consecuencias en la salud de la princesa, que todavía jugaba á las muñecas y á la taba (6), y se habia acostumbrado en la alegre corte de Francia á chasquear en sus camas á los que no se levantaban temprano el dia de los Santos Inocentes. «La princesa Isabel vino á darnos los *Inocentes*, pero yo estaba ya levantado y se los dimos á M. de Lorena en su cama (7). Contentáronse, al despedirla, con cargarla de presentes, y tan grande y embarazoso era su equipaje que tuvo que escribir Chantonnay á España para que reunieran peones que abrieran caminos (8), pues iba la princesa á un país donde no se poseian medios de trasporte ni objetos de lujo como los que llevaba (9).

El viaje por en medio de Francia fué una prolongada fiesta. Isabel era conducida en una litera y sus damas la acompañaban en hacaneas engualdrapadas de terciopelo violado con franjas de oro. El cortejo tuvo que descansar en Burdeos despues de tan largo camino. «Señora, escribe Isabel á su madre, ayer llegamos á este lugar de Burdeos; se me ha recibido lo mejor posible, pues creo que aunque hubiera sido el rey no hubieran podido hacer más. Hice mi entrada á caballo y permaneceremos aquí tres ó cuatro dias» (10).

Felipe II por su parte le preparaba en España pomposo recibimiento, arreglando los menores detalles con prolijas instrucciones renovadas

Medalla de Catalina de Médicis

sin cesar (11). Habia nombrado para recibir á la princesa en la frontera al arzobispo de Burgos y al duque del Infantado, que no entendian el francés ni uno ni otro (12). Hasta los tres meses de su partida no llegó á Guadalajara, donde la esperaba Felipe (13). «Olvida tu nacion y la casa de tu padre y el rey deseará tus gracias;» tal es el versículo bíblico que se inscribió sobre la puerta de su aposento; pero no se sabe si se ha de creer que, en esta primera entrevista, viendo el rey que aquella niña lo miraba con ojos asombrados y tímidos, hubo de decirle:—¿Qué mirais? ¿Mis canas? (14) El rey no tenia treinta y tres años; la princesa apénas tenia quince (15).

Inmediatamente despues de la ceremonia, continuó el viaje con las fiestas. La princesa Juana, hermana de Felipe II, besó la orla del manto de la nueva reina y se agregó á su cor-

(1) Carta hallada en San Petersburgo por el conde Enrique de la Ferriere. *Dos años de mision en San Petersburgo*, Paris, 1867, p. 50.
(2) Ms. Rec. of., n.° 1242, Throckmorton to the queen, 25 agosto de 1559.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1492, n.° 76, el mariscal de Saint-André á Felipe II.
(4) Ms. San Petersburgo, segun la Ferriere, pág. 16.
(5) Viaje de los holandeses, ya citado.
(6) Véase el Diario conservado en San Petersburgo y citado por Ferriere, pág. 17.
(7) Enrique de Guisa á su padre, enero 1557, carta publicada por Groze, referente á los Mss. Gaigneres.
(8) Ms. Arch. nac. K. 1391, n.° 9.
(9) Guisa, *Memoires-Journaux*, pág. 445.
(10) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 3902, fol. 92.
(11) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 418-448.
(12) Ibid. pág. 429.
(13) El 30 de enero de 1560.
(14) Brantome, *Damas ilustres*.
(15) La edad de Isabel, que sin razon se ha discutido, está determinada por un acta de mano del secretario de Estado Claudio de Aubespine. La princesa nació en Fontainebleau el 2 de abril de 1545.

tejo. Abrian la marcha bailarinas moriscas con sus castañetas y tamboriles (1). Al aproximarse á Toledo se les incorporaron las más hermosas doncellas de la llanura de la Sagra, que acudieron danzando el paso de las espadas (2). Pero luégo de entrar en Toledo se sintió la jóven reina atacada de las viruelas.

Este accidente ponia en riesgo los proyectos de Catalina, la cual anduvo muy solícita en enviar remedios (3). Ciertamente hubiera sentido mucho la muerte de su hija; pero no habria sentido ménos que las señales de la viruela hubieran destruido su belleza y con esto toda probabilidad de influencia en el ánimo de Felipe. Esta ansiedad no duró ménos de un año; no porque la crísis fuera peligrosa, pues no dejó más que algunas señales «habiéndole suavizado el rostro con sudores de huevos frescos, cosa muy apropiada al caso para que no quede nada;» pero la convalecencia se prolongó al través de todo género de accidentes, á pesar de la solicitud de la fiel Luisa de Bretaña, baronesa de Clermont-Lodeve, que escribia á Catalina: «Viniéronle ganas de ir á sus necesidades; mas por hacer dos dias ya que no habia ido, hubo de esforzarse tanto sin poder, que se hizo mucho mal con grande inflamacion que me parece, señora, que ha de ser cosa de *amorroides*. Hele administrado baños de leche y azafran y una ayuda, con que pudo ir sin mal. Los médicos le ordenan comer, al principio de cada comida, ciruelas de Tours, y baños para hacerle venir las reglas. El rey no ha venido aún á dormir con ella.....» (4). En su impaciencia, Catalina regañaba á la pobre enferma. «Bien sabes, le escribia (5), cuánto importa que no se sepa lo que tienes, porque si tu marido lo supiera, á buen seguro que no se arrimaria nunca á tí.» Y añadia á la buena de Luisa: «Os ruego que le digais me dé prontas noticias de que le han vuelto las reglas» (6). Sobre este acontecimiento reposaba toda la política de Francia. ¿Adquirirá la francesa bastante autoridad sobre su marido para que prevalezca la influencia de su madre, ó será desdeñada como lo fué su misma madre por longuísimos años? Por el momento no era posible la ilusion: el recobro de la salud no trae mejores noticias. «No tiene vestido que no se le haya rehecho, porque han de ensanchársele más de cuatro dedos como gustan á toda la corte, porque aquí no hacen caso de las mujeres delgadas. Aún no tiene señales de reglas» (7). Cuando la intimidad se establece por fin entre la convaleciente y su esposo, una carta deja ver aún (8) que la jóven princesa se somete con repugnancia y hasta con dolor á importunaciones que la ofenden; así pues nuestro embajador, el obispo de Limoges, no oculta á Catalina que aunque el rey tiene bastantes amistades en esta corte, no deja por eso de ser buen marido. Para venir á parar á estas confidencias de comadres, habíamos abandonado doscientas plazas fuertes, llamado á nuestros generales y veteranos de las provincias conquistadas y abierto nuestras fronteras; habíamos aceptado todas las reclamaciones y admitido todos los sacrificios; habíamos en fin licenciado nuestro ejército que regresaba á sus hogares con el corazon lleno de rabia. Sobre la salud de una niña se jugaban los destinos del país.

Y entre tanto Felipe II parecia hacerse más agresivo: irritado con la prelacion que los embajadores franceses habian obtenido sobre los suyos en Roma y en Venecia, suscitaba la misma querella ante el emperador. «Me parece muy extraña, exclamaba Francisco II (9), la disputa que el embajador del rey de las Españas, mi buen hermano, ha hecho sobre mi precedencia, pues cualquiera diria que han deliberado debatirla de uno á otro extremo de la cristiandad. Por mí, no quiero que cedais en un solo punto.» Pero las concesiones consentidas por la paz nos habian debilitado de tal manera, que no estábamos ya en disposicion de sostener tan altivas palabras. Nuestro jóven rey se veia tambien obligado á la sazon á pedir socorros á Felipe II para proteger su gobierno contra los descontentos y defender sus pretensiones al trono de Escocia.

Los socorros eran reclamados con tal urgencia, que Felipe II mostró por la primera vez de su vida cierta prontitud en su correspondencia, ordenando á la regenta de los Países Bajos que enviara á Francia los soldados españoles de las guarniciones de Flandes (10). Esta órden llegó

(1) Cabrera, Florez, Martha Freer.

(2) Cabrera: «Danzas de hermosísimas doncellas de la Sagra y las de espadas.»

(3) Brantome.

(4) Luis Paris, *Negociaciones* bajo el reinado de Francisco II, carta de enero de 1561, pág. 810.

(5) *Ibid.* pág. 706. Esta carta se explica por el pasaje suprimido en la cita precedente.

(6) L. Paris, *Negociaciones*, pág. 702.

(7) L. Paris, *Negociaciones*, pág. 718.

(8) *Ibid*, pág. 807, carta de la dama Claudia, donde sólo se leen estas palabras: «El rey es de complexion que... la importuna... la reina no puede tomar ese camino, aunque quisiera.»

(9) Ms. Bibl. nac. franc., 3158, fol. 2.° El rey al embajador en Alemania, 3 set. 1560.

(10) *Correspondencia de Margarita de Parma*, carta del 18 de set. de 1560. «El embajador (Limoges) da tanta priesa por la respuesta, que no sé si podré esperar la de esta carta.»

felizmente despues de haber recibido otro destino estos soldados. Pero las promesas de apoyar á Francia contra la reina de Inglaterra eran formales (1). «Estando el rey de España bien informado de los malos oficios que la reina de Inglaterra hacia entre nosotros y los escoceses, ofrece al rey sus galeras, navíos, gente de armas, víveres y todo lo que le podria favorecer para obtener satisfaccion de los dichos escoceses, añadiendo que habia enviado un buen despacho á la dicha reina de Inglaterra que le pondria un buen freno en la boca para distraerla de sus propósitos.»

Estos proyectos de una guerra contra Inglaterra eran al parecer el único pensamiento político del duque de Guisa y de su hermano que gobernaba entónces á Francia. En el momento en que estaban más amenazados por los oponentes y en que procuraban hacer creer al condestable que aquellos combatian el poder real, haciendo que el rey Francisco le escribiera que habian descubierto una pésima conspiracion para atentar nada ménos que á la vida de la reina madre, del rey y de sus hermanos, se felicitaban de que la reina de Inglaterra comenzara á arrepentirse de haberse empeñado en tan grandes gastos de armamentos. Se le hacia saber tambien que le habia sido muy agradable al rey el aviso que diera de esto (2).

Pero Felipe se cuidaba de no comprometerse en los negocios de Escocia sino con meras promesas que pudieran arrastrarnos á nuevas complicaciones.

III.—Relaciones con Inglaterra

Felipe II estaba en verdad resentido por el apoyo que la reina de Inglaterra daba á los reformados de Escocia; pero no se curaba gran cosa de las querellas de fronteras que duraban hacia muchos siglos entre las dos naciones y sólo eran notables por ruidosas incursiones, por repentinos pánicos, por fugas á los barrancos, por matanzas de cautivos y por robos de ganados. Estando en tentacion de arrebatar al rey de Francia la corona de Escocia, no gustaba Felipe II de socorrer tampoco á los que se la disputaban, por ser protestantes, y contemporizaba entre dos alternativas igualmente difíciles de secundar, la Reforma ó Francia. La regenta de los Países Bajos procuró hacerle comprender cuán peligroso hubiera sido para la supremacía de España en Europa el buen éxito de Francisco II en Escocia. «El camino que la reina de Inglaterra toma, escribia á Felipe II (3), es tal que hay muchas probabilidades de que se pierda y ponga en peligro su reino, lo que traeria acaso la reunion de tres coronas en la cabeza de Francisco II, las de Francia, Inglaterra y Escocia: más valdria perder á Bruselas (4). Por otra parte, sostener á los ingleses es aliarse con los herejes y dar á los súbditos flamencos, ya tan sospechosos, el espectáculo inmoral de un pacto con la Reforma. La reina de Inglaterra comprende tan bien sus ventajas que no teme *tratar como á un perro* al obispo Quadra, embajador de Felipe (5). — Es necesario, declara la regenta de los Países Bajos, que cambie de estilo y de forma, considerando que la benignidad que el rey ha usado con ella, y las suaves y corteses reconvenciones la hacen todavía más insolente (6). Pero esta reina sabe al mismo tiempo exponer por medio de su enviado á Toledo los peligros de la influencia francesa y la necesidad de engrandecerse á su costa (7); le declara que tiene la espada en la mano y no se detendrá sino despues de sólidas conquistas (8): Escocia no le basta ya y quiere recobrar á Calais (9). Sabe las promesas de refuerzos que Felipe ha hecho á la corte de Francia; pero sabe tambien el éxito de los cruceros turcos contra las flotas españolas. A él, escriben los agentes ingleses (10), á él le toca pedir ahora recursos á nuestra reina; y bien se ve aquí la intervencion de Dios, que bendice á nuestra soberana por su fe y castiga á los demás príncipes por su *papismo*.

La campaña de Escocia dió á Inglaterra triunfos rápidos y decisivos. La incapacidad política de los Guisas, la inexplicable torpeza que los dejó sin ejército y sin rentas en el momento de sus más ambiciosos sueños, les hicieron perder á Escocia, miéntras hablaban de conquistar á Inglaterra. Pero los banqueros de Amberes atajaron de repente hostilidades que embarazaban sus transacciones: la reina de Inglaterra estaba ligada, como Felipe II, por sus

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 3157, fol. 28, el cardenal de Chastillon al condestable de Montmorency, 1.° marzo 1560.

(2) La carta del rey al condestable está en Ms. Bibl. nac. franc. 3,157, fol. 1, del 26 febr. 1560; la del duque de Guisa y del cardenal de Lorena está *Ibid.* fol. 3; el pasaje citado es la posdata de puño y letra del duque.

(3) *Teulet*, tom. II, pág. 54, carta del 7 dic. 1559.

(4) *Ibid.* tom. I, pág. 463 y 469.

(5) «Me ha tratado como á un *perro*.» Carta del obispo, citada por Froude, tom. VII, pág. 203.

(6) *Teulet*, tom. II, pág. 56 á 118.

(7) Ms. Rec. of. n.° 66, the queen to Montague, 10 mayo, 1560.

(8) *Teulet*, tom. I, pág. 511.

(9) Carta del 9 abril 1560.

(10) Ms. Rec. of. n.° 194, Gresham to Parry.

intereses y sus deudas, á los Países Bajos. La ley de las necesidades comerciales intervino de pronto en medio del capricho de los príncipes y del fanatismo de los sectarios para exigir la cesacion de una ruinosa guerra. La corona de Inglaterra debia, al advenimiento de Isabel, setecientas mil libras esterlinas á los banqueros de Amberes (1), lo que seria hoy más de doscientos millones de francos. Las deudas de Felipe II sobre la misma plaza eran tan crecidas que los banqueros y el consejo de la ciudad rehusaban igualmente dejarlas crecer más (2). La reina de Inglaterra pudo muy bien corromper á los aduaneros de Amberes y recibir pólvora, á pesar de la prohibicion de la regenta de los Países Bajos (3); pero no se halló en estado de reducir tan fácilmente la oposicion de los comerciantes: habia dado órden de apresar en Inglaterra todos sus barcos hasta que hubiera concluido un empréstito con la Bolsa de Amberes: este ingenioso procedimiento de la reina para discutir sus contratos hubo de fracasar por culpa de sus propios aduaneros que se dejaron corromper lo mismo que los de Felipe II. Advertidos por ellos los barcos flamencos, se hicieron á la vela con treinta y cuatro mil piezas de paño y los comerciantes guardaron su dinero (4).

Obligada la reina de Inglaterra á cortar sus gastos, se dió prisa en ajustar la paz con Escocia (5) que los Guisas no habian sabido ni abandonar ni defender. Si no pudo acabar su conquista, aseguró á lo ménos la ruina de la influencia francesa y el triunfo de la Reforma. Logró evitar de esta suerte la tutela de Felipe II y presentarse como la protectora de las iglesias protestantes.

IV.—Cuestion de Navarra

Miéntras la incuria de los Guisas traia á Francia estas humillaciones en el Norte, Catalina de Médicis procuraba inquietar á Felipe II en el corazon de su reino con los consejos y el apoyo sinceramente dado á las reivindicaciones del rey de Navarra.

Antonio de Borbon, el marido de Juana de Albret, mantenia de mucho tiempo atrás inteligencias para el recobro del reino de Navarra (6), y habia concebido la esperanza de obtener la cesion de este en el momento de la paz de Cateau-Cambresis. Lisonjeábase de que la conciencia de Felipe II no le permitiria conservar un reino adquirido por una mezcla de fraude y de violencia, sobre todo desde que se conocian las falsificaciones hechas en la bula pontificia que habia exigido Fernando el Católico al apoderarse de Navarra. El Padre Santo, en efecto, no se habia atrevido á negar al poderoso soberano de las Españas y de Nápoles la bula reclamada para la investidura de Navarra; pero hubo de creer que quedaba exento de toda responsabilidad en el crímen de expoliacion por medio de un juego de palabras: no habia enviado á Fernando más que la copia de la bula original; en esta pieza, un error voluntario del copista habia añadido una letra y una palabra que disfrazaban completamente el sentido. Esta ingeniosa superchería fué descubierta algunos años despues por Fernando, el cual se quejó á su embajador de haberse dejado engañar por el papa (7), mas conservando sin embargo á Navarra. Si la conciencia de Cárlos V, su nieto, sintió algunos escrúpulos, fué sólo despues de la abdicacion, y áun pudiera decirse despues de la muerte, pues sólo al abrir el testamento imperial, supo Felipe que sus derechos sobre Navarra no estaban acaso conformes con la voluntad divina y que obraria con prudencia tomando consejo de sabios teólogos. Con esto, se dirigieron á Antonio de Borbon las más halagüeñas promesas, promesas que lo sedujeron cuando ya se declaraba desilusionado. Son estas, decia (8), promesas y ofrecimientos de españoles á uno que, como pueden pensar, no tiene motivos para estimarlos, pues me han querido entretener con buenas palabras de vanas esperanzas para pagarme al fin en la moneda de su país, que para mí será siempre la más sospechosa de fraude y falsificacion que puede forjarse en el mundo. Esto no impedia que Antonio de Borbon acogiera con avidez las proposiciones de Felipe II, ni que le escribiera humildemente

(1) Ms. Rec. of. n.° 1047, foreign Elizabeth, tom. II.
(2) *Ibid.* n.° 1069, Gresham to Cecil.
(3) *Ibid.* núms. 194, 236, 252, Gresham to Parry.
(4) Ms. Rec. of., n.° 462. The queen to Gresham: «She had given order that the ships of the merchants should be stayed till she had been able to conclude some bargain with them, but by negligence of those in whom the trust was reposed they have departed with 34 000 cloths and no bargain concluded.»
(5) El 6 de julio de 1560.
(6) Antonio al condestable, 11 de julio 1556; carta publicada en la *Correspondencia de Antonio de Borbon* por el marqués de Rochambeau, pág. 123.
(7) Ms. Rec. of., Spanish papers, tom. II, pág. 143, Fernando á Jerónimo de Vich, embajador en Roma, julio de 1513. La copia decia á los súbditos del rey de Navarra: «Eosque extunc de cætero in Reges vel Dominos *minimè* recognoscant nec appellent.» El original no tenia el adverbio *minimè*. En otro lugar, el mismo soberano y su esposa designados por el pronombre *eos* en la bula, venian á ser *reos* en la copia.
(8) Antonio de Borbon á Fresnes, 21 enero 1559, Rochambeau, pág. 188.

solicitando una dignidad eclesiástica para un bastardo de la casa de Albret, invocando su *bondad, grandeza* y *liberalidad* y presentando á *su gracia sus más humildes recomendaciones* (1).

Pero muy luégo fué abrazada su causa por Catalina de Médicis, que despachó enviados especiales á su yerno (2) para interesarlo en los derechos del rey de Navarra y apremió á su hija para que añadiera sus instancias á las suyas, dictándole las palabras que habia de dirigir al rey de España. «Señor, le direis, no lleveis á mal que la reina mi madre os escriba en favor del rey de Navarra, ni ménos lo que yo voy á deciros» (3). Las notas secretas están de acuerdo con la correspondencia oficial, y hacen ver con qué complacencia cogió Catalina el pretexto de poner mano en los negocios interiores de España.

En este momento en que Felipe II comienza á ver constantemente delante de sí á la reina de Francia y á la de Inglaterra, deben estudiarse los auxiliares, las fuerzas, los recursos pecuniarios con que cuenta.

V.—Los ministros

Abrumados bajo las minucias de una tarea en que no se les permitia descuidar ningun detalle y obligados con frecuencia á trascribir las cartas de propia mano, en letra reposada, oficial, casi hierática (4), los ministros no se presentan sino con rasgos harto borrados, salvo el cardenal Granvela y el duque de Alba.

Granvela es el único hombre de superior talento, que Felipe II haya consentido en utilizar, á pesar de lo cual lo ha tenido siempre alejado de sí: hasta cuando se decide á ocuparlo en Madrid, rehuye verlo. En los comienzos del reinado, Granvela está en Bruselas.

El duque de Alba agradaba al rey por su lentitud en tomar las decisiones y por su talento en presentar con igual fuerza las ventajas y los inconvenientes de todos los partidos. No son ciertamente estas las cualidades de un hombre de guerra, y por eso es juzgado severamente por los extranjeros. «En la guerra, dice un veneciano, muestra vacilacion y poca inteligencia, queriendo siempre rodearse de todas las precauciones (5).» Esta especie de timidez es notable en la larga carta que escribe á Felipe II, despues de su primer triunfo sobre Luis de Nassau: prueba en ella con gran copia de argumentos y palabras que no hubiera debido dar la batalla; tenia, sin embargo, excelentes razones para darla; no hubiera dejado que se le escapara uno solo de sus enemigos, si hubiera tomado las medidas que le parecian preferibles; pero no las tomó por parecerle temerarias. Creeríase que vacila aún en dar la batalla, despues de haber ganado la victoria. Pero implacable cuando tiene una órden, es incapaz de ver en el gobierno otra cosa que una delegacion de los derechos de Dios, ante la cual deben prosternarse así los procuradores de las ciudades en córtes, como los capítulos del Toison de oro. No, en verdad, por estas ideas hubiera dejado de estar en gracia de su amo y señor; pero su altivez con los demás magnates, su pretension de ser soberano en su familia y su autoridad sobre los maestres de campo, despertaban los celos del rey, que se complacia en imponerle humillaciones y en aparentar preferencias por su rival en privanza, Ruy Gomez, príncipe de Eboli.

Ruy Gomez era un portugués que se habia criado con el rey, bien que fuera algo mayor que él en edad. Compañero de sus primeros placeres, era bastante hábil en el arte del cortesano para no hacerse perdonar esta larga familiaridad. Habíase habituado á una especie de adoracion para con el rey y merecido se le considerase por uno de sus discípulos como el mayor maestro de esta ciencia que hubiera habido en muchos siglos (6). Mostrábase, por contraste con el duque de Alba, lleno de afabilidad, deferencia y cortesía en actos y palabras (7). Pero trabajado por las increibles fatigas (8) de su servicio que comprendia los cargos de sumiller de corps, ministro de Estado y mayordomo mayor, habia de vestir y desnudar al rey, dormir en su misma cámara y dirigir todos los pormenores de palacio y de la Hacienda del reino. Él era el enviado cerca de los embajadores para templar con hábiles recursos y graciosas palabras las reclamaciones premiosas, y él reconciliaba á los próceres cuya vanidad estaba ofendida. Mal hallado fuera de la corte, áun al lado de su esposa altiva y exigente, era, segun la

(1) Ms. Arch. nac. K, 1492, del 9 junio 1559.
(2) Primera mision del señor de Auzance.
(3) *Correspondencia bajo el reinado de Francisco II*, pág. 851.
(4) Véase por ejemplo, la carta expedida de puño y letra de Gonzalo Perez para una recomendacion insignificante y firmada á la vez «Gonzalo Perez. — Yo el Rey.» — Ms. Bibl. nac. franc. n.° 3159, folio 66, de mayo de 1561. Felipe II á Catalina.
(5) Relaz. ven., Suriano.
(6) Antonio Perez, *Obras y relaciones*, pág. 539. «El mayor maestro desta sciencia que se ha havido en muchos siglos.»
(7) Relaz. ven., Tiepolo.
(8) *Ibid.*, Badoaro.

expresion del veneciano, tan devoto del rey como de Dios.

Alba y Eboli «son las dos columnas que sostienen esta gran máquina, y de sus consejos depende la suerte de la mitad del mundo (1).» Así, pues, están siempre opuestos uno á otro y de tal manera envidiosos del crédito del respectivo rival, que el protegido de éste es infaliblemente perseguido por aquél. A las veces simulaban una reconciliacion y quedaban buenos amigos ó lo aparentaban (2); sino que el de Eboli llevaba siempre la ventaja, y se oia decir á los embajadores: Este puede más que todos los otros (3); ó bien: él solo lo despacha todo (4). Otras veces el duque de Alba tenia que resignarse á sensibles humillaciones (5). «A mediados de junio, estando una noche el rey encerrado, como está siempre, con Eraso, vino el duque y llamó á la puerta, como quiera que no podia abrir con su llave, habiendo puesto el rey la suya por dentro, como hacia siempre que no queria que entrara nadie. Fué Eraso á ver quién era y volvió sin abrir la puerta. Con esto, el dicho duque se estuvo una hora larga con los señores de servicio en la antesala, muy corrido de tener que hacerla contra la costumbre, y allí tuvo que esperar hasta que Eraso acabó de despachar.»

Este Eraso era hechura del príncipe de Eboli que habia influido para que lo nombraran consejero de Hacienda y secretario de Estado de Castilla y de las Indias (6). Es conocido por una grave denuncia del cardenal Granvela que hubo de sorprenderlo en enormes malversaciones (7). Así, el poder que debia venir á manos del hombre bastante flexible y laborioso para despachar los negocios retrasados por la rivalidad entre Alba y Eboli, fué recogido por un eclesiástico cauteloso é infatigable, Espinosa, que en espacio de nueve años vino á ser, de simple capellan, nada ménos que cardenal é inquisidor general. Pocas personas saben defender su vanidad contra un cúmulo tan rápido de riquezas y honores. Espinosa no tardó mucho en tener por enemigos á todos los ministros, cortesanos y confesores. El rey hubo de cansarse de los honores que estaba obligado á hacer á su capelo cardenalicio; y despues de haber llevado su condescendencia á un grado inverosímil en príncipe tan celoso de su autoridad, perdió la paciencia un dia y dijo en consejo pleno al cardenal: *¡Mentís!* Así lo mató (8), dice un panegirista de Felipe II; y en efecto, el orgulloso eclesiástico se fué á su casa, se metió en cama y se murió al dia siguiente (9).

Fray Alonso de Fresneda supo maniobrar más hábilmente cerca de un soberano que se consideraba el jefe, no el instrumento del clero. Era el confesor, «y acaba de dar al rey, dice el embajador inglés (10), una direccion tan perfecta, que se encuentra investido de la mitra de Cuenca, que vale cuarenta mil ducados anuales, lo que no obsta para seguir siendo su confesor, miembro del consejo privado de la guerra, tesorero de las galeras y comisario general de la Santa Cruzada.» No se tardó mucho en observar que el *gordo obispo* de Cuenca (11) era el ministro más influyente, bien que no pudo lograr el capelo de cardenal.

El despecho de no poder tampoco adquirirlo, fué causa de la muerte de Gonzalo Perez (12), arcediano de Sepúlveda, y el tercero de los eclesiásticos que formaban parte del consejo de Felipe II. Este *excelente traductor de Homero* (13) era secretario de Estado desde 1543, y segun fama aceptaba en secreto dádivas: destemplado, orgulloso, temerario hasta lo inverosímil, era propenso, no ya á la cólera, sino al furor, y todos los que tenian que tratar con él salian descontentos (14). A su muerte se dividió su ministerio entre su hijo natural, Antonio Perez, y Gabriel de Zayas, hechura del duque de Alba, famosos ambos á dos por su venalidad y por sus rapiñas (15).

Estos secretarios y los de los otros consejos (16), y los magnates que rodean al rey «no

(1) Relaz. ven. Suriano.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10751, fol. 723, carta de Forquevauls del 24 marzo 1567.

(3) Ms. Rec. of. n.º 1583, Phayre to Cecil, 12 oct. 1565.

(4). *Ibid.* n.º 1192, Challoner to Cecil, 1.º. set. 1563.

(5) Luis Paris, *Correspondencia bajo el reinado de Francisco II*, pág. 560, carta del obispo de Limoges.

(6) Relaz. ven. Alberi, tom V, pág. 65. A este Eraso era á quien se dirigian las cartas de Ruy Gomez contra la reina María, durante la residencia en Inglaterra.

(7) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, pág. 683. Antonio Eraso asocia á su hijo Andrés consigo en los negocios de Indias y obtiene cargos importantes para sus hermanos y sobrinos, especialmente para Francisco y Martin Eraso. Encuéntranse los nombres de los cuatro en la correspondencia.

(8) D. Lorenzo Vanderhammen y Leon, *Don Felipe el Prudente*, pág. 132: «Conociendo el rey que era mentira lo que decia, le dijo con tanta severidad—¿pues así me mentís?—que le mató.»

(9) El 15 de set. de 1572.

(10) Ms. Rec. of., n.º 1028, Challoner to Cecil, 19 abril 1562. «At the last confession gave him such good advice thot now the king has bestowed on him...

(11) Ms. Rec. of., n.º 1676, Phayre to Cecil, 17 noviembre. «The fat bishop of Cuenca who is confessor is one of the chiefest.»

(12) En 1566.

(13) Lope de Vega, la *Dorotea*, acto IV.

(14) Relaz. venec. Badoaro.

(15) Zayas, segun el embajador veneciano, toma todo lo que le dan. (Relaz. ven. 1577, *Gachard*, pág. 190.)

(16) Habia once consejos y cuatro secretarios de Estado: Cámara, Castilla, Guerra.. Juan Vazquez de Molina.

valen todos juntos lo que Granvela solo, que tiene más entendimiento y habilidad que ellos,» dice un veneciano que les observó mucho tiempo (1). El talento no es necesario ni requerido; lo que el rey exige es sumision absoluta á sus órdenes; no quiere consejeros, sino esclavos, y no lleva á mal que se le diga así. Granvela sabe que agradará escribiendo: Jamás haré bastante para llenar mis deberes con un rey que me ha encadenado en sus hierros (2). Y la regenta de los Países Bajos, Margarita de Parma, repite: «Quisiera que todo el mundo supiese que me tengo por vuestra verdadera esclava y que no os desagrada mi esclavitud (3).»

Toda la corte está enseñada á este culto: ni una palabra sobre noticias; quien las sabe se las calla. Al rey no se le ve nunca: si sale de palacio, va encerrado en una carroza, cubierta con un hule, y pasa de noche por la puerta del Prado para que nadie lo descubra (4). La nobleza comprendia casi á todos los españoles que no tenian en sus venas sangre de moro ni judío; pero no habia más que un pequeño número de títulos, veintitres duques, trece grandes, cuarenta marqueses y cincuenta y seis condes. El rey no se curaba de aumentar su influencia, pero á veces tenia la dignacion de distribuirles dinero ó barras, cuando llegaba la flota de las Indias (5). La disciplina no era siempre fácil de mantener entre aquellos hombres que tenian por honor la vanidad y los príncipes extranjeros que iban á hacer la corte al rey de España. «El duque de Parma y el de Florencia acaban de reñir por cuestion de precedencia en la iglesia durante las fiestas de Todos Santos; ayer en la capilla real cuando el rey estaba en su tribuna y los príncipes y grandes se habian sentado en una grada, el de Parma se colocó en lo más alto ántes que entrara el de Florencia. —Hacedme sitio, —díjole éste. —Este sitio se me ha designado por el rey, —replica el otro. El de Florencia jura, el rey se enfada y les hace salir de la capilla. Se asegura que está por el de Parma á quien siguen más de cien caballeros de esta corte» (6). Otra escena hubo de más sérias consecuencias: «Don Diego de Mendoza y don Diego de Leyva echaron mano á las espadas en las galerías de palacio cerca de la capilla, y fueron separados sin haberse acometido. Acogiéronse á lugar inmune en dos iglesias; no embargante, el rey los ha mandado sacar como delincuentes de lesa majestad habiendo violado los fueros de su casa, y están en peligro porque es observador de sus mandatos sin misericordia» (7). La satisfaccion de haber forzado el asilo eclesiástico bastó sin embargo para aplacar al rey, el cual se contentó con tenerlos presos espacio de algunos meses; ni la prision hubo de haber sido muy severa, por cuanto Mendoza aprovechó en ella los ocios en escribir versos en honor de la dama que habia sido causa de la contienda (8).

Acaso sea esta la única ofensa á sus privilegios que no hubiera castigado en toda su vida «y se cree que no haya perdonado nunca á ningun condenado» (9). Gustaba de mantenerse en una region serena, de parecer un personaje que castiga sin cólera, que recompensa sin amor «que no se muestra jamás afectado por un revés,» (10) que no se digna comunicar sus sentimientos ni sus proyectos. Era de opinion que los príncipes que dicen desembozadamente lo que han de hacer respecto á su servicio tienen intencion de no hacerlo (11). Como quiera que tenia todos los derechos y todo el poder, se creia obligado á conocer todos los negocios, y no dejaba dar veinte ducados de gratificacion sin una nota de su infatigable pluma. «Hace dos meses que no ha salido el rey una sola vez de su cámara, siendo á la vez rey, ministro y secretario, lo cual es una gran virtud;» pero añade inmediatamente nuestro obispo de Li-

---

Orden de Santiago, Inquisicion, Indias y Hacienda. . . . . } Eraso.
Italia, Justicia y Mercedes. . . . Diego Vargas.
Estado, Aragon. . . . . Gonzalo Perez.

Vargas queda absolutamente oscurecido; Vazquez llega á ser importante en la segunda mitad del reinado.

Además de estos personajes los principales de los que rodean al rey son: el duque de Feria, capitan de guardias, casado con una inglesa; Antonio de Toledo; el conde de Chinchon...

(1) Relaz. ven. Suriano. «Ma non vagliono tutti insieme quanto M. de Arras solo.»

(2) *Papeles de Estado*, tom. VI, pág. 96. «Jamás me parecerá que bastaria para que yo pueda cumplir con la obligacion de esclavo en que me ha puesto V. M. atándome con tan firme cadena.»

(3) *Correspondencia de Margarita de Parma*, tom. I, prólogo, página 33. «Che mi tiene per quella vera serva, che la mia devota servitú li è gratissima.»

(4) Pigafetta... «in un cocchio coperto di tela incerata et serrata a modo che non si vede.»

(5) Ms. Rec. of., n.° 1192, Challoner to Cecil, 1.° set. 1563; tocáronle á Alba 105.000 ducados; á Eboli 40.000; á Chinchon 30.000; á Luis de Haro 20.000, etc.

(6) Ms. Rec. of., n.° 1097, Challoner to Cecil, 21 noviembre de 1562.

(7) Ms. Bibl. nac. franc., n.° 10751, fol. 1399, Forquevauls al rey, 26 de julio de 1568.

(8) Véase en las obras de Hurtado de Mendoza los versos titulados: *Estando preso por una pendencia que tuvo en palacio*. Este hecho, mal explicado por los biógrafos de Mendoza, se refiere por Nobili, embajador de Toscana (carta del 30 de julio) de la misma manera que por Forquevauls.

(9) Relaz. ven. Morosini.

(10) Relaz. ven. Vendramino (Alberi, pág. 445): «Non mostra mai alterazione alcuna per disgrazia o adversità.»

(11) Ms. Bibl. nac. franc., Forquevauls á Catalina, 8 mayo 1568.

moges (1), mediano admirador de esta virtud: «se ve tan notable lentitud y confusion que todos los que residen aquí están desesperados.»

Es la queja de todo el mundo durante este reinado; queja que se oye á cada momento y que es preciso repetir con la misma monotonía. «En cuanto á nuestro amo, todo se deja para mañana, y la principal resolucion en todas las cosas es estar perpetuamente irresoluto» (2).

¿Por qué ha de apresurarse el rey, como los demás hombres? ¿No tiene para sí la duracion, la gracia divina, la proteccion de la Providencia? Felipe II es entre todos los príncipes cristianos el que ha sabido realizar mejor el pensamiento de los césares romanos y de los refinados de su corte y el que habria podido decir con la mayor sinceridad lo que decia Horacio: «Tú reinas, Júpiter, con César por segundo; inferior á tí, gobierna el mundo que tú le has confiado» (3). Felipe II creia como Trajano que protegia á los hombres cerca de Dios (4). Entrase de buena fe en este papel, áun sin estar bajo el amago de una neurosis vesánica: se adquiere á veces en él cierta grandeza. El príncipe siente en su corazon este vigor, esta firmeza, esta noble confianza del mando, segun las palabras de Bossuet (5) que tenia del gobierno la misma opinion que Felipe II y no temia decir á los reyes: «Sois dioses, aunque murais. Ese espíritu real pasa íntegramente á vuestros sucesores é imprime donde quiera el mismo temor, el mismo respeto, la veneracion misma. El hombre muere, es verdad, pero el rey no muere jamás: la imágen de Dios es inmortal.»

VI.—Penuria del erario

Esta infatuacion no habria debido mantenerse ante la prueba de la miseria. La debilidad secreta no podia disimularse. En una nota escrita de su puño y letra, resume el mismo rey la situacion, pocos meses despues de su regreso á España (6). «Todas las rentas ordinarias que tengo en estos reynos están empeñadas. Para desempeñar lo que así está empeñado serian menester veinte millones de ducados; pero desto no se tracta agora, como de cosa tan imposible. Demás desto hay las deudas que aquí se dirá: á factoría de España, á los Fúcares, á la factoría de Flandia y de Sevilla, siete millones de ducados; á las galeras de Doria, y á las fronteras de Africa, á la gente de armas, á la mi casa para los consejos y otros gastos de justicia, correos y postas y embajadores, tres millones de ducados. De todas las rentas ordinarias no hay nada por estar todas vendidas y empeñadas. Lo más que ha venido ogaño de las Indias está ya gastado. De los servicios ordinarios y extraordinarios no hay nada por estar ya librado á mercaderes. Por causa de mi casamiento me dieron estos reynos cuatrocientos mil ducados pagados en tres años, y lo deste primer año está ya librado á Constantino Gentil. Del pozo del azogue, que está en Almaden, se piensa que se sacará algo, mas no se piensa que sea mucha quantidad. De las licencias que se dan para llevar esclavos á las Indias, se piensa que se podrá sacar en este año y en el que viene quasi cincuenta mil ducados.»

Abrúmalo la cantidad de nueve millones de ducados, que está en la precision de gastar y es imposible que encuentre, sino en el aire ó en invenciones, que están ya tan buscadas como allá. Pero este lastimoso presupuesto está aún por debajo de la realidad. Los gastos ordinarios no se han evaluado con bastante exactitud, las demandas de fondos afluyen de todas partes; Granvela escribe desde los Países Bajos (7) reclamando las pagas de las guarniciones españolas, porque le faltan, dice, veinticinco mil ducados para ello, y si el viento retarda la partida, aún crecerá la suma. Tambien los banqueros de Amberes acechan el arribo de los galeones de América para reclamar el reembolso de sus adelantos. Pero ¿qué es la cantidad que pueden traer los ocho navíos en comparacion de la que se les debe (8)? Tomar todas las minas de alumbre y de azogue (9), todos los criaderos de sal, los arbitrios, los molinos, es un mediano recurso, porque suscita quejas (10) y obliga á indemnizar á los propietarios; determina tambien la ruina del comercio: despues de los embargos que se hicieron en detrimento de los comer-

(1) *Negociaciones bajo el reinado de Francisco II*, carta del 26 setiembre 1560.

(2) Papeles de Estado de Granvela, tom. IX, pág. 568. Perrenot á Granvela, 6 oct. 1565.

(3) *Horacio*, Carm. lib. I, oda XI:

. . . Tu secundo
Cæsare regnes.
Te minor latum reget æquus orbem.

(4) *Plinio*, Paneg., p. 78. «Hominibus apud deos adesse consuesti.» *Id. Ibid.* p. 80. «Te dedit qui erga omne hominum genus vice sua fungereris.»

(5) Bossuet, *Sermon sobre los deberes de los reyes.*

(6) Papeles de Estado de Granvela, tom. VI, pág. 156.

(7) Papeles de Estado, tom. VI, pág. 167, Granvela al rey, 12 de set. 1560.

(8) Ms. Rec. of., n.° 1102, Gresham to Cecil, 30 abril 1560. «Wich is but a small matter to wath he owes upon this bourse.»

(9) *Ibid.* n. 1028. Challoner to Cecil, 19 abril 1560.

(10) *Ibid.* n.° 1583. Phayre to Cecil, 12 oct. 1565.

ciantes de Sevilla no se piensa en armar ninguna flota para las Indias á causa de las grandes quiebras que han sobrevenido (1).

Si se destruye la industria, no comprende más el rey los vicios de su política comercial; al contrario, se aprovecha de esta ocasion para trasformar en monopolio el comercio del mercurio, de los esclavos, de la cochinilla, de los naipes, del papel (2). Pero la ruina del príncipe y de los súbditos era casi inevitable dentro de un sistema legal que no permitia exportar nada de España sino en barcos españoles: los buques ingleses que llevaban sus mercancías á Sevilla, tenian que salir en lastre (3). «Nosotros, decia el embajador inglés, compramos más de cuarenta mil barricas de vino anuales en Jerez de la Frontera; vosotros no podriais consumir este vino; nosotros os lo pagamos por más de doscientos mil ducados; recibís nuestro dinero y apartais nuestros barcos. Si es para proteger los vuestros, más valiera que no despoblarais de bosques vuestras montañas, que no arruinarais á los constructores y armadores con vuestras requisiciones, que no os olvidarais de pagar los barcos que fletais (4).»

Estas teorías eran demasiado profundas para Felipe II y sus ministros, que comprendian mucho mejor las de los inventores. ¡Está ya todo tan buscado! dice el rey en su nota; y en efecto, se habia ya buscado tanto, que habia una palabra en la lengua para designar la nueva profesion de los que presentaban al gobierno *arbitrios,* ó expedientes rentísticos: el *arbitrista* era el que proponia un dia de ayuno general todos los meses con donacion al rey del dinero que se ahorraba en la manutencion (5); ó el que proponia un aleman, autor de un polvo maravilloso: con una onza de este polvo y seis de azogue se hacian seis onzas de plata fina. Felipe II oia y recompensaba á todos estos aventureros, pero se excedió esta vez dando una gratificacion importante al que le habia presentado al bueno del aleman (6). En su penuria llegaba á acoger ávidamente cuentos como el siguiente (7):

«Ha llegado á noticia del rey que un su capitan se partió ha tres años y ha descubierto una isla en las Molucas, cuya superficie por encima de la tierra es toda de oro; del cual hallazgo está S. M. muy contento y tiene deliberado tomar todo el oro de ella.»

CAPITULO VI

RIVALIDAD DE FELIPE II Y DE CATALINA DE MÉDICIS.—PRIMER PERÍODO.—1560-1567

DEFERENCIAS DE CATALINA Á LA REFORMA.—NEGOCIOS DE NAVARRA Y DEL CASAMIENTO DE LAS PRINCESAS.—PRIMERA GUERRA DE RELIGION EN FRANCIA.—CÓRTES DE MONZON.—CONCILIO DE TRENTO.—LOS CATÓLICOS DE FRANCIA VIGILADOS COMO HEREJES.—LA CONSPIRACION DE MONTLUC.—LA REINA DE NAVARRA PROTEGIDA POR CATALINA.—LOS PROYECTOS DE MATRIMONIO.—LA ENTREVISTA DE BAYONA.—NUEVAS DIFICULTADES CON FRANCIA.—CONTINUACION DEL ESPIONAJE EN FRANCIA.

I.—Deferencias de Catalina á la Retorma

Al saber la muerte de Francisco II creyeron los españoles que pasaria el poder, de las manos de los Guisas, sus antiguos adversarios, á las del condestable de Montmorency, cuya intervencion poco patriótica en las negociaciones de Cateau-Cambresis recordaban muy bien, y lo rodearon de atenciones y lisonjas. «Al rey mi señor le ha dolido (8) la muerte del rey cristiano, escribia el príncipe de Eboli, y si desto le queda algun consuelo es ver á Vm. vuelto á los negocios dese reyno, porque conoce su buen zelo, y aun que á Vm. se le haga trabajoso, lo debe tomar con buen ánimo.» De sentir es, añadia, que se prive del reposo de que en su casa gozaba, «pero me huelgo conosciendo el bien que resulta dello (9).»

Súpose muy luégo que no era á Montmo-

(1) Ms. Bibl. nac. franc., n.° 10751, fol. 1015, Forquevauls al rey, octubre de 1567.

(2) Ms. Rec. of., n.° 1676. Phayre to Cecil, 17 nov. 1565.

(3) *Ibid.* 213, Chamberlain, to the queen, 24 mayo 1561.

(4) Ms. Rec. of. n.° 314 y 541, Chamberlain to the queen, 14 de julio y 27 set. 1561.

(5) Cervantes, *El perro Berganza.*

(6) Relaz. ven. *Suriano.* «Si trovi per un tedesco Malines che le messe in opera et con un oncia di certa sua polvere et sei d'argento vivo fa sei oncie d'argento... viene presentato largamente quello chi l'ha rittrovato.»

(7) Ms. Bibl. nac. franc., n.° 10751, fol. 451, Forquevauls al rey, 17 set. 1566.

(8) Ms. Bibl. nac franc. n.° 3157, fol. 133. Eboli á Montmorency enero de 1562.

(9) *Ibid.*, n.° 3158, fol. 90, del 14 de enero.

rency, sino á la misma Catalina á quien se habian de dirigir las felicitaciones; y Felipe II, que no desconfiaba aún de su suegra, hizo expresar al dócil Eboli su satisfaccion de haberla visto obtener el gobierno de aquel reino, en el cual sabrian asegurar el bien público, su prudencia, juicio y moderacion (1).

LE TRES CHRESTIEN FRANCOIS II DE CE NOM ROY DE FRANCE ET DECOSSE.

Francisco II de Francia

No era Catalina de las que se dejan engañar con buenas palabras: conservaba su autoridad sobre su hija, y reprendia duramente á la nueva reina por sus juegos infantiles con las doncellas francesas que la habian acompañado á España. «Eso de hablar y hacer caso de tus doncellas delante de gente, está mal. Bien que cuando estés sola en tu cámara pases el tiempo jugando con ellas; pero esas damiselas no pueden enseñarte más que locuras y necedades» (2). Los celos é impaciencias que suscitaba esta vida ociosa y recogida de las francesas, acostumbradas á los placeres del Louvre, irritaban á la reina madre. Los españoles, decia, van á creerme de tan mal juicio por haber puesto al lado de la reina, mi hija, personas de tan poca discrecion que no pueden vivir juntas en buena paz. Así, el aya Luisa de Bretaña (3) escribia humildemente, espantada de la cólera de su severa ama. «He tenido tanto apego á vuestro servicio que creo haber olvidado á Nuestro Señor, que me castiga por este medio» (4). Ejemplo curioso del arte que poseia Catalina para gobernar mujeres, áun á tanta distancia: sabia obtener hasta de las más orgullosas la más absoluta sumision. María Estuardo y Juana de Albret sufrieron este prestigio á lo ménos tanto como la reina de España, que jamás recibió cartas de la reina su madre que no se pusiera á temblar temiendo que estuviera enojada con ella (5).

Isabel de Valois no era ya la niña ignorante y enfermiza del primer año de matrimonio: habia aprendido el castellano en tres ó cuatro meses (6); habia crecido y era muy descollada, lo que la hacia admirable en España, donde son raras las estaturas altas y son más estimadas por eso (7); y añadia á esto muy buen porte, mucha majestad y cierta gracia entre española y francesa que no habia más que ver, siendo hermoso su semblante y negros sus ojos y cabellos. A pesar de estos encantos era menospreciada por su esposo. «Está buena de salud (8). No ve al rey, como tenia de costumbre, aunque él le haga ver que la ama, como quiera que le da, desde hace poco, dos mil escudos de pension anual más que tenia: ella le escribe á menudo; se entretiene pintando, de lo cual gusta mucho, y yo creo que ántes de un año será tan buena maestra como la misma que la enseña, que es de las mejores del mundo.»

¿Entraba en el pensamiento de Catalina el ablandar á la rival que alejaba á Felipe de su hija enviando para la princesa de Eboli «un diamante que le presentareis de mi parte con

(1) Ms. Bibl. nac. fr. n.º 3159, fol. 20. «Donde con su prudentísimo juicio y discrecion administrará lo que conviene al bien público.»

(2) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 705.

(3) Isabel fué acompañada á España por Madama de Rieux y Mlle. de Montpensier, ambas de la casa de Borbon: la primera era hija de Luis de Borbon-Montpensier, príncipe de la Roca del Yon, y viuda de Claudio de Rieux; su hija estaba casada con el marqués de Elboeuf y su sobrina, la bella Renata de Rieux-Chasteauneuf, fué la favorita de Enrique de Valois. Mlle. de Montpensier se casó en 1561 con el conde de Eu, que fué á buscarla á España y murió el año siguiente en la batalla de Dreux.

El aya de la casa era Luisa de Bretaña, baronesa de Clermont-Lodève. Las doncellas de honor eran, segun Brantome, las dos de Riberac-Guytinieres, las dos de Thorigny, y las de Fumel, Noyan, Montal, Motte-au-Groin, Saint Anne, Saint Leger y Arne. Esta última era bastarda del cardenal de Lorena. Pero habia además las de Chabannes, Gironville, Fontpertuy, Poultpry y Boessière. Debe añadirse á la lista la fiel corresponsal de la reina madre, llamada *Claudia* por L. Paris, Prat y Ferrière, que la suponen tambien nodriza de la jóven reina: en realidad se llamaba Claudia de Vavigne (Véase Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3902, fol. 86) y habia recibido una educacion á lo ménos igual á la de Luisa de Bretaña.

(4) Negociaciones bajo el reinado de Francisco II, pág. 720.

(5) Brantome. Afirma haber oido esto de boca de la misma reina.

(6) Id. El viage de Brantome á España fué en noviembre de 1564: una carta del embajador Saint Sulpice, del 9 de noviembre, habla de este viaje. (Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3163, fol. 26).

(7) Brantome no habia visto evidentemente más que las mujeres de la córte.

(8) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3902, fol. 86, Claudia de Vavigne á la reina madre, del 30 de set. 1581.

una esquela que tambien le escribo»? (1) ¿Ensayaba con la favorita de Felipe II y en favor de su hija aquel sistema de halagos que habia empleado en causa propia con la favorita de Enrique II? Salvo estas palabras y un pasaje de la carta de una dama de honor que hace conocer como hecho curioso las buenas relaciones de la jóven reina con la princesa de Eboli, ninguna revelacion autoriza á creer que habia comenzado ya en aquella época la intimidad entre el rey y la esposa de su más devoto cortesano. En todo caso, Isabel no parece que tenga aún ninguna sospecha de su marido; hasta tomó partido contra Francia y contra su madre en el momento en que pareció que habia deseos de remover la cosa (2).

Felipe II comenzaba á espantarse de los progresos que hacia en Francia el calvinismo. «Mejor es, decia, acudir y trabajar de matar el fuego en casa del vecino escondido, que no esperar á quitarlo de la propia (3).» Llegaban á él las más tristes noticias sobre la parcialidad de su suegra en favor de las nuevas doctrinas. Chantonnay, su embajador en Paris, le escribia anécdotas como la siguiente. «Este rey, su hermano, el príncipe de Biarna y otros que están con ellos vinieron en la dicha sala en máscara vestidos de cardenales, obispos, abades y personas eclesiásticas, caballeros en unos asnicos con sendos mochachos en las ancas vestidos como p... huvo gran risa de ello y estuvieron despues burlando» (4). Poco tiempo despues de esta sacrílega parodia, supo el rey de Espaüa los términos del tratado de alianza que Catalina hacia proponer á los príncipes luteranos de Alemania, para obtener su auxilio en el caso de que el rey Cárlos IX, cambiara de religion: el nuncio Santa Croce que comunicaba este texto á Felipe (5), anunciaba al mismo tiempo que la reina madre hacia ya leer á sus hijos libros prohibidos. La persecucion contra los reformados cesaba: He llorado al saberlo, decia Felipe II al Padre Santo (6), y os escribo con lágrimas del corazon. Y uno y otro ejercian una piadosa presion en el ánimo de Catalina. Es menester que sepais, escribe esta al obispo de Limoges (7), que el embajador del papa entra á decirme que oia y veia que las cosas de la religion no andan tan bien como ántes, de lo que el papa se escandalizaria grandemente; entrando sobre esto más dentro de lo que debia, de tal manera que pasaba los límites de su oficio; por lo cual no pude ménos de decirle que debia bastarle hablarme de los asuntos de su amo y no meterse en lo que se hacia aquí y ménos interpretarlo mal. Quedóse sorprendido y se disculpó mucho conmigo. Y creo que no se lo reservó al embajador de España, porque algunos dias despues vino á verme y me tuvo casi la misma conversacion. Mi respuesta fué que no tenia ninguna necesidad de sus amonestaciones en tales cosas.

Pero si un poco de altivez bastaba para tener á raya las indiscretas observaciones de los embajadores, no era ya tan fácil decir las instancias de la misma Isabel. Esta niña á quien Catalina habia puesto en España para imponer su influencia, se volvia contra ella y le escribia severamente (8). «El rey mi señor me suplica con mucha instancia que se castigue á los malvados, y que si teneis miedo por ser muchos, que nos empleeis, porque os lo entregaremos todo, nuestros bienes, nuestra gente de armas y todo lo que tenemos para sostener la religion. O que si no los castigais vos, no lleveis á mal que dé socorros para guardar la fe á los que se los pidan al rey mi señor; porque á él le interesa más que á nadie, pues siendo luterana Francia, Flandes y España no estarian léjos de ello. Si ahora no comenzais, no comenzareis nunca: ahora teneis todo el poder y no hay excusas. Es una cosa que conviene á Dios nuestro Señor, al rey mi hermano y á la cristiandad. Si contemporizais habrá siempre más malvados. En tiempos del difunto rey, mi señor y padre, que los castigaba, no los habia, y en tiempo del rey mi hermano que empezaba á castigarlos, tampoco se hablaba de eso; lo que os puede hacer ver claramente que si se les castigara ahora, no se atreverian á levantar cabeza; pero como se les deja, tendrán razon de envalentonarse.»

Esta carta, casi desconocida, tuvo una influencia considerable en nuestro destino. El primer sentimiento de Catalina, ante esta inesperada defeccion de su hija, fué el de la ira, que no pudo reprimir, y mandó llamar inmediatamente al embajador de España. «¿Qué significan, le dijo, estos ofrecimientos de socorros á mí ó á mis súbditos? Mi hijo y yo tenemos fuerzas bastantes para hacernos obedecer, y no

(1) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 819.
(2) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 871; el obispo de Limoges á Catalina.
(3) Chantonnay á Felipe II, 24 oct. 1561, Arch. nac.
(4) Chantonnay á Felipe II, carta del 28 oct. de 1561.
(5) Cimber y Danjou, *Archivos curiosos de la historia de Francia*, tom. VI, pág. 50 y 88.
(6) El 12 febrero 1562, carta dada en italiano por Leti, lib. XVI, pág. 394.
(7) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 821.
(8) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 3902, fol. 76, original autógrafo.

pedimos auxilio á nadie. Si vienen extraños á mezclarse en nuestros negocios, yo pondré órden en ello y sabré echarlos fuera.» Es decir, que en su propio reino de Francia, deberia sufrir la intervencion armada de España en favor de los insurrectos, á los que llama insolentemente «de la antigua religion!» Es decir, que cuando tengan á bien los rebeldes levantarse en armas, el rey Felipe los socorrerá empleando en su ayuda sus fuerzas y poder! ¡Extraño proyecto! Si existen en Francia malvados, el deber del rey de España era «avisar sus nombres y condiciones para hacer en ellos el ejemplar castigo que su maldad merece» (1).

Al acabar de pronunciar este reto, la trabaja este pensamiento: sus súbditos le hacen traicion: algunos franceses están de inteligencia con un príncipe extranjero, el peor enemigo de Francia; este mismo príncipe le hace saber que está rodeada de maquinaciones. Siéntese entónces poseida de inquietud y depone las altivas sugestiones del orgullo mostrándose dulce de pronto. Toma la pluma y escribe á su hija (2): He de decirte, como es la verdad, que toda esta turbacion ha venido por el odio que todo este reino tiene al cardenal de Lorena y al duque de Guisa, los cuales sólo buscan su engrandecimiento y medro, porque no tienen más que esto en el corazon. Por eso, hija mia, no dejes creer al rey tu marido una mentira.

De las cartas de Felipe no podia sacar ninguna indicacion; con él sólo cambiaba fórmulas de cumplimiento, y si se trataba de algun negocio era en términos vagos. A pesar de esta recíproca desconfianza, no dejaban de escribirse de su puño y letra una que otra vez todos los meses, aunque Felipe copiaba la minuta hecha por un secretario; tan cautelosa cortesía rara vez dejaba pasar un pensamiento sincero en medio del cúmulo de cartas cambiadas; un ejemplo basta para mostrar en qué consistia esta correspondencia. Por la época de la audaz carta de Isabel á su madre escribia Felipe: «Beso las manos á V. M. muchas veces por la merced que hace con las buenas palabras que me escribe en la carta que me dió el conde deu (d'Eu) y con las que me dijo de parte de V. M. de que tengo el contentamiento que es razon, y todo lo merece á V. M. la voluntad que yo tengo de servir y obedecer á V. M., pues entiendo que V. M. lo quiere en beneficio y conservacion de nuestra religion y para castigar á los que la quieren ofender, y assi en esso principalmente como en todo lo demás que V. M. me mandare, la tengo siempre como es razon y como V. M. lo verá por la obra. Buen hijo y hermano de V. M.—Yo el rey» (3).

Este estilo era maravillosamente imitado por Catalina, que decia por su parte (4): Dios nos acerque tanto unos á otros que haga que yo pueda tener la dicha de veros, lo que estimo en más que todo lo que me pueda dar por la esperanza, sobre el gusto y contento que en ello tendria, de que pudiera ser cosa que sirviera al honor y conservacion de su gloria...

Pero tuvo la prudencia de suspender sus preliminares con la *nueva religion*, á fin de no ofrecer ya á sus súbditos católicos pretexto para hacerse agentes secretos de España. Hasta procuró entretener y ocupar á Felipe II en las pretensiones del rey de Navarra y con proyectos que lo ligaran en un haz de matrimonios.

II.—Negocios de Navarra

Catalina hubiera querido que Antonio de Borbon recibiera algo en compensacion de su reino (5), por ejemplo la Cerdeña ó las islas Baleares (6); Felipe, que deseaba conllevar la vanidad del príncipe francés, no rechazaba estas pretensiones, ofrecia el reino de Túnez, que se deberia conquistar y defender, y exigia sobre todo una profesion de fe decisiva en favor del catolicismo. El rey de Navarra se creia hábil político manteniéndose, al contrario, como Catalina, entre las dos religiones y proponiendo su adhesion á la que le hiciera ofrecimientos más seguros. Y miéntras entablaba una correspondencia halagüeña con Calvino, enviaba á su confidente Francisco de Cars cerca del Padre Santo, y á Felipe de Lenoncourt, obispo de Auxerre, á la corte de Felipe II á ajustar las condiciones. Que se le dé el reino de Navarra ó una indemnizacion y apoyará á los católicos: si se le abandona, se pasará á los hugonotes con toda su influencia. Estas proposiciones son condicionales y el embajador de España es quien las resume (7). «Que haria maravillas en lo de la religion y la restituiria en muy pocos dias, si se hacia lo que pedia, y tambien ame-

(1) Ms. Bibl. San Petersburgo, citado por el conde de La Ferrière, *Dos años de mision*, pág. 24.

(2) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 861.

(3) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3159, fol. 62. Felipe II á la reina Cristianísima «mi madre y señora.»

(4) Ms. Arch. nac. K. 1500, n.º 90, del 6 de oct. de 1563.

(5) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 843.

(6) Mignet, *Diario de los Sabios*, 1859, pág. 768.

(7) Ms. Arch. nac. Chantonnay á Felipe, 18 nov. 1561.

nazaba diciendo que de otra manera valeríase como podria.»

Esta doblez fracasó miserablemente. En Roma hizo el papa brillantes ofrecimientos, guardándose de entregar nada (1). Al leer Calvino en Ginebra la arenga del favorito de Cars al Padre Santo, escribia (2): «Seria una vileza en nosotros cubrir con el silencio el acto particular que ha engendrado tan grande escándalo: esa malhadada arenga hecha de vuestra parte en Roma, Sire, avergüenza y hace llorar y gemir y casi estallar de despecho á todos los que miran con interés la buena reputacion de Vuestra Majestad... No se hubiera encontrado un hombre de bien que hubiera querido aceptar semejante cargo; pero parece que él y vuestros

María Estuardo

enemigos hayan querido obtener un triunfo de vituperio imprimiendo esa inmundicia.»

En cuanto á Felipe II, se limitó á escribir por medio de su esposa á Catalina (3): Que haga conocer que él mismo quiere castigar á los predicantes; pero es menester que sea de obra lo mismo que de palabra, porque aquí no creemos más que lo que vemos: ha parecido aquí que queria manejarlos con bravatas; pero ellos no se asustan de eso. Si quiere ayudaros á castigar á los luteranos, podrá ganar lo que ha perdido.

El pretendiente se deja engañar fácilmente con palabras que halagan sus ilusiones. Antonio de Borbon que esperaba ablandar á Felipe II, renegó de Calvino y volvió con mayor ahinco á la fe establecida, tomando en serio aquellas promesas de español que tantas veces lo habian engañado, y sus propias palabras, las que habia dirigido á Felipe II para engañarlo á su vez. No

(1) Cabrera, tom. I, pág. 315: «Lo llenó mas de ofertas que de mercedes.»
(2) Bonnet, Cartas de Juan Calvino, tomo II, pág. 444.
(3) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3902, fol. 76.

hay, decia, no hay persona en el mundo que desee de mejor voluntad la dicha de contarse en el número de los que os están obligados y querrian estar humildemente á vuestro servicio (1). Hizo rápidos progresos en su nuevo celo para mostrarse digno de ser garante de la ortodoxia de Catalina y para declarar á Felipe que con el mayor pesar habia ella diferido la ejecucion de lo que más que ninguna otra cosa habia deseado (2), esto es, la supresion de la herejía.

Simulando y haciendo ponderar así la pureza de su fe, llevaba Catalina tambien otra mira: tenia la pretension de casar á su segunda hija Margarita con el príncipe Don Cárlos, hijo de Felipe II. Margarita de Valois sólo tenia ocho años; pero Don Cárlos, que tenia ya diez y seis, no era tampoco sino un niño, caprichoso, ignorante, enfermizo, que Isabel procuraba con tacto inclinar á su hermana: enseñóle un retrato de Catalina en su traje de viuda y otro de Margarita. La más linda es la pequeña, exclamó el príncipe, y lo repitió tres ó cuatro veces, viendo que era elogiada por las damas. «Yo le he asegurado que era muy bien formada y Madama de Clermont le dijo que era una hermosa mujer para él: se echó á reir y no dijo nada» (3). Las doncellas francesas de Isabel acometieron en su ociosidad el empeño de fijar al príncipe en este proyecto y casi creyeron haberlo conseguido, porque una de ellas, hablando á Catalina del afecto de Don Cárlos á Isabel, añade (4). «Más bien querria ser su pariente;» es decir, el marido de su hermana. Pero Catalina no debió tener una gran confianza en el éxito, y no insistió sino para romper el matrimonio que proponia por aquellos dias el cardenal de Lorena de su sobrina María Estuardo con el mismo Don Cárlos.

¿Era cómplice de esta maquinacion de su hermano, el duque de Guisa, *el Grande?* El que habia salvado á Metz y conquistado á Calais no debió aprobar este pensamiento criminal de dar Escocia á España, de estrechar á Francia en un círculo que ya la oprimia, de acrecentar las fuerzas de nuestro más implacable enemigo. Sin embargo, Catalina no vacila en confundir á los dos hermanos en su indignacion cuando supo esta perfidia. Me han sido muy ingratos y tanto han sacado de este reino que no quedan más que ruinas (5). En cuanto á la desgraciada viuda de Francisco II, procura ablandar á su suegra: «muestra aquí tantas deferencias conmigo como no hizo jamás» escribe Catalina (6). Este casamiento, cuyos preliminares se prolongan cinco años, reune contra sí las voluntades de dos mujeres: la envidiosa reina de Inglaterra sabe por su embajador en Francia que aquella jóven María Estuardo, á quien aborrece desde la cuna, va á casarse con el hijo de Felipe II: «á lo ménos todo lo hace prever y es prudente tomar precauciones» (7), y acometida de un acceso de rabia, se echa al suelo y exclama: «Y yo, yo no me caso, nadie me quiere!» (8) Catalina acoge este peligro con más frialdad; busca medios para romper aquella combinacion en la cual promete poner sordamente órden (9), y comienza desde luégo. Obliga al cardenal de Lorena á ir á ver al embajador de España para ponderarle las ventajas del casamiento de Margarita con Don Cárlos (10); acelera la partida de María Estuardo á fin de enredarla sin retardo en las dificultades de su reino de Escocia (11); Catalina, en fin, teme que su hija no tenga el celo necesario ó se deje seducir por los intereses de María Estuardo, su amiga de la infancia, y le escribe para animarla en lo del matrimonio de Don Cárlos (12). «No pierdas la ocasion de hacer que el príncipe se case con tu hermana, pues de otra manera estarias en peligro de ser la mujer más desgraciada, si llegara á morir tu marido y él fuera rey, no habiéndose casado con una mujer que fuera como tú misma, esto es, con tu hermana: me parece que debes desde léjos comenzar á batir.» Despues prevé que podrá difícilmente hacer aceptar á Margarita, y no se embaraza ni se obstina en este proyecto. «Aconseja al príncipe que se case con su tia Juana, escribe á Isabel. Con esto resultarán dos efectos: le obligarás para contigo de manera que toda su vida te estime; y favoreciéndola á ella harás que en todo lo que pueda se oponga al casamiento de tu cuñada María Estuardo: al cabo, no veo ocasion de esperar que se case con tu hermana y lo mejor que te puede suceder es que, no casándose con tu hermana, se case con su tia.» ¿Se han suscitado nuevas objeciones? Otro partido puede adoptarse: todo es bueno, con tal de apartar á Ma-

(1) Ms. Arch. nac. K, 1500.
(2) *Ibid.* 1496.
(3) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 803, 806, 807.
(4) *Ibid.*, pág. 460.
(5) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 843.
(6) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 819.
(7) Ms. Rec. of., Throckmorton to Cecil, 23 abril 1561: «Wich I am sure will make you look about you.»
(8) *Memorias de la real Acad. de la Hist.* tom. VII, pág. 304.
(9) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 819.
(10) Ms. Arch. nac. K, 1390, n.° 115.
(11) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 875.
(12) *Ibid.* pág. 814.

ría Estuardo. «No hay nada que yo no quiera ántes que ver lo que me desagradaria tanto y seria para mí y para mi hija tan perjudicial y á este reino tambien» (1). Se ve entónces á la jóven reina apoyar por consejo de su madre cerca de su marido las pretensiones de una de las nietas del emperador, «reservando el particular de mi hermana Margarita, me ha contestado que su hijo era tan mozo y se hallaba en tal estado que habria tiempo para todo» (2).

Así pues, eran cuatro las princesas que se disputaban el honor de casarse con el hijo de Felipe II, que «era tan mozo y se hallaba en tal estado.» Su tia Juana, que tenia doble edad que él, fué la primera que rechazó el príncipe con sus repugnancias brutalmente expresadas: se la propuso entónces para el jóven rey Cárlos IX; y Catalina contestó que tenia bastante el rey con una madre. Juana fundó el convento de las *Descalzas Reales* bajo la regla del Cármen y se encerró en él. Ella fué quien en una caida de caballo, yendo de caza, fué abandonada en el suelo por los caballeros de su séquito, como quiera que nadie tenia el derecho de tocar á la hermana del rey, y hubo que buscar mujeres para que la levantaran (3). Todos los hijos de Cárlos V estaban en la conviccion de que Dios les habia hecho nacer en una condicion superior á la de los otros mortales; de tal manera que ellos sólos eran dignos de casarse unos con otros y que el mayor honor para una mujer era enlazarse por medio del matrimonio con este tronco precioso. Viuda hacia ya quince años y envejecida en las austeridades, no hubiera vacilado Juana en casarse con un mozo de diez y seis años, hijo de su hermano, á no haber sido rechazada por él. Más aún, su otra hermana María, que estaba casada con el dulce y tolerante Maximiliano de Austria, no tenia más que desprecio para este marido de una línea trasversal: el verdadero dueño del mundo era Felipe II; despues de él su hijo Don Cárlos. María no vacilaba en decir que ella misma se hubiera casado con este sobrino; pero como no era viuda, ofrecia á su hija Ana.

Felipe II no se apresuraba á pronunciarse entre tantas pretensiones y pretextaba la mala salud de su hijo. —«El príncipe debe estar ya libre de sus eternas cuartanas y en estado de casarse con Ana mi nieta, escribia el emperador Fernando. —No, contestaba el rey; las cuartanas duran todavía, y han puesto al príncipe en tal estado que Vuestra Majestad apénas lo creeria» (4).

Esta cuádruple intriga habria hecho las delicias de Catalina, si hubiera podido continuar su papel; pero no habia podido contener por más tiempo las iras de los católicos franceses: arrastrada por ellos, se decidió, para salvar su autoridad, á tomar la direccion de su partido. Tuvo que pasar por la vergüenza de pedir socorros á España contra sus súbditos hugonotes y dejar que renaciera á favor de la guerra civil la preponderancia del duque de Guisa.

III. —Primera guerra de religion en Francia

La idea comun de Felipe II y de los señores franceses que estaban opuestos á la Reforma era más bien mantener las instituciones establecidas que el respeto de la Iglesia. El duque de Alba hizo sin rodeos esta confesion al embajador de Inglaterra. Esta rebelion daria por resultado suprimir la sumision á los soberanos y establecer una manera de federacion (5). Las afirmaciones de los teólogos protestantes no eran, en efecto, muy tranquilizadoras. «El rey, dice Zwinglio, que obra pérfidamente contra la ley de Cristo, puede ser legítimamente depuesto. No se debe ninguna obediencia, añadia su enemigo Calvino, á los que son tan depravados que privan á Dios de sus derechos» (6).

Así, al anunciar que Felipe II iba á combatir á los reformados de Francia, el príncipe de Eboli declaraba á Catalina que era justo sostener la autoridad de la madre de tales príncipes (7). La autoridad real no era la única que estaba en peligro; muchos señores abrazaron la Reforma para evitar el pago de censos onerosos. Muchas personas, dice nuestro rey Cárlos IX, así nobles como otras que tienen tierras y posesiones de los prelados y demás eclesiásticos de nuestro reino y otras cargas de diezmos, gavillas, censos, rentas, etc. son morosas y remisas en pagarlos... (8)

---

(1) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 844. Catalina al obispo de Limoges.

(2) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 816.

(3) Martha Freer, tom. I, pág. 328, segun don Juan de Vidriano.

(4) *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 410-421, del 13 oct. 1561, al 11 marzo 1562. «Le han dejado tan flaco que V. M. no lo podria creer.»

(5) Ms. Rec. of., n.º 336, Challoner to the queen, 20 julio: «Said that this rebellion tends to this end that denying obedience to their Prince they would ensure à commonalty.»

(6) Zuinglius, t. I, pág. 84, ed. Tigur. 1581: «Quando perfidè et extra regulam Christi egerint, possunt cum Deo deponi.» —Calvinus in Daniel, cap. VI, vers. 22, p. 78, ed. en fol. Ginebra, 1591: «Potius conspuere oportet quam illis parere ubi ita proterviunt ut velint etiam spoliare Deum jure suo.»

(7) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3902, fol. 82. «Como es razon que lo sea madre de tales príncipes.»

(8) El rey ordena «bajo pena de embargo de dichas tierras y pen-

Los católicos no eran más escrupulosos que los protestantes, cuando se trataba de echar mano á los bienes de la Iglesia: sus fuerzas de á pié y de á caballo eran pagadas por el clero con la plata de las iglesias, segun comision enviada de la corte en buena forma. Este género de pillaje se efectuaba con regularidad en virtud de órdenes dadas á los capitanes de las compañías de ordenanza. «Para el pago, os ayudareis con la plata de las iglesias, que tomareis bajo inventario, y la hareis fundir para hacer dinero de ella, como se ha hecho por todo el reino (1).

Otro recurso, ménos honroso aún, fué el auxilio en dinero y en soldados puesto á disposicion del rey de Francia por Felipe II. No se contentó España con enviar tropas al mediodía de Francia; tambien la regenta de los Países Bajos recibió órden de apoyar en el Norte á los católicos franceses. Pero los caballeros del Toison de oro se reunieron en Bruselas y decidieron que no se pusiera en campaña contra los reformados ninguna compañía walona (2). Reducida la regenta á ofrecer un simple socorro en dinero, hizo partir una remesa de veinte mil escudos, de Amberes á Cambray y San Quintin. A la sazon un secretario del príncipe de Condé se dirigia á Amberes con objeto de proporcionarse algunos fondos. En el camino tuvo noticia de esta remesa de dinero y logró apoderarse de ella á legua y media de Cambray (3). Así, los caudales de Felipe II sirvieron para sus enemigos.

Pero Felipe no queria dar sin compensacion su buena voluntad y sus recursos efectivos, y se arrogó el derecho de distribuir consejos y vituperios. El rey de Francia vino á ser un vasallo á quien hubo de reprender y á quien buenamente quiso dirigir.

Desde las primeras semanas de la guerra, cuando la guarnicion de Burges entregó la plaza á las tropas reales, no parecieron al rey de España muy convenientes las condiciones de los súbditos (4). De tal manera que fué menester excusarse y hacer que contestara el embajador que se habria causado la ruina de todos los habitantes de Burges, de obstinarse en tomar la ciudad por asalto, miéntras era mejor «perdonar á un pequeño número de malos que perder y destruir un gran número de buenos.»—Pero ¿por qué, replicó Felipe, por qué llevar luégo el ejército á Normandía, cuando era lo mejor dirigirse á Orleans? Fuera de esto, la ruina de una ciudad de Francia, católica ó no, y el abatimiento del reino no parecia sino cosa de provecho. Así pues ¡con qué despecho no habla Chantonnay, que seguia al ejército francés, de los esfuerzos del duque de Guisa para impedir que se entregara Ruan al pillaje! «El saco, dice, ha pasado tan dulcemente que casy no se paresce, porque la más parte de las casas se ha rescatado con muy poco dinero... lo que los moradores han comprado de los soldados lo vuelven á sus primeros dueños por el tanto que se ha pagado á los soldados... M. de Guysa, que fué de los primeros que entró, rogó á los soldados que por amor suyo no usasen crueldad» (5).

El pesar de no ver en Francia una guerra de exterminio que la entregara aniquilada en manos de Felipe, arranca al embajador español palabras singulares. Los heridos de una y otra parte son recogidos y cuidados en las aldeas; el país se muestra tan indiferente que no parece sino que es una guerra entre dos príncipes extranjeros, como el duque de Luxemburgo y el duque de Lorena, miéntras Francia queda neutral entre sus ejércitos (6). Al mismo tiempo que se cuida á los heridos, se despoja á los viajeros sin cuidarse de su religion. Los caballeros de la Beauce han tomado la costumbre del robo y el pillaje en los caminos, y son tan peligrosos como los salteadores enemigos (7). Por otra parte, los antiguos lazos de amistad ó de costumbres no se han roto por causa de la guerra: el obispo de Troyes, que ha abandonado su diócesis para alistarse en la caballería de los hugonotes con el título de príncipe de Melfi, continúa cobrando las rentas de sus abadías, no se le priva de las de su mitra, sino cuando el cabildo tiene á bien apropiárselas, y circula de uno á otro ejército, áun durante el sitio de Orleans, sin que nadie le haga mala cara, «lo cual es muy escandaloso» (8).

Las observaciones de este extranjero permiten comprender cómo la pasion religiosa ha

---

siones, pagar y satisfacer á dichos eclesiásticos y beneficiados.» Dada en Dieppe á 10 de agosto de 1563 «leida y publicada á son de trompeta por las esquinas de esta villa de Paris, el 21 de agosto.» Pliego impreso en Paris por Juan Allier, librero.—Muestra de la Rosa blanca.

(1) Cartas del teniente general del reino á MM. de Bertheville y de Jarnac, 22 y 25 julio 1562, publicadas en la *Correspondencia de Antonio de Borbon*, ed. Rochambeau, p. 262 y 265.

(2) Viglio, *Memorias*, pág. 47.

(3) Gachard, Correspondencia de Margarita, tom. II, pág. 489.—Paillard, *Historia de las turbulencias de Valenciennes*, t. III. pieza 23.

(4) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3161, fol. 44. Saint Sulpice al rey.

(5) Ms. Arch. nac. K, 1500, Chantonnay al rey, 4 nov. 1562.

(6) Ms. Arch. nac. franc. K, 1500. Carta del 2 de enero de 1563. Chantonnay y Alava al rey.

(7) *Ibid.* Carta del 28 enero 1563.

(8) Ms. Arch. nac. Carta del 2 enero 1563.

contribuido ménos á nuestras guerras civiles que las rivalidades de corte, la miseria de los hidalgos acostumbrados á vivir de las armas y la fidelidad á los jefes militares. Pero otra cosa sucedia en las ciudades, donde un populacho grosero y brutal se sublevaba fácilmente á la voz de los religiosos y se dejaba arrastrar por ellos á crímenes que llevaban algun consuelo á la corte de España. Era un dia de júbilo para Chantonnay, cuando podia escribir á su amo (1): El pueblo de Ruan se ha vuelto casi tan ardiente contra los herejes como el de Paris, detestando sobre todo á los que los toleran: en el último motin, el presidente del parlamento se ha fugado, sin lo cual hubiera perecido. El procurador general no pudo procurarse la misma suerte: el pueblo supo que se habia refugiado en la galera del rey anclada en el puerto, y luégo al punto la cercaron de barcos; dos hombres perecieron en la refriega á arcabuzazos; pero el pueblo la forzó á atracar al muelle, se apoderó del procurador general, lo empujó á la bóveda de la puerta que da al Sena y lo mató á puñaladas. El cuerpo ha quedado espacio de dos dias enteros, desnudo, sin que nadie se atreva á levantarlo. Es de esperar que otras ciudades hagan semejantes ejecuciones, bajo la inspiracion divina, si la reina no preparara sus acostumbrados proyectos de pacificacion.

Esta satisfaccion ante nuestras desgracias, y este temor de que cesaran respondian bien al pensamiento de Felipe II, y Catalina no lo ignoraba. Nuestro embajador en España, Saint Sulpice, habia sabido hacer hablar al duque de Alba y trasmitido sus confesiones á la reina de Francia. El antiguo general español juzgaba que se habian cometido muchos errores en el mando y direccion de esta guerra, y el único partido que, segun él, se podia tomar, era dejar que los ingleses se extendieran por la Normandía, porque el esfuerzo de los ingleses no era de temer, pero era preciso rechazar á los alemanes, y las tropas francesas debian haber salido á su encuentro más allá de Metz para cortarles el paso al reino (2).

El plan era sencillo: las tropas españolas habrian ocupado pacíficamente á Francia, miéntras nosotros nos hubiéramos extraviado hácia el Rhin en una lucha contra toda Alemania. Entónces, y como por un concierto con Felipe, nos hubiera intimado el emperador la rendicion de Metz, de Toul y Verdun. El duque de Saboya no se atrevia aún á exigir más que negociaciones sobre el marquesado de Saluces «y paresce, dice con fruicion Chantonnay, que todos cuyos estados son usurpados por los franceses se querrian servir de la ocasion presente, siendo claro que há muchos años que este reino no fué ni será, si se le da lugar de rehacerse, en tan mal punto y estado como está agora» (3). Y se complacia en referir las inquietudes de la reina, que veia el Havre en manos de los ingleses, que recibia de Alemania el aviso de la reunion de sesenta bandas de á pié, y de ocho á nueve mil hombres de á caballo para la restitucion de los tres obispados (4). No comprendia que para una mujer del genio de Catalina, esta amenaza era el más seguro medio de hacerle comprender la falta que habia cometido entregándose á los más exaltados católicos, de atraerla prontamente á sus primeras ideas de moderacion y sacarla del cuidado con una paz inopinada. Esta idea de paz era, sobre todo, desagradable á los españoles. Se procurará aquí por todos los medios, escribe de Madrid nuestro embajador, evitar que la reina haga la paz; y debe empeñarse en hacerla tanto más cuanto mayor es el deseo que estos tienen en oponerse á ella (5). Y llevaba Felipe II el empeño de vernos sucumbir en la guerra civil hasta el punto de temer que el Concilio de Trento propusiera una transaccion que pusiera fin á las contiendas religiosas y restableciera la unidad del cristianismo (6). Tienen en sospecha el viaje del cardenal de Lorena al concilio con el gran número de los nuestros que lo acompañan, temiendo que con su autoridad obtenga algun buen decreto sobre la reforma de la religion para contentamiento de los súbditos del rey. España envia teólogos á Trento sólo para cuidarse de esto, y D. Luis de Avila va á Roma á advertir al papa que no pierda de vista al cardenal.

Con Catalina se renovaron las antiguas amenazas por medio del embajador Chantonnay. «Podria ser, decia, que visto que los herejes salian con su empresa, habiéndose valido del favor de príncipes extranjeros, procuraran los católicos de hacer lo mismo, y que V. M. y todos los

(1) Ms. Arch. nac., K. 1500.

(2) Ms. Bibl nac. franc., n.º 3161, fol. 69 y siguientes, Saint Sulpice al rey.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1500. Chantonnay al rey, 14 febr. 1563.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1500. Carta del 6 de marzo de 1563 «La somacion que de parte del Imperio se le hacia para la restitucion de Toul, Metz y Verdun, y que habia aviso de Alemaña que se apercebian sesenta y tantas vanderas.»

(5) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3161, fol. 96, Saint Sulpice á Catalina.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3161, fol. 72.

príncipes católicos no les rehusarian todo favor y ayuda en cosa tan justa y conveniente para el servicio de Dios.» — Catalina contestó que «aunque se hallaba tan cansada de estos trabajos que no querria otra cosa sino retirar y reposarse, la obligacion que tenia á sus hijos la constreñia á tener la mano en los negocios y conservar su autoridad, que no era suya, sino de ellos» (1).

En cuanto al cuerpo de ejército que Felipe habia enviado á Francia á las órdenes de Don Diego de Carvajal, no contribuia ménos que los consejos del embajador á adelantar la pacificacion: los soldados desertaban para dispersarse por el país (2) ó se amotinaban cuando los querian llevar al enemigo (3). Cuando el duque de Guisa les preguntó por su ejército del Loira, se tuvo cuidado de hacerle entender su modo de vivir y lo difícil que era hacerles marchar (4).

El duque de Guisa no era santo de la devocion de Felipe II, que temia sus talentos militares, y que al saber la muerte de Antonio de Borbon, se dió buena prisa en influir para que Catalina confiara el cargo de teniente general del reino, no á Guisa, sino al cardenal de Borbon (5): no lo queria más el papa, cuyo legado en Francia supo su muerte sin pesar (6); ni tampoco Catalina, que anunció esta desgracia á Felipe con las mismas palabras de que se habia servido, cuando empujó al príncipe de Condé á tomar las armas el año precedente. «Dios no abandonará á la madre ni á los hijos (7).» Catalina, aprovechó la ocasion que se le ofrecia de recobrar el poder, de conservarlo por una paz inmediata, por un llamamiento al patriotismo, por una union de los dos ejércitos para arrancar el Havre de manos de los ingleses.

No fué este primer acuerdo, que aseguraba á los reformados el ejercicio de su religion, lo que más enojó á Felipe II. Habíale avisado la reina de Inglaterra que el sitio del Havre debia ocupar todas las fuerzas de Francia y consumirlas, porque habia preparado faena para un año largo (8). Pero disimuló torpemente su despecho cuando supo que en vez de consumirnos allí, tomábamos rápidamente las líneas exteriores de la plaza. «Bien que el rey católico sea en todas las cosas reservado y disimulado, no ha podido ménos de maravillarse y suspenderse, junto con el de Alba y el de Eboli.»—«Es una vergüenza para los ingleses, escribia Chantonnay (9). Con su pusilanimidad ó poca experiencia, han dejado tomar todos los fuertes y no se han perdido más que diez soldados franceses.» La toma del Havre, asegurada en algunos dias por la union de los católicos y los hugonotes, enseña cuál hubiera podido ser la fortuna de Francia, si hubiese sabido aprovechar sus fuerzas contra los extranjeros. Este acontecimiento fué orgullosamente anunciado por Catalina al rey de España: «Viendo cómo habeis hecho conocer en todo lo que Dios se ha servido darnos, el cuidado y el amor que habeis tenido y teneis al rey mi hijo y á este reino, no hemos querido dejar de daros la nueva ahora que Dios se ha servido hacernos la gracia de la paz con la reina de Inglaterra (10).»

IV.—Córtes de Monzon

Miéntras nos desgarrábamos nosotros en esta primera guerra civil, tenia tambien Felipe II dos grandes dificultades: queria atraer por la persuasion y la presion moral á los procuradores de Aragon y á los Padres del concilio de Trento á participar de sus ideas políticas y religiosas.

Los procuradores de Castilla acababan de votar los subsidios solicitados y se separaron luégo (11). Los de Valencia y Aragon fueron á su vez convocados á Monzon para el otoño de 1563. Hacia ya once años que no se les habia reunido, bien que el rey hubiera jurado reunirlos cada tres años; pero hubo de jurarlo con el secreto pensamiento de «cortarles las uñas y no pocos privilegios, que los tornan tan bravos y casi libres (12).» Hasta explicó á nuestro embajador las leyes y costumbres demasiado latas para la libertad y privilegios de los súbditos y demasiado estrictas y limitadas para el poder real; bien que estimaba que cuando fuesen miradas de más cerca le darian más libertad de lo que se decia (13).

Una maravilla hubo de parecer cómo pudo llegar la corte á Monzon, porque el camino era lo más áspero y quebrado de España. El rey

(1) Ms. Arch. nac. K, 1500, n.° 54, del 6 marzo 1563.
(2) Ms. Bibl. San Petersburgo, Burye al rey, del 6 agosto 1562, edic. de Barthelemy, pág. 271.
(3) *Ibid.* Cartas del 20 set. y 9 oct. pág. 275 y 280. Véase tambien Montluc, *Memorias*.
(4) *Ibid.* Carta del 31 oct., pág. 282.
(5) Ms. Bibl. nac. franc., n.° 3161, fol. 74, Saint Sulpice á la reina.
(6) Arch. nac. K. 1500, Chantonnay á Felipe II.
(7) Ibid. K, 1499, Catalina Felipe.
(8) Ms. Bibl. nac franc. n.° 3162, fol. 9, Saint Sulpice á la reina.
(9) Ms. Arch. nac. K. 1500, pieza 82, del 24 julio 1563.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 75, de abril de 1564.
(11) Febrero de 1563.
(12) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 16103, fol. 198, el obispo de Limoges á Catalina, 25 marzo 1562.
(13) Ibid. n.° 3162, fol. 20, Saint Sulpice á Catalina.

abrió la primera sesion (1), teniendo levantada en la mano la desnuda espada que allí llaman verdugo: pero no se mantuvo largo rato en esta actitud marcial; necesitaba un millon y doscientos mil ducados de oro y bajó la espada, comenzando por disculparse de haber diferido once años la reunion.

Las pretensiones de las córtes ofrecen una curiosa confusion de reclamaciones impertinentes ó pueriles, como la de querer excluir á los castellanos de todo empleo retribuido en Aragon, y de peticiones legítimas como la de limitar el Santo Oficio de la Inquisicion á los casos de herejía, sin permitirle intervenir en los demás asuntos (2). Y fueron formuladas con tanta viveza, que escribe el embajador de Francia (3): «Hace tres dias hubo de haber alguna confusion en Monzon por haberse propuesto por los procuradores de las ciudades que fuera servido S. M. de no permitir la excesiva autoridad de conocer como ahora conoce en todas las causas.» Ahora bien, el rey habia declarado poco tiempo ántes que queria (4) no sólo confirmar la autoridad de la Inquisicion, sino ampliarla todavía; y como además, segun se ha visto en un capítulo anterior, y segun lo comprendia ya nuestro embajador, «el dicho rey entiende principalmente establecer su obediencia por la autoridad de la dicha Inquisicion,» los procuradores no obtuvieron sino una contestacion desdeñosa. Os ruego que despacheis los demás negocios, dijo el rey, y que dejeis este para cuando yo esté en Castilla, donde resolveré lo que conozca sea necesario para el bien público.—No queremos dejarlo para Castilla, replicaron los otros con bastante arrogancia, y no pasaremos adelante sin que se haya proveido sobre esto.

Semejante audacia en unos súbditos, la necesidad de disimular su indignacion, y el temor de verse reducido á hacer concesiones para obtener el millon y doscientos mil ducados, menoscabaron la salud de Felipe II, el cual sufrió allí el primer ataque de gota. Quiso negar, segun costumbre, el carácter de la enfermedad y se tomó el trabajo de persuadir á los enviados extranjeros de que era algun otro accidente que provenia de una uña que le penetraba en la carne; pero era difícil hacerse ilusiones, porque un viento muy fuerte y frio hubo de despertarle el dolor del pié de tal manera que no podia andar ni áun sostenerse (5). Todos atribuyeron la dolencia á la cólera que le causaron las reclamaciones de fiscalizacion y las reivindicaciones de derechos durante las córtes de Monzon (6). Adivinó, sin embargo, el secreto de que se ha hecho despues frecuente uso, de amortiguar el celo de una asamblea con una proposicion de informacion. Las córtes de Monzon se regocijaron grandemente cuando se decidió hacer esta informacion sobre los abusos del Santo Oficio: el subsidio ordinario fué votado con otro extraordinario de ciento cincuenta mil escudos, y así se disolvieron las córtes de Aragon sin haber hecho nada que pudiera perjudicar, como escribia Felipe segun su fórmula ordinaria, á lo que convenia al servicio de Dios y al acrecentamiento de sus Estados (7). Los diputados de Cataluña que se reunieron inmediatamente en Barcelona fueron más fáciles aún de contentar: el rey no tuvo más que repetir la fórmula del juramento que garantizaba los derechos locales ó fueros para obtener el subsidio de trescientas mil libras.

V.—Concilio de Trento

El concilio de Trento no era tan manejable. Despues de una suspension de muchos años habia reanudado sus sesiones el 18 de enero de 1562, sin gran prisa para llegar á una solucion. Felipe II estaba al corriente de todos los pormenores y daba sus instrucciones al obispo de Lérida para inspirar los votos de sus prelados, pero la disciplina se mantenia difícilmente, y puede citarse como ejemplo del desórden de las sesiones, la discusion sobre la necesidad de residencia de los obispos: los unos decian que era de *jure divino;* los otros que no; estotros hablaban de otra manera y pedian que se hiciera inmediatamente la declaracion por las palabras: *placet* ó *non placet;* otros se oponian á este voto en el mismo dia, y hubo un desórden tan tumultuoso como si hubieran ido á anunciar que un ejército de luteranos estaba á las puertas de Trento (8). Los prelados franceses no llegaron

(1) El 13 de setiembre. Todos los detalles se hallan en la Correspondencia de Saint Sulpice

(2) Los aragoneses, como todos los españoles, estaban por la Inquisicion, creyéndola necesaria en materia religiosa, pero pedian que no interviniera en otra cosa. El voto de las córtes se cita por Lafuente, *Historia general de España*, tom. XIII, pág. 127. «Los inquisidores en muchas cosas y negocios han puesto la mano fuera de los casos de herejía con mucho daño y agravio de los regnícolas de este reino.»

(3) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3162, fol. 34, Saint Sulpice á la reina, 25 diciembre 1563.

(4) Ibid. n.º 3162. Carta del 11 de octubre de 1563.

(5) Ms. Bibl. nac. n.º 3162, fol. 17. Carta del 11 oct. 1563.

(6) M. Col. of., n.º 1508, Challoner to the queen, 19 dic. 1563.

(7) Ms. Arch. nac., K. 1501, n.º 23, el rey á Granvela.

(8) Ms. Arch. nac., K. 1710, n.º 28, el obispo de Lérida al embajador Francisco de Vargas 23 abril 1562. «Tomaron por achaque de decir que antes de hazer deputados. . y que estos habian de formar el

hasta noviembre: su influencia estaba disminuida por este retardo de siete meses, y por las enojosas sospechas que cernia sobre su ortodoxia la ausencia de nueve de ellos que al parecer habian abrazado el protestantismo (1). El vanidoso cardenal de Lorena creyó haber levantado su prestigio con un discurso pronunciado diez dias despues de su llegada, cuya noticia envió al condestable con mucha complacencia. «Les dirigí, dice, un discursito al que contestaron en términos muy convenientes... Me parece hallar en todos muy buena voluntad de tomar una resolucion y muy pronto sobre los negocios de la religion (2). Poseemos esta oracion (3), que ofrece un conjunto bastante gracioso de retazos tomados de varios autores antiguos:—«*Hinc illæ lachrimæ, bella intestina, ac plus quam civilia;—luctus ubique, ubique dolor et plurima mortis imago;—fitque via vi;—sed in nostra viscera quantumcunque victrix dextra sit ferrum convertitur et fit lamentabile regnum.*» Esta forjadura en frio de fragmentos antiguos no debió conmover á los Padres hasta el punto de determinarlos á aquella resolucion que no debia, en todo caso, cambiar su género de vida. Los procedimientos de conciliacion que proponian los obispos de Francia de acuerdo con los de Alemania, eran el matrimonio de los sacerdotes y la comunion bajo las dos especies. Ningun medio más seguro para destruir la herejía y restablecer la autoridad de la Iglesia, escribia el archiduque Cárlos de Austria (4), como mantener en el sacerdocio á los que han contraido un matrimonio legítimo, y áun admitir en él laicos casados, como sean piadosos, sabios y honrados.

Pero la muerte del duque de Guisa dejó al cardenal de Lorena sin apoyo en Francia: entregóse á Felipe II, abandonó los proyectos que habia preparado y votó con los obispos españoles. Los prelados franceses y alemanes, traicionados por este jefe, abandonaron el concilio: al cabo de un año, sólo quedaban seis franceses. Entónces se votaron las decisiones que dictaba Felipe II, dirigidas en general contra las proposiciones que habia defendido siempre el clero de Francia. Con esto supo Felipe hacer que redundara en su provecho el concilio que por tanto tiempo habia espantado su política; pero las dificultades comenzaron para él tan luégo como los Padres se separaron, teniendo que imponer su política religiosa al Papa y al clero francés. Con el Padre Santo las relaciones eran siempre tirantes; en Madrid tuvo el nuncio que dar un mentís al inquisidor general (5) que inculpaba al Papa de favorecer á los herejes..... «Su Santidad, como todo el sacro colegio, tiene ojeriza contra los que manejan esa Inquisicion, de la cual abusan de tal manera, á lo que dicen los ministros de Su Santidad, que de muy buena gana emprenderian una informacion universal con poca reverencia á sus superiores.»

VI.—Los católicos de Francia vigilados como herejes

No era el espíritu de la Reforma lo que Felipe II intentaba combatir en Francia, sino el sentimiento conservador de las antiguas tradiciones religiosas, la resistencia á una revolucion en el gobierno de la Iglesia. El canciller Lospital prohibió la introduccion en Francia de los anatemas pronunciados por el concilio, y el parlamento de Paris los condenó por contener «muchas cosas atentatorias á los derechos del rey y á los privilegios de la Iglesia galicana» (6). La corte inquietó á España con su buena fe en la aplicacion del tratado con los hugonotes. El descontento de Felipe no tardó mucho en revelarse en una nota bastante altanera (7). El rey de España extrañaba que se hubiera dado el grado de coronel al señor Andelot, que habia sido uno de los principales jefes de las últimas turbulencias y fautor de rebelion; añadiendo que la reina debia haberse abstenido de ello por el grande escándalo que se daba en contra de su reputacion. No estaba ménos asombrado Felipe de que la reina permitiera al príncipe de Condé hacer predicar su religion en la misma casa del rey. Catalina procuró suavizar esta acritud con cartas muy afectuosas, aunque no sinceras, que Felipe no dejó nunca de hacer traducir, ni de anotar de su puño y letra. En una de las cartas de esta época, probablemente para contestar á esta reflexion de Felipe: «No puedo dexar de estar con mu-

artículo de residencia, sobre el cual muchos habian hecho mencion de que fuere de jure divino... y luego comenzó á aver un desasosiego entre todos como si dixeran que estaba un campo de luteranos á diez millas de Trento.»

(1) Eran estos los obispos de Valence, Beauvais, Aix, Pamiers, Lescar, Oloron, Uzès, Dax, Troyes. Fueron citados por la Inqusicion romana, pero Cárlos IX declaro abusion la citacion. Véase Ms. Biblioteca nac. Gaignières, vol. 341, pág. 223.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3157, fol. 124, del 24 nov. 1562.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1527, pieza 4, discursos del 23 nov. 1562.

(4) Ms. Arch. nac., K. 1710, pieza 37, el archiduque Cárlos al papa, 30 nov. 1564.

(5) Ms. Bibl. nac , 16103, f. 39, el obispo de Limoges á Catalina.

(6) El obispo de Orleans al de Rennes, carta publicada por *El Laboureur*, Adiciones á Castelnau, tom. II, pág. 338.

(7) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3161, fol. 144, Saint Sulpice á la reina, julio de 1563.

cho cuydado por ver cerca del Rey mi hermano personas que en la edad en que está le podrian dañar» (1); declara Catalina «El almirante Coligny no está cerca de nosotros; si viene, estará aquí como si estuviera muerto; porque con la ayuda de Dios, no me dejaré gobernar por nadie (2)» frase que se ha considerado por las personas de imaginacion fecunda como una amenaza de muerte para el almirante. Muy al contrario, el rey Cárlos IX lisonjeaba á Coligny, y áun iba á despertarle á su misma cama para darle los Inocentes, segun el uso del país (3). Francia se le representa á Felipe II como *entregada al demonio, endemoniada;* toda la nacion le parecia criminal (4); la corte mantenia relaciones que apénas podian creer; pues segun sus noticias habia enviado cerca del Gran Turco á un tal Bourg, pariente del consejero que fué quemado por hereje.

Estas quisquillas perpétuas y este tono de compasion desdeñosa le tentaban la paciencia á una mujer tan celosa de su autoridad como Catalina, que habia dirigido ya á su hija hartas quejas contra Chantonnay que «quiere mezclarse en todos nuestros negocios, ver mal en todas mis acciones y mortificarme. A ver si hay ocasion de destituirlo» (5). Con esto estaba Felipe reducido á emplear al nuncio de Su Santidad cerca de Catalina, cuando necesitaba algun servicio importante: por este conducto hubo de solicitar de la reina que no enviara ningun auxilio á los Países Bajos, á los primeros disgustos que le dieron (6). Catalina aprovechó esta ocasion para tomar el desquite del enojoso apoyo que habia tenido ella que implorar, mostrando á su yerno que se hallaba ya en estado de socorrer y servir con sus fuerzas á sus amigos necesitados de ellas (7).

Catalina insistió, ofreciendo á Felipe por medio de su embajador suficientes auxilios para la consolidacion de la obediencia en los Países Bajos (8). Mortificado el rey de España con tal y tanta solicitud, contestó que no pensaba hacer allá ningun movimiento y que las cosas pasarian buenamente; pero, á lo ménos, pudo obtener Catalina el reemplazo de Chantonnay, y se dió prisa en expresar á su yerno la gratitud que le debia por haberse servido separar al señor de Chantonnay y enviar á D. Francés de Alava, esperando que, siendo éste hombre de bien y sin pasion particular, cumpliria con su deber «y V. M. conocerá más y más el amor y afecto que el rey vuestro hermano, y yo os tenemos» (9).

Era un júbilo engañoso: el importuno Chantonnay permaneció todavía muchas semanas cerca de Catalina para iniciar á su sucesor en los misterios del inmenso espionaje que habia organizado en Francia y en Flandes. D. Francés de Alava poseia aptitudes especiales para perfeccionar aún la máquina, y mereció el honor de que su amo le manifestara bondadosamente su compasion por el grandísimo trabajo que se tomaba en avisarle de hora en hora todo lo que se hacia y decia en Francia (10).

Los espías que empleaba eran numerosos y no costaban mucho: por trescientos escudos anuales se tenia una persona de la corte, fiel y bien enterada (11): no se han perdido todos los relatos (12); pero lo que da mejor idea de esta notable organizacion es la voluminosa correspondencia dirigida tres veces por semana ordinariamente á Felipe II. El estilo es difuso, la malevolencia crédula; pero la riqueza de detalles y la prontitud de los informes honran á los que dirigian la agencia. ¿Cómo supo Felipe II, por ejemplo, cuando el Havre no nos pertenecia aún, que preparaba Catalina ya un tratado de paz con la reina de Inglaterra?

«La reina madre ha salido esta mañana, escribe Chantonnay (13), á pasearse por un jardin que llaman las Tullerías, fuera de la ciudad, al extremo del Louvre, cerca del rio. Allí se metió furtivamente en un coche con una dama y dos ó tres palaciegos y se hizo conducir al monasterio de *Bonshommes:* hubo de encontrar en él á álguien con quien habló en secreto largamente y segun me han dicho, era éste Trockmorton, embajador inglés, á quien se habia hecho venir desde San German, donde está preso.»

Felipe sabe hacer provechosas estas observaciones á aquellos á quienes interesan, y establece correspondencia directa entre su embajador en Paris y la duquesa de Parma, regenta de los

(1) Ms. Arch. nac. K. 1501, n.° 46, enero 1564.
(2) No he visto el texto original, sino sólo la traduccion en español, anotada por Felipe II, Ms. Arch. nac. K. 1501, n.° 74.
(3) Ms. Arch nac. K. 1501, Chantonnay al rey. «Este rey hace muy buena cara al almirante y le favorece, burla con él ó anda á buscarle y Andelot en su cama con achaque de darles los Innocentes á la manera de acá.»
(4) *Ibid.*, pieza 55.
(5) Luis Paris, *Negociaciones*, pág. 875.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1500, pieza clasificada con la nota *primer semestre* de 1563.
(7) *Ibid.* 1501, pieza 19.
(8) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 3162, fol. 4.
(9) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 16.
(10) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 10751, fol. 1460, Forquevauls á la reina.
(11) Ms. Arch. nac K. 1502, pieza 44.
(12) *Ibid.* K. 1500, pieza 84.
(13) Ms. Arch nac. K. 1502, pieza 34, del 16 de enero de 1564.

Países Bajos (1). Pero las noticias que comunica con más gusto, las que anota de su puño y letra con escrupulosa atencion en este fárrago, son los pormenores dados sobre la conducta de los españoles que viajan por Francia, sobre sus conversaciones imprudentes y sus negligencias en sus deberes religiosos. «Háblese de ello al arzobispo de Sevilla,» pone al márgen Felipe II (2).

Además del espionaje dirigido por el embajador, hay el sistema de los informes voluntarios que se obtienen fuera de su accion, y la organizacion de los partidarios de España, establecida, sin su intervencion, por medio de una correspondencia directa entre Montluc y Felipe II.

Los informes voluntarios afluyen de todas partes. Ora procedian de una jóven, que se dice antigua favorita de Enrique II, Nicolasa de Savigny, la cual se queja de las *grandes crueldades* que le ha hecho sufrir Catalina de Médicis, no sólo por haber hecho que la robaran y le dieran quinientos azotes, sino tambien por haber llevado su implacable odio hasta el punto de no reconocer á un hijo que el difunto rey Enrique tuvo de ella. Los datos que suministra al cardenal Granvela son bastante pobres, mas no por eso deja el mismo prelado de invitarla á que los continúe. Este la consuela y la excita á dar á conocer su buena voluntad al rey y á la duquesa de Parma, que no son ingratos, dice, á lo que se hace por ellos (3). Otras veces eran los viajeros los que sonsacaban á sus huéspedes, confiados ó locuaces; y despues se congraciaban, esperando de este modo agradar al amo. Así se ve á Simon Renard, el antiguo consejero de Felipe II en Lóndres que, habiendo caido en desgracia, atraviesa toda Francia recogiendo observaciones para dar cuenta de ellas á Madrid (4). Hasta los ministros extranjeros saben que una revelacion de lo que pasa en Francia es la más grata lisonja que puede hacerse á Felipe II.—«He sido nombrado cardenal, escribe Santa Croce, el nuncio del papa en Paris (5): Vuestra Majestad Católica es quien me ha dado el capelo, que obtengo *sólo por haber estado á vuestro servicio.*»

(1) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 30. «He mandado que tenga especial cuidado de avisaros de lo que ocurriere... será bien que hagais que se tenga con él la misma correspondencia...»

(2) Era Valdés, el inquisidor general. Esta nota es muy frecuente. Basta citar por ejemplo, K. 1503, pieza 46, del 7 febr. 1565.

(3) Papeles de Estado de Granvela, tom. VIII, pág. 20 y siguientes.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 49, nov. 1564.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1503, pieza 61, Santa Croce á Felipe II, del 1.º abril 1565.

VII.—La conspiracion de Montluc

El antiguo jefe de nuestra gente de á pié, el que la habia mandado en nuestras guerras de Italia y de Francia, el que habia defendido á Siena, dirigido el asalto de Thionville, ganado sobre los hugonotes la victoria de Vergt, Blas de Montluc, el verdadero creador de la infantería francesa, se sentia muy agraviado por no haber obtenido más que el gobierno de Guyena, en vez del baston de mariscal que se habia dado á Vieilleville, ó del grado de coronel general que se habia restituido á Andelot; y por haberle obligado Catalina á dirigir una carta de disculpas á Juana de Albret, despues de haber procurado desposeerla del Bearn durante la guerra civil (6). Era este un gascon valiente, jactancioso y vano. «De mí sé decir, exclamaba, que si pudiera llamar á todos los espíritus infernales para romperle la cabeza al enemigo que quiere rompérmela á mí, lo haria de muy buena gana, Dios me lo perdone (7).»

Apeló á Felipe II y no podríamos perdonarlo por nuestra parte: dejóse prender en una red de intrigas tan inútiles para España, como deshonrosas para sí mismo.

A fines de 1563, ántes de la toma del Havre dirigió la primera Memoria al rey de España sobre la necesidad de su intervencion en Francia y sobre los peligros de la política de Catalina «que va á perder enteramente nuestra religion» (8). Despues sintió algun remordimiento y ofreció su dimision de gobernador de Guyena (9). Pero luégo al punto, engañado por los artificios de dos españoles que Felipe II habia acreditado cerca de él, Juan y Felipe Bardaxi, dirigió al rey de España segunda Memoria proponiéndole una liga de príncipes católicos contra el rey de Francia, al cual anunciarian, ántes de invadir el país, que habian deliberado mantener en el reino los decretos del concilio (10). Felipe se apresuró á contestarle (11) que habia recibido y apreciaba mucho su carta del 8 de enero, y encargaba á Juan Bardaxi que le hiciera conocer sus intenciones. Daba bastante importancia á estas relaciones para escribir en las cartas de Montluc (12): «No puedo comprenderlo todo; he de menester una traduccion en castellano.» Pero las palabras de

(6) Ms. Arch. nac. K. 1499, pieza 79.

(7) Montluc, *Comentarios*, ed. de Ruble, tom. I, pág. 143.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 9.

(9) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3242, fol. 118, Montluc á Damville.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1501, piezas 9 y 10.

(11) *Ibid.* pieza 49.

(12) *Ibid.* pieza 10.

verdadero compromiso no estaban inscritas en estas cartas; eran sonsacadas al gascon por el astuto Bardaxi en conversaciones cuya reseña exacta recibia Felipe II: «Francia está perdida, decia Montluc; cada dia empeora su situacion, y si el rey de España no pone la mano en el reino (1), ántes de un año será hereje el rey de Francia. El rey de España, añadia, está obligado á poner remedio en esto, ya que está casado con la hermana del rey de Francia cuyo reino puede tocarle por herencia. Está á mi lado toda la nobleza de Gascuña, parte de la de Bearn y de la Guyena. La primera medida seria forzar al rey de Francia á entrar en guerra contra la princesa de Bearn. Conviene desconfiar del embajador en España: es un hereje, y no se enviará nunca otro que no sea igualmente hereje.»

Quisiéramos poner en duda la sinceridad de este resúmen de conversaciones hecho por Bardaxi, pero no es posible, porque Montluc, al enviar á este Bardaxi, tiene buen cuidado de escribir á Felipe II diciéndole: «Suplico á Vuestra Majestad se sirva creer lo que os diga de mi parte» (2). Los ofrecimientos de servicio eran tan precisos que el rey de España dictó instrucciones para organizar á las órdenes de Montluc sus partidarios en el Mediodía de Francia y envió de nuevo al mismo Bardaxi con estas órdenes (3): «Saber de ellos las fuerzas con que ellos se hallan para este negocio, assy de amigos como de plazas... qué fuerzas les paresca será menester que S. M. crezca á las suyas para que sean bastantes para hacer el efecto que se pretende y en qué tiempo y sazon y por dónde se pueden y deven emplear, pues lo uno y lo otro ellos como personas que tienen tan gran noticia de las cosas de aquel reyno lo pueden y deven saber mejor que nadie. Que miren como se deve emprender el remedio destas cosas, porque emprendiéndose á título de religion seria levantar los ecos de todos los desviados assy en Alemania como en otras partes en favor de los Ugonotes de Francia y malos consejeros del rey Christianisimo y las fuerzas que estos ternian serian tan grandes que se dubda huviesse otras que les pudiesen ygualar. Y pudiendo tomar al enemigo con ventaja, ningun hombre cuerdo querrá dalle lugar á que la tome él. Y seria en lugar de remediar lo que pretendemos, ponello en aventura de perdello más presto. Que ellos han de confiar de S. M. Cathólica y creer que no pretende otra ninguna cosa que el bien de la religion... Y particularmente deven ellos mirar si para el tiempo que esto se huviesse de poner en execucion (4) serian bastantes ó ternian modo para apoderarse de la persona del rey para que con su autoridad y nombre se pudiese seguir el negocio y acaballe con el ayuda de Dios... Abiendo forzosamente de retirarse de Francia la persona con quien esto se trata y las otras de calidad, S. M. los admitirá en sus reynos y estados y les hará la merced y tratamiento que conviene hacer á tales personajes, de manera que ellos entiendan que ántes son gratificados que perdidos.»

Esta perspectiva de una emigracion á merced de los españoles, á quienes habia combatido toda su vida, hubo, al parecer, de enfriar, más bien que tranquilizar á Montluc. Por otra parte, habia intentado en vano empeñar en su conspiracion á Montmorency-Damville, gobernador del Languedoc, y estaba obligado á decir á los españoles: No soy de parecer por ahora de advertirlo de nada (5). Temia tambien que Catalina tomara en serio su dimision de gobernador de Guyena. Gustaba de quejarse de la reina, diciendo que no hacia caso de él, pues léjos de dispensarle favor, no le hacia siquiera la justicia de recompensarle sus servicios (6); pero no ignoraba que la reina sabia muy bien que se habia hecho él mismo la justicia por su mano y áun algo más que justicia. «Así... él, que ántes no tenia grandes rentas, se halló al cabo de la guerra civil con cien mil escudos en su arca» (7).

Catalina le dejaba entrever además que estaba dispuesta á admitir su dimision y á reemplazarlo por el mariscal de Bourdillon. Y aquí se presenta un episodio gracioso: el embajador de España en Paris que no estaba al tanto de estas relaciones secretas entre su amo y Montluc, veia con extrañeza la inquietud de Catalina que le preocupaba á su vez: no husmeaba la conspiracion sino por la sospecha que de ella tenian aquellos contra quienes se dirigia (8); tardaba en comprender el papel de Bardaxi: ¡A cuestas llevo á este hombre! exclamaba. Pero muy lué-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 47, febr. 1564.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 42, del 8 febr. 1564.
(3) *Ibid.* K. 1505, pieza 22, del 26 set. 1564.
(4) Todo este negocio es manejado por el secretario D. Juan Vargas que sigue las instrucciones del rey.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 15, del 27 mayo 1564.
(6) *Ibid.* K. 1501, pieza 9.
(7) Brantome, ed. Buchon, pág. 363.
(8) Ms. Arch. nac. K. 1501. D. Francés de Alava, del 7 marzo de 1564.

go le explica Bardaxi cuál es la clave para abrir la puerta de Montluc; y al parecer tiene ciertos secretos con los cuales puede perderlo cuando quiera (1).

Pero miéntras el embajador español, ignorante de lo que se tramaba, adivinaba, aunque algo tarde, los proyectos de Felipe II, el mismo Felipe Bardaxi tenia que implorar su proteccion; porque, detalle no ménos singular, este aventurero, á quien habian elegido como mandatario los católicos de Guyena, habia sido condenado á muerte en España por hereje, ejecutado en efigie y perseguido por los familiares del Santo Oficio. La persecucion habia comenzado contra él hacia más de seis años (2); se le acusaba de haber pronunciado estas palabras:—No creo en Dios; reniego de Dios; Dios no estima las bulas del Papa ni más ni ménos que si estuvieran escritas por un loco. —Además habia pasado ocho ó diez años sin ir á confesar. Pero la Inquisicion tenia una queja más grave contra él: que habia tenido la temeridad de defenderse contra sus esbirros, poniéndolos en fuga y evadiéndose de sus manos. Emigrado en Francia, figuró en estatua en el auto de fe de Zaragoza del 28 de octubre de 1563. Felipe II, á instancia de Montluc y de uno de sus cómplices, el señor Bellegarde, con cuya sobrina se habia casado el Bardaxi durante su mision en Francia (3), hubo de recomendarlo al inquisidor general; sin duda tenia extraordinaria confianza en el resultado de sus intrigas en Guyena, cuando dió este paso, único quizá en toda su vida (4). Con su docilidad ordinaria á la autoridad real, consintió la Inquisicion en revisar la causa. Felipe Bardaxi fué á constituirse en prision, y absuelto, pudo volver á ayudar á Montluc, dándole informes sobre todo lo que pudiera servir á los intereses de España (5).

El otro Bardaxi hubo de temer tambien tener que defenderse, no contra los familiares de la Inquisicion, sino contra los arqueros del rey de Francia, cuando Montluc le anunció (6) que la malicia de los *belitres* los habia denunciado. El senescal de Quercy, Francisco Séguier de la Gravière, y el vizconde de Bourniquel habian enviado á la corte á Rapin Toiras, portador de una Memoria circunstanciada acerca de los manejos de Montluc y sus adeptos. Pero Montluc no perdió su presencia de ánimo y escribió altivamente (7): «Todos los que han dicho que yo he dicho ó escrito algo contra el servicio del rey ó de la reina, han mentido; los que han dicho ó escrito que estoy en inteligencias con el rey de España contra el servicio del rey, mi señor, y que el cardenal de Armaignac, de Terride, de Gondrin, de Mirepoix, de Négrepont y yo hemos hecho liga juntos y estamos resueltos á entregar el dicho país de Guyena en manos del rey de España, han mentido; los que han dicho que yo he estado en Granada (del Ardour) para conferenciar con un personaje de España, han mentido...» Y el mentís continúa con este descaro; pero Montluc tiene buen cuidado de evitar, á partir de este momento, las entrevistas de dia con los Bardaxi, «temiendo hacerse sospechoso de los malvados,» y hace avisar al prior, cuñado del duque de Alba, que no envie más á Domingon por ser un hombre que todos tomarian más bien por espía que por otra cosa. «Y aunque yo lo tenga por hombre de bien, ántes pensarian de él mal que bien (8).»

No es ménos fanfarron cuando se presenta á la reina madre en su viaje á Tolosa: aparece ante ella engalanado con plumas de color lo mismo que su caballo, como para una justa (9); le hace la corte al embajador D. Francés de Alava, le dice que quiere servir á Felipe II en su primera campaña en Africa, y luégo, llamándolo aparte, añade en voz baja: «Creo que no hay ya nada que hacer en este país; la religion sucumbe, y pues que place al rey católico dejarla sucumbir, quiero partir contra los moros, miéntras mi hijo irá á descubrir nuevas tierras á las Indias (10). Catalina fingió ignorar estos manejos y procuró utilizarlos en sus propios proyectos.

VIII.—La reina de Navarra protegida por Catalina

Hacia mucho tiempo que Catalina deseaba entablar en Navarra relaciones semejantes á las que Felipe II mantenia en la Guyena, y comenzó por frustrar las tentativas de su yerno sobre el Bearn.

---

(1) Ms. Arch. nac. K. 1501. Carta de D. Francés de Alava del 7 marzo 1564.
(2) Desde 1558. Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 41.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1507, piezas 47 á 118.
(4) *Ibid.* K. 1505, pieza 42.
(5) *Ibid.* K. 1506, pieza 88.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 11.
(7) El original está en Ms. Bibl. nac. franc. f. Saint Germain, volúmen 689, 9 fol. 113; la copia enviada por Montluc al rey de España está archiv. Arch. nac K. 1501, pieza 3, y la traduccion en español, *Ibid.* K. 1505, pieza 11.
(8) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 23.
(9) *Ibid.* K. 1503, pieza 23.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1503, pieza 35. En estos legajos hay muchas cartas de Montluc que no se comprendieron en la primera publicacion de su correspondencia. Una de estas cartas á Bardaxi (1505, pieza 23) anotada por Felipe II, dice: «Os ruego no lleveis á mal que

Tomar el Bearn era hacerse vecino de Montluc y de los católicos de Guyena, darles audacia y asegurarse un pretexto de intervencion en Francia por las inevitables querellas de las fronteras. Sólo que Juana de Albret, que ejercia la soberanía desde que su marido, Antonio de Borbon, pereciera en el sitio de Ruan (1), era muy avisada para dejarse arrastrar como él á engañosas tentaciones. El agente que habia sido útil á Felipe II para mecer á Antonio de Borbon en las más quiméricas esperanzas, el favorito Escars, comprendió que su papel habia acabado; se dió prisa en reclamar el salario tan luégo como murió su amo y en hacer valer para con Felipe los servicios que habia prestado para el sostenimiento de la religion (2).

Felipe II imaginó un procedimiento más pronto para desposeer á Juana de Albret, y fué hacer de modo que se la citara por un monitorio del papa Pio IV ante el tribunal del Santo Oficio (3). Pero la jóven viuda obtuvo inmediatamente la proteccion de Catalina: habia hallado el medio de agradar á esta mujer dominante prodigándole las frases de la más humilde adulacion: «Vuestros beneficios, escribia Juana de Albret á Catalina, me obligan á besar la tierra que pisais (4);» ó bien, cuando esta le pedia una entrevista, sabia expresar su solicitud en acudir diciendo: «Adonde quiera que esteis iré á besaros los piés (5).» Comprendia que su único enemigo era Felipe y que el único adversario de Felipe era Catalina. Esta dijo al Padre Santo, por medio de nuestro embajador Oysel, que Juana se quejaba con mucha razon de lo que Felipe habia hecho con el reino de Navarra, por lo cual le rogaba proveyera lo necesario para que esto no pasara adelante, porque la amaba tanto que estaba resuelta á defenderla á toda costa contra todo el que quisiera perjudicarla (6).

Ante actitud tan firme se negó el Papa á servir los deseos de Felipe y entónces se propuso y aprobó un procedimiento mucho más equitativo. Se trataba de secuestrar á Juana de Albret en uno de sus viajes y conducirla á España, donde la Santa Inquisicion la convenciera de herejía y la condenara á la hoguera. Un aventurero vasco, el capitan Domingo, fué enviado á Madrid por los católicos de Guyena, á fin de recibir instrucciones de Felipe II y preparar este fácil golpe de mano (7); sino que Felipe no supo ejecutar con la rapidez necesaria lo que acababa de decidir, y deja á Domingo esperando instrucciones en Madrid, donde se aburre y entra en relaciones con un paisano suyo, Anis Vespier, bordador de la reina Isabel, con el que se jacta de su comision. Luégo al punto se avisa de ello á nuestro embajador Saint Sulpice, que lo vigila sin perderlo de vista ni en Monzon, adonde Felipe le hace ir; sabe exactamente el momento de su llegada y la casa en que se oculta; sabe muy luégo que Felipe, aquel príncipe inaccesible y orgulloso, ha recibido dos noches en secreto al capitan de ladrones y le ha animado en su empeño, habiendo asistido á estas singulares audiencias el príncipe de Eboli. «Ayer, dice el espía, salió ántes de amanecer el capitan Domingo (8).» Un complot tan largamente preparado, y perseguido tan hábilmente, no podia tener muchas probabilidades de éxito: el aventurero fué preso al pasar la frontera y no se supo más de él. Este servicio prestado á Juana de Albret puede explicar las exageraciones de los términos con que expresara á Catalina que la consideraba como su ama y señora, á quien serviria siempre con la firme voluntad de ser su humildísima criada (9).

IX.—Proyectos de matrimonio

A la vez que defendia á Juana de Albret, continuaba Catalina combatiendo á María Estuardo y multiplicaba los obstáculos en el asunto de su casamiento con Don Cárlos. Habia notado cuán importunas eran para Felipe II estas negociaciones de matrimonio y cuán oportunas eran para desviarlo de los negocios de Francia. No acababa de comprender Catalina la mala voluntad del rey en este asunto; pero sabia traerlo á colacion con astucia cada y cuando

---

no os haya visto, porque la reina de Navarra siempre anda diciéndole á la reina, que quiero hacer traicion al rey mi señor en bien del rey de España. Y aunque la reina no le da crédito y sabe todo lo contrario, sin embargo, no quiero hacerme sospechoso á los malvados. Si hay cosa de por acá que deseeis, no omitiré nada para enviárosla.»

(1) Sobre las heridas de Antonio de Borbon y el sitio de Ruan, véase la correspondencia de Chantonnay, Arch. nac. K. 1500, cartas desde el 24 y 26 de octubre, 1.º y 9 de noviembre de 1562.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1500, Escars á Felipe II, 1.º enero 1563.

(3) Este monitorio del 28 de setiembre de 1563, está publicado en las *Memorias de Condé*, tom. IV, pág. 669.

(4) Ms. Bibl. imp. San Petersburgo. Extracto dado por H. de la Ferriere. *Dos años de mision*, pág. 35.

(5) *Ibid.* pág. 36, vol. LIII de los autógrafos.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. f. Saint Germain, vol. 689, 8, pág. 137; *Instrucciones* de Antonio de Gramont á Oysel, del 23 set. 1563.

(7) Villeroy, *Memorias*, Llorente, *Historia de la Inquisicion*, tomo III, pág. 15, Marqués du Prat, *Hist. d'Elisabeth*, pág. 276. Pero las indicaciones más precisas se hallan en la correspondencia de Saint Sulpice.

(8) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3162, fol. 34, Saint Sulpice á la reina, 25 noviembre 1563.

(9) Ms. Bibl. imp. San Petersburgo, vol. LIII, fol. 10. Extracto de H. de la Ferriere.

se hacian demasiado apremiantes las reclamaciones sobre cualquier otro negocio.

Estas discusiones sobre matrimonios, que no habia intencion de realizar, son frecuentes en la narracion y reaparecerán todavía. Creíase en aquella época que los enlaces entre las familias reinantes aseguraban las alianzas de las naciones, sin notar que la jóven princesa, ó no figuraba en su nueva corte, ó habia de participar de las pasiones y preocupaciones de su segunda patria. Con esto se complacian en tenderse lazos, en romper matrimonios proyectados, en convertir en juegos de ingenio y destreza estas cuestiones de enlaces. Felipe y Catalina eran los dos para en uno; eran igualmente ingeniosos en lo de trasformar su correspondencia en una serie de enigmas sobre casamientos, como puede verse en esta pesada carta de Catalina á su yerno (1): «Mi señor hijo, he querido escribir estas cuatro palabras de carta á V. M., como á quien he querido siempre comunicar todas las cosas que nos interesan á mí y á mis hijos, dando por cierto que V. M. me dirá y aconsejará, segun el amor que es servido de tenernos á ellos y á mí, sabiendo que nadie ama ni desea más su contento y su grandeza... El embajador está encargado de hablarle de mi parte, y le suplico lo oiga como acostumbra.»

Felipe gusta de esta charla, y gozoso de haber adivinado, anota de su puño y letra: «Estoy en que se trata del casamiento de la hija del rey de los romanos: tómese tiempo para responder.»

La posta de esta partida que Felipe queria jugar tan lentamente y cuyas combinaciones cambiaba hábilmente Catalina, no era sino el reino de Escocia; y Catalina estaba demasiado interesada en que no pasara á manos de su adversario para no hablar claramente á Isabel y á su embajador. «La reina católica y yo, escribe este último (2), hemos tenido dificultad en penetrar por todos los medios en el secreto del matrimonio de la reina de Escocia con el príncipe de España.» Estos medios eran audaces, no se disimula, «habiendo tenido la reina que sondear mucho tiempo al confesor.» Además del confesor del rey, se hizo tambien hablar á su favorito, porque era preciso «tantear por todas partes lo que podia ser.» Estas confidencias, arrancadas en secreto al confesor y al príncipe de Eboli, daban muy exactamente el pensamiento del rey, tal como lo indican en los años siguientes su conducta y sus escritos, lo que no deja de parecer harto curioso en aquella silenciosa corte donde era señal de dignidad la reserva tenebrosa. Era cierto, habia dicho el de Eboli á nuestro embajador, que MM. de Guisa habian puesto en términos por sí mismos este casamiento del príncipe de España con la reina de Escocia, y que el cardenal de Lorena enviaba con frecuencia al rey cartas que no se comunicaban ni á la reina ni al favorito. Hasta se supo (3) que no entraba en la intencion de Felipe llevar á cabo este casamiento, sino que sólo se proponia con tales apariencias alejar ó interrumpir las pretensiones del archiduque por parecerle el reino de Escocia muy á la mano de los de una casa tan poderosa para pedir luégo y continuar sus pretensiones á los Países Bajos.

Con esto, ofrecida por sus tios al príncipe Don Cárlos y al archiduque Cárlos de Austria, la reina de Escocia era combatida en España por Catalina, y en Austria por Felipe II: no recibia negativas absolutas por el temor de que apartando á uno de los pretendientes no quedara bien seguro el otro; pero la jóven reina viene á ser como el blanco de todos los tiros. Además de sus dos enemigas, Catalina de Médicis é Isabel de Inglaterra, tiene tambien en contra al duque de Alba, que refiere al rey, para despertar su antiguo odio á los Guisas (4), que muchas veces, hablando con el condestable, lo habia oido renegar por haber aprobado el casamiento con Francisco II, que habia asegurado tal autoridad á la casa de Guisa; y añade que este recuerdo hacia imposible un matrimonio entre María Estuardo y Cárlos IX, y que no hay para qué ocuparse en impedirlo haciendo creer intenciones respecto á Don Cárlos. Pero al mismo tiempo suscita el temor de las mismas influencias. ¿Se va á introducir en medio de las austeridades y enojos de la corte á una reina acostumbrada á las fiestas, á los torneos, á las galanterías y rodeada de una familia ambiciosa? Felipe no lo consentiria (5); sin embargo, está tentado á ello por las perspectivas desplegadas á su vista. Es acercarse á la soberanía del mundo anexionar á sus Estados los reinos de Escocia, Inglaterra é Irlanda: María Estuardo tiene doscientos mil ducados de renta y ochocientos mil de joyas (6). Seria camino derecho para la monar-

(1) Ms. Arch. nac. K, 1501, pieza 76.
(2) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 3162, fol. 22.
(3) Ms. Bibl. nac., fol. 31.
(4) *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 493. El duque de Alba al rey, del 21 de oct. de 1563.
(5) Carta de Saint Sulpice del 31 diciembre 1564.
(6) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 451, el obispo de Aquila al conde de Luna, 17 de julio 1563. «Si S. M. quisiese atender á ese casa-

quía universal: se le dice así; se escribe á Granvela (1), se hace que se lo repita Don Cárlos (2): este matrimonio seria útil para tener sujeta á la reina de Inglaterra y á sus súbditos, y tener por este medio un buen pié en la isla, «para reducirla un dia, de grado ó por fuerza, á la obediencia de la Iglesia, y que la dicha reina de Escocia tenia tan buenas pretensiones en Inglaterra que el partido podria ser mucho mayor en el porvenir.» María Estuardo, por su parte, prefiere al príncipe Don Cárlos á los demás pretendientes (3); pero Felipe rehuye la decision, y el cardenal de Lorena abandona á su sobrina, despues de haberla empeñado en tan complicadas negociaciones; y temiendo verse despojado en Francia de sus numerosos beneficios, no se atreve ya á ocuparse en las negociaciones que ha abierto con temeraria ligereza (4). Una villanía más cruel se habia preparado contra María Estuardo: un caballero francés refugiado en Escocia á consecuencia de un homicidio, y acogido por ella, hubo de deslizarse un dia en la real cámara y áun ocultarse debajo de la cama; fué sorprendido aquí miéntras la reina se desnudaba en su gabinete y expulsado como un loco. María Estuardo no supo nada de esto hasta la mañana siguiente; y, suponiendo que se habia enviado al tal francés con la mision de comprometerla para impedir su casamiento, mandó prenderlo y decapitarlo públicamente (5).

Tal odio y tales y tantas intrigas contra esta mujer indignan, y ante esta conjuracion llega uno á olvidar el interés que teníamos en que no llevara á España sus derechos sobre Escocia é Inglaterra; quisiera uno que el destino de aquella reina encantadora se hubiera conjurado con un casamiento digno de su alma. Es un consuelo en las amarguras de la vida el espectáculo de una mujer dotada de todas las prendas, que se sustrae á la inevitable adversidad. Pero un enlace con Don Cárlos, de quien hablaremos más adelante, hubiera sido la peor desgracia: más valian el miserable Darnley y el infame Bothwell, y la larguísima agonía de las prisiones, y el poético martirio de Fotheringay. El corazon de María Estuardo era ¡engañosa ilusion de la falsa habilidad! lo que defendia Catalina, cuando multiplicaba los obstáculos para su casamiento con Don Cárlos.

Por lo que toca á Felipe II, nunca vió más que un juego en estas transacciones: fingió al fin decidirse y áun dirigió á su embajador en Inglaterra instrucciones detalladas (6) para que se celebrara el matrimonio en secreto, ántes que nadie pudiera concebir sospechas; pero hubo de añadir de su puño y letra en el despacho oficial: Tendreis cuidado de avisarme punto por punto lo que pase sin llegar á una conclusion. Hé aquí un ejemplo de los procedimientos que empleó para hacer durar cerca de cuatro años estos preliminares (7).

Es interesante observar, en medio de las ilusiones en que se mantiene á María Estuardo, su repulsion al casamiento con el archiduque (8): su instinto de raza noble y delicada le inspiraba repugnancia á hombre nacido en Alemania (9). La reina de Inglaterra no sentia estas repugnancias, ó á lo ménos fingia aceptar con gusto al archiduque Cárlos, aunque tambien procuraba le fuera presentado con igual título el príncipe de España. Pero atrayéndolos á ambos á dos al empeño, parece ser que nunca tuvo otra mira sino apartarlos de su rival. Habíale cobrado odio al embajador español Don Alvaro de la Quadra, obispo de Aquila, y reclamaba su remocion. Fomenta, decia, las turbulencias del reino (10), lo que revela el arte con que el prelado español habia comprendido los intereses de María Estuardo. Murió en Lóndres, y fué sustituido (11) por Don Diego de Guzman de Silva, que al ir á tomar posesion, hubo de pasar por Paris y Bruselas á fin de ponerse de acuerdo con Don Francés de Alava y el cardenal Granvela.

---

miento, demas de dar á su hijo una tal mujer, casi le venia á hacer monarca con añadir á sus Estados aquellos reinos de Escocia, Inglaterra é Irlanda, la posesion de los cuales se le daria sin ninguna dificultad por la grande inclinacion que los católicos tenian á este casamiento y á la conjuncion de aquellas coronas.»

(1) *Ibid.* El obispo de Aquila á Granvela. «Seria camino derecho para la monarquía.» *Monarquía* es la dominacion universal: el contemporáneo Uberto Foglietta, p. 147, la explica así, «volendo dire: monarca unico signore del mundo.»

(2) Carta de Saint Sulpice del 11 agosto 1565.

(3) El obispo de Aquila al rey, carta del 27 enero 1562, citada por Mignet, *Maria Estuardo*, tom. I, pág. 150.

(4) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 450, el obispo de Aquila al conde de Luna. Cartas del 26 de junio y 17 de julio de 1563... «Como el cardenal tiene temor de perder los beneficios que tiene en Francia.»

(5) Ms. Arch. nac., K. 1500, pieza 64, Chantonnay al rey, 3 mayo de 1563... «De baxo de la cama, y estando ella en su gabinete desnudándose... atribuyendo el hecho á locura, mas que á otra cosa, y no dixeron nada á la reina hasta otro dia por la mañana, la cual se enojó de que huviesen soltado al gentil-hombre, porque ella por su honra no quisiera que esto pasara en disimulacion.» Sábese que este desgraciado era nieto del caballero Bayardo.

(6) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 447 y 460.

(7) Hasta enero de 1565 no renunció María Estuardo á la mano de Don Cárlos. Labonoff, tom. I, pág. 248, María á la duquesa de Arschott.

(8) «Poca gana.» El rey al obispo de Aquila, *Doc. inéd.*, t. XXVI, pág. 447.

(9) *Ibid.*, pág. 452. El obispo de Aquila al conde de Luna.

(10) *Real Acad.*, tom. VII, pág. 296 á 302.

(11) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 483. Muere el 24 agosto 1563, y es sustituido el 19 enero 1564.

Este cambio estrechó al parecer súbitamente los lazos con Inglaterra: Silva era conocido por su gracia y donaire con las damas en las cosas de pasatiempo (1) y diversion; y fué el pretexto de una reconciliacion. Estoy obligado á servir á vuestro rey, le dijo Leicester en cuanto desembarcó. La reina le hizo sentarse á su lado, delante de sus comediantes, le explicó ella misma el argumento de la comedia que se representaba, y despues, interrumpiéndose con fingido pudor, acercó el rostro y le dijo:—En todas las comedias se habla sólo de casamiento. ¿Y vuestro príncipe, se casa? Ha de estar ya crecido ¿eh?—Sí, contestó Silva.—Todos me desdeñan, repuso la reina suspirando (2). Silva refiere luégo que cuando comenzaba á desviarla de una alianza con Francia, se cogió ella de su brazo y le dijo: No confiemos en esa gente; pero seamos nosotros buenos amigos.

Decidida á recobrar la amistad de Felipe, á fin de apartarlo mejor de Escocia, donde hubiera sido un vecino peligroso, fué poco escrupulosa en la eleccion de los medios de seduccion. No vaciló en ofrecer á Silva otra comedia haciéndole apreciar sus mistificaciones de catolicismo durante los dias de Semana Santa, lavándoles los piés á unas pobres mujeres, besándoles las cruces que hacia en ellos y diciendo luégo al español (3): «No diferimos sino en cosas de poca importancia; ya lo vereis. He tenido que pasar en el principio de mi reinado por cosas que me son repugnantes por acomodarme á las circunstancias; pero Dios ve el interior de los corazones; pienso mandar poner cruces en todas las iglesias.»

Silva no creyó ni en la ortodoxia secreta de la reina ni en su intencion de unirse con el archiduque. «Todo son palabras y ardides de esta gente, decia; yo tengo por cierto que el conde de Leicester está ya casado con la reina en secreto» (4).

X.—La entrevista de Bayona

La reina de Inglaterra pudo creer por un momento que estas coqueterías servirian para despertar los antiguos proyectos de Felipe y poder contarlo otra vez entre sus pretendientes, como quiera que habia recibido la noticia de que la jóven reina de España estaba moribunda. «Al darle un acceso de fiebre, escribe su embajador en Madrid (5), la sangró el médico español, contra la opinion del médico italiano, y al dia siguiente abortó dos niñas, despues de tres meses de embarazo; entró luégo en delirio y cayó despues en letargo. A los catorce dias de enfermedad declararon sus médicos que no se salvaria: no habla, tiene la boca contraida hasta la oreja y paralizado el brazo derecho.» En los mismos términos participa el embajador de Francia á Catalina los progresos de la enfermedad: refiere que miéntras estaba «en buena opinion de estar embarazada habia tenido con frecuencia náuseas y vómitos (6), pero que habiéndole sobrevenido un dolor de cabeza semejante á la jaqueca y alguna dificultad de vientre hubieron de sangrarla dos dias seguidos, lo que la puso (7) en tal extremo de su vómito y de su dolor de cabeza y de la purgacion que le habia venido, no sin opinion de haber abortado dos hijas, con grandes dolores y esfuerzos, que habiéndola sangrado otra vez los médicos, y la tercera del pié en agua, y la cuarta en lo alto de la frente, y ventosas una infinidad de veces,» acabó por quedar insensible de puro extenuada. «Los médicos le han sacado aún dos veces sangre, dice el embajador veneciano: no saben más remedio que éste para todas las dolencias» (8), y rehusan emplear los medicamentos enviados de Francia por Catalina: «han despreciado la mayor parte de ellos, como grandes asnos que son, sin tener más que presuncion y arrogancia» (9).

Estos detalles son necesarios: no sólo están justificados por el interés que inspira esta delicada princesa, metida ántes de su pubertad entre la rigidez de aquella etiqueta y las implacables extravagancias de aquellas preocupaciones; sino porque hacen comprender tambien cómo morian prematuramente las mujeres de Felipe, cómo van á morir los hijos, y cómo los que no mueren están faltos de juicio ó enfermos. Cuanto más multiplica este rey sus matrimonios, tanto más aumenta el número de sepulcros en el panteon real. Aquella vida lúgubre, ceremoniosa, sin alegría, sin aire, extingue la familia por la muerte ó por la demencia. Todos estaban sujetos á reglas inflexibles, y podia decirse de cada uno de ellos lo que más tarde del

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 365, Armenteros al rey: «Tiene tambien gracia y donaire con las damas en las cosas de pasatiempo y entretenimiento.»
(2) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 507.
(3) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág. 539.
(4) Ms. Archs. nac., R. 1505, pieza 34.
(5) Ms. Rec. *of.* n.° 635, Challoner to the queen, 27 agosto 1564.
(6) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 3162, fol. 107.
(7) *Ibid.* n.° 3163, fol. 1.°
(8) Carta de Soranzo, extr. de Gachard, *Felipe II y Don Cárlos*, página 90.
(9) Ms. Bibl. nac. franc, 10752, fol. 390.

rey Felipe III (1): «Sus actos y ocupaciones son siempre los mismos y van á paso tan igual que dia á dia sabe lo que hará toda su vida. Al levantarse, segun el dia que es, sabe ya qué negocios ha de tratar ó qué deleites ha de gustar.» Era menester que la misma Catalina interviniera para obtener de la camarera mayor que la jóven reina pudiera «hacer ejercicio, porque esta gente no quisiera que diera un paso, sino en litera, ó llevada en una silla, y sin embargo, Su Majestad querria andar moderadamente por el palacio ó por el jardin» (2). ¡Si á lo ménos pudiera respirar un poco el aire libre!... escribia Catalina, que estaba acostumbrada á las alegres cabalgatas por los bosques (3). Despues, cuando supo que habia entrado en convalecencia, despues de una nueva purga «de agárico que le produjo hasta treinta y dos ó treinta y tres cámaras» (4), ofreció enviar dos mujeres muy experimentadas, como quiera que, segun ella, provenia la enfermedad de no haber sido auxiliada, segun convenia, cuando abortó (5). La opinion general era que la curacion era milagrosa: la jóven princesa era tan simpática á los españoles que multiplicaron sus procesiones y peregrinaciones «siendo éstas, más bien que los médicos, causa de la curacion» (6).

Su madre procuró utilizar las emociones de esta enfermedad para aparecer en buen acuerdo con su yerno. Recorria á Francia, se detenia en las principales ciudades (7), y procuraba robustecer su autoridad; pero sentia la necesidad de prevalerse de la benevolencia del rey de España á los ojos de los católicos exaltados y de los príncipes vecinos que no abandonaban sus deseos de usurpacion. Francia, decia el duque de Saboya, está postrada y cae en descomposicion; el rey de España no tiene más que decir una palabra para que me haga restituir á Pignerol y Savignan (8). Era pues indispensable simular una completa inteligencia con España para conjurar estos peligros. Catalina se empeñó en decidir á su yerno á que hiciese un viaje á Francia, donde los festejos de una solemne entrevista pudieran hacer creer en una alianza sincera.

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 24195. *Viaje de los holandeses.*
(2) *Ibid.* n.º 10751, fol. 788.
(3) Ms. Arch. nac. K, 1505, pieza 4 del legajo primero.
(4) Cartas de Saint Sulpice y de Challoner. Véase tambien Gachard, *Felipe II y Don Cárlos*, pág. 148.
(5) *Ibid.* Este ofrecimiento fué repetido despues. Catalina creyó útil añadir: «Estas dos mujeres me han servido á mí y son buenas católicas.» (K. 1501, pieza 15.)
(6) Brantome.
(7) Este viaje comienza el 13 de marzo de 1564.
(8) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 43. «Vista la defluentura y trabajos...»

Estos preliminares duraron muchos meses. Felipe escuchaba las largas peroraciones del embajador sin manifestar cansancio ni expresar adhesion ni desacuerdo. Tiene una paciencia extraordinaria, escribia por aquella época el enviado inglés (9), para escuchar lo que se le dice; toma notas, recibe con benevolencia las memorias y documentos que se le presentan; pero ni su actitud ni sus palabras permiten en ningun momento, ni áun cuando está poseido de enojo ó júbilo, observar un cambio en su calma acostumbrada. A su lentitud natural en tomar una determinacion, uníase la costumbre de consagrar á los ejercicios religiosos, no sólo todas las mañanas («aquí no se trabaja por la mañana» (10), sino tambien más de veinte dias enteros cada año, con lo cual retrasaba todos los negocios y aburria á los extranjeros que tenian alguno pendiente con él. En el momento en que Catalina le instaba más para obtener de él la entrevista, se puso en camino para el monasterio de la Esperanza á fin de pasar en él las fiestas de Navidad, y no volvió á la corte, retenido por el mal tiempo, hasta el 20 de enero siguiente (11), dejando en suspenso la gobernacion de sus estados durante este período. Estaba decidido desde el primer momento á no moverse para jugar en persona esta partida con Catalina, pero no perdia de vista las ventajas de una entrevista con ella: creíala muy capaz, si se acentuaba la lucha, de estimular las turbulencias de Flandes y áun de abastecer las flotas del Gran Turco. Con esto se decidió á enviar á Francia á su esposa Isabel para que atrajera á su política el ánimo de Catalina, merced á las expansiones del cariño filial. Aparte de esto, sus corresponsales habituales de Guyena le instaban á que intentara este pacto de familia (12). Cesó pues de exigir un programa trazado de antemano sobre las cuestiones que habian de tratarse en la entrevista (13) y avisó á Montluc *su primo* que, siguiendo sus consejos, consentia en el viaje de su esposa á Bayona, donde encontraria á su madre, y lo inducia á acompañar á Catalina, porque encontraria al lado de la

(9) Ms. Rec. of. n.º 466, Challoner to the queen, 9 junio 1564: «Hardly shall a stranger by his countenance or words gather at any great alteration of mind either to anger or rejoicement but after the fashion of a certain still flood.»
(10) Ms. Bibl. nac. franc. 10751, pág. 76.
(11) Ms. Bibl. nac. franc. 3163, fol. 47. Ausencia desde el 20 de diciembre de 1564 hasta el 20 de enero de 1565.
(12) Ms. Arch. nac. K. 1505, piezas 25 y 30.
(13) *Ibid.* K. 1501, pieza 50. «Enviar a dezir claramente qué son estas cosas que en estas vistas avian de tratar para que el rey pueda pesarlas.»

reina católica un personaje con quien poder comunicar, hablar libremente y discutir lo conveniente al bien de la religion (1).

Un singular contratiempo comprometió este acuerdo tan lentamente alcanzado. En efecto, en aquel mismo momento desembarca en Marsella un embajador turco que viene á pretender que Francia garantice la seguridad en sus puertos de las flotas otomanas que en guerra con todas las otras potencias cristianas del Mediterráneo sitian en Malta á los caballeros de San Juan, é invoca la antigua alianza entre las dos coronas (2). ¿Puedo dar fe á semejante horror? exclama Don Francés de Alava presentándose á Catalina. ¡Va á recibir vuestro hijo á un embajador turco! ¡En el momento en que os prepara Dios en Bayona los más preciosos favores, vais á abrir en esta misma ciudad una puerta para que entre ese embajador de Satanás, enviado por el infierno para aniquilar los beneficios que Dios os destinaba!.... Viendo Catalina descubierto su secreto, se turba hasta tolerar estas palabras que confunden con la proteccion de Dios la alianza de Felipe II; toma de la mano al embajador, lo aparta de los testigos de esta escena, y no sabiendo qué decir ni cómo ocultar su turbacion, exclama de pronto: Satánico embajador, sabed que unos navíos turcos acaban de cautivar cuatrocientos súbditos mios en las costas de Provenza. Despues insiste en esta nueva imaginaria, improvisa, refiere los pormenores, y no atreviéndose á negar la aproximacion del turco, afirma que sólo verá al general de las galeras; pero con la ayuda de Dios, añade, esto no impedirá la entrevista. Y así diciendo, rompe á llorar.—«Aquí le saltaron las lágrimas de los ojos, escribe Alava; y cierto, aunque ella las da fácilmente, conocíle dolor y la dixe que Vuestra Majestad se escandalizaria; pues ¿cómo no se ha de escandalizar el rey y reyna mys señores y toda la christiandad que en esta sazon oyais al embaxador del turco, cabeza de los infieles y quizá á tiempo questá su armada batiendo alguna de las tierras del rey mi señor?»

Hacia dos meses que Isabel estaba en camino en el momento de esta escena (3). Habia partido el 8 de abril y no pudo llegar á la frontera francesa hasta primeros de junio: tan difíciles eran entónces las comunicaciones en España. Su madre fué á recibirla á San Juan de Luz (4) y la condujo á Bayona, adonde hicieron juntas su entrada solemne. La reina de España venia en una hacanea con riquísimos arneses bordados y guarnecidos de perlas (5), y seguida de unas veinte damas francesas todas. «No venia más que una española, Doña Magdalena Giron, escribe con malevolencia el embajador inglés (6). Creo que se ha querido, sobre todo, evitar la humillacion de presentar á la famosa corte de Francia la triste compañía de las que se dejaron atrás; entre todas ellas, sólo era bella Doña Magdalena Giron.» Esta es tambien la opinion de Brantome; pero más bien debe creerse que los españoles conservaban aún la usanza moruna de no querer que viajaran sus mujeres, á fin de no iniciarlas en las costumbres de los países vecinos y que les prohibieron el viaje á Bayona, como ántes el de Lóndres.

El duque de Alba era el político que Felipe habia elegido para hacer frente á Catalina, y por él son conocidos los menores sucesos y accidentes de aquellas jornadas. Da, en efecto, cuenta todas las noches al rey de todo lo que oye y ve, con tal y tanta fidelidad, que, leyendo sus páginas, nos hace penetrar en su misma vida.

Uno de los primeros que desde San Juan de Luz vienen á caracolear á su alrededor es Montluc. Mi primera palabra al abrazarlo, porque lo he abrazado, dice el de Alba, ha sido para abrirme el camino de su vanidad. Vos sois el autor de todo este ruido, le he dicho al oido, y de la reunion de estas princesas y de este júbilo. Despues refiere el duque las palabras de Montluc. —Si todos hubieran hecho lo que yo en estas últimas guerras, esto es, si no hubieran dejado hombre con vida, estaríamos tranquilos hoy; pero se daban las manos, se llamaban primos y hasta hermanos... Lo único conveniente es hacer una guerra sin cuartel á la canalla; yo os daré una nota si me prometeis secreto. Supongo que leeis el francés; ¿eh? Pero que no sepa nadie que os he dado yo una nota (7). El cardenal de Borbon es sin duda un buen católico, pero no se cura sino de tener contenta á la reina.—

(1) Ms. Arch. nac. K. 1505, piezas 29 y 30. «Que con la reyna mi mujer yrá persona con quien él podrá comunicar y hablar libremente y avisarle de lo que conviene al bien...»

(2) *Ibid.* K. 1503, núms. 106. D. Francés al rey, 28 mayo 1565. «El turco envia un embaxador á pedir libres y seguros los puertos, vituallas y municiones como siempre conforme á la amistad que con esta corona ha tenido.»

(3) El viaje dura desde el 8 de abril hasta el 14 de junio, fecha de a entrada en Bayona. Cabrera, tom. I, pág. 423.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1504. pieza 14, Antonio Perez á Gonzalo Perez.

(5) Brantome.

(6) Ms. Rec. of., 1168. William Phayre to Cecil, 12 mayo 1565.

(7) Esta nota existe: es de junio de 1565, y figura en Arch. nac. K. 1503, pieza 14.

Al recibir esta nota, al escuchar las bajas confidencias de los demás jefes católicos, el español debió de mirarnos con desprecio. Acaso no vió más que instrumentos que se podian utilizar: de ello habla sin repugnancia.—El duque de Montpensier ha venido á echarse en mis brazos de la manera más delicada, diciéndome que él, como todos los hombres de bien de este reino, sólo en Vuestra Majestad pone sus esperanzas; que por V. M. se dejaria hacer pedazos y que si le abrieran el corazon, se leeria en él el nombre de Vuestra Majestad.—Bourdillon, Sipierre, todos nuestros veteranos acuden á su alrededor. Con Catalina tiene una explicacion sobre el malhadado turco, obligándola á confesar que lo ha recibido y que Cárlos IX ha hablado con él. «Mal hecho, dice ella misma; pero yo no puedo abandonar á mis aliados, siquiera sean perversos. Fuera de esto, no hemos de tratar nada hasta concertarnos con vos.» Habla luégo el duque de Alba de comenzar por cortar las cabezas de algunos, para que todo sea despues más sencillo...—Dejemos para más tarde los negocios, interrumpe Catalina: dejad que me entregue ahora íntegramente á mi ternura.

El dia siguiente se va derecha á su hija.—Sé, le dice, que tu marido tiene gran desconfianza de mí y de tu hermano: con estos comienzos luégo se llega á la guerra. ¿Qué seria de nosotras, querida hija mia, si nuestros pueblos vienen á las manos? Se acabaron las cartas, se acabaron las expansiones, se acabaron las protestas de amor tan caras de una hija como la mia.—Nunca ha tenido mi esposo tal pensamiento, contesta secamente Isabel: se le han atribuido por vuestros mismos consejeros que no inspiran jamás pensamientos honrados.—Te has vuelto, hija mia, muy española.—Es mi deber; pero soy siempre vuestra hija, la misma que cuando me enviasteis á España.

Esta idea de guerra lanzada como sin intencion desde el principio, es cogida al vuelo por el duque de Alba como un pretexto para justificar su presencia en los demás coloquios entre madre é hija. Catalina lo acoge con fingido agrado, lo marea con mil proyectos, lo abruma con la relacion de lo que ha obtenido para la defensa de la religion, y quiere hacerle comprender los beneficios de su sistema de tolerancia. —El rey, contesta el de Alba, no puede admitir que dejeis herejes en Francia: si los consiente en vuestro reino, luégo los tendrá en el suyo y ántes que reinar sobre herejes preferirá perder la corona y la vida.—Es la primera vez que se formula este pensamiento, y las palabras del duque hubieron de ser muy del agrado de Felipe, porque las recogió de la carta de su enviado y, como veremos, las repite en adelante muchas veces. Pero expresaban un arrebato de fe que no podia comprender Catalina, y se limita á preguntar con dulzura el camino que debe seguir, los consejos que el mismo duque daria á Felipe, si se hallara en su situacion.—Nadie mejor que vos sabe lo que conviene hacer, contesta el de Alba, que teme que se le tienda un lazo. Catalina toma otra vez la palabra y se extiende largamente hablando de los favores que ha hecho á los católicos y de los progresos que les asegura la consolidacion de su autoridad.—O me inducís á error, interrumpe el duque, ú os haceis extrañas ilusiones. La religion no puede salvarse en Francia, sino por medio de una íntima union con el rey de España.—Añadamos al emperador.—Si el emperador entra en esta liga, contesta desconcertado el de Alba, sublevaríamos á todos los herejes de Alemania.—Basta de negocios por hoy, concluye Catalina; mañana continuaremos la discusion con el cardenal de Borbon y el condestable, que me acompañarán.

Al leer este pasaje de la carta de su enviado, hubo de saltar de la silla Felipe II, y aún se ven estas palabras trazadas al márgen con violenta mano: Mal negocio, si la acompañan estos. La reina, segun sus prácticas se burla del duque. —Y más abajo, enfrente del pasaje en que el duque dice que acaba de comunicar al condestable su coloquio con la reina, añade Felipe: No me place esto más.

Era una imprudencia, en efecto, introducir en el secreto de estos manejos personajes extraños á las maquinaciones de Montluc y demás católicos de Guyena. Las instrucciones del duque de Alba estaban conformes con las de Bardaxi, y se habian discutido ante Felipe en un consejo de gabinete, cuya reseña poseemos (1). —El primer punto es separarse de la reina madre, que carece de fijeza de ideas ó de rectitud de intencion: hay que alentar los manejos de Montluc y de los católicos. La reina de España embargará la atencion de su madre y disfrazará los proyectos, y aquí está la utilidad de la entrevista de Bayona. Ni los herejes ni el Papa podrán concebir sospechas.—Es decir, que Catalina debia entregarse á los que mantenian relaciones secretas con España desde dos años

(1) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 25.

atrás, destruir con la coalicion de su autoridad y sus iras toda disidencia religiosa y dejar que se estableciera regularmente en Francia el poder de Felipe sin suscitar recelos en el ánimo del Padre Santo ni provocar la resistencia de las potencias reformadas.

Pero Catalina habia vislumbrado el objeto desde la primera sesion, y no quiso ocuparse más que en divertimientos los dias sucesivos. Para atraerla de nuevo al terreno de la política, el duque de Alba y la reina Isabel hubieron de hablarle del casamiento de la princesa Margarita con Don Cárlos, y del de la princesa de

El emperador Maximiliano II

Portugal con Enrique de Valois.—A Don Cárlos, contesta Catalina, no tiene su padre maldita la gana de casarlo; en cuanto á la princesa de Portugal, no sé á qué título vendria á ofrecerla el rey de España.—Despues de esta infructuosa tentativa, quiere continuar el duque la discusion en la misma noche; pero se le retiene en una sala estrecha donde todos pueden oirlo. Habla de religion y encuentra á la reina madre tan sorprendida como si nunca se hubiera tocado este punto; se lo hace notar con bastante torpeza y se enfada ella grandemente,—no porque se enojara de veras, mas porque queria hacer semblante de ello.—No es este el momento de pedirle la separacion del canciller del Hospital; pero el duque de Alba, que ve acercarse la hora de la partida, propone fuera de propósito la cuestion y es rechazada con acritud.—Le echais en cara que es contrario al Concilio de Trento, dice Catalina; pues yo estoy muy resuelta á no aceptar los cánones de ese concilio hasta haber hecho examinar los que se refieren á la Iglesia galicana y á la prerogativa real.—Imposible ha sido conmover á la reina madre, escribe el duque de Alba, y plegue á Dios que su pensamiento verdadero no sea otorgar mayor libertad de conciencia que produzca mayores daños.—

A pesar de la agitacion del nuncio Santa Croce y los esfuerzos de la reina de España, no se puede *sacar nada más.*—Si vuelve Catalina á los proyectos de matrimonio para desviar los de la liga religiosa: Obtened ante todo la sumision á la Iglesia católica, replica el de Alba á su vez, haced castigar á los que están destinados á la condenacion, depurad los tribunales, cambiad los gobernadores.—En fin, la víspera de la partida, el 30 de junio, fué Catalina á ver al duque de Alba, con sus cardenales, mariscales y príncipes de la sangre.—Pareceis poco satisfecho, le dijo; hablemos otra vez.—Entónces propuso una liga contra los turcos (1); despues cuatro casamientos entre sus hijos y los de Felipe y el emperador (2).—No hará cosa buena, exclama el cardenal Granvela cuando recibe las copias de las cartas del duque: quiere simplemente ocultar su alianza secreta con los turcos (3).

Así esta estéril victoria sobre el duque de Alba no fué de provecho para Catalina; le fué al contrario perjudicial por uno de esos giros que arrastran las injusticias de los partidos. Al verla hablar tan misteriosamente con sus peores enemigos, los hugonotes hubieron de imaginar que se tramaba algo contra ellos: el duque de Alba, siempre bien informado, supo estas sospechas, y en vez de comprender que eran útiles á España, no supo hacer más que indignarse: He de deciros cuánto me he escandalizado de oir á los herejes quejarse de un concierto entre Vuestra Majestad y el rey de Francia, contra la existencia de ellos. Los historiadores han sido mucho tiempo víctimas de esta misma mistificacion: han creido que al salir de Bayona estaba decidida Catalina á acabar con los protestantes. Palabras mal comprendidas ó inventadas, una especie de armonía entre el miedo de los

(1) *Doc. inéd.*, tom. XXVIII, pág. 425, Alba á Alonso de Tobar.

(2) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 66, nota de Felipe «Trato de casamientos de sus hijos y hija, del príncipe mi hijo, hijo y hijas del emperador, rey de Portugal, y de la princesa Doña Juana mi hermana, y tambien de juntarnos en liga.» Véase tambien Ms. Bibl. nac. 3163, fol. 104.

(3) Papeles de Estado de Granvela, tom. IX, pág. 481, 516, 543 y 594.

unos y la malevolencia de los otros, el secreto muy bien guardado de discusiones sin alcance dieron motivo á una leyenda que confirmaron al parecer despues las faltas de Catalina.

Para dar una satisfaccion aparente á Europa castigó desde el mismo Bayona, no á los herejes, sino á los escritores y libreros. Era una antigua tradicion de los Valois tomar por accesos periódicos medidas brutales contra la imprenta. Sobre todo eran muy dados á quemar libros, pero el autor, bien que fuera ménos importante, podia ser tambien quemado. «Los cuales libros han sido quemados con el dicho Delagarde y otros» escribe el presidente Lizet al canciller (1) en tiempo de Francisco I. Catalina habia renunciado de antemano al empleo de la hoguera contra los escritores; habia prohibido «publicar y hacer imprimir libros, cartas, discursos ú otros escritos, ya en verso, ya en prosa, sin permiso del señor rey, so pena de ser ahorcados y estrangulados (2),» lo que no impedia secuestrar libros autorizados por el parlamento y por la facultad de teología (3). Pero en Bayona, durante los festejos, renovó sus instrucciones. «Viendo que se presentan todos los dias infinitos libelos difamatorios y otros escritos impresos, se ha resuelto reducir los impresores á cierto número; lo que se hará cuando sepamos cuántos puede haber en Paris y vuestro parecer acerca del número que racionalmente convendria dejar (4). En cuanto á los repartidores é impresores de libros prohibidos, no se podria hacer servicio más agradable que darles ejemplar castigo procurando que los oficiales no tengan en ello ninguna connivencia.» Los simples regentes de imprenta no están á salvo de la persecucion; y se les prende á lo ménos para obtener informes, á fin de «purgar el reino de semejante inmundicia.»

Medidas tan rigurosas, coincidiendo con la leva de un cuerpo de seis mil suizos destinados á defender nuestras fronteras, hicieron creer en un tratado secreto entre Catalina y Felipe, precisamente cuando la desconfianza recíproca alcanzaba sus mayores proporciones. Con la habitual credulidad de los partidos populares creyéronse en peligro los hugonotes. Este fué el único resultado de las falsas habilidades, de las engañosas deferencias, de la torpe doblez de Catalina en su lucha por el poder.

(1) Ms. Arch. nac. J. 966.
(2) Leber, *Del estado real de la prensa*, Paris 1834, pág. 17.
(3) Ibid., pág. 9.
(4) Ms. Bibl. nac. franc. 3194, fol. 67, Catalina al mariscal de Montmorency.

XI.—Nuevas dificultades con Francia

Felipe quedó corrido por no haber ganado nada sobre Francia y haber retrocedido á proyectos de matrimonio como los años anteriores. Atento á don Cárlos, contestó secamente que estaba comprometido con Austria (5), efugio nada sincero, como quiera que la salud y el estado mental de su hijo habian impedido concertar su matrimonio con su prima Ana, y áun se habia originado de aquí un enfriamiento en las relaciones de familia. Maximiliano (6) se habia quejado de las vacilaciones de Felipe, que sobrado tiempo habia tenido para decidirse (7); así, parecia que, para su otra hija Isabel, pensaba más bien en el rey de Francia que en Sebastian de Portugal en cuyo nombre la pedia Felipe II (8), bien que este jóven príncipe se hallara, poco más ó ménos, en el mismo estado físico que don Cárlos. Entre las proposiciones de Catalina, rechazaba Felipe aun la del casamiento de la princesa de Portugal, que tenia más de treinta años, con Enrique de Valois que apénas tenia catorce, á pesar de las elocuentes peroraciones de nuestro nuevo embajador, Forquevauls, que se esforzaba en hacer notar que todas las ventajas eran para la princesa (9), porque ella va hácia la noche y él viene hácia el dia, y dentro de cuatro años podrá gloriarse de tener por marido uno de los más bellos y apuestos príncipes de Europa, habiéndose visto más de una hermosa y jóven princesa casada con príncipes feos y viejos.» Pero Felipe hizo significar que estas negociaciones debian remitirse á otra época (10). Tuvo cuidado al mismo tiempo de someter á celosa vigilancia la correspondencia dirigida á Francia por la reina su esposa. Todas las cartas de Isabel se preparan en castellano en la cancillería y se corrigen por el rey, que no siempre se atreve á corregir por sí mismo la frase y señala los cambios necesarios con la palabra *ojo*, que pone habitualmente al márgen para llamar la atencion de sus consejeros; á las veces testa sus propias correcciones; luégo se traduce la carta en francés, se copia por la reina y se envia á su madre (11).

Una de estas cartas de Isabel á Catalina no

(5) Ms. Bibl. nac. franc. 10751, fol. 67.
(6) Era emperador desde la muerte de su padre Fernando en 1564.
(7) *Doc. inéd.* tomo XXVI, pág. 544. «El emperador me ha dicho harto friamente que habia ya habido harto y demasiado tiempo para resolverse.»
(8) *Ibid.* pág. 410 á 563 y tomo XXVII.
(9) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 79.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1507, pieza 3.
(11) Véase, entre otras, la minuta conservada en los Arch. nac. K. 1504, pieza 61.

fué redactada sin largas vacilaciones, como quiera que debia precipitar la solucion de una empresa diplomática que juzgaba de la mayor importancia Felipe II (1).

El cuerpo de San Eugenio, apóstol español, se conservaba en la abadía de San Dionisio: las negociaciones para obtener su cesion habian comenzado activamente en 1563 y duraron más de tres años. Sin temeridad puede creerse que Catalina no tenia en mucho la posesion de esta santa reliquia, pero no por eso dejó de ponderar la importancia del sacrificio que se le pedia; hizo intervenir al cardenal de Lorena, acaso más incrédulo que ella misma, para defender como abad de San Dionisio, la joya más preciosa de su tesoro; y con esto, cuanto más insistia Felipe, tanto más multiplicaba Catalina las dificultades: todos los pormenores de esta gestion se llevaban á Felipe, el cual dictaba personalmente las decisiones. Los documentos sobre el tal negocio llenan los legajos de la época y llevan en todas sus páginas las anotaciones de puño y letra del rey. Don Guzman de Silva habia renovado las instancias á su paso para Lóndres (2), y no pudo reprimir un grito de triunfo al saber el éxito de esta larguísima gestion.

«He entendido, escribe, que la reyna de Francia os ha otorgado el cuerpo de San Eugenio. Es negocio que ha muchos años que se ha deseado y áun procurado por la Majestad del Emperador y otros progenitores de V. M. Doy muchas gracias á Dios que se haya hecho por órden de V. M. y en su bienaventurado tiempo (3).»

Un capellan del coro de Toledo, «persona muy suficiente para todo lo que puede ocurrir en este camino,» es el elegido para recibir las reliquias, segun los ritos de la Iglesia. «Está así muy bien,» pone el rey al márgen. Y añade la nota: «Al cabildo le parescia que viniese secreta la reliquia hasta San Hierónimo de Madrid» (4). Causábanle grande inquietud los peligros que podia correr en el camino tan precioso tesoro y quiere que diariamente se le avisen los acontecimientos de la jornada. Por fin llega el piadoso cortejo á la catedral de Toledo: el rey acude sin demora á prosternarse ante las santas reliquias y acompañarlas desde Toledo (5) á la iglesia de San Jerónimo de Madrid: la reina, á quien dejó en Madrid, debe adelantarse sólo dos leguas para esperarle en Getafe. La víspera de aquel solemne dia, sus damas francesas que querian prepararla para la vuelta de su marido, despues de una semana de separacion, pretendian, cosa impía entónces en España, hacerle tomar un baño; pero no se le pudo ocultar á la condesa de Ureña, que aparentaba hallar muy bien el lavatorio, y veis aquí que la vieja lo hace saber muy luégo á los médicos españoles, los cuales prohibieron el baño puesto que la reina no estaba mala. Pero la reina comió aquel mismo dia morcilla de puerco y se halló mal toda la noche siguiente con vómitos y dolores de cabeza, lo que obligó á los médicos á tolerar el baño al siguiente dia (6). La reina, despues de haberse bañado, se trasladó á Getafe, encontró á su real esposo en el cortejo de las preciosas reliquias, se prosternó ante «el cuerpo de San Eugenio haciendo voto de ponerle su nombre al primer fruto de bendicion que Dios le diere, y rogándole lo alcanzara así de la bondad divina, de tal manera que piensa haber concebido esta infanta la noche siguiente» (7). Era el 14 de noviembre de 1565; la reina dió á luz el 12 de agosto siguiente á la infanta Isabel Clara Eugenia.

Durante todo el período del embarazo, la implacable etiqueta no dejó de perseguir á la jóven reina: pocas semanas ántes del parto, fué preciso redactar un testamento, segun costumbre. «Yo espero, dijo Forquevauls (8), que los que de esto le hablan morirán ántes que ella.» Vió á los notarios inventariar solemnemente sus joyas y muebles. Paréceme, escribia su madre (9), que no se debia hablar de estas cosas afligiendo el ánimo de una jóven en la delicada situacion en que está mi hija. Vino luégo la cuestion de la nodriza. «Los médicos se ocupan aún en escoger alguna buena nodriza entre unas cincuenta, todas ellas de porte bastante honesto y sobre todo que sus antepasados no sean ni judíos ni moros» (10).

Se logró designar tres en virtud de su genea-

(1) Arch. nac , K. 1502, piezas 35 á 38. «Si S. M. entiende que conviene con su licencia se pida carta á la Reyna nuestra Señora para su madre...» El rey pone al márgen: «La carta se puede pedir á la reyna que no ay inconveniente en ello.»

(2) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 35.

(3) *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 514. «Muchas gracias á Dios que se haya hecho por órden de V. M. y en su bienaventurado tiempo.»

(4) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 13. «Está así muy bien.»

(5) *Doc. inéd.* tom. XXX, pág 7, Gonzalo Perez á don García de Toledo, 6 nov. 1565.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 10751, fol. 53, Forquevauls á la reina madre, 21 nov. 1565.

(7) *Ibid.* fol. 408. Véase tambien Cabrera, lib. VI, cap. XXII y XXIII.

(8) Ms. Bibl. nac. franc. folios 270 y 276.

(9) *Ibid.* fol. 311. Véanse dos cartas de Catalina al rey de España. (Ms. Arch. nac. K. 1501, piezas 7 y 15.)

(10) *Ibid.* 10751, fol. 354. Forquevauls á Catalina.

logía; pero la competencia se prolongaba aún entre ellas muchas horas despues del nacimiento de la infanta, que se hubiera muerto de hambre, si una de sus damas de honor no hubiera despedido á dos: esta dama se llamaba doña Ana Fajardo, que se hizo notar por este rasgo de audacia; la nodriza preferida era doña Beatriz de Mendoza, «la cual abunda en leche y muy buena y es una bella mocetona de veinticinco ó veintisiete años» (1).

Al bautizo nuevo embarazo: el obispo de Segovia pretende oficiar como diocesano, y el arzobispo de Santiago como capellan mayor (2) y no cede ninguno en la competencia; ni creen su honor á salvo, si no oficia el mismo nuncio del Papa. Sobre esto, el padrino don Cárlos se halla muy débil para sostener á la infanta en sus brazos, y hay que apelar á don Juan, hijo natural de Cárlos V, para tenerla durante la ceremonia (3).

La jóven madre, entre tanto, es segun costumbre purgada y sangrada dos veces del pié (4); y sólo se rebela contra los médicos, cuando quieren ponerle además ventosas; y todavía no evita las ventosas, sino tomando una nueva purga (5).

Luégo que escapó de las manos de los médicos, estos fueron á ejercer su industria en el rey, el cual fué atacado de la fiebre el mes siguiente. Comenzaron por sangrarlo y despues «estos doctores (6) son de diversas opiniones, porque los unos querian sangrarlo otra vez el dia siguiente y los otros administrarle una purga.» Vencieron los primeros y orgullosos de su triunfo «querian sangrarlo ayer por vez tercera, pero con mejor acuerdo se resolvieron á purgarlo y la medicina habia hecho buena operacion ayer tarde» (7) lo que no nos dispensa de dar á la reina píldoras que la privan de conceder audiencia áun al mismo Forquevauls «por no impedir su operacion.» Este embajador sabe sin embargo, que estaban compuestas de agárico y agregativo (8). En aquel momento tenia muy delicadas discusiones que sostener sobre una aventura que no hacia honor á Catalina.

El rey de España habia sido investido por una bula pontificia de las tierras de América, excepto el Brasil que habia conferido el Padre Santo á Portugal. Más tarde se verá cómo estaba administrado aquel vasto imperio. No puede dudarse que el Papa habia dado estas tierras para asegurar la conversion y no el exterminio de los indígenas; pero es cierto igualmente que nadie negaba los derechos de España. Así cuando, á pesar de la paz establecida y observada entre Francia y España, fueron á fundar una colonia á la Florida algunos navíos franceses, fué un simple acto de piratería. Catalina debió impedir la expedicion ó negociar con España para autorizar su establecimiento. Pero ella favoreció la partida de los franceses, luégo la desaprobó en apariencia, despues los abandonó á la crueldad de los españoles, y finalmente, despues del desastre, formuló impotentes y torpes reclamaciones. Un mes ántes de la entrevista de Bayona salió de España la expedicion de Pedro Melendez contra nuestros nuevos establecimientos de la Florida (9). Pero el duque de Alba se guardó de hablar de esto á Catalina y se vanaglorió de esta reserva (10). Nuestro gobierno creyó sin duda que Felipe empleaba contra los turcos todas sus fuerzas navales y que no tendria flota de guerra para América: Forquevauls tuvo á lo ménos esta ilusion y escribia: Queda por saber si los españoles tendrán más aficion á cazar franceses en la Florida que á resistir á los mahometanos (11). Pero no pasó mucho tiempo sin que viera traer á España para el servicio de las galeras el pequeño número de franceses que no habia sido exterminado por Melendez. Uno de estos desgraciados, Juan Memin, hijo de un burgués de la Rochela (12), le hizo esta relacion: Nosotros podíamos ser hasta seiscientas bocas, incluyendo mujeres, niños y jóvenes para cultivar la tierra. Unos quince dias despues de nuestro arribo, juéves por la mañana, se descubrieron veinticinco bajeles, que venian derechos al fuerte. Los capitanes Juan Ribaut y Laudonnière acordaron embarcar en los nuestros algunos soldados para ir á ver. Al descubrir los seis barcos franceses,

(1) Ms. Bibl. nac. franc. fol. 391.
(2) Martha Freer, tom. II, pág. 183 á 190.
(3) Forquevauls, carta citada del 26 agosto 1566.
(4) *Ibid.* fol. 387.
(5) *Ibid.* fol. 393.
(6) *Ibid.*, fol. 443, carta citada de setiembre de 1566.
(7) *Ibid.* fol. 450, carta del 13 de setiembre. No era indiferente en sus curiosas teorías terapéuticas emplear la sangría ó la purga. Véase á Mauricio Reynaud, *los Médicos en tiempo de Molière*, p. 179. La enfermedad no puede provenir mas que de la superabundancia ó vicio de los humores: en el primer caso hay plétora y se debe sangrar; en el segundo hay cacoquimia y se debe purgar. No se debe administrar la purga hasta despues de la coccion de los humores, y purgar separadamente la bilis, la atrabilis y la flema. Es como dice Molière dar remedio «á la corrupcion de vuestra sangre, á la acritud de vuestra bilis, á la feculencia de vuestros humores »
(8) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 448.
(9) Ms. Rec. of. 1168, William Phayre to Cecil, 12 mayo 1565.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1504, pieza 30.
(11) Ms. Bibl. nac. franc. 10751, carta del 21 de noviembre.
(12) Ms. Bibl. nac. franc. fol. 472 y siguientes.

se retiraron los españoles anclando á quince leguas del fuerte. Este fuerte era un recinto, cuyos fosos se habian hecho en algunos dias y sólo podian defenderse contra los indios. Aquella misma noche á deshora, se acercaron los españoles, mataron al centinela á la sordina, salvaron los fosos, encontraron dormidos á todos los franceses é hicieron una carnicería. Al dicho Ribaut le cortaron la barba, para enviársela al rey de España, al decir de ellos. Las pocas mujeres y niños que no mataron fueron vendidos como esclavos en Puerto Rico.

Cuando Catalina quiso quejarse de este golpe de mano, contestó friamente Felipe: La queja es vana, puesto que los franceses que sin vuestro consentimiento fueron allá han sido castigados (1). Forquevauls no pudo ménos de decir al duque de Alba que Melendez habia sido mejor verdugo que soldado (2).

XII. —Continuacion del espionaje en Francia

Pero ya extendia su mano sobre Francia Felipe II, y leia con mucho gusto un libelo que lo designaba como el único soberano legítimo de los franceses en virtud de los derechos de una hija de Luis el Atrevido, la cual se habia casado con uno de sus antepasados. El que ha publicado ese escrito, decia desdeñosamente Catalina, tiene más necesidad de aprender que de hacer que se burlen de él dando á luz obras tan necias (3). Los manejos de Montluc eran más alarmantes: continuaba, desde la entrevista de Bayona, su correspondencia secreta por medio de los dos Bardaxi y repetia (4) que la reina no se cuidaba de que la religion católica se perdiera. Dirigia notas sobre la urgencia de una intervencion española (5), comunicaba á Felipe cartas de Juana de Albret y de su hijo (6), recibia órdenes del rey de España, ahora por cartas de Ruy Gomez (7), ahora por Felipe Bardaxi (8) que se mantenia á su lado para dar avisos, decia el rey, de todo lo que es útil *á nuestro servicio* (9) y como el más capaz de comprender la importancia, en aquella ocasion, de recibir las confidencias de Montluc y para avisarle de las inteligencias y designios de los franceses (10). Montluc tuvo hasta el descaro de pedir al rey de Francia una comision de capitan francés en favor de este Felipe Bardaxi, que recibia de España una pension de cuatrocientos ducados para sostenerse durante el tiempo que asistiera á Montluc (11) y que dirigia memorias sobre el estado de los ánimos en la Guyena (12). Montluc pretendió que se le autorizara para reclutar y mandar seiscientos hombres, pues aunque era español, tenia la mayor parte de su hacienda en Francia (13).

Durante estas traiciones de Montluc, contraste singular, su propio hijo y su hermano estaban señalados como enemigos de España. Su hijo, el capitan Peirot, preparó en el verano de 1566 una expedicion naval que pretendia dirigir ya contra la isla de Madagascar (14), ya contra los enemigos del rey de Dinamarca (15). Los españoles creyeron que esta flota iba destinada á la Florida y se negaron á recibirla en la rada de Madera. El capitan Peirot tomó por asalto la ciudad de Madera pereciendo en la demanda, y fué oficialmente condenado por Catalina como lo fueron ántes los capitanes Ribaut y Laudonnière (16). En cuanto al hermano de Montluc, el obispo de Valencia, estaba ocupado en la ciudad de Tolosa en reprimir el tumulto de los estudiantes españoles de la universidad, que se habian puesto al servicio de los católicos exaltados para oprimir á los moderados. El tumulto habia comenzado por una diferencia entre un español y un francés: españoles y franceses pasaron por delante de las aulas armados como en guerra, y fueron tan imprudentes que se desafiaron públicamente. Hallaron en una escuela á un jóven lemosino que no habia abandonado sus libros y dándole muerte lo arrastraron por las calles gritando: ¡Mueran los luteranos! Fueron sostenidos por el populacho y por los capitulares que les distribuyeron coseletes y arcabuces (17) con tal parcialidad que los estudiantes franceses tuvieron que salir de la ciudad. Hay en los capitulares,

(1) Ms. Bibl. nac. 10751, Felipe á Catalina, 18 febr. 1566.
(2) *Ibid.*, fol. 185.
(3) Ms. Bibl. nac. fol. 195, Catalina á Forquevauls, 6 marzo 1566.
(4) Ms. Arch. nac K. 1505, pieza 147.
(5) *Ibid.* pieza 47.
(6) *Ibid.* K. 1506, piezas 94 y 95.
(7) *Ibid.* K. 1506, pieza 48 y K. 1507, pieza 118.
(8) *Ibid.* K. 1506, piezas 8, 46, 91.
(9) *Ibid.* K. 1506, pieza 88, Felipe á Bardaxi, 13 feb. 1567.

(10) Ms. citado. «Será bien que pues entendeis de la importancia que es en estos tiempos y ocasiones tener persona confidente acerca de Montluc por quien él nos pueda avisar de las inteligencias y designios de franceses...»
(11) *Ibid.*
(12) Ms. Arch. nac. K. 1507, pieza 118.
(13) *Ibid.* K. 1510, pieza 10, y Ms. Bibl. imperial San Petersburgo, citado por M. de Ruble, Correspondencia de Montluc, tom. V, pág. 122.
(14) *Comentarios de Montluc*, edicion de Ruble, tom. III, pág. 76.
(15) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 15882.
(16) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 10751, folios 492 y 523.
(17) Ms. Bibl. imp. San Petersburgo, publicado por M. E. de Barthelemy, pág. 319, el obispo de Valencia al rey, 20 julio 1566.

dice el obispo de Valencia (1), ó una gran malicia ó una extrema ignorancia: no quiero más pruebas que la de haber alistado estudiantes españoles, para servirse de ellos en armas, sin haber llamado uno siquiera de nacion francesa.

Los informes é influencias de Felipe no eran ménos seguros en Paris que en el valle del Garona.

Verdaderamente, su embajador, don Francés de Alava, tenia una imaginacion tan sombría que en todas partes le hacia ver herejes y conspiraciones; sus cartas daban apariencias de maquinaciones contra España, con suposiciones casi siempre ridículas, á las más insignificantes aventuras. Así, refiere con mucha seriedad como una empresa de los herejes para apoderarse del rey una anécdota bastante ingenua (2). En el carnaval de 1567, el señor de Crusol condujo al jóven Cárlos IX, que tenia á la sazon diez y seis años, á cierta casa donde le esperaba una damisela de la ciudad. Despues de una opípara cena, hubieron de encerrarlo con ella en un aposento; pero el rey salió muy inocente y aun enojado porque lo habian tenido bajo llave. Tres ó cuatro dias despues refirió el paso al genovés Fragoso á quien confesó su enojo por haberlo encerrado con la moza: Fragoso le dió explicaciones, que sin duda exacerbaron el enojo del rey, y fué expulsado de la corte sin demora por mandato de Catalina.

Pero no siempre alteraba los hechos esta suspicaz credulidad, como quiera que los denunciaban tambien ánimos más levantados. Los Guisas, mucho mejor informados que Montluc y más sagaces observadores que Alava, iniciaban sus relaciones secretas con España. El cardenal de Lorena, M. de Aumale y yo, escribe Alava (3), tenemos una cita á media legua de Paris, mañana á las diez de la noche. La reina quiere reconciliarlos con los Chatillon y yo irrito cuanto puedo el resentimiento de ellos. El cardenal no temia escribir directamente á Felipe y decirle: Dios ha permitido hasta aquí tales turbulencias (4) para llamaros á la venganza de tantas herejías y blasfemias de su santo nombre y preciosos sacramentos.

Catalina comenzaba á cansarse de este espionaje y de las retractaciones que se exigian de ella: Alava se hacia más intolerable que su antecesor y no paraba de formular quejas sobre las expediciones navales, sobre el ejercicio del culto concedido á los hugonotes, sobre las bandas de franceses que pasaban la frontera para llevar refuerzos á los descontentos de los Países Bajos. Catalina se vió obligada á disimular para esquivar un peligro contra el cual no habia sabido tomar precauciones: los antiguos tercios españoles se reunian á las órdenes del duque de Alba, ignorando ella quién iba á ser atacado. ¿Seria Turquía, Flandes ó Francia? Juana de Albret se inquietaba por el Bearn y procuraba sonsacar al tenebroso Alava. Es, solia decir éste, la criatura más mezquina que he visto, y hereje apasionada (5).

Nuevas inquietudes, cuando se sabe que el ejército del duque de Alba está destinado á los Países Bajos. Ese ejército, exclama Catalina, no puede pasar por Francia: seria menester franquear las montañas más elevadas y estériles de Francia y batirse contra los herejes que no dejarian de ponerse en armas. Y ha añadido expresiones de cariño y cien mil chocarrerías y adulaciones á Vuestra Majestad (6), termina diciendo Alava.

Pero algunos meses despues, el ejército del duque de Alba estaba ocupado en Flandes. Catalina habia reclutado seis mil suizos y sabia por Forquevauls los embarazos de Felipe II. «No tiene cuenta al rey de España hacer la guerra á nadie, y ménos á V. M. porque tiene otras madejas que desenredar» (7). Los turcos asolaban las costas de Italia, los príncipes luteranos de Alemania levantaban tropas para favorecer á los rebeldes de los Países Bajos, los moriscos de Andalucía y Murcia comenzaban á removerse, el príncipe don Cárlos se entregaba á extravagancias humillantes; todos los peligros y recelos se acumulaban al parecer en torno de Felipe II. Catalina se creyó libre de su pesada vigilancia y contestó orgullosamente á una reclamacion de Alava contra nuestros puertos de Brouage y Marennes, que habian admitido corsarios franceses cargados de despojos de dos galeones del Perú: No me escribais más cartas tan retóricas, ó se las enviaré al rey mi yerno, que conoce mejor que vos mi buena voluntad (8).

No pudo sostener mucho tiempo esta altiva

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 15882.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1507, del 8 de marzo de 1567, postdata autógrafa.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 99, del 19 mayo 1566. «Ando fomentándolos cuanto puedo »

(4) *Ibid.* K. 1509. Es á propósito de las turbulencias de los Países Bajos.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1507, pieza 2 B.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1507, pieza 2 B.

(7) Ms. Arch. nac. 10751, fol. 631, marzo 1567.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1508, del 30 abril 1567. La carta de Alava es del 28 de abril, K. 1508, pieza 50. «No puedo dexar de dezir á V. M. que tengo por fe que si el rey christianísimo tuviera edad para

actitud, viéndose luégo á su vez abrumada de inquietudes. Los hugonotes se levantaron en armas, intentaron arrebatar las personas de Cárlos IX y Catalina y batieron en Saint-Denis á las tropas reales: tuvo, pues, Catalina que humillarse á su yerno, implorar apoyo, ofrecer una alianza sumisa en trueque de esta ayuda «que nunca agradeceremos bastante á V. M., asegurándole que si viene en ayudarnos todas las fuerzas que tiene el rey mi hijo están á vuestro mando» (1). En cuanto llega un cuerpo del ejército del duque de Alba, se da prisa Catalina en dar á conocer á Felipe (2) el héroe que ha educado para la liberacion de los católicos, «mi hijo el duque de Anjou, á quien el rey mi hijo ha hecho su lugarteniente para librarnos á nosotros, primero, y despues á toda la cristiandad.» En fin, por una inesperada evolucion, concluye súbito la paz con los hugonotes y despide á los peligrosos auxiliares que le ha suministrado la sospechosa deferencia del duque de Alba.

CAPITULO VII

PRIMER PERIODO DE LA LUCHA CONTRA EL ISLAMISMO.—1559-1568

NECESIDAD DE GUERRAS CONTRA LOS OTOMANOS.—DERROTA DE MOSTAGAN.—DESASTRE DE GERBA.—DEFENSA DE MERS-EL-KEBIR.—TOMA DEL PEÑON DE VELEZ.—LIBERACION DE MALTA

I—Necesidad de guerras contra los otomanos

Miéntras se desarrollen en el porvenir los anales de la humanidad, será honor de los españoles haber conservado por espacio de diez siglos la mision de defender contra las razas inferiores la civilizacion europea. En tanto que ellos derramaban su sangre y se detenian en las costumbres militares, permitian á sus hermanos de la familia *ariana* reunir el tesoro de nuestros conocimientos y de nuestra cultura técnica. Los sufrimientos que costaron estas luchas han de buscarse hoy en leyendas ó crónicas olvidadas. Pero áun cuando el suelo de España fué rescatado, quedó amenazador el peligro sin que la seguridad estuviera afianzada ni en el mar ni en las costas.

Los barcos eran acechados en la rada de Cádiz y en la ria de Sevilla y apresados por los corsarios turcos con un botin enorme á veces (3): sobre la pérdida del cargamento, tenia que soportar el comercio la elevacion del flete, inevitable en relaciones expuestas á tales accidentes. Los barcos de pesca no estaban más seguros, ni ménos los pescadores: retirábanse de noche á una torre, donde ponian vigilantes; pero muy á menudo vigilantes, patrones y marineros que habian visto ponerse el sol en España, lo veian salir en Tetuan (4). Con frecuencia tambien los simples paseantes eran sorprendidos en medio de su solaz: Habíamos entrado en una gruta tapizada de madreselva, y en medio de la comida, vimos aparecer á la entrada de la cueva unos hombres con casquetes rojos y capas blancas, que gritaron: ¡Perros! entregaos (5). Ni las galeras reales ni la presencia misma del rey tenian á raya la audacia de aquellos piratas: en el momento en que Felipe II está en Valencia y miéntras no se habla más que de torneos, juegos de sortija, danzas y otras honestas diversiones, no pierden el tiempo los moros ni temen apresar barcos á una legua de esta ciudad y destruir todo lo que pueden (6). Porque se atreven á entrar tierra adentro, cuando son bastante numerosos y esperan hacer buena presa, de modo que se sabe á veces en la corte que los corsarios han desembarcado y entrado hasta nueve leguas en el país, llevándose cuatro mil almas cautivas (7).

Italia estaba aún más maltratada que España; la poblacion entera de una ciudad era lleva-

entender de la consequencia grande que son estos sobredichos casos, diera otro remedio en ellos...»

(1) Ms. Arc. nac. K. 1507, pieza 29, y Ms. Bibl. nac. 10751, f. 1097.
(2) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 1124, del 7 de diciembre de 1567.
(3) Ms. Rec. of. 248, Challoner to the queen, 24 jun. 1562. «The Moors have spoilt many merchant ships about Seville and Cadiz with a booty of more than 100.000 ducats.»
(4) Cervantes, *la Ilustre Fregona*.
(5) *Marcos de Obregon*, ed. Rivadeneyra, pág. 43.
(6) Ms. Bibl. nac. 3162, fol. 74, Saint Sulpice á Catalina.
(7) *Ibid.* 10751, fol. 483, Forquevauls al rey.

da en esclavitud, y los castillos tomados por asalto y saqueados. Un austriaco, Bartolomé Giorgewitz, dió cuenta de un cautiverio de treinta años entre los turcos (1), y sus detalles son horrorosos. Los hombres estaban obligados á rudos trabajos con insuficiente sustento; las mujeres parecian más desgraciadas, áun cuando caian en manos de las mujeres turcas (2); pero la suerte de los niños era la más miserable: unos eran arrebatados á los griegos y slavos tributarios, y no podria expresarse con palabras lo que costaba de lágrimas y suspiros el momento de la separacion (3); otros eran robados en Hungría y en las costas del Mediterráneo, y no se sabia más de ellos, siendo todos igualmente perdidos para la cristiandad. Este poder tan terrible de los otomanos reposaba efectivamente en una organizacion bastante salvaje, que permitia utilizar los cautivos. No hay que perder de vista, y es un detalle precioso para el estudio de las razas, que los turcos fueron peligrosos para Europa sólo empleando contra ella á los europeos: cuando el reclutamiento de los genízaros llegó á faltarles, quedaron entregados á sí mismos, es decir, á la impotencia y á la ruina.

Hay dos períodos distintos en la evolucion del islamismo, el de los árabes y el de los turcos. Se ha dicho, en cuanto es posible comparar los creadores de la civilizacion con sus peores enemigos, que los turcos fueron á los árabes lo que los romanos habian sido á los griegos. Sabian absorber á los vencidos y encerrarlos en su mundo. Los niños de ménos de siete años eran convertidos y sometidos á una educacion moral y física que les ofrecia como ideal supremo la muerte en el combate por la fe musulmana. Con esto, toda la virilidad del vencido estaba puesta al servicio del vencedor. De estos pobres séres, los más inteligentes, los más agraciados, los más hábiles llegaban á los empleos civiles y á los mandos militares; los demás entraban en el cuerpo de los genízaros, con la pluma de garza real en la frente y el flotante alquicel sobre la armadura. Así se ve, despues de la toma de Gerba por los turcos, cómo los niños españoles vienen á ser pajes del Gran Señor (4); crecian en una vida abyecta, sin mujer, sin amor, en una tortura moral que producia séres infames y esclavos de combate. De estas vergonzosas escuelas salieron los Kuprili y Dragut.

Mohammed Kuprili era un niño italiano, hijo de un conde Mastai Ferretti (5), de esa familia que ha dado á la Iglesia el santo papa Pio IX: llegó á la dignidad de gran visir, y tuvo por sucesor á su hijo Mohammed el Halcon. Estos fueron los que organizaron el poder naval de los turcos durante el siglo XVI y dirigieron todas las expediciones contra Cárlos V y Felipe II.

Dragut era un griego del Asia Menor: gracioso niño de roja cabellera, vino á ser paje de un corsario (6). Tomó sobre su amo un predominio irresistible, ejerció en su nombre el mando de la galera, hizo muchas y audaces travesías con que cobró celebridad entre los demás piratas. Sorprendido por los navíos de Doria fué cogido vivo, atado á un banco de galera y obligado á remar por espacio de cuatro años. Barbaroja, el jefe de todos aquellos aventureros, quiso rescatar al jóven camarada, cuyos principios habian sido tan afortunados, y despues de haberlo buscado inútilmente en las chusmas de Doria, lo encontró al fin y lo rescató á precio de tres mil escudos, «lo que fué una gran mengua para los que lo dejaron ir por tal avaricia» (7). Tales sufrimientos y vejaciones no debian hacerlo compasivo ante las miserias de los demás: obtuvo algunas galeras de Barbaroja, despobló varias poblaciones en la costa de Italia, se distinguió durante el sitio de Trípoli contra los caballeros de San Juan, recibió de la Puerta una semisoberanía en la Tripolitana y llegó á ser uno de los más terribles piratas del Mediterráneo. A la vista de una flota de Doria, que le daba caza, abordó una galera española cargada de soldados y víveres para los presidios de Sicilia, lo arrebañó todo y se salvó despues (8).

Otro pirata no ménos feroz que él era Uluch-Alí, su rival en las costas berberiscas. Habia nacido en la Calabria, donde era fraile, segun se decia, y al trasladarse á Nápoles para estudiar, fué cautivado y luégo renegó. «Yo creo que tomó el turbante por taparse la tiña» (9).

(1) Este libro fué publicado en italiano, en Florencia, con el extraño título: *Prophetia de mahometani et altre cose turchesche*, tradotte per Lodovico Domenichi, Firenze, 1548.

(2) *Ibid.* «Fra le quale vi sono alcuni tanto sporchi servigi che honestamente non si possono dire. (El que se cita no tiene nada de extraordinario.) Elle sono sforzate andarli dietro con un vaseletto d'aqua, per quando elle vanno a scaricare il corpo et purgar quelle parti.»

(3) *Prophetia de mahometani*, etc. «Nessuno potrebbe sprimere con parole con quai lagrime, pianti et sospiri...»

(4) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 709.

(5) Valiero, *Historia della guerra di Candia*, Venezia, 1679, página 528.

(6) Brantome, tom. I, pág. 110.

(7) Idem.

(8) Idem.

(9) Id. pág. 115.

Los adultos eran en efecto admitidos á cambiar de religion: aún se vió un capitan español sometido á esta tentacion despues de un combate en que fué hecho prisionero, á pesar de su valor. «El gran Señor y todos los bajáes lo solicitaban para que se hiciera turco» (1). Los renegados europeos ejercian los mandos importantes en las flotas otomanas (2). Pero con más frecuencia eran condenados á diversos trabajos ó autorizados á pagar rescate.

El servicio del rescate de los esclavos no fué organizado regularmente por los religiosos de la Merced hasta principios del siglo siguiente (3). Hasta entónces las familias de los cautivos trataban, por mediacion de renegados ó judíos, del rescate de los que estaban detenidos en la costa de Africa, considerando casi como perdidos á los que habian ido á parar á Constantinopla. De los tres embajadores extranjeros acreditados en la Puerta, el de Venecia sólo estaba admitido para negocios comerciales, el del emperador procuraba obtener la libertad de los prisioneros de guerra y aún se le ve dar pasos en favor de don Francisco de Corrales, oficial del regimiento de Sicilia (4), pero carecia de influencia con el sultan, quien segun el veneciano Navajero (5) no hacia caso de los alemanes, de los que decia que sólo eran buenos para zurrados.

El sultan Selim II

El embajador de Francia tenia más crédito, porque desde los primeros años del reinado de Francisco I, conservábamos con los turcos relaciones que no eran honrosas ni útiles. Tenian, sí, la ventaja de proteger el comercio de Marsella y las costas de Provenza contra las depredaciones de los corsarios; pero nos hacian en cierto modo cómplices de los horrores cometidos en las costas de Italia. Puede formarse idea de las vejaciones que tenia que tolerar nuestro agente en Constantinopla, considerándolo aislado, como estaba, en medio de aquel imperio de salvajes, renegados y esclavos. Ordinariamente era un obispo el encargado de esta malhadada mision (6), en la cual habia que escribir, por ejemplo, en el asunto de un empréstito que Cárlos IX pretendia levantar en Constantinopla: Diferiré el asunto del empréstito de tres millones de oro, no porque tema la vergüenza de pedirlo, sino porque tengo para mí que se lo negarán á Vuestra Majestad (7). Las más sensibles humillaciones para nuestro embajador hubieron de emanar de su impotencia para proteger á los cautivos que invocaban su apoyo. Entre estas súplicas desconocidas, hay una que merece salir del olvido.

Cuando tomaron los turcos Famagosta á los venecianos, llevaron á Constantinopla, entre sus cautivos, al jefe de los ingenieros que habia prolongado la defensa de la plaza con sus hábiles invenciones. Designado por el talento superior de que acababa de dar pruebas á la venganza de los vencedores, Jerónimo Magi, que así se llamaba el ingeniero, fué destinado á los más rudos trabajos del arsenal, miéntras no se elegia, para darle muerte, un suplicio de la más refinada crueldad. Cuando se retiraba por la noche extenuado de fatiga, aún tenia lugar de pensar en los tormentos que se le reservaban, y estas lúgubres imágenes turbaban su sueño; con todo eso tuvo fuerzas para escribir en elegante latin durante las horas de sus sombríos insomnios, un *Manual de la tortura*, que dedicó á nuestro embajador para interesarlo en su suerte. Su memoria era tan prodigiosa que le permitió citar textualmente los pasajes de los autores que habian tratado de las diversas clases de suplicio: por su libro podemos comprender hoy los procedimientos empleados con el nombre de *cuestion* (8). El

(1) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 709.
(2) Principalmente en la armada de Lepanto. *Doc. inéd.* tom. III, pág 252.
(3) Varios religiosos se ocupaban en esto hacia algunos años. La órden especial, fundada ya en 1218, se reformó en 1603. V. *Constituciones de los religiosos descalzos de la recoleccion de la órden de Nuestra Señora de la Merced, redempcion de captivos. Salamanca*, 1611.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 53, Felipe á Chantonnay.
5) Relaz. 1553.
(6) Montluc, obispo de Valencia; Noailles, obispo de Dax; Noailles, abad de Lisle, etc
(7) *Negociaciones en el Levante*, tom III, pág. 172.
(8) Hieronymi Magi Anglarensis *De equuleo*; libro raro, cuya pri-

francés tuvo el dolor de no poder admitirlo á rescate, pues sólo pudo lograr que se le sustrajera á largos tormentos, y en su virtud fué estrangulado el ilustre ingeniero y arrojado luégo al cementerio de los esclavos. «Soy demasiado amigo del rey de Francia para poner en libertad á sus enemigos,» decia el Gran Turco, cuando nuestro embajador intercedia en favor de algun cautivo español (1). Los mismos cautivos franceses no siempre eran admitidos á rescate: los turcos hubieron de conservar en sus mazmorras á los señores de Barres, contador de Dijon, y Cresset, comerciante de Montpeller, apresados en un viaje por mar, como rehenes de la restitucion de una jóven turca, llamada Fati, que era esclava de Catalina de Médicis. La reina madre la habia hecho bautizar con el nombre de Catalina Laturca y le daba alguna que otra vez un escudo para ir á la feria de San German ó para que fuera á confesar (2).

J. Andrés Doria

La madre de esta jóven turca no cesaba de reclamarla y habia conseguido interesar en su desgracia á las hijas del Gran Señor (3).

Tales hechos hubieran debido romper para siempre esta alianza, como quiera que, despues de comprometernos, ni nos servia con cosa de ayuda en nuestras guerras contra España (4). Más honroso hubiera sido cortar unas relaciones que sólo justificaban los falsos principios de una engañosa razon de Estado.

II.—Derrota de Mostagan

España, al contrario, permaneció fiel á la ley que la ponia en eterna pugna con el islamismo. Pero los soldados destinados á los presidios de Africa mostraban repugnancia á un servicio en que no era la muerte el menor mal. A tener cobradas sus pagas hubieran desertado de sus banderas, por lo cual no se las repartian hasta despues de su embarque (5). Para levantar su moral, el conde de Alcaudete, gobernador de Oran, hubo de emprender una expedicion sobre Mostagan (6), y avanzó con seis mil españoles y cinco mil jinetes de los *goums* árabes: pudo

mera edicion es de 1609; la de 1664 está adornada de grabados explicativos.

(1) Leti, lib. XV. pág. 350.

(2) Cimber y Danjou, *Archivos curiosos*, 1.ª serie, 1836, tom. IX, pág. 115.

(3) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 459, 764, 803.

(4) Véase el capítulo III.

(5) Ms. Rec. ot. n.º 664, Challoner to Cecil, foreign Elizabeth, tomo II.

(6) Cabrera, tom. I, pág. 231.

construir un reducto en Mazagran para encerrar en él un depósito de víveres; pero se vió luégo cercado bajo los muros de Mostagan por un ejército turco enviado de Argel, habiendo perecido él con todos los suyos, salvo los que fueron hechos prisioneros (1). Quiso Felipe vengar á una esta derrota y la que habia sufrido un año ántes la órden de San Juan, y al efecto preparó una expedicion para devolver Trípoli á estos caballeros.

III.—Desastre de los Gelves

El ejército de desembarco se reunió en Siracusa al mando del duque de Medina Sidonia, virey de Sicilia. El genovés Andrés Doria llevó allá sus galeras, pero no pudo ponerse de acuerdo con el almirante español, don Juan de Mendoza, y se pasó el verano en conflictos y quejas con los asentistas. Solia suceder que se trasladaran á bordo los soldados y fueran luégo desembarcados, bien porque el viento no permitiera hacerse á la vela, bien porque el duque de Medina Sidonia notara la insuficiencia de los remeros preparados. La permanencia de un verano en las costas de Sicilia entregó el ejército á las enfermedades y la escuadra á los embates de los vientos: sobre esto, mantenidos los soldados con galleta adulterada, amén de mal cocida, arrojábanla al mar, enteramente podrida (2), y ó morian de enfermedad, ó se sublevaban reclamando sus soldadas siempre vencidas. Por poderosos que sean los príncipes, toda tardanza es fatal á los ejércitos, dice el cronista oficial, deplorando la pérdida de cuatro mil hombres y de diez navíos en aquella inaccion que hubo de prolongarse hasta el mes de noviembre. Miéntras tanto, habíase armado la escuadra turca y estaba dispuesta á presentarse en el punto que fuera atacado. Medina Sidonia se hizo á la mar con los vientos de noviembre; tenia aún más de ochenta navíos y hasta unos doce mil hombres, entre los cuales se habian alistado un buen número de bandidos napolitanos (3). Bordeó sorteando el viento algunos dias, pero batido por una tempestad de una semana, tuvo que abrigarse en Nápoles y volver luégo á Sicilia. En enero quiso salir de nuevo con el proyecto de ocupar la isla de los Gelves, situada enfrente de la costa de Africa en los confines de Túnez y de la Tripolitana (4), á fin de instalar allí su ejército y dar el asalto á Trípoli en la primavera. Las tropas estaban desalentadas por las enfermedades, las dilaciones y los contratiempos; una fúnebre fatalidad les pareció presidir á una expedicion en que todo, desde los primeros preparativos, salia en contra.

La ocupacion de los Gelves se hizo, sin embargo, fácilmente: los moros del país se sometieron sin resistencia y prometieron pagar un tributo de seis mil escudos, cuatro gacelas y un camello. Pero miéntras hacia levantar con su acostumbrada lentitud un fuerte para proteger la guarnicion, el duque de Medina Sidonia recibió del gran maestre de San Juan la noticia de la aproximacion de la armada turca; y el dia siguiente columbró al extremo horizonte las setenta y cuatro galeras otomanas cargadas con cien genízaros cada una, á las cuales se reunieron muy luégo las doce galeras de Dragut que habian salido de Trípoli. ¿Se ha de huir ante los infieles hasta los puertos de Sicilia, ó aceptar un combate para el cual no se está en aptitud? El duque vacila entre estos dos partidos, da órdenes contradictorias y salta en tierra sin haber tomado ninguna resolucion. Entónces, sobre los navíos cristianos que no se ponen en defensa y que abandonan apresuradamente las tripulaciones, caen dando alaridos los turcos que no ven delante de sí más que confusion y espanto; las galeras chocan, se rompen y vienen á la costa. Los moros de Gelves, tan dóciles la víspera, asesinan á los fugitivos; muy luégo desembarcan á su vez los genízaros y no cesan de matar españoles hasta cerrada la noche. El duque de Medina Sidonia acogido en la galera que quedaba á Andrés Doria, se evade á favor de la oscuridad por en medio de los turcos ocupados en el pillaje y puede alcanzar con el mismo Doria los puertos de Sicilia; ha perdido sesenta y cinco barcos y cinco mil hombres (5).

Y todavía no es esto sino el principio del desastre. El ejército de tierra encerrado en el fuerte aún no concluido, abandonado de su caudillo y de su escuadra, es mandado tan heróicamente por don Alvaro de Sande que se atreve á defenderse solo en medio de aquel pánico, por salvar, sin otra esperanza, el honor de España. Son ocho mil hombres, sin víveres y hasta sin agua. Obligan al enemigo á embestirlos, á manejar el cañon, á abrir una brecha en sus parapetos de tierra. Hacen salidas afortunadas, rechazan todos los asaltos y destruyen la mitad

(1) Setiembre de 1558.
(2) Cabrera, tom. I, pág. 284.
(3) Leti, lib. XV, pág. 349.
(4) Cabrera, tom. I, pág. 292.
(5) Ms. Rec. of. n.° 194, Gresham to Parry, 16 junio 1560.

de los preciados genízaros. Sus cisternas recien construidas no habian recibido aún gota de lluvia: las salidas hácia las fuentes para recoger provision de agua cuestan la vida á la mayor parte; el vino se agota como la galleta y la yerba: al cabo de seis semanas ya no queda nada. Los españoles resisten aún dos dias sin comer. Despues los que pueden tenerse en pié, unos mil hombres, se agrupan alrededor del bravo Sande y salen á la luz del dia, el 29 de junio de 1560, para hacerse matar por los turcos.

El almirante otomano, renegado italiano llamado Piali que conocia muy bien la lengua de su país, donde habia dejado amigos, se apresuró á enviar cartas á Italia para celebrar su victoria (1). Dió de ello otras pruebas haciendo que Dragut apresara la flotilla de las galeras de comercio que iban de Sicilia á Nápoles, dos obispos y seis mil esclavos en las ciudades del litoral, y muebles y joyas por valor de dos millones de escudos (2). Piali hizo una entrada triunfal en el Cuerno de oro conduciendo encadenados á los viejos capitanes españoles y un hijo del duque de Medina Sidonia, de la sangre más noble de España.

Un esclavo más ilustre aún estuvo algunas horas en manos de los infieles: el primer guerrero de la época, despues del duque de Guisa, Filiberto duque de Saboya. Estando en su castillo de Villafranca, cerca de Niza, fueron nueve galeras argelinas á quemar á Rocabruna y á echar en tierra algunos piratas en el seno de la rada misma de Villafranca. Sin esperar los refuerzos ni la artillería de Niza, cae Filiberto sobre los que acaban de desembarcar, los pone en fuga y los persigue por la montaña. Pero los turcos de las galeras que lo han visto aventurarse así casi solo, saltan en tierra prestamente, lo persiguen á su vez y lo hacen prisionero. Por dicha, llegan los refuerzos de Niza á punto para libertarlo ántes que lo embarcaran (3). En esta ruina de las fuerzas cristianas, la ciudad española de Oran tenia por seguro el sitio. Si esta plaza se pierde, decian los ministros de Cárlos IX (4), es pérdida tan importante para España que es de esperar que haga un grande esfuerzo para recobrarla, lo cual seria mucha tela cortada para el año que viene. Probablemente á estos repetidos desastres y al abatimiento producido por los esfuerzos hechos para repararlos, hay que atribuir la longanimidad de Felipe con los disidentes de los Países Bajos y los reformados de Francia. No hubiera dejado de invadir el valle del Garona y mantenerse en él, si no se hubiera visto amenazado y quebrantado por estas guerras en el Mediterráneo: dióse prisa á enviar á Oran todas las fuerzas disponibles y negoció con los caballeros de San Juan en Malta un préstamo de sus galeras (5). Pidió al papa que le restituyera el derecho de percibir el impuesto llamado de la Cruzada. Paulo IV, durante su guerra con Felipe, habia retirado las bulas de la Cruzada que conferian el derecho de comer carne en ciertos dias de abstinencia á cambio de una retribucion de dos reales para la gente del pueblo, de cuatro para los caballeros y de ocho para las personas de más alta calidad. Los recaudadores de estas rentas recorrian los pueblos, acompañados de predicadores que ellos pagaban y entregaban á los suscritores un ejemplar de la bula. Pero el papa pretendia tener el derecho de disponer de las galeras armadas con el producto de este impuesto (6), y los turcos las apresaban á medida que se hacian á la mar, habiendo capturado sucesivamente nada ménos que cuarenta el año 1561 que siguió á los desastres de Mostagan y Gelves. El clero español adelantó dos millones de ducados; la flota de las Indias (7) trajo otro tanto, y el rey pudo armar el año siguiente sesenta y nueve galeras, de las cuales sólo siete eran de España, habiendo sido alquiladas las demás á particulares: veintidos á Doria, siete al conde Borromeo y veintitres á sus amigos; todas ellas fueron puestas á las órdenes de don Juan de Mendoza (8).

(1) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 611.
(2) Cabrera, tom. I, pág. 307.—Leti, lib. XVI, pág. 379.
(3) Leti, lib. XV. pág. 359.
(4) Negociaciones relativas al reinado de Francisco II, pág. 866, Cárlos IX al obispo de Limoges, 23 de mayo 1561.

IV.—Defensa de Mers-el-kebir

Este supremo recurso desapareció casi instantáneamente. Una tempestad asaltó la escuadra, la arrojó á la costa en la rada de la Herradura, cerca de Málaga (9) y se perdieron veintiocho galeras, tragándose el mar cuatro mil hombres, las provisiones y el tesoro de ochenta mil ducados. Una segunda tempestad hizo desaparecer otras doce galeras en la bahía de Cádiz (10). La pérdida más difícil de reparar era la de los remeros que encadenados á sus bancos, se iban al fondo como cañones: pudieron salvarse á duras penas doscientos ochenta escla-

(5) Ms. Rec. of., Chamberlain to the queen, 7 abril 1561.
(6) Ms. Rec. of., Chamberlain to the queen, 14 jul. 1561.
(7) *Ibid.* Challoner to Cecil, 5 marzo 1563.
(8) *Ibid.* 16 octubre 1562.
(9) Cabrera, tom. I, pág. 356.
(10) Ms. Rec. of. n.º 906, Challoner to the queen, 24 oct. 1562.

vos y mil quinientos galeotes (1). Este acontecimiento revela un abuso que indica la proximidad de la decadencia. Los capitanes de las galeras reales hacian el comercio y el contrabando por su cuenta y llenaban sus bodegas de mercancías que trasportaban entre Italia y España. Los buzos de la Herradura sacaron por valor de más de doscientos mil doblones, en géneros varios que nadie se atrevió á reclamar por no confesarse cómplice del fraude, y fueron confiscados por la corona (2).

Los turcos creyeron ver la mano de Dios en esta serie de desgracias y resolvieron expulsar á los españoles de la costa de Africa (3).

Estos no ocupaban ya allí, á principios de 1563, más que el fuerte de la Goleta cerca de Mers-el-kebir y Melilla en Marruecos. Los turcos partieron de Argel en abril de 1563, haciéndose acompañar de caballería árabe al mando de los caides de Constantina, Milianah y Tremecen y fueron á embestir á la vez á Oran y Mers-el-kebir.

Estas plazas estaban mandadas por dos hijos del conde de Alcaudete, que habia muerto algunos años ántes cerca de Mostagan; pero el menor de ellos, don Martin de Córdoba, fué quien sostuvo en Mers-el-kebir todo el empuje de los sitiadores (4) con una guarnicion de doscientos hombres. Esta lucha novelesca de doscientos hombres contra veinticuatro mil, exigia una fuerza moral que sólo sostenia la idea del honor, el sentimiento religioso y las tradiciones militares; lucha que se renovaba todos los dias en las brechas al arma blanca por brazos debilitados por las privaciones y el insomnio. Más afortunados que los soldados de Sande, los de don Martin de Córdoba tenian á lo ménos agua en sus cisternas; pero veian con pesar que disminuian rápidamente los víveres y en vano tendian la vista al extremo horizonte para vislumbrar una escuadra de socorro.

Mers-el-kebir es hoy una ciudad francesa que se extiende alrededor del castillo viejo en las pendientes de la roca levantada á un extremo de la rada; el otro extremo es un contrafuerte de la montaña llamada hoy Santa Cruz, que separa esta rada de la de Oran. Entre los dos, para defender en lo hondo de la rada el camino de Oran á Mers-el-kebir, se alzaba entónces el fuerte de San Mateo. Este es el punto que los turcos atacaron desde un principio. Despues de muchos asaltos, los treinta únicos sobrevivientes de los defensores se retiraron una noche con sus víveres á Mers-el-kebir, viniendo á recobrar energía al lado de don Martin. Pero la evacuacion del fuerte de San Mateo no amenguó ni mucho ménos el valor de los defensores de Mers-el-kebir, que habian rechazado ya once asaltos (5). Las mujeres acarreaban la tierra y demás materias para reparar las brechas y preparaban las municiones para los mosquetes (6). Despues de uno de estos once asaltos, tuvieron que cargar los turcos ocho galeotas de heridos que dirigieron á Argel (7).

En medio de esto, se hallaba tan agotada é inerte España que, con estar tan cerca, no pudo enviar, hasta bien pasados dos meses, una flota de socorro al mando de su mejor marino el conde de Santa Cruz (8). Estaba ya reducido el presidio á la sazon á ciento treinta hombres con víveres para cuatro dias. No estaba en mejores condiciones la guarnicion de Oran (9); pero el ejército enemigo habia sufrido más aún, y se dió buena prisa á levantar el sitio y retirarse por tierra, abandonando su artillería (10).

La salvacion era tardía, y habia estado mucho tiempo incierta para que los hugonotes de Francia hubieran podido pensar que un nuevo desastre desviara del continente la atencion de Felipe. «Parecia á los herejes, escribe de Francia el embajador español (11), que mayor bien no les puede venir que ver á V. M. ocupado en cosas que le diviertan de procurar el bien de la cristiandad.» Hasta fueron acusados los marselleses de haber enviado vituallas á los sitiadores turcos; pero fueron disculpados por Catalina, que participó á Felipe las órdenes dadas á los comerciantes de Marsella para que se guardaran de traficar en adelante con los de Argel, ni autorizar nada de contrabando (12).

V.—Toma del Peñon de Velez

Luégo que los fuertes de Oran fueron libertados sin combate, una division de la escuadra española á las órdenes de don Sancho de Leiva,

(1) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 285, Martin de Eraso al rey, de la Herradura, 24 oct. 1562. Los editores de este fragmento de los *Documentos inéditos* han puesto por error 1572 en lugar de 1562.
(2) Ms. Rec. of. n.° 1097, Challoner to Cecil. 21 nov. 1562.
(3) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 718, Petremol á Boistaillé, enero de 1563.
(4) Cabrera, tom. I, pág. 359 á 384.—San Miguel, tom. II, página 48.
(5) Herrera tom. I, pág. 132.
(6) Id. pág. 133.
(7) Carta de Felipe II al obispo de Aquila, 15 junio 1563.
(8) El 8 de junio.
(9) Ms Rec. of. n.° 901, Challoner to the queen, 15 jun. 1563.
(10) Carta de Felipe II al obispo de Aquila.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1500, pieza 77.
(12) Ms. Bibl. nac. 3162, fol. 26, Saint Sulpice al rey.

general de las galeras de Nápoles, hizo rumbo al Peñon de Velez, puerto militar de Fez que el gobernador de Melilla (1) indicaba como el más peligroso albergue de piratas. El almirante español cambió algunos cañonazos con los fuertes del Peñon, pero no se consideró con fuerzas bastantes para intentar un desembarco (2) y se retiró á las aguas de Málaga, que alcanzó á duras penas, despues de un temporal que maltrató sus galeras (3).

Este nuevo fracaso reanimó de tal modo la audacia de los musulmanes que se atrevieron á desembarcar en España y á saquear el puerto de Valencia (4). Obstinóse Felipe en una expedicion bastante inútil al Peñon de Velez, y se consagró durante todo el invierno y parte de la estacion siguiente á reunir fuerzas irresistibles en el puerto de Málaga. Púsolas á las órdenes de don García de Toledo, *hombrezuelo harto enojoso* (5), pero dotado de talento de

Medalla de J. Andrés Doria

organizacion. Don García comenzó por descubrir que en los largos preparativos de la campaña se habia olvidado la pólvora (6): En cuanto á los soldados que traigo de los presidios de Italia, añadia, tan disciplinados están que se han ido á sus casas más de seiscientos, y si no hubiera tomado la precaucion de retenerlos á bordo de los navíos, habrian desaparecido todos. Por fin dió la órden de zarpar el 29 de agosto, llevando á sus órdenes seis mil españoles, dos mil alemanes y mil doscientos italianos y cien galeras de España, de Doria, del Papa, de Malta y de Toscana. Se le reunió en la mar una escuadra portuguesa y desembarcó el 1.º de setiembre con víveres para tres dias. Al siguiente se apoderó del castillo de Alcalá que dominaba la llanura y lanzó la caballería ligera á las órdenes de don Juan de Villarroel, contra el arrabal no fortificado de Velez. Embestia así el punto ménos defendido, el Peñon de la Gomera, que la artillería no podia alcanzar desde la mar. Mandó poner en batería en un molino, seis cañones que en pocas horas abrieron una brecha bastante ámplia para que los sitiados juzgaran prudente evadirse á la sordina durante la noche, y el 8 de setiembre sólo quedaban trece hombres en la plaza. Don García de Toledo hizo en ella su entrada, reparó las fortificaciones, dejó una guarnicion de mil trescientos hombres y volvió á Málaga, donde recibió el título de virey de Sicilia (7).

Este rudo soldado mantenia con tanta barbarie como mala fe, entre los esclavos turcos encadenados al remo, algunos soldados franceses, prisioneros de guerra hacia tres años. Ni la paz, ni las instancias de la reina de Francia fueron parte á que se diera libertad á estos infelices. Cogidos con las armas en la mano en nuestras guerras contra Cárlos V en 1551, los jóvenes franceses habian sido amarrados á un banco, donde remando envejecian los que no remataba la muerte. Antes de la llegada de don García de Toledo, hubo de renovar sus instancias nuestro embajador (8). —«En cuanto á la libertad de los soldados franceses detenidos en sus galeras, el rey me dice que la falta de esto no debe imputarse sino á la fortuna, como quiera que despues de haber firmado la órden para que el general de las galeras los pusiera en libertad, el dicho general habia muerto y no habiendo proveido aún el cargo, habia quedado así el asunto.» —Don García conservó los prisioneros franceses bajo varios pretextos y los

(1) Don Pedro Venegas.
(2) Cabrera, tom. I, pág. 394.
(3) Ms. Rec. of. n.º 1132, Challoner to the queen, 14 ag. 1563.
(4) Cabrera, tom. I, pág. 397. Sabido es que este puerto es el Grao de Valencia.
(5) Ms. Bibl. nac. franc. 16103, fol. 197, el obispo de Limoges á la reina.
(6) *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 452.
(7) Se han consultado sobre este sitio: *Doc. inéd.* tom. XIV, página 505 á 540; tom. XXVII, pág. 398 á 560, y tom. XXVIII, página 570. —Cabrera, tom. I, pág. 397 á 412; Ms. Rec. of. n.º 637, del 28 ag. 1564.
(8) Ms. Bibl. nac. franc. 3162, fol. 51, Saint Sulpice al rey, 3 de enero 1564.

llevó al Peñon de Velez (1), sin haberles dado suelta á su regreso tampoco. El rey prometió dar órdenes y las daria acaso (2), pero acaso tambien no llevara á mal la desobediencia de sus capitanes de galeras. Despues de diez y seis años de esta esclavitud, decia aún Felipe II: «He de mandarlos restituir, y soltar, y poner en libertad» (3). Muchas palabras y pocas obras, ni más ni ménos que dijo hace seis años, escribe Forquevauls, lo que no impidió que se renovara la instancia un año despues con el mismo resultado (4).

Es difícil concebir cómo podian séres humanos resistir tanto tiempo al remo en una galera. Cien años más tarde, en una época y en pueblo ménos rudo que el español del siglo XVI, decia una princesa, cuando se le mostraba una galera (5): Es horroroso ver tantos hombres desnudos ó poco ménos, rapados, ennegrecidos por la intemperie, encadenados: es una idea del infierno que da horror á la vez que lástima.— Los remeros de las galeras españolas eran forzados ó esclavos: estos últimos eran vendidos cuando llegaban á la vejez ó se inutilizaban; pero los forzados (6) no siempre eran puestos en libertad cuando habian cumplido su condena (7). Las instrucciones prescribian al cómitre no azotar con su látigo á los remeros sin motivo, por ser más útil que estuvieran de buen humor, ni darles comida malsana, por cuanto harian mejor servicio en buena salud. En lugar de vino era preferible distribuirles galleta con aceite y vinagre, y se prohibia confiar á los poco diestros los remos largos para que en las maniobras no hirieran á sus inmediatos (8). A este régimen estaban pues sometidos los prisioneros de guerra franceses en las galeras de Felipe II, sin que fuera posible sustraerlos á tan injusto como bárbaro castigo, despues de hecha la paz.

VI.—Liberacion de Malta

Despues de los desproporcionados esfuerzos hechos sobre el Peñon de Velez, solicitada la atencion de Felipe II por otras dificultades en Europa, se desvió de los negocios de Oriente en el momento mismo en que los otomanos concentraban todas sus fuerzas en el Mediterráneo. Por fortuna, el hombre de guerra que acababa de dar con tanto vigor como presteza el golpe de mano en el puerto militar de Fez, don García de Toledo, estaba al corriente de los recursos navales que acumulaban los turcos en Constantinopla para una expedicion aún desconocida (9). Poseia, en efecto, la primera cualidad de un general, la actividad, don raro en todas partes. Escribió muchas cartas al rey para obtener caudales (10), hizo fabricar grandes acopios de galleta y animó á toda la Sicilia con su energía. A principios de febrero, nadie dudó ya de que los turcos se decidian á hacer un poderoso esfuerzo contra Malta; el gran maestre de San Juan pidió á Felipe II trigo y soldados (11).

Los caballeros hospitalarios de San Juan, despues de una famosa defensa, habian sido arrojados de Rodas por los turcos, cuarenta y tres años ántes. En la época de aquel desastre tenian por gran maestre al francés Villiers de l'Isle-Adam, soldado tan audaz como hábil diplomático. Consiguió obtener de los soberanos de Europa que no fueran confiscadas las encomiendas por las diversas coronas con el pretexto de haber dejado de existir la órden, y supo tambien interesar á Cárlos V en favor de un instituto que combatia por la libertad del Mediterráneo. Despues de ocho años de negociaciones en todas las cortes, Villiers de l'Isle-Adam habia salvado las rentas de su órden y obtenido del emperador la cesion de la isla de Malta, mediante la renta anual de un halcon por todo derecho de señorío feudal.

Despues de Rodas, perdieron á Trípoli los caballeros de San Juan: el jefe de los defensores de Trípoli fué elegido para el cargo de gran maestre, cuando los caballeros pudieron pensar que serian atacados en Malta, su último refugio: era este jefe Juan Parisot de la Valette de la nacion de Francia (12).

---

(1) *Doc. inéd.*, tom. XXVII, pág. 461, Don García al rey.
(2) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 73, Forquevauls al rey.
(3) *Ibid.* fol. 970.
(4) *Ibid.* fol. 1078.
(5) Mlle. de Montpensier, *Memorias*, ed. Cheruel, tom. III, página 434.
(6) *Doc. inéd.*, tom. XXVIII, pág. 398, Instrucciones del rey Felipe III en 1603.
(7) *La Garduña de Sevilla*, pág. 171. «Le pusieron á servir sin sueldo al gran monarca de las Españas todo el tiempo á que fué condenado y aun algo más.»
(8) Véanse las instrucciones de Felipe III, y la *Armada naval* del capitan Pantero Pantera, gentil. comasco. Roma. Egid. Spada, 1614.
(9) *Doc. inéd.*, tom. XXIX. Don García, durante la expedicion de Cárlos V en 1550, habia tomado y destruido á Mahadia en la costa de Africa.
(10) *Ibid.* tom. XXVI, pág. 28.
(11) *Ibid.* pág. 51, el gran maestre al rey, 17 feb. 1565.
(12) Elegido en 1557. Su nombre ha quedado con esa ortografía *(Jean Parisot)* pero firmaba siempre *Jehan de Valelet*, maestre del hospital de Jerusalen. V. *Doc. inéd.*, tom. XXIX, donde hay un facsímil y tambien dos cartas del 15 de enero de 1561 á Catalina de Médicis y á Cárlos IX, que están en Ms. Bibl. nac. 3159, fols. 58 y 60. Nació en 1494. La pérdida de Trípoli fué en 1537.

La Valette no se limita á pedir ayuda á Felipe II, cuando ve que el peligro es inminente; llama á los caballeros ausentes, alista tropas auxiliares y los habitantes de la isla, emancipa y arma quinientos esclavos y repara las fortificaciones. Comprende que don García de Toledo es el único español que puede improvisar un ejército de socorro, llámalo á Malta y le muestra las murallas. Los fuertes se hallan en buen estado, escribe don García al rey; pero hay poca gente para defenderlos; si dejamos que los turcos los tomen, debemos renunciar á recobrarlos jamás (1). Don García presta á Malta cinco compañías de los aguerridos tercios de España, se cerciora personalmente de que Nápoles y el fuerte de la Goleta (2) se hallan en estado de defensa, envia á Malta trigo y dinero, obtiene del rey que se reunan cuatro mil hombres en Córcega (3), que se pidan galeras á Florencia, que el virey de Nápoles envie tropas de su guarnicion á Sicilia (4) y que el gran maestre reciba directamente de los puertos españoles galleta y dinero (5).

Este período de espera durante el invierno y la primavera ofrece un espectáculo que no carece de grandeza. Una catástrofe es inminente, y los dos hombres que intentan conjurarla, don García de Toledo y Juan de la Valette, tienen que luchar con la lentitud, la indecision é inercia de un gobierno ya caduco. Si Malta cae en poder de los turcos, Italia, España, Provenza serán para ellos minas de esclavos. Los celos, el descuido multiplican los obstáculos ante los esfuerzos de dos hombres, y cuando el 18 de mayo un disparo de cañon desde el fuerte de San Telmo señala en el horizonte las primeras naves otomanas, España no está en aptitud de enviar socorros á los caballeros. «Tengo grandísimo descontentamiento, escribe don Garcia (6), de ver que bastan los enemigos á hacer de nuevo una armada tan grande y venir en la cristiandad, dos mil seiscientas millas léjos de su casa, á los 18 de mayo, y que teniendo nosotros armadas las nuestras, no se haya bastado á hacellas venir á tiempo en este reino, y ni podido juntar las que han residido en Génova.»

(1) *Doc. inéd.* tomo XXIX, pág. 134, Don García al rey, 11 de mayo 1565.
(2) Cerca de Túnez.
(3) *Doc. inéd.* tomo XXIX, pág. 53 y 55, el rey á Gonzalo de Braquemont.
(4) *Ibid.* pág. 84, el rey al duque de Alcalá.
(5) *Doc. inéd.* tom. XXIX, pág. 90 y 93.
(6) *Ibid.* pág. 155. Don García á Eraso, 21 mayo 1565.

Los caballeros, por su parte, habian tenido más actividad que la cancillería española, y estaban preparados para el sitio. El fuerte de San Telmo separa dos radas: al O. la de *Musette*, que estaba poco defendida; y al E. la del puerto grande, llamada hoy la *Valette*. El puerto grande y la ciudad del *Borgo* estaban defendidos por los fuertes de *Sant Angelo* y *San Miguel*. Este conjunto de obras estaba ocupado por nueve mil hombres, inclusos setecientos caballeros. Pero el fuerte de San Telmo que era la base no podia contener más de seiscientos hombres con treinta cañones, que mandaba á la sazon el baile de Negroponto.

Contra esta roca y estos seiscientos hombres vinieron á chocar, el 16 de mayo, todas las fuerzas de la Turquía, ciento ochenta galeras mandadas por Piali, el vencedor de los Gelves, y por Dragut, señor de Trípoli, y cien mil soldados, de los cuales eran genízaros catorce mil. Preciso fué emplear un mes entero en cañoneo y trabajos de aproche, ántes de intentar el primer asalto al fuerte de San Telmo. Pero á contar desde el 16 de junio los asaltos fueron continuos por espacio de una semana. El 23, cuando los turcos fuerzan en fin la entrada de la brecha, no encuentran más que nueve hombres vivos. Todas las noches hacia evacuar la Valette por mar los heridos y enviaba refuerzos, perdiendo así mil quinientos hombres inclusos ciento veintitres caballeros. Los turcos se pusieron sin demora á reparar las fortificaciones de San Telmo, y dominando desde aquí las demás obras, prepararon el ataque del Borgo, cañoneando el fuerte de Sant Angelo desde alta mar, y el de San Miguel desde la rada.

«Si yo hubiera recibido el menor refuerzo, no habríamos perdido el San Telmo, escribe la Valette (7): allí he visto perecer lo más selecto de mis tropas. Enviaba así sucesivamente lo mejor de mis soldados á San Telmo, porque tenia la esperanza de ser socorrido; ya no puedo contar con los soldados que me quedan para defender los demás fuertes. Hemos recibido diez y seis mil cañonazos; no podemos resistirnos más de quince ó veinte dias; estamos cercados por todas partes y esta será sin duda mi última carta» (8). Dirige sus ruegos al rey, á don García, al Papa, confia sus cartas á buzos ó nadadores y no cesa de pedir socorros. «Dragut ha sucumbido, pero nuestros últimos fuertes

(7) *Doc. inéd.* tom. XXIX, pág. 387 á 420.
(8) *Ibid.* pág. 413.

no pueden ya mantenerse: fuera del puñado de hombres que los defienden, no me quedan más que doscientos caballeros y ciento cincuenta soldados entre válidos y convalecientes. Las cisternas se agotan, los artilleros y las municiones escasean igualmente.»

La inaccion de Felipe II consternó á la cristiandad. El rey ha perdido mucho de su renombre no socorriendo á Malta, escribe el embajador inglés (1) que se asombra del lujo de *ayunos, procesiones y rogativas por Malta*, miéntras se deja la escuadra estacionada en Barcelona (2), sin dejar de recoger los lingotes traidos del Perú para negociantes españoles. Todavía muestra Catalina de Médicis ménos solicitud para con los caballeros de la lengua de Francia que tan heróicamente sostienen el honor de su nacion. Coincide precisamente esto con las audiencias secretas á aquel embajador turco cuya deshonrosa presencia fué tan lastimosamente confesada al duque de Alba.—¿No seria bueno pedir prestadas las galeras al rey de Francia? preguntaba el infatigable don García.—No es oportuno por ciertas razones aceptar esa idea, contestaba Felipe II (3). Estas razones son precisamente aquellas audiencias al agente turco, segun lo anuncia un secretario de Estado al fogoso virey de Sicilia: Si á V. E. le parece, dice, que es obra del rey cristianísimo y que esta obra es honrada, puede hacerla saber á toda la cristiandad (4). Nuestra obra era peor todavía que lo que sospechaba la cancillería de Felipe II, como quiera que nuestro enviado en Constantinopla se vanagloriaba, miéntras el fuerte de San Telmo sufria tantos y tan rudos asaltos, de haber garantizado al Gran Señor la buena voluntad del rey para con Su Alteza y la promesa de no hacer nunca nada en perjuicio de la buena inteligencia, y áun estaba orgulloso de haber hecho comprender la buena amistad del rey (5).

Entre las prolongadas devociones de los unos y las trapacerías de los otros, ello es lo cierto que la liberacion de Malta no podia venir sino de manos de don García. Si no se socorre pronto á Malta, decia el de Toledo (6), dóila por perdida; pero no quiero el socorro de los mercenarios alemanes; se necesitan los aguerridos tercios españoles. «Mi principal esperanza, despues de la de Dios, añadia; porque este no es juego de jugarlo sino con cartas viejas, conocidas y señaladas, y no con soldados levantados de dos dias. Nuestra nacion ha de ser el fundamento y la piedra sobre que se ha de fundar esta máquina.» Y Felipe daba friamente la órden de enviar nuevos refuerzos á la Goleta (7), en la costa de Africa. Ante esta obcecacion del rey está uno tentado á creer que en no siendo sobre sus posesiones, importábale poco que toda Turquía viniera sobre Malta. O bien, su odio á los franceses, se extendia á los caballeros de San Juan, casi todos franceses y mandados por un francés. El mismo don García (8) hacia á la Valette un cargo de su nacionalidad, y el año siguiente, cuando los que quedaban de la órden quisieron emigrar á Sicilia, no faltaron protestas sobre el peligro de establecerse tan gran número de franceses en posesiones españolas (9).

En fin el interés personal vino á triunfar de aquella somnolencia. Felipe está preocupado y aún temeroso de la idea sugerida por la Valette y don García, que entienden que las murallas mismas de Malta serán un grave peligro tan luégo como se pierdan, por ser inexpugnables, defendidas por suficiente presidio, como los turcos se lo tendrian en cuidado (10); y con esto da órdenes para que se embarque toda la infantería del reino de Nápoles.

Pero la imprevision y el desórden hacen ilusorias estas órdenes durante muchas semanas, y no pueden trasportarse más que seiscientos hombres. Este refuerzo entra en el Borgo el 29 de junio, y el gran maestre en su apuro lo acoge con tal y tanto júbilo que corre por entre las filas abrazando á los soldados y llorando (11). Pero á esto se reduce todo: el poder de España, la actividad de don García, las órdenes del rey dan de sí sólo el refuerzo de seiscientos hombres.—Extraña cosa, señor; estar en agosto ya y no tener aún las galeras de España, dice con despecho don García (12).

Los seiscientos españoles acogidos con tanto júbilo disminuyen entre tanto bajo el fuego del enemigo y los continuos asaltos. Los polvorines

(1) Ms. Rec. of. n.º 1455, Phayre to Cecil, 3 set. 1565. El socorro habia llegado cuando se redactó este despacho; pero se ignoraba en España.
(2) *Ibid.* n.º 1340. «The king has taken all.»
(3) *Doc. inéd.* pág. 161.
(4) *Ibid.* pág. 231, Perez á don García.
(5) *Negociaciones en el Levante*, tom. II, pág. 791, Petremol á Ferrier, 27 de junio de 1565.
(6) *Doc. inéd.* pág. 165.
(7) *Ibid.* pág. 177, 3 de junio.
(8) *Ibid.* pág. 545, Don García al rey.
(9) *Doc. inéd.* tom. XXX, pág. 13.
(10) *Ibid.* tom. XXIX, pág. 247, Don García al rey, 5 de julio.
(11) *Doc. inéd.* tom. XXIX, pág. 276, Don García á Eraso, 14 de julio.
(12) *Ibid.* pág. 306, Don García á Eraso, 25 de julio.

estallan, las cisternas se agotan (1), los defensores quedan reducidos á un puñado de hombres extenuados de fatiga.

Pero estos tres meses de sitio y tan extraordinaria resistencia traen tambien la fatiga á los sitiadores. Sus cañones se inutilizan, los genízaros han sucumbido y van sucumbiendo las chusmas, víctimas de las enfermedades. La estacion avanza, los asaltos flaquean, Malta se defiende aún. Los refuerzos de España, prometidos á primeros de julio, no han llegado todavía en setiembre.

Don García, sin embargo, no echa en olvido los seiscientos hombres enviados delante: para socorrerlos multiplica los esfuerzos é inspira actividad á los empleados más indolentes. Ya no recibe cartas de Malta: una nota de un caballero español dice el 22 de agosto (2): «Todavía quedan cuatrocientos hombres vivos: no perdais un momento.» Pero la estacion de los vientos viénese encima á más andar, y es imposible salir de Sicilia. Don García logra en fin reunir una escuadra y un ejército de socorro, consistente en veintiocho galeras y diez mil españoles, mediano esfuerzo despues de tantos meses. Pero, mal que le pese, ni esta ayuda puede allegar; quiere de todos modos tentar fortuna y se hace á la vela el 25 de agosto. Pocos marinos habian visto en su vida semejante tormenta (3). La flota es azotada por la tempestad espacio de diez dias, y los soldados tienen que consumir parte de los abastos destinados á la isla. El 3 de setiembre es arrojada la escuadra á las aguas de Malta; pero la mar es tan gruesa que se hace imposible desembarcar, y hay que volver el dia siguiente á las costas de Sicilia, donde á lo ménos es posible repostarse de agua fresca.

¿Qué ha pasado en Malta durante este largo período de borrasca? Febril don García de Toledo no concede sino muy pocas horas para hacer aguada, fuerza la partida y es de nuevo maltratado por otra borrasca, hasta que el 7 de setiembre puede llegar á su destino despues de diez y seis dias de navegacion. La infantería saltó en tierra á doce millas del enemigo, sin perder un remo, y en tan buen órden y silencio «como si hubiéramos sido sólo cuatro ó cinco galeras» (4). Don García pasó cuatro horas en la playa para cerciorarse de que todo estaba en su punto. «No me partí dellos, dice, hasta que se retiró bien dentro en tierra toda la vitualla y municiones de pólvora, plomo y mecha y alguna cantidad de capas, palas y picos. Púseles en tierra bizcocho para mes y medio» (5). Andrés Doria pasó por entre la armada turca en su galera capitana, que habia hecho ya la misma hazaña en los Gelves y previno al gran maestre el arribo de los españoles (6), miéntras el resto de la escuadra volvia á Sicilia con don García á buscar víveres.

Habia á la sazon dentro de los muros sitiados un centenar de soldados españoles, de los que habian llegado el mes anterior, sin un oficial siquiera (7).

Todavía se pierden tres dias en maniobrar en la isla para acercarse al Borgo en presencia del ejército turco. Pero los turcos, fatigados por la resistencia de los caballeros, no están en aptitud de luchar con adversario de refresco, y desde que conocen la necesidad de una batalla comienzan sus preparativos de retirada. Mudan luégo de consejo, al cabo de cinco dias, y vuelven á echar en tierra de siete á ocho mil hombres de sus mejores fuerzas (8), que los arcabuceros españoles rechazan hácia el mar haciendo en ellos gran matanza.

El 15 de setiembre vuelve don García con más tropas, y á pesar de un éxito tan rápido no deja de tener inquietudes. Teme la vuelta ofensiva de los turcos sobre los desmantelados fuertes de Nápoles y la Goleta, y durante todo el otoño y el invierno siguiente no se da punto de reposo haciendo reparar muros y acaparando víveres. La isla parecia tan poco segura que hubo de pensar el gran maestre en evacuarla para instalar sus caballeros en Siracusa. Pero escribe don García (9): No es plaza esta para dejar que se establezca en ella un francés con tantos franceses; fuera de esto, añade, la Valette no tiene bastante agradecimiento, y querria, como francés, atribuir á su órden el principal mérito de la defensa (10). Todos los esfuerzos debian concentrarse en los trabajos de fortificacion de Malta y la Goleta, porque don García de Toledo consideraba la Goleta como una plaza muy expuesta, y decia: «La tengo por plaza muy peligrosa y si como agora está reci-

(1) *Doc. inéd.* pág. 305.
(2) *Doc. inéd.* pág. 466. Fray Pedro de Amesquita á don García.
(3) *Ibid.* Don Sancho de Londoño á don Gabriel de la Cueva. «Pocos marineros de los que van en esta armada se acuerdan de otra más tempestuosa de viento, agua, truenos y relámpagos.»
(4) *Doc. inéd.* pág. 484.
(5) *Doc. inéd.* pág. 485.
(6) *Ibid.* pág. 505.
(7) *Ibid.* pág. 509 á 519.
(8) *Doc. inéd.* pág. 528.
(9) *Ibid.* tom. XXX, pág. 13, del 26 de noviembre de 1565.
(10) *Doc. inéd.* tom. XXIX, pág. 545.

biera la tercia parte de la batería que han dado en Malta, fuera certísimo perdida... los parapetos de las murallas serian en breve comidos de la artillería» (1). ¡Serenidad bien notable en la embriaguez del triunfo! Estas inspiraciones fueron comprendidas por el rey, quien todo el invierno estuvo enviando víveres á Nápoles y la Goleta (2) miéntras el ingeniero Gabrio Cervelloni dibujaba los planos de nuevas obras de defensa (3).

Don García no fué destituido como se ha dicho (4). Quebrantado por los trabajos de aquel año memorable, pudo consagrar todavía los que le quedaban de menguada salud á los preparativos de nuevas expediciones contra los turcos (5). Pero Felipe II, siempre tardío en sus resoluciones, no supo aprovecharse de la fuerza moral que le daba la liberacion de Malta. A dicha ¿dió fe á los pronósticos de un astrólogo, *muy acreditado en la corte,* el cual aseguraba en enero de 1566 que serian destruidos los turcos ántes de marzo? (6) No puede asegurarse; pero Piali abasteció otra vez tranquilamente su escuadra y salió del Cuerno de oro á principios de mayo (7), con fuerzas tan formidables como el año precedente. En vano llamó el papa en su ayuda las galeras de España (8): Felipe II dejó asolar las costas de Italia (9) y en algun tiempo no quiso ocuparse de los otomanos, limitándose á enviar el año siguiente doscientos mil ducados al emperador para defender á Hungría (10).

(1) *Doc. inéd.* tom. XXIX, pág. 532.
(2) *Ibid.* tom. XXX, pág. 149.
(3) *Ibid.* pág. 205.
(4) El abate Vertot y Prescott.
(5) La Valette, quebrantado igualmente, murió dos años despues, el 21 de agosto de 1568.
(6) Ms. Rec. of. Phayre to Cecil, 20 enero 1566. «There is an astrologer that as great credit in the court because he has happened to be right in three or four times, and now he finds that the Turk shall die before march.»
(7) *Doc. inéd.* tom. XXX, pág. 242.
(8) *Ibid.* pág. 344.
(9) Cabrera, tom. I, pág. 472.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 2 del legajo n.º 1.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

España y Europa hasta la marcha de D. Juan de Austria á los Países Bajos

CAPITULO VIII

LAS RIQUEZAS DE LOS PAISES BAJOS

PROSPERIDAD DE LA BURGUESIA.—CONTRASTE CON LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.—ESPÍRITU LIBERAL DE LA AR ISTOCRACIA

I.—Prosperidad de la burguesía

Ningun pueblo era más feliz que los Países Bajos, á mediados del siglo XVI. Tan industriosos y buenos navegantes como los italianos, los flamencos no estaban abrumados de impuestos ni molestados por las guerras ni por las ambiciones de los Estados vecinos. «No habia bajo el firmamento país más abundante en riquezas: no puedo contener las lágrimas al verlo precipitado desde la cumbre de la felicidad á una extrema ruina y desolacion (1).»

Esta ruina fué sábiamente preparada y artísticamente consumada por el mismo soberano que tenia la fortuna de reinar sobre aquellas prósperas ciudades. Felipe II, que no admitia ninguna institucion al lado de su poder real, ninguna industria fuera de sus reglamentos, miraba como enemigos á aquellos banqueros que le prestaban dinero, á aquellos burgueses alistados en milicias nacionales, á aquellos navegantes que no le pedian proteccion. Amberes tenia doscientos mil habitantes (2), un comercio «que podia compararse con el de Venecia,» segun la frase de un agente veneciano (3); celebraba dos ferias anuales que duraban veinte dias y á las que acudian comerciantes del mundo entero; su Bolsa, donde reinaban las casas alemanas de Fugger, de Velsen y de Ostett, y las lombardas de Gualterotti y de Bonvisi, era un centro de operaciones financieras y de noticias políticas, de que no hay ejemplo sino en nuestro siglo; los principales negociantes de Inglaterra, de Portugal, de Italia, de la Hansa y áun del Levante, tenian allí establecidas sus agencias para asegurar el giro de letras y el cargamento de los barcos.

Bruselas, que tenia setenta y cinco mil habitantes, debia su prosperidad á la industria lanera. «Los de Bruselas habian abierto colinas y campos y caminos y hecho cuarenta esclusas» (4) para llevar embarcadas las lanas necesarias á sus tejedores y tapiceros y para trasportar sus telas y tapices á toda la Europa y al Levante. Valenciennes era dos veces más populosa que hoy. «Alabaré su circuito, decia uno de sus burgueses (5), sus arrabales, sus grandes palacios, sus hermosas calles, llenas de damas y galanes, las riquezas y opulencia de nobles, burgueses y mercaderes.» Gante, con sus setenta mil habitantes, sostenia quinientos barcos que llevaban á Noruega paños y telas, y traian maderas; veinte bajeles que iban á Moscovia á cargar riquísimas pieles de todas clases, y grandes cantidades de grasa de ballena, con lo que vuelven yendo la mayor parte á Venecia (6). Otros marinos de Gante iban á Guinea á cargar sal «que encuentran en la costa como si fuera una piedra gris requemada por el sol, y á Angola, donde su carga es costosa, cucharas, agujas y otras mercerías de Nurenberg y de Francia; por las mercerías los padres dan sus

(1) Pont. Payen, *Memorias*, tom. I, pág. 23.
(2) Antes de 1550. V. P. Griffet, las *Delicias de los Países Bajos*, tom. I, pág. 219.
(3) Relaz. ven. Marino Cavallo, 1551.
(4) Meteren, *Historia de los Países Bajos*.
(5) Ms. Bibl. Valenciennes, n.º 617, estr. Carlier. *Valenciennes y el rey de España*.
(6) Ms. Bibl. nac. franc. 23576.

hijos, que llevan al Brasil (1), de donde se trae azúcar y palo de tinte.» Emden, que no tiene más que trece mil habitantes, poseia en aquella época tres mil barcos que hacian en no pequeña parte cuatro viajes anuales á Noruega para tomar cargamento de maderas; los demás llevaban á Sevilla y á Cádiz «manteca, heno, trigo, guisantes, habas, carne, tocino,» tomando en cambio lanas, hilo y cacharrería (2). «La plata circula por todas las manos, la abundancia rebosa, dice un veneciano (3); ningun hombre por humilde que sea su oficio, deja de ser rico en su clase.»

La actividad mercantil é industrial aseguraba tambien el bienestar de los negociantes auxiliares, como corredores, agentes de tránsito ó de depósito, todos laboriosos, alegres, casados con mujeres activas é inteligentes que les aseguraban la buena vida del hogar (4), que tenian las llaves de los cofres, que mandaban en la casa. Las mujeres, hasta las campesinas, sabian leer y escribir (5). Habia en cada ciudad dos escuelas gratuitas, una para cada sexo, y gran número de establecimientos de instruccion, donde se enseñaba el latin á más de cincuenta mil niños, esto es, á dos veces más escolares que hay hoy en los colegios de Bélgica y Holanda (6). Los jóvenes recibian instruccion en la universidad de Lovaina; los expósitos aprendian un oficio en las escuelas de niños huérfanos, como la de Amsterdam, donde se les enseñaba el oficio de tintoreros ó el de fabricar peines con el marfil de los colmillos de elefante ó de morsa (7).

La instruccion, las instituciones libres, la comodidad asegurada por el trabajo eran causa de que los habitantes no se aviniesen á la servidumbre: así decia la hermana de Cárlos V al retirarse de Bruselas: Veo una gran juventud en estos países á cuyas costumbres no podria ni querria acomodarme (8). Aquellos jóvenes no querian más, sin embargo, que honrar al príncipe que respetara sus franquicias municipales. Felipe II á su entrada en Valenciennes en 1549 vió desfilar ante sí un escuadron de cuatrocientos mancebos vestidos de raso encarnado con la toca roja de plumas blancas y amarillas, que era entónces el adorno de Felipe, hijo de Cárlos César, y setecientos burgueses á caballo vestidos de terciopelo carmesí. Estos burgueses de Valenciennes estaban de derecho exentos de tortura, cualquiera que fuese la acusacion, y se distribuian en tres compañías que daban la guardia en la ciudad y en las murallas. Los flamencos estaban administrados por funcionarios elegidos por ellos, clasificados para el impuesto por sus Estados, juzgados por sus propios jueces, regidos sólo por sus leyes. Impuestos y leyes debian ser aceptados por voto unánime de las provincias en la asamblea de los Estados (9). Era ya la plenitud de las libertades necesarias, un sistema de instituciones ponderadas por el sentimiento de los deberes, consagradas por el bienestar de todos, garantidas por el juramento de Felipe II, repetido solemnemente una vez por cada provincia.

Contra esta burguesía enamorada de sus leyes y orgullosa de su poder, Felipe II sintió desde el principio la repulsion (10) de los monarcas absolutos que están en pugna con una fuerza más generosa que la suya, más fecunda y puede decirse más acre en el sentido de Tácito, *regno Arsacis acrior libertas.*

II.—Contraste con las costumbres españolas

El príncipe verdaderamente digno de gobernar los Países Bajos, aquel cuyas maravillas se celebraban y cuyos buenos tiempos se recordaban con pena, no era un español ni un austriaco; era el borgoñon alegre y bravo, el duque Felipe el Bueno. Como sus súbditos del Norte, el duque de Borgoña, era conocedor delicado de las artes, sin odiar los bulliciosos regocijos y los placeres groseros. Habia llamado á Dijon á los prodigiosos escultores que nos han legado los monumentos de Dijon y de Bron: favorecia el desarrollo de las grandes fábricas de tapices y secundaba el movimiento artístico que habia producido los Van Eyck. A contar de su reinado, los Países Bajos preceden á veces á los italianos y rivalizan siempre con ellos. Era tambien aficionado al lujo, á los banquetes, á las entradas triunfales entre tablados cubiertos de tapices de jóvenes desnudas, de

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 23576.
(2) *Ibid.*
(3) Relaz. ven. *Marino Cavallo.* «Corrono tanto i denari et tanto il spacciamento d'ogni cosa che non vi è uomo per basso et inerte che sia, che per i suo grado non sia ricco.»
(4) Guicciardini, *Belgicæ sive inferioris Germaniæ descriptio*, pág. 58, Amstelodami, 1652. «Viri omnium fere rerum suarum curam uxoribus sæpe relinquunt.»
(5) *Ibid.* pág. 53. «Vel ipsi etiam rustici legendi scribendique periti sunt.» Este Guicciardini era un florentino que vivió veinte años en los Países Bajos durante los reinados de Cárlos V y Felipe II. La admiracion de los italianos por una cultura igual á la suya es significativa.
(6) *Doc. inéd.* tomo XXXVII, pág. 63.
(7) Ms. Bibl. nac. 23576.
(8) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IV, pág. 476.
(9) Del Rio, *Memorias*, pág. 12. «Novarum legum ferendarum vel tributi exigendi.» Véase tambien Dupape, *Tratado de la alegre entrada*, y Poullet, *Historia de la alegre entrada.*
(10) Relaz. ven. Michele Suriano, 1559, y Tiepolo, en Gachard pág. 129 y 148. «Fa poco conto degli Fiammenghi.»

divisas, y á los ruidosos acordes de las trompetas.

Esta exuberancia de vida corria por la nacion con tales borbotones de alegría y de intemperancia que se escandalizaban los españoles, sobrios y graves de suyo; y los extranjeros, obligados á cambiar aquella vida por las costumbres frugales y solitarias de España, daban en la melancolía (1).

En nuestra sociedad de hábitos arreglados y uniformes, difícilmente puede formarse idea de los contrastes que existian entre los usos de cada nacionalidad. Las costumbres de los ricos negociantes de los Países Bajos diferian tanto

Guillermo de Orange, el *Taciturno*. Copia del retrato hecho por Adrian van del Benne (1589-1662)

de las de los españoles como difieren hoy las del burgués de Lóndres y del traficante de Damasco. El capitan ó comisionado que enviaba Felipe II se creia trasportado á un país de paganos. Los prelados, señores y caballeros, les hacian sentarse á la cabecera de su mesa; luégo que el vino se les subia á la cabeza hablaban nuestros señores á su manera, descubriendo libremente lo que tenian en el corazon, sin considerar que aquellos pájaros estaban presentes, y que conservando la cabeza más despejada, se enteraban fácilmente de nuestras interioridades (2). Los príncipes borgoñones habian introducido la aficion á los vinos de la Costa de oro: la adoracion á este vino se llevaba tan léjos, que en la época del saqueo y destruccion de las obras de arte conservadas en las iglesias, hubo de tenerse por *inaudita barbarie* y áun por *sacrilegio* más odioso aún que el asesinato de los religiosos, «la destruccion de los vinos y cervezas que los sectarios no habian podido beberse ó llevarse, y fueron derramados en las bodegas» (3). «Los banquetes prolongados tenian otros inconvenientes que el de soltar las lenguas. Hemos celebrado alegremente el dia de

(1) Sobre todo el agente inglés Challoner, que se queja en todos sus despachos y se muere cuando acaba de conseguir que se le llame de España.

(2) Pont. Payen, *Memorias*, tom. I, pág. 89.

(3) Pont. Payen, t. I. pág. 179 y 189.

San Martin, escribe el príncipe de Orange (1), porque nos reunimos muchos y buenos amigos. M. de Broderode fué uno de tantos y por cierto que pensé que se muriera.» La escuela de los cocineros era tan famosa como la de los artistas, y Felipe II no vaciló en rogar al príncipe de Orange, con quien estaba ya en pugna, que le cediera «á maese Herman, que le serviade cocinero mayor y le habian dicho que era muy hábil» (2). Los manjares delicados alcanzaban precios muy crecidos: una liebre costaba tanto como un cerdo, una polla cebada tanto como cinco pollos, un faisan tanto como un carnero y un centenar de ostras tanto como dos faisanes; un rombo, un salmonete, y un centenar de cangrejos costaban más que tres cerdos (3).

En este pueblo alegre y ruidoso, los eclesiásticos no dan ejemplo de austeridad, y por eso el obispo de Bois-le-Duc se queja (4) de que las religiosas de Hoyedonck «vivan casi como damas seculares, como quiera que todos los caballeros tienen libre acceso y conversacion familiar con ellas hasta el punto de ir á sus celdas y tener conversaciones de que á las veces resultan grandes escándalos.» Y miéntras en España ni siquiera piensa Teresa de Jesus en prevenir en su regla faltas contra la castidad, léese en el reglamento de las religiosas del Capítulo de Nivelles (5): «Cuando alguna religiosa hubiera pecado contra el honor, será privada de alimento hasta que se someta á penitencia.» Esta penitencia consiste «en ser conducida en camisa y descalza ante la madre abadesa y toda la comunidad, y allí, puesta de rodillas, con una vara en la mano, la dicha madre abadesa toma la vara y le da hasta siete golpes en el cuello desnudo, y despues cada una de las religiosas le da otros siete con la dicha vara.» Esta ceremonia no trae aún la absolucion de la penitente, la cual debe resignarse á ocupar el lugar inferior en las horas canónicas por espacio de seis semanas é ir todas las mañanas á la celda de la religiosa mayor de edad á recibir «en lugar secreto siete varazos de dicha hermana mayor.»

(1) Goen Van Prinsterer, *Archivos de la casa de Orange-Nassau*, tom. I, pág. 121, carta del príncipe á su hermano Ludovico, 12 nov. de 1563.

(2) *Correspondencia de Guillermo el Taciturno*, edicion Gachard, tomo II, pág. 89, carta del 3 de abril de 1565.

(3) Juan de Vandenesse, *Sumario de Viajes*, manuscrito de Besanzon, extractos publicados por Lesbroussart, s. l. n. d., fiestas de la recepcion de la reina Leonor en Bruselas.

(4) *Correspondencia de Felipe II*, tom. IV, pág. 19.

(5) Ms. 1357 de la Haya, fragmento publicado en la *Memoria de la Comision real de historia*, 2.ª serie, tom. II, n.º 1.

III.—Espíritu liberal de la aristocracia

Los operarios contentos y bien alimentados, los ricos industriales y los altivos negociantes de Flandes, todos respetaban igualmente á su aristocracia. La nobleza no es impopular sino cuando se reviste de privilegios y choca con los intereses ó preocupaciones de la nacion. Pero cuando por encima de las rancias pretensiones y de la vanidad de los hidalgos rurales se levantan algunas familias pudientes cuyos jefes se trasmiten de padres á hijos el honor de ganar las batallas, de hacer respetar las leyes, de mezclarse en la vida íntima del país, esta aristocracia viene á ser el orgullo de la nacion. Es una fuerza y una gloria para el pueblo que sabe conservarla.

El hábito del respeto á la ley habia dado á los señores de los Países Bajos una grandeza de miras que indignaba á los españoles. Es el único punto de todo el mundo, donde parece que se hace algun caso de la conciencia humana. No es lícito derramar sangre por motivos de religion (6), decian abiertamente Flores de Montmorency, baron de Montigny, y el marqués de Bergues. ¿En qué lugar de la Escritura hallais vosotros que los herejes han de ser castigados con fuego ó con pena capital? decia tambien el marqués. No era impiedad ni indiferencia. El marqués de Bergues estaba inspirado por pensamientos verdaderamente religiosos, como lo prueba esta otra contestacion á una dama que, encontrándolo en los baños de Aquisgran, le preguntó cómo debia tratar á los herejes en aquella tierra. «Al que se convierte no se le ha de dar pena, y al obstinado yo no le mataria porque podria convertirse» (7).

Doctrina monstruosa, escribia Felipe II al oir denunciar estas máximas; y de su error participaban todos los españoles: lo que sobre todo excitaba su exaltacion religiosa era la fria imparcialidad de los hombres de juicio sereno que condenaban todos los excesos, admitian todas las ideas sanas, y decian como aquel flamenco condenado por Felipe II: «Cuando estoy con los católicos, en las palabras y obras soy luterano, y cuando con luteranos soy católico» (8). Esta moderacion al través de las pa-

(6) *Papeles de Estado* de Granvela, cartas del rey de 9 de mayo y 20 de agosto de 1563. «Dicen abiertamente que no es bien por cosas de fe derramar sangre.» Sabido es que la línea directa de la familia Montmorency estaba establecida en Flandes en el siglo XIV.

(7) *Correspondencia de Felipe II*, Prólogo, tom. II, pág. 37. Informe de Fray Lorenzo al rey, 7 enero 1566.

(8) *Correspondencia de Felipe II*, informe secreto de Fray Lorenzo. Este flamenco denunciado se llamaba Niewenaer «... hombre de corruptísimo pecho.»

siones desencadenadas es dominante en los Países Bajos: los agentes secretos de Felipe II no le ocultan que los mismos católicos tienen el corazon bastante corrompido para alabar la tolerancia, que todos los jueces, áun los más católicos, se complacen en favorecer á los herejes (1). Esta moderacion era de tal manera singular para la época, que hacia inverosímil la fe de los que vacilaban en matar por su fe (2); pero de tal modo apropiada al país, que un católico flamenco afecto á Felipe II y recompensado por él (3), hablando de los personajes de aquel tiempo, buenos católicos que no querian asistir á los procesos criminales de los herejes, pareciéndoles cosa cruel condenar á un hombre á muerte por cosas de opinion, aunque fueran reprobadas, se atreve á escribir que le parece á él, «como á muchos buenos católicos, cosa dura escudriñar la conciencia de tantas gentes pacíficas que no querrian más que vivir buenamente en sus casas, y áun mayor crueldad hacerles morir, puesto que no daban ningun escándalo.»

El jefe de la aristocracia flamenca era al principio del reinado de Felipe II el conde de Egmont, el vencedor de Gravelinas. Desde la edad de diez y siete años, Egmont habia seguido á Cárlos V á Túnez y á Metz, y nadie tenia más fama que él entre los caballeros de las compañías de ordenanza. Alto, robusto, arrogante y de muy buenas maneras (4), tenia el prestigio del gran señor que habia dado afortunadas cargas de caballería y la presuncion del soldado vencedor. Poco versado en letras, tosco é ignorante en materias de Estado y policía civil, como quien no habia hecho en su vida gran estimacion de la gente sábia; personaje de gran valor, ganoso de gloria, franco y sin malicia (5). Por leal y patriota que pudiera ser Egmont, era fácil de seducir por la lisonja. Le gusta la adulacion, decia Granvela (6). «Es hombre de buena intencion y de muchos humos; aunque flamenco se deja persuadir de todo lo que quieren sus favoritos y desconfia de los demás» (7). Era yerno de uno de los más poderosos soberanos de Alemania, del elector de Baviera (8).

A pesar de sus cualidades y de su ilustracion militar, el conde de Egmont, tenia la imaginacion harto limitada, y su carácter era sobrado indeciso y honrado para conservar su importancia en medio de una crísis política, de suerte que fué muy luégo anulado por el príncipe de Orange.

Descendiente de provenzales y borgoñones, Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, no tenia nada de aleman. Era moreno (9), vivo, locuaz, artista: y no carecia de los talentos necesarios y los defectos útiles que dan el imperio sobre los hombres. Su carácter ha sido desfigurado por la leyenda y por su sobrenombre de *Taciturno*, por demás impropio para el hombre que habló y escribió más en su época. Los que piensan que la verdad es sólo equitativa deben escudriñar los detalles más secretos de la vida real para conocer á hombres como el príncipe de Orange, cuando se nos ofrecen, ó en la apoteósis por el partido que defendieron, ó en la calumnia por aquel que combatieron, y con el aditamento de las extravagancias que tuvieron por conveniente afectar y de los vicios que se les ha supuesto.

Guillermo de Orange (10) creció como paje de Cárlos V en medio de aquel depravado cortejo de capitanes, prelados y cortesanos, todos acomodaticios, sensuales y falsos. A los once años era ya apóstata y renegaba del luteranismo por complacer á su amo. A los veintisiete era el señor más rico de los Países Bajos, el más conocido del pueblo por su alegre prodigalidad y sus extraordinarios talentos de seduccion. «Era un personaje de maravillosa vivacidad de genio, el cual tenia mesa espléndida y franca donde los amigos pequeños eran tan bien recibidos como los grandes. Jamás salió de su boca por cólera ú otra causa una palabra indiscreta ó arrogante; era amado y bien querido de toda la poblacion por su graciosa manera de saludar y departir familiarmente con todo el mundo (11). No parece sino que Dios lo hubiera dotado de todos los dones naturales que se podrian desear para ganar el corazon de los hombres, liberalidad, elocuencia, vivacidad de genio... fuera de esto el más desleal de la tierra» (12). Su fausto era el de un soberano; tenia un séquito de pajes y gentiles-hombres alemanes (13) y tal multitud de cocineros que pudo

(1) *Correspondencia de Felipe II.* «Los ministros de justicia, aunque hay algunos católicos, son notables favorecedores de los herejes.»
(2) Granvela al rey, *Papeles de Estado*, tomo VI, pág. 199, de 2 nov. 1560. «Creer ellos, como se puede sospechar, muy poco.»
(3) Pont. Payen, *Memorias.*
(4) Brantome.
(5) Pont. Payen.
(6) *Papeles de Estado*, tomo VII, pág. 115.
(7) Armenteros á Gonzalo Perez, 24 febr. 1565. *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 343.
(8) Tuvo de su mujer, Sabina de Baviera, diez hijos y tres hijas.
(9) Du Murier, *Memorias*, pág. 16.
(10) Nació en Dillemburgo de Nassau, el 25 de abril de 1533.
(11) Pont. Payen, *Memorias.*
(12) Id. tom. II, pág. 50.
(13) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 239.

despedir veintiocho (1) cuando quiso reducir sus gastos, habiendo contraido en pocos años novecientos mil florines de deudas (2).

Hablaba cuatro lenguas con *admirable elocuencia* (3); ya se le verá alcanzar sorprendentes triunfos oratorios sobre los hombres de Estado en el consejo ó contra los revoltosos en la calle. Sus cartas están en nuestras manos, y revelan un hombre experto en el arte de ocultar sus secretos publicando los de los demás; pero bastante propenso á vanagloriarse para no dejar entrever alguna vez los suyos. Si le

Medalla con el retrato del conde de Egmont (tamaño natural)

llamaron el Taciturno, fué más bien por el arte de no encolerizarse nunca, ni áun en estado de embriaguez, y por su obstinacion en disimular sus designios reales, obstinacion bastante tenaz para que se haya sospechado de su lealtad. Se sospechó tambien de su valor acusándolo de dominar sus nervios ménos felizmente en los combates que en las discusiones, y de ser «de un natural tímido como lo mostró muchas veces en la guerra de Francia.» Pero lo que en él se llamaba deslealtad ó falsía no era acaso más que la indiferencia epicúrea del personaje que se rodeaba de ministros luteranos y de frailes, buscaba á la vez popularidad y placeres y queria sobre todo conservar la altiva elegancia que las naciones exigen de sus favoritos. «Era de los que piensan que la religion cristiana es una invencion política para contener al pueblo (4);» á lo ménos así se decia. Granvela parece haberlo creido; pero hay que notar cuán mal mirada era la tolerancia y cuán fácil pasar por traidor cuando no se seguian en sus últimos excesos las pasiones del propio partido. Católicos y protestantes debian desconfiar igualmente de un hombre que, para distraer á su esposa, le hacia leer el Amadis de Gaula y otros libros divertidos en lugar de la Sagrada Escritura (5). Veráse igualmente cuán delicados eran los manejos de un moderado para mantener la paz al lado de un glorioso como Egmont, de chismosos como la mayoría de los demás señores, de católicos, en fin, de luteranos, calvinistas y anabaptistas que se detestaban unos á otros. En dos ocasiones, sin embargo, muestra Guillermo de Orange una doblez difícil de disculpar.

En el momento en que sortea con más habilidad su situacion entre dos religiones, se ve comprometido por sus súbditos provenzales: el francés Montbrun subleva su principado de Orange y amenaza las posesiones pontificias de Avignon. Una guerra contra el Padre Santo es cosa grave para un súbdito de Felipe II. Luégo al punto escribe el príncipe desaprobando la conducta de aquellos rebeldes que son, dice, *unos locos* y para protestar solemnemente de su fe en la «antigua y verdadera religion y obediencia á nuestra Santa Madre Iglesia;» y suplica que se le proteja para «mantenerle en la gracia de la Santa Sede.» Despues, cuando sabe que la curia romana ha confiscado su ciudad de Orange, escribe al mismo Papa, apresurándose á *besarle los piés,* son sus palabras, y á participarle que las tropas pontificias han dado muerte al entrar en Orange á católicos y hugonotes, describiéndole con desesperacion afectada y en estilo pretencioso *virgines et matronas turpissimè stupratas et violatas* (6); esto precisamente cuando escuchaba á los predicadores luteranos y preparaba su vuelta al protestantismo.

De iguales mañas se vale cuando quiere asegurar su influencia con los príncipes alemanes por medio de un casamiento con la hija huérfana del primer campeon de la Reforma, el ilustre Mauricio de Sajonia. Para casarse con esta diforme alemana tiene que obtener Guillermo el consentimiento de Felipe II, por lo cual se le ve prometer, por una parte, á España que su mujer *vivirá católicamente* (7); y por otra comprometerse con los príncipes luteranos á dejarla en el libre ejercicio de sus creencias (8). Felipe II,

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 200.
(2) Granvela al rey, 10 marzo 1563.
(3) Ms. citado por Gachard, *Correspondencia de Guillermo*, Prólogo, tom. II, pág. 3.
(4) Ms. citado por Gachard, *Correspondencia de Guillermo*, Prólogo, tom. II, pág. 5.
(5) Groen Van Prinsterer, tom. I, pág. 203.
(6) *Doc. inéd.*, tom. IV. Cartas de diciembre 1563.
(7) *Correspondencia de Margarita*, publicada por Reiffenberg.
(8) Groen Van Prinsterer, tom. I, pág. 115 y 202.

que conserva toda su vida cierta repugnancia á los negocios de Alemania, rehusa tomar una resolucion formal (1) sobre este enlace que deja celebrar (2) sin autorizarlo, y no tarda en saber que el príncipe de Orange tiene razones para arrepentirse de haber contraido matrimonio sólo por consideraciones de una fraudulenta política. «Su mujer, escribe al rey un agente secreto (3), le trata como á negro, diciéndole que siendo ella duquesa de Sajonia ha venido á casar con un conde de Nasao que pudiera ser su criado.» Los desdenes de la coja Ana de Sajonia eran muy poco disimulados para que dejara nadie de conocer cómo daba en rostro á su marido con *el honor de haberse casado con ella* (4). Y no se limitaba á palabras, como quiera que «apénas se contenia en hacer señas y acariciar á sus amantes en presencia de su marido;» ménos altiva con ellos que con el príncipe, admitió hasta simples burgueses, como Juan Rubens, padre del pintor (5).

Despues del conde de Egmont y el príncipe de Orange, los principales personajes de los Países Bajos eran Brederode, Bergues y los dos Montmorency.

Brederode, que descendia de los antiguos soberanos de Holanda, personaje casquivano, si los hubo jamás, habia sido tan económico en su tiempo que tenia treinta mil florines lo ménos de deudas por encima del valor de su hacienda: el galan no hacia más que peinar las cartas (6).

Juan de Glymes, marqués de Bergues de Zooma (7), no tenia como el príncipe de Orange, el prestigio personal ni el hábito de la prodigalidad para hacerse perdonar la moderacion de sus sentimientos.

En cuanto á los hermanos Montmorency, el menor de ellos, baron de Montigny, era partidario de los derechos nacionales; el mayor, Felipe, conde de Horne, tenia un carácter suspicaz é iracundo.

Algunos otros, como los duques de Arschott y Arenberg, eran partidarios de la autoridad absoluta del rey; pero los verdaderos favoritos de España, en la aristocracia flamenca, Berlaymont y Noircarmes, sabian hacer pagar su concurso á la influencia extranjera: Berlaymont obtuvo para sí seis mil florines de pension, y para sus cinco hijos los gobiernos de Güeldres y de Charlemont, los prebostazgos de Lille (8), Maestricht y Lieja, algunas rentas de abadía (9), la promesa del obispado de Lieja (10) y en fin el arzobispado de Cambray. «Y con todo eso está con sed de haber bebido mucho» (11).

Atento á Noircarmes, supo mostrar bastante servilismo y ser sobrado importuno en sus exigencias, para dejar á su muerte (12) tantos cargos que fué embarazoso hacer su distribucion: sus condescendencias y sus inicuas máximas hubieron de valerle á la vez los títulos de gobernador, baile mayor y capitan general del Henao, consejero de Estado, intendente de hacienda, gobernador de Cambray, Saint-Omer, Binche, Dournehem, Bredenarde, comendador de Alcántara, además de sus pensiones que ascendian á tres mil florines y los prisioneros (13) que su mujer retenia en dura prision, á fin de hacerles pagar mayor rescate (14).

(1) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VI, pág. 175.
(2) En agosto de 1561. Era viudo de Ana de Egmont.
(3) *Correspondencia de Felipe II*, Prólogo, pág. 36. Nota secreta de Fray Lorenzo.
(4) Pont. Payen, tom. I, pág. 53.
(5) Groen Van Prinsterer, tom. V, pág. 330. El J. R. es á no dudar Juan Rubens, padre de Pedro Pablo, como lo prueba M. Backisen Van den Brinck en su noticia sobre Ana de Sajonia, Bruselas, 1853.
(6) Pont. Payen, tom. I, pág. 58.
(7) Berg-op-Zoom. No era pariente del señor de Berghes, arzobispo de Cambray.
(8) Margarita al rey, 2 nov. 1560.
(9) *Ibid.* 9 oct. 1562.
(10) *Ibid.* 13 marzo, 1563.
(11) Albornoz á Zayas, 15 enero 1572.
(12) En marzo de 1574.
(13) Como los franceses de Genissac, de Jumelles y otros.
(14) *Correspondencia de Felipe II*, tom. III, pág. 43.

CAPITULO IX

PRIMER PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA LA NACIONALIDAD FLAMENCA. EL CARDENAL GRANVELA.—1559-1563

ENVIO DE TROPAS ESPAÑOLAS.—LUCHA CONTRA LA HEREJIA.—OPOSICION DE LA ARISTOCRACIA.—TUMULTOS EN HENAO.—PARTIDA DE GRANVELA.

I.—Envío de tropas españolas

Al embarcarse para España Felipe II, habia dejado la regencia de los Países Bajos á su hermana Margarita, á quien hubo de rodear de consejeros y consultores con el fin de que recayera la autoridad real en el obispo de Arras, que recibió el capelo poco despues y tomó el título de cardenal Granvela (1).

La princesa Margarita debia la vida á una aventura poco novelesca: pasando por Audenarde Cárlos V, hubo de entretenerse con la doncella de la baronesa de Montigny, que se llamaba Juana Vandergherynst, hija de un tapicero (2). Despues del nacimiento de Margarita, fué apartada la jóven sirvienta y casada con un alto empleado de hacienda (3).

La hija fué recogida por las tias de Cárlos V, que la educaron de una manera conveniente. A los catorce años de edad la casaron con Alejandro de Médicis, cuyo nacimiento era aún más irregular, como quiera que éste no sabia quién era su padre, ni áun siquiera su madre, si bien se le suponia hijo de una de las esclavas moras del papa Clemente VII, jefe de la familia. Este Alejandro de Médicis indignó con sus crímenes á los florentinos y murió á puñaladas ántes de que su mujer hubiera tenido tiempo de reunirse con él (4). Mal de su grado fué dada en segundas nupcias á Octavio Farnesio, nieto del papa Paulo III. Este segundo marido tenia dos años ménos que ella y al parecer no habia sentido nunca el menor cariño por aquella flamenca maciza, ruda, desdeñosa, barbada como un hombre, de voz varonil y rudas maneras (5). Pero queria que Cárlos V lo mantuviera en la posesion del ducado de Parma y codiciaba á Ferrara y Plasencia, mostrándose, aunque niño aún, político bastante hábil para sufrir con resignacion el menosprecio de su orgullosa consorte y para solicitar sus favores con paciencia. Nada ménos que siete años estuvo esperándolos (6) y despues de tan largo período, se dejó ablandar Margarita durante algunos dias. De aquella momentánea union nacieron dos gemelos, de los cuales uno murió muy jóven, y el otro es el gran capitan, el político de genio, que la fortuna reserva á Felipe II para el fin de su reinado, que no será comprendido ni utilizado y que morirá combatiendo á Enrique IV: Alejandro Farnesio, duque de Parma.

Margarita tenia ya treinta y ocho años cuando recibió la regencia de los Países Bajos en Bruselas, dejando á su marido en Parma y á su hijo en Madrid. Las maneras varoniles (7), su pasion por la caza, su tolerancia con las ocurrencias picarescas, no desagradaban á los flamencos: llevaba el escrúpulo en la práctica de los ejercicios religiosos hasta el punto de prohibir que se lavaran de antemano los piés las doce doncellas pobres á quienes habia ella de lavárselos el Juéves Santo (8), y el sentimiento de sus deberes de regenta hasta el extremo de trabajar noches enteras en una correspondencia que no descuida ningun detalle y

(1) En febrero de 1561.

(2) Mem. anón. tom. I, pág. 1. Sucedió esto durante el sitio de Tournay en 1521. Así cae por tierra la leyenda referida por Strada en la cual hace Cárlos V un vergonzoso papel. Esta leyenda se ha repetido sin fundamento por casi todos los historiadores.

(3) De Brabante. Llamábase Juan Vandendycke, que tuvo de ella tres hijos.

(4) Este episodio de la muerte de Alejandro inspiró el *Lorenzaccio* de Alfredo de Musset.

(5) Strada. «Nec deerat aliqua mento superiorique labello barbula ex qua virilis non magis species quam auctoritas conciliabatur.»

(6) Octavio Farnesio nació en 1524, se casó en 1538 y murió en 1586. El nacimiento de los gemelos fué en 1545.

(7) Strada. «Quo non tam femina sortita viri spiritus quam vis ementitus vestem femineam videretur.»

(8) *Id.* «In sanctiori hebdomada duodenis pauperibus puellis pedes quos a sordibus purgare ante vetuerat, abluebat.»

que revela notable capacidad para el gobierno.

La primera de las dificultades que su hermano le dejaba que resolver era la partida de los tercios españoles, ya inutilizables desde que se hiciera la paz con Francia. No era que Felipe no estuviese decidido á llevarlos otra vez á sus guarniciones de Italia y Africa (1), sino que su lentitud en resolver, su imposibilidad de dar órdenes en tiempo oportuno hubieron de suscitar dificultades, que ocupan en los documentos de la época mucho más espacio del que merece un incidente de tan mínima importancia. Margarita se afanaba por precipitar la solucion. Acaso, escribia, seria mejor hacerlo liberalmente á tiempo, puesto que se ha de hacer, que no dejar que se engendren malos enojos por la dilacion (2). Granvela avisaba tambien al rey el descontento suscitado sin ventaja (3) é insistia sobre el gravámen que imponia á rentas ya gravadas aquel mantenimiento de tropas. El único pretexto de las dilaciones era la exigencia harto legítima de los soldados que se negaban á embarcarse si no se les ponia ántes al corriente de sus soldadas; los flamencos que de mucho atrás anticipaban caudales para el abasto de las tropas, no estaban, al decir de ellos, en aptitud de continuar los desembolsos (4).

El dinero de Francia desató la dificultad: la dote de Isabel Valois fué remitida á Flandes y con ella se pagó á las tropas españolas, y se hizo posible su partida (5).

Por un episodio insignificante, ved despertada la desconfianza: rey y súbditos se observan, las susceptibilidades nacionales están á punto de inflamarse; el rey se impacienta ya de oir alegar á cada paso su *alegre entrada*, esto es, su palabra solemnemente empeñada por juramento de conservar las leyes y los derechos del país (6).

(1) No se habla aquí ni de la contestacion que Felipe diera á los Estados que le pedian la partida de los españoles:—Entonces es menester que parta yo mismo—ni del arrebato de cólera que tuvo contra el príncipe de Orange, bien que estén indicados estos hechos por autores serios, como el holandés Wagenaar y el francés Aubery du Maurier. Parecen apócrifos porque: 1.º la contestacion á los Estados no es verosímil en boca de un hombre que se embarca en efecto y parte; 2.º el rey no tenia voluntad ni medios para sostener un ejército español en los Países Bajos, y la evacuacion era, por tanto, necesaria; 3.º las palabras puestas en boca del rey en su cólera contra el de Orange no son de ninguna lengua; 4.º interesaba á Felipe de tal modo seducir al príncipe que le señaló al embarcarse una crecida gratificacion, y no era hombre que se enojara en seguida contra los que queria conquistar, y más teniéndolos ya pagados.

(2) Margarita al rey, tom. I, pág. 52, 57 y 63.

(3) Granvela al rey, tom. VI, pág. 166.

(4) Margarita al rey, tom. I, pág. 335.

(5) *Correspondencia de Margarita*, carta del 7 de oct. de 1560.

(6) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VI, pág. 210.

II.—Lucha contra los herejes

A los genios irascibles todo les parece sospechoso y el menor descuido se convierte en falta grave para ellos. En vez de evitar motivos de inquietud, continua Felipe la reorganizacion de las diócesis en los Países Bajos. Era, á buen seguro, necesaria una reforma: no habia más que tres obispos, los de Tournay, Arras y Utrecht, para las diez y siete provincias del país, miéntras el Luxemburgo estaba repartido entre seis diócesis extrañas. Cárlos V habia solicitado nuevas mitras; pero el asunto dormia en la curia romana hacia cuarenta años: se chocaba en dos obstáculos. Para la dotacion de los nuevos obispos, proponia el rey adjudicarles las rentas de muchas abadías en perjuicio de abades y frailes, lo que motivaba la oposicion del clero regular: fuera de esto, si proveia por este artificio á la falta de fondos en sus Estados, no podia tan fácilmente el rey procurarse las sumas necesarias para la cancillería romana, que exigia «*provision* para ereccion de iglesias» (7), es decir, derechos de doce mil ducados (8), lo que hacia decir al cardenal Granvela: todo el mal nos viene de la avaricia de Roma (9).

Desde el momento en que el Papa daba tan poca importancia á esta reforma que la subordinaba al pago de algunos ducados, hubiera sido más prudente en el rey abandonarla sin sublevar contra él la coalicion de los frailes que defendian sus rentas, del pueblo que veia con malos ojos todo cambio en sus instituciones y de la aristocracia que olvidaba los beneficios recibidos del príncipe y se mostraba tan tenaz en su oposicion como la gente más menuda del pueblo (10). Pero Felipe no es el hombre de Estado que dirige los acontecimientos con oportunas concesiones; es el oficinista encadenado á las fórmulas que se estrella en los obstáculos. Paga á Roma los doce mil ducados; hace crear tres arzobispados y catorce obispados y suscita una indignacion tan general que espanta al mismo Granvela: «Veo, dice, el odio de los Estados cargar sobre mí. ¡Que pluguiera á Dios que jamás se hubiera pensado en esta ereccion destas yglesias, amen, amen!» (11). Obstinacion tanto más torpe, cuanto que Felipe ni siquiera contaba con los obispos para sus luchas contra

(7) *Correspondencia de Margarita*, tom. I, pág. 389, carta al rey, 10 de enero 1561.

(8) Granvela á Gonzalo Perez, 5 febrero 1561.

(9) Granvela á Gonzalo Perez, 24 enero 1561.

(10) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VI, pág. 18.

(11) Groen Van Prinsterer, tom. I, pág. 117, Granvela al embajador en Roma, setiembre 1561.

la herejía. Desde el reinado de su padre se habia excluido á los obispos del conocimiento de los delitos contra la fe, porque se les suponia, muy «dados á enervar la jurisdiccion soberana y á obtener, no castigos corporales, sino multas en su favor» (1).

Esta agitacion, sin embargo, parece haberse calmado pronto: cinco años despues ya no se pensaba hablar de ello en los manifiestos de oposicion: sólo sirvió, como la precedente, para levantar la opinion pública y precipitarla más en las ideas de tolerancia religiosa por oposicion al gobierno quisquilloso, como quiera que extendió por el pueblo la creencia de que el rey queria someter los Países Bajos á la Inquisicion de España.

La Inquisicion existia en los Países Bajos hacia cuarenta años y no era impopular. Once decretos de Cárlos V, que llamaban *los carteles* (2), imponian penas variadas en su forma para los diversos casos de indocilidad á los dogmas, pero todas ellas eran de muerte por el hierro, el fuego ó la fosa (3). La ley era atroz, pero los que la aplicaban se mostraban benignos. Los inquisidores de los Países Bajos eran canónigos ó doctores en leyes, inclinados á moderar las penas «con pretexto de ser grandes y duras,» buena gente como los burgueses que los rodeaban. No aplicaban la tortura, escuchaban á los defensores y se servian de funcionarios y ministros de la justicia civil. Muchas provincias no tenian inquisidores (4); en otras (5) no se les convocaba nunca; los de Valenciennes se habian hecho olvidar de tal manera que se ignoraban sus nombres y las fórmulas de sus funciones (6).

Felipe II pretendió convertir en persecucion activa esta simple amenaza contra la herejía. Al efecto, renovó los carteles de Cárlos V y prescribió á su hermana que se mostrara implacable en defensa de la religion. Pero negó siempre la intencion de someter al complicado sistema de la Inquisicion española á sus súbditos flamencos. No puede dudarse que Margarita, el cardenal Granvela (7), y áun más tarde el duque de Alba, estuvieran constantemente opuestos á tan inhábil pensamiento; pero tampoco puede dudarse de que Felipe II juzgara necesario este medio de gobierno. La Inquisicion propiamente así llamada, no es lo que espantaba á los flamencos ni lo que queria él propagar. Los hombres de los Países Bajos se sometian sin murmurar á la autoridad de los dominicanos franceses en Artois y á la de los dominicanos alemanes en el Luxemburgo (8); pero rechazaban la inquisicion española; ni admitian sus extraños procedimientos ni la subordinacion á la autoridad monárquica, que eran los caractéres propios de aquella institucion. Indignábanse á la sola idea de sus prisiones. Allí, se les decia, permanece el acusado largos años, quebrantado por crueles tormentos, añadiendo á la miseria y al horror del lugar las injurias privadas, los azotes,... el acusador es secreto, el crímen secreto, los testigos secretos (9).

Las rudas penalidades de los decretos de Cárlos V no podian bastar á Felipe II, si eran mitigadas por las repugnancias de los canónigos y doctores encargados de aplicarlas. Este cargo era desempeñado con tanto ménos ardor cuanto que no estaba retribuido.—A algunos parece extraño que no tengan ningun salario, sino que despues de haber servido anden á caza de dinero... Justo es que los de la ciudad les paguen doscientos florines anuos, ya que es por su bien y reposo (10).

Los mismos agentes subalternos no siempre hallaban una recompensa suficiente en la satisfaccion de ser fieros y crueles: el más feroz de todos, Titelmans, que hablaba con fruicion de *sus presos*, suplicaba á la regenta se sirviera tener en cuenta los servicios que habia prestado en un oficio tan odioso, molesto y arriesgado (11). Así, á falta de sueldo, los esbirros con el significativo título de *agarra-carnes*, sabian pagarse por su propia mano. «Y los dichos *agarra-carnes* quitaron á muchas mujeres sus cadenas y anillos de oro» (12). Por otra parte, las delaciones nacian espontáneamente procuradas por los vicios privados: hasta las cortesanas se complacian en hacer encerrar á las jóvenes burguesas acusándolas de herejía. Así en Valenciennes la señorita Jonquoy fué acusada por una

(1) Carta ms. de Margarita, tia de Cárlos V, citada por Gachard, *Correspondencia de Felipe*, tom. II, Prólogo, pág. 112.
(2) Edictos del 22 de marzo de 1521 al 25 de setiembre de 1550.
(3) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 105.
(4) Güeldres, Groeninga.
(5) Brabante.
(6) Paillard, *Turbulencias de Valenciennes*, pieza 133 *bis* del t. II.
(7) Granvela escribe á su confidente Oosterwyck el 6 mayo 1566, diciéndole que ni allí ni en Milan ni en Nápoles puede servir la Inquisicion española, y que su sola mencion podria causar graves inconvenientes.
(8) Cabrera, tom. I, pág. 270.
(9) Arch. nac. folleto impreso, K. 1507, pieza 35.
(10) Carta del gobernador del Henao, piezas 1 á 5, tom. IV de la *Historia de las turbulencias de Valenciennes*, por Paillard.
(11) *Correspondencia de Felipe II*, tom. II, pág. 484.
(12) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 26.

mujerzuela, llamada la *Magrieta*, de haber asistido á la prédica (1).

Pero este llamamiento á las bajas pasiones, el celo de los groseros agentes, el espectáculo de los séres quemados vivos hicieron muy pronto el régimen de los decretos tan impopular como la misma Inquisicion. Sin embargo, la regenta no se alarmaba todavía de los progresos del luteranismo; sólo temia á la secta de los anabaptistas y reservaba para ella todo el fervor de su celo.—Hemos sabido, escribia (2), cómo hay en las prisiones de Gante dos mujeres rebautizadas contumaces, las cuales fueron al principio reservadas por estar en cinta; pero habiendo dado á luz á sus hijos, continuan retenidas, habiendo estado en la prision espacio de unos nueve meses, confortando á los otros presos, cosa que no conviene. Por tanto, os ordenamos que sin más demora mandeis hacer la justicia que conviene; y en adelante despachareis á semejantes personas lo más presto que ser pueda para evitar los inconvenientes y escándalos que de otra manera podrian seguirse por larga detencion.—Los magistrados de Gante no hicieron caso de esta recomendacion, y la princesa no tardó mucho en poder probar con un ejemplo los inconvenientes de su culpable mansedumbre. Las prisiones de Gante

Medalla con el retrato del conde de Hornes (tamaño natural)

hubieron de abrirse para que se evadieran cinco anabaptistas cuya ejecucion habia ella reclamado, «la cual ejecucion, si hubiese sido hecha, no hubiera sobrevenido este escándalo en daño grande de la religion» (3).

III.—Oposicion de la aristocracia

Un gobierno que afectaba hacer tan poco caso del estado de los ánimos no podia tardar en entrar en lucha contra las fuerzas legales del país: el conde de Egmont y el príncipe de Orange atacaron de frente al cardenal Granvela, como si hubieran ignorado que las causas del descontento sólo provenian de la voluntad del rey, ó presentido la ficcion constitucional que advierte al soberano hiriendo al ministro. Los dos dirigieron á España la dimision de sus cargos (4). «Se guarda el mayor secreto, escribe de Madrid el embajador inglés (5), sobre la carta del príncipe de Orange y el conde de Egmont; pero yo sé que hay discordia entre la nobleza y la fraccion de Granvela: si el cardenal no es sostenido inmediatamente por el rey, no quisiera estar en su lugar por todo el oro que él recibe; es hombre verdaderamente odiado allá.»

En efecto, á pesar de sus buenas cualidades de gobierno, y de sus esfuerzos para conciliar la voluntad del rey y la opinion del país, Granvela no habia conseguido más que hacerse odioso, no ya sólo á aquel *animal perverso llamado pueblo*, segun su expresion (6), sino tambien y sobre todo á los jefes de la nobleza, á quienes ofendia con las puerilidades de su fausto. El nieto del procurador de Besanzon gustaba de rodearse de alabarderos y cortesanos. «Era de un natural un tanto ágrio» (7).—Se abandonaba

(1) Paillard, tom. I, piezas 117 y 137.
(2) *Correspondencia de Felipe II*, tom. II, pág 478.
(3) Carta del 15 de junio de 1560, tom. I, pág. 479.
(4) El 23 de julio de 1561. La carta, que es de puño y letra del príncipe de Orange, ha sido recien descubierta por M. Gachard entre los papeles del secretario Eraso; pero debiera haberse conocido ántes por la memoria del Ingles que al parecer ignoraban los historiadores belgas.
(5) Ms. Rec. of. n.º 1143, 15 agosto 1561.
(6) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 290.
(7) Ms. Bibl. nac. 16103, fol. 111, Auzance á Cárlos IX.

á las susceptibilidades de una vanidad ingeniosa, ó á los desvíos de sus frecuentes arrebatos de cólera (1).—Su deseo ha sido siempre querer que todos vivan de su mano, mirándose como el monarca del mundo (2). Tal era la opinion de los mismos españoles. Los flamencos formulaban acusaciones más graves (3). Cuando alguna abadía ó gran priorato vacaba enviaba comisarios por el rey para intervenir en la eleccion: allí estaba Morillon para corredor de presentes, y si veia que el futuro abad ó prior no abria la bolsa todo lo que podia abrirla, no era del real agrado y se le echaba á las barbas un competidor. Con esto, tomaba á dos manos copas, cadenas de oro, escudos, ducados, y todo al contado, pues las promesas no servian de nada. No hay para qué decir que todo esto se repartia entre el cardenal, Viglio y Morillon.»

Es lícito ser aún más severo con Granvela hoy que se conoce la carta escrita de su puño y letra á Felipe II concebida en estos términos: En cuanto al príncipe de Orange, podria ofrecerse una prima de treinta ó cuarenta mil ducados para que lo mataran ó lo entregaran vivo, como hacen siempre los potentados de Italia; acaso el anuncio de este peligro bastaria para que se muriera él de miedo, porque es cobarde; acaso si el anuncio se hiciera en Italia ó en Francia se encontraria algun pícaro que lo intentara por dinero (4).

Así conocemos nosotros mejor que los contemporáneos esos *corredores de presentes*. Morillon, el más activo de todos, se pinta á sí mismo con estas palabras (5): «Es el principal punto para entenderse bien con el amo.» Con esta máxima hubo de ganar el obispado de Tournay y cuarenta prebendas (6). Otro de ellos, Felipe Nigri, poseia tantas prebendas y tierras de iglesia, que dejó al morir veintiocho mil monedas de oro en sus arcas (7). El presidente Viglio se metió igualmente en las órdenes para acumular más y mejores beneficios: tenia la misma codicia, pero no la aptitud que Morillon.

En lugar de estos parásitos, hubiera podido Granvela emplear en las dificultades que lo rodeaban un hombre de valor igual al suyo, á su compatriota Simon Renard, á quien vimos en Inglaterra al lado de María Tudor. Renard habia hecho méritos en aquella época con su insistencia en pedir ejecuciones de protestantes; pero su notable capacidad parece haber despertado los celos de Granvela. Es falta ordinaria de los hombres superiores esto de rodearse sólo de medianías: se creen empequeñecidos cuando álguien los secunda, y en sus condescendencias con los subalternos vuelven contra sí mismos los talentos que rechazan. Renard se afilió al partido de la aristocracia flamenca, redactó las cartas y manifiestos de la oposicion, y llegó á ser bastante peligroso para que Felipe II lo llamara á Madrid (8) á fin de quitarle á Granvela este embarazo. En Madrid habló Renard del cardenal sin ningun reparo y le hizo acaso más daño aquí que allá refiriendo cuán aturdido estaba (9) de ver engañado á su amo y permanecer áun en la opinion de que el respeto de la religion contiene á los eclesiásticos, viendo cualquiera claramente que miran con más interés el propio medro que el servicio de Dios y del público. Confesó que los Países Bajos estaban bastante agitados y que si el fuego se encendia una vez, seria más difícil apagarlo allí que en cualquiera otra parte de la cristiandad.

Si se aparta á los hombres de mérito para entregarse á los aduladores se expone uno á las traiciones: Granvela no se escapó de este castigo cuando introdujo en su intimidad á un tal Gaspar Schets que vino á ser el fundador de una casa ducal por medio de una serie de hábiles fraudes. Este Gaspar era una especie de poeta latino que se granjeó la amistad del cardenal con panegíricos y odas, logró que se le nombrara consejero real y despues tesorero mayor, recibió de la reina de Inglaterra una cadena de quinientas coronas (10) por informes dados; comprendió las ventajas del oficio y suministró á los ingleses noticias tan preciosas que en consideracion á este buen servicio la

(1) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 318, Escobedo al rey. «La cólera no es buena para ministros.»

(2) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 197. Eraso á Egmont, del 28 setiembre 1561.

(3) Le Petit. *Historia de los Países Bajos*, edicion de 1604, p. 29.

(4) *Correspondencia de Felipe II*, Prólogo, pág. 181.

(5) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VIII, pág. 55.

(6) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 320.

(7) *Mem. anón.* tom. I, pág. 10.

(8) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 283. Nació en Vesoul y no en Flandes, como lo creen los editores de los *Doc. inéd.* Véase tambien la carta de Saint Sulpice, Ms. Bibl. nac. 3161, fol. 109 del 28 de marzo de 1563. «Por lo que ha parecido que el señor Renard mantenia divisiones en el país, y que estaba unido con los señores de allá contra las opiniones del cardenal Granvela; yo creo que el rey le ha mandado salir.»

(9) Ms. Bibl. nac. 3163, fol. 25. Saint Sulpice á la reina 31 de diciembre 1564. Tres meses despues es llamado á su vez Granvela. Renard quedó al parecer en Madrid hasta unos diez años en la desgracia y la miseria: el duque de Alba intervino inútilmente en su favor. (*Correspondencia de Felipe II*, 31 de oct. 1571.) Renard murió en agosto de 1573. (Wauters, Nota á las *Memorias de Viglio*, pág. 63.)

(10) Ms. Rec. of. foreign Elizabeth, tom. III, fols. 84 y 236.

reina no pudo ménos de escribirle una carta dándole las gracias con quinientas coronas lo ménos, decia el primer ministro de Inglaterra. En fin tuvo el talento de hacer llegar á Lóndres ántes de que se conocieran en Bruselas, los detalles de una negociacion con la curia romana (1) y continuó sus intrigas mucho tiempo despues de la caida de Granvela con bastante fortuna para llegar á ser conde del Sacro Imperio haciendo tambien nombrar á su hijo duque de Ursel.

Miéntras se erigian estas fortunas de los favoritos del cardenal, los magistrados y funcionarios no podian cobrar sus sueldos. «No hay para pagar los sueldos de los ministros de justicia y demás empleados, ni para sostener las cargas, ni casi para despachar un correo» (2). Esta penuria no debia imputarse únicamente á las faltas de Granvela, sino tambien y sobre todo á las culpas de la administracion precedente, como quiera que se debia á muchos más de dos anualidades (3). Las rentas de España no daban de sí para prestar un socorro eficaz á las de los Países Bajos: el rey declaraba tristemente que habiendo mirado todo lo que podia hacer, no hallaba medio de venir en ayuda (4). Hacia poner en venta en la bolsa de Amberes juros ó títulos de rentas de Castilla, que estaban desacreditadas por la falta de cumplimiento que siempre tuvo el gobierno español con sus acreedores. Esta desconfianza, la indiferencia con los empleados, que tenian que abandonar el servicio (5), el contraste de su miseria con el lujo de que hacian alarde el cardenal y sus favoritos, no contribuian poco á mantener la irritacion contra Granvela.

El rey habia contestado á la dimision del conde de Egmont y del príncipe de Orange enviando á Bruselas al conde de Hornes, que le habia acompañado á España. Hornes llevaba el encargo de reconciliar al cardenal con los señores flamencos; pero no tenia la flexibilidad de carácter necesaria para esta mision. A la sazon hay empeñada una partida cuyas probabilidades de éxito no son ciertamente favorables, pues aunque Felipe no hubiera llevado la peor parte por su lentitud natural para decidir, hubiérala llevado necesariamente por la pérdida de tiempo que exige la distancia. Lo que acaba de conceder tardíamente al conde de Hornes, enviándolo al lado de sus amigos, no tiene ya significacion algunos dias despues. El príncipe de Orange pide la convocacion de los Estados; la regenta, apremiada por los próceres y ofendida por la arrogante autoridad del cardenal, intenta un término medio y convoca, no los Estados generales, sino á los caballeros del Toison de oro (6). Esta reunion de la más alta nobleza del país envia al rey el baron de Montigny para hacerle conocer el verdadero estado de los ánimos. Al recibir á Montigny improvisa el rey un ingenioso proyecto: seducir al baron como habia seducido ya á su hermano el conde de Hornes; atraer por medio de ellos á su causa al conde de Egmont, suscitar los celos de los tres contra el príncipe de Orange, sembrar así la division entre los disidentes y mantener á Granvela como árbitro supremo entre todos.

No se sabe si Montigny fué momentáneamente juguete de estas intrigas. Los pormenores dramáticos de la muerte á que está destinado lo hacen harto interesante para que no se complazca uno en concederle el papel de víctima; pero su hermano el de Hornes tenia ciertamente demasiada rigidez y el de Egmont demasiada lealtad para prestarse á intrigas contra Guillermo de Orange: la vanidad del cardenal se resistia igualmente á este plan, como quiera que Granvela queria obtener el triunfo no por artificios, sino por goces de orgullo. Y escribió orgullosamente al rey que sólo porque defendia su autoridad real se veia expuesto á tantos sinsabores (7): «me importaria un caracol todo, si el servicio del rey no padeciera» (8), y el rey debió disculpar al cardenal escribiendo á la duquesa regente que nunca le habia propuesto «cortar media docena de cabezas... aunque quizá no seria mal hacello» (9). Despues guardó silencio espacio de muchos meses creyendo que el tiempo adormeceria la resistencia: este silencio impacientaba á Granvela, el cual decia: De la corte de Madrid no sabemos más nosotros que los que están en las Indias. La tardanza del rey en contestar á las cartas causa un gran perjuicio que se deplorará un dia amargamente (10).—Entre tanto se confederaban los nobles (11) y adoptaban emblemas

(1) Ms. Rec. of. foreign Elisabeth, tom. III, pág. 224. Negocio del abad de Saint Salut.
(2) *Correspondencia de Margarita*, 17 marzo 1560.
(3) *Ibid.* 9 agosto 1560.
(4) *Ibid.* 10 febrero 1561.
(5) *Correspondencia de Margarita*, 9 agosto 1560.
(6) Mayo de 1562.
(7) Granvela al rey, 14 mayo 1562.
(8) Granvela á Gonzalo Perez, 6 agosto 1562.
(9) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 278.
(10) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 213.
(11) 11 marzo 1563.

para llamar la atencion del pueblo que gusta de los signos exteriores, de las divisas y de las contraseñas. Brederode llevaba en el sombrero una cola de zorro en vez de penacho, queriendo significar con esto que el gran zorro dejaria un dia allí la cola... los demás llevaban casacas adornadas con cabezas de locos y caperuzas rojas (1). En fin el rey resolvió pronunciarse formalmente por el cardenal y escribir á los señores, que no era costumbre suya castigar sin motivo á sus ministros (2). Pero era ya demasiado tarde y graves acontecimientos acababan de ocurrir en el Henao.

IV.—Tumultos en el Henao

La escision entre las provincias de lengua francesa y las que hablaban flamenco fué agravada por las disidencias religiosas: las primeras aceptaron la propaganda de nuestros calvinis-

Moneda del Henao (reinado de Felipe II)

tas; las otras prefirieron la fórmula luterana. La ocasion hubiera sido propicia para recobrar el Artois y el Henao. «Si hubiéramos sido más avisados, dice un político de Paris (3), hubiera habido medio de añadir el Estado de Flandes al nuestro: jamás se ha presentado ocasion de recobrarlo que no la hayamos malogrado.»

El Henao con sus dos grandes ciudades de Tournay y Valenciennes adoptó muy luégo las doctrinas de Calvino: la regenta supo que las iglesias eran muy poco frecuentadas áun en el santo tiempo de adviento, y señaladamente que los principales burgueses se mostraban en esto muy frios (4). Estos burgueses habian viajado por el extranjero; habian permanecido en casa de los banqueros de Francia y de Inglaterra para aprender la teneduría de libros, el giro de letras de cambio, los secretos de las relaciones comerciales; enviaban á sus hijos á casa de sus corresponsales; ensanchaban sus ideas abriendo horizontes á sus industrias, crímen severamente penado por los decretos. «Bien que segun los dichos decretos nadie pudiera enviar sus hijos á países ó ciudades sospechosas, no embargante hay muchos de la dicha ciudad de Valenciennes que tienen sus hijos, ora en Alemania, ora en Inglaterra, para aprender la lengua y el tráfico de mercancías» (5). De este modo la lucha por la fe degeneraba insensiblemente en lucha contra el comercio, la riqueza, la vida pública; el gobierno hacia enemigos suyos á los más ilustrados y ricos; chocaba con las necesidades sociales y provocaba la intervencion de los extranjeros interesados en las relaciones comerciales. Desde 1562, la reina de Inglaterra atizaba el descontento de los grandes comerciantes por medio de un profesor de matemáticas, que fué preso y quedó convicto y confeso de su delito (6). En Tournay, la familia de Taffin, y en Valenciennes la de Herlin, se pusieron al frente de los adeptos del calvinismo. Los Herlin, que poseian feudos señoriales y comandaban las compañías de la guardia burguesa, probaron durante los primeros años á secundar la oposicion á la aristocracia ántes que sublevar al pueblo. Pero los Taffin no conocian estas inteligencias con Satanás: dos de los hermanos Taffin, Juan y Nicolás, se hicieron predicantes, y el tercero llegó á ser secretario del príncipe de Orange y su agente en Inglaterra (7). Los convertidos se multiplicaban al rededor de ellos y llevaban el fanatismo hasta desear la muerte públicamente, ó afectarlo, por mera vanagloria (8). ¿Qué podia hacer la regenta contra estos casos curiosos de vanidad? El rey le propuso un remedio (9). La conducta que han observado los reos, le dice Felipe, cantando en público miéntras les duró el aliento, me ha parecido cosa de muy mal ejemplo, donde la gente sencilla pudiera escandalizarse y dejarse seducir. Y recordando que estando yo en Inglaterra se usaba en casos semejantes ponerles una mordaza ú otra cosa en la boca, he pensado que no seria mal hacer lo mismo con los de por acá.

Pero miéntras Tournay se agita en impotentes tumultos ante los que llama mártires, Va-

(1) Pontus Payen, tom. I, pág. 58 y 60. Sin embargo, esta interpretacion del cronista real, sobre la significacion de la cola de zorro, es á lo ménos muy dudosa. ¿Qué hay de comun entre el cardenal y un zorro? Acaso aludia á la oposicion de Simon Renard. Es más probable que sea el recuerdo de una orgía de Brederode.

(2) *Correspondencia de Guillermo*, tom. II, pág. 42.

(3) Esteban Pasquier, *Cartas*.

(4) Pieza 171 del t. 2.º de Paillard, *Turbulencias de Valenciennes*.

(5) Paillard, *Turbulencias de Valenciennes*, tom. II pieza, 172.

(6) Paillard, *Turbulencias de Valenciennes*, piezas 158 á 164.

(7) Pasquier Dellebarre, *Memorias*, tom. I, pág. 68.—*Mem. anón.* tom. I, pág. 136.

(8) Pieza 121 tom. III, *Col. de Paillard*, Nota de Margarita.

(9) *Correspondencia de Felipe II*, carta del 9 oct. 1562.

lenciennes sabe defender á sus calvinistas é invocar el privilegio que tienen de no poder ser torturados (1) en su cualidad de burgueses: los magistrados de Valenciennes retrasan con dificultades y medios dilatorios la ejecucion de los prisioneros que tienen la necesidad de condenar.

Estos prisioneros se llaman Mallart y Fauveau; son igualmente procaces y se encaran con los jueces citando fuera de propósito textos de San Pablo (2). Muy luégo las órdenes de la regenta son tan amenazadoras que los magistrados de Valenciennes no se atreven á retardar la ejecucion de los condenados.

Era el 27 de abril de 1562; sacóse de la prision á Mallart y á Fauveau y se les empujaba á la hoguera. Fauveau gritó diciendo: ¡Padre Eterno! A esta señal los gremios de los cardadores, de los *mulkiniers*, de los *haulte lisseurs*, de los *sayetiers* (3) y multitud de mujeres hienden las filas de la guardia burguesa y rodean á las víctimas. Los magistrados se apresuran á volver los reos á la prision. Habíamos sacado de la prision á los condenados, dicen (4), pero los perturbadores comenzaron á llevarse los haces de leña y á romper las barreras, y despues allanando las cárceles han sacado á los presos, y segun se nos dice, andan juntos cantando por la ciudad. En efecto, las puertas de la prision no pudieron resistir á los esfuerzos de los sectarios: Mallart y Fauveau, atados de piés y manos como estaban, fueron conducidos á la calle de *Caudreliers*, á casa de un tal Marmin, donde les fueron limados y rotos los hierros (5). Despues de haber cantado salmos por las calles con sus libertadores, los dos condenados pidieron asilo aquella noche al católico Philippart, molinero de Anzin, en cuya casa, despues de alguna repugnancia, estuvieron hasta la noche siguiente, retirándose luégo á Inglaterra. Fauveau aparecerá cinco años despues en Valenciennes y será quemado vivo (6).

No sin vergüenza tuvo la regenta que confesar al rey esta afrenta: su carta, embarazada y temerosa, deja esperar el consuelo de un ejemplar castigo (7). El castigo es necesario, en efecto, y merecido: dos dias despues del crímen, dos compañías de ordenanza entran en la ciudad para guarnecerla, á pesar de los privilegios municipales, y muy luégo son reforzadas con otras dos, y comienzan las denuncias, las prisiones, el terror.—Santiago, dice una mujer á su marido en la cama, ¿cómo hiciste para forzar las puertas de la cárcel? ¿Quién te metió en aquella cuestion?—Una vecina oye estas palabras al través de la pared, y Santiago es ahorcado. Los presos quedan privados de la condicion de burgueses é inhabilitados de gozar el privilegio de tales para no ser torturados: el molinero católico que no entregó á sus huéspedes, el

Margarita de Parma, regenta de los Países Bajos

pobre Philippart, es ahorcado. Las sentencias de muerte se redactan en Bruselas y son enviadas al magistrado que está obligado á pronunciarlas. Los que no son ahorcados, son atados á un poste del mercado y azotados allí con varas; y se comprenden en esta sentencia gran número de mujeres, áun aquellas que no hicieron más que sentarse en los haces de leña, áun aquellas cuya condicion de buenas católicas certifica el cura párroco, como Josefina Ducolombier que es convicta «de haberse mostrado alegre por la evasion de los presos» (8).

Lo que irrita al rey cuando tiene noticia de estos castigos es la mansedumbre de los jueces. Es preciso buscar y castigar mayor número de culpables, escribe á su hermana (9). No dejarán de hallarse algunos que merezcan castigo riguroso para limpiarlo mejor todo. Paréceme que los de la ley han andado muy flojos y merecen ser depuestos para escarmiento de otros.

(1) *Colec. de Paillard*, tomo I, pág. 91.
(2) *Ibid.* pieza 49.
(3) El *mulkinier* es el tejedor de batista, el *haulte-lisseur*, el tapicero de alto lizo, el *sayetier* el fabricante de gergas y sayales. Eran muy numerosos y provenian de las ciudades francesas de Amiens y Cateau.
(4) *Colec. de Paillard*, tom. II, pieza 70, *Memoria de los magistrados.*
(5) Ms. Bibl. de *Valenciennes* publ. por Rubaulx de Soumoy.
(6) *Colec. de Paillard*, tom I, pieza 140; 19 marzo 1568.
(7) *Correspondencia de Margarita*, tom. II, pág. 192.
(8) *Colec. de Paillard*, tom. II, piezas 91, 97 y 109.
(9) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 252 y 253. La carta es probablemente del secretario Tisnacq; este dialecto belga que solo él debia conocer en Madrid era ya famoso en aquella época; Forquevauls (Ms. Bibl. nac. 10752, fol. 596) dice de uno de estos documentos que «está tan mal escrito que bien da á conocer que ha puesto en él la mano un flamenco españolizado.»

¿Son culpables de flojedad solamente los magistrados? Margarita, despues de destituirlos, vitupera á los guardias burgueses y no perdona ni áun á los eclesiásticos. Los curatos, dice, están muy mal dotados de buenos pastores, estando la mayor parte de ellos servidos por mercenarios (1). Pero el verdadero criminal á los ojos de la regenta, del cardenal y del rey es el mismo gobernador del Henao, el marqués de Bergues, que se atreve á creer que ha sido suficiente el castigo, y á decir que no ha de ser todo efusion de sangre, sino que hay que buscar tambien las causas del mal, para poner remedio (2). ¿No seria para él este remedio la tolerancia para con los herejes? Granvela no duda de ello y dice al rey que «los del Henao, se desvergüenzan cada dia más y con cuanto Madama escribe, no acaba de yr el marqués» (3). Si se quieren reforzar las guarniciones, se opone Bergues á que se ponga un coronel al mando de la gente de á pié; si Madama le pide consejo para restablecer su autoridad, sugiere Bergues la construccion de ciudadelas, porque sabe muy bien que no tiene caudales para hacerlas ni fuerzas para ocuparlas (4); despues, ¡qué blasfemia! «por lo que toca á la religion, se atreve á escribir, ni las amenazas ni los soldados aprovecharán mucho» (5). En fin, tiene entrevistas secretas en Tournay con Montigny y Egmont, «sin hablar nunca á Madama de tales encuentros» (6).

En medio de estos suplicios, sospechas y recriminaciones la doctrina de Calvino hace nuevos progresos en Henao. «Por rey, príncipe ni justicia, no dejaremos de ir á nuestros sermones (7), dicen los reformados á quienes Margarita trata con desprecio en su lenguaje varonil, llamándolos rufianes, mujeriegos, ladrones, apercibidos varias veces por la justicia á causa de sus maleficios (8). ¿Qué comprender, en efecto, de la conducta de semejantes séres? Si usa de clemencia deseando alguna vez ser compasiva y si perdona, por ejemplo, á Daniel Dubois á condicion de que se convierta, «el dicho Daniel contesta que da muchas gracias á Madama, pero que no está en ánimo de abjurar» (9). Y la opinion popular se pronuncia siempre en favor de los condenados, y se manifiesta con unanimidad tan escandalosa que hay que renunciar á encender las hogueras ante el pueblo y resignarse á exterminar secretamente á los culpables estrangulándolos ó ahogándolos en una cuba, para privarlos así de la gloria que apetecen de morir como constantes en sus opiniones (10). Los inquisidores piden esta atenuacion en los castigos de los delitos contra la fe; Madama se ve obligada á conceder esta derogacion de los principios «á fin de quitar á los tales sectarios la gloria de morir como tenaces y la vanagloria que tienen en ser quemados.»

Los jueces que cumplen estos deberes de inquisidores tienen otros pesares todavía. En estas causas de herejía, dicen, luchamos con la gran dificultad de encontrar testigos que quieran declarar (11). Cuando el párroco toma notas para ilustrarlos, se introducen en su casa algunas mujeres, toman el papel en que están escritos los nombres de los feligreses que habian cumplido con su deber y hacen del papel lo que mejor les parece (12). El odio contra el gobierno extranjero se vuelve en favor de las creencias que persigue y en desprecio de los magistrados que lo sirven. Estamos abandonados (13), dicen estos últimos con desesperacion. Y los unos se retiran, los otros se hacen más feroces. Jueces y alguaciles en esta lucha contra los sospechosos se animan poco á poco hasta el furor: su animosidad se hace pública en este patético episodio (14).

En las prisiones de Valenciennes se hallaba un mozo de veinte años, Graciano Wyart «vehementemente sospechoso de herejía». El carcelero tenia de su primer matrimonio dos hijas á quienes maltrataba su segunda mujer. La mayor, Jacobina, apénas tenia diez y siete años, y el pesar la acercó al jóven Graciano, á quien conocia desde la infancia. Una noche acechando Jacobina la momentánea ausencia de su padre y su madrastra tomó las llaves y abrió la prision. Los dos jóvenes huyeron á la muralla: era preciso precipitarse al foso lleno de agua y salvarlo á nado. Graciano instaba á Jacobina; pero ella temió á la caida, al lodo, á aquella fuga por un país desconocido: faltóle valor y á su vez instó al jóven que partiera solo.

(1) *Colec. de Paillard*, tom. II, pieza 128 *dup.* y 129.
(2) *Correspondencia de Margarita*, tom. II, pág. 515.
(3) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VII, pág. 50.
(4) *Colec. de Paillard*, tom. II, pieza 156.
(5) *Ibid.* tom. III, pieza 58.
(6) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VII, pág. 105.
(7) *Colec. de Paillard*, tom. III, pieza 34.
(8) *Ibid.* pieza 37.
(9) *Colec. de Paillard*, tom. IV, piezas 55 y 57.
(10) *Ibid.* piezas 40, 47 y 53.
(11) *Colec. de Paillard*, tom. IV, pieza 40.
(12) *Ibid.* pieza 21, Condenacion de Juana Couvreur y Margarita Lemoisne.
(13) *Ibid.* pieza 9.
(14) *Ibid.* tom. IV, pág. 151 á 161, segun el diario manuscrito de Pedro de Navarra, el manuscrito 1660 de la Bibl. de Valenciennes, y diversos documentos manuscritos, piezas 107 á 110.

Este saltó y se puso á buen recaudo en Amberes. Abandonada en Valenciennes, Jacobina se ocultó en casa de una viuda llamada Micaela Deledalle. Algunos dias despues, desde una ventana la descubrió un vecino en el jardin y la denunció. Aquella misma noche fueron á cercar y registrar la casa los esbirros. La jóven saltó presurosa de la cama y se escondió casi desnuda bajo un grupo de rosales. Era á principios de noviembre, las hojas eran ya escasas, y los perseguidores, despues de haber registrado la casa se dispersaron por el jardin, y descubriendo á la jóven muerta de miedo y de frio, la ataron y la llevaron ante el tribunal. Jacobina, con la buena idea de salvar la responsabilidad del carcelero su padre, confesó con firmeza que ella sola, á solicitud del prófugo, le habia facilitado la evasion. Esta confesion le valió la humillacion de que el juez la reconviniera por haber olvidado el peligro á que exponia á su padre contra la piedad y amor á que estaba obligada. Aquel mismo dia fué conducida al mercado, atada á un poste y estrangulada. Graciano hizo ir á Amberes á la hermana menor y se casó con ella para cumplir en lo posible la promesa de matrimonio hecha á la mayor.

V. —Partida de Granvela

Estos primeros desórdenes y comienzos de desorganizacion se atribuyen con más hábil intencion que sinceridad por la aristocracia flamenca á la mala administracion del cardenal Granvela. La oposicion legal no hace defeccion durante las resistencias populares, y continúa á distancia su diálogo con el rey. Egmont, Orange y Hornes enviaban sus capítulos de cargos, declarando con orgullo:—Nosotros no somos naturalmente grandes peroradores; estamos más acostumbrados á hacer que á decir, cual conviene á personas de nuestra calidad (1). Me vienen, dice el rey comunicando sus cartas al duque de Alba, me vienen «diciendo que servirian en todo lo demás que no fuese entrar en el dicho consejo, que esto en ninguna manera lo harian miéntras el cardenal de Granvela entrase en él» (2).—«Cada vez que veo, contesta el de Alba (3), los despachos de aquellos tres señores de Flandes, me mueven la cólera de tal manera que si no procurase mucho templarla, creo pareceria á V. M. mi opinion de hombre frenético.» Y añade que hay que guardar la cólera para que estalle más de recio á su tiempo, y que no hay sino tomar medidas para asegurar en breve plazo una demostracion ejemplar.—«Quieren dar en mí primero, grita lastimero Granvela, (4) porque hecho esto, va lo demás su passo... y querrian reduzir esto en forma de república en la qual no pudiese el rey sino lo que ellos quisiessen.» Y añade á su vez que ya se atreve á decir el marqués de Bergues, cuando se le pregunta qué se haria si el rey no cediera:—¡Pardiez! ya se lo haremos tragar (5).

«Aunque no hubiera, seguian diciendo los tres jefes de la aristocracia, aunque no hubiera más que el desórden, el descontento y la confusion que hoy dia hay en vuestros países de por acá, seria buen testimonio de lo poco que aquí hace el cardenal (6).»

Todos se apartan del presuntuoso ministro. El mismo obispo de Cambray escribe al rey (7): Es imposible no dar satisfaccion á los señores de este país; es el único medio de vivir en paz y restablecer el poder de la religion.

Pero la regenta es quien da el golpe decisivo.

Margarita cree que no es posible sostener al gobierno ante la doble oposicion de la aristocracia y del pueblo: tiene además sus quejas del cardenal. Hubiera pasado ella por lo de no hacer caso de su autoridad; pero no le pasaba que la hubiera despojado de los provechos menudos de la administracion, como quiera que tenia la misma codicia que él y no ménos insaciables parásitos. Fuera de esto, sabe que el cardenal ministro teme gastar su influencia con el rey en lo de apoyar las pretensiones del duque de Parma para calzarse con Plasencia y casar á su hijo con una hija del emperador. Si no obtiene de Felipe II más que la cortesía de dorarle las píldoras (8) en asuntos de tanta monta para ella, tiene Granvela la culpa; y con esto pierde ya la paciencia y escribe: Querer sostenerlo contra la voluntad de los magnates podria arrastrar la sublevacion del país (9). Y hace llevar esta carta á Madrid por su secretario Armenteros.

Armenteros, medio lacayo, medio favorito, desvergonzado, ingenioso, devorado por la sed

(1) *Correspondencia de Guillermo*, tomo II, pág. 42 á 47.
(2) *Doc. inéd.*, tomo XXVI, pág. 485, el rey al duque de Alba, 12 octubre de 1563.
(3) *Ibid.* pág. 487, Alba al rey, 21 octubre.
(4) *Papeles de Estado de Granvela*, tomo VII, pág. 165.
(5) *Ibid.* pág. 194.
(6) *Correspondencia de Guillermo*, tom. II, pág. 45.
(7) *Doc. inéd.*, tom. IV. pág. 303, carta del 28 de marzo 1564.
(8) «Para dorar estas píldoras.» Granvela al rey, 6 octubre 1562.
(9) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 266.

del lucro, era conocido por el barbero de Madama (1). Granvela, que hubiera podido comprarlo, cometió la falta de despreciarlo. Sin embargo, no sin inquietud lo vió encaminarse á Madrid.—No me reconoceriais ya, segun me blanquea la cabeza (2), escribia el cardenal á su amigo Gonzalo Perez, quien lo tranquilizó sin demora asegurándole que el rey, ántes querria perder sus Estados que afrentar al cardenal, de cuyo celo estaba satisfecho (3).

Y al mismo tiempo decia el rey que en los momentos en que el cardenal le daba mayor testimonio de su afecto y devocion, de ninguna manera se privaria de sus servicios (4). No era, pues, Granvela quien debia inquietarse, sino los señores flamencos que reciben esta severa carta del rey: Me admira que por una nonada hayais desertado el consejo: no dejeis de volver á él (5).

Pero lo que ellos no saben, lo que se ha ignorado por espacio de trescientos años, es que á la vez que el correo portador de esta carta, el secretario Armenteros salia de Madrid con otra dirigida á Granvela. Entiendo, le dice el rey, que os será grato ir á ver á vuestra madre al Franco Condado, y os autorizo á ir allá inmediatamente (6). Este extraño favor es tan bien disimulado que Granvela finge solicitarlo despues de haberlo obtenido, y ruega al emperador y á la duquesa de Parma se sirvan interceder con Felipe II para que no lleve á mal su precipitada partida sin prévio permiso. Hace catorce años que no he visto á mi amada madre, dice el cardenal, y no puedo retardar más el deber de ir á verla (7). Más aún, escribe al ministro Gonzalo Perez, su amigo, y el defensor de sus intereses en Madrid, de como su partida es espontánea. Perez aparenta creerlo; sin embargo, la minuta de esta órden secreta de destitucion es de puño y letra del mismo Perez. Sin este papel, extraviado tanto tiempo, permaneceríamos engañados todavía (8). Y todavía más: el rey cree conveniente representar la misma comedia, y escribe solemnemente á la duquesa regente diciéndole que no lleve á mal que haya autorizado al cardenal para ausentarse por dos ó tres meses, prefiriendo la mistificacion á las concesiones, queriendo ántes engañar que complacer.

Por su parte Armenteros se congraciaba con insolencia del buen éxito de su mision y decia en son de burla fanfarrona: Ese diablo de cardenal queria hacer de este país su paraíso, y veis aquí como se va para no volver; por que no volverá; se guardaria muy bien de ello (9).

Y puso la mano en esto dándose buena maña para que la regenta asegundara diciendo en otra carta: Si vuelve el cardenal perderia la vida y haria que se perdieran los Países Bajos (10)... Él fué quien fomentó las turbulencias temiendo que se vieran sus cuentas y salieran á luz sus simonías y rapiñas (11).

Con esto, cuando el cardenal Granvela pretendió volver á Flandes, recibió del rey el consejo de ir á pasar algunas semanas á Roma, y comprendiendo que su desgracia duraria mucho tiempo, contestó: Permaneceré en Borgoña, iré á Roma, á las Grandes Indias, á donde quiera que el rey venga en mandarme: sólo temo que mi ausencia de los Países Bajos no mejore la situacion (12).

(1) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VIII, pág. 650. Armenteros, segun Granvela (*Corresp. de Felipe II*, tom. IV. pág. 3) contribuyó mucho á las desgracias del pais por su codicia y se retiró á Roma muy rico.
(2) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 268.
(3) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VII, pág. 102.
(4) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 308.
(5) *Correspondencia de Guillermo*, tom. II, pág. 67.
(6) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 285.
(7) *Ibid.* tom. I, pág. 298.
(8) Gachard es quien encontró esta pieza y nos explica esta intriga.
(9) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VIII, pág. 93.
(10) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 295.
(11) *Ibid.* pág. 311.
(12) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 326.

CAPITULO X

PRIMER PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA LA NACIONALIDAD FLAMENCA—LA REGENTA MARGARITA 1564-1567

MISION DEL CONDE DE EGMONT.—CONFEDERACION DE CULEMBURGO.—TUMULTOS Y ROMPIMIENTOS DE IMÁGENES.—ALIANZA DE LA REGENTA Y DE LA ARISTOCRACIA.—DESGRACIA DE LA REGENTA

I.—Mision del conde de Egmont

La simonía y las rapiñas no desaparecen despues de la partida de Granvela: la regenta entra en este camino con buenas ganas (1) y no hay nada en la corte que no se adjudique al mejor postor (2). Lo que más irrita á Madama contra nosotros, escriben los adeptos del cardenal (3), es que la hayamos privado tanto tiempo de hacer su agosto, como lo está haciendo ahora de los oficios y beneficios y otras cosas.

La agitacion popular no se calma más tampoco: ahora se hace cundir el rumor de que han muerto de un arcabuzazo á Felipe II (4); ahora quiere libertar el populacho de Gante á un protestante que quieren enviar á galeras (5), ó bien se subleva la muchedumbre en Amberes para salvar á otro, á un fraile jacobino que llevan á la hoguera (6), «pero temiendo que el malhechor fuera rescatado, lo mata el verdugo á puñaladas» (7), y su presencia de ánimo ahorra al pueblo de Valenciennes un escándalo semejante. Los nobles continúan hablando de las libertades garantizadas en otro tiempo por el juramento real en la ceremonia de la *alegre entrada* y se deciden á enviar al conde de Egmont á España para explicar al rey los derechos y necesidades del país.

Viglio, una de las hechuras de Granvela, espera atenuar el efecto de este paso redactando por sí mismo en nombre de los señores las peticiones que Egmont haya de presentar al rey; pero cuando en sesion del consejo, el príncipe de Orange oye al pedante leer con mucha complacencia su prosa campanuda y vana, se encoleriza con aquella elocuencia cuyos arranques le daban tanta autoridad. Bajo el peso de aquella palabra robusta, Viglio se anonada y le sobreviene un ataque de apoplegía. Bien que su lengua y su pierna quedan desde entónces casi paralizadas, no dimite sus dignidades y evita así dar cuentas y restituir los muebles de las nueve casas del prebostazgo de Saint-Bavon que ha usurpado, segun la ruda expresion de la regenta (8).

El príncipe de Orange aprovecha este incidente para ponerse definitivamente á la cabeza de la oposicion, y dicta por sí mismo las quejas que Egmont ha de exponer al rey. Pero no hay que inquietarse por este viaje, escribe Armenteros (9); el conde de Egmont se dejará fácilmente manejar. En efecto, el conde es seducido desde su llegada á Madrid por las promesas que le prodiga Felipe II. —Yo pago vuestras deudas, le dice el rey (10); me encargo de casar á vuestras hijas; esa cábala de los emblemas, de las colas de zorro, de los haces de flechas era un asunto peligroso: que no se haga más, conde (11).

Así acogido, el bravo caballero de Gravelinas se cree en la gracia del rey, y no se puede dudar de ello, porque se entiende que «se le han dado cien mil escudos» (12). Y vuelve á Flandes con la alegría y confianza de una reconciliacion, ponderando por doquiera las buenas disposiciones del rey. Algunos dias despues

(1) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VII, pág. 632, 635, 677.
(2) Viglio, *Memorias*, pág. 70, «Nihil non in aula venum expon. et ei qui plurimi licitatus fuisset addici.»
(3) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. I, pág. 263 y 404 á 406.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1501, pieza 22, nota autógrafa de Felipe sobre «la falsa nueva que á mí me habian muerto de un arcabuzazo.»
(5) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 509.
(6) *Ibid.* Asunto de Cristóbal Smith, pág. 521 á 532.
(7) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. VIII, pág. 442.
(8) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 350.
(9) *Ibid.* pág. 343.
(10) *Correspondencia de Felipe II*, tom I, pág. 347.
(11) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IX, pág. 277.—*Doc. inéd.* tom. IV, carta del 3 de abril de 1565, el rey á la regenta.
(12) *Ibid.* tom. IX, pág. 384.

llega una carta de Felipe II declarando que no se cambiará nada ni en el sistema de gobierno ni en la represion de la herejía.

No cabe dudar que Felipe se resolvió desde entónces á suprimir privilegios municipales, *alegres entradas*, derechos de aristocracia, y leyes restrictivas de su omnipotencia. Tampoco podria dudarse de que preparaba un castigo ejemplar, como se lo habia aconsejado el duque de Alba. Pero recurria á la doblez para ganar tiempo y aplazar la época de las decisiones definitivas; sino que las mañas de que se servia amenguaban las probabilidades de acomodamiento y desconcertaban á sus mismos ministros. —¿En qué piensa el rey? se preguntaban estos. Todo lo deja para mañana (1), engaña á sus secretarios y oculta á los unos lo que despacha con los otros. Así Tisnacq no ha tenido conocimiento de la carta del conde de Egmont y Ruy Gomez y Gonzalo Perez ignoran los despachos de Valladolid (2).

Los magnates, por su parte no se dejaron engañar: «todo lo que Madama ha dicho para calmarlos ha sido inútil, pues han declarado que no podian tener confianza en el rey, porque tres dias despues de la partida del conde de Egmont habia enviado despachos contrarios á sus promesas (3). La regenta, sin embargo, hacia buena cara y procuraba entretener los ánimos con regocijos: el festejo de las bodas del baron de Montigny (4) no puede recordarse sin pena; ántes de seis meses irá á España el recien casado á buscar su fin funesto. En la misma época, el hijo de la regenta, Alejandro Farnesio, se casa contra su voluntad con la princesa María de Portugal á quien una flota lleva á los Países Bajos, donde la espera no sin desear que la flota con todo lo que contiene se hunda en el fondo del mar (5).

Pero en medio de tales fiestas no afloja la persecucion religiosa. Las últimas órdenes del rey eran formales. El terror reinaba en el país, las ciudades se despoblaban, más de treinta mil flamencos emigran á Inglaterra (6). «La reina de Inglaterra ha designado á los que vienen diariamente, por punto de asilo Norwich para rehacerse con nuestro despojo, segun entiendo, y ciertamente no se engaña, porque por tales medios comenzó la pañería de Inglaterra la destruccion de la nuestra. Ya se dice que todas las semanas viene de Sandwich á Amberes una nave cargada de gergas y sayales, sedería y géneros semejantes que solian ir de aquí allá.» La antigua industria de Flandes estaba en peligro; ya enviaban los ingleses en un solo invierno treinta naves cargadas con ochenta mil piezas de paño; «lo que es para echar á perder la pañería» (7). Si se ensayaba el recurso de prohibir la entrada de los paños ingleses como infestados por la peste que se suponia en Lóndres (8), las represalias no tardarian, y no habia ninguna ventaja en irritar á los marinos ingleses tentados ya á tomar el partido de los perseguidos, como el dia en que (9), habiendo sabido que una fragata española que acababa de entrar con pabellon de Castilla en la rada de Plymouth, tenia á bordo presos flamencos destinados al tribunal de la Inquisicion en España, hicieron fuego á la fragata. «Dispararon de una torre y de los navíos seis ó siete descargas de artillería, dice el comandante español; las balas alcanzaron mi barco, y me vi obligado á arriar el pabellon de Vuestra Majestad» (10). Los presos flamencos fueron puestos en libertad y el embajador español se redujo á estériles recriminaciones cerca de la reina: Atacais nuestros barcos mercantes en la mar, nuestros navíos en vuestros puertos, nuestros nacionales en vuestras calles, á nuestro mismo rey en vuestras prédicas: hemos tolerado estos ultrajes disculpándolos con la justicia y falta de civilizacion: pero cansan toda paciencia.

Esta emigracion, este empobrecimiento de sus súbditos no eran del todo desagradables á Felipe. Ni faltaban consejeros que, como su enviado secreto Fray Lorenzo, le decia: Seria muy fácil restablecer la religion y la autoridad del rey en los Países Bajos con sólo matar dos mil personas (11). No hay que vacilar; es menester matarlas. Supongamos que los herejes se reunen en armas y nos ofrecen la batalla. ¿Tendríamos el derecho de matarlas? Sin duda ninguna. Si pues es lícito matar á los herejes en este caso, ¿por qué no ha de serlo desde luégo? «Vuestra Majestad tiene el cuchillo que Dios le ha dado, desnúdelo y báñelo de sangre de herejes, si no quiere V. M. que la sangre de

(1) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. I, pág. 426.
(2) Gonzalo Perez á Armenteros, 30 junio 1565.
(3) *Correspondencia de Felipe II*, tomo I, pág. 355.
(4) Con la hija del príncipe de Espinoy, nov. y diciembre de 1565.
(5) *Papeles de Estado de Granvela*, tom. IX, pág. 386.
(6) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 392.
(7) *Correspondencia de Felipe II*, pág. 345.
(8) Granvela á Guzman de Silva, 28 mayo 1564.
(9) El 22 de set. 1565.
(10) «Y me fué forzado de quitar las banderas de V. M.» Memoria citada por Froude, tom. VIII, pág. 482.
(11) *Correspondencia de Felipe II*, tom. II, pág. 45. «Nos seria necesario matar dos mil en todos los Estados, porque nos huirian, otros buscarán otros medios para guardar su vida.»

Jesucristo dé voces á Dios. La moderacion no toca á V. M.; á ellos cumple buscar moderaciones en sus herejías para guardar sus vidas de la indignacion de V. M. David, rey Sanctísimo, no se apiadaba de los enemigos de Dios; á todos los mataba sin dar vida á hombre ni mujer. Moysés en un dia, él con sus compañeros, mató tres mil del pueblo de Dios; y no fueron crueles, no se movieron á piedad de gente que no la tenia de la honra de Dios.»

II.—Confederacion de Culemburgo

De esta manera, siempre empujado hácia hogueras atizadas sin cesar, enardecido por esas figuras bíblicas, esos estímulos al asesinato, esas amenazas de condenacion, Felipe II era casi un moderado, cuando escribia á su hermana que no modificara nada en el sistema de gobierno. Pero las resistencias intempestivas agotan las fuerzas tanto como las concesiones precipitadas. Margarita menudeaba las cartas á su hermano para explicarle cómo se hacian inaplicables las severidades de los decretos. Sabeis, le decia (1), el odio que aquí hay contra la Inquisicion española; os he dicho ya que para reducir la herejía se me pide que entregue á las llamas cincuenta ó sesenta mil personas y que los gobernadores de provincia se resisten á permitirlo; éstos os ofrecen su dimision y yo me veo obligada á retirarme tambien con vuestra vénia.—¿Porqué tantas inquietudes? contesta el rey despues de larga dilacion (2). ¿No se comprenden mis intenciones? ¿Se cree que tengo otras intenciones que el servicio de Dios y el bien de esos Estados?

Pero durante estas alternativas, la direccion del movimiento se le escapa á la aristocracia para caer en manos de la pequeña nobleza. Unos treinta de estos nobles se reunen en diciembre de 1565 en la frontera de Spa para echar los fundamentos de la sediciosa y perjudicial conjuracion y liga de los confederados, que llaman ellos *compromiso* (3). Su manifiesto redactado por Marnix de Santa-Aldegonda, no lleva más que nombres oscuros, salvo el primero, Ludovico de Nassau.

Felipe Van Marnix, señor de Santa-Aldegonda (4), era uno de esos fanáticos que no faltan nunca en épocas de revolucion. Teólogo declamador y agitador peligroso, sobresalia en sublevar las pasiones populares, aunque cayera él luégo en la pusilanimidad más lastimosa: tuvo á lo ménos el mérito de reconocer la superioridad del príncipe de Orange.

Ludovico de Nassau tenia, al contrario, todas las buenas cualidades de su hermano, el príncipe de Orange.—El Señor, decian los burgueses de Gante (5), os ha dotado tan largamente, que con la benevolencia y bondad que se ven en vuestro semblante teneis tambien el poder.—Su reputacion militar estaba mejor establecida que la de su hermano, y todos los capitanes estaban dispuestos á decirle como Brederode: Estaria orgulloso de morir á vuestro mando.

Él abre la lista de los que firman en Spa la declaracion siguiente (6): «Sepan cuantos la presente vieren que hemos sido informados de cómo una cuadrilla de extranjeros de ninguna manera amigos de la salvacion y propiedad del país, han podido tanto con el Rey que ha venido en introducir aquí S. M. á viva fuerza la Inquisicion de España, la cual Inquisicion es, no sólo inicua y contraria á todas las leyes divinas y humanas, sino que tambien á la sombra de falsa hiprocresía, aniquilaria todo órden de policía civil y aboliria toda equidad... Prometemos y nos prometemos uno á otro por juramento solemne impedir con todas nuestras fuerzas que se introduzca aquí la dicha Inquisicion, teniendo delante de los ojos el reciente ejemplo de los del reino de Nápoles, los cuales la han rechazado á gusto y contentamiento de todo el país. No entendemos de ninguna manera querer nada que sea ó pueda tornarse contra Dios.»

El mes siguiente, dirige á esta liga Brederode su adhesion y la de unos doscientos caballeros y propone que todos entren juntos en Bruselas, armados y á la luz del dia á llevar una peticion á la regenta.—¿Los rechazariais con vuestras compañías de ordenanza? pregunta Margarita al príncipe de Orange y al conde de Egmont.—Nosotros no podemos batirnos por la inquisicion y los decretos (7). Es la única contestacion que obtiene. Con esto vacila, y luégo sabe que los doscientos confederados acaban de entrar en Bruselas (8).

(1) *Ibid.* tom. I, pág. 387 y siguientes.
(2) *Ibid.* pág. 400.
(3) Acta de acusacion de Nicolás de Hames, heraldo del Toison de oro.
(4) No debe confundirse con Felipe de Santa-Aldegonda señor de Noircarmes, capitan de Saint-Omer y comendador de Alcántara que era del partido realista. Marnix nació en 1548 y murió en 1598.
(5) Colec. de Groen Van Prinsterer.
(6) Ms. Bibl. nac. franc. 23,576, antiguo 217 de las misiones extranjeras. Hay 32 firmas.
(7) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 404.
(8) El 3 de abril de 1566.

El dia siguiente se reunen en la Hostería de Culemburgo, forman en cabalgata, llegan al palacio, echan pié á tierra y desfilan uno á uno ante la regenta, «la cual permaneció buen espacio sin decir una palabra ni poder contener las lágrimas, que se veian correr por su rostro» (1).

Despues de haber entregado su manifiesto, se retiraron. En aquel momento, Berlaymont, uno de los señores realistas que estaban de pié detrás de la regenta, profirió con gran cólera estas palabras: ¡Cómo, señora, teneis miedo de esos perdidos! ¡Vive Dios! Por mi consejo, su peticion debiera apostillarse á palos, haciéndoles bajar las escaleras más apriesa que las han subido.

Los confederados fueron á caracolear por la ciudad despues, como una ceremonia no era completa, segun los usos del país, sin un banquete, volvieron á la hostería de Culemburgo donde estaban preparados los manjares y las bebidas. Sentados ya á la mesa, se pusieron á jugar á los cubiletes, vaciando á la vez grandes copas de vino. En medio de la comida «hizo traer Brederode unas alforjas, que se puso á guisa de escapulario de fraile y tomó con ambas manos una gran hortera llena de vino y habiéndola vaciado de un tiron, la hizo llenar otra vez y se la presentó á su inmediato diciendo: ¡Vivan los perdidos! Trajéronse otras horteras, y si los mozos eran diligentes en llenarlas, más lo eran los señores en vaciarlas, sin olvidarse de decir á cada trago: ¡Vivan los perdidos! y lo decian tan alto que no hubieran oido á Dios tronar.» Hácia el fin de la orgía entraron en la sala los condes de Egmont y de Hornes permaneciendo allí *el tiempo de un Miserere*, lúgubre medida de tiempo para un paso que habia de costarles la vida.

Este título de perdidos *(gueux)* no fué comprendido los primeros dias: la regenta manifiesta á Felipe que no sabe lo que significa (2). El pueblo no se apasiona, segun parece, por estos emblemas de alforjas, porque los protestantes únicamente responden á esta denominacion. Pero la aristocracia es más perspicaz para descubrir el peligro: siente que se le escapa la influencia por culpa de la pequeña nobleza en el momento mismo en que la autoridad real está próxima á hundirse; no quiere dejar sin direccion el sentimiento nacional é intenta su última apelacion al rey. Al propósito envia dos de sus miembros para advertir que se prepara una revolucion, y que los sectarios van á tomar el color del patriotismo: para este esfuerzo supremo elige al baron de Montigny que ya llevó á Madrid una mision semejante, y parte sin dilacion dejando en cinta á su esposa: muy luégo es seguido por el marqués de Bergues.

Montigni y Bergues, como Hornes y Egmont, querian sinceramente conciliar la autoridad del rey y las libertades del país, sin cuidarse de los reformados, de los tumultos populares ni de la nobleza arruinada que se agitaba en torno de Brederode. Pero el príncipe de Orange debia tener ya otros pensamientos. «Es muy astuto,» escribia un agente español (3). Conocia la imposibilidad de arrancar concesiones á la conciencia del rey; sabia los proyectos de venganza que maquinaba Felipe II, cometiendo la falta de vanagloriarse del conocimiento de estos secretos: en Madrid el secretario Vandenesse habia sido tan temerario que hubo de registrarle al rey los bolsillos miéntras Su Majestad dormia y de leer las cartas secretas que recibia, comunicando luégo su contenido al príncipe de Orange (4) y esta infidelidad era conocida en Flandes de los ejércitos españoles (5) y de Margarita misma (6), como quiera que Guillermo no ocultaba las crecidas cantidades que le costaba este oculto servicio (7). Pero si era muy bien informado y muy sensato para no fiarse del rey, era tambien demasiado elegante y artista para gustar de las brutalidades de los sectarios. Temia desvirtuar con la pasion religiosa la pureza del movimiento patriótico. No debió parecer en la hostería de Culemburgo, bien que Margarita lo hubiera creido (8). En esta crísis se limita á

(1) Pont. Payen, *Memorias*, tom. I, pág. 136.

(2) Carta del 13 de abril de 1566. «Que es un apellido que es entre ellos y no se sabe aun lo que quiere significar.» Los hombres de ley (Viglio, *Memorias*, pág. 148.—Hopperus, *Memorias*, pág. 311) dicen tambien que ignoran el significado de este nombre. Pero si la significacion se escapa á la gente oficial, el público la atribuye á la palabra despreciativa de Berlaymont. Véanse las *Memorias* de del Rio, tom. I, pág. 28, y las de J. de Wesenbek. «Alguien habia dicho por burla en la corte: *Les beaux gueux*, por lo cual fueron desde entonces llamados *les gueux*» (los perdidos, los miserables, los haraganes). En fin, en una narracion hecha por un francés desconocido (Ms. Bibl. nac. ant. fond. de Saint Germain, n.º 47.) se dice que al ver á los confederados, hubo de exclamar un magnate: *Voilà bien de nos gueux*. Siendo este nombre tan vil é ignominioso que en dicho país de Flandes es comun el proverbio que dice que veinticuatro belitres ó pícaros hacen un *gueux*.

(3) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 391.

(4) Pont. Payen, tom. I, pág. 119.

(5) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 410. Memoria de Alonso del Canto.

(6) *Ibid.* pág. 473.

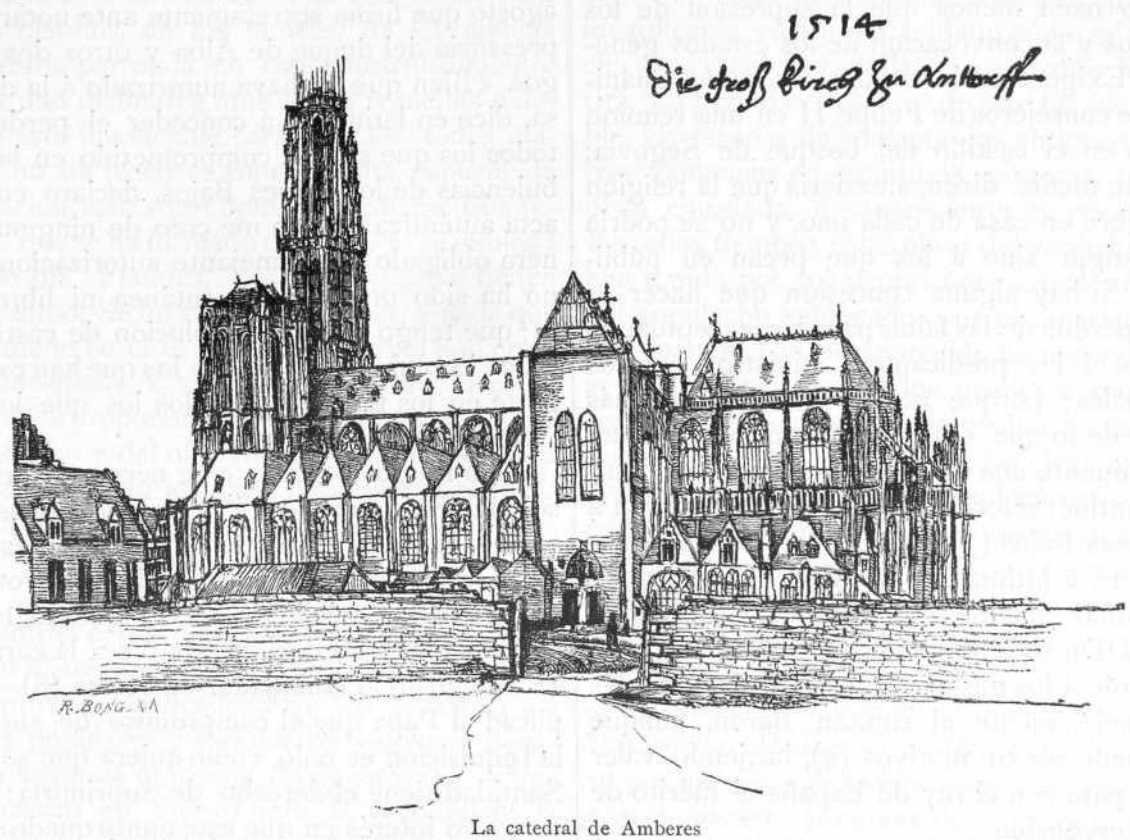
(7) *Correspondencia de Guillermo*, tom. II, pág. 73, Margarita á Felipe, 15 oct. 1566. «Si vantano che non puo dire una parola in publico ne in privato che non venghi á sua notizia, et il principe stesso disse che questo costava grossa soma di danari ogni anno.»

(8) *Correspondencia de Margarita*, tom. I, pág. 409. Es el único testigo de este hecho. El error es evidente.

pedir una convocacion de los Estados generales, «único remedio de nuestros males, pero no se quiere la curacion» (1); está como los moderados de todos los tiempos dispuesto á combatir los excesos de los dos partidos, á afiliarse al más prudente, á sacrificar su autoridad que defiende con su maravillosa elocuencia y su prestigio personal.

Las primeras faltas no tardan en cometerse por el fervor religioso: los protestantes organizan abiertamente sus predicaciones en Gante, en Valenciennes y muy luégo segun dicen ellos en Bruselas. ¡En Bruselas! exclama Margarita (2). Me opondré á ello con mi persona, con mis adeptos, haré ahorcar á los ministros á mi vista.

Pero en Amberes es donde creen los sectarios más seguro su triunfo. «El domingo pasado hicieron dos prédicas, la una en francés, la otra en flamenco, á la luz del dia, habiéndose reunido en cada una de ellas de trece á catorce mil personas» (3). Guillermo de Orange intenta impedir esta desviacion peligrosa con un golpe de autoridad y corre á Amberes, donde es recibido á los gritos de ¡Vivan los perdidos! Sabe el dia siguiente que los protestantes continuan sus asambleas «con celebracion de bautismo y matrimonio á su manera» (4).



La catedral de Amberes
Facsímile de un dibujo de Alberto Durero (1471-1528) conservado en la Biblioteca Albertina de Viena

Margarita por su parte se halla en la misma impotencia. No se atreve á suspender ni aplicar los edictos de persecucion: está abandonada, de manera que tiene que andar á tientas (5). No tiene dinero para reclutar tropas, lo que la obliga á escribir con dolor y angustia que no puede impedir las prédicas (6); no hay Estados generales. Felipe se limita á contestar al baron de Montigny que pensará en ello y que estos negocios son de mucha importancia (7). El verano trascurre: los confederados se reunen en Saint-Trond y envian á la regenta una delegacion cuyas instancias llegan á ser amenazadoras. «Se ha irritado contra nosotros de tal manera que ha estado á punto de reventar,» dice uno de los reclamantes (8).

Entre tanto ¿espera Felipe atraerse de nuevo al príncipe de Orange, que consigue restablecer el órden en las calles de Amberes, ó quiere simplemente inspirarle una falsa confianza para entregarlo más fácilmente al suplicio? «Vos os engañades mucho en pensar que

(1) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. II, pág. 37.
(2) *Correspondencia de Margarita*, tom. I, pág. 447.
(3) *Ibid.* tomo II, pág. 65.
(4) *Correspondencia de Guillermo*, tom. I, pág. 137 á 181.
(5) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 428.
(6) *Correspondencia de Margarita*, tom. II, pág. 72.
(7) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 426.
(8) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. II, pág. 178.

yo no tuviese toda confianza de vos, le escribe (1), y quando hubiese alguno querido hacer oficio conmigo en contrario á esto, no soy tan liviano que hubiese dado crédito á ello, teniendo yo tanta experiencia de vuestra lealtad y de vuestros servicios.» No es con palabras con lo que se atrae y retiene á un político como Guillermo: para atraerse á la aristocracia liberal es preciso nada ménos que la supresion de los decretos y la convocacion de los estados generales. Exigencias insensatas, esclaman unánimes los consejeros de Felipe II en una reunion famosa en el castillo del bosque de Segovia; por este medio, dicen, sucederia que la religion seria libre en casa de cada uno, y no se podria ya castigar sino á los que pecan en público (2). Si hay alguna concesion que hacer es la del perdon de las faltas pasadas, exceptuando siempre á los predicantes, ministros y otros principales; porque estos crímenes son más graves de lo que sospecha la misma regenta. Es inminente una sublevacion, escribe de Francia Montluc: reformados franceses se dirigen á los Países Bajos (3); los detalles son tan precisos que, á intimacion de Felipe II, Catalina de Médicis, que no quiere comprometerse, da órden á Durescú su residente en Bruselas, para que vigile á los gascones que hay en Flandes «y principalmente al capitan Baron, aunque esto puede ser sin motivo» (4), haciendo valer mucho para con el rey de España el mérito de esta intervencion.

Finalmente á mediados del verano sale á luz el pensamiento de Felipe II; pero tan cargado de reticencias que los contemporáneos no pudieron comprenderlo y áun nosotros mismos necesitamos para adivinar su sentido tener á la vista los cuatro documentos que expidió el rey en los dias 31 de julio, 2, 9 y 12 de agosto de 1566.

La primera carta está dirigida á la regenta (5). —«Como no tuve nunca más inclinacion que tratar á mis vasallos y súbditos con toda la clemencia posible, nada aborrecen más que las vías de rigor, y vengo en que deis el perdon ora á los confederados, ora á los otros tambien.»—A los otros, es decir, á los herejes, porque autoriza á la regenta á dirigirle proposiciones para modificar los decretos, y á restituir á los obispos los derechos usurpados por los inquisidores.

(1) *Correspondencia de Guillermo*, tom. II, pág. 171.
(2) Hopperus, *Memorias*, pág. 327.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 147, Montluc á Bardaxi.
(4) Ms. Bibl. nac. franc. 10751, la reina á Durescu.
(5) *Correspondencia de Margarita*, tom. II, pág. 96.

Tanta blandura no puede ser sincera: tres dias despues es ya ménos benigna una nueva carta escrita en lengua española (6). «Y assí vos no lo consintais, ni yo lo consentiré tampoco... pero no conviene que esto se entienda allá, no desperando ellos para entónces.»

Hay aquí, pues, una idea subterránea. A Felipe II se le ve tal cual es en el acta del 9 de agosto que firma secretamente ante notario, en presencia del duque de Alba y otros dos testigos. «Bien que yo haya autorizado á la duquesa, dice en latin (7), á conceder el perdon de todos los que se han comprometido en las turbulencias de los Países Bajos, declaro en esta acta auténtica que no me creo de ninguna manera obligado por semejante autorizacion; que no ha sido otorgada espontánea ni libremente; que tengo la firme resolucion de castigar á todos los culpables, á todos los que han tomado parte en los tumultos, á todos los que los han facilitado.»

Pero ni esta protesta cree necesaria Felipe y sólo la firma por lujo, digámoslo así, pues sabe muy bien que todo perdon de herejes es nulo de derecho: así no está obligado por promesas que no tiene derecho de hacer; que es lo que expresa el cuarto documento, ó sea la carta del 12 de agosto al embajador en Roma (8).—Explicad al Papa que el compromiso de suprimir la Inquisicion es nulo, como quiera que sólo Su Santidad tiene el derecho de suprimirla; pero yo tengo interés en que este punto quede secreto; explicadle que el castigo de los herejes será el mismo, no embargante la promesa de modificar los decretos; pero yo tengo interés que este punto como el otro quede en secreto. «Podreis certificar que ántes que sufrir la menor quiebra en lo de la religion y del servicio de Dios, perderé todos mis Estados y cien vidas que tuviese, porque yo ni pienso ni quiero ser señor de herejes, y que, si ser pudiere, yo procuraré de acomodar lo de la religion en aquellos Estados sin venir á las armas, porque veo que será la total destruycion dellos el tomallas; pero que si no se puede remediar todo como yo deseo, sin venir á ellas, estoy determinado de tomallas, y yr yo mismo en persona á hallarme en la execucion de todo, sin que me lo pueda estorvar ni peligro ni la ruina de todos aquellos países ni de todos los demás que me quedan.»

(6) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág 439.
(7) *Ibid.* pág. 443. «Non libere nec sponte sua... præfatam veniam ac indulgentiam nullo jure, nullaque ratione obligare.»
(8) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 445.

Cuando se lleva la trapacería á tal extremo, no deja de tener cierta grandeza. Si se tuviera la certidumbre de que no se engañaba al mismo Papa y de que Felipe II, allá en el fondo de su alma, no obedecia al falaz deseo de alimentar su menesteroso fisco con grandes confiscaciones de los bienes de los señores y burgueses de Flandes; si la codicia de las pingües tierras, de los castillos, de los tapices, de las alhajas no entraba por nada en este encarnizamiento, podria uno inclinarse ante estas resueltas palabras y este implacable carácter. De todas maneras, no sin pesar se reprime una especie de admiracion, hácia ese hombre mediano, frio, recluido, que se ha formado un ideal. Si se doblega un solo dia, Flandes, Francia, Europa tienen otro destino. Se ha creado un deber, y nada que lo mantiene en él es crímen, ni piedad nada que de él lo separa. Y se trasfigura en su idea fija y sale de la proporcion humana. Rechaza la ciencia del bien y del mal: ruinas, sangre, ante nada retrocede cuando lo juzga necesario para vengar á Dios.

III.—Tumultos y destruccion de imágenes

Miéntras el rey y la aristocracia nacional consumian el tiempo en falsas promesas y en tratos de reformas, desencadenaban los sectarios los furores populares y escenas de violencia llenaban la segunda quincena de agosto (1). Estas comenzaron en Saint-Omer la víspera de la Asuncion y se propagaron rápidamente hasta Holanda. En Amberes fué invadida la iglesia «por un centenar de hombres sin armas, todos ellos de la canalla, alquilados á un tanto al dia» (2) que desgarraron los velos de la Santísima Vírgen, rompieron el órgano, desclavaron el Cristo y lo arrastraron por las calles, derribaron los altares «y lo que es peor, profanaron el precioso cuerpo de Nuestro Señor, con el santo óleo de la Extremauncion, haciendo crueldades sin cuento con los sacerdotes y religiosos.» El 23 de agosto invadieron los monasterios inmediatos á Tournay, y el 24 los de Valenciennes, diciendo á voz en grito: «que no debia perdonarse á los sacerdotes y frailes, como habia hecho Elías con los sacrificadores de Baal que la reina Jezabel habia hecho venir de su país de Tiro, y que podian saquear á los frailes, como los hijos de Israel habian hecho con los filisteos.» De este modo los más exaltados de los dos partidos rebuscan textos de la Biblia para cohonestar sus violencias, y saquean cuatrocientas iglesias, entregando á las llamas la biblioteca de Vicuña y profanando las sepulturas en los monasterios (3). Vénse correr cuadrillas de hombres desarrapados, vividores de malas artes, miserables, casi desnudos, á los que se incorporan aventureros venidos de Inglaterra (4), á quienes dejan obrar los habitantes con longanimidad inexplicable, viendo sin cuidado cómo se despacha á su gusto la canalla (5), como dice Margarita. La pérdida en objetos de arte fué incalculable; los tesoros dejados por los antiguos maestros flamencos en esculturas, pinturas, tapices, plata cincelada, desaparecieron en pocos dias. En todos tiempos, estas obras del genio humano han tenido por sus peores enemigos los furores del populacho sublevados por el fanatismo: de esta manera han desaparecido las maravillas de la antigüedad, cuando los primeros cristianos rompian los mármoles para ocultar en la tierra los quebrantados despojos, y las elegancias del arte francés, cuando los revolucionarios proscribian nuestros monumentos nacionales.

Pero estos arrebatos son casi siempre anónimos y no se descubre fácilmente á los bárbaros que los han inspirado. El secreto se guardó tan bien en Flandes que la credulidad popular se atrevió á atribuir estos crímenes á la misma Inquisicion. Hubiera sido fácil abrir un proceso porque los *rompedores eran un puñado de pobres jóvenes;* pero «se decia entre el pueblo que aquel acto provenia de inteligencia secreta del Consejo y la Inquisicion de España á fin de tener ocasion de enviar ejército de España» (6). Hasta se decia que el presidente Viglio habia dicho al burgomaestre de Malinas que no impidiera la profanacion de las imágenes. Parece imposible aceptar una explicacion tan ridícula y eximir de su responsabilidad en estos actos salvajes á los ministros protestantes. A propósito de hechos semejantes que ocurrieron en Francia cuatro años ántes, escribia Teodoro de Beze (7): «Este modo de obrar no me place ni mucho ménos, pues me parece que no tiene ningun fundamento en la palabra de Dios y que es de temer que no parta esto ántes de impetuosidad que de celo. No embargante, parece ser que en cosa tan general hay algun consejo secreto de Dios que quiere

(1) De 1566.
(2) Hopperus, *Memorias*, pág. 344.
(3) *Corresp. de Margarita*, pág. 183.
(4) Ms. Rec. of. Clough to Gresham, n.º 674, del 25 agosto 1566.
(5) Al rey, del 22 agosto 1566.
(6) *Memorias anón.*, tom. I, pág. 14.
(7) Ms. Bibl. nac. Dupuy, t. 333, fol. 6. Teodoro de Beze á Juana de Albret.

quizás por este medio avergonzar á los grandes por los pequeños.»

Son preciosas estas últimas palabras, que permiten notar cómo los que dieran el impulso á las pasiones de la multitud aguzan el ingenio en busca de pretextos para no dirigirlas, para abandonar su razon y áun su honradez á los arrebatos de los más groseros de su secta. En Tournay, el ministro Ambrosio Wille, lo mismo que Teodoro de Beze lo habia hecho en Francia, comienza por condenar el saqueo de las iglesias diciendo que debian en primer lugar quitar las imágenes que dominan en el corazon de los hombres, como avaricia, envidia, lujuria y los pecados interiores, y luégo derribar los ídolos exteriores (1). Despues cede como los demás á los furiosos á quienes no puede ya contener y él mismo entra en la iglesia á quemar los privilegios de los canónigos (2), acabando por hacer cargo al pueblo por ir lisa y llanamente á romper las imágenes.

Pero allí donde el protestante pretendia obecer al consejo secreto de Dios, veia el católico una ofensa á Dios, y decia: Temed que al fin os castigue Dios á todos juntos, habiendo llevado en paciencia tal profanacion de su propio cuerpo, sufriendo ser así blasfemado y por segunda vez crucificado (3).

Margarita consulta al conde de Egmont.—Lo primero que hay que hacer, contesta el conde, es conservar el Estado; luégo nos ocuparemos en cosas de religion.—Más necesario es, exclama la regenta, proveer ántes á lo que pide el servicio de Dios, porque la ruina de la religion seria mayor desgracia que la ruina del Estado.—Nadie de los que tienen algo que perder lo entiende así, replica el de Egmont.

La regenta levanta la sesion y cae enferma: «La fiebre me ha detenido y he pasado muchas noches sin reposo» (4): quiere retirarse á Mons, habiendo enviado ya á Colonia sus joyas y alhajas (5). Los regidores de Bruselas evitan esta evasion, manteniendo cerradas las puertas de la ciudad. ¡Me desespero! exclama la princesa (6).

Pero lo que sobre todo causa sus insomnios es el miedo á su hermano. Felipe, en efecto, montó en cólera á la noticia de tales sacrilegios. «No podria encareceros, escribe á Granvela (7), lo que he sentido los sacos y robos que se han hecho de Iglesias en Flandes, y es tanto que ninguna pérdida mia me podia dar más pena que la menor ofensa y desacato que se hace á nuestro Señor y á sus imágenes, cuyo servicio y honra estimo yo sobre todas las cosas desta vida.» No quiere ni oir hablar de clemencia en aquel momento. Tolera todavía que Granvela le conteste: «Tened consideracion á que muchos han errado engañados, y los servicios hechos por ellos y sus pasados han de pesar más que los errores cometidos por gente engañada, quanto más que derramando sangre de sus vasallos es debilitar á sí mesmo. (La misma idea se repite despues de esta carta del 15 de setiembre, en las del 14 de ctubre y 1.º de noviembre de 1566.) El camino de la clemencia es el mejor y durarán más las cosas que por este se establecerán (8).» Pero no puede reprimir su despecho, cuando ve que no aprueba el papa su furor para vengar la honra de Dios y pide que se evite el empleo de la violencia contra los extraviados de los Países Bajos. Es una defeccion. Felipe no es de los que permiten que se tache de exaltacion su fe por quien debiera aprobar su santa cólera, ni que un papa intervenga entre su justicia y sus súbditos. Niégase, pues, á recibir al obispo de Ascoli que le envia Pio V, y exige disculpas de esta intempestiva invocacion á la piedad. Creeríase que está más irritado contra Pio V que contra el príncipe de Orange al leer estas instrucciones que para contestar al papa, da al comendador mayor de Castilla (9): «Mostrándole gran sentimiento para que S. S. use de medios convenientes de aquí delante, y dándole á entender que apretándonos fuera de tiempo y sazon y sin consideracion, no podré seguir en todo la voluntad de S. S. Veis de la importancia que es que ni S. S. ni los que están cerca y le aconsejan piensen que este es el camino por donde nos podrán llevar adonde quisieren, y que conozcan quanto se ha aventurado y errado en esto, y se prevenga para lo de adelante que... no se llegue jamás á tales términos ni dé lugar á semejantes sentimientos.»

No puede dudarse que se cumplió este encargo con la brutalidad que prevenia el rey al ver la consternacion de la curia romana tal

(1) Pasquier Delebarre, *Memorias*, tom. I, pág. 132.
(2) *Ibid.* pág 137.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1505, pieza 3, legajo n.º 1, nota en francés sobre un documento español.
(4) *Corresp. de Margarita*, pág. 194.
(5) Rec. of. 620, Clough to Gresham, 4 agosto 1566.
(6) *Corresp. de Margarita*, pág. 202.
(7) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, pág. 489, del 27 nov. 1566.
(8) *Ibid.*, tom. II, prólogo, pág. 53.
(9) Carta del 26 de nov. de 1566.

como la pinta Granvela (1). «Tengo por cierto que quedará escarmentado para que otra vez no se ponga en estos términos con V. M. Es muy buena y santa persona y no se podria mejorar el deseo que tiene de acertar... le parecerá que puede libremente y sin respeto tratar con todos y decir lo que le parece convenir al servicio de Dios, sustentamiento de la religion y bien universal de la Cristiandad. Mas reprímese, quando se le muestran los dientes, y lo vimos claramente.» El del Franco Condado muestra en esta carta socarrona que conocia muy bien el espíritu formalista de Felipe; sabia que no se comprenderia esta ironía y que podia descargar su conciencia y su malicia ante un rey que trasformaba la religion en instrumento de su política y pretendia asociar la Iglesia á sus pensamientos de exterminio.

No ménos disgustaba Felipe á otro de sus confidentes, el duque de Alba, no ya como á Pio V y Granvela con su resistencia á la mansedumbre, sino con su pesadez en dar las órdenes necesarias para una destruccion premeditada é inevitable: el antiguo soldado no ocultaba su despecho «por la dilacion y calma de que el rey usa, sin remediar los desórdenes de Flandes. Quiere protestar y luégo retirarse» (2).

En medio de estas amenazas los señores flamencos pensaron en conservar, ante todo, el Estado, segun las palabras del conde de Egmont y se dieron prisa á restablecer el órden; reclutaron gente de á pié y llamaron sus compañías de ordenanza. Su influencia estaba tan combatida como la autoridad del rey. La nacionalidad flamenca estaba tan amenazada por los sectarios como por Felipe II.

IV.—Alianza de la regenta y de la aristocracia

El príncipe de Orange pacificó por segunda vez la ciudad de Amberes; el conde de Egmont se encargó del Artois, y el de Hornes restableció la tranquilidad en Tournay. La regenta prometió tolerar el culto reformado en los lugares en que estaba establecido en el mes de agosto (3). Esta manifestacion de la aristocracia dió bastante energía á la opinion para que los iconoclastas fueran repelidos hasta por las mujeres. «En la ciudad de Amsterdam ciertos sectarios y canallas vinieron á ocupar la iglesia y claustro de los franciscanos, donde hicieron tal ruina y confusion de todas las cosas que no dejaron cosa entera; quisieron hacer lo propio en las demás iglesias y áun romper el Santísimo Sacramento del Milagro, que las mujeres han defendido á la fuerza» (4). Las mujeres de Utrecht preservaron igualmente sus iglesias.

Pero entre todas estas mujeres que se atrevian á hacer frente á los enemigos de su fe, la más valiente era la regenta Margarita. Hace más de tres meses que se levanta ántes de amanecer; celebra consejo por la mañana y por la noche, y consagra lo que le queda de tiempo á la correspondencia y á sus audiencias» (5). A fin de año, consiguió obtener, con el concurso de la aristocracia, la sumision de todo el país, ménos Valenciennes y los dominios de Brederode.

Valenciennes se hallaba desde la peste de los iconoclastas bajo la dominacion de una junta local de calvinistas que inspiraba un iluminado, Peregrin de la Grange, hijo del Delfinado (6). Habíanse armado los habitantes admitiendo aventureros en sus filas, y se declararon dispuestos á defender contra las diez y siete provincias y contra toda España sus muros y su religion. Peregrin de la Grange les habia hecho creer que los reformados de Tournay vendrian en su ayuda. «Treinta mil hombres acudirán, decia, en cuanto yo envie á nuestros hermanos estas palabras convenidas: *Dios vive y es testigo de que Cristo murió por nosotros*. Pero el conde de Egmont y Noircarmes aparecen con las tropas valonas, bloquean la ciudad, publican la prohibicion de introducir víveres *so pena de cuerda* y dispersan y matan en algunos minutos el puñado de gente mal armada que venia de Tournay. Despues de haber designado el punto de ataque de Valenciennes, se retira Egmont.

La resistencia de la ciudad fué más vigorosa y prolongada de lo que se creyera: el temor del pillaje, la esperanza de un milagro de Dios en favor de sus escogidos, las promesas de Brederode que preparaba un ejército de socorro cerca de Amberes, hubieron de inspirar un valor desesperado á los burgueses. Salian diariamente á escaramucear (7), se apoderaban de carros de grano hasta en el campamento de Noircarmes y clavaban los cañones. Noircarmes tuvo la idea de dirigir sus cañonazos, no ya á las murallas, sino

(1) *Corresp. de Felipe II*, tomo II, prólogo, pág. 58, carta del 23 diciembre 1566.
(2) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 479, Fourquevauls al rey de Francia, 21 set. 1566.
(3) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. II, pág. 429.
(4) *Corresp. de Guillermo*, tom. II, pág. 387.
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, pág. 496.
(6) Natural de Chatte (Isere).
(7) Pont. Payen, *Memorias*.

á las casas de la ciudad: es probablemente el primer ejemplo de bombardeo. Puede creerse que no se inspiró en la crueldad, porque el pillaje despues de un asalto era un azote más cruel que un bombardeo. El resultado no se hizo esperar más de dos dias: aplastados los burgueses bajo las ruinas de sus casas, hubieron de capitular (1); Herlin y su hijo, capitanes de milicias municipales, fueron entregados. «Cuando estaban en prosperidad, los reverenciaba la muchedumbre como si hubieran sido señores de la ciudad; pero luégo que estuvieron presos, los mismos que los habian puesto en juego, les tiraron la primera piedra, y el inconstante populacho que solia llamarlos protectores de la libertad, llamábalos traidores y autores del desastre» (2). Los dos fueron ahorcados con Peregrin de la Grange. Todavía fué más ruda la represion con los rebeldes de las cercanías de Amberes.

En Amberes estaba el príncipe de Orange, el cual veia con la misma inquietud los inconvenientes de la insurreccion que los de la sumision. Abandonado por Egmont, no creia prudente entregarse á Brederode y á sus *perdidos* que formaban un simulacro de ejército en el castillo de Vianen. Un cuerpo de sus tropas comandado por Marnix de Tolosa, hermano de Marnix de Santa Ildegonda, acampaba en las praderas del Escalda, bajo los muros de Amberes, en Austruwel, constando de unos mil ochocientos hombres impropios para las armas, lo que se pudo recoger en los muelles de una plaza marítima, con capitanes recientemente escapados de las manos del verdugo, como Juan Renault «que tenia una pierna dislocada,» ó como el llamado «Príncipe de los enamorados (3), todos ellos adornos de horca» (4). Hacian tambien correrías para saquear las casas de recreo. Pero una mañana vieron caer sobre su campamento de Austruwel al conde de Beauvoir, que salió la noche anterior de Bruselas con las compañías de ordenanza. Ni siquiera se defienden: Marnix se hace matar y son pasados á cuchillo mil quinientos de los suyos. Beauvoir se dispone á volver á Bruselas con trescientos prisioneros. En las dos horas que dura esta matanza, la jóven esposa de Marnix recorre las calles de Amberes, desgreñada, dando alaridos y consigue sublevar al pueblo. Los protestantes de la ciudad fuerzan las puertas, cerradas por órden del príncipe de Orange y se precipitan sobre la caballería de Beauvoir para venir en ayuda de su gente «que habíamos despachado ya,» dice Beauvoir. Al ver el movimiento de ataque «manda Beauvoir matar á todos los prisioneros, órden que no bien se dió cuando quedó ejecutada» (5). Llamados á la prudencia en vista de la matanza, vuelven á sus muros los habitantes de Amberes, cierran las puertas y acusan de traicion al príncipe de Orange, pero se calman ante su serenidad y elocuencia. Es uno de los más admirables ejemplos de lo que puede el prestigio de un hombre. En esta falsa situacion entre los aliados, á quienes deja exterminar á su presencia y los enemigos cuyas bravatas tolera, el príncipe de Orange conserva su imperio sobre los burgueses de Amberes y se da buena maña para salvar su popularidad: sólo se ve obligado á sacrificar sus hábitos de disimulo. Para sostenerse en este momento crítico tiene que ofrecerse abiertamente como jefe de la resistencia á España, abrazando la religion luterana «porque, dice (6), desde la cuna fuí educado en estas creencias: mi padre vivió y murió en ellas, habiendo extirpado en sus señoríos los abusos de la Iglesia.»

Esta facciosa conversion hubo de llegar á oidos de la regenta. Cuando se atrevió á condenar la ilegalidad de las levas de tropas y de la violacion de los privilegios de Valenciennes: Es cosa singular, exclamó (7); ¡puede el populacho levantarse para cometer desmanes, y no podrá levantarse el rey en armas para tenerlos á raya! Supo probarle que la autoridad habia vuelto más firme á sus manos y que no temia ya ponerlas en la obra de la represion. Habiendo sabido que un predicante habia congregado á sus adeptos en un campo cercano á Malinas, envió allá á su preboste con algunos jinetes, los cuales se trajeron presos al predicante y siete campesinos al castillo de Vilvorde; los demás, hombres y mujeres, habian emprendido la fuga. El predicante «se arrepintió con muchas lágrimas y suplicó que le perdonasen la vida, pero con todo este arrepentimiento no paresció que convenia perdonalle y así ordenó Madama que le ahorcasen en el mesmo lugar donde habia predicado, y así se hizo con gran contentamiento de todos los católicos (8).»

(1) El 23 de marzo de 1567.
(2) Pont. Payen, tom. I, pág. 327.
(3) *Corresp. de Guillermo*, tomo II, prólogo, pág. 116.
(4) *Ibid.*, pág. 126.
(5) Pontus Payen.
(6) *Apología*. Véase Dumont, *Cuerpo diplom.*, t. V, parte I, página 392.
(7) *Corresp. de Guillermo*, tom. II, pág. 312.
(8) Ms. Arch. nac K. 1507, Armenteros á Alava, 14 feb. 1567.

Sabia la princesa regente que podia contar desde entónces con el apoyo de la nobleza toda, salvo Orange y Brederode; que estaba dominada toda resistencia; que mereceria bien del soberano menudeando las medidas de rigor: y sin embargo, contrajo gran mérito en haber acogido las ideas de templanza y conciliacion en los momentos en que podia creer que le eran lícitas todas las violencias. Un documento curioso prueba muy bien la vía en que no quiso empeñarse.

El embajador de España en Francia don Francés de Alava le dió el parabien por haber sabido reprimir las intentonas de insurreccion (1).—Ellas permiten, decia, reducir á los súbditos á una sumision que no han conocido los predecesores de Madama y que venimos preparando hace mucho tiempo. Es preciso poner la mano encima de los servidores enmascarados que vos conoceis bien: podeis por el momento disimular con ellos y dejarles creer que el rey tiene en estima sus acciones y que les debe la sumision de los Países Bajos. Si teneis repugnancia á la ficcion, habeis de considerar que las circunstancias y el interés del rey exigen estos sacrificios de palabras. El rey ha empleado estos artificios con Montigny y Bergues, que han venido á él, y está decidido á no dejarlos volver más, como quiera que preferiria perder todos sus estados á dejar de imponerles un castigo ejemplar.

El rey, en efecto, no se ha dejado ablandar por el triunfo de la regenta: si su paciencia aplaza siempre la ejecucion, no por eso está ménos firme en su idea de una condenacion irrevocable. La suerte de los cinco jefes de la aristocracia está decidida de muchos años atrás (2); ya están en Madrid Montigny y Bergues bajo la mano de los extranguladores; pero una fria prudencia retarda la ejecucion para que no se escape ninguno de los condenados. El odio por tanto tiempo aplazado se encubre y disimula hasta para la regenta, para ella sobre todo, que no comprende la necesidad de suprimir la aristocracia.

Margarita hubiera querido simplemente ligar á los señores á la autoridad real por medio de un solemne juramento; y de suyo les hizo jurar «servir y emplearse contra todos segun y como ordene la regenta sin limitacion ni restriccion» (3).—Este juramento, contesta el de Orange, me comprometeria á hacer cosas que pudieran ser contra mi conciencia ó el servicio del país.—Jurad, sin embargo (4), le dice Egmont que ha acudido á Willebrock; jurad: donde no, atraereis una invasion española y causareis la ruina de la patria.—¡Bah! exclama Ludovico de Nassau. Los españoles no pueden llegar este año: tenemos tiempo para ponernos en pié de defensa, esperando que comience la danza (5).—Pobre de vos mismo, dice tristemente Guillermo á Egmont, sobre vos pasarán los españoles para entrar en nuestra patria (6). Despues se trasladó á Alemania para preparar la resistencia armada (7).

Esta partida y la completa sumision de Egmont dejan en fin á la regenta aquella autoridad absoluta que tanto deseaba. Brederode se retira á Alemania, donde muere. «Todas las ciudades vienen con la cuerda al cuello,» escribe Noircarmes (8) y reciben guarniciones; los sospechosos van á la horca ó al remo (9); se arrasan los templos protestantes; el populacho de Amberes victorea á la regenta que entra en la ciudad con mil doscientos walones, restablece el culto de la Vírgen y somete á nuevo bautismo á los niños bautizados por los ministros. El país está dominado.

V.—Destitucion de la regenta

Hacia muchos meses que Felipe II anunciaba su intencion de trasladarse á los Países Bajos á la cabeza de un ejército para imponer la obediencia. Falta á su espíritu flexibilidad de tal manera que no puede reconocer la inutilidad de este esfuerzo, despues del triunfo obtenido por la regenta: obstínase en proyectos preconcebidos y sigue ciegamente la línea de conducta trazada de antemano, sin ver adonde lo lleva hasta el dia en que descubra que no es necesaria la matanza. Es la gran catástrofe del reinado. No procede de error de juicio, sino de un

(1) Ms. Rec. of. núms. 875 y 1230, sir Henry Norris to the queen, 24 may 1567. Esta carta parece haber sido ignorada de los historiadores belgas. Fué interceptada por los franceses, descifrada y comunicada á los ingleses. Nuestro embajador en Madrid hace conocer, lo mismo que Norris, el robo de la cifra de la embajada española, y refiere el furor de Alava y de la horrible mutilacion que hizo sufrir al secretario sospechoso de esta infidelidad.

(2) La carta del duque de Alba es del 21 oct. 1563. *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 489.

(3) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. III, pág. 44.

(4) *Correspondencia de Guillermo.* «Lo que mantenia con firmeza el conde de Egmont debia hacerse.»

(5) Colec. de Groen, tom. II, pág. 309.

(6) *Correspondencia de Guillermo*, tom. II, Prólogo, pág. 158.

(7) Abril de 1567. Las palabras de *conde sin cabeza* y *príncipe sin tierra* son una amplificacion reciente. La idea es la misma sin embargo. El príncipe de Orange la formuló tambien despues del desastre. «Si no hubieran malbaratado sus vidas, habríamos evitado que volvieran los españoles.» Ms. Rec. of. n.º 1078, del 9 abril 1567.

(8) *Correspondencia de Guillermo*, tom. II, Prólogo, pág. 161.

(9) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág 546.

vicio del alma. A Felipe II no lo engaña el olvido de la famosa máxima: *Quieta non movere;* él ha turbado voluntariamente lo que caia en reposo. No se ha creido con el derecho de aprovecharse del triunfo paciente y de la blanda autoridad de Margarita; ha juzgado que estaba en el deber de castigar los agravios hechos á Dios, ántes de la pacificacion, y que podia gozar del gusto de destruir á los que contra él se habian prevalido de sus juramentos y de las leyes. Margarita no comprendia ni este deber de castigar ni este gusto de vengarse. Se la denuncia por haber dejado que se escapara Brederode y por seguir con demasiada deferencia los consejos de Egmont «que protege á Brederode y á los pícaros,» dice Alava infatigable en esto de vigilar á la regenta desde su embajada de Paris.

La regenta estaba orgullosa de haber restablecido su poder; no tenia que temer á Orange con sus luteranos alemanes ni á Coligny con sus calvinistas franceses, como quiera que podria oponerles una resistencia nacional, la guardia walona y brabanzona, al mando de Egmont, el afortunado soldado de Gravelinas, de Hornes, de todos los jefes que se habian librado del destierro y sus miserias esforzando su celo en servicio de la regenta. Los reformados «eran apaleados en las calles,» con aplauso del populacho, que decia que ellos eran los pícaros que habian traido aquellas vacilaciones (1). Pero Felipe no quiere olvidar nada de lo pasado, y se propone matar á los que lo han importunado con sus alegres entradas, confiscar los tesoros acumulados, prohibir el comercio que mantiene relaciones con países corrompidos: quiere que se le tema á él y á Dios.

Pero probablemente no tuvo jamás la intencion de encargarse él mismo de esta tarea, bien que en su correspondencia de la época no cese de mencionar sus preparativos de viaje. Como Tiberio en circunstancias análogas, habla á menudo de su partida, elige á los que han de acompañarlo, prepara el equipaje, engaña á los confidentes más íntimos (2). La causa de este fingimiento, que no fué nunca bien comprendida, ha de buscarse en una carta, escrita por Antonio de Mendoza que estaba en Nancy, al lado de la duquesa de Lorena.

(1) Colec. de Paillard, tom. IV, pieza 92.

(2) Tácito, Annal., tom. I, pág. 47. «Ceterum ut jamjamque iturus, legit comites, conquisivit impedimenta, adornavit naves; mox hiemem aut negocia varie causatus, primo prudentes, dein vulgum, diutissime provincias fefellit.»

Mendoza, como Alava, estaba en el secreto del castigo premeditado hacia cuatro años, y comprendió que las tropas destinadas á ejecutarlo debian ser consideradas como una escolta de honor de la real persona para no espantar á los culpables, evitando así que se pusieran en cobro. Si el ejército sólo sirve de cortejo al rey, no puede ya ser causa de inquietud ninguna. El duque de Cleves, la duquesa de Lorena, todos los príncipes están alarmados, escribe Mendoza al rey, por la venida de un ejército á los Países Bajos, ya pacificado (3). «La duquesa viuda me comunicó esta carta y me preguntó qué le responderia; díxele se certificase la venida de V. M... Me han preguntado si dexará de traer armada V. M. pues todos los rebeldes le piden misericordia; yo he dicho que la gente que V. M. trae es para la guarda de su persona.»

Las medidas tomadas en España eran en verdad sospechosas. En cuanto llegó la flota de las Indias (4) con cuatro millones y medio de escudos en oro y plata, «grandes riquezas de perlas, pedrería y drogas para teñir de carmesí,» mandó el rey tomar el cargamento y guardarlo «en lugar seguro para su servicio.» Habia impuesto un derecho de medio real sobre las barajas que se vendian á cuarenta y cinco maravedises; tomado á préstamo de los Fugger quinientos cincuenta mil escudos, ochocientos mil del genovés Grimaldi y negociado otro préstamo de seiscientos mil en Castilla y Aragon, de dos millones en Nápoles y Milan, y otro millon por cuenta del clero (5). Habia puesto en venta por dos mil y tres mil escudos los oficios de corregidor (6). Pero no precipita nada: lo que quiere hacer lo hará, á la hora en que esté dispuesto. En vano le escribe Margarita: Ahora que la autoridad está más asegurada que en tiempo del emperador (7), quiere el rey honrar con ella á otros: para mí sólo han sido los trabajos y los peligros (8). El rey ha decidido que el duque de Alba vaya á los Países-Bajos. El ejército está reunido: la flota de Doria anclada en los puertos... el rey no parte; no cesa de anunciar su partida; designa al duque

(3) Ms. Arch. nac. K. 1508, pieza 20, Mendoza al rey, 31 mayo de 1567.

(4) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 482, Fourquevauls al rey de Francia.

(5) Era el renta del escusado ó diezmo impuesto por el rey y no por el clero en la más rica parroquia de cada diócesis; la sustitucion del cura por el rey. V. Alberi, tom. XIII, Tiepolo, 1563, y t. XIV, Donato, 1573.

(6) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 439, *Corresp. de Fourquevauls.*

(7) *Correspondencia de Felipe II,* tom. I, pág. 532.

(8) *Ibid.* pág. 523.

de Alba como caudillo del ejército que debe acompañarlo; le da la órden de ponerse en marcha. A esta noticia Margarita exclama en una carta íntima dirigida á su hermano (1): Para el bien de este país, para la reputacion é intereses del rey ninguna leccion podia ser más funesta. Ese hombre es de tal modo aborrecido por la poblacion que él solo bastaria para hacer odiosa á toda la nacion española.

CAPITULO XI

EL PRÍNCIPE DON CÁRLOS.

PRIMERAS DOLENCIAS DE DON CARLOS.—ENFERMEDADES Y DEMENCIA.—PRISION DEL PRÍNCIPE.—SU MUERTE

I.—Primeras dolencias de Don Cárlos

«No se ofrece otra cosa de nuevo más que la princesa continuó su preñado con salud hasta que ayer á media noche plugo á nuestro Señor alumbrarla con bien de un hijo» (2). En estos términos textuales tuvo á bien Felipe II, siendo mozo, anunciar á Cárlos V que su primera mujer María de Portugal acababa de dar á luz al príncipe Don Cárlos. Cuatro dias despues moria la jóven reina y la noticia de este fatídico alumbramiento corria con la de las exequias (3). Criado el príncipe en el retiro y sujeto á una vida sedentaria, no ofrecia ninguna resistencia á las *fiebres cuartanas* que envenenaban los reales sitios y creció enteco con un hombro muy alto y una pierna muy corta (4). Su retrato, hecho por Sanchez Coello (5), lo representa pálido, con la cabeza inclinada y los ojos apagados.

«El pobre príncipe es tan pequeño y está tan estenuado, escribe el embajador de Francia que lo vió á la edad de cuatro años durante los festejos nupciales de Felipe II é Isabel de Valois (6), y va debilitándose tanto de hora en hora, que los más doctos en esta corte le dan pocas esperanzas de vida.» Fué á saludar á la reina, su madrastra *muy extenuado* (7) con las manos ardorosas por el calor de la fiebre (8). Sus médicos no conocian más remedio que la sangría y favorecian sabiamente la consuncion de la fiebre debilitándolo más. Su padre se contentaba con decir: «Ha estado con calenturas, pero con haberlo sangrado está con mejoría» (9).

El príncipe luégo que tuvo diez y seis años fué trasladado á Alcalá de Henares para probar la influencia de un clima más saludable; y por espacio de dos meses parecia haberse librado de sus fiebres (10). Pero una tarde (11) cayó de cabeza por una escalerilla oculta por donde solo y á escondidas intentó bajar á un jardin á ver á una moza, hija del conserje, que no le pareció mal, «y probablemente persiguiéndola» (12). Fué recogido con una gran contusion en la sien izquierda y una parálisis en la pierna derecha.

Curado de primera intencion fué sometido el mismo dia al régimen de sangría y purga; el dia siguiente le sacaron ocho onzas de sangre; el dia sexto purgáronlo de nuevo (13) sin poder

(1) Esta carta del 12 de julio de 1567 está en italiano. La regenta escribia en francés la mayor parte de sus cartas, y empleaba el italiano para las confidencias y comunicaciones secretas. Las cartas en español eran al parecer de Armenteros. La regenta habla del duque de Alba en estos términos: «Per il remedio delle cose di qui et anco per sua reputatione et profitto, V. M. non poteva fare piu contraria ellectione che quella del duca d' Alba... per esser lui tanto odiato in questi paesi che bastaria lui solo à far odiosa tutta la natione spagnuola.»

(2) *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 467, carta del 9 julio 1545.

(3) *Ibid.* el comendador mayor al emperador, 13 agosto 1545. Véase tambien Sandoval, lib. XXVII, párrafo 4.

(4) Strada, *De bello Belgico*, tom. I, pág. 609. «Humero elatior, et tibia altera longior.»

(5) En el Museo de pinturas de Madrid y en la galería del duque de Oñate.

(6) El obispo de Limoges al rey, 1.º marzo 1560, Colec. de Luis Paris, pág. 391.

(7) Colec. de Luis Paris, pág. 272, carta del 23 febrero 1560.

(8) Cabrera, lib. V, cap. VII.

(9) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 207.

(10) *Ibid.*, tom. XVIII, pág. 537.

(11) El 19 abril 1562. La carta es del obispo de Limoges á Catalina, fecha 11 de mayo siguiente. Ms. Bibl. nac. franc. 16103, f. 227.

(12) Es la version del embajador inglés. Ms. Rec. of. n.º 46, Challoner to the queen, 11 may 1562. «The prince in hasty following of a wench daughter to the keeper of the house, fell down a pair of stairs, broke his head.»

(13) Los dos médicos oficiales redactaron sendas reseñas de la dolencia: el doctor Olivares (*Doc. inéd.* tom. XV, pág. 553 y siguientes) estaba lleno de confianza en su mérito y de despecho por la consulta de Vesale; el doctor Dionisio Daza Chacon (*Doc. inéd.*, to-

cambiar su estado de insensibilidad. Creyeron conveniente los médicos dilatar la herida y dejar á descubierto el cráneo. Luégo al punto se declaró una erisipela: en esta oportunidad llegó el rey con el sabio Vesale.

Vesale prohibió renovar las sangrías; pero los otros médicos se opusieron á que se cuidara la erisipela que se extendia por la cabeza, el pecho y los brazos, «y era preciso guardarse de combatirla, dice el médico español, porque se hubiera metido dentro.» Sin embargo, como era preciso «desembarazar al enfermo de sus humores,» se le purgó seis dias despues de la operacion «con tres onzas de jarabe de nueve infusiones.» Todos los médicos y cirujanos de la corte estaban reunidos alrededor del príncipe y estaban de acuerdo en combatir los consejos de Vesale, declarando que deberia obtenerse la curacion porque se aplicaban los medicamentos que convenian (1).

Durante estas consultas escribia el agente de Toscana (2): «Quien no lo haya observado, no puede formanse idea de la ignorancia de estos cirujanos.» Así como se habian apresurado á dilatar la herida de la cabeza ántes de la llegada de Vesale (3), consintieron, más bien que adoptar su opinion, en emplear los ungüentos de un hechicero moro de Valencia llamado el *Pinterete*.

Los ungüentos no dieron mejor resultado que las purgas: el delirio duraba ya cinco dias; el rey, sentado á la cabecera de la cama y rodeado de once médicos, de pié en su presencia, sin poder dar su dictámen, si no eran por él interrogados, no tenia ya esperanza sino en un milagro.

En la cama del enfermo, á lo largo de su cuerpo abrasado por la fiebre se extendió el esqueleto de un cocinero de convento, muerto cien años hacia (4). A este cocinero hizo despues célebre Murillo que hubo de pintarlo en éxtasis, miéntras los ángeles se cuidaban de su olla (5). Además, Vesale hizo la operacion del trépano, el 9 de mayo, y cortó un fragmento de cráneo, de forma triangular y del tamaño de un chelin (6). El príncipe entró en convalecencia inmediatamente y pudo levantarse á los treinta dias.

Felipe II atribuyó la curacion sin vacilar al cadáver del cocinero franciscano, cuya canonizacion pidió á la curia romana. El médico del príncipe no se humilló más ante el santo que ante el doctor Vesale, y declaró que la curacion no tenia nada de sobrenatural y sólo era debida á su talento. Esta insistencia de la infatuacion lo hubiera llevado ante el Santo Oficio, si su Memoria no hubiera permanecido secreta, pues hasta en nuestros dias (7) los académicos que la han publicado se mostraban consternados de ver negado por un médico un milagro reconocido por la curia romana.

Pero el nuevo santo tuvo otros adversarios. La opinion pública atribuyó la curacion á Nuestro Señora de Atocha; sin embargo, varios otros santos y muchos santuarios de la Vírgen igualmente invocados tuvieron tambien sus partidarios: los tres mil quinientos fieles de Toledo que recorrieron las calles de la ciudad con las espaldas desnudas azotándose unos á otros, hubieron de ser los más tentados á mirar el milagro como la recompensa de ejercicios tan penosos. El obispo de Limoges, nuestro embajador en España, dió todo el honor de la curacion al ungüento del Pinterete. «Este viejo arábigo, hombre enfermizo, lo ha medicado tan bien que el dicho príncipe ha perdido los desvaríos y se le ha deshinchado el rostro» (8). Los ingleses y Saint-Sulpice, que iban á reemplazar al obispo de Limoges, atribuian al parecer más importancia á la operacion de Vesale (9).

II.—Enfermedades y demencia

En medio de estas suposiciones de los contemporáneos, es lícito admitir que el pobre príncipe no sanó jamás, pues á contar de esta época permaneció en los confines de la demencia, fuera que los accidentes cerebrales hubieran hecho imposible el restablecimiento de la salud, fuera que las predisposiciones hereditarias y régimen debilitante de una etiqueta malsana hubieran acabado de perturbar su sistema nervioso.

mo XXVIII, pág. 537 y siguientes) seguia servilmente á Olivares y participaba de su malevolencia para con Vesale, pero estaba inclinado á atribuir á milagro la curacion.

(1) Olivares, *Doc. inéd.* tom. XV.

(2) Nobili á Cosme de Médicis, 1.° mayo 1562.

(3) Ms. Rec. of. n.° 46, ya citado.

(4) Cabrera, lib. III, pág. 360. Habia muerto en 1463 y se conservaba en San Francisco de Alcalá.

(5) El cuadro está en el Louvre y es conocido con la denominacion de *Cocina de los ángeles*.

(6) Ms. Rec. of. n.° 171, Challoner to Cecil, 8 junio 1562.

(7) *Doc. ined.*, tom. XV, pág. 570. «Queda este asunto fuera de toda discusion,» decian en 1849 los ilustrados editores de la *Memoria* de Olivares.

(8) Ms. Bibl. imp. San Petersburgo, vol. XCVII, n.° 22, fol. 85, despacho publicado por el conde de la Ferriere, pág. 49.

(9) Saint Sulpice á Catalina, 10 mayo 1562.—Colec. de Luis Paris, pág. 889.—Ms. Rec. of. núms. 46, 52, 71, Challoner to Cecil., may and iune 1562.

Una enfermedad que lo separaba de los demás hombres pudo agravar igualmente la turbacion mental, cosa que no ignoraba la reina Isabel, que hablando un dia con Felipe de proyectos de matrimonio con relacion al príncipe, recibió por respuesta que su hijo estaba en tal estado que habia tiempo para todo (1). Este aviso hizo renunciar inmediatamente á Catalina de Médicis á su deseo de casar con Don Cárlos á su segunda hija Margarita «á causa de la indisposicion del príncipe» (2). Es necesario conocer lo que era esta indisposicion. Uno de los cronistas de Felipe II se atrevió ya á indicarla (3). Se puede revestir su narracion con el ropaje diplomático; hoy será aceptada en los términos en que lo fué por los cortesanos de aquella época. El embajador Fourquevauls escribia á Catalina (4): «El príncipe de Eboli me decia estas palabras:—¡Pobre príncipe de España! Consideramos y prevemos que no tendrá nunca hijos, á no ser de milagro, por las faltas secretas que hay en su persona.»—El milagro fué exigido á los médicos, y dice otra vez Forquevauls (5): «No embargante las recetas que sus tres médicos le han aplicado á fin de hacerlo hábil para el matrimonio, es tiempo perdido esperar de él prole, porque nunca tendrá hijos y él lo sabe muy bien.» Y algun tiempo despues añade (6): «El príncipe está ahora en opinion de hombre medio natural, porque tres médicos suyos han hecho cuanto han podido para hacerlo hábil y potente para cohabitar con mujer, por lo cual ha recibido cada uno de dichos médicos mil escudos de renta.» Pero pronto se desvaneció esta ilusion, como al gran duque de Toscana escribia su residente Leonardo de Nobili: «A questi giorno tre medici e un barbiere suo favorito li dettero non so che bevanda, talche par che cosi usasse debolmente con una donna; e parendoli bella cosa, ordino á lei dodici milla ducati et alli medici mille scudi d'entrata per ciascuno. Non potendo di nuovo usar S. A. carnalmente, come fece quella volta, l'affezione ai medici va mancando.»

(1) Col. de Luis Paris, pág. 816.

(2) Ms. Bibl. nac. 3162, fol. 11. Esta enfermedad se presentó muchas veces en la familia: pueden citarse los primos de don Cárlos, el rey Sebastian de Portugal, el archiduque Alberto de Austria, y probablemente el emperador Rodolfo.

(3) Herrera, tom. I, pág. 291. «Avia alguna sospecha que no era hábil en la generacion.»

(4) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 849.

(5) *Ibid.* fol. 824. Carta del 3 de junio 1567.

(6) *Ibid.* Carta del 30 de junio 1567. Forquevauls insiste en esta enfermedad. «No es para tener generacion (Set. 1567 fol. 1002).» El agente del emperador parte bien disgustado de que la princesa Ana haya de casarse con un príncipe tan mal compuesto de su persona. (*Ibid.* fol. 158.)

Esta enfermedad tenia aberraciones morbosas. Cuando el enfermo encontraba en la calle alguna hermosa dama, fuérase de las principales del país, la abrazaba brutalmente llamándola *perra* (7); ó hacia azotar á niñas en su presencia, lo que obligaba al rey á dar, por ejemplo, «cien reales de limosna á Damian Martin, padre de las niñas azotadas por órden de S. A.» (8); ó bien imponia por fuerza privaciones á los que no tenian su enfermedad (9).

Su misma madrastra, la dulce francesa, no estaba á salvo de sus ultrajes, pues el príncipe hablaba de matar á sus hijas á quienes llamaba p... (10). ¿Ante estos hechos, á qué queda reducida la leyenda de la pasion amorosa entre Don Cárlos é Isabel de Valois? La jóven reina con cariñosa piedad consolaba al príncipe unas veces y otras templaba sus accesos de furor y desesperacion; rodeaba de solicitud al melancólico niño y supo despertar en aquella alma sujeta al más triste destino algunos impulsos de gratitud (11). Toda otra suposicion entra ya en los términos de la novela.

En cuanto á la hija del conserje á quien perseguia en la escalera de Alcalá cuando lo de la caida, seria probablemente para tratarla como á las demás damas que encontraba en la calle, para maltratarla á contumelias (12); sino que no se conocian aun las extravagancias del príncipe y se encerró á la moza, Mariana de Garcetas, en el convento de San Juan de la Penitencia (13) con mil ducados, á que añadió otros mil el príncipe cuando hizo testamento (14), más una mantilla (15). Inspiraba estas larguezas, no un amor que hacia imposible el estado del príncipe, sino el bien parecer, el decoro que obligaba á los príncipes á mostrarse generosos. Lo mismo puede decirse de los quinientos ducados oficialmente asentados en las cuentas del ser-

(7) Brantome.

(8) *Doc. inéd.* tom. XXVII. «A Damian Martin padre de las niñas pegadas por mandado de S. A. cien reales de limosna.

(9) Leonardo de Nobili al gran duque Cosme de Médicis. «Tutta la notte va in bordello con molta arroganza.—V. tambien Rel. ven. Tiepolo.

(10) Ms. Rec. of. n.º 2220, advices from Antwerp, 6 march 1568, tom. IX, Apéndice.

(11) Se ha dicho que don Cárlos estaba irritado porque su padre se habia casado con la mujer que á él se le habia prometido: el príncipe tenia doce años, cuando se habló de él en los preliminares de la paz con Francia y hubo de ignorar siempre este proyecto, que fué abandonado á los pocos dias. Se le ha atribuido una composicion en verso francés, dirigida á Isabel, y no pudo jamás aprender una palabra francesa. Su letra tuvo siempre carácter infantil, como puede verse por la reproduccion de una carta autógrafa en la coleccion de M. Filon.

(12) Brantome.

(13) *Doc. inéd.* tom. XXIV, pág. 515.

(14) El 19 de mayo de 1564.

(15) El 9 de abril de 1566.

vicio de Don Cárlos, como entregados á Doña María de Alcaraz, dama de la reina (1), y de las cantidades pagadas por los alimentos y educacion de varios niños cuyo padrino fué el príncipe. No podria suponerse que fuera el padre él, como quiera que por lo que hace á la niña, comienza el gasto cuando el príncipe tenia doce años (2), y atento al niño, se sabe que fué expuesto á la puerta de la cámara del príncipe (3).

La liberalidad de Don Cárlos era el rasgo saliente de carácter. En efecto, el príncipe der-

Don Cárlos, infante de España
Facsímile de un grabado en cobre de H. Gock

ramaba sin discernimiento entre los que le rodeaban cuanto dinero y joyas tenia. Pero esta generosidad, tan cara á los cortesanos, alternaba con accesos de cruel violencia que hacia peligroso su comercio. «Cuando sus arrimados no lo servian á su gusto, no hay que preguntar cómo los trataba: todo era amagos, contumelias y golpes» (4). Quiso una vez arrojar por la ventana á su tesorero Juan de Lobon (5) y dar de puñaladas á su mayordomo Fadrique Enriquez; abofeteó á don Alonso de Córdoba, gentilhombre de cámara; dió de palos á otro gentilhombre, llamado Don Diego de Acuña. A todos les amenazaba con el puño, cuando no con el puñal (6). Pero su frenesí maniático estaba caracterizado, sobre todo, por su necesidad de tragar y ver tragar, comestible ó no. Es absolutamente desordenado en su pasion de comer, fuera de toda razon, decia un embajador veneciano (7).— Es capaz de comerse hasta trece libras de carne (8), repiten todas las correspondencias diplomáticas. — No tiene fuerza sino en los dientes, escribe Fourquevauls á Cata-

(1) *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 83.
(2) Llámabase Ana Cárlos y fué entregada á la nodriza por el mayordomo del príncipe y vigilada regularmente por órden del rey desde 1558. *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 44 y 89.
(3) *Ibid.* pág. 90. «A María Hernandez, viuda, 209 reales por la crianza de un niño llamado Cárlos, que se echó á la puerta de la cámara del dicho príncipe Ntro. Señor. Lo demás lo pagó Fray Diego de Chaves confesor de S. A.»
(4) Brantome.
(5) *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 101 y 130.
(6) Nobili á Cosme de Médicis, 24 julio 1567.
(7) Rel. ven. Soranzo, 1565, en Alberi, serie I, tom. V, pág. 119.
(8) Ms. Rec. of. n.° 1676, Phayre to Cecil, 17 nov. 1565.

lina(1).—Hízole su zapatero unas botas muy mal hechas; el príncipe las hizo cortar en rajas y guisarlas como tripas de buey y se las hizo tragar al zapatero. — Otra vez le presentó su joyero una perla de tres mil escudos; el príncipe la arrancó del engarce de oro con los dientes y se la engulló. El pobre mercader se quedó consternado, cuanto más que hasta los tres dias no pudo recobrar su perla (2).— Despues, en el último tiempo de su vida, hubo de tragarse un diamante; luégo lo hizo buscar y sólo á fuerza de medicinas pudo echarlo á los diez y siete dias. De estas tiene muchas (3). — A una culebra que le mordió, le cortó la cabeza con los dientes (4).

Ante la repeticion de hechos semejantes bien puede decirse que el historiador oficial de Felipe II no estuvo léjos de la verdad cuando escribió: La lesion del seso está demostrada por la incapacidad de la voluntad (5). El embajador inglés no se atreve á emplear las mismas expresiones á causa de la costumbre que tenia el rey de interceptar las cartas; pero declara que habia visto por sus propios ojos acciones raras de don Cárlos (6). El veneciano que da cuenta al senado con toda seguridad, no vacila en decirlo (7): «Está atacado de enajenacion mental como su abuela; habla lenta y penosamente, sin ilacion ninguna en sus conceptos.»

Don Cárlos era biznieto de Juana la Loca, por su padre y por su madre á la vez. Pero hoy no podria admitirse ya contra la madre de Cárlos V la antigua imputacion de enajenacion mental: los malos tratamientos continuados con perseverancia y añadidos á rigurosa reclusion, con privacion de aire y de luz, determinaron la demencia al cabo de muchos años: podrian muy bien existir predisposiciones morbosas, y el biznieto pudo tambien arrastrar por este vicio hereditario la misma propension á la neurosis vesánica: ello es lo cierto que fué impelido á la demencia por la falta completa de medios higiénicos, por las severidades enojosas de la etiqueta, por la calentura lenta de toda su vida, por el aniquilamiento resultante de sangrías y purgas, por el golpe, en fin, recibido en la cabeza á su caida en Alcalá, etc. etc. En todo caso, ahora se atribuya al atavismo la enfermedad mental, ahora á la depauperacion nérvea, ó al accidente, no es ménos incontestable la demencia. Felipe II va á reconocerla oficialmente.

(1) Carta del 26 agosto 1566.

(2) Carta del 21 dic. 1561, de Paolo Tiepolo. «A poco a poco con li denti le levo d'intorno l'oro che la legava et poi se la mando giu per la gola, onde il pover uomo e stato desperatissimo, massimamente, perché sono passati tre giorni innanzi che il principe rendesse la perla.»

(3) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 1272, Forquevauls á Catalina.

(4) Badoaro. «Co denti gli spicco la testa.»

(5) Cabrera, lib. VI, cap. V.

(6) Ms. Rec. of. n.° 33, Challoner to Cecil, 8 jul. 1562.

(7) Tiepolo apud Alberi, serie I, tom. V, pág. 72.

III—Prision del príncipe

El orgullo del padre era mortificado todos los dias por la noticia de alguna nueva afrenta: los escándalos comenzaban á ser públicos y el respeto de los reyes católicos estaba en peligro de menosprecio. Con sus hábitos de paciencia

Medalla con el busto de D. Cárlos. Tamaño original (Gabinete numismático de Berlin)

hubo de esforzarse mucho tiempo Felipe en disciplinar con su autoridad al desgraciado príncipe, sin conseguir más resultado que exasperarlo contra sí mismo. «Reprueba y menosprecia comunmente todos los actos del rey su padre» (8). Si el padre probaba á interesarlo en los negocios de Estado dándole entrada en el consejo, tenia que pasar por la humillacion de ver cómo injuriaba á los ministros, embrollaba el despacho y embarazaba las deliberaciones (9). —¡Maldito clerizonte, he de matarte! dijo un dia el mozalbete á todo un cardenal Espinosa agarrándolo de la garganta(10). Cuando el padre daba más importancia á disimular sus designios sobre Flandes, anunciaba su partida y decidia la partida del duque de Alba, repetia el hijo que queria ponerse en camino para ir á reducir á los rebeldes de los Países Bajos, se precipitaba en medio de las Córtes de Cas-

(8) Forquevauls á Catalina, 3 nov. 1555.

(9) Sigismundo Cavalli, con referencia á un confesor del rey, citado por Gachard, pág. 308.

(10) Cabrera, lib. VII, cap. XXII.

tilla y se entregaba delante de los procuradores (1) á las mayores locuras (2). «Habiendo entendido el príncipe de España que las córtes tenian intencion de requerir que permaneciera en el reino, durante la ausencia del rey su padre, entró uno de estos dias en su junta y protestó de como seria el mayor enemigo del que propusiera su permanencia y de su ciudad, pues emplearia todo su poder para destruirlos.» Cuando el duque de Alba fué á despedirse del príncipe para ir á Flandes, se vió asaltado por él y no pudo esquivar el puñal sino cogiéndole el débil brazo y desarmándolo á la fuerza (3), gran infraccion de la etiqueta y peligroso olvido de la sumision debida á la familia ungida por Dios. La resolucion era urgente; cada dia la precipitaba una nueva extravagancia: el loco debia ser encerrado.

La prision del príncipe Don Cárlos ¿fué determinada por otra razon que la necesidad de impedir que hiciera daño? «Bien que habia treinta y dos razones para ello, siendo la menor que habia querido dar muerte á su padre» (4), la de haber querido dar ayuda á los herejes de Flandes hubiera parecido más grave aún; pero estaba el príncipe tan léjos de favorecer á los rebeldes, que no cesaba de pedir se le diera el encargo de castigarlos por sí mismo. Quiere tratarlos como á sus gentiles-hombres, se irrita contra las Córtes, contra el duque de Alba, contra su padre que ponen obstáculos á su partida; corre «á exhortar á los señores del consejo de Estado y de guerra, uno tras otro, y les ruega que representen al rey su padre su vivo deseo de encargarse de los negocios de Flandes y de posponerlo todo á la mision de llevar allá remedio» (5). Ante estos hechos se desvanece la leyenda de un príncipe instruido y liberal, perseguido por haber favorecido las justas reivindicaciones de pueblos oprimidos. Los flamencos no se hacian ilusiones, estando bastante enterados de las disposiciones del príncipe para no temer su dominacion (6); sus enviados á España, Bergnes y Montigny se tenian en cuidado de confiar á un mentecato los intereses de su nacion, y nunca le hablaron siquiera (7). La ficcion que atribuye á Don Cárlos ideas de independencia religiosa cae con la que le atribuia tolerancia: las cuentas de su servicio contienen á cada página pruebas de la piedad más sumisa á las prácticas escrupulosas bajo la forma de gastos para ofrendas á la comunion, al jubileo y aun para refinamientos de supersticion que no permitiria ya acaso el clero contemporáneo: «A Fray Diego de Ovando, dos escudos de oro por las misas dichas para hallar la pedrería perdida» (8).

Lo que es igualmente cierto es que bajo la influencia de la perturbacion mental, hubo de creerse el príncipe rodeado de peligros, se acostaba con armas, ocultaba armas en libros cuyas hojas arrancaba, aseguró la puerta de su cámara con un complicado aparato, cuyo secreto sólo él sabia y el sabio francés que lo construyera (9). Se preparó á huir de sus perseguidores imaginarios, tomó dinero prestado, pidió caballos á Don Ramon de Taxis, maestro de postas. «Pensaba irse á Génova donde no hubiera dejado de encontrar hombres que lo hubieran inducido á perturbarlo todo, para obligar á su padre á concederle ciertos artículos» (10). Pretende llevarse consigo á Don Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V; es denunciado por los que han debido escuchar sus incoherencias, y quiere matar á Don Juan de Austria, que se ve en la precision de desarmarlo, siguiendo el ejemplo del duque de Alba (11); vuelve á su aposento, se asusta sin echar de ver siquiera que el ingeniero francés ha falseado el aparato que cierra la puerta y se duerme profundamente (12).

Felipe II tiene un ejemplo en sus recuerdos de la infancia. Vió á su abuela sucumbir despues de cincuenta años de prision; y con este ejemplo, tomó sin conmoverse la resolucion decisiva. A las once de la noche (13), con el casco en la cabeza y la espada en la mano, entra atentada-

(1) En diciembre de 1566.
(2) Forquevauls á Cárlos IX, del 4 de enero de 1567.
(3) Cabrera, lib. VII, cap. XIII.
(4) Brantome.
(5) Forquevauls á Cárlos IX, del 2 nov. 1566.
(6) Viglio á Granvela, del 23 agosto 1564.—V. tambien la Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. I, pág. 292.
(7) Gachard, pág. 272, hace observar la falsa interpretacion que ha hecho suponer estas entrevistas. Sabido es que el proceso de Montigny no hace mencion de relaciones de este género.
(8) *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 110.
(9) El ingeniero Foix, amigo del historiador de Thou; fué quien hizo la máquina para elevar las aguas del Tajo á Toledo, para los trabajos del Escorial y el puerto de Bayona.
(10) Forquevauls á Cárlos IX, fol. 1169, del 5 febrero 1568.
(11) *Id.* folios 1172 y siguientes.
(12) No se ha reproducido la confesion que hiciera don Cárlos á unos religiosos sobre su intencion de matar á su padre. En efecto, no puede comprenderse: 1.° cómo viene á decir un penitente: Deseo matar á mi padre, confieso mi pecado y quiero comulgar sin renunciar á mi deseo; 2.° cómo habria podido llegar esta noticia á conocimiento de quien la refiere; 3.° cómo informado el rey de la intencion parricida de su hijo desde el 28 de diciembre, deja pasar 22 dias sin prenderlo; 4.° cómo no habló Felipe nunca de este supuesto proyecto. Con todo eso, el relato de esta confesion emana de un contemporáneo y generalmente se tiene por verídico. El embajador Forquevauls refiere el caso de la prision en cartas conservadas Ms. 10751, folios 1163 á 1170.
(13) El 18 de enero de 1568.

mente en el aposento de su hijo con cinco gentiles-hombres y doce guardias: el cerrojo no ha defendido la puerta. Antes de que el príncipe se despierte, se apoderan los guardias de las armas, ocupan los papeles y clavan las ventanas. —Pero yo no estoy loco, exclama llorando el príncipe (1), que creció tambien en medio de las terroríficas narraciones de la agonía de su bisabuela. ¡Estoy desesperado! añade, y se deja caer otra vez en la cama sollozando.

Al tomar la determinacion de encerrar á su hijo, cumplia Felipe un deber para con los súbditos de todos sus Estados, el deber de sustraerlos al peligro de la omnipotencia de un monstruo. La mitad del mundo sometido á los fueros de un alucinado, hubiera sido una calamidad, cuyas consecuencias se dejarian sentir todavía hoy. Pero apartado el azote, cumplido el deber, ¿no estaba el padre obligado al dolor? Se hiere, pero se llora. Felipe II queda impasible. Los contemporáneos se asombran de ello (2); Felipe ni siente cólera ni pesar. Confiesa sin vergüenza la enfermedad de su hijo y la divulga entre propios y extraños. «El rey, dice Forquevauls (3), me ha dicho por conducto de Ruy Gomez que hace más de tres años venia observando que dicho príncipe estaba peor compuesto aún de la cabeza que de la persona y que no tendria nunca el entendimiento bien sentado, como lo han probado diariamente sus acciones, lo que S. M. ha disimulado mucho tiempo, esperando que los años le darian seso y experiencia; pero ha sucedido al revés, como quiera que ha venido de mal en peor.» El mismo Ruy Gomez es quien expone al residente inglés (4) cómo el príncipe se habia hecho intolerable por sus violencias, obligando á su padre á encerrarlo para hacerle entrar en razon ó tenerlo á raya á lo menos. Contesta el inglés que la medida parecerá justificada á los ojos de todos, por las insoportables extravagancias que se le habian tolerado hasta entónces. El mismo Cataneo emplea casi las mismas palabras: «Jamás se ha podido poner en órden su cabeza» (5).

Al Padre Santo y á Catalina de Portugal, abuela del príncipe, se les debian explicaciones más sinceras y minuciosas, y se les dieron con tanta claridad que diplomáticos inhábiles creyeron conveniente suprimir la carta recibida por el Papa. Pero tardíamente hicieron desaparecer la minuta en los archivos de Simancas y la copia en las del Vaticano, sin saber que una traduccion latina de la misma carta dormia en una publicacion olvidada donde ha sido hace poco descubierta (6). Esta carta no permite la restauracion de ninguna leyenda ni aventura novelesca, pues justifica la resolucion tomada con Don Cárlos, alegando las extravagancias de inteligencia y de genio que lo privan absolutamente de la aptitud necesaria para el gobierno de un Estado.

Con la abuela no era menester emplear términos tan explícitos: esta era la hija del dolor, dada á luz por Juana la Loca en su prision. Habia implorado en vano Catalina cerca de su hermano Cárlos V alivio al suplicio de su madre, ella misma abandonó luégo á su madre, y creia ver una misteriosa maldicion en la desgracia de su nieto. —Mi resolucion, le escribe Felipe II, no ha sido provocada por ninguna falta de respeto. Si fuera un castigo, tendria su tiempo y su límite, y yo no espero ver á mi hijo compuesto: hay otra causa y otra razon; el remedio no está en el tiempo ni en los expedientes. «Yo he querido hazer en esta parte sacrificio á Dios de mi propia carne y sangre, y preferir su servicio y el beneficio y bien universal á las otras consideraciones humanas» (7).

El humillante contraste entre las desmesuradas pretensiones de Felipe II, los sueños de monarquía universal, la predestinacion de una familia tan preciosa y superior á todas que sus hijas despreciaban todo enlace conyugal fuera de su linaje, el orgullo del milagro hecho por San Diego de Alcalá para salvar á un príncipe necesario á los designios de Dios; todo esto por una parte, y por otra este tan triste y vergonzoso fin, hubieron de provocar las insolentes risotadas de Catalina de Médicis. «Hánse alegrado los Cristianísimos demasiadamente de la detencion de S. A., y así lo han hecho otros mal intencionados» (8).

IV.—Muerte del príncipe

Si se admitiera que la salud pública es una necesidad superior á todos los principios, habria que reconocer por fuerza que Felipe II

(1) Herrera, tom. I, pág. 291. «No soy loco, sino desperado.»
(2) Forquevauls, carta del 19 enero.—Nobili, carta del 25.
(3) Forquevauls, fol. 1169, carta del 5 de feb. 1568.
(4) Ms. Rec. of. n º 1969, Man to Cecil, 28 enero 1568.
(5) Carta del 24 enero. «No ha may potuto formare ne regolare questo cervello.» Ms. citado por Prescott.
(6) Por Gachard. Son los *Annales ecclesiastici* del P. Laderchi, tom. XXIII, pág. 147. Prescott y Motley ignoraron este detalle.
(7) Cabrera, lib. VII, cap. XXII.
(8) *Doc. inéd.*, tom. XXXVII, pág. 161, Juan de Albornoz, secretario del duque de Alba, á Vargas, 24 feb. 1568.

tomaba precauciones suficientes encerrando á su hijo y denunciándolo á Europa como enajenado. Si la muerte sorprende al rey de España, no deja más que una niña de dos años bajo la tutela de una francesa y un príncipe de veintitres años, á quien ha hecho interesante la misma persecucion: es la guerra civil, es la contingencia de entregar los súbditos á un loco. Hay pues necesidad, hay hasta urgencia en que desaparezca quien puede perturbar toda la cristiandad. El mismo principio que lega la omnipotencia al príncipe le impone la muerte, si es incapaz. ¿Perturbó este sofisma á Felipe II hasta el punto de inducirlo al crímen y puede creerse que por amor á sus pueblos precipitó la muerte de su hijo? Uno de los ministros, un confidente del momento, acusa al padre en estos términos: Se ordenó, dice Antonio Perez (1), que por espacio de cuatro meses se le diera una pocion muy lenta, la cual se repartiria en todas sus comidas para que insensiblemente perdiera las fuerzas y la vida, lo cual fué ejecutado.—Pero este cargo fué formulado por Antonio Perez en una época en que sostenia una lucha encarnizada contra su amo imputándole otros crímenes que evidentemente no fueron cometidos.

Aun en vida de Felipe era peligroso semejante preso, porque era difícil de guardar.—«Ciertos procuradores de Aragon, Valencia y Cataluña (2) deben de llegar para saber la ocasion de este encerramiento y suplicar por la libertad del príncipe: al rey le parece muy mal semejante legacion. Yo no podria profetizar si habrá personas tan curiosas de novedades que quieran turbar un dia la tranquilidad de este reino so color de la dicha libertad.» Precisamente en los momentos de estas instancias casi sediciosas de *ciertos procuradores*, fué Don Cárlos atacado de vómitos y diarrea, accidentes que por una extraña casualidad coinciden igualmente con un régimen particular y misterioso de alimentacion. «Se le dan á veces (3) algunos caldos sustanciosos, patas de capon con ámbar y otros polvos cordiales. Los dichos potages se hacen secretamente en la cámara de Ruy Gomez,» y parecen de tal manera sospechosos, que «si muriera, tendria que hablar de ello la gente» (4).

Habíase trasladado al príncipe á una torre cuya ventana tenia reja, lo mismo que la chimenea, á fin de que no pudiera arrojarse al patio ni al fuego (5), y era guardado por testigos de vista, funcion que hacian algunos soldados á las órdenes del duque de Feria (6). Que su estado mental no habia tenido ninguna mejoría, cosa es que puede creerse fácilmente. Forquevauls que recibia las noticias por el autorizado conducto de la reina de España, dice que el príncipe no podia contenerse en lo de hacer y decir siempre insensateces, «las cuales, añade, lo acusan y condenan de estar casi loco de remate» (7). Si estuvo muchos dias sin tomar alimento, puede atribuirse esta obstinacion á una manía morbosa, ó á la desesperacion, más bien que al temor de ser encerrado. Pero su padre dió una contestacion salvaje.—El príncipe no ha comido hace cincuenta horas, le dijeron.—Ya comerá despues, si tiene gana.—Ni más ni ménos (8).

La ventaja del veneno lento era permitir la obra de los teólogos para la salvacion de su alma. Fueron estos de parecer de dar la comunion al príncipe en sus intervalos lúcidos «para quitar la opinion á muchas gentes y particularmente á los sacramentarios, que publican que el dicho príncipe es de su secta, lo que no es, sino que los odia mortalmente, y dicen estos teólogos que á las personas trabajadas del entendimiento, que retornan por intervalos en juicio ó algun conocimiento de la razon, se les puede dar el Santísimo Sacramento en dichos intervalos, como se ha administrado al dicho príncipe; pero en efecto no hay esperanza de que jamás sea cuerdo ni digno de suceder, porque su entendimiento empeora cada dia» (9).

Difícil es no dar crédito á sus extravagancias que constan en la relacion oficial de sus últimos momentos (10). «Bebia gran cantidad de agua helada en ayunas ó de noche, metia el hielo en su misma cama, andaba descalzo por el suelo mojado, permanecia muchos dias sin comer, despues hacia una gran comida, y para acabar traíanle un pastel de cuatro perdices, que devoraba con costra y todo...» Pero si los pormenores de este raro suicidio no son imaginados por los carceleros ni impuestos á la credulidad

(1) Ms. Bibl. nac. fond. Dupuy, reg. 661, fol. 19, Antonio Perez á Guillermo du Vair.
(2) Forquevauls, fol. 1235.
(3) *Id.*, fol. 1234.
(4) *Id.*, fol. 1391.
(5) El palacio se quemó en 1734, y no se conoce su traza.
(6) Ms. Rec. of. n.º 1965, Man to Cecil, 26 enero 1568.
(7) Forquevauls, fol. 1273.
(8) Sigismundo Cavalli, carta del 2 de marzo 1568, citada por Gachard, pág. 458. «Non dice altro se non che mangiara quando havra fame.»
(9) Forquevauls.
(10) *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 38.

de todos los residentes extranjeros (1), hay que convenir en que el padre tenia complacencia excesiva en tolerarlos. Cierto que no podia obligarlo á que comiera; pero podia muy bien negarle el hielo y los pasteles y hacer que se vigilara á su hijo enfermo prohibiéndole los excesos. La relacion oficial ha comprendido que estas facilidades dadas á un loco no eran inocentes y las justifica con cautelosa uncion. «Todos los que conocieron la condicion y naturaleza de S. A. no harán escrúpulo, porque es cierto que si se llevara este término con él, diera en algunas otras cosas que fueran más peligrosas á su vida y lo peor es á su alma» (2).

En julio, seis meses despues del encerramiento, la debilidad causada por los vómitos y la diarrea no dejó ya ninguna esperanza. El príncipe quiso ver á su padre; pero el padre, no sólo se negó á satisfacer este deseo, sino que tambien prohibió á la reina y á la princesa Juana que fueran á verlo (3). Tampoco le envió á decir una palabra de consuelo, dejándole morir algunos dias despues (4). «El rostro estaba un poco amarillo, dice Fourquevauls (5) que lo vió en la cama de respeto; y no tenia más que los huesos en lo demás del cuerpo.» Hubo en las exequias una disputa entre algunos cortesanos por causa de preeminencia, en el patio del palacio de Madrid: abrióse una ventana, se asomó el rey y «con la entereza de ánimo que mantuvo siempre» (6), resolvió la cuestion designando á cada uno su sitio en el cortejo.

Ni ¿por qué habia de afligirse? «Su fin, escribia al marqués de Villafranca (7), fué tan cristiano y de tan católico príncipe que me ha sido de mucho consuelo.» Fuera de esto, declaraba al embajador de Venecia, creo que esto ha sido para mayor beneficio de mis Estados y para tranquilidad de mi espíritu (8).

Los contemporáneos no vacilaron en creer que un acontecimiento aceptado con tanta satisfaccion habia sido facilitado (9); pero algunos creyeron al mismo tiempo que una sentencia del Santo Oficio habia prescrito la muerte del príncipe. La supuesta intervencion del fiero tribunal fué poco á poco adornada de misteriosos detalles que han engañado á no pocos historiadores graves: citábanse los nombres de los jueces y hasta un cofrecillo verde que encerraba las piezas del proceso; enseñábase en la torre de Simancas sin que nadie se atreviera á tocarlo, y se aseguraba que tenia pena de la vida el archivero que llegara á abrirlo. La razon de Estado y tambien el terror del Santo Oficio lo preservaban. Estas consideraciones no eran de las que detenian la caballería ligera de Napoleon; y el general Kellermann, en cuanto hubo pasado al trote el puente levadizo de Simancas, pidió el cofrecillo verde tan guardado; hizo saltar la tapa y tuvo el despecho de encontrar solamente en él los legajos de un procedimiento contra un secretario del duque de Lerma, condenado en 1621, bajo el reinado de Felipe IV. Este secretario era Calderon, á quien nuestro Lesage puso tan graciosamente al lado de Gil Blas. Desenlace burlesco, que enlaza con una novela humorística una de las aventuras más trágicas de la historia.

(1) Forquevauls, Nobili, Cavalli, Man, Dietrichstein y el arzobispo de Rossano.
(2) *Doc. inéd.*, tom. XXVII, pág. 39.
(3) Gachard, *Don Cárlos y Felipe II.*
(4) El 24 de julio.
(5) Forquevauls, fol. 1399.
(6) Cabrera. «Compuesto desde una ventana...»
(7) *Doc. ined.* tom. XIII, pág. 394.
(8) Carta de Cavalli, del 15 agosto, publicada por Gachard. «Il re ha havuto a dire che lui vuol credere que questo sia stato per maggior beneficio delli suoi regni et per quiete del' animo suo.»
(9) Brantome, de Thou (lib. V. pág. 436), el príncipe de Orange (apología); Strada, (si modo vis abfuit) etc.

CAPITULO XII

EL ESCORIAL.—1563-1570

PROGRESO DE LAS ARTES EN ESPAÑA.—ÚLTIMAS PREÑECES Y MUERTE DE ISABEL.—RELACIONES CON FRANCIA

I.—Progreso de las artes en España

Felipe II comprendia vagamente los inconvenientes de su vida sedentaria, sobre todo, viendo que su villa de Madrid (1) lo rodeaba de una poblacion creciente siempre, como quiera que en pocos años llegó de doce mil habitantes á trescientos mil. Pero sus pabellones del Prado ó de Aranjuez no eran sino incómodos sitios (2), y se decidió á construir, no léjos de Madrid, un palacio que recordara la batalla de San Quintin, ganada el dia de San Lorenzo y que honrara el arte español. Con esta idea convocó arquitectos (3) y discutió largamente sus proyectos.

Las condiciones que imponia no permitian el empleo de las viejas fórmulas del arte: queria edificar á la vez un monumento triunfal, una régia residencia, un monasterio, un panteon. La primera piedra de esta solemne masa de edificios destinados á usos tan diversos, se puso el 23 de abril de 1563, y se emprendieron los trabajos por los planos de Juan Bautista de Toledo (4).

Habia entónces en España dos estilos de arquitectura bien distintos: el estilo de la escuela nacional, que dejó la Giralda en Sevilla, y en Flandes el pórtico de San Amadeo; y el estilo del renacimiento italiano y francés, del que pueden tomarse como ejemplos la incompleta columnata adosada á la Alhambra y en Besanzon el palacio de Granvela. Pero todos los artistas españoles reconocian la superioridad de Juan Bautista de Toledo, como arquitecto, escultor y matemático. Complacíase el rey en revisar sus planos y en visitar con él los trabajos, desenfadándose de la etiqueta en medio de sus picapedreros. Felipe II tuvo, al parecer, un gusto bastante seguro y amor á las obras de arte. Poseia en Madrid colecciones de «pinturas y mármoles que ha hecho poner en varias piezas que guarda bajo llave» (5). Y á pesar de los gastos del Escorial, no abandonaba ni mucho ménos los monumentos más antiguos, y dirigió reparaciones en la catedral de Toledo (6) y en la de Palencia que hizo exornar con vidrieras, estatuas, retablos y verjas de hierro forjado (7). Instaló religiosos en el Escorial tan luégo como pudo cubrirlos un techo provisional, reservándose el derecho de nombrar por sí mismo su prior (8). Confióles las reliquias de los Santos Justo y Pastor, y luégo al punto comenzaron los milagros. A las cuatro de la madrugada fué despertado el prior por dos jóvenes que le instaban á decir misa: dióse él prisa en correr al altar «porque el santo prior presintió que estos dos jóvenes no eran sino San Justo y San Pastor» (9). El papa Pio V y el rey Cárlos IX enviaron otras reliquias para completar la piadosa coleccion: Felipe recibió y clasificó, entre otros tesoros, un brazo de San Lorenzo, «una cabeza de Santa Undelina, reina que fué de Sicilia, y martirizada con las once mil vírgenes, y otra cabeza de una de las once mil vírgenes» (10).

Para que los misales y evangelios fueran bastante ricos para los religiosos de una residencia real, se sirvió Felipe II de Fray Andrés de Leon iluminador de S. M., «el cual es tan principal en el oficio de iluminar que en toda Eu-

(1) Se fijó en ella en junio de 1561.
(2) Es á lo menos la opinion del residente inglés, Ms. Rec. of. n.° 959, del 26 marzo 1562.
(3) *Ibid.* n.° 1018, del 17 abril 1562.
(4) *Doc. inéd.*, tom. VII, Memorias de Fray Juan de San Jerónimo
(5) Ms. Bibl. nac. franc. 3163, fol. 37, Saint Sulpice á Catalina.
(6) *Doc. inéd.* tom. LV, pág. 532.
(7) *Ibid.*, pág. 362.
(8) *Ibid.*, tom. VII, Memorias de Fray Juan.
(9) *Ibid.* pág. 54. Acaso esta intervencion de San Justo haya traido la confusion hecha por no pocos historiadores. Se suele llamar San Yuste en vez de Yuste, al monasterio en que murió Cárlos V, confundiendo los dos lugares de retiro. Sobre la necesidad de escribir Yuste y no San Justo, véase á Gachard, Mem. Acad. real Bélg. tom. XII, 1.° pág. 32.
(10) *Ibid.* pág. 59.

ropa no se hallará otro tal. El que en nuestros tiempos tiene principal fama en Roma es don Julio, del cual se aprovechó tanto el dicho Fray Andrés de Leon contrahaciendo sus imágenes, que vino á igualar con él. Ilumina los libros de coro y hace unas historias en el evangelistero rico, escripto de mano del Padre fray Martin de Palencia, de la órden de San Benito» (1).

A la vez que sostenia el arte de la miniatura que iba á desaparecer, no descuidaba Felipe la Escuela española de pintura.

Los pintores de retratos eran Antonio Moro y Alonso Sanchez Coello. El primero, á quien se debe el admirable retrato de María Tudor, debe restituirse á la escuela flamenca, habiendo sido enviado al rey por el cardenal Granvela, que igualmente protegia á Coello (2).

Coello, que era acaso cuñado del secretario de Estado Antonio Perez, fué el que recibió más encargos para la decoracion del Escorial. A fines de 1571 habia acabado los retratos de Cárlos V, de Felipe II, de Don Cárlos, de Don Juan de Austria; los del duque de Alba, de Don García de Toledo y del comendador mayor de Castilla; los de los ministros Espinosa, Ruy Gomez, y Mateo Vazquez (3); continuó en los años siguientes esta gran galería de personajes del reinado hasta hacer cuarenta y cuatro retratos. No pudo, sin embargo, enriquecerse con este trabajo, como quiera que no recibia más que quince ducados por cada retrato tomado del natural y doce por las copias, y solicitó simultanear su cargo de pintor con las funciones igualmente pacíficas de conservador de las armas del rey (4); lo que no impidió que muriera pobre, y tan pobre, que sus hijas Doña María y Doña Antonia hubieron de solicitar socorros de los fondos de limosnas reales (5).

Las demás pinturas del Escorial se encargaron á los dos hermanos Carduchos, á quienes llamó de Florencia el rey, á otro florentino, llamado Patricio Caxes, y á los tres grupos de pintores españoles que formaban las escuelas de Valencia, Concentaina y Sevilla. El maestro comun era un discípulo del Ticiano, Vicente Juanes padre, más conocido por el nombre de Juan de Juanes, bien que se llamara en realidad Macip. Pertenecia á una antigua familia de Valencia y pintó el retablo de la iglesia de Bocairente. Murió en 1579, dejando por discípulos á su hijo que firmaba como él, *Vicente Juanes*, á Llorente de Bocairente y la mayoría de los pintores de Valencia y Concentaina. Pueden citarse de la escuela de Valencia á los pintores Armengual, Corseto, Carbonell, Cerdá y el escultor Esteve; de la escuela de Concentaina los pintores Borrás, Domenech, Espinosa y el escultor Cambra (6). Estas dos escuelas se fusionaban en el estudio de Ribalta (7), que pintó para Felipe II el *Extasis de San Francisco*, y contó entre sus principales discípulos, en el reinado siguiente, á su hijo, Juan Ribalta (8), y á Ribera (9).

La escuela de Sevilla, la de los grandes maestros españoles, comienza bajo el reinado de Felipe II. Juan de las Roelas (10) pinta para el rey su *Moisés hiriendo la roca* y su *Muerte de San Isidoro;* Fernandez Navarrete (11), llamado el Mudo, le da la *Flagelacion* del Museo de Madrid, y la *Natividad* del Escorial; y Morales (12) la *Circuncision* y el *Ecce-homo;* miéntras Luis Fernandez forma en Sevilla discípulos que se llaman Herrera el Viejo (13) y Pacheco (14) el maestro de Velazquez (15). Velazquez pertenece á los reinados siguientes lo mismo que Zurbarán (16), Alonso Cano (17) y Murillo (18); pero la escuela de Madrid y aquella maravillosa eflorescencia de grandes pintores se deben á la iniciativa de Felipe II, á sus encargos hechos con gusto, á sus adquisiciones de cuadros extranjeros de que gustaba rodearse.

Hacia rebuscar en Italia y en los Países-Bajos los objetos de arte que podian enriquecer sus colecciones; pero se veia obligado, por la penuria de sus arcas, á emplear para el pago manejos no siempre loables.

Habiendo sabido que un convento de Sicilia poseia uno de los más bellos cuadros de Rafael, el que figura hoy en el Museo de Madrid, lo hizo sustraer. Este cuadro se llama aún el *Pasmo de Sicilia*. Era tan famoso y atraia tantos

(1) *Doc. inéd.*, tom. VII, *Mem. de Fray Juan.*
(2) *Ibid.*, tom. LV, pág. 450.
(3) *Ibid.*, pág. 445.
(4) La armería real de Madrid conserva diez armaduras de Felipe II; una de ellas pesa 69 kilógramos.
(5) *Ibid.*, tom. LV, pág. 453. Fué en 1628. Acaso esta familia fuera arrastrada en la desgracia de Antonio Perez.
(6) Véase sobre el detalle de sus obras las piezas publicadas *Doc. inéd.*, tom. LV, pág. 209.
(7) Nació en Valencia en 1551.
(8) Nació en Valencia en 1579.
(9) Nació en 1588.
(10) Nació en Sevilla en 1558. Le ayudó su hermano Pablo, que nació en Sevilla tambien en 1560.
(11) Nació en Logroño en 1520.
(12) Nació en 1509, murió en 1586.
(13) Nació en Sevilla en 1576.
(14) Nació en Sevilla en 1571.
(15) Nació en Sevilla en 1599.
(16) Nació en 1598.
(17) Nació en Granada en 1601.
(18) Nació en 1618.

peregrinos al convento, que los religiosos tomaron su nombre y se llamaban *Frailes de Santa María del Spasmo de Palermo* (1). Fueron indemnizados, sin gravámen para el fisco, recibiendo cuatro mil ducados sobre las rentas de la inmediata Abadía de Maxione; la Abadía que habia favorecido la sustraccion recibió además la promesa de quinientos ducados de pension sobre el primer beneficio vacante.

Las mismas habilidades empleaba para procurarse á buena cuenta libros preciosos. El sabio Arias Montano, á quien Felipe habia encargado los rebuscara en los Países Bajos, gustaba de referirle estos graciosos pasos: «Un mercader griego pasaba por aquí con unos libros que llevaba á la reina de Inglaterra con esperanza de tornar con gran premio, y sucedióle que los soldados enemigos lo despojaron

Cámara de Felipe II en el Escorial

en el camino, y llegó aquí con sus libros y sin una blanca; yo le hice llamar y dije que me los vendiese á mí, que son cuarenta libros entre originales antiguos y copiados, buenos; y ansí él fué forzado á tratar conmigo porque no tenia un real ni hallaba modo de habello. Pidióme cuatrocientos escudos: me los dió por ciento y quince. Yo creo que él no hizo en su vida más mal empleo ni yo mejor» (2). Habiéndole tomado gusto á la proeza, Arias Montano imaginó otro procedimiento, y fué «enviar disimuladamente á los libreros comarcanos de los monasterios para que comprasen todo lo que pudiesen de libros originales en pergamino; y ansí me han traido buena suma dellos en tan buen precio que si yo comprara tres dellos de las mismas abadías me costaran más» (3). Felipe tuvo así los manuscritos de Froissart y Monstrelet.

Tuvo el mérito de saber animar al mismo tiempo el arte de la imprenta, y empleó al mismo Arias Montano para vigilar en casa del célebre Plantin de Amberes la publicacion á su costa de una Biblia «con las mejores formas de letra que se pudiesen haber y el mejor papel que se pudiese hallar» (4).

Para completar la apreciacion de las aptitudes artísticas de Felipe II puede añadirse que gustaba de oir las composiciones de música religiosa debidas á su organista Antonio Cabezon. Estas composiciones se ejecutan todavía en las catedrales de Toledo y de Leon.

II.—Ultimas preñeces y muerte de Isabel

Felipe II sólo dejaba á la reina para ir á vigilar las obras del Escorial ó participar de las austeridades del retiro con la comunidad que

(1) *Doc. inéd.* tom. LV, pág. 344 á 355.
(2) *Ibid.*, tom. XLI, pág. 137, Arias Montano al rey, 9 nov. 1568.
(3) *Ibid.* pág. 176.
(4) *Doc. inéd.* tom. XLI, pág. 131.

allí habia instalado. Terminados sus ejercicios religiosos de Navidad y de vuelta en Madrid el 9 de enero de 1566, supo que su esposa estaba en cinta (1). El 9 de octubre siguiente dió á luz á su segunda hija la infanta Catalina (2) y al parecer recobró pronto la salud. Sin embargo, desde aquella época cae en un estado de abatimiento cuyos síntomas son frecuentes síncopes y desórdenes particulares que hacen suponer un nuevo embarazo. Los informes íntimos durante los últimos meses de su vida, no permiten ninguna duda sobre las circunstancias de la muerte: sólo ellos pueden justificar á Felipe II de la acusacion hecha contra él por su secretario de Estado y cómplice en algunos asesinatos, Antonio Perez.

Segun la acusacion de éste, Felipe II habia hecho traer veneno á la reina y como ella vacilara en tomarlo, él mismo tomó el vaso y se lo hizo tragar, habiendo abortado á las cuatro horas un niño «que tenia el cráneo de la cabeza abrasado y murió poco despues.» Desde luégo cundieron estos rumores, y hasta llegaron á oidos de Cárlos IX, el cual fingia á veces creerlos. Para rechazarlos sin vacilacion no hay sino acercarse á la cama de la enferma y escuchar los pormenores dados por los que la observaron: así lo exige la justicia histórica.

Un mes despues del parto se la supone en cinta otra vez, á contar del «10 ó 12 de noviembre:» se le hinchan los brazos, y el 19 de enero siguiente (3), el mismo dia del encierro de Don Cárlos, declara que el feto «no ha cesado de dar saltos y removerse en su seno.» El fiel Fourquevauls es quien da estos informes á Catalina de Médicis (4); pero anuncia muy luégo que se han engañado; la reina no está en cinta, ha tenido el 18 de junio un desvanecimiento que le duró una hora larga (5), seguido el deliquio de otros muchos, «los cuales vienen con una tristeza que la obliga á llorar sin saber por qué» (6). Vuélvese á creer en un embarazo cuyo principio de cuenta se fija exactamente en el 6 de mayo. El pulso se detenia con frecuencia, se hacia anhelosa la respiracion; ó la cabeza se entumecia (7). Tenia fuertes dolores de riñones, la orina cargada de arenas, vómitos, cámaras amarillas y negras, fiebre continua, síncopes que solian durar hasta hora y media (8). Su madre suplicaba de nuevo que se la dejara andar al aire libre (9); pero cuando llegó de Francia esta carta, la jóven reina habia ya muerto. La última crísis habia determinado un aborto el 2 de octubre, y dos horas despues

Isabel de Valois, tercera mujer de Felipe II
(De una miniatura de Felipe de Liaño)

«abrió sus claros y lucientes ojos, y me pareció que me encomendaban algo aún, porque estaban convertidos á mí,» dice el embajador de Francia.

Moria con los ojos fijos en Francia, despues de un año de agonía. Sus médicos (10) «le habian aplicado en abundancia diversos remedios dañosos.» Los verdaderos asesinos de la reina, despues de la etiqueta, fueron los médicos. El embajador Nobili escribia á Cosme de Médicis: «Me parece oportuno haceros saber cómo los médicos han asesinado propiamente á la reina aplicándole multitud de ventosas á la cabeza y sacándole sangre de los piés» (11). Esta fatigosa

(1) Fourquevauls, fol. 1000.
(2) Ms. Rec. of. n.º 1816. Man to Cecil, 11 oct. 1567.
(3) En 1568. En la correspondencia de Fourquevauls se suprimen las confidencias demasiado íntimas.
(4) Fourquevauls, fols. 1176 á 1177.
(5) *Ibid.* fol. 1386.
(6) *Ibid.* fol. 1396.
(7) Los informes que da el ministro Zayas al duque de Alba están conformes con los de Fourquevauls. *Doc. inéd.* tomo LI, pág. 133, carta del 3 de octubre de 1568. «Le venian unos desmayos temerosos tales que unas veces le faltaban los pulsos, otras la acudia una dificultad de resuello hasta venir en peligro de ahogarse, otras unos entumecimientos en la cabeza... Salian en la urina muchas arenas rojas... con algunas cámaras leonadas y negras...»
(8) Fourquevauls, fol. 1452.
(9) Ms. Arch. nac. K. 1510, del 18 oct. 1568.
(10) Ms. Bibl. nac. 10752, fol. 770.
(11) Carta del 8 de oct. 1568, publicada por Gachard. «Mi pare

insistencia sobre la extraordinaria incapacidad de los médicos españoles no deja de ser útil, viniendo á probar que el progreso de las ciencias era imposible bajo la autoridad de Felipe II: la ciencia era un enemigo, el sabio un sospechoso. Los jóvenes que acudian á oir á los maestros extranjeros á la escuela de Montpeller dejaban de ser los dóciles discípulos de la rutina; ensanchando sus ideas se hacian peligrosos. Peligrosos; así lo escribe al rey el embajador de España en Francia. Bien cierto, dice, esos jóvenes médicos han vivido en Montpeller como hombres de bien; pero el asunto es de los más peligrosos.—Y el virey de Cataluña recibió órden de hacerlos volver luégo al punto á la casa paterna (1). El aragonés Miguel Servet, el que descubrió la circulacion de la sangre, tiene que huir de España y andar errante por Padua, Lyon y París. El mismo Vesale no está á salvo de sospechas ni á buen recaudo de seguridad, con ser el médico de Felipe II, y es condenado á expiar su ciencia, teniendo que ir á Tierra Santa en peregrinacion de penitencia. No llegó allá, sin embargo, pues hubo de perecer en un naufragio. Así, cuando el pueblo decia en sus refranes,—«Médicos de Valencia, luengas haldas y poca sciencia,»—no inculpaba el genio español, sino el régimen de Felipe II. El rey permite la poesía, la pintura, la música; la ciencia no: esto estaba prohibido y aun excomulgado.

Sufriendo en la muerte de los séres que podia amar las consecuencias de su sistema, Felipe II no parecia sensible á los pesares profundos: así, al dia siguiente de la muerte de Isabel escribia al duque de Alba con toda esta frialdad (2): «Habiendo abortado una niña de cuatro ó cinco meses, hora y media ántes que fallesciese, que rescibió agua del Sancto Baptismo, y se fué al cielo juntamente con su madre.» Nosotros no podemos separarnos con tanta calma de aquella delicada hija de los Valois, alejada de las fiestas de la infancia y encerrada entre los muros del viejo palacio de Madrid. Una especie de fatalidad pesa sobre todas las princesas de Francia, casadas con reyes españoles, así como aquella otra Isabel, hija de Enrique IV, muerta ántes de los treinta años, despues de haber sufrido con tanta paciencia los desórdenes de su marido (3), la desdichada hija de Enriqueta de Inglaterra, María Luisa de Orleans, destinada tambien á muerte prematura: su linda boca no tuvo permiso para reir, ni sus lindos piés para posarse en tierra. «¡Buena cosa es reir en España!» solian decir los franceses que la acompañaban en sus carrozas siempre cerradas con cortinas de cuero: ni reir, ni pasear, ni departir... ¡Qué aburrimiento! (4).

III.—Relaciones con Francia

Las francesas de Isabel de Valois se dispersaron á la muerte de su señora: unas volvieron á Francia (5); otras permanecieron en España al servicio de las dos infantas (6) y á las órdenes de la duquesa de Alba, que fué investida de una autoridad casi absoluta sobre las damas de palacio, «y todas comian á su mesa como monjas con su superiora» (7).

Catalina de Médicis no se deja abatir por el pesar y se da una prisa que denota muy poco sentimiento en querer reanudar vínculos con Felipe. Propone al recien viudo su otra hija Margarita, lo que prueba á lo ménos que no daba ningun crédito á los rumores de envenenamiento de la mayor. «Me parece, le dice (8), que las cosas se encaminan de buena manera, despues de tan sensible desgracia: yo os ruego que empleeis los mejores medios en esto y tan hábilmente que no se conozca que nada viene por nuestra recomendacion, como quiera que las mujeres han de ser pedidas por los hombres y no irse á ofrecer ellas.» Se trata pues simplemente de «negociar esto bajo mano con servidores como el cardenal ó confesor;» y promete cumplir las promesas que para seducirlos se hicieron en su nombre. «Tirad de largo, porque he oido decir que toman de buena voluntad.»

A fin de granjearse las buenas disposiciones del rey mismo, afirma que envia al mariscal de Cossé con tres mil hombres para secundar al duque de Alba en los Países Bajos (9), promesa que se guarda bien de cumplir.

Pero habia un serio obstáculo para el casa-

proposito che V. E. sappia come li medici espressamente hanno amazzata la regina, avendole dato la matina medesima e appicato infinite coppette per la vista, e cavato sangue per li piedi.»

(1) Ms. Arch. nac. K. 1502, pieza 67, del 18 diciemb. 1564 con nota del rey.

(2) *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 132, el rey al duque de Alba, 3 de oct. 1568.

(3) Montpensier, *Memorias*, tomo III, pág. 480. «Murió de una enfermedad de que no mueren las mujeres cuyos maridos son prudentes.» (Goulas, *Memorias*, tom. II, pág. 57.)

(4) Cartas de Mad. de Villars á Mad. de Coulanges.

(5) Especialmente Mlles. d'Arne, de Riberac y de Saint-Leger *con sus dos criadas* (Fourquevauls, Ms. 10752, fol. 313).

(6) Entre otras la fiel confidenta Claudia de Vavygne. Ms. Arch. nac. K.1529, pieza 10.

(7) Fourquevauls, Ms. 10752, fol. 56.

(8) Ms. Bibl. nac. 10752, fol. 99, Catalina á Fourquevauls, 23 de nov. 1568.

(9) *Ibid.* fol. 48.

miento de Felipe II con Margarita de Valois. Existia una intriga muy poco conocida entre esta princesa y el duque de Guisa, que era ya el ídolo de los católicos de Francia y esperaba afianzar sus derechos á la corona casándose con una hija de Enrique II. Los episodios de esta especie de novela eran harto conocidos para que la corte de España los ignorara, cuanto más que el cardenal de Lorena esperaba hacer necesario el matrimonio divulgando las imprudencias de Margarita. «Mr. de Forquevauls, escribe Catalina (1), os escribo esta carta particular para advertiros de una conversacion que he tenido con mi primo el cardenal de Lorena, habiendo ido á verlo hoy á su casa porque está malo hace quince dias; cuya conversacion fué traida por él hablando de cierta especie que ha corrido entre muchas personas hace algun tiempo, del matrimonio presunto de mi hija con el duque de Guisa. Ya podeis pensar cuán de mi agrado son tales discursos sobre este punto y el placer que tengo de que se me obligue á entrar en ellos. Con todo eso, habiéndome obligado á hablar lo que me decia el dicho cardenal, he tenido á bien hacerle saber lo que tenia en el corazon y las causas que tenia para sentir que semejante rumor hubiera llegado tan léjos como á España por conocer el daño que esto haria á mi hija.»

El escándalo habia sido demasiado público para que fuera posible una demanda de matrimonio por parte de Felipe II: fuera de esto acababan de nacer nuevas dificultades con Francia. Unos navegantes resueltos á vengar á Juan Ribaut y sus compañeros, exterminados en la Florida, habian ido á atacar los establecimientos españoles y hubieron de arrasar los fuertes de la Florida exterminando á su vez á todos los españoles que allí encontraron (2). Catalina habia acudido tambien al rey Sebastian de Portugal proponiendo á su hija Margarita; pero este príncipe criado á la portuguesa, es decir, soberbio y vano, se parece mucho al príncipe de España, falto de seso, raro, variable, y muy obstinado en sus opiniones. Sobre esto tenia horror á las mujeres y parecia igualmente impropio para el matrimonio (3).

Por otro lado Felipe II tenia motivos sérios para querer conservar la alianza francesa. Nuestra segunda guerra civil estaba terminada (4), miéntras España tenia en frente la rebelion de los Países Bajos y la de los moriscos de Andalucía (5). El menor esfuerzo por nuestra parte podia en tales momentos darnos la preponderancia en Europa: este deber nos estaba indicado por los mismos recelos de Felipe. Temen, escribia Fourquevauls (6),que al fin se hará una gran masa de unos y otros para asaltar alguno de los Estados de este reino.—Impeler hácia los Países Bajos á los valientes de todos los ejércitos, reconciliar á los católicos y á los hugonotes en detrimento de los enemigos de nuestra unidad nacional, asegurar la independencia de los Países Bajos era tanto más fácil cuanto que Felipe se doblegaba bajo el peso de las dificultades acumuladas por sí mismo, y el emperador hacia amago de pronunciarse en favor de los flamencos.

El emperador habia enviado á Madrid á su hijo el archiduque Cárlos (7), para ofrecer su mediacion entre España y los descontentos de los Países Bajos: la situacion era crítica, y Felipe II la dominó volviendo á los proyectos de casamiento que hacia cerca de diez años ocupaban á los embajadores y entretenian á los cortesanos. Con esto atrajo simultáneamente á sus intereses al emperador y á Catalina por una doble union de las dos hijas del emperador, la mayor, Ana, consigo mismo, la segunda, Isabel, con Cárlos IX: venia á ser una especie de liga de las tres monarquías católicas.

Menester era que la necesidad de asegurarse en el Norte la neutralidad de Maximiliano pareciera muy urgente á Felipe II para que consintiera en dejarlo ligarse con la corte de Francia, y para que al mismo tiempo contratara el cuarto matrimonio con una princesa que de tiempo atrás se habia prometido á su hijo y que tenia veintitres años ménos que él. Su salud no compensaba esta diferencia de edad: los ataques de gota se hacian más frecuentes; además en el mismo mes en que esperaba la llegada de la nueva reina (8), pasando por una ciudad llamada Almagro, hubieron de aconsejarle sus médicos que bebiera agua de una fuente acre que, segun dicen, tiene la virtud de curar muchos achaques: bebió en efecto de la dichosa agua y le dió luégo al punto un flujo de vientre que le ha durado siempre despues, de tal manera, que se halla muy demacrado.

(1) Ms. Bibl. nac. 10752, Catalina á Fourquevauls, 10 agosto de 1570, fol. 761.
(2) Fourquevauls, Ms. 10751, fol. 1376.
(3) Véanse los detalles íntimos que refiere Fourquevauls, Ms. n.° 10752, fol. 439
(4) Marzo de 1568.
(5) Que comienza en diciembre de 1568.
(6) Fourquevauls, Ms. 10751, folios 1244 y 1340 á 1357.
(7) De diciembre de 1568 á marzo de 1569.
(8) Fourquevauls, Ms. 10752, fol. 708.

CAPITULO XIII

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA EL ISLAMISMO.—SUBLEVACION DE LOS MORISCOS

1568-1570

ODIOS NACIONALES ENTRE LOS ESPAÑOLES Y LOS MORISCOS.—EXPEDICION DEL MARQUES DE MONDÉJAR.—DON JUAN DE AUSTRIA.—CAMPAÑA DE DON JUAN DE AUSTRIA

I.—Odios nacionales entre los españoles y los moriscos

Entre todos los pueblos musulmanes el grupo de los moros, casi exterminado hoy, es el único que haya alcanzado un alto grado de civilizacion. Los reinos fundados por él casi igualaban en prosperidad en el siglo XIII á las repúblicas italianas. De aquí resultaba la anomalía de que en el mismo suelo, la raza superior, la de los españoles, permanecia belicosa, ignorante y frugal, miéntras la raza inferior conocia los refinamientos del lujo y los delicados goces de la vida culta. Despreciábanse mutuamente; pero si los españoles no supieron comprender ni las maravillas de la mezquita de Córdoba ni los beneficios de la irrigacion; si dejaron que se arruinaran los monumentos y los canales, no pudieron evitar que entraran en su lengua todas las palabras del idioma de los moros que expresaban lo que faltaba á los vencedores, el trabajo industrial y el encanto de la vida de familia. Las palabras almacen, algodon, azogue, alfolí, alcántara, aldabon; los nombres de minerales y de árboles provienen de los moros (1); la influencia de la mujer en la familia, de la mujer ocupada en el adorno y el bienestar, rodeada de muebles y labores, fué por mucho tiempo el privilegio de los moros, que la hicieron conocer á las mujeres españolas y enseñaron las expresiones de alquinal, albanega, albenda, almilla, alforza, alamar, alfiler, albayalde, alheña, almizcle, almohada, almadraque, alcoba, alfombra, almorrefa, alhaja, alcuza, y muchas otras más.

La conquista arruinó á muchas familias ricas y entregó los muebles al pillaje; pero los moros reconstituyeron rápidamente por medio de los trabajos agrícolas su bienestar interior. Dióse fecundidad á las mismas piedras, decian los españoles desdeñosos de la agricultura (2). Los despojos de esta civilizacion ofrecian bastante opulencia aún para excitar la envidia y el temor; y hasta hubieran bastado para sublevar el horror de los cristianos de España contra aquella gente aficionada al adorno, á los alegres festejos, á la limpieza, al lujo, si la Inquisicion no hubiera visto en sus mismos hábitos una especie de reto á la disciplina eclesiástica. «Los moriscos se encerraban para trabajar los domingos y dias de fiesta. Las novias á quienes los curas obligaban á vestir trajes cristianos si querian recibir las bendiciones de la iglesia, se desnudaban en llegando á sus casas, y vistiéndose como moras, celebraban sus bodas á la morisca con instrumentos y manjares de moros. Si algunos aprendian las oraciones, era porque no les consentian que se casasen hasta que las supiesen» (3). Hacian sus sepulcros á campo raso en medio de sus propiedades (4). Pero lo que más excitaba la indignacion contra ellos era su limpieza: tal era la repugnancia que tenian los españoles á los baños calientes, que hasta en nuestros dias, en las mayores ciudades de España, difícilmente los encuentra el extranjero (5): acaso creian sus teólogos que es mal pecado tener tanto cuidado del cuerpo (6); y era como una prueba de acendrada fe rechazar todo lo que podria recordar las abluciones musulmanas.

Acusaba tambien el pueblo á los moriscos de

(1) Cervantes, *Don Quijote*, cap. LVII. «Y este nombre es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en al.» Véase tambien Real Acad. Madrid, tom. IV, el diccionario de las palabras procedentes del árabe.

(2) «Hacen fecundas las piedras.» Calderon, *Amar despues de la muerte*, jornada II.

(3) Luis del Mármol Carvajal, *Historia de la rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada*, pág. 157.

(4) Cervantes, *Don Quijote*, cap. XII, historia de Marcela.

(5) He observado el hecho en Granada y en Córdoba.

(6) Los puritanos de Inglaterra tenian la misma aprension en el siglo siguiente, y se escandalizaban de los baños que tomaba en el Támesis, durante su destierro en Lóndres, la bella duquesa de Chevreuse. (Conde de Baillon, *Enriqueta María de Francia*, pág. 83.)

favorecer las incursiones de los corsarios berberiscos y de darles las indicaciones que facilitaban las presas de cautivos en las costas de España (1); de regocijarse de los triunfos de las flotas turcas, y de alentar la esperanza de la independencia, hasta el punto de haber estado dispuestos, durante el sitio de Malta, «para hacer rebelion y apoderarse de Granada con el favor de la armada turca victoriosa,» dice Forquevauls. Y añade: «Los corsarios de Berbería bajaron, no hace seis semanas, por el país de Granada y saquearon una tierra del duque de Sesa, la cual tierra está á seis leguas de la mar, lo que no hubieran hecho sin estar en inteligencia con los moriscos del país» (2).

Así, todos los especiosos argumentos que arraigan las preocupaciones y justifican los artificios de la razon de Estado se ponen al servicio de los odios nacionales. Los vencidos, hay que reconocerlo, eran causa de debilidad y de peligro para España: se inmovilizaban sobre las ruinas de su antiguo esplendor; se mantenian como una nacion aparte; un pueblo tendrá siempre quejas de los que se aprovechan de sus leyes sin fundirse en su unidad. La misma repulsion se observa hoy aún contra los judíos entre los cristianos del Danubio, contra los chinos entre los americanos del Oeste. La identidad de sentimientos es tal que se podrian aplicar á estos judíos y chinos las palabras de Cervantes (3), que decia de los moriscos de su tiempo: «Todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado y para conseguirlo trabajan y no comen: en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan á cárcel perpétua y á oscuridad eterna; de modo que ganando siempre y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España... considérese que ellos son muchos y que cada dia ganan y esconden poco ó mucho; entre ellos no hay castidad ni entran en religion ellos ni ellas; todos se casan, todos multiplican... no los consume la guerra ni ejercicio que demasiadamente los trabaje; róbannos á pié quedo y con los frutos de nuestras heredades que nos revenden se hacen ricos; no tienen criados porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la de robarnos.»

Apénas nombrado Inquisidor general el cardenal Espinosa, «comenzó á estrechar de cerca á los moriscos más que ántes» (4), y los señaló á los rigores de Felipe II. Si sólo habia que tomar medidas para satisfacer las preocupaciones populares y el celo del Santo Oficio, no lo podemos apreciar bien hoy: ello es lo cierto, sin embargo, que el duque de Alba, poco clemente en general para con los que permanecian fuera del órden establecido, se opuso á todo nuevo reglamento para los moriscos (5), porque juzgaba inoportuno el momento para una provocacion; cierto es igualmente que Felipe II se resistió mucho tiempo á las apasionadas instigaciones del clero. «De los enemigos, los ménos,» le decia Espinosa. Fué preciso alarmar su conciencia con verdaderas amenazas (6) para arrastrarlo á tentar la trasformacion de un pueblo en el momento en que la partida de sus tercios á Flandes lo dejaba desarmado contra los peligros de un levantamiento.

A mediados de noviembre de 1566, se dejó imponer Felipe por el inquisidor Espinosa y su agente Don Pedro Deza las *pracmáticas* contra los moriscos: á contar del 1.º de enero siguiente, los moriscos no podian poseer armas, esclavos, trajes á su estilo, ni cerraduras en sus puertas; debian proveerse sin demora de vestidos de cristianos, abandonar el *habarah* y el *feredje* con que las mujeres se cubrian la cara y los hombros, usando en su lugar toca y corpiños; tenian que permitir á los extraños que entraran en sus propias casas; habian de olvidar su lengua y aprender el castellano en un plazo de tres años y abstenerse de los baños calientes so pena de diez años de galeras (7). ¡Hasta sus nombres propios tenian que abandonar!

Puesto caso que queria una revolucion, habria podido el rey, á lo ménos, preparar tropas para asegurar el éxito; pero no añadió ni un soldado á los presidios ni hizo ocupar un solo puesto fortificado (8). Creia que la Providencia favoreceria sus medidas, lisonjeándose de servir sus altos designios y confió los pormenores á un eclesiástico.

(1) Marmol. «Acogian á los turcos y moros berberiscos para que captivasen á los cristianos.»

(2) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10751, fol. 40, Fourquevauls al rey, 5 nov. 1565.

(3) El *perro Berganza*.

(4) Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*.

(5) Cabrera, lib. VII, cap. XXI.

(6) «Le encargan la conciencia sobre ello.» Los testigos sobre esta intervencion del clero están unánimes, y se citan en la introduccion de la preciosa publicacion de Alfredo Morel-Fatio, *España en los siglos* XVI *y* XVII. Heilbronn, 1878, pág. 4 á 6.

(7) Herrera, I, 337. «Afligidos con la prohibicion de que las mujeres no pudiesen cubrir sus rostros ni usar de los baños.» Marmol. — «Mandaron que en ningun tiempo usassen de los baños artificiales, ni se bañassen en sus casas.» Mendoza. «Vedaron el uso de los baños que era su limpieza.»

(8) Mendoza. «Sin guardia ni provision de gente, sin reforzar presidios viejos, ó formar otros nuevos.»

Nadie podia ser más torpemente elegido que Deza, oidor de la Inquisicion, designado por el rey para dirigir, como presidente de la chancillería de Granada, la reforma de la vida íntima de los moriscos. Con un espíritu estrecho y envidioso, quiso Deza tener exclusivamente el mérito de la obra, apartó la autoridad militar y creyó que la violencia estaria bastante bien servida por una policía de agentes subalternos, alguaciles, escribanos de audiencia, gente dada á usurpar funciones para las cuales no son ellos propios y sobre todo las de lo militar (1); y que se daban buena maña en llevar á sus mujeres las gallinas, la miel, la fruta y el dinero que quitaban á los moriscos (2).

Contra esta combinacion de reglamentos crueles y mezquinas vejaciones, emplearon los moriscos el primer año sólo súplicas, y pudieron interesar en su suerte, no sólo al duque de Alba, sino tambien al marqués de Mondejar, capitan general de Granada. Felipe II y el cardenal Espinosa juzgaban que habian llevado á cabo una loable y noble accion: y con esa fatuidad de los oficinistas que permanecen inflexibles porque se creen en lo cierto, prestaron desdeñoso oído á las quejas de los condenados y á las reclamaciones de los hombres de guerra; miraron con lástima á los que no comprendian el mérito de la empresa y todavía forzaron la ejecucion: ni se dignaron siquiera informarse de si detrás de esta resistencia pacífica se ocultaban preparativos de lucha.

En esta orgullosa seguridad se pasaron dos años sin que la chancillería española, acostumbrada á proceder con lentitud, se inquietara por la tardanza y sin que Deza condenara la tolerancia venal de sus subordinados. Durante estos dos años hicieron los moriscos sus preparativos de alzamiento y eligieron sus jefes.

En la villa de Válor, en las crestas de las Alpujarras, vivian dos hermanos que pretendian descender de Fátima, hija de Mahoma: uno de ellos fué encerrado en las prisiones de Granada; su hijo Aben-Humeya hubo de matar á muchos alguaciles que querian echarle mano, y por este acto de audacia fué designado por jefe de la nueva dinastía de los reyes moros. Consultaron profecías é hicieron observaciones astrológicas; vistieron de púrpura al mozo y le hicieron jurar, con la cabeza vuelta al Oriente, morir por la fe musulmana: despues de esto, besaron el suelo donde habia puesto los piés y lo proclamaron rey de Granada y Córdoba con el nombre de Mohamed-Aben-Humeya. El nuevo soberano dividió el mando de las tropas entre su tio Aben-Jauhar, y un jefe de proscritos, llamado Aben-Farax; hizo preparar en la montaña depósitos de armas y víveres, y fijó la fecha del levantamiento para la noche de Navidad de 1568.

Tenia Aben-Humeya veintidos años de edad, poca barba, tez oscura, ojos negros y grandes, cejas corridas; y era bastante inteligente para no comprender que sus jardineros y pastores no podrian sostener mucho tiempo la guerra con los ejércitos de España; por lo cual se dió buena prisa en pedir socorros á Uluch-Alí, jefe de los corsarios de Argel, y al sultan, por medio de un renegado calabrés, á quien envió á Constantinopla.

Jamás se habia ofrecido á los turcos ocasion más favorable para extender su dominacion. Granada y Córdoba valian más que Malta ó Chipre: hubieran sido menester todas las fuerzas de la Europa cristiana para expulsar á un ejército genízaro establecido en Andalucía. Pero los turcos tienen sistemas de raciocinio y categorías de ideas que no tienen nada de comun con los nuestros: no entienden nuestra lógica y subordinan á mezquinos incidentes las más vastas combinaciones. Acostumbrados á no ver ante sí en Oriente más que venecianos y genoveses, no comprendieron que España era un adversario por otro estilo temible; sólo atendieron á su desconfianza de los moriscos, «gente ruin y de poca palabra, y mal astuta en la guerra, sin experiencia alguna en las armas, (3)» despreciados casi al igual de los judíos, y prepararon una expedicion contra las posesiones venecianas, limitándose á enviar al nuevo rey de Granada sólo 1,200 hombres. Los corsarios de Africa ofrecieron venderle por su dinero armas y municiones.

Con esto, casi abandonado á sus propios recursos, espera Aben-Humeya que el éxito le procure aliados, y da la señal de la rebelion dos dias ántes del convenido matando á un capitan y cuarenta jinetes que estaban alojados en las casas de Cádiar. Muy luégo su lugarteniente, el tintorero Aben-Farax, que se suponia descendiente de los Abencerrajes, intenta un golpe de mano contra Granada. Al efecto, se introduce el dia siguiente de Navidad en el Albaicin, barrio moro de Granada, durante

(1) Mendoza.

(2) Marmol. La Memoria del marqués de Mondejar y las piezas anejas, publicadas por Morel-Fatio, están contestes con Marmol.

(3) Hita.

una tempestad de nieve y entre las sombras de la noche, llevando tan sólo ciento cincuenta jinetes.—Sois pocos y venís presto (1), le contestan los pacíficos habitantes, miéntras la guarnicion española se atrinchera en la Alhambra y en el barrio cristiano. El marqués de Mondejar tiene la audacia de penetrar en el Albaicin, permaneciendo en él todo el dia: aconseja á los mercaderes moriscos que confien en el rey, que desprecien á los campesinos y corredores de montañas que quieren su ruina, y los seduce ó los intimida y no vuelve á la Alhambra sino despues de haberse asegurado de su fidelidad.

Irritado Aben Farax de este fracaso, cae sobre el pueblo de Orjiva y sitia á los cristianos que se han refugiado en una torre en número de ciento sesenta; hace llevar barriles de aceite á la puerta, les pega fuego y mata al fin á los cristianos. Esta matanza es la señal de las más atroces violencias contra los españoles de la region: una raza ingeniosa y cruel hace expiar los ultrajes devorados desde hace tantos años. Llenan de pólvora la boca del cura de Mairena y le prenden fuego; entierran á su vicario hasta la cintura y hacen que sirva de blanco á los arqueros; otras víctimas son abandonadas á una muerte lenta, enterradas hasta los hombros: algunos cristianos son atados con cuerdas y entregados á las moriscas que los pinchan con sus agujas, agrandan sus heridas con cañas, los desuellan y despedazan poco á poco (2). A veces los atan á un árbol y los matan á pedradas y puñaladas, y se viola y tortura á sus propios ojos á sus mujeres y hermanas (3). Otros son desarticulados coyuntura á coyuntura, y miembro tras miembro. Una vieja de Urraca escoge tres mozas cristianas, las más hermosas del valle de Almería, y se divierte en desgarrarlas lentamente con las uñas, en aporrearlas y hacerlas morir bajo sus piés (4). A los que en su agonía invocan á la Madre de Dios, contestan: ¡Perro! Dios no tiene madre (5).

Los horrores son atajados presto por el jóven rey que hace desaparecer á Farax despues de la muerte de cerca de tres mil cristianos; pero no lo hace por compasion: una suerte más triste que la muerte les está reservada. Todos los cautivos son llevados á Sorbas para venderlos á los corsarios berberiscos; y se da un cristiano por una escopeta (6). Los judíos de Argel comprenden al punto las ventajas de este tráfico y lo organizan con su inteligencia mercantil. Llenan de armas, de municiones y víveres muchos barcos y los dirigen á Andalucía, volviendo á Argel con cargamento de esclavos. El sultan envia los mil doscientos hombres que ha prometido.

(1) Mendoza.
(2) Mendoza. «Entregáronlos á las mujeres que con agujas los matasen.»
(3) Marmol. «Traxeron allí dos hermanas doncellas que tenia y en su presencia las vituperaron y maltrataron.»
(4) Hita.
(5) Marmol, pág. 192.

II.—Expedicion del marqués de Mondejar

El honrado y bravo capitan general no habia estado ocioso, pero la insuficiencia de recursos militares de que disponia lo habia obligado á concentrar sus tropas entregando así el país á los rebeldes. A primeros de enero salió de Granada con poco más de dos mil hombres, animados tanto por el celo religioso como por el anhelo del botin. Los españoles «se referian entre sí el bienestar, la abundancia y opulencia de los enemigos (7);» no temian más que á las flechas emponzoñadas y se hacian indicar los remedios propios para heridas desconocidas en sus anteriores campañas: el eléboro negro y el acónito impregnaban, segun decian, las flechas; estos venenos helaban la sangre, anublaban los ojos, causaban náuseas, espumarajos en la boca y entorpecimiento. Se decia que se evitaba la muerte lavando la herida con jugo de membrillo ó de retama (8). En todo caso, el primer choque pareció decisivo: al salir de la Vega de Granada, en el desfiladero de Alfajarali, sólo perdieron los cristianos siete hombres, matando ellos seiscientos moriscos y persiguiendo á los fugitivos por la montaña hasta la villa de Poqueira, donde estaban las mujeres de los rebeldes de las Alpujarras. Del mismo empuje ocuparon este pueblo, donde pillaron gran cantidad de oro, vestidos y esclavos. Derramáronse luégo por los valles de la otra vertiente, llevándose de camino cuanto hallaban á mano. «Habia hombres que hasta los gatos traian, las calderas, cedazos, artesas, aspas, devanaderas, cencerros, asadores, y otras futezas semejantes; todo esto por no perder el uso de hurtar: no digo aquí señaladamente quién lo hacia, porque en comun todos eran ladrones, y yo el primero» (9). Despues de la ocupacion de algunos

(6) Hita.
(7) *Id.* «El regalo, la riqueza, la abundancia de cosas necesarias.»
(8) Mendoza.
(9) Marmol.

pueblos, los españoles, que se hallaban cercados por la nieve, faltos de víveres y cargados de botin, renunciaron á arrastrar nuevos esclavos, que no podian mantener, y mataron hasta un millar de sus moriscos, á pesar de las órdenes de Mondejar.

Acababan de libertar unas ochocientas cristianas de la venta para Argel: el marqués las hizo acompañar por una escolta hasta Granada. Grandísima indignacion causó entre los cristianos esta lastimosa vista. Habia entre las mujeres «dueñas, damas nobles, apuestas y hermosas doncellas, criadas con mucho regalo, que iban desnudas y descalzas y tan maltratadas del trabajo del captiverio y del camino, que quebraban los corazones» (1).

El feroz Deza explotó con alegría esta indignacion, é hizo desollar vivo al jefe morisco El-Zamar, que Mondejar enviaba preso á Granada; luégo, sangriento y palpitante, lo hizo exponer al sol. Envidioso de la autoridad que se granjeaba el capitan general, confió Deza un mando al marqués de los Velez y dirigió todos los refuerzos hácia este segundo ejército.

El marqués de los Velez se puso en marcha en la primavera con sus vasallos, voluntarios y jóvenes soldados reclutados en el populacho de las ciudades: era una turba ávida de pillaje, y en una montaña hubo de sorprender hasta unas diez mil mujeres que se habian retirado con sus hijos huyendo del ejército de Mondejar. «Estaban, dice uno de los soldados de esta expedicion (2), puestas á la orilla de un tajo de peñas muy altas que miraba al mar, se abrazaban unas con otras y se derrumbaban abaxo; otras haciendo cruces con palitos é hincadas de rodillas decian: yo cristiana; pero el diabólico escuadron las hacian pedazos ó las echaban por las peñas abaxo, sin exceptuar á los gatos y perros. En ménos de dos horas fueron muertas más de seis mil personas, y de niños, desde uno hasta diez años, habia más de dos mil degollados... Yo ví por mis ojos la cosa más atroz que jamás habian visto las gentes: una morisca, cubierta de heridas y rodeada de cinco de sus hijos muertos á vista de sus ojos, por favorecer al sexto, niño de pecho que llevaba en los brazos, se puso boca abaxo y en esta postura la mataron, tirándole tambien algunos golpes al infante, aunque sin alcanzarle, mas como estaba bañado en la sangre de su madre lo creyeron muerto. La mora, revolcándose con las ansias de la muerte, se quedó boca arriba... y el niño arrastrando como pudo, se llegó á ella y movido del deseo de mamar se asió de los pechos de la madre sacando leche mezclada con sangre... Yo tomé el niño en los brazos y le llevé á lugar seguro y le entregué á otras moriscas que habian sido presas como esclavas. No sé si el salvar á esta criatura fué por su buena ó mala fortuna.» Mondejar hizo conducir á las moriscas salvadas á la iglesia «para repartirlas entre los capitanes y soldados.»

Al cabo de algunos dias fué tan abundante el botin y las esclavas estaban á tan vil precio, que los soldados comenzaron á desertar para llevar su mercancía á los mercados de las ciudades. Allí excitaron la codicia de los que no tenian valor para ir á buscar moriscas á la montaña, ni medios de adquirirlas en la plaza pública, y muy luégo se organizaron partidas para dar golpes de mano en los pueblos inofensivos que no habian tomado parte en la rebelion. Un capitan llamado Villalta salió de Guadix con una cuadrilla, entró de noche en Laroles «y mató á todos los moriscos que moraban allí sobre seguro, y llevándose cautivas á todas las mujeres y niños se volvió á Guadix» (3).

Este medio fácil de hacer fortuna tuvo luégo imitadores, y los mercados de España se llenaron de *hermosas moriscas*, en tal número que se enviaron cargamentos de ellas á Mallorca y áun á Nápoles.

El ejército del marqués de Mondejar no tardó en desmoralizarse, como el de los Velez, por el hábito del asesinato y la desercion. El número de moriscos muertos era tan crecido que en algunos parajes habia que beber agua mezclada con sangre, «porque á la parte arriba del lugar fueron muertos muchos moros y moras junto al mismo arroyo que bajaba á él.» A las veces se atacaba un pueblo contra las órdenes de los jefes: así un sobrino del arzobispo de Toledo, Don Juan de Villaroel, atrajo á sus órdenes, contra las de Mondejar, una parte del ejército para asaltar un campamento morisco é hizo matar á los mejores capitanes aplastados por grandes pedruscos (4).

Este hecho sirvió á Deza para denunciar á Mondejar ante el rey, como caudillo sin autoridad en su ejército. El envidioso inquisidor queria desembarazarse de un capitan general que no comprendia la necesidad de suprimir

(1) Marmol. Véase tambien los documentos publicados por Morel-Fatio, *España en los siglos* XVI y XVII, pág. 80.
(2) Hita.
(3) Hita, pág. 616.
(4) Mendoza.

á los moriscos; y habia concitado contra él á todos los agentes civiles, empleados de chancillería, proveedores de víveres, gente de rapiña que tenia á raya el íntegro caudillo; abrumaba á Felipe II y al cardenal Espinosa con queja sobre queja; ocultaba los triunfos alcanzados y rehusaba reconocer el estado de abatimiento en que habia caido la rebelion despues de golpes tan rudos.

Andalucía, sin embargo, estaba casi dominada; el tio del rey moro, Aben-Jauhar, procuraba refugiarse en Africa con sus riquezas y moria en el momento de embarcarse; las montañas estaban sembradas de puestos atrincherados y los insurgentes acorralados en sus guaridas. Pero Felipe II, sin dar el poder á Deza, como se le pedia, creyó conveniente amenguar el de Mondejar y dividió la Andalucía en dos mandos militares que confió al marqués de Mondejar y al de los Velez, á las órdenes superiores ambos á dos, del hijo natural de Cárlos V Don Juan de Austria. Puede creerse que Deza sintió amargamente esta decepcion; á lo ménos, quiso darse, ántes de la llegada de Don Juan, una satisfaccion que este príncipe no hubiera verosímilmente tolerado. Al principio de la rebelion habia tomado en rehenes ciento cincuenta moriscos de los más ricos de Granada, extraños absolutamente á las violencias cometidas en la montaña, como á él mismo constaba; eran comerciantes enriquecidos ó nobles que vivian del producto de sus tierras, y se alegraban acaso en su interior de una prision que les impedia comprometerse y demostraba su inocencia. Pues bien, el inquisidor Deza los hizo matar á todos á la vez en cuanto supo el nombramiento de Don Juan de Austria. Nadie lo condenó. «Gente flaca, liviana, inhábil para todo, sino para dar ocasion á su desventura» (1).

III.—Don Juan de Austria

Los señores que abrieron el testamento de Cárlos V tuvieron la sorpresa de leer en él estas palabras: «Hube un hijo natural de una mujer soltera, el qual se llama Jerónimo» (2). Supieron tambien que el emperador habia confiado este niño á un tañedor de viola, llamado Francisco Maffi, mediante el precio de cincuenta ducados al año (3), y que á la edad de siete años, lo habia puesto en manos de su mayordomo Luis Quijada para que lo tuviera en una situacion intermedia entre la de paje y la de hijo adoptivo.

Felipe II tuvo esta noticia durante los preliminares de la paz con Francia y aparentó un cariño novelesco á este hermano de once años

Don Juan de Austria
copia de un cuadro de A. Sanchez Coello existente en el Museo Nacional de Madrid

que se le habia revelado (4). Creia conveniente poner entre él y los grandes de España una clase de bastardos imperiales que lo separara más del resto de los hombres; y con el mismo espíritu que le hizo elegir á su hermana Margarita para regenta de los Países Bajos, se apresuró á dar á su hermano un nombre principal, el de Don Juan de Austria, y una servi-

(1) Mendoza.
(2) Este testamento se publicó en los *Papeles de Estado de Granvela*.
(3) *Ibid.*, tom. IV, pág. 498.
(4) Don Juan de Austria nació en Ratisbona á fines de febrero de 1547.

dumbre principal tambien (1) mucho ántes de que entrara en España. Doy la mayor importancia, escribia á Luis Quijada, mantenido por él al lado del príncipe, á que se le enseñe todo lo que debe saber un príncipe de su calidad, cuya educacion se ha descuidado tanto (2).

Don Juan que, poco más ó ménos, tenia la edad del príncipe Don Cárlos, se distinguia por sus buenas prendas y vino á estar de moda entre los cortesanos. «Era muy hermoso y gentil de su persona, noble en todas sus acciones, y cortés, afable, de buena gracia, de grande ingenio, y sobre todo muy bravo y valiente y dócil al consejo (3).» Los extranjeros admiraban el gran contraste entre el hijo de Felipe y este príncipe, apuesto y seductor, de cabellos rubios y anillados, de poblado bigote, que no tenia rival en ninguna clase de ejercicios varoniles (4). Todos le buscaban, se arrimaban á su fortuna y lo trataban como legitimado con alusion á las palabras del testamento del emperador (5): se le preparaba, y en cierto modo se le predestinaba al papel de héroe.

Con sus buenas cualidades, su ambicion y confianza en sí mismo, tenia Don Juan el demérito de dejarse llevar de la cólera y el mérito de oir los buenos consejos, pero «en esto no trato de materia amorosa, que ésta en aquella edad saca de sus quicios á los más cuerdos» (6). Ha de reconocérsele, en fin, un sentimiento, que no deja de tener valía en un hombre adulado como él, levantado de repente sobre todas las cabezas y unido por un lazo misterioso al ínclito emperador: se ocupó de su madre á quien no conocia siquiera y recomendó su bienestar á Felipe II (7).

Esta mujer, de quien al parecer se avergonzaba un poco Cárlos V, y que más de una vez fué un embarazo para su hijo, se llamaba Bárbara Blomberg: háse dicho que era una criada alemaña; ello es cierto que era una mujer vulgar. Se casó, despues del nacimiento de don Juan, con un tal Píramo Quegel (8), á quien el gobierno español ocupaba en los Países Bajos, y de quien tuvo otros dos hijos. «Habrá quince dias, dice el duque de Alba, que murió aquí Hierónimo Píramo Quegel, que servia el oficio de comisario ordinario en estos Estados y estaba casado con su madre del Sr. D. Juan de Austria, y desde ha ocho dias se le ahogó uno de dos hijos que tenia, el menor, en una fuente de su casa; queda muy pobre con muchas deudas» (9). Cuando Quegel murió, pidió Bárbara ayuda al duque de Alba, y despues de seis meses de viudez quiso casarse de nuevo. Felipe II hubiera querido que se retirara á un convento, pero no cesó de recomendar paciencia y miramientos para con esta mujer, con ser tan exigente de suyo (10). Mandó que la llamaran *Madama*, como á la princesa Margarita, y aumentó sus rentas hasta el punto de permitirle que tuviera una dueña, seis doncellas, un capellan y seis criados. Cuando la antigua criada se vió con tanta gente á su servicio, exigió una carroza, y luégo la educacion de su hijo Conrado á costa del rey (11), y luégo un nuevo marido, si no lo tomaba ya sin permiso, como quiera que trataba muy familiarmente á un inglés que se suponia ser su marido (12). Así que los secretarios del gobierno decian al trasmitir sus cuentas de gastos: Madama es la persona más obstinada que se haya visto nunca: nos lleva á mal traer (13). Y el duque de Alba que habia colocado á su servicio á Mlle. Merwe (14) para contenerla, solicitaba que se le autorizara para encerrarla en un monasterio. Bien deseaba Felipe esta solucion; pero sin autorizar abiertamente la violencia (15), hacia que contestara al duque de Alba el secretario de Estado Zayas: «¡Cuán

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 3151, fol. 6, Antonio de Borbon á Enrique II, el 24 de nov. 1558. «El emperador declaró y reconoció por hijo á un niño, el cual tiene su gran servidumbre.» Esta carta destruye la novela imaginada por Strada que anticipó el reconocimiento de don Juan á la entrada de Felipe en España colocándolo en un bosque con estas palabras: «Macte animo, generose puer, prænobilis viri filius es tu. Carolus Quintus imperator qui cœlo degit, utriusque nostrum pater est»

(2) Carta citada por Gachard, Retiro y muerte de Cárlos V, t. I, pág. 450. «Segun la estrecheza en que se crió y ha estado hasta que vino á mi poder.»

(3) Brantome, pág. 128.

(4) Lippomano, Relaz. di Napoli. «Ha poca barba et mustachi grandi; è di pel biondo et porta lunghi i capelli et volti in su.»

(5) «Mujer soltera.» El embajador inglés las parafrasea con la traduccion *solutus cum soluta* y añade: «You know how the Spaniards esteem their bastards... the favour of all sorts of men here do much to propend him» Ms. Rec. of. n.º 959, Challoner to Mason, 26 marzo de 1562.

(6) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 267. Escovedo al rey, 30 de nov. 1575.

(7) *Ibid.* tom. XXVIII, pág. 109. Don Juan al rey, 15 jun. 1570. «Cerca de lo que toca á la comodidad y manera de vida de mi madre.»

(8) Este hecho era conocido de Brantome, que llama á este marido «Reguel, caballero del país de Namur ó Luxemburgo.» Quegel es la ortografía admitida en los *Doc. inéd.* Gachard escribe Kegel. (*Correspondencia de Felipe II*, tom. IV, pág. 170.) La misma incertidumbre hay respecto de los nombres Plomberg, Blomberg, Plomberghe.

(9) *Doc. inéd.* tom. XXXVIII, pág. 146, el duque de Alba al rey, del 29 de junio de 1569.

(10) *Doc. inéd.* tom. XXXVIII, pág. 286.

(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 203, Albornoz á Zayas, 24 set. 1571.

(12) Morillon, *Cartas diversas*, tom. II, pág. 189.

(13) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 203.

(14) *Ibid.* Carta del 21 enero 1572.

(15) «Por persuasion ó de otro modo.» Carta del 14 nov. 1571. *Correspond. de Felipe II*, tom. II, pág. 211.

terrible animal es una mujer desenfrenada! (1)» La conducta de Madama acabó por ser tan escandalosa que obligó á Don Juan á suplicar al rey que la encerrara en un convento «para que ella viviese descansada y yo sin cuidado de verla entre aquellas costumbres y gente que agora está. Sin pompa y sin dar á entender quién era la truxese por Alemaña á Italia» (2).

IV.—Campaña de Don Juan de Austria

Felipe II no queria entregar la persona de su hermano á los azares de una guerra de partidarios en la montaña. «No os enviaba á la guerra, le escribe (3), sino á esa ciudad, á dar desde ella la órden en todo lo que conviniese.» El marqués de los Velez es el único encargado de las operaciones militares: el príncipe tiene poderes ilimitados, «pero su libertad tan atada que de cosa grande ni pequeña podia disponer sin comunicacion y parecer de los consejeros y mandado del rey» (4).

La ejecucion de los rehenes acababa de arrebatar, en el momento de su llegada, las últimas ilusiones de los moriscos sobre la real clemencia. No hay esperanza sino en una guerra de exterminio: los más pacíficos son empujados á la rebelion y todos se disputan las armas enviadas por los argelinos. La situacion vuelve á ser tan amenazadora que, advertido Don Juan de la incapacidad del marqués de los Velez (5), insiste en que se le autorice para dirigir el ejército. «Quanto á lo que me decís de vuestra salida de ahí, le repite su hermano (6), bien se os recordará que siempre os dije y se trató que no os enviaba sino para estar á asegurar dicha ciudad; y así no conviene á mi servicio ni autoridad ni á la vuestra que salgais de ahí.» Felipe, sin embargo, comprendia tan bien el peligro de la partida empeñada de nuevo, que se procuró para jugarla las viejas cartas de Don García de Toledo, ó sea el famoso tercio de Nápoles que tan prontamente habia expulsado de la isla de Malta á los turcos; y hasta la llegada de este precioso refuerzo estuvo atormentado por la inquietud de ver caer de repente Granada en manos de los rebeldes; inquietud que fué hábilmente sostenida por Deza, el cual solicitó con insistencia y acabó por obtener la órden de expulsar á todos los habitantes de Granada pertenecientes á la raza proscrita, repartiéndolos por las ciudades de Castilla (7).

Encerrado en un gabinete de trabajo, confundido en sus reflexiones de prudencia política, Felipe II no sintió, al firmar esta órden, la emocion que nosotros sentimos al leerla. Nadie se atreveria á condenar á la inocente poblacion de una ciudad entera, si hubiera de tener á la vista el espectáculo de la miseria, de los sufrimientos, de la muerte. Pero todo viene á ser lícito para el que se reduce á sus abstractos raciocinios y se dispensa de ser testigo de sus lamentables resultados. Por la órden enviada de Madrid los moriscos de Granada debieron abandonar sin dilacion sus casas y presentarse en sus parroquias. Era la mañana de San Juan. Apénas hubieron llegado fueron empujados á las iglesias y encerrados bajo llave. Las mujeres obtienen por favor dos dias de plazo para vender todo lo que poseen y procurarse dinero para seguir á sus hombres y alimentarlos: el dia siguiente, despues de veinticuatro horas de encierro y de ayuno, son atados los hombres á una larga cadena y arrastrados fuera de la ciudad. ¡Los llevan al matadero! exclaman las mujeres. Don Juan de Austria se presenta. No se os hará ningun daño, dice á los presos: estais bajo la custodia del rey, bajo su proteccion. Sólo sereis apartados de Granada para que esteis á recaudo de los riesgos de la guerra.—¡Desolador espectáculo! añade el testigo que cita estas engañosas promesas (8): ver tantos hombres de todas edades, con la cabeza baja, despojados de sus bienes, de sus casas, de sus familias, empujados como un rebaño léjos de su país!—Luégo se reparten en grupos y se confian á la gente encargada de conducirlos á varios lugares lejanos y de impedir que los maltraten. Era una lástima verlos marchar, exclama uno de los jefes españoles (9), para quien los habia visto ricos y prósperos en sus casas: muchos de ellos murieron en el camino, de fatiga, de desesperacion, de hambre, á golpes de las mismas manos que debian protegerlos, robados, vendidos como esclavos: unos tres mil quinientos hombres sucumbieron y mayor número de mujeres.—Otros dos mil fueron destinados al remo; ahorcados fueron algunos; no pocos sirvieron en los trabajos públicos, y los demás puestos en venta

(1) *Correspondencia de Felipe II*, pág. 390, carta del 19 julio 1573.
(2) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 215, Don Juan al rey, del 6 set. 1575.
(3) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 8, carta del 10 mayo 1569.
(4) Mendoza.
(5) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 22.
(6) *Ibid.* Carta del 20 de mayo de 1569.
(7) Mendoza.
(8) Marmol, pág. 278.
(9) Mendoza.

en los mercados (1): «es un medio para salir de sospecha en la dicha ciudad» (2).

Desde aquel dia quedó la ciudad vacía y triste. «Si hubierais visto el esplendor, la limpieza, el lujo de las casas, cármenes y jardines en que los moriscos pasaban el tiempo en la alegría y la zambra, os hubierais apenado de ver en tan poco tiempo la ruina y la soledad» (3). Las objeciones importunas del marqués de Mondejar obligaron á quitarle el mando y á apartarlo del país.

El rey Aben-Humeya bloqueaba durante estas primeras semanas del estío una guarnicion española en la villa de Seron: los sitiados carecian de víveres y hasta de agua, y habian hecho saber su apuro al marqués de los Velez; pero no viendo llegar el socorro, querian entregarse. El capitan Don Diego de Mirones les hizo prometer que se mantendrian aún algunas horas y salió por la noche con treinta arcabuceros para acelerar el socorro. Rompió la línea enemiga sin perder un hombre, al galope y con las mechas encendidas. Pero al acercarse al rio, los soldados y caballos sintieron renacer las torturas de la sed y se precipitaron todos juntos á la corriente sin poderse arrancar de allí. Entre tanto, los jinetes moriscos que los seguian al resplandor de sus mechas de arcabuz, cayeron sobre ellos, mataron catorce y dispersaron á los demás.

Diego de Mirones galopó toda la noche al través de los barrancos y extraviado se entregó al instinto del caballo para dar con el camino; pero el animal, que se habia criado en los pastos de Seron, allá condujo fielmente á su amo, que se creyó hechizado, cuando al romper el dia vió el campamento morisco, las murallas que habia dejado atrás la víspera, la villa de la sed. El capitan perdió entónces toda su energía, se dejó prender y firmó la capitulacion de una plaza que no mandaba ya. Los moriscos pudieron tener así en su poder soldados españoles, soldados aguerridos, con sus armas y sus mujeres; y en su alegría de haberlos adquirido en buena guerra se exaltaron de tal modo, que mataron á todos los hombres, enviaron las mujeres á los mercados de Africa y se decidieron á un ataque á viva fuerza contra el ejército español, que no habia sido capaz de poner obstáculo á semejante hazaña (4).

Pusieron su confianza en un ardid bastante raro. Habíanse concertado con los esclavos que los cristianos arrastraban para cuidar sus caballos, en cuya virtud debian aquellos esconder los frenos la noche señalada para sorprender al marqués de los Velez en el pueblo de Berja. Semejante concierto no podia guardarse fácilmente, y los esclavos delataron á sus correligionarios. Con este aviso hizo el marqués retirar los centinelas y dejó á los moriscos entrar en la poblacion como si el ardid se mantuviera oculto; pero muy luégo comenzaron á tronar los arcabuces por todas las ventanas, cargó la caballería y quedaron fuera de combate seiscientos moriscos (5).

La aguerrida infantería de Nápoles se incorporó entónces á las fuerzas del marqués (6). Aquellos valientes habian sido muy maltratados por las tempestades, que hubieron de tragarse muchos navíos cargados de soldados, y desde su desembarco bastante fatigados en su marcha entre aspérrimas montañas por las cuadrillas moriscas. Pero sus mayores sufrimientos comenzaron cuando estuvieron á las órdenes del marqués de los Velez. Este protegido de Deza no quiso imitar á Mondejar que habia tenido por principio ocupar el país con puestos diseminados y columnas volantes, sino que se empeñó en tener reunido todo su ejército, y fué á acampar á Adra, en medio del país insurrecto, con unos doce mil hombres. Si la bonanza permitia á las galeras cargar víveres en Málaga y descargarlas en Adra; si los proveedores cumplian sus compromisos; si los soldados no se desmoralizaban en la inaccion, podia esperar que no se destruyera su ejército. Pero el mal tiempo impidió el abastecimiento y el hambre apareció desde la primera semana. «Cada hombre tenia una libra de pan al dia y el que se procuraba además una cebolla se daba por regalado» (7). Los dias en que la pesca era posible, se suprimia la distribucion del pan para dar sólo pescado. Con esto, se derramaban los soldados por las cercanías para hurtar víveres, y fueron con frecuencia sorprendidos por los moriscos y desertaron poco á poco. Organizáronse por sí mismos en columnas bastante fuertes para resistir el ataque y abandonaron el campo casi

(1) Ms. Rec. of. n.° 341, Robert Huggins to Norris, 22 jul. 1569. «On midsummer day Don Juan gathered together 13.000 moriscoes of Granada, and took 2000 for the king's galleys and hanged some; at great number were sent to labour in the king's works and fortifications and the rest with their wives and children kept as slaves.»

(2) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 10752, fol. 185, Fourquevauls al rey.

(3) Marmol.

(4) El 11 de julio de 1569, Marmol, pág. 279.

(5) Mendoza.

(6) Herrera, tom. I, pág. 359.

(7) Herrera, tom. I, pág. 366.

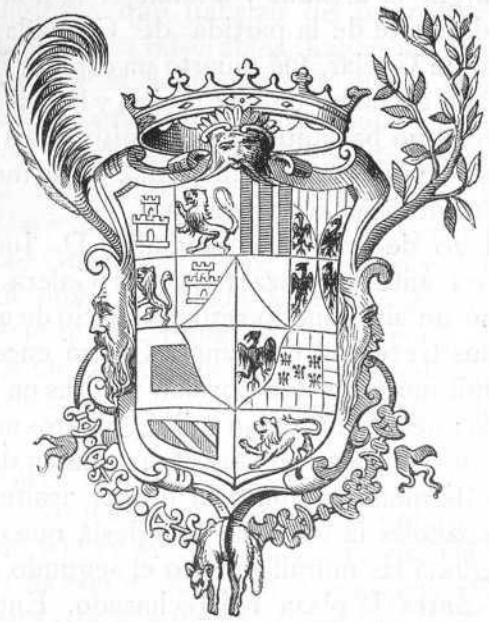
todos. El hijo del marqués quiso atajar un dia la partida de cuatrocientos arcabuceros y salió con un brazo roto de dos arcabuzazos. Muy luégo quedó sólo el tercio de Nápoles con los caballeros voluntarios.—No hay animal más delicado que un campamento, áun cuando los hombres que lo componen sean robustos y aguerridos, dice uno de los jefes españoles; este animal se debilita, se deshace al menor cambio en el aire, en el agua, en el vino, por el frio, por la lluvia, por la falta de aseo, de sueño, de cama; á la menor causa, toda enfermedad se torna contagiosa.

La capacidad del marqués de los Velez fué juzgada por este desastre; el rey encomendó por fin á D. Juan de Austria (1) el mando de las tropas, y juzgando la situacion bastante comprometida fué á instalarse á Córdoba, como se habia instalado en Cambray durante la batalla de San Quintin. Desde allí recomendó á su hermano que no permitiera en el nuevo ejército que se profirieran blasfemias ni otras malas palabras contra Dios (2).

Don Juan no tenia medios para mostrarse tan severo con los hombres que reclutaba: esta guerra habia costado ya tanta gente en ménos de un año, que el ejército de Granada hubo de componerse principalmente de desertores del campamento de Adra. Por fortuna persistian los turcos en absorber todas sus fuerzas en la conquista de Chipre, emprendida en aquella misma época. Además, los moriscos se debilitaron en una revolucion de palacio, digámoslo así, y no pudieron aprovechar por tanto la estacion de invierno, durante la cual estuvo España casi desarmada.

El rey Aben-Humeya que habia reconquistado la montaña y el llano, alcanza y derrota muchas cuadrillas de desertores del campamento de Adra y reune á sus órdenes un ejército de ocho mil hombres; pero se habia creado muchos enemigos en su empeño de restablecer la disciplina, habiendo hecho morir en varios suplicios á trescientos cincuenta de los suyos, ó á lo ménos se hacia creer así (3): estaba tambien desvanecido por la demencia del poder absoluto. Uno de sus caudillos, Diego Ben Alguacil, hubo de dejarle ver á su prima Zahara, jóven viuda con quien habia de casarse y *que era muy buena cantora y maravillosa bailarina* (4): el rey se apoderó luégo al punto de la bella Zahara, pero sin darle sobre las otras mujeres la autoridad que ella creia debida á su mérito. Con este resentimiento, ella avisó á Ben Alguacil al cabo de algunos dias para que fuera á robarla.

Así provocado, se concierta el Ben Alguacil con Ben Abó primo del rey, gana á los turcos auxiliares haciéndoles creer que el rey queria matarlos, entra con ellos en el pueblo de Andarax y llega hasta el aposento en que duerme Ben-Humeya. Estaba el príncipe acostado entre Zahara y otra de sus mujeres á la luz de



Escudo de armas de Don Juan de Austria

una antorcha de cera; ve entrar á su enemigo Ben Alguacil y á su primo Ben Abó con los turcos, y ve tambien que Zahara se quita el velo de seda que á modo de turbante llevaba rodeado á la cabeza y se lo entrega á Ben Alguacil: deja que le aten los brazos con este perfumado lazo y ofrece el cuello á sus enemigos, que lo estrangulan en el acto. Aclaman por rey á Ben Abó, saquean la casa de Humeya y se reparten sus mujeres y sus ricos vestidos. El jefe de los turcos echa mano á la presa más preciosa: de las dos mujeres que se hallaban con el rey, prefiere á Zahara y se apodera de ella: quiere disputársela Alguacil y es degollado por el turco (5).

Los capitanes turcos ó argelinos que habian asegurado el éxito del complot fueron los únicos que de él se aprovecharon: el nuevo rey de Granada, Abdalá Aben Abó, tuvo que enviar

(1) *Doc. inéd.* tom XXVIII, pág. 33.
(2) *Ibid.* pág. 47, del 6 febr. 1570.
(3) Hita. «Segun yo he sido informado de varios moriscos que seguian sus banderas.»
(4) *Ibid.*, pág. 647.
(5) Es la version de Hita; Marmol, al contrario, dice (p. 292) que Ben Alguacil se retiró á Tetuan, donde se casó con Zahara.

esclavas y presentes á Argel para obtener la confirmacion de su autoridad; se sometió al consejo de los extranjeros y vino á ser vasallo de los piratas africanos. A pesar de estos sacrificios, los moriscos de España no recibieron suficiente ayuda.

Don Juan de Austria, al contrario, enviaba sus agentes de enganche hasta el corazon de Castilla (1), pero no pudo ponerse en movimiento hasta enero, al año justo de la primera expedicion de Mondejar. Los moriscos estaban ya aguerridos; sus mujeres habian aprendido á descargar el arcabuz y á manejar la honda: el dia siguiente de la partida de Granada, en el asalto de Guejar, fué muerto un capitan de una pedrada de mano de una mujer, y la resistencia se prolongó bastante para permitir á los niños que se refugiaran en la montaña. Todo indicaba que la campaña seria penosa.

El 20 de enero (2) se halló D. Juan de Austria ante la plaza fuerte de Galera y comenzó un sitio que lo retuvo espacio de un mes con sus trece mil cristianos. Galera encerraba tres mil moriscos que poseian víveres en abundancia; pero sólo tenian mil doscientos arcabuces con muy poca pólvora y dos piezas de artillería de menor calibre. El primer asalto dió á los españoles la torre de la iglesia que estaba contigua á las murallas; pero el segundo intentado contra la plaza fué rechazado. Entónces fué cuando D. Gaspar de Samano, el primero que escaló el muro, llevó á una almena la mano y se la cortaron de un tajo; se agarró con la otra mano á la almena y logró entrar en la plaza; pero murió en tan heróica lucha. Habiendo fracasado este ataque prematuro, decidió don Juan dar el tercer asalto con el tercio de Nápoles, y el maestre de campo á la cabeza, «y los soldados se decian unos á otros que habia dentro muchas esclavas, mucho dinero, muchos vestidos y alhajas.» Pero chocaron con una resistencia invencible. De pié sobre la brecha se mantenia en primera fila una morisca, la Zarzamodonia, alta, robusta, de miembros enormes, que mató por su mano aquel dia hasta diez y ocho soldados. Un cristiano se acercó á ella resuelto á clavarle su puñal; pero la brava mujer lo derribó, lo oprimió bajo sus piés, le quitó el morrion y la coraza y le cortó la cabeza. Despues de cuatro horas de esta lucha al arma blanca, comenzaba á replegarse el tercio de Nápoles, cuando se derrumbó un lienzo de muralla y sepultó en sus escombros á unos treinta de ellos, haciendo impracticable la brecha. Preciso fué tocar retirada y resignarse por muchos dias á la zapa y al cañoneo. No terminó esta especie de tregua sin que los argelinos riñeran con los moriscos; pero hubo de reconciliarlos Zarzamodonia dando algunas moriscas á los más díscolos. Algunos dias despues la heroína morisca caia al pié de la brecha herida de muerte por una bala de arcabuz «dejando ejemplo y mucha fama de su esfuerzo» (3).

Los sitiadores cubrian sus caminos con faginas de retama: dos moriscos salieron furtivamente una noche y prendieron fuego á las faginas con mechas de cuerda impregnadas de aceite. Entre tanto nuevas piezas de artillería llegaban de Cartagena, entre otras, ocho recien fundidas, segun los modelos de D. Juan Manrique de Lara. Con ellas se abrieron luégo muchas brechas, y se dió un asalto general, dirigido por D. Juan de Austria, que se lanzó de los primeros y fué alcanzado por una bala en el costado. Esta vez ya se apoderaron los españoles de la muralla, se introdujeron en la plaza y tomaron sucesivamente las casas y las calles con luchas tan encarnizadas que los heridos continuaban luchando hasta morir. Comenzó el asalto á las cinco de la mañana y sólo á las ocho de la noche, cuando perecia el último de los defensores, quedó la plaza por los cristianos. En este pavoroso exterminio, un morisco mató por su mano á sus dos hijos y se dejó matar en seguida: una jóven morisca se arrojó desesperada contra las lanzas enemigas, llevando en brazos dos hermanitos suyos que murieron con ella (4). Luégo que se repartió el botin, se pegó fuego á las casas para quemar los cadáveres y evitar la infeccion.

Este violento esfuerzo, seguido de la matanza y del pillaje, desmoralizó al ejército de don Juan; de tal manera que cuando se presentó delante de Seron á recobrar esta plaza perdida el verano precedente, bastó la salida de un puñado de moriscos para poner en fuga á todos los vencedores de Galera.—Jamás hubiera creido tal terror, si no hubiera sido testigo de él, escribe D. Juan al rey (5); huian delante de un puñado de moriscos con desórden tal y tanto, que no eran parte á atajarlo ni las voces de mando, ni las incriminaciones, ni los cintarazos:

(1) Ms. Bibl. nac. franc. n.° 10752, fol. 428.
(2) De 1570.
(3) Hita.
(4) *Id.*, pág. 665.
(5) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 49, del 19 febr. 1570.

era imposible hacerles cobrar aliento ni ménos volver la cara al enemigo. — Esta derrota costó á los españoles seiscientos hombres y entre ellos el bravo Luis de Quijada, mayordomo de Cárlos V, que no se habia separado nunca de don Juan.

Despues de tales sacudidas desaparece todo órden: los capitanes son los más dados al robo, escribe Felipe II; ellos se apropian las soldadas de sus hombres (1). — Otra vez comienzan las deserciones, como las partidas de merodeo en pequeño número: no parecia sino que habian venido á este ejército sólo para el robo. De lo que ménos se curan los capitanes es de la disciplina. D. Juan mandó ahorcar muchos soldados en algunos dias (2). Algunos son todavía fieles á las tradiciones de las guerras heróicas: D. Alonso de Aguilar, abandonado de casi todos sus hombres, se detiene en un barranco y hace frente á los moriscos que lo persiguen. — ¡Soy D. Alonso! exclama. — ¿Eres don Alonso? Pues yo soy El Feri de Benastepar. — Y todos quedan suspensos y presencian inmóviles el combate de los dos jefes. Los romances han celebrado igualmente las proezas de don Alonso de Céspedes, quien con su espada no ménos pesada que una maza de armas (3) partia á un morisco desde el hombro hasta la cintura.

Felipe II comienza á desear una solucion, como quiera que no son buenas las noticias que recibe. Le han dicho que el sultan trata con Francia para obtener que se avituallen sus escuadras en las costas de Provenza. «Dícese por acá que un chauch ha pasado por Venecia, escribe Fourquevauls á Cárlos IX (4), con vuestro embajador de Francia, el cual chauch va á rogaros de parte del Gran Turco, su amo, que sea proveida su armada de víveres y otras cosas, si toca en vuestras costas de Provenza y Languedoc. No faltan murmuraciones sobre ello.» ¿Dónde procurarse nuevas tropas? Felipe no vacila en desguarnecer los Países Bajos, y escribe al duque de Alba (5) que, con pretexto de una escolta de honor para la nueva reina, su futura esposa, le envie tres mil valones de las antiguas levas, con sus arcabuces y morriones y una buena provision de pólvora á fin de proveer á las necesidades *de lo de Granada*. Así, entre estas dos guerras que ha provocado simultáneamente, sin preparativos, sin razon, por llevar adelante sus principios de gobierno sólo favorables al Santo Oficio, se agota, se consume, envia tropas al Norte, las lleva al Mediodía, se expone á una invasion turca... Pero con eso y todo, permanece inflexible. Tiene toda su confianza depositada en Deza, y rechaza, por consejo de este fanático, las proposiciones de sumision que le hace el rey morisco. «Es cosa bien extraña, escribe D. Juan de Austria indignado de esta intervencion de Deza (6), que los religiosos que habrian de interceder con V. M. por estos miserables, hagan su esfuerzo en reprender la clemencia.» Y quiere dejar un mando que paraliza semejante política.

Pero si la clemencia está vedada, no así la astucia. Un confidente del Santo Oficio, Francisco Barredo, se pone de acuerdo con un jefe morisco, Gonzalo el Jeniz, y lo induce á hacer caer en una emboscada á su rey Aben-Abó. Sabe éste que el Jeniz lo espera para recibir órdenes en la gruta de Verchul y acude sin ninguna desconfianza, sólo acompañado de un guardia. — Hay que entregarse á discrecion, le dice el traidor. — ¡Cómo, Jeniz! ¿Para esto me llamas? No me hables, pues; no quiero verte ya. Y le vuelve la espalda. Un morisco lo hiere por detrás con el cañon de su escopeta y Jeniz lo remata con una piedra. Cargan el cuerpo en un mulo y se lo llevan á Barredo que lo espera y lo paga. Barredo le saca las entrañas con sus propias manos, las reemplaza con paja y lleva su presa á Granada. Deza separa á su vez del tronco la cabeza y hace que la claven en la puerta del Rastro con este rótulo: «Cabeza del traidor Ben-Abó. Pena de muerte al que la quite.» Deza fué nombrado cardenal y Barredo recibió del rey una casa y seis mil ducados; sino que cometió la imprudencia de desembarcar en la costa de Africa y allí fué asesinado.

Desalentados los moriscos con la pérdida de su rey, abandonados por los turcos, privados de sus mejores soldados, se sometieron al destino y fueron tratados como lo habian sido los habitantes de Granada. Condenados á salir de Andalucía, murieron por los caminos, fueron vendidos como esclavos, ó asesinados, hasta desaparecer todos poco á poco. El emperador Galiano decia á un gobernador, despues de la sumision de una provincia rebelde: «Mata á quien ha hablado mal, mata á quien ha pensa-

(1) *Doc. inéd.* pág. 64 del 3 de marzo de 1570.
(2) *Ibid.* Don Juan al rey, tom. XXVIII, pág. 84 y 90.
(3) Se conserva esta espada en la Armería real de Madrid, y pesa siete kilógramos.
(4) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 10752, fol. 620, del 20 marzo de 1570.
(5) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 525, del 4 abril 1570.
(6) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 96-102. Don Juan al rey, 7 de junio de 1570.

do mal; hiere, descuartiza, mata (1).» Aquí no se dejó á vida en Andalucía un sér de la raza maldita. El rey hizo enviar de Castilla doce mil esposas (2) para maniatar á los presos más vigorosos durante su marcha. «Es grande, dice Don Juan de Austria (3), el número de los moriscos que han salido desta sola parte y hánse echado con ménos que mil soldados, con la mayor lástima del mundo, porque al tiempo de la salida cargó tanta agua, viento y nieve, que cierto se quedaban en el camino á la madre la hija, y la mujer al marido, y á la viuda su criatura. No se niegue que ver la despoblacion de un reino es la mayor compasion que se puede imaginar. Al fin, señor, esto es hecho.»

Emigrantes de todos los puntos de España vinieron á ocupar las casas abandonadas; pero no supieron conservar ni las flores en los jardines, ni el cultivo en las montañas, ni las barreras en los valles. El más rico reino de España estaba arruinado para siempre.

CAPÍTULO XIV

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA EL ISLAMISMO.—BATALLA DE LEPANTO

1571-1572

LIGA CONTRA LOS TURCOS.—LA ARMADA DE LA LIGA.—BATALLA DE LEPANTO.—LA EXPEDICION DE TÚNEZ.—ABATIMIENTO DE LA AUTORIDAD REAL EN ITALIA

I.—Liga contra los turcos

Algunos dias despues de haber anunciado que estaba ya Andalucía desembarazada de sus habitantes, Don Juan de Austria se dirigió al cardenal Espinosa (4) y al príncipe de Eboli (5) para que se le eligiera capitan general de la liga de España y las potencias italianas contra los turcos.

Esta liga, hacia mucho tiempo proyectada, y olvidada tambien, habia servido hasta entónces de pretexto á todos los fraudes diplomáticos: el peligro que habia corrido Malta, los triunfos que inmediatamente despues obtuvieron los turcos sobre los venecianos en la isla de Chipre hubieron de espantar á los cristianos del Mediterráneo y todos convirtieron los ojos á los venecianos, que hacian tantos esfuerzos para defender su reino oriental.

Sabido es que un fraile, bastardo de Lusignan, habia provocado una sublevacion contra el soberano legítimo de Chipre. Vencido en esta intentona fué á refugiarse á Egipto con algunas bellas cipriotas que habia ofrecido al soldan á cambio del reconocimiento de sus derechos sobre la isla: supo igualmente obtener del Papa la misma investidura y la dispensa ó anulacion de sus votos religiosos, en cuya virtud contrajo matrimonio con la hermosa veneciana Catalina Cornaro, á quien la República adoptó por hija.

Despues de estas peregrinaciones é intrigas, el famoso aventurero vino á ser dueño de la isla de Chipre; sino que murió de repente, acaso envenenado por la República, que tomó la administracion del reino y obligó á Catalina Cornaro á retirarse á Venecia, donde murió rodeada de honores, dejando su corona á la República su madre (6).

En 1569, Piali, el vencido de Malta, vino á atacar á Nicosia con una escuadra de trescientas naves y cincuenta mil hombres (7). Si semejante expedicion se hubiera dirigido en aquellos momentos contra Andalucía, habria asegurado por un siglo la preponderancia de los turcos en el Mediterráneo y cambiado los destinos de Europa. Venecia sola procuró sostener la lucha; pero su ejército, por una fatalidad cruel, fué atacado por la peste (8) con

(1) Trebelio Polio, *Vita ingenui*. «Perimendus est omnis sexus virilis. Occidendus est quicumque maledixit. Occidendus est quicumque malevoluit. Lacera. Occide. Concide.»

(2) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, fol. 857, Fourquevauls á Cárlos IX, del 9 de noviembre de 1570.

(3) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 156, Don Juan á Ruy Gomez, 5 nov. de 1570.

(4) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 143, carta del 19 de noviembre de 1570.

(5) *Ibid.*, pág. 146.

(6) Herrera, *Relacion de la guerra de Cipre*, Sevilla, 1572, y *Doc. inéd.* tom. XXI, pág. 262 y siguientes.

(7) Cabrera.

(8) *Id.* tom. II, pág. 73.

pérdida de cuarenta mil hombres y no pudo impedir la toma de Nicosia (1). Los indígenas de Chipre «hombres delicados y de mucho regalo, porque las mujeres son extremadamente lascivas (2),» acogieron á los musulmanes (3), destruyeron á los albaneses que habia alistado Venecia como auxiliares y suministraron víveres al ejército turco que puso sitio á Famagusta.

Al grito de angustia dado por Venecia contestó Pio V renovando los antiguos proyectos de liga. Su enviado á Felipe II, Luigi Torre, encontró al rey de España á su vuelta de Córdoba al Escorial, en los momentos del triunfo sobre los moriscos, de la donacion gratuita de seiscientos mil ducados votados por Sevilla, que acababa de librarse de los peligros de la insurreccion, y de las instancias de Don Juan de

Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz

Austria para que se le empleara contra los infieles. A pesar del acuerdo desde luégo establecido entre el Papa y el rey de España, no se necesitaron ménos de seis meses para reconciliar á Doria, dueño de las mejores galeras de Génova, con Colona que mandaba las de Roma, para cerciorarse de que Venecia no se someteria á una paz separada con el turco y de que el turco no amenazaria ninguna de las posesiones españolas (4), en fin para triunfar de las dilaciones sin término de las cancillerías de Roma y de Madrid. El cardenal Granvela consagró todo su genio á allanar dificultades, á desvanecer recelos, á obtener de Pio V el derecho para el rey de España de imponer contribuciones á la Iglesia española con el nombre de *cruzada* y *excusado*. La liga fué en fin jurada, declarada perpetua (5) y provista de fuerzas, cuyo mando fué confiado á Don Juan de Austria (6). El cardenal Granvela recibió el título de Virey de Nápoles para poner todos los recursos de Italia á disposicion de este jóven príncipe á quien se elegia como campeon de la causa católica.

No estaba ociosa Turquía durante estos preliminares. Hallábase entónces bajo la dominacion de Selim II y del gran visir Mohamed el Halcon: Piali, que se habia casado con una

(1) Herrera, *Historia de Felipe II*, tom. I, pág. 417.
(2) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 263.
(3) *Id* pág 276
(4) Ms. Colec. privada, el marqués de Pescara al embajador de Roma, 11 de julio de 1570.
(5) Cabrera, tom. II, pág. 90.
(6) El 25 de mayo de 1571.

hermana del sultan, armó sus escuadras, las dotó de genízaros, designó un punto de reunion á los refuerzos de Argel, que debia traer Uluch Alí, miéntras Alí Bajá apretaba en Chipre el sitio de Famagusta. Esta plaza, defendida por Bragadino, se resistió espacio de seis meses y fué tomada al asalto (1) en el momento en que, habiendo llegado á Mesina Don Juan, reconocia que su armada no se hallaba en estado de presentarse ante el enemigo. Los defensores de Famagusta fueron pasados á cuchillo ó vendidos como esclavos: el bravo Bragadino fué

Escudo de armas de D. Alvaro de Bazan

cortado en pedazos en un suplicio que no duró ménos de doce dias. La isla fué entregada al pillaje, sus bosques al incendio y sus hijas, las descendientes de las sacerdotisas de Vénus Astarté, á los mercaderes de Constantinopla.

II.—La armada de la liga

Ni Felipe II ni Don Juan de Austria poseian un talento de organizacion comparable con el de los italianos Mohamed el Halcon y Piali. Don Juan era sobre todo hombre de ejecucion: Felipe II perdia el tiempo y olvidaba las miras del conjunto en el cuidado de los pormenores: una de las primeras medidas que prescribe es la eleccion de un confesor para Don Juan (2). —Entre otras cosas á las cuales me ha parecido necesario proveer para vuestra campaña he pensado que os acompañe una persona de religion y de instruccion que pudiera ser vuestro confesor; y habiendo recibido buenos informes de Fray Juan Machuca de la órden de San Francisco, helo escogido para que viaje con vos en esta funcion y que lo sigan dos hermanos de su misma órden que servirán de confesores en las galeras y en el ejército.—Miéntras el rey hacia conocer sus intenciones con esta abundancia de palabras, delegaba por su parte el Papa algunos capuchinos para las mismas necesidades. Pero sucedió que en aquella armada así provista, de franciscanos por el rey, y de capuchinos por el Papa, el servicio religioso fué usurpado por los Padres de la Compañía de Jesus, que acudian sin mandato y aparecian en todas las galeras (3).

Los verdaderos creadores de la armada de la liga fueron el cardenal Granvela y el marqués de Santa Cruz (4). Fueron secundados en su empeño por el libertador de Malta, Don García de Toledo, cuyos achaques le impedian tomar parte activa en la expedicion: él indicaba ingenuamente la gran falta de Felipe II, la verdadera causa de la impotencia actual en frente de los horrores cometidos en Chipre (5).—No tenemos más que soldados bisoños, que apénas saben descargar sus arcabuces. ¡Qué pérdida para la armada esos ocho ó nueve mil soldados viejos que han partido para Flandes!—

La escuadra de Venecia que cruzaba por las aguas de Chipre tardaba en presentarse en las costas de Mesina.—Esos venecianos, escribe Don García, son mejores para dirigir que para obrar (6).—Por fin apareció; pero arruinada por su larga travesía y mal dotada de soldados y marineros. Don Juan, que toma gusto á las fiestas y á los galanteos con las mujeres de Nápoles y Mesina, no malogra este pretexto para retardar una salida que espera con impaciencia toda la cristiandad.—El mundo, dice (7), que ve sólo el número de galeras y no la cualidad de ellas, espera una accion famosa: yo no estoy tranquilo.—Pio V envia al nuncio Odescalchi á Mesina á reconvenir al jóven príncipe por haber olvidado la escuadra de Piali que reunida ya con la de Uluch Alí saquea las costas del Adriático y amenaza á Venecia. Prométele una corona de soberano despues de la victoria, lo carga de indulgencias y obtiene en fin la órden de la partida.

El 16 de setiembre de 1571 salió de Mesina la armada de la liga. Constaba de doscientas

(1) El 30 de julio de 1571.
(2) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 186, el rey á Don Juan, 10 jun. 1571.
(3) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 216.
(4) Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, el gran marino de España.
(5) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 8, Don García á Requesens, 1.º de agosto de 1571.
(6) *Doc. inéd.* tom. III.
(7) *Ibid.* Don Juan á Don García, 30 agosto 1571.

ocho galeras, seis galeazas ó galeras de cuarenta cañones, unas cincuenta fragatas, jabeques, bergantines, tartanas para el servicio de exploradores. Estas naves estaban tripuladas por veintiseis mil soldados y cincuenta mil marineros ó remeros (1). Se comprenderia mal la vacilacion y no se podria apreciar la audacia del jóven capitan que arriesgaba todas las fuerzas cristianas del Mediterráneo, si se olvidara que los turcos no habian sido jamás vencidos en el mar; que no habian cedido en Malta sino ante murallas científicamente fortificadas y ante las enfermedades; que una derrota como la de los Gelves, como la de Chipre, era la muerte en atroces suplicios. Lo que se iba á combatir era la fuerza de trescientos barcos acostumbrados á reinar en el Mediterráneo; á los genízaros, cuyo solo nombre espantaba á toda la cristiandad (2), á un enemigo favorecido siempre por el infierno y casi respetado por Cárlos V, á lo ménos en la mar. «Nada, decian los sabios (3), más contrario al buen sentido que atacar de frente el imperio otomano en todo su poder.»

La grandeza de Don Juan de Austria es haber tenido las dotes de mando y las cualidades morales que inspiran la confianza, alientan el valor, despiertan la intrepidez. Comprendió que la hora era decisiva, é inminente el peligro, y arrebató los corazones. Era el hombre que se necesitaba, el héroe dichoso é inspirado á quien siguen con amor entusiasta los que luchan por su Dios y por su patria.

III.—Batalla de Lepanto.

Las dos armadas que se buscaban con igual ardor entre Sicilia y Grecia estuvieron más de veinte dias sin encontrarse. En el último momento, cuando en el fondeadero de Cefalonia supo Don Juan al fin que la escuadra turca lo esperaba al ancla en el golfo de Lepanto, tuvo que oir todavía las objeciones del marino más experto de su armada, Juan Andrés Doria, que propuso volver á las costas de Calabria y esperar á la primavera. El veneciano Barbarigo (que habia de morir al dia siguiente) se irritó con el prudente marino y la escena se hacia ya violenta (4).—¿Qué os parece, caballero? preguntó Don Juan á uno de los voluntarios franceses, el comendador de Rommegas.—¿Lo que me parece, señor? Yo digo que si el emperador, vuestro padre, se hubiera visto una vez con una armada tal como esta, no sino muy luégo hubiera sido emperador de Constantinopla.—Eso quiere decir que es preciso combatir.—Sin duda.—Combatamos, pues (5).—La armada entra inmediatamente en el golfo, cerca de las islas Cuzorales (6), en frente del promontorio de Accio, y da fondo á las dos de la madrugada, para esperar el dia. Es el 7 de octubre. Todas las mañanas sopla el

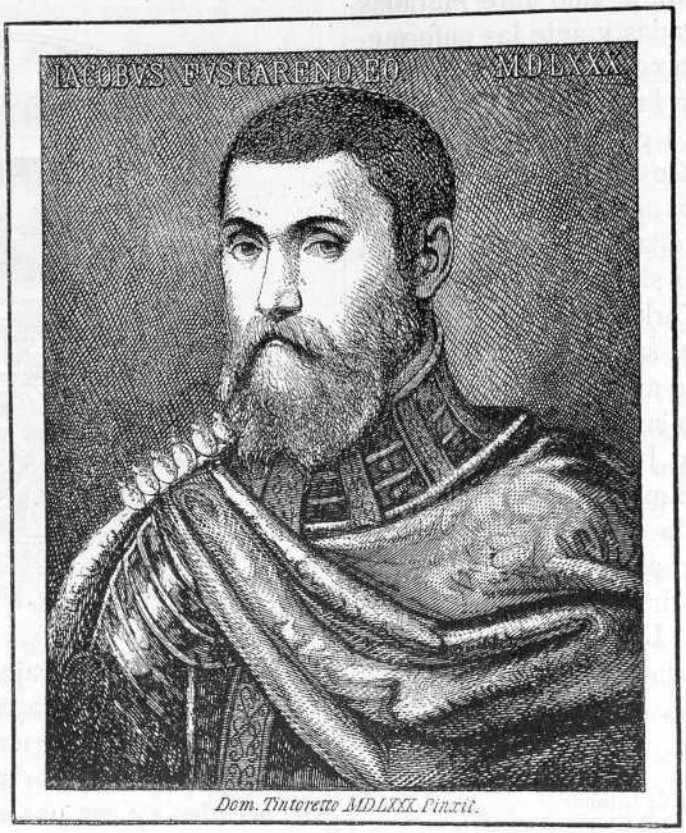
Marco Antonio Colonna, jefe de la escuadra pontificia en Lepanto

viento en aquellos parajes desde el fondo del golfo de Corinto. Al rayar el dia, se levanta la brisa y refresca. La armada turca se mueve y avanza empavesada; su música da al aire alegres acordes «y era una maravilla ver aquel espacio de mar cubierto de galeras con sus gallardos castillos y sus flámulas de todos colores y todo aquel ruido (7).» Apártase el sol del horizonte y el mar se calma y queda inmóvil. «Don Juan hizo enarbolar crucifijos y estandartes y se puso de rodillas... y hecha absolucion por los Padres de la Compañía de Jesus y capuchinos enviados por Su Santidad, se calmó el tiempo (8). Despues pasa á una fragata y recorre sus galeras pronunciando palabras que halagan el pundonor de cada nacionalidad.—Cristo es vuestro general: mantened la gloria de vuestra patria, dice á los unos.—Dios nos ha escogido y llamado aquí, dice á otros: quiere ver si somos dignos de servirlo.—La actitud del jóven general arrebata los corazones.—Mostrémonos caballeros y cris-

(1) *Doc. inéd.* pág. 26.
(2) *Ibid.* tom. XXI, pág. 332.
(3) *Ibid.*
(4) *Doc. inéd.* tom. XXI, pág. 343.
(5) Brantome.
(6) Las Echinades de los Griegos.
(7) *Doc. inéd.* tom. XXI, pág. 348.
(8) *Ibid.* tom. III, pág. 216.

tianos.—Todos lo aclaman y ocupan su puesto de combate. El cielo está límpido y como trasparente, «el mar parece un plato de leche.» A las once, miéntras D. Juan hace advertir á Doria que á lo ménos no se aparte tanto del centro, comienza el cañoneo (1). Las naves de Venecia cerraban la costa á la izquierda; las de España y Roma formaban el centro, separadas á la derecha por un gran trecho de las galeras genovesas y maltesas, que Doria persistia en mantener lo más cerca posible de la costa, á la extrema derecha.

Esta precaucion era prudente. El experto marino habia observado la superioridad numérica de los turcos, superioridad sin importancia miéntras sus galeras permanecieran acumuladas en el fondo de la rada; pero que podia llegar á ser un serio peligro, en cuanto pudieran ganar la mar rasando la costa y extenderse por detrás de la armada cristiana y cercarla. Esta es pre-



Giacomo Foscarini, jefe de la escuadra veneciana

cisamente la maniobra que intentan los turcos en sus dos alas.

En frente de Doria, Uluch Alí con sus galeras argelinas, las enemigas bien conocidas de los marinos genoveses, simula correrse á la costa, obliga á su contrario á cerrarla más con sus barcos y cae luégo sobre los de Malta, que se hallaron momentáneamente aislados entre el centro y derecha de los cristianos. Siete navíos argelinos acometen á la vez á la galera capitana de la órden de Malta, la toman al abordaje, y no dejan con vida un solo hombre. Pero acuden las genovesas, recobran la capitana de Malta y ahuyentan á las argelinas apartándolas de la batalla (2).

La misma tentativa se repite en la otra ala. Las galeras egipcias se corren á lo largo de las rocas, al través de los pasos que los venecianos creian impracticables, cogen entre dos fuegos el ala izquierda de los cristianos, echan á pique ocho galeras venecianas y matan al valiente Barbarigo de un flechazo en un ojo. Pero no han visto la escuadra de reserva que el almirante veneciano Veneiro tenia oculta detrás de un promontorio, y son tan vivamente atacados por este refuerzo, que despues de perder la capitana, echada á pique, abandonan las demás naves y ganan la costa á nado.

Pero no era sino en el centro donde se decidia la suerte de tan memorable batalla. De pié en el castillo de la galera real, Don Juan de Austria mandó ponerle la proa á la capitana turca y acometió con tal y tanto empuje, que se rompieron al choque tres bancos de remeros.

(1) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 333.
(2) *Ibid.* tom. XXI.

Los dos navíos quedaron aferrados, los cañones inútiles, los puentes reunidos y confundida la gente de uno y otro en una lucha cuerpo á cuerpo. Estaban con Don Juan los voluntarios más valientes y mejor armados de España, la flor y nata de la caballería, y eran hábilmente secundados por los mosqueteros apostados en el castillo de popa, los cuales iban derribando genízaros con disparos regulares y tranquilos. Pero durante esta lucha, vinieron sucesivamente muchas galeras turcas á desembarcar genízaros en el puente de la capitana para reemplazar á los que quedaban fuera de combate y á defender el estandarte del Profeta, que ondeaba en el mástil mayor (1). Los soldados de la galera real estaban ya cansados de matar turcos, reemplazados sin cesar: los demás barcos cristianos, ocupados todos en iguales luchas de abordaje, no podian prestarle ayuda. La batalla se dividia en combates singulares que se hubieran creido dados en tierra firme. El momento de intervenir es aprovechado por el marqués de

Escudo de Don Juan de Austria
(existente en la Armería real de Madrid)

Santa Cruz que permanece de reserva hácia la derecha con treinta y cinco galeras. En efecto, excita á sus remeros, ayuda al paso á las galeras de Génova y de Malta á poner en fuga á Uluch Alí (á quien se acusará despues por haber dejado el combate con precipitacion) y llega á prestar socorro á la galera real. En este momento muere Piali, y se gana la bandera turca (2). La derrota se declara luégo entre las galeras turcas, que se dejan apresar, ó echar á pique ó incendiar ó arrojar á la costa. A las cuatro de la tarde, de toda aquella formidable escuadra, no quedaban más que las cuarenta naves salvadas prematuramente por Uluch Alí. Los cristianos se refieren entónces los episodios y peligros de la lucha; habian perdido siete mil hombres (3); de los quinientos veteranos del tercio de Nápoles, sólo quedaban cincuenta, sin un solo oficial (4). Alejandro Farnesio, hijo de la regenta de los Países Bajos, habia saltado solo á una galera turca, sin que pudiera seguirlo inmediatamente la tripulacion de la suya y tomó la nave enemiga. Otro grande hombre, Cervantes que sacó la mano rota de aquella gloriosa batalla, afirma que quisiera ántes haberse hallado en aquella accion prodigiosa, que sano de sus heridas sin haberse hallado en ella (5). La noche fué consagrada á defenderse contra una tempestad súbitamente desencadenada. La lluvia era sacudida por el viento; las llamas de las naves incendiadas, casi consumidas ya, disipaban las tinieblas nocturnas, y las hinchadas

(1) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 217.
(2) *Ibid.* tom. XXI, pág. 367.
(3) *Ibid.* tom. III, pág. 251.
(4) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 251.
(5) Los oficiales españoles eran siempre escritores de primer órden: el capítulo precedente ha sido redactado sobre las narraciones de tres combatientes en la guerra de los moriscos; las de los oficiales de Lepanto fueron reproducidas en los *Doc. inéd.* tom. III, XI y XXI.

olas estaban sembradas de informes restos. Fué preciso pasar tres dias al abrigo de Petala. Don Juan de Austria calculó en treinta mil el número de los turcos muertos y en doce mil e de esclavos cristianos libertados (1). Hizo luégo la reparticion de los cautivos musulmanes y de las ciento diez y siete galeras, y le tocaron en lote seis galeras y ciento setenta y cuatro esclavos, habiendo recibido un esclavo cada capitan (2).

Fué menester un mes para que el correo que salió de Lepanto llegara al Escorial (3). El rey estaba rezando vísperas. «Su secretario entró en el coro de priesa y no con la cuotidiana composicion... y S. M. no se alteró, ni demudó, ni hizo sentimiento alguno, y se estuvo con el semblante y serenidad que ántes estaba hasta que se acabaron de cantar las vísperas» (4). Entónces mandó que se cantara el *Tedeum*. El dia siguiente fué consagrado á una piadosa fiesta, en la que se vió al rey seguir la procesion muy devotamente (5). El Sandjak ó gran estandarte de los turcos fué entregado á los religiosos del Escorial (6).

Medalla conmemorativa de la entrega de la bandera de la Liga Santa

Medalla conmemorativa de la batalla de Lepanto (Tamaño natural)

El papa Pio V no se creyó obligado á disimular tanto su júbilo ni á cubrirlo con tantas ceremonias. Con extraña libertad de expresion hubo de comparar á Don Juan con San Juan. «Y hubo, recitó, un hombre enviado de Dios, y su nombre era Juan.» El Ticiano volvió á tomar sus pinceles, á pesar de sus noventa y cinco años, para celebrar con una última obra la victoria de Lepanto (7). Don García de Toledo, poseido de la alegría universal, exclamaba á su vez: ¡Ahora á conquistar á Jerusalen! (8). La Grecia estremecida esperaba á su libertador; los cristianos de Morea corrian ya á las armas (9); y la cólera y el terror turbaban el Divan (10). «Si el tiempo no estuviese tan adelante, bien nos pudiéramos ir seguramente hasta Constantinopla ó al ménos tomar toda la Grecia; empero es ya invierno» (11). ¿Qué vale más? ¿no aprovechar la victoria ó arriesgarse á un desastre en las tempestades de otoño? Don García que ve pasar los dias, comienza á reconocer que la navegacion no es bastante segura para permitir una nueva empresa (12). Don Juan tiene prisa en gozar su gloria en medio de las napolitanas: teme perder sus naves y las reserva para la conquista de Túnez en la primavera (13); con esto renuncia á nuevas empresas y vuelve á Italia.

IV.—La expedicion de Túnez

No sin repugnancia debió prestarse Felipe II á negociaciones emprendidas á la sazon por el duque de Medinaceli para apartar de la Puerta á Uluch Alí. La armada turca está destruida, escribe el duque: Uluch Alí, uno de sus mejores marinos, se ha escapado; es un italiano de Licasteli, en Calabria, súbdito de V. M. (14) y no está tan despegado de los intereses de su pueblo natal que deje de hacer algun bien á sus parientes. Los que han negociado con él rescates de cautivos tienen motivos para creer que está dispuesto á entrar al servicio del rey, cuanto más que su precipitada huida de Lepanto ha de haberlo hecho sospechoso al sultan.—Tres

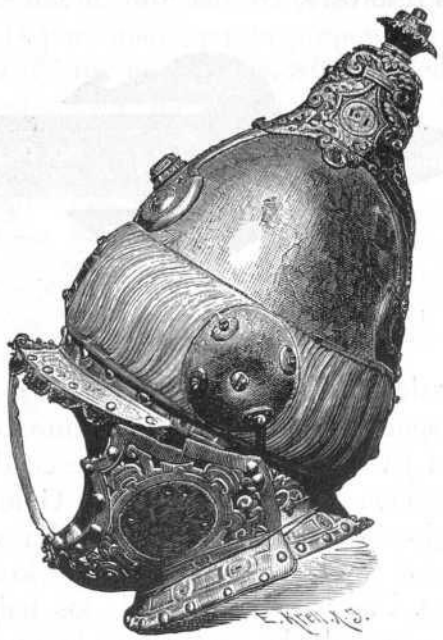
(1) *Doc. inéd.*, tom. XXI, pág. 370.
(2) *Ibid.*, tom. III, pág. 227.
(3) *Ibid.*, pág. 253. El 8 de noviembre.
(4) *Ibid.*, pág. 258.
(5) *Ibid.*, pág. 239.
(6) Fué destruido despues en el gran incendio del Escorial.
(7) Este cuadro está en el Museo de Madrid y denota la decrepitud del maestro. El Ticiano vivió de 1477 á 1576.
(8) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 31, Don García á Don Juan, 5 de noviembre.
(9) Paparrigopoulo, *Historia de la civilizacion helénica.*
(10) Cartas de Noailles en la Coleccion de *Negociaciones de Francia en el Levante.*
(11) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 224, Don Francisco de Murillo á Antonio Perez, 9 oct. 1571.
(12) «Yo tengo por cierto no podrá V. A. hacer por agora otra cosa.»
(13) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 34.
(14) *Doc. inéd.* tom. XXXV, pág. 457, Medinaceli al rey, 26 de noviembre 1571. Puede observarse tambien aquí cómo Brantome, que refiere el mismo detalle, estaba bien informado.

hermanos corsos mantenian de algun tiempo atrás relaciones secretas con el jefe de los argelinos; los parientes de Calabria ofrecieron su intervencion y se llegó á esperar por un momento que seria *capaz de dar Argel al rey Católico* (1).

Pero recibió de Constantinopla proposiciones más ventajosas: el sultan le confió el mando de la nueva escuadra que armaron sus arsenales y pusieron en campaña seis meses despues del desastre de Lepanto. «Lo habia previsto y anunciado, escribe el veneciano Marco Antonio Bárbaro (2); me contestaron que estarian mucho tiempo sin armada, y tienen ahora ciento veinte galeras sobre las que les quedaban.»

Enfrente de esta actividad se encuentra España, como siempre, detenida por la lentitud de sus hombres de oficina. El tiempo es nada para Felipe II y sus secretarios. Seria injusto atribuir la pérdida de tiempo únicamente á la excesiva circunspeccion ó prudencia del rey: el miedo á la precipitacion es igual en sus empleados, en la mayoría de sus súbditos.—«El que tarda recauda,» dice un refran español, y «á demanda presurosa respuesta espaciosa,» añade otro (3). Don Juan que no está aún habituado á esta inercia, se lisonjea de tomar á Túnez en una rápida campaña de invierno, de reunir despues en la primavera su escuadra con la de Italia y atacar á Constantinopla (4). ¡Vanos proyectos! El mes de mayo llega ántes que los españoles hayan salido de Mesina. Entónces hay que esperar á Colonna con la escuadra pontificia (5); y esta no ha parecido aún á fines de julio. Don Juan le da cita para Corfú y allí lo está esperando todo el mes de agosto. Sólo encuentra la nueva escuadra turca, cambia con ella algunos cañonazos (6), le ofrece la batalla en la rada de Navarino, pero tiene el despecho de ver que las galeras turcas se retiran á lo largo de la costa bajo la proteccion de los muros de Modon. Tiene, pues, que volver á Sicilia: se ha perdido el año (7). Nunca se halló un hombre de más vastos proyectos en mejor situacion de ejecutar las más extraordinarias empresas, pero reducido siempre á la impotencia por infinitos obstáculos, siempre ligado con multitud de lazos que sin cesar se reanudaban á su alrededor, víctima de los inquietos celos y recelos que contenian todo arranque bajo la mano de Felipe II.

Todavía un invierno en el afan de mantener la liga y conservar una escuadra cuyas dotaciones reclutadas en naciones diversas, desertan ó riñen; todavía una primavera esperando las escuadras aliadas; todavía dilaciones. Don Juan insiste en su empeño, con los ojos puestos en Túnez y el pensamiento en los arsenales de Constantinopla que han reparado el desastre antiguo ya. Despues de la primavera, se pierde

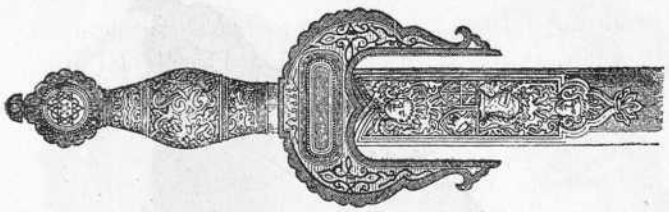


Almete procedente de la batalla de Lepanto
(Armería real de Madrid)

el verano, como los años anteriores: Felipe II no envia órdenes ni dinero. El otoño se acerca á más andar; y hé aquí que hace dos años que se destruyó la armada turca sin que se haya hecho nada, sin haberse siquiera puesto en aptitud de hacer algo.—Hallándose como se halla esta armada sin un real y con muchos millares de ducados de deudas, escribe Don Juan á Granvela (8), cada dia que retarda su partida, la hace más difícil é imposible.—Y hace tambien más formidable al enemigo: veis aquí que Venecia abandona de pronto á unos aliados tan lentos en moverse y ajusta separadamente su tratado con Turquía consintiendo en el abandono de Chipre y obligándose á un tributo de cien mil ducados, condiciones tan vergonzosas como si los turcos hubieran sido los vencedores de Lepanto (9).

(1) Ms. Bibl. nac. 10752, Fourquevauls á Catalina, fol. 209, abril de 1569.
(2) Relaz. 1573, Alberi, tom. III, pág. 306.
(3) Los adagios de este género son numerosos.
(4) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 49 á 70.
(5) *Ibid.* pág. 83.
(6) *Ibid.* nota de Fray Miguel Servia, tom. XI, pág. 373-378.
(7) *Ibid.* pág. 384.
(8) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 126, del 2 de setiembre 1573.
(9) Dumont, *Corps dipl.*, tom. V, part. I, pág. 218. Se sospechó que Francia negoció esta paz separada. V. *Carta de un francés sobre la preeminencia del rey de Francia.* Imp. de Mamerto Patisson 1594, pág. 15.

Esta defeccion consterna á los españoles. «Puedo asegurar muy bien que desesperan hablando hasta de ahorcar venecianos» (1). Pero el mismo Felipe comienza á desanimarse ante esta guerra ruinosa y esta impotente armada. «Está tan embarcado por induzion de clérigos y letrados en lo de Levante, escribe el secretario Zayas al duque de Alba (2), que no habrá volver atrás hasta que las mesmas cosas nos desengañen y muestren que todo aquello es sueño y muy pesado para quien en ello consume sus tesoros.»



Espada de Don Juan de Austria
(Armería real de Madrid)

El 7 de octubre de 1573, dos años dia por dia, despues de la batalla de Lepanto, puede al fin Don Juan presentarse con su escuadra ante la guarnicion de los fuertes de la Goleta. Fué aclamado como un conquistador. La valiente guarnicion le sirvió de vanguardia y lo condujo á Túnez. Fué un triunfo fácil: los habitantes habian evacuado la ciudad con la guarnicion turca: los caides de las tribus árabes le llevaron presentes y le hicieron espontánea sumision. Las puertas de las casas de Túnez fueron derribadas, y despues de algunos dias dados al pillaje, se embarcó otra vez Don Juan, dejando en la ciudad ocho mil de los mejores soldados de su escuadra, con víveres y un importante material de guerra (3).

Hubiera querido Felipe II que se desmantelara la ciudad y se evacuara (4); pero Don Juan esperaba obtener del nuevo pontífice Gregorio XIII la investidura del reino de Túnez; por de pronto sólo recibió una rosa de oro. Sus proyectos, su gloria, acaso su influencia con el Padre Santo comenzaban á mortificar al rey de España. Su secretario Soto, sospechoso del crímen de haber mediado en las negociaciones entre el Papa y Don Juan sobre la corona de Túnez, cayó en desgracia del rey y fué reemplazado por Escobedo, cuyos consejos fueron impuestos al héroe (5).

Para consolidar la ocupacion de Túnez, era necesario arruinar los arsenales de Constantinopla y Don Juan pidió autorizacion para esta empresa. Felipe II contestó que era una temeridad, puesto que Cárlos V, el siempre victorioso emperador, no habia creido oportuno atacar á los turcos en su propia casa.—A lo ménos es indispensable enviar refuerzos y víveres á los ocho mil hombres dejados en la costa de Africa (6). Pero el cardenal Granvela, virey de Nápoles, tiene buen cuidado de no consolidar el poder ni las fuerzas de Don Juan en Túnez. Ninguna política parece más hábil á sus ojos que la de debilitar, la de arruinar artificiosamente el reino que está para nacer (7). Se sabe que se halaga á Felipe II afectando imperturbable seguridad sobre la suerte de Túnez y la Goleta.—Por lo que á mí toca, escribe el embajador Zúñiga al rey (8), no tengo la menor inquietud por estas dos plazas: pueden defenderse por sí solas y no hay ningun inconveniente en retardar el socorro.

Entónces fué cuando Uluch Alí atacó á Túnez y la Goleta, tomó por hambre los fuertes, dejó que los árabes asesinaran á los españoles y arrasaran aquellas fortificaciones de la Goleta, que pocos años ántes consideraba Felipe II tan preciosas para enviar los refuerzos que hubieran sido tan necesarios entónces para la defensa de Malta. Esta conquista de Cárlos V fué perdida para siempre; los ocho mil españoles fueron exterminados, y los turcos volvieron á ser dueños del Mediterráneo.

V.—Abatimiento de la autoridad real en Italia

Los católicos no quisieron creer que tan humillante desgracia sólo tuviera por causa la envidia de Felipe II, envidia á la fortuna de Don Juan por las probabilidades de soberanía más ó ménos lejana y acusaron sobre todo la negligencia del cardenal Granvela «que se entretenia con cortesanas, segun una copla de los romanos» (9), ó por el «poco gusto que tenia de acudir á Don Juan, segun la opinion de los españoles, envidioso de sus favores de Marte y Vénus» (10). Difícilmente se admitirá que un

(1) Ms. Bibl. nac. 16105, fol. 29, Saint Gouard al rey, 25 abril de 1573.
(2) *Correspond. de Felipe II*, tom. II, pág 314.
(3) *Doc. inéd.* tom. XI, pág. 413.
(4) *Ibid.*, tom. III.
(5) Memorial de Antonio Perez, del hecho de su causa, pág. 188.
(6) Cabrera, tom. II, pág. 234.
(7) *Doc. inéd.* tom. XXIII, pág. 238.
(8) *Ibid.* tom. XXVIII, pág. 190, del 14 agosto 1574.
(9) Esta copla está citada por Brantome.
(10) Cabrera.

político de la valía de Granvela hubiera olvidado su deber en tan miserables pensamientos: el abandono de la Goleta parece harto explicado por la sorda resistencia del mismo rey á la ambicion de su hermano, por el cansancio de Don Juan, que despues de cuatro años renuncia á luchar contra la inercia del gobierno español y se entrega á los placeres en Nápoles (1); en fin por la tibieza general, por el abatimiento que señala un nuevo período en el reinado.

Italia está inquieta y agitada: los nobles del reino de Nápoles, no contentos con haber rechazado la Inquisicion, se unen en liga secreta, la liga de los *Blancos*, para obtener lo que acaban de pedir los señores flamencos, instituciones provinciales y la partida de las guarniciones españolas (2). Pero en Génova es donde las complicaciones son más peligrosas.

Génova era una república decadente que habia pasado del protectorado de Francia al patronato de España (3).

La faccion popular, que era, no una democracia, sino el partido de los nobles de reciente orígen, permanecia á la devocion de Francia; la de los antiguos nobles que dirigian la familia Doria, soberana de Oneglia, y la familia Grimaldi, soberana de Mónaco, reclamó el apoyo de Felipe II para mantener su preponderancia en Génova. El rey no podia mostrarse neutral en una cuestion que interesaba á Doria. El ma-

Medalla conmemorativa de la expedicion de Túnez

rino Juan Doria era propietario de la mayor parte de las galeras genovesas de la armada de Lepanto. Pero por otro lado, temia Felipe II justificar una intervencion de Francia (4), y se limitó al principio á dar consejos que simulaban imparcialidad. Envió tambien á Génova á Don Juan de Idiaquez, el cual procuró conciliar los ánimos repartiendo igualmente entre ellos las dignidades de la república. Este acomodamiento no restableció la paz por más tiempo de un año, y fué menester luégo que el duque de Gandía se presentara con tropas españolas, que Doria amenazara á la ciudad con un sitio por mar y que el Padre Santo interviniera por ministerio de un legado, para que las familias de los antiguos nobles no fueran expulsadas. Este empeño ocupó á Felipe II el año mismo de la pérdida de la Goleta y no contribuyó poco á impedir el envío de un ejército de socorro á Africa.

Por fortuna de la cristiandad el poder otomano se precipitó á la sazon en una decadencia más rápida. El sultan Selim, que se hacia enviar de Chipre, su nueva conquista, el vino de la Encomienda, vaciló despues de haber bebido y se rompió la cabeza contra el mármol de sus baños. Su hijo Murad se encerró en el kiosko de Scutari con la hermosa Baffo. Esta esclava veneciana incurrió en el desagrado de la madre del nuevo sultan, la cual le suscitó quinientas rivales. Murad, en medio de ellas, olvidó su escuadra, ahorcó á Mahomed el Halcon y pidió fuerzas al opio. Con esto cesó la Turquía de pesar sobre el reinado de Felipe II.

La inaccion y los proyectos romancescos agotaban igualmente á Don Juan de Austria: jugar á la pelota, cortejar á las napolitanas, reñir con los representantes de Felipe vinieron á ser sus únicas ocupaciones. Dejó de ser el hombre de accion que hace pasar su energía al alma de los demás; se exaltó con proyectos irrealizables, pensó en llegar á ser rey de Francia, y oyó del frio y honrado Don García de Toledo reflexiones como la siguiente, cuando se supo la

(1) Cabrera. «Porque la gentileza de la tierra y de las damas agradaba á su gallarda edad.»

(2) *Doc. inéd.* tom. XXIII, pág. 238 á 246.

(3) España poseia en Italia, sobre los reinos de Nápoles y Sicilia y el ducado de Milan, los presidios de Toscana, Orbitello, Porto Ercole, Monte Filipo, Porto San Stefano y Porto Longone. Los duques de Saboya, de Parma y de Ferrara eran vasallos suyos, como la república de Génova. El rey de Francia Cárlos VII se declaró protector de Génova en 1458; sobre sus relaciones secretas con los Fieschi y los Fregosi, véase la *Rev. de los doc. hist. año* 1880, pág. 69

(4) La política interior de Génova, las causas de la decadencia de esta república que habia armado ciento sesenta galeras en el siglo XIII, y la historia de las familias nobles se resumen en un notable folleto, muy raro en Francia, publicado en Milan en 1575. por Uberto Foglieta. Véanse especialmente las páginas 102 á 109 y la invitacion á Doria para hacer donacion de sus galeras (pág. 139, 162, 172).

muerte de Cárlos IX: «Si para ser rey de Francia tuviese V. A. el derecho conforme á los méritos, podríase luégo coronar sin contradiccion ninguna; mas habiendo de ir esto por sucesion, podríamos echar los ojos á lo que va por eleccion y por méritos, y cuando vacase lo de Polonia con el nuevo reino y herencia del que agora lo tiene, podríase tentar con el rey nuestro Señor que encaminase y procurase la eleccion para V. A.» (1).

Este héroe inquieto va á ser en fin llamado á levantar la fortuna de Felipe en los Países Bajos. Ha debido suspenderse la narracion de los acontecimientos del Norte en el momento en que el duque de Alba se disponia á ponerse en marcha, de modo que no la suspenderemos ya á contar de la época en que Felipe, separándose de la política conciliadora de Margarita, se empeña en un sistema de represion extremada y de autoridad absoluta, gasta sus fuerzas, y quiere volver de nuevo á la conciliacion enviando á Flandes al vencedor de Lepanto.

CAPITULO XV

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA CATALINA DE MÉDICIS Y LOS PAISES-BAJOS.— EL DUQUE DE ALBA

1567-1569

PREPARATIVOS DEL DUQUE DE ALBA.— INFANTERÍA ESPAÑOLA.— PRISION DE LOS CONDES DE EGMONT Y DE HORNES —EL TRIBUNAL DE SANGRE.— ASESINATO DEL BARON DE MONTIGNY.— OMNIPOTENCIA DEL DUQUE DE ALBA

I.—Preparativos del duque de Alba

Miéntras Malta estaba en peligro y la política de Catalina de Médicis preparaba complicaciones hostiles, Felipe II no perdia de vista los Países Bajos ni cesaba de anunciar su partida para el Norte. «El caudal que yo hago de vuestros advertimientos, escribia á Granvela (2)... Montigny y Bergues así se están aquí y estarán todo el tiempo que será menester, aunque ellos hacen harta instancia que se les dé licencia para partirse... No puedo impedirles de enviar cartas, bien que se les vigile de cerca: se hace lo que se puede; pero es de menester quitar el alarma. He de ponerme en camino con un ejército.» Y cuando sabe por un aviso de Don Francés de Alava que se ha visto pasar cerca de Paris un correo de á pié que hacia diez y ocho leguas de jornada, con cartas de Montigny (3), el rey, segun su costumbre, pone al márgen «*ojo.*» En lo de partir él mismo, no ha pensado siquiera: ni se atreveria á confiar en la hospitalidad de Catalina, como Cárlos V confió en la de Francisco I, ni á correr el riesgo de una travesía por mar, pues conserva un doloroso recuerdo de sus navegaciones, aunque en su sentir, «esto tiene de bueno el mareado que en viéndose en tierra, se pierde y olvida de todo» (4). Pero se afana con sus secretarios en la redaccion de un despacho en latin bárbaro para dar sus poderes al duque de Alba.

«Nos que en toda cosa y en todo negocio, con madurez y luenga deliberacion, justa y legítimamente pensamos y reflexionamos en todo lo que exige pensamiento y reflexion, nos curamos de estatuir, decidir y proceder con el mayor cuidado...» (5).

En estos términos, pues, da encargo al duque de Alba de someter á juicio á los caballeros del Toison de oro que fueron autores ó fautores de la rebelion, y de no tener en cuenta los privilegios de la Orden, ni ménos inquietarse por los juramentos reales. Notable prevision, que le hace anular, muchos meses ántes de violarla, la

(1) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 149, Don García á Don Juan, 30 de junio 1574.

(2) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 337, el rey á Granvela.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1507, pieza 70, del 6 de marzo de 1567. «Cuatro dias ha que passó cinco leguas desta villa un correo de á pié á diziocho leguas al dia, embiado de Montiñi, y entiendo que por allí han pasado otros tres ó cuatro suyos: vienen con nombre de que los embia el capitan de los archeros flamencos de V. M.: parten de noche de Madrid.»

(4) *Corresp. de Margarita*, tom. II, prólogo, pág. 70.

(5) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 345, 15 abril 1567. «Nos qui in omni re atque negocio mature magnaque cum deliberatione, juste ac legitime, pensatis ac consideratis omnibus quæ pensanda et considerandа sunt, statuere, decernere et procedere omni studio curamus...

ley que puede poner obstáculos á sus pensamientos de venganza: aparta del duque de Alba los incidentes de procedimiento y los escrúpulos de legalidad que podrian retardar sus golpes, y arregla en su imaginacion los menores episodios con tal extension, que declara el mismo duque no haberse visto ligado en sus misiones anteriores por instrucciones tan estrechas (1).

El duque de Alba tiene en esta época poco ménos de sesenta años: es alto (2), delgado, seco, irascible; tiene la cabeza muy pequeña y la barba larga y canosa. No tiene al parecer más prisa que Felipe de ponerse en camino: menudeando sus cartas para reunir las galeras y barcos de trasporte y los víveres (3), se entretiene, sin embargo, «tan enamorado de Doña María Manrique que no tiene momento de reposo sino cuando la ve, que es con la frecuencia posible» (4).

Apénas arrancado á esta pasion senil, cuando es detenido por la gota en el cabo de Creus (5). Despues se embarca en la flota de Doria, reune sus tropas en Génova, y avanza al través de Saboya con mil doscientas cincuenta lanzas, ocho mil ochocientos españoles de los tercios de Lombardía, Nápoles, Cerdeña y Sicilia (6), y tres mil bisoños. Llevaba á sus órdenes como principales oficiales, dos veteranos de las guerras de Cárlos V, Mondragon y Sancho de Avila, á su hijo Fadrique, su bastardo el prior Hernandez de Toledo y al italiano Chiapin Vitelli.

Pero la desercion comienza desde las montañas de Saboya. «Los desertores, escribe Alba al rey (7), son en tan gran número á lo que me dicen los maestres de campo, que estoy espantado.» El dinero, otra señal alarmante, falta desde el primer dia: la mala administracion y las dilapidaciones han consumido los recursos reunidos con detrimento del comercio de Sevilla; los soldados están descontentos por no recibir sus soldadas; el duque de Saboya importuna al orgulloso general reclamando una suma debida de mucho atrás por las pagas de cinco mil piamonteses que hubo de enviar al reino de Nápoles.—He hecho semblante, dice el duque de Alba, de no entender cosa de lo que queria decirme: bien creo que me han de tener por miserable; pero ya he pasado la vergüenza (8). En Besanzon nueva dificultad. Besanzon es del rey de España, que recibe de sus burgueses un impuesto de quinientos francos anuales: la ciudadela es del emperador; la justicia depende del duque de Orange que es alcalde hereditario de la ciudad; en fin, «ciertos fautores de turbulencias comienzan á llevar á ella novedades» (9). El duque de Alba no es para tolerar semejantes complicaciones; temiendo que el espíritu formalista del rey retarde las medidas oportunas, toma de suyo las disposiciones necesarias. Se necesitaba una resolucion pronta, decia; y crea un tribunal independiente del parlamento de Dole; aumenta las facultades del teniente del rey, y para asegurar esta autoridad deja una guarnicion de algunos centenares de soldados bajo la expresa condicion de no estar á disposicion de la jurisdiccion eclesiástica (10).

El 8 de agosto, dos meses y medio despues de haber desembarcado en Génova, no ha pasado aún del Luxemburgo el duque de Alba: se detiene con el duque de Lorena, del que hay que desconfiar, por lo afecto que es al rey de Francia, «como á hombre que de la noche á la mañana les puede con un alguacil de palo echar de sus casas» (11). Por lo demás, está orgulloso de la impresion que ha causado en Europa el aire marcial de su ejército durante esta prolongada marcha: los hombres de guerra acudian á ver desfilar á soldados tan ricamente armados, que más bien se les tomaba por capitanes (12).

II.—La infantería española

El tercio español se formó lentamente durante las guerras de Italia y vivió hasta la batalla de Rocroy. Constaba de un criado y de una mujer por soldado, lo que hacia decir al duque de Alba: «Un ejército de treinta y dos mil combatientes representa cerca de cien mil bocas que alimentar, ó poco ménos (13).» Brantome hubo de tomar por meretrices á estas mujeres que no sino parecian princesas por sus atavíos (14), cuando las vió desfilar á caballo con el ejército que el duque de Alba llevaba á Flan-

(1) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 354.
(2) Badoaro, Relaz. ven. «Di persona grande, magra, piccola testa, colerico et adusto.»
(3) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 349 y siguientes.
(4) Ms. Bibl. nac. 10751, Fourquevauls á la reina madre, fol. 610.
(5) El 4 de mayo de 1567, *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 360.
(6) *Ibid.*, pág. 382.
(7) *Ibid.*, pág. 372.
(8) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 380.
(9) *Ibid.*, tom. XIV, pág. 434. Esta carta del duque de Alba al rey tiene la fecha del 14 de diciembre de 1571; es un error evidente de los editores. El duque de Alba estuvo en Besançon en julio de 1567 y no volvió mas. El tumulto de Besançon de que se hablará mas adelante, fué en 1575.
(10) *Doc. inéd.* tom. XIV, pág. 446.
(11) *Ibid.*, tom. IV, pág. 379 y siguientes.
(12) Brantome.
(13) *Doc. inéd.* tom. XXXII, pág. 13, Alba al secretario Delgado, del 20 de febrero de 1580.
(14) Brantome, *Rodom. espag.* Bien debia haberlas igualmente.

des; pero las calumnió probablemente. Las más de las veces estaban casadas con los soldados á quienes seguian en campaña; á la manera que hoy en los ejércitos de muchas repúblicas españolas de América, estaban destinadas al cuidado del campamento y de las subsistencias. El número de los soldados casados era tan considerable, que no se pudo encontrar una escolta para acompañar á Felipe II, cuando se embarcó para Inglaterra en la época de su casamiento con María Tudor, no queriendo llevar mujeres á un país herético. Bien querian los hombres partir, ántes que perder sus plazas de soldado; pero las mujeres fueron llorando tras de sus capitanes solicitando que no se las dejara solas y desamparadas de sus maridos (1). Fué menester que Felipe permitiera á los soldados casados que se quedaran en España, haciéndose acompañar de reclutas mozos.

La *plaza* de soldado era una propiedad de que no se podia desposeer sino por condena: no habia licenciamiento ni retiro: el soldado sentia el mismo pundonor é inspiraba el respeto mismo que el oficial: muchos soldados eran antiguos oficiales: veíanse en las filas ora capitanes reformados, ora maestres de campo caidos en desgracia, bien caballeros de órdenes militares (2). La profesion parecia bastante honrosa por sí misma para que no fuera necesario desear grados y distinciones. De aquí aquella solidez y podria decirse tambien delicadeza del tercio español: era un sér robusto que se conducia por el amor propio y se satisfacia con la gloria. «Los soldados viejos tienen por proverbio: *La victoria nunca viene sola.* Y está bien dicho, porque el orgullo de un triunfo hace los ánimos invencibles y los arriesga y dispone para emprender nuevas hazañas» (3).

La primera fila de la infantería tenia la rodela y la espada, la segunda la pica, la tercera el arcabuz; pero todos los soldados eran iguales entre sí y estaban igualmente orgullosos de su oficio. «Entre la soldadesca, dice el duque de Alba, no miramos la sangre, sino el soldado que está más adelante» (4). Y el valor podria dar al soldado reputacion tan gloriosa como á un general: uno de los héroes populares de los romances, Alonso de Céspedes, era un soldado raso.

Cuerpos tan selectos en que tenian á mucha honra sentar plaza los más nobles y bravos de la nacion habian de merecer bien del rey. Cárlos V no faltaba al deber de conocer sus tercios y sus virtudes militares, apreciando en tales hombres la ruda altivez, y hasta se hizo inscribir como simple soldado en la compañía de Don Antonio de Leyva, su mejor capitan. Pero Felipe II no estaba á gusto sino en medio de los oficinistas, dóciles y humildes; huia de la viril familiaridad del soldado, reservaba sus favores para los secretarios diligentes, para las plumas más rápidas, y olvidaba las soldadas de la tropa, y olvidaba los víveres de las plazas.

El soldado habia de comer, como su mujer y su criado, y como decia Cervantes, uno de ellos, si la paga no llega, fuerza es cargar la conciencia y exponer la vida, tomando lo que se encuentra (5). El merodeo, el pillaje, el odio del capitan que se acostumbra á imitar al rey y á pagarse el primero interceptando las sumas que llegan tardíamente para las soldadas, determinan la insubordinacion y muy luégo el alzamiento: la campaña de Flandes va á contribuir á precipitar esta decadencia.

La negligencia del rey le fué rudamente reprochada por un soldado, cuyas palabras muestran qué grado de libertad habia entrado en los hábitos militares. «¡Válame Dios! ¿Qué puede ser que siendo los españoles de su natura la gente más robusta, más belicosa y más codiciosa de honra de todos, la vemos agora la más amiga de holgarse? Yo vos diré. Hánse quitado la honra y el premio á los virtuosos y valientes y dádola á los viciosos y cobardes. Nunca más desearon honra los españoles que ahora; pero viendo que no anda ya con la virtud, buscándola con los vicios, pintándose, procurando favor, y huyendo de los peligros, no se les da nada de hacer faltas. Cuando Dios quiere castigar un pueblo, priva de juicio á sus gobernadores. No he visto escribano ni bachiller, ni hombre que tenga oficios de V. M. ó trate en su real hacienda que no se haga rico con ellos en dos dias, y que no deje mayorazgo ó rentas á sus hijos, aunque haya gastado en la vida tres doblado del sueldo que V. M. le dió. Al contrario, no he visto un soldado que deje una sábana con que enterrarse cuando muera. ¿Quién echó los moros de España? ¿Quién descubrió las Indias? ¿Quién ha ganado los Estados de Italia y defendido los de Flandes? Por cierto no el bachiller con sus párrafos ni el escribano

(1) Viaje á Inglaterra, pág. 6.
(2) Cánovas del Castillo, *la Batalla de Rocroy*.
(3) *La Pícara Justina*, pág. 96.
(4) *Doc. inéd.* tom. XXXV, pág. 146, Alba á Zayas, 16 nov. 1580.
(5) *Don Quijote*, parte II, cap. XXXVII.

con sus plumas, ni áun los galanes con sus invenciones» (1).

III.—Prision de los condes de Egmont y de Hornes

Despues de haber preparado el desenlace con tanto sosiego, el rey está á punto de comprometerlo con su impaciencia en el último momento: no es que olvide su papel de justiciero, dispuesto á ponerse en camino, porque acusa aún de malicia á los que comienzan á creerse engañados por sus proyectos de viaje, pero no puede ménos de exclamar (2), á riesgo de provocar una emigracion que engañaria su venganza: «No se haga gracia á nadie hasta mi

Entrada del duque de Alba en Bruselas

Facsímile de un grabado en cobre de F. Hogenberg

llegada. El decreto de la regenta que tolera el culto reformado es cosa ilícita y indecente... á la hora y sin réplica ninguna le revoque. Escribo á la regenta en francés para mayor satisfaccion mia y claridad de mi voluntad.» Exigir que los suplicios sigan su curso, sin gracia posible hasta su llegada, es abrir los ojos á los prudentes, es empujarlos á que vayan á reunirse con el príncipe de Orange. Los más avisados suelen cometer estas torpezas. Alba tambien cae momentáneamente en falta semejante. Cuando al acercarse á Bruselas vió al conde de Egmont que se adelantó hácia él: Hé aquí el principal hereje, dijo en alta voz. Y luégo dirigiéndose á él: Conde, añadió, habriais podido ahorrarme este viaje. Pero despues de este primer movimiento concedido al odio, recobró su calma el duque, aceptó los caballos que le ofrecia Egmont, circuló con él por delante de las tropas con el brazo familiarmente apoyado en el hombro del hereje á quien detestaba y cuya cabeza se preparaba á derribar.

En esta animosidad del duque de Alba contra Egmont se pueden observar muchos matices: el duque no ha tenido aún ninguna accion de fama en su carrera militar y es acusado de mostrar más calma que valor en el combate. Egmont, al contrario, ha tenido más fortuna que talento y gusta de ponderar sus famosas cargas

(1) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 337. Carta al rey, del Capitan Barahona en 1562.

(2) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 374. Carta del rey á Granvela anunciando el 12 de julio estas órdenes enviadas á la regenta.

de caballería en San Quintin y en Gravelinas. La envidia del táctico que ha dirigido penosamente ingratas campañas, al favorito de la fortuna, se añade aquí al horror del hombre metódico y hecho á la obediencia contra el gran señor que se ha atrevido á defender las libertades de su país. Hay aún la antipatía del cortesano sobrio, viejo, achacoso, contra el paladin elegante, jóven, jovial; del español dócil y pobre ante el flamenco independiente, fastuoso, feliz.

Esta aversion es disimulada con un arte consumado desde que llegó el duque á Bruselas. Alba comienza por ocuparse sériamente en la seguridad del país acantonando el tercio de Nápoles en Gante, el de Lombardía en Lieja, el de Cerdaña en Enghien (Henao), la caballería del Franco Condado en Walkenburgo (1), y reserva consigo el de Sicilia en Bruselas (2), á donde va á habitar la casa Jauche (3). Al dia siguiente se presentó en el palacio de la regenta.

Delante de la escalinata del palacio el capitan de los guardias de la regenta prohibió la entrada á los alabarderos que lo acompañaban (4). El duque entró sin ellos. En la escalera, los arqueros de Madama detuvieron á sus oficiales y por poco no echan mano á las espadas. El duque tuvo que penetrar solo en la cámara de la regenta. Margarita está de pié al lado de su cama con la mano apoyada en una mesa: no hace un movimiento; dice al duque que se cubra y lo escucha por espacio de media hora. Lo que oye es nuevo para ella y muy propio para desconcertarla: es la serie de instrucciones firmadas desde principios de año por Felipe II, ocultas hasta este dia y combinadas para desposeerla de todos sus poderes. Uno de estos documentos recuerda que en Flandes «se han puesto en campaña haciendo cosas abominables y execrables, que se tocaba el tamboril: en su consecuencia, añadia, establecemos al duque de Alba nuestro capitan general (5), representando nuestra persona con todas sus preeminencias, jurisdicciones, autoridades, poderes y otras cosas que es de costumbre á nuestros capitanes generales. El dicho duque solo tendrá autoridad entera de ordenar y hacer todo lo que le parecerá conveniente para nuestro servicio, aun de castigar con muerte, confiscacion y de cualquiera otra manera á los que hayan cometido el crímen de rebelion» (6). Segun otro documento, «la duquesa nuestra hermana es requerida de obedecer al duque de Alba en todo lo que mande como á nuestra propia persona» (7).

Aquella misma tarde hizo dimision la duquesa regente. «Despues de los ultrajes que V. M. acaba de hacerme, dice al rey, pido autorizacion para retirarme á Parma.» No podia ya Margarita, en tales condiciones, permanecer al frente del gobierno. Pero algunos decian que le importaba poco esto, «como quiera que tenia el riñon bien cubierto» (8). Miéntras dictaba su dimision supieron sus guardias que el pueblo de Bruselas intentaba poner en libertad á algunos campesinos que el preboste del ejército llevaba á la cárcel, y acudieron y se reunieron con la *canalla* para soltar á los presos (9). El confesor y predicador de Madama, en todo el sermon, no trató casi de otra cosa sino de que los españoles eran traidores y ladrones y forzadores de mujeres (10). La efervescencia fué tan grande, se hablaba de España «con tal desvergüenza y en términos tan escandalosos, que los condes de Egmont y Mansfeldt creyeron prudente alejarse y hubo de prevenirse al duque de Alba que no saliera á la calle sino bien acompañado.»

Esta indignacion general no era producida por el temor de ver castigar á los herejes, sino por las vejaciones sufridas por todos los burgueses obligados á alojar soldados contra las leyes y la palabra misma del rey. Los españoles, que no habian recibido paga hacia tres meses, «lo confiscaban todo á tuertas ó á derechas diciendo que todos los que tenian algo eran herejes» (11). El soldado es alojado en casa de un vecino y se establece en ella como amo: su mujer, la española dura y altanera, toma por criada á la rica burguesa, y nada pertenece ya al propietario, ni su cama, ni sus hijas, ni su dinero: el burgués y su esposa, en su propia casa, están al servicio del huésped, recibiendo áun su desprecio y hasta sus golpes. Los alojados en casas pobres recorren los pueblos inmediatos, ponen á rescate á los colonos, hacen dinero y desertan. Una de las primeras cartas del duque, á su llegada á Bruselas, pide dos mil hombres de refuerzo «por-

(1) Foquemont cerca de Maestricht.
(2) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 383.
(3) Esta casa pertenecia á Juan de Coutreau, señor de Molembrois, Jauche y Assche, situada en el ángulo de la calle de los Carmelitas. Pont. Payen tom. II, pág. 27.
(4) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 399, Mendivil al rey.
(5) Otro documento en latin nombraba al duque *Capitaneum generalem.*
(6) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 388 á 395.
(7) *Corresp. de Felipe II*, apéndice, 102.
(8) Ms. 12941. Bibl. real, Bruselas, fragm. publ. por Gachet.
(9) *Doc. inéd.* tom. IV, Carta de Mendivil.
(10) *Ibid.* pág. 401. «Tan desvergonzadamente que es negocio de gran escándalo.»
(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, pág. 565.

que gran número de soldados han tornado en Italia» (1). El hábito de los excesos y esta vida de bandolerismo en medio de una poblacion rica é indefensa aflojan rápidamente los lazos de la disciplina. Aludiendo á su tropa escribe el duque al rey: «Tan mal disciplinada que no me puedo valer con ella, venian tan avezados á robar que no era costumbre hacerse ya secretamente: hánse ido muchos en Italia, en España y algunos en Francia» (2). Este caso, raro hasta entónces, de deserciones tan numerosas en los tercios de la vieja infantería, llena de consternacion los ánimos en Madrid, considerando como un síntoma alarmante que lo hayan abandonado más de dos mil quinientos de los que fueron de Italia, sin contar los que se han retirado á España por mar y diariamente se retiran (3).

La regenta hubiera querido aliviar de estas injustas é intolerables vejaciones, con un esfuerzo supremo, á algunas de aquellas ciudades. —Bruselas, dijo al duque, no ha merecido ciertamente la carga de una guarnicion (4).—Decid á los burgueses que soy inflexible (5), contestó el duque, y cederán. La duquesa replicó «que era oficio suyo echarse á los piés de su hermano y pedirle se contentase con la sangre que ella habia hecho derramar, y á los que más les paresciese castigar, los castigue en dineros.» Esas guarniciones, añade, son crueles y convendria despedirlas.—Yo me ternia por mal caballero y por el más malaventurado de cuantos han nacido, dijo el duque, si se dijese en algun tiempo que yo habia faltado á defenderos contra los rebeldes ó á hacer ejecutar vuestras órdenes.—Pero Lieja ha sido siempre fiel. ¿Por qué acantonar allí esa tropa?—Voy á confesaros la verdad, señora: yo no me fio mucho de los burgueses de Lieja, y bien merecen este castigo; pero la guarnicion de Lieja está principalmente allí para ocupar una posicion que separe á Amberes de Alemania (6).

No sólo con la regenta toma este tono sarcástico el viejo general: su sarcasmo parece salvaje, sobre todo, cuando se comprende el sentido secreto de las palabras, en apariencia afectuosas, que dirige al conde de Hornes para decidirlo á dejar su castillo y presentarse en Bruselas entre los españoles: en efecto, hace llamar al secretario del conde y con pérfido descaro le dice:—Siento muy mucho que el rey no haya dado al conde de Hornes la recompensa que merece; pero es un príncipe justo que, tarde ó temprano, reconoce lo que se ha hecho por él. Los grandes príncipes son tardíos en dar la retribucion de los servicios; el conde no tardará en recibir la suya. Si yo lo viera, le probaria que no está olvidado de sus amigos. Estoy ofendido de la desconfianza que me manifiestan los señores del país, cuando soy el amigo y servidor de todos ellos (7).—Y al mismo tiempo se disculpa con el rey por no haber echado mano aún á aquellos señores. «No es más que una espera, dice, por poder coger á todos estos de un golpe» (8).

Las buenas palabras del duque no pueden atraer al conde de Mansfeldt, pero han conseguido hacer entrar en Bruselas (9) á los condes de Egmont y de Hornes y á sus secretarios Backerzeel y Laloo, como tambien á Van Straalen burgomaestre de Amberes. El dia siguiente al de su llegada, se reunen en casa del hijo natural del duque, el prior Hernandez de Toledo, en un gran banquete donde se les retiene todo el dia, miéntras se hacen los preparativos de su prision. «Durante la comida envió el duque á sus trompetas para que alborozaran á los comensales, y á eso de las tres de la tarde envió á rogar á los dos condes que fueran servidos de ir á casa de Jauche á donde paraba á fin de tratar de consuno sobre la forma del castillo que pretendia erigir en la ciudad de Amberes» (10). Entónces el bastardo de Toledo se sonrojó de vergüenza pensando en la reputacion de su padre, en el honor español, en el huésped que se sienta á su mesa; baja la cabeza y dice al oído al conde de Egmont que estaba á su lado: Señor conde, levantaos, tomad el mejor caballo de vuestra caballeriza y poneos en salvo sin demora.

Retírase Egmont á un aposento inmediato á consultar con Noircarmes. Noircarmes era un valiente soldado, que habia dado pruebas de humanidad en el sitio de Valenciennes; pero cuatro dias ántes habia aceptado el cargo de ser uno de los jueces del conde de Egmont (11), y ha de retenerlo para no perder sus beneficios, y lo alienta y confia, puesto que ha prometido

(1) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, del 30 agosto 1567.
(2) *Ibid.*, tom. XXXVII, pág. 82, del 6 de enero de 1568.
(3) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 1243, carta de Fourquevauls del 9 de marzo 1568.
(4) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 22, carta del 17 agosto 1567.
(5) «Que soy cabezudo.»
(6) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 404 y siguientes.
(7) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 563. Alfonso de Laloo á Montigny, 27 agosto 1567. «Tan amigo y servidor á todos.»
(8) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 416.
(9) El 8 de setiembre de 1567.
(10) Pont. Payen, tom. II, pág. 27.
(11) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 416, el duque de Alba al rey.

condenarlo. Ríese de su inquietud y le hace volver á la mesa del festin. Una hora despues se traslada Egmont alegremente á casa del duque y el ingeniero extiende sobre la mesa un pergamino donde habia delineado la traza del castillo. Abrese discusion y el duque se retira á las siete de la noche. Va á retirarse Egmont y es detenido por el maestre de campo Sancho de Avila: algunos minutos despues es preso el conde de Hornes; los secretarios, que son preciosos porque se les reserva para la tortura, son sorprendidos en su posada; el burgomaestre de Amberes, tan importante como los secretarios, porque sus inmensas riquezas son destinadas á la confiscacion, no se escapa tampoco. «Les tomaré igualmente sus castillos, escribe prontamente al rey el duque de Alba; pero todavía no querria dalles á beber la purga ántes de tenellos jaropados (1).»

Los dos jefes de la aristocracia flamenca fueron encerrados separadamente en prisiones donde no podian tener más luz que la de las bujías (2). La fuerza del golpe ha abatido todos los ánimos; «la tranquilidad es tan grande que el rey no lo podria creer» (3). Ni áun los caballeros del Toison de oro se atreven á reunirse. La cuestion de vuestros privilegios está ya resuelta por el rey, se limita á decir el duque de Alba (4). La pobre regenta reitera su dimision el dia siguiente al de la sorpresa. «No es lo que me aflige, dice al rey, la supremacía concedida por V. M. al duque de Alba; pero digo que el real servicio del rey y mi honor estarian mejor hallados, si al entrar ese duque en este país, donde há muchos meses están aseguradas la paz y la obediencia, se me hubiera dado autorizacion para retirarme.» Como no habia sido mantenida hasta entónces sino para servir de cebo é inspirar seguridad engañosa á los que el duque queria prender, recibió la autorizacion solicitada para volver á Italia, tan luégo como se dió el golpe (5).

IV.—El Tribunal de Sangre

El duque de Alba habia tenido la precaucion de preparar un tribunal áun ántes de tener á los acusados, tribunal de que pretendia hacer su principal instrumento de dominacion, y en que no quiso poner legistas, «porque los letrados, escribia al rey (6), no sentencian sino en casos probados.» No, no son pruebas las que se necesitan, sino docilidad, condescendencia. Yo mismo los presidiré y les añadiré á Barlaymont y á Noircarmes: es confesion del duque. Con esto, él prende, acusa y juzga. No juzga, porque «en siendo el aviso de condemnar á muerte, se decia que estaba muy bien y no habia más que ver. Pero si el aviso era de menor pena, tornábase á ver el proceso,» (7) volvia la causa al tribunal. No es tribunal, porque nadie le dió la investidura; sus miembros no tienen comision del rey; el duque solo firma todas las órdenes y sentencias: los demás no son sino simples asesores. No son siquiera asesores, porque no votan; votán únicamente los tres miembros españoles (8) y el duque no se ha creido nunca obligado á conformarse con estos tres votos. Ni son votos tampoco, porque uno de estos españoles, el doctor del Rio, declara que ha sido siempre del parecer de Vargas, y es tenido por tan débil que no vota sino lo que cree ser del gusto de quien le manda (9).

Así mil ochocientas personas fueron exterminidas en el espacio de tres meses por una reunion de hombres que no tenian ni institucion jurídica, ni competencia, ni derecho, ni palabra, ni voto.

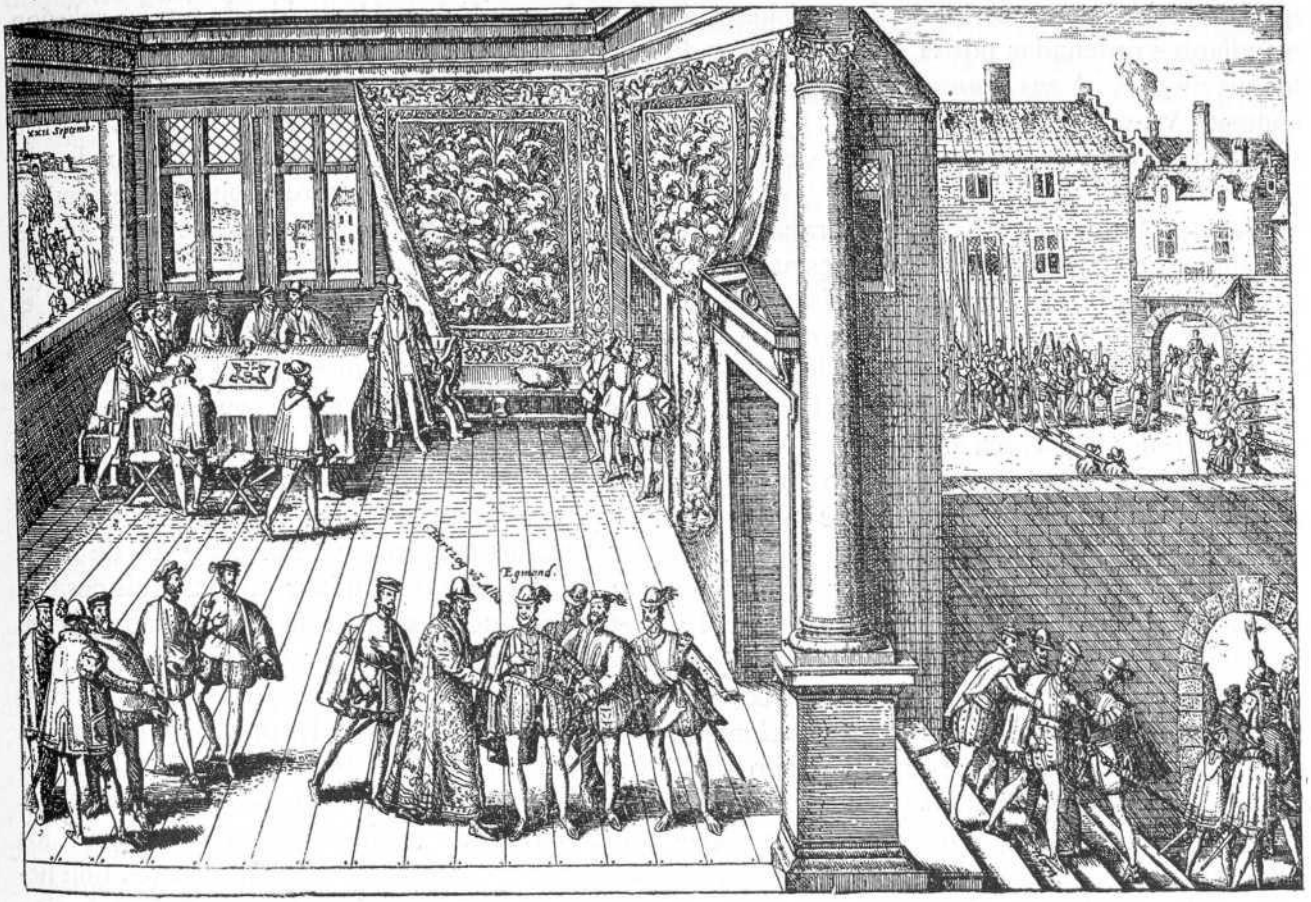
Tres de ellos, Hessels, Rio y Juan de Vargas merecen una censura especial en medio de sus cómplices.

Hessels era un comisario casado con una sobrina del presidente Viglio: era laborioso, estudiaba las denuncias; pero su pasion dominante era el espectáculo de la tortura. Gustaba de ver al acusado suspendido de las manos, levantado por la polea, desarticulado, escupiendo sangre, comenzando á confesar, retractando su confesion, ratificándola á nuevas sacudidas de la cuerda.

Habia dos del Rio, el doctor Luis, obsequioso y falso, y su pariente Antonio, señor de Claydael, «ántes mercader de la nacion de España

(1) Carta del 10 de setiembre recibida el 19.
(2) Pont. Payen, tom. II, pág. 31.
(3) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 575.
(4) *Ibid.* pág. 578.
(5) Carta del 8 de setiembre 1567. «Non mi increscе della suprema autorità concessa al duca di Alba, ma dico che Ella poteva, con più servizio suo et honor mio ordinare che al entrare di esso duca qui, *dove è pace et obedienza da molti mese in quà*, io havessi licenza di tornarme.»
(6) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 413, carta del 9 de setiembre recibida el 19.
(7) Fragmento publicado por Gachard, *Bull. de l' Ac. roy*, tomo XVI, parte II, pág. 50 á 78.
(8) Eran La Torre, del Rio y Vargas.
(9) *Corresp. de Felipe II*, pág. 452. Requesens al rey. «No tienen título ni comision por virtud de la cual hayan conoscido de las causas que allí se tractan, y solo han servido de asesores del gobernador, que es el que ha firmado todas las sententias y órdenes... y solo han votado los tres españoles y nunca el duque se obligó á seguir el mayor número de botos, sino los que le parescia, y á la verdad el de Juan de Vargas, creo que ha siempre prevalecido, porque le ha seguido siempre el doctor del Rio... tan fácil que no osa botar sino lo que entiende que desea el que los govierna.»

en Amberes» (1). Conocemos á este último, como tambien á su familia; lo vemos todavía vivo con su cara brutal, dispuesto á echar á la calle á los burgueses ricos y á incautarse de todo cuanto tienen: es el hombre pintado por el Moro en la galería Duchatel del Louvre; á su lado está su mujer, la aragonesa Leonor Lopez, encorvada, siniestra, ávida, avara; los dos hijos están allí tambien con su mirada falsa. Antonio del Rio llegó á ser tesorero general de las confiscaciones (2), y las lágrimas que esta pareja rapaz hizo derramar no tienen cuento. Cayó un dia, como su hermano Luis, en manos de los honrados flamencos que los dejaron desgraciadamente volver á España. Aquí su vocacion al oficio de dejar á los ricos en la miseria era tan



Arresto del conde de Egmont
Facsímile de un grabado en cobre de F. Hogenberg

pronunciada que por recomendacion del duque de Alba (3) fué nombrado Antonio del Rio tesorero general de las confiscaciones en Portugal. El matrimonio aumentó en Portugal su hacienda comenzada en Flandes, y vivió próspero y honrado: uno de sus hijos entró en la Compañía de Jesus, donde hizo versos latinos, un tratado enorme contra los magos y enigmas (4).

Juan de Vargas habia nacido en España; pero tuvo que darse á la fuga, despues de haber violado á una huérfana cuyo tutor era. Esperaba que en méritos de su dureza con los acusados, se anulara la causa criminal que contra él se instruia. Fué efectivamente recomendado por el duque de Alba al rey, quien se atrevió á interceder por este mónstruo con el magistrado español.—Este magistrado, escribe el rey (5), me ha contestado que no podia parar el curso de la justicia. Yo tampoco puedo ni debo hacerlo; pero haré en manera que los intereses del Vargas no tengan menoscabo en su ausencia. Fuera desto no debe tener comezon ninguna, pues sabe que yo estoy satisfecho de él y de sus servicios.—Tan contento estaba Vargas con tales muestras de satisfaccion, que todavía exageraba su celo. Así, pro-

(1) Ms. 12941 de Bruselas, fragmento publicado por Gachet.
(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 455.
(3) *Doc. inéd.* XXXIV, pág. 95, Alba á Delgado, 5 marzo 1581.
(4) El editor de las *Memorias* de Martin Antonio del Rio estudió mucho y conocia evidentemente la historia de la familia del Rio; pero la lengua de que hace uso no ha parecido inteligible. Antonio se casa con Leonor Lopez en 1549, muere en 1589, y su mujer en 1602.
(5) *Correspond. de Felipe II*, tom. II, pág. 12.

bábase la inocencia de un acusado á quien se habia ahorcado ya: En hora buena, decia Vargas; Dios se lo habrá tenido en cuenta. Cuando Pedro de Witt de Amsterdam hace constar en su causa que en medio de un tumulto evitó que un marinero matara al magistrado: En hora buena, dice Vargas; eso no prueba más que la influencia que tiene entre los rebeldes y morirá. A la universidad de Lovaina que se queja en un discurso serio de las prisiones de estudiantes ordenadas por el duque, á pesar de los privilegios: *Non curamus vestros privilegios*, contesta Vargas en latin burlesco (1). Los testigos no estaban más garantidos de sus injurias y brutalidades que los acusados (2).

Los del Tribunal de Sangre cobraban estos emolumentos: Vargas diez y seis escudos diarios, del Rio doce y los demás seis; y se les pagaban por trimestres en la tesorería de confiscaciones (3). «El robo, escribe el duque de Alba, que yo tengo por cierto que hay en las condenaciones en las haciendas de los culpados, me le imagino tan grande que temo no venga á ser mayor la espesa de los ministros que el útil que dello se sacará» (4).

De estos hombres así reunidos Felipe II aprobaba la eleccion en estos términos (5): «La nominacion que habeis hecho de personas para el tribunal que habeis instituido, me ha contentado mucho, y mucho más la determinacion que en formar este tribunal habíades tomado para que mejor y con más confianza puedan entender en los negocios.» Pero acaso estas vagas palabras del rey no sean sino una simple precaucion para eludir la confirmacion de los jueces y para hacer constar que la invencion del tribunal, la eleccion de las personas y su mandato emanan del duque y no de él. Acaso le pareciera al contrario, que los jueces eran peligrosos y que habrian bastado las ejecuciones sin este simulacro de formalidades; los flamencos están fuera de la ley por crímen de lesa majestad; están condenados y deben ser ejecutados sin nuevo juicio (6). En todo caso los ejecutores no se pararon en tales sutilezas y consagraron á las proscripciones el dia y la noche con menoscabo de su salud.

Los primeros perseguidos fueron los niños. «Luégo que prendí á los condes de Egmont y Hornes, dice el duque (7), me paresció convenir al servicio de V. M. tomar al hijo del príncipe de Orange y á los del Degmont y enviarlos en España para que se crien en un monasterio, sin hacer semblante de retenerlos presos, porque no digan sus padres de Alemania que es inhumanidad que pague el hijo los pecados del padre.» Crueldad singularmente expiada más tarde. Este hijo del príncipe de Orange (8), arrebatado por Felipe II y educado en la religion católica, fué un personaje sin ninguna valía y no hizo ningun papel: si hubiera permanecido con su padre en medio de los protestantes, habria sido el jefe de la familia, habria dejado decaer la influencia de su nombre y puesto obstáculos con su sola presencia y su título de primogénito al poder que pudo tomar en su ausencia su hermano menor Mauricio, el grande hombre, el enemigo afortunado de España.

El padre, aunque ausente, fué sometido á una instruccion criminal. Se le acusaba de haber hablado con irreverencia de la Santa Inquisicion (9), de no haber ejecutado á los herejes en Holanda, y de haber pedido la convocacion de los Estados generales con el pretexto de «que no podia el rey determinar ni constituir cosa en estas provincias, si no fuese determinado por los Estados generales, lo que es dejar al mismo rey despojado de toda autoridad y poder y adornado de sólo el título» (10). Es pues una usurpacion lo que emprende Felipe; quiere sustituir las leyes con la omnipotencia de su autoridad absoluta, borrar las nacionalidades y arrancar los derechos seculares. El celo religioso es una ficcion que oculta las pretensiones políticas, ficcion tanto más culpable, cuanto que empuja hácia el protestantismo á todos los que quieren salvar el país y sus leyes.

La religion es de tal manera extraña al programa de Felipe que los primeros perseguidos, con los jefes de la aristocracia, son los frailes, si no aceptan la organizacion eclesiástica que ha establecido en España y quiere extender á los demás Estados. Toda órden, cuyo superior esté en Francia, será excluida de los Países Bajos. «Los monasterios de los mendicantes y abadías súbditas á franceses sean reducidas á los prelados de los Estados de V. M. porque de Francia envian herejes por aquella vía» (11); es decir,

(1) Maurie, *Memorias*.
(2) Ms. Bibl. Madrid, E. 49, fols. 137-148. «Quedan los negociantes mal desconsolados y maltratados de obras y palabras.»
(3) Fragmento atribuido á Jano Gruterus, publicado por Gachet.
(4) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 495.
(5) *Ibid.*, pág. 474.
(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 660, 664.
(7) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 87.
(8) Se llamaba Felipe Guillermo y era hijo de Ana de Egmont, primera mujer del príncipe; murió en 1618.
(9) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. III, pág. 119.
(10) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 428.
(11) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 58, Fray Lorenzo Villavicencio al rey.

religiosos que están por la supremacía de la Iglesia y no por la de Felipe II. Con esto, los abades son los primeros que huyen (1), renunciando á las rentas de sus beneficios por salvar la vida. Muy luégo, á ejemplo de ellos, abandonan los burgueses sus industrias y procuran emigrar con lo que pueden llevarse de sus bienes. Pero hasta esta precaucion es peligrosa. El duque no gusta de que las víctimas se le escapen de las manos, y manda fijar un edicto prohibiendo á los burgueses, artesanos y demás gente del pueblo (2) ausentarse de estos países, ya solos, ya con sus familias, clandestina ó públicamente, como tambien trasportar por mar ó por tierra, sus muebles, bienes ó mercaderías, bajo la pena de ser detenidos por culpables ó sospechosos de las turbulencias, y como tales aprehendidos y perseguidos y confiscados de los dichos bienes cargados para llevárselos: los marineros ó carreteros que no denuncien á los emigrantes serán tenidos por sospechosos y como tales castigados, con la confiscacion de sus barcos, carros y caballos. Tiene cuidado de añadir que semejante emigracion es una injuria para la clemencia y bondad del rey y una ruina para la patria (3); prueba que no es una vana amenaza su advertencia mandando prender á diez burgueses de Tournay que ya huian y haciéndoles volver á sus casas vacías, ya despojados de lo que se llevaban: la viuda Robert Labroye, mensajera de Amberes, y Santiago Pollú fueron apaleados por haber puesto en fardos de mercancías, efectos que intentaban llevarse al extranjero (4). El duque quiere que se permanezca allí «para que cada uno piense que á la noche ó á la manaña se le puede caer la casa encima» (5), y espere el castigo en el terror, en terror tal, que los Estados generales puedan reunirse y adoptar sin dilacion todo lo que se les proponga (6). Pone seis españoles en cada casa (7), hace que sus albaneses persigan á los viajeros, ejecutándolo con tal actividad que el duque de Cleves, príncipe soberano, está á punto de caer en sus manos (8). Los presos maniatados son conducidos á las cárceles de Bruselas, y despues de haberles limpiado los bolsillos, llevados á la horca fuera de la puerta de Flandes (9). Sin embargo, no juzga aún necesario exterminar gran número de personas: hace prender la primera vez quinientos burgueses el mismo dia en varias ciudades y ordena ajusticiarlos á todos (10). «Cada dia me quiebran la cabeza con dudas de que si el que delinquió de esta manera meresce la muerte... acabando este castigo, comenzaré á prender algunos particulares de los más culpados y más ricos para moverlos á que vengan á composicion... tengo que pasarán de ochocientas cabezas... fuera de esto será bueno que se saque todo el golpe de dinero que sea posible ántes que llegue el perdon general» (11). Las ciudades deben ser castigadas igualmente y todo debe hacerse con la mayor rapidez.

La ciudad de Amberes es la primera que recibe una significativa advertencia. He sabido, escribe el duque al rey (12), que habia en Amberes prédicas clandestinas; y he enviado al preboste de la corte, el cual ha prendido en un subterráneo gran número de gente: no creo que estos vuelvan á oir nunca otra prédica. La ciudad ha reclamado contra esta expedicion del preboste que es contraria á sus privilegios, pero yo acepto de buen grado todas estas indignaciones por premio de mis ahorcados.

El terror engaña siempre al que lo llama: trae el desbordamiento de los instintos cobardes, una sumision ficticia y oculta el peligro. El duque se creyó muy fuerte cuando vió al conde de Mansfeld y á los caballeros del Toison de oro prometer que no intercederian por sus hermanos presos. «Si yo supiera que algunos hiciesen juntas aunque fuese para decir el *credo*, los castigaria,» les dice (13). El pueblo se mostró tambien dócil y esperó ablandar al tirano con el exceso de sus demostraciones religiosas. «Ha quince dias sólo se veian en las iglesias algunos viejos ó algunas viejas; hoy dia acude tanta gente como en las de España en tiempo de jubileo» (14).

Hubiera sido más importante hacer hablar á los

(1) Del Rio, *Memorias*, tom. I, pág. 36. Abbatum etiam in exteras regiones fugæ. Probablemente habrá que entender *religiones*, no *regiones;* los abades se retiran á los monasterios extranjeros.

(2) Ordenanza del 18 de setiembre de 1567, impresa en Bruselas y conservada entre los Ms. Arch. nac. K. 1508, pieza 56.

(3) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 439. «Desconfiándose de nuestra gracia y bondad, se van fugitivos y trasportan sus bienes y familias, abandonando su país y patria, de que se consigue su propia ruina y perdicion.»

(4) Nicolás Soldoyer, *Memorias*, pág. 331.

(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, pág. 590, y tom. II, pág. 4.

(6) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 492. «En la forma que ellos entiendan que lo que se propusiere no se ha de dejar de hacer.»

(7) Ms. Rec. of. n.º 1686, del 14 set. 1567.

(8) Ms. Rec. of. n.º 1706, del 21 setiembre.

(9) *Memorias anón.* tom. I, pág. 53.

(10) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 488. «Ha mandado justiciar á todos estos.»

(11) *Ibid.*

(12) *Ibid.* tom. XXXVII, pág. 164, del 29 enero 1568.

(13) *Ibid.* tom. IV, pág. 446.

(14) *Doc. inéd.* tomo XXXVII, pág. 461. Albornoz al rey, 3 de octubre 1567.

secretarios de los condes de Egmont y de Hornes; pero estos animosos señores se dejaron desgarrar por la tortura sin hacer declaracion útil. A lo ménos el burgomaestre de Amberes habria podido, á falta de informes políticos, suministrar indicaciones para facilitar el secuestro de sus bienes; pero fué sometido á tales suplicios que hubo que decapitarlo en seguida. Fué menester para buscar pretextos en que apoyar la condenacion de los dos condes, acometer al conserje del príncipe de Orange; y Vargas y del Rio se encarnizaron contra este pobre hombre (1), «levantándole en alto hasta tocar con las manos en la polea, teniendo á sus piés pendiente un peso de cien libras, habiéndole añadido despues otro de ciento cincuenta libras, y le quemaron tambien varias partes de su cuerpo... Tenia todas sus coyunturas desencajadas y rotas sin quedarle cosa de uña en piés ni en manos, de manera que no podia llevarse las manos á la boca para comer, teniendo que tomar la vianda con los dientes, hasta que le fué concedido tener un preso á su lado para ayudarle á comer y curarle las heridas, teniendo los brazos y las piernas abiertos hasta los huesos.»

Un suplicio más ingenioso aún se aplicó á otro desgraciado. Algunos caballeros de las compañías de ordenanza que habian seguido al conde de Egmont en sus batallas, hubieron de formar el proyecto de libertarlo de la prision por medio de un golpe de mano. Supieron que se les habia denunciado y pudieron casi todos escaparse. Uno sólo fué detenido, el señor de Beausart. Para Hessels, del Rio y Vargas fué un dia de fiesta. El caballero (2) fué puesto en cruz sobre un banco en un tablado donde le rompieron con una barra de hierro los brazos y las piernas, dándole además algunos golpes con la misma barra en el vientre, de tal manera, que no le quedó un miembro sano sino todos rotos, fuera del cuello, la cabeza y el pecho, durando el suplicio por espacio de tres horas. Un capitan español movido de piedad hizo que le dieran un golpe en el cuello, que era el trigésimo sétimo, y murió.

¿Quién se atreveria, despues de este espectáculo, á tomar la palabra para defender á los acusados? Un abogado clasificó las piezas de la defensa, y sólo por esto fué desterrado á Lieja siéndole confiscados sus bienes (3). Uno de los miembros del Consejo, el doctor del Rio, declaró bajo la fe del juramento, que las sentencias de los dos condes fueron escritas por Santiago Hessels y que el duque de Alba pronunció las dichas sentencias sin que nadie se atreviera á decir nada en contrario (4).

Hé aquí el tribunal. Veamos el asesinato.

El temor de irritar á las casas reinantes de Alemania con las cuales estaban emparentados los dos condes, parece haber aplazado la ejecucion (5); sus reclamaciones eran, sin embargo, bastante tímidas: «no puedo sino asistirle con muy humilde peticion y suplicacion,» escribia bajamente el duque de Lorena á Felipe II (6).

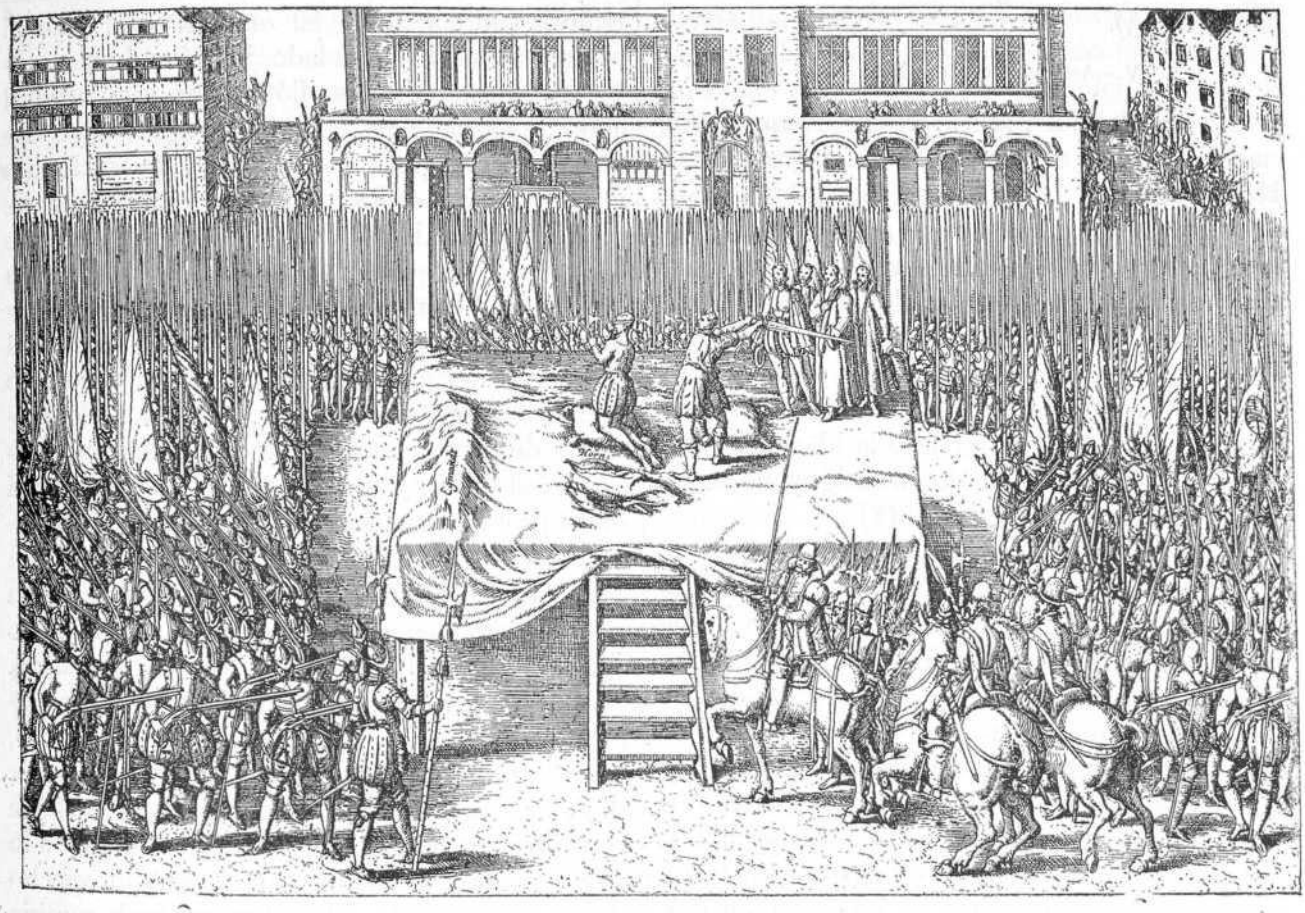
Pero el príncipe de Orange y su hermano Ludovico de Nassau no permanecian ociosos. Los dos avanzaron cada cual con un ejército levantado á su costa entre los alemanes. Pero no encontraron sino desfallecimientos á su paso: las ciudades rehusaban darles víveres, les cerraban sus puertas, todo el país gemia opreso bajo el yugo de los españoles. Las tropas del príncipe de Orange fueron muy luégo desbaratadas por Sancho de Avila (7). Las de Ludovico se atrincheraron en el monasterio de Heiliger-Lee en medio de los pantanos. Los españoles que habian de combatirlas se sentian humillados de verse mandados por un flamenco, el bravo conde de Arenberg; y avanzaron por la calzada que conducia á Heiliger-Lee, á pesar de sus órdenes, llamándolo gallina (8) y traidor (9). El conde de Arenberg, amigo de Egmont, extraviado por las vicisitudes políticas, á la cabeza de un cuerpo de tropas españolas, les dice: «Sí, yo os probaré si lo soy. Y baja la cabeza combatiendo bravamente hasta caer muerto.» Sorprendidos en emboscadas, hundidos en el fango de los pantanos, abandonados por sus auxiliares los alemanes, emprendieron la fuga los españoles y perdieron sus piezas de campaña (10).

Era el 23 de mayo. El 1.º de junio hizo el duque de Alba decapitar á diez y ocho caballeros presos, á tres el dia 2, y á los dos condes el sábado 5 (11).

Estos fueron advertidos la víspera que serian

(1) *Memorias anón.*
(2) *Ibid.* tom. I, pág. 69.
(3) *Ibid.*, pág. 63.
(4) *Memor. anón.* pág. 265. El original de esta declaracion de del Rio, se halla en los Archivos de Lille.
(5) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 113, Chantonnay al duque de Alba.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1508, pieza 100.
(7) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 240, Alba al rey, 29 abril de 1568; el combate es del 25.
(8) *Ibid.* pág. 273. «El habia oido decir á los soldados que dejaba de pelear por ser una gallina.»
(9) Brantome.
(10) *Ibid.* «Sin ninguna vergüenza tomaron la huida.»
(11) *Ibid.* pág. 277.

ejecutados el dia siguiente. Por un refinamiento de crueldad, se dejó correr la mañana para hacerles más larga la agonía. «A las diez comenzó el conde de Egmont á solicitar que se le anticipara la muerte (1), diciendo que no se le debia tener tanto tiempo en aquella angustia, «y obtuvo al fin que se le condujera al suplicio.» Iba vestido de jubon de damasco carmesí y de capa negra con adornos de oro, calzon de tafetan negro y medias de gamuza bronceada, con sombrero de tafetan negro adornado de plumas blancas y negras. Pasó por delante de las compañías formadas todas en batalla, y saludaba diciendo adios á todos los capitanes y soldados, los cuales lloraban.» El pueblo mostraba al parecer ménos emocion que los soldados españoles ante aquella gran catástrofe. El mismo duque de Alba hubo de extrañarlo. «Este es un pueblo tan dócil que espero que con ver la clemencia de V. M. se ganarán los ánimos» (2), dice al rey; y para hacerles apreciar mejor esta clemencia, deja por espacio de dos horas, *en bacías de cobre*, las dos cabezas recien cortadas.



Suplicio de los condes de Egmont y de Hornes
facsímile de un grabado en cobre de F. Hogenberg

No se sabe si es la misma clemencia, ó el remordimiento, ó un exceso de ferocidad en el odio lo que pone las palabras siguientes en la pluma del duque de Alba: él ha tenido preso á su enemigo, él se goza en el terror público y en el abandono en que deja á la víctima, él la manda inmolar dejando expuesta su cabeza en una bacía á vista del pueblo, y tres dias despues de este asesinato, escribe al rey diciendo: «Yo he grandísima compasion á la condesa de Agamont y á tanta gente pobre como deja. Suplico á V. M. se apiade dellos y les haga merced con que puedan sustentarse... dar á comer á ella y á sus hijos... sus hijas metellas monjas. No sé de donde tengan para cenar esta noche: tan desamparada cosa como esto queda yo creo que no hay en la tierra» (3).

La condesa se vió reducida, algunos dias despues, á escribir á Felipe II: «Viuda, con once hijos, sola, despojada, imploro la piedad del rey, y me ofrezco, con mis hijos, á consagrar el resto de mis tristes dias á pedir á Dios por la larga

(1) Relacion de Mondoucet, residente francés, copiada por Brantome.

(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 29.

(3) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 277.

y feliz vida de V. M.» (1). Felipe II contestó al duque estas palabras: «Pues se hizo el castigo con tanto fundamento y justificacion, no hay sino encomendallos á Dios, que así mandé que se hiciese acá, sin embargo que hubiesen perdido la órden. Quanto á la familia, se proveerá más tarde» (2). Tres meses despues, en setiembre, volvia á escribir el duque de Alba: «Si yo no les fuese dando algun dinero, moririan de hambre» (3).

V.—Asesinato del baron de Montigny

Cuando llegó á Madrid el correo que anunciaba la prision de los condes de Egmont y de Hornes, Felipe II tuvo la mayor satisfaccion de su vida (4), y la expresó haciendo á su vez prender al baron de Montigny, delegado de la aristocracia flamenca, á Vandenesse, el secretario que le registraba los bolsillos, y á Simon Renard, víctima de Granvela (5).

Renard murió en prision al cabo de seis años (6); Vandenesse recobró la libertad á los siete años (7); la suerte de Montigny no se ha conocido hasta nuestros dias (8).

Florez de Montmorency, baron de Montigny, habia llegado á Madrid el año anterior (9). Habia recibido del rey muchas audiencias y hubo de quedar tan engañado del buen acogimiento y de la amistad manifestada por Felipe, que escribió á la regenta diciéndole (10): «Encuentro en el rey todo el afecto, amor y buena voluntad, tanto para nuestro país, como para todos sus súbditos y buenos servidores de por ahí, y por mi parte no podria alabar bastante su favor y benignidad siempre que le pido audiencia.» Al marqués de Bergues que, más desconfiado, vacilaba en entrar en España, le escribia Felipe II afectuosas cartas instándole á que fuera á auxiliarlo con sus consejos (11). En aquellos momentos, no cabe dudarlo, Felipe II tenia ya resuelta la muerte de los dos, y sólo les manifestaba afecto por tenerlos asegurados (12). El marqués de Bergues se decidió al fin á presentarse y fué admitido á desempeñar las funciones de gentil-hombre de cámara: despertaba al rey por la mañana, lo servia á la mesa, y en su constante familiaridad, Felipe II guardaba á los dos flamencos con la resolucion de destruirlos sobre seguro. El empeño que hizo el rey en retenerlos á su lado, impidiendo que volvieran á su país, les dió alguna inquietud al cabo de algunos meses (13): Bergues cayó enfermo, solicitó permiso para ponerse en camino y lo obtuvo con esta significativa restriccion (14): El príncipe de Eboli irá á ver al marqués de Bergues, y luégo de cerciorarse bien de que su enfermedad es mortal y que todo viaje es imposible, le dirá que el rey le permite partirse á su país.—Bergues murió, en efecto; y cuando el monarca recibió la noticia, hizo grande ostentacion de sentimiento y prescribió un lujo excepcional en sus exequias, á fin de mostrar á Montigny la estimacion «en que tenia á los señores de los Países Bajos» (15).

Felipe II debió de sentir un grande alivio cuando supo que el duque de Alba habia dado el golpe y que la perfidia no era ya necesaria. Con todo eso, luégo que tuvo encerrado en Segovia á Montigny, parece como que lo olvidó, pues no mostró prisa ninguna en deshacerse de él. Acaso esperara que una sentencia jurídica lo dispensara de emplear medios violentos: á lo ménos hubo de manifestar cierto despecho viendo que el Tribunal de Sangre no le remitia pruebas contra el preso. «Acá estamos á ciegas de lo que hay en esto,» pone al márgen de una carta del duque de Alba (16). Y no era por falta de diligencias judiciales, como quiera que se seguian dos causas simultáneamente, una en Flandes y otra en España. Despues de dos años largos, los miembros de aquel Tribunal, «por mí nombrados para el dicho effecto,» segun las palabras del duque de Alba (17), no creyeron necesario oir ni ver al acusado para condenarlo á muerte, pero juzgaron oportuno mantener secreta la sentencia «hasta saber la voluntad de

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 31, carta del 30 junio 1568, escrita desde el monasterio de La Cambra.
(2) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 311, del 18 julio 1568.
(3) *Ibid.* pág. 379.
(4) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 1010, Fourquevauls á Catalina, 30 de setiembre 1567.
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, pág. 587, y tom. II, pág. 68. Las prisiones se hicieron el 20 de setiembre.
(6) El 8 de agosto de 1573. El embajador francés cree que en aquel momento habia vuelto Renard á la gracia del rey, y que iba á ser designado para una mision en Inglaterra, cuando murió de anginas. Ms. Bibl. nac. franc., 16105, pieza 55.
(7) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 164.
(8) El baron Luis de Viel-Castel fué el primero que dió á conocer en Francia, en 1844, estos acontecimientos en su artículo *La Justicia política en el reinado de Felipe II.*
(9) El 1.° de junio de 1566.
(10) Carta del 2 de agosto de 1566, citada por Gachard, *Don Cárlos y Felipe II.*
(11) *Ibid.* pág. 260, Cartas de Alfonso de Laloo, del 3 agosto 1566 y de Montigny del 2.
(12) Sobre esta premeditacion del rey, véase en el cap. X, pár. IV la nota del Ms. Rec. of. del 24 de mayo de 1567, y el cap. XV, p. I.
(13) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, pág. 498, Bergues y Montigny á la regenta.
(14) *Ibid.* pág. 535.
(15) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, pág. 536.
(16) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 468.
(17) *Ibid.* tom. IV, pág. 535.

Su Majestad» (1). El crímen principal imputado á Montigny fué haber defendido delante de los secretarios de Estado la conducta de los señores flamencos: así, el rey lo acoge como enviado de la aristocracia belga; lo escucha, le interroga y le hace hablar, y por la defensa así solicitada se le condena á muerte. Se le imputa además el crímen «de haber hecho todo lo posible por soltarse de cárcel y huirse» (2).

El rey reune el Consejo para oir sus pareceres, asistiendo á este consejo el príncipe de Eboli, el cardenal Espinosa y Eraso. Todos reconocen la imposibilidad de una ejecucion pública «por estar acá el delincuente, que dijeran que se habia hecho entre compadres, y como opreso sin se poder defender» (3). Así, pues, la mayoría expresa la opinion de darle un *bocado*. «Parescia á los más que era bien dalle un bocado ó echar algun género de veneno en la comida ó bebida, con que se fuese muriendo poco á poco y pudiese componer las cosas de su ánimo como enfermo» (4).—Esa no seria una muerte jurídica, objeta el rey; ni sabria que es condenado. Hánse de observar las formas legales y cumplir los usos de la justicia: la ley es que muera ahorcado. Le haremos dar este género de muerte en la mesma prision, con tal sigilo que nadie pueda nunca tener sospecha dello y se hará creer que muere de enfermedad.

Esta deliberacion de ministros para aprisionar á un hombre á quien no se puede condenar á muerte, que está ya condenado por una sentencia que da vergüenza aceptar; este escrúpulo de darle tiempo para confesarse; este amor á la justicia que permite matar sin forma de juicio, pero no matar de otra manera que por mano del ejecutor legal, pareceria una invencion grotesca si no se tuvieran á la vista las deliberaciones, las órdenes, las firmas. El secreto fué admirablemente guardado por los vivos; pero los papeles lo han guardado tambien, y nos lo revelan de repente despues de trescientos años, explicándonos la habilidosa complicacion de fraudes para ocultar fraudes ó para suponerlos.

Montigny es trasladado de la torre de Segovia á Simancas, cuyo gobernador Peralta inspira bastante confianza para lo que se quiere hacer.—El rey, dice la órden remitida á Peralta (5), no quiere que se sepa que Montigny ha sido ejecutado: debeis, pues, hacer creer que su muerte ha sido natural y asegurar el secreto de esta ejecucion todo lo que un secreto pueda asegurarse en este mundo.—Un médico va públicamente á visitar al preso; se encargan y traen de la ciudad remedios contra la fiebre, y entre tanto, un alcalde, un fraile y un verdugo salen de Valladolid. Lo que deben hacer hora por hora está prevenido y prescrito por la mano misma del rey. La caridad en el crímen es llevada tan léjos que hay largas recomendaciones para que se anuncie con precaucion al noble Montmorency la muerte ignominiosa en garrote, evitándose así que se condene por la desesperacion. Háse de confortar su piedad y su valor para impedir por todos los medios que intente darse la muerte á sí mismo: se le dará el tiempo de una noche y un dia «para que se confiese, reciba los sacramentos y se arrepienta. Cuanto á este importante punto, no ha de tolerarse mínima negligencia.» El religioso debe de ser docto y prudente, «y seria bien escoger á Fray Hernando del Castillo, que está en el colegio de San Pablo.» Se permitirá al condenado hacer testamento, aunque estando confiscados todos sus bienes, no tenga nada que legar; pero se le dejará entender que puede disponer de ellos, si consiente en disponer sus últimas voluntades en los términos que emplearia un hombre enfermo en su última hora, lo que hará creer mejor en una muerte natural. Se le permitirá tambien escribir á su mujer, pero en el mismo concepto de un hombre que se siente gravemente enfermo y en el artículo de la muerte. Luégo que haya sido agarrotado se le revestirá con un hábito de franciscano calándole bien la capucha en manera que tape bien las señales del garrote en la garganta: los que lo metan en el ataud no han de saber nada del secreto; y el entierro será público y pomposo como cumple á un gran señor, cuya muerte prematura se deplora.

En estos términos, pues, arreglaba el acto en todos sus detalles el rey Felipe II con quince dias de anticipacion; y lo que dispuso tan minuciosamente fué ejecutado puntualmente. La órden real tiene la fecha del 1.º de octubre de 1570: el religioso elegido entra en el calabozo el 14 de octubre y permanece en él. El 16 á las dos de la madrugada entra el verdugo: Montigny es amarrado á su silla y agarrotado: el verdugo sale inmediatamente sin que nadie lo haya visto entrar ni salir. La capucha del hábito de San Francisco cubre las huellas del crí-

(1) *Doc. inéd.* pág. 538.
(2) *Ibid.* tom. V.
(3) *Ibid.* tom. IV, pág. 560 y siguientes, acta del consejo de los secretarios de Estado en presencia del rey.
(4) *Doc. inéd.* tom. IV.
(5) *Id.* tom. IV.

men, y el entierro se hace con toda solemnidad en la iglesia de Simancas (1). El alcaide Peralta comprende tan bien su papel en esta tragedia, que hasta tiene la delicadeza de guardar secreto con el mismo rey, á quien escribe en estos términos (2):—Acaba de morir Montigny de la enfermedad causada por una larga prision, enfermedad que se fué agravando á pesar de los remedios y buenos oficios del licenciado Viana, y de la consulta del licenciado Luis Fernandez de Tordesillas. Nada ha valido: el enfermo no cesaba de quejarse, y Dios tuvo á bien llamarlo á sí ayer entre tres y cuatro de la madrugada. Fray Hernando del Castillo, que por casualidad se hallaba aquí, ha consolado al moribundo, habiéndole administrado el Santísimo Sacramento. Puede esperarse, piadosamente creyendo, que se haya salvado su alma.

No habia pedido Felipe esta facecia al alcaide de Peralta; pero se aprovecha de ella sin embargo, enviando esta preciosa relacion al duque de Alba para ver si caia en el engaño. Pero no juzga decente excluir del secreto á su fiel lugarteniente y hace redactar otra carta para referir lo que debe ocultarse despues de haber expuesto lo que debe decirse, teniendo cuidado de añadir: Sin mostrar exprofeso la otra relacion, dejadla ver á algunas personas en manera que se divulgue poco á poco el rumor de una muerte natural.—Pero hasta en este momento en que dice la verdad al duque de Alba, todavía tiene el rey barruntos de doblez. «Montigny, decia la minuta, ha muerto con todos los sacramentos y con sentimientos católicos; con todo eso, el demonio en estos tiempos suele dar tanto esfuerzo á los herejes, que si éste lo era, no le habrá faltado. Esto mismo borrad de la cifra, pone caritativamente el rey al márgen, que de los muertos no hay que hacer sino buen juicio. Despues continúa la carta como olvidando que el acusado haya sido condenado á muerte y áun ejecutado y dice: «Resta agora que nos hagais luégo sentenciar su causa, como si hubiera muerto de su muerte natural, de la manera que se sentenció la del marqués de Vargas y enviaréisme copia de lo que allá se hiciere.» No es un encarnizamiento inútil, sino simple formalidad para la confiscacion de los bienes.

Actos como la desaparicion de Montigny no debian causar ninguna ilusion á Felipe. Su cuidado de hacerla misteriosa, su temor de que se creyera fraguada *entre compadres*, permiten suponer que su conciencia se la representaba como un asesinato sin riesgo, en la persona de un huésped confiado. Pero pudo creer que este crímen era necesario al servicio de Dios. Ningun sér humano se atrevió jamás á crearse deberes con sus intereses, á colocarse sin vacilacion sobre sus derechos, sin escrúpulo en los actos, fuera de la moral y del remordimiento.

IV.—Preponderancia del duque de Alba

La victoria de Heiliger-Lee no fué más que un accidente: los alemanes reclutados costosamente por el conde Ludovico no eran capaces de mirar de frente á los viejos tercios españoles. Bien lo sabian, y como no se hacian ilusiones sobre los resultados de aquel combate en un pantano contra soldados amotinados, se negaron á avanzar. Con un ejército que áun despues de la victoria temia á sus enemigos, el conde Ludovico perdió el mes que siguió á la batalla de Heiliger-Lee, procurando atajar las deserciones y el pillaje hasta que vió llegar el ejército del duque de Alba.

Al saber los alemanes la proximidad de los españoles, no pensaron más que en huir, y abandonaron aquella noche su campo atrincherado, y hasta el botin, que iban sembrando por el camino, más bien que hacer frente al enemigo. El conde Ludovico agota los recursos todos de su autoridad para ver de llevar á aquellos mercenarios á una posicion que los obligara á combatir y los atrinchera en Jemmingen, en un recodo del Ems. Síguelos el duque de Alba, y los alemanes tendrán que batirse ó serán arrojados al Ems. «El 21 de julio, al romper el dia, alcancé al enemigo, dice el duque (3), y á las diez comenzó el combate...» ¡El combate! La fuga vergonzosa de los alemanes que se ocultan bajo los setos, en las zanjas, en medio de los cañaverales; que se dejan matar sin defenderse, arrojando sus armas (4), sin haber puesto fuera de combate más de ochenta españoles. Fué una caza de dos dias en toda la península; en todos los agujeros se encontraban fugitivos, los cuales perecieron en número de siete mil.

El infatigable duque de Orange habia reclutado ya nuevo ejército de alemanes; y esta vez traia nada ménos que treinta mil con la esperanza de que el número les daria algun valor (5);

(1) Véase toda la serie de documentos en *Doc. inéd.* tom. IV, página 526-554.
(2) *Ibid.* pág 559.
(3) *Doc. inéd.* tom. XXX, pág. 443, Carta al rey, del 22 de julio de 1568. El duque llama *Vemecon* á Jemmingen.
(4) *Ibid.* tom. XXXI, pág. 19.
(5) *Corresp. de Guillermo*, tom. III, pág. 319 á 337.

era su emblema un pelícano con la divisa: «Por la ley, el rey y el pueblo» (1). Esperaba tambien que el pueblo lo acogeria como libertador.

Pasa el Mosa y viene resueltamente á establecerse delante del duque de Alba, que se habia atrincherado cerca de Maestricht, en un antiguo campamento de César (2): quiere el de Orange proponerle que no se mataran los prisioneros de guerra, formula un convenio y se lo entrega á un heraldo de armas que envia al de Alba. Al echar pié á tierra este heraldo con su trompeta y su convenio es ahorcado por órden del general español (3). Algunos dias despues, el mismo duque de Alba copa doscientos jinetes alemanes, que se habian acercado demasiado á su campamento; mandados desnudar y encerrar luégo en una quinta, son quemados vivos á vista de ambos ejércitos (4). Niégase á todo compromiso, destruye los molinos y priva de recursos á los alemanes, que no tardan en amotinarse. «Les va continuamente á la mano para batirlos por ambre y estrecharlos más aun» (5). Sorprende luégo una division aislada y no vacila en cerrar con ella, contra su plan de dejar á los alemanes que se desbarataran sin combatir, y la extermina sin dejar á vida un hombre. Despues se disculpa con el rey, á pesar de sus triunfos, de haberse arriesgado á un empeño en que todas las probabilidades le eran favorables (6). Pero en esto le llega un refuerzo al príncipe de Orange: el conde de Genlis le trae algunos millares de reformados franceses; sino que al verlos acercarse, pónense en fuga los raitres de Orange tomándolos por españoles (7). Estos raitres pillaban los víveres penosamente obtenidos, se quejaban de que los rios estuvieran envenenados *con sortilegios* y *hechicerías*, incendiaban los pueblos sin dejar en ellos nada de cuanto podian llevarse, desertaban de sus banderas, y se dejaban prender por los españoles, que no dejaban nunca de echarles mano. Muy en breve se encontró el príncipe de Orange casi solo con los calvinistas de Genlis, en medio de ciudades cerradas y poblaciones indignadas; y con esto renunció á una invasion que le habia hecho concebir tantas esperanzas, y dió consigo en Francia, perseguido por el duque de Alba hasta Cateau-Cambresis (8). Llevó á Strasburgo el resto de sus alemanes y fué con su hermano Ludovico á reunirse con Coligny que sostenia una nueva guerra de religion en Francia.

El duque de Alba se aprovechó de su victoria: escogió y ejecutó á aquellos burgueses ricos que habia reservado para la segunda tanda. Volvió sobre los de Valenciennes á quienes no creia bastante castigados por su rebelion, antigua ya de dos años, y echó mano á cincuenta de ellos: los comerciantes que habian sido obligados por los insurgentes á dar su dinero para reparar las fortificaciones, fueron ahorcados ahora por este crímen (9). La muerte cierne sus alas por todo el país y hiere con tan poco discernimiento, que el mismo duque de Alba se ve en la necesidad de ahorcar á su preboste por haber abusado criminalmente de la facilidad de matar «y tambien por haber violado á una doncella que le llevaba una buena suma de dinero que le habia exigido él por dar libertad á su padre» (10). Los dos tenientes del preboste fueron apaleados en la picota, y hasta los verdugos mismos eran sospechosos. En Tournay (11), durante una ejecucion, hubo de subir un soldado al tablado del patíbulo y dar tal puntapié al verdugo que lo echó á rodar abajo: á vista de esto comenzó el pueblo á correr, y no sabiendo los demás soldados cómo interpretar el hecho, tiraron de sus espadas y dieron tras el pueblo, resultando más de veinte heridos y algunos muertos. Su capitan, Don Lope de Acuña, dió á su vez tras los soldados para atraerlos á la disciplina y hubo de matar algunos con su espada «á causa del ultraje que hacian á aquellos palurdos.»

En aquel tiempo la autoridad del duque de Alba parece omnipotente: sabido es que no puede durar esta omnipotencia; pero se ignora por dónde flaqueará. En todos tiempos, los hombres que han conquistado un poder sin límites sobre una fraccion de sus contemporáneos, tienen estas horas de apogeo; sus enemigos están destruidos; todas las conjeturas pueden desafiarse al parecer. Caerán, sin embargo, caerán: es la ley. El poder absoluto termina por catástrofes; ya se sabe. Pero su armadura es tan completa que nadie prevé el punto vulnerable. Olvídase de muy buen grado la rápida degradacion que sufre una inteligencia cuando atra-

(1) «*Pro lege, rege, grege*».
(2) *Kaiserslager*.
(3) Herrera, lib. XV, cap. XI.
(4) Ms. Rec. of. n.º 2264, appendix, tom. V, foreign Elizabeth.
(5) *Corresp. de Guillermo*, tom. III, pág. 323 á 328.
(6) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 506, Alba al rey, 23 nov. 1568.
(7) Ms. Rec. of. n.º 2264, appendix, tom. V.
(8) Ms. Rec. of. n.º 2264, appendix, tom. V, y *Doc. inéd.* tomo XXXVII, pág. 474.
(9) Loise, *El Tribunal de sangre*, publica las sentencias.
(10) *Memorias anón.*, tom. I, pág. 85.
(11) Nicolás Soldoyer, *Memorias*, pág. 326.

viesa esa crísis del poder supremo; se falsea más y más á proporcion que se multiplican los triunfos; cree avasallar los hechos, como á los hombres avasalla, lisonjeándose de predestinacion especial. La hora de la prosperidad irresistible es la hora de la falta inevitable.

CAPÍTULO XVI

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA LOS PAISES BAJOS Y CATALINA DE MÉDICIS.—INTERVENCION DE FRANCIA Y DE INGLATERRA EN LA CUESTION DE LOS PAISES BAJOS

1570-1572

RESENTIMIENTOS CON INGLATERRA.—EMBISTE EL DUQUE DE ALBA LAS RIQUEZAS DE LOS PAISES BAJOS.—SUBLEVACION DE HOLANDA.—PREPARATIVOS DE GUERRA EN FRANCIA

I.—Resentimientos con Inglaterra

Isabel de Inglaterra tenia el instinto, no el genio, de la política: supo conservar á Cecil como primer ministro, pero desbarataba contínuamente sus planes con los caprichos de la obstinacion ó de la volubilidad. Anduvo desde luégo tardía en el pensamiento ya añoso de una reivindicacion de Calais: en el momento en que se ofrecian las probabilidades de tomar la direccion de la Reforma en Europa, pensaba aún en la edad media y reclamaba la plaza de Calais. «La contestacion del rey de Francia fué que se admiraba grandemente de semejante demanda y que le parecia que no debia ya hablarse de ello, sino sólo del mantenimiento de la paz y buena amistad que mediaba entre los dos;» cuanto más que Isabel habia perdido sus derechos sobre Calais apoderándose de la plaza del Havre, que Francia habia recobrado (1). Semejante respuesta produjo cierta aproximacion entre la reina de Inglaterra y Felipe II: Isabel permitió á Silva, embajador español, que se celebrara misa en su casa, lo que no toleraba ántes (2), y Felipe dió las gracias diciendo que seria siempre amigo de aquella pobre princesa, que volveria á la fe, como él se lo pedia á Dios en todas sus oraciones (3). Entre ellos no se alzaba todavía el crímen contra María Estuardo. Cuando el duque de Alba partia para los Países Bajos, la reina de Escocia sólo era cautiva de la dama de Douglas en el castillo de Lochleven. Así podia Isabel mirar con indiferencia el azote que flagelaba á la aristocracia flamenca y decir al embajador Silva al saber la muerte de Egmont (4), «que era cosa extraña la liviandad de los hombres, porque cuando los veian en el castigo se movian á compasion.»

El príncipe de Orange esperó despertar sentimientos más conformes al destino y á los intereses de Inglaterra pidiendo socorro al primer ministro. «M. Cecil, harto habeis oido de qué manera procede diariamente el duque de Alba contra los pobres cristianos, cosa que debe mover á piedad y compasion á todos los hombres» (5). Cecil imaginó, en efecto, un ardid curioso para sublevar contra España los ya famosos odios de su soberana.

Isabel, como su abuelo Enrique VII, tenia la pasion de la avaricia como una manía morbosa; sentia una fruicion voluptuosa en reunir y tentar monedas de oro, piedras y telas preciosas, y habia entrado en participacion con el corsario John Hawkins para expediciones contra las colonias españolas. Ningun sentimiento honrado podia justificar semejantes empresas: era simple piratería; bien lo sabia la reina. Con todo eso hizo construir y armar á su costa un barco, el *Jesus*, que confió á John Hawkins: tocáronle las dos terceras partes de las presas del primer viaje, y prestó el barco para una segunda expedicion que debia procurar perlas y esmeraldas.

John Hawkins, con el *Jesus* y otros cuatro barcos, se hizo á la vela para Sierra Leona, apresó la poblacion de algunos caseríos en la

(1) Ms. de abril de 1567, publicado por la Com. real de hist. de Bélgica, 4.ª serie, tom. V, año 1878, pág. 386.
(2) *Ibid.*
(3) Froude, tom. IX, pág. 193.
(4) *Ibid.* pág. 322, Silva al rey, 20 de junio 1568.
(5) Froude, tom. IX, pág. 330, carta del 22 agosto 1568.

costa de Guinea y la desembarcó en los mercados españoles del Maine para cambiarlos por barras de oro y de plata, piedras preciosas y especias. Despues interrumpió este tráfico, teniendo por más cómodo tomar á viva fuerza los barcos que traian las barras metálicas á Europa; y hubo de recoger un botin que evaluaba en un millon y ochocientas mil libras esterlinas (1); pero se dejó sorprender en la rada de San Juan de Ulúa por una escuadra de trece navíos españoles. El pirata se defendió un dia entero, echó á pique cuatro de los barcos enemigos, y por la noche abandonó el *Jesus* acribillado de balazos y los otros cuatro barcos con los trescientos negros que no habia vendido aún, y las barras de oro, y las esmeraldas, y los heridos; embarcó en dos chalupas de puente los hombres hábiles que le quedaban, y deslizándose al través de los navíos españoles, atravesó el Atlántico y llegó á Plymouth medio muerto de hambre con su tripulacion.

Al saber la reina este desastre entró en el parasismo de uno de sus accesos de furor. Era precisamente el momento que esperaba Cecil; y propuso á la reina un desquite fácil, en tesoros que tenia á la mano, en toneles de oro que hacer rodar á los subterráneos.

Felipe II habia negociado un empréstito con gran quebranto con banqueros genoveses; doscientos mil escudos esperados con impaciencia en Flandes para pagar á las tropas españolas; y enviaba por mar este numerario. Una multitud de corsarios los esperaba en la Mancha y los barcos españoles tuvieron que buscar refugio en los puertos de Plymouth y de Southampton. Apresar las naves de una potencia amiga cuando vienen á buscar proteccion contra corsarios, es á todas luces un acto de piratería. Isabel hizo que se consultara al almirante sir Arturo Champernowne, en desgracia hacia algunos años. «Semejante presa, dice el viejo marino á Cecil, no puede hacerse sin mengua para el país (2); con todo eso, si quereis que pruebe á apoderarme de esos tesoros en servicio de la reina, lo que puede ser causa de una sangrienta lucha, no sólo tentaré el golpe, sino que asumiré yo exclusivamente toda la responsabilidad ó vituperio de la empresa, esperando ganar así, despues de las rudas tempestades de su desagrado, las pacíficas aguas de su favor. Seria una lástima que se le escapara á S. M. tan rico botin.»

Champernowne hace saltar en tierra y presentarse en su casa á los capitanes de los barcos españoles y los prende; prende luégo á la tripulacion y se apodera del numerario: ni siquiera deja las pellizas y grajeas que la duquesa de Alba enviaba á su marido. Juzgando entónces que seria lástima quedarse á la mitad del empeño, apresa los barcos reales y todos los de particulares españoles y flamencos, toma para sí lo que le conviene y distribuye en varias prisiones á los marineros sin dejarles su propio dinero ni sus efectos. En estas prisiones se mueren de hambre algunos (3).

El embajador en Lóndres no era ya el insinuante Silva; su sucesor Don Gueran de Espes corre en busca de Cecil y sólo obtiene en contestacion á sus amenazas estas palabras:—«El dinero está en lugar seguro.—Quiero á lo ménos que me escuche la reina.—Volved á la tarde.» Cuando vuelve sabe que Cecil y los ministros están encerrados y no pueden recibirlo (4) y se dirige al chambelan para que lo introduzca á presencia de la reina. El chambelan vuelve muy amohinado diciendo que no lo habia osado por ser los dias en que Su Majestad no daba audiencia (5). Ocho despues fué en fin recibido por la reina. «La cual le hubo de hacer una gran arenga y excusa, diciendo que por evitar que los corsarios no le cogiesen le habia mandado guardar (6).—Pero el duque de Alba, replica el embajador, tiene apremiante necesidad de ese dinero; el rey recomienda se economice con avaricia, por ser los gastos tan excesivos que realmente se van acortando y aun acabando los expedientes donde lo poder sacar» (7).—«Tengo igual necesidad de esa suma, dice Isabel, y puedo sustituir á vuestro amo con los banqueros genoveses, que bien me preferirán al duque de Alba; está en interés de ellos, puesto que el dinero está en mis manos.»

El embajador intentó entónces hacer un llamamiento á la opinion pública para sublevar el ánimo de los ingleses contra esta falta de bue-

(1) Exageracion evidente. Serian quinientos millones de francos.

(2) Carta citada por Froude, tom. IX, pág. 366. «Without slandering of the state... If it shall seem good to Your Honour that I with others shall give the attempt for the recovery of the treasure to Her Majesty 's use'wich cannot be without blood' I will not only take it in hand to be brought to good effect, but also receive the blame thereof unto myself, hoping that after bitter storms of her displeasure I shall find the calm of her favour. Great pity it were that such a booty should secape.»

(3) Relacion de Francisco Diaz.

(4) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 508. «Digeron que volviese á pedirla (la audiencia) despues de comer, y se encerraron y no hubo órden de cobrar respuesta dellos.»

(5) *Ibid.*

(6) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 508.

(7) *Ibid.* pág. 514.

na fe, y dió un manifiesto redactado por el periodista John Stowe (1). Isabel mandó recoger el manifiesto con tan poco escrúpulo, como apresó las naves españolas, persiguiendo á quien lo habia redactado y áun á los que lo habian leido.

Un ensayo de represalias no es mucho más eficaz. El duque de Alba hace apresar en los Países Bajos los barcos ingleses con mercancías y tripulaciones; avisa inmediatamente al rey y le ruega que haga lo mismo en España (2). Yo los apreso igualmente aquí, escribe el rey al márgen. Luégo al punto manda Isabel cercar de guardias la casa del embajador español y le ocupa todos los papeles que no ha tenido tiempo de quemar (3). Pero áun en aquella época, áun bajo el yugo de soberanos que no hacian escrúpulos de la piratería ni de las represalias en inocentes, los intereses materiales eran todavía más poderosos que las iras y artimañas de los políticos.—Habemos de andar con cuidado, escribe el duque de Alba (4); la reina como mujer codiciosa está muy bien hallada con el dinero y efectos que guarda en sus manos; pero Flandes no recibe ya lanas y cada dia nos arruinamos más.—A la sazon se rebelaban los moriscos de Granada y los turcos se apoderaban de Chipre. «La dulzura, escribe el francés Fourquevauls (5), seria lo más eficaz para con la reina de Inglaterra por el temor de que cese el comercio de Flandes, porque no vendrá como ya no viene nada á Sevilla de las cosas que son necesarias, y de las Indias tampoco vendrá oro ni plata, si no se envian allá telas, mercerías y otros géneros, y los negociantes que se mezclan en este tráfico harán muy presto bancarota.» ¡Notable poder el de las leyes comerciales! Los lazos anudados por ellas entre las naciones desafian los caprichos de los príncipes: es preciso que las lanas inglesas vayan á Flandes, para que el oro de América venga á Sevilla, donde se cambia por las telas tejidas en Flandes.

Pero si esta misteriosa fórmula impide una guerra abierta y obliga á Felipe II á soportar la afrenta que acaban de hacerle los ingleses (6), no faltan medios para deshacerse de un enemigo. El ménos desleal es suscitarle una guerra civil reanimando los derechos de María Estuardo y las esperanzas de los católicos ingleses.

(1) Ms. Rec. of. 122, enero 1569. «John Stowe, merchant, á collector of chronicles.»
(2) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, p. 517, Alba al rey, 4 enero 1569.
(3) *Ibid.* pág. 558.
(4) *Ibid.* tom. XXXVIII, pág. 249.
(5) Ms. Bibl. nac. 10752, fol. 237.
(6) *Doc. inéd.* tom. XXXVIII, pág. 273.

Estos derechos estaban ya casi olvidados, y Felipe II escribió á Don Gueran para que fuera confortando y entreteniendo con buenas palabras á la reina de Escocia (7). Cuando su tesoro fué arrebatado por Isabel, imaginó Felipe casar á María Estuardo con Don Juan de Austria (8); luégo abandonó este proyecto y aceptó el que le propuso su embajador Gueran.

Un banquero florentino, Rodolfo Ridolfi, que negociaba los empréstitos de Isabel y de Felipe, tuvo conocimiento de las relaciones políticas del duque de Norfolk y María Estuardo (9); solicitó de Don Gueran que las sometiera á la aprobacion de España é interesó la vanidad de este diplomático en el proyecto de casar á María Estuardo con el duque de Norfolk y destronar á Isabel. Pero el duque de Alba comprendió que se contaba con el concurso de sus tropas y apreció con sereno juicio las probabilidades del éxito. En primer lugar, dice, serian menester tres ejércitos, uno para invadir aquel reino, y los otros dos para defenderse del rey de Francia y de las fuerzas que vernian de Alemania (10); además, añade el duque, esta invasion no puede prepararse en secreto: así ántes de poder embarcar mis soldados, habríanse reconciliado todos los ingleses contra el invasor extranjero y dado muerte á los pretendientes que yo quisiera sostener (11). «En caso que la reina de Inglaterra hubiere muerto, ó de muerte natural ó de otra, ó que ellos se apoderasen de su persona sin que V. M. se hubiese entremetido en esto, entónces no hallaria yo dificultad alguna» (12).

Miéntras el duque prohibe á Don Gueran comprometerse en esta intriga (13), llega Ridolfi á Madrid y es escuchado. «La reina de Inglaterra habrá de ser asesinada,» dice tranquilamente ante el rey en Consejo pleno. Hacia poco tiempo que se habia resuelto de la misma manera sobre la suerte de Montigny, y estaban todos acostumbrados á hablar y oir hablar de venenos lentos y de puñales rápidos y ocultos: se votaban estos puntos, se levantaba acta de la sesion, y hasta se firmaba el acta. Para oir los ofrecimientos del florentino estaban á

(7) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 516. «Que Don Gueran la vaya esforzando y entreteniendo con generalidades.»
(8) *Corresp. de Fenelon*, tom. II, pág. 127 á 217.
(9) Sabido es que el duque de Norfolk no vió nunca á la reina de Escocia de quien estaba enamorado Las fechas de muchas cartas publicadas en *Doc. inéd.* tom. IV y XXXVIII sobre el asunto de Ridolfi están inexactamente impresas.
(10) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 516.
(11) Otra carta del duque citada por Froude, tom. X, pág. 208.
(12) Otra carta citada por Mignet, *María Estuardo*, t. II, ap. K.
(13) *Doc. inéd.* tom. XXXVIII, pág. 150.

su alrededor el cardenal Espinosa, el príncipe de Eboli, el duque de Feria y algunos secretarios de Estado. Sobre la necesidad de matar á Isabel y á los que la acompañaran, y sobre las personas que habian de emplearse en esto, no se hizo ninguna objecion. Pero, segun el duque de Feria, seria una gran imprudencia valerse en tales actos de la bula pontificia que destrona á la reina de Inglaterra; pues ¿quién sabe, decia, quién sabe si despues se meteria otro papa en tales materias contra nosotros mismos? (1). Que se mate ó secuestre á la reina y despues se proveerá: no se toma otra resolucion.

Felipe II, tan vacilante de ordinario, no sufre sin pesar la incertidumbre en un asunto que le interesa más que todas las cosas del mundo. No habrá nada, dice (2), que me llegue más á lo vivo. Si con tal y tanta impaciencia espera lo que llama el suceso, esto es, el asesinato de Isabel, no es por el interés personal ni el de sus Estados, «sino por la gloria de Dios y el bien de la religion católica: con júbilo y presteza se hará lo que deba de hacerse; empero ha de guardarse sigilo y no hacer armas hasta que sea consumado el suceso» (3). Pero el duque de Alba es más frio y se atiene á su máxima favorita: «De tal manera han de salir los hombres á vengar sus injurias que no resciban otras mayores yéndolas á buscar» (4); y comprende que el jactancioso florentino y los emigrados ingleses serian incapaces de guardar este género de secreto; su escuadra, que andaba á la caza de los corsarios de la Mancha, habia sido ya cañoneada por los fuertes de Douvres (5); algunos dias despues (6) fué preso el duque de Norfolk, y expulsado ignominiosamente de Inglaterra su cómplice el embajador de España Don Gueran de Espés. De este modo, segun el temor del duque de Alba, la afrenta recibida es peor que la afrenta que habia de vengarse. Tiempo es de recurrir á medios más secretos y seguros.

A fin de vengar el ultraje hecho al embajador de España, despacha el duque dos italianos á Inglaterra con el encargo de matar á la reina con veneno, ó de la manera que pudiesen, habiendo recibido desde luégo dinero y promesas de grandes riquezas, como llegaran á realizar su empeño (7).

II.—El duque de Alba ataca las riquezas de los Países Baios

No era aún de parte de Inglaterra de donde podia venir el peligro. El duque de Alba continuaba sus proscripciones con toda seguridad; hacia apalear á los que no ahorcaba ántes de desterrarlos (8), prohibia dar ningun socorro á los que desterraba, inclusas las mujeres para con sus maridos, so pena del mismo castigo (9), confiscaba los bienes de los que morian sin sacramentos (10); recibia, en fin, de Roma la más

Medalla con el busto del duque de Alba
(Tamaño natural)

completa y solemne confirmacion de su omnipotencia. El Padre Santo no ya sólo sancionaba sus ejecuciones denunciándole los tibios y mal intencionados (11), sino que le enviaba tambien el capelo de triunfador y la espada bendita cuyo empleo estaba indicado por este salmo que citaba: *Et ejicies adversarios populi mei Israel* (12). La sumision era tan completa que pudo publicar una amnistía; amnistía reducida por excepciones bastante vagas y restricciones bastante generales para permitir castigar á los que desagradaran; de tal manera que el mismo Felipe II y los miembros de su Consejo hubieron de vituperar esta fingida clemencia y este ilusorio perdon (13). Pero aquel pueblo era dócil y aficionado á los regocijos. El duque de Alba fué á Amberes á leer su amnistía sobre un tro-

(1) Los documentos relativos á este asunto están publicados en *Doc. inéd.*, ó analizados por Froude, tom. X, y por Gautier, *Historia de María Estuardo.*

(2) *Memorias de la R. Acad. de la Historia*, tom. VII, pág. 442, el rey á Alba, del 14 agosto 1571.

(3) El rey á Don Gueran, 13 de julio de 1571.

(4) *Real Acad.* tom. VII, pág. 421.

(5) Ms. Rec. of. 1930, del 19 agosto 1571. Perjudicados los ingleses por la Inquisicion en su comercio con Cádiz y Málaga, se vengaban armando corsarios, que recibian comisiones, ya del príncipe de Orange, ya del cardenal Chatillon (Ms. Rec. of. 215, del 8 de abril de 1569). Douvres vino á ser el mercado de las presas y adquirió una importancia considerable.

(6) El 7 de setiembre de 1571.

(7) Mondoucet, residente francés cerca del duque de Alba, al rey Cárlos IX, carta del 26 de diciembre de 1571, publicada en el Bul. soc. roy. hist. 1852, pág. 341.

(8) Nicolás Soldoyer, *Memorias.*

(9) *Ibid.* pág. 312.

(10) Gachard, *Extrac. de los registros de Fournay*, pág. 108.

(11) Real Acad. tom. VII, pág. 416, el duque de Alba á D. Juan de Zúñiga. «Los avisos que dello se pueden tener y se tienen cada dia.»

(12) Mendoza, *Comentarios.*

(13) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, págs. 96 y 167.

no cubierto de paño de oro en que se apoyaban dos doncellas desnudas, veladas con una gasa, teniendo la una en la mano una balanza y la otra una rama de olivo: la Justicia y la Paz. Entre ellas y bajo el penacho que el Papa le habia enviado, blandia el duque la espada bendita y prometia una era de paz (1) pensando en los tesoros que destinaba á España.

Sus arcas estaban vacías, sus tercios atrasados en sus soldadas de dos años, los productos de las confiscaciones estafados. En una de las ciudades más maltratadas, en Valenciennes, los ingresos de las confiscaciones, deducidos todos los gastos, sólo montaban á trescientas veinte libras, diez sueldos y tres dineros, que se entregaron á Antonio del Rio (2). Las casas secuestradas no se habian puesto en venta por falta de compradores y permanecian abandonadas (3). «Me hallo, escribia con frecuencia el duque, á esta hora gastado todo el dinero y la mayor parte del crédito» (4). O bien: Estoy en tal penuria de dinero que no sé cómo salga del aprieto. Si se pudiese lograr dinero, aunque fuese ciento por ciento, seria cosa inestimable (5).

Colocado entre esta sumision tan humilde de los vencidos y la extremada miseria de los conquistadores, pierde el duque de Alba su serenidad y comete su gran falta.

Este soldado tan prudente, que detrás de sus trincheras observa la falsa maniobra del enemigo sin dar nada á la casualidad ni á la inspiracion, se improvisa con escándalo financiero inventor del impuesto sobre el capital. Convoca sin demora á los Estados de provincia y les da la órden de votar el derecho de uno por ciento sobre todas las propiedades, un impuesto de cinco por ciento sobre las ventas de inmuebles y un diez por ciento sobre los muebles.

Uno por ciento sobre la propiedad es difícil de percibir, si no se conocen los créditos y los débitos, los arrendamientos, los precios de venta: objeciones sediciosas para el soldado que acaba de dar una órden. El impuesto de cinco por ciento sobre las ventas de inmuebles suscita igualmente reclamaciones; sin razon, porque, segun las mismas bases, el derecho es hoy más elevado en Francia y en Bélgica; pero no puede imaginarse concepcion más absurda que el derecho de diez por ciento sobre las ventas de muebles; es un diez por ciento sobre los objetos comprados por el fabricante; un diez por ciento cuando están manufacturados y cedidos á cada comerciante sucesivo; un diez por ciento cuando llegan al comprador... es una multiplicacion indefinida, es la supresion del comercio.

Un italiano del siglo xv habia observado la facilidad con que los despotuelos de los municipios hacian aceptar todos los ultrajes á sus conciudadanos: podian impunemente violar su honor y su fe, conculcar las leyes, maltratar á las mujeres; pero no podian tocar á las tierras (6). Esta paradoja pareceria hallar aplicacion en la tentativa del duque de Alba. Tan luégo como los flamencos se vieron atacados en sus bienes, se sublevaron contra el opresor. Las demás injusticias sólo costaban algunas vidas, las de los vecinos; pero dejaban en paz la turba de los partidarios, de los indiferentes, de los tímidos, gentes que, al contrario, se sienten heridas por la torpeza de una ley fiscal.

Los Estados provinciales, dominados por el terror, votan los nuevos impuestos, ficcion escandalosa (7), segun la expresion de un legista de Felipe II. La provincia de Utrecht se niega á aceptar este voto, y muy luégo parte el tercio de Lombardía á acantonarse en su seno y el Tribunal de Sangre condena á sus habitantes á la confiscacion de todos sus bienes, sin exceptuar siquiera las propiedades del clero. Pero va á ser preciso confiscar todo el país, pues por donde quiera se manifiesta una resistencia pasiva. «Los de Bruselas no querian abrir sus tiendas, ni hacer cerveza los cerveceros, ni pan los panaderos, ni los carniceros matar» (8). Es una huelga universal, la suspension de la vida. —Cien florines de multa al que deje de vender, dice el duque.—Tomad mis bienes, contesta el primer cervecero á quien se multa; vendedlos y pagaos (9).—Haceos vos mismo cervecero, dice el duque al magistrado, ofreciéndole entregarle los útiles del oficio, haced cerveza y vendedla (10). El tembloroso Viglio, el magistrado tan complaciente ántes, se queja ahora al rey de tan deplorable situacion (11) y áun insta al duque á que desista de tales impuestos.

(1) El 14 de julio de 1570.
(2) Colec. de Paillard, pieza extrac. de los Arch. del depos. del Norte.
(3) *Corresp. de Felipe II*, t. III, pág. 21, Requesens al rey. «No habrá quien las compre, aunque se quieran vender.»
(4) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 240.
(5) *Ibid.* tom IV, pág. 507.
(6) Maquiavelo, el *Príncipe*, cap. VII. La idea primitiva es de Ciceron (Ad. Att. lib. VIII, ep. XIII) «Rusticani nihil prorsus aliud curant nisi agros, nisi villulas, nisi nummulos suos.»
(7) *Correspond. de Felipe II*, tom. III, pág. 14. La palabra *escandalosa* es del presidente del Consejo de Castilla.
(8) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 98.
(9) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. III, pág. 409.
(10) *Ibid.*
(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 64.

El duque de Alba amenaza á Viglio con el castigo y echa á su confesor, culpable de la misma instancia, «con tal indignacion que no se atreve á volver á su presencia» (1). Y escribe á Madrid con inquietud: Se quitará de estas tasas lo que se quiera, dice; pero el rey no puede tener una idea de los obstáculos que encuentro: ni las cabezas cortadas, ni los privilegios abolidos habian suscitado tanta resistencia (2). Promete á Felipe enviarle hasta dos millones anuales (3).

Pero noticias alarmantes llegan luégo á España: el comercio muere, el crédito desaparece, los banqueros fieles al rey quiebran: estos son, en junio de 1570, los hermanos Benedic, Santiago y Pascual Espínola y la banca de Curiel (4); y en diciembre Juan Grimaldi y los hermanos Pedro y Francisco Espínola (5). Felipe II comienza á inquietarse de esta oposicion en un país que, como le habian asegurado, estaba ya completamente sumiso; desconfia de los tesoros que se le ofrecen (6), y toma la singular determinacion de abrir una informacion secreta sobre la administracion del duque de Alba, confiando esta mision al suspicaz Don Francés de Alava, que dejaba á la sazon la embajada de Paris.

Don Francés hizo hablar á los enemigos del duque, á los envidiosos, á Viglio, Berlaymont (7), Noircarmes, que maldecia «aquella infernal décima» (8); pintó al duque de Alba como aborrecido de todos: el pueblo entero dice: «Que se vaya, que se vaya, que se vaya» (9).—¿Qué tengo yo que temer? le decia con tono socarron y desconfiado el duque de Alba. Tengo tres millones en el castillo de Amberes, y las confiscaciones me producen quinientos mil ducados de renta (10). Fuera de esto, si mi impuesto es impopular es porque, mal que me pese, se obstinan en llamarlo alcabala; piensan que es una costumbre de España y se imaginan que la palabra les saca el dinero: deben de llamarlo la décima y no la alcabala (11).

Pero el terrible duque es perseguido por las protestas: los obispos de Ipres, Gante y Brujas se sienten con bastante valor para solicitar del rey la revocacion de las malhadadas medidas. «Cuando el pueblo se niega á someterse á una ley, dicen (12), aunque la ley sea justa, está obligado en conciencia un soberano prudente á desistir de sus pretensiones.»

Ante las dificultades que se acumulan, se desalienta á veces el duque de Alba y solicita su reemplazo.—Todos se vuelven contra mí, escribe; no tengo ya más que al duque de Arschott, y bien sabe el rey lo poco que vale (13). No es acaso sincero llamando á un sucesor, pues harto sabe que Felipe no se atreverá á determinacion tan importante; conoce sus hábitos de gobierno y sus frases oficinescas (14). «Cuanto más lo pienso, tanto más hallo que considerar representándoseme por ambas partes razones de tanto peso y fuerza que me han tenido y tienen muy perplejo en la deliberacion... Siendo las cosas de Estado de cualidad que para las conservar con seguridad, es conforme á la prudencia poner en consideracion lo que puede suceder.»

El tiempo pasa, el descontento se extiende, el peligro se agranda. Como siempre adopta Felipe la determinacion en el momento en que no es oportuna; despues vacila en aplicarla, cuando ya está tomada; luégo busca pretextos de dilacion. No se le debe vituperar que hubiera pensado en sustituir al duque de Alba con un gobernador más clemente luégo que estuvieron al parecer pacificadas las provincias flamencas: llamar al que habia dominado á los rebeldes, pero ahuyentando todas las simpatías con sus procedimientos de espantable rigor; prometer un período de administracion benigna; confiar, como prenda de sus intenciones, el poder á un hombre que no se hubiera comprometido en la época de la represion, hubiera sido una política correcta. En cuanto se decidió la amnistía, á mediados de 1570, pensó Felipe II en sustituir al duque de Alba con el de Medinaceli; despues pesó «las razones sérias y sólidas,» comprendió en virtud de las desgraciadas consecuencias de los nuevos impuestos, que esta sustitucion era necesaria y se decidió á no sobreseer en ello. En setiembre de 1571 designó al duque de Medinaceli como su nuevo representante en los Países Bajos; pero se guardó bien de enviarlo. Retúvolo en España hasta diciembre (15), con

(1) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. III, pág. 409.
(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 206.
(3) *Ibid.* pág. 95 y 146.
(4) Ms. Bibl. nac. franc. 16124, pieza 29, Terrals á Cárlos IX 4 junio 1570.
(5) Ms. Bibl. nac. franc. 16124, pieza 64.
(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 104
(7) *Ibid.* pág. 245.
(8) *Ibid.* pág. 215.
(9) *Ibid.* pág. 217.
(10) *Ibid.* pág. 215.
(11) *Ibid.* pág. 234.
(12) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 236.
(13) *Ibid.* pág. 131.
(14) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 521.
(15) *Ibid.* tom. XXXV, pág. 402 á 574.

el pretexto de embarcar en su escuadra tropas de refuerzo. Cerrado el invierno, mandó desembarcar á la tropa y olvidó á Medinaceli. El supuesto sucesor del duque de Alba estaba aún en Santander, con su escuadra y sus tropas de desembarco, el 13 de mayo (1), cuando llegó la noticia de la catástrofe.

III.—Sublevacion de Holanda

Todavía quedaban algunos centenares de los *gueux*, de los vencidos, de los proscritos. Tenian por jefe á Guillermo de Lumey, que se titulaba *conde de La Marck* (2), y habia jurado no cortarse los cabellos ni la barba hasta haber vengado al conde de Egmont. Refugiados en algunos barcos vivian de la piratería y se les conocia por la denominacion de perdidos de mar *(gueux de mer)*.

La noche del 1.º al 2 de abril de 1572 tomaron por sorpresa la plaza fuerte de la Brielle y se instalaron en ella.

El duque de Alba no comprendió acaso la importancia de este suceso, pues ni siquiera lo creyó digno de participarlo al rey. No sospechaba tampoco la exasperacion de aquellos ánimos que habia conocido tan dóciles. Pero todos los dias le anunciaban la sublevacion de otro y de otro pueblo, hasta perder la mitad de la isla de Walcheren y la importante ciudad de Flessinga: Harlem, Leyde, Alkmaar enarbolan la bandera de Orange. Túrbase el duque y escribe á fines de mes una carta desesperada.—No me atrevo, dice, á mover la infantería á la que debo catorce meses de soldada. Si el rey aparta la intervencion de Francia y me envia dinero, todavía se pueden salvar las provincias; pero anhelo sobre todo ver llegar al duque de Medinaceli. Lo que más daña en estos momentos es el odio que me tienen por los castigos que me he visto obligado á imponer (3).—La escuadra no está segura; los burgueses de Enckuizen, donde esta está fondeada, están de inteligencia con los marineros holandeses; siete navíos ya en marcha para atacar á Flessinga vuelven al puerto por no haberlos seguido los otros; el duque tiene que suplicar á los burgueses que permanezcan fieles y dejen partir á la escuadra, prometiéndoles privilegios y el perdon de este segundo levantamiento. Si me pidieran á todos mis hijos, dice, se los entregaria de buen grado: tan dura es la situacion en que me encuentro á causa de los de Enckuizen. Pero tiempo vendrá, si á Dios place, añade, en que ponga yo remedio á esto, y no olvidaré á los siete capitanes que han vuelto sus naves al puerto (4).

Armadura del duque de Alba
(Armería real de Madrid)

La infantería española comprende el peligro y deja de reclamar sus atrasos, y es enviada contra Flessinga; pero en esto llegan noticias alarmantes: es inminente la guerra con Francia (5), y el duque de Alba comprende que no está en aptitud de sostenerla. Va á tener la vergüenza de ver á Cárlos IX arrebatarle aquellas provincias de cuya sumision estaba tan orgulloso, y suplica á Felipe II que le envie tropa y dinero, pero sobre todo, que evite de cual-

(1) *Doc. inéd.* pág. 569.
(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 245.
(3) *Ibid.* tom. II, p. 245, del 26 de abril de 1572.
(4) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 251, del 23 mayo 1572.
(5) *Ibid.* pág. 258, del 24 de mayo.

quier manera que sea un rompimiento con Francia (1). Llama hácia el Henao el ejército que iba á sitiar á Flessinga, hace ahogar en Rupelmonde á todos los franceses que encuentra, pero con el mayor sigilo para no dar motivos de queja á Cárlos IX (2); concentra sus fuerzas cerca de la frontera francesa y abandona el Norte.—No cuento ya en Holanda, decia, sino con las dos ciudades en que he dejado presidios; tres navíos de la escuadra se han ido con los insurrectos y creo que será seguido el mal ejemplo (3).—Así el amago de una intervencion de Francia permite á Holanda armarse, constituirse para siempre.

IV.—Preparativos de guerra en Francia

Francia en este período estaba sometida á las oscilaciones de una política sin equilibrio. Catalina habia querido hacer de su hijo predilecto, Enrique de Valois, el jefe de los católicos de la nacion, y sacrificando de pronto sus prácticas de moderacion, hizo saber á su canciller Lospital «que seria muy incómodo para todas las cosas que á todas horas se ofrecieran enviar por los sellos á su casa» (4). El grande hombre entregó los sellos. Son frecuentes en nuestra historia los casos en que los moderados sucumben ante los violentos, en que las pasiones populares proscriben la política de los más prudentes, en que los excesos imponen silencio al buen sentido. Este culpable giro determinó una nueva guerra civil en Francia y nuevas humillaciones ante Felipe II. Catalina tuvo que resignarse otra vez más á oir las insolentes reconvenciones del embajador y á implorar el socorro de un cuerpo auxiliar de tropas españolas. El cardenal de Lorena, que preferia la conservacion de sus beneficios á la existencia misma de Francia, aconsejó al duque de Alba que exigiera á cambio de este socorro la entrega de nuestras plazas fuertes del Norte.—Seria, en efecto, una prenda preciosa, escribia el duque á Felipe (5), la cual no soltaríamos ya nunca, y si el rey muriera, estas plazas nos permitirian tomar el resto de Francia como herencia de la infanta, porque la ley sálica no se puede tomar como cosa séria.

Pero este mismo cardenal de Lorena, que se ocultaba bajo el pseudónimo de *Verbum Domini* para trasmitir á nuestros enemigos los secretos de Estado (6), señaló muy luégo un nuevo giro.—Estad sobre aviso y desconfiad, escribia en español á Felipe II: los rebeldes proponen reunir sus fuerzas con las nuestras para un ataque general contra vuestros Países Bajos.

Era la solucion verdadera, el término de nuestras desgracias. La idea debió ser sugerida á Coligny por el príncipe de Orange, cuando despues de haber licenciado en Strasburgo á los alemanes que no habian querido batirse con las tropas del duque de Alba, vino á Francia á reunirse con el ejército protestante. Esta política era tan evidente, que la idea fija del duque de Alba era combatirla manteniendo entre nosotros disensiones intestinas. «Es la razon porqué se complace tanto en la division de vuestros súbditos,» escribia Forquevauls á Cárlos IX (7).

Para apreciar la perspicacia de un enemigo que miraba nuestra entrada en las provincias francesas de los Países Bajos como la ruina de la preponderancia española, y para conocer bien el odio que ocultaban los halagos diplomáticos, es curioso echar la vista sobre el cuadro de la corte de Francia y los retratos de sus principales personajes, que Don Francés de Alava dejó á su sucesor al retirarse á fines de 1571.

«Es el dicho rey (Cárlos IX) (8) malencónico, cetrino, inclinado á exercicios comunes torpes, como es saltar, hacer cosas de fuerza, algo inclinado á las armas á pié y á caballo; exercítalas con desgracia y desatino, y huelga de que le digan que lo hace muy bravamente. Es desamorado notablemente con mujeres, ruyn galan con la suya, aunque dizen que buen marido, y á mí, sin preguntárselo, me lo ha dicho alguna vez... A ninguno de los de su cámara diz que quiere bien... En la desproporcion grande que tiene en la cabeza, de pequeña se le ve... Mantiene pocas cosas de las que promete. La pasion que tiene por la caza es increyble; acierta á seguir un venado á pié sin zapatos ni bonete cinco ó seis horas. Ha comenzado á quedar dos ó tres noches, con esta ocasion de la caza, á dormir fuera de su casa, de lo cual me dicen que la Reyna christianísima ha comenzado á dolerse y llorar de celos.

» Ha dado en renegar secamente de Nuestro Señor por cualquier cosita, por hacer del bra-

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 261, del 13 junio 1572.
(2) *Ibid.*
(3) *Ibid.* pág. 266, del 2 julio.
(4) Ms. Arch. nac. M. 231, del 7 oct. 1568.
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, pág. 593.
(6) Ms. Arch. nac. Carta del 13 de enero 1569, traducida por Croze (*Los Guisas y los Valois*, tom. I, pág. 325). Muchas otras cartas del mismo género corren traducidas en este libro.
(7) Ms. Bibl. nac. 10752, fol. 835, del 18 octubre 1570.
(8) Ms. Arch. nac. K. 1527, pieza 67. Este documento, uno de los mas curiosos de la época, parece completamente inédito.

vo, y va olvidando harto el Jesus que perpetuamente tenia en la boca. Hay pocas mujeres que sean católicas en la corte, si puede decirse católicas de las francesas con las opiniones del país. La condesa de Retz es latina y griega, de espíritu terrible, discípula del obispo de Dax, que fué por embaxador al Turco, agora herético, heretiquísimo. Hablando por el respeto debido, la reyna madre es tenida en posesion de muy liberal, amiga de holgar en banquetes y fiestas. Quiere hacer de su hijo de Anjou un huguenote: de manera que ha estado en poco no se haya publicado por tal huguenote y él andaba diciendo: Yo soy el pequeño huguenote, pero yo lo seré grande.

»Goviernan á la dicha Reyna Morvilliers y Limoges. El Limoges es arrojado del todo á los demonios y de muy bajo lenguaje; el Morvilliers más retenido, frio, frigidísimo en las cosas de la religion, que aunque tiene nombre de católico, yo lo tengo por tan hereje como al otro. Cuanto á los ministros son cuatro: uno que se llama Villeroy es el que se lleva al agua á los otros; al Fize que es tenido por católico le excluyeron.

»A la dicha reyna madre se le conoce el mucho odio que tiene á S. M.: es la más sospechosa criatura que Dios crió; por maravilla cumple cosa que promete, no sabe guardar secreto ninguno, y cuando quiere saber alguna cosa, importuna por ella mucho prometiendo el dicho secreto; es temerosísima y amiga de que la hablen blandamente. En hablándole en materias de la religion acierta á arrasársele luégo los ojos de agua y decir que seria la más ingrata mujer que nació á Dios, si particularmente ella no mirase por las cosas de su servicio, y suele salirse dellas con risas y con ademanes de mucha promesa y diciendo: Vos vereis qué bien irán las cosas poco á poco. No hay cosa que á ella tanto la contente que hablarle flojamente en las cosas de nuestra Santa fe cathólica.

»El duque de Anjou es bueno, muy blando, muy suave, muy ninfa, dado todo á las damas, la una le mira la mano, la otra le tira las orejas: desta manera pasa una buena parte de su vida.

»El cardenal de Borbon es hombre de muy poco entendimiento; ni propone ni responde. El de Lorena es la ambicion y la codicia del mundo; hombre que en teniendo lugar se pierde de soberbia y no teniéndole de flaco. El de Guisa no es nada.

»Los mariscales son seis, y si fueran siete, se pudieran comparar á los pecados mortales. Cossé es atheista; Vieilleville es tenido en la misma opinion de atheista, aunque se confesó agora ha un año.»

Don Francés tenia buenas razones para poner á Felipe en guardia contra su antigua suegra y hablar de la corte del Louvre con animosidad: la política de Francia se acentuaba contra España. Nuestra obra era compleja: asegurar la benevolencia de Inglaterra, la alianza de los príncipes luteranos de Alemania y la confianza de los calvinistas franceses; despues apoderarnos de las provincias francesas de los Países Bajos y compartir las otras entre Inglaterra y los Nassau.

La primera parte de este plan fué hábilmente ejecutada.

Catalina, que ofreció su hijo en matrimonio á la reina de Inglaterra, comprendió desde luégo que este paso no se tomaba en serio; pero hubo de complacerse en seguir las negociaciones para jugar su partida con una mujer versátil é indecisa á quien queria y esperaba separar definitivamente de Felipe II. A este fin le hizo proponer una alianza formal contra España (1). Pero donde con más habilidad se llevó la intriga fué con los príncipes luteranos de Alemania. Cárlos IX envió á Schonberg al soberano de Sajonia para declararle «que entraria de muy buena gana en amistad é inteligencia con él, y con los demás príncipes de la Germania, sus antiguos amigos, como los de las casas del Palatinado, Brandeburgo, Brunswich, Vurtenberg, el Landgrave y otros» (2). Estos ofrecimientos seducen á la mayoría de ellos. «El duque de Brunswich es absolutamente vuestro,» escribe el enviado. El duque de Wurtenberg declara: «En el caso de que el rey de Francia quiera emprender alguna cosa contra los Países Bajos y que haga entender al elector de Sajonia que el rey de España está en términos de asaltarlo, se hará la farsa muy luégo.» Sólo el elector de Brandeburgo permanece «frio y rehacio para venir á las particularidades.» El matrimonio de Cárlos IX con la hija del emperador facilita estas negociaciones. Las pretensiones de alianza se habian llevado al más exquisito refinamiento: hasta se habia tenido el lujo de tantear la de Venecia, no sin la secreta esperanza de arrancar los navíos de la república á la armada de la liga contra el turco, para exponer así á Felipe II á verdaderos peligros en las costas de España. «Ese veneciano es venido aquí

(1) Froude, tom. X, pág. 381.
(2) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Suplemento, p. 1.

sólo por tentar si podrán hacer paz con el turco, escribe el embajador español desde Blois (1). Y yo oy con mis orejas decir al de Venecia que los que se embarazan con el rey Felipe quiere que sean sus esclavos.»

En fin, Catalina extrema sus esfuerzos con los reformados de Francia. Quiere casar á su hija con Enrique de Navarra, sin dejar de decir y hacer creer á Felipe II que la destina al rey de Portugal (2). En los primeros momentos se opone Coligny á la union del jefe de su partido con la hermana del rey de Francia, siendo su proyecto casar á Enrique de Navarra con la reina de Inglaterra. El jóven príncipe está indiferente entre estas dos negociaciones, «parece de una naturaleza que se burla de todo y aun de sí mismo, como comienza ya á burlarse de su matrimonio» (3). Pero su madre, Juana de Albret, oye las proposiciones de Catalina con la esperanza de convertir á Margarita de Valois á la Reforma. «Si abraza la religion, puedo decir que somos los más felices del mundo; y no sólo nuestra casa, sino todo el reino de Francia tendrá parte en esta dicha» (4). Mas para esto, no es menester que su hijo venga á ser un simple instrumento en las hábiles manos de Catalina. «Preciso es, dice al jóven príncipe (5), que tengais una invencible constancia contra todos los halagos que os puedan hacer para corromperos, porque ya sé que este es el fin que se proponen.» Ella misma, la pobre Juana de Albret (6), no está segura de sustraerse á los manejos é intrigas de aquella soberana, á quien está acostumbrada á temer y lisonjear «y que se agita, ya por el temor de los alemanes, ya por el del Papa y los católicos, queriendo engañarlos á todos. Tengo la mayor paciencia que oisteis jamás decir. En cuanto á mi hijo, no hay necesidad de que venga hasta que todo esté bien resuelto. Y todavía, si se ha de casar por procurador no se moverá hasta que venga á hacer el oficio que no se hace por procurador. Es una mortificacion esta corte: me aburro en ella extremadamente. Compadecedme por ser la persona más trabajada del mundo: estoy asediada de amigos y enemigos. Si tuviera que estar un mes como estoy, caeria enferma, y no sé si ya lo estoy, pues no me hallo á mi gusto...»

(1) Ms. Arch. nac. K. 1530, p. 1.ª, Don Diego de Zúñiga al rey.
(2) *Ibid.* 10752, fol. 1124, agosto de 1571, *Correspondencia de Fourquevauls.*
(3) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 70.
(4) Ms. Bibl. nac. Dupuy, vol. 211, fol. 38, del 21 febr. 1572.
(5) *Ibid.* fol. 41, del 25 de febr.
(6) Ms. Bibl. nac. franc. 2748, fol. 119, Juana de Albret á Beauvois, 11 de marzo de 1572.

Coligny se adhirió á este proyecto de matrimonio, fué iniciado por el rey en el plan concertado sobre Flandes, y preparó una Memoria sobre esta expedicion militar (7).

El acuerdo fué declarado públicamente (8) el 4 de abril de 1572; Felipe II, que se habia pronunciado enérgicamente contra las inteligencias con los herejes (9), no pudo reprimir su indignacion al saber que se habian entendido, y envió al secretario Zayas á ver á Saint-Gouard, nuestro nuevo embajador en Madrid (10) para hacerle saber «de cómo extrañaba grandemente que tan prudente princesa no hubiera ántes bien elegido para el matrimonio un rey tal como era el rey de Portugal, hablando del asunto con mucho enardecimiento.»

La inteligencia con los hugonotes no era el único agravio de Felipe II; sus espías le hacian saber nuestros preparativos militares y nuestros proyectos sobre los Países Bajos.

Blas de Montluc habia cortado su correspondencia secreta con él; despues se disculpará diciendo que sus heridas lo habian tenido imposibilitado (11). Pero su capitan Felipe Bardaxí, que se habia naturalizado en Francia para alejar mejor las sospechas, continuó enviando informes secretos al príncipe de Eboli (12). Además, el cardenal de Lorena tiene ménos vergüenza que Montluc y no tiene escrúpulo en revelar al duque de Alba (13) que esté ojo alerta, pues entiende que la escuadra se destina á una expedicion contra los Países Bajos.—Sin embargo, con ese menosprecio que manifiestan los españoles para con los extranjeros que los sirven, como se ha visto ya con Montluc y el duque de Arschott y como se verá despues con Enrique de Guisa, el duque de Alba añade: «El cardenal de Lorena es insolente en el favor y inútil en la desgracia.» Es poco más ó ménos el juicio de Don Francés de Alava (14).

Los servicios prestados por la Compañía de Jesus al rey de España eran mejor apreciados.

(7) Ms. Bibl. nac. franc. 23335.
(8) *Boletin de la Historia del Protestantismo francés*, tomo XI, pág. 271. Sin embargo, el contrato del matrimonio es del 11 de marzo anterior. Ms. Arch. nac. K. 1528, pieza 39.
(9) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, fols. 1181 y 1204.
(10) *Ibid.* n.º 16104, fol. 9, Saint Gouard á la reina madre, del 14 de abril de 1572. Fourquevauls habia salido de Madrid pocas semanas despues de haber salido de Paris Alava.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1537, carta del 1.º de marzo de 1575, en la que Montluc se disculpa de no escribir desde 1571.
(12) *Ibid.* K. 1526, pieza 32, del 7 abril 1572.
(13) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 267. Alba al rey, 18 de julio de 1572.
(14) Por una curiosa coincidencia es tambien la opinion de Lestoile, *Diario de Enrique III*, tom. I, pág. 49. «Era muy insolente; no miraba á nadie ni hacia caso de nadie; pero en su adversidad era el mas dulce, cortés y gracioso que se podia ver.»

Su general, el P. Francisco de Borja, dió un paso personal para desbaratar el matrimonio de Navarra: Catalina lo escuchó con suma bondad, lo paseó en sus jardines por espacio de tres horas, hízole mil promesas (1); pero la abundancia de palabras de que tuvo que hacer uso para aturdirlo, no dejaba de ser peligrosa; los más ligeros conceptos eran retenidos por el Padre general y repetidos fielmente á Felipe II. Si entónces el embajador francés en Madrid intentaba negarlos, el secretario Zayas no tenia dificultad ninguna en nombrarle el denunciador (2). La Compañía de Jesus compraba con sus buenos oficios en Francia, la proteccion de Felipe en los demás países, y se hacia dar testimonio de ello en los siguientes términos (3): «Los PP. de la Compañía de Jesus sepa V. M. que hazen grande provecho en Francia y tienen reduzido á Leon y agora á Burdeos, y no hazen poco en inclinar la gente á V. M. como á coluna de la christiandad, porque en S. M. está toda la esperança de todos los católicos de Francia; y assí ruegan á Dios por su prosperidad y se alegran con sus victorias y mercedes que Dios le haze, como lo pueden hazer sus buenos vassallos.»

Todavía la mejor fuente de informacion era la oficina de espionaje, organizada hacia mucho tiempo. Temiendo el rey que el nuevo embajador, Don Diego de Zúñiga, tuviera repugnancia en servirse de ella, lo hizo espiar á él mismo por el secretario de la embajada Don Pedro de Aguilon (4). «Pues Vm. me manda que vaya avisándole de lo que ocurriere, se lo diré en esta; pero no quisiera que por ninguna vía pudiese venir á noticia de Don Diego que yo me meto en estas cosas,» escribe Aguilon al secretario Zayas. Y enviaba diariamente una difusa carta, que el rey anotaba al márgen. A la clientela de la embajada de España pertenecian el navarro Francisco de Esparse (5), el cardenal de Armagnac (6), Don Hernando de Ayala, español al servicio de Catalina de Médicis (7), el ingeniero Bartolomé de Pezaro (8), el conde de Coconnas, piamontés al servicio del hijo de Catalina, que era señalado especialmente como deseoso de servir al rey de España, como asimismo Scipion Sardini, hacendista lombardo dispuesto á casarse con una doncella de honor comprometida. «Digo las qualidades del conde de Coconnas, como deseaba servir á V. M. y por qué medios se habia de tratar y practicar con él y con Scipion Sardini, dice una nota de Don Francés, que yo aseguro á V. M. que entrambos son subjectos que se tratan pocas cosas en Francia que ellos no las entiendan ántes que se executen (9).» Pero de todos estos extranjeros á los cuales se entregaba con tan poca destreza la reina madre, el más exacto en dirigir sus informes á la embajada de España, el más enterado de los proyectos y actos, el más celoso de los intereses de Felipe II, era Jerónimo Gondi, sobrino del que fué mariscal de Retz (10).

En su pasion por los informes secretos, probaron los diplomáticos españoles á utilizar á sus mayores enemigos y hubieron de tentar á Walsingham, enviado inglés en Paris. «El embajador español ha venido á verme, escribe éste (11), y despues de algunos asuntos indiferentes, me ha hecho algunas confidencias para una reconciliacion con Inglaterra. El duque de Alba se inquieta por la contestacion bastante extraña que acaba de dar el rey de Francia á una demanda de refuerzos contra los insurgentes de los Países Bajos. No puedo, le ha contestado el rey, ni reclutar raitres, por falta de dinero, ni alistar católicos por no alarmar á los protestantes, ni impedir que los reformados armen una escuadra en la Rochela. Esta escuadra está destinada á castigar á algunos súbditos del rey de España que han echado á pique barcos de la religion y entregado las tripulaciones á la Inquisicion.»

Además de la escuadra de la Rochela, preparaba Francia otra en Burdeos y concentraba un ejército de tierra en Picardía, lo cual no ignoraba Felipe II (12). Sabia igualmente que algunos jueces franceses habian cometido el acto monstruoso de prender y encarcelar «al comisario de

(1) Ms. Arch. nac. K. 1526, pieza 1.ª, el P. Borja á Felipe II, marzo 1572.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1529, Saint Gouard á la reina, 15 abril de 1572.

(3) *Ibid.* K. 1526, pieza 90.

(4) *Ibid.*

(5) Probablemente debe leerse Cars. Los Lesparre estaban á cubierto de esta sospecha.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1527, pieza 31.

(7) *Ibid.* K. 1530, pieza 1.ª

(8) Ms. Bibl. nac. 16124, pieza 40, Ferrals á Cárlos IX, 25 julio de 1570. «Pezaro acaba de llevar al duque de Alba los planos y diseños de la mayor parte de las ciudades y fortalezas.»

(9) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 74.

(10) Este Jerónimo Gondi poseia extramuros de Paris un vasto palacio en el emplazamiento actual de la calle del Odeon; su parque se extendia desde la calle de Monsieur-le-Prince hasta la de Candi. Este palacio le sirvió con frecuencia para disimular sus entrevistas con diversos agentes políticos. Allí, por ejemplo, fué donde durante el sitio de Paris de 1590, procuró en vano este Jerónimo apartar á Saint Gouard de su fidelidad á Enrique IV; allí se detuvo María de Médicis la víspera de su entrada en Paris en 1601. Murió Jerónimo Gondi en 1604, y su palacio vino á ser propiedad de los señores de Condé.

(11) Ms. Rec. of. 1590, del 5 de marzo de 1571 (1572) Walsingham to Cecil.

(12) *Doc. inéd.* tom. XXXV, pág. 530, marzo 1572.

la santa Inquisicion de Cataluña,» que tuvo la imprudencia de continuar una informacion en territorio francés. «Yo lo pondré en libertad, hubo de contestar Catalina á las reclamaciones de España (1), lo pondré tan luégo como se me entreguen los franceses que la Inquisicion retiene presos en España.» A su vez daba ella tambien quejas diciendo que se habian apresado barcos de comercio ó violado la frontera del Norte, y ordenaba á Saint-Gouard que declarara que el rey de Francia no consentiria que sus súbditos fueran tratados con esta injusticia, cosa

El almirante Coligny

de todo punto intolerable, y mucho ménos consentiria en ver así alterados los tratados por el duque de Alba (2). Felipe II contestaba con nuevas recriminaciones, quejándose de los favores de Cárlos IX para con los rebeldes de los Países Bajos, y diciendo que se tenia completa certeza de que habia allá seis mil buenos soldados franceses (3). Conocia exactamente el número porque Don Diego de Zúñiga (4) sabia por un confidente de Catalina «que el rey habia mandado crescer el número de soldados en toda su infantería; y que estos dias pasados vinieron aquí hasta treinta capitanes gascones para hacer levas de tropas en el Delfinado, el Languedoc, la Provenza y la Picardía.»

El espionaje que procuraba estos informes á Felipe II, estaba organizado con tal y tanto lujo, que en medio de tan múltiples y confusas relaciones, la cancillería española perdia la trama y ponia á vista del rey resúmenes de noticias que redactaba así (5): «Las indicaciones sobre los ar-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1526, pieza 14, Aguilon á Felipe, 17 marzo de 1572.
(2) Ms. Bibl. nac. franc. 16104, fol. 22, mayo 1572.
(3) *Ibid.* fols. 26 y 27, del 31 mayo.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 1.ª
(5) Ms. Arch. nac. K. 1526, pieza 80, del 18 agosto 1572.

mamentos franceses llegan con tal variedad de un dia á otro, que no se puede decir con afirmacion una cosa cierta y segura.» ¿Cómo saber la verdad? Vespasiano de Gonzaga va á Brouage á observar los movimientos de los navíos (1); Aguilon envia á Burdeos (2) un caballero navarro, llamado Francisco de Esparse, muy hombre de bien, muy buen caballero, que sin duda ninguna hallará excelentes ocasiones de saber noticias sobre el destino de la escuadra, para hacerlas llegar á Vespasiano de Gonzaga y á Zayas con la cifra que él le da.

No es inútil insistir sobre estos hechos de traicion y los que van á seguir: las catástrofes que determinan, las miserias en que arrojan á Francia por más de un cuarto de siglo, prueban cuán malo es subordinar el patriotismo á todo sentimiento, incluso el fanatismo religioso. Padecimos tanto durante la segunda mitad del siglo XVI, que podemos detenernos un momento en historiar estos meses de prudente política. Nos es permitido admirar cuán fácil era entónces la trasformacion de los destinos de Francia. Un poco más de amor al país en algunos en aquella hora decisiva, y otro seria el porvenir. No hay que olvidar la leccion de los desastres que se causaron y de los esplendores que se perdieron.

«¡La escuadra de Burdeos! exclamaba riendo á carcajadas Catalina de Médicis (3). No tocará á vuestros intereses; podeis estar tan tranquilos como si vuestro rey fuera á bordo.» Esta risa no tranquilizaba de ninguna manera á Felipe II, el cual recomendaba á Zúñiga no chocar con Cárlos IX evitando todo pretexto de rompimiento. «En todas las ocasiones, le escribia, agradescer al rey con buenas palabras y asegurarle que en mí hallará toda correspondencia de buena y verdadera amistad y hermandad» (4).

La gente de guerra se concentraba en Picardía: Briquemaut prepara la invasion del Henao; los acontecimientos se precipitan; pero Felipe II espera siempre que el tiempo le depare una coyuntura favorable. «Entre tanto que no se quitan la máscara, dice todavía (5), conviene que no se la quitemos, sino darles á entender que lo creemos, y caminar con la disimulacion que caminan, miéntras no se nos diese mayor y más descubierta causa para hacer otra cosa.»

CAPITULO XVII

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA LOS PAISES BAJOS Y CONTRA CATALINA DE MÉDICIS.— SITIOS DE MONS Y DE HAARLEM

1572-1574

EL CONDE DE GENLIS.— JORNADA DE SAN BARTOLOMÉ.— INCOHERENCIA DE LA DIPLOMACIA FRANCESA.— TOMA DE MONS.— EL DUQUE DE MEDINACELI.— DESCRÉDITO DE LA POLÍTICA FRANCESA.— SITIO DE HAARLEM.— DESALIENTO DEL DUQUE DE ALBA

I.—El conde de Genlis

Cárlos IX habia ido mucho más adelante de lo que creian los españoles. En cuanto supo la sublevacion de las ciudades holandesas envió al conde de Genlis con cartas para el príncipe de Orange y el conde Ludovico prometiendo el apoyo de sus ejércitos (6). Genlis era un hugonote emprendedor que habia llevado ya al príncipe un cuerpo de reformados franceses, durante su campaña anterior. Seguro esta vez del apoyo de su rey, se concertó con el conde Ludovico para tomar la ciudad de Mons.

Ludovico se presenta delante de Mons: «llega el 24 de mayo (7) entre tres y cuatro de la madrugada, hallando ya abiertas las puertas, entra dejando á fuera cierto número de hombres, y forma en batalla, en la plaza llamada de la Paz, delante de la casa de la ciudad que ocupa desde luégo. La gente que todavía estaba durmiendo, al ruido de los caballos, comenzó á asomarse á las ventanas y otros salieron á la plaza á ver qué era. Y no conocian al dicho con-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1526 pieza 75.
(2) *Ibid.* pieza 73.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1526, pieza 76, carta á Zúñiga.
(4) *Ibid.* 1529, pieza 99, el rey á Zúñiga.
(5) *Ibid.* pieza 110.
(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 269 y nota. La carta del rey de Francia es del 27 abril 1572.

(7) De 1572. La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 106.

de que les declaró la ocasion de su venida en armas, diciendo que venia á librarlos de la tiranía del duque de Alba, y los exhortaba á asistirle para su liberacion, procurando ganar tiempo hasta la venida de Genlis. El pueblo no respondió nada, crecia y se agrupaba al rededor de las fuerzas del conde, de modo que temió éste caer en peligro de su persona y dijo al pueblo.—¿Nada me decís? Si mi venida no os es grata, decídmelo, y me retiraré. Dadnos solamente un vaso de vino á cada uno, y avena para los caballos.—Algunos echaron pié á tierra. Al cabo de dos horas, viendo la poca fuerza que llevaba, retrocedió en órden á la puerta por donde habia entrado, lentamente y en formacion. Sólo quedaban ya unos diez hombres bajo la bóveda «y el puente levadizo iba ya á alzarse tras ellos,» cuando llegó un campesino á anunciar al francés Guetry, que era el último de la fila, la proximidad de Genlis. Guetry hizo volver á toda la gente y entraron de nuevo en la ciudad. Ludovico entró tambien, seguido de Genlis, que hizo creer al pueblo que venian mayores fuerzas, retirándose á su casa cada cual.»

El francés La Noue fué ménos afortunado en Valenciennes; consiguió entrar en la ciudad, pero no desalojar á la guarnicion española de la ciudadela, donde se encerró (1). Por esto, Ludovico, cuyos camaradas eran pocos en número para repartirse entre dos ciudades, llamó á La Noue «y le rogó que retirara de Valencciennes toda su gente y la llevara á Mons, como se hizo la tercera noche de nuestra llegada á Valenciennes» (2). Los españoles de la ciudadela se dieron buena prisa en aprovechar la tregua para hacer sus correrías por las calles y llevarse en carretones «oro, plata, grano y otras mercancías y las mujeres que encontraban, y repitieron tan á menudo estas operaciones, que no sabiendo qué hacer de las grandes riquezas que hallaban, obligaban á los carreteros á llevarlas á Tournay, Condé y otras ciudades, y á los campesinos á comprarles parte de los dichos latrocinios á vista de los mismos á quienes se los habian hecho» (3).

Pero la ventaja de asegurar la conservacion de Mons bien valia el sacrificio de Valenciennes. Mons, en efecto, hizo volver la cara á las fuerzas del duque de Alba y operó la diversion necesaria (4). Pero esto es nada todavía, habiéndose conseguido un resultado mucho más considerable.

El mismo dia en que supo el éxito del golpe de mano sobre Mons, adoptó al fin Cárlos IX un partido decisivo, y en su virtud escribió á los jefes de sus tropas preparadas en las fronteras de Picardía, los señores de Renty y de Laigny (5): «Doy órden al señor de Briquemaut, gentil-hombre ordinario de mi cámara, que os diga algunas cosas concernientes á mi servicio, en las cuales os ruego y mando le deis entero crédito como á mí mismo y le satisfagais y asistais con mucha diligencia, por cuanto deseais el bien del dicho mio servicio» (6). Al mismo tiempo toma medidas para defender el Mediodía y escribe al vizconde de Orte, gobernador de Bayona (7): «Tengo por cierto que los españoles caerán por esa parte, tanto porque saben el mal estado de todas las plazas de por ahí, sin excluir á Bayona, como por las inteligencias que puedan tener dentro, especialmente con un español que habita en el castillo viejo de esa dicha plaza. Por tanto, he venido en enviaros este despacho para deciros que mi intencion es que luégo de recibir el presente cambieis todas y cada una de las guardias de ese dicho castillo, haciendo salir de él á todos los españoles y demás extranjeros que en él haya, sin alejaros vos.»

El gobernador de Picardía (8) tenia ya aviso de estar alerta y bien á la mira de las acciones y movimientos del duque de Alba por la parte en que haria operar sus fuerzas y del progreso de las empresas de los perdidos.

La guerra no está aún abiertamente declarada. «Antier, escribe Zúñiga, tuvieron aquí un gran consejo sobre si romperian con S. M. ó no, y en fin no se resolvieron. Si vieran la ocasion la abrazarian, y no hay que fiar, sino estar con la espada en la mano. En Mezieres ay agora hechas trece compañías, aunque no están muy bien armadas (9). En Picardía se continua de

(1) El 23 de mayo. Véase la Popeliniere, edic. 1581, tom. II, página 53.—D' Aubigné, las *Historias*, ed. 1626, pág. 615.—Ms. de los Archivos del Norte y de la ciudad de Cambray, y sobre todo el de Simon el Bouco.

(2) La Huguerye, *Memorias*.

(3) Ms. de los Arch. de Cambrai. Extractos dados por Carlier, *Valenciennes y el rey de España*.

(4) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 110.

(5) El 29 de mayo de 1572, cinco dias despues de la toma de Mons.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1529, piezas 63 y siguientes. Este legajo es la traduccion al castellano de los documentos oficiales cogidos por los españoles en los cuerpos muertos de los oficiales franceses y guardados por el duque de Alba, que envió al rey las simples traducciones que poseemos.

(7) *Ibid.* K. 1529, pieza 98, del 27 de junio 1572. Este documento y los anteriores, que cortan sin discusion posible todas las controversias sobre los acontecimientos de este año, no han sido al parecer consultados con mucha frecuencia.

(8) Ms. Colec. Fillon, n.º 133.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 98, del 27 junio 1572.

juntar gente, toda á cencerros atapados» (1).

El duque de Alba sospecha que Genlis está destinado á conducir á Mons la vanguardia del ejército francés de socorro, y así vigila con el mayor cuidado todos sus movimientos. «He tenido aviso que á los 21 deste salió Genlis de Mons con 23, ó 24 cavallos. El rey de Francia debe prevenirle que se abstenga de semejantes meneas; pero se le ha de pedir con mucha blandura y sin darles ocasion á que pierdan la vergüenza» (2). ¿A dónde ha ido Genlis? El duque de Alba lo pregunta por todas partes: ahora lo supone en Paris (3), ahora en Malinas (4). Genlis está en Picardía, y se pone á la cabeza de las tropas francesas que ha preparado Briquemaut. «Sale cada dia gente desta villa, anuncia el embajador Zúñiga (5), y señaladamente el domingo pasado salieron 600 hombres, y el dia siguiente 800, y tambien va cavallería; y siete leguas de aquí ha pasado la compañía de hombres de armas del almirante y hasta 300 infantes con ella, todo encaminado en Picardía.» Los preparativos están admirablemente combinados. En algunas semanas se va á entrar en campaña «con quince mil arcabuceros y dos mil caballos, todo de una nacion» (6). Pero lo más urgente es salvar á Mons. Genlis reune con presteza cuanto puede ponerse en movimiento inmediatamente, y parte con la esperanza de encontrar bajo los muros de Mons el ejército de 15,000 mercenarios alemanes que el príncipe de Orange trae de las orillas del Rhin. Fuerza la marcha, pues le incumbe la presteza: sabe que la plaza no tiene suficiente guarnicion, que el hijo del duque de Alba, Don Fadrique de Toledo, manda el ejército de operaciones y no puede perder momento, si quiere introducir los refuerzos.

¿Se precipitó Genlis en querer entrar en Mons para allegar un socorro con impaciencia esperado? De esto fué acusado por todos aquellos á quienes halaga el fácil tema de la ligereza francesa: Genlis habria debido esperar al príncipe de Orange para acercarse á Mons. Pero los extranjeros que tan duramente vituperaron la precipitacion de los franceses en hacerse matar por ellos, olvidan que el príncipe de Orange tenia un ejército de alemanes; ocho dias despues de la empresa de Genlis estos alemanes no habian pasado aún de Roermond, cincuenta leguas de Mons, saqueaban la ciudad, se negaban á salir de ella y en ella permanecieron más de un mes. «No tengo, decia el príncipe de Orange con desesperacion, más que alemanes, mal pagados y corruptibles» (7). Los franceses no podian, como ellos, estar inmóviles durante seis semanas al lado de una plaza sitiada. Genlis entra en el Henao (8); los católicos dan aviso al duque de Alba de las etapas y movimientos del ejército francés (9); Don Fadrique de Toledo queda bajo los muros de Mons, y confia á Chapin Vitelli el cuidado de sorprender el ejército de socorro, envuelto ya por los espías.

Chapin Vitelli, marqués de Cetona, era una de las figuras más extrañas del ejército español. Era un florentino monstruosamente grueso; como que tenia que sostenerse el vientre con círculos de hierro. Burlon, bravo y cruel, era adorado por el soldado español. Puede apreciarse su índole tan sarcástica como feroz por esta cuchufleta. Despues de uno de los saqueos de Amberes, un sabio español, el dulce Arias Montano, hubo de decirle tristemente:—Han malparido en la ciudad más de trescientas mujeres.—A trueque de ello, contestó riendo Vitelli, quedarán más de seiscientas preñadas» (10). Cuando se proyectaba matar á la reina de Inglaterra, él mismo, general del ejército, se brindó á pasar la Mancha con ocho hombres para arrebatar á Isabel y entregarla al duque de Alba.

Vitelli dejó que se metiera Genlis en el bosque de Autraye, cerca de Quievrain, y allí le sorprendió, matando la mitad de su gente y haciéndolo á él prisionero con el resto. Ménos de trescientos franceses pudieron escaparse y llegaron cubiertos de lodo á las puertas de Mons, donde fueron recogidos. Sobre los muertos y prisioneros encontraron las cartas de Cárlos IX en que se ordenaba á los capitanes seguir las instrucciones llevadas por Briquemaut. Se le ocuparon á Genlis las órdenes del rey de Francia intimándole llevar pronto socorro á los sitiados de Mons.—Tengo en mi poder, anuncia sin demora el duque de Alba (11), una carta del

(1) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 96.
(2) *Ibid.* pieza 95.
(3) *Ibid.* pieza 105.
(4) *Ibid.* pieza 106.
(5) *Ibid.* pieza 109.
(6) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, pág. 23 del Suplemento. Saint Gouard escribe á Cárlos IX la aparicion de los españoles.
(7) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 131.
(8) El 17 de julio de 1572.
(9) G. de Saulx.—Tavannes, ed. Buchon, pág. 430.—D'Aubigné, ed. 1626, col. 539, 615, 616.—Mendoza, *Comentarios*, VI.
(10) *Memorias de la Real Acad. de la hist.* tom. VII, pág. 133, carta del comendador mayor á Zayas. Es el saco de mayo de 1574.
(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 269, Albornoz á Zayas. Es probablemente la carta fechada en Saint Leger, el 27 de abril de 1572, al conde Ludovico, cuya traduccion castellana encontró Gachard en Simancas.

rey de Francia que os llenaria de asombro, si la viérais; pero no conviene por ahora decir nada. Limitaré á pedir que se pregunte á Cárlos IX, fingiendo ignorancia, «si reconoce esta tropa, ó no» (1).

El estupor es más profundo en Paris, cuando se sabe el desastre. El español Ayala, á quien creia Catalina tener á su devocion, refiere aquel mismo dia á Zúñiga la escena que ha presenciado en casa de Coligny (2). «Creo, dice, le traspasó el corazon como cuchillo agudo; hazian en su salon grandes exclamaciones aquellas animitas sanctas de aquellos herejes, y todos lloraban á Genlis y decian maravillas; y un caballero llamado Feligny dixo que habia de comer los corazones de los españoles, y podria ser que los españoles le coman á él todo entero... El almirante dice que havia aconsejado que no debiera socorrer á Mons. Digo esto á Vm. porque lo oy y me hallé presente á todo en la sala del almirante. Cada uno clamaba: ¡Oh desdichado Genlis!»

Cárlos IX, que no estaba aún en aptitud de reparar este descalabro, creyó oportuno disimular á su vez y escribió á Mondoucet, su enviado cerca del duque de Alba (3): «Me anunciais que por muchas cartas y papeles hallados en los que fueron deshechos con Genlis sábese por

MEDALLAS CONMEMORATIVAS DE LA NOCHE DE SAN BARTOLOMÉ

Mandada acuñar por Cárlos IX de Francia

Mandada acuñar por el papa Gregorio XIII

ahí que lo que se hizo por Genlis, se hizo con mi consentimiento.» Debeis desaprobar la empresa y áun decir al duque de Alba «lo que sabeis de las cosas de sus enemigos para hacerle creer más en nuestra integridad; pues bien que no lo crea, servirá no embargante á mi intencion, como lo hagais hábilmente. Conviene que no se descubra que estais en inteligencia con el príncipe de Orange, y que cuideis de que si fuesen sorprendidos los que despacheis, no se les encuentre encima nada que haga fe.» ¡Carta vergonzosa! Cada palabra descubre la participacion del rey en el mismo hecho que niega, prescribe trapacerías sin esperar siquiera engañar á nadie, consagra la humillacion de la corona, sin la probabilidad de salvar á los prisioneros.

Porque desde el momento en que los prisioneros de Quievrain no fueron enviados por su rey más allá de las fronteras, no podian ya ser tratados sino como simples malhechores en pugna con el derecho de gentes para prestar ayuda á rebeldes y herejes. No tardó el duque de Alba en asentarlo así para hacer constar mejor el oprobio de Cárlos IX. Luégo que Mondoucet le comunicó la desaprobacion real, el 18 de agosto á las ocho de la noche «hizo trabajar á maese Evrard Lesaige, verdugo de Valenciennes,» el cual fué atando á los prisioneros franceses por grupos de nueve en nueve y arrojándolos sucesivamente al Escalda. Cuando hubo bastantes ahogados fué ahorcando uno á uno á los restantes. Genlis fué provisionalmente reservado con algunos otros.

Simultáneamente la reina de Inglaterra, no ménos pérfida que Cárlos IX, ofrecia entregar los protestantes al duque de Alba. «Los de Flessinga, le decia (4), vienen cada dia á ofrescer de entregarle aquella villa. Si conviene al servicio y contentamiento de S. M. que estuviese en mi poder, yo tomaria la plaza y la restituiria al duque de Alba.»

Viendo el servilismo de todos los soberanos, el duque de Alba tenia el derecho de repetir confiadamente su expresion favorita (5): «Dios encamine estos negocios como más se sirva, que no dubdo siendo suyos.» Pero bien sabia que el

(1) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 127.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 136.
(3) Bolet. soc. R. de Bélgica, tom. IV, de 1852, pág. 340, carta de Cárlos IX á Mondoucet, del 12 de agosto 1572, publicada conforme al Ms. Bibl. nac. fond. Saint Germain.

(4) Puntos de cartas de Anton de Guaras al duque de Alba, extracto de Froude, tom. X, pág. 382.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 111. Expresion eproducida con frecuencia.

peligro real estaba siempre por la parte de Francia. De vez en cuando anunciábale Zúñiga consejos secretos. Lo que salga de ellos (1), le decia, vos lo sabreis por poco que valga la noticia. Porque Gondi le referia puntualmente todos los proyectos del rey y de Catalina. «El Gondi va camino derecho; yo le voy dando todas las esperanzas que puedo sin señalarle pieza, y le he dicho que el señor Zayas es gran su amigo» (2). Patronazgo de que Gondi hubiera estado ménos orgulloso, á saber que aquel mismo Zayas aceptaba del rey Cárlos IX una pension para ayudarle «á casar una su hija, solterona muy fea» (3).

Todas las noticias estaban conformes en dar por resuelto el casamiento de Enrique de Navarra. Si el Padre Santo no firmaba la dispensa, se pasarian sin ella. «Preguntando yo á Gerónimo Gondi si tenian la dispensacion, me respondió que el Papa no dexaria de darla, porque no querria que se hiciese sin ella» (4).

Con todo eso, la necesidad de la dispensa pontificia hacia esperar á los españoles que no podria celebrarse el matrimonio. Pero de pronto saben que acaba de celebrarse con la bendicion del cardenal Borbon. «Engañaron al dicho de Borbon, escribe el embajador Zúñiga (5), ó él se dexó engañar con una carta fingida que hicieron semblante que traia el correo.» Es cosa hecha: los hugonotes se han reconciliado con los católicos: no se piensa sino en los intereses de Francia; todas nuestras fuerzas van á caer sobre los Países Bajos y á vengar la matanza de los compañeros de Genlis. Somos ya dueños del duque de Alba, segun la expresion del príncipe de Orange (6).

II.—Jornada de San Bartolomé

El falso cálculo de una mujer rompió bruscamente este equilibrio y engañó todas las esperanzas. Es fácil seguir los sentimientos que se agitan en el ánimo de Catalina: era muy francesa, pero se rodeaba de extranjeros que preferian una pequeña suma de dinero á los intereses de Francia, como Ayala, Gondi, Gonzaga, etc. Estos mismos intereses estaban subordinados en su pensamiento á los de su propio poder.

Su idea fija en aquella época era imponer al mundo católico su hijo predilecto Enrique de Valois. Este excesivo amor á un hijo ingrato y degradado es la falta capital de Catalina. Sueña con verlo á la vez rey de Inglaterra, rey de Polonia y conquistador de los Países Bajos: preséntalo con orgullo como el vencedor de Jarnac y de Moncontour, el héroe católico; se indigna de que los vencidos por él en batallas campales acudan cerca de Cárlos IX y lo rodeen; más aún, sean los favoritos: Coligny es el único á quien se escucha; está destinado á comandar el ejército de Flandes, como si aquellos hugonotes fueran los únicos conocedores de la ciencia de la guerra. Sólo á ellos se atiende en el Louvre, sobre todo desde la llegada de Enrique de Navarra con sus gascones. Hablan alto; hombrean con Tavannes, Nevers, Enrique de Valois; llevan tras sí ministros grasientos que en su jerga de Canaan abominan de las costumbres elegantes, hablan de relegar á Catalina á Florencia y á su hijo amado á Cracovia. Cárlos IX maltrata á su hermano y se entrega á Coligny. «Siempre y cuando el rey habia departido con el almirante, dice Enrique de Valois (7), la reina madre y yo lo encontrábamos maravillosamente fogoso y enfurruñado, y aún más sus respuestas.» Inquiétase Catalina, llora (8), se pregunta si la union de los partidos no se puede hacer tambien por ella contra los españoles. Suprimir al almirante no seria nada: los hugonotes no se moverian, teniéndolos ella bajo su mano por el resorte de su yerno Enrique de Navarra, su verdadero jefe; pero inspiraria una engañosa seguridad al rey de España, si le diera como prenda la muerte de Coligny; aseguraria fáciles triunfos á su príncipe adorado Enrique de Valois que tomaria el mando de los ejércitos, y conservaria bajo sus órdenes á los hugonotes con Enrique de Navarra. Juzga que le va en ello el destierro á Florencia y resuelve la muerte del almirante cubriéndose con el pretexto de los de Guisa (9). Los acontecimientos que siguen son famosos en nuestra historia: ménos se sabe cómo los han referido y juzgado los españoles.

«Saliendo ayer de palacio para su casa, escribe Zúñiga al rey (10), leyendo como iba una carta, desde una ventana le tiraron un arcabuzazo con cuatro balas, del cual le llevaron un dedo de la mano derecha y le entró por entre los de la izquierda rompiéndole los huesos del brazo hasta pasar el cobdo. De la casa que le

(1) Ms. Arch. nac. K. pieza 112.
(2) *Ibid.* K. 1530, pieza 13.
(3) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, fol. 542, Fourquevauls á Catalina.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 76.
(5) *Ibid.*, K. 1530, pieza 18.
(6) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. III, pág. 505.
(7) Discurso del rey Enrique III, publicado en las *Memorias* de Villeroy, tom. II, pág. 52.
(8) Relaz. ven. Correr.
(9) Tavannes, *Memorias*.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 19, del 22 agosto 1572.

tiraron tenian cerrada la puerta principal y abierta la trasera, y en ella tenian un cavallo español, en el cual vino hasta la puerta de Sanct Antonio y allí tomó un turco y se salió con él. El almirante entiende que el duque de Guisa le hizo dar este arcabuzazo. Lo que yo puedo alcanzar es que la reina madre es la que le ordenó y lo hizo hacer. El rey estaba jugando á la pelota con el duque de Guisa, cuando se lo llegaron á decir; quedó muerto sin color ninguna. Díceme Hierónimo Gondi que el primero que llegó á decir á la Reyna madre como habian dado el arcabuzazo al almirante, la halló muy entera sin hacer semblante ninguno. Y luego llegó Monseñor de Anjou y encerráronse madre y hijo en una cámara.»

Pero Zúñiga ya no está tan exactamente informado, ni mucho ménos de los acontecimientos que siguieron: sus espías estaban entónces más ocupados en llenarse las manos en las casas de los burgueses que en recoger informes. Ignora cómo fué hábilmente desviada la cólera del rey por las seducciones de la madre, que se declaró autora del atentado contra el almirante, preguntó si se tenia miedo á los hugonotes vencidos por Enrique de Valois, y provocó en fin aquel grito de niño desvergonzado:—Matadlos, pues; pero matadlos todos, para que nadie me eche en cara mi mala fe.—«Fueron los duques de Guisa y Aumala y el caballero Angulema á la casa del almirante, escribe Zúñiga (1). El almirante tenia muy bien cerrada la puerta y arrimadas carretas á ella porque no le entrasen: entraron por unas cocinas, quitaron una reja de una ventana para entrarle; él se hizo muerto y como le tomaran para echarle por una ventana hizo fuerza y luego le dieron un pistoletazo por la cabeza y muchas puñaladas y lo echaron por la ventana en el patio. Y luego cogieron en su propia posada á Briquemaut, que en todas las guerras pasadas habia sido su teniente, y le mataron y un hijo suyo que con él estaba y á todos los criados que pudieron coger. Fueron en casa de Feligny su yerno y tambien le mataron; fueron á la del conde de Rochefocaul y le mataron y á su hijo mayor y otros. Entretanto que esto se hacia fueron cuatro arqueros de parte del rey al aposento del príncipe de Bearne á sacar los que en él havia, y aunque él quiso agraviarse dello, los arqueros dixeron que no podian hacer otra cosa, habiéndoselo mandado el rey, y así sacaron de allí al capitan Piles y dos criados suyos y á un su ayo que se llamaba Baubes, Pardillan su caballerizo, y los mataron á todos y tambien al marqués de Senexen. Luego los demandavan á todos y arrastravan por las calles, y les saquean sus casas muy á prisa, y lo mismo hacen en todas las casas de los hugonotes, vecinos desta villa y aunque no lo sean los matan sin dexar niño, arcabuzeándolos por las calles, que antes de medio dia habian muerto y echado en el rio pasados de tres mil. En el punto dieron orden por todo el Reyno para que se haga lo mismo. Hase escapado Mongomeri, anda tras él el duque de Guisa. Con esto yo creo que el de Oranges y los que han tenido ruyn intencion á las cosas de V. M. podran ser poca parte para poner en execucion sus ruines deseos. Bendito sea Dios que vuelva por su causa y ponga en corazon á estos Reyes que acaben esto como han comenzado. Hasta agora entiendo que serán por todo los muertos mas de cinco mil en esta villa sin haberse dexado en sus casas ninguna cosa.»

Pero algunos dias despues, escribe con más serenidad y rectifica los primeros errores chanceándose con cierto desden del grosero júbilo de Catalina que le habia dicho (2):—¿Se ha hecho bien la cosa? ¿Soy hereje como decia Don Francés?—Con esto reconstituye la cadena de los acontecimientos y traza con sagacidad la serie de hechos que han determinado el golpe (3). «El matar á estos, dice, no fué caso pensado, sino repentino, porque si ellos quisieran haber executado en estos, pudieran haberlo hecho más á su salvo; pero no querian matar sino al almirante y dar á entender que el duque de Guisa lo habia hecho para disculparse con los principales hugonotes que quedavan deste Reyno, y en Inglaterra y con los protestantes de Alemania; y como el que tiró el arcabuzazo fué mal certero y el almirante entendió de donde venia, se determinaron á descubrirse y hacer lo que han hecho.»

Cuando los que tienen la mision de la justicia y de la paz violentan la paz y la justicia, cuando se da el honor nacional á las risotadas del enemigo, los prudentes y virtuosos no pue-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 20. Es curioso observar cómo este agente, ordinariamente tan bien informado, acumula errores en la narracion de los acontecimientos: la alegría le hubo de hacer que perdiera toda su serenidad. Esta carta está escrita durante la matanza, antes de que el duque de Guisa volviera de su excursion á Montfort l'Amaury, esto es el 24 de agosto por la tarde y está fechada el 23, habiendo llegado á Madrid el 7 de setiembre. Felipe II no sabia nada el 5 del mismo. (Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 32.) Saint Gouard fué avisado más tarde todavía. (Corresp. Ms. Bibl. nac. folios 50 y siguientes.)

(2) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 28, del 31 de agosto.

(3) *Ibid.* pieza 29, segunda carta del mismo dia.

den ménos de retirarse y esperar la muerte como Lospital, que escribe á su hija (1): «Veo bien la tempestad. Ayuda con todos tus medios á la salvacion de tu madre, de tu marido, de tus hijos, á la tuya propia, pues no creo que haya gran necesidad de que te cuides de mí.»

III.—Incoherencia de la diplomacia francesa

Se enreda de tal manera ahora la maraña de las intrigas que en breve no podrá ya escarmenarla la mano de Catalina. Se ve á la reina de Francia mendigar á la vez felicitaciones y ofrecer justificaciones sobre el hecho del 24 de agosto; encarnizarse á Cárlos IX con maléfica puerilidad en completarlo, y á ambos á dos continuar las negociaciones para la eleccion de Enrique de Valois por rey de Polonia, y para la continuacion de la alianza protestante contra España con los Nassau y los príncipes luteranos de Alemania. Estos manejos contradictorios é indignos ofrecen el más triste espectáculo que haya dado jamás una diplomacia en la agonía.

«Hijo y señor mio, escribe Catalina á Felipe II (2), no tengo ninguna duda de que sentireis la misma satisfaccion que Dios nos ha dado ofreciendo al rey mi hijo ocasion de deshacerse de sus súbditos rebeldes á Dios y á él mismo y haciéndonos la gracia de preservarnos á todos nosotros de la crueldad de sus manos, por lo cual creemos firmemente que alabareis á Dios con nosotros, así por el bien particular nuestro, como por el que resultará á toda la cristiandad y al servicio y honor y gloria de Dios.» Al recibir esta carta, Felipe II que sabia los hechos de tres dias ántes, y no habia hablado de ello con Saint-Gouard, nuestro embajador, no creyó útil tenerlos secretos por más tiempo.—Este hecho, escribe Saint-Gouard (3), ha sido tan acepto al señor Rey, como se puede pensar, siendo tan favorable á sus negocios. Aunque es el príncipe que en el mundo sabe más disimular todas las cosas, no ha podido ocultar el placer que ha recibido de ello, cuanto más que este placer le venia del bien que recibian de ello sus negocios que veia perdidos sin remedio; ha hecho creer á todo el mundo que se holgaba del buen éxito que V. M. habia tenido en tan altas empresas, ahora alabando á vuestro hijo por tener tal madre, que tan bien lo ha guardado en su tierna edad, ahora alabando á la madre de tal hijo, la cual con tanta paciencia y prudencia ha sabido executar cosas que traen tanto bien á toda la cristiandad.—

Imposible comprender ni explicar mejor ni con más libertad la enormidad de la falta cometida. El duque de Alba apreciaba en términos casi idénticos esta violenta accion de los Valois contra los intereses de Francia: Estas cosas, decia (4), vienen tan oportunamente en esta coyuntura para los negocios del rey nuestro señor que no podria ser más. Pero Catalina no habia llegado aún al arrepentimiento y se congraciaba de los elogios que le dirigia Felipe II «por un hecho de tanto valor y prudencia, y de tanto servicio, gloria y honra de Dios, y universal beneficio de la christiandad. Fué para mí (5) la mejor y más alegre nueva que al presente me pudiera venir, y por me las aver scripto V. M. la beso muchas veces las manos.»

El dia siguiente, como si temiera no haber expresado bien su entusiasmo en esta carta, escribia el rey á su embajador Zúñiga (6): «Tuve uno de los mayores contentamientos que he recibido en mi vida, y el mismo recibiré de que vais escribiendo lo que más succediere, y señaladamente lo que se haga en las otras villas y partes desse reyno, que si se executa como ay será echar el sello al negocio. El primer aviso fué el vuestro, y assí lo mandé al embaxador desse rey y él vino á mí y le recibí con la demostracion de alegría que el caso requeria. Visitad de mi parte á la reyna madre significándola la grande alegría y contentamiento que he tenido de un hecho tan notable y de tanto servicio de Dios y beneficio universal de la cristiandad y particular del rey mi hermano y de su corona, y de que á ella redunda en el presente y siglos venideros tanta gloria y estimacion.»

Embriagada ya Catalina con felicitaciones tan explícitas por parte de este yerno, tan circunspecto de suyo, no fué dueña de sus nervios cuando vió al otro yerno, Enrique de Navarra, presentarse en Vísperas en la capilla de la órden de San Miguel. «Quando fué el de Bearn

(1) El 25 de agosto de 1572, carta publicada en la Revista de los doc. hist. 1878.

(2) El original se halla en Ms. Arch. nac. K. 1530, *Museo*, n.º 702 con la fecha del 28 de agosto. La traduccion castellana hecha por Felipe II, está en Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 21, con la fecha del 24 de agosto, evidentemente inexacta. La noticia llegó á España el 7 de setiembre con la carta de Zúñiga, y el rey la tuvo en secreto: la carta de Catalina del 28 de agosto debió de llegar el 12 de setiembre; hasta este dia no supo el hecho Saint Gouard (Ms. Bibl. nac. 16104, folio 55, y 16105, fol. 59 y 60) y lo comunicó al rey que lo sabia al mismo tiempo por aquella carta. Le enviaba de Paris el 28 de agosto el *pequeño Montaigne* con todas las cartas.

(3) Ms. Bibl. nac. 16104, fol. 58, Saint Gouard á la reina madre.

(4) *Bolet. Acad. R. de Bélgica*, tom. IX, 1.º pág. 561, el duque de Alba á Beauvois.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 49, del 17 setiembre 1572.

(6) *Ibid.* pieza 53.

estuvo la reyna madre levantada, mirándole con atencion, y que él havia acabado sus reverencias y metido buen ayre en ellas, assí en las que hizo al altar como á las damas, volvióse la reyna madre á los embajadores con muy gran risa» (1). Fullería de las calaveradas y de los triunfos efímeros que engañan á los más taimados. En la misma hora en que Catalina se creia libre de insultar á las víctimas, no se dejaban ya engañar ni siquiera el Papa, ni siquiera Felipe II. «El Papa, decia el nuncio de Paris (2), avia mandado hacer procesiones por lo acaecido aquí del almirante y sequaces, y que se espantava dello, aunque él avia tenido culpa de averle avisado tarde, porque no entendió quando mataron á estos ugonotes que lo avian hecho sino por la religion, y que despues entendió que se avia executado en ellos por deshacerse de sus enemigos y quedar á cavallo sin tener ningun contrario en su reyno y que este aviso llegaria tarde.»

En cuanto á Felipe II, descubria ya en la matanza de los hugonotes una ocasion propicia para enemistarnos con Inglaterra: su cancillería habia redactado ya un proyecto en estos términos (3): «Dais á entender (á Zúñiga) que buscávades ocasion para hablar con el embajador de Inglaterra con fin de procurar de indignarle más contra esos chmos. reyes y atraerle á que por esta vía, la reyna su ama se aparte dellos y vuelva á nuestra amistad.» Felipe borra de su propia mano esta frase y escribe al márgen: «El indignarlos á Ingleses y Franceses no es malo y está bien el que lo haga y lo debe adelante como agora. El que no conviene es pretender de juntarme á my y á Ingleses.»

Así, pues, subsistia el odio contra nosotros bajo los más calurosos testimonios de admiracion y afecto. A este odio sucedió muy en breve el desprecio.

Los pasos intentados por Cárlos IX con insana terquedad para que el duque de Alba inmolara á los franceses que quedaban prisioneros por la derrota de Genlis y á los que se defendian aún dentro de los muros de Mons, no podian ménos de parecer deshonrosos á los ojos de los españoles. Comenzaron estas gestiones por una extraña carta que desfiguraba los acontecimientos, que reconocia las órdenes enviadas para que se generalizara la matanza por toda Francia, que exigia que los prisioneros franceses fueran ejecutados é insistia en que se continuaran las relaciones secretas con el príncipe de Orange (4). Héla aquí: «Mr. de Mondoucet, dice Cárlos IX, yéndose del Louvre el almirante á su casa á comer, le hubieron de tirar desde una ventana de una casa un arcabuzazo. Desconfiando los de su faccion que se hiciera justicia del dicho atentado y sin tener paciencia de ver y conocer los efectos de mi intencion, deliberaron tomarse ellos mismos la venganza; de manera que para evitar la ejecucion de tan perniciosa empresa, me he visto precisado á permitir y dar medios á los Guisas de ir al almirante, como lo han hecho, habiendo sido muerto el almirante y todos sus adherentes. Y como esta ejecucion fué acompañada de una conmocion popular, gran número de los de la nueva religion que habia en esta ciudad han sido muertos y hechos pedazos, siendo creible que este fuego así encendido irá corriendo por todas las ciudades de mi reino, las cuales, á ejemplo de lo que se ha hecho en esta ciudad, se asegurarán de todos los de la dicha religion. Ahora bien, Mr. de Mondoucet, en tales cosas hay que tener cuidado inmediato de todo acontecimiento. Yo no deseo que el duque de Alba envie á mi reino á los que hizo prisioneros en la derrota de Genlis, ni que deje que se escapen los otros que están dentro de Mons encerrados por él. Porque ya que Dios se ha servido conducir las cosas á los términos en que están, no quiero malograr la ocasion de traer un perpetuo sosiego á mi reino y servir tambien á la cristiandad. Mantendreis con astucia vuestra inteligencia con el príncipe de Orange á fin de no darle ocasion de abandonar las empresas que intenta por ahí, y venga á intentar otras á mi reino en ayuda de los de la nueva religion. Es preciso que obreis con mucha prudencia para no soltar prenda que os obligue y haga conocer al duque de Alba que continuais las relaciones con el dicho príncipe de Orange. He escrito á todos los gobiernos de mi reino para que junten fuerzas y vayan contra los que quieran levantarse contra mi voluntad.» Como Saint-Gouard, el honrado Mondoucet hace notar friamente que se ha trabajado para nuestros enemigos y que con razon hacen cantar un solemne *Tedeum* en Bruselas por la dicha y prosperidad que tales cosas traen á sus negocios (5). Pero

(1) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 72, Zúñiga al rey, 29 setiembre de 1572.

(2) *Ibid.* pieza 61, Zúñiga al rey, 22 de setiembre.

(3) *Ibid.*, pieza 66.

(4) Bolet. Soc. R. hist. de Bélgica, tom. IV, de 1852, pág. 342, conforme con Ms. Bibl. nac. fond. Saint Germain, Cárlos IX á Mondoucet, enviado francés cerca del duque de Alba, 26 agosto 1572.

(5) *Ibid.* Carta del 20 de agosto. Saint Gouard habia escrito ya que la matanza podia decirse que no se habia hecho sino en beneficio

Cárlos IX no escucha nada: el mismo dia en que escribe dos cartas á Mondoucet sobre el asunto (1), insiste personalmente con Zúñiga para que advierta al duque de Alba «que de ninguna manera debe dejar que vuelvan á Francia los que retiene prisioneros, pues seria causarle un grave perjuicio» (2). A Mondoucet le dice: «Tendria el mayor pesar si el duque no se hiciera dueño de Mons, y mucho más si fuera para enviármelos y que volvieran á mi reino. Importa grandemente para el servicio de Dios que los que están dentro sean pasados á cuchillo. Direis al duque que está en su mano dar á conocer que prefiere el servicio de Dios y el bien de la cristiandad á todo otro respeto, habiendo en sus manos á muchos de mis súbditos rebeldes y el medio de tomar á Mons y castigar á los que hay dentro. Si os contesta si ha de ser en secreto lo de dar muerte á los prisioneros y pasar á cuchillo á los de Mons, le direis que es lo que debe hacer, y que haria un gran daño á él y á toda la cristiandad si obrara de otra manera. Sobre todo es preciso tener esto secreto y no hablar al dicho duque sino como si saliera de vos mismo, sin que nadie sepa que yo os lo he prevenido.»

Estas excitaciones al asesinato fueron escuchadas al principio con paciencia por el duque de Alba.—Me quedan ya pocos prisioneros entre manos, dice, y cada dia despacho algunos de ellos.—El rey de Francia, replica Mondoucet (3), tendria motivo de queja, si los dejarais escapar.—Despues llegan á hacerse las instancias tan porfiadas, que el mismo duque de Alba siente repugnancia: no es ya sólo Mondoucet el que gestiona, sino el mismo Zúñiga, que dice con arrogancia: «... Y tambien les asegura á madre y hijo de que Janlis y consortes no vernian más á este reyno á inquietarlos» (4). Y sobre todo Saint-Gouard: este embajador debe suplicar á Felipe II que envie órdenes á Flandes. «De la deshecha de Genlis, se ve obligado á decir, han quedado muchos gentiles-hombres en poder de los ministros de V. M. que son desta faccion y que podrian hacer mucho mal, si estuviessen en libertad, y tambien los que están en la villa de Mons, los quales son conocidos por los más facciosos de los Países Bajos.» (El rey pone al márgen: En esto de Genlis y Mons el effecto ha mostrado que la respuesta que el duque de Alba dió á Mondoucet, que le habló en lo mismo por órden del rey christianísimo, fué bien conforme á lo que pensaba hacer.) «Por tanto, continúa Saint-Gouard, el mayor servicio que se puede hacer á la christiandad es tomar la dicha villa de Mons y executarlos (5), que vuestra Majestad mandara y escribiera muy expresamente al duque de Alba que por estas consideraciones no dé libertad á los presos de la deshecha de Genlis que tiene en manos, porque seria fortificar otro tanto á los comunes enemigos, los quales jamás han guardado fee alguna, como es la costumbre de todos los herejes» (6).

Esta inoportunidad apuró, en fin, la paciencia del duque de Alba. «Mondoucet, dice (7), el hombre que aquí tienen essos reyes, me ha dicho de su parte que me piden que en ninguna manera del mundo yo me acuerde de los franceses que están dentro de Mons: háme parescido la más insolente demanda que se ha hecho jamás á nadie.» Y da una contestacion que obliga á Mondoucet á la más deshonrosa confesion (8): «Que él devia escribir á sus amos que enviasen á mandar á los franceses que están en Mons vayan á buscarlo y así tendria su ciudad. —Yo le dije que V. M. podria dar de muy buena voluntad este mandato, pero que era de creer por las razones que él sabia, que no se quisieran fiar, queriendo más bien morir dentro.» Cárlos IX entónces vuelve á la carga con Zúñiga y le hace escribir al duque: «Que tambien holgaria que V. Exc. correspondiese á hacer de aquellos como él havia hecho de los que tenia aquí, porque en Mons avia xx ó xxx belitres que podrian volver á inquietarle el Reyno» (9).

Pero á estas horas en que fingia rendirse á las obsesiones de Cárlos IX, sabia Zúñiga á qué atenerse sobre sus protestas de abnegacion á la causa católica, como quiera que estaba informado por el fiel Gondi de las negociaciones que continuaba con el príncipe de Orange y los luteranos de Alemania. El genovés Galeazzo Fregoso recorria la Alemania en nombre de Catalina, al mismo tiempo que Schonberg en nombre de Cárlos IX, para disculparse y renegar de la matanza de la noche de San Bartolomé y para

de los negocios de este rey (de España). Ms. Bibl. nac. 16105, p. 59.

(1) Bolet. Soc. R. hist. de Bélgica. El 31 de agosto.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 29. Carta del 31 de agosto, Zúñiga al duque de Alba.

(3) Com. R. de hist. de Bélgica, año 1853, tom. V. conf. con Ms. Arch. Reims.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 39, Zúñiga al duque de Alba.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 45 y 46.

(6) Ms. Bibl. nac. 16104, piezas 55 y 56.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 47. Alba á Zúñiga, del 16 de setiembre.

(8) Ms. K. 1530, pieza 47. Esta conversacion es referida en términos idénticos y simultáneamente al rey de Francia por Mondoucet (Ms. de Reims) y á Zúñiga por el duque de Alba.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 59 (Zúñiga al duque de Alba).

continuar los proyectos de una coalicion con los protestantes contra España (1). No contento con traicionar á sus huéspedes del Louvre y á los hugonotes de Francia, y á los soldados enviados por él á los Países Bajos, Cárlos IX traicionaba igualmente al rey de España.—Esto no es peligroso, decia desdeñosamente Zúñiga: por más que busquen alianzas, ni Inglaterra ni Alemania tendrán nunca confianza en ellos (2). El mismo emperador, el suegro de Cárlos IX, no podia ocultar su repugnancia ante estas hipócritas disculpas. Vulcob, nuestro embajador en Viena, nos lo dice (3): «No os debo ocultar, Sire, que el emperador me ha mostrado tener alguna opinion diversa de lo que yo le he hecho entender.»

Así, ni Catalina ni su hijo tienen animosidad contra los protestantes, y quieren que Schonberg, su agente en Alemania, lo haga entender bien (4). «Atendereis á no dejar entrar en el entendimiento de los príncipes que lo que se ha hecho con el almirante y sus cómplices ha sido en odio á la nueva religion, ni para su extirpacion, sino sólo en castigo de la conspiracion que habian tramado.» El más culpable de estos Valois, Enrique, tiene la desvergüenza de escribir de su puño y letra que el apoyo de Francia está siempre asegurado á los protestantes contra el rey de España (5). «Queremos, dice, abreviar las negociaciones más que nunca y hacer conocer á los príncipes que somos sus más seguros y perfectos amigos.» Acaso fuera de buena fe en esta cínica declaracion y esperara aún llegar á ser el jefe de los que habian de invadir los Países Bajos. Pero ántes bien ha de creerse que juzgaba necesaria esta mistificacion para el buen éxito de sus proyectos sobre el trono de Polonia. El obispo de Valence, á quien encarga comprárselo con nuestro dinero, no le oculta el disgusto que ha suscitado su crímen. «Yo no soy ángel ni encantador, le dice (6); puesto que se tenia gana de ese reino, se podia y se debia haber evitado lo que se ha hecho.» Preciso es ya, pues, renegar de lo que acaba de hacerse, halagar á los luteranos alemanes, cortejar, cuando se invoca la religion para justificar asesinatos, al sultan Selim.—«Os ruego, escribe Cárlos IX á su embajador en Constantinopla (7), desplegueis en esto toda vuestra industria haciendo una obra maestra de vuestro oficio.» Porque el sultan Selim puede procurar votos en la eleccion de Polonia; Enrique de Valois lo sabe y halaga al Gran Turco como halaga á los luteranos (8).

Todavía hubiera sido menester tomar una decision y no malograr tan humillantes intrigas: Schonberg no podia explicarse que se empleara tal y tanta doblez sólo por amor al arte. El signor Fregoso, escribe á Catalina (9), os habrá dado á entender lo que le he comunicado atento á los Países Bajos. No cabe dudar que vuestras Majestades sabrán aprovechar bien esta propicia ocasion. Señora, el sosiego del reino, la seguridad del Estado, la ruina del enemigo capital del rey, la estrecha y firme alianza de los príncipes de Alemania, la subversion de todos los designios de la casa de Austria y el colmo de vuestros deseos están en manos de V. M. y dependen de vuestra voluntad. Si dejais escapar esta buena presa desconfio de que podais ya nunca lograrla.»

IV.—Toma de Mons

Harto embarazado en Roermond el príncipe de Orange en medio de sus mercenarios alemanes, se creyó obligado á justificarse de haber dado fe, siquiera un momento, á las promesas de Francia. «Las apariencias eran tan grandes, dice (10), que léjos de haber achacado á ligera debilidad mia lo de darles fe, se me hubiera con razon inculpado de malignidad si hubiera aparentado siquiera tener alguna sospecha siniestra.» Seis dias despues de la matanza de San Bartolomé, envió de vanguardia á su teniente Bernardo de Merode, que fué bien recibido en Malinas. «¡Buena noticia! exclama el duque de Alba, al saber la defeccion de los burgueses de esta ciudad (11). Esto derechamente es permision de Dios para castigar como se debe las maldades que hicieron en tiempo de Madama de Parma y de destruicion de las imágenes, que no deve permitir nuestro Señor que aquello se pasasse sin castigo.» El júbilo con que toma este pretexto de venganza muestra su animosi-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 61, del 22 de setiembre 1572.
(2) *Ibid.* pieza 42. «Con Inglaterra y aun con los príncipes de Alemania, los cuales jamás se fiaran destos.»
(3) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Suplemento, carta del 26 de setiembre de 1572.
(4) *Ibid.* pág. 12 del Suplemento, el 12 set. 1572, ménos de tres semanas despues del acto.
(5) *Ibid.*
(6) Ms. Bibl. nac. quinientos de Colbert, VII, fol. 447.
(7) Carta citada por el marqués de Noailles, *Enrique de Valois*, tom. II, pág. 244.
(8) Ms. Bibl. nac. Gaignieres, tom. DCXLVII, fol. 20. Los contemporáneos conocian este hecho y llamaban *Mameluco* al obispo de Valencia que se llamaba Montluc.
(9) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Supl. pág. 43.
(10) *Ibid.* tom. III, Supl. pág. 503.
(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 275.

dad contra los flamencos. «Las herejías destos, añade (1), están tan arraygadas que de los piés hasta la cabeza no ay hueso sano en este cuerpo dolorido. Todo se remediará con ayuda de Dios.» Bien comprendia que era empeño fácil desbaratar á los alemanes de Orange.

En efecto, luégo que estos fueron conducidos delante de las líneas de ataque de Mons, se negaron á entrar en combate. Un bávaro probó dar una carga con algunos jinetes al través de las trincheras, y «si los regimientos alemanes lo hubieran secundado, habrian podido hacer

Cárlos IX de Francia
(copia del retrato hecho por F. Clouet, pintor del siglo XVI.—Consérvase en la coleccion del duque de Aumale)

algo de efecto: entónces se comprendió que aquel ejército no haria nada á viva fuerza (2). El duque de Orange procuró á lo ménos molestar por el hambre á los españoles acampando muy cerca de ellos para interceptar sus comunicaciones; pero fué sorprendido en su campo de Jemmapes á media noche (3); y fué tal el espanto, que no estuvo ya en poder del príncipe retenerlos allí más tiempo» (4). El príncipe se vió obligado á abandonar á su hermano, que defendia las murallas de Mons, «despidió á sus lansquenetes que no valian nada, sin que valieran más sus hombres de á caballo, y fueron la causa principal de una retirada tan súbita» (5).

La inferioridad de la gente que reclutaba es una excusa para cohonestar los continuos descalabros del príncipe de Orange, á quien con la

(1) Ms. Arch. nac. K. 1630, pieza 47.
(2) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 136.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 41. Fué en la noche del 11 al 12 de setiembre.
(4) La Huguerye.
(5) Com. R. hist. de Bélgica, 1853, Mondoucet á Cárlos IX.

excusa y sin ella se considera como un mediano hombre de guerra: como su nieto, el rey Guillermo de Inglaterra, llevó sobre sí la singular fatalidad de tener que mandar continuamente ejércitos y ser casi siempre batido sin adquirir nunca las cualidades del caudillo.

Algunos dias despues de la dispersion del ejército de socorro, el conde Ludovico y La Noue obtuvieron, obligados por el hambre, una capitulacion (1). Hubiérase dicho que el duque de Alba se habia súbitamente poseido de sentimientos generosos: no sólo autorizó á los vencidos á retirarse libremente con sus armas, sino que tambien tomó medidas para que se observaran estrictamente las condiciones estipuladas, «de tal manera que habiendo sucedido que un

Isabel de Austria, mujer de Cárlos IX de Francia
(copia del retrato hecho por Pedro Porbus, muerto en 1584)

granuja le quitara el sombrero á uno de los sitiados que evacuaban la ciudad, el señor de Noircarmes lo traspasó con su espada dejándolo muerto en medio los campos» (2). No era deferencia al conde Ludovico, porque Alba escribia el mismo dia al rey de España (3): «Demás del servicio de Dios y de S. M., cierto, por odio mio particular que yo tengo con este hombre, holgara mucho de pasar por todas las otras cosas, por poderle retener captivo.» Pero quiso con esta ostentacion de clemencia protestar contra la matanza de San Bartolomé que consideraba «cosa furiosa, ligera y no pensada» (4). Hizo grandes honores á La Noue y admiró mucho su valor y virtud; saludó tambien á todos los capitanes y soldados franceses muy cortésmente (5), á los que Cárlos IX recomendaba con tanto empeño para que los pasara al filo de su espada; les declaró que deploraba la suerte del almirante; confesaba haber mirado siempre con recelo su entrada en el país de su amo, y que más quisiera que le hubieran cortado los dos bra-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 60, Alba á Zúñiga. El 21 de setiembre de 1572.
(2) La Huguerye.
(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 281.
(4) Ms. Bibl. nac. 16104, pieza 83, Saint Gouard á Cárlos IX, del 15 nov. 1572.
(5) Brantome, tom. I, pág. 148.

zos que haber dado semejante golpe; que se esforzaria en mantenerles su palabra más estrictamente que lo hiciera nunca con soldados para mostrar á todo el mundo que no tenia parte en lo que habia pasado en Paris (1). Los testimonios de indignacion fueron tan repetidos y solemnes que el conde Ludovico hizo á Cárlos IX la afrenta de trasmitírselos (2). «Ha dicho á muchos que no querria haber hecho una accion tan mala como la hecha por el rey de Francia.»

Esta manifestacion contra el acto de Paris supone, ó una susceptibilidad extrañamente intempestiva, ó una celosa rivalidad de perseguidor: el duque de Alba estaba envidioso de las grandes medidas adoptadas en la jornada de San Bartolomé, y resolvió mostrar á su vez lo que él sabia hacer. Desdeñando á Mons que abandonó á Noircarmes, escogió las tres ciudades de Malinas, Zutphen y Naardem.

En Mons, Noircarmes quemó dos burgueses, ahorcó seis, decapitó sesenta, desterró trescientos cincuenta: sus mujeres fueron arrojadas de la ciudad sin que se pudieran llevar nada más que sus hijos, sus bienes fueron confiscados casi sólo en provecho de Noircarmes, que ni siquiera pagó sus honorarios á los empleados puestos por él, á pesar de su servilismo en oficio tan odioso, decian estos, en medio de sus parientes y amigos (3).

Malinas fué entregada á los soldados españoles «para refrescarlos.» El duque se quedó en Parque-de-Malinas, complaciéndose en ver arruinar á la pobre ciudad por espacio de tres dias enteros (4) y escribiendo con mucho sosiego á Felipe II la relacion de este acto de barbarie que él mismo se habia prometido hacia cosa de un mes (5): «Los soldados, decia, quedan al presente executando el castigo que evidentemente paresce que Dios ha sido servido darles, que no devieron quedar bien castigados de lo pasado, ni juzgadas sus maldades, por las quales Dios ha permitido las hiciesen tan grandes que hayan avido menester aun mayor castigo del que tienen. Es muy necessario exemplo para todas las otras villas que se han de cobrar, porque no piensen que á cada una dellas sea menester yr el ejército de V. M. que seria un negocio infinito.» Algunos españoles advirtieron á Felipe que el ejemplo habria intimidado tambien á las demás ciudades, procurando á la vez algun provecho al tesoro real, si se hubiera impuesto una contribucion de guerra, en vez de saquear la ciudad por espacio de tres dias, sin respeto á los eclesiásticos y religiosos, ni á los miembros del Consejo, ni á la notaría real, ni á la casa del cardenal Granvela; pues no se hubiera hecho más en una ciudad turca, no habiendo dejado en ésta ni un clavo en la pared. Lo más triste, añadian, es el martirio y deshonra de las mujeres (6). Los pueblos inmediatos no fueron más respetados: los soldados se llevaron «hasta las ropas de los pobres,» y no respetaron siquiera los «copones en que estaban las sagradas hostias y el precioso cuerpo de Nuestro Señor y Redentor» (7).

Despues de Malinas, Zutphen. Don Fadrique de Toledo entra en Zutphen y deja matar todo lo que vivia en la ciudad. Cuando se cansaron de matar sus fieros soldados, empujaban á las gentes al hielo para que murieran heladas; apénas un millar de fugitivos quedó á vida de los doce mil habitantes. Luégo incendiaron las casas (8).

Sin duda no consideró el duque de Alba este gran exterminio como una venganza reclamada por Dios, pues se guardó de trasmitir sus detalles á Felipe II (9).

Ni le pareció tampoco ejemplo suficiente para restablecer su prestigio. Cuando, á la noticia de la destruccion de Zutphen, la vecina ciudad de Naardem envió sus llaves, Don Fadrique llevó la mano á su espada y contestó: Hé aquí las llaves de la ciudad. Y habiendo entrado en ella mataron hombres, mujeres y niños, que estaban en una iglesia esperando gracia porque no se habian resistido (10). Como en Zutphen, casi todos sus habitantes fueron pasados á cuchillo (11). No es una vana fórmula de escritor exagerado. Todo lo que habia en la ciudad ha perecido (12), dice con orgullo el duque de Alba. Los que huyen precipitándose desde lo alto de las murallas, son perseguidos por el campo, aprehendidos y colgados de los piés; y se pega fuego á las casas, luégo que se ha sacado lo que contenian. «El duque hace ahora arrasar la ciudad» (13).

(1) La Huguerye, tom. I, pág. 131.
(2) Ludovico á Cárlos IX, colec. de Groen Van Prinsterer, t. IV, pág. 86.
(3) Com. R. hist. de Bélgica, tom. IV, de 1877, pág. 211 á 368
(4) Mondoucet á Cárlos IX (Ms. Reims, publ. *Com. R. hist.*)
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 283, del 2 oct. 1572.
(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 299, Estéban Praets al rey, 30 de noviembre de 1572.
(7) Discurso del pillaje de Malinas.
(8) *Bolet. Soc. R. de hist.* Corresp. de Mondoucet, segun el Ms. de Reims.
(9) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 294.
(10) *Memorias anón.*, tom. I, pág. 138.
(11) Del Rio, *Memorias*, tom. I, pág. 48. «Nardenses dedentes sese ad unum fere omnes necati, ipsum oppidum flamma exhaustum.»
(12) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 300.
(13) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, pág. 34.

Semejante exterminio habria podido llenar de temor á los holandeses, y Alba creyó ya tenerlos dominados. Al contrario, acababa de demostrarles con sus crímenes la necesidad de la resistencia á los españoles (1).

V.—El duque de Medinaceli

Felipe II es absolutamente extraño á esta supresion de sus súbditos. Sus instrucciones no llevaban á semejantes consecuencias. Si no formuló una condenacion inmediata al saber semejantes procedimientos de gobierno, puede creerse que tomó desde luégo la resolucion de desembarazar á los Países Bajos de un hombre que no sabia gobernar sino destruyendo á sus gobernados. Puede creerse igualmente que Felipe ignoró al principio el número de las víctimas: para no sublevar la conciencia del rey con la enormidad de su número, parece ser que el duque de Alba tenia un cómplice tan cruel y más perverso que él en el cardenal Espinosa, que no dejaba traslucir las condenaciones. Felipe II echó de ver al fin que se le engañaba.—¡Mentís! le dijo al cardenal, que se murió de la sofocacion. «A la muerte del cardenal, hubo de descubrir el rey muchos secretos que el dicho prelado le habia tenido ocultos igualmente que á su Consejo» (2). Acaso los ignoraba tambien el mismo cardenal, que era tan negligente como trapacero, pues se hallaron á su muerte «infinidad de cartas recibidas de larga fecha, las cuales no estaban abiertas» (3).

El duque de Alba no habia ganado con la desaparicion de Espinosa: aún estaba sostenido en Madrid por su cuñado el prior Don Antonio de Toledo y por Zayas que le impiden que caiga de cabeza (4), escribe Saint-Gouard; pero si hubiera aquí algun rígido enemigo que me quisiera ayudar lo habria puesto en mal camino (5).

Este enemigo no estaba en Madrid, sino en Flandes. El duque de Medinaceli, el sucesor designado del duque de Alba, habia llegado allá en los momentos de la insurreccion. Su escuadra habia sido batida y dispersada por los *perdidos de mar;* cayó malo en Bruselas (6), mantúvose aparte, habló de una nueva amnistía y asistió al sitio de Mons sin mando (7). Esta situacion de un sustituyente que permanece al lado del sustituido, medio censor, medio consejero, fué tan torpemente inventada por Felipe II que á la llegada del nuevo duque le escribian ya(8): «V. M. me perdonará si soy muy curioso ó cuidadoso en esto, que como ordinariamente el pueblo es amigo de mudanza y que comunmente se adora más al sol que sale que al que se pone con otras circunstancias, paresce (so humilde correccion) que seria posible (lo que todavía espero que no podria suceder) que los duques cayesen (áun contra su voluntad) en alguna emulacion que podria redundar (especialmente en este tiempo) en muy gran deservicio de V. M.»

El duque de Alba esperó agradar manifestando al principio benevolencia para con su rival. Medina, dice (9), es tan cabal que áun sin las especiales órdenes del rey, estaria yo con él en los mejores términos de amistad. Pero muy luégo hubo de observar que Medinaceli era irascible. No he visto en mi vida, decia ahora, hombre más violento ni desconfiado: está continuamente colérico. Despues de todas las dificultades y de todos los sinsabores que he tenido en este país, no me faltaba más que este azote (10). Los secretarios están muy en breve al corriente del conflicto: el del duque de Alba refiere los episodios al del rey (11); despues comienza las recriminaciones Medinaceli.—Desde que vine á este país, dice (12), he pasado por duras pruebas y he tenido ocasion de perder muchas veces la paciencia; sin embargo, he sabido tolerarlo y disimularlo todo. ¿Qué he venido á hacer aquí? —Enciérrase en Grave, adusto y amenazador. «Su permanencia allí da en qué pensar al duque de Alba; muchos creen que se ha ido, sólo por retirarse de su compañía y presencia» (13). De Grave pasa á Bois-le-Duc (14), luégo á Spa, donde pasa el verano siguiente. El duque de Alba comprendia que el sostenimiento de aquel vigilante ocioso y taciturno á su lado era el síntoma de la desgracia.—Soy hombre muerto, decia (15): muerto y todo, padezco. Bien entiendo que desagradan mis servicios.

(1) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 139.

(2) *Bolet. soc. R.* Mondoucet á Cárlos IX, 29 set. 1572. La destruccion de Naardem fué justificada con una supuesta resistencia de los habitantes al ejército español.

(3) Ms. Bibl. nac. franc. 16104 pieza 78, Saint Gouard á Cárlos IX.

(4) *Ibid.* pieza 58, Saint Gouard á Catalina.

(5) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Supl. pág. 27

(6) Ms. Arch. nac. K. 1529, pieza 94, del 20 junio 1572.

(7) *Doc. inéd.* tom. XXXVI, pág. 45 á 109.

(8) *Doc. inéd.* t. XXXVI, p. 86, Hopperus al rey, 28 junio 1572.

(9) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 287, del 13 oct. 1572.

(10) *Ibid.* pág. 290, el duque de Alba al prior Don Antonio, del 5 de nov. de 1572, un mes escaso despues de la precedente.

(11) *Ibid.* pág. 291, del 6 nov., Albornoz á Zayas.

(12) *Doc. inéd.* tom. XXXVI, pág. 130, Medina al rey, 12 nov. de 1572. El duque de Medina Celi está en los Países Bajos desde ha cerca de un año; sigue allá en agosto de 1573 (*ibid.* p. 192) y no partió en nov. de 1572, como se ha creido.

(13) *Corresp. de Mondoucet*, carta á Cárlos IX, del 2 dic. de 1572.

(14) *Doc. inéd.* tom. XXXVI, pág. 163.

(15) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 308, Alba á Zayas, 23 de diciembre 1572.

Felipe II tomaba, en efecto, una decision entre los dos duques (1), pero con misterio y sin saber todavía si aplicaria su misma decision.

VI.—Descrédito de la política francesa

Retrasado en sus pensamientos homicidas, Cárlos IX hizo que se expresara á Felipe II su despecho por los honores hechos á los defensores de Mons (2). Pero una vez que las cosas habian ya pasado de este modo y que todavía quedaban en su poder Genlis y sus adherentes, encomendaba mucho al duque no dejarlos por razon ninguna.

El duque de Alba no era de parecer (3) de cortar la cabeza á Genlis y demás franceses prisioneros; esto hubiera sido oportuno ántes de la muerte del almirante; pero ya todo habia cambiado. Hay interés en mantener en sus manos hombres que podrian en cierto momento suscitar turbulencias en Francia. No se debe escuchar tampoco á Cárlos IX cuando ofrece restablecer la religion católica en Inglaterra, porque la reina Isabel tendria aviso de este concierto y no dejaria de favorecer á los rebeldes de los Países Bajos. Lo que no era parte para impedir que Felipe II diera mil escudos de provision á un supuesto príncipe irlandés que prometia organizar una insurreccion contra Isabel (4).

De este modo impele Cárlos IX á España contra Inglaterra y procura casar á un hermano suyo con Isabel; quiere que el duque de Alba asesine á los prisioneros franceses, y acoge en su campo de la Rochela al bravo La Noue y demás hugonotes de la guarnicion de Mons. No se atreve á herir por sí mismo: ve el desprecio con que miran á los matadores del 24 de agosto los hombres de guerra franceses, y está asombrado de las objeciones que se alzan, no ya sólo á su alrededor, sino tambien en Alemania y Polonia; comprende la necesidad de desaprobar la matanza de San Bartolomé y vuelve á la política protestante, pero al mismo tiempo menudea los halagos á España. Su esposa Isabel de Austria, que todavía no ha hecho valer los méritos de la matanza, viene tardíamente á recordárselos á Felipe II, cuya sobrina y cuñada es, y á felicitarse en lengua española, con la pesadez de la chanza alemana (5), de la satisfaccion sentida por el rey de España al saber la nueva de la muerte del almirante «que yo bien pensé que no le pesaria á V. M.» La misma Catalina vuelve á tomar la pluma (6) para glorificar la toma de Mons «y el triunfo obtenido por el duque de Alba en vuestros negocios de Flandes, de lo que tenemos el mismo contento que si fuera cosa nuestra, y todavía hubiéramos querido que fuera más victorioso.»

Estos falsos cumplimientos, estos lazos y oscilaciones comenzaban á indignar á los holandeses. El conde Ludovico recordó rudamente á Cárlos IX los verdaderos intereses de Francia y le dijo (7): Ya ve ahora V. M. al español vuestro mortal enemigo engordar con la ruina de vuestros intereses y reirse á mandíbulas batientes de vuestras desgracias. Por acá comienza la gente á disgustarse de la manera como se hacen en Francia las negociaciones, descubriendo que no se procede francamente sino con doblez y disimulacion, y notando en las cartas y palabras de V. M. tantas ficciones que no son para fiar, como las cartas que V. M. escribió despues de la herida del almirante diciendo que haria tan ejemplar justicia que quedaria de ello memoria para siempre, y á los dos dias la hizo bastante mal.

VII.—Sitio de Haarlem

Tan receloso el duque de Alba como el conde Ludovico de esta actitud de Francia, quiso dominar rápidamente la insurreccion apoderándose de Haarlem y cortando así en dos trozos las provincias sublevadas. Algunos burgueses de Haarlem salieron á ofrecer su sumision; pero fueron aprehendidos por el capitan de la guardia burguesa Vibaldo Van Riperda (8), que los mandó decapitar. La resistencia quedó resuelta. Don Fadrique de Toledo se presentó con el ejército español el 9 de diciembre de 1572 delante de los muros de Haarlem.

Estos muros existen todavía: están invadidos por las casas, por la vegetacion, pero aún permanecen como un recuerdo de las luchas por la patria.

Don Fadrique se apoderó el segundo dia del fuerte de Sparendam que cubria la plaza y colgó de los piés á sus defensores á vista de los habitantes de Haarlem que presenciaron su lenta agonía. Este triste espectáculo sublevó el fanatismo de los sitiados y les inspiró el despre-

(1) *Corresp. de Felipe II*, p. 308. La carta de Requesens es del 30 de enero 1573.
(2) Ms. Bibl. nac. franc. 16104, f. 71, Saint Gouard á Cárlos IX.
(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 287.
(4) Ms. Bibl. nac. 16105, fol. 2, Saint Gouard á Cárlos IX.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1528, pieza 64.
(6) Ms. Arch. nac. K. pieza 63, del 2 de oct. 1572.
(7) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Supl. pág. 81.
(8) *Ibid.* pág. 37.

cio de la muerte: el contagio llegó á los auxiliares alemanes y los trasformó hasta el punto de hacerlos combatir al arma blanca. Los españoles intentaron un asalto á los pocos dias de su llegada (1); pero «sus amenazas no son sino una espuma del orgullo de Moab.» Al canto de los salmos, las mujeres mismas defendieron la brecha y mataron los mejores soldados de la vieja infantería, siendo preciso que el enemigo tocara retirada. Don Fadrique fué ménos desgraciado contra los que intentaban introducir socorros en la plaza. El conde de la Marck se presentó delante de las líneas con un ejército y «se portó tan bravamente que tuvo su caballo muerto, pero fué sólo seguido de los franceses que fueron casi todos acuchillados, de modo que los raitres y los peones alemanes se pusieron en fuga abandonando sus armas casi al ver al enemigo» (2). Algunos dias despues, el pintor Antonio Olivier cuya cabeza estaba puesta á precio de cuatro mil cárlos de oro por el Tribunal de Sangre, fué muerto con los marineros de Amsterdam que habia alistado para cortar los diques é inundar el ejército español (3).

Los sitiados no están, sin embargo, reducidos á sus solos recursos: los patinadores se deslizan de noche por el hielo, trayendo canastas de harina y pólvora: las mujeres, sobre todo, se muestran impertérritas en estas correrías al través de la avanzadas españolas. Don Fadrique renuncia á tomar la plaza por hambre y ordena un nuevo asalto, que es tambien rechazado.

Este golpe hiere en el corazon al duque de Alba. Dos meses hace que estos burgueses se defienden contra un ejército regular de treinta mil hombres, el mejor ejército que ha tenido España desde San Quintin. El terreno es defendido «palmo á palmo;» no hay tres oficiales superiores sin heridas. «Digo y afirmo á vuestra Majestad que no he visto jamás una plaza tan bien defendida. Su ingeniero hace maravillas increibles» (4). Esta admiracion del duque no deja de ser dolorosa. «Todas estas cosas apenan tanto al duque, dice el francés Mondoucet que lo observa sin benevolencia (5), que ha caido enfermo, tanto de su gota como de un catarro que le ataca los pulmones y le causa una tos molesta.» ¿Es verdaderamente un descalabro? ¿Será preciso pasar por la humillacion de levantar el sitio?—¡Plega á Dios que salgamos en bien! exclama el duque (6); pero por decir la verdad á V. M. no sino estoy muy en cuidado, cuando veo el número de los que combaten en la ciudad, de los que caen enfermos en nuestro campo y de los que lo abandonan. Pero hay una cosa más enojosa aún, la priesa que se dan en enviar dinero al príncipe de Orange. En verdad es para perder el seso. ¿Cómo así? Topan con mil dificultades para pagar las ayudas debidas á V. M. y envian sin contar á ese rebelde sus bienes y sus vidas!»

Los holandeses quieren más bien sacrificar todas sus riquezas que pagar el impuesto de la décima; áun en las provincias sumisas es rechazado siempre este impuesto, «siendo de gran extrañeza ver que no hay pobre rebelde que no se esfuerce en equipar cuando no sea más que un esquife para dañar á su rey, y de los que quieren ser del rango de los buenos y leales súbditos de S. M. no hay uno solo que haga mínima cosa para asistir al rey contra los rebeldes» (7).

Sobre estas subvenciones voluntarias, toma el príncipe de Orange las que le envia en secreto el rey de Francia y las que recoge en Inglaterra el señor Taffin, ántes de estas turbulencias receptor de S. M. en el cuartel de Motte-aux-Bois. «Recoge grande ayuda de dinero de los de Inglaterra y de otros de la religion allá residentes» (8). El príncipe arma una escuadra para llevar víveres á Haarlem. El deshielo ha llegado y los patines no pueden ya servir. Algunos hombres los corren todavía con un saco de pólvora á cuestas y una larga pértiga de que se valen para saltar los canales (9). Pero los víveres comienzan á escasear, despues de cuatro meses de sitio, y ya en abril tienen que reducirse los sitiados á comer pan de avena (10). Cinco mil españoles de refuerzo procedentes de Italia llegan en estos momentos en doce compañías del tercio de Lombardía, y trece del tercio de Don Lope de Figueroa (11); son necesarios porque «el duque de Alba desprecia á los alemanes por no ser gente de guerra ni buenos más que para la ruina de un país y llevarse su dinero» (12).

La pusilanimidad de estos auxiliares obligaba á los españoles á hacer todos los servicios de alerta y estaban muy fatigados. Ellos mis-

(1) El 21 de diciembre.
(2) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, pág. 37.
(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 356. Véase tambien Altmeyer, *Una sucursal del Tribunal de Sangre*, pág. 65 á 68.
(4) *Ibid.* pág. 311.
(5) *Corresp. de Mondoucet*, carta del 12 febr. 1573
(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 312.
(7) *Ibid.* pág. 325, el duque al Consejo de Estado.
(8) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 136.
(9) Mendoza, *Comentarios*, pág. 489.
(10) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 327, Don Fadrique al duque, del 9 abril de 1573.
(11) Mendoza.
(12) *Corresp. de Mondoucet*, carta del 31 de marzo de 1573

mos no dejaban de estar algo desconcertados por aquella guerra contra furiosos que entraban en sus trincheras armados de arpones y mazorcadores (1) y «herian con los instrumentos de que se sirven para desgranar el trigo;» las auroras boreales impresionaban su imaginacion, no habiendo visto ántes jamás estos fenómenos de fuego, y todos creian que «estas señales en el cielo eran cosa de prodigio fuera de la naturaleza» (2).

Acaso tambien eran mandados por un general incapaz: Don Fadrique no sabia ganarse su confianza, «dábase buena vida,» segun la expresion del duque de Medinaceli (3). Algunos meses despues los soldados españoles «declararon en alta voz que no querian ser conducidos ni mandados por tal jefe. No creo que el duque pueda salir de este atolladero y lo que más le llega al corazon es ver tan menguada la reputacion de su hijo» (4).

A pesar de los refuerzos españoles, algunos sitiados salen aún de la plaza: tienen que saltar más de cien fosos, llevando una jaula con dos ó tres palomas. Cuando llegan á donde espera el príncipe de Orange escriben una carta, la atan á una paloma y la dejan en libertad. Las palomas vuelven á la querencia del palomar y así se trasmiten las noticias (5). Una especie de frenesí parece haber poseido así á los sitiados, como á los sitiadores. El duque de Alba exclama (6): Parece increible; cuantos más de esos traidores se matan, más se levantan delante de mí. Hasta ahora no se habia visto ni oido contar nunca una guerra tan extraordinaria en un país tan extraño (7).

Pero el verano se viene encima á más andar: la escuadra holandesa es impelida léjos del lago hácia alta mar; las tentativas de socorro se hacen públicas, y los voluntarios que quieren introducir víveres caen en poder del enemigo que los ahorca sin piedad. Seis meses de privaciones han agotado las fuerzas de los habitantes de Haarlem: los niños sucumben; las mujeres tambien. Se avisa á Orange que ya no hay víveres; el príncipe avisa á su vez á los burgueses de Delft y de Rotterdam y parte con ellos empujando cuatrocientos carros de provisiones. Es el 8 de julio: hace siete meses justos que dura el sitio. Algunos espías hacen conocer este esfuerzo supremo y Don Fadrique con tropas escogidas cae sobre el convoy holandés, lo dispersa y mata segun costumbre á los prisioneros, salvo uno solo, que con las orejas y la nariz cortadas envia á la plaza á que anuncie la noticia. «Hacia ya más de seis dias que sólo vivian dentro de pan de nabos y cañamones, sin que les quedara ya un gato ni una rata (8).»

El duque de Alba lo sabe.—Si se entregan á la misericordia del rey, los aceptaré, pero de tal manera que no podrán ir á meterse en otra ciudad (9). Fué menester rebajar algo de estos proyectos feroces. Los sitiados amenazaron hacer una salida desesperada y morir matando españoles, si no se garantizaba á lo ménos la vida á mujeres y niños. Por ahorrar una pérdida inútil de soldados tan necesarios á la sazon, hubo de conceder Don Fadrique una capitulacion.—De los walones, franceses é ingleses, dice Alba (10), escribo á mi hijo que no me deje uno á vida; de los alemanes sólo matará á los jefes; los demás serán puestos en cueros.—Los españoles entraron por fin en la ciudad: mataron al capitan Ripperda y á los sesenta burgueses principales; despues á los dos mil hombres aún vivos, «corriendo los pobres pacientes á cual más para morir cuanto ántes; ahogaron á muchos otros echándolos al agua atados á dos y á tres juntos» (11). Los seiscientos alemanes fueron enviados á su país. «Ahora, dice el duque de Alba (12), puede usarse de misericordia.»

Ultima matanza, última alegría, contraste entre esta destruccion de los rebeldes y la humillacion del rey de Francia que en los mismos momentos (13) levantaba el sitio de la Rochela y entraba en composicion con los hugonotes. Felipe sabe gozar de la diferencia entre este triunfo y «la suciedad y bajeza del rey de Francia que se rinde á sus súbditos como un sitiado» (14). Pero ya Haarlem es otra vez perdida.

VIII.—Desaliento del duque de Alba

Quince dias despues de la toma de Haarlem las veteranas compañías españolas que no recibian sus soldadas expulsaron á sus oficiales, eligieron un efe de entre ellas y se apoderaron

(1) Mendoza.
(2) *Id.*
(3) *Corresp. de Mondoucet.* Soc. R. de hist., pág. 22.
(4) *Ibid.* pág. 35.
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 363.
(6) *Ibid.* pág. 357
(7) *Ibid.* pág. 354.
(8) *Corresp. de Mondoucet*, carta del 11 de julio.
(9) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 282.
(10) *Ibid.* pág. 387.
(11) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 143.
(12) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 393.
(13) El 6 de julio: la toma de Haarlem es del 14 de julio 1573.
(14) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 397. «El rey de Francia se rindió á sus rebeldes tan sucia y baxamente como si él fuera el asidiado.»

de la ciudad como en prendas. Una rebelion semejante se habia ya ofrecido en Sicilia algunos años ántes: es la decadencia que empieza por el síntoma más alarmante, el de los tumultos militares. El soldado español tan vigorosamente hecho á la disciplina de Cárlos V, sabe miéntras Felipe II se encierra en su despacho, cómo se manifiesta impunemente el descontento y cómo se imponen sus caprichos á su país.—Cuarenta años hace que no he visto cosa semejante, dice el duque de Alba (1); todos mis proyectos fracasan; la situacion es desesperada.—La contestacion del rey es característica (2).—Esta carta es para deciros el cuidado en que me ha puesto el amotinamiento de los españoles, particularmente en tales momentos, lo que no dejará de arrastrar grandes embarazos en impedir los buenos efectos que se podian obtener conforme al plan y al órden que vos me habeis comunicado; bien que estoy seguro que con la prudencia que os es natural y las circunstancias piden los habreis ya calmado, usando para este resultado de todos los medios que hayan sido posibles: con todo eso...—Al ver en semejante crísis derramar frases tan triviales, bien se comprende la inminencia de la ruina.

El remedio fué prometer á los soldados el completo olvido de su rebelion y el saqueo de Alkmaar, ciudad holandesa fácil de ocupar, porque era plaza abierta que los rebeldes procuraban con mucho empeño poner en estado de defensa hacia algunos meses (3). Si Alkmaar se toma por asalto, escribe el duque de Alba (4), estoy resuelto á no dejar á vida una criatura, á pasarlos á todos á cuchillo.

Alkmaar fué embestida (5) por diez y seis mil hombres. Los españoles habian perdido más de diez mil delante de Haarlem y no se atrevieron á intentar un asalto hasta pasado un mes (6). Pero fueron rechazados por los burgueses y por sus mujeres, «las cuales lanzaban piedras, disparaban ruedas armadas de puntas de hierro, vertian sobre los sitiadores pez y aceite hirviendo y plomo derretido» (7). El dia siguiente, cuando los maestres de campo ordenaron un nuevo asalto, se negaron á obedecer los soldados, y se quejaron de dormir en el lodo. El duque de Alba estaba aterrado.—Van á sublevarse otra vez, decia con despecho; los oficiales están heridos y sumergida la artillería.—Veinte dias despues, se levantaba el sitio y casi al mismo tiempo era destruida la armada española por las naves holandesas (8).

Estos reveses eran tanto más dolorosos para el duque de Alba, cuanto que presagiaban su propia desgracia. Habia encontrado un país pacificado por la blanda mano de Margarita, queria destruirlo por la fuerza bruta, y caia impotente sobre su obra. Hacia tiempo que sabia que su amo no lo perdonaria, sino á condicion de una victoria completa. Desde fines de 1571, habia comprendido por la poca benevolencia con que Felipe recibiera á su matador Vargas, que sus procedimientos judiciales no agradaban. —Si no se da un empleo considerable en España á Vargas, habia escrito (9), será desaprobar mi conducta y hasta deshonrarme, como quiera que el mundo entero pensaria que el rey no está satisfecho de los servicios que le hemos prestado los dos juntos.

Señales más alarmantes aún se ofrecen como precursoras de su ruina. Miéntras los burgueses de Haarlem mantienen inmóvil su ejército delante de las murallas, todas las lenguas se desatan. El español Pedro Canales es el primero que escribe á Zayas (10):—Los negocios, dice, están muy mal dirigidos en este país; están de tal manera extremados que ó se envian inmediatamente soldados y dineros ó hay que resignarse á perderlo todo.—Despues, los miembros del gran Consejo de Malinas aprovechan el momento para exponer al rey los horrores del saqueo de su ciudad é insisten hábilmente en lo que debe interesarle. «No se ha respetado ni á los religiosos ni al clero secular, que habian salido á recibir al duque con sus sagrados ornamentos» (11). Luégo, el español Estéban Praets (12) atribuye la resistencia de los rebeldes á los excesos que el duque deja cometer.—Hasta se ha visto á maestres de campo y capitanes, dice, violar primero y matar despues á las doncellas: en ninguna crónica antigua se ven semejantes ejemplos de barbarie. Nadie conoce los pormenores mejor que yo, como empleado que soy en el despacho de negocios criminales.—Grave ofensa á Dios, añaden por su parte los

(1) *Corresp. de Felipe II*, carta del 2 de agosto de 1573.
(2) Esta carta está publicada por Mayans y Ciscar, *Cartas de varios autores*, tom. II, carta del 10 de setiembre de 1563.
(3) Mendoza pág. 498. «Villa abierta, los rebeldes la fortificaron.
(4) *Corresp. de Felipe II*, pág. 400, carta del 30 de agosto 1573.
(5) El 21 de agosto de 1573.
(6) El 18 de setiembre de 1573.
(7) Mendoza, pág. 499.
(8) El sitio se levantó el 8 de octubre; el combate naval fué el 11 de octubre de 1573.
(9) Carta publicada por Mayans y Ciscar, tom. II, 21 de diciembre de 1571.
(10) *Doc. inéd.* tom. XXXVI, pág. 166, del 26 de enero de 1573.
(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 329, del 11 abril 1573.
(12) *Ibid.* 29 abril.

obispos (1); el rey carga su conciencia de crímenes sin número, y deberia por el amor de Dios tener á raya á sus soldados que viven en medio de los robos, de los adulterios, de las impurezas, provocando la cólera de Dios y muriendo impenitentes.—La crueldad se hubiera hecho disculpable con el éxito. Pero Felipe, esperando muchos meses en vano la noticia de la toma de Haarlem, recogia estas quejas, se irritaba de que se derramara la sangre de un modo tan grosero, y disimulaba tan poco su desagrado, que el duque de Alba lo advertia al través de su prolija prosa (2).—He observado de algun tiempo á esta parte, cómo por toda contestacion á mis propuestas no sino recibo argumentos para refutarlas. Es un estilo muy diferente de aquel á que me tenia acostumbrado el rey. De aquí resultan grandes inconvenientes y muy más grandes seguirán.—Conoce que se hunde: no haya que esperar ya victoria; ni ciudad sin un sitio homicida. «El duque de Alba padece una afliccion que nadie creeria» (3). Hace mucho tiempo que se habla de su reemplazo: el duque de Medinaceli ha vuelto á España, y el rey ha elegido otro sucesor. El 31 de enero (4) escribió á Don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla y gobernador de Milan.—Me he decidido, le decia, á nombraros para el cargo más importante de que puedo disponer. Id á los Países Bajos. No digais palabra á nadie ántes de vuestra llegada. No admito excusa ni tardanza: quiero que me sirvais inmediatamente y sin réplica.—Pero á lo ménos era menester esperar la destitucion del duque de Alba y las instrucciones de Felipe, y Requesens esperó: el rey tan impaciente en enero esperó tambien. ¿Qué pasaba en su ánimo? Nadie lo sabe: «tan poco comunicativo es de sus pensamientos y deliberaciones, queriendo más bien trabajar en escribir de su mano las cosas que quiere ocultar, que encargarlo hacer á nadie del mundo» (5). Sólo hasta el 15 de octubre, una semana despues de haber levantado el sitio de Alkmaar, viene Felipe en prevenir al duque de Alba de una resolucion tomada desde principios de año.—Vuestro sucesor está en camino, añade, pronto llegará con una amnistía: bien sé que los rebeldes son pérfidos, comprendo todos vuestros argumentos para continuar el sistema del rigor y los doy por muy buenos; pero veo que las cosas han llegado á un extremo que nos obligan á emplear otros medios. Todos mis recursos están agotados y no sé cómo adelantar ni retroceder. No entiendo, sin embargo, aceptar nunca una concesion que no esté conforme con nuestra santa fe católica, aunque hubiera de perder todas las provincias.

Alba que acaba de escribir:—Con la dulzura no se consigue nada de esta gente (6),—se siente impulsado al último grado del furor. Va á retirarse vencido. ¡Haber derramado tanta sangre y partir humillado! Es demasiado para su orgullo. Entónces dirige al rey estas extrañas palabras (7):—Se me aconseja destruir á fuego todo

D. Luis de Requesens

lo que no ocupan los presidios españoles. Es tambien mi opinion, aunque se arruinara el país por ocho ó diez años: si se tratara de provincias conquistadas á un soberano extranjero, no vacilaria, sin pedir permiso al rey, en hacer lo que me pareciera útil; pero como estas provincias son el patrimonio de V. M. no me he atrevido á hacerlo, salvo algunos villorrios que he mandado incendiar, y los que incendiaré todavía.

Esta proposicion no espanta ni mucho ménos al rey; quiere ensayar otros medios, ántes de destruir á fuego todas las ciudades que no puedan ocupar las tropas reales (8); pero no le parece mal que se ponga en estudio el procedimiento del duque de Alba. ¡Pueril versatilidad! Las tropas reales no son ya más que una banda sin disciplina.—Todos los tercios se sublevan,

(1) Los obispos de Arras y de Ipres y el abad de Anchin al rey. *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 357, del 13 mayo 1573.
(2) *Ibid.* pág. 322.
(3) *Doc. inéd.* tom. XLI, pág. 282, Arias Montano á Zayas.
(4) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 308.
(5) Saint Gouard á Cárlos IX, del 19 de julio 1573, Col. de Groen Van Prinsterer, tom. IV, Suplem. pág. 93.
(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 411
(7) *Ibid.* pág. 423.
(8) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 437

hasta el de Nápoles, escribe el duque de Alba (1). Se fuerza mi puerta con una licencia que me hace temer afrentas. Desde que estoy al servicio de V. M., como cuando estuve al servicio del emperador, no he pasado nunca dias de más cruel inquietud.—Enciérrase en Bruselas. «Siempre guarda cama, sea que lo postre la gota, sea que no quiera presentarse en público despues de su mal éxito... yo creo que la gota es más de cabeza, que de piés» (2).

Levántase, sin embargo, al saber la llegada de Requesens: tiene aún un dia suyo y lo emplea en lo que le queda por hacer.—Beso los piés del rey por la bondad que me ha hecho de permitir mi vuelta á España, escribe (3); acabo de hacer agarrotar secretamente á Genlis, despues de haber hecho correr la noticia de que estaba enfermo.—No ha querido el duque dejar siquiera este crímen á Requesens. El dia siguiente resigna el mando y se embarca en fin con sus favoritos. «No quiero omitir el infinito tesoro y el equipaje de gran valor que sacaron de los dichos países Vargas y el secretario Albornoz, el tuerto, el cual, segun se estimaba, habia reunido por diversos manejos y exacciones hasta cincuenta mil florines de renta» (4). Volvia á España para sufrir la humillacion de su descalabro, la cólera del rey, el despecho de la desgracia.—Era un gran personaje, escribe el cardenal Granvela (5); pero quisiera yo que no hubiese visto nunca los Países Bajos por muchas razones.

¿Comprendió que se habia engañado, esto es, le acosó el remordimiento? Una leyenda lo afirma, leyenda que fué recogida por Brantome. «He oido contar á un fraile español, muy hábil hombre, que este gran duque ántes de morir sintió muy cargada su conciencia de las crueldades que habia hecho en Flandes; lo que habiéndole referido al rey de España, le mandó á decir que él las tomaba todas sobre sí y sobre su ánima.» ¡Qué consuelo para el fin de sus dias! Sabian ambos á dos que el uno y el otro habian pecado grandemente y que los diablos podrian jugarles una mala partida secretamente; y por tanto descargándose uno en otro, quien tuviese ménos carga se salvaria más fácilmente.

CAPITULO XVIII

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA LOS PAISES BAJOS.— EL COMENDADOR MAYOR DE CASTILLA.—1574-1576

MARNIX DE SANTA-ALDEGONDA.—BATALLA DE MOOK Y PRIMER SAQUEO DE AMBERES.— SITIO DE LEIDEN.—TENTATIVAS DE TRANSACCION.—MUERTE DE REQUESENS

I.—Marnix de Santa-Aldegonda

Felipe II no habia hablado más de ir personalmente á sus provincias flamencas. Mas para obtener la sumision de los españoles amotinados, de los holandeses en armas y de los walones descontentos no podia haber elegido un delegado más inconveniente que Don Luis de Requesens comendador mayor de Castilla. El nuevo gobernador no tenia ninguna influencia en el ejército. «Tiene reputacion de mejor negociador que soldado, y con todo eso tiene muchos humos y presuncion y piensa que nadie vale tanto como él» (6). Ni siquiera tiene el mérito vulgar de la salud; está «mal dispuesto de su persona para el trabajo que requieren tan graves negocios, como quien lleva por sus malos humores dos fuentes abiertas, una en un brazo y otra en una pierna» (7). No sabe una

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 429.
(2) Mondoucet á Cárlos IX, 16 y 24 nov. 1573.
(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 431.
(4) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 148.
(5) Granvela al prior de Bellefontaine. V. Gachard, *Corresp. de Felipe II*, tom. II, Prólogo, pág. 75. El duque de Alba tenia que hacer la vista gorda para no ver las picardías de Albornoz y los otros, porque él tampoco tenia las manos muy limpias. Aquel altivo capitan general no se desdeñó de elegir varios objetos en el palacio del príncipe de Orange, segun lo hace constar el inventario hecho en el acto de la confiscacion. Un gran cuadro que representaba el *Juicio de París*, figura especialmente entre los objetos que el duque de Alba sustrajo y se llevó á su casa. Véase la *Corresp. de Guillermo*, tom. IV, Prólogo, pág. 15.

(6) Ms. Bibl. nac. n.° 16105, fol. 29, Saint Gouard á Cárlos IX, 25 abril 1573. Son poco más ó ménos los términos que emplea Del Rio, *Memorias*, tom. I, pág. 52. «Virum pacis quam belli artibus instructiorem.»
(7) *Ibid.* fol. 68, Saint Gouard á la reina madre, 20 oct. 1573.

palabra en francés, la lengua del país, y él mismo confiesa que es una gran molestia (1). Su primera preocupacion es saber lo que agradará más al rey y adivinar sus intenciones con sutiles cartas.—Reconozco que el duque era el hombre que convenia para el servicio de Dios y el de V. M. y me esforzaré en imitarlo hasta donde alcance; pero es menester que la poblacion se persuada de que he de seguir otro camino (2). —El duque mandó ahorcar á todos los prisioneros y hizo muy bien, á mi parecer; pero creo que desde ahora lo mejor será canjearlos (3).—Los compromisos pecuniarios que el duque ha contraido son espantables; no me deja en caja un real (4).—El primer remedio que sugiere es: «Que se fuesen haciendo por acá colegios de la Compañía de Jesus, que como esta religion há poco que comenzó, tiene el espíritu que todas las otras tuvieron en sus principios, y es bien sacar fruto dellos ántes que se vaya rebaxando» (5).

Los resultados de la administracion del duque de Alba eran lamentables, y seria injusto desconocer las dificultades casi insolubles con que tenia que luchar Requesens: la marina está destruida, los marineros, cuando no desertan, no ocultan sus preferencias para con los rebeldes (6); una Memoria señala á los marinos de Dunquerque, Nieuport y Gante como ganados á la insurreccion.—A veces mando ahorcar, á veces perdono; pero nada basta: se han presentado doce mil al príncipe de Orange (7). Para fletar naves en Dinamarca ó en las ciudades anseáticas seria menester dinero, se necesitaria tambien para la artillería y para la paga de la infantería española. Y lo más triste es, añade, que cada ducado que llega aquí para los gastos reales, cuesta muchos ducados ántes de llegar á la mano del soldado: tan ladrones son los capitanes y comisarios (8). Y todavía consterna más á Requesens que los rebeldes sean favorecidos igualmente por el clero y por los herejes.—En el odio contra nuestra nacion están unidos igualmente los que nos sirven y los que nos combaten (9): el descontento es general, lo mismo en los católicos que en los herejes, en los eclesiásticos que en los seglares, en la nobleza que en el pueblo (10).

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 434.
(2) *Ibid.*
(3) *Ibid.* pág. 445.
(4) *Ibid.* pág. 434.
(5) *Ibid.* tom. III, pág. 20.
(6) *Correspond. de Felipe II*, tom. II, pág. 439.
(7) *Ibid.* tom. III, pág. 24.
(8) *Ibid.* tom. II, pág. 456.
(9) *Ibid.* pág. 443.
(10) *Ibid.* pág. 448.

¿Podria intentarse volver á los procedimientos suaves? Es lo que aconseja Granvela. «Mucho ha durado el cuchillo,» dice (11). Pero no se atraerá ya ni á los eclesiásticos. «Se irán á comer y cenar con los que más sospechosos estuvieren en la religion, y jamás tendrán ánimo para osar proceder contra alguno, como se vió en el pasado» (12). Con todo eso, quiere ensayar Requesens una transaccion aprovechando el terror que inspiran aún los recuerdos del duque de Alba. Le anuncian al llegar que en un fuerte tomado al asalto por los españoles (13) se ha cogido prisionero á uno de los más fanáticos sectarios, á Felipe Marnix de Santa-Aldegonda.

Este, que habia presenciado la inmolacion de todos los que habian sido presos con él, sabe que se le reserva para suplicios atroces. Austero, adusto y locuaz, el discípulo de Calvino se habia creido en el deber toda su vida de suscitar mártires, de empujar los exaltados á la hoguera, á la gloria. Hélo á su vez ya elegido para llevar con los ángeles las palmas eternales: este preso piensa en las ingeniosas torturas, en el arte consumado de los verdugos, en los músculos que se desgarran, en los huesos que crujen, en las carnes que decrepitan en las llamas, y le flaquea el corazon y se le abate el alma. El orgulloso sectario escribe bajo la inspiracion de Requesens una carta al príncipe de Orange para predicarle que la servidumbre es más dulce que el combate. «Espero, dice, que el pueblo podrá gozar de la clemencia natural del rey, ó si no, que á lo ménos un gobierno rigoroso será más soportable que el peso de la guerra. Lo que digo no es desconfianza del poder de Dios» (14). No, no es una apostasía, es esa enfermedad de todos los hombres violentos que pasan de un exceso al exceso contrario, precipitándose tanto más bajo cuanto más desdeñaron á los hombres de templanza.

El escéptico príncipe de Orange debió sonreirse al ver este desfallecimiento del fuerte ante el Eterno. Habia tenido cuidado de garantizar la seguridad de Marnix declarando que la vida del conde de Boussu, uno de los prisioneros, y la de todos los españoles, dispuestos ya á capitular en Middelburgo, le respondian de la de Marnix, y contestó friamente á su profeta de perdicion que su ofrecimiento de confiar el

(11) *Corresp. de Felipe II*, t. IV, p. 410. Granvela á Antonio Perez.
(12) *Ibid.* pág. 255, Roda al rey.
(13) El fuerte de Maeslant-Sluys.
(14) *Corresp. de Guillermo*, tom. III, pág. 77; la contestacion de Guillermo está en la pág. 89.

país á la clemencia real «era contrario á la gloria de Dios y á la salvacion de la patria.»—¡Contrario á la gloria de Dios! exclamó el pedante satisfecho de aturdir su conciencia con sofismas. La guerra es lo contrario á la gloria de Dios, produciendo «desbordamientos, disolucion, blasfemias, y de hecho la gloria de Dios fué profanada, cuando la barbarie de los vándalos y otras naciones se extendió por toda la cristiandad como un torrente impetuoso...» En cuanto á la patria, puede uno contentarse «con que sea del agrado de S. M. hacer uso de su clemencia con nosotros. Si con súplicas pudiéramos conseguir del rey un partido en alguna manera tolerable, siquiera no fuese grandemente ventajoso, soy de opinion que el país podria conservarse, y por ventura con el tiempo Dios ablandaria el corazon de nuestro rey para hacernos mayor gracia, ó bien nos ofreceria ocasion de prestarle algun humilde servicio» (1). El príncipe de Orange llevó la indiferencia hasta el extremo de guardar secreto sobre esta caida, limitándose á estrechar el sitio de Middelburgo.

El coronel Mondragon se defendia, cerca de un año ya, en esta plaza, la única que quedaba á los españoles en toda la isla de Walckeren: la racion fué reducida primero á dos onzas de pan diarias por cada soldado (2), despues á galleta de linaza (3), luégo á las pieles de las reses que se habian comido en los primeros meses. Cuando se consumieron, en fin, las suelas de los zapatos (4), fué preciso ya capitular. Más afortunado que su camarada Mondragon, fué Julian Romero, el veterano de las guerras de Cárlos V. Habia recibido el mando de la escuadra, y quiso dirigir sus naves como pelotones de infantería: perdió así doce barcos y tuvo que huir por último al través de los cañaverales para no caer tambien él en manos de los holandeses (5).

Requesens, para compensar estas pérdidas, quiso apoderarse de Leiden; pero al saber la llegada al Rhin del conde Ludovico con sus alemanes, levantó precipitadamente el sitio.

II.—Batalla de Mook y primer saqueo de Amberes

Las subvenciones de Cárlos IX permitieron al conde Ludovico reclutar una banda de alemanes y algunos voluntarios de varias naciones se incorporaron luégo á este improvisado ejército. Ludovico se puso en marcha con sus dos hermanos menores y el duque Cristóbal, hijo del príncipe Palatino. Luégo ataca á Maestricht (6). Pero los españoles saben muy bien que en campo raso y contra los alemanes, la victoria no es dudosa. Don Sancho de Avila, que los manda, se dirige á marchas forzadas á Maestricht. A la sazon acababa de perder el conde Ludovico setecientos hombres, que Mendoza, el defensor de la plaza, habia puesto fuera de combate en una salida. El conde levanta el sitio y penetra en el país al través de los cuerpos españoles que se unen á Sancho de Avila. La maniobra es peligrosa, cuanto más en tiempo de lluvias y por terreno tan fangoso, que jamás se vió infantería tan fatigada (7). Al cabo de algunos dias fué preciso dar descanso á la tropa y se hizo alto en Mook (8). Comenzaban á atrincherarse, cuando de repente aparecen dos compañías españolas. A este puñado de hombres opone el conde Ludovico los ingleses, franceses y walones que tiene: estos matan á los dos capitanes españoles y rechazan á los asaltantes; pero esta misma resistencia muestra á Don Sancho de Avila dónde está el nervio de la tropa enemiga, y el dia siguiente (9) manda atacar el campamento de los alemanes. «Y tan luégo como sonó la diana, aparecieron tambien los enemigos en batalla, viniendo la infantería con la cabeza baja á las trincheras, no de los franceses, sino de los alemanes. Estos, despues de haber disparado sus arcabuces, viendo al enemigo venir sobre ellos, desesperaron de tener tiempo para cargar de nuevo sus armas, y abandonaron su trinchera, por la cual entrando los españoles se pusieron á retaguardia de los franceses, walones é ingleses.» Cree Ludovico poder desembarazar á sus mejores soldados con una carga de caballería; pero sus raitres se niegan «como de costumbre, á entrar en combate gritando *gelt*,» (10) y eligen este momento para pillar la caja militar de Nassau. Ludovico, su hermano Enrique y el duque Cristóbal casi abandonados de los suyos, caen muertos, sin que se hubieran podido encontrar sus cadáveres. Los alemanes «que no quieren ponerse en defensa son asesinados recibiendo la paga que merecian» (11).

(1) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom IV, pág. 288. ¿Qué servicio? Probablemente combatir contra los hugonotes de Francia.
(2) Mendoza, *Comentarios*, pág. 504.
(3) *Ibid.* Tortas de linaza.—*Corresp. de Felipe II*, tom. III, p. 24.
(4) Del Rio, *Memorias*, p. 56: «Jam coria et soleæ quibus vescebantur defecerant.»
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 15, Requesens al rey, 13 de febrero.
(6) Marzo de 1574.
(7) La Huguerye, *Memorias*, tom. I, pág. 231.
(8) O Mockerheiden.
(9) El 14 de abril de 1574.
(10) *Memorias anónim.* tom. I, p. 153.
(11) *Ibid.*

Los españoles, por su parte, se amotinaron el dia siguiente; despidieron á sus oficiales y se dirigieron á Amberes. La guarnicion española de la ciudadela los introdujo en la ciudad y los alojó con sus mujeres en casa de los burgueses. Obligaban á sus huéspedes á procurarles limones y aceitunas como si estuvieran en su país; bebian vino por valor de veinte florines cada uno al dia (1) «y se equiparon de manera que no parecian sino príncipes y señores: tan ricamente se engalanaron de oro, plata y terciopelo; en lo cual fueron grandemente gravados los dichos de Amberes» (2).

Cada compañía se aprovechaba del descuido de los contadores y capitanes en llevar las cuentas y reclamaba seis años de soldadas olvidando lo que habia ya recibido. «Es tanto lo que han hurtado, escribia Requesens hablando de los oficiales (3), que es imposible saber lo que se debe y lo que se ha pagado.» Los soldados miraban con desden á todos los maestres de campo, excepto á Sancho de Avila que los favorecia secretamente y á Chiapin Vitelli, que conservaba su popularidad por sus cínicas cuchufletas de florentino corrompido (4). Hasta desconfiaban del sargento que ellos mismos habian elegido como general en jefe, *su electo*, y lo destituian, lo abofeteaban, lo sustituian (5). Llevaban la desvergüenza hasta el extremo, entónces monstruoso entre los españoles, de desatender sus deberes religiosos. «No hay diez hombres entre todos ellos que se hayan confesado y comulgado esta quaresma, ni los veo entrar aquí en las iglesias á oyr misa» (6). El mismo Requesens lo escribe así al rey, con tanto horror como prolijidad: en pocos dias remite tres cartas de treinta páginas. «Demás de mis pecados que deben ser la principal causa, dice, creo que lo ha permitido Dios por la soberbia con que estábamos los de nuestra nacion, paresciéndonos que eramos solos los que defendíamos la fe católica.» ¿Es verdaderamente Dios? «Y todo, añade Requesens, lo ha desbaratado el demonio por medio de nuestra nacion.» Es el demonio. «Suelto anda el demonio en este trabajo poniendo tantos tropiezos por vías tan extrañas.»

Boisot, el almirante holandés, aprovechó la ocasion para sorprender los últimos barcos españoles, habiendo apresado once é incendiado ocho (7). Chiapin Vitelli consiguió al fin que los amotinados salieran de Amberes, mediante una contribucion de cuatrocientos mil escudos que les repartió la ciudad, y los llevó otra vez al sitio de Leiden.

III.—El sitio de Leiden

La ciudad de Leiden fué acometida el 31 de octubre de 1573 y libertada luégo á la aproximacion del conde Ludovico, siendo atacada de nuevo despues de dos meses de respiro (8). Las mujeres probaron á escaparse fuera de las murallas; pero Valdés, el general español, les hacia cortar las faldas por encima de las rodillas, con lo cual tenian que volver á la plaza, más bien que andar medio desnudas por en medio de los campamentos militares (9). El verano pasa, los convoyes de víveres caen en manos de los sitiadores y viene el hambre. Mas para exaltar los ánimos, el furor religioso se alia con la pasion patriótica.—Antes turcos que papistas, y ántes ahogados que rendidos (10), decian los habitantes de Leiden.—Ahoguémoslos, pues, contestó Valdés, rompiendo los diques; inundemos el país; pues que tan obstinados son los rebeldes, deben desaparecer (11).

Pero él mismo tiene muy luégo que defenderse contra las aguas. Los holandeses han imaginado una empresa inaudita. Leiden está á tres leguas tierra adentro, y pretenden llevar la mar hasta Leiden para llegar al mismo tiempo con su escuadra. El almirante Boisot corta los diques del Mosa, los del Issel y los del litoral por diez y seis puntos diferentes. Precipítase el agua al través de los campos labrados y los caseríos; sube (12) y gran número de españoles se ahogan «no pudiendo bebérselo todo» (13). Pero Valdés se atrinchera sobre los escombros de los diques: el agua se va elevando poco á poco, pero las naves no pueden seguirla aún. Los defensores de Leiden están reducidos á sus últimos recursos: comen yerbas, hojas... se mueren de hambre. Las casas quedan desiertas: á los que hablaban de preferir la muerte á manos de los españoles á morir de inanicion, el burgomaestre Adriano Van der Werf dice en la plaza pública: «Despedazadme y comed.»

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 62.
(2) *Memorias anónimas*, tom. I. pág. 175.
(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 62.
(4) *Ibid.* «Por tener crédito y ser bienquisto de nuestra nacion.»
(5) *Ibid.* pág. 76.
(6) *Ibid.*
(7) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. V, págs. 11 y 30.
(8) Se suspendió el sitio del 21 de marzo al 26 de mayo de 1574.
(9) Mendoza, pág. 519.
(10) «Liever turex dan paus, liever bedorven dan verloren.» Du Maurier, *Memorias*, pág. 60.
(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 159
(12) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. V, págs. 8 á 75; *Mendoza*, pág. 519 y siguientes.
(13) *Memorias anón.* tom. I, pág 165.

Para apartar á los españoles, el almirante Boisot lanza á sus atrincheramientos, en vez de balas rasas, «sacos ó cajas que contenian más de trescientas balas de arcabuz» para cada carga de cañon (1). Luégo hace construir barcas planas guarnecidas de bastiones y armadas de piezas de campaña (2) y puede en breve avanzar con el Noroeste que subleva el mar en tempestad; pone toda su escuadra en medio de la llanura y espera una nueva tempestad para acercarse más. El mes de setiembre termina. En fin, la noche del 1.º al 2 de octubre el Nordeste hincha de nuevo el mar, que agranda las brechas de los diques, levanta la escuadra y la pone en frente de los temidos españoles.—Allí está el pan, allí están nuestros hermanos, exclama el burgomaestre que arrastra en la última salida á sus hambrientos compañeros. Los españoles habian evacuado sus reductos aquella misma noche á los cañonazos de la escuadra y se retiraron al Haya. Leiden quedaba libre despues de un año de sitio (3).

Por una curiosa fatalidad, el mar se hacia en las costas de España auxiliar de los holandeses como lo era en los prados del Issel. La escuadra de refuerzo que Felipe II venia preparando en Santander por espacio de un año, habia dejado pasar el verano sin hacerse á la vela: ahora se retardaban las urcas que traian víveres de Andalucía; ahora las órdenes del rey mandaban desembarcar las tropas; ahora las calenturas se cebaban en soldados y marinos. Pero salieron á la mar; salieron para volver de arribada empujadas por la tempestad. El almirante muere (4) y los soldados quedan reducidos á un puñado, víctimas de las enfermedades. Desalentado Felipe II, renuncia á su voluntad de expedir este socorro á Requesens. Dios no ha permitido, le dice, la partida de la escuadra, «pues ha sido servido que haya havido tantos estorvos para detenerla» (5).

IV.—Tentativas de transaccion

Esta hora de desaliento es acaso única en la vida de Felipe II, que conocerá despues muchos otros reveses. Pero el mismo desaliento reina en los Países Bajos. Se recrimina, se desconfia, se sospecha de todo. El duque de Arschot, tan fiel hasta ahora, se muestra receloso; Pierrenot de Champagney, hermano del cardenal Granvela, despues de haber parecido al duque de Alba bastante afecto para encargarle el mando de Amberes, viene á hacerse sospechoso á su vez, y lleva el desaliento hasta el punto de preguntar porqué no habia de concederse á los súbditos flamencos la misma tolerancia religiosa que á los auxiliares ingleses y alemanes que servian á sueldo en España (6), y rehusa continuar favoreciendo una política que sustituye la energía con la crueldad. Más vale retirarnos, dice, sin exponernos más inútilmente, con poca satisfaccion de los que nos mandan, ningun fruto para el público, ni para el servicio de Vuestra Majestad, ni para la tranquilidad de nuestra conciencia (7). El ejército se desbanda; los soldados de la vieja infantería desertan á pelotones de cincuenta hombres haciendo mil extorsiones en los pueblos del tránsito (8). Su efectivo, en vez de sesenta mil hombres que presenta en listas, no llega en realidad á cuarenta mil (9) y todavía hay que licenciar á los alemanes que se ocupan sólo en el pillaje sin respetar iglesias ni conventos (10). No hay medio de procurarse dinero en un país tan maltratado. Los rebeldes hacen moneda de papel, pero yo no tengo este crédito (11), dice con despecho Requesens enviando monedas de estaño y los billetes con la efigie de la libertad grabados por los sitiados de Leiden (12).

Las noticias de la liberacion de Leiden y de la pérdida de la Goleta exaltan los ánimos en todas las posesiones españolas. Hasta Besanzon cayó en manos de los insurrectos en algunas horas, lo que permitió, por lo demás, al arzobispo desembarazar su ciudad de herejes. «Todas las casas de los de la religion fueron pilladas y saqueadas; uno de los rebeldes se excusó diciendo que estaba ébrio, á lo cual se le contestó que seria ahorcado: él replicó entónces que más bien queria ahorcar que no que lo ahorcaran, y pidió que se le hiciera ejecutor de la justicia, y en el acto le fué concedida su demanda, y el mismo dia se puso en ejercicio ahorcando cuatro hombres (13).»

Pero los prelados flamencos no habian tenido nunca este vigor. Cuando por remedio supremo

(1) Mendoza.
(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 158.
(3) Del 31 oct. 1573, al 3 oct. 1574.
(4) Pedro Menendez de Avila.
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 163.
(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 157.
(7) *Ibid.* pág. 138.
(8) *Ibid.* pág. 137.
(9) *Ibid.* pág. 247. Estado remitido al rey por Requesens.
(10) *Ibid.* pág. 137.
(11) *Ibid.* pág. 307. Requesens á Zayas.
(12) Du Maurier, *Memorias*, pág. 60. El lema de los billetes era: *Hæc libertatis imago.*
(13) En junio de 1575. Noticia del tiempo, reimpresa, *Archivos curiosos de la Historia de Francia*, 1.ª serie, tom. IX, pág. 157.

á los males de los Países Bajos, prescribia Felipe II rogativas públicas, sabia que se habian dado y repetido con frecuencia órdenes; pero que los obispos carecian de celo (1). El mismo Padre Santo estaba fatigado de oir la narracion de tantas atrocidades. «Su Santidad es muy inclinado á que haya paz y quietud de todas partes, y así gustaria que oy la hubiere, aunque se disimulase algo» (2) á los herejes. De la misma opinion era su ministro el cardenal Merone. Requesens no supuso que su amo pudiera aceptar tan fácilmente compromisos en materia de religion, ni consentir, palabras curiosas para la época, en conceder la libertad de conciencia (3); pero admitió que un nuevo soberano no estaria obligado á los mismos escrúpulos, y propuso audazmente á Felipe II abandonar los Países Bajos (4).—Pudieran trocarse por el Piamonte con el duque de Saboya ó bien darlos en soberanía al segundo hijo del rey.—«Mejor es que sea pobre que no hereje,» escribió Felipe al márgen.

¿Qué quiere pues el rey? Nadie lo sabe. Medita vagamente sobre el feroz consejo indicado por el duque de Alba en el momento de su partida. «Principalmente combendria mucho quemarles y talarles todos los frutos que no se puedan servir dellos y por hambre se vengan á reducir,» dijo Felipe (5). El Inquisidor general Quiroga opina como el duque de Alba: todos deben de ser castigados. El Inquisidor general lo dice más gallardamente aún: «Los rebeldes y los que dicen que no lo son, todos son unos, y como dicen, el lobo y la vulpeja todos son de una conseja» (6). El pensamiento real se fija en fin y se formula en una órden á Requesens.

¿Qué es mejor, escribe Felipe (7), destruir el país por medio de la inundacion como lo propone Valdés ó por el fuego como lo proponia el duque de Alba? «Visto que ninguna vía aprovecha y teniendo por sin dubda que debe ser esta la voluntad de Dios... ha parescido convenir que se venga á usar del último y riguroso castigo.» La inundacion no es un sistema prudente, porque seria de temer que ganara más terreno del que fuera necesario sacrificar y que invadiera países católicos: fuera de que este procedimiento «traeria consigo un cierto nombre de crueldad que se debe huir.» Pero el incendio no ofrece ningun inconveniente, aunque sea menester quemar todos los villajos, las cosechas, los árboles, porque siempre queda el suelo: las ciudades cesarian de enriquecerse, porque no tendrian nada que vender; los burgueses no podrian huir por mar, porque no tendrian víveres que cargar en sus naos, y tendrian por fuerza que someterse. El comendador mayor es dueño de escoger la época más favorable para esta operacion; pero ha de guardar sigilo. Acaso debiera de aprovechar la primera helada. En todo caso deberá cuidarse de preparar los abastecimientos necesarios para los soldados designados á este servicio. Estos se encargarian de ello con alborozo sin duda, como quiera que habrán de enriquecerse saqueando las ciudades ántes de darlas á las llamas.

—¡Ah! exclama Requesens al contestar. Llegan demasiado tarde estas órdenes: todas las tropas, sin excepcion de nacionalidad, están amotinadas por vez tercera: ni puedo responder de mi propia guardia, ¿cómo he de disponer de nadie para abrasar el país, segun las instrucciones del rey (8)?

A esta noticia vuelve Felipe á su apatía y pasan seis meses sin que escriba una sola carta á los Países Bajos (9). Durante este período decisivo discute los proyectos de transaccion, y hace que le envien el despacho á sus lugares de peregrinacion, escribiendo en las Memorias que piden una solucion: «Se vaya allá (en Madrid) pensando y mirando en ello y yo tambien iré haciendo lo mesmo aquí (en el Escorial) y pues iré tan presto ahí, plasciendo á Dios, de aquí allá se irá mirando en ello allá y acá» (10).

Mucho tiempo hacia que un francés habia dicho: «Estas gentes son tan calmosas en todos sus pasos y tienen tanto en la cabeza que no piensan sino en ganar tiempo, siéndoles un año un dia (11).»

Este inexplicable silencio asombra en Flandes. «Están espantados de lo poco que V. M. se acuerda dellos» (12). Requesens no ve ya sino rebeldes en torno de sí. Está colocado en frente de los holandeses triunfantes, entre sus estados de Brabante, que tienen conversaciones

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 152.
(2) *Ibid.* pág. 67.
(3) *Ibid.* pág. 193. «Tácitamente darles libertad de conciencia.»
(4) *Ibid.* noviembre de 1574.
(5) *Ibid.* pág. 126, el rey á Requesens.
(6) *Ibid.* pág. 290.
(7) *Ibid.* pág. 174 y siguientes.
(8) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 213.
(9) Desde nov. de 1574, hasta mayo de 1575, *ibid.* pág. 301.
(10) *Corresp. de Felipe II*, pág. 327.
(11) Ms Bibl. nac. franc. 16103, fol. 147, el obispo de Limoges á Catalina. Dice tambien (fol. 39) que de las lecciones de Cárlos V únicamente ha conservado Felipe «la de consumir el mundo á solicitaciones y ganar tiempo con demoras.»
(12) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 160, Don Diego de Zúñiga al rey.

muy libres (1), «y sus insurgentes soldados á quienes procura proteger contra las represalias de las milicias burguesas.» Los súbditos, dice, se han de defender más de nuestros soldados que de los enemigos; y por otra parte es menester procurar que los amotinados no resciban más daño, porque si una vez los degüellan los del país, tambien degollarán á los demás (2).

Por fin es autorizado á intentar un concierto con el príncipe de Orange, á quien supone espantado por el desencadenamiento de las pasiones populares. Guillermo de Orange, que ha conservado sus tradiciones de jefe de la aristocracia, confiesa que sabe muy bien que no puede confiarse en el populacho; pero que los Estados han puesto tal órden que no espera desórden por parte del populacho (3). Las conferencias se abren en Breda; pero comienzan por recriminaciones contra los que han sostenido la causa del rey. «Ayudar á los enemigos del rey es lo que parece noble y glorioso» (4). No se sabe tampoco sobre qué bases asentar un tratado. El rey no ha dado instrucciones ningunas, ni siquiera una carta que vagamente las supla; y este silencio es demasiado extraño para no ser sospechoso. Se niegan á creer, dice Requesens, que no tengo poderes de Vuestra Majestad (5). El príncipe de Orange ni áun se fiaria de compromisos firmados por Felipe II, pues conoce su máxima de que las promesas no ligan con los herejes: *hæretico non est servanda fides;* dicen que no se ha guardado la fe jurada á los moros de Granada y que el duque de Alba ha hecho perecer á los que confiaban en la palabra empeñada por la duquesa regente (6). Y lo más curioso es que miéntras autorizaba las negociaciones de un arreglo con el príncipe de Orange procurando convencerle de su sinceridad y buena fe, Felipe II hacia que su ministro Zayas organizara contra él tentativas de asesinato; y excitaba á los desterrados á matar á su caudillo, ofreciéndoles el medio de ganar por este acto meritorio su gracia y la restitucion de sus bienes confiscados (7). Las negociaciones fueron rotas, no bien iniciadas, y los españoles comenzaron entónces una serie de operaciones militares contra Zierickzée y las islas del litoral.

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 190.
(2) *Ibid.* pág. 239.
(3) *Corresp. de Guillermo*, tom. III, Prólogo, pág. 39.
(4) Del Rio, *Memorias*, pág. 62. «Quinetiam tum vicio verti pro rege militare vel regium dici: adversam partem consilio operaque juvare pulchrum.»
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 340.
(6) *Ibid.* pág. 193.
(7) *Correspond. de Guillermo*, tom. VI.

V.—Muerte de Requesens

La causa de la rebelion, escribe Requesens (8), no es la herejía; es en primer lugar la independencia que se han arrogado los señores, despues los excesos de los soldados que han irritado al pueblo, y en fin los impuestos que se han inventado... Pero esta apreciacion tan juiciosa deja de ser exacta á partir del momento en que parece asegurada la liberacion de Holanda. Tan luégo como disminuye el peligro, el ardor patriótico hace lugar á la pasion religiosa. Los holandeses no se contentan ya con ser libres dentro de la patria emancipada, sino que pretenden tambien perseguir á los católicos. Se les ha enseñado la ciencia de los suplicios y quieren probar que la han comprendido. Los Estados de Holanda exigen del príncipe de Orange el juramento de suprimir el ejercicio de la religion romana. Se le deja eludir esta fórmula, pero prescinden de su autorizacion para quemar y ahorcar á los católicos. En Alkmaar se supone una conspiracion religiosa, se somete á cuestion de tormento al católico más rico de la ciudad y muere á manos del verdugo. En seguida se descoyunta á su hijo en la tortura, se le deja reposar seis semanas para que recobre las fuerzas, y se le tiende despues en posicion supina con una caja llena de ratas, cuyo fondo suple su propio vientre. Las mordeduras de las ratas no le hacen morir y entónces se le arroja á la hoguera (9). El príncipe de Orange interviene tardíamente y hace que cesen estos crímenes; pero él tambien está bastante extraviado por el éxito para no cometer un acto tanto más culpable, cuanto que le da el colorido de celo religioso.

Hasta entónces se habia mostrado harto indiferente ante las faltas de su segunda mujer, Ana de Sajonia. Esta alemana vulgar, sensual é irascible, tenia á lo ménos el mérito de haber dejado que disipara sus bienes propios su marido en servicio de Holanda. Puede creerse que sus hábitos de intemperancia hubieran debilitado sus facultades; pero es probable tambien que su marido no hubiera nunca imaginado hacerla pasar por loca, si no hubiera tenido la intencion de casarse con una tercera mujer. Lleva la paciencia hasta los límites de la condescendencia miéntras cree tener necesidad de los príncipes alemanes, primos de Ana de Sajonia;

(8) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 311.
(9) Verstegan, *Theatrum crudelitatum hæreticorum nostri temporis*. Antverpiæ, apud Adrianum Huberti, 1592, con 30 láminas.

pero cuando ve que estos alemanes son auxiliares inútiles y que Holanda puede bastarse á sí misma, repudia á Ana de Sajonia y se casa con Carlota de Borbon, hija del duque de Montpensier y abadesa de Jouarre (1). Esta prevenida princesa habia reunido una buena suma de dinero proviniente de su patrimonio y de los bienes de su abadía y se habia hecho calvinista (2). No contento con repudiar á Ana de Sajonia, el príncipe de Orange la hizo encerrar en un subterráneo sin más abertura que una reja por donde se le echaba la comida. No es esto sólo: por un refinamiento de crueldad que apénas seria excusable en un sectario fanático, mantiene delante de esta reja á un pedante luterano que se entretiene en recordar á la infeliz sus pecados: la pobre muere á los dos años de suplicio (3). Nuestro Enrique IV supo, como el príncipe de Orange, subordinar al patriotismo sus pasiones religiosas; tuvo igualmente quejas de su primera mujer, pidió y obtuvo el divorcio; pero no se creyó en el derecho, ni tuvo la crueldad de perseguir á su culpable mujer.

Este desencadenamiento de pasiones religiosas sublevó las conciencias de los católicos de Artois y del Henao: fué la falta decisiva de los holandeses, la que preparó la escision. En adelante habrá dos partidos en la oposicion al gobierno de Felipe II, dos partidos separados por la religion, la lengua y la raza, y sus divisiones se acentuaron más aún en los años siguientes.

Requesens no se pudo aprovechar aún de esta animosidad de las provincias católicas contra los disidentes: no tiene ejército ni dinero. La escuadra de Santander, que esperaba hacia dos años, llega en fin, pero sólo le lleva cuatrocientos treinta «miserables reclutas» (4) y nada más. Busca aliados en Alemania y se granjea la amistad del duque de Brunswick, que en otro tiempo (5) se habia hecho triplicar su pension por gracia de Felipe II, que luégo se habia adherido íntimamente á Cárlos IX (6), y vuelve á España, recibiendo por la proteccion de Requesens cartas patentes para legitimar los bastardos adulterinos que habia tenido con Catalina de Weldam, estando unido en matrimonio con Sidonia de Sajonia (7).

A Francia, por el contrario, se vuelve el príncipe de Orange: solicita (8) que se le proporcione un navío que vaya á fondear en medio de la escuadra española en la rada de Dunkerque con pretexto de vender víveres y otras mercancías. El patron cargará secretamente su barco de estopa, pez y otras materias inflamables; despues incendiará su barco á la hora del reflujo, á fin de que, encendido y flameante, pegue fuego

Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II

á los navíos inmediatos que no pudiendo retirarse por falta de fondo, perecerán sin remedio en el incendio.

Miéntras los holandeses inventaban los brulotes, despues de haber inventado las granadas y el papel moneda, Requesens se trasladaba á Malinas á ganar el jubileo centenario, que el papa Gregorio XIII habia concedido para aquel año. Al llegar á Bruselas murió de un absceso carbuncoso en el brazo (9). Un consejo compuesto del duque de Arschot, Mansfeld, Berlaymont y algunos otros hombres oscuros, ejerció provisionalmente el poder supremo. Nunca habia

(1) El duque de Montpensier era sobrino del condestable de Borbon; se habia casado con Jacobina de Longwy, hija de Juana de Angulema, hermana natural de Francisco I. Jacobina murió en 1561, y Montpensier se casó con Catalina de Guisa. Carlota de Borbon, hija del primer matrimonio, se refugió al lado de una hermana suya, casada con Federico III, conde palatino.

(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 316, Requesens al rey, 6 de junio de 1575. El casamiento es del 12 del mismo mes y año.

(3) El 18 de diciembre de 1577.

(4) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 404. «Muy ruin gente.»

(5) Ms. Rec. of. n.º 804, Challoner to Throckmorton, 15 enero de 1562.

(6) Colec. de Groen Van Prinsterer, carta de Schonberg ya citada.

(7) Com. Real de historia de Bélgica, tom. V, pág. 222, año 1853.

(8) Ms. Arch. nac. K, 1528, pieza 83, carta autógrafa del príncipe de Orange.

(9) Herrera, tom. II, pág. 66. Se ha supuesto que murió de la peste; la descripcion de su enfermedad está dirigida al rey (*Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 449, marzo 1576). «Un grano, á manera de dibieso, que se le hizo un carbunclo con una dureza muy grande... muchas puntas á manera de tabardillo.»

sido más urgente la necesidad de la presencia del rey, ó en su defecto, de un hombre acostumbrado á hacerse obedecer de los soldados. Felipe II lo comprendió así, se decidió á enviar á los Países Bajos á su hermano Don Juan de Austria, se complació en reflexionar sobre las ventajas de esta eleccion, confirmó los poderes del consejo de incapaces que habia reemplazado á Requesens, pensó en revocarlos y dejó pasar nada ménos que nueve meses y acumularse los desastres ántes de tomar una resolucion definitiva.

CAPÍTULO XIX

LA REINA ANA

CUARTO MATRIMONIO DE FELIPE II.—DESGRACIA DEL DUQUE DE ALBA.—AMÉRICA.—PENURIA FINANCIERA.—DESASTRES EN LOS PAISES BAJOS

I.—Cuarto matrimonio de Felipe II

Cuando Felipe se decidió á casarse con la hija mayor del emperador Maximiliano, de mucho atrás prometida á su hijo Don Cárlos, habia obedecido especialmente á intenciones políticas. Con este pacto de familia habia comprado la neutralidad del imperio en los negocios de los Países Bajos.

Desde el principio se habia sentido tentado Maximiliano por el pensamiento de ganar algunas provincias al rededor de Bruselas, y áun hubo de dirigir reconvenciones desde los primeros actos de rigor del duque de Alba (1).—No cambiaré, habia contestado Felipe, «quando me viniese á caer el mundo encima» (2).—Sin embargo, replicó Maximiliano, podria encargarse á mi hijo, el archiduque Cárlos (3), de la administracion y gobierno de aquellas provincias. —S. M. ha contestado que atento á Flandes, hay necesidad de tener allá un gobernador sujeto á poder cortarle la cabeza, lo que no puede ser con un tal príncipe como es el archiduque (4); que fuera de esto, no usaba de severidad con sus súbditos flamencos como se le imputaba por los electores y el emperador, sino de mucha clemencia y piedad (5). Por fin pudo desembarazarse de estas importunidades, dando cien mil ducados al archiduque y ofreciéndose por esposo de su hermana (6).

Tenia Felipe cuarenta y tres años, cuando se puso en camino la princesa Ana que sólo tenia veintiuno (7). Pasó por Amberes (8), acogió á la madre del baron de Montigny, y le prometió pedir el perdon de su hijo; desembarcó en Santander (9) y habló sin demora en favor del baron. Felipe II le contestó que no podria negar la primera gracia que le pedia, pero que Montigny acababa de morir de enfermedad en su prision; como que habia acelerado la muerte del infeliz en cuanto supo el paso de su madre: su primer acto de esposo fué engañar á su mujer.

Como si no hubiera bastante falsedad al rededor de la nueva reina en Madrid, Catalina de Médicis, madre de la que Ana reemplazaba, hubo de añadir sus protestas de cariño: escribióle de su mano (10) y encargó además á su embajador decirle de su parte (11) que le rogaba la empleara como si tuviera el honor de ser su propia madre porque tendria igual complacencia y devocion en servirla.

Como las tres primeras mujeres de Felipe, Ana de Austria estaba tambien destinada á una muerte prematura. «La reina católica no sale nunca de sus aposentos; de manera que su cor-

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 15, del 2 de marzo 1568.
(2) *Ibid.* pág. 27.
(3) Este archiduque fué enviado á Madrid oficialmente por su padre y permaneció allí desde el 10 de diciembre de 1568 hasta el 4 de marzo de 1569.
(4) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, Fourquevauls á Cárlos IX, folio 143, del 13 de enero de 1569.
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. II, pág. 818.
(6) *Corresp. de Felipe II*, pág. 835.
(7) Nació en Cigales de Castilla, el 1.º de nov. de 1549. Este viaje es de agosto de 1570.
(8) Ms. Rec. of. n.º 1209, Cobham to Cecil, 28 agosto 1570. Véase tambien el número 1225.
(9) El 3 de octubre de 1570. Celebróse el casamiento en Segovia, el 12 de noviembre.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1527, pieza 54, del 8 de abril de 1571.
(11) *Ibid.* pieza 61, del 28 de octubre.

te no sino parece un convento de monjas» (1). El ceremonial va á devorarla con sus hijos, despues de una vida valetudinaria. El nacimiento del primero, Don Fernando, fué saludado con júbilo universal. Desde allá de los Países Bajos, escribia el duque de Alba (2):—No soy blando de corazon, pero confieso á V. M. que he derramado lágrimas en hacimiento de gracias á Nuestro Señor, que ciertamente trata á Vuestra Majestad con muy gran favor, multiplicando las señales de su preferencia y queriendo emplear á V. M. en la justificacion de su causa. Quíteme Dios la salud si V. M. ha sentido un júbilo mayor que el mio. Y no digo más porque pierdo el seso y diria mil simplezas.—El favor del cielo no fué ya tan evidente en la eleccion de la nodriza, «que era una hermosa moza vizcaina, pero de leche tan cálida, que salió el párvulo con hemorroides» (3).

Don Fernando murió á la edad de siete años; Don Cárlos, que nació despues que él, no vivió más que dos años; Don Diego, el tercero, vivió seis; la infanta Doña María sólo un año (4). El Escorial, apénas terminado, se llenaba de cadáveres: ántes de llegar á los sesenta años (5) hizo Felipe depositar en él diez y siete cadáveres; colocábalos en órden en el osario, nada cambiaba en las reglas que aniquilaban á los sobrevivientes y exigia resignacion oficial:—No se hagan demostraciones de duelo, escribia á todas las ciudades, á la muerte de Don Fernando (6); háganse sólo procesiones y rogativas públicas y hacimientos de gracias al Todopoderoso por el favor que ha hecho al príncipe.

El mismo Felipe estaba ya constantemente enfermo como sus mujeres. Se le ve, al saber la toma de Haarlem, *padecer de tercianas* miéntras la reina Ana *tiene cuartanas*, y el príncipe de Eboli *está á la muerte* (7). Se salva, sin embargo, el cuarto hijo, el endeble Felipe, que será Felipe III. Estando para darlo á luz, no quiso su madre dispensarse de las ceremonias del Juéves santo, «se prosterna á los piés de los pobres, y pare algunos dias despues, de manera que áun ántes de nacer se consagraba ya el príncipe á las prácticas religiosas» (8).

La vida se pasa en el Escorial «en medio de las procesiones y rogativas: así es que el demonio tiene gran deseo de impedir que se penetre en este santo lugar, donde ve celebrar las alabanzas de Dios con tal perseverancia en las buenas obras y en las prácticas de santa devocion» (9). Poco á poco adopta Felipe las fórmulas de la devocion por el estilo administrativo, y exige que se le hable de piedad en cada negocio que ha de despachar. Esta manía es muy luégo conocida y halagada por los cortesanos. «He recibido la santísima contestacion del rey (10),» escribe por ejemplo un secretario. «Tengo bueno y cierto conocimiento de la religion y buenas partes de Bœhme» (11), dice á su vez el cardenal de Guisa, cuando pide á Felipe II algun dinero para el bárbaro aleman que remató al almirante Coligny.

Pero el negocio importante de este período marcado por la vida de la cuarta mujer de Felipe es la traslacion de las reliquias de Santa Leocadia, como la traslacion de las de San Eugenio habia sido la preocupacion principal, durante la vida de la tercera. Santa Leocadia era una doncella de Toledo que habia dicho ante el emperador Decio: «Soy esclava de Jesus.» Decio la mandó azotar y encerrar luégo en un calabozo, donde murió. Su cuerpo se conservó en Oviedo y fué rodeado de tantos honores, que el mismo San Ildefonso compuso el oficio de la Santa, «dándole esos numerosos epítetos y admirables sobrenombres que la Santa Iglesia reserva de ordinario para la Madre de Dios» (12).

Pero el precioso cuerpo desapareció durante la invasion de los sarracenos. Unos monjes de San Ghislain en Flandes pretendieron ser sus poseedores, habiéndolo recibido, decian, de un conde de Henao, que lo habia llevado de España en época desconocida. Felipe II se declaró dispuesto á hacer todos los sacrificios para recobrar esta reliquia patrimonial; pero no tuvo la dicha de lograrlo, sino despues de longuísimas negociaciones en que el duque de Alba hubo de mostrarse muy tibio. Las objeciones del viejo

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, f. 1123. Fourquevauls á Catalina.

(2) Carta del 21 de diciembre de 1571, publicada por Mayans y Ciscar, *Cartas...* tom. II.

(3) Fourquevauls á Catalina, fol. 1287, del 2 enero 1572. Es el mismo mes en que llega Saint Gouard para reemplazar á Fourquevauls como embajador francés en Madrid (*Ibid.* fol. 1313).

(4) *Doc. inéd.* tom. VII y VIII. Don Fernando muere el 18 de octubre de 1578; Don Cárlos el 9 de julio de 1574; Don Diego el 21 de noviembre de 1582; y Doña María el 4 de agosto de 1583.

(5) En 1586. *Ibid.* tom. VII, pág. 410.

(6) Carta publicada en la edicion de Rivadeneira de las obras de Santa Teresa, en la nota de la carta 32, tom. II, pág. 27, y por Herrera, tom. II, pág. 209.

(7) Ms. Bibl. nac. 16105, fols. 53 y 68, Saint Gouard á la reina madre, 30 julio 1573.

(8) Cabrera, tom. II, pág. 447. Don Felipe nace el 14 de abril de 1578.

(9) *Ibid.* pág. 353.

(10) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 57. Hopperus al rey. «La muy santa rescripcion.»

(11) Ms. Arch. nac. K. 1536, del 17 de diciembre de 1574. Bœhme se habia casado con Luisa de Arne, bastarda del cardenal de Lorena y dama de Isabel, reina de España.

(12) Cabrera, tom. III, págs. 72 á 75.

soldado y su negligencia en un asunto que á los ojos del rey se llevaba la palma entre todos los del siglo, fueron acaso concausa de la desgracia que cayó sobre el duque de Alba y su hijo, á su regreso á España.

II.—Desgracia del duque de Alba

En tiempo de la corte francesa de Isabel, el hijo del duque de Alba, Don Fadrique, hubo de entrar en relaciones amorosas con una doncella de honor llamada Doña Margarita de Guzman, «llegando hasta darle palabra de casamiento, por cuya causa el dicho Don Fadrique fué conducido preso á Medina del Campo, y la dicha doncella encerrada en una cámara de palacio, por la falta de haber tratado de casamiento sin respeto al lugar en que servia ella» (1). Es probable que estas relaciones no se habian limitado á una simple promesa de matrimonio, puesto que el castigo fué tan severo: la doncella fué encerrada en un convento y Don Fadrique condenado á una cruzada de tres años en Africa contra los moros con un cuerpo de caballería á su costa (2).

Así, pues, habia habido falta cometida en 1566 y castigo riguroso el año siguiente, castigo equivalente á la pena de deportacion á los presidios y formalmente motivada, por cuanto «tratastes secretamente por cartas y de palabra de os casar con Doña Magdalena» (3). Pero al cabo de un año (4) hubo conmutacion de pena: en vez de servir en Africa, fué autorizado Don Fadrique á acompañar á su padre á los Países Bajos. Allí manda ejércitos reales, toma ciudades, gana batallas, los años pasan y vuelve, en fin, á España.

Desaprobar la conducta del duque de Alba, despues de haberlo excitado á medidas de rigor, es cosa á que no se atreve el rey; muy léjos de esto, lleva la ficcion hasta á felicitarlo por sus servicios y áun le da á entender que se interesa por su salud, «porque deseo mucho veros sano y gallardo, como espero en Dios que será, y que os dará larga vida, pues habeis trabajado tanto en cosas de su servicio y mio y del bien de la cristiandad» (5). A pesar de tan buenas palabras, «no las tenia todas consigo el señor duque cuando vió que el rey no le queria otorgar la gracia de que su hijo Don Fadrique volviera con él á la corte, de la cual fuera desterrado por haber tratado de amor con una de las doncellas de la difunta reina... Vargas tampoco pudo acercarse á la corte en cinco leguas á la redonda» (6).

Por una falta idéntica á la de Don Fadrique acababa el rey de mostrar una severidad implacable: Don Gonzalo Chacon, hijo del aya de las infantas, habia huido, «despues de haber tratado con una dama de palacio» (7). Felipe II insistió para que se le entregara, si se habia refugiado en Francia. «Ya abreis entendido, dice, el exceso y gran delito que aquí cometió» (8). Acertó á recordar á este propósito la malandanza de la Guzman y luégo al punto imaginó forzar al Don Fadrique á casarse con esta dama. Para evitar la humillacion, el duque de Alba casó precipitadamente á su hijo con Doña María de Toledo, parienta suya.

Esta Doña María era hija del bravo Don García de Toledo, el conquistador del Peñon de Velez, el gran marino, el honorable soldado que aseguró la liberacion de Malta y organizó para Don Juan de Austria la armada de Lepanto. Don García que estaba en Italia aprobó desde luégo el casamiento, pero entró despues en zozobra por no tener noticias de que se habia celebrado y suplicó á Don Juan de Austria le hiciera saber la causa del retardo (9).—No puedo explicarme, le escribe, lo que pasa respecto del casamiento de mi hija: se me asegura que si se ha suspendido, no es por voluntad de Don Fadrique; yo quisiera saber si la oposicion viene del rey.—Pues nada se le hace saber; interroga en vano al virey de Sicilia, y permanece más de un año en tan penosa incertidumbre (10).

Los primos estaban casados, pero la union se mantenia en secreto. Felipe II, que en sus venganzas no se precipitaba nunca, deja que corra el tiempo: hace intervenir á Doña Magdalena de Guzman despues de darle el título de dama de honor de la reina Ana, y deja ver las cartas en que se queja de su *amante* (11) desde el claustro de Santa Fe de Toledo, monasterio en que permanece aún encerrada. Discurre llamar el

(1) Ms. 10751, fol. 610, Fourquevauls á la reina madre, enero de 1567.

(2) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 288. Servia en Oran con diez caballeros.

(3) *Ibid.*

(4) El 7 de abril de 1568.

(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. III. El rey al duque de Alba, 20 marzo 1574.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 16106, pieza 18, Saint Gouard á Cárlos IX, 4 de abril de 1574. El duque llegó el 31 de marzo.

(7) Ms. Bibl. nac. franc. 16105, pieza 31, del 17 de mayo 1573. La madre del culpable, Doña María Chacon, procuraba que intervinieran los franceses en favor de su hijo en recompensa de los servicios que prestaba á las infantas hijas de la reina francesa.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1530, pieza 52, el rey á Zúñiga.

(9) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 195, carta del 11 de marzo de 1575.

(10) *Ibid.* pág. 302, del 21 de agosto de 1576.

(11) *Ibid.* tom. VII, pág. 464.

asunto á vías de justicia criminal, juzgar la causa de nuevo y en su virtud perseguir al duque de Alba, á su hijo y á su nuera, haciéndoles pagar con esta querella de mala fe sus propias faltas en el gobierno de los Países Bajos. Don Fadrique es reducido á prision, y el duque de Alba se ve sometido á injuriosos interrogatorios por jueces dignísimos de sentarse á su lado en el Tribunal de Sangre.

Es interesante el estudio de estos nuevos jueces; Felipe II comienza á apreciar sus talentos en esta causa y presto los someterá á otra prueba. Por de pronto observa el servilismo de estos tres hombres.

El más influyente es Fray Diego de Chaves, confesor del rey: es un dominicano inquieto, muy suave, de perfil ascético; sobresale en trasmitir como confidente las promesas de que desliga como confesor. El segundo es un secretario de Estado, Mateo Vazquez, que sueña con la sucesion del príncipe de Eboli, languidece en ocupaciones subalternas, está en acecho con paciencia sumisa para señalarse á los ojos de su amo, destrozar á sus rivales y vengarse de sus bajezas. Los dos tienen como instrumento á un hombre de ley, Antonio Mauricio Pazos (1), que estaba olvidado hacia muchos años en los grados inferiores de la Inquisicion; pero logra, en fin, mostrar cómo sabe discernir el momento en que los reos de Estado agradan aún y pueden ser tratados con indulgencia, y el en que la severidad implacable será más acepta y grata. Con esto, llega á ser en seis años, de simple canónigo, obispo de Córdoba y presidente de Castilla.

El duque de Alba mira con desden á semejantes hombres: el viejo cortesano no adivina que el rey en persona los anima contra él é inspira ó corrige todos sus procedimientos. «Y despues que yo haya visto vuestro parecer, dice Felipe á Pazos (2), os avisaré lo que podreis escribir para que se vea.» El proceso lleva trazas de no halagar las intenciones del rey.—Mi hijo fué autorizado por el rey para casarse, dice el duque de Alba.—Es falso, escribe el rey á Pazos.—El duque, replica Pazos, acaba de exhibir una carta dirigida á Flandes en que Vuestra Majestad le dice textualmente: «Y tambien será bueno procurar casarle presto» (3).

(1) Natural de Pontevedra, fué inquisidor en Sicilia, luégo en Toledo, despues fué canónigo de Tuy, en fin, obispo de Pati en Sicilia, de Avila, y últimamente de Córdoba en 1582 y presidente de Castilla. Murió en junio de 1586.

(2) *Doc. inéd.* tom. VII.

(3) *Ibid.* pág. 472.

El rey se arrepiente de haber suscitado este asunto, y su irritacion recae sobre la pobre Guzman.—Doce años hace ya, escribe la desgraciada al rey (4), que vivo en penas, ¡doce años! ¡y la vida es tan corta!—Siéntese envejecer en el claustro, léjos de sus sueños, léjos de la corte; y oye á Pazos que le contesta duramente:—¿Y qué iriais á hacer en la corte? Sois demasiado jóven para dueña y demasiado vieja para doncella de honor. Pues que ya hace doce años que estais en el convento, permaneced en él.—Pazos pide entónces al rey, de acuerdo con Mateo Vazquez y Fray Diego de Chaves (5), autorizacion para condenar á Don Fadrique á prision perpetua y al duque de Alba y á su mujer á destierro en sus posesiones. En cuanto á la Guzman, no se tiene ya necesidad de ella, y comienza á ser importuna, segun la expresion de Pazos. Este envia al rey las cartas de la infeliz, á quien se halagaba con alguna esperanza cuando era útil para humillar la casa de Toledo, y cuyas quejas se rechazan ahora con desden. «¡Dios la dé más seso! No se puede dar un paso sin topar con una carta suya» (6).

Felipe no aprueba la sentencia estudiada por sus tres agentes: parécele demasiado indulgente para con el duque de Alba, que debe ser más severamente castigado por haber protegido á su hijo. Al márgen escribe el rey de su puño y letra sobre la prision de Don Fadrique:—«Me parece bien.» Pero lo del destierro de los padres á sus tierras no le satisface. Quiere que el duque sea internado en un lugar, donde se le pueda observar para estar al corriente de su conducta. Entónces se le relega á Uceda (7), «teniendo por cárcel toda la villa, sin poder salir de la parte habitada.» Se permite á la duquesa quedarse al lado de su marido.

El tuerto Albornoz, que se habia hecho famoso por las riquezas que trajera de los Países Bajos, fué tambien reducido á prision.

Al cabo de un año, todo cambió súbitamente: aquel mismo Pazos interviene como un instrumento de indulgencia: él suplica al rey volver á su gracia al duque «en razon de su paciencia y humildad,» y no limitarse á suavizar su destierro, «porque Dios perdona al pecador (8) no poco á poco, sino enteramente desde el momento mismo en que el arrepentimiento

(4) *Doc. inéd.* pág. 482. Relacion de Pazos.

(5) *Ibid.* tom. VII, Relacion del 14 de diciembre.

(6) *Ibid.* tom. VIII, 6 febrero y 29 abril 1579.

(7) *Doc. inéd.* tom. VIII, pág. 496. (Es en 1579 y no 1578, como se ha impreso.)

(8) *Doc. inéd.* tom. VIII, pág. 511.

de la culpa da satisfaccion de la ofensa.» No ha de verse en este cambio sino una comedia concertada con el rey, no un remordimiento del juez perverso, ni el recuerdo «de los grandes servicios y conocida lealtad» (1) del antiguo compañero de Cárlos V. Felipe II queria conquistar á Portugal y juzgaba al duque de Alba como el único capaz de impedir con su autoridad sobre la gente de guerra el pillaje de las ciudades portuguesas. Supo pues contentarse con las humillaciones sufridas, perdonó con precipitada generosidad y llamó sin transicion al duque de su destierro de Uceda al mando del ejército invasor. El tuerto de Albornoz fué tambien puesto en libertad, como quiera que el duque necesitaba su pluma. Para perdonar igualmente á Don Fadrique y á su esposa fingió el rey dejarse violentar por Pazos: el bueno del juez le hizo observar que el matrimonio con Doña María de Toledo no se podia deshacer (2): la mujer no ha pecado contra el rey, añadia, y lo mismo que Dios perdonó á Nabal del Carmelo por razon de su mujer Abigail, V. M. puede perdonar á Don Fadrique en honor de su mujer Doña María. ¡Perdonar! La palabra es un poco atrevida; Pazos lo teme, y se da buena prisa en tranquilizar al rey; su odio está tan bien servido que no hay inconveniente en el perdon. Don Fadrique, dice, «está tan gastado de salud y hacienda que no se irá alabando del negocio.» Las miserias de los dos años de prision, el despecho de tal recompensa, despues de haber hecho tanto en Flandes, hicieron morir á Don Fadrique á los pocos meses de recobrar su libertad. Su padre y él vieron así su orgullo humillado por jueces inicuos y con pretextos tan fútiles como los que emplearon ellos contra los desgraciados flamencos. Esta facilidad de avasallar la justicia fué una leccion funesta para Felipe II. Desde luégo se apropió el procedimiento y no olvidará ya este nuevo medio de gobierno; pero no dejará que lo practiquen otras manos que las suyas ni en España ni en América.

III.—Administracion de América

Felipe II miró siempre con bastante indiferencia sus posesiones americanas, y confiaba la inspeccion de los vireyes y capitanes generales á licenciados que enviaba en comision con instrucciones inspiradas en pensamientos harto depravados.—Como es muy necesario al gobierno, decia por ejemplo (3), conocer la vida y costumbres de cada uno y áun los menudos sucesos de su casa, sabreis procuraros medios secretos para estar al corriente de todo por hábiles espías. No os cureis sino de cosas graves, porque si se persiguieran todos los delitos, no habria hombre exento de castigo. Ni creais todo lo que os cuenten, porque entónces caeriais en errores irreparables, porque hay criados y favoritos que empujan á ellos por su provecho (4).

Hubiera querido Felipe que se le proclamara por una bula pontificia *emperador de las Indias* (5); pero sin saber bien lo que queria, porque sólo conocia imperfectamente la extension y forma de sus Estados: no tenia mapa de América (6); no tuvo sino muy tarde el de Sicilia (7). Veia venir los galeones cargados de barras metálicas, de pedrería y especias y participaba vagamente de la opinion de todo buen español, creyendo que América era un refuerzo para España y una victoria para Dios (8): daba riquezas á los españoles y almas á la Iglesia. En realidad no era sino el asilo de todos los vagamundos y aventureros. ¡América! «Refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño comun de muchos» (9). Tambien recibia á menudo Felipe revelaciones que debian inquietar sus aprensiones religiosas. Fray Antonio de Zúñiga hubo de dirigir á los escrúpulos del rey un llamamiento interesante (10).

«He visto, dice, que estos miserables de indios cada dia padecen más, así en las ánimas como en los cuerpos: lo de convertirlos es cosa muy olvidada y accesoria; no son más cristianos agora que cuando los conquistaron y si usan de algunas cerimonias exteriores, hácenlo por cumplir con nosotros. Tienen de una hierba que se llama *coca* que so color que les da aliento para trabajar adoran en ella. Hácenles pagar muchas veces los impuestos: los villajos se despueblan

(1) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 390. Son los términos del real despacho en que se le conferia el gobierno de los Países Bajos.
(2) *Ibid.* tom. IV, pág. 528, carta del 11 de mayo.
(3) *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 279 y siguientes.
(4) *Ibid.* pág. 281. Si esta frase es posterior al asesinato de Escobedo, probaria que el alma de Felipe II no era absolutamente insensible al remordimiento, despues de un crímen. Esta instruccion al licenciado Gasca no tiene fecha.
(5) Ms. Rec. of. n.º 1508, Chaloner to the queen, 19 dic. 1563.
(6) *Doc. inéd.* tom. XXXIII, pág. 475.
(7) Carta á Don García de Toledo. «Es necesario entender las distancias de las tierras dese reyno y de los rios que tiene; habemos acordado que será conveniente tener aquí una carta y descripcion del, en que todo esto esté muy clara y distintamente apuntado.»
(8) Lope de Vega, *la Dorotea*, acto IV. «España se ha hecho con ellas tan rica y poderosa, y nuestra fe se ha dilatado tanto.»
(9) Cervantes, el *Celoso extremeño*.
(10) *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 87, Memoria del 15 julio 1579.

y todas las mujeres vienen á la ciudad, de que no pocos pecados contra Dios se recrecen. En las escuelas de Quito, de tres mil muchachos los dos mil son mestizos. Cada cual procura servirse de un esclavo y todo el peso desta esclavitud recae sobre la raza india. El español tiene por esclava á una mestiza ó negra, y esta tiene por esclava á una india. Para los trabajos públicos se traen cuadrillas de indios, que trabajan espacio de dos meses, en cuya ausencia mujeres y hijos se mueren de hambre, ó usan ellas de gran ofensa contra Dios nuestro Señor ganándose la vida torpemente con su cuerpo en Quito. La mayor parte de ellos mueren en la ciudad sin que nadie se cure de si son cristianos: mueren sin confesion, que áun para esto no hay órden ni concierto, y muchas veces, por no tener qué dar al cura, los entierran sus amigos en un muladar escondidamente.»

Tres millones de indígenas sucumbieron en Méjico en las epidemias de 1545 á 1576 (1). Las memorias de los administradores que ponderan sus talentos son tan lúgubres como las quejas de los religiosos:

«¿A qué compadecer á los indios? escribe por ejemplo Don Francisco de Toledo virey del Perú (2). Vivian tan salvajes como querian bajo el despotismo de los Incas, y gastaban su salud en las danzas, la embriaguez y las privaciones. Ahora se les ha regimentado sábiamente, se les vigila, se les somete á un trabajo saludable porque no estuviesen ociosos con tanto daño espiritual. Tenian demasiadas tierras; se ha reconocido que campos tan extensos no eran en manera alguna útiles: el virey no podia ménos de tomar posesion de las tierras para la corona, lo mismo que de las minas de cobre y azogue de Guancavélica. En cuanto á su ignorancia religiosa, ha de imputarse al clero, no que al virey. Muchos de ellos pasan aquí á enriquecerse pelándolos lo que pueden para volverse allá ricos.... Tienen cárceles, alguaciles y cepos, donde los prenden y castigan como y porque se les antoja, Los obispos de las Indias tornan cargados de plata que no habian traido, y lo mismo pasa con los religiosos.»

Las rentas reales se aminoraban mucho en esta concurrencia de codicias, y lo eran tambien por la necesidad de mantener tropas para tener á raya á los corsarios. No temo á los caciques, escribe Don García de Mendoza (3), porque el hambre los obliga á someterse. Me anuncian navíos europeos, que sin duda serán portugueses; pero tengo bastantes soldados y municiones para rechazar no sólo la armada de Portugal sino la de Francia, que llegara al mismo tiempo.—Se ha exagerado tambien mucho el producto de las minas: las más ricas del nuevo mundo, las del Potosí, cuyos filones descubrió en 1545 el peruano Gualca, «esa preciosa joya que puso la bondad de Dios en el seno de los vastos dominios del rey» (4), no enviaron por término medio más que cuatrocientas mil pesetas, de 1556 á 1576, lo que haria poco más de un millon al curso actual. Los productos se elevaron en 1593, llegando este año la cifra á un millon y seiscientas mil pesetas, pero muy luégo decrecen. Hay además que deducir de estas partidas todo lo que no llegaba á los puertos de España, robado por los corsarios ó perdido en los naufragios. El recurso era insignificante para el tesoro ávido y empeñado de Felipe II.

Los que habrian podido procurar las relaciones comerciales no eran mejor comprendidos. Por ejemplo, un enorme galeon partia de Manila todos los años, el mismo dia, con el mismo cargamento, con la tripulacion misma y se dirigia al 30.º grado de latitud para encontrar los vientos alisios que lo empujaban á Acapulco. Descargaba sus barras y su cochinilla y volvia con los productos del Asia, sin poder hacer escala en ningun punto, ni efectuar ningun cambio, ni modificar por ninguna razon sus movimientos, ni tolerar concurrencia ninguna á sus privilegios. Tan rigorosamente se observaba esta regularidad, que por espacio de dos siglos encontraban á punto fijo los ingleses el dichoso galeon en la misma altura y lo robaban con la misma precision (5).

IV.—Penuria financiera

Las rentas españolas estaban al servicio de la causa católica en toda Europa, derramando auxilios hasta en manos de los insurrectos irlandeses, á pesar de los malos informes que daban de ellos los capitanes de navío. «Los salvajes de esta tierra, decian, consideran como el hombre más de bien al que está en mejor estado de robar» (6).

(1) Raynal, *Historia filosófica de las dos Indias*, tom. III, p. 394.
(2) *Doc. inéd.*, tom. XXVI, pág 122, Memoria de 1582.
(3) *Doc. inéd.* tom. XXVI, pág. 217.
(4) *Ibid.* tom. V, pág. 182. Memoria dirigida al rey Cárlos III en 1784 dando el rendimiento anual desde 1556. El mercurio fué descubierto en América en 1566 por el portugués Enrique Garcés, que vió en manos del indio Navin Copa una piedra roja, el *Ilimpi*, para sus pintarrajeos de guerra (*Arte de comprobar las fechas*, tom. X, p. 421; Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España*, tom. IV, p. 421).
(5) El galeon de Manila fué apresado por Cavendish en 1587, por Rogers en 1709, por Anson en 1742.
(6) *Real Acad.*, tom. VII, pág. 429, capitan Diego Ortiz de Urzar al rey, 22 de junio 1574.

Las bancarotas habian secado la fuente del empréstito: no se habia tenido en verdad la audacia de negar las deudas contraidas: «hubiera sido un mal ejemplo, no á causa de la ruina de los acreedores, que hubieran muy bien merecido esta suerte por sus lucros ilícitos é inmoderados; sino porque se debia pensar en los peligros de un precedente que habria permitido luégo violar los contratos más justos. Sin embargo, era muy conveniente disminuir los intereses, cosa exigida hasta por la ley de Dios que prohibe la usura (1).

El impuesto no era tampoco un recurso, pues los reglamentos de la mala administracion no sino parecian hechos para destruir la riqueza interior. Si existian manufacturas de seda como en Toledo, estaban los industriales sujetos á las vejaciones de ordenanzas minuciosas que fijaban la longitud de los husos y ruedas de los telares, la anchura, el grueso, la trama del tejido, los procedimientos del tinte, el número de los aprendices, castigando cada infraccion con tres mil maravedises de multa (2). El recurso más regular era el que desde 1574 se obtuvo á perpetuidad de la munificencia pontificia, el impuesto de la Cruzada, que permitia comer carne los viérnes. «Han publicado aquí estos dias la bula de la Cruzada con muy grandes ceremonias y es para cada año en vez de ser de tres en tres años como ántes (3).» Favor de que se escandalizaban los franceses cuando se les echaba en cara su tibieza religiosa.—«Podríamos estar quitos, contestaban (4), pues vosotros por dos reales que cuesta una bula teneis ámplia licencia para comer carne en cuaresma en un país que se llama religioso.»

Los insuficientes subsidios que el exhausto fisco se esforzaba en remitir á los ejércitos de los Países Bajos no podian ser de ninguna utilidad. ¡Dinero perdido! «Es como echallo á la mar, pues jamás viene á tiempo que aproveche,» decia un español (5).

V.—Desastres en Flandes

Esta penuria de dinero habia sido una de las causas principales de los descalabros del duque de Alba, y la anarquía que sucedió á la muerte de Requesens acabó la desorganizacion.

El Consejo de las Turbulencias desapareció en aquel hundimiento (6). Zierickzée sucumbió despues de muchos meses de sitio, pero este triunfo fué seguido de una nueva insurreccion militar (7). Los soldados fueron declarados rebeldes por los regentes, y con esto los españoles vienen á ser los insurrectos, miéntras los burgueses de Brabante y del Henao se adhieren al gobierno oficial. Todos están igualmente armados; quieren defender sus muros; los españoles entran á saco las abadías (8). Muy luégo los amotinados sorprenden la ciudad de Alost, se fortifican en ella y se ponen en actitud de defensa contra el rey y contra los flamencos. «Reclaman y obtienen al punto camisas limpias y víveres á su sabor, sin que ningun burgués fuera dueño de lo suyo: puede considerarse cómo serian tratados estos burgueses, sus mujeres y sus hijas» (9).

Al dar cuenta Sancho de Avila de los asesinatos y saqueos, suplica al rey se sirva enviar á Don Juan de Austria (10), único que en su sentir es capaz de restablecer el órden. Pero se deja arrastrar por el instinto de raza á preferir los soldados insurrectos á los burgueses que se ponen en defensa, y se esfuerza en irritar al rey contra la ciudad de Bruselas y contra «todos los consejeros y magistrados del país: hé aquí el mayor mal, añade; los principales de ellos tienen las ideas más extravagantes y declaran que no recibirán gobernador, ni áun al mismo Don Juan que venga con sus tropas» (11). Mira con horror á los delegados de Brabante reunidos en Bruselas. Sancho de Avila es un soldado vanidoso, de espíritu mezquino, de imaginacion desordenada; quiere mantener su popularidad en el ejército y comete uno de los mayores crímenes del siglo.

Acaba de saber que el rey está vacilante aún, que los estados de Brabante han preso á los miembros del consejo de regencia (12), entregado á del Rio al príncipe de Orange y que hacen sitiar á españoles en la ciudadela de Gante. Entra en relaciones con los insurrectos del campo de Alost y les ofrece abrir las puertas de la ciudadela de Amberes donde está él

(1) Cabrera, tom. I, pág. 48.
(2) *Doc. inéd.* t. XV, p. 363, Reglamento del 23 de oct. 1573.
(3) Ms. Bibl. nac. 16105, fol. 73, Saint Gouard á Cárlos IX, diciembre de 1573.
(4) *Ibid.* 16104, del 14 abril 1572.
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 477, Jerónimo de Roda á Zayas.
(6) Fué suprimido el 8 de mayo de 1576; duraba desde el 9 de setiembre de 1567. V. *Acad. R. de Bélgica*, tom. XX. 1.ª parte, año de 1853, y *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, págs. 24 y 128.
(7) El 15 de julio de 1576. V. *Corresp. de Felipe II*, tomo IV, pág. 543-658.
(8) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 659-738, y Del Rio, *Memorias*, tom. I, pág. 76-86.
(9) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 196.
(10) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 113 á 126, cartas á Luis del Rio y al rey, agosto 1576.
(11) *Ibid.* pág. 131, carta del 16 de agosto.
(21) El 4 de setiembre de 1576.

encerrado, los convoca al saqueo de la más rica ciudad de los estados de Felipe, y favoreciendo sus concupiscencias se pone al frente de ellos como jefe. Sancho de Avila fué el precursor de esa serie de generales que hacen servir á sus miserables pasiones los descontentos del ejército: los pronunciamientos en aquella época de gloria, aparecen ya como una de las enfermedades del ejército español.

Los insurrectos de Alost se ponen en marcha de noche (1), todos con sendos ramos de encina en el morrion, «vienen derechos á la ciudadela, entran por la puerta de socorro y solicitan que Don Sancho los conduzca al combate. Del primer impulso dan en el cuartel que ocupan unos seiscientos franceses, que por entónces estaban de parte de los estados; eran todos veteranos y por placer se habian desbandado de las guarniciones de las fronteras.— Estos franceses son diablos, dicen: vamos á los hombres» (2). Y fuerzan los cuarteles que los alemanes defendian, se derraman por las calles y matan á todos los que encuentran á su paso; despues se dan al pillaje.

Por aquellas mismas calles de Amberes, veintisiete años ántes avanzaba anunciando una era de prosperidad bajo arcos de triunfo cargados de divinidades alegóricas y virtudes teologales, el hijo de César, el príncipe Felipe (3). A las ilusiones de los burgueses que esperaban un leal conde de Flandes y Brabante, habia preferido las decepciones de la violencia. Ahora las engañosas divisas, los trajes de la entrada triunfal vuelven á salir á luz en las frenéticas manos de los soldados que fracturan baules y rompen cofres; por espacio de tres semanas exterminan á los habitantes y se llevan todo lo manejable. Y matan ocho mil hombres, y queman la mitad de las casas, y roban seis millones de escudos en la otra mitad (4), arruinando la gran ciudad por más de doscientos años. «Tres mil hombres saquearon una ciudad en cuyo seno habia riquezas para hartar el hambre de un ejército de cincuenta mil hombres» (5)!

En medio de estos despojos sabe Sancho de Avila que Don Juan de Austria ha sido nombrado para el gobierno de los Países Bajos, y se apresura á escribirle que los coroneles se huelgan en gran manera de su nombramiento y celebran su llegada; pero que no quedan ya sobre las armas más que cuatro mil hombres de la vieja infantería inclusos los tres mil bandidos de Amberes (6). Al mismo tiempo la ciudadela de Gante es entregada por la guarnicion española á las tropas de los estados (7) y la de Valenciennes vendida por la guarnicion alemana á los mismos estados á precio de diez reales por aleman (8). El príncipe de Orange organiza en Gante una reunion de delegados de las diez y siete provincias para ajustar una alianza indisoluble.

En los preliminares que preceden á esta asamblea de Gante, un burgués de Bruselas, Francisco Martin Vandersterre, realizó un acto notable de energía. Traia á los estados de Brabante las adhesiones de los estados de Güeldres y de Groninga, cuando fué preso por los españoles, que quisieron hacerle declarar los nombres de sus adherentes. «Aquel pobre paciente fué descoyuntado por espacio de doce horas, de tal modo que los comisarios no podian más de sueño: uno de ellos le dijo: ¿Cómo te dejas atormentar así, desdichado viejo, por no decir la verdad? Y despues de innumerables tormentos, lo bajaron á tierra en un estado tan miserable que no se podia tener de pié ni sentar, permaneciendo allí buen espacio, en sudor, desnudo, refrescándose» (9). En esta agonía, arengó á los soldados valones que lo rodeaban, los convirtió á la causa nacional, organizó un movimiento y la guarnicion sublevada por el moribundo gritó: ¡vivan los estados! y eligió nuevos jefes.

Miéntras los estados generales se reunian en Gante y se mostraban dóciles á las inspiraciones del príncipe de Orange, se puso en camino Don Juan de Austria. Al salir de España, escribió á Don García de Toledo, su antiguo consejero (10), diciéndole que la situacion era desesperada, pero que no era imposible que Dios velara por una causa que era la suya, ni que lo eligiera á él especialmente para hacer un milagro en su ayuda.

(1) El 4 de noviembre de 1576.
(2) Brantome.
(3) Sobre la entrada de Felipe en Amberes en 1549, V. *Spectaculorum in susceptione Philippi...* apud C. S. Grapheum, in folio, Antverpiæ, 1550.
(4) Mendoza.
(5) Brantome.
(6) *Doc. inèd.* XXXI, pág. 144. Los otros mil están en Lieja y en Maestricht. El resto de las fuerzas comprende los mil seiscientos valones de Mondragon y ocho compañías de alemanes. El total dista mucho de los sesenta mil hombres del duque de Alba, ya reducidos á cuarenta mil en tiempo de Requesens.
(7) El 11 de noviembre de 1576.
(8) Herrera, tom. II, pág. 101, el 19 de noviembre.
(9) *Memorias anón.* tom. I, pág. 216.
(10) *Doc. inéd.* tom. III, pág 177, del 17 oct. 1576.

PARTE TERCERA

Conquista de Portugal.—Alejandro Farnesio.—La Armada invençible

CAPITULO PRIMERO

DON JUAN DE AUSTRIA EN LOS PAISES BAJOS.—1576-1578

FELIPE II SE CANSA DE LA LUCHA CON FLANDES.—EL EDICTO PERPETUO.—ENSAYO DE ADMINISTRACION REGULAR.—GOLPE DE ESTADO DE NAMUR.—GOLPE DE ESTADO DE GANTE.—BATALLA DE GEMBLOUX.—ÚLTIMOS MESES DE DON JUAN DE AUSTRIA

I.—Felipe II se cansa de la lucha con Flandes

«Si al leer los libros precedentes no se ven más que muertes, asesinatos, matanzas, sublevaciones de pueblos, batallas, tomas y ruinas de ciudades y reinos, todavía estoy obligado á continuar esta miserable malicia del tiempo en los años siguientes.» Así se expresa un antiguo analista (1); pero en este último período del reinado de Felipe II se encuentran á lo ménos dos grandes figuras á que podemos convertir los ojos con cierta complacencia, la de Alejandro Farnesio y la de nuestro Enrique IV.

Don Juan de Austria con sus sueños de ambicion y sus talentos de caudillo militar, no poseia ni la fijeza de miras ni el arte de dirigir los instintos populares: no era un adversario peligroso para un político como el príncipe de Orange. Un simple empleado, Jerónimo de Roda, parecia comprender mejor que todos los consejeros y generales de Felipe el secreto de reconciliar á los insurrectos de los Países Bajos. «Arruinais el país, decia (2), y os agotais; en vez de destruir riquezas, es menester que hagais renacer el comercio, y no obtendreis efectos útiles sino cuando os hayais conciliado los ánimos dejando de combatir los intereses.»

Jerónimo de Roda se habia instalado francamente en la ciudadela de Amberes en medio de los españoles amotinados: habíase improvisado no sólo como jefe del gobierno regular, sino tambien como el defensor para con Felipe II de los soldados que habian expulsado á sus oficiales, de Sancho de Avila, que habia favorecido esta sedicion (3) y aún del electo, que habia dirigido el pillage de Amberes (4) «y llevó tan adelante su ufanía que se hizo respetar como jefe y obedecer como el único representante de la persona del rey» (5).

Pero no habia caido en gracia de Felipe II, á quien mortificaban no solamente los poderes sin su consentimiento, sino tambien las apremiantes exigencias de dinero que Roda tenia necesidad de hacerle (6), y más acaso sus descripciones demasiado exactas de la desorganizacion existente. «No hay consejo, órden ni cuidado, todo es behetría y pláticas impertinentes, y jamás se concluye cosa, ni hay quien tenga cuidado de si lo que se ordena, se ejecuta (7)... Las desvergüenzas crescen cada dia hasta atreverse ya los predicadores á decir que sin escrúpulo de conciencia se pueden matar los españoles» (8).

En este momento es cuando se resigna Felipe á hacer concesiones. En su reciente celo por la reconciliacion teme de tal manera que no lo comprenda Don Juan de Austria, que manda escribir á su secretario Antonio Perez una carta, que él revisa y corrige, y la envia á Escobedo, el hombre de confianza que se ha puesto al lado de Don Juan para inspirar y vigilar su conduc-

(1) Palma Cayet, *Cronología novenaria*, pág. 349.
(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. III, pág. 477.
(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 11.
(4) *Ibid.* carta del 6 de nov. 1576.
(5) Ms. Bibl. nac. franc. n.º 5165.
(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 146. «Ayuda de costa.»
(7) *Ibid.* pág. 147. Carta del 21 de mayo de 1576.
(8) *Ibid.* pág. 353, del 4 de setiembre de 1576.

ta—El rey, dice esta carta, está muy desengañado, y se niega á seguir el camino por el cual se le ha traido hasta aquí (1).—No se limita á las exhortaciones y consejos que de viva voz da á su hermano durante los largos dias que le ha hecho perder reteniéndolo en el Escorial, sino que lo carga todavía con un legajo de instrucciones que no sin grandes mortificaciones de orgullo ha debido redactar; y aunque lo tiene á su lado, le escribe sin embargo:

«El servicio es grande, que hace á Dios, y pues la causa es tan suya no le faltará su ayuda meresciéndola con más cuidado. Con la mayor reputacion que se pudiere se debe conceder lo que fuere menester para acabar y salvar lo que se pudiere y no le hacer caso de todo lo pasado (2).»

¿Olvida sinceramente tantas vejaciones y aquellos largos meses de angustia en que cada correo le traia tan tristes nuevas? ¿Olvida la humillacion de capitular con los rebeldes? Ni áun en esta hora de abatimiento en que no puede ya estar más humilde para inspirar á su hermano sentimientos conciliadores, pierde de vista el deber de vengar las afrentas que ha sufrido: en el mismo papel, algunas líneas más abajo no escribe ya *olvido*, sino *disimulacion sobre lo pasado*. Palabras sueltas é imperiosas resumen las instrucciones en el momento de la partida. «Lo de la cuenta de su alma.—Andar con tiento en los amores y no ofender con ellos á la gente principal.—Criados católicos.—Disimular con lo pasado» (3).

Letras de cambio habrian asegurado mejor el éxito; y es precisamente lo que le hace observar Don Juan en su primera carta á mitad de su camino (4). «Lo que combiene, dice, es que V. M. mande acabar con mucha brevedad lo del dinero. Suplico á V. M. se me acuda con lo que digo, que es dinero y más dinero.» Desde este momento y áun desde su retiro al Escorial pierde el jóven vencedor toda alegría y confianza; y hasta el viaje lo cansa y espanta.—Voy á atravesar la Francia, escribe (5), y despues de Dios, no tengo más esperanza de salvarme que la que me da la librea que me disfraza.—Viajar por España era acaso más peligroso que por Francia por la falta de caminos y casas de postas.—En mi vida he pasado tanto trabajo, dice Don Juan al llegar á Irún (6), como en este camino, porque con ser tan pocos caballos ha sido fuerza correr en unos mismos muchas veces doce leguas y tal vez diez y seis, y áun con todo tener por gran suerte el salir de las postas en dos horas. No son, segun me dicen, muy seguros los caminos.»

En Francia, para ocultarse mejor, lleva en dos relevos la balija del oficial que lo acompaña (7). Pero sabe al pasar por Paris «que aquella noche habia un baile muy solemne en el Louvre, y viene disfrazado á ver danzar á toda la corte, y sobre todo y con gran admiracion á la reina de Navarra, la maravilla del mundo, quedándose extasiado ante semejante belleza (8).

Deslumbrado aún por esta vision, vuelve á ponerse en camino y llega á Luxemburgo, donde se detiene para pedir que no se le abandone como en Túnez. «Todo será perdido, créalo V. M., si dilaciones y falta de dinero tienen agora la fuerza que por lo pasado» (9).

—No podeis permanecer en Luxemburgo, le dice desde Amberes Jerónimo de Roda (10); id á Maestricht, donde están las tropas alemanas y yo os llevaré nuestros españoles: infantes y jinetes están tan llenos de confianza que no les parecerá difícil ninguna empresa; recoged las tropas de que podreis reunir nueve mil españoles y cuatro mil alemanes ó valones fieles.

—Respondemos de la pacificacion inmediata, dicen al mismo tiempo los flamencos que fueron á Luxemburgo á visitar á Don Juan; os garantizamos la obediencia, como ántes, con tal que traigais órden del rey para sacar de los estados á los españoles.

—¡Ah! exclamó Don Juan (11), «el nombre de español les hace asco, y se empeñan en que hasta los galgos han de salir (12) y llamarian al turco ántes que aceptar de buena fe un compromiso» (13). Es una ilusion esperar la conciliacion; pero es tambien quimérico continuar las hostilidades, «porque tengo en la faltriquera ménos de cien escudos para proveer á mi manutencion y al servicio de los correos y nadie en torno de mí tiene un real» (14).

A pesar de las corteses palabras de los seño-

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV. pág. 45, carta del 8 de abril de 1576. «Desengañado del camino.»
(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 426.
(3) *Ibid.*
(4) *Ibid.* pág. 446.
(5) *Doc. inéd.* tom. III, pág. 177. Don Juan á Don García de Toledo, 17 de octubre 1576.
(6) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 446, Don Juan al rey, 24 octubre 1576.
(7) *Ibid.* pág. 466. «Le truxe tres postas su maleta.»
(8) Brantome.
(9) *Corresp. de Felipe II*, tom. IV.
(10) *Ibid.* tom. V, pág. 18.
(11) *Ibid.* pág. 45, Don Juan al rey.
(12) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 303.
(13) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 77, Don Juan al rey, 6 de diciembre 1576.
(14) *Ibid.* pág. 60, carta al rey, del 22 nov. 1576.

res, se organiza contra Don Juan una resistencia solapada, una oposicion invisible (1). El jóven héroe continua siempre seductor y ardiente; pero se siente como asediado y estrechado en Luxemburgo por el hombre cauteloso, experto y trabajado por la adversidad, que se obstina contra la desgracia. El príncipe de Orange y Don Juan son igualmente nerviosos, elegantes, inteligentes: Don Juan, más generoso y entusiasta, se engalana como paladin y lleva orgullosamente su cabellera rizada; Orange, que tiene doce años más que él (2), escéptico, pérfido, dice enseñando su cabeza calva: Mi corazon está más estropeado que mi cabeza (3). El jóven se deja llevar por el entusiasmo, por el afan de su gloria, por los arranques de una imaginacion novelesca, pero lo contienen los invisibles lazos á que lo sujetan la desconfianza de Felipe II, las precauciones de los empleados y la tranquila resistencia de los hombres del Norte; Orange permanece firme en sus miras, inmutable en medio de los reveses, seguro de hacer concurrir á sus designios á los hombres desinteresados, perversos ó fanáticos que se agitan á su alrededor. Es la lucha de la impaciencia contra la tenacidad.

II. —El edicto perpétuo

Ahora permaneciera en Luxemburgo, ahora se adelantara hasta los pueblos inmediatos para ponerse de acuerdo con los delegados de los estados, con los intermediarios oficiosos y los portadores de ofertas, ello es lo cierto que Don Juan estaba consternado del desórden y de las discordias que se ofrecian á su vista. «Son tantos y tan discordes estos hombres... los unos conciertan, los otros lo niegan, y lo que muchos reprueban otros admiten. Todos están llenos del diablo que se los lleve. Todos son unos, y tan rebeldes los españoles y los otros soldados á sus oficiales mayores, como los flamencos á V. M.» (4).

Los españoles del castillo de Amberes preparan el pillaje de Bruselas y hacen saber á Don Juan que no tiene que ocuparse de ellos por cuanto ellos se encargan de quemar todo el país como se merece (5). «Para dar aviso á V. M., escribe Don Juan á su hermano, para que vea los buenos y leales vasallos que tiene por acá y lo que le aman, sepa que el marqués de Abré (6) de su parte y de otras tentó al Señor Don Juan ofreciéndole para sí todo esto, y aunque procuré desviar la plática, haciendo del que no entendia, fué tan atrevido y desvergonzado que lo reiteró.» Felipe II subraya con despecho el pasaje capital de esta carta.

Don Juan comienza á comprender que no podrá penetrar en el Brabante ántes que los soldados españoles hayan salido de él, que será recibido para recibir la ley, no para imponerla (7); que el príncipe de Orange coliga contra él todos los partidos, reanimando á los que estaban ya cansados de la lucha (8). «Es preciso romper por todo,» dice el príncipe de Orange, á quien inquietan las probabilidades de un acuerdo (9). «El nombre y servicio de V. M. es tan aborrescido como temido y amado el del príncipe de Oranges. Los tiene encantados á todos, porque le aman y temen y quieren por Señor. Ellos le avisan de todo y sin él no resuelven cosa» (10). El príncipe que sabe esto, pretende exasperar á Don Juan con sus exigencias. «Los españoles serán expulsados.—Don Juan prestará juramento en nombre del rey de someterse á los privilegios de las provincias y de las ciudades.—Los estados generales se reunirán siempre y cuando lo crean necesario, y dispondrán exclusivamente de los impuestos y de las tropas.—Todas las ciudadelas serán derribadas....»

«Hay muchos dañados cuyo intento va enderezado á turbar la paz, dice Don Juan (11), y así lo que V. M. ha de tener por muy cierto es la guerra y para ella prevenir todo lo necesario al mismo tiempo que voy tratando de la paz.» Añade que se le prevengan los tercios de su escuadra de Sicilia, se recluten suizos y se le envien sus antiguos maestres de campo.

Pero Felipe habia recaido en uno de sus largos períodos de silencio y esperando que el tiempo, la Providencia, un milagro asegurarian

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 53.

(2) Don Juan tiene 31 años; Orange 43 en 1576.

(3) Strada, lib. IX. «Arschoti duci, nudato capite. — Vides, inquit, hoc calvitum, scito me non magis capite quam corde calvum esse.»

(4) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 109, Don Juan al rey, 22 diciembre 1576.

(5) *Ibid.* pág. 131, del 2 de enero de 1577.

(6) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 308. Sabido es que la mujer del marqués de Havré, Diana de Dommartin, pasaba por la dama de Don Juan. Véanse las *Memorias anónimas* publicadas por la Sociedad de historia de Bélgica, tom. II, pág. 15.

(7) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 302, Escobedo al rey, 8 de diciembre de 1576. «Esta gente quiere resolutamente dar la ley, no recibilla; quieren que salgan los españoles ó morir en la demanda y que el señor Don Juan en ninguna manera entre en sus Estados sin estar seguros desto; háseles concedido.» Aquí pone al márgen el secretario Perez: «Habla bien claro Escobedo.»

(8) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. V, págs. 467, 567, 574 y 611.

(9) *Corresp. de Guillermo*, documentos publicados, tom. III, prólogo.

(10) *Ibid.* prólogo, págs. 53 y 64.

(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 137, Don Juan al rey, 8 enero 1577.

sus intereses, se abstuvo de contestar á las cartas de su hermano.—Se dice que el rey no hace caso de los Países Bajos, que los olvida y ve con indiferencia su pérdida, le escribe Don Juan (1). He pasado ya las mismas angustias en Italia que se pasan aquí desde ha muchos años: suplico al rey por el amor de Dios sea servido de no tener nunca en suspenso las resoluciones necesarias, pues las tardanzas son la causa de todos los males de estos países (2). Se explica sin embargo los apuros del rey: Hasta los niños, dice, los conocen (3); en cada país están descontentos los súbditos, lo sé y lo he visto. Cuando yo crucé á España oculto con mi disfraz, oia las quejas que por todas partes se levantaban... Italia necesita estar ocupada por fuertes guarniciones. Pero lo que más falta hace son hombres; no hay hombres para los altos empleos ni para los cargos de ministros (4).

Así las concesiones son inevitables; los flamencos se niegan á creer que Felipe esté encerrado en el silencio y atribuyen á mala fe las vacilaciones de Don Juan, renovando por la *union de Bruselas* su confederacion ya sancionada por la *pacificacion de Gante*. En vano promete Don Juan, que piensa invadir á Inglaterra, hacer partir por mar á los españoles de los Países Bajos; se hace sospechoso de quererlos conservar con el pretexto de la falta de barcos. ¿Habria yo de renunciar por estos malditos flamencos á la empresa de Inglaterra que seria de tanto servicio á Dios y renombre para V. M. y de tan grande honra para mí (5)? «Esta descortesía y descomedimento me ha tenido deseoso de romper la guerra para asolarlos y destruirlos y cebarme en su sangre.»

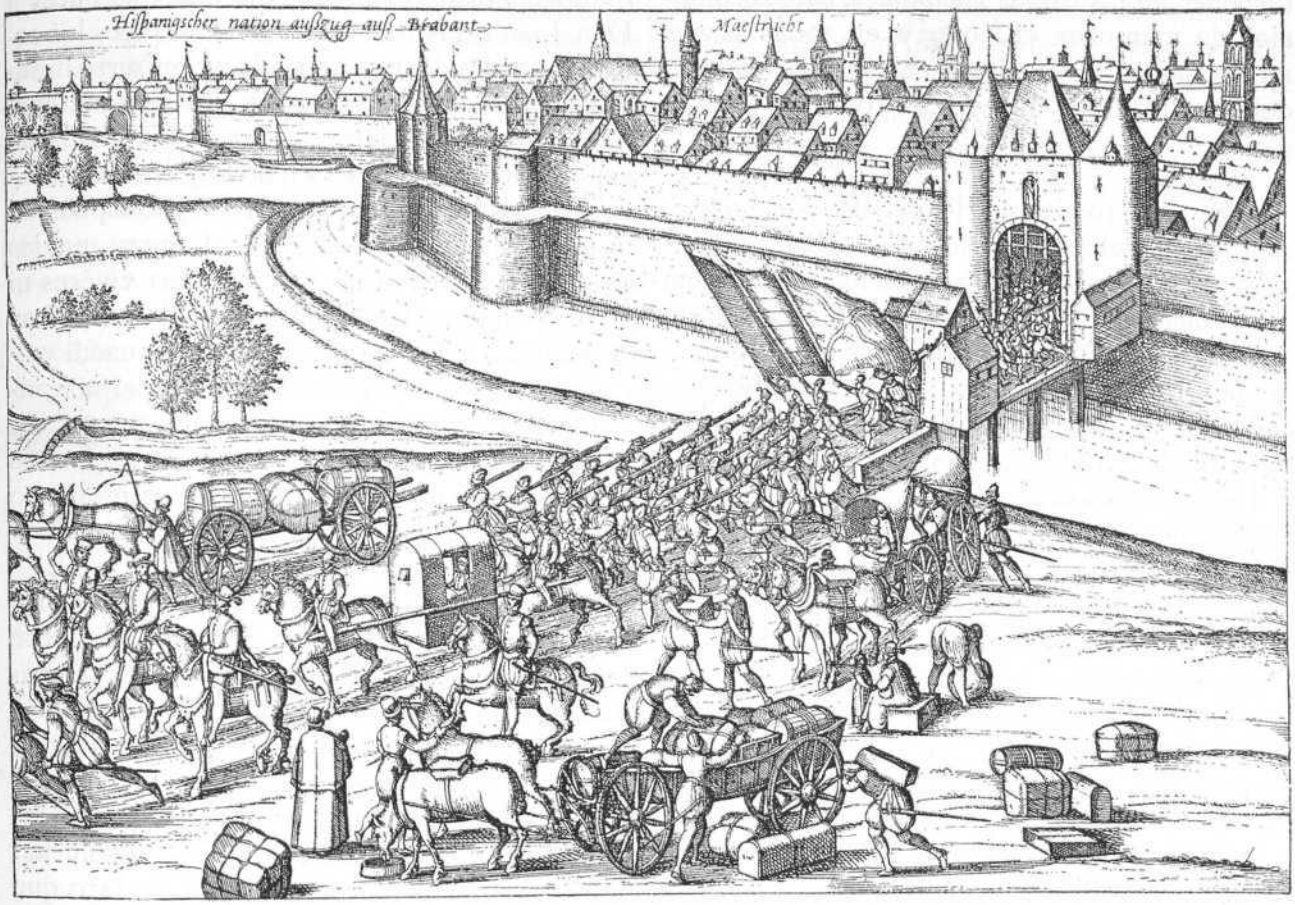
Cólera disculpable cuando ve la corona de Inglaterra desvanecerse como la de Túnez. Difícilmente se creeria que Felipe II tomara en serio el proyecto de un golpe de mano contra Inglaterra. Pero puede suponerse que dió pábulo á la imaginacion emprendedora de su hermano, y que en las largas horas que habian pasado juntos en el Escorial (6), hubo de prometer la mano de María Estuardo y el concurso armado de las guarniciones españolas de Flandes para asegurar la conversion del país. Don Juan habla de ello como de un arreglo aceptado; sin duda no quiere que su interés perjudique las intenciones del rey (7), pero se ha concertado con el duque de Guisa para asegurar el consentimiento de María Estuardo. Nada de caballeresco en este deseo de restituir el trono á la reina de Escocia. Don Juan está preparado tambien para unirse con Isabel. «Hame dado puntadas de casamiento por circunloquios y aunque mis respuestas no excluyen ántes entretienen la plática por lo que V. M. me manda advertir de ella, todavía si acaso pasase adelante, he de suplicar á V. M. que como caballero me diga si le paresce que la lleve adelante, porque si bien me tira el ver que por este medio se puede reducir una reina y un reino á la religion y al servicio de V. M., no querría por nada hacer cosa desonrada. Imagíneme V. M. al tiempo que esto digo, encendido de pura vergüenza de asomar plática de casamiento con mujer de cuya vida y ejemplo se dice tanto» (8).

El momento está mal elegido para hablar á Felipe II de intrigas sobre un trono extranjero.—Si hemos de ocuparnos más tarde de lo que tengo hablado con vos y con vuestro secretario Escobedo, escribe repentinamente á Don Juan (9), importa que la reina de Inglaterra no tenga sospecha alguna y sobre todo que la partida de las guarniciones españolas no despierte sus inquietudes. No hay que ocuparse en nada ántes de que Flandes esté pacificado... debeis despedir á los españoles (10) «sin embarazaros para el otro particular de Inglaterra que para aquello se ofrecerá otra mejor ocasion.»

Vése ahora pues que teme no se muestre Don Juan bastante humilde con los flamencos, puesto que escribe con cierta impaciencia nada ménos que ocho cartas en cinco dias (11). «Una y más veces os he encargado que en todas maneras procureis que eso se acomode aunque sea, como lo he escrito otras veces, con más quiebro de los negocios. Conviene en tanta apretura y necesidad pasar por muchas cosas que en otro tiempo y posibilidad no se sufririan... pues habiendo tanta falta de todo lo que es menester y vos pedis para la guerra, se puede muy bien ver cuán peligroso y dubdoso suceso tendria este negocio estando todos en

(1) *Corresp. de Felipe II*, t. V, p. 147. D. Juan al rey, 16 ener. 1577.
(2) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 313, Don Juan al rey, 10 febr. 1577.
(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 87, del 6 diciembre 1576.
(4) *Ibid.* pág. 113, carta del 22 dic. 1576. «Lo que mas importa á los reyes es tener hombres.»
(5) *Ibid.* pág, 181 y siguientes, del 2 febr. 1577.
(6) Ranke, *España en el siglo* XVI, pág. 185-190 de la traduccion Haiber. Antonio Perez, *Memorial del hecho de su causa.*
(7) *Corresp. de Felipe II*, Don Juan al rey, 2 febrero 1577.
(8) *Ibid.* tom. V, pág. 185.
(9) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 158, carta del rey del 26 de enero 1577.
(10) *Ibid.* pág. 165.
(11) Tres del 26 de enero, una del 27, tres del 31 y una del 31 al secretario Escobedo.

tanta union y desesperacion que es la mayor fuerza en que se puede ver.» Asombroso descubrimiento: despues de veinte años de reinado conoce Felipe II que es impotente ante el patriotismo y se doblega. Su sabio sistema de gobierno viene á terminar en esta confesion. «Aunque hay algunas cosas que son rigurosas y recias de pasar, se debe acabar el concierto para que no se pongan los negocios en mayor peligro y desesperacion, aunque sea con alguna mas quiebra de lo que llevasteis en comision» (1). Viene á ser tan flexible que hasta está dispuesto á reconciliarse con el enemigo que más odia, con el mismo príncipe de Orange.—Si entrega las fortalezas, las armas y municiones de que es dueño, lo mejor que hay que hacer es perdonarlo.—Ante instrucciones tan benignas ¿será dócil Don Juan? Felipe teme



Salida de los españoles de Maestricht, copia de un grabado de F. Hozenberg

que no sean suficientes y escribe tambien al secretario Escobedo. «Y es tanto lo que deseo que los negocios se acomoden por bien, que he querido advertiros que si acaso mi hermano hubiese hecho alguna demostracion de rompimiento, cansado de sufrir esa gente, que áun en este caso, procureis que vuelva al concierto.»

Seria concebir una idea falsa del carácter de Felipe creer que al resignarse así á todas las concesiones hubiera tenido la intencion de tolerar una sola en materia de religion, ni ir de buena fe en las demás. Su plan real y efectivo fué, si no sugerido, á lo ménos resumido en estos términos por el cardenal Granvela (2). «Salir por cualquier vía, salvo los puntos de la religion y obediencia, del embarazo presente, porque quitadas las armas y gustando los pueblos de la quietud, por diestras negociaciones se hará mucho más que por la fuerza, considerada la natura de aquella gente.» Conservando los agravios religiosos está Felipe seguro de renovar la lucha á su hora y reconquistar su autoridad absoluta.

Pero el príncipe de Orange tampoco era sincero en su Holanda. Dejaba al consejo de los Estados (3) dominar en Bruselas y prolongar las discusiones con Don Juan y preparaba por su parte los medios de impedir la pacificacion.

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 155.
(2) *Ibid.* pág. 162, Granvela al rey.

(3) Este consejo, que ejercia una autoridad interina y puramente nominal en las provincias sublevadas, se componia á la sazon del duque de Arschot, presidente; de Rassenghien, Sasbout, Micault, Berty, Levasseur, del tesorero Schetz y del preboste Fonck.

«Cuanto á mí, escribia Don Juan (1), estoy manso, aunque colérico.»

Don Juan firma pues en el famoso edicto perpetuo las condiciones que exige el consejo de los Estados (2): renuncia al embarque de los españoles; envia á sus tercios la órden de trasladarse á Maestricht y de evacuar el territorio en el término de cuarenta dias. Reconocia en los Estados el derecho de fijar los impuestos y disponer de las tropas nacionales, bajo la condicion de mantener en todo y en todas partes nuestra santa fe y religion católica romana y la debida obediencia al rey nuestro Señor (3).

III.—Ensayo de administracion regular.

Este compromiso no dió satisfaccion á nadie, ni á los soldados españoles, que habian de atravesar la Europa central sin recibir sus pagas; ni al consejo de los Estados, que no estaba en aptitud de mantener sus empeños; ni al príncipe de Orange, que veia amenazada su influencia; ni á Don Juan, cuyos proyectos sobre Inglaterra quedaban indefinidamente aplazados.

Los soldados españoles estaban acostumbrados de diez años atrás á vivir en la abundancia, se habian casado con flamencas y estaban rodeados de hijos (4). Muchos de ellos hallábanse cubiertos de heridas, otros quebrantados por la vejez; todos estaban espantados de esta larga marcha y de tal manera sorprendidos de verse abandonados por el rey en país enemigo, que súbitamente vinieron á hacerse bastante dóciles para que Escobedo, enviado por Don Juan con ellos á Amberes, aprovechara la ocasion para hacer ahorcar tranquilamente al *electo* (5) y á los más comprometidos en la insurreccion de Alost. Los burgueses de Amberes los veian desfilar por sus calles (6) y reconocieron entre el equipaje de la guarnicion algunos utensilios de los que les pillaron seis meses ántes (7). No eran ya aquellos bravos tercios del duque de Alba cuyos coseletes damasquinos y cuyas mujeres ricamente engalanadas eran de ver, sino una turba de veinte mil desterrados, enfermos, niños, con mil carros y diez mil caballos. «Hubiérase creido ver al pueblo de Israel á su salida de Egipto» (8). Los jefes contendian por ejercer el mando superior: Sancho de Avila tenia en su favor la buena voluntad de los soldados; pero Julian Romero era el más antiguo; Francisco de Valdés habia mandado en jefe el sitio de Lieja; Alonso Vargas, Mondragon, Verdugo, todos hacian puntillo de honor de no ser mandados por otro general. Fué preciso encomendar el mando al conde de Mansfeld, que era extranjero, para calmar la discordia (9). El dinero de las pagas atrasadas dió más que hacer á Don Juan de Austria: faltos de socorro, los españoles que habian consentido en retirarse hasta Maestricht, se negaban á continuar su marcha. Escobedo les declaró que el rey acababa de vender sus alhajas en Génova y los decidió á aceptar las letras y continuar (10). Despues de muchas fatigas llegaron á Las Langas, en las montañas de Liguria, sin hallar los víveres ni el dinero que se les habia prometido (11). Las deserciones y los ataques á mano armada volvieron á empezar: hasta Génova temió una invasion y se puso en defensa con una guarnicion de corsos. Por último, el 26 de julio, despues de cuatro meses de marcha, reciben de improviso del virey de Milan la órden de volver á Flandes (12).

Los estados de los Países-Bajos, esto es, los incapaces que los representaban con el nombre de consejo de los Estados, estaban muy embarazados á la sazon con su victoria diplomática sobre Don Juan. Cuando un poder sale de una revolucion, se defiende difícilmente contra la política que halaga la pasion más violenta. El príncipe de Orange se oponia á una solucion que iba á destruir su preponderancia; hizo que los estados de Holanda y Zelanda rehusaran la paz y buscó apoyo en el fanatismo religioso. El diablo anda en esto, exclamó Don Juan; por todas partes lleva el incendio (13). No es que se haga ilusiones sobre la autoridad real del protestantismo. «La causa de nuestra religion, confiesa uno de los más ardientes calvinistas, es maravillosamente aborrecida y sospechosa para todos, que quieren más perderse sin nosotros que con nosotros salvarse» (14). Por otra parte, satisfacia la paz á muchos espíritus, la paz con la partida de los españoles, con las garantías para el porvenir y la seguridad en los caminos públicos. «Se han tomado las armas,

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 169, Don Juan al rey, 31 enero 1577.
(2) El 17 de febrero de 1577.
(3) Artículo 2 del tratado.
(4) Cabrera, tom. II, pág. 373.
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 257.
(6) *Ibid.* pág. 255, el 20 de marzo de 1577.
(7) D'Aubigné, *las Historias*, tom. II, pág. 325.
(8) *Corresp. de Felipe II*, Roda á Zayas, 28 marzo 1577. «Paresce ser un retrato de la salida de Israel de Egypto.»
(9) Cabrera, tom. I, pág. 373.
(10) *Id.* Don Juan de Idiaquez hizo la operacion.
(11) Cabrera, tom. II, pág. 381.
(12) *Ibid.* pág. 408. Este virey era el marqués de Ayamonte.
(13) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 249.
(14) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 118, carta de Santa Aldegonda.

decian los prudentes (1), contra los que querian poner la patria en mayor opresion, sin que entónces se tratara de la supuesta religion reformada... El hecho de la religion es accesorio de la primera queja de los estados y parece extraño que lo accesorio se tenga más en cuenta que lo principal.»

Si Don Juan hubiera estudiado el país que tenia que gobernar en vez de pensar en los medios de hacerse el soberano de otro, hubiera podido aprovecharse de esta impaciencia que sentian provincias enteras contra la temeridad de los reformados. Ya manifestaban los estados de Artois su oposicion á la influencia de los sectarios con la desaprobacion de «la ayuda capital y medios generales» (2) que debian pagar los mercenarios: desde este momento un político ilustrado habria encontrado apoyo en Artois, en el Henao y en las ciudades católicas. Orange temia demasiado esta complicacion para decidirse á hacer un llamamiento en los países católicos á las pasiones populares contra la burguesía y á explotar ese instinto de todas las democracias que prefieren un hombre á una asamblea parlamentaria.

Pero Don Juan no descubre sino que la lucha ha cambiado de carácter; pronto llegará el hombre de genio que ha de encontrar la solucion. Entre tanto odia igualmente Don Juan á los reformados y á los que piden la tolerancia religiosa, á los próceres que exigen derechos políticos y al populacho que sueña en el pillaje. Está de tal manera perdido en este juego de los partidos que imagina reconciliarse con el príncipe de Orange y es por algun tiempo juguete de los sectarios «Yo, dice, ando entre ellos como pelota en el juego, que uno me toma, otro me deja (3).» Se queja de que los estados conserven sus auxiliares alemanes é ingleses contra los convenios jurados.—¿No conservais vos mismo á Escobedo, á pesar del artículo que excluye á los españoles? le contesta el de Oranje (4), que á esta mala fe añade la bravata de perseguir abiertamente á los católicos en Holanda y en Zelanda y de ejercer tal presion sobre el populacho de Bruselas (5), que el gobernador elegido por el pueblo se ve obligado á pedir proteccion á los alabarderos. Más áun, en un banquete ofrecido á Don Juan por la corporacion municipal, los ochenta mosqueteros de la guardia son desarmados y maltratados por la canalla sin que los magistrados puedan ó se atrevan á protegerlos (6). En Amberes ocurren los mismos desórdenes, las mismas vejaciones para Don Juan (7): los burgueses expulsan á los valones y alemanes de la ciudad y constituyen república independiente. En Malinas se trama un complot para arrebatar á Don Juan y conducirlo preso á Holanda (8).

Sin embargo, más irritados parecen Don Juan y Escobedo contra los moderados que contra los sectarios del príncipe de Orange. «Por policía y combeniencia, dice Don Juan (9), para que creciese el trato y comercio de que se sustenta, era necesaria esta libertad (de conciencia), y como estos son tan interesados, generalmente abrazan todo aquello que se encamina á este fin, sin acordarse de Dios ni de V. M.» Y añade Escobedo por su parte (10): «Veo ciegos prelados, olvidados los clérigos de todo lo que no es beber y vivir en libertad; los caballeros muy aficionados á sus abadías; los artesanos que su Dios y su Madre es sólo el trato. Y está esto admitido en tanta manera que, con saber ellos quién es hereje, sin ningun escrúpulo casan sus hijos los unos con los otros sin distincion, como lo de la hacienda se acomode, que es el último mal á que se puede llegar, porque los unos y los otros con esto muestran claro que no creen en nada, sino en hacienda.» Acaso la mejor medida seria desembarazarse del príncipe de Orange y de Champagney. «Despachar á Oranges» es cosa que cae con frecuencia de la pluma de Don Juan. «Tengo en el pensamiento, contesta de Madrid el ministro Antonio Perez (11), el acabar á Oranxe... es menester mucho y muy mucho artificio, y persona tal que se encargue del caso (12), que como trae consigo tan conocido peligro, no acabo de hallarla aunque la he buscado.»

Estas preocupaciones no desvian á Don Juan de sus proyectos sobre Inglaterra: su hermano le ha escrito friamente (13): «Holgaré mucho que las cosas se encaminen de manera que se

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 664, carta de un individuo de los estados.
(2) *Ibid.* pág. 753.
(3) *Ibid.* pág. 248.
(4) *Ibid.* pág. 810.
(5) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 104-112.
(6) Col. de Groen Van Prinsterer, y Cabrera, tom. II, pág. 379.
(7) *Memorias anónimas*, tom. I, pág. 300. Véase tambien Sir W. Stirling, *Antwerp delivered in* 1577, *a passage from the history of the troubles in the Netherland*.
(8) Herrera, tom. II, pág. 140.
(9) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 35, carta al rey del 26 de mayo 1577.
(10) *Ibid.* pág. 377.
(11) *Ibid.* pág. 297.
(12) *Ibid.* pág. 375.
(13) *Ibid.* pág. 283.

pueda efectuar lo de Inglaterra. En lo del casamiento con la reina de Inglaterra lo que yo os puedo decir es que en tal forma y en tal intencion se podria tratar de hacer que se hiciese un gran servicio y sacrificio á Nuestro Señor, y el reducir aquel reino á la religion católica es de suyo de tanto honor y gloria que parece que no hay cosa que no se debiese pasar.» ¡Palabrería engañosa! Cada alusion de Don Juan al trono de Inglaterra, cada paso suyo en este camino irrita la celosa susceptibilidad del soberano. Ya están tendidos los lazos y provocadas las confidencias para comprometer al jóven ambicioso, haciendo constar bien que no piensa ni mucho ménos en pacificar á Flandes, sino en adquirir una corona. Don Juan, sin embargo, con presuntuosa confianza y obstinacion ya maniática no cesa de despertar inquietudes en el ánimo del rey con su insistencia sobre este punto. «He de posponer siempre mi particular á su servicio, dice (1); ni el reyno de Inglaterra ni todos los del mundo me mudarán jamas. Y si bien la edad y lo poco que se vive me puede convidar y tirar á que mire alguna hora para mi propio negocio, háceme Dios merced de tener por tal el de V. M. y si trato y he tratado de lo de Inglaterra, ha sido el principal fundamento ver que ninguno le conviene tanto al servicio de V. M. como reducir aquello á la obediencia de la Iglesia.» Por otra parte, la mejor manera de reducir los Países Bajos, «seria conquistar la Inglaterra y la Zelanda: todo irá de mal en peor y todo se perderá sin esto (2).» Y no se trata sólo de Inglaterra: Felipe II ha estado malo de la gota durante todo el mes de marzo (3); el secretario Vargas ha muerto y no ha sido reemplazado (4): acaso puede volver Don Juan á Madrid y gobernar la monarquía española como primer ministro de su hermano ya gastado (5). Y en medio de estas quimeras no sabe gobernar siquiera su consejo de los Estados. Hé aquí unas gentes que pretenden que en todo y por todo el gobernador sea gobernado (6). Todos se burlan de él. «Quitar la vida á alguno de estos, como Champagni y Lalaing que tanto mal hacen, podria encaminarse; pero como á todos acusa la propia conciencia, parescerles ha que entra el gobierno del duque de Alba. El de Abré se ofreció á ir de suyo á matar al dicho Champagni, si yo se lo mandaba; hele asegurado su cabeza y ponerle una corona de oro en ella porque lo haga; pero no tiene valor sino para decillo (7).»

Todos los dias hace conocer nuevas dificultades: no hay para Don Juan sino «cansancio y muerte» (8), se dice desesperado y como loco; habla de retirarse á una ermita (9) y pide su relevo; despues se revuelve contra la misteriosa impasibilidad del rey y las insolencias de los flamencos; se imagina que Felipe no podrá tolerar, si llega á enterarse bien, que sea puesta en irrision su autoridad. Para explicar el golpe de Estado que prepara, envia á Madrid á su fiel secretario Escobedo, el confidente puesto á su lado por el mismo rey. Escobedo va á hacer comprender la situacion, á obtener refuerzos, á asegurar el porvenir; y parte hácia Madrid el 10 de julio de 1577; Don Juan y él no deben ya verse más en este mundo: en algunos meses habrá terminado el destino de los dos.

IV.—El golpe de Estado de Namur

Tres dias despues de la partida de Escobedo (10) declara Don Juan de Austria que tiene que ir á Lieja á cumplimentar á la hermana del rey de Francia, que va á las aguas de Spa. Es la maravillosa princesa que hubo de entrever entre los esplendores del Louvre la noche de su paso por Paris; pero por una singular coincidencia, ni el príncipe novelesco ni la encantadora princesa estaban de humor para bromas. «El médico que me habia ordenado estas aguas, dice Margarita (11), era mi hermano,» Francisco de Valois, á quien queria ella hacer aclamar por soberano de los Países Bajos.

Ya el año anterior habian ido á la misma fuente de Spa los duques de Montmorency y de Nevers «con muy gran séquito, debiendo ser sospechosa su presencia en la ocasion» (12); tan sospechosa que Mondoucet, nuestro agente en Bruselas, se indignaba de ver á Enrique III desestimar los intereses de Francia en Flandes (13) y prodigar imprudentes palabras de

(1) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 361.
(2) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 366. Escobedo al rey, 2 junio 1577.
(3) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 293.
(4) *Ibid.* pág. 296.
(5) *Ibid.* pág. 375.
(6) *Ibid.* pág. 363.
(7) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 369. Champagney era hermano del cardenal Granvela; pero era sospechoso como moderado; se habia casado con Elena de Brederode, hermana de uno de los primeros agitadores del pais.
(8) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 187.
(9) *Ibid.* pág. 201.
(10) *Ibid.* pág. 456.
(11) Margarita de Valois, *Memorias*, pág. 433.
(12) En agosto de 1576, *Corresp. de Felipe II*, tom. IV, pág. 308.
(13) Margarita de Valois, *Memorias*, pág. 425.

enardecimiento al príncipe de Orange (1). Mondoucet creyó que Francisco de Valois, «nacido más bien para conquistar que para conservar», podria servir mejor la influencia francesa; además, como Catalina de Médicis se lisonjeaba de poder elevar á un trono á su cuarto hijo (2), se puso en camino Margarita con dos damas de honor á caballo y seis carrozas para la servidumbre.

Cuando vieron las flamencas llegar á Valenciennes á las reales viajeras, se engalanaron para recibirlas, y las acogieron con júbilo, «siendo alegre y familiar la índole de las flamencas.» La familiaridad fué llevada muy léjos por la condesa de Lalaing, esposa del gobernador de Valenciennes: la princesa estaba sentada á su lado á la mesa «que es donde los de este país se comunican con más franqueza. Trajéronle á la condesa su niño para darle de mamar; lo puso entre nosotras dos en la mesa, se desabrochó gallardamente, sacó el pecho sin cosa de ceremonia y se lo dió al niño, recibiendo por ello tantos elogios de los circunstantes.» La buena de la condesa tenia la misma franqueza en la expresion de sus sentimientos. «Este país perteneció en otro tiempo á Francia, dijo á Margarita: no hay nada más odioso para nosotros que la dominacion de estos españoles. ¡Que no tocara Dios el corazon de vuestro hermano, el rey de Francia, para recobrar lo suyo!»

La princesa encontró á Don Juan de Austria cerca de Lieja, sin sospechar que aquella solicitud y cortesía no eran sino apariencias para disimular mejor su proyecto de un golpe de mano sobre Namur. «Sin embargo, escribe Don Juan (3), pareció que era bien dexarlo para despues que la dicha princesa fuese partida por hacer con ella el cumplimiento que era razon;» pero ocultando en la abadía de Floreffe y en el villajo de Peruwelz (4) muchas compañías de valones reclutados por Berlaymont. Luégo escalona su gente hasta las puertas de Namur, entra en la plaza y se sienta á la mesa con el gobernador (5); entre tanto, los hijos de Berlaymont se apoderan de la puerta y ocupan la ciudad. Margarita se refugia en Francia con el cardenal de Lenoncour «sospechoso de favorecer á los hugonotes.»

Para Don Juan no estaba el peligro en Namur, sino en Madrid; Don Juan se fiaba en la abnegacion de Antonio Perez, en el apoyo del inquisidor general Quiroga, en los argumentos que traia Escobedo. Ignoraba que hacia cinco meses no pensaba en más el rey que en rodearlo de lazos. La mañosa paciencia que habia hecho fracasar su política en el Mediterráneo y perder á Túnez estaba otra vez en juego: Felipe desplegaba más astucia contra sus agentes que contra sus mismos enemigos. Verdad era que dejaba á las tropas acampadas en Liguria para emprender de nuevo la marcha hácia los Países Bajos, pero se disponia al mismo tiempo á relevar á Don Juan. Puesto que Margarita de Parma y el cardenal Granvela habian sido casi aceptados diez años ántes, obstinábase en la idea de hacer con ellos otra prueba.—Esta es la manera que me parece mejor, escribe el rey á su embajador en Roma (6): llevados de su celo por el servicio de Dios y el mio y por el interés de aquellos estados, la duquesa y el cardenal se ofrecerán á volver á Flandes y me pedirán que los deje ir allá.

Granvela se niega á probar fortuna.—Yo, dice, he venido á ser extraño á esa política; soy odioso al pueblo, mis casas han sido saqueadas, secuestradas mis rentas, he contraido deudas en Roma, tengo sesenta años y me he acostumbrado ya al clima del Mediodía: no puedo partir (7). Margarita se siente tentada por el ofrecimiento; pero teme ofender la susceptibilidad de Don Juan, á quien ama «no sólo como á un hermano, sino como á un hijo.» Y pone condiciones: exige que la ciudadela de Plasencia sea entregada á su marido; tendria necesidad de una gran suma de dinero (8); despues padece tambien de la gota. Durante este tiempo, unos banqueros españoles establecidos en Paris, Jerónimo y Alonso de Curiel, suministran fondos á Don Juan é informes de él al rey (9), compran á Mr. de la Motte, gobernador de Gravelinas y abarcan en su sistema de espionaje hasta los actos del embajador español en Paris (10).

Don Juan está tres meses y medio sin noti-

(1) Zúñiga á Felipe II: «Dándole palabras que le asistirán y favorescerán.»

(2) *Id.* 9 set. 1576. «He sabido que el rey y su madre han enviado á llamar al duque representándole de la manera que se halla lo de Flandes, y que si quiere tratar de yr á aquellos estados, le ayudarán.»

(3) Col. de M. Morel Fatio, pág. 145.

(4) Ms. Bibl. nac. franc. 5165

(5) Hay grandes contradicciones en todas las narraciones sobre los detalles de la sorpresa de Namur, y áun sobre el nombre del gobernador, que unos llaman M. de Froymont, otros M. de Ive. Véase Sir William Stirling, *Antwerp delivered*, pág. 16.

(6) El rey á Zúñiga, 1.º set. 1577. V. Gachard, *Corresp. de Margarita*, tom. I, prólogo, pág. 28.

(7) Don Juan de Zúñiga al rey, 17 octubre 1577.

(8) *Id.* 28 oct. 1577.

(9) *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 137-245.

(10) *Ibid.* Los agentes secretos son Pedro de Arcanti y un señor de Vaulx.

cias de España (1).—Si Dios en su bondad no me protege, dice, no sé ya qué hacer ni qué va á ser de mí, ¡Oh! ¡Pluguiera á Dios que sin faltar á mi conciencia ni á mi rey, pudiera romperme la cabeza contra un muro ó arrojarme á un precipicio! Se me deja olvidado hasta el punto de no contestar á mis cartas.

Los estados cometieron la falta de no permanecer neutrales entre Don Juan y Orange: no supieron aprovecharse del apoyo ofrecido por Namur para luchar contra la invasion de los luteranos. El momento era, sin embargo, favorable: áun en Alemania estaba abandonado Orange (2); los soberanos comenzaban á cansarse de las gárrulas contiendas de los teólogos (3); y la reina de Inglaterra no estaba en mejores disposiciones. «Hubiéranos hecho un gran bien, exclama el de Orange (4), si se hubiera resuelto más ántes.» Pero el foco holandés arde todavía: el príncipe de Orange acaso se hubiera dejado llevar á la paz, á lo ménos uno de sus prisioneros lo supone así, despues de muchas conversaciones con él (5); pero es empujado por los fanáticos «Santa Aldegonda y otros semejantes, (6)» y declara: «Aunque nos viéramos abandonados de todo el mundo y por todo el mundo combatidos, no dejaríamos de defendernos (7).» Excita las pasiones populares y fuerza al consejo de los Estados á llamarlo á Bruselas. «Preciso es, dice (8), ó prepararnos á servir en el cadalso á la posteridad, de miserable ejemplo de torpe desunion, ó rechazar unánimes la violencia extranjera.» A un burgués que habla tímidamente de paz, contesta «que en esto hacia muy mal oficio (9).»

Contra un político tan firme en sus miras, las impaciencias de Don Juan y las tergiversaciones de los estados no podian defender el terreno legal. Hé aquí al príncipe de Orange, aclamado por el populacho á su entrada en Bruselas (10); va á tomar las riendas del poder poniéndose al servicio de las pasiones democráticas y religiosas. El duque de Arschot contesta con una salida harto ingeniosa: imagina ofrecer la soberanía de los Países Bajos al archiduque Matías, hermano del emperador y sobrino de Felipe II.

El emperador Maximiliano habia muerto un año ántes (11) y le habia sucedido su hijo Rodolfo, maniático que huia de las mujeres y se encerraba con los alquimistas: otro de sus hijos, Matías, mozo de veinte años, sabe que los nobles de los Países Bajos lo llaman á Bruselas (12), y levántase una noche (13), sale descalzo de palacio, hace que le abran las puertas de Viena, parte en un carricoche con tres caballeros y se presenta de pronto en Bruselas, el 26 de octubre. El consejo de los Estados lo designa desde luégo como gobernador de los Países Bajos.

Esta eleccion parecia hábil y consternó á Don Juan (14); podia creerse que Felipe II se resignaria á confirmarla. Permitia luchar á la vez contra la herejía y contra España, ligando á todos los moderados contra los peligros de la democracia. Pero se contaba sin dos obstáculos: el genio del príncipe de Orange y la incapacidad del aleman.

V.—El golpe de Estado de Gante

«El príncipe de Orange cuyo genio flexible sabia muy bien atemperarse á las circunstancias, lo hizo tan bien con sus hábiles sumisiones que puso de su parte al archiduque» (15), conservando para sí el poder real. Hizo que se le eligiera *ruwart* de Brabante en sesion del consejo de los Estados, en lo que se consintió por temor al populacho de Bruxelas que habia invadido la sala (16). Los agitadores en armas guardaban su palacio y las mujeres se arrodillaban á su paso en las calles (17). «Cuando algunos han tenido la audacia de contradecir sus peticiones, ha hecho hábilmente que la canalla les dé un susto» (18). Como todos los que halagan las pasiones populares, finge rehusar la nueva dignidad. «El príncipe ha usado de muchos artificios y aparenta siempre no querer aceptar» (19).

El duque de Arschot comprende que no es ya posible la lucha en medio de los tumultos

(1) *Correspond. de Guillermo*, tom. IV, Prólogo, pág. 20.
(2) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. V, pag. 105, Brunynck á Juan de Nassau.
(3) *Ibid.* pag. 21. «Dax zenckisch Pfaffengeschwetz.»
(4) *Ibid.* pág. 334.
(5) Del Rio. Véase la *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 236.
(6) *Ibid.* «Si no estubiese acompañado de Aldejonda y otros semejantes.
(7) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. V, pág. 281.
(8) *Ibid.* tom. V, pág. 413, Orange á Hembyze.
(9) Wanderhaghe á Wyts, 7 oct. 1577. (*Corresp. de Guillermo.*)
(10) El 23 de setiembre de 1577.
(11) El 12 de oct. de 1576.
(12) Los que se pronuncian con el duque de Arschot por la llegada de Matías, son el marqués de Havré, el jóven conde de Egmont, el conde de Lalaing, Boussu, Champagney, Rassenghien y Lalaing Montigny. Véanse Ms. 16891 de Bruselas, citado por Gachard, *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, y Maurier, *Memorias*, pág. 83.
(13) El 3 de octubre de 1577.
(14) *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pág. 52.
(15) Du Maurier. *Memorias*, pág. 84.
(16) *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pág. 59.
(17) *Ibid.* pág. 66.
(18) Pont. Payen, *Turbulencias de Arras*, tom. II, pág. 49.
(19) *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pág. 66.

de Bruselas, contra las usurpaciones del príncipe de Orange «que habia ganado ya tanto al pueblo, sin distincion de creencias» (1), y hace convocar en Gante á los diputados de los cuatro miembros de los países y condados de Flandes. Allí los delegados de la nobleza y del clero declaran que el nombramiento del príncipe de Orange como *ruwart* de Brabante es peligroso y contrario á las leyes.

Pero el pueblo de Gante, como el de Bruselas, es ganado por las ideas del príncipe. Miéntras los representantes legales de la patria deliberan en Gante, recibe Orange en Bruselas á un aventurero, Francisco de Ryhove, que va en su nombre y en el de su amigo Juan Van Hembyze «hombre de cabeza ardiente y vida muy escandalosa» (2), á proponerle la prision de los diputados de los estados por un golpe de mano del pueblo. El Taciturno lo escucha, pide tiempo para reflexionar y el dia siguiente por la mañana envia á su confidente Marnix de Santa Aldegonda á animar al agitador Ryhove. En realidad el príncipe de Orange inspira el golpe de mano (3) contra la representacion nacional; pero teme ser exonerado si se malogra el golpe (4).

Ryhove parte á galope para Gante, trasmite á Van Hembyze las instrucciones del príncipe, y aquella misma noche á las once, con la gente que han podido reunir apresuradamente, prende en la cama al duque de Arschot y á los principales diputados de la nobleza y del clero, y sin darles tiempo para vestirse los empuja á casa de Ryhove, donde los encierra. Muchos católicos influyentes son igualmente presos (5). Se hace decir á los condes de Lalaing y de Heze, que pudieron escaparse, «que si se supiera que eran ellos de los que habian llamado al archiduque, corrian peligro sus cabezas» (6).

El príncipe de Orange, tan circunspecto la víspera, acude para gozar del éxito, y es recibido en triunfo por los ganteses que le presentan «un corazon en que estaba grabada la palabra *Sinceritas*» (9).—Tienen miedo (10), escribe con sarcasmo hablando de los presos.—Mucho cuidado, contesta Santa Aldegonda: los nobles de la magistratura de Bruselas con los veintiseis comisarios de los tres miembros están indignados de esta violacion de las leyes; la herida es más honda de lo que yo hubiera creido (11). Muy luégo cree necesario el príncipe de Orange negar toda participacion en el atentado «y ántes que nadie le echase el hecho encima, se dió buena prisa á disculparse» (12).

El pueblo está desencadenado, el pueblo no está ya animado ni por el patriotismo ni por la fe religiosa: es la hora de las venganzas privadas y del pillaje. «Nadie estará seguro, dice Champagney (13), si se azuzan los perros para hacer correr á quien se quiera.» Los ganteses invaden á Brujas, prenden al obispo y saquean los almacenes y las iglesias (14); dispersan las comunidades, se llevan los muebles y maltratan á las religiosas (15). El príncipe está aturdido con las noticias de las violencias que le llegan todos los dias: el desórden se extiende á todas las ciudades en el momento en que llega el ejército español. «No estará nunca en poder de los superiores ordenar nada ni áun levantar ejército,» escribe á Audenarde (16); en Brujas pide humildemente que no se persiga á los católicos (17). Con los ganteses que han sublevado al populacho de Brujas es más severo. «Os amo, les dice, quiero que seais honrados; por culpa vuestra está el país sumido en un estado de efervescencia y division: no comprendo cómo enviais vagamundos á saquear las casas. Os haceis aborrecer» (18).

Teme excederse; se cree rebajado en la opinion de los extranjeros. Se le tacha, dice de él Granvela (19), de la demasiada autoridad que da á los municipios de las ciudades.—Hasta el landgrave de Hesse, uno de los jefes de los luteranos de Alemania, exclama con indignacion al saber los crímenes cometidos (20): «Más valiera que hubieran obedecido á Don Juan:

(1) Ms. Arch. Lilla, fragmento publicado por Gachet, Bolet. com. real hist. 2.ª serie, tom. V, pág. 160-193.

(2) *Memorias* sobre las turbulencias de Gante (Soc. hist. Bélgica).

(3) Es la propia expresion de Famian Strada: «Re vera obsequentes Orangio.»

(4) Es el pensamiento del leal apologista de los príncipes de Orange, Groen Van Prinsterer. «Evidentemente, dice, el príncipe deseaba que se ejecutara la empresa, pero se reservaba la intencion de desaprobar el hecho. Hubo por lo ménos consentimiento tácito» Orange tenia además en Gante á su secretario Boudimont y muchos de sus soldados.

(5) El 28 de octubre de 1577. Al duque se lo llevaron literalmente en camisa, descalzo y descubierto. (Bolet. com. real hist. tom. XI, pág. 140.)

(8) *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pág. 75.

(9) *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pág. 80.

(10) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 219.

(11) *Ibid.*

(12) *Corresp. de Guillermo*, pág. 77.

(13) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 224.

(14) Herrera, tom. II, pág. 177.

(15) *Ibid.* pág. 187. «Violaron todos los monasterios de monjas.»

(16) *Corresp. de Guillermo*, tom. IV, pág. 377.

(17) *Ibid.* pág. 51.

(18) *Ibid.* Prólogo, pág. 118, traducido por Gachard.

(19) Col. de Groen Van Prinsterer, Granvela á Bellefontaine, 27 de mayo de 1578.

(20) *Ibid.* tom. VI, pág. 254.

no hubieran causado la muerte de tantos desgraciados ni hecho odiosa nuestra religion.»

El príncipe de Orange quiso atraer á sí la legalidad, y con un hábil manejo se reconcilió súbitamente con el archiduque Matías, fingiendo ceder á las sugestiones de los agentes ingleses (1) que temian la intervencion del emperador: estos propusieron que el príncipe de Orange fuera proclamado lugarteniente general del archiduque (2). Los estados tenian cierta repugnancia en dar esta autoridad al hombre que acababa de violentarlos de esta suerte; pero Orange, haciendo siempre el papel de modesto y rehusando aceptar (3), supo excitar á la vez al populacho de Bruselas para intimidar á los estados, é influir para que se pusiera en libertad al duque de Arschot (4) y ganarlo á su favor. Por fin obtuvo su título de lugarteniente general con el sueldo de cien florines diarios (5), y entónces hizo su entrada solemne en Bruselas con el archiduque Matías (6). Una doncella vestida de Juno les entregó las llaves de la ciudad, Hebe les ofreció flores, y todas las virtudes teologales les presentaron las piezas de sus armaduras: fué un delirio de muchos dias. Lo mismo el archiduque Matías que el príncipe de Orange estaban mejor hallados en medio de estas divinidades que á la cabeza de las tropas. En aquellos mismos momentos el ejército de los Países Bajos se encontraba en presencia de los viejos tercios españoles.

VI.—Batalla de Gembloux

Durante estos últimos meses de 1577, negoció Don Juan de Austria con los estados, que esperaba aún atraerse, reclutaba soldados valones y aguardaba la llegada de sus tercios españoles. Estaba encerrado en Namur sin poseer más que tres ó cuatro fortalezas (7) en el exterior. Con gran júbilo recibió como á un salvador á su sobrino Alejandro Farnesio que llegó en el mes de diciembre (8). Algunos dias despues aparecieron los seis mil españoles que habian salido en marzo. Julian Romero habia muerto en el camino (9) y Sancho de Avila habia sido llamado á España; pero Mondragon y Verdugo volvian con sus soldados, al mismo tiempo que el conde de Mansfeld, que habia reclutado aventureros franceses: era lo bastante para desembarazar la plaza de Namur, bloqueada por el ejército de los estados.

Este ejército de los estados, al mando de un viejo capitan de caballería, el señor de Goignies, se componia de algunos auxiliares escoceses y del populacho de las ciudades que habia seducido el celo de los predicantes. Es el ejército de Israel, repetian los profetas; Dios combatirá por los suyos (10).

Era el 30 de enero (11); el tiempo estaba lluvioso, y reconociendo Goignies que sus reclutas no podian defender sus líneas delante de Namur contra un ejército de socorro, ordenó la retirada. «Advertido Don Juan de que el dia siguiente debia levantarse el campo, hizo que aquella noche entrara toda su caballería en Namur» (12). En efecto, el 31 de enero al romper el dia, Alejandro Farnesio que avanzaba al frente de algunos jinetes (13), descubrió un barranco á que habia descendido la infantería de los estados miéntras la caballería vacilaba á su escarpada orilla, ántes de seguirla por lo fangoso del terreno (14). Luégo al punto dió la órden de cargar, bien que no llevara cien caballos. «Juzgando la caballería de los estados estar abandonada de la infantería que no podia ver por estar en lo hondo del barranco, emprendió la fuga, atropellando parte de su propia infantería» (15). Los tercios españoles acudieron á la carrera y mataron sin resistencia á unos hombres sobrecogidos de pánico. Unicamente los reformados escoceses se atrincheraron en los huertos y procuraron defenderse, mas «pegándose fuego á las municiones que se repartian, los poseyó tal espanto al estallido de la pólvora, que cada cual se salvó como pudo» (16). Farnesio se mantenia constantemente en primera fila para asegurar la victoria que su buen golpe de vista habia presentido (17): en hora y media

(1) El agitador inglés era Davison, aquel célebre criminal que precipitó la ejecucion de María Estuardo.
(2) Ms. 16123, Bibl. Bruselas, citado por Gachard, *Corresp. de Guillermo*, Prólogo, pág. 88.
(3) *Ibid.* pág. 97.
(4) El 14 de noviembre de 1577.
(5) *Correspond. de Guillermo*, tom. VI, pág. 309, el 23 diciembre de 1577.
(6) El 24 de enero de 1578.
(7) Luxemburgo, Deventer, Kempen, Charlemont, Mariemburgo.
(8) *Com. Real hist.* tom. IV, 1852, pág. 366 y siguientes.
(9) De una caida de caballo en Cremona, Cabrera, tom. II, página 421.
(10) Juan de Nassau al ladgrave de Hesse, Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 227.
(11) De 1578.
(12) Ms. Bibl. nac. franc. 5165.
(13) Col. de Morel Fatio, Don Juan á Mendoza.
(14) Cabrera, tom. II, pág. 444. «Un arroyo de altas riberas.»
(15) Ms. Bibl. nac. franc. 5165.
(16) *Ibid.* Se ve que esta narracion no es de un francés.
(17) *Soc. Real hist.* tom. IV, 1852. «El príncipe de Parma se aventura como cualquier otro soldado, pues ninguno le pasa en los peligros, y así cerró de los primeros en esta rota.»

mataron los españoles seis mil enemigos, tomaron las banderas, la artillería, los bagajes, sin perder, segun se dice, más de siete hombres (1). No los detuvo una piedad *intempestiva* (2); ahorcaron á los prisioneros y sólo dejaron á vida seiscientos escoceses, salvados á duras penas por Don Juan, que veia aún en ellos futuros súbditos (3).

A esta noticia, Matías y Orange huyeron precipitadamente léjos de sus divinidades alegóricas y se encerraron en Amberes. Don Juan y Farnesio hicieron caer en su poder todas las ciudades del valle del Sambre (4).

VII.—Ultimos meses de Don Juan de Austria

Pocos dias despues de la batalla de Gembloux, llegó un refuerzo de cuatro mil españoles conducidos por Don Lope de Figueroa (5); pero casi al mismo tiempo recibió Don Juan una noticia tan infausta que hubo de quedar «caydo de ánimo y de fuerzas (6).» Su fiel secretario Escobedo habia sido asesinado en Madrid en medio de la calle.—¡Qué desesperacion no saber quién ha inspirado semejante crímen! Dios que está en los cielos me dará á conocer quién ha sido (7).—Y queda abismado en sus pensamientos (8) sintiéndose igualmente con-

Moneda del Ducado de Luxemburgo (época de Felipe II)

denado. No recibe noticias de su hermano.—¿Qué habrá ganado el rey en perdernos (9)?

Felipe II entabla negociaciones directas con los estados sirviéndose de Noircarmes, á reserva de Don Juan (10); hasta acepta la mediacion del emperador Rodolfo y envia á Colonia al duque de Terranova que se encuentra con los agentes del príncipe de Orange y con el príncipe de Schwarzenberg, plenipotenciario del emperador. Felipe no vacilaria en sacrificar á Don Juan y á los vencedores de Gembloux, si Orange consintiera en reconocer su autoridad.

Con esto, el príncipe de Orange, despues de sus reveses, á pesar de su fuga nada gloriosa y de la oposicion de los estados, viene á ser el árbitro soberano de la guerra. Puede creerse que no vaciló un momento, sabiendo á qué atenerse sobre las promesas de Felipe II. Sabia igualmente la penuria del tesoro español: Orange debia dos millones de florines á los banqueros y príncipes de Alemania, y el duque de Terranova no le ofrecia en Colonia más que treinta mil escudos y una encomienda de cuatro mil ducados (11). Este mezquino cebo no podia ponerse en balanza con la gloria de llamarse el campeon de la reforma. «Fuera del príncipe, escribia su hermano Juan (12), no ha habido más que las clases pobres en favor de la religion.» Y esta gloria ofrecia probabilidades indefinidas. «Las provincias son suyas y de nadie más,» segun confesion del mismo Don Juan (13). Así el príncipe de Schwarzenberg comprendió al momento que se le habia engañado y rompió las negociaciones de Colonia.

Los reformados comenzaron á sospechar tambien del desinterés del príncipe de Orange. Algunos, y entre ellos Santa Aldegonda, que habia estado tan humilde en la prision de los españoles, se quejaban de que los anabaptistas no fueran condenados á muerte lo mismo que los católicos.—El príncipe es un ateo, decia ya otro pedante (14).—No quiere, repetian los políticos, dar parte del pastel á nadie, resuelto á engañar á todos los que convida al festin y

(1) Cabrera, tom. II, pág. 444.
(2) Strada, IX. «Omissa intempestiva benignitate.»
(3) Cabrera.
(4) Principalmente Tirlemont y Lovaina, el 5 y 7 de febr. 1578.
(5) Cabrera, tom. II, pág. 454.
(6) *Ibid.* pág. 426.
(7) Don Juan á Mendoza, Colec. de Morel Fatio, pág. 133.
(8) Cabrera.
(9) Colec. de Morel Fatio, pág. 134.
(10) *Corresp. de Felipe II*, Prólogo del tomo II.
(11) Carta del duque de Terranova, *Corresp. de Guillermo*, p. 105.
(12) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 311.
(13) «Suyas son y no de otro.»
(14) Petrus Dathenus.

conservar en su mano á lo ménos una rienda de los negocios públicos (1).—Estamos retenidos en hostilidades, necesarias á un solo hombre y ruinosas para los demás, añadia Champagney (2).

Ante esta oposicion no cesó el príncipe de buscar apoyo en la democracia. Cuando supo que los estados de Artois no sólo habian dirigido su adhesion á Don Juan, sino enviado tambien cartas á los estados de Henao y Tournoisis «invitándolos á hacer lo mismo» (3) llevó el terror á Arras por medio de un golpe de estado semejante al que se habia dado en Gante. «Hubierais visto y oido cerrar puertas y ventanas, y cómo los perdidos se movian pensando que habia llegado ya la hora de hacer su negocio» (4). Los perdidos rodearon la casa de la ciudad, donde estaban reunidos los regidores. «Los cabellos se le erizaban al más tranquilo de nosotros: fué menester desaprobar las cartas, pues hubiera sido trabajo perdido alegar razones á esa bestia indómita del pueblo que sólo se guia por locas aprensiones de su índole brutal, ni habia entónces hombre tan audaz, si no estaba cansado de vivir, que se hubiera atrevido á decir solamente:—Muchachos, haceis mal.»

Los soldados de los estados, que no se fiaban de ningun jefe y veian esta excitacion al tumulto, se extendian por el campo para vivir á sus anchas á costa de los labriegos (5). Habia setecientos que permanecian en las quintas de los alrededores de Audenarde. Otra banda de merodeadores fué sorprendida por los burgueses de Gante, los cuales hubieron de encontrar «tanto dinero sobre muertos y vivos que el que ménos tenia treinta y cuarenta florines de las extorsiones que habian hecho á los pobres campesinos.»

En medio de estos excesos se mantenia el partido que queria defender los derechos y las leyes del país contra las intrigas del interior y las usurpaciones del extranjero, fuera de toda fórmula religiosa. En este partido nacional y moderado es donde ha de encontrar apoyo Alejandro Farnesio contra los desórdenes de los sectarios. Pero Don Juan no tiene ninguna idea de lo que puede ser el patriotismo. Así pues no se dirige á él este partido nacional, sino á un francés, á Francisco de Valois.

(1) La Huguerye, *Memorias*, tom. II, pág. 2-14.
(2) «Bellum gerimus uni necessarium, omnibus periculosum.»
(3) Pont. Payen, *Memorias*, tom. II, pág 63-68.
(4) Pont. Payen, *Memorias*, tom. II, pág. 70-73.
(5) Ms. 12941 de Bruselas. Fragmento publ. por la Com. real hist. tom. XIII, n.° 4.

Despues del viaje de su hermana Margarita á Spa, envió á Lóndres Francisco de Valois á M. de Cimiers (6) para que hiciera la corte en su nombre á la reina Isabel. «La utilidad que sacó de esta galantería fué el consentimiento de la reina á su eleccion de duque de Brabante (7).» El hermano del duque de Lalaing fué al castillo de la Fere á ponerse de acuerdo con Francisco y Margarita, y recibió de sus manos, para distribuir á los principales nobles de los Países Bajos, medallas de oro en que estaban esculpidos los bustos del príncipe y de su hermana (8).

Francisco de Valois se presenta delante de Mons, donde es bien recibido, y ocupa el país entre Maubeuge y Braine-le-Comte: el príncipe de Orange, fingiendo aceptarlo como un aliado, suscita un nuevo competidor, el duque Juan Casimiro de Baviera.

Juan Casimiro no era mucho más temible que el archiduque Matías.—No he oido decir hasta el presente que haya hecho cosa de hazaña de guerra; robado y pillado sí, dice de él el cardenal Granvela (9). Cuando expulsado de Francia por el duque de Guisa, y despues de muchas semanas de bandolerismo, se trasladó á Inglaterra Juan Casimiro á solicitar el apoyo de Isabel, hubo de disfrazarse de cocinero y hacer la comida para la tripulacion, bien que muy fatigado por el mareo (10). Era su plan comprar con dinero inglés á los alemanes de los dos partidos y, todos reunidos, invitarlos al pillaje de las ricas ciudades de Flandes. «Es la mejor negociacion que se haya hecho desde hace mucho tiempo,» dice un aficionado á estos tráficos, que viajaba por las cortes de Alemania para «chupar de sus negocios» (11).

Pero el mal tiempo, la peste, las promesas del príncipe de Orange dispersaron todos los ejércitos: Juan Casimiro volvió tristemente á Inglaterra y Francisco de Valois fué llamado á Francia por Enrique III. Don Juan de Austria se dejó dominar por el desaliento, comenzando á comprender la suerte de Escobedo. Veíase abandonado hasta por Catalina de Médicis, si esta proponia, como creia él, un matrimonio entre Francisco de Valois y la princesa Isabel,

(6) El primer viaje de Cimiers fué en marzo de 1577. Véase *Documentos inéd.* tom. LI, Don Bernardino de Mendoza á Don Alonso de Curiel. Se dice que Cimiers está en Lóndres: «Muy de asiento.»
(7) D'Aubigné, *las Historias*, tom. II, pág. 400.
(8) Margarita de Valois, *Memorias*.
(9) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 414.
(10) *Doc. inéd.* tom. LI, Mendoza á Curiel, «Mareado... se hizo cocinero... aderezando la cena.»
(11) La Huguerye, *Memorias*, tom. II, pág. 2-14.

hija de Felipe II, con los Países Bajos por dote.

Sin embargo, intenta todavía el último llamamiento á su hermano.—«Dadme, le escribe, la órden de cómo he de gobernar.»—«No yo lo diré,» pone Felipe al márgen de estas palabras.—«Y hé aquí que nos van las vidas en este juego,» exclama Don Juan, metiéndose en cama el 28 de setiembre, devorado por la fiebre.

Estaba doliente hacia mucho tiempo. «Verdaderamente, escribia ya un año ántes (1), yo traigo la salud muy quebrada por muchos disgustos y trabajos que hasta agora he pasado en su servicio, y tanto que en ménos de dos meses he tenido el mal que de año en año me solia venir, y no ha bastado sangrarme seis veces ni purgarme cuatro, para quedar del todo libre dél.» Pero esta nueva enfermedad le parece más grave, á pesar de las buenas esperanzas de los médicos (2) «que decian no era mal peligroso. Él entendia que eran ya breves sus dias» y se quejó á su confesor «de que le habian hecho beber una bebida por fuerza» (3). Despues de haber recibido los últimos sacramentos delegó sus poderes á Alejandro Farnesio (4). El dia siguiente lúnes estuvo delirando, y el miércoles murió. «La enfermedad de Su Alteza fué de tabardillo ó modorra y una almorrana que le cortaron de que murió á primero de octubre de 1578, despues de diez y siete dias de enfermedad» (5). La relacion de los médicos no permite aceptar la opinion popular indicada por Brantome, de que el príncipe murió «de la peste que habia tomado de la marquesa de Havré» ni la de haber sido envenenado con unas botas perfumadas.

El cadáver fué trasportado á España el 24 de mayo siguiente (6); pero no probablemente. como se ha dicho (7), dividido en varios trozos de que se encargaron diferentes caballeros, que los reunieron en el Escorial vistiendo de gala el recompuesto cadáver en presencia del rey.

CAPITULO II

LA PRINCESA DE ÉBOLI

1578—1590

ASESINATO DE ESCOBEDO.—PRISION DE ANTONIO PEREZ Y DE LA PRINCESA DE ÉBOLI.—PRIMER PERÍODO DEL PROCESO DE ANTONIO PEREZ

I.—Asesinato de Escobedo

Don Juan de Austria moria á los treinta y tres años, el mismo dia en que siete años ántes conducia á la rada de Sorrento, al són de salvas y músicas, su victoriosa armada, y las banderas conquistadas, y las apresadas galeras y los doce mil cautivos cristianos libertados en Lepanto. Pero Felipe II no tolera más un héroe católico, que una ciudad con franquicias; porque siente la misma desconfianza de todas las grandezas, las de la victoria, como las del patriotismo, desconfianza mezquina que envuelve solapadamente de lazos y delaciones al paladin generoso. A contar de esta hora recibe Don Juan de Austria excitaciones que animan sus proyectos sin obtener nunca recursos para realizarlos; prodígale Felipe todas las promesas que pueden poner de manifiesto los sueños de su imaginacion y lo mantiene bajo una vigilancia implacable.

Esta doblez que impele al jóven príncipe á su triste fin, arrastra al mismo tiempo á Felipe á una serie de fraudes, de asesinatos, de torpezas que se encadenan por una extraña fatalidad, pesan sobre los últimos años de su reinado y destruyen su prestigio en el extranjero. Los misteriosos acontecimientos se desarrollan, enlazan á Felipe y traen el alzamiento de Aragon.

De los dos hombres que se disputan el favor, durante la primera parte del reinado, uno, el du-

(1) Don Juan al rey, 31 oct. 1577. Com. R. hist. tom. IV, 1852, pág. 366.

(2) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 250, carta del confesor copiada por Fray Juan de Jerónimo.

(3) *Ibid.* «Se me quejó, escribe el confesor, que le habian hecho beber una bebida por fuerza.» Es probable que fuera queja de delirante. Si Don Juan de Austria hubiera sido envenenado, no habria podido ignorarlo Antonio Perez y tenia mucho interés en hacerlo saber.

(4) El 28 de setiembre de 1578, Com. Real hist. tom. IV, 1852.

(5) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 443.

(6) *Ibid.* Fray Juan de Jerónimo, *Memorias.*

(7) Strada, lib. V, pág. 519. «Ossibus iterum commissis æreique nexu fili colligatis, totam articulavere compagem corporis... Superindutis armis, pretiosis vestibus exornatum ita regis obtulere oculis quasi pedibus innitens .. plane vivere ac spirare videretur.»

que de Alba, estaba olvidado en su destierro de Uceda. «Háblase ménos de él que si hubiera muerto diez años ha» (1). Las causas de este destierro se tenian en secreto de tal manera que en el reinado siguiente «eran todavía muy inciertas para especificarlas en historia» (2). El otro, Ruy Gomez, príncipe de Eboli, habia muerto (3), pero dejando como heredero de su influencia á su secretario Antonio Perez.

Antonio Perez, hijo del arcediano Gonzalo Perez, secretario de Cárlos V, habia aprendido los detalles de la gobernacion, igualmente que Escobedo, en el despacho del príncipe de Eboli. Habia caido en gracia á Felipe II, á pesar de la mengua de su nacimiento (4), por su extraordinaria facilidad para el expedienteo: con esto, cuando murió Gonzalo Perez, fueron compartidos los negocios de su cargo entre Antonio y Gabriel de Zayas (5).

Pero Zayas era lento, paciente, modesto, se contentaba con los menudos medros y los placeres ocultos (6) y evitaba crearse enemigos. Antonio Perez, al contrario, era vanidoso, altivo áun con el duque de Alba (7), y amigo del fausto, de los honores públicos, del ruido (8). Exigia considerables sumas por sus favores y sólo se mostraba benévolo con los pequeños. En fin pasaba por el favorito de la princesa de Eboli, viuda de su bienhechor.

Cuando el príncipe de Eboli no era aún más que el paje portugués y confidente de los placeres del príncipe Felipe, se casó con una jóven de doce años, Ana de Mendoza, cuyas riquezas eran enormes (9). Ruy Gomez hubo de olvidarla muy luégo y siguió al príncipe Felipe á Bruselas y despues á Lóndres. La niña abandonada perdió un ojo (10); mas á pesar de esto, se embelleció de tal manera que cuando, á los diez y ocho años se presentó á su marido con su alta estatura y su blanco rostro y sus cabellos negros, conquistó luégo al punto sobre él una influencia sin límites. En los doce años siguientes tuvieron diez hijos.

¿Es posible que en estas primeras horas de intimidad conyugal se sometiera el marido á condescendencias inverosímiles? La extraña actitud de Felipe II en los años siguientes obliga á recoger todos los detalles. El príncipe de Eboli, que dormia en la misma cámara de Felipe, hablando un dia al embajador francés de la aficion del rey á la reina Isabel, refiere algunas palabras de sus galanterías «que habian cesado y eran de fuera de la casa (11): hasta entónces habia tenido muy buenas amistades en esta villa» (12). ¿Queria aludir á su propia mujer? Sabido es que Catalina de Médicis, poco escrupulosa en estas materias, enviaba joyas á la de Eboli y recomendaba á su hija que se mantuviera con ella en buenas relaciones (13). Sabido es tambien que el hijo mayor de la princesa, titulado duque de Pastrana, era el único de sus hijos que tuviera los cabellos rubios como el rey, que se jactaba de ser hijo del rey, y era en la corte objeto de las mismas atenciones que el príncipe de Ascoli, hijo natural de Felipe II. Los dos jóvenes eran siempre asociados en las ceremonias y citados aparte: en el casamiento de la infanta Catalina son tratados casi como cuñados por el novio, el duque de Saboya, que acepta de ambos caballos españoles y les regala á su vez sendas espadas con pomo de diamantes (14). Su importancia en tales fiestas, léjos de sorprender á los testigos, parece habitual y correcta: se citan sus galas y sus pajes, miéntras se dice de los simples magnates que ninguno queria parecer inferior á los demás (15).

Las mismas distinciones se les dispensaban en todas las ceremonias: en el casamiento del conde de Melgar (16), los dos caballeros son citados juntos por la magnificencia de sus trajes. Despues fueron ambos enviados á los Países Bajos, donde se les tenia á uno y otro por bastardos del rey de España (17) y se les llamaba «los dos emuladores de Parma.» Si Pastrana

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 16107, fol. 5, Saint Gouard á Villeroy.

(2) D'Aubigné, *las Historias*, tom. II, pág. 208.

(3) El 29 de julio de 1573. El duque de Feria murió el 7 setiembre de 1571.

(4) Nació en 1534, de una mujer casada, pero en 1542 fué provisto por Cárlos V de un rescripto de legitimacion, publicado en *Doc. inéd.* tom. XIII, pág. 389.

(5) En abril de 1566. Ms. Bibl. nac. franc. 10751, fol. 253.

(6) *Relaz. ven.* 1577. «Piglia tutto quello che gli e dato, et se bene e assai avanti con la sua età, non lascia per questo li suoi piaceri.»

(7) *Proceso*, declaracion de Fuensalida.

(8) Cabrera, tom. II, pág. 450 M. Mignet, en su libro *Antonio Perez y Felipe II*, ha trazado este drama con tal exactitud, que los documentos descubiertos en los años siguientes no han cambiado nada en su narracion ni en sus apreciaciones. Los hechos están resumidos con precision por Morel Fatio en su coleccion *España en los siglos* XVI y XVII.

(9) Era hija única y heredera de Don Diego de Melito y de Catalina de Silva; nació el 29 de junio de 1540; se casó con Ruy Gomez en 1552.

(10) A la edad de 13 ó 14 años. No he podido averiguar la causa del accidente.

(11) Ms. Bibl. nac. franc. 3163, fol. 19, Saint Sulpice á la reina madre.

(12) *Ibid.* 16103, fol. 1. El obispo de Limoges á la reina madre.

(13) V. lo dicho en el tom. I, pág. 253.

(14) Relacion del viaje hecho en 1585, publicada de real órden por Morel Fatio y Rodriguez Villa, pág. 64.

(15) *Ibid.* pág. 50 y siguientes.

(16) Lope de Vega, *la Dorotea*, pág. 63.

(17) *Le Petit*, Crónica de Holanda, tom. II, pág. 576.

no era hijo del rey, hacia todo lo posible por parecerlo.

Su madre, á la muerte de su marido, se retira á un convento de carmelitas, se somete á la regla de Santa Teresa, toma el nombre de sor Ana de la Madre de Dios (1); riñe luégo con las otras religiosas, las maltrata y vuelve al cabo de pocos meses á su palacio (2). «Aunque se ha ido á su casa la princesa, escribe Santa Teresa, están como cativas (las hermanas) y no hallo por qué se ha de sufrir aquella servidumbre» (3). Algo ménos de dos años despues, comienza la intimidad de la princesa con

Moneda del Condado de Namur (época de Felipe II)

el antiguo cliente de su marido, Antonio Perez (4).

¿Deben suponerse en este nuevo período relaciones entre la viuda y Felipe II? Una mujer de treinta y cuatro años, que ha tenido diez hijos y lleva una venda negra para ocultar el defecto del ojo (5), no debia conservar ya aquel esplendor de belleza que en vida de su esposo celebraban los poetas latinos, cuando rogaban á un hermoso niño que habia perdido tambien un ojo, que cediera el otro á la princesa:

Parve puer, lumen quod habes concede puellæ.
Sic tu cæcus amor, sic erit illa Venus.

(1) *Doc. inéd.* tom. LVI, pág. 19.
(2) Hubo de permanecer en el claustro desde agosto á diciembre de 1573.
(3) Santa Teresa á Fray Domingo Bañes, enero de 1574, edicion Rivadeneira, pág. 31.
(4) Don Gaspar Muro, la *Princesa de Eboli*.
(5) Su retrato atribuido á Sancho Coello está grabado en el libro de Don Gaspar Muro.

Parece ser que permaneció fiel á Antonio Perez, sobre todo si ha de creerse lo que se dice en el proceso de haberle regalado ella hasta cuarenta mil ducados y declarado en términos groseros que lo preferia al rey.

Pero esta pasion reunió nuevos envidiosos al rededor de Antonio Perez. Miéntras él, bastardo del arcediano, era el favorito de la más ilustre dama, se mostraba fastuoso en sus trajes y muebles, se impregnaba de perfumes (6), tomaba por sus favores, ahora telas preciosas, ahora seis mil ducados (7), vegetaban á su lado sus colegas, los pobres secretarios, Zayas que tenia necesidad de los donativos del rey de Francia para casar á su hija, Mateo Vazquez el juez débil que se habia sometido servilmente á la influencia del rey en la causa del duque de Alba, y no tenia sin embargo más que el empleo de secretario íntimo (8). Para obtener la proteccion del rey contra la enemistad de los subalternos y de los envidiosos, juzgó Antonio Perez necesario comprometerlo en una intriga cuyos hilos tuviera él únicamente. Creyó asegurar su fortuna lisonjeando las sospechas de Felipe contra Don Juan de Austria; y se dejó utilizar para merecer las confidencias y asegurar la perdicion del hombre que lo tenia por su mejor amigo.

—¿Conoceis á Escoda?—preguntó un dia el nuncio apostólico á Antonio Perez.—Escobedo querreis decir,—contestó Perez.—Sí, Escobedo: pide al Padre Santo que favorezca los proyectos de Don Juan de Austria sobre la corona de Inglaterra.

El crímen no era grave: Felipe habia autorizado estos proyectos; asociar á ellos al papa no era traicionarlo, pero la desconfianza se despertó luégo al punto. Perez entabla con Don Juan y Escobedo una correspondencia que les hace creer secreta, pero cuyas minutas son corregidas por la mano misma del rey; finge adherirse á sus miras para obtener confidencias y enseña al rey las contestaciones. Un momento se avergüenza de este infame papel y sondea la conciencia de Felipe.

«Segun mi teología, contesta Felipe, yo entiendo, lo mismo que vos, que no solamente haceis lo que deveis, mas que no lo hariades para con Dios ni para con el mundo, si no lo hiciésedes asy.»

(6) Cabrera «Curioso en el vestir, odoritero y pomposo.»
(7) Pieza 66 publicada por Don Gaspar Muro.
(8) Desempeñó este cargo desde el 29 de marzo de 1573 hasta el 4 de mayo de 1591.

Escobedo, que habia pasado su juventud al lado de Antonio Perez entre los empleados del príncipe de Eboli, era precisamente el hombre que habia de caer en este lazo y arrastrar á él á Don Juan de Austria. Era aficionado á hablar de lo que no le importaba, á entrometerse en todos los negocios y á hacerse valer (1). En cuanto se ve provocado á hacer confidencias, escribe que seria menester persuadir al rey á desembarazarse de los negocios y llamar á su lado á Don Juan para que se encargara de ellos, «y cuando seamos los dos para aconsejarle con los Velez y Sesa para sostenerlos, yo creo que valdrá nuestro parecer en el consejo» (2).—El medio de dominar á *este hombre*, contesta Perez (y tiene la desvergüenza de hacer que apruebe su contestacion Felipe II, que se deja llamar tan irrespetuosamente *este hombre* para ocultar mejor el fraude) es no ocuparse más que en sus propios negocios (3). Es un hombre terrible; bien lo sabeis (4). Ha sabido que el obispo de Ripa acaba de ser enviado por el papa á llevaros ochenta mil ducados, y es preciso que yo sepa vuestras intenciones. Felipe escribe al márgen de la minuta: Me place mucho este lugar.

El obispo de Ripa estaba efectivamente en Bruselas al lado de Don Juan (5). Pero ya impelia Escobedo al jóven príncipe á volver á España para tomar parte en la gobernacion del estado, diciendo que con tener á Santander y la montaña se tenia á toda Castilla. Por fin anuncia su llegada á Santander. «Menester será prevenirnos bien de todo y darnos mucha priesa á despacharle antes que nos mate,» escribe el rey en esta carta (6). Felipe está muy animado. Es una carta sanguinaria, escribe sobre otra de Escobedo (7). Y lleva la prudencia hasta darle un seudónimo (8) rehusando verlo.

Escobedo se dirige á los Velez, al inquisidor general Quiroga (9), á la princesa de Eboli. Presiente traiciones en torno de sí. Un dia (10) entra repentinamente en la cámara de Antonio Perez y lo sorprende en la cama con la princesa.—Mi conciencia, exclama, me obliga á prevenir al rey.—Haz lo que quieras, Escobedo, contesta amohinada la princesa: más quiero el trasero de Antonio Perez que la cara del rey.

Pero Antonio Perez no le da tiempo á cumplir este deber. «Lo que de ménos inconveniente seria es salir del embarazo con algun *bocado*, dice para sí Perez (11). Es asunto que se arreglará con la gente de cocina.»

Antonio Enriquez, mayordomo de Perez, halló medio de introducir en la cocina de Escobedo un fregador de vajilla, el cual aprovechó un momento oportuno, declara Enriquez, para echar en una taza de caldo un polvo blanco á manera de harina que le habíamos confiado. Una esclava morisca inconsciente del hecho le llevó á Escobedo la taza de plata que contenia el caldo. Pero el polvo blanco habia sido mezclado con demasiada profusion, aunque no pasó de la medida de un dedal de costura. Escobedo se sintió envenenado y acusó á la inocente morisca entregándola en manos de los jueces.—Este Escobedo debe de sospechar de los dos, escribe Felipe II á Antonio Perez. Quizá harán á la esclava decir lo que se les antojare, y alguna sospecha debe tener.—Harto cuidado traigo de más de una manera, contesta Perez (12). El embarazo de los dos cómplices no fué de larga duracion: la morisca fué ahorcada en la plaza de Madrid (13). Dejando ejecutar á esta criatura, cuya inocencia les constaba, el rey y Perez se hacian tranquilamente sus asesinos: ninguno de los dos parece que reflexionara en ello jamás. Otras dos tentativas de envenenamiento hubieron de fracasar tambien; pero estaban impacientes de acabar y recurrieron á un procedimiento más enérgico.

Siete hombres armados esperaron á Escobe-

(1) Cabrera, tom. II, pág. 449.
(2) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 188.
(3) *Ibid.* pág. 197.
(4) *Ibid.* pág. 297.
(5) *Corresp. de Felipe II*, tom. V, pág. 331. Llamábase Felipe Sega.
(6) El sentido de esta frase es muy debatido; su autenticidad no lo ha sido nunca. La traduccion envuelve ambas versiones. M. Mignet cree que el rey está espantado y quiere que se mate á Escobedo ántes de ser matado por él; Don Gaspar Muro sostiene que el rey quiere decir únicamente: «Apartémoslo ántes que nos importune demasiado.» Yo creo que no es posible dar otro sentido que el de matar á las palabras empleadas por el rey: no es sino en un asesinato en lo que piensa, y así lo ha declarado muchas veces en los años siguientes. Antonio Perez comprendió bien la palabra matar en el sentido propio de quitar la vida, como lo hace observar Morel Fatio, *Revista histórica*, tom. IX, pág. 191.
(7) «Para que vea quan sangrienta es.»
(8) El de *Verdinegro*.
9) Col. de Morel Fatio, pág. 130.

(10) Este hecho se acepta aquí como exacto y se deben exponer las razones que pueden hacerlo admisible ó inadmisible. Por una parte, 1.° el deponente no ha visto nada y repite lo que le dijo su hermano, muerto ya; 2.° los falsos testimonios saltan á la vista en el proceso y todo debe ser sospechoso; 3.° no es verosímil que una mujer del rango de la princesa haya empleado una expresion tan indecente. Mas por otra parte, 1.° las relaciones de Perez y la princesa no eran negadas; era inútil sobornar testigos para probarlas; 2.° si los hermanos Morgado hubieran imaginado esta escena, habrian hecho uso de expresiones mas verosímiles: la exclamacion de la princesa es una de esas palabras que no se inventan; 3.° el mismo Perez declara que «con pretexto de celo de criado, Escobedo hablaba mal de Antonio Perez y de la princesa de Eboli.»
(11) Antonio Perez, *Obras y relaciones*.
(12) Pieza publicada, segun el manuscrito de la Haya, tomo I, marqués de Pidal, *Alteraciones de Aragon*.
(13) Cabrera, tom. II, pág. 448. «Una esclava murió en la horca innocente.»

do de noche en la calle, junto á la iglesia de Santa María, lo mataron tranquilamente de una certera estocada y volvieron á casa de Antonio Perez á cobrar lo prometido. Tres de ellos recibieron «carta y comision de S. M. con el grado de alféreces y veinte escudos de gratificacion,» y fueron á llevar las banderas de España á las compañías de guarnicion en Sicilia. Los cuatro restantes sólo recibieron cadenas de oro y dinero.

II.—Prision de Antonio Perez y de la princesa

Despues de haber ligado al rey en los lazos de este acto cometido en comun, todavía no estaba Perez tranquilo: el enemigo que lo espiaba, el solapado Mateo Vazquez (1), seguia con perseverancia la pista de los asesinos. Sabia ya, y lo referia, que la muerte de Escobedo habia sido inspirada por una de sus mejores amistades, por una mujer (2). Animaba el celo del juez que se le habia asociado en la causa contra el duque de Alba, el presidente Antonio Pazos; hacia intervenir al hijo de Escobedo; los llevaba á casa de Pedro de la Hera, astrólogo cuya opinion no era de despreciar, y el cual declaró que el asesinato se habia hecho por órden de uno de los más íntimos amigos de la víctima, uno que habia concurrido á las exequias (3). Consiguió en fin, que la viuda de Escobedo fuera á implorar la justicia del rey afirmando que su marido habia sido asesinado por mandado de Antonio Perez y á instigacion de la princesa de Eboli (4).

Desdeñando toda justificacion, se dirigió Antonio Perez á Mateo Vazquez: «Vos, le dijo, solicitais mucho al rey sobre este caso, y para sacerdote y que no teneis oficio que os obligue á tal y sin obligacion al muerto, es muy sospechosa solicitud. Reportaos, que es muy diferente negocio del que pensais» (5). La princesa de Eboli (6) con su enojo de mujer altanera declara á Felipe que, como rey y como caballero, está obligado á no dejar que se la difame. En cuanto á Mateo Vazquez, añade, es un perro árabe, y si V. M. lo desbastara un tanto para que no se le pudiera llamar perro, aún le daria otro nombre más vil.

Pero el rey no despide á Vazquez; ántes bien lo escucha, y aconseja á Perez que se reconcilie con él, haciendo que su confesor Fray Diego de Chaves hable á la princesa en favor del Vazquez. Antonio Perez entónces ofrece la dimision de su cargo, dice que teme lo asesinen y obtiene en fin de Felipe esta declaracion el 4 de mayo (7): Miéntras Dios me conserve la vida, no teneis nada que temer; áun cuando todos se volvieran contra vos, yo os quedaré fiel siempre: podeis estar convencido de esto y vivir en paz.—Es sin duda sincero al escribir esto el rey, por cuanto ocho dias despues da órden al presidente Pazos de quemar todas las denuncias é informes acumulados en dos meses contra *el hombre* (8).

Pero Mateo Vazquez se procura seis cartas de la princesa de Eboli á Antonio Perez y se las entrega al rey con nuevos pormenores sobre estos secretos amoríos.—Llevaos estas cartas, le contesta el rey: bástame saber que la dama me ofende con sus actos, y no hay necesidad de ver que me ofende tambien con sus palabras (9).

¿Es la contestacion del hombre envidioso que ve preferido á un súbdito, ó la del soberano que quiere mantener la dignidad en su casa? Difícil es discernir la verdad en medio de tal cúmulo de fraudes: aquí no puede uno fiarse de la correspondencia, escrita para engañar; ni de los procedimientos judiciales acomodaticios y falseados; ni de los testimonios, casi todos falsos. El juez, el confesor, el rey, todos se entienden para engañarnos. El acusado no es más sincero por su parte, hasta cuando nos dice: «Dexen la sombra. Hé ay el nombre. Hé aquí la persona bien al descubierto. No es theología esto, relacion es de miserias» (10). En los veinte años de perfidias é iniquidades, en medio de las cuales va á sostener Antonio Perez la lucha con Felipe II, sólo se hallará grandeza en Juana Coello su esposa, y en Gregoria su hija.

Parece suponerse hoy (11) que Felipe II fué rival de su secretario con la viuda de su antiguo confidente; que fué desdeñado, y que se

(1) Mateo Vazquez era un niño abandonado que educó por caridad un canónigo de Sevilla. Su aplicacion al trabajo llamó la atencion del cardenal Espinosa, que lo empleó á su lado en 1565. Recibió órdenes sagradas, recogió los papeles del cardenal y llegó á ser secretario del rey por la proteccion del ayuda de cámara Sebastian de Santoyo. Murió en 1591.

(2) Antonio Perez.

(3) Cabrera, tom. II, pág. 449.

(4) Antonio Perez, pág. 6.

(5) *Id.* pág. 14. El vos que emplea Perez con su compañero y amigo es un tratamiento despectivo.

(6) *Id.* pág. 24.

(7) De 1579.

(8) *Doc. inéd.* tom. LVI, pág. 181. «Muy bien me parece que quemeis todos estos papeles, y así lo haced.»

(9) Apéndice 30, publicado por Don Gaspar Muro, Arch. de Simancas, patronato eclesiástico, legajo 10.

(10) Antonio Perez, *Obras y relaciones.*

(11) Cánovas del Castillo dice: «Era ya en suma una mujer que le habia despreciado para preferirle un criado suyo, y no siquiera de alta estirpe, ni recomendable ó ennoblecido por gloriosos hechos.»

valió del pretexto de la muerte de Escobedo para satisfacer sus rencores. Esta conjetura está principalmente justificada por la exclamacion de la princesa cuando se la prendió. «¿Hase visto jamás prender á una mujer de mi calidad por no querer hacer unas amistades» (1)? Dice tambien la princesa: «Gran cansancio es estarse los señores toda la vida en señores, porque enfada ser siempre señores y nunca ser reyes» (2). Fuera de esto, los agentes del rey se complacen con fruicion cruel en publicar las debilidades de la mujer, y acumulan deposiciones inútiles sobre sus relaciones con Antonio Perez. Hacen comparecer una dueña, que declara lo siguiente: «Fué un dia Escobedo á decir á la princesa lo que se murmuraba, las entradas de Antonio Perez en descrédito suyo; y comenzando á decirla que porque habia comido él su pan, le decia aquello, la princesa se levantó y le dixo que los escuderos no tenian que decir en lo que hacian las grandes señoras; y con esto se entró allá dentro» (3). ¿Esperaba Felipe rendir sus rigores por la persecucion? Hubiera sido conocer muy mal á la altiva española. La palabra que ha hecho atribuir al rey esta quimérica idea parece haber sido mal interpretada: es una sola palabra, pues para comprender la singular actitud de Felipe y la extraña manía que lo impulsa á complicaciones peligrosas, se ha reducido la tarea á coger palabras. «Non podia durar tanto el *esdeño*,» escribe al rey Pazos, el mal juez (4). Lo que seria de más compromiso para el rey seria la apariencia de superioridad que no pierde nunca la princesa, áun en lo más recio de la persecucion: tiene el tono de una mujer acostumbrada á que la supliquen y conserva sus hábitos de resistencia desdeñosa (5). Felipe II, al contrario, muestra timidez en los primeros meses, y por un resto de culto á la mujer á quien ultraja, tarda mucho en sancionar las medidas que han de agravar su cautiverio (6).

En fin, para culpar á Felipe de la más vil de las acciones, no hay más que palabras recogidas en inmensos legajos, fragmentos de frases oscuras, áun para los que mejor conocen la flexibilidad de la lengua castellana, frases que no probarian nada, aunque se interpretaran en el sentido más contrario á Felipe. En efecto, estas conversaciones de una mujer orgullosa sorprendida en falta pueden demostrar solamente el deseo que tiene de rechazar la vergüenza sobre el que la turba en sus desórdenes y de atribuir los malos sentimientos al justiciero: ella tiene interés en acusar al rey.

No solamente la bajeza de la accion habria hecho retroceder á Felipe, sino tambien, y sobre todo, los sentimientos religiosos.

Porque en la hipótesis que presenta al rey vengándose con cruel persecucion de las preferencias de una mujer que le desdeñaba, no se puede explicar la intervencion constante, febril del confesor. No es que la piedad del rey se inspirara en elevados sentimientos; mas por ser impelido á actos de brutalidad por falsas convicciones, no era ménos sincero Felipe en sus creencias. El infatigable confesor Fray Diego de Chaves era igualmente hombre de buena fe. Ambos á dos creian firmemente que el rey poseia los poderes de Dios, y que todo le era lícito cuando por el honor de Dios obraba. El rey podia violar las leyes, combatir al papa y la Iglesia, recompensar asesinatos para defender su autoridad, esto es, á sus ojos, la de Dios. Fray Diego de Chaves lo declara á Antonio Perez. «El príncipe seglar que tiene poder sobre la vida de sus súbditos y vasallos, como se la puede quitar por justa causa y por juicio formado, lo puede hacer sin él, pues el órden en lo demás y tela de los juicios es nada por sus leyes, en las cuáles él mismo se puede dispensar» (7).

Pero estas distinciones teológicas no permitian en manera alguna á Felipe poner al servicio de sus fragilidades este poder que compartia con Dios: no habia recibido la delegacion de la omnipotencia sino contra los culpables. Ahora bien, se le habia representado á Escobedo como un conspirador que queria someterlo á la tutela de Don Juan de Austria: en rigor de conciencia podia hacer morir á Escobedo; sobre esto no se turba. «La muerte de Escobedo ha sido hecha con mi autorizacion,» escribe Felipe (8); el confesor ha aprobado la medida. Pero hé aquí que se les persuade de que han sido enga-

(1) *Doc. inéd.* tom. LVI, pág. 215. Pedro Nuñez á Mateo Vazquez, 30 julio 1579. La palabra amistades debe entenderse en el sentido de reconciliacion con Mateo Vazquez y no de amoríos con el rey. El pensamiento es: es inaudito que se me prenda á mí, que soy una gran señora, por haberme negado á entrar en trato con un pelafustan como Mateo Vazquez. Es la misma palabra en el mismo sentido que emplea Perez cuando contesta á las gestiones del confesor con el mismo fin de reconciliacion: «Que no era su persona para andar en tratos de amistad con persona tal como Mateo Vazquez.»

(2) Apéndice 175, publicado por Don Gaspar Muro.

(3) Declaracion de Doña Catalina de Herrera.

(4) Ms. citado por Cánovas del Castillo (*Prólogo al libro de Don Gaspar Muro*), p. LVI. Pero *esdeño* puede significar ira, cólera, rabia.

(5) Véanse sus cartas. *Doc. inéd.* tom. LVI.

(6) Nota del rey, citada por Cánovas del Castillo. «No es razon que ordene cosa que sé, y tan de cierto, ser contra su voluntad.»

(7) Antonio Perez, pág. 71.

(8) El rey al juez Rodrigo Vazquez de Arce, 4 enero 1590.

ñados por Antonio Perez; se les hace creer que han servido el rencor privado de la princesa de Eboli contra el que turbó sus amoríos. Han sido pues cómplices, por precipitacion, de un crímen que no exigia el servicio de Dios. Su conciencia se alarma; conciencia que no se alarmaria más de las ejecuciones secretas que se hicieran en interés de la autoridad real que de las muertes naturales que parecen ordenadas por Dios en este mismo interés.—Doña Bernardina, escribe un dia el rey (1), ha hecho bien en morirse para sacarnos del aprieto.—Pero no admiten que un súbdito ponga los derechos del príncipe al servicio de sus venganzas.

Felipe en fin tiene otro deber que el de castigar el asesinato para el cual se le ha engañado; debe custodiar el honor de su antiguo confidente, de su compañero de la infancia, de su fiel Eboli, á quien su viuda olvida por Antonio Perez. «Voy con el cuidado que es razon mirando lo que convendrá, escribe á Pazos (2), y ojalá lo mirase su mujer como yo, y bien es entenderse todo lo que les conviene como procuro.»

La informacion moral es aquí más segura que una interpretacion de palabras. Felipe quiere al principio echar tierra al negocio porque se ve comprometido, como tambien su confesor, por las órdenes escritas; no quiere que se sepa hasta qué punto ha sido engañado; despues quiere hacer que cese el escándalo; se contentará primero con una doble prision, ménos aún, con una órden de prision; luégo, le irritará la resistencia y sentirá las impaciencias del hombre de oficina ante toda contradiccion; ora extremará el rigor, ora se reprimirá temiendo revelaciones que puedan comprometerlo, hasta que tome el asunto las proporciones de una lucha personal entre él y Perez. A menudo lo despertará el remordimiento, y pasará muchas noches con Fray Diego de Chaves recordando sus fatales recelos contra Don Juan de Austria y su ligera credulidad que fué causa de la muerte de Escobedo. Acaso en una de estas horas de escrúpulos, hubo de escribir aquellas instrucciones al licenciado que envió con plenos poderes á América (3). «El creer, fácilmente os ha de hacer incurrir en yerros sin remedio, como quiera que el orígen de estos yerros nace de los criados de casa que á vuestra sombra y con vuestro favor se querrán hacer acrecentados.»

(1) *Doc. inéd.* tom. LVI, pág. 305, nota del rey.
(2) *Ibid.* pág. 378 y 379.
(3) *Ibid.* tom. XXVI, pág. 281.

Una cruz expiatoria se alzó en el mismo sitio en que cayó Escobedo, cruz que permanecia aun á principios de este siglo (4).

Felipe vaciló mucho tiempo en firmar los mandamientos de prision. Despues de la carta del 4 de mayo, en que daba á Perez tan formales garantías contra toda inquietud, no cesó de demostrarle su confianza é interés por espacio de cerca de tres meses. En el último momento, el 28 de julio, hasta las diez de la noche estuvo trabajando con Perez y áun le dió órden de volver al dia siguiente por la mañana, devolviéndole unos legajos que le confió. Despues fué á la iglesia de Santa María y se ocultó en un portal para presenciar las prisiones. «Sebastian Arroyo, que estaba con el rey, me lo contó (5).» Ménos de una hora despues de haberse separado del rey, fué preso Antonio Perez y conducido, no á la cárcel, sino á casa de un alcalde de corte. Entre tanto, acompañada de una sola doncella, salia la princesa de Eboli con ánimo de pasar la noche en casa de él; al entrar supo la catástrofe, y se dió prisa en volver á la suya, encontrando en la puerta á los alguaciles, que la prendieron y se la llevaron (6). Al mismo tiempo le entregaron esta carta del rey: «Os he retirado la tutela de vuestros hijos y la administracion de sus bienes; de que he querido avisaros para que lo sepais, y encargaros que cumplais sin réplica ninguna.—Yo no puedo ser privada por ningun derecho, sin ser primero oida, contestó la princesa; combiene desengañar á su rey de lo que vá contra sus leyes y derechos divinos y de las gentes (7).»

La perfidia mostrada por Felipe hasta el último momento que precedió á este golpe de Estado, fué considerada con cierta admiracion (8); pero la corte atribuyó al resentimiento de verse desdeñado este acto de violencia (9).

(4) Baena, *Hijos de Madrid*, tom. I, pág. 122, nota.
(5) Antonio Perez, pág. 36. El rey habia comulgado por la mañana. *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 285.
(6) *Doc. inéd.* t. LVI, pág. 215. Pedro Nuñez á Mateo Vazquez.
(7) Com. Real hist. tom. XIII. Noticia de M. Gachard, donde están publicadas ambas cartas.
(8) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 269.
(9) Esta opinion de los contemporáneos inspiró la memoria de un veneciano que M. Mignet ha descubierto en la Biblioteca con el número 1203, del fondo de Saint Germain y que está clasificada actualmente con el n.º 1234 del fondo italiano. Don Gaspar Muro que al parecer no ha visto este manuscrito niega su valor con esa aspereza que manifiestan á veces los extranjeros para con los historiadores franceses. Sabido es que el embajador veneciano era Mateo Zane, el cual dice en su relacion al Senado que Perez habia sido expulsado por causa de que habia dado ya cuenta «Al quale fu interdetto il carico per le ocasioni che sono note» (Rel. ven. Alberi, 1861.) ¿Adónde están notadas? ¿No es á este manuscrito de Paris al que hay que referirse para conocer la relacion que Zane no quiso leer públicamente en el Senado? Zane prefirió decir en una nota secreta «Stimandosi

A fin de combatir esta interpretacion, escribió Felipe á los hijos (1) y al yerno (2) de la princesa, diciéndoles que se habia visto en la necesidad de tomar medidas de rigor, para poner término á los odios que dividian á sus secretarios.—Si mi suegra, contestó el duque de Medina Sidonia (3), ha suscitado esas desavenencias entre los secretarios de Estado, pido que recaiga sobre mí solo todo el castigo que ha podido merecer esta dama.

Pero no bastaba imponer silencio á los enojos de la familia; era preciso, sobre todo, obtener que Antonio Perez no divulgara los secretos del complot contra Don Juan de Austria y su secretario, y el inquisidor general Quiroga fué á visitar á la mujer del preso, Doña Juana de Coello, y le dijo que su esposo habia sido preso por su propio bien, á fin de evitar mayores inconvenientes. El confesor Fray Diego de Chaves le dirigió palabras halagüeñas. Segun él, lo mejor era callarse y esperar la clemencia del rey, que no se haria esperar mucho tiempo (4). Miéntras Perez, cuyas revelaciones podian perjudicar el prestigio del rey, estaba á sus anchas en casa del alcalde de corte, la princesa de Eboli, cuya impotente cólera no inspiraba temor, fué relegada á la torre de Pinto, á tres leguas al Sur de Madrid.

Todavía existe esta torre: no tiene puerta; se entra por la ventana y sólo tiene una pieza en cada piso. La princesa pasó muchos meses en este encierro sin tapices ni muebles; pero al llegar el invierno hubo que trasladarla al fuerte de Santorcaz para que no se muriera de frio. Un año despues consiguieron sus hijos que tuviera por cárcel su castillo de Pastrana.

Perez cayó enfermo á los cuatro meses de prision en casa del alcalde. El rey, tambien gravemente atormentado por una inflamacion de la garganta (5), fué sometido al régimen de sangrías y ventosas, se compadeció de la dolencia de su antiguo secretario, y lo autorizó para volver á su casa. Durante el invierno escribia nuestro embajador (6): «Perez está curado y continúa á buen recaudo en su casa, sin tener libertad de hablar con nadie ni de recibir visitas. Ha habido aquí más capricho que razon. La princesa de Eboli sigue en el mismo estado, vigilada y tratada con todo el rigor posible.»

Despues de siete meses de reclusion se autoriza á Perez para salir á oir misa (7); los amigos comienzan á visitarlo y sus antiguos subalternos le envian expedientes al despacho (8). Pero ya no es el hombre necesario para despachar con su facilidad y expedicion los negocios descuidados por Zayas, Mateo Vazquez ó los otros. Al lado de Felipe viene á establecerse el verdadero hombre de Estado que no tolera ni los retardos ni las intrigas de los subalternos, el cardenal Granvela. En contraste con estos empleados tan viciosos como rapaces, gusta uno de encontrar esta cabeza poderosa.

Desde su salida de los Países-Bajos se enteraba Granvela en Roma ó en Nápoles de todos los acontecimientos del reino por medio de una frecuente correspondencia; sabia los secretos de toda Europa en medio de los políticos más hábiles y de los espíritus más libres. Fué sorprendido por la órden que lo llamaba súbitamente de Italia al lado del rey (9), despues de su negativa á aceptar el gobierno de los Países-Bajos. Tenia á la sazon sesenta y dos años, y llegó á Madrid cinco dias despues de la prision de Antonio Perez (10). Habiendo hecho observar á Felipe que su cualidad de extranjero, como natural del Franco Condado, podia herir la susceptibilidad de los españoles, —No creo, contestó el rey (11), que haya nadie que maquine contra vos, porque no hay ninguna razon para ello. Podeis estar con toda tranquilidad y sosiego.

Con esta insuficiente promesa de confianza recibió el encargo de los negocios de Italia, de Alemania, de Francia y de los Países Bajos, y

---

che il suo maggior peccato sia quello della carne...» Sin embargo, pasajes de esta nota anónima parecen indicar como autor, segun lo hace observar Morel Fatio (*Revista hist. IX*) no á Mateo Zane, sino á un secretario de Vicenzio Gradenigo.

(1) Antonio Perez, pág. 34.

(2) Apéndice 60, publicado por Don Gaspar Muro.

(3) Se habia casado el 4 de marzo de 1574 con la hija de la princesa. Esta niña tenia entónces seis años. *Doc. inéd.* tom. XXIV, página 551.

(4) *Doc. inéd.* tom. LVI, pág. 245.—V. Antonio Perez, *Obras.*

(5) «*Corrimiento.*» *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 270.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 16107, Saint Gouard á Villeroy, 13 enero de 1580.

(7) Antonio Perez, pág. 39.

(8) *Id.* y *Doc. inéd.* tom. XIII: «Se despachaba continuamente todo en su casa.»

(9) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, prólogo, pág. 67, Granvela á Juan de Borja, 23 abril 1579. «Hame tomado este mandado muy á la improvisa.»

(10) El 3 de agosto de 1579. Se ha creido que Felipe II habia mandado llamar al cardenal Granvela para que reemplazara á Antonio Perez y se ha notado como un refinamiento de perfidia que hiciera refrendar al mismo Perez la carta que llamaba á Madrid al que habia de sucederle cuando se le prendiera. En efecto, la prision tuvo lugar al momento de saberse el desembarco del cardenal en España y el cardenal recibió en su ministerio los negocios del cargo de Perez. Pero la carta refrendada por Perez tiene la fecha del 30 marzo 1579, es decir, en los momentos de la muerte de Escobedo y por consiguiente, de la mas íntima union entre el rey y Perez.

(11) Estas palabras están al márgen de la carta del cardenal conservada en Bruselas y publicada por Gachard.

se le agregó como secretario del despacho universal en el puesto de Antonio Perez, á Don Juan de Idiaquez. «El cardenal Granvela se va haciendo de dia en dia dueño de los negocios, escribe Saint Gouard (1); tengo entendido que ayer en el consejo de Estado, el cardenal de Toledo y él tuvieron gran contienda, no sé por qué. Pero si ha de habérselas con esta gente, trabajo le mando, y será muy astuto si á la larga no encuentra quien lo sea más que él.» A la hora en que una suerte inesperada iba á entregar á Felipe II la corona de Portugal, otra no ménos feliz le dejaba, á pesar de su cuidado de deprimir los caractéres y alejar los talentos, dos hombres de genio para hacer frente á Europa; Granvela en Madrid y Alejandro Farnesio en los Países Bajos. Pero era desdicha de Felipe volverse con desconfianza maniática contra todos los que podian serle necesarios. El rey vió con gran complacencia la lucha del viejo Granvela con las preocupaciones nacionales y la inercia de los empleados. Así, pues, no tardó mucho en conocer el cardenal que avanzaba rápidamente la decadencia y no se evitaria ya una catástrofe. «Caminamos de manera en nuestras cosas, escribe en su desaliento (2), que temo mucho y me cansa de ver lo que veo, con harto deseo de dejarlo todo, por no tener parte en nuestra postrera perdicion y ahogarme con los otros á ojos cerrados.»

Muy luégo dejó de tener relaciones directas con el rey: las instrucciones y los documentos le llegaban por medio de Don Juan de Idiaquez (3); y quiso alejar este rival proponiéndolo para una embajada á la corte del Emperador. «Habiendo yo tanto menester, contestó el rey (4), personas que me ayuden á la gran carga que tengo, haríame Don Juan terrible falta, y tanta, que no veo forma como se pudiese sufrir. Y con la edad y los trabajos de espíritu y de cuerpo que N. Sr. es servido darme, hasta más necesidad tendria de tener más ayuda, que no de perder nada de la que tengo.» Granvela no tardará mucho en morir lleno de desaliento (5).

Pero si los ingeniosos secretarios unian sus esfuerzos contra Granvela, no era por cierto con la intencion de preparar la vuelta de Antonio Perez; ántes al contrario, arbitraron un hábil procedimiento para detener los expedientes que comenzaban á volver al despacho de Perez; supusieron que este habia reanudado su correspondencia con la princesa de Eboli, y que, disfrazado de correo, solia salir de Madrid para pasar la noche con ella en su castillo de Pastrana (6). «Hay mensajes, escribia el rey al presidente Pazos, entre él y la princesa, que ni al uno ni al otro les está bien: será lo que con secreto y disimulacion procureis saber lo que hay en ello, y siendo así, de atajarlo (7).» Pazos comprendió que agradaria acriminando á Perez (8), y al márgen de su informe escribió el rey: Conviene que permanezca encerrado.

III.—Primer período del proceso de Antonio Perez

Sin advertir á Antonio Perez, mandó Felipe II incoar causa secreta contra él á Rodrigo Vazquez de Arce, enemigo personal del acusado (9). Era el Rodrigo un hombre frio y malvado, aunque de voz melosa, por lo cual se le llamaba *el ajo enconfitado*. Se le proporcionaron testigos, todos ellos movidos por servilismo ó por necesidad de dinero: entre la multitud de criados, de pajes infames y de asesinos pagados que se examinaron, no es posible atribuir validez á ningun testimonio; la concordancia y precision de las acusaciones sobre hechos falsos á todas luces hacian sospechosas todas las piezas del proceso. Perez está á cubierto de estos ataques por la fiel pasion de la princesa de Eboli; y por encima de todo, se alza generosa la constancia de su mujer, la noble y fuerte Juana Coello. Juana supo hacerse dueña de las cartas del rey y de los documentos que probaban la intervencion de Felipe en la muerte de Escobedo, y las reservó para presentarlas en el proceso.

Sin embargo, se puede culpar á Perez de que gastaba de quince á veinte mil ducados anuales, y que subvenia á este lujo exigiendo dinero á los pretendientes (10). Que fué además vano y jactancioso, bien se ve por sus

(1) Ms. Bibl. nac. franc. 16106, pieza 115 del 12 nov. 1579.
(2) Colec. de Bruselas, Granvela á Idiaquez, 2 set. 1584.
(3) Desde 1583. Don Juan de Idiaquez era vasco. Sobre estos últimos años del cardenal Granvela, véase Gachard, *Corresp. de Felipe II*, tom. I, Prólogo.
(4) *Ibid.* pág. 80.
(5) El 22 de set. de 1586.
(6) Apéndices 116, 118 y 129, publicados por Don Gaspar Muro.
(7) *Ibid.*
(8) *Ibid.* Piezas 134 y 136. V. tambien *Doc. inéd.* tom. LVI, página 397. Nota de noviembre de 1581.
(9) «Juez recusado,» dice de él Perez (*Doc. inéd.* tomo XII, página 17). Este Vazquez no era, por lo demás, pariente de Mateo. El útil Pazos recibió en 1584 la recompensa de sus servicios en la mitra del obispado de Córdoba. Pero murió al cabo de algunos meses, el 17 de noviembre de 1586.
(10) Declaraciones de Rodrigo de Castro, Pedro de Velasco, Don Juan de Goitan, Don Fernando Solis y Luis de Obera.

escritos. Antonio Perez ha dejado muchas series de documentos impresos y manuscritos (1), donde se afana por dar á conocer secretos novelescos.—El terrible accidente ocurrido á Felipe poco tiempo despues de la muerte de su padre; los pormenores del puñal misterioso, quién lo dió, quién lo recibió; la extraña reserva que sobre este drama guardó Felipe II; por qué Don Juan de Austria fué destinado á las armas y no á la Iglesia... secretos son que él no divulgó nunca, ni nunca tampoco existieron. Pero estaba dotado de indomable energía y de cierta elegancia de artista: Felipe, con su predileccion á las medianías, debia mirar con desagrado las cualidades que distinguian á Perez de la turba de empleados. Así, á medida que se le trasmiten las declaraciones, se va irritando más y más y se encierra con su confesor, Fray Diego de Chaves, á quien ha elevado á la dignidad de consejero de Estado (2). Al tomar una decision sobre un informe de Rodrigo Vazquez, pone esta nota: «Tambien en este tiempo me confesaré y comulgaré y encomendaré á Dios para que me alumbre y encamine (3).» Tal era su costumbre en negocios de Estado: era lógica. En su cualidad de delegado de Dios, Felipe II debia consultar con su confesor para apreciar el alcance de su mandato. De este modo, Fray Diego de Chaves intervenia en todas las crisis, así en la prision del príncipe Don Cárlos, como en el asesinato de Escobedo; evacuaba consultas sobre las bulas pontificias que no se querian aceptar, y hacia denuncias contra los contadores infieles; colocaba títulos de renta é inspeccionaba la fabricacion de la moneda. Travieso, astuto y mezquino, tenia cierto ingenio de que no se espantaba el rey.

Al cabo de dos años, se decidió Felipe á pronunciar la condenacion de Antonio Perez; mas por una rara inconsecuencia, cuanto más decidido está á herirlo, tanto más se encarniza contra la princesa de Eboli. No quiere castigarlos á los dos á la vez, porque dice (4) «se daria ocasion á que se volviese á la murmuracion y pláticas pasadas, y lo que mucho conviene para todo es ir diestramente apartando el uno del otro, porque así se escusen inconvenientes, lo cual se podrá hacer comenzando por lo que toca á la princesa.» Con esto estrecha la prision de la desgraciada y le anuncia con cierta ironía que confirma legalmente la caducidad de sus derechos, ya pronunciada. «Ocupada con tantas y tan diversas ocupaciones y negocios, dice, he resuelto exoneraros de la tutoría de vuestros hijos» (5). Despues, contra el hombre, ya condenado por él, nombra jueces que lo condenen á su vez, despues de dar largas al proceso para que se olvide á la princesa en su encierro de Pastrana.

Los jueces saben prolongar tres años más esta segunda fase del proceso. «No se descargue ni defienda con papeles de mano del rey, dice Fray Diego de Chaves á Perez (6), que la condena será al cabo en dos pares de guantes.» La sentencia es al fin conocida: los jueces la han pronunciado á los cinco años y medio de procedimientos (7). Perez es condenado á dos años de prision en una fortaleza, seguidos de ocho de destierro, y á treinta mil ducados de multa (8).

Esta sentencia no es demasiado severa; pero tampoco es más que provisional. El rey espera que en vista de esta lenidad, entregará Perez los papeles escondidos, y que desarmado ya, podrá ser entónces perseguido sin peligro con todo rigor. Y en realidad lleva por tercera vez y por el mismo hecho al mismo acusado ante el mismo juez. Fray Diego de Chaves decia á Perez: «Entregad las cartas del rey y quedareis suelto.» Y decia á los jueces: «Quemad todos los papeles en que aparezca el nombre del rey» (9).

No era que el confesor ni el rey sintieran el menor escrúpulo sobre el derecho que habian tenido en hacer asesinar á Escobedo; pero preferian que se ignorara el procedimiento de gobierno: interesábales mucho condenar á Perez como asesino, lo que venia á ser imposible, si se presentaban las órdenes de Felipe. Al saber el intento de esta nueva persecucion, Perez que estaba aún preso en su casa, saltó por una ventana á la iglesia de San Justo, cuya inmunidad estaba garantida por las más tremendas excomuniones. Pero los derechos de la Iglesia eran nada para las iras de Felipe II. El confesor autorizó la violacion del asilo, los alcaldes derri-

(1) Hay de Antonio Perez tres series de documentos impresos en 1631 y en 1654, con el título de *Obras y relaciones*. Estas son: *Relaciones; Memorial del hecho de su causa: Cartas*. El manuscrito de la Haya es una coleccion de piezas originales copiadas por él. En sus Cartas anuncia otras tres series de obras que no escribió al fin: *Comentarios ó Paralipómenos; XII Memoriales; XII Consejos de Estado.*

(2) En 1584.

(3) Apéndice 30 publicado por Don Juan Muro.

(4) Carta del rey á Vazquez.

(5) Muro, pág. 200, carta del rey del 8 de nov. de 1582.

(6) Antonio Perez, *Relaciones*.

(7) El 23 de enero de 1585.

(8) Perez, pág. 49.

(9) *Doc. inéd.* tom. XIII, pág. 388. «Quemáronse diferentes consultas... Creo tuvo órden del rey ó de palabra ó por Fray Diego de Chaves su confesor.»

baron las puertas de San Justo y aprehendieron á Perez, á pesar de las protestas del inquisidor general, dando con él en un calabozo. Al mismo tiempo, fué conducida á la cárcel pública Juana Coello con sus hijos, en medio de los malhechores y conminada con quedar allí retenida á pan y agua hasta que entregara los papeles escondidos por su esposo (1). Juana se sometió á este suplicio, negándose á revelar dónde estaban ocultas las órdenes de asesinato dadas por el rey. Ella las habia sustraido, y áun despues de estar autorizada por su marido para entregarlas, se reservó los documentos principales y sólo entregó los ménos importantes. Luégo que se vió en libertad, corrió á la capilla del convento de Santo Domingo el Real, en el momento en que Fray Diego de Chaves subia al altar á decir misa. Asiólo de la casulla, se volvió á Dios que estaba presente en el altar y que lo oye todo y lo invocó por testigo y juez de su causa, pidiéndole justicia contra el confesor que la habia engañado con pérfidas promesas (2). Su hija Gregoria se presentó al juez Rodrigo Vazquez, llevando consigo á sus hermanitos. «Os la traigo aquí toda esta sangre, le dijo, acabe, acábenos ya: hénos aquí.»

A veces parece que el rey vacila, y todavía hace que el confesor lleve dulces palabras. Cuidad, le encarga, cuidad que no se entienda que la muerte se dió de mi órden. Estas vacilaciones confunden al juez Rodrigo Vazquez. «A las veces, dice, me abre el rey la mano, y me la cierra á las veces. No lo entiendo (3).» «No lo entiendo, decia á su vez el inquisidor general Quiroga (4). Señor, ó yo soy loco ó este negocio es loco. Si el rey le mandó á Antonio Perez que hiciese matar á Escobedo, y él lo confiesa, ¿qué cuenta le pide ni qué cosas?»

El rey confiesa al juez que él mismo dió la órden y sabe que Perez posee el autógrafo (5); pero quiere hacer decir que se dió el golpe á instigacion de la princesa de Eboli, y se decide á emplear el procedimiento mediante el cual se obtenian de todos los acusados las declaraciones deseadas, enviando instrucciones para que Antonio Perez sea sometido á cuestion de tormento.

Aquel epicúreo elegante y nervioso, extenuado ya por once años de inquietudes y persecuciones, fué desembarazado de sus hierros, desnudado y suspendido de los brazos á la polea. Se comenzó por darle una vuelta de cuerda y el paciente dió grandes gritos; despues se calmó. Sufrió entónces otra vuelta y luégo otra. Sus gemidos no cesaron ya despues de la cuarta: Matadme! gritaba: Matadme pronto! Rematadme de una vez! A la octava vuelta se declaró dispuesto á hablar. Tendiéronlo en un colchon, y reprodujo de memoria los términos de la carta en que el rey ordenaba acabar con Escobedo. Y lo dejaron ya en paz.

Entónces exagera sus sufrimientos, fínjese á punto de dar el último suspiro y consigue autorizacion para que su mujer vaya á verlo á su prision. No estaba, sin embargo, tan maltratado por el suplicio que no pudiera el Miércoles Santo, 20 de abril de 1590, ponerse los vestidos de su mujer y salir á las nueve de la noche, tomar el caballo que ella le habia preparado y correr treinta leguas de un tiron para ponerse bajo la salvaguardia de los fueros de Aragon (6).

—Alégrate, Felipe, le dijo al dia siguiente el bufon Martin; todo el mudo se alegra. Perez se ha escapado; alégrate, Felipe.—Hubo en efecto una verdadera alegría en toda España, cuando se supo la intervencion del Justicia de Aragon en la causa de Perez: tal y tanto fué el interés que habia despertado la desproporcion de la lucha hácia un hombre que se atrevia á hacer frente al fiero Felipe II.

Exasperado el rey al ver que se le habia escapado la maniatada víctima, dejó sentir todo su enojo sobre dos mujeres inocentes. Juana Coello, que habia quedado en la prision en lugar de su marido, fué otra vez conducida con sus hijos á la cárcel pública el mismo Juéves Santo (7), y allí permaneció: varios de sus hijos murieron y otros desaparecieron en la miseria (8).

La princesa de Eboli, olvidada hacia muchos años, fué castigada igualmente por la evasion y fuga de Perez: Felipe II mandó poner en sus ventanas doble reja, que impedia abrirlas. «Estamos á oscuras, escribia aquella (9), nos falta aire, nos ahogamos.» Viéndola extenuarse, una de sus hijas, que habia querido acompañarla en

(1) Su hijo mayor Gonzalo que nació en 1568, debia haber muerto. María Gregoria, su hija, que nació en 1569, estaba á su lado. No hay indicaciones sobre su suerte ni tampoco de los demás hijos: Antonio nació en 1571, Fernando en 1573, Leonor en 1574, Luisa, la menor, se casó en el reinado siguiente con Don Francisco Bracamonte Davila.
(2) Antonio Perez, pág. 91.
(3) *Id.* pág. 63.
(4) Citado por Mignet.
(5) *Doc. inéd.* tom. XV, pág. 424.

(6) *Doc. inéd.* tom. XII.—Antonio Perez, pág. 85. El aragonés Gil de Mesa acompañaba al fugitivo.
(7) Perez, pág. 86.
(8) Algunos recibieron socorros de Felipe III, despues de la muerte de Felipe II.
(9) Piezas publicadas por Don Gaspar Muro, pág. 558.

su cautividad, la apartó de su lado, y derramó muchas lágrimas en aquella mansion «mortal, oscura, lúgubre;» son sus palabras. Y sucumbió lentamente; dos criadas suyas murieron primero. El mismo carcelero enternecido dirigia al rey tristes relaciones de aquella horrible agonía: recordaba la falta de aire, el llanto en la oscuridad, la fiebre. Felipe no puso ninguna nota al márgen. Acaso hubiera entreabierto la ventana, si la mujer presa dentro se hubiera humillado; pero las lágrimas de la princesa de Eboli permanecieron silenciosas, ni los sufrimientos, ni la fiebre la hicieron doblegarse. Yo, escribia á su hijo, yo mendigar justicia! nunca (1). Despues de haber resistido diez y ocho meses á esta tortura que se añadia á los once años precedentes de persecucion, murió la princesa de Eboli á los cincuenta y dos años de edad (2).

En presencia de esta fria crueldad contra una mujer que se ahoga, se siente uno tentado á admitir de nuevo la conjetura de que fué el resultado de la venganza de una pasion desdeñada. Antonio Perez no se atrevió á formular francamente esta acusacion en sus escritos; pero la sembró, por decirlo así, en sus narraciones en el extranjero. «Supimos de él, dice d' Aubigné (3), que habiendo llegado el rey de España y él á ser rivales en el amor de una dama, se enredó la cuestion, y el rey hizo uso del derecho del más fuerte.» Pero Perez desempeñaba su papel presentándose entre los enemigos de España como víctima de aventuras novelescas. En cambio, se puede explicar la crueldad de Felipe por el deseo de mortificar al hombre que se le habia escapado, descargando todo el peso de su saña en las dos mujeres á quienes Perez amaba, la esposa heróica y la princesa culpable. Su víctima le desafiaba: de aquí el refinado castigo en lo que de ella quedaba. Durante estos doce años, la lucha, las confesiones que se le arrancaron, y la noble resistencia de dos mujeres que no se doblegaban, hicieron que el rey llegase poco á poco al colmo de la exasperacion.

CAPÍTULO III

CONQUISTA DE PORTUGAL

1577—1582

EL REY D. SEBASTIAN.—CAMPAÑA DE MARRUECOS.—EL REY CARDENAL.—CAMPAÑA DEL DUQUE DE ALBA

El rey Don Sebastian.

Las familias reinantes de España y Portugal se unieron en todos tiempos por los vínculos del matrimonio: el jóven rey Sebastian era hijo de la reina Juana, hermana de Felipe II, y nieto, como el príncipe Don Cárlos, de la reina Catalina, hermana de Cárlos V (4); como el príncipe Don Cárlos, era enfermizo, irascible, inquieto y tenia horror invencible á las mujeres (5). Se hablaba tan públicamente de esta última enfermedad, que le hacia fácil ser casto (6), que Felipe II hubo de enviarle á su médico el doctor Almazan, para que tentara una curacion imposible. Los religiosos teatinos que educaban á este jóven príncipe, procuraban refrenar sus violentos instintos é impedian que se aniquilara en las fatigas de la caza ó se arriesgara en una barca á perder la vida durante las tempestades; pero se ocupaban sobre todo de los intereses de su órden. «Son estos, escribia un francés á Catalina de Médicis (7), dos hipócritas peligrosos, más amigos de la venganza que de la religion. Uno de ellos es con-

(1) Pieza publicada por Don Gaspar Muro, pág. 265.

(2) El 2 de febrero de 1592.

(3) *Las Historias*, tom. III, pág. 430 de la edic. de 1626.

(4) La primera mujer de Felipe II, María de Portugal, madre del príncipe Don Cárlos, era hija de la reina Catalina y hermana del padre del rey Sebastian.

(5) El mismo defecto se nota en otros príncipes de la familia, como el emperador Rodolfo y el archiduque Alberto.

(6) Cabrera, tom. II, pág. 345. «Fué tenido por su castidad en que murió, por inhábil para la generacion.»

(7) Ms. Bibl. nac. franc. 10752, fol. 599, Fourquevauls á la reina madre. Cabrera (tom. II, pág. 342) los cree padres de la Compañía de Jesus, llamados apóstoles en Portugal. Los teatinos formaban una órden importante en Portugal: el tio del mismo rey, el cardenal Enrique, pertenecia á ella.

fesor y el otro pedagogo del jóven rey y del Consejo de Estado.»

Sebastian tenia el pelo rojo, los ojos azules: su demencia fué muy luégo caracterizada por la idea fija de una cruzada. Lleno de odio á todas las alegrías y de desprecio á todos los amores, el pobre mozo se creyó predestinado á la conquista de Africa. En 1577, cuando por la muerte de su abuela la reina Catalina, podia abandonarse sin sujecion á sus caprichos, recibió la visita de Abd-el-Mohammed, hermano del soberano de Marruecos Abd-el-Melek, y pretendiente á la corona (1). Se lisonjeaba de que este pretendiente favoreceria sus proyectos, y propuso á Felipe II la empresa de acometer con él la conversion de Marruecos con las armas.

El rey de España veia demasiadas ventajas en dejar en reposo las querellas con los musulmanes para no luchar contra este capricho de su sobrino; y con la esperanza de hacerle entrar en razon, le envió al portugués Don Cristóbal de Mora.

Mora habia llegado á Madrid como paje de la reina Juana, hermana de Felipe II; se habia captado el favor del rey valiéndose de todos los recursos del arte del cortesano; y como en otro tiempo su compatricio Ruy Gomez, iba á llegar de simple paje á las más altas dignidades del reino. Desde su primera conversacion con el rey Sebastian comprendió que seria inútil toda exhortacion dado el estado mental en que lo encontraba, y supo hábilmente eludir un fracaso conduciendo consigo al jóven rey portugués á presencia de Felipe II. Los dos príncipes se encontraron en el monasterio de Guadalupe (2). La alegría de los pueblos era tan grande, que se hubiera creido que adivinaban que el rey Sebastian venia á poner su corona en manos de su tio (3). Felipe se adelantó á recibir al rey de Portugal, bajó de la carroza á su aproximacion, le hizo subir por la portezuela que habia quedado abierta, y dando él la vuelta á la carroza, subió por la otra portezuela (4). La reina Ana le enviaba presentes de tapices de cuero, guantes, ropa blanca y otros efectos raros muy estimados.

Pero los consejos fracasaron ante la fria tenacidad de la demencia. En vano el virey de Valencia, Vespasiano de Gonzaga (5), ofreció sublevar á los moros de Africa contra la dominacion turca, haciendo así inútil la cruzada; en vano, despues de la vuelta á Lisboa, el embajador español Don Juan de Silva renovó las instancias de Felipe contra una expedicion tan inconsiderada (6); el desgraciado Sebastian se dió con impaciencia más febril á sus preparativos contra Marruecos. Si la nobleza portuguesa se dejó seducir por la gloria de una empresa caballeresca, los campesinos se ocultaban de los agentes de la recluta, y cuando eran enganchados, se dejaban arrastrar dando suspiros y convirtiendo los ojos á sus abandonadas familias (7); nadie disimulaba sus siniestros presentimientos ni dejaba de murmurar (8). El clero se negó á dar el tercio de sus rentas que exigia el rey, el cual sólo pudo obtener una suma de ciento cincuenca mil ducados para los gastos de la cruzada (9); los judíos fueron sometidos á contribucion más crecida, y aquí surgió un conflicto curioso con España (10).

Los judíos expulsados de España por Fernando el Católico, habian afluido á Portugal, donde en 1497 fueron obligados á convertirse al cristianismo: desde aquella época, ellos y sus descendientes estaban separados de la poblacion con el nombre de *cristianos nuevos*, y sometidos á las más crueles vejaciones: la menor infraccion de los reglamentos, con ser tan vejatorios, traia consigo la confiscacion de bienes. Habian redimido este derecho de confiscacion con un tributo anual, y ofrecieron elevarlo, en caso de guerra con Marruecos, á doscientos veinticinco mil ducados. La administracion portuguesa, que no queria se disminuyera un rebaño tan provechoso, procuró comprender en la reparticion de este tributo á todos los españoles establecidos en Portugal, sin exceptuar los de las familias nobles que se llamaban *cristianos viejos*. Era un deshonor para cuarenta y cinco familias españolas, pues no habia mancha tan infamante como la sangre judía ó mora y

(1) Le fué presentado «por Don Pedro de Acuña, caballero portugués, esclavo suyo.»

(2) Diciembre de 1577.

(3) Cabrera.

(4) Cabrera «Por el lado donde se apeó, y dando la vuelta, entró por el otro estribo.»

(5) Cabrera, tom. II, pág. 396.

(6) *Doc. inéd.* tom. XXXIX, pág. 465 y siguientes; pág. 533, Carta de Felipe II á Sebastian, del 18 de marzo de 1578.

(7) Cabrera, tom. II, pág. 467.

(8) Arias Montano á Zayas, 28 febrero 1578. Ms. col. privada.

(9) Cabrera, tom. II, pag. 394. — Nardin, la *Union del reino de Portugal*, pág. 26. Este libro es una traduccion en francés, impresa en Arras en 1600, de la obra italiana de Franchi Conestaggi. Este Conestaggi se limitó á su vez casi á traducir al español Herrera. Véase tambien una relacion inédita, Ms. Bibl. nac. fondo español, 188. (Para los Ms. de nuestro fondo español, remito á los números del catálogo que redactó Morel Fatio.)

(10) Carta de Arias Montano á Zayas, citada más arriba. Como este documento es inédito, como da á conocer importantes detalles sobre la situacion de Portugal en aquella época, y es un ejemplo del estilo administrativo puesto en moda por los empleados de Felipe, se publica íntegro al final de este volúmen.

el nombre de *cristiano nuevo*. Pero Felipe no se atrevió á intervenir en favor de ellas, y la suma fué consignada. Los preparativos de guerra se precipitaron por la impaciencia pueril de Don Sebastian, y la escuadra de conquista se hizo á la vela el 15 de junio de 1578.

II.—Campaña de Marruecos.

Don Sebastian habia reunido unos veinte mil soldados portugueses, italianos y alemanes con sus criados.—Somos poco numerosos, escribia el embajador español Silva, que los acompañaba (1); bisoños, mal mandados y peor disciplinados.

Hicieron escala en Cádiz, se detuvieron en Arcilla, en la costa de Africa, y perdieron un mes (2). El emperador Abd-el-Melek aprovecha estas dilaciones para reunir su ejército en Salé: llama con preferencia bajo su estandarte á los antiguos moriscos de Andalucía que habian emigrado al terminar la rebelion y estaban acostumbrados á pelear con los cristianos (3); y les recomienda que reserven todos sus esfuerzos para batir á los portugueses é italianos. «En cuanto á los alemanes (4), no os cuideis de ellos; no valen nada.»

El interés de los cruzados era desembarcar en Larache y no en Arcilla, ó á lo ménos costear al pasar de Arcilla á Larache, de modo que no se apartaran de su escuadra y provisiones. Pero Don Sebastian, cuyo designio era vencer con peligro (5), en todos los consejos veia sólo cobardía (6). Con esto entró tierra adentro. Si á lo ménos hubiera sabido marchar con rapidez, habria inspirado acaso audacia á los partidarios de su protegido Abd-el-Mohammed, y determinado una revolucion de serrallo; pero el 29 de julio (7), seis semanas despues de la partida, está todavía á seis millas de Arcilla. Al dia siguiente manda distribuir á cada hombre raciones para cinco dias: se comienza por consumir dos en el campamento de Almenara; se pasa el rio Mucazen el dia quinto, y se acampa allende el puente en presencia del ejército musulman, en la llanura de Alcázar-Kebir.

Allí se agotan las provisiones. Volver en un dia á paso de carga á pedirlas á la escuadra al través de la caballería marroquí, es una derrota inevitable: es preciso combatir y vencer el mismo dia; se sabe, sin embargo, que el emperador enemigo está moribundo, que de un momento á otro acabará con él la enfermedad; su ejército se desbandará, y el aliado de los portugueses Abd-el-Mohammed será aclamado en su lugar. ¿Quién morirá primero, el portugués de hambre, ó el emperador de enfermedad? Don Sebastian no piensa más que en batallas; forma su caballería en pelotones de seis hombres, les pasa revista, y se detiene delante de un peloton de cinco jinetes...—Es verdad, señor, no somos más que cinco, le dice el más viejo, Don Gomez Freire de Andrade; no tengo más que cuatro hijos, que son éstos: hénos aquí.

El emperador Abd-el-Melek vacila. Si se retira lentamente ante los cristianos va á verlos caer delante de sí desfallecidos de hambre; pero si muere ántes, va á entregarse su ejército al odiado rival que traen los portugueses. Sus fuerzas se agotan; la victoria está cerca y la muerte tambien: elige la batalla. Envuélvese en un albornoz de tisú de oro, corrigiendo este esplendor su palidez (8); se hace sostener en su caballo por dos jinetes. Ve la primera carga de los caballeros portugueses que acuchillan su vanguardia; saca su alfanje, da un grito y cae muerto sobre el arzon de su silla.

Pero en este momento se dan á la fuga sin combatir los alemanes (9); los portugueses y los italianos son acorralados, batidos y degollados. El rey Don Sebastian cae tambien muerto, sin que se pueda encontrar su cadáver. El pretendiente marroquí se ahoga al pasar el rio Mucazen, crecido por la marea. Tres soberanos mueren así en una batalla, y el ejército cristiano desaparece por completo.

Algunos centenares de fugitivos pueden llegar á Arcilla llevando á la escuadra la noticia del desastre. En esta catástrofe perdia Portugal toda su virilidad; en algunos minutos habian perecido los que tenian patriotismo y virtud militar. El país quedó enervado por más de cincuenta años. ¡Notable ejemplo de lo que

(1) *Doc. inéd.* tom. XL, pág. 83. Silva á Felipe II, 27 de julio de 1578.
(2) Cabrera, tom. II, pág. 468.
(3) Nardin, pág. 48.
(4) Herrera, tom. II, pág. 196. «Deshacia la fama del valor de los alemanes y persuadiales a no temellos.»
(5) Cabrera.
(6) Aubigné, *las Historias*.
(7) Hé aquí el calendario de esta campaña:
Mártes 29 de julio de 1578, campamento de los Molinos.
Miércoles 30, campamento de Almenara.
Juéves 31, el mismo campamento.
Viérnes 1.° de agosto, campamento de Truxena.
Sábado 2, campamento del puente. Abd-el-Melek está ya en Alcazar Kebir.
Domingo 3, se pasa el rio y se acampa á la parte de allá del puente.
Lunes 4 de agosto de 1578, batalla de Alcazar Kebir.

(8) Aubigné, tom. II, pág. 393.
(9) Cabrera, tom. II, pág. 479.

puede la demencia de un sólo hombre para la desgracia de un pueblo! El poeta de las glorias nacionales, el viejo Camoens, en su lecho de hospital oyó la narracion de la batalla de Alcázar-Kebir, lloró, desvió la cabeza y murió.

III.—El rey Cardenal.

La familia real estaba casi estinguida, y los portugueses se dieron prisa en ceñir la corona á la frente del último príncipe de la raza: este nuevo rey, el cardenal Enrique, tenia cerca de sesenta y siete años (1). Felipe II, «que sabia que el cardenal no podia vivir mucho tiempo,» (2) estuvo pronto á hacer valer sus derechos, como hijo de la emperatriz Isabel de Portugal, (3) y envió al fiel Mora á Lisboa, haciéndolo seguir de cerca, sin embargo, por el embajador Silva, que habia caido prisionero de los marroquíes en Alcázar-Kebir, y recobrado sin rescate su libertad. Su presencia era necesaria para ganar la opinion pública en medio de las pretensiones de los demás herederos.

Las menos peligrosas eran las de Ranuce, hijo de Alejandro Farnesio, y las del duque de Saboya. Los dos, como Felipe, eran hijos de princesas portuguesas; pero estaban demasiado íntimamente ligados bajo la dependencia de España, para no confesar que su grado de parentesco era más lejano que el de Felipe. Catalina de Médicis no parecia más temible: enlazábase á un rey de Portugal, muerto hacia muchos siglos, por medio de una abuela cuyo nacimiento habia sido legítimo, cosa bastante rara en Portugal (4); pero podia esperarse que por títulos tan dudosos no comprometeria la paz entre Francia y España. Otro nacimiento, igualmente sospechoso, daba más inquietud á Felipe II.

El infante Don Luis, hermano del cardenal, (5) habia legitimado al morir á un hijo que habia tenido de una judía convertida, Yolanda Gomez, la *Pelicana*, por mal nombre. Pero el acta que legitimaba á Don Antonio, este hijo de Don Luis, se habia tenido secreta y al parecer sólo se habia extendido para que se le permitiera entrar en la órden de Malta. Don Antonio, que era prior de la rica encomienda de Crato, habia sido hecho prisionero en la batalla de Alcázar-Kebir. Enseñando á los moros su cruz blanca, habia pasado por un pobre hombre de iglesia, rescatado á poca costa su libertad y vuelto á Portugal, donde trabajaba cerca de su tio el cardenal, para que se le declarara heredero de la corona. Pero hubo de cometer la falta de no presentarse como príncipe real, con su cruz blanca y su priorato, «creyendo que no era menester desnudar al sacerdote para vestir al rey» (6). Carecía tambien de energía y se consideraba ya desposeido ántes de haber comenzado la lucha.—El rey de Castilla está seguro de reinar sobre los portugueses, los cuales están ganados todos para este empeño, escribe á nuestro embajador Saint Gouard, luégo que sale de las manos de los moros (7); el rey musulman ha restituido al rey de Castilla su embajador y diez ó doce caballeros; últimamente le ha hecho presente del duque de Barcelós, hijo de la duquesa de Braganza. Yo estoy dispuesto á retirarme á Francia, si el rey Enrique III quiere aceptar mis servicios.

Con esto, el cardenal parecia preferir á la duquesa de Braganza, hija de su otro hermano el infante Don Duarte, olvidando al pusilánime bastardo (8).—Esa duquesa es judía, objetaba Felipe (9) que por otra parte habia tenido cuidado de echar mano al hijo de este rival, el duque de Barcelós, en el momento en que le fué entregado este jóven en Gibraltar por los marroquíes (10). Otro obstáculo á las pretensio-

---

(1) Nació el 31 de enero de 1512; fué proclamado rey el 27 de agosto de 1578.

(2) Herrera, tom. II, pág. 210.

(3) Cánovas del Castillo. «Sin la menor indecision y con singular vigor y presteza.»

(4) Aubigné, tom. II, pág. 318.

(5) La genealogía está muy claramente resumida. Ms. Arch. nacional, K. 1672, pág. 11:

Manuel el Grande tiene cinco hijos:

Miguel	Luis	Enrique	Duarte	Isabel esposa
|	duque de Beja	Cardenal	que tiene dos hijas.	de Cárlos V.
Juan III rey de Portugal.	|	rey	|	|
|	Antonio	de Portugal.	Catalina esposa del duque de Braganza. / María esposa de Alejandro Farnesio.	Felipe II. / Juana madre de Sebastian.
Manuel Juan esposo de Juana hermana de Felipe II.	pretendiente.			
|				
Sebastian rey de Portugal.				

(6) D'Aubigné.

(7) Ms. Bibl. nac. fond. esp. n.° 183, fol. 74, Don Antonio á Saint Gouard, del 25 nov. 1579. «Estoy en esta ciudad de Cascays fuera de tantas penas y de tan largas peregrinaciones.» Esta carta hace conocer tambien la cautividad de Don Antonio.

(8) Herrera, tom. II, pág. 210.

(9) Cabrera, tom. II, pág. 511.

(10) Nardin, pág. 185.

nes de los Braganzas era la incapacidad del duque, por su descortesía, poco valor y sustancia (1). Así, inquieta la duquesa, viendo á su marido poco estimado y retenido á su hijo en rehenes, fingió escuchar á Mora que le aconsejaba ceder sus derechos al rey de España y ofrecia casar á su hija, que le quedaba libre, con el cardenal que tenia cincuenta y tres años más que esta su sobrina (2).

El viejo cardenal con su cabeza temblona (3) pensaba en hacerse relevar de sus votos por gracia del Padre Santo y en fundar una nueva dinastía.—Serian capaces de darle una mujer ya en cinta (4), exclamó Felipe con terror. Y entabló enérgicas gestiones en Roma para detener la bula que autorizara semejante matrimonio (5). Al mismo tiempo hizo distribuir memorias que demostraran sus derechos hereditarios al trono de Portugal, «y todos escribian maravillas, y los tratados fueron traducidos en latin para que lo comprendieran mejor todas las naciones» (6).

Los teólogos no se quedaron atrás en este empeño: el célebre Fray Diego de Chaves los inspiraba á todos con su acostumbrado celo (7); y fué secundado por otro confidente de las ejecuciones secretas, el siniestro Fray Hernando del Castillo, aquel religioso «grave y docto» (8) que habia oido la confesion de Montigny, miéntras esperaba el estrangulador el término de sus homilias. Aplicó su elocuencia á despertar los escrúpulos del cardenal rey para impedirle que hiciese uso de la bula pontificia que autorizara su casamiento, si no se lograba interceptarla. Fray Hernando renovaba importunamente sus instancias hasta en público (9), llegando á hacerse insoportables al anciano, y no cesaron hasta la llegada á España de un nuncio apostólico.

La intervencion del papa era tan odiosa á Felipe II como la persona del prelado enviado de Roma (10). Era este el nuncio Sega, el mismo que habia llevado á Bruselas para Don Juan de Austria los ducados y las indulgencias para la quimérica expedicion de Inglaterra. «No hay ocasion, escribian los teólogos de Felipe II (11), para que Su Santidad ahora conozca judicialmente desta causa. El rey de Castilla, como tal, tiene por derecho divino natural autoridad para conocer y examinar y definir jurídicamente el derecho de lo que le pertenece. Ni vale decir contra esto que S. M. es parte pretensor y que así no puede ni debe ser juez en este caso, porque no se puede llamar sino juez verdadero que se adjudica el reino como señor supremo. Y el usar S. M. de las armas, en esta ocasion será defensa natural del reino que le pertenece y justo castigo de los rebeldes.»

En cuanto á los derechos de la nacion portuguesa, el clero de Felipe II se dignaba intervenir tambien, mas para no tener ya en cuenta sino los del papa. «Portugal no tiene ningun derecho, decia, porque los transfirió en el primer electo y sus subcesores.» Aquel pobre pueblo estaba de duelo desde la fatal cruzada; todos esperaban á los que habian desaparecido; nadie sabia quién habia muerto ni quién estaba cautivo; las mujeres consultaban á las hechiceras para saber si eran viudas (12). La opinion predominante era un odio nacional contra los españoles. Estas preocupaciones entre los pueblos eran muy vivas en aquella época; pero en ninguna parte tan inveteradas como entre portugueses y españoles. «El pueblo de este país, escribe nuestro embajador Saint Gouard (13), es tan portugués, que más bien se daria al turco que someterse á los castellanos.» Y Brantome (14) que hablaba muy bien el castellano, fué mal recibido en Lisboa por una criada que lo creyó español.—Mal hablada, le dijo su ama, ¿no te avergüenzas de llamar castellano á un hombre de honor como este francés?—Las mujeres gustaban de imaginarse que el rey Sebastian no habia muerto, y que reapareceria cuando ménos se pensara (15). Corria entre ellas el cuento de que la noche que siguió á la infausta batalla, habia llegado á Arcilla un hombre que se hizo abrir la puerta diciendo que era el rey, y habia partido el dia siguiente, oculto en un navío. En buen hora, decian los españoles; dijo que era el rey para que le abrieran la puerta, y se ocultó para que no lo castigaran por su fraude (16).—No, se replicaba, era nuestro rey en persona, y está ahora haciendo penitencia en un monasterio para aplacar el enojo

(1) Cabrera.
(2) Cabrera, tom. II, pág. 501.
(3) *Ibid.*
(4) *Ibid.* pág. 518.
(5) *Ibid.* pág. 511.
(6) *Ibid.* pág 486.
(7) Nardins, pág. 187.
(8) Cabrera, tom. II, pág. 512.
(9) *Ibid.* pág. 518.
(10) Herrera, tom. II, pág. 210.
(11) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 277. La consulta está inserta en las *Memorias* de Fray Juan de Jerónimo.
(12) *Doc. inéd.* tom. XL, pág. 149, Mora á Felipe II. «Se vuelven á interrogar hechiceras.»
(13) Ms. Bibl. nac. franc. 16107, del 31 enero 1580.
(14) *Rodomontades espagnoles*, pág. 41.
(15) *Doc. inéd.* tom. XL, Mora al rey. «Muchas son de opinion que el rey no es muerto.»
(16) Cabrera, tom. II, pág. 485.

de Dios, que acaba de castigarnos tan reciamente.

Nadie se atrevia á esperar un príncipe del futuro matrimonio del rey cardenal. Se sabia que habia empleado en vano el brebaje del Unicornio y la piedra bezoar, para obtener vigor; pero esto no tenia eficacia con todos (1). Felipe estaba informado de la precoz caducidad del príncipe cuya sucesion anhelaba.—Está muy viejo y quebrantado, escribia Mora (2); oye con dificultad y tiene mucho apego á los Padres de la Compañía de Jesus.

El clero portugués tenia en sus sentimientos patrióticos tanto ardor como el pueblo: se veia con horror en peligro de caer en la condicion de la Iglesia española sometida á las intrigas de los teólogos cortesanos y á una inquisicion sojuzgada por el rey. Unicamente los jesuitas se habian consagrado á los intereses de Felipe II y procuraban mañosamente seducir al viejo cardenal para que lo reconociera por su heredero.

En medio de aquella gente irritable é inquieta trabajaba con maravillosa destreza Don Cristóbal de Mora: ya obtenia de Felipe cartas firmadas en blanco que dirigia á los sobrevivientes de la nobleza, despues de haberlas llenado segun el carácter de cada uno; ya seducia á un obispo alarmándolo con la agitacion del clero bajo; un dia obtiene una órden de destierro contra el pretendiente Don Antonio; otro se prevale de un viaje del duque de Osuna, que acaba de llegar con hombres de ley, para hacer oir los argumentos del rey de España (3).

Pero los hombres de ley no valen lo que los soldados para esto de ganar reinos; Felipe lo sabe muy bien, y ordena á sus secretarios «darnos pareceres sobre la forma que se ha de tener para apoderarse de Portugal en caso que se hubiese de venir á las armas» (4). Sus teólogos le han declarado ya que «el usar S. M. de las armas en esta ocasion será defensa natural del reino que le pertenesce y justo castigo de los rebeldes» (5). Con esto encarga al duque de Medina Sidonia reunirle un ejército en Andalucía (6); retiene en la rada de Gibraltar al marqués de Santa Cruz con treinta y nueve galeras; hace que se le dé cuenta del estado de las guarniciones, de las fortificaciones y de los víveres en las plazas de la frontera; llama los tercios de Italia y se dispone á lanzar treinta mil soldados á Portugal el dia en que sepa la muerte del rey cardenal.

Ni un ducado se envia ya á los Países Bajos: todos los recursos de la monarquía son aplicados al nuevo ejército ó á las munificencias mañosamente distribuidas por Mora. Apénas se decide el rey Enrique á remitir á las córtes el cuidado de designarle sucesor (7), cuando Mora hace de modo que Lisboa elija los diputados escogidos por él (8); sus manejos electorales no triunfan igualmente en todas las ciudades; pero gana para Felipe tres de los cinco regentes que el rey cardenal nombra para recoger el gobierno luégo que él espire. Esta hora es esperada con ansia y se acerca más y más. Se quiere celebrar el cumpleaños del moribundo (9) y se rodea su cama; y aquel mismo dia en que cumplia sesenta y nueve años, el rey Enrique muere á las once con el eclipse (10). «¡Que haya gloria!» exclama Felipe (11). Y se da prisa en llamar al duque de Alba de su destierro de Uceda y lo envia á Extremadura á tomar el mando del ejército de ocupacion (12).

IV.—Campaña del duque de Alba

La eleccion del duque de Alba es más bien cosa forzada, pero con apariencia de voluntaria y agradable, dice Saint Gouard dando á entender cómo Felipe, que habia rechazado á todos los hombres dotados de condiciones de mando, se ve precisado, sin embargo, á llamar en esta hora de crísis á los antiguos discípulos de Cárlos V, el cardenal Granvela y el duque de Alba.

Al llegar en medio de sus soldados encuentra el duque por maestre de campo general á

(1) Herrera, tom. II, pág. 160.
(2) *Doc. inéd.* tom. XL, pág. 141.
(3) *Ibid.* pág. 251.
(4) Ms. Bibl. nac. franc. 16106, folio 61, del 28 de mayo 1579. Esta misma coleccion comprende las Memorias sobre los derechos de Felipe II y sobre sus negociaciones en Portugal, fols. 114, 119 á 121.
(5) *Doc. inéd.* tom. VII.
(6) *Ibid.* tom. XXVII, pág. 210 y siguientes.
(7) Diciembre de 1579.
(8) Cabrera, tom. II, pág. 571. «Hizo elegir en Lisboa los procuradores á su modo.»
(9) El 31 de enero de 1580.
(10) Ms. Bibl. nac. franc. 16107, fol. 15, del 7 de feb. 1580, Saint Gouard á Villeroy.
(11) *Doc. inéd.* tom. XXVII, pág. 263, el rey al duque de Medina Sidonia, del 19 de febrero.
(12) Se vió en la parte segunda de esta historia como el duque de Alba fué relegado á Uceda por haber consentido el casamiento de su hijo Don Fadrique con doña María de Toledo, á pesar de la obligacion que tenia con Doña Magdalena de Guzman. Esta no tardó en consolarse casándose el 4 de octubre de 1581 con el marqués del Valle. (Cartas de Madrid, 30 octubre 1581, piezas copiadas y comunicadas por Morel Fatio) «El dia de San Francisco se casaron y velaron el marqués del Valle y Doña Magdalena de Guzman en Toledo con gran contento, con que se ha acabado la persecucion de Don Fadrique.» Pero fué poco considerada: la duquesa del Rio Seco rehusó darle un título de cortesía y la trató de merced (*Ibid.* 8 enero 1582.) En cuanto á Fadrique, despues de recobrar su libertad, tuvo un hijo, con gran desesperacion de su hermano, el condestable de Navarra (*Ibid.* 25 de octubre de 1582); pero el niño vivió poco.

su antiguo teniente Sancho de Avila, el que despues de su salida de Bruselas entregó la ciudad de Amberes á la amotinada tropa: exige que se le envie igualmente su secretario Albornoz, arrollado tambien en su desgracia, pero cuyos servicios le son indispensables, dice el duque (1). Debe mantener la disciplina en un ejército de treinta y dos mil infantes, con sus mujeres y criados, con la artillería y los zapadores (2), sin contar la caballería y el séquito del rey. Pero el rey permanece prudentemente en Badajoz (3), desde donde dirige los víveres al campamento y los espías á Portugal (4).

Los mejores espías eran los regentes dejados por el rey Enrique: simulaban armamentos para dar satisfaccion al pueblo (5) y sembraban el desórden para impedir que se organizara la resistencia. Sólo un hombre mostró energía, Manuel Elmada, obispo de la Guarda: declaró que Don Antonio era hijo legítimo del infante Don Luis (6) y el único heredero del trono; convocó en un valle, á las puertas de Santarem, treinta mil campesinos y apareció en medio de ellos con el pretendiente Don Antonio y el conde de Vimioso, que tambien descendia de los reyes de Portugal. Al ver á estos brillantes caballeros que hablaban á su corazon, que hablaban de la patria, los hombres de los villajos y el populacho de Santarem se imaginaron que podrian defenderse. Un zapatero proclamó por rey á Don Antonio; el entusiasmo se expresó á gritos (7), pero únicamente los religiosos llevaron el amor del país al extremo de tomar las armas (8).

Así pues el nuevo rey sólo iba acompañado de un pequeño número de partidarios cuando hizo su entrada en Lisboa, donde fué recibido por el arzobispo y por Juan Tello de Meneses. Hubo de reclutar allí algunos millares de hombres, «entre los negros y la más vil canalla, cuyos capitanes eran religiosos que llevaban la cruz en la mano izquierda y las armas en la derecha (9).»

Portugal caia, quebrantado por su desastre y por las defecciones. El duque de Braganza se entregaba á Felipe II por un collar del Toison de oro. Muchos gobernadores de ciudades vacilaban en reconocer por rey al hijo de la Pelicana, á quien Felipe II habia declarado rebelde con todos los que lo seguian. El soberano legítimo era Felipe: los que se le resistian se hacian reos de lesa majestad (10). Con esto los hombres pacíficos, los que quieren el órden bajo un gobierno fuerte, llamaron al ejército del duque de Alba, vitorearon á su vanguardia; y no se puede imaginar, escribe Albornoz (11), el número de personas que acuden de los pueblos á pedir gracias ó la confirmacion de sus empleos ú otros privilegios.

El movimiento popular de Santarem habia servido de pretexto á la invasion, y Felipe impelia á su ejército con una actividad contraria á sus hábitos. «Ayer tuve aviso del duque de Alba, dice al de Medina Sidonia (12), de cómo se entregó la villa de Montemor el Nuevo, que es de las principales de Portugal, habiéndose huido antes Don Diego de Meneses y Don Francisco de Portugal, y el ejército camina sin perder tiempo, y lo mismo combiene que haga el armada, pues en la vrevedad consisten los buenos efectos; y así he mandado dar muy gran prisa al marqués de Santa Cruz.»

El 16 de julio el duque de Alba está delante de Setubal: lanza al asalto una columna de portugueses rescatados de los moros por Felipe II (13); trepan á los muros y entran casi sin resistencia.—Hubiera querido, dice Alba (14), salvar á lo ménos del pillaje la mitad de la poblacion; pero bien he visto que deseaba cosa imposible y que hubiera sido hacer una grave injusticia á los soldados.—En cuanto se encendió la primera mecha de arcabuz, el antiguo opresor de Flandes sintió el ardor de la fiebre: no se le hable de ganar por medios suaves nuevos súbditos para su rey y señor; él no ve en ellos más que rebeldes que debe castigar. Hace

(1) *Doc. inéd.* tom. XXXII, pág. 20. Albornoz vuelve de este modo al favor del rey, de quien el año siguiente recibió un beneficio de cuatrocientos ducados. (Cartas de Madrid, 8 de enero de 1582.)

(2) *Ibid.* pág. 13.—La correspondencia de Mora está publicada *Doc. inéd.* tom. VI, pág. 27 á 661; la del duque de Medina Sidonia, t. XXVII; la de Sancho de Avila, tom. XXXI; la del duque de Alba tom. XXXII á XXXIV; la de Silva, tom. XXXIX á XLI. Una copia de la correspondencia de Mora existe en la Biblioteca de Metz. (Com. real hist. Bélgica. año 1869, pág. 145.)

(3) *Ibid.* tom. VII, Felipe llega el 21 de mayo de 1580 á Badajoz.

(4) *Ibid.* tom. XXVII. «Que desde luego se vayan ganando hombres que puedan servir de espías.

(5) Cabrera, tom. II, pág. 578 y *Manifiesto de Don Antonio*, publicado por Plantin, pág. 34. Estos regentes eran Juan de Masquerenas, Francisco de Sa, Lopez de Souza, comprados los tres para España. Los otros dos, Juan Tello de Meneses y el arzobispo de Lisboa eran favorables á Don Antonio.

(6) Antonio confiesa en su *Manifiesto* (pág. 9) que ignoraba «quod clandestinum intercesserat conjugium quodque ejus rei adhuc exstarent testes aliquot fide digni»... Nació en 1531.

(7) El 15 de junio de 1580.

(8) Cabrera, tom. II, pág. 607.

(9) Cabrera, tom. II, pág. 611.

(10) *Doc. inéd.* tom. VII, Fray Juan de Jerónimo, *Memorias*.

(11) *Ibid.* tom. XXXII, pág. 200, Albornoz á Zayas, del 5 de julio de 1580.

(12) *Ibid.* tom. XXVII, carta del 18 julio 1580.

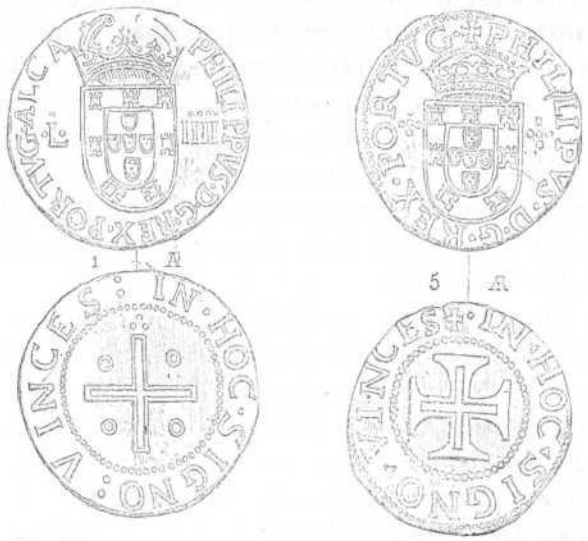
(13) *Doc. inéd.* tom. XXXI, carta del 16 de julio 1580, y t. XL, pág. 340.

(14) *Ibid.* XXXII, pág. 277, al rey, del 18 julio 1580.

llamar á del Rio, aquel que echaba tranquilamente á la calle á los burgueses flamencos, despues de haberlos despojado de todo lo que poseian, y le da á explotar á Portugal. En cuanto á los prisioneros, tampoco los perdona. Siempre que cae en sus manos un caballero, «Pienso, dice, pienso mañana cortarle la cabeza» (1).

Ante este huracan, en medio de este terror, los bravos Meneses, Vimioso, con sus frailes y negros, no pueden salvar más que el honor nacional. El rey Antonio, sin audacia ni prestigio, espera que el papa defienda sus derechos. El papa, en efecto, está tentado á presentarse como árbitro entre los dos príncipes cristianos: acaba de enviar al cardenal Riario de España, encargándole, para seducir á Felipe, de un tesoro inestimable, la mitad del cuerpo de uno de los niños inocentes que Herodes degollara (2). Felipe acepta al inocente, rodea de festejos y piadosas ceremonias al cardenal Riario (3), lo retiene á su lado y miéntras el marqués de Santa Cruz lleva la escuadra á Setubal, toma á bordo el ejército del duque de Alba y se hace á la vela para Lisboa.

En Lisboa estaba el pueblo agitado por calurosas predicaciones y falsas noticias. De pronto sabe el sitio de Setubal. «Muchos religiosos recorren á caballo la ciudad, con las armas desnudas, animando al pueblo á embarcarse; las mujeres gritaban y las iglesias se llenaban de gemidos (4).» Lánzanse á las barcas sin órden, sin jefe, sin armas, sin víveres; el calor es sofocante... sábese en este tumulto la toma de Setubal y la proximidad de la escuadra al mando de Santa Cruz, y saltan atropelladamente en tierra. Por la noche entran en la ciudad las milicias de los pueblos inmediatos que han derrotado á los arcabuceros españoles desembarcados á orillas del Tajo. El rey Antonio, aturdido con los clamores, consiente en dirigir una salida en masa contra el ejército del duque de Alba, que Santa Cruz pone metódicamente en tierra; pero ántes de alejarse tres leguas de la ciudad, observa que los que lo siguen son «ménos numerosos y ordenados de lo que pensaba;» pídenle de comer y lo obligan á volver á la capital. El dia siguiente «el sastre, el zapatero, todos los artesanos y los lugareños que se jactaban de poder ellos solos vencer á todo el mundo, no salen ya de sus casas (5); hubieran querido más bien pelear con palabras.» Sin embargo, el pretendiente Antonio consigue apostar siete ú ocho mil hombres en el puente de Alcántara á fin de defender el barranco que separa á Lisboa del ejército invasor. El duque de Alba envia á Próspero Colona «á comenzar la fiesta,» atacando de frente el puente con sus arcabuceros italianos (6), miéntras Sancho de Avila conduce á los españoles por las crestas para tomar por el flanco á los defensores del puente y Santa Cruz cañonea las casas de Lisboa. Antonio es herido en la frente (7), sus hombres se dispersan y Próspero Colona pasa el puente.



Monedas portuguesas de oro y plata del reinado de Felipe II

En vista de esto, el consejo de la ciudad de Lisboa ofrece capitular bajo las condiciones de un perdon general y la confirmacion de los privilegios municipales. «No hay otra manera de trato ninguno, contestó el duque de Alba (8), sino dar la obediencia á S. M. como á su rey y señor natural y entregarse á lo que fuese servido hacer de ellos.» Los habitantes se dieron prisa en enviar las llaves de la ciudad, miéntras el herido pretendiente les grita: «¡Judíos! vosotros me pusisteis en esto y ahora me desamparais.» Despues toma una barca y se retira á Santarem con el conde de Vimioso.

Los vencedores se dispersan por los barrios y se dan al pillaje; se apoderan de barcos cargados de mercancías y añaden al cargamento los muebles saqueados en las casas; pero el duque de Alba logra preservar en parte el interior de

(1) *Doc. inéd.* pág. 344, del 1.º agosto 1580.
(2) Cabrera, tom. II, pág. 594.
(3) Nardin, pág. 282.
(4) *Ibid.* pág. 272.
(5) Nardin, pág. 294.
(6) *Doc. inéd.* tom. XXXII, pág. 455, Alba al rey, 25 agosto 1580.
(7) *Manifiesto*, pág. 40.
(8) *Doc. inéd.* tom. XXXII.

la ciudad. Muy luégo lo pone en cuidado la indisciplina que traen consigo estos abusos. Hace muchos dias que los pueblos inmediatos están sufriendo el pillaje, sin poder reservar ningun objeto útil (1). «Los desórdenes que hoy pasan, escribe Alba (2), son de manera que yo no pensé verlos jamás ni que en gente de guerra pudiesen caber. Yo aseguro á V. M. que no hay coronel, maese de campo, capitan y oficial ninguno que haga su oficio como le ha de hacer, y que á todos ellos se les podria muy bien suspender los cargos. He ahorcado buen número de soldados, he echado á galeras cincuenta, he quitado el cargo á ocho capitanes y á todos se les pudiera muy bien quitar. He ahorcado tantos merodeadores y tantos ahorco todos los dias que temo que me faltará cuerda (3).»

Tampoco se economizaba más la cuerda con los prisioneros portugueses: los jefes, como Meneses y Acevedo, eran decapitados (4), ahorcados los demás.

Muy tranquilo en Badajoz, supo Felipe II que la ciudad de Lisboa acababa de someterse y se persuadió de que no habia sido saqueada (5). El rey Antonio y el conde de Vimioso eran entre tanto acogidos en Santarem (6). Detrás de ellos avanzaba Sancho de Avila que devastaba el país. «Acabo de llegar á Oporto, escribe al duque de Alba (7). Todo se ha saqueado y creo que no se dejó cruz ni cáliz en toda la tierra. Los soldados son insolentísimos y digo á V. Excelencia que he ahorcado y descalabrado muchos, que no he hecho en mi vida otro tanto.» «Cobrar esto y volverlo á las iglesias,» pone Felipe II al márgen; despues acaba con mucho sosiego la lectura de esta carta que el duque de Alba le habia trasmitido. «Aquí, continua el maestre de campo, se han prendido algunos italianos y ingleses: para ahorcar son muchos. Si el marqués de Santa Cruz los hubiese menester para el remo, podria enviárselos.—No, escribe Felipe al márgen: más pena merecen que galeras.

Ante esta órden, Sancho de Avila, el veterano de las matanzas de Flandes, el verdugo de Amberes, retrocede de espanto y desobedece. Despues escribe (8): ¿Qué se ha de hacer de los prisioneros? «Tengo las cárceles llenas.» —«Manda S. M., hay escrito al márgen, que se haga lo que de justicia se deba hacer; ordene á Sancho de Avila que lo execute, pues ningun bien se puede seguir de la dilacion y ya se avisó al duque que de los vasallos de S. M. se hiciese justicia, tanto de los de acá como de los de Italia, y que los demás podrian ir al remo.»

Lo más peligroso de estos supuestos súbditos portugueses no estaba en las cárceles de Sancho de Avila: el rey Antonio habia huido á pié, y oculto en un cañaveral, permanecido un dia entero con agua hasta el pecho (9); despues anduvo errante de cabaña en cabaña, entre Duero y Miño, espacio de siete meses, sabiendo que se habia puesto su cabeza á precio de veinticinco mil ducados. La solicitud de una mujer fuerte, Beatriz Gonzalez, le facilitó al fin su evasion en un barco que lo condujo á Calais (10). Entónces recayó la venganza sobre la pobre Beatriz, que fué condenada á muerte (11).

Esta evasion irrita á Felipe II, que no oculta su despecho á su ejército. ¿Qué se quiere de nosotros, escribe uno de los jefes militares (12)? «Como si aquí lo tuvieramos en la manga, haciendo más mudanzas que tiene una pavana y va saltando de un lugar á otro. Todos quieren ser generales, que el ejército sea encantado, siempre invencible y que viva del aire.»

Aquel rey que tan mal sabia merecer el amor del soldado y exigia la disciplina, permaneció en Badajoz durante el año 1580, que habia sido señalado por los astrólogos como una época maldita.—Y en efecto, las mujeres vagamundas y prostituidas recorrian el país en tan gran número que era una lástima verlas y oirlas. Eran azotadas y marcadas. Despues vino una epidemia catarral y en nuestro monasterio del Escorial no hubo un hermano que no tuviera que guardar cama: cuatro murieron y entre ellos el primer pintor de miniaturas de España Fray Andrés de Leon, y en Badajoz fué tambien atacado del mal el mismo rey (13).—En efecto, Felipe II se creyó bastante grave para juzgar

(1) *Doc. inéd.* pág. 353, Pedro Bermudez Delgado, 2 agosto 1580.
(2) *Ibid.* pág. 368. el duque de Alba al rey.
(3) *Ibid.* tom. XXXII, pág. 285.
(4) *Ibid.* pág. 370, y Herrera tom. II, pág. 255.
(5) *Ibid.* tom. XXVII, pág. 370, el rey al duque de Medina Sidonia. «Sin sangre ni saco.»
(6) *Manifiesto*, pág. 42. Este documento es intitulado: «Explanatio veri ac legitimi juris quo serenissimus Lusitaniæ rex Antonius enititur ad bellum...» Lugd. Batav. Plantin, 1585.
(7) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 296. Carta del 24 oct. 1580.
(8) *Doc. inéd.* pág. 303. Carta del 30 de octubre.
(9) *Manifiesto*, pág. 49.
(10) *Ibid.* pág. 51.
(11) *Cartas de Madrid*, 26 de junio 1582. «Ya avian sentenciado la muger que ayudó á embarcar á Don Antonio.»
(12) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 228, el Prior Don Hernando, el secretario Zayas.
(13) *Ibid.* tom. VII, pág. 335, Fray Juan de Jerónimo, *Memorias*. La misma enfermedad se padecia al mismo tiempo en Roma y en Paris, y atacó á Enrique III y al duque de Guisa. Era «una forma de reuma ó catarro que llamaron *coqueluche*» (L'Estoile, Journal, edicion Jouaust, tom. I, pág. 361. Junio de 1580.

necesario dictar su testamento, atribuyéndose su pronta curacion á la audacia de Vallés «gran médico que le sacó á la vida con experiencia peligrosa y terrible al parecer de sus compañeros, purgándole en conjuncion de luna» (1). Pero durante esta breve crísis, supo la reina Ana que el testamento no le confiaba la regencia. Nadie ha dicho cuáles fueron las escenas secretas entre la codiciosa alemana y el receloso Felipe. Sólo se saben los arrebatos de cólera del rey contra el imprudente Antonio de Padilla (2) que habia revelado á la reina el secreto del testamento: el pobre Padilla, como en otro tiempo el cardenal Espinosa, no pudo resistir á las recriminaciones del rey y murió de despecho en algunas horas. Casi al mismo tiempo, la reina, probablemente maltratada tambien, murió (3) cuando sólo tenia treinta y un años (4). Dejaba al rey tres hijos, de los cuales murieron dos muy luégo como los precedentes (5), y su hermano el archiduque Alberto, á quien habia adoptado por hijo Felipe II y acababa de recibir el capelo de cardenal (6).—Esperemos, dijo el rey al enterrar á su cuarta mujer, que goce de la presencia divina: en todo debemos someternos á la voluntad de Dios (7).

Pero cuando acabó el año maldito, cuando hubieron desaparecido todos los defensores del rey Antonio, no pudo ya ménos de dejarse ver. Hacia meses que el duque de Alba habia escrito (8): «Lo de aquí es acabado, gracias á Dios, y S. M. puede entrar ya en este reyno con tanta quietud como por Madrid.» Con todo eso, Felipe avanzó lentamente, recibió los juramentos de fidelidad en el convento de Thomar (9) y hasta fines de junio no se atrevió á hacer su entrada en Lisboa (10) y todavía rehuyó presentarse en público «por ser de suyo retraido» (11), lo que en nada contribuia á fortificar su partido. No pensó tampoco más en cortar la persecucion ni en restablecer la disciplina. Al contrario comienza á dirigirse el rigor contra las mujeres. Sabe el rey que se ha preso á una hija del rey Antonio y á la mujer de uno de los jefes portugueses, Don Diego Botelho, y manda que las lleven á Lisboa, «despues de despojarlas de todo cuanto posean» (12): es su primera órden. Despues las envia como penitentes bajo la autoridad y vigilancia de religiosas españolas. La madre del conde Vimioso y siete de sus hijas son simplemente encerradas en una torre de Castilla; la viuda del bravo Meneses es despojada de sus bienes y abandonada á la caridad pública. Para descubrir al rey Antonio, á quien se supone aún oculto entre Duero y Miño, se registran los monasterios de religiosas (13) y se prende á los magistrados.. El duque de Alba no es reprimido en su celo sino cuando persigue á los extranjeros. Un dia (14) tuvo el gusto de prender á tres franceses que llegaban de Madrid y con el portugués en cuya casa habian parado en Lisboa y el patron de la barca en que iban á embarcarse, someterlos á tortura sin ningun motivo. «Temo, escribe el rey, que ha de haber grandes quejas de haberse dado la cuerda á estos franceses, y más si lo sabe San Gouard, el embajador que está en Madrid. Conviene que se les dé algo y embarcacion para que vayan contentos y sin quejas y sin pasar por Madrid» (15).

Pero sin esta, no dejaba de tener quejas Saint Gouard, el cual escribia á Enrique III: «Se han prendido algunos franceses por haberse puesto en cobro oportunamente. Un barco francés con sesenta ú ochenta hombres ha sido apresado por las galeras, sin quedar á vida más que siete hombres que, despues de la refriega, fueron ahorcados en las mismas galeras» (16). Con esto se trasladó á Lisboa, en cuanto Felipe se instaló allá, y escribió memorias sobre los episodios de esta conquista que se queria hacer pasar por pacífica.—Han cortado la cabeza á un abogado por haber sostenido los derechos de Don Antonio. Don Antonio debe tomar muchas precauciones, pues no son pocos los

(1) Cabrera.
(2) Presidente de las órdenes.
(3) El 26 de octubre de 1580.
(4) Esta muerte prematura, inmediatamente despues de la curacion del rey, fué considerada como milagrosa «y se dijo que la reina habia suplicado á Nuestro Señor la sacara de esta vida en lugar del rey su esposo (Fray Juan de Jerónimo, *Memorias*) y Dios escuchó su ruego, porque el rey sanó y la reina cayó enferma. (Florez, *Reinas Católicas*), tom. II, pág. 908.
(5) Don Fernando, que nació el 4 de Diciembre de 1571, murió el 18 de oct. de 1578.
Don Cárlos Lorenzo, nac. el 12 agosto 1573 y mur. el 9 julio 1575.
Don Diego Félix, nac. el 12 julio 1575 y mur. el 21 nov. 1582.
Don Felipe, nac. el 13 abril 1578 y viene á ser el tercer rey de su nombre muriendo en 1621.
Doña María, nac. el 14 febr. 1580 y mur. el 4 agosto 1583.
(6) El 26 de mayo de 1577, *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 189.
(7) *Doc. inéd.* tom. XXVII, el rey á Medina Sidonia, 7 nov. 1580.
(8) Carta del duque de Alba á Don Diego de Sandoval, del 1.º de setiembre 1580, copiado por Rodriguez Villa y comunicado á Morel Fatio.
(9) En abril de 1581.
(10) *Doc. inéd.* tom. XL, pág. 407. El 29 de junio 1581.
(11) Granvela á la duquesa de Parma, 29 febr. 1581. Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VII, pág. 568.
(12) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 314. — *Cartas de Madrid*, carta del 18 set. 1581.
(13) *Doc. inéd.* tom. XXXIV, pág. 168. El duque de Alba al rey.
(14) *Ibid.* pág. 256. El Duque de Alba al rey, 17 abril 1581.
(15) El rey está demasiado receloso para renovar esta recomendacion (pág. 260).
(16) Ms. Bibl. nac. 16108, fol. 36, del 3 de junio 1581.

portugueses que lo andan buscando, pagados para matarlo. Ciertos castellanos lo buscan tambien con el mismo objeto (1).—Pero este observador no tardó mucho en hacerse importuno, y como por entónces no eran muy armónicas las relaciones con Francia, fué invitado bastante brutalmente Saint Gouard á salir de Lisboa y á no alejarse de Madrid (2).

Sin embargo, las violencias oficiales no atropellaban sino á un limitado número de víctimas. La mayor parte de los atropellos eran efecto de la licenciosa soldadesca. «En el pueblo de Conto de Mayorca cincuenta hombres de á caballo, que traen consigo mujeres y criados, sorprenden á los habitantes y los tratan cruelmente con muchos agravios y sinrazones, y afrentas que hacen á ellos y á sus mujeres y hijas.» El mismo Felipe II se queja á Sancho de Avila (3), y el hecho es general. Por otra parte otros cien jinetes «que con la gente de á pié y mujeres que traen consigo hacen número de más de trescientas personas, se hacen dar de comer y servir por los habitantes, les quitan la ropa y los muebles y les infieren mil injurias y vejaciones; y quieren tomar las hijas y mujeres de los hombres y maridos, y con las otras solteras que llevan consigo cometen muchas deshonestidades á vista de los huéspedes» (4). Más de veinte pueblos son destruidos por estos excesos en unos cinco meses á vista y paciencia del rey (5). Los castellanos llamaban salvajes á los portugueses, y como salvajes los trataban (6). El mismo Sancho de Avila hubo de secuestrar á una dama que no tenia lazos ni relaciones ningunas con los rebeldes, Doña Juana de Castro, á fin de obtener un buen rescate. Luégo cuando recibe del rey la órden de ponerla en libertad, se chancea sobre el incidente afirmando que sólo pretendia casarse con la dama, la cual no tenia razon para estar descontenta (7). «Si á Sancho de Avila, dice de buen humor el duque de Alba (8), le ponen una puerca tocada, se casará con ella.»

En medio del libertinaje de un ejército indisciplinado y suelto en un país acobardado, quedan los campos sin cultivo, se olvidan las precauciones higiénicas y la peste se propaga sin obstáculo.—El mal hace rápidos progresos, muchos soldados mueren diariamente, escribe Sancho de Avila (9), y yo tengo más pesar de ver caer uno de la peste, que veinte en el combate. Oporto se despuebla: la peste, la miseria, la falta de policía y de remedios hacen la situacion muy grave (10).—La peste pasa adelante en Lisboa, escribe Saint Gouard (11).

Y el hambre hace tantas víctimas como la peste (12).—De mí sé decir, escribe Sancho de Avila (13), que al ver tales y tantas calamidades me he decidido á hacer penitencia; y como la más severa de todas las penitencias es, á mi parecer, el casarse con una moza, cuando uno es ya viejo, he tomado esta determinacion.—Y se casó en efecto, pero murió poco despues de una coz de caballo.

La mayor parte de estos males debe atribuirse á la negligencia del rey, que no sabia proveer á las necesidades de su ejército. Sin pan ni víveres, el soldado se veia en la necesidad de robar el sustento contrayendo hábitos de bandolerismo. En medio de tales desórdenes se completó la anexion de Portugal, única empresa del reinado de Felipe II que hubiera tenido buen éxito. La fama de la victoria no debia sin embargo deslumbrarlo. España habia perdido sus renombrados tercios y sus ministros. Los antiguos hombres de guerra, Santa Cruz y Alba, echaban miradas de inquietud á lo que quedaba detrás de ellos de las tradiciones del grande emperador. Alba sucumbió primero. «Estaba indispuesto en Lisboa, escribe el cardenal Granvela, que veia con los mismos ojos la inevitable caida (14), y muy flaco por haberle sobrevenido cámaras y calentura lenta; pero como mamaba de una mujer, se hallaba algo mejor.» Ni la sangre que habia hecho derramar, ni la leche que chupaba podian devolverle la juventud y murió tres años despues (15) que el rey cardenal, que le habia dado el ejemplo de solicitar senos no destinados á los viejos (16). Ignorábase su edad: él confesaba setenta años;

(1) Ms. Bibl. nac. fol. 75. V. tambien el fol. 32. «Degollaron á un letrado» Pedro Dor, cónsul de Francia en Lisboa, fué tambien maltratado.

(2) Ms. Bibl. nac. 16108, fol. 127 del 23 de julio 1582.

(3) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 390, del 9 abril 1581.

(4) *Ibid.* pág. 371, del 29 de marzo.

(5) *Ibid.* de marzo á julio 1581, págs. 389, 393, 398, 406, 407, 425, 462. Seria interesante conocer la opinion personal del rey. M. Gachard ha hecho copiar en Simancas la correspondencia de Felipe II con los infantes durante la campaña de Portugal: probablemente la hará imprimir.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 16108, fol. 32.

(7) *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 371, del 29 marzo 1581.

(8) *Ibid.* tom. XXXIV, pág. 168.

(9) A Zayas, el 18 abril 1581, tom. XXXI, pág. 405, y á Delgado pág. 408.

(10) A Delgado pág. 412, del 26 abril 1581.

(11) A Villeroy, Ms. Bibl. nac. franc. 16107.

(12) A Zayas, *Doc. inéd.* tom. XXXI, pág. 414.

(13) *Ibid.* pág. 415, del 29 abril, 1581.

(14) *Doc. inéd.* tom. XXXV, pág. 354. Granvela á Cristóbal de Salazar, 10 de diciembre de 1582. Guy Patin, *Correspond.* t. I, pág. 521.

(15) El 12 de diciembre 1582.

(16) P. Anselmo, *Hist. genealógica.*

otros le daban más años (1). Cuando se abrió su ataud, unos cuarenta años despues, «la composicion del rostro, la gravedad de las canas, la autoridad de persona superior no habia perdido» (2).

La desaparicion de esta autoridad dejó un gran vacío en el ejército español: Felipe II no tuvo ninguna idea de esto. «Sin duda fué una gran pérdida, dijo (3); mas como son obras de Dios, no hay que decir más de darle gracias por todo.»

Este fatalismo era muy útil en aquel momento á su corazon de padre, porque los hijos de la reina Ana se morian uno tras otro: sólo el enteco príncipe Felipe (4) escapaba de la viruela y de las mortificaciones de la etiqueta, niño de genio dócil, pausado y modesto, triste imágen de la decrepitud universal.

A esta decadencia fué precipitado Portugal. Muchas calamidades lo habian abrumado en tres años, postrándolo hasta el punto de impedirle por mucho tiempo todo esfuerzo. Ahora se van á llevar hácia las posesiones de Ultramar las últimas tentativas de resistencia. En la madre patria, sólo el clero conserva el sentimiento nacional. Deja correr el rumor de que el rey Sebastian no ha muerto, que le ha sido impuesta una penitencia de siete años y que luégo aparecerá purificado y vencedor (5). Así nacen las leyendas: la salvacion podia nacer tambien; ya la credulidad popular registraba las ermitas y anhelaba suscitar un vengador entre los misteriosos penitentes. Dos ó tres eremitas así transfigurados en reyes por el mito, fueron prudentemente enviados á galeras; y el obispo de la Guarda que habia querido sustraerlos á este suplicio, fué estrangulado (6). Un médico, el licenciado Mendez Pacheco, fué condenado al remo por haberse dejado llevar por Doña Francisca Lalva (7) á la Sierra del Carnero, entre Oporto y Guimaraens, á la cabecera de un jóven herido, cuyo rostro cubria un antifaz de tafetan negro, y por haberlo asistido secretamente.

Felipe II creyó poder ahogar estos rumores haciendo celebrar las exequias del rey Sebastian. Al intento envió á Ceuta (8) á Don Alonso de Leiva y al duque de Medina Sidonia, los cuales recibieron de manos de los marroquíes el supuesto cadáver de Don Sebastian y lo llevaron á Belem, donde Felipe II lo hizo depositar solemnemente en su presencia en medio de los otros sepulcros de la familia real portuguesa (9). Pero otro manejo fué más eficaz. Los Padres de la Compañía supieron persuadir á uno de los impostores condenados á que confesara su fraude (10). Con este hábil golpe ridiculizaron el patriotismo portugués, granjeándose el favor del rey. De esta manera obtuvieron el permiso de presentar en el Escorial á unos príncipes japoneses que prometian propagar la fe católica en aquel lejano imperio (11).

(1) Granvela al prior de Bellefontaine, *Corresp. de Felipe II*, tomo I, prólogo.
(2) *Doc. inéd.* tom. XXXV, pág. 363.
(3) *Ibid.* pág. 357, el rey á Medina Sidonia.
(4) *Ibid.* pág. 354, del 10 de diciembre de 1582.
(5) Herrera, tom. II, pág. 447.
(6) Herrera, tom. II, pág. 448.
(7) Era esposa de Don Cristóbal de Tabora. Cabrera, tomo III, pág. 184.
(8) *Cartas de Madrid*, 13 agosto 1582.
(9) *Cartas de Madrid*, 20 diciembre 1582.
(10) Herrera. «Por consejo de los Padres de la Compañía yva diciendo que no era Don Sebastian.»
(11) *Ibid.* tom. II, pág. 451.

CAPITULO IV

EXPEDICIONES NAVALES DE LOS INGLESES Y LOS FRANCESES CONTRA LAS POSESIONES ESPAÑOLAS 1579—1584

PRIMERA CAMPAÑA DE DRAKE.—ISABEL Y SUS CONSEJEROS.—MEZQUINDAD DE LA POLÍTICA FRANCESA.—ESFUERZOS DEL REY ANTONIO EN EL EXTRANJERO.—EXPEDICIONES A LAS AZORES.—SEGUNDA CAMPAÑA DE DRAKE

I.—Primera campaña de Drake

Miéntras Felipe II entregaba al exterminio á Portugal y los Países Bajos con tropas sin soldada y empleados sin autoridad, Francia é Inglaterra hubieran podido unirse para combatir su política invasora. Pero su oposicion se limitó á tentativas aisladas y desautorizadas, á golpes mal dirigidos y á tímidas oscilaciones.

La debilidad del coloso acababa de probarse, sin embargo, por un marino audaz, sir Francis Drake, que salió de Plymouth á bordo de su barco el *Golden hind*, en 1579, apresó un navío portugués en las islas de Cabo Verde y volvió á pasar el invierno á la bahía de San Julian.

Hizo decapitar á su segundo que habia sublevado contra él parte de la tripulacion; dió batalla á indígenas de tres codos de estatura, segun decian; pasó el estrecho de Magallanes y cayó sobre Lima, donde se hizo entregar los barcos y las barras de plata (1). Sacó tambien grandes rescates de las posesiones españolas del Perú, de Chile y las Molucas y le arrebató á un gobernador de provincia, Don Francisco de Zárate, una jóven negra que no lo abandonó ya. Las presas que trajo á Inglaterra fueron evaluadas en un millon de ducados.

Inglaterra poseia una generacion de marinos audaces, como Francisco Drake, Hawkins, Martin Frobisher, que creian en las maravillas de un Oriente colmado de riquezas y extendido de la India á la Habana; ponderaban un Catay novelesco, las ciudades legendarias de Quinsay y de Cipango, y sobre todo las carracas, largas y mal armadas, que traian á Cádiz barras de oro y pedrería. Disculpaban la codicia del corsario con la abnegacion del sabio: Frobisher que soñaba descubrir al Norte de la América lo que Magallanes habia encontrado al Sur, un paso hácia el Japon, se habia aventurado en la bahía de Hudson, más allá del Labrador, en una simple barca de veinticinco toneladas, habia arrostrado los témpanos flotantes y las brumas polares é invernado en medio de los hielos.

Contra estos hombres enérgicos, no podia España proteger sus colonias. Bien sospechaba el rentista Eraso que no era fácil pasar del Rio de la Plata á Chile (2); pero esperaba los informes del virey Don Francisco de Toledo (3). —No hay más que construir fuertes que dominen el estrecho de Magallanes, escribia el virey; así se ocuparán los dos océanos.—Si eso es así, decia el duque de Alba algunos meses ántes de su muerte (4), cada hora que pasa sin comenzar los fuertes es una pérdida desastrosa. Pero Felipe II vacilaba ante los gastos en regiones desconocidas (5). Entre tanto, su embajador en Lóndres, Don Bernardino de Mendoza, reprocha á la reina Isabel haber estado á comer á bordo del *Golden hind* con Drake, en la rada de Plymouth, y reclama la restitucion del botin traido de América (6).—Ese tesoro, contestó la reina, lo guardo yo para mí, para indemnizarme de las pérdidas ocasionadas por rebeliones que ha fomentado en Irlanda el rey Católico.

En efecto, difícilmente podia quejarse Felipe II de estas presas hechas en buena paz, porque él mismo procuraba echar mano á las posesiones de Isabel. Se habia dejado seducir por algunos aventureros irlandeses y enviado ochocientos italianos á las órdenes de Don Bastian de San Josepo para sublevar á Irlanda contra la dominacion inglesa. Los pobres expedicionarios se vieron abandonados por los irlandeses y sitiados en su fuerte de Down Enoyr por el conde Grey (7), á cuya opresion tuvieron que capitular. Grey era un protestante ebrio de Biblia y enemigo acérrimo de los papistas; hizo desnudar á los prisioneros y despues los pasó á cuchillo sin dejar uno á vida. «El Dios de los ejércitos, decia, nos ha entregado nuestros enemigos» (8).

En Escocia se mostró Felipe más prudente y procuró organizar una cruzada que habrian dirigido el general de los jesuitas y el gran maestre de Malta (9).—«Desconfiad de los jesuitas, escribia María Estuardo (10) que estaba enterada de estos proyectos: su experiencia en los negocios de Estado no responde al celo que tienen por la religion; y por lo mismo, es necesario advertirles y amonestarles muchas veces de cómo deben portarse, porque los buenos Padres suelen errar por falta de buen consejo: va en ello mi vida.»

II.—Isabel y sus consejeros

Estas peligrosas intrigas no eran tan ocultas que las ignoraran los hombres de Estado de Inglaterra, y entendian que no podrian desbaratarlas, sino atacando al enemigo en sus posesiones. Todo lo tenemos que temer de esa fácil ocupacion de Portugal, decia uno de ellos (11). No cesemos de recordar á la reina los peligros que la amenazan; seamos hasta importunos: nuestra fe está amenazada sobre todo.—Es sensible, añadia otro (12), que nuestra reina y el

(1) Cabrera, tom. II, pág. 565.—Herrera, tom. II, pág. 230.
(2) *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 270.
(3) Cabrera, tom. II, pág. 566. — Herrera, tom. II, pág. 232. — *Cartas de Madrid*, 8 de agosto 1581. «El virey volvió al punto con mucho oro y poca salud, pues ha dos años que no deja el lecho, y trae 1.800,000 ducados» (18 set. 1581).
(4) *Doc. inéd.* tom. XXXIV, pág. 77. El duque de Alba al rey, 4 marzo 1581.
(5) *Ibid.* pág. 240. La órden no se dió hasta cuatro semanas despues.
(6) Herrera, tom. II, pág. 232.
(7) El 7 de nov. de 1580. En la ensenada de Smerwick, condado de Kerry, Lodge, *Ilustraciones*, tom. II, pág. 243.
(8) «The Lord of hosts had delivered the enemy to us.»
(9) Labanoff, tom. VII, pág. 152 y sig. Cartas del 31 de octubre y 8 de nov. de 1580.
(10) Mignet, *María Estuardo*, tom. II, apéndice L.
(11) Hatton to Walsingham, 26 abril 1580, publicado por Wright «*Queen Elizabeth and her times*,» tom. II, pág. 107.
(12) Rogers to Wilson 1.º oct. 1580, *ibid.* pág. 116.

rey de Francia no hayan socorrido al rey Antonio, porque en estos últimos meses, el menor apoyo hubiera producido grandes resultados.

La reina Isabel de Inglaterra es una de las grandes figuras de la historia: pocos soberanos han ejercido una influencia tan profunda sobre su época. Amada hasta la adoracion por los ingleses de todas las clases, por espacio de medio siglo, supo comprender y halagar los instintos, las pasiones y los intereses de su pueblo, dominar á los grandes hombres, admirar á los extranjeros (1). Apareció en el momento en que el genio inglés se revelaba en todo su vigor y se adhirió á todos los actos de los hombres heróicos que surgian al rededor de ella para fundar la grandeza de la nacion. En este papel combinaba cualidades absolutamente contrarias: miéntras poseia todas las dotes del mando y llevaba hasta los excesos de los celos la susceptibilidad de su prestigio, sentia y aceptaba con flexibilidad prodigiosa las aspiraciones de su país. Así, pues, seríamos injustos con el pueblo inglés si atribuyéramos exclusivamente á la reina las maravillas de su reinado: el extraordinario mérito de los ingleses es haberse engrandecido en manos de una mujer enferma, haberle impuesto sus hombres de genio y haber reparado sus faltas en medio de los vicios y desfallecimientos de la soberana.

Porque Isabel, como Felipe II, era víctima del vértigo de la omnipotencia. Su alma estaba pervertida; eran sacudidas sus pasiones por violencias morbosas y sus nervios por sobrexcitaciones malsanas (2).

Llevaba hasta la manía las rarezas de avaricia que habia heredado de su abuelo Enrique VII: las ciudades que visitaba debian entregarle bolsas llenas de oro, pero aceptaba hasta diez libras de los simples villajos. Los magnates le ofrecian galas, hasta camisas, bordadas con seda negra: llegó á juntar dos mil vestidos y ochenta pelucas. Solia interrumpir los negocios de Estado para pedir vestidos, y cuando un ministro queria comunicarle una grave noticia, debia tener el arte de empezar, por ejemplo, así: V. M. deberia buscar un sastre que supiera dibujar un traje combinando las modas de Francia y de Italia, un artista como el que sirve á la reina madre de Francia.—Cuando se presentaba un embajador, le preguntaba: ¿Es vuestra reina hermosa como yo? Es más alta; es un exceso: mi estatura es preferible. Ya me vereis bailar: creo hacerlo mejor que ella: mi mano es más bella que la suya: mirad. A un pobre enviado holandés que fingió extasiarse ante su belleza, «superior á la de todas las beldades de la tierra,» le dió en el acto una cadena de oro. Tenia entónces sesenta y seis años; pero la edad agravaba estas extravagancias. Si un capellan se atrevia á predicarle de muerte, lo despedia luégo al punto. Quiere ser adorada como un príncipe de Oriente: sus ministros no le hablan sino de rodillas (3); de rodillas la sirven á la mesa; si cruza una galería, todos deben hincarse de rodillas á sus piés. No sólo de los hombres exige estos homenajes: todas las mujeres deben reconocer y confesar el poder de sus encantos; las más favorecidas son admitidas al honor de besarle el seno (4). Las mujeres que le pertenecen no deben cometer ninguna infidelidad á su culto y son hasta criminales si piensan siquiera en casarse.— Tu padre, dice una vez á una de sus doncellas de honor, me ha trasmitido sus poderes para autorizar tu casamiento con ese caballero.—¡Oh! exclama la jóven; ¡cuán feliz soy!—Lo eres en verdad, porque me reservo estos poderes y no permitiré que te cases. Ahora vé á tu obligacion. Pero esta divinidad se abandona á veces á excesos de furor; echa juramentos, y se tira al suelo, y se araña la cara, y maltrata á sus damas. Lady Scrope sufre muchos golpes de la mano de S. M.; la bella Brígida, que parece llama la atencion del conde de Essex, es abofeteada cruelmente. Isabel no pegaba como Catalina de Médicis, por la pasion algo voluptuosa de hacer sentir su dominio á una criatura, sino por simples accesos de brutalidad: á una doncella le quebró un dedo; á otra le atravesó la mano con un cuchillo. A pesar de su educacion literaria, gustaba de las riñas de perros y osos, y de los juegos de palabras groseras. A un drama de Shakespeare preferia la alegoría de una Vénus que se habia humillado á su belleza, ó escenas de batallas en que se simulaban brazos rotos y efusion de sangre. En fin, como Felipe II, era muy dada á servir á Dios «con ejemplos confortables,»

(1) Esta admiracion que no tiene nada de benevolencia se hace notar en la correspondencia de Miguel de Castelnau y de La Motte Fenelon.

(2) Se toman estos rasgos de *Nichol's Progress; Scrinia Cecilia-na; Melvil; Sidney Papers; The princely pleausures of Kenilworth; Strype; Lodge's Illustrations; Haringston's Nuque antiquæ* y del curioso viaje de Hentzner. Se hallan tambien en las obras modernas de Miss Agnes Strickland, de miss Lucy Aikin y de Wright. M. Froude, el puritano, los suprime.

(3) Excepto Cecil, luégo que entró en años.

(4) Carta de Rowland Wyte. «Kissed the queen's hand and her breast.» Tenia entónces sesenta y cuatro años. Llevaba el seno descubierto en las audiencias públicas. Motley, *The united Netherland*, tom. I, pág. 318.

quemando papistas *notorios* (1), no sin haberlos sometido ántes á cuestion de tormento (2), ó bien anabaptistas. Hasta castigaba la simple «incorreccion en la fe» (3); lo que no le impedia recoger los pronósticos del astrólogo Dee, tomar decisiones en los dias que tenia por propicios, visitarlo en su casa de Mortlake, ni conferirle beneficios eclesiásticos.

De este reinado data, sin embargo, la influencia de Inglaterra en la civilizacion: dos hombres, Burleigh y Walsingham, supieron reunir el vigor en los designios y la flexibilidad necesaria en los medios para atraer á la reina de los accesos de su neurosis á la rigidez de su política. Además, el pueblo inglés se hallaba entónces en uno de esos períodos en que los talentos no quieren sino brotar. Isabel los encontraba en medio de sus caprichos. Favorece á un cortesano por su elegancia y es que ha descubierto un hombre de genio, Walter Raleigh; distingue á otro que baila muy bien, y resulta un gran legista, Christopher Hatton.

Pero en otro hombre sin valía vino á poner Isabel todas sus complacencias. Roberto Dudley, conde de Leicester, fué acusado de tantos crímenes, que la inverosimilitud de tales horrores induce á suponerlos exagerados. A lo ménos puede decirse que toda persona que le estorbaba

Facsímil de la firma de la reina Isabel de Inglaterra

moria oportunamente y que su incapacidad hubo de manifestarse en todos sus cargos; pero la reina lo defendió con fidelidad supersticiosa. Los dos habian nacido el mismo dia y bajo el mismo horóscopo, dependiendo igualmente de la constelacion de la corona de Ariadna. Roberto Dudley era el tercer hijo de aquel Northumberland que habia querido reinar en nombre de Juana Grey, su nuera, y fué castigado de muerte por la reina María (4); se habia sustraido á la desgracia de su familia por la proteccion de Felipe II, que reinaba entónces en Lóndres; se presentó en la corte y se casó. Despues al advenimiento de Isabel, se vió tan favorecido que soñó en poder llegar á ser marido de la reina. Con esto, condujo á su mujer, Amy Robsart, á un castillo solitario, la tuvo allí presa, bajo la guarda de dos confidentes (5), y al cabo de algunos meses contó que de resultas de haber caido su mujer por una escalera se habia quedado viudo (6).— «La muerte de esa mujer lo deshonra,» dijo audazmente lord Burleigh á la reina (7); pero esta muerte no aminoró su valimiento ni su audacia. Doce años esperó el capricho que podia hacerle compartir la corona y se cansó: enamoróse entónces de la mujer de lord Sheffield, y murió de repente lord Sheffield, casándose secretamente su viuda con el conde de Leicester. Algunos años despues (8), á consecuencia de un brebaje, se sintió atacada de grandes sufrimientos que le hicieron perder el pelo y las uñas; no murió sin embargo; pero el conde de Essex murió con los mismos síntomas y su viuda se casó con Leicester. Lady Sheffield, su otra mujer, no pudo hacer constar la legitimidad de su matri-

(1) Lodge, *Illustrations*, tom. II, pág. 187.

(2) Strype, *Life of Whitgift* pág. 83. Ha de reconocerse sin embargo, que los católicos condenados á muerte lo fueron con el pretexto de ser adversarios políticos. Es un punto importante, observa á este propósito Buckle (*History of civilisation*, tom. II, pág. 48 de la edic. de Leipzig) que el fanático esté obligado á ser hipócrita. «A most important point indeed was gained when the bigot became a hypocrite.»

(3) Lodge, «Badness of belief.» Tenia á los baños la misma repugnancia que Felipe II. «The queen beinge perswaded by her physitians, did enter into a bathe on sondaye last.» (Lodge, *Illustrations*, tom. II, pág. 233, Bawdewyn to Shrewsbury.)

(4) El hijo mayor, John Dudley, era el marido de Jane Grey; el segundo Ambrosio Dudley, earl of Warwick, no supo defender el Havre contra Cárlos IX y se alejó de la corte.

(5) En Cumnor-House, en el Berkshire, los nombres de sir Richard Varney y de Antony Forster se hicieron famosos por la admirable leyenda de Kenilworth.

(6) En 1560.

(7) «He is infamed by the death of his wife.»

(8) Setiembre de 1576.

monio hasta despues de la muerte de Leicester.

Véase, pues, bajo qué auspicios fundaron los políticos ingleses la grandeza de su país y conquistaron sus marinos el dominio del Océano.

III.—Mezquindad de la política francesa

Se ha visto á Margarita de Valois y á su hermano menor intentar aventuras en Flandes sin ser sostenidos ni desautorizados por el rey de Francia. Desde la muerte de Cárlos IX habia dejado Catalina de Médicis de dirigir el gobierno. Esta muerte la habia conmovido.—Triste noticia para mí, aunque he visto morir tantos hijos, exclamó (1). Díjome adios y me rogó que lo besara, lo que me llegó al corazon. Su última palabra fué: ¡Ah madre mia!—Catalina encontró un amo en su hijo Enrique III, amo sin corazon ni resolucion, locuaz é indolente.—Dios lo bendiga, porque es un buen hombre, decia desdeñosamente de él Don Diego de Zúñiga (2). Hé aquí un rey que no molestará nunca á nadie; es de esos hombres melosos que no gustan de luchas.

Enrique III tenia bastante vanidad para turbar los planes y destruir la autoridad de su madre, y muy poca voluntad para sustraerse á la influencia de Felipe II. Aun ántes de entrar en Francia, desde su llegada á Venecia, habia escrito al rey de España para pedirle su apoyo (3). Hubiera podido organizar fácilmente en su reinado un partido monárquico con todos los que tenian horror á la guerra civil y á las intrigas extranjeras: el patriotismo se revela desde su advenimiento, con manifiestos que procuran atraerle todas las facciones, y dicen á los franceses (4): «No os dejeis seducir por los extranjeros que sólo os quieren por atrapar vuestro dinero... Juzgad por el desórden en que está ahora vuestra Francia.» Fortalecer el sentimiento nacional era tambien lo que aconsejaba Catalina (5). «Sois el rey de todos y teneis que amarlos á todos; dirimir las contiendas particulares sin apasionarse; amar á vuestros servidores; pero que sus parcialidades no sean ya las vuestras.»

Pero tan poco caso hacia Enrique III de estos consejos como de los de sus ministros. Despues de Lospital, Morvilliers tuvo que dimitir el cargo de guarda-sellos diciendo: «Quien quiera figurar y tener valimiento en la corte ha de ser más esclavo, más que lo son los forzados en las galeras. No se atreve uno á mirar al fondo de las rentas» (6). Dejaba una escuela de hombres de Estado que han manejado el gobierno por espacio de dos siglos: los Villeroy, los Laubespine, los Pompone, los Seguier, los Molé se ligan todos con Juan Morvilliers (7). Pero á Enrique III no le parecia mal que sus ministros fueran ultrajados por los favoritos de la corte; los desalentaba con su completa indiferencia ante las afrentas por que él mismo pasaba, y menoscababa así la autoridad.

Los embajadores en el extranjero estaban todavía peor, pues no recibian ya sus asignaciones. «Si vierais el olvido y la miseria en que estoy, me tendríais lástima y compasion, escribia de Madrid Saint Gouard (8). Mis negocios se hallan en tan pésimo estado, que no sé ya qué decir ni qué hacer. No sé á qué estado me reducirá todavía la necesidad.»

Felipe II no tenia ya que temer de tales adversarios: ningun obstáculo lo hubiera ya contenido, si no hubiera habido detrás de la corte de Isabel los marinos heróicos y en el fondo de la Gascuña, Enrique de Navarra.

Sin embargo, aquella corte de Francia entregada á fiestas extravagantes y á proyectos incoherentes, imaginó arrancar á Felipe II el reino de Portugal, sin declarar la guerra á España, y arrastró á Inglaterra á sus aventuras de Ultramar.

IV.—Esfuerzos del rey Antonio en Inglaterra

De todo Portugal no poseia el rey Antonio más que las islas Azores y las joyas de la corona: para solicitar la alianza de Francia, envió á su fiel conde de Vimioso, y él se trasladó con sus joyas á Inglaterra, á fin de interesar en su causa á la reina Isabel. Comenzó por enviar en prendas un diamante al favorito Leicester (9); pero muy luégo pasaron todas las joyas á manos de Isabel, que dejó en la incertidumbre al pretendiente, por espacio de algunos meses, permitiendo despues que se abriera en la city una suscricion para armar una escuadra de socorro. En la lista se inscribieron con Francisco Drake, Hawkins, Frobisher y algunos negociantes, los condes de Leicester, de Oxford, de

(1) Ms. Bibl. nac. Dupuy, vol. 500, fol. 71.
(2) *Correspondencia de Felipe II*, tom. V, pág. 23.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1536, del 27 julio 1574.
(4) *Reconvenciones á los franceses para inducirlos á vivir en paz en el porvenir*, año 1576.
(5) Ms. Bibl. nac. Dupuy, vol. 500.
(6) Ms. Bibl. nac. franc. 20167.
(7) Véase el notable estudio de M. Bagueneau de Puchesse sobre el canciller de Morvilliers.
(8) A Villeroy, Ms. Bibl. nac. franc. 16107, fol. 5, del 13 enero de 1580.
(9) Ms. Arch. nac. K. 1560, pág. 8, Tassis á Felipe II, del 3 de enero 1582.

Pembroke, de Warwick. Pero la reina rehusó prestar sus navíos y retardó el armamento de los barcos de la suscricion (1). Con esto, desanimado el rey Antonio, partió para Francia, donde se le anunciaban disposiciones más benévolas (2).

El conde de Vimioso (3), su agente en Francia, hablaba con dificultad nuestra lengua, y sus cartas á franceses están en italiano; pero era jóven, valiente y estaba consagrado á una causa desesperada: era bastante para merecer las simpatías de Lansac (4), de Aubigné, de Brisac, de todos los gascones, á quienes trataba con tacto: agradó sobre todo á la bella reina de Navarra, Margarita de Valois, que lo encuentra «recomendable en toda clase de galantería y para el amor (5).» Fué presentado á la reina madre y se habló de la cesion del Brasil, de las valiosas onzas que España hacia acuñar con el oro de América (6), y se alentaron las pretensiones de Catalina, que alegaba derechos á la corona de Portugal. Los donceles de la corte, los aventureros y los políticos estaban de acuerdo para pedir una expedicion á Ultramar. Catalina de Médicis se dejó convencer en tal manera de las ventajas de una expedicion lejana, que hizo dar el mando á su hombre de guerra favorito, á su primo Felipe Strozzi (7). Enrique III, que dejaba que su hermano atacara á Felipe II en Flandes, y su madre en las posesiones portuguesas, fingia ignorar que se reunian una escuadra y un ejército; escribia sin embargo á Strozzi para que apresurara su partida (8), y permitia á sus ministros que hicieran los preparativos en su nombre. «El rey siente mucho la tardanza de M. Strozzi; yo os ruego que proveais segun los deseos de Sus Majestades,» escribe Villeroy al mariscal de Matignon (9). Causaba la tardanza, no la mala voluntad, «sino muchas consideraciones que sabreis muy pronto, y principalmente la falta de dinero (10).»

La marina francesa estaba olvidada desde la muerte de Francisco I y era menester fletar navíos corsarios en la Rochela, en San Maló, en Dieppe. Se reunen secretamente en Belle-Isle, y todos se exaltan con la esperanza de maravillosas aventuras bajo el influjo de constelaciones desconocidas: la única inquietud era que los protestantes pudieran aprovechar esta ausencia de una parte de las fuerzas militares para renovar un alzamiento: este temor retardaba la decision, y podia decirse que impidiendo la ruptura, prestaban los protestantes á Felipe II los mismos servicios que sus más celosos agentes en Francia, como lo escribe Villeroy (11). «Puedo deciros que no hay jesuita en este reino que favorezca más los negocios del rey de España que los protestantes.»

Pero el mismo Villeroy conocia ménos bien el estado de los armamentos y el número de navíos que Felipe II; los espías dirigian de todos los puntos de Francia informes á Tassis, el embajador español en Paris: ora hacen conocer los preparativos los religiosos franciscanos (12); ora el hijo del mismo Lansac (13). El agente más celoso es un banquero español, Miguel Vaez, que se ha adherido á la causa de Antonio y lo sirve en calidad de proveedor general y comisario de guerra (14). Con extraordinaria ciencia de perfidia, este Vaez hace abortar los proyectos, desorganiza los servicios, refiere los pensamientos más íntimos de Antonio y sus adeptos. Como única recompensa, pide el favor de poder volver á España sin que se le persiga ni moleste por sus acreedores. Y no es el único entre los confidentes de Antonio, que se haya vendido á España: el por-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1560, pág. 7, Tassis á Felipe II, del 25 enero 1582. «Por agora no le puede ayudar con nada.»

(2) *Manifiesto*, pág. 57. Llegó á Francia en enero de 1582. Strozzi á Matignon, 23 enero 1582. Ms. Bibl. nac. franc. 3291. fol. 169.

(3) Se le llamaba el condestable de Portugal, ó el condestable Francisco de Vimioso; sellaba audazmente sus cartas con las armas de Portugal, bien que fuera nieto de la judía Beatriz Pereira y de un obispo de Evora, que á su vez era bastardo de un príncipe de Portugal.

(4) Ms. Coleccion privada. Vimioso á M. Lansac, del 8 abril 1581. «Spero che arrivaranno a termini che io libertando il mio regno e recuperando l' honore preso de i miei sotto il patrocinio de V. S. Ill. A madama bacio li mani.»

(5) Aubigné, *las Historias*, tom. II, pág. 411.

(6) Torsay, *Vida y muerte de Felipe Strozzi*, pág. 443 de la reimpresion hecha por Cimber y Danjou, *Archivos curiosos de la historia de Francia*, tom. IX, de la primera serie.

(7) Nació en 1541 y fué llevado á Francia en 1547, por su madre Landomina de Médicis.

(8) Ms. Bibl. nac. franc. 3291, fol. 169. Strozzi á Matignon, 23 enero 1582. «He tenido un despacho de S. M. que me da mucha prisa á partir.»

(9) El 25 abril 1582. Estas cartas fueron publicadas en Montelimart en 1749 por un descendiente del mariscal. Es coleccion rara é importante, pero algunas de sus fechas no han sido exactamente impresas.

(10) *Ibid.* 21 setiembre 1581.

(11) El 11 abril 1582.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1560, piezas 19, 21 y 22.

(13) *Ibid.* pieza 18. Tassis es quien lo escribe, pero el jóven Lansac hace méritos de ella, cuando más tarde pide dinero á Felipe II. «Yo fuí quien reveló, dice (en 1591. Ms. Arch. nac. K. 1580, pieza 42), el concierto hecho en Libourne entre el difunto duque de Alenzon, Enrique de Borbon, Don Anronio, al cual por él asistió Don Francisco de Portugal... y habiendo dado á los ministros de V. M. y particularmente al difunto Don García de Arcia, gobernador de Fuenterrabía, los buenos, exactos, y verdaderos avisos de todo lo que se determinaba que V. M. supo para dar á la nacion española la victoria sobre el ejército conducido por Felipe Strozzi.»

(14) Ms. Arch. nac. K. 1561, p. 5. «Proveedor general de las armadas de mar y tierra y comisario de guerra.»

tugués Antonio de Escobar se une tambien al pretendiente para saber y revelar los recursos con que cuenta. Por este servicio recibe buenas sumas de dinero (1)

Tassis estaba pues muy seguro de no ser desmentido, cuando en el mes de marzo (2) se presentó á Enrique III para quejarse de los recursos militares concedidos al pretendiente. «No sé que es eso, contestó el rey de Francia; hablad á mi madre, que hablar al uno es hablar al otro. Y me despidió, dice Tassis, con muy buen semblante. Fuí á ver á la reina madre, la cual me contestó que no comprendia lo que queria decirle, pues sabia bien el deseo que tenia de encaminar la continuacion de la buena paz entre V. M. y su hijo. En cuanto al Portugal en que pretende el derecho, no por eso pensaria ser causa de rotura de la paz, pues llevarian órden expresa de no tocar cosa que fuese de V. M. sino proseguir aquello que ella pensaba que era suyo y que trás esto estaba muy pronta de someterse á justicia. — Lo que no es dudoso, añade Tassis el dia siguiente (3), es que su escuadra está dispuesta y va á hacerse á la mar para las islas Azores «por parecerles punto propio para ir haciendo progresos en las Indias, y desbaratar ó al ménos dificultar notablemente el tráfico y las navegaciones.»

Sin embargo, Antonio, que ha llegado á la corte, no deja ignorar que Felipe II, irritado por el contratiempo de la escuadra que habia enviado contra las Azores (4), prepara otra más pujante al mando del terrible Santa Cruz (5), para someter á estos últimos rebeldes.—No hay nada que temer, contestan los franceses (6), porque se ha prohibido el trasporte de trigos á Portugal y á España, «de modo que si somos obedecidos y bien servidos, no tendrán los españoles medios de abastecer el ejército.»

Este episodio de la expedicion de Strozzi á las Azores, que pasa casi inadvertida en nuestra historia, permite conocer bien la causa de los descalabros sufridos constantemente por los Valois, á pesar de sus cualidades políticas. Con muy vastas concepciones, no empleaban sino medios mezquinos. Catalina principalmente cree que el mundo se conduce por accidentes, se deja engañar por las apariencias, no comprende la solidez de los preparativos, ni la firmeza en los proyectos. Cree que embarcando tres mil gascones en algunos corsarios normandos va á conmover á España de un extremo á otro. Con la misma ligereza enviaba Cárlos IX á Genlis sobre Mons en medio de los ejércitos del duque de Alba. Quien se entrega con semejante descuido á los caprichos de la fortuna pocas veces gana gloria.

En fin, á mediados de junio (7) la escuadra de cincuenta velas, mandada por Sainte-Soulaine, sale de Belle-Ile «con treinta y siete banderas de infantería francesa,» y cuatrocientos voluntarios á las ordenes de Felipe Strozzi y de Brissac. El rey Antonio y el conde de Vimioso van á bordo; el traidor Miguel Vaez va con ellos.

V.—Expediciones á las Azores.

El archipielago de las Azores está formado por siete islas agrupadas en el Océano: la de San Miguel, donde estaba el obispado, era la única ocupada por España; la de Tercera, cuya capital es Angra, habia mantenido á las otras cinco islas menores (8) bajo el pabellon portugués, y los religiosos franciscanos de la Tercera dejaban creer que el rey Sebastian estaba refugiado en su monasterio. Los Padres jesuitas, contra el voto unánime del clero, habian predicado la sumision á Felipe II; pero á duras penas habian podido salvarse de las manos del pueblo; los muraron en su convento (9) y recibian las provisiones por las ventanas dos veces por semana (10).

La escuadra francesa arribó un mes despues de su salida á San Miguel (11), echó en tierra 1500 hombres, que rechazaron una salida de

(1) V. Ms. Arch. nac, K. 1573. pág. 20. El pago de una suma de 365 escudos de oro á Antonio de Escobar, el 20 nov. 1582. Este hombre es con toda evidencia el designado con el seudónimo de *Samson* en la corresp. de Tassis; Vaez lleva el de *Aurelio*, el duque de Guisa el de *Hércules*, miéntras figura con el de *Mucio* en las cartas de Bernardino de Mendoza. Nosotros hemos podido conjeturar que es *Eneas*, pero Felipe II no lo sabia tampoco, porque escribe un dia por debajo de este mote (K. 1561, p. 127): «No se me acuerda quién es este.»

(2) *Ibid.* K. 1560, p. 15, Tassis á Felipe II, del 6 de marzo de 1582.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1560, pág. 18, del 5 marzo 1582.

(4) En 1581, quiso Pedro Valdés someter las islas á España y fué rechazado perdiendo 700 hombres. El descalabro fué debido sobre todo á la mala inteligencia con Don Lope de Figueroa, que mandaba las tropas de tierra. Valdés fué encerrado en la ciudadela de Lisboa el dia siguiente de su vuelta (*Cartas de Madrid*, copiadas y comunicadas por Morel Fatio, del 8 de agosto y 25 de setiembre de 1581).

(5) *Manifiesto*, impreso por Plantin, pág. 58.

(6) Villeroy á Martignon, 22 setiembre 1581.

(7) El 16 de junio de 1582, segun el Manifiesto de Plantin. Strozzi escribe el mismo dia á Martignon una carta fechada en el «*almirante San Juan Bautista*... La presente es para daros aviso de mi salida que sera esta noche. M. de Brissac tiene muy buena tropa.» (Ms. Bibl. nac. franc. 3291, fol. 174. Esta fecha de la salida, 16 de junio, fué luégo al punto sabida en Madrid. (*Cartas de Madrid*, 10 de julio 1582.)

(8) Estas islas son Santa María, el Fayal, el Pico, el Corvo, y Fiori. Las dos últimas se llaman tambien San Jorge y la Graciosa.

(9) Nardin, pág. 358.

(10) *Ibid.* pág. 390.

(11) El 16 de julio de 1582. Aubigné, tom. II, pág. 466.

la guarnicion española y sitiaron el fuerte (1). Al cabo de seis dias aparecia en el horizonte la escuadra de Santa Cruz, tan fatalmente desdeñada hasta entónces.

Las Azores, como lo notaba Tassis, eran la llave del Nuevo Mundo; allí se reunian los barcos que se dirigian á América ó que de allá volvian con su rico cargamento: en su puerto se reparaban las averías, se refrescaba la tripulacion, tomando agua y legumbres (2). La posesion de las Azores hacia dueño de los galeones; y así estas rocas, que venian á ser uno de los puntos más importantes del globo, fueron defendidas con energía por los españoles.

Felipe II, que tan exactamente estaba enterado de los preparativos de ataque, habia reunido en sus puertos de Lisboa y Cádiz sesenta y seis grandes barcos de guerra y sesenta y uno pequeños con un ejército de doce mil hombres (3). Santa Cruz, que mandaba en jefe, no era de los que se avenian á la lentitud de las oficinas: salió repentinamente con su escuadra de Lisboa, la primera que estuvo lista, y extendió en órden de batalla delante de la principal bahía de San Miguel, el domingo 22 de julio, cuarenta navíos que llevaban más de siete mil soldados (4).

La escuadra francesa era poco más ó ménos igual en número, pero sus cañones no tenian alcance ni sus jefes estaban de acuerdo (5). Ninguno de los adversarios tenia prisa en romper las hostilidades; Santa Cruz esperaba su segunda escuadra de Cádiz que habia de duplicar sus fuerzas; y Strozzi esperaba de una hora á otra á los ingleses, permaneciendo frente á frente desde el domingo 22 al miércoles 25. Pero esta inaccion turbaba el valor de la gente de ambas escuadras (6). El miércoles los alemamanes á sueldo de España obligan á los tripulantes de los dos navíos que ocupaban á virar de bordo y vuelven á Lisboa donde son silbados (7). Pero por la otra parte se atemoriza igualmente el rey Antonio y desaparece con muchos navíos, deslizándose de noche á lo largo de la costa (8). Pierde la paciencia Strozzi al verse cercado por un enemigo inmóvil; el galante conde de Vimioso, que está cansado de arrastrar su miseria por el extranjero, le indica, el juéves 26, el galeon *San Mateo* que está aislado delante de la escuadra española. Strozzi cae con su *San Juan Bautista* sobre el temerario, y lo siguen los navíos de M. de Brissac y del normando Borda (9). Pero á bordo del *San Mateo* van los veteranos de Don Lope de Figueroa con su general y su veedor Don Pedro de Tassis, que se defienden y son muy luégo socorridos por el navío de Don Miguel de Oquendo que trasborda á aquél muchas compañías de mosqueteros. Sobrevienen luégo Santa Cruz en el *San Martin*, Don Cristóbal de Eraso en la *Galera*, barca de Vizcaya. Otro barco de Vizcaya acude con la compañía de Don Miguel de Cardona. El combate duró cinco horas (10): el barco de Brissac, cañoneado por muchos navíos españoles y atacado al abordaje, pudo desprenderse de los garfios y huir haciendo agua por todas partes (11) De esta honrosa retirada se hará luégo cargo á Brisac.—No vale, dirá Enrique III, ni por tierra ni por mar. Los verdaderos fugitivos fueron Sainte Soulaine y Fumée, que se escaparon con la mayor parte de la escuadra (12), abandonando los tres navíos más comprometidos. Beaumont, el comandante del *San Juan Bautista*, perdió la vida en el combate. Vimioso cayó cubierto de heridas y murió el dia siguiente; Strozzi, que se habia lanzado contra el navío del almirante español, fué acribillado á golpes y arrojado á los piés del marqués de Santa Cruz «sobre el puente de cuerdas de su galeon. Alguien le traspasó el vientre con su espada desde el dicho puente de cuerdas, quitándole lo que le quedaba de vida. Des-

(1) Torsay. La capital de la isla de San Miguel es Punta Delgada.

(2) Este hecho importante se halla tambien referido en las *Cartas de Madrid* copiadas por Morel Fatio. «Necesaria para la navegacion de Oriente para tomar en ella refrescos, ensebar y remediar navíos que en la larga navegacion vienen cascados y para hacer agua hasta llegar á España» (Carta del 12 de diciembre de 1581). Estas mismas necesidades atraen aún paquebotes á las Azores. Véase una bella descripcion de Fayal en Mark Twain, *the Innocents abroad*.

(3) O mas exactamente 11,873. V. Ms. Bibl. nac. fond. ital. 416, fólio 165.

(4) *Ibid.* Exactamente 31 grandes navíos, 7 pequeños, 2 galeones y 7,346 sold.

(5) Estos hechos eran conocidos en España. *Cartas de Madrid*, 10 julio 1582. «No puede durar mucho por ser tantas cabezas y poca sustancia.»

(6) Tenemos dos relaciones de la batalla: la que redactó Santa Cruz aquella misma noche, é hizo llevar al rey por medio de su primo Ponce de Leon, siendo recibida por Felipe II el 24 de agosto; hay una copia en Ms. Bibl. nac. fond. ital. 416, fol. 155 y sig.; y la de Don Lope de Figueroa, maestre de campo general de infantería, la cual figura en Ms. Bibl. nac. fon. español. 466, fól. 30.

(7) Relacion de Santa Cruz. «Faltaron dos que llevaban alemanes.» Los detalles de la llegada de los fugitivos á Lisboa se hallan en las *Cartas de Madrid*.

(8) «Don Antonio apartó la noche antes que se pelease.» Declaracion de Vimioso en el momento de morir, ante Fray Francisco Maldonado. Ms. Bibl. nac. fon. español. 466, fól. 33 y fond. Dupuy tom. XV, fól. 43, del 27 de julio 1582.

(9) Correspond. de Villeroy, pág. 202.

(10) Ms. Bibl. nac. fond. español. 466, fól. 30. Carta de Don Lope de Figueroa á Mateo Vazquez; de San Miguel 3 agosto 1582. «Los franceses pelearon como caballeros.»

(11) *Ibid.* «La de Brisac empezó á desaferrarse y se fué medio hundida.» Este testimonio casi desconocido de un enemigo rehabilita completamente á Brisac.

(12) Ms. Bibl. nac. franc. 16.108, fól. 125.

deñándose de mirarlo el marqués, se volvió al otro lado, despues de haber hecho señal de que lo arrojaran al agua, lo cual se ejecutó en el acto» (1). Los españoles tuvieron quinientos cincuenta y cuatro muertos y otros tantos heridos; de los franceses murieron mil doscientos.—Hice prisioneros de esta escoria, ochenta caballeros y trescientos trece soldados ó marineros, escribe Santa Cruz (2), y para que su crímen tan enorme no quedara sin castigo, ordené al licenciado Martin de Aranda, auditor general de esta afortunada escuadra, que hiciera decapitar públicamente á los dichos caballeros y ahorcar á los dichos soldados y marineros, porque así conviene al servicio de Dios, del rey nuestro señor y del rey de Francia.—A los capitanes españoles les pareció mal que un marino (3) matara así á los prisioneros de guerra,

Enrique III de Francia. (Cuadro de Clouet, 1570.)

soldados como ellos que habian sucumbido en un combate leal.—Ha sido por merecer bien del rey de Francia (4), contestó Santa Cruz, recordando sin duda las cartas de Cárlos IX al duque de Alba, pidiendo la muerte de los soldados de Genlis. Ello es cierto que los prisioneros no pudieron enseñar «ninguna órden del rey de Francia que los autorizara á esta expedicion» (5). Fueron condenados «á saber, los caballeros á ser decapitados, y los que no eran caballeros á ser ahorcados, fuera de algunos pilotos y los que no pasaban de diez y siete años, lo que se juzgaba por la falta de barba» (6) La ejecucion se hizo el 1.º de agosto, á sangre fria, cinco dias despues de la batalla.

Festejos en el Louvre y falsas noticias aturdian á Enrique III despues de este desastre. «Se hace correr el rumor de que Sainte Soulaine habia reunido nuestros barcos y exterminado á todos los españoles echando á pique veinticuatro de sus navíos» (7). Pero los extranjeros que

(1) Torsay.
(2) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 336.
(3) Herrera, tom. II, pág. 342. Véase tambien la carta ya citada de Don Lope de Figueroa (Ms. Bibl. nac. fond. español. 466). «Hame parescido crueldad y pesado en el alma y á toda la gente de guerra.»
(4) Nardin, pág. 436.
(5) Busbecque al emperador Rodolfo, 15 agosto 1582, edic. del abate de Foix, tom. III, pág. 104.
(6) Torsay. Santa Cruz describe igualmente el suplicio: «Se ahorquen en las entenas de las naos.» (*Doc. inéd.* tom. VII, pág. 336.)
(7) Villeroy á Matignon, 2 set. 1582.

sabian la verdad, «no dejaban de considerar que el rey de España debiera haber concebido en su alma un cruel desden hácia los franceses (1).» En cuanto á Saint Gouard, su situacion en Madrid llegó á ser humillante, cuando llegaron las noticias de la victoria de Santa Cruz sobre nuestra escuadra y nuestra infantería. «No pueden soportarse las fanfarronadas é insolencias de esta gente de por acá desde que corre esta noticia; me parece que Jesus no está seguro en el cielo y que está en peligro de que vayan á prenderlo para crucificarlo otra vez. En cuanto al saqueo de Paris, lo tienen tan seguro como el de Lisboa» (2).

Tassis era más modesto en Paris; confesaba que los franceses no habian perdido más que tres navíos, y que su derrota fué debida á la precipitacion de la mayor parte de la escuadra en retirarse (3). Pero referia tambien el despecho de Catalina; su furor, dice, su deseo de venganza se manifiesta diariamente (4); sin embargo, Enrique III se resiste á la influencia de su madre y siente la necesidad de un desquite (5).

Pero la leccion no era aún suficiente para los Valois: con la misma ceguedad enviaron á las Azores una segunda expedicion tan débil como la primera y destinada fatalmente á la misma suerte. No es nada peligrosa, escribia Tassis (6); sólo son mil doscientos hombres.

Este refuerzo, sin embargo, habria podido acaso ser suficiente, si Antonio hubiera permanecido en Tercera con los treinta y siete navíos reunidos despues de la derrota (7); pero Miguel Vaez se jacta de haberle inducido á diseminar poco á poco estos barcos, como igualmente de los que llegaban de Inglaterra, á enviarlos á Europa (8); y á que él mismo abandonara luégo aquellas islas fieles para volver á su papel de pretendiente en Paris.

La isla Tercera quedó gobernada por el clero bajo la autoridad nominal de Manuel de Silva. Hácia esta isla navegaron la primavera siguiente, casi al mismo tiempo, dos escuadras como el año precedente: la de los franceses, á las órdenes del comendador de Chaste (9), llevaba mil doscientos franceses y cuatrocientos ingleses (10); la de Felipe II iba mandada por el marqués de Santa Cruz y constaba de ciento cinco galeras, galeones, bergantines y pataches que llevaban á bordo doce mil hombres (11).

Los franceses no se presentaban esta vez como simples aventureros, sino que iban en comision real. Esta comision era casi tan deshonrosa para Enrique III como sus protestas de desaprobacion. Recomendaba á Chaste el real despacho que si encontraba á los navíos de las flotas que venian de las Indias ú otros, se apoderase de ellos y enviara á SS. MM. el oro y plata y géneros preciosos que trajeran (12).

Cuando Chaste desembarcó en la Tercera, el 11 de junio de 1583, las mujeres lo cubrieron de flores (13); pero un mes despues los soldados portugueses huian á vista de los españoles (14), abandonando en la playa cincuenta franceses con su capitan Bourguignon, que pelearon hasta morir. Los habitantes de la ciudad vieron entónces saltar en tierra á las compañías españolas, cuya disciplina era tan correcta, que no bien saltaban cuando se ponian en órden de batalla (15). En vano quiso Chaste acometerlos: desde el primer dia perdió casi todos sus capitanes franceses, y no dándoles ya entrada en los fuertes los portugueses, tuvo que retirarse á la montaña.

Los fuertes que no acogieron á los franceses, muy luégo se rindieron á los españoles, que ocuparon la capital de la isla.—«Concedo á mis soldados tres dias de pillaje, escribe el terrible marqués (16). Procedo contra los rebeldes y lo mismo será de los franceses, que abiéndoles hecho el castigo que el año pasado V. S. I. sabe, han querido volver.»

El comendador Chaste, aislado en la montaña, y hasta privado de agua (17), comunica á Santa Cruz sus órdenes de servicio firmadas

(1) Nardin, pág. 436.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. 16108, fol. 132, Saint Gouard á la reina madre. Saint Gouard que recibió poco despues el título de marqués de Pisani, era padre de la marquesa de Rambouillet, la incomparable Artenice, y abuelo de Julia la Gran Preciosa.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1560, pág. 82, Tassis al rey, 18 ag. 1582. «No se perdió sino el navío de Strozzi y otros dos... fué causa de la desórden no querer pelear 45 navíos.»

(4) *Ibid.* K. 1560, pág. 85, del 29 agosto.

(5) *Ibid.* K. 1561, pág. 18. «Va contradiciendo á la madre, por mas que ella le apriete.»

(6) Ms. Arch. nac. 1561, carta del 21 abril 1583.

(7) *Manifiesto*, pág. 61.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1561, pág. 5. «Fuy desparciendo poco á poco estas fuerzas en persuadir al Señor Don Antonio que las debia dexar yr.»

(9) Gobernador de Dieppe y primo del duque de Joyeuse.

(10) La presencia de los ingleses se indica por vuestro novel agente en Madrid, M. de Longleé, Ms. Bibl. nac. franc. 16108, fol. 166.

(11) Cabrera, tom. III, pág. 15.

(12) Ms. Bibl. nac. franc. 16121, n.° 1.°, Instrucciones á Chaste, del 6 de mayo de 1583.

(13) El parte oficial de Chaste se halla en Ms. Bibl. nac., Dupuy, tom. CXVI y fué publicado por Melchisedech Thevenot, *Relaciones de varios viajes curiosos*, tom. II, 4.ª parte, Paris, 1696.

(14) *Ibid.* El 23 de julio.

(15) Ms. Bibl. nac., Dupuy, tom. CXVI.

(16) Ms. Bibl. nac. f. esp. 466, fol. 35, Carta de Santa Cruz á Don Rodrigo de Castro, cardenal arzobispo de Sevilla.

(17) Nardin, pág. 460 á 475.—Cabrera, tom. III, pág. 18.

por el rey de Francia. «Y visto esto, dice Santa Cruz con despecho (1), los maestres de campo y toda la gente principal del ejército me pidieron con mucha instancia les hiciese gracia de las vidas, dándoles embarcacion para Francia.» Y añade: «He tenido que ceder: á dicha, ya habia hecho ahorcar á algunos» (2). Su ferocidad hubo de satisfacerse con las miserias sufridas por aquellos prisioneros: se les amontonó en tres barcas de Vizcaya con provisiones insuficientes, para una travesía que duró desde el 14 de agosto al 4 de octubre, «lo que fué causa de que la mayor parte murieran de hambre y de sed ó de flujo de sangre en medio del mar.» Cuando los sobrevivientes desembarcaron en Hendaya, fueron enviados á pié al través de los Pirineos y las Landas, y perecieron casi todos en el camino.

Esta nueva victoria sobre los franceses exaltó más y más el orgullo castellano. Santa Cruz fué recibido en triunfo, cuando volvió á Madrid. «Todos los magnates de esta corte, escribe el embajador francés (3), todos los grandes de España y de Italia, con toda la gente de honor, de capa y espada como ellos dicen, han salido á recibirlo como si fuera el restaurador de la monarquía.» No era el momento oportuno para pedir gracia en favor de los comerciantes franceses que estaban presos en los calabozos de la Santa Inquisicion ó amarrados al remo en las galeras reales; al contrario. «Habia quince ó veinte franceses prisioneros en Lisboa, y se me avisa que estos dias pasados han ahorcado siete de ellos. Es un trato muy cruel el que por todas estas costas y dentro de este reino se da á los franceses, peor que á turcos.»

No tardó mucho en comprender Catalina por qué cada una de las escuadras que enviaba era regularmente seguida por el marqués de Santa Cruz con fuerzas abrumadoras: en una carta de Tassis que pudo interceptar, encontró la explicacion del papel desempeñado por Miguel Vaez (4); Catalina hizo prender á este espía y con él á cierto Don Luis Cardona, y se les sometió á cuestion de tormento. Don Luis Cardona declaró que habia recibido de Felipe II trescientos escudos para matar al pretendiente Antonio (5), y fué estrangulado en su prision (6). Vaez guardó silencio: el verdugo se encarnizó con él y le dió hasta catorce vueltas de cuerda.—Este es el que llamamos *Aurelio*, dice Tassis: me lo han entregado y lo envío á España muy estropeado.

Los ingleses se encargaron de demostrarnos cómo debia atacarse el poder marítimo de España sin empeñar una guerra general. En cuanto á Catalina, «estuvo extremadamente despechada» (7), pero bastante advertida para comprender por qué puntos era fácil atacar á España sin exponerse á desastres.—«Los Países Bajos, escribia el embajador al emperador (8), van á ser el teatro en que los franceses ejercerán su venganza.» Efectivamente, en Flandes es donde va á tomar la contienda toda su amplitud. «Ya ha deliberado Catalina tomar bajo su proteccion la plaza de Cambray, por prenda de sus pretensiones en Portugal.»

VI.—Segunda expedicion de Drake

Los ingleses se habian comprometido poco en las expediciones de las Azores (9). De todos los pueblos, los franceses son los que de mejor voluntad se dejan llevar á empresas sin provecho, á guerras de sentimiento, á arranques en favor de los vencidos y los desterrados. Los marinos ingleses querian de muy buena gana combatir los navíos españoles, pero pretendian tambien obtener ventajas; gustaban de las barras de oro y plata, de las especias raras, de las piedras preciosas, y sabian que para ganar la parte de las presas sólo habia que atacar los convoyes comerciales, no las escuadras de guerra. Veian á los primeros aventureros casarse á su regreso con ricas viudas, comprar posesio-

(1) Ms. Bibl. nac. f. esp. 466.

(2) *Ibid.* fol. 36. Chaste cita entre los que intercedieron en su favor á Don Pedro de Padilla y Don Agustin Iñigo.

(3) Ms. Bibl. nac. franc. 16109, fol. 13, del 23 enero 1584. Longleé á Enrique III. Longleé reemplazaba á Saint Gouard desde setiembre 1583. (Véase 16108, fol. 139.)

(4) Ms. Arch. nac. K. 1561, pág. 127, Tassis al rey. «Ando tan temeroso de que se me pierda algun despacho que pueda dañar notablemente, como hice el que descifraron de que resultó la pérdida de Miguel Vaez.»

(5) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 109, Tassis á Idiaquez.

(6) *Ibid.* pieza 105, Tassis al rey.

(7) Villeroy á Matignon, *Corresp.* pág. 202.

(8) Busbecque al emperador, tom. III, pág. 104.

(9) Se ha referido, al contrario, que una escuadra inglesa habia arribado á la Tercera con Strozzi y habia emprendido la fuga ántes de la batalla Parece haberlo creido los españoles. El historiador Frobisher (*Franck Jones*, pág. 181) no se atreve á afirmar que un héroe no hubiera mandado esta escuadra. Pero Vaez explica formalmente (Ms. Arch. nac. K. 1561, pág. 5) que determinó la partida de la escuadra de Bretaña ántes de la reunion de los navíos ingleses. «La armada de Landernau y los navíos ingleses no eran juntos.» El conde de Vimioso declara por su parte (Ms. Bibl. nac. f. esp. 466, fol. 33 y f. Dupuy, tom. XV, fol. 43), en el momento de su muerte «que la reina de Inglaterra habia nombrado un general para la escuadra que iba á llegar, y que se esperaban cuarenta navíos de Inglaterra. Sin duda son estos barcos los que Vaez hizo enviar á Europa, cuando aparecieron en las Azores, despues de la batalla. El hecho es muy importante: Felipe II creyó que su armada habia vencido las escuadras combinadas de Francia y de Inglaterra y así se engañó completamente sobre el valor naval de los ingleses.

nes y ocupar en la iglesia asientos distinguidos.

La codicia no era la única cosa que impelia á los ingleses hácia el mundo desconocido. Además de los sabios como Davis y Frobisher, acudian en tropel los que buscaban lo maravilloso, todos aquellos á quienes tentaban las expediciones al través de árboles gigantescos, en medio de indios que los acogian como vengadores, que les ofrecian frutos extraños, que les hacian dormir en sus campamentos bajo un cielo luminoso y entre los rumores de los millares de séres que se agitaban en aquella naturaleza rebosante de vida. Los que caian en manos de los españoles eran entregados á la Inquisicion, ya establecida en América (1), ó encadenados al remo en las galeras. Así el odio del inglés contra el español, pagano á quien creia adorador de todos los santos, era excitado á la vez por el instinto de aventura, por la idea del peligro, por el sentimiento puritano y por el espíritu mercantil. En todos los mares encontraban los ingleses el pabellon de Felipe II, que acababa de arrostrarlos en Irlanda; grave amenaza «porque Irlanda tiene hermosos bosques y excelentes radas, y si los españoles llegaran á poseerlos, serian en poco tiempo señores de los mares, y el mar es nuestra fuerza; plegue á Dios conservárnosla (2).» España amenazaba expulsarlos de Virginia, como ya habia destruido á los franceses en la Florida (3); los acechaba en el Mediterráneo para destruir su tráfico en el Levante: cinco barcos de comercio que volvian de Oriente fueron sorprendidos cerca de las islas Pantelarias (4) por trece galeras españolas que mandaba Don Pedro de Leiva. El comandante inglés, Edward Wilkinson, hace cantar los salmos á su gente, miéntras toma su puesto de combate, «y los insensatos españoles invocan, segun su costumbre, no al Señor, sino á Nuestra Señora, como llaman á la Vírgen María, y exclaman: ¡Oh bendita Señora! dadnos la victoria!» (5). El combate dura cinco horas: los ingleses, con la superioridad de sus fuegos y evoluciones obligan á las galeras á emprender la fuga y entran triunfalmente en Argel, llevando su cargamento á Plymouth, despues de haber reparado sus averías.

Pero ya en las mismas radas de Galicia, una escuadra inglesa incendiaba los barcos de Santa Cruz (6).

Sir Francisco Drake habia podido al fin organizar con su amigo Frobisher una expedicion, á pesar de las indecisiones de la reina. Presentóse delante de Vigo, hizo que le restituyeran los ingleses que estaban allí presos, se apoderó del tesoro de las iglesias y quemó los navíos. Antes que Santa Cruz hubiera podido reunir el resto de su escuadra, habia desaparecido Drake.

«Drake, refiere el residente francés (7), fué primero á las islas Canarias donde perdió algunos hombres que quiso echar en tierra... Fué luégo á la isla de Cabo Verde donde puso en tierra hasta dos mil hombres, que saquearon cuanto habia, destruyeron algunas iglesias y tomaron las mercancías y la artillería.» El 17 de noviembre, saqueaba á Santiago en las mismas islas de Cabo Verde y apareció en Santo Domingo tan de súbito que el presidente no pudo creer que iban como enemigos y se descuidó en armar las baterías. Santo Domingo tuvo que pagar un rescate de veinticinco mil ducados pagados en oro y joyas (8); fuera de esto, Drake «se hizo dueño del dinero del rey en cantidad de sesenta mil escudos y de diez ó doce barcos cargados de azúcar, cueros»... (9) y de todos los cañones. De allí fué á las costas de Nueva Granada y echó en tierra algunos marineros para sorprender á Cartagena. Escalaron las barricadas que defienden la ciudad bajo una lluvia de flechas envenenadas, y los ingleses penetran en Cartagena, miéntras los habitantes huyen por el otro extremo á las montañas: Drake ajusta en ciento veinte mil escudos la salvacion de la ciudad (10). Vuelve entónces costeando la Florida y se prepara á dar el asalto á los fuertes de San Agustin, cuando oye tocar la marcha de Orange: era un francés prisionero que habia podido evadirse miéntras los españoles evacuaban el fuerte y

(1) La Inquisicion se estableció en México en 1574. Todos estos sentimientos de los marinos ingleses están pintados vigorosamente en la popular leyenda de Kingsley *Westward ho*.

(2) Lodge, *Ilustraciones*, tom. II, pág. 231. Bawdewyn á Srrewsbury. «Ireland hatche very good tymbre and convenient havens, yf the Spaigniard might be master of them, he wold in short space be master of the seas, wich is our chiffest force, as i pray god it may continewe.»

(3) Greville y Raleigh fundaron en 1585 en Virginia establecimientos que abastecieron en 1586.

(4) Entre Scila y Africa. *Hakluyt, the Principal Navigations*, tomo II, 1.ª parte, pág. 285. No sé si hay otras ediciones que la de 1599. Esta admirable coleccion deberia estudiarse por todos los marinos.

(5) *Ibid.* The foolish Spaniardes cried out according to their maner, not to god, but to our lady, as they terme the virgin Mary, saying. O blessed Lady, give us the victory.»

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 16109 fol. 117. Longleé, el 7 oct. 1585, copia la nota que lleva esta noticia de Santa Cruz.

(7) *Ibid.* 16110, fol. 8, del 15 febrero 1586.

(8) Herrera, tom. III, pág. 13; Cabrera, tom. III, pág. 177.

(9) Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 21, del 3 abril 1586.

(10) Ms. Bibl. nac. 16110. Longleé á Villeroy, fol. 56, del 11 setiembre 1586.

anuncia con su trompeta que la plaza está desocupada (1). Los establecimientos de la Florida corren la misma suerte que los de las otras colonias: Drake encontró en las arcas del rey Católico cincuenta ó sesenta mil escudos, y lo saqueó todo y todo lo arruinó, derribó el fuerte y cargó la artillería en sus barcos. Visitó los establecimientos ingleses de Virginia, y se trajo tabaco, los ducados de Felipe II y doscientas cuarenta piezas de artillería (2).

Ya estaba en Inglaterra y distribuia tranquilamente el botin, cuando llegó á Cartagena la escuadra española de socorro, compuesta de diez galeones á las órdenes de Don Alvaro Flores de Valles. «Se perdió una ocasion preciosa de precipitar más la partida de una escuadra» (3). El almirante habia esperado en Cádiz la órden de salida por espacio de veinte dias: «el rey estaba entónces de tal manera ocupado en las córtes de Monzon que ni sus ministros se atrevian á importunarlo para la firma (4).

Los negociantes más ricos se arruinaron; la humillacion, las pérdidas materiales, los desórdenes llevaron tal turbacion hasta la corte que

Medalla con el retrato de Enrique III de Francia
(Tamaño natural)

Felipe II se valió de un pretexto para desviar el pensamiento hácia festejos ruidosos (5).

Pero Isabel, como Catalina, se decidia á dirigir sus más fuertes ataques á los Países Bajos, y en el Norte van á hallarse coligadas momentáneamente las dos rivales de Felipe II.

CAPÍTULO V

LUCHA DE ALEJANDRO FARNESIO CONTRA GUILLERMO DE ORANGE

1578—1584

LA GRANDE ESCISION.—GUERRA CIVIL EN LOS PAISES BAJOS.—FRANCISCO DE VALOIS DUQUE SOBERANO DE BRABANTE.—DESCALABROS Y MUERTE DE FRANCISCO DE VALOIS.—MUERTE DEL PRÍNCIPE DE ORANGE

I.—La grande escision

Alejandro Farnesio, que habia reemplazado á Don Juan de Austria como delegado del poder real en los Países Bajos, tenia treinta y cinco años, la nariz aguileña, los ojos vivos; á pesar de su semblante severo y frio, estaba dotado de sentimientos de humanidad y pudiera decirse de tanta bondad como le permitian la época y la vida de los campamentos: muy diferente tambien de sus demás contemporáneos por su integridad, se esforzó en impedir las exacciones, y despues de quince años de poder absoluto en un país casi conquistado, no dejó nada en sus arcas; al contrario, hubo que vender sus muebles para pagar el trasporte de su féretro á Parma. Este hombre, moreno, pequeño de estatura, infatigable, fué adorado de cuantos lo conocian. Gustaba del lujo en el traje y tenia muy buen aire, sobre todo á caballo, y se mantenia descubierto con cierta afectacion ante los simples soldados, para hacer olvidar á su amor propio nacional su cualidad de príncipe italiano. Se levantaba ántes de amanecer y se jactaba de no comer más que para mantener la vida (6).

Habia estudiado al lado de Don Juan de Austria á los adversarios de España. Sabia que no habia que hacer caso del archiduque Matías, soberano nominal que se pavoneaba en medio de sus divinidades alegóricas y que *se echó á llorar* (7) al saber la primera expedicion de Francisco de Valois.

De este, creia igualmente Farnesio que no

(1) Franck Jones, *Martin Frobisher*.
(2) Vuelve á Portsmouth el 28 de julio 1586.
(3) Herrera.
(4) Cabrera, tom. III, pág. 177 á 181.
(5) Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 26, del 28 abril 1586. Longleé á Villeroy. Eran estos festejos á propósito del nacimiento de la infanta Catalina duquesa de Saboya.

(6) Cárlos Coloma, las *Guerras de los Estados bajos*, pág. 69.
(7) Antonio de Traos á Guillermo de Hesse, Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 416.

habia tampoco nada que temer: suponia que á la reina de Inglaterra no le parecia bien su entrada (1) y sabia que los alemanes preferian dar los Países Bajos á Felipe II ántes que abandonarlos á los franceses (2); sin embargo, temió un instante que Francisco de Valois hubiera comprendido su juego, recelo que confesó en estos términos: El principal temor que yo tenia era que las provincias valonas y católicas se unieran y aliaran á los franceses; esto me tenia en cuidado y perplejidad (3).

La política de Farnesio era en efecto atraer á su partido á las provincias católicas y á los nobles descontentos, aprovechando el cansancio y el desórden, y espiando las faltas del príncipe de Orange. No ignoraba los embarazos de este temible adversario «que no sabia á qué lado volverse por la division que hay en los Estados, queriendo unos la religion antigua, otros las dos religiones, otros á V. M., otros al duque de Alenzon, otros al archiduque Matías (4).»

Tan metido como estaba en las corrientes democráticas, el príncipe de Orange era sospechoso de moderado; lo denunciaban por tibio y por ateo los predicantes (5) y lo empujaban los violentos. No podia ya evitar las faltas en que se precipita todo poder popular, cuando los moderados no han sabido arreglarlo desde el orígen: en Amberes (6) «algunos burgueses habian ido tan adelante que amenazaron exterminar á los Estados generales y echarlos por las ventanas.» En Gante, Ryhove, que retiene en su casa (7) á los presos del golpe de Estado, los entrega al pueblo que les arranca la barba y los ahorca. El populacho de Brujas lleva al suplicio á un franciscano acusado de crímenes novelescos (8). Ni áun los calvinistas están seguros: su dogma, por declaracion de los luteranos, «es más criminal que la religion de los turcos (9).» En fin, segun las palabras de un contemporáneo (10) «todo se mezcla y confunde por el populacho, entiendo la escoria y los turbulentos, y estos únicamente mandan ó bien hacen fuerza á los demás.»

(1) Farnesio á Felipe II, 20 octubre 1578, *Com. real hist.* t. IV, pág. 380, año 1852.
(2) Col. de Groen Van Prinsterer, tom. VI, pág. 429.
(3) Farnesio al rey, 27 nov. 1578, *Com. real hist.* tom. IV, página 400.
(4) Farnesio al rey, 16 dic. 1578.
(5) Sobre todo, por Imbize y Dathenus, Col. de Groen, t. VII.
(6) En enero de 1579. Col. de Groen, tom. VI, pág. 533.
(7) Esta casa fortificada se llamaba el *Serbraem-Steen*, de que aún quedan algunos muros en la calle Baja.
(8) Aubigné, tom. II, pág. 404.
(9) Colec. de Groen, tom. VI, pág. 321, el Landgrave de Hesse al duque Juan Casimiro.
(10) *Ibid.* pág. 341. Nota del consejero Assonleville.

Hé aquí cómo el escéptico príncipe de Orange, dominado por los fanáticos y los agitadores populares, apartaba á los católicos de la causa nacional y desanimaba á la nobleza patriota. ¿Estaba realmente bajo el yugo de los sectarios ó pensaba en fundar una dinastía, despues de haber desmenuzado á su país en un polvo democrático? Forzado por la política é impelido por la ambicion, es igualmente culpable: ha fortalecido con su genio y prestigio á los que olvidaban la inspiracion patriótica de los primeros años; empujado hácia la sujecion de España á los que rehusaban ponerse al servicio de sus tribunos populares; favorecido con sus violencias contra los moderados la diplomacia conciliadora y persuasiva de Alejandro Farnesio. Un dia hace prender á Champagney y otros caballeros valones; muy luégo licencia las tropas valonas y no quiere admitir más que reformados en su ejército. «En cuanto á la policía, se cambiaron en todas partes los magistrados de las ciudades por otros de la nueva religion, y esto so capa de ser buenos patriotas y á fin de tener mejor medio de echar de las ciudades sin escándalo á la gente de iglesia (11).»

Sin embargo, los católicos, los partidarios de la aristocracia que sostenian hacia tanto tiempo la causa nacional, los espíritus tolerantes y opuestos á la brutalidad, eran mucho más numerosos, áun fuera de las provincias valonas, como lo reconoce el mismo Orange (12). «El número de los que están por Francisco Valois y son de su religion supera infinitamente casi en todas partes.»

Estos eran los que Alejandro Farnesio no queria dejar á los franceses y á los que trabajaba con un arte consumado.

Comenzó por desembarazarse de los aventureros alemanes que habia llevado el bávaro Juan Casimiro é infestaban el país. «Habiendo sabido que los raitres de los Estados, en número de doce mil, estaban en la campiña, se encaminó allá para batirlos, por lo cual tuvieron estos tal miedo que le ofrecieron retirarse del país, mediante un salvoconducto suyo, el cual les fué concedido (13).» Al mismo tiempo prodigó los ofrecimientos á las provincias que manifestaban oposicion á los sectarios y podian estar más tentadas á anexionarse á Francia.

Vuestra Majestad, dice al rey (14), entenderá

(11) Ms. Bibl. nac. franc. 5165, *Memoria de las cosas pasadas en los Países Bajos.*
(12) Col. de Groen, tom. VIII, pág. 358, marzo 1584.
(13) Ms. Bibl. nac. franc. 5165, fol. 208.
(14) *Bol. Com. real hist. de Bélgica*, 1853, pág. 400.

en qué estriba todo: no querer hacer nada sino lo que pueda dar gusto al país de Artois y á los demás de la lengua valona; el gran odio que tienen á los herejes podrá ser causa de que amen más á V. M.—Mi voluntad, contesta Felipe (1), es recompensar á los que lo hayan abandonado todo por seguir mi partido: á mi parecer los bienes conquistados podrán emplearse en tales ó semejantes recompensas.

Las recompensas hicieron, en efecto, su papel en la política de Farnesio: los bienes confiscados no bastaron; el fisco real estaba exhausto (2); se distribuyeron títulos de marqués, los herederos ofrecieron sus brazos, el clero adelantó fondos sobre sus beneficios. Hay en estos cambios de opinion tráficos, codicias, bajezas. Solamente las mujeres atraviesan estas crísis, permaneciendo limpias, porque la pasion las preserva. Sin codicia y por simple fervor religioso, Cornelia de Lalaing atrae á la causa de España á su marido, á su hermano el conde de Renneberg y la provincia de Groninga; María de Brimen impone como prueba á sus pretendientes una profesion de fe calvinista, y no da su mano de esposa al príncipe de Chimay sino despues de haberle hecho prometer que se convertiria á la nueva religion (3). Los priores de Saint Vaast de Arras ó de Renty esperaban á estar indemnizados con buenos obispados para entregar sus escudos; pero esto no era en ninguna manera simonía, pues servian la causa de la Iglesia. En cuanto á los nobles, fueron atraidos al partido del rey por el primero que se pasó á él, por Valentin de la Motte (4), y vinieron á ser luégo marqueses de Richebourg, de Roubaix, duques de Bournonville, etc., y tornaron su odio contra sus amigos de la víspera, contra sus parientes. Roberto de Melun llegó á ser general de la caballería española, miéntras su hermano Pedro mantenia un ejército por los Estados. La mujer de Pedro de Melun, Cristina Felipa de Lalaing, defendió la ciudad de Tournay contra un ejército español en que combatia su propio hermano Manuel de Lalaing; el duque de Arschot, el marqués de Havré y el conde de Egmont se dejaron seducir y fueron admitidos á la gracia del rey, siguiendo las ciudades el movimiento. En Arras se levantaron los católicos contra el puñado de protestantes que los oprimia, mostrándose crueles como todos los que se han dejado dominar sin energía: miéntras los sectarios no habian perseguido á nadie durante su dominacion de algunos meses, los regidores á quienes expulsaron ahorcaron sin forma de juicio tres vencidos el primer dia, seis el segundo (5); y todavía ahorcaban despues de muchas semanas (6).

Apruebo vuestra conducta, escribia el rey á Farnesio (7); «olvidar y perdonar todas las cosas pasadas, reduciéndose á mi obediencia, manteniendo la religion católica romana, y en todo lo demás, con estas dos cosas, se acomoden como mejor se pudiere.»

El acomodamiento no se hizo esperar: en cuatro meses atrajo Farnesio definitivamente á España las provincias de Henao, y Artois con las ciudades de Lilla, Douai, Orchies (8); muy luégo casi todo el Brabante se adhirió al tratado (9); el ejército español conquistó á Maestrich. Farnesio atrajo una á una las ciudades belgas, miéntras las provincias holandesas cimentaban su union por medio de la confederacion de Utrecht.

Es cosa hecha. La escision está consumada para siempre: en una débil sumision á señores desconocidos y á leyes caprichosas, se reniega de las antiguas franquicias, del antiguo orgullo flamenco, de la patria, en fin. No se rechaza ya al extranjero, ántes bien se le ayuda contra los propios compatriotas; se hace del suelo patrio un campo de batalla, de los propios hijos soldados para una guerra civil.

Las causas de este desastre que suspendió la marcha de la civilizacion en el país más rico del mundo, son complejas. El genio de Alejandro Farnesio tenia derecho á este triunfo sobre el espíritu cauteloso de Guillermo de Orange: los que el uno rechazaba por sus condescendencias con los fanáticos y pedantes, eran recibidos por el otro con los brazos abiertos; de modo que podia decirse de los caballeros católicos (10): «Hélos á caballo para aniquilar el país que los ha dado á luz y sustentado y hacerse esclavos del español para venderle su propia patria por

(1) *Bol. Com. real hist. de Bélgica*, 1852, pág. 408.

(2) Véase por ejemplo Gachard, *Memoria sobre los Archivos de Lilla*, pág. 393.

(3) *Bol. Com. real hist. de Bélg.* tom. XI, pág. 140. Era el hijo mayor del duque de Arschot; tenia veinte años; la mujer que era viuda de Lancelot de Berlaymont, tenia treinta y era la más rica propietaria de los Países Bajos. El príncipe de Chimay no se sometió á España hasta 1584.

(4) Valentin de Pardieu, señor de la Motte, se habia entregado con Gravelinas el año precedente. Murió en la campaña de Francia, 1595.

(5) Pontus Payen, tom. II, pág. 166.

(6) *Ibid.* pág. 186.

(7) *Com. real hist.* año de 1852, tom. IV, pág. 377.

(8) El 6 de enero y 17 de mayo de 1579. Véase en Dumont el tratado *Corps dipl.* tom. V, parte 1.ª pág. 350.

(9) Malinas, Bois-le-Duc, Nivelle, Alost, Bourbourg..... Véase Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 377 y 387.

(10) Marnix de Santa Aldegonda, *Contestacion á las cartas de un caballero Verdadero patriota.*

dinero, á fin de tener con que hacer la corte á las damas y por ventura casarse con magnificencia.» El horror á la herejía y á las violencias demagógicas no era el único sentimiento que atraia hácia Farnesio; mediaba tambien «el odio que el pueblo valon tiene naturalmente á los franceses sus vecinos (1).» Farnesio supo explotarlo persuadiendo á los valones de que Orange queria entregarlos á Francia.

Pero la causa fatal de la escision latia ya oculta de tres años atrás bajo la alegría de la pacificacion de Gante. Creíase entónces estar ligados indisolublemente; se unian en una mala inteligencia; fundábase la patria comun sobre un suelo facticio. En aquella hora de embriaguez se creia en la posibilidad de continuar prefiriendo el país á la opinion religiosa y se proclamaba la tolerancia. Pero esta idea de no odiarse entre compatriotas que no tienen el mismo clero vino á ser muy luégo insoportable: todos se rebelaban contra semejante impiedad y abrian de buen grado el corazon al odio. Se habia sufrido demasiado respetando, durante algunos dias, las opiniones ajenas, y así hubo de sentirse cierto alivio cuando se rompió el pacto de Gante. En el Norte «expulsaron á los católicos, mataron á muchos de ellos y abolieron completamente el ejercicio público y privado de su religion (2).» Enardeciéronse con una especie de furor religioso en esta voluptad de la persecucion: «los sectarios y herejes se desencadenaron hasta el extremo de matar á los eclesiásticos, á los buenos católicos, violando sacrílegamente á las religiosas (3).» Del mismo modo, allí donde los católicos eran los amos reaparecian los procesos sobre hechicerías y las hogueras. Si Valenciennes no se hubiera separado de la Confederacion, no se hubiera visto á una vieja, Arnoulette Defrasne, sometida á cuestion de tormento por haber hecho maleficios á Catalina Rambaud, que se vió cubierta de miseria hasta las uñas: la vieja «despues de haber sido molestada por la renovacion de sus dolores, confesó que era hechicera y fué quemada viva (4).» Si Bruselas no se hubiera entregado á España, no se habria cometido el asesinato de Ana Van Denhove, jóven calvinista perseguida en virtud de los decretos de Cárlos V, condenada y conducida por los religiosos fuera de la ciudad y puesta de pié en lo hondo de un profundo hoyo: allí comenzaron las exhortaciones y las promesas de gracia; y á medida que caian sobre ella piadosas inducciones á la apostasía, caian tambien las paletadas de tierra, que iban cubriendo á la jóven. Cuando la vieron enterrada hasta la cintura, descansaron los sepultureros por órden de los religiosos, que continuaron con mayor fervor sus homilías. Ana no flaqueó: las paletadas de tierra volvieron á caer sobre su agitado seno.... el hoyo quedó cubierto y luégo nivelado.

El pueblo gusta mucho de todo lo que lo acerca á la barbarie: protestantes y católicos estaban muy satisfechos de no sujetarse á respetos recíprocos; pero las provincias que se habian sometido á España fueron las únicas que sufrieron por causa de la escision: puede decirse que allí el mal fué irreparable. Los valones vinieron á ser soldados al servicio de España; tomaron á Gante y Amberes y arrastraron en su destino á toda Bélgica. Desaparecieron el comercio y la industria; los mendigos se acurrucaban en los pórticos; la yerba crecia en las calles; Douai y Valenciennes vieron derruirse sus arrabales y se estrecharon tras las murallas de ladrillos de los ingenieros españoles. Sus casas estaban desiertas cuando Luis XIV vino á traerles algun aliento de vida. Brujas no tenia ya más que 30,000 habitantes, cuando Napoleon recorrió la Bélgica; Ipres, aún hoy dia, no tiene 20,000. Y las mismas calamidades cayeron sobre Tournay, Courtray y Lovaina. La más desgraciada fué Amberes: sus naves huyeron á Lóndres ó á Rotterdam, sus banqueros á Amsterdam y á Francfort; sus muelles quedaron desiertos, y era un cadáver cuando imaginó Napoleon rejuvenecerla, armarla, restituirle su comercio.

Hay otra causa además de la incapacidad de los oscuros archiduques que van á sucederse en el palacio de Bruselas para esa indolencia de que se posee por espacio de doscientos años, desde Farnesio á Napoleon, un país hasta entónces tan vivaz. ¿Por qué estas ruinas, miéntras los holandeses llenan el mundo con su energía, y por qué este contraste entre los súbditos católicos de los príncipes piadosos y la república protestante? Los protestantes se precian de haber contribuido más que las naciones católicas á los aumentos de la riqueza y á los progresos de la civilizacion. En la hora en que era menester no quedarse atrás en el mundo de la

(1) Pontus Payen.
(2) Ms. Bibl. nac. franc. 5165, fol. 208.
(3) *Reclamaciones de los católicos*, resumidas por Le Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 370. Sabido es que Le Petit era capitan en la milicia de Gante y estaba muy bien enterado de los acontecimientos de los últimos veinticinco años del siglo.
(4) Loise, *De la hechicería en Valenciennes.*

edad media, no supieron los católicos utilizar las fuerzas que prestan los lazos comerciales, la audacia del pensamiento, las conquistas de la ciencia: los países peor dotados por la naturaleza como Holanda, Escocia, Suecia, se hacen poderosos, miéntras Portugal se moria y quedaban solitarios los marmóreos palacios de Génova y Florencia. Se engañaria extrañamente quien tomara al pié de la letra estas afirmaciones

Alejandro Farnesio

de los protestantes: no, no fué la religion, sino el arte de ser libres lo que hizo la fortuna de Holanda, como asegura hoy la de la Bélgica regenerada.

II.—Guerra civil en los Países Bajos

Cuando los intereses de España en los Países Bajos eran, en fin, comprendidos con lucidez y servidos con decision, sus adversarios estaban al parecer dispuestos á disolverse en la anarquía. Los diputados de los Estados no se ocupan más que de las ventajas de su provincia «en detrimento de las demás, exclama el príncipe de Orange (1), olvidando que se reunen para proveer á la cosa pública: su incapacidad nos hará caer en la fosa. «Cada ciudad tiene la pretension de arreglar el empleo de los caudales públicos dentro de sus muros y de disponer soberanamente de sus milicias.» Cada provincia tiene su consejo, sus fuerzas y su hacienda. Verdad es que se ha ordenado un consejo, pero sin ningun poder. ¿Cómo habrá en él regla para la disciplina militar, para las rentas, para la justicia?» (2)

El infeliz campesino es, como siempre, el que paga las faltas cometidas por los tribunos comunales. «Los soldados para tener con qué beber hacen extorsion á sus huéspedes y saquean á los campesinos, y el latrocinio que hacen es el mismo que toma el vivandero por su vino y va á venderlo á los pueblos inmediatos» (3); latrocinio miserable en un país entregado al pillaje desde hace tanto tiempo: algunos muebles, bestias, metal ó ropa; es lo único que los vivanderos reunen en sus carretas (4). Pero es bastante para desorganizar los ejércitos.—Yo he venido, dice nuestro honrado La Noue, á conducir gente de guerra á combatir, no ladrones á saquear (5)... ¿Qué valor ni qué voluntad quereis que tenga viendo continuamente entre nosotros una multitud de mujeres perdidas y los caminos cubiertos de beodos? ¿Esperais la salvacion por tales medios? Más bien serán azotes para vuestro pueblo, al que compadezco, tanto por el daño que recibe del enemigo, como por el que le hacemos nosotros (6).

El príncipe de Orange no está ménos desalentado. «Consultamos largamente y somos tan descuidados en ejecutar, como diligentes en deliberar (7). No sé cómo puedo sostener tal carga con tales medios» (8). En esta democracia el sospechoso es ahora el jefe militar: La Noue es expulsado de Gante por el zizañero Juan Hembyze. «Y todavía ha querido que el pueblo me degollara» (9). Brujas le niega sus cañones para un sitio, á pesar de las órdenes de los Estados. «Si hay álguien que prometa ganar las plazas con las uñas, que vaya,» dice La Noue (10), pidiendo á lo ménos pan y cerveza para sus soldados (11). Pero sobre todo con los prisioneros es cruel ese populacho desocupado de las ciudades. «Los prisioneros dicen que ántes quieren cadenas y grillos que ir á Gante» (12). Durante los dos años empleados

(1) *Corresp. de Guillermo de Orange*, tom. IV, pág. 188 á 194, nov. 1579.

(2) *Ibid.* tom. IV, pág. 366 á 368, dic. 1581.

(3) *Corresp. de La Noue*, publicada por M. Kervyn de Volkaersbeke, pág. 85, del 23 mayo 1579.

(4) *Ibid.* pág. 152. Rossel al magistrado de Ipres.

(5) Col. de Groen, tom. VI, pág. 603.

(6) Col. de Kervyn de Wolkaersbeke, pág. 89. La Noue á los Estados.

(7) *Corresp. de Guillermo*, tom. IV, pág. 196 á 207, del 9 enero de 1580.

(8) *Ibid.* pág. 188 á 194, nov. 1579.

(9) *Corresp. de La Noue*, pág. 121. Al magistrado de Ipres, 25 julio 1579.

(10) Colec. de Groen, tom. VI, pág. 608.

(11) *Corresp. de La Noue*, pág. 66.

(12) *Ibid.* 189, La Noue á los Estados de Flandes, 26 abril 1580

por Farnesio (1) en comprar los agitadores populares, en tomar á Maestricht, en consolidar su poder en el Brabante, los golpes de mano ofrecian diversas vicisitudes, y los españoles perdian á veces las ciudades que acaban de ganar: así el conde de Egmont que los mandaba en Ninova se dejó sorprender «y contra la promesa que se le habia hecho y la palabra dada fué conducido á Gante donde recibió muchas indignidades» (2). A lo ménos su mujer quedó libre y pudo sustraerse á los ultrajes de la gente de Gante; pero fué un favor, porque ya se comenzaba á prender mujeres, y La Noue se vió en la necesidad de negociar con un jefe católico para que se pusiera en libertad á todas las mujeres de Courtray y para que en adelante no se persiguiera á ninguna de ellas. «Me parece que las mujeres deben estar exentas de rescate» (3).

Pero La Noue cae prisionero á su vez (4); es un ejemplo de desarreglo moral en una época de guerras religiosas. La Noue, el más caballeresco y respetado de los hombres de guerra; La Noue, cuya lealtad era reconocida por todos los partidos, habia venido á mandar las tropas de los Estados, sin recordar que seis años ántes habia firmado en la capitulacion de Mons el compromiso de no hacer ya armas contra España, como si la lucha por las creencias dispensara de toda buena fe, y como si el deber estuviera subordinado á las pasiones religiosas; guardando lo que el creia el honor de Dios, La Noue olvidaba su antigua probidad. Segun las leyes de la guerra debia ser condenado á muerte. Farnesio, que acaso temia represalias con los prisioneros de su partido (5) ó que sentia efectivamente repugnancia en hacer morir á un bravo soldado, ganó tiempo escribiendo á Felipe II.—Ha merecido el castigo, le decia; pero prefiero esperar una órden formal (6). Sin embargo, es aventurado creer que en contestacion le sugiriera Felipe bajo mano «que para dar suficiente caucion de no hacer nunca armas contra España, era menester que se dejara sacar los ojos.» Este refinamiento no estaba en los hábitos de Felipe II. Y se afirma, sin embargo, que «siete ó ocho cartas de La Noue á su mujer hacen el hecho indudable» (7). —¡Dios sea alabado por todo! exclama La Noue, que permanece cinco años en un calabozo (8) miéntras su mujer vendia todos sus bienes para procurarse el rescate (9).

En medio de las hazañas aisladas y de los combates poco decisivos, arrebataba la peste á los que eran respetados por las demás calamidades. Lovaina quedó casi despoblada en 1580 (10); en Tournay, viendo los cónsules aumentar cada dia el contagio en la ciudad, «ordenaron á los que tuviesen basura que no la dejaran más de dos dias en la calle» (11).

De en medio de sus calamidades los patriotas flamencos convirtieron los ojos á Francia é invocaron á Francisco de Valois. Ya ántes de someterse á España, los Estados del Henao habian creido ver en este jóven príncipe el remedio de sus males (12). El príncipe de Orange, que habia desviado su primera tentativa de intervencion (13), no pudo impedir á los diputados de las provincias, reunidos en la Haya, que proclamaran al francés (14). El archiduque Matías «viendose como abandonado, porque los Estados conocian su insuficiencia» (15), se retiró vergonzosamente, no sin hacerse abonar como indemnizacion las rentas del obispado de Utrecht (16).

Cuando sus adversarios comprendian la necesidad de restablecer la unidad del mando, tuvo Felipe II la extraña inspiracion de amenguar al contrario el poder de Alejandro Farnesio y compartir el gobierno de los Países Bajos entre él y su madre, Margarita de Parma.

La antigua regenta se puso en camino sin prevenir á su marido ni á su hijo, y apareció de pronto en Luxemburgo (17) con las instruc-

---

(1) En 1579 y 1580.

(2) Ms. Bibl. nac. franc. 5165, fol. 249. El 5 de abril de 1580; permaneció prisionero cinco años en el Prinzenhof.

(3) *Corresp. de La Noue*, pág. 178, del 5 de abril 1580. Verdad es que los hugonotes habian comenzado poniendo á rescate á Madame Glajon y á Mad. Nivelles.

(4) Cogido el 10 de mayo de 1580 por el marqués de Roubaix en una marcha sobre Lilla.

(5) Principalmente Egmont y Champagney.

(6) Carta del 26 de junio 1580; pero solo Strada ha visto esta carta.

(7) Moyse Amirault, la *Vida de Francisco de La Noue*, Leyden-1661, pág. 280 á 298. Amirault es ciertamente de buena fe y ha visto las cartas, pero acaso no las comprendiera, ó tal vez el mismo La Noue se equivocó sobre las sugestiones que se le hicieron. Kervyn, pág. 30, acepta el hecho como probado

(8) *Corresp. de La Noue*, pág. 192, La Noue al coronel de Villeneuve.

(9) La primera mujer de La Noue fué Margarita de Teligny, hermana del yerno de Coligny; la segunda, María de Luzé, con quien se casó en 1572, era viuda de tres maridos, La Vallée, Rumigny y Moy. Hé aquí el resúmen de la campaña de La Noue: 19 de julio 1579. toma de Brujas; 22 octubre, toma de Menin; 15 de noviembre, combate de Werwick; vuelta á Francia; 30 marzo 1580, toma de Ninova, 10 mayo, derrota de Lilla.

(10) Cabrera, tom. II, pág. 509.

(11) *Bolet. de la Com. real de hist.* tom. XI, pág. 443.

(12) *Corresp. de Guillermo*, tom. IV, pág. 47.

(13) *Ibid.* pág. 67.

(14) 26 de julio 1581.

(15) Le Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 397.

(16) *Ibid.* tom. II, pág. 397, oct. 1581.

(17) El 23 de junio 1580.

ciones del rey. Su hijo evitó verla por espacio de muchas semanas (1), ofreció retirarse, hizo comprender que sus soldados se negarian á servir á las órdenes de otro general, y obtuvo en fin de su madre la renuncia de los poderes de que habia sido investida. Pero Felipe insistió en sostenerla á pesar de ella, multiplicó sus cartas por espacio de muchos meses (2) obstinándose en su combinacion. Margarita, que sin duda no habia llevado consigo á su antiguo confidente Armenteros (3), tuvo el buen sentido de fortalecer con su influencia la autoridad de su hijo: lo reconcilió con el duque de Arschot (4), le procuró un buen lugarteniente, Francisco Verdugo, su antiguo paje (5), que recibió el encargo de defender la provincia de Groninga. En fin, despues de haber desvanecido por el momento la desconfianza de Felipe contra su hijo, se retiró Margarita.

Este singular episodio en un instante tan crítico descubre uno de los rasgos más notables de la política de Felipe II: desde que un hombre se eleva por su genio ó por servicios señalados, hay que suscitarle rivales, desbaratar sus planes, mantenerlo en el terror ó abatirlo en el servilismo. Para conservar la confianza del rey es preciso ser incapaz: la gloria hace sospechoso al hombre; sólo viven tranquilas las medianías.

III.—Francisco de Valois duque soberano de Brabante

Si Felipe II comprendió mal el cambio que la escision del Henao habia introducido en la política, parece ser que los franceses no midieron mejor el alcance de esta revolucion. La intervencion de un Valois era lógica, cuando podia ser sostenido por católicos de lengua francesa, enlazados á Francia por una cadena de plazas fuertes; pero desde la reconciliacion de los flamencos con España, tenia que ser ya relegado el francés en medio de los protestantes que hablaban el thiés, léjos de sus refuerzos y sin comunicacion con Francia.

Francisco de Valois comenzó sin embargo por un golpe feliz. Se presentó súbitamente delante de Cambrai que sitiaba Farnesio (6), se hizo introducir en la ciudad, la libertó y se estableció en ella como señor. Confió su gobierno á un aventurero que parecia más bien apto para capitan de bandoleros, Balagny, hijo del obispo de Valence y de la abadesa de Goyon (7); despues juzgando muy avanzada la estacion para abrir una campaña, pasó á Inglaterra, donde esperaba obtener la mano de Isabel (8).

Los historiadores, como los novelistas, han sido siempre severos para con el último hijo de Catalina de Médicis; no tienen en cuenta para nada que este niño mal criado, doliente y escrofuloso (9), habia tendido siempre al partido de los moderados, apartando de sí á los hombres que preferian sus pasiones del momento á los destinos de Francia. Nada hizo que ofendiera el sentimiento nacional. Algunos familiares suyos, y sobre todo, su hermana Margarita, sólo hablan de él con cariño. Al entrar en las contingencias de una alianza inglesa contra Felipe II, entraba realmente en los verdaderos intereses de su país.

Su fiel Cimier, tan bien recibido la primera vez por Isabel, habia vuelto á Lóndres, hacia ya muchos meses y recobrado su puesto de favorito de la reina. La singular fortuna de este francés que sabia adivinar y lisonjear los caprichos de la vanidosa princesa, excitaba la envidia de los cortesanos, pero, sobre todo, la celosa inquietud de Leicester: la corte se dividió en dos partidos á favor del uno ó del otro rival; pero áun contando con la fraccion más fuerte, Leicester no podia acusar á Juan de Cimier de haber dado secretamente á Isabel filtros mágicos para seducirla, miéntras que Cimier tuvo el arte de descubrir y la crueldad de revelar el matrimonio secreto de Leicester con la viuda del conde de Essex. El efecto de esta revelacion fué espantoso: Isabel fué atacada de una crísis nerviosa, se arrastró por el suelo, maltrató á los que se le acercaban, se negó á tomar alimento y no salió de su frenesí sino para hacer encerrar á Leicester en uno de los fuertes de Greenwich. Despues lo perdonó de improviso, y ya en libertad Leicester, hubo de

(1) No se encuentran hasta agosto, en Namour, *Corresp. de Margarita*, tom. I, Prólogo, pág. 40.

(2) Hasta diciembre 1581.

(3) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VIII, pág. 54. Granvela á Fonck. «No sé lo que hace el prudente Armenteros, y digo prudente, porque volvió á Italia cargado de dinero.»

(4) Cabrera, tom. II, pág. 625.

(5) Las *Memorias de Verdugo*, de que ha dado extractos M. Gachard en su tom. I, pág. 225, *Manuscritos de la Bibl. nac.*, habian sido publicadas en 1610 y reimpresas en la *Coleccion de libros españoles curiosos*, tom. II: Morel Fatio indica algunos pasajes suprimidos en su Catálogo de *Manuscritos españoles de Paris*.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 3902. fol. 238; era el 17 agosto 1581.

(7) Reaparecerá á menudo en esta narracion. M. Tamizey de Laroque, *Noticia sobre Juan de Montluc*, pág. 75, asienta, segun los registros de la órden de Malta de la Bibl. del Arsenal, que Balagny, hijo de Ana Martin, abadesa de Goyon, cerca de Valence, fué legitimado: yo comprendo mal lo que significa aquí la palabra *legitimado*.

(8) Se embarca el 30 de octubre de 1581. V. *Negociaciones en el Levante*, tom. IV, pág. 92.

(9) Padecia de caries del peñasco. Ms. Bib. nac. fr. 3902, f. 289.

organizar tantas maquinaciones para asesinar á Cimier, que tuvo que declarar la reina á són de trompeta, que tenia al francés bajo su proteccion especial, favor que no fué parte á impedir que se disparara un arcabuzazo á Juan Cimier en el mismo barco en que estaba con la reina. «Mr. de Simier se ve los más dias con esta Serenísima, á quien sacó á danzar la otra noche en un sarao, escribia el embajador español (1), y la reina le favoreció tanto como hacer lo que le suplicaba.»

Por una extraña ironía, este Cimier, que habia sabido cautivar á la más caprichosa de las mujeres, sólo es conocido de sus contemporáneos por sus desgracias conyugales; de modo que su nombre habria desaparecido de la historia sin las afrentas que recibiera. Durante el primer viaje á Inglaterra y la primera expedicion á Flandes, hubo de confiar á su hermano, caballero de Malta y muy gentil de persona, su primera mujer, hija del señor de Dangeau, en su castillo de Cimier; pero habiendo sabido que «durante los catorce meses de su ausencia habia quedado en cinta del dicho caballero,» envió soldados, que mataron á su hermano á la puerta del castillo que él mismo habia bajado á abrir (2). La esposa infiel fué respetada por los asesinos, pero murió al cabo de algunas semanas. Juan de Cimier se casó muy luégo con una doncella de honor de la reina Catalina, famosa ya por sus amoríos. Luisa del Hospital-Vitri acababa de dar á luz una niña á consecuencia de sus relaciones con el poeta Desportes, aquel bello ingenio que se prestaba á todos los oficios por darse buena vida, cuando vino á ser esposa de Cimier (3).

La reina Isabel no mostró ménos afecto á Francisco de Valois que á Juan Cimier, cuando el príncipe francés fué á emprender á su vez el sitio del «castillo de la perfecta Belleza,» en medio de los torneos, banquetes y alegorías amorosas. Francisco pasó cuatro meses en Lóndres «en placer y solaz» (4). Isabel fingia considerarse como su prometida y aparentaba igualmente estar ligada á él, como quiera que habia firmado no sólo el contrato conyugal, sino tambien el convenio oficial de las formas de la celebracion (5); pero estaba decidida desde el primer dia á no casarse sino con su hermano Enrique III; su popularidad no sufria menoscabo por estas mañas femeniles que ponia ella al servicio de la diplomacia. Los ingleses no dejaban de estar satisfechos de aquellos sucesivos fracasos de los brillantes príncipes de Valois cerca de su soberana. Sabido es con qué lisonjas formuló Shakespeare este instinto nacional (6). La reina, sin embargo, en el seno «de las meditaciones virginales» de sus cuarenta y ocho años, acaso no era tan indiferente á las atenciones del jóven Valois, como Shakespeare lo suponia. Cuando Isabel acompañó á su prometido hasta la nave que se lo llevaba para siempre,—«la separacion fué lúgubre entre ella y el príncipe: ella está triste de verlo partir; él triste de retirarse. Despues, huye Isabel de los sitios en que lo ha conocido, porque le recuerdan al hombre de quien se separó con tanto dolor» (7).

A pesar del amor novelesco de que hacia gala Isabel, comprendió muy luégo Francisco que no era sino una comedia aquel casamiento, y combinó con su madre otro proyecto más seductor, «el designio secreto de llegar á enlazarse en matrimonio con una princesa española por medio de los negocios de los Países Bajos» (8).

Las princesas españolas eran sobrinas suyas: podia casarse con una de ellas con dispensa del papa, y recibir en dote aquellas provincias flamencas que arrancaria á las miserias de la

(1) Puede interpretarse por el mismo texto del despacho la clase de favores á que alude el embajador. *Doc. inéd.* tom. LI. pág. 211.

(2) Lestoile, edic. Jouaust, pág. 258, julio 1578.

(3) Tallemant Des Reaux, edic. Monmerqué, tom. I, p. 29 y 94. «Era galante, agradable y sutil. Tuvo una hija de Desportes, siendo dama de la reina. Se dice que una mañana fué á salir de su cuidado al arrabal de San Víctor, y que por la noche se hallaba en el baile del Louvre, donde danzó, sin que nadie echara de ver lo ocurrido á no ser por una pérdida de sangre.» En recuerdo de este accidente, decia ella «que las casadas podian gritar, pero que las solteras no se atrevian á exhalar un triste ay.» Mad. de Cimier tuvo por amantes á M. de la Rochefoucauld, muerto en 1590, al almirante Villars, «el cual estaba tan enamorado de ella que en Picardia yendo al combate en que murió, se puso á besar un brazalete de pelo de Mad. de Cimier,» y tambien de otros que hicieron decir de ella:

Le cœur de ces amants qui ont bonne escarcelle,
Vous le connaissez bien, madame de Cimier;
C' est elle galamment qui fera l' Isabelle.

Mad. de Cimier publicó un volúmen de versos y murió en 1608. No me ha sido posible saber qué fué de su marido, despues de su vuelta de Lóndres, ni averiguar la fecha de su muerte.

(4) Le Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 439.

(5) Dumont, *Cuerpo diplomático*, tom. V, pág. 406.

(6) Shakespeare, *Midsummer night's Dream:*

Cupid all armed a certain aim he took
At a fair Vestal, throned by the west,
And loos'd his love—shaft smartly from his bow
As it should pierce a hundred thousand hearts:
But I might see young cupid's fiery shaft
Quench'd in the chaste beams of the watr'y moon
And the Imperial vot'ress passed on
In maiden meditation, fancy-free.

(7) Talbot to Shrewsbury: «The departure was mournfull betwixt His Highness and monsur; she lothe to let him gowe, and he as lothe to depart... because the places shall not give cause of remembrance to hir of him with whom she so unwyllinglie parted.» (Lodge tom. II, pág. 258.)

(8) La Huguerye, *Memorias*, tom. II, pág. 156.

guerra. Catalina no temió hacer la proposicion al embajador español, «asegurando que se le salia el alma de ver una de las Serenísimas infantas por acá, diciendo que su hijo no se habia casado en Inglaterra» (1).

Sobreponiéndose á estas intrigas de las dos reinas, el genio de Farnesio y el de Orange dirigian la política en otro sentido. Al desembarcar á su vuelta de Inglaterra (2), fué aclamado Francisco de Valois, como lo fué en otro tiempo el archiduque Matías; halló tambien, cuando hizo «su magnífica entrada en su muy famosa ciudad de Amberes (3) el carro de la Union en que estaba sentada una hermosa doncella ricamente engalanada» (4) y tuvo la autoridad suficiente para hacer que se restituyeran al culto católico las iglesias de Amberes (5). El príncipe Chimay «jóven y ciego y apasionado de su mujer,» segun confiesa (6), se adhirió al nuevo conde de Brabante. Pero desde las primeras semanas comenzaron los Estados á tratar como príncipe holgazan al soberano que acababan de elegir. Las provincias continuaron dirigiendo sus tropas segun el interés del momento y absteniéndose de llevar las contribuciones al tesoro comun; el impuesto de tres sueldos por tonelada de cerveza no pudo centralizarse (7). Francisco se quejó de que se le tratara «de tal manera, como si se burlaran de él» (8).

—«No creo que su reinado en los Países Bajos sea de larga duracion, escribia un embajador del imperio (9): sólo el príncipe de Orange ganará en todos estos enredos; y parece ser que toma sus medidas para asegurarse de Holanda y Zelanda.»

Entre Farnesio que ocupaba sólidamente el Artois y el Henao, y el príncipe de Orange que se encerraba en Zelanda, estaba reducido Francisco á disputar el Brabante á los españoles, contendiendo con los procuradores de los Estados (10) que no tardaron en romper todo comercio con él. «Si yo hiciera lo que ellos, decia (11), lo que puedo hacer más legítimamente siendo lo que soy, todo iria peor aún.» Pero sin olvidar su dignidad de príncipe francés, supo observar una conducta correcta con los diputados y tenerlos al corriente de los pasos que intentaba Farnesio para venir á una suspension de hostilidades (12). Esta lealtad no es lo que piden las asambleas democráticas, prefiriendo dejarse subyugar por el adulador de las pasiones populares que entiende hacerse necesario ligando sus intereses á las preocupaciones del momento. El príncipe de Orange comprendia este juego; mezclábase con el pueblo, era familiar y cariñoso «yendo por las ciudades: si oia ruido en una casa y entendia que reñian el marido y la mujer, entraba y los exhortaba á la concordia con increible dulzura. Hechas las paces del matrimonio, pregúntabale el amo de la casa si queria probar su cerveza, y el príncipe contestaba que sí: traida la cerveza, el marido, segun la usanza del país, bebia ántes á su salud en una vasija que llaman ellos *caña*, y era ordinariamente de barro azul; despues quitando la espuma de la cerveza con la palma de la mano, ofrecia la caña al príncipe, que bebia á su vez» (13). Él dirigió la oposicion de los Estados contra Valois, tratándole sin embargo con afectados miramientos (14).—Estoy cierto, escribe Champagney (15), de que sólo el príncipe de Orange ha turbado los designios de Francisco de Valois. No le ha permitido nunca ir al ejército, ha retardado siempre los auxilios destinados á las plazas cercadas temiendo que el príncipe cobrara demasiado crédito en los Estados.

Estos conflictos no permitian triunfos en las operaciones militares. Farnesio habia tomado á Tournay, miéntras Francisco estaba aún en Inglaterra (16); y en la primavera siguiente embistió á Oudenarde, que tomó tambien despues de dos meses de sitio. Un cuerpo de ejército francés al mando del mariscal de Biron, resta-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1560, pieza 15, Tassis á Felipe II, del 6 marzo 1582.

(2) El 1.° febrero 1582.

(3) «La alegre y magnífica entrada de Monseñor Francisco, príncipe de Francia...» Amberes, C. Plantin, en folio, con 21 láminas, 1582.

(4) Le Petit, *Crónica de Holanda*.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1560, pieza 18, del 7 marzo 1582, Tassis al rey. Sobre esta parte de la campaña, véanse tambien *Memorias de Nevers*, tom. I, pág. 544 á 569; Castelnau, *Memorias*, edic. 1731, tom. I. pág. 674 y sig.; Ms. Bibl. nac. franc. 3280, 3284, 3287, 3288 y 9009 á 9019.

(6) *Bol. de la Com. Real de hist. de Bélgica*, tom. XI, pág. 141,

(7) *Corresp. de Guillermo*, tom. V, pág. 259, Manifiesto en lengua ties, del 1.° de marzo de 1582.

(8) *Ibid.* pág. 69.

(9) Busbecque al emperador Rodolfo, edic. del abate de Foy, Paris, 1748, tom. III, pág. 100, del 12 de junio 1582. Este embajador se llamaba Auger Gislen, baron de Busbecque, y nació en Comines, Flandes, en 1522: fué embajador del imperio en Turquía, despues en Paris, y murió en Saint Germain en Laye en 1592.

(10) Colec. de Groen, tom. VII, pág. 290.

(11) *Corresp. de Guillermo*, tom. V. pág. 171.

(12) *Ibid.* pág. 192 á 195.

(13) Du Maurier, *Memorias*, pág. 149.

(14) Ms. Arch. nac. K. 1560, pieza 108, del 29 dic. 1582, Tassis al rey.

(15) Champagney, *Memorias*, pág. 271.

(16) Del 1.° octubre al 30 nov. 1582. En este sitio fué herida en un brazo de un tiro de arcabuz la princesa de Epinay, hija de una hermana de Coligny (Du Maurier, pág. 140).

bleció por algun tiempo la fortuna del duque de Brabante, permitiéndole tomar á su vez las plazas de Alost y Bouchain. Con el pretexto de que los exploradores del ejército de Farnesio «habian vejado y saqueado, durante muchos meses, todas sus ciudades fronterizas (1), comenzó Enrique III á mostrar energía en favor de su hermano, llevando su audacia hasta ocupar los caudales españoles depositados en las arcas de los banqueros de Paris. «Se han encontrado y confiscado diez mil ducados que pertenecian al rey de España» (2). Pero los españoles recibieron igualmente refuerzos por su parte. «Habiendo establecido bien los negocios de Portugal, se intenta arrimar el hombro á los de Flandes» (3). En efecto, no tardó mucho Felipe II en enviar á los Países Bajos ciento sesenta mil ducados mensuales (4), y con esto pudo Farnesio poner en línea sesenta mil hombres á fines de 1582; se apoderó con ellos de Ninova y obligó á las tropas de los Estados á encerrarse en las ciudades. Sin embargo, tuvo que destacar un cuerpo de ejército, que envió al electorado de Colonia para expulsar al arzobispo Truchsess que se habia declarado luterano (5) y casado con la bella Inés de Mansfeld; muchos de sus súbditos le habian permanecido fieles; los demás apoyaban al prelado que le oponia su clero, Ernesto de Baviera, lo cual tomaron por pretexto ambos partidos para saquear las ciudades y asolar los campos. Truchsess daba gritos desesperados hácia los luteranos, sus vecinos: «Falta aliento á todos los alemanes, escribia (6); somos ya objeto de ludibrio para todas las naciones. Hazte cordero y te comerá el lobo. ¿Dónde están los santos de Alemania? Duermen sobre ambas orejas *(dormiunt in utramque aurem);* muy pronto será menester despertarse y cerrar la puerta del redil, cuando el rebaño haya sido devorado.» Vano llamamiento: ni los mismos ingleses se dejaron ablandar. «La pesadez del carácter aleman» (7) dijeron, no deja esperanza; la intervencion de Farnesio fué decisiva, y Truchsess tuvo que buscar asilo en Holanda.

(1) Busbecque al emperador, 25 marzo 1582, tom. III, pág. 88.
(2) *Ibid.* Octubre 1582, pág. 116.
(3) Ms. Bibl. nac. franc. 16108, fol. 8, Saint Gouard al rey de Francia.
(4) *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 317.
(5) La bula de excomunion de Truchsess es de abril de 1583. Véase Ms. Bibl. nac. franc. 3336, fol. 71.
(6) Truchsess á Guillermo Luis de Nassau, Col. de Groen, segunda serie, t. I, pág. 9,
(7) Walsingham á Davison, citado por Motley, The united Netherland, tom. I, pág. 34. «The dulness of the Almaine nature.»

Esta diversion no aprovechó á Francisco. Intrigas y decepciones apuran la paciencia que se habia propuesto tener: creyó que Felipe II queria hacerlo asesinar, y prendiendo á un aventurero llamado Salcedo, lo envió á su hermano Enrique III para que se le juzgara en Paris; procedimiento harto irregular (8) y más extraño aún por la idea que tuvo Enrique III de enviar á Amberes la cabeza del acusado.—El rey de Francia no es el señor de Amberes, dijo el embajador español, y no tiene el derecho de exponer aquí los miembros de sus condenados.—No he enviado esa cabeza á la ciudad, replicó Enrique III, sino á mi hermano para hacer pasteles, si queria (9). En cuanto á Salcedo, escribió el embajador á Felipe II, era un loco que no pensó jamás en tales asesinatos: el príncipe Francisco y Orange han imaginado esta comedia «por hacer que este rey rompiese con V. M. y hubiese por sospechosos y difidientes todos aquellos príncipes y otras personas de que trato... por ser bien intencionados» (10).

IV.—Descalabros y muerte de Francisco de Valois

Francisco de Valois era siempre el soberano nominal de Brabante: acuñaba moneda con su efigie (11); pero estaba cada vez peor hallado en medio de los jefes populares. «Está descontentísimo, escribe de Lóndres Bernardino de Mendoza (12), de verse en poder de los rebeldes, los cuales acriminan á los franceses cualquiera desórden que se haga, y excitan la desconfianza recordando el San Bartolomé.» El San Bartolomé arruinó nuestra influencia en el extranjero para todo el resto del siglo: «el pueblo pedia justicia contra los asesinos de Paris» (13) y se negaba á toda organizacion hasta el punto de desanimar al mismo príncipe de Chimay «que no queriéndose ya mezclar ni estar con esta gente,» se entregó con la ciudad de Brujas á Alejandro Farnesio (14).

Los cortesanos del Louvre que habian seguido al príncipe francés en su expedicion, perdian tambien la paciencia. Saint Luc, uno de

(8) El legajo del proceso está Ms. Bibl. nac. Dupuy, vol. 87. Véanse tambien Cimber y Danjou, *Archivos curiosos*, tom. X. Nicolás de Salcedo, señor de Auvillars, fué ejecutado en 1582.
(9) Busbecque al emperador, del 25 oct. 1582, tom. III, p. 125.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1560, piezas 88, 95 y 97, Tassis al rey de España.
(11) Reuniéronse muchas series de estas monedas en la Exposicion de Bruselas de 1880.
(12) Ms. Arch. nac. K. 1560, pieza 31, del 1.º abril 1582.
(13) Aubigné, *las Historias*, tom. II, pág. 473.
(14) *Bol. de la Com. real de hist.* tom. XI, pág. 141.

los donceles de Enrique III, se arrebató hasta el extremo de golpear á un holandés á vista de Francisco y del príncipe de Orange.—El hombre de más alto nacimiento del mundo, dijo el de Orange (1), no hubiera cometido impunemente semejante exceso en presencia del emperador Cárlos V.—Ahora que está muerto celebrais á Cárlos V, contestó Saint Luc; pero no dudeis de que, si viviera, no tardaria mucho en cortaros la cabeza.—Por lo demás, ningun concurso para la guerra: sólo las bandas francesas sostienen la campaña; «muchas palabras y pocos hechos (2); los flamencos prometen muchos subsidios y no dan nunca nada.» Las vejaciones se hacen intolerables; cuando llegue el turno de sufrirlas al paciente príncipe de Orange, se verá en la necesidad de ocultarse en su ciudad de Delft (3). Francisco de Valois no tiene más eleccion que los términos de esta disyuntiva: ó el vergonzoso papel del príncipe Matías, ó el golpe de Estado de Don Juan de Austria.

Decídese, pues, á organizar los preparativos de un golpe de Estado con bastante arte para ocultarlos á la vista de los sectarios: quiere ocupar en un solo dia, con guarniciones francesas, las principales ciudades de su ducado. Era menester para el éxito disciplinar con el prestigio del valor personal á aquellos caballeros audaces, robustos, indóciles: se iba á hallar pronto, entre aquellos voluntarios ávidos de agradar á mujeres que sólo estimaban á los valientes, un escuadron capaz de tomar una ciudad petardeando las puertas, ó de atajar á un ejército entero; pero el blanco penacho que habia de reunir esta caballería invencible no flotaba sobre la frente del enteco Francisco de Valois. Sin su príncipe, algunos franceses se presentan á la puerta de Amberes (4), la embarazan, buscan cuestion con los burgueses de la guardia, son sostenidos súbitamente por quince ó veinte grupos de á pié y de á caballo (5), entran en la ciudad, rompen los escaparates de las tiendas y se dispersan al pillaje. Muy luégo suena el toque de rebato, los burgueses tienden las cadenas al través de sus calles y avanzan en buen órden «tan resueltamente al encuentro de los franceses, que casi en un cuarto de hora los rechazan matando buen número de ellos» (6). El pánico sobrecoge á los franceses, que se precipitan todos á la vez hácia la puerta por la que se habian introducido y allí se atropellan y amontonan, miéntras llueven las balas de arcabuz sobre aquella masa viviente: los últimos que llegan pasan por encima de los cadáveres y caen heridos á su vez. «La puerta quedó tapiada por cuerpos muertos hasta la altura de dos hombres uno sobre otro, de modo que nadie podia ya entrar ni salir.» Muchos saltan al foso, «pero les tiran por la espalda: las compañías de burgueses disparaban tan horriblemente que aquello parecia una granizada» (7). Se contaron hasta mil quinientos cadáveres (8), los cuales cayeron en una ó dos horas. Los burgueses cogieron, poco más ó ménos, el mismo número de prisioneros, que esperaban rescatar su libertad, «pero hubieron de morir muchos en las prisiones de frio, pobreza y miseria, y del hedor de ellos mismos, estando las prisiones tan llenas que apénas se podian mover» (9).

Encerrado en su campo á algunas leguas de la ciudad, Francisco de Valois no pudo hacer más que ser testigo de aquella ejecucion; pero se dió prisa luégo en escribir al príncipe de Orange para obtener su intervencion en favor de los prisioneros.—Mejor que yo sabeis, le decia (10), las justas razones que tengo para estar ofendido por tanto menosprecio. Que no se haga ningun agravio á los mios, pues otros lo pagarian.—Pero en verdad, contestó Orange (11) á Pruneaux, el agente de Enrique III, que le hacia cargo de no haber protegido á los prisioneros, están sin comparacion mejor tratados de lo que hubieran hecho con nosotros, segun la voz comun, si Dios no les hubiera desbaratado sus empresas. Esta cautelosa neutralidad tuvo su recompensa: Orange vino á ser, en fin, conde de Zelanda y lugarteniente general de las Provincias Unidas.—«Nada prueba más el genio y habilidad de este príncipe: en un tiempo en que flaquean los más poderosos de Europa, él aumenta sus fuerzas, se engrandece» (12).

Los soldados de Francisco de Valois fueron

(1) Busbecque al emperador, 18 dic. 1582, tom. III, pág. 134.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 18, del 13 enero 1583, Tassis á Felipe II. «Aquello consiste más en muchas palabras que dan los rebeldes que en obras, y que si bien prometen de contribuyr y dar mucho no llegan á asegurar cumplimiento.»

(3) El 22 de julio 1583. Orange no habia podido obtener justicia contra los ultrajes del populacho de Amberes.

(4) El 17 de enero de 1583.

(5) Le Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 460.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 16, relacion hecha el dia siguiente. Véase tambien las piezas 14 y 15.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 16.

(8) Aubigné, tom. II, pág. 476.

(9) Le Petit, tom. II, pág. 464.

(10) *Corresp. de Guillermo*, tom. V, pág. 79, del 17 enero 1583; el mismo dia del conflicto.

(11) *Ibid.* pág. 121, del 22 febrero 1583.

(12) Busbecque al emperador, tom. III, pág. 189.

rechazados el mismo dia en todas las ciudades importantes, salvo Dunkerque. Reducido á Dunkerque y á Cambray, «burlado en Francia, despreciado de los españoles y aborrecido de los Estados» (1), el jóven príncipe se ocultaba en Dunkerque (2) continuando sus negociaciones con el príncipe de Orange para la libertad de Fervacques y demás prisioneros sobrevivientes (3); esta insistencia humilde, aunque honrosa, acabó de desacreditarlo. «Se ha conducido mal, decia un ministro francés (4), en la resolucion y ejecucion de la empresa y no se ha conducido mejor despues en lo que ha hecho y tratado con los Estados.» Para evitarle la humillacion de la fuga, le envió su hermano (5) con el obispo de Vannes la órden de volver á Francia, en cuya virtud salió de Dunkerque el 18 de junio.

El obispo de Vannes llevaba tambien á Alejandro Farnesio en nombre de Enrique III la desaprobacion oficial de la empresa de Amberes. Pero Francisco de Valois no habia esperado este paso para iniciar por sí mismo singulares negociaciones con España. Desde abril, tres meses despues de la catástrofe de Amberes, miéntras aparentaba reconciliarse con los Estados por mediacion del príncipe de Orange, ofrecia renunciar en favor del rey de España sus comprometidos derechos sobre las Provincias-Unidas por el precio de trescientos mil escudos de oro, y la cesion en toda soberanía de las ciudades de Dunkerque, Calais y Berg-Saint-Vinox con sus territorios (6). Su secretario italiano, Julio Rici, tenia entrevistas secretas con Farnesio en Bruselas y con Tassis en Paris.—¿No se podria comprar á ese Julio Rici? preguntaba Felipe II (7).—No os dé cuidado ese príncipe, contestó Tassis (8); está fatigado con los Países Bajos y fácilmente se dejará tentar por el honor de ir á libertar á María Stuardo, y nos desembarazaríamos de sus pretensiones con prometerle secundar sus tentativas en favor «de una noble viuda, cruelmente perseguida.»

En efecto, no sólo aparentó Francisco dejarse seducir por este proyecto, sino que la misma Catalina llamó al embajador Tassis, derramó delante de él sus fáciles lágrimas y le dijo: Me crece la vejez, la cual algun dia se puede acabar cuando ménos se piense: tengo gran deseo de que se allanen las diferencias que andan entre el rey de España y mi hijo, porque por otra parte tampoco es mozo Felipe y por la misma razon no ménos subjecto de acabarse (9). Contraigamos una union indisoluble para libertar á María Estuardo y ganar la Inglaterra á la religion.»

Si Isabel conoció estos manejos del prometido á quien suponia tan enamorado y fiel, debió sentir mayor odio contra la rival á quien seguian prefiriendo los príncipes y á quien sólo respetaba la edad al parecer. Pero debió informarse, sobre todo, de los proyectos más sérios que Felipe II estudiaba contra ella de acuerdo con el duque de Guisa. El éxito obtenido por Farnesio rompió las negociaciones de Francisco. «Insisto siempre en lo de las provisiones de dinero, escribia Farnesio (10); pues sin él es imposible salir con lo que se querria.» Despues desbarataba los últimos destacamentos franceses (11), sitiaba á Dunkerque (12) que sólo defendian ya seiscientos hombres (13) y cuyos habitantes estaban decididos á entregarse (14); en fin tomaba con Dunkerque á Nieuport (15).

Los estados confederados no estaban ya en aptitud de defenderse desde la partida de los franceses y enviaron á Enrique III diputados afligidos, que hicieron ofrecimientos tan ventajosos que apénas pueden creerse (16). Despedidos cortésmente, volvieron los enviados al cabo de tres meses provistos «de los más ámplios poderes para hacer nuevos ofrecimientos» (17);

(1) D'Aubigné.

(2) Un pedante del país hizo los versos siguientes sobre el desastre de Amberes:

Flebile fecisti facinus; felixque fuisses
Foedifragos fugiens, foedigraphosque fugans.
Flere facis Flandros, faustum, fera Francia, foedus
Frangendo fugiens, fas fugiendo facis.
Flos fueras florum, fœx fies, Francia, fœcis,
Foedifragum Francum fama fuisse feret.
Festivum facies feritate Franciæ finem
Flandrorum frustra funera foeda facis.

(3) Busbecque al emperador, tom. III, pág. 183, del 1.º de junio de 1583.

(4) Villeroy á Matignon, pág. 59, del 27 febrero 1583.

(5) Ms. Bibl. nac. franc. 3396, fol. 26.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1562, pieza 56, abril de 1583. Farnesio á Tassis.

(7) *Ibid.* pieza 63. «Si pudiese salir con ganar á Julio Rici.» La pieza 56 es la carta de Parma á Tassis; la pieza 57, la de Tassis al rey, y la pieza 63 la del rey á Tassis. No sé si este hecho era muy conocido.

(8) *Ibid.* K. 1562, pieza 72. «Favorecer á una viuda tan trabajada.»

(9) Ms. Arch. nac. K. 1562, pieza 72.

(10) *Ibid.* K. 1561, pieza 82. Farnesio á Idiaquez, autógrafo del 4 julio 1583.

(11) *Ibid.* pieza 87, del 14 de julio, y *Corresp.* de Busbecque, tomo III, pág. 193.

(12) *Ibid.* pieza 95, del 2 agosto, Tassis á Felipe II.

(13) «No son muchos,» escribe Felipe al márgen de la carta.

(14) «Son burgeses muy puestos en concertarse.» Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 95, Busbecque, pág. 202, del 10 agosto 1583.

(15) Arch. nac. K. 1561, pieza 95, del 2 de agosto.

(16) *Corresp. de Busbecque*, t. III, pág. 278, del 18 agosto 1583.

(17) *Ibid.* pág. 293, del 15 diciembre.

pero al lado del partido que pedia la intervencion francesa, se agitaba el de los que «escribieron al duque Juan Casimiro rogándole se sirviera enviarles de nuevo á Hembyze y Darthenius para barajar mejor las cartas» (1). Hembyze volvió muy luégo á Gante, donde vino á ser el ídolo del pueblo, se rodeó de una guardia de alabarderos y redujo á prision á cuantos eran de parecer de reconciliarse más bien con el duque de Anjou, lo que no fué parte á impedirle que se ofreciera secretamente en venta á Alejandro Farnesio, deseando «que el honor de esta reconciliacion no se concediera sino á él.» Y se cerró la venta. El tribuno popular entregó desde luégo la ciudad de Alost á Farnesio en garantía del convenio, y Ryhove, el otro tribuno de Gante, trató igualmente la venta de Dendermonde.

Farnesio sabia manejar á los jefes de la democracia, como á los de los cuerpos militares, y todavía una casualidad inesperada vino á favorecer sus manejos. Súpose de repente que Francisco de Valois acababa de morir á los treinta y cuatro años (2). Los pormenores de su enfermedad no dejan sospechar que Felipe II se desembarazara de este competidor por medio del veneno. Un escudero del príncipe, La Fougere, anotó los síntomas de sus últimos dias (3), y los médicos de la corte extendieron una memoria ó declaracion de autopsia (4): la enfermedad está claramente caracterizada y no cabe dudar. Puede, pues, descargarse de esta muerte á Felipe II; y es conveniente notarlo, precisamente en el momento en que se consuma un crímen análogo, preparado por él desde muchos años ántes.

V.—Asesinato del príncipe de Orange

La idea de desembarazarse del príncipe de Orange por medio del asesinato fué sugerida al duque de Alba el dia siguiente de la jornada de San Bartolomé. El duque de Guisa acababa de enviarle por conducto de su albanés Nicolo la cabeza del asesinado Coligny. ¿Por qué no librarse igualmente del otro adversario? Nicolo se ofrece á este empeño (5); pero ¿tendrá escrúpulos el rey Felipe? Hay que sondearlo, y al intento, Albornoz, el secretario tuerto, escribe misteriosamente á Zayas, el secretario de Estado que gusta de presentes: «El que trajo la cabeza del almirante ofreció derribar otra.» Felipe escribe al márgen de su puño y letra: «No entiendo esto, porque no sé yo adonde se truxo la cabeza del almirante, ni quién es esotra, aunque paresce que podria ser la de Orange. Cierto que han sido para poco en no darle acero, que es el mejor remedio (6).» Contento Zayas con esta nota de la real mano, contesta á Albornoz: «Lo que se procura de despachar los dos hermanos he referido á S. M. y se tiene dello por muy servido: si es como se pretende, daremos una particular alegría y contentamiento á S. M.»

Apénas aceptada la idea, vino á ser dominante en el ánimo de Felipe II. Viendo su impaciencia, créese Zayas en el deber de repetir: «S. M. holgó dello como quien lo desea tan de veras, y mucho más holgara, si ambos hermanos (7) se quitasen de sobre la haz de la tierra. Manos á la obra.»

Pero el celo no es el mismo en los Países Bajos, sobre todo desde la partida del duque de Alba, y hé aquí cómo empiezan las dificultades. «De hacer matar al príncipe de Orange, no hallo hombre de quien pueda fiar que emprenda esto (8).» Y pone Felipe de su propia mano al márgen de esta carta: «Alguno de los exceptuados en el perdon general podria ser que lo hiciese porque le perdonasen.» Felipe II se obstina en este pensamiento, persigue sin descanso su ejecucion y envia dinero al primer intrigante que promete envenenar al príncipe, á un escocés, al abad de Santa Gertrudis de Lovaina. «Tambien, aconseja, en fin, el cardenal Granvela á su llegada á Madrid (9), tambien se podria al príncipe de Orange poner talla de treinta ó cuarenta mil escudos á quien lo matasse ó diesse vivo, como hacen todos los potentados de Italia, pues con miedo solo desto, como es pusilánime, no seria mucho moriesse de suyo, ó que algun desesperado diesse el golpe.» Que me place, pone el rey; y envia á Alejandro Farnesio la órden de poner á precio la cabeza de Orange (10).

Como Requesens, procura Farnesio declinar toda responsabilidad en el acto, y hace objecio-

(1) Le Petit, *Crónica de Holanda*, tom. II, pág. 478.
(2) El 11 junio 1584, y no el 10, como se indica ordinariamente.
(3) Ms. Bib. nac. franc. 3902, fol. 283.
(4) *Ibid.* fol. 289. La enfermedad es una neumonía doble en supuracion.
(5) *Mem. Real Acad. de historia*, tom. VII, pág. 383, y *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, feb. 1573.
(6) Carta del 17 julio 1573.
(7) Carta del 21 octubre 1573; el conde Ludovico vivia aún.
(8) Carta del 27 febrero 1574; á Zayas. Gachard ha reunido todos estos documentos en el tomo VI de la *Corresp. de Guillermo*.
(9) *Corresp. de Felipe II*, t. I, prólogo, p. 181. La carta es del 13 noviembre 1579.
(10) 30 nov. 1579.

nes, opone dificultades, y gana tiempo. «Algunas personas estiman, escribe (1), que podrá parecer bajeza é indecencia en un príncipe tan grande que habiendo comenzado contra él la guerra y empleado las fuerzas, viniera ahora á otro remedio.» ¡Nobles palabras! que prueban que son fijas las fórmulas del honor. No: no es lícito, como pretenden ciertos contemporáneos nuestros, que con inmoral espíritu de partido quieren justificar antiguos crímenes, tener en cuenta preocupaciones, sistemas ni épocas para apreciar la infraccion de las eternas é inmutables leyes de la conciencia.

Las órdenes de Felipe II vienen á ser apremiantes (2): el texto del edicto de proscripcion, retenido por espacio de diez meses (3) en manos de Farnesio, debe publicarse al fin. «A mí nunca me pareció bien el placarte y bando,» declara Farnesio (4); y cúmplele no ocultar sus sentimientos, porque al trasmitir el vergonzoso edicto, dice en carta circular á todos los gobernadores: Como el Rey en dos cartas reiteradas nos manda expresamente publicar sin demora la proscripcion y bando adjunto, no podemos menos de enviároslo, obedeciendo el mandato de S. M.

Este documento, que tanto repugnaba al gran Farnesio, ofrecia veinticinco mil escudos de oro al que matara al príncipe de Orange: Y desde luego lo ennoblecemos por su valor, añade el bando, y si se hace ayudar por otras personas, las ennobleceremos igualmente.

«Si los españoles tienen por nobles á esos hombres, contesta Orange, y si ese es el camino del honor en Castilla, bien se conoce que tienen por ascendientes judíos y moros: han heredado esta virtud de sus antepasados que vendieron á Jesus.»

Si Guillermo de Orange se hacia cortesano de las pasiones del vulgo, tiene á lo ménos el mérito de no haber pensado jamás en hacer asesinar á sus adversarios. Su contestacion redactada por el francés Villiers (5) es correcta y enérgica. Presenta al príncipe entregado á los puñales por haber tomado la defensa de su patria, y recuerda la noble divisa de su casa: «Lo que vosotros resolvais para el bien y conservacion de vosotros mismos, de vuestras mujeres y vuestros hijos, *eso mantendré yo.*»

(1) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, del 28 enero 1580.
(2) Del 1.° y 18 mayo 1580.
(3) La publicacion no se hace hasta agosto de 1580.
(4) Carta del 4 abril 1581.
(5) Este manifiesto se ha publicado muchas veces. Véase la edicion de Leiden y la reimpresion de Dumont, *Cuerpo diplomático.*

La resistencia de Alejandro Farnesio obliga al cardenal Granvela á tomar medidas por sí mismo para llegar al logro del proyecto homicida de Felipe II; y encarga á del Rio, que debe la vida al príncipe de Orange y administra las confiscaciones en Portugal, «que se amiste en Lisboa con los marineros holandeses tratando con ellos familiarmente á la flamenga, sabiendo como sabe la lengua, y que ó le truxessen vivo á S. M. ó le tractassen de manera que no hiciesse más daño» (6). Con todo eso, débese la primera tentativa á los españoles.

Habia en Amberes un vizcaíno, que estaba á punto de hacer quiebra: Gaspar Añastro, que así se llamaba el negociante, tenia por dependiente á un tal Juan de Jáuregui, cuya exaltacion religiosa habia turbado su espíritu, y hubo de inducirlo á matar al príncipe ausentándose despues prudentemente para no comprometerse, con la reserva de obtener él solo el precio de la sangre, si no se malograba el golpe. Tres dias despues de la partida de Añastro, el viérnes 16 de marzo de 1582, Juan Jáuregui se confiesa con el dominico Timmerman, recibe de sus manos la comunion eucarística, y el domingo siguiente espera al príncipe de Orange á la puerta de la sala donde almuerza y le dispara un pistoletazo. El arma estalla y estropea la mano del asesino; la bala atraviesa la mejilla del príncipe y le rompe un diente, miéntras el taco pega fuego á sus cabellos. Jáuregui es inmediatamente degollado, y encuéntransele encima amuletos, escapularios, papeles llenos de extrañas oraciones: «Al angel Gabriel me encomiendo con todo mi espíritu y corazon para que agora y siempre me sea intercesor á Nuestro Señor Jesu-Christo y *á su hijo preciosísimo* y á la Vírgen y á todos los sanctos y sanctas de la corte del cielo de guardarme.» Se da muerte tambien, en virtud de sus confesiones, al dominico y al cajero de Añastro, que habian conocido el proyecto; pero el príncipe está más de un mes en peligro: sus hábitos de intemperancia ocasionaban recaidas (7); sólo pudo contener la hemorragia el médico piamontés de Francisco de Valois, Leonardo de Botal, que por medio de ayudantes que se relevaban sin interrupcion hacia tener puesto siempre un dedo sobre la herida. La noticia de su muerte cundió por el Henao y por España.—No podria expresar á V. M., escribe Farnesio, que acaba por familiarizarse con esta idea, el contenta-

(6) Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VII, pág. 569.
(7) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 66.

miento que me cabe de haber visto imponer á este personaje el castigo que merecia: no se podria alabar ni encarecer bastante la increible audacia del mozo que ha hecho accion tan heróica (1) «inspirado de Nuestro Señor con este sano intento (2)»—Granvela no tiene más que un pesar: ¡Lástima, dice, lástima que él y algunos otros de su cortejo no hubieran muerto diez y ocho ó veinte años há! No se hubiera perdido nada á mi entender (3).

Cuando se calculan estos golpes, no se piensa en todas las víctimas que hacen: las angustias de esta crísis acabaron á la princesa de Orange, Carlota de Borbon, la cual apénas pudo ver sano á su marido, pues muy luégo murió (4). En su tímido y solícito amor presentia que se preparaban nuevos peligros. Todos los alucinados y todos los facinerosos habian sido convocados por el pregon de Felipe II: ya es Ordoño que sale de España con seiscientas monedas de oro que recibe á buena cuenta de manos del rey (5); ya es Francisco de Práxedes que hace valer un título sério para investirse de semejante mision: «Ha servido algun tiempo en las galeras (6). — Somos, dice, un centenar de desertores españoles que hemos sentado plaza bajo las banderas de Orange, y ofrecemos matarle en una sublevacion militar, siempre y cuando se nos otorgue el perdon suficiente de todo lo hecho hasta aquí, sin tratar de interés, pues ese no nos mueve, sino nuestra conciencia y querer volver por nuestra honra como hombres honrados» (7). Los hombres dispuestos á todos los crímenes no faltan en los Países Bajos: un livonio sospechoso de atentar contra la vida de un aleman, confiesa que ha matado ya á dos comerciantes, á su hermano y á un sacerdote (8). Farnesio envia casi diariamente á las vueltas de Guillermo de Orange, hombres de esta estofa. «Le encaminé á ello, dice, si bien por diferente camino del que habian ydo ya otros antes dél, sin conoscerse ni saber los unos de los otros, que eran todos Franceses, Loreneses, Ingleses, Escoceses, y del país (9).» Es ya indiferente á sus ofrecimientos, los acepta á la ventura, sin esperanza ni atencion. Entre tantos, un loco es quien viene á dar el golpe.

Baltasar Gerard habia nacido cerca de Dole (10), era de genio extravagante y tenia declarado desde la edad de doce años que se creia predestinado á matar al príncipe de Orange. Creció en esta idea fija, y todavía se exaltó durante quince años (11). Las dificultades que tuvo que vencer, como campesino del condado, para llegar á Flandes é introducirse cerca del príncipe no hicieron sino exasperar más y más su pasion. Parecia ser tan poco dueño de sus facultades, que hubo de tenerlo por loco Farnesio cuando se le acercó á proponerle sus proyectos (12). El plan era absurdo y complicado. Gerard habia modelado en cera el sello del conde de Mansfeld, creia que lo recibiria de muy buen grado el príncipe cuando fuera á presentarle este sello, y daba por seguro matarlo al entregárselo.— Vé, hijo, vé y gana la inmortalidad, díjole el consejero de Assonleville (13); el franciscano Gery le echó la bendicion, prometiéndole rogar á Dios por él, y hé aquí á Gerard en camino de Delft.

Guillermo de Orange no lo recibió hasta pasados muchos dias, no lo escuchó tampoco al fin, encargándole sólo de llevar una carta á Chateau Thierry, donde estaba Francisco de Valois. Ya turbado por los insomnios y azuzado con instancia por los que le habian prometido «que seria puesto en el número de los mártires,» sabe Gerard en Francia la muerte de Francisco de Valois; la sorpresa aumenta el desórden de sus facultades, vuelve aceleradamente á Delft, compra un par de pistolas, carga con dos balas una y con tres otra, entra en el convento de Santa Agueda, donde habita el príncipe, lo ve bajar algunas escaleras bajo la bóveda, le suelta un pistoletazo en medio del pecho y huye. En la calle oye que lo persiguen; resbala en un monton de basura, se levanta, trepa á la muralla para saltar al foso y lo aprehenden aquí (14). En las primeras horas de su prision tiene bastante calma para escribir en algunas páginas una relacion de su vida con curiosa lu-

(1) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 69.
(2) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 353.
(3) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 106. Granvela al cardenal de la Baulne.
(4) Nació en 1557 y murió en 1582. Es la tercera mujer de Guillermo y dejó seis hijas.
(5) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 79.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 104, Tassis á Farnesio.
(7) *Ibid.*
(8) *Com. real de hist. de Bélgica*, t. XI, pág. 13.
(9) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, p. 167.
(10) En 1557.
(11) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 200.
(12) *Ibid.* tom. VI, p. 200, el 21 marzo 1584.
(13) *Ibid.* pág. 141.
(14) Las menores circunstancias son conocidas por los documentos siguientes: La relacion oficial, pág. 126 á 144 del tom. VI de la *Corresp. de Guillermo*; el manuscrito de Fray Juan Ballin, *ibid.* p. 144 á 157; el capítulo de Renon de Francia, *ibid.* p. 157 á 163; la confesion de Gerard, *ibid.* pag. 163 á 169; y la carta de Aerssens, *ibid.* p. 186 á 194. Véase tambien: *Los crueles y horribles tormentos de Baltasar Gerard, Borgoñon, verdadero mártir*, 1584, imprenta de Juan del Carroy en el Monte Saint Hilaire.

cidez. Explica su *inveterada deliberacion*, se acuerda de la segunda pistola y le pesa no haberla empleado. «No he tenido la advertencia de hacer el segundo disparo de que tengo gran pesar y descontento.» Ignoraba entónces que el príncipe habia caido muerto de un balazo en el corazon (1). Pero no se deja mucho tiempo al asesino entregado á sus recuerdos: se le saca del calabozo y se le entrega por espacio de tres dias á los más ingeniosos verdugos, descubriéndose entónces con estupor que ningun dolor obra sobre él: sus nervios tienen completa insensibilidad. «Azotáronlo cruelmente dos ó tres veces, y untándole todo el cuerpo con miel, le echaron un macho cabrío para que lamiéndolo con su áspera y escabrosa lengua le arrancase la piel y áun la carne al mismo tiempo... Despues de torturado rigorosamente por varias maneras, lo pusieron en un harnero, atado de piés y manos en forma de bola, y no cesaron de atormentarlo para impedirle que durmiera en las noches siguientes, inventando todos los géneros de tormentos que pudieron imaginar: estando pendiente en el aire, le ataron al dedo gordo del pié un peso de ciento cincuenta libras... introduciéndole entre uña y carne largas agujas. No daba ningun grito ni señal de dolor, ni hacia ningun movimiento (2). En mi vida he visto en hombre mayor resolucion ni constancia. Ni una vez dijo ¡ay de mí! sino que en todos los tormentos se mantuvo callado, diciendo sólo oraciones en voz baja, á lo que pudo creerse por el movimiento de sus labios (3).»

Luégo que se cansaron los atormentadores (4), se pasó á la ejecucion. Gerard, que tenia los piés estropeados por la tortura, pudo sin embargo andar hasta el suplicio, sin revelar ningun dolor; hasta se le vió sonreir cuando un ayudante del verdugo se hirió con las herramientas que se iban á utilizar. El primer instrumento empleado para la ejecucion fué un tornillo de hierro que, enrojecido al fuego, sirvió para quemarle la mano derecha. Gerard levantó el mutilado y humeante brazo con cierto orgullo tranquilo. Acto seguido, se le tendió en un banco y se le fueron arrancando uno á uno músculos y huesos. «Cuando se le arrancaba la carne de los miembros con tenazas candentes, no dió ningun grito ni lanzó el mas ligero suspiro, lo que hizo creer á los holandeses que estaba poseido del diablo, y á los españoles que no sino de Dios estaba asistido (5).» Los testigos de todas las naciones que presenciaron tales escenas están unánimes en admirar «su impasible semblante y su inquebrantable valor (6).»

Hoy se comprende claramente que Baltasar Gerard estaba en una de esas crísis del delirio que lo trabajaba de quince años atrás: estos fenómenos de aberracion nerviosa son ya bien conocidos (7). Así, puede decirse que el verdadero culpable no fué el alucinado místico que en un largo acceso de éxtasis soltó el pistoletazo, sino Felipe II. Y Felipe II no pudo prevalerse de las consultas de sus casuistas: por seductores que sean los sofismas destinados á engañarla, la voluntad peca siempre cuando llega á violentar á la Providencia. El pobre asesino es sólo un instrumento, y áun pudiera decirse una víctima.

Sólo al cabo de quince dias supo Alejandro Farnesio que estaba muerto su adversario, y creyó que Gerard dejaba por ejemplo al mundo una memoria heróica de sí y de su acto (8). Granvela por su parte decia: Francisco de Valois y Guillermo de Orange están muy bien donde están (9), y si la reina madre muriera tambien, no se perderia gran cosa (10). Pero Felipe, que no habia entregado á Añastro la recompensa prometida (11), hubo de tardar mucho en poner el precio convenido en manos de los herederos de Gerard. Al cabo de cinco años, los solicitantes habian gastado seis mil escudos muy caramente tomados á préstamo sin haber recibido más que títulos de nobleza (12).

Guillermo de Orange murió como Coligny. Los dos fueron siempre desgraciados en sus empresas militares; pero Coligny se declaró calvinista en cuanto su conciencia creyó poseer la verdad. Guillermo de Orange simuló mucho tiempo un apego engañoso al dogma católico;

(1) Una de las balas le traspasó el corazon; la otra se le quedó en el mismo corazon. Este hecho hace inverosímiles las palabras que los escritores protestantes atribuyen al príncipe en aque momento.

(2) Relacion de Juan Ballin.

(3) Relacion de Aerssens.

(4) Recibieron 55 libras cada uno, suma excesiva para aquel género de trabajo en aquella época.

(5) Du Maurier, *Memorias*, pág. 150.

(6) Relacion italiana de los Ms. de Berlin. Extracto dado por Gachard en el *Bolet. Com. real hist.* año 1873, p. 62.

(7) Estas perturbaciones de la enervacion que se observaban en los poseidos (*Malleus maleficorum*, pág. 166), los convulsionarios y magnetizados y se observan tambien en los derviches volteadores y aulladores, los aisauas y los faquires, están perfectamente clasificados y definidos por la ciencia. V. Calmeil, *De la locura*, descripcion de las grandes epidemias de delirio; Landouzy, *De la histeria*, y las observaciones sobre la catalepsia histérica hechas por Charcot, Bourneville, Richer.

(8) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, pág. 125.

(9) *Ibid.* p. 126.

(10) *Ibid.* p. 199.

(11) *Ibid.* p. 110.

(12) *Ibid.* p. 226. Del 4 de marzo de 1589.

tuvo condescendencias con todas las sectas y debilidades para todos los fanáticos, habiendo alejado con una política demasiado hábil á los hombres que, sin él, hubieran podido servir para la emancipacion del país. Coligny, sincero en su fe, piadoso para con su Dios, supo sin embargo preferir su patria; se retiró con horror de la guerra civil, arriesgó su religion y sacrificó su vida por no continuar la obra de destruccion contra Francia. No conocia las intrigas de la ambicion ni las concupiscencias de la tierra, ni el desaliento en los reveses de fortuna, alabando á Dios hasta en las crísis más terribles.

CAPITULO VI

EL DUQUE DE GUISA

1582—1588

UNION DE ENRIQUE DE GUISA Y FELIPE II CONTRA ISABEL.—CONSTITUCION DE LA LIGA.—ÚLTIMOS AÑOS DE ENRIQUE DE GUISA

I.—Union de Enrique de Guisa y Felipe II contra Isabel

Felipe II no habia renunciado nunca á su deseo de recobrar la autoridad en Inglaterra. Comprendia las ventajas de la restauracion del catolicismo entre los ingleses, y queria tambien destruir toda esperanza de socorro que fundaran en Isabel los protestantes holandeses. Pero si bien concedia poco al sentimiento caballeresco de hacerse el campeon de María Estuardo, sabia que la imágen de la viuda perseguida no dejaria de impresionar la imaginacion del duque de Guisa; y para arrastrar á los Guisas á una lucha contra Inglaterra, hubo de explotar hábilmente las desgracias y los derechos de María Estuardo.

Las relaciones de la casa de Guisa con España se habian reanudado hacia muchos años por los buenos oficios del cardenal de Lorena; pero podian excusarse hasta entónces bajo el pretexto de sostener la causa católica en Francia: Enrique, duque de Guisa, acometió el empeño de hacerlas servir á sus intereses privados, fuera que la esperanza del trono hubiera nacido ya en su corazon, fuera que las deudas que lo agobiaban hicieran necesarios subsidios en dinero. A la hora en que comienza la serie de sus traiciones, se debe recordar que no pueden justificarse por la paradoja de que el sentimiento del patriotismo no se habia desenvuelto aún, porque un siglo ántes se decia ya del caballero Bayardo (1): «Nunca quiso servir más que á su príncipe, bajo cuya mano no poseia grandes bienes, habiéndoselos ofrecido mayores en otra parte. Pero siempre decia que moriria por sostener el bien público de su país.»

Desde 1581 figura el duque de Guisa con el seudónimo de *Hércules* en la correspondencia de los españoles, como un agente secreto (2), da informes políticos, pide dinero y obtiene al fin en setiembre de 1582, una órden de Felipe II para cobrar diez mil escudos (3). «Demás de lo dicho arriba, escribe el rey al firmar la carta cifrada, podreis decir á *Hércules* que mire que en lo de la religion se puede tener tan poca seguridad del primero que allí se dice como del segundo.» (Enrique III y Enrique de Navarra.)

El enganche de tan valioso agente no hubo de confiarse al embajador Tassis, habiéndose necesitado para ello las gestiones del confidente especial Don Juan Moreo.

Moreo, hoy olvidado, era famoso entre los españoles de su tiempo por esta conquista del duque de Guisa. «Ese, pobre caballero de Malta, decian (4), llegó á ser primer móvil de

(1) *Loyal Serviteur*, pág. 427, edic. Soc. hist. franc.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1560 y 1561. Lo que ha engañado sobre la época de estas primeras relaciones es la costumbre de ver al duque de Guisa con el seudónimo de *Mucio*. Este seudónimo no aparece hasta principios de 1584 (en abril, si no estoy equivocado, K. 1563, pieza 7); hasta esta época se llama *Hércules* el duque de Guisa en las correspondencias españolas. Lo que hizo cambiar la cifra fué sin duda un accidente del género del de Miguel Vaez. En cuanto á la atribucion de *Hércules*, véase K. 1561, piezas 18, 53, 60, 76, 90 y sobre todo K. 1573, pieza 14. En fin K. 1571, pieza 78, dice (pág. 1.ª) que Guisa envió á Meneville á Escocia. Lo que sigue completa la prueba.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 14.

(4) Coloma, edic. Ribadeneira, p. 33.

las furiosas guerras que abrasaron tantos años á Francia; excesivo gastador de la hacienda del rey y atrevidísimo comprador de voluntades: este ganó la del duque de Guisa, de manera que le hizo español de corazon y le confirmó en el aborrecimiento contra los herejes.» Igualmente sabrá ganar en el momento oportuno el favor del duque de Lorena por una pension de veinticinco mil escudos mensuales (1); y al propósito viene á establecerse en Francia como el confidente favorito y dispensador de las larguezas de Felipe II.

Pero no se hace sentir al duque de Guisa la mano del amo inmediatamente despues del primer pago: cuando se le piden revelaciones sobre los proyectos de Francia, todavía es «suplicándole en favor de la cristiandad, como príncipe católico (2).» Se teme que intente retroceder en la vía á que se le empuja (3), y se mantienen sus buenas intenciones con presentes de caballos (4), hasta que al fin se le promete secundarlo en la invasion de Inglaterra, para la cual se considera en aptitud.

—Necesito para derribar á Isabel, declara Enrique de Guisa (5), cien mil escudos y el apoyo eficaz del Padre Santo.—Aceptado el ofrecimiento de *Hércules*, contesta Felipe II (6): «he escrito á S. S. pidiéndole que acuda con presteza en lo del dinero y ofrecido de contribuyr de mi parte; pero holgaria de entender más en particular las fuerzas y correspondencias y modo con que lo piensa executar, porque aunque no tengo duda que él con su prudencia y experiencia lo terná todo bien trazado, todavía me dará contento entenderlo más por menudo. Fuera desto debe insistir por su parte para lograr el dinero de la Santa Sede.»

La verdad es que los recursos del duque de Guisa descansan, sobre todo, en su imaginacion. Ha enviado á Meneville, caballero á su devocion, á ver al rey de Escocia Jacobo VI (7). —De buena voluntad, contesta este príncipe (8), veria al duque de Guisa emprender la liberacion de mi madre María Estuardo. Por lo demás, estoy muy satisfecho de Meneville «que ha tanto celebrado mis virtudes y raras cualidades que ha sido Dios servido darme.»— Buena cosa confesar esto de sí mismo, escribe Felipe al márgen. Pero no era esto un motivo para creer que Jacobo VI suministrara tres mil escoceses al ejército de invasion; y todavía eran ménos seguros los diez y siete mil ingleses que tambien habian de incorporarse (9). *Hércules*, sin embargo, cuenta con ellos como si estuvieran ya en las costas de Inglaterra: se embarcará en Dunkerque, donde debe juntársele Bernardino de Mendoza, que cree conocer exactamente á Inglaterra y llevará pilotos. La escuadra arribará á Plymouth (10): bastará que Felipe II envie «cuatro mil soldados y áun ménos (11), y esto por la grande disposicion que ay de intentalle sin más dilaciones este año.» Tambien es preciso que haya dinero para comprar cinco mil arcabuces y mantener diez mil hombres por espacio de muchos meses. Así, «no es menester otra cosa que dinero. Su Santidad se digne alargar un poco y dar por una vez una suma de dinero proporcionada á la grandeza de la empresa y dejar todo el negocio al rey católico y á *Hércules*.»

«Segun esta instruccion, pone Felipe al márgen (12), no parece que tiene aún las cosas tan prevenidas;» y receloso de esta ligereza en su exceso de circunspeccion, retarda la partida.— «Del retardo, escribe Tassis al rey (13), acusa al Padre Santo, que no á vos. Se muestra en todo muy aficionado nuestro y muy merecedor de que V. M. le honre y haga merced.»

La primera expresion de diez mil escudos fué ordenada en setiembre de 1582; se pagaron la tercera y la cuarta el 5 de mayo de 1583 (14) y la segunda se ordenó el 24 de junio del mismo año (15). Despues llega á recibir el duque de Guisa hasta cincuenta mil escudos de una vez, habiendo recibido de Felipe II en los últimos años de su vida cerca de quinientos mil escudos de oro (16). Este servicio de cau-

(1) En 1588. Lepage, *Cartas é instrucciones de Cárlos III*, p. 28.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 18, del 13 enero 1583, Tassis al rey.
(3) *Ibid.* pieza 36, del 25 febrero 1583, Tassis al rey.
(4) *Ibid.* pieza 53.
(5) *Ibid.* pieza 60, del 4 mayo 1583.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 76, del 6 junio 1583, Felipe á Tassis.
(7) *Ibid.* pieza 78.
(8) *Ibid.* pieza 97.
(9) El detalle de estas supuestas fuerzas se halla en la carta al papa, K. 1561, pieza 99; los tres condes de Westmoreland, de Northumberland y de Cumberland (esto es absurdo) deben apostar cinco mil hombres; el baron Varton dos mil, el baron de Crez (?) y el obispo de Durham suministrarán el resto.
(10) Yo creo á lo ménos que es Plymouth; el texto dice que este puerto se llama en inglés *the pileos fouder*.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 90, del 23 jul. 1583, Tassis al rey.
(12) Ms. Arch. nac. K. 1561, pieza 101, del 23 agosto 1583.
(13) *Ibid.* pieza 116, nov. 1583. Tassis al rey.
(14) *Ibid.* K. 1573, pieza 25.
(15) *Ibid.* pieza 22. «Los segundos X.M. escudos. Yo el rey, 24 de junio de 1583».
(16) Una cuenta K. 1573, pieza 56, indica sólo 428.167 escudos de oro. Pero está incompleta, porque si se toman, en vez de estos seis años, los cuatro primeros solamente, se tendrá una suma superior. Ahora bien, en los dos últimos de 1587 y 1588, hubo de recibir el duque de Guisa las más fuertes subvenciones. Hé aquí el detalle:

dales secretos que va á absorber todos los recursos de España, subvenciona desde entónces, además del duque de Guisa, á los Padres Mínimos para las provincias de Anjou y Bretaña (1), á Fray Ambrosio de Regibus, doctor en teología (2), á correspondientes secretos y personas particulares (3). Singular fatalidad que trae á nuestras manos, despues de tres siglos, las piezas de estas misteriosas cuentas, las reune como por un contador real y descubre lo que entre sí se ocultaban los varios agentes de tan deshonrosas larguezas. Los ingleses no eran tampoco más rehacios á la corrupcion. Si puede atribuirse más bien á la caridad que á la política la renta anual de mil escudos servida por Felipe II á las religiosas inglesas de Ruan, y la de dos mil al seminario de Reims (4), no se pueden explicar sino por una degradacion moral las sumas que recibian regularmente estos señores (5): el conde Cárlos de Westmoreland ochocientos escudos; lord Paget, baron de Beaudésert, ochocientos escudos; Cárlos Paget, cuatrocientos escudos; y Tomás Throckmorton, y Tomás Morgan, y el doctor Nicolás Wendon, y Cárlos Arundel (6) y otros (7).

Pero los dispensadores de estos beneficios hubieron de dar con un hombre tan poco escrupuloso como ellos mismos y caian en sus lazos. Walsingham sabia desde junio de 1582, ántes del primer pago al duque de Guisa, todos los proyectos de invasion (8): compraba los espías de Felipe II, mantenia corresponsales hasta entre la preciosa juventud del seminario inglés de Reims y desviaba á los sacerdotes comprometidos contra la soberana. Dos de estos seminaristas, Greatly y Gifford, fingian en Reims y en Lóndres el fanatismo religioso y la abnegacion más entusiasta por María Estuardo, y estaban pagados por Walsingham (9). Cuando no bastaban sus denuncias para hacer condenar á los cándidos que arrastraban, recurria Walsingham á sus falsarios que copiaban ó inventaban cartas sorprendidas: su Peter Bales (10) sólo sabia contrahacer la letra, pero su Tomás Phelips descifraba las piezas interceptadas añadiendo á las frases traducidas las palabras que las hacian criminales; redactaba la contestacion cuando sólo poseia la pregunta y, caso necesario, correspondencias enteras. Su talento fué retribuido con una pension de cien marcos hasta el dia en que el mismo Walsingham lo hizo encerrar en la torre.

El primer denunciado fué el más comprometido en las conspiraciones contra Isabel, el mismo embajador de Felipe II en Lóndres, Bernardino de Mendoza. Su papel fué tan poco disimulado (11) que los ministros Burleigh y Walsingham se creyeron en el derecho de significarle en nombre de la reina (12) que saliera de Inglaterra dentro de quince dias, si no queria ser castigado.—Ni una palabra más, ó espada en mano, señores. ¡Cómo se entiende! ¡Castigarme á mí! ¿Y quién ha de castigarme? ¿Vuestra reina? Me rio de ese amago. Id á decir á vuestra reina, que si no le agrado como agente diplomático, tendrá que tragarme muy luégo como agente militar.

Mendoza, el veterano de las guerras de Flandes, fué mantenido en la diplomacia por Felipe II y enviado á Paris. El duque de Guisa perdió un enemigo en Francia, á la vez que este aliado en Inglaterra. Acababa de negarse á la reconciliacion con Francisco de Valois (13), cuando la muerte de este príncipe lo decidió á concentrar en Francia todos sus pensamientos de ambicion.

Setiembre	1582	10.000	K. 1573, 14
Mayo.	1583	20.000	K. 1573, 25
Junio.	1583	10.000	K. 1573, 22
Setiembre	1584	12.000	K. 1573, 26
Mayo.	1585	300.000	Pagados en Chalons por Gabriel Alegría.
Junio.	1586	50.000	K. 1573, 42
Diciembre	1586	50.000	K. 1573, 43
		452.000	

(1) Ms. Arch. nac. K. 1573, pieza 30, agosto 1583.
(2) *Ibid.* pieza 37.
(3) *Ibid.* K. 1561, pieza 38.
(4) *Ibid.* K. 1564, piezas 116 y 263.
(5) Estas cuentas llegan hasta el 1.º de junio de 1588; la última cita es la pieza 265, K. 1564.
(6) Cárlos Arundel murió en 1587. Se tiene de él una carta muy obsequiosa en francés, á Don Diego de Idiaquez (K. 1566, pieza 73); hay otra muy humilde tambien de lord Paget de Beaudésert, en italiano, al mismo Idiaquez (*Ibid.* pieza 112). Un tal Richard Burleigh, acaso pariente del primer ministro Cecil, recibia 270 escudos. (*Ibid.* K. 1578, 6).
(7) Puede considerarse como socorro lo que se habia distribuido á Gilbert Curle, secretario de María Estuardo, á su hermana y á Pedro Borjon, boticario (Borjon es sin duda Bourgoing). La hermana de Gilbert Curle, Isabel Curle, estaba casada secretamente con el mayordomo escocés de María Estuardo, que era protestante (K. 1567, 90).
(8) Lodge, tom. II, pág. 274.

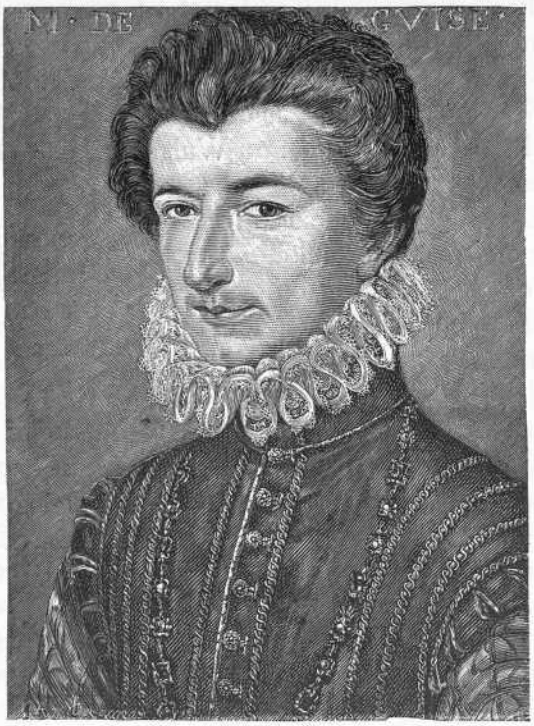
II.—Constitucion de la Liga

Aislado entre las intrigas de los suyos sobre Portugal y los Países Bajos y las prendas que seducian á sus grandes palaciegos y hasta á los músicos de sus bailes (14), caia Enrique III en tales indecisiones que un magistrado (15) calif-

(9) Labanoff, tom. VI, pág. 280.
(10) Nació en 1547; murió en 1610.
(11) Julio Gautier, *María Estuardo*, tom. II, p. 329 y siguientes.
(12) El 24 enero 1584.
(13) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 7, del 10 abril 1584, Tassis al rey.
(14) Ms. Arch. nac. K. 1564, pieza 116.
(15) Colec. Benjamin Fillon, pieza 891, Carta de Bernabé Brisson, del 17 junio 1584.

caba su triste política con estas palabras: Todo es indecision; el temor de los Guisas les aprieta la garganta y los sacude tan fuertemente que la palabra del dia no asegura la del dia siguiente, pudiéndose aplicar al rey aquel refran de «dos al saco, y el saco en tierra.»

La muerte de Francisco de Valois dejaba á lo ménos á Cambray en poder de Francia; pero miéntras el español se regocijaba de verse desembarazado del príncipe que lo habia tenido



El duque Enrique de Guisa

en inquietud y podia sostener aún á los rebeldes de Flandes (1); miéntras Villeroy, el ministro inteligente, decia (2): Nos cuidaremos lo mejor que se pueda de Cambray y de toda la frontera, el duque de Guisa organizaba á sus partidarios en toda Francia en una Liga bajo la inspiracion de la democracia parisiense.

Los verdaderos creadores de la Liga, los que recogieron las adhesiones en los cinco últimos meses de 1584 y urdieron la red de las afiliaciones, no fueron sino revoltosos sin oficio ni beneficio, como sucede siempre en el orígen de todas las sociedades secretas: pueden citarse Cárlos Hotman, recaudador del obispado de Paris (3), Juan Leclerc, maestro de esgrima de los reclutas del regimiento de Lorena, y Crucé, abogado. Estos agitadores vinieron á ser ellos mismos meros instrumentos en manos de Meneville, el intrigante que el duque de Guisa enviara á Escocia el año precedente. Meneville trabajaba para Felipe II: el primer acto de los ligueros, cuando se constituyeron oficialmente en medio de todos los Guisas, en el castillo de Joinville (4), fué ponerse bajo el protectorado de España.

Sin embargo, los parisienses creyeron desde los primeros meses que podian acabar solos la revolucion que habia de dar la corona á Enrique de Guisa. La mayoría se habian afiliado á la Liga, porque les parecia «una buena ocasion de ganar bastante dinero para vivir holgadamente con el favor de algunos señores» (5); y se habian sometido á un consejo de diez y seis delegados escogidos por los párrocos de San Severino y de San Benito á razon de uno por cada barrio de la ciudad (6). Este consejo hizo comprar armas por valor de seis mil escudos y reclutó una milicia comunal; «reclutó á todos los marineros y mozos de ribera, todos mala gente; á todos los carniceros y cortadores que hacen mas de mil quinientos hombres; á todos los chalanes y corredores de caballos que hacen más de seiscientos» (7). Las denuncias de uno de los cómplices y las vacilaciones del duque de Guisa ante tales aliados, hicieron aplazar los primeros proyectos de sedicion; «sin embargo, una infinidad de gente menuda que tenia buena gana de entrar al pillaje murmuraba en alta voz.»

Enrique III conocia el peligro, y hubo de decirse lo que escribia á la sazon Villeroy: «Soy de los que están resueltos á sucumbir ántes que á hacer una villanía (8).» Procuró apartar á Felipe II de la Liga ofreciéndole á su vez su

(1) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 13 del 10 de mayo 1584. «Enfermedad es que todavía nos exime de alguna zozobra, porque si estuviera bueno, muy de creer era que procurara de alentar los rebeldes de Flandes.»

(2) Villeroy á Matignon, del 21 julio 1584, p. 122.

(3) Hermano del jurisconsulto Francisco Hotman, que escribió la *Franco-Galia*.

(4) El 31 diciembre 1584, 16 enero y 31 marzo 1585. Véase Dupont *Cuerpo diplomático*, tom. V, pág. 411.

(5) Nicolás Pouillain, *Memorias*. M. de Lezeau que escribia en el reinado de Luis XIV, con documentos de familia, observa á este propósito (Ms. Hf2, Bibl. Santa Genoveva, *Consideraciones sobre la religion católica*) que fueron los pueblos los que formaron la Liga y que en ellos residia la materia y sustancia de esta y que los príncipes loreneses no eran mas que accesorios.»

(6) Ms. Bibl. Santa Genoveva, Hf2, notas de Lezeau. Los diez y seis delegados así elegidos eran: la Bruiere, perfumista; Crucé, Leclercq, Louchart, comisario; Morliere, notario; Senault, dependiente; Duburt, comisario; Drouart, abogado; Alveguin, Emonot, procurador; Jabliet, notario; Messier, Passas, Oudineau, Le Tellier, el abuelo de Louvois, Morin procurador. Véanse en el tomo IV, cap. I, los adjuntos ulteriores.

(7) Nicolás Pouillain, *Memorias*, p. 322.

(8) Villeroy á Matignon, 3 abril 1585, pág. 130.

alianza contra Inglaterra. Puesto que el duque de Guisa olvida los derechos de María Estuardo, ¿no toca al rey de Francia sostenerlos? Francia y España invadirán á Inglaterra y la someterán con Escocia al dogma de la Iglesia católica (1). Acaso creyó Enrique haber engañado á Felipe con esta rara propuesta ó tal vez fué él víctima de su propio fraude: ello es que de pronto se decidió á entrar bajo la tutela de los ligueros y á proscribir el ejercicio del culto reformado (2).

«Todavía no perderia yo el aliento, decia Villeroy (3), si supiera que este golpe pudiera abrirnos los ojos.»

La prenda de esta falsa reconciliacion fué una guerra contra Enrique de Navarra: servia los intereses de Felipe II que á la sazon unia sus esfuerzos á los del duque de Guisa para hacer que el papa Sixto V excomulgara á los príncipes de Borbon. Enrique de Navarra será excluido de Francia, como Don Antonio lo ha sido de Portugal: Felipe II es el heredero legítimo de Enrique III por los derechos de su mujer Isabel de Valois, y los que se nieguen á reconocerlo por su soberano, serán sediciosos y herejes. ¿No hay quién habla de una especie de ley para excluir á las mujeres de la sucesion al trono? Llamásela la ley sálica. Bernardino de Mendoza que á su expulsion de Lóndres hubo de suplantar á Tassis en la embajada de Paris (4), no sabe mucho, que digamos, lo que significan estas palabras, y consulta legistas y se ahoga en la erudicion (5). Pero de nada sirve esta ciencia: Enrique de Navarra está solemnemente excluido por la bula *Brutum fulmen* (6). Fuesa de esto, Guisa está conquistado: el rey de España recibe de él las gracias por las sumas «que habemos recibido, dice (7) de su liberal mano, que no quiero olvidar de humilísimamente besar á V. M. por él las manos.» Repite todo lo que dice á Mendoza, sin desear nada tanto, añade (8), como hacerse digno de poder ejecutar las órdenes del rey de España.

Felipe II puede ahora desdeñar la alianza que contra Isabel le ofrece Enrique III; solo teme que el duque de Guisa retarde aún este negocio. «En lo de la impresa de Inglaterra, escribe á Mendoza (9), id abriéndole los ojos para que eche de ver el peligro en que se pone... Que acaben primero los herejes de Francia, porque mas importa á todos acabar los de cerca que los de lejos, y quizá la Reina madre propone la nueva impresa por hacer afloxar con los herejes de dentro de su reino. Que *Mucio* no se deje engañar.»

Léjos de estar dispuesto á olvidar su odio contra Enrique de Navarra, imagina el duque de Guisa combatirlo con una curiosa estratajema y propone armar contra él á su propia mujer Margarita de Valois (10). Pide auxilios para ella. «Debe socorrerse, dice, á la princesa de Bearn, y os suplico que pueda recibir los cincuenta mil escudos... Hay que socorrerla cuanto antes, á fin de que no la abandone su servidumbre, ya que la hemos puesto como obstáculo á los designios de su esposo.»

Margarita que tenia todas las extravagancias de un espíritu inquieto y de una mujer exenta de ternura, entraba entónces en un período de su vida que creyó inútil dar á conocer (11). Por sus aventuras se puede conocer que de sus antiguas prendas no le quedaba ya más que su gran talento de escritora. A instigacion del duque de Guisa se pronunció por la Liga y se apoderó de Agen. Confiando esta plaza á Mad. Duras, corrió el campo, escaló la ciudad de Tonneins y cayó luégo en una emboscada de que sólo pudo escapar saltando á la grupa del caballo de Lignerac, su favorito. Lignerac la llevó en una noche á Auvernia; pero no tardó en tener él tambien sus quejas de la dama. «Entiendo, escribe Bernardino de Mendoza (12) que la Reina madre se lamentaba de haver muerto á puñaladas M. de Leñerac en el mismo aposento de la princesa de Bearne á un hijo de un boticario, tan cerca de la cama que se manchó con la sangre y decirse ser por zelos, que era lo peor.» Margarita se ocultó de Lignerac y

(1) Mendoza á Felipe II, Cartas del 5 y 7 junio 1585. «Y poniendo la corona á la de Escocia.»

(2) Dumont. *Cuerpo diplomático*, t. V, p. 453. Tratado de Nemours del 7 julio 1585.

(3) Villeroy á Matignon, 4 julio 1585, p. 133.

(4) Baguenault de Puchesse, la *Política de Felipe II en los negocios de Francia.*

(5) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 54, de abril 1585. Es el mes del cambio de los embajadores.

(6) Setiembre de 1585. Felipe II habia intentado ántes corromper á Enrique de Navarra como á Enrique de Guisa: Aubigné habla de esta rara negociacion, y el mismo Enrique de Navarra alude á esto, cuando fué rey de Francia. «No se me hará creer, dice á un embajador veneciano, que el rey de España no es capaz de favorecer á los herejes cuando le sea ventajoso. El rey de España me hizo á mí ofrecimientos importantes, cuando era jefe de los herejes para empujarme á la guerra contra Enrique III.» Rel. venec. Angelo Badoer; Alveri, tom. I, p. 152.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 119, set. 1585.

(8) *Ibid.* K. 1564, pieza 37, del 29 enero 1586.

(9) Felipe II á Mendoza, 17 agosto 1585.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 119.

(11) Sus *Memorias* se interrumpen en 1582.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1564, pieza 124, del 19 julio 1586.

se hizo prender por la guarnicion de Usson, que la retuvo presa, en virtud de las órdenes de Enrique III. Amenaza ella con dejarse morir de hambre (1); pero prefirió seducir al gobernador de Usson, que puso en su poder la plaza y su guarnicion (2)

Enrique III perdia todo prestigio en aventuras no menos mezquinas. A veces volvia á sus tentativas de alianza luterana, enviando á Schonberg cerca de los príncipes alemanes.—Lo que Schonberg haga sabre yo y os lo comunicaré, escribia Guisa á Mendoza (3).—Pero Schonberg cayó en manos de los jinetes de Alejandro Farnesio.—¡Qué asno! exclamó Enrique III. ¡Dejarse prender!—(4). Otras veces procuraba á su vez prender á los agentes españoles que le sobornaban los súbditos; pero su autoridad estaba tan desconocida que el duque de Mercoeur (5), en cuanto recibió la órden de prender á Moreo que se ocultaba bajo el seudónimo de Don Juan de Heredia, se dió buena prisa en revelar esta comision á la duquesa de Montpensier para que previniera á su hermano el duque de Guisa, como tambien á Moreo. La política francesa creia ponerse á buen recaudo aceptando todas las intrigas: casi todos los meses eran acogidos nuevos delegados holandeses (6) que presentaban súplicas y volvian con regalos de cadenas de oro (7); ó bien enviados de Inglaterra, que solian traer la órden de la Jarretiera (8) ó la reclamacion de las sumas prestadas por Isabel en otro tiempo á Francisco de Valois (9). Catalina de Medicis que olvidaba á la vez sus descalabros y sus quejas para fingir una tardía ternura para con las hijas de Felipe II, aprovechaba la ocasion del nacimiento de un hijo de la menor, casada con el duque de Saboya (10), para escribirles á las dos (11).

(1) La carta que escribió entonces á M. de Lansac para que se la enseñara á su madre tiene un gran estilo. Ms. Arch. nac. K. 1564 p. 6.

(2) Margarita quedó dueña de Usson hasta 1605, año de su vuelta á Paris.

(3) De Croze, t. I, p. 401.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 67, mayo 1585. «Nueva que el rey ha sentido mucho diciendo al oilla: Aquel asno se habrá dejado tomar.»

(5) *Ibid.* K. 1563, pieza 126. «... Cuyo verdadero nombre era el caballero Moreo... y él lo significó á su hermana de Mucio para que me lo advirtiese.»

(6) Busbecque al emperador Rodolfo, t. III, pág. 296. Del 25 de enero 1585.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1563, piezas 23 y 48.

(8) Busbecque al emperador, tom. III, pág. 302. Mision de lord Derby.

(9) Mision de Horacio Palavicini, Ms. Arch. nac. K. 1563, pieza 116. Enrique III fué requerido, como heredero de su hermano Francisco, á restituir trescientos mil escudos, que avia emprestado. Palavicini era «un mercader genovés hereje.»

(10) Véase el capítulo siguiente.

(11) Cartas de Catalina á la infanta Catalina, K. 1564, 3; á la infanta Isabel, K. 1564, 4; á Felipe II, K. 1564, 72; del 9 abril 1586.

III.—Ultimos años del duque de Guisa

Más firme en sus designios Felipe II, perseguia resueltamente su política en Escocia, en Inglaterra y en Francia. Hacia que los condes de Huntley, de Hamilton, de Morton y de Westmoreland le enviaran cartas en latin, invocando humildemente su intervencion (12); envió en abril de 1586 á María Estuardo una partida de cuatro mil escudos (13) y obtuvo de ella el mes siguiente (14) la cesion de todos sus derechos á todas las coronas de la Gran Bretaña «en el caso, decia la infortunada reina, que mi hijo no se convierta, ántes de mi muerte, á la religion católica.» Pero María Estuardo fué condenada el 25 de octubre del mismo año, mantenida entre la muerte y la vida espacio de cuatro meses por el capricho de su rival y ejecutada el 18 de febrero de 1587. El francés Meneville, á nombre del duque de Guisa (15), y el escocés Roberto Bruce (16) se concertaron para preparar una insurreccion católica; pero, dice Alejandro Farnesio, el rey de Escocia «está tan contaminado de la secta y faccion inglesa» y la estacion tan avanzada que no se puede pensar en una invasion. Léjos de adherirse á los proyectos de venganza que proponia Felipe II, el hijo de María Estuardo acogia al poeta del Bartas que le habia enviado Enrique de Navarra, lo ennoblecia con el título de caballero, lo colmaba de beneficios y parecia dispuesto á casarse con Catalina de Borbon, hermana de Enrique de Navarra (17). Con esto juzgaba Bernardino de Mendoza que el mejor partido era esperar el resultado de las tentativas de asesinato preparadas contra Isabel (18).

En Francia continúa la guerra civil y el único temor del duque de Guisa era «que se hiciera alguna alianza en cuya virtud, viniendo á una paz general que yo sé que sobre todo se desea, se haga caer todo sobre el brazo de S. M. C.» (19). Procura inquietar á Mendoza sobre las probabilidades de esta reconciliacion, se jacta de que su hermano el duque de Mayena no hacia caso de las instrucciones de Enrique III, de lo cual se podia informar á Feli-

(12) Ms. Arch. nac. K. 1564, piezas 90, 91, 92 y 138.

(13) *Ibid.* pieza 76, del 28 abril 1586.

(14) *Ibid.* pieza 93, del 20 de mayo. Véase tambien Labanoft, tomo VI, pág. 309 y siguientes.

(15) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 109.

(16) *Ibid.* pieza 99, del 6 nov. 1587, Farnesio á Mendoza.

(17) Lodge, tom. II, pág. 352. «Gevin him a chain veying a thousand crounes and two thousand crounes.» Todavía se trataba de este casamiento el 16 de junio 1589 (ibid. pág. 404).

(18) Teulet, tom. V, carta del 13 agosto 1586.

(19) De Croze, tom. II, pág. 362, 364, 371.

pe II; pero sobre todo suplica que se le envie dinero. «Bien sabeis cuánto nos importa estar prontamente socorridos. Os beso muy humildemente las manos.»

En 1587 se vió Francia recorrida por cinco grandes ejércitos: el del duque de Joyeuse, que avanzaba hácia la Guyena para derrotar al de Enrique de Navarra; el del duque de Guisa que cerraba el paso al que de Alemania venia á socorrer á los protestantes del mediodía, y el de Enrique III. El duque de Guisa dispersó á los alemanes en los combates de Vimory y de Auneau (1); pero Enrique de Navarra cargó á la cabeza de su caballeria hugonota al ejército de Joyeuse y lo destruyó en dos horas (2).

Era más que una batalla ganada; era más que un hombre de guerra lo que aquí se revelaba. Veíase surgir el bravo que esperaban todos sus bravos caballeros, prontos á hacer gala de su valor en duelos y escaramuzas. Francia poseía los elementos propios para formar la máquina de guerra más perfecta que se habia visto en su historia, una caballería invencible: faltábale el hombre que reuniera en sí las cualidades de todos, que fuera tan temerario como el más preciado en los refinamientos de honor, bastante ingenioso para halagar las susceptibilidades y dotado de talentos políticos que le permitieran concentrar sus diseminadas fuerzas. Enrique de Navarra aparecia en Coutras como el jefe esperado, podia escuchar sin cólera á los grasientos predicantes que le reprochaban no haberse aprovechado de la victoria ganando alguna poblacion. Ellos no podian comprender de otra manera aquella jornada; él sabia que en adelante seria un honor combatir á su lado y que podria mandar á su caballería que atajara á todo un ejército.

El duque de Guisa menospreció al gascon para acometer al mismo Enrique III, pues su ambicion lo impelia tanto como los consejos de España. «Lo que más importa ya, escribia Mendoza á Felipe II (3), es que Mucio ha saltado al foso y se halla empeñado con V. M.» Está esperando regimientos que ha prometido Alejandro Farnesio; no quisiera que entraran en Francia con las banderas rojas de España y propone que entren con las amarillas de Lorena (4). Sabe que Balagny, encargado por Francia de guardar á Cambray, reconoce su autoridad, y teme que lo ataque Farnesio; asume su proteccion para con España, «no habiendo tratado nada con él, dice (5) sin conocimiento vuestro y el de todos los ministros de S. M. C. y sirviéndome de sus fuerzas, desearia á lo menos estar advertido, á fin de no embarcarme contra mi honor y reputacion.»

Este cuidado de su honor defendiendo á un cómplice era supérfluo: Balagny cobraba de España como el duque de Guisa (6), y por entónces no corria ningun riesgo.

Mayena, el hermano del duque de Guisa, estaba igualmente comprometido; llevaba en la correspondencia el seudónimo de *Jacobo de Arbelays* (7) y daba á Mendoza todos los informes que podia procurarse. Sin embargo, parece ser que no estaba muy bien remunerado de sus servicios, pues hubo de enviar á Felipe II uno de sus secretarios «para probarle con un gran discurso que habia sido el primero que inició los trabajos de la Liga,» que ha hecho enormes gastos sosteniendo el partido en Borgoña, Auvernia y Provenza, y que necesitaba una subvencion (8).

Pero los españoles no hacian caso de Mayena, el cual se habia desacreditado con el reciente asesinato del coronel Sacremore (9); hecho que refiere así el duque de Guisa á su hermana la duquesa de Montpensier (10):

«Al retirarse ayer mi hermano á su casa, hubo de rogarle Sacremore que tuviera la bondad de escucharlo, y estando solo en su guardaropa con él, le hizo una larga relacion de los servicios que le habia prestado, por los cuales queria pedirle una gracia, bien que á pesar de todo no la mereciera. Creyó mi hermano que aludia á la comandancia de una de las plazas que el rey le habia concedido, y le manifestó su buena voluntad; pero despues de mucho hablar llevó la insolencia hasta el punto de pedirle la

(1) Batalla de Vimory, 26 octubre 1587; batalla de Auneau, 24 de noviembre 1587.
(2) Batalla de Coutras, 20 octubre 1587.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1566, pieza 147, del 9 junio 1587.
(4) *Ibid.* K. 1565, pieza 42, Mendoza al rey, 2 set. 1587.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 102, Guisa á Mendoza, 10 de nov. 1587.
(6) Cobró los años siguientes, pero se cree que hacia ya un año que cobraba. La suma de cuatro mil escudos pagados por Mendoza «á cierta persona que conoce Don Juan de Idiaquez,» en 1586 (K. 1564, pieza 116) debe atribuirse á Balagny.
(7) La clave de este seudónimo se dió por el mismo Felipe II al márgen de una carta de Mendoza (K. 1570, pieza 31). Una nota de la cancillería resume bajo este nombre supuesto una carta de Mayena (K. 1570, pieza 109).
(8) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 79, del 14 abril 1588.
(9) Cárlos de Birague, llamado Sacremore, hijo del canciller Birague, mandaba en 1583 la compañía del duque de Saboya al servicio de Enrique III; en 1585 se señaló como jefe de toda la caballería italiana (Aubigné, tom. II pág. 450). Su regimiento dió el primer asalto á la ciudad de Monsegur en 1586 (*ibid.* t. III, p. 27).
(10) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 135, del 15 de diciembre de 1587.

mano de su hijastra (1). Indignado mi hermano le contestó al momento:—Nos conocemos. Ni una palabra más. Salid.—Y abre la puerta para entrar en su aposento. Sacremore lo detuvo diciéndole:—No puede ser; ella me lo ha prometido—y quiere enseñarle su promesa. Mi hermano perdió entónces la paciencia, y volviéndose, lo traspasó de una estocada. Acudieron los de cámara y le dieron dos ó tres más, habiendo él llevado la mano á un puñal. Hé aquí el fin de la tragedia que todo el mundo tiene por justo, y mi hermano, obligado á obrar así, y á pesar de tal agravio, no puede ménos de sentirlo por el afecto que le tenia.»

Pero esta solicitud en disculpar á su hermano (2) no impedia que el duque de Guisa se cuidara de que los subsidios de España no se desparramaran en muchas manos.—El duque de Guisa me ha rogado, dice Mendoza (3), que no diga exactamente á su hermano el duque de Mayena, aunque me lo pregunte, la cantidad con que ordinariamente se sirve asistirlo V. M. Así no digo al uno lo que interesa al otro que les calle.—«Es muy bien así todo esto, pone el rey al márgen; y que no sepan los unos de los otros.»

El primer castigo de estas traiciones es atraerse el desprecio del enemigo que los subvenciona. Tratando á Guisa bajo el seudónimo de Mucio, viéndolo tan regularmente escribir que le besa con tanta humildad las manos y pedir dinero con urgencia para sus necesidades (4), Mendoza no se cuidaba de los intereses de su subalterno. — Empleo, decia (5), todos los medios para impedir la reconciliacion de Guisa y el rey. Es necesario, añade, mantener la guerra civil en Picardía, áun contra los intereses de Guisa.

Felipe II no podia, sin embargo, ocultar al duque de Guisa el vasto proyecto que lo preocupaba en aquel momento. Grandes armamentos se acumulaban en los arsenales de España. Es contra Inglaterra, decian los protestantes. —Los españoles piensan en otras cosas que en Inglaterra, contestaban los hombres graves (6). —Echo en falta á Moreo, escribia Guisa á Mendoza (7), siendo muy importante que lo vea ó á vos para muchos é interesantes asuntos para los cuales no quiero fiarme sino de uno de los dos. «Quiere enviar á Flandes á su hijo con cincuenta hombres al momento que sepa que el duque de Parma está presto para embarcarse.—No sé si seria descubrirse mucho, pone por nota Felipe, que no gusta del exceso de celo (8), y quiere conservar á Guisa como espía, sin comprometerlo inútilmente. Moreo vuelve (9) y escribe al duque de Guisa (10) que se huelga infinitamente de volver despues de tan larga espera. Da á conocer las órdenes de Felipe II y queda enterada la Liga.—Me hallaba un dia en San Pablo, donde se celebraba el consejo, refiere un denunciador (11), y allí uno de ellos hizo una propuesta sobre la ciudad de Boloña que, segun decian, era muy necesaria para que arribara la armada de España que estaban esperando. — Enrique III, decia el pueblo, ha vendido esta ciudad á los ingleses, los cuales le han enviado «muchos barcos cargados de oro y plata.» Y la credulidad de los parisienses se alimentaba con noticias de esta *gran traicion*, sin notar que los verdaderos traidores eran los que habian estado para entregar á Felipe II dicha ciudad de Boloña.

En medio de tales peligros sólo procuraba Enrique III vivir al dia (12); sufria con paciencia las humillaciones; «creeríase que el rey soporta todos los oprobios del mundo sin ánimo de desquitarse; ántes hoy que mañana quisiera yo morir, exclama Villeroy (13), si hubiera de continuar este juego. Guisa no parecia tampoco más animoso: hostigado por sus cómplices del populacho parisiense, aún tenia que satisfacer y sufrir las exigencias de Mendoza.—Le dije, anuncia este (14), que me procure las instruccio-

(1) Mayena tenia cuatro hijastras: su mujer Enriqueta de Saboya, hija de Honorato de Saboya, marqués de Villars, almirante de Francia, se casó en primeras nupcias en 1560 con Melchor des Prez, señor de Montpezat, y tuvo ocho hijos. En 1576 se casó con el duque de Mayena y tuvo cuatro hijos. Sobre los ocho del primer matrimonio tuvo cuatro hijas. ¿Cuál fué la seducida por Sacremore? No fué, como dice Estoile (30 diciembre 1587) la llamada Magdalena, como quiera que estaba ya casada desde 1583 con el conde de Suse. De las otras tres, Gabriela se casó con el hijo tercero del mariscal de Tavanes, Juan de Saulx, vizconde de Lugny; Eleonora se casó con el conde de Carces, senescal de Provenza, y Margarita fué abadesa de Saintes, Podria sospecharse de Gabriela, que se casó muy tarde. Tuvo un hijo en 1617. Se ignora si tuvo algun otro de sus amores con Sacremore.

(2) Véase tambien sobre Mayena la carta llena de trapacerías y bajezas que escribe á Enrique III, despues del rapto de Mlle. Caumont, K. 1564, pieza 9.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 79, del 14 abril 1588.

(4) De Croze, tom. II, pág. 282.

(5) *Ibid.* pág. 324.

(6) *Cartas de Bongars*, p. 115, Bongars á Camerario, mayo 1588. «Scribunt tamen viri prudentes Hispanum alio quam in Angliam cogitare.»

(7) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 61, del 31 marzo 1588.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 55, del 15 marzo 1588.

(9) Del 19 al 30 de abril 1588.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 83.

(11) Nicolás Poullain. Véase tambien sobre este asunto de Boloña el folleto publicado en Paris, imprenta de M. Jourin, *Traicion descubierta de Enrique de Valois sobre la rendicion de la ciudad de Boloña á Jezabel.*

(12) D'Aubigné.

(13) Villeroy á Matignon, pág. 192, del 14 junio.

(14) De Croze, tom. II, pág. 328, 330, 333.

nes remitidas á los diplomáticos franceses y me las da al cabo de algunos dias. Toma medidas para atarle las manos al rey é impedir que auxilie ni con palabras á la reina de Inglaterra; pero he juzgado conveniente retardar su golpe de Estado hasta el momento en que se haga á la vela la armada española. Todo está dispuesto y el rey de Francia va á recibir una buena leccion.

Esta leccion era el alzamiento de Paris. Las jornadas de las barricadas (1) no dieron sin embargo satisfaccion á Mendoza.—El absceso no ha reventado como yo creia; sin embargo, están fuera de estado de llevar el menor auxilio á Inglaterra.—El duque de Guisa anda á las greñas con los impacientes de la democracia. Ocho dias despues de haber hecho huir al rey á Chartres, escribe ya á Mendoza pidiéndole dinero (2). dinero y lansquenetes, dice repitiendo la súplica (3); despues se vuelve á Farnesio tendiéndole los brazos.—Mucio se hace importuno, escribe desdeñosamente Farnesio (4), «declarándome lástimas y miserias.» Mendoza es tambien inexorable. Sabe que los ligueros de Paris tienen dinero (5) y que temen que Guisa se lleve sus fondos; promételes guardar secreto y sostenerlos en todas sus necesidades. Así, se ocultan unos de otros. Cuando Guisa hace la reconciliacion con Enrique III es tambien para engañarlo, se jacta de impedir el despertamiento patriótico de los franceses que quieren reconquistar el marquesado de Saluces, ocupado en plena paz por el duque de Saboya. El peligro de un concierto de todas las facciones contra el enemigo nacional no era en manera alguna quimérico; el mismo Guisa lo afirma (6). «Los estados se han conmovido con mucho ardor y por poco no se toma de comun acuerdo la resolucion de apartar todo otro designio de guerra en Francia, hacer las paces con los herejes y reunir todas las fuerzas para ir directamente contra el duque de Saboya y conservar el honor de Francia.»

Reunir todos los partidos para conservar el honor de Francia fué una tentacion que no combatió sólo Guisa.—El preboste de los comerciantes de Paris (7) se ha comportado admirablemente en esta ocasion, escribe Mendoza: ha demostrado que el duque de Saboya seria socorrido por el rey de España y que una guerra con España seria desastrosa para la causa católica; su opinion ha arrastrado la clase media y el clero; pero la nobleza está pesarosa. —España pudo impedir así un olvido de odios semejante al que habia permitido, despues de la primera guerra civil, recobrar el Havre á los ingleses. Guisa tiene buen cuidado de hacer que se conozcan los esfuerzos con que ha logrado conjurar esta calamidad (8)

Tiene él tambien sus proyectos gigantescos: sus pensamientos son tan audaces que no se atreve á formularlos en cartas; explícase con Moreo y ruega á Felipe II permita á Moreo pasar á España para repetirle lo que no puede escribirse (9). Se ve cortejado por sus más orgullosos enemigos: el altivo duque de Epernon ofrece (10) entregarle á Metz y Boloña, si consiente en aceptarlo por amigo, mantenerlo en Angulema y Saintonge y conservar la Provenza para su hermano La Valette. Enrique III conoce estos manejos secretos; ve el peligro y elude su suerte con un asesinato.

Mendoza habia previsto este desenlace desde los primeros dias de la llegada del duque de Guisa á Blois.—Una agresion abierta contra él no es de temer, decia (11), porque va bien acompañado; el verdadero peligro está en el gabinete del rey, donde nadie entra sino solo y donde pueden acometer á uno diez ó doce hombres. Sin embargo, no creo fácil que se prepare una sorpresa así, sin que se me previniera á tiempo. Por otra parte, la reina Luisa (12) que es buena católica, no dejaria de avisar al duque.

Más prudente que el duque de Guisa, Mendoza permanece en Saint Diez, cerca de Blois, y huye del gabinete del rey. El 23 de diciembre hizo llevar á Guisa dos cartas de Alejandro Farnesio; pero al entrar el correo en la ciudad supo ya el golpe de Estado. Diez y siete de los cuarenta, y cinco gascones de Enrique II estaban á la puerta del gabinete y ellos mataron al duque de Guisa. Larchant, el capitan de los guardias redujo á prision al cardenal de

(1) Del 9 al 13 mayo 1588.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 50, del 21 mayo.
(3) *Ibid.* pieza 54.
(4) Citado por Motley, the United Neterland, t. I, pág. 306.
(5) De Croze, tom. II, pág. 368.
(6) *Ibid.*, tom. II, pág. 377.
(4) Mendoza á Felipe II. *Ibid.* Este preboste era el contador La Chapelle Marteau.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1568, piezas 134 y 140. En diciembre de 1558, quince dias ántes de su muerte. Puede decirse que el último pensamiento del duque de Guisa fué impedir la defensa del suelo francés.
(9) *Ibid.* K. 1567, pieza 102.
(10) *Ibid.* pieza 171, del 6 nov. 1588.
(11) De Croze, tom. II, pág. 355, del 9 agosto 1588.
(12) Luisa de Vaudemont nació en 1553, se casó con Enrique III en 1575 y murió en 1600. Véase por qué tomó Enrique III tales precauciones para ocultar su designio á su mujer.

Guisa (1). Mendoza habia visto con harta frecuencia atormentar á sus cómplices de conspiracion en Inglaterra para afligirse por la suerte de estas nuevas víctimas. El dinero de su amo se ha gastado inútilmente; es una desgracia. En cuanto al duque de Guisa, «Mucio habia tomado tan á pechos parecer que manchaba su buena intencion con mostrar miedo del rey, que el punto desto le vino á matar» Queda Aumale, «mozo de poca experiencia.» La situacion es grave, si Mayena y La Chastre se dejan coger (2).

CAPÍTULO VII

SITUACION ADMINISTRATIVA

1582-1587

LAS CORTES DE MONZON.—LA JUNTA DE NOCHE.—LAS COLONIAS.—ITALIA

I.—Las córtes de Monzon

Felipe II queria merecer la reputacion de un rey que «con su prudencia todo lo remueve fuera y nada perturba dentro» (3), y habia tenido cuidado de hacer reconocer solemnemente por heredero suyo al príncipe Felipe (4); quiso tambien asegurar la fidelidad del turbulento duque de Saboya y lo autorizó á pedir en matrimonio una de las infantas (5).

Cárlos Manuel tenia veintitres años (6); era jorobado, y fué rechazado por la mayor de las infantas (7): el marido que tuvo luégo esta princesa hubo de darle ocasiones de sentir este momento de desden. Su hermana Catalina, que tenia entónces diez y ocho años, se resignó á aceptar lo que su educacion le hacia considerar como un mal casamiento. El novio quiso presentarse con pompa ante la corte de Madrid y se hizo acompañar de los gentiles hombres de Saboya y del Piamonte. «Será de nuestro mayor agrado, les dijo (8), que os pongais las mejores galas que podais, cuidando de que las calzas sean de bolsa y no de gregua, bien ámplias; y que los lacayos lleven capas bien largas, y los pajes capotes de mangas. Será de nuestro mayor agrado que os mandeis hacer la ropa en Turin á la moda que se os dirá.

La nobleza castellana hizo gala «de su grandeza y riqueza con las muchas joyas y vestidos y con la pompa de muchas y diferentes libreas y criados» (9). Felipe II llegó hasta Zaragoza con sus hijos y su corte (10). El príncipe Don Felipe, que tenia siete años, y era enteco y enfermizo (11), fué presentado á los aragoneses al lado de sus hermanas acompañadas de doce damas de honor y veinte criadas escogidas entre las más hermosas del reino; en medio de ellas se distinguia la duquesa de Aveiro «portuguesa más hermosa que todas» (12). El rey honró á su futuro yerno, poniéndolo á su derecha (13); distribuyó collares del Toison de oro, y asistió al baile que se dió en una vasta sala adornada con los célebres tapices de seda y oro que representaban la conquista de Túnez. La familia real estaba subida en un estrado; las damas sentadas abajo en círculo, escuchaban á los cortesanos que permanecian detrás de ellas con una rodilla en tierra. Levantábanse para

(1) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 185. Relacion enviada á Felipe II, del 25 de diciembre 1588.
(2) *Ibid.* piezas 190 y 191.
(3) D'Aubigné, *Las Historias*, tom. II, pág. 208.
(4) En 1583. Herrera, tom. II.
(5) El orgullo con que este insigne favor fué concedido al duque está todavía hoy vivo entre los españoles más distinguidos: muy satisfechos están del honor hecho por Felipe II, el cual «dando de lado dice Cánovas del Castillo, á la soberbia española, procuró estrechar amistades con el revoltoso duque de Saboya dándole nada menos que una de sus hijas.»
(6) Nació en 1562 y sucedió á su padre Manuel Filiberto en 1580.
(7) Cartas del Cardenal Ossat, nota de Amelot de La Houssaye, tom. I, pág. 51.
(8) Cárlos Manuel á Cornillion de Salanches, 7 set. 1584, *Revista de los Doc. hist.* año 1880, pág. 79.
(9) Herrera, tom. II, pág. 445.
(10) *Relacion del Viaje hecho por Felipe II en 1585 á Zaragoza, Barcelona y Valencia*, escrita por H. Cock, notario apostólico y arquero de la guardia del cuerpo real, y publicada de real órden por A. Morel Fatio y Antonio Rodriguez Villa, Madrid, 1876.
(11) Ms. Bibl. nac. fondo español, 168 fol. 181. «Le crió una mujer de no mucha salud, de donde traxo una enfermedad que todavía le dura (1609) y la llaman usagre.»
(12) *Relacion del Viaje*, pág. 56.
(13) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 397.

bailar, cubriéndose los caballeros la mano con un guante ó con un pañuelo. Luégo, como á pesar de la santa Inquisicion, permanecia siempre en las costumbres un sello de los usos musulmanes, dos damas de la corte ejecutaron solas una danza nacional «con gran contentamiento de todos los que la presenciaron» (1). La ceremonia del casamiento tuvo despues lugar bendiciendo la union el cardenal Granvela, mientras se cantaba un motete compuesto para la fiesta por Jorge de la Hele, maestro de capilla del rey.

El rey acompañó á los jóvenes esposos á Barcelona, y dejándolos á bordo de su galera, volvió á Zaragoza para una nueva fiesta, ó sea «un auto del Santo Oficio de la Inquisicion, al que asistió el cardenal Granvela, y hubo tanto número de penitenciados bearneses y moriscos que en muchos años no se habia visto tan grande» (2).

El resto del año fué más triste (3). Felipe II tuvo que ir á la insalubre ciudad de Monzon, encerrarse en ella, despertar los recuerdos importunos de las córtes de su juventud (4) y escuchar á los procuradores de Aragon, cuyos derechos habia jurado respetar. Hubiera podido adivinarse la disposicion con que iba á sufrir de nuevo las reclamaciones de las córtes, habiéndolo visto entrar de noche en Barcelona para evitar una solemne recepcion, cuyas ceremonias «estaban arregladas por ciertas costumbres antiguas, que parecian entonces incompatibles con la grandeza de tal príncipe» (5).

Las córtes de Monzon reunian á los procuradores ó diputados de Aragon, Valencia y Cataluña; pero Aragon se enorgullecia con derechos mas ámplios que las otras dos. Sus fueros, consagrados por el juramento de Felipe II y por el de su hijo el príncipe don Felipe, sostenian una institucion extraordinaria para la época, la de la *Manifestacion*. La *Manifestacion* era el derecho que tenia el Justicia de Aragon para traer á sus propias cárceles á todo acusado que reclamaba su proteccion. El acusado que entraba así en la prision de los *Manifestados* estaba seguro de ser juzgado por sus jueces legales, defendido por un defensor, dispensado de la tortura, protegido contra toda violencia (6). Es un caso único en la historia del derecho criminal: ha habido un pueblo en el siglo XVI que trataba á los acusados como los tratan hoy todas las naciones. El Justicia de Aragon no venia á ser el juez; impedia al contrario que se privara del suyo al acusado. Para ser *Manifestado*, no habia sino poner el pié en tierra de Aragon.

A pesar de esto, no hay que creer que las demás costumbres del país fueran tan generosas: uno de los más acérrimos defensores de los fueros, aquel cuyo retrato está hoy en el salon de sesiones del congreso de los diputados, en Madrid, como uno de los precursores de los liberales, Don Diego de Heredia, declaraba que se habia reconocido siempre el derecho de ahorcar á sus vasallos, sin oir su defensa, y habia hecho uso de él muchas veces (7); otro, el duque de Villahermosa, á quien Felipe II llamaba el *filósofo de Aragon*, probaba que tenia el derecho de destruir sin forma de juicio la vida y los bienes de sus vasallos, y declaraba en su testamento que desheredaba á aquel de sus descendientes que renunciara á este derecho.

Los odios privados se añadian á la incoherencia de las instituciones para turbar el país y ofrecer los pretextos de intervencion que deseaba la autoridad real. El negocio del condado de Ribagorza, que fué sometido, de los primeros, á Felipe II á su llegada á Monzon, hace comprender bien sus embarazos entre leyes liberales y bárbaras costumbres.

El condado de Ribagorza, que se extendia de Bañeras de Luchon á Monzon, comprendia diez y siete villas y doscientos diez y seis villorrios: el conjunto en verdad no encerraba más de cuatro mil habitantes (8). El rey Juan II, padre de Fernando el Católico, lo habia separado de la corona de Aragon y dado á su bastardo don Alonso.

Don Alonso de Aragon, que guerreaba en el Ampurdan por su hermano el rey Fernando, se retira una noche á un castillo, se enamora de la hija de su huésped, María de Junques, la roba por fuerza y se la lleva á su condado de Ribagorza. Triunfa allí de su resistencia y tiene de ella un hijo, del cual descienden los condes de Gurrea y los duques de Villahermo-

(1) *Relacion del vaje*, pág. 52.
(2) Herrera, tom. II, pág. 445.
(3) La ausencia se prolongó más de un año: la partida de Madrid fué el 19 enero 1585, la estancia en Zaragoza y Barcelona se prolongó hasta fines de junio; las cortes de Monzon duraron del 28 de junio al 2 de diciembre. Felipe II estaba aún en Valencia el 18 de enero de 1586.
(4) Las de 1563.
(5) Herrera, tom. II, pág. 445.
(6) Marqués de Pidal, *Alteraciones de Aragon*, tom. I, p. 49.
(7) *Ibid.* pág. 36.
(8) La capital era Benabarre; los pueblos, Lasquarre, Venasque y Roda.

sa (1). Su nieto Don Juan de Gurrea y Aragon se casa en 1564 con Doña Luisa Pacheco, á quien acusa muy luego de relaciones criminales con Don Pedro de Silva, en Toledo. Llévasela de improviso, se persuade de que los sigue, disfrazado de lacayo, el mismo Silva, encierra á su desgraciada mujer en su castillo de los Fayos, deja que éntre un confesor, y luégo le da de puñaladas.

Luisa Pacheco era hermana de la condesa de Chinchon (2) y excita á su marido á tomar venganza. El cruel Don Juan de Gurrea y Aragon tuvo que salir de España: reconocido en Milan, huyó á uña de caballo para acogerse bajo la proteccion del duque de Ferrara; pero fué alcanzado en el momento de pasar la frontera, atado y conducido á Madrid, donde se le condenó á muerte (3). Sus enemigos no le ahorraron ninguna humillacion; descalzo y con la soga al cuello, fué conducido á la plaza de los suplicios y ahorcado públicamente.

Aprovecháronse de esto sus vasallos y pidieron ser de nuevo incorporados al dominio real. El Justicia de Aragon declaró que pertenecian legalmente al duque de Villahermosa, hermano del ahorcado; y entónces se alzaron los vasallos, hirieron á los ujieres del Justicia y sitiaron en sus casas á los partidarios del duque. A favor de estos desórdenes bajaron luego los bandidos de todas las montañas y entraron á saco todos los pueblos, campando por sus respetos espacio de muchos años.

Difícilmente podia Felipe II despreciar las decisiones judiciales y tomar posesion del condado de Ribagorza; pero Chinchon, cuya esposa no estaba aún satisfecha, hubo de sugerirle un medio ingenioso de desposeer al duque de Villahermosa (4), y fué simplemente encomendar el asunto á la Santa Inquisicion. Si se probaba que el duque descendia de una judía, podria ya establecerse fácilmente que su fe no era bastante pura para dejar así en sus manos una provincia cercana á los herejes de Bearn. Felipe escribió á la Suprema, y la Suprema dió instrucciones á los inquisidores de Zaragoza.

El servil Mateo Vazquez excitó el celo de los inquisidores y se mostró arrogante con los tibios y hasta con la Suprema. Todo el Santo Oficio se puso en movimiento para averiguar si cien años ántes el abuelo de Villahermosa debió su orígen á María Junques, hija del castellano, ó á la otra manceba de su padre, la Estenga Conejo, hija del ropavejero judío de Zaragoza. Despues de muchas informaciones verbales, de investigaciones entre los antiguos títulos y de una inmensa correspondencia, sacó en limpio la Inquisicion que el hijo de la Conejo se llamaba Alonso, y no podia por consiguiente ser Don Juan. Al mismo tiempo, el sentimiento de la disciplina, tan bien mantenido entre todos los agentes del Santo Oficio, provocó su indignacion cuando fueron testigos de los excesos cometidos en el condado de Ribagorza por los enemigos del duque. El rey está engañado, escribian los inquisidores de Zaragoza; los que tiene por adeptos en el condado saquean las iglesias y los conventos, roban y matan á las personas sagradas, y conviene sobremanera que cuanto ántes ponga remedio al mal S. M.

Felipe II tuvo que resignarse: confirmó en las córtes de Monzon los derechos del duque de Villahermosa, é incorporó, al contrario, á la corona, la mayor parte de las otras villas que no querian ya estar bajo la dependencia de los señores (5); pero no sin despecho se veia obligado á escuchar diariamente reclamaciones ó quejas.

Fuera de esto, el amontonamiento de toda la corte, con escoltas, pajes y pretendientes, en medio de las ochocientas casas de Monzon, fué causa de grandes contiendas. «Todos los habitantes de este pueblo son rufianes ó judíos,» decia uno de los arqueros del rey (6). Muy luégo la falta de limpieza desarrolló una epidemia de que murieron la mitad de los clérigos de la capilla real, gran número de guardias y criados, el marqués de Aguilar, Don Lope de Figueroa, Antonio de Eraso (7). El número de muertos, así de la corte como del país, pasó de mil quinientos, «y no seria malo, al recordarlos, socorrerlos con una oracion» (8). El mismo rey se puso tan malo que recibió la extremauncion en el mes de octubre (9).

(1) Este hijo se casó con Doña María Lopez de Gurrea, llamada la Ricahembra; el hijo de este matrimonio se casó con Luisa de Borja, hermana del duque de Gandía, y tuvo tres hijos: Don Juan esposo de Luisa Pacheco, Don Hernando duque de Villahermosa, y Don Francisco, conde de Luna, autor de los *Comentarios* sobre las *Alteraciones de Aragon*.

(2) Doña Inés Pacheco, condesa de Chinchon, fué madre del virey del Perú que trajo á Europa la quinina.

(3) En 1572.

(4) El duque murió durante estos desórdenes en 1581, quedando representados sus derechos por su hijo Don Hernando, protegido de la emperatriz María, con una de cuyas doncellas de honor contrajo matrimonio (Juana de Penestan).

(5) Monclús, Fernel, Albarracin.

(6) *Relac. del Viaje*, pág. 156.

(7) Este Eraso era bastardo del Secretario Francisco de Eraso. V. Cabrera, tom. III, pág. 141.

(8) *Relac. del Viaje*, pág. 172.

(9) Longlée al rey de Francia, del 19 oct. 1585, Ms. Bibl. nac. franc. n.º 16109, fol. 122.

Restablecido un poco, á pesar de sus numerosas sangrías, aceleró el despacho de los últimos negocios. Viendo su impaciencia por partir, retiró un aragonés la peticion que habia presentado en córtes, confiando al rey su solucion; lisonja bien acogida, porque Felipe hizo estudiar el asunto al complaciente Rodrigo Vazquez, recompensando con un acuerdo favorable esta sumision á su autoridad (1).

Felipe II pudo salir de Monzon á fines de año y pasar en Valencia el mes de enero de 1586. «El rey, escribe el agente francés (2), se da poco á los negocios desde que está en Valencia, no por ninguna indisposicion, porque nunca estuvo mejor que ahora; pero parece que ha venido á descansar un mes á un sitio de recreo.»

II.—La junta de noche

Desde Madrid se trasmitia el movimiento á todas las ruedas de la enorme máquina, y hácia Madrid se dirigian las solicitudes del mundo entero; los consejos preparaban notas, los vireyes y los embajadores dirigian correspondencias, los papeles se acumulaban sobre la mesa del rey. Todo era leido, anotado, distribuido. Pero hé aquí que la edad se hacia ya pesada y venian los achaques, las enfermedades, la necesidad de reposo. Iban tambien desapareciendo los antiguos confidentes: en 1586 murieron Margarita de Parma, el cardenal Granvela, el secretario de la guerra Juan Delgado, el presidente de Castilla Pazos... En el viaje á Monzon no pudo llevar Felipe todos sus legajos, y muy luégo los retrasos determinaron tal crísis que fué menester tomar una resolucion extrema. Para evitar en adelante la acumulacion de cartas, tuvo que resignarse el rey á constituir una junta en palacio que recibió comunicacion de la totalidad de los negocios. Como las sesiones de esta comision consultiva se celebraban de noche, se llamó la *Junta de noche* (3). La componian Don Juan de Idiaquez, el conde de Chinchon y Don Cristóbal de Mora. Mateo Vazquez asistia á las sesiones con carácter de secretario.

Don Juan de Idiaquez era aquel enemigo del cardenal Granvela, que habia logrado hacerse necesario. Tenia en su negociado los ramos de Guerra, de Estado, Flandes y Francia. Su expedicion en el trabajo era notable: él mismo descifraba los despachos y trascribia su traduccion con letra cursiva, llena de abreviaturas, que contrasta con la de los empleados calmosos ó pesados. Las cifras eran diferentes para cada corresponsal: las contestaciones habian de traducirse tambien en cifra, y el contacto de esta actividad febril parecia que daba vivacidad al rey, que abreviaba á su vez el nombre de su ministro (4).

Don Cristóbal de Mora era el portugués que habia contribuido más á servir á su país, y desempeñaba los negocios de hacienda de Portugal, casi todos los de Castilla y algunos de Francia.

El conde de Chinchon (5) era el vengativo aragonés que queria acabar con la casa de Villahermosa. Estaba encargado de los negocios de la real casa, de Aragon, de Italia y de parte de los de Castilla, «porque quien no tiene un pedazo de Castilla no es favorito ni nada» (6). Firmaba como el rey: *Yo el conde de Chinchon*, y hubo de hacerse creer tan necesario como Idiaquez, porque Felipe II decia de él en ocasion de estar enfermo: En el caso en que fuera la voluntad de Dios privarnos del conde de Chinchon, no sé si se encontraria quien pudiera reemplazarlo (7).

El rey concedia á cada uno de los tres una audiencia regular todos los dias (8). «Mora se presentaba en despertándose dándole la camisa y estregándole los piés (9) y podia hablarle todo el tiempo que era menester; al de Chinchon, despues de comer, daba un rato, y á Idiaquez á la tarde hasta el anochecer. Llevaba cada cual la minuta ó memoria de lo que consultaba y lo que el rey no resolvia, se quedaba con ello S. M. y se detenia la consulta hasta verlo.»

Bajo sus órdenes, despachaba los negocios

(1) Marqués de Pidal, *Alteraciones de Aragon*, Pleito de Don Francisco contra la villa de Ariza.

(2) Longlée al rey de Francia, del 31 enero 1586, Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 7.

(3) Herrera, tom. II, p. 446, y tom. III, p. 137.

(4) Escribia *dJu* por Don Juan. Véanse todos sus documentos en los legajos de los Archivos nacionales y, por ejemplo K. 1573, piezas 14 y 21. Sabido es que los ministros copiaban de su mano las minutas de las cartas: el rey solia recordarles este deber. «Poned inmediatamente en limpio de vuestra mano la minuta.» (*Doc. inéd.* t. LI, página 252), el rey á Eraso.

(5) Don Diego Fernandez Cabrera y Boadilla, conde de Chinchon.

(6) Marqués de Pidal, *Alteraciones de Aragon*, tom. I, pág. 61, segun los *Comentarios* del conde de Luna. «El que no alcanza un bocado, ni es privado ni nada.» Sabido es que Castilla habia absorbido á Galicia, Asturias, Leon, Andalucía y Murcia: si los flamencos reprochaban al gobierno ser español, no ménos le reprochaban los aragoneses ser castellano.

(7) Marqués de Pidal, tomado de los legajos de la Inquisicion.

(8) *Ibid.* de los *Comentarios* del Conde de Luna.

(9) Puede dar la medida de la limpieza con que se sustituyó el empleo del agua, que hubiera recordado las impías abluciones de los moros.

de guerra el empleado Andrés de Prada, antiguo secretario de Don Juan de Austria, y los de marina Andrés de Alva. Además era gobernador de Portugal el cardenal archiduque Alberto de Austria, puesto bajo la tutela del duque de Gandía (1); capitan general, el marqués de Santa Cruz (2) y para los negocios eclesiásticos el cardenal Próspero Santa Croce que habia sido nuncio en Francia (3). En fin, para cada cuestion importante se convocaban juntas especiales, se abrian largas discusiones y se abultaban los expedientes. «Ménos juntas y más resolucion,» decia el marqués de Almazan.

La lentitud y la indecision no eran los únicos obstáculos de una buena administracion: á estos vicios se añadian la codicia y la vanidad.

Los señores de la real hacienda, decia ya Granvela (4), son tardíos, y para dar á entender á S. M. que miran á su interés, lo arruinan por todas partes sin olvidarse del suyo. Digo claro lo que pasa, y no cesaré de decirlo. Estos señores acogian las invenciones de tarifas de que se proponian sacar medro al menudeo; las exacciones de derechos reales sobre los naipes, azogue y sal; los ofrecimientos de arbitrios, *destructores del Estado* (5), aceptaban dádivas, bien que Granvela les hubiera enseñado (6) que cuando trataban un negocio de hacienda con una persona, si esta persona no tenia ningun otro motivo para ofrecerles presentes que el de ganar su buena voluntad, no debian comprometerse. La corrupcion se revelaba en los mismos registros: examinando los libros de Castillo, el secretario de Zayas «se hallaron dificultades» (7), lo que inspiró la idea de examinar tambien los asientos de los banqueros para conocer «los regalos que habian hecho á los agentes reales» (8). Se observó entónces que Melchor de Herrera (9) y Juan Fernandez de Espinosa poseian cincuenta mil ducados de renta y más de cuatrocientos mil en dinero contante y en alhajas. El contador Cuellar fué condenado á restituir cien mil ducados.

Tan poco escrupulosos con los hombres de negocios, los agentes reales eran implacables en materia de pundonor. Los más fútiles pretextos hacian estallar grandes quejas; habia ministros que dejaban de hablarse y escribirse, á veces espacio de tres años, por una simple omision en un protocolo (10). El marqués de la Favara se batió en duelo con el veedor Tassis por un detalle de etiqueta; el conde de Melgar, hijo del almirante de Castilla Don Luis Enriquez de Cabrera, apaleó á Don Gaspar de Salinas é hizo asesinar á Don Alonso de Gutierrez; fué encerrado en la fortaleza de Alameda, á dos leguas de Madrid, con su padre, que habia simplemente hecho dar tortura á Jerónimo Villandrando. Fueron perdonados los dos entregando veinte mil ducados á la madre del asesinado (11). Felipe II creyó disminuir las ocasiones de odio prohibiendo todas las fórmulas de cortesía en el sobre ó en el cuerpo de una carta. «La verdadera honra, declara el rey (12), no consiste en vanidades de títulos dados». Segun la nueva pragmática, no se debia dar en adelante tratamiento de *señoría* sino á los grandes de España: estaba tolerado darlo tambien á los marqueses, condes y comendadores mayores de las cuatro órdenes; pero si se daba señoría á cualquier otro se incurria en la multa de diez mil maravedís, de los cuales era un tercio para el denunciador y otro tercio para el juez; la misma multa pagaban los que ponian un título en el sobrescrito de una carta ó ponian por antefirma otra cosa que *Dios os guarde*. A nadie podia darse el tratamiento de *Excelencia* ni de *Señoría Ilustrísima* ó *Reverendísima*, sino á los cardenales y al arzobispo de Toledo; los obispos sólo tenian la simple Señoría.

Pero esto era invadir el dominio de la Iglesia y la reforma chocó con una oposicion inesperada. El papa Sixto V no veia sin inquietud

(1) Cabrera, tom. III, pág. 8.

(2) *Ibid.* pág. 43.

(3) En 1553 y de 1561 á 1564. Fué quien llevó á Roma el tabaco que Juan Nicot traia al mismo tiempo á Paris, como lo recuerdan estos versos:

Hanc Sanctacrucius Prosper, cum nuncius esset
Sedis Apostolicæ Lusitanas missus in oras
Huc adportavit Romanæ ad commoda gentis.

(4) Granvela á la duquesa de Parma, Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VII, pág. 504.

(5) Cabrera, tom. II, pág. 427.

(6) Papeles de Estado de Granvela, tom. V, p. 683.

(7) *Cartas de Madrid.* Bibl. nac. fondo italiano 416, comunicadas por Morel Fatio; cartas del 18 setiembre y 28 noviembre 1581. Castillo era hijo de un castellano y de una flamenca. Prendióse al mismo tiempo en Zamora á Don Fernando de Barrientos; pero esto fué á propósito de la causa de Perez.

(8) *Ibid.* 17 abril 1582. «Las dádivas que havian dado.»

(9) Yo creo que Melchor de Herrera era un banquero y no un agente del rey. Los banqueros principales eran Fugger, Spinola y el príncipe de Salerno.

(10) Herrera, t. III, pág. 35. «Por el pundonor de las cortesías en tres años no se escribieron.»

(11) *Cartas de Madrid*, cartas del 8 de agosto 1581, 27 de abril y 25 de junio de 1582. El malvado se casó poco despues con la bella Victoria Colonna, hija de Marco Antonio Colonna y de Doña Juana de Aragon, y hermana del cardenal Ascanio Colonna: en sus bodas se señala al conde de Castañeda que le habia ayudado á apalear á Salinas. V. Lope de Vega la *Dorotea*, p. 63.

(12) Hay una copia de esta pragmática en Ms. Bibl. nac. española n.° 168, fol. 159. Se indica para los manuscritos españoles el número del nuevo catálogo de Morel Fatio.

que el clero español estuviera mucho más sujeto á la dependencia del rey que á la de la Santa Sede, y tomando este pretexto de queja, pretendió que Felipe II atacaba el respeto debido al clero privando á sus miembros de sus títulos honoríficos, y se excedia de sus facultades prohibiendo que se los dieran unos á otros en su tratamiento. Al papa, no al rey, atañe decidir quién es *Eminentísima* ó *Reverendísima*: todo cardenal que reciba una carta de España será excomulgado (1).

¡Cólera impotente! Felipe II sigue siendo el jefe del clero español, de tal manera que á él se dirigen los clérigos que quieren dotar á sus hijas con las rentas de sus beneficios (2), y él por su parte no hace escrúpulos de reducir á prision hasta á los abades mitrados, cuando sospecha que son desafectos á su política. No es un pecado prenderlos, dice (3), porque en tal caso el hábito no hace al monje. Mal que le pese al nuncio y teniendo en poco la cólera de Sixto V, hace que un tribunal de su eleccion juzgue al obispo de Zamora que danzaba con las monjas y al arzobispo electo de Sevilla que se las llevaba á su casa (4).

El ejército no es tan dócil en manos del rey: en él ingresan asesinos ó bandoleros sometidos; á veces los bandidos que explotan las montañas de Cataluña se cansan, sobre todo cuando el oficio parece más comprometido, constituyen compañías á las órdenes de sus jefes, que reciben grados de capitan, y se incorporan de rondon en un antiguo tercio (5); un crímen útil suele tambien valer el grado de oficial (6). De aquí la indisciplina, las insurrecciones militares, la corrupcion de los jefes. Con los regimientos que salen para Italia, se toman á bordo negociantes y otros pasajeros, que son mañas de soldados: habiéndolos aceptado por tales los capitanes, los llevan á expensas del rey á Italia, donde cada cual luégo tirará por su lado (7).

Así, no hay reposo para el rey: su vista ha de fijarse así en la Junta de noche, como en el último corregidor; su mano infatigable continúa cubriendo de notas las cartas que recibe, las que le enseñan (8) y hasta los informes del más humilde espía. «El rey es tan asíduo en los negocios, como si tuviera cuarenta años; todas las cosas pasan por su mano sin fiarse ni descargarse en nadie; y no deja de llenar sus horas de devocion, y las que se toma, segun el tiempo que hace, para salir en carroza con sus hijos, pasear, tirar ó ver tirar al ciervo y á veces ver pescar. La infanta lo acompaña ordinariamente, pero no se mete de ninguna manera en los negocios, ni áun para hablar por nadie, como no sea por sus damas, bien que S. M. guste de que oiga la mayor parte de ellos, como hace estando continuamente á su lado» (9).

La infanta Isabel es el único amor de Felipe II; pudiera decirse que es el único sér á quien ha amado en toda su vida. Habia crecido en medio de sus legajos, ordenando los papeles, fijando en su padre, durante las silenciosas horas del trabajo, sus límpidos y confiados ojos. Niña aún, miéntras el padre escribia ó firmaba y la reina echaba los polvos en lo escrito, la infanta Isabel con su hermana, que apénas comenzaba á andar, llevaba los papeles á una mesa «donde Sebastian de Santoyo hacia los paquetes ó pliegos y los enviaba á los secretarios (10).» Para su hija predilecta no habia ceremonias ni etiqueta; todo desaparecia ante el encanto de conservar á su lado á aquella niña elegante y grave que lo cuidaba cuando estaba enfermo. — Hay que saber que cada y cuando entraba el rey en el claustro de nuestro monasterio, lo que sucedia con mucha frecuencia, llevaba consigo á la infanta Isabel, sola, sin cosa de dueña ni dama de honor (11).

Nada revela mejor su deseo de no separarse nunca de su hija, que esta excepcion de la disciplina eclesiástica. En ninguna cuestion llevaba el escrúpulo de los detalles á menudencias tan exageradas como en las reglas del culto «y los sacristanes andaban siempre con cuidado en el componer los altares, porque cuando algunas veces se descuidaban en poner no tan bien la palia ó frontaleras, ó poner un ornamento por otro (12), luego se lo enviaba á decir, y si se descuidaban en abrir la iglesia á su tiempo, no se lo perdonaba; de suerte que en lo que tocaba á cosa de sacristía, sabia más della

(1) Herrera, tom. III, año 1586.
(2) *Ibid.* t. II, pág. 444, año 1585.
(3) *Corresp. de Guillermo*, tom. VI, prólogo, p. 30. Trátase del abad de Santa Gertrudis de Lovaina.
(4) *Cartas de Madrid*, 8 de agosto 1581. El nuncio era á la sazon Luis Taberner obispo de Lodi.
(5) Véase por ejemplo, en Pidal, t. I, pág. 255, la compañía de Miguel Don Lope.
(6) Como los asesinos de Escovedo y el capitan Lupercio Latras.
(7) Ms. Bibl. nac. franc. 16.109, fol. 49. Longlée al rey de Francia, mayo de 1584.
(8) Cada ministro enseñaba al rey las cartas firmadas que recibia.
(9) Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 104. Longlée á Enrique III, del 30 abril 1588.
(10) Cabrera, t. II, pág. 198.
(11) Fray Juan de Jerónimo, *Memorias*. (*Doc. inéd.* t. VII, página 417).
(12) *Ibid.* p. 366.

y tenia más cuidado que los mismos sacristanes y áun que todos los frailes de la casa.»

A estos hábitos de piedad eran sin duda debidas las procesiones de penitentes que iban á azotarse las espaldas con sendas disciplinas y que continuaron hasta el reinado de los Borbones. —No se tolera ya en esta corte, escribe en 1713 la princesa de los Ursinos (1), que vengan á azotarse delante de este palacio los que con pretexto de penitencia derramaban su sangre para hacer *finezas* á sus divinidades.—Pero sobre todo, se debe á esta pasion la conclusion del Escorial. El globo y la cruz que coronan la cúpula, se colocaron el 21 de julio de 1582; se consagró la iglesia el 6 de agosto de 1586, y el 22 de marzo siguiente se erigió «el rico monumento que hay junto á las gradas del altar mayor, bajo la lámpara principal, pieza digna de admiracion: los planos son de José Flecha, italiano de Génova (2).» El gran crucifijo de madera de las islas, esculpido por Pompeyo, fué puesto en su sitio el mes de setiembre de 1590.

Pero el viaje al Escorial comenzaba ya á ser pesado: á veces llegaba Felipe tan fatigado que ni áun podia asistir á los oficios, y tenia que oir misa en su oratorio. En 1587, lo retuvo en Madrid un ataque de gota, é hizo construir en su palacio del Pardo una galería al mediodía, donde se recostaba á veces, ó tomaba el sol manejando sus papeles (3).

Porque la edad no amortiguaba su amor al trabajo.—El rey se mata haciendo minutas que podrian despacharse sin él, y le impiden atender á lo que más importa (4). Pero al mismo tiempo el hábito de la irresolucion continuaba dejándolo todo en suspenso.—Me matan estos retrasos y dilaciones que usan aquí, decia Granvela (5); arruinan nuestros intereses y pierdo la esperanza de poner remedio, porque la índole de S. M. se inclina á ello y á ello se acomodan muy bien los de aquí haciendo su negocio.

(1) Carta del 27 abril, de la princesa de los Ursinos al mariscal de Tessé. (Bol. Soc. de hist. de Francia, año 1879, Suplemento, página 205).

(2) *Doc. inéd.* tom. VII, pág. 418.

(3) Cabrera, tom. II, p. 228. Las palabras son del cardenal Granvela. «No hay en el mundo un secretario que maneje tantos papeles.» Granvela á Margarita de Parma, 18 agosto 1582 (Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VIII).

(4) Granvela á Margarita de Parma, 28 julio 1582 (Colec. de Groen Van Prinsterer, tom. VIII).

(5) *Ibid.* Véase tambien la carta á Fonck, del 7 de julio. «Pluguiera á Dios que nuestro amo escribiera menos y se hiciera servir mejor.»

III.—Las Colonias.

Puede decirse que en este momento la historia de las Colonias se funde con la de Francisco Drake. El terror era tan profundo que el Perú, arruinado y todo por el terremoto de 1586, envió un donativo al rey para armar una escuadra contra los temidos navíos (6). Hasta se pensó en huir delante de ellos y perderse por los mares hasta dar en parajes misteriosos. Se dió el nombre del rey á un archipiélago oculto, situado entre el Japon y las Molucas: se queria abrigar en él la fortuna colonial de España y se contaban maravillas de las islas Filipinas.—Hay once mil islas; pero los que han ido allá confiesan que no saben cómo se las ha podido contar (7). Manila fué ocupada haciendo de ella la capital de todas las Filipinas, entre las cuales se contaban Borneo y Sumatra (8). Allá, escribian los marinos (9), las mujeres se cubren el seno con láminas de oro, con medallas, y suspenden de sus orejas grandes aros de oro. La cosecha de seda es fabulosa. El rey ha hecho gastos enormes para mantener soldados y frailes que habian de implantar allí la fe á costa de su patrimonio, sin que hasta ahora se haya recogido un real de beneficio.—Muy luégo el rey de Cambodje envió al gobernador de las Filipinas embajadores (10) que le ofrecieron elefantes y pidieron socorros contra el rey de Siam. Estableciéronse relaciones comerciales con los puertos de la China; pero fueron restringidas como las de las colonias americanas por torpes reglamentos. Una vez se dejó vencer Felipe II y añadió de su mano en la licencia de un navío florentino una autorizacion para traficar en las colonias españolas.—Esto es grave, se permitió objetar el secretario Andrés Eraso (11); es contrario á todos los principios.—Cortad de la cédula lo que puse de mi mano, contestó Felipe II. Preferia mudar de parecer repentinamente á la objecion de un subalterno y retirar un favor: tal y tanta era la fe que tenia en las fórmulas de su política comercial.

Contra esta implacable rutina solamente los frailes se atrevian á luchar. Es el eterno honor de los frailes españoles haber intentado proteger la raza roja; los frailes, no los sacerdotes. «Los clérigos no pretenden otra cosa más de su interese y salario,» estaba encargado de de-

(6) Cabrera, tom. III, p. 358.
(7) Herrera, tom. II, p. 454.
(8) En 1585.
(9) Herrera, tom. II, p. 456.
(10) *Ibid.* tom. III, p. 179, en 1590.
(11) *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 248, del 8 mayo 1583.

cir á Felipe II y al Papa Don Ortuño de Ibarra, enviado de América por las órdenes de Santo Domingo, San Francisco y San Agustin (1). Estos buenos religiosos recordaban que uno de ellos habia ya venido en 1555 para quejarse al rey (2). « Tantos millares de leguas han despoblado los españoles llenas de gentes que han perecido; millares de leguas, digo, porque pasan de tres mil; de tres mil, digo y torno á decir.» Insisten ahora acerca de todo lo que les representa la autoridad sobre la tierra, Felipe II, el Consejo de Indias y el inquisidor general; recuerdan los abusos, las exacciones, las miserias; citan como procedimiento empleado para despojar á los indios el simple proceso regularmente intentado. «Que S. M., dicen, que S. M. mande que los negocios de Indias se hagan sumariamente y no se despachen por via de tres lados, y procesos de las partes, porque se siguen grandes inconvenientes á causa de que ellos son miserables y pobres y no entienden este estilo... y se hacen pleytos innumerables...» En vano invocan los frailes la piedad y la justicia; para la justicia como para el comercio las reglas del gobierno español son inflexibles.

IV.—Italia

El clero de Italia no estaba, como el de España, avasallado por la corona, sino defendido por el prestigio de la Santa Sede y por el genio de la curia romana. Así, la única fuerza que garantizaba un poco las provincias italianas contra las violencias de los gobernadores españoles, era la Iglesia. Esta oposicion religiosa contra las invasiones de Felipe II fué dirigida por los dos más grandes hombres de la Iglesia en el siglo XVI, el cardenal Borromeo y el papa Sixto V.

San Cárlos Borromeo era sobrino de Pio IV; fué promovido al cardenalato á la edad de veintidos años (3) y repartió entre los pobres de su diócesis de Milan todos sus bienes, sus joyas, su vajilla de plata. Organizó seminarios, cofradías y una disciplina austera para su clero. Pero esta solicitud administrativa vino á hacerse sospechosa para el virey de Milan, Don Luis de Requesens, el cual se imaginó que el cardenal estaba á la cabeza de una conspiracion que debia entregar la ciudad á la Santa Sede.—Quitó al cardenal Borromeo un castillo por la desconfianza que tenia de él y combatió las juntas y cofradías que el dicho cardenal habia establecido, temiendo que so capa de devocion no hubiera algun abuso (4). Requesens fué excomulgado y muy luégo partió para los Países Bajos. Entónces Cárlos Borromeo tuvo ocasion de probar que no lo habia inspirado otra cosa que el celo religioso: durante la peste de 1576, que hizo seiscientas mil víctimas en Italia (5), fué corriendo de puerta en puerta, asistió á los apestados, distribuyó entre los indigentes lo que le quedaba, su ropa blanca, su propio lecho, sepultó á los muertos de que huian sus mismos parientes y pasó el resto de sus dias en la pobreza.

Sixto V no se limitó á proteger al clero español en cuestiones de etiqueta. Restableció la independencia de la órden de Malta que en el papado antecedente habia querido someter á su autoridad Felipe II. El gran maestre era á la sazon el francés Juan de la Cassiere (6), á quien el gobierno español echaba en cara haberse mostrado poco propicio á secundar á los agentes que el Santo Oficio de la Inquisicion empleaba en la isla: con esto hubo de organizar una conspiracion de caballeros, y en medio de una insurreccion militar fué encerrado el gran maestre en el castillo de San Angelo, acusado de senectud y provisto de un adjunto que eligieron los conjurados. Sixto V declaró que el gran maestre era perfectamente apto para gobernar, que las medidas tomadas contra él eran atentatorias, ilegales é injustas y que las páginas en que se habian consignado debian arrancarse de la coleccion de actas de la órden.

Pero en el reino de Nápoles, los vireyes españoles no tenian que temer ninguna ingerencia de la Iglesia y se abandonaban á los excesos de una tiranía sin freno.

Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan, habia conquistado el reino de Nápoles; pero el virey Don Pedro de Toledo fué quien con ruda mano y más rudas instituciones aseguró allá la dominacion española (7). Pena de muerte con-

(1) Ms. Bibl. nac. fond. español, 550, folios 267 y 302.
(2) *Ibid.* fol. 151.
(3) La familia de Borromeo pretendia descender de los Anicios de la república romana. Cárlos nació en 1538, recibió el capelo en 1560, murió en 1584 y fué canonizado en 1610.
(4) Champagney al Consejo de Estado, 20 abril 1576, *Corresp. de Felipe*, tom. V, pág. 243.
(5) Herrera, tom. II, pág. 83.
(6) *Ibid.* p. 347.
(7) Pedro de Toledo fué virey de 1532 á 1553, y lo reemplazó el cardenal de la Cueva. A partir de esta época hé aquí la serie de los vireyes de Nápoles bajo el reinado de Felipe II:
1559 Don Pedro Afan de Rivera, duque de Alcalá.
1571 Don Antonio Perrenot, cardenal Granvela.
1575 Don Iñigo Lopez Hurtado de Mendoza, marqués de Mondejar.
1579 Don Juan de Zúñiga, príncipe de Pietra-Persia.
1582 Don Pedro Giron, duque de Osuna.

tra quien lleve armas; pena de muerte contra quien sea sorprendido en una escala de seda pendiente de un balcon; pena de muerte contra el reincidente en falso testimonio. Durante sus diez y ocho primeros años de vireinato, Pedro de Toledo hizo perecer, sólo en la ciudad de Nápoles, por mano del verdugo, diez y ocho mil personas y envió otras tantas á galeras (1), habiendo, por otra parte, arrancado al país veinte millones de monedas de oro (2). La política de sus sucesores consistió en excluir á la nobleza de todas las cargas, en sacarle dinero y en imponerle humillaciones; pero manteniendo en sus manos los derechos feudales que le permitian oprimir á su vez al pueblo. Con esto, los señores del reino venian á ser simples colectores de impuestos, pues el real fisco les chupaba la sustancia luégo que ellos habian chupado la sangre al pueblo. Cuanto más numerosos eran, tanto más se acercaban á la materia imponible y tanto más se hallaban en aptitud de prestar servicios. Habia sólo en el reino de Nápoles ciento diez y nueve príncipes y ciento cincuenta y seis duques (3). España les vendia el señorío feudal sobre los pueblos: de cerca de dos mil pueblos sólo habia sesenta y nueve que se pudieran llamar reales (4); los demás pertenecian á los señores. Los Orsini tenian cuarenta y cuatro pueblos; un Celano treinta y cuatro, un Matera veinticinco. Los pueblos que compraban su independencia, volvian á caer luégo bajo el mismo yugo, bien por no poder pagar los vencimientos de los empréstitos contraidos para su emancipacion, bien porque la corona los revendiera. No dejaban de estar sujetos á las exacciones los pueblos que tenian amo: las cargas de justicia se conferian al que más ofrecia por ellas, y el agraciado recobraba muy luégo el anticipo á fuerza de derechos de justicia; á veces el alcalde transigia con el juez señalándole un sueldo fijo para satisfacer su codicia (5).

Los mismos desórdenes habia en las relaciones comerciales. A veces se elevaba el interés á treinta por ciento (6); ó bien decidia el virey que no restituyeran los banqueros más que el décimo de los depósitos (7).

Con este sistema enviaba todos los años el reino de Nápoles, con todos los gastos pagados, dos millones y medio de ducados á España á título regular y un millon como donativo gracioso. Pero hay que añadir á estas sumas las que se llevaban los vireyes y sus comisarios: era una tradicion fielmente seguida desde Gonzalo de Córdoba, que habia acaparado los granos durante el hambre de 1505 y ganado cuarenta mil ducados miéntras gran número de hombres sucumbieron bajo el azote. Los simples hidalgos soportaban con el pueblo el peso de estas cargas y sufrian además las vejaciones con la alta nobleza: el duque de Osuna les hacia esperar, no en la antesala, pero sí en la sala con los guardias y los mendigos (8); el marqués de Mondejar daba paso á su bastardo sobre todos los marqueses del reino; la mujer de un virey (9) golpeó públicamente con su zapato las mejillas y espaldas de la mujer de un juez y amenazó muchas veces con el mismo castigo á las damas de su corte.

Los napolitanos habian esperado emanciparse imitando á la nobleza flamenca. Su sociedad secreta de los *Blancos* hubo de espantar mucho á Felipe II para que exclamara: «Perdido tenemos el reino de Nápoles» (10). Entónces envió de virey á Don Pedro Tellez de Giron, duque de Osuna.

Osuna era un hombre duro y frio: su divisa, grabada aún en su sepulcro, dice: «Si el vivir es hermoso, el morir es ganancioso.» Osuna espantó á la nobleza amenazándola con desencadenar el populacho; disolvió la sociedad de los *Blancos*, y castigó al pueblo, luégo que lo vió abandonado por la aristocracia. Un motin intentó disputarle sus presos: la represion fué vigorosa (11); fueron ahorcados cuarenta hombres: «no eran sino gente del pueblo, descalzos, descamisados, viles» (12).

Aquellos pobres hombres eran más temibles en las montañas que en las calles de Nápoles.

1586 Don Juan de Zúñiga, conde de Miranda.
1595 Don Enrique de Guzman, conde de Olivares.
(*Doc. inéd.* tom. XXIII, pág. 163).

(1) Palermo, *Narrazioni e documenti nella storia del regno di Napoli*, Firenze, 1846. Carta de Francesco Balbi al dux Cosme de Medicis, del 12 mayo 1550.

(2) *L' Istoria d' Italia* nell' anno 1547 di Camilo Porzio, publicada por Agost. Gervasio, Neapoli, 1839, p. 88.

(3) Reumont, los *Caraffas*, pág. 99 de la traduccion inglesa. Esta estadística es de 1675.

(4) En 1586. Reumont, los Caraffas, p. 82.

(5) Alberi, t. V, p. 276. Rel. ven. Girolamo Lippomano, 1575.

(6) En 1573, en el momento en que los Ravaschieri de Génova se declaraban en quiebra, quiebra que los enriqueció lo bastante para comprar los títulos de duques, de Cardenal y de Girifalco y los de príncipes de Sutriano y de Belmonte.

(7) *Cronaca di notar Giacomo.*

(8) Pietro Riccarelli á Fernando de Médicis en la *Coleccion de Palermo*, p. 294.

(9) La marquesa de Monterey, cuyo marido fué virey de 1631 á 1637, bajo el reinado de Felipe IV.

(10) *Doc. inéd.* t. XXIII, p. 163.

(11) Herrera, t. II, p. 463.

(12) *Doc. inéd.* t. XXIII.

Los *fuorusciti* ó bandoleros eligieron (1) á uno de entre ellos por rey de Nápoles, á Marco Berardi, á quien se ha llamado *el rey Marcone*. Residia en la Calabria con una guardia de seiscientos hombres regularmente pagada; conferia privilegios, firmaba decretos, mantenia secretarios. Despues de él, Marco Sciarra en los Abruzzos (2) llegó á saquear ciudades, á secuestrar obispos, á sostener una campaña contra ejércitos de cuatro mil hombres: en todos los pueblos tenia espías que le daban avisos; los frailes de muchos monasterios (3) daban asilo á los bandidos hostigados por las tropas españolas; llevaban sus despachos, buscaban compradores para su botin. Marco Sciarra acabó por tratar en 1592 con la república de Venecia y pasó á su servicio.

Este recurso de la montaña no era á menudo posible á los nobles. Estos no tenian más remedio que buscar protectores: unos se casaban con una española pobre, pero de casa influyente; otros se refugiaban en España y pasaban los dias en los bancos de las antesalas. Así Marco Antonio Colonna, amenazado de desgracia, bien que su hijo Fabricio hubiera muerto al servicio de Felipe II en la guerra de Portugal, abandonó la Italia, se consumió en largas pretensiones y murió en Madrid (4).

CAPITULO VIII

1584-1588

SITIO DE AMBERES.—EXPEDICIONES DE LEICESTER

I.—Sitio de Amberes

Alejandro Farnesio no perdió tiempo para recoger el fruto de la muerte del príncipe de Orange. En ménos de dos meses tomó á Dendermonde, Vilvorde y Gante (5), y preparó la anexion de Bruselas, Malinas y Amberes (6). En esta consternacion general, no tenia en su contra más que al agente francés Pruneaux, que pedia fondos á Enrique III para asegurar la influencia francesa (7), que conducia á Ruan á los delegados de los Estados, sin poder presentarlos al rey, que habia partido para Lyon al tener noticia de su llegada, «por lo cual se deseaba Pruneaux cien veces la muerte» (8).

El príncipe de Orange dejaba un hijo mayor que estaba retenido, más de quince años hacia, en manos de los jesuitas de Madrid, dos hijos libres y siete hijas. De los dos hijos libres, el uno tenia diez y siete años, era el Gran Mauricio, el hijo de Ana de Sajonia; el otro, Enrique, hacia poco que lo habia dado á luz Luisa de Coligny.

Mauricio fué elegido jefe de las Provincias Unidas, bajo la tutela de un consejo de diez y ocho miembros (9); pero su edad le impedia el mando del ejército. Su cuñado Hohenlo, aleman, de estatura gigantesca, que estaba siempre ebrio, fué elegido por los Estados como jefe militar. Un bastardo de Orange, llamado Justino, viene á ser almirante en lugar del bravo Treslong, que habia merecido los celos de los agitadores de la democracia y estaba en la cárcel pública (10). En fin, Marnix de Santa Aldegonda, pedante que no poseia ninguna de las cualidades propias para obtener autoridad sobre los hombres, fué colocado en el puesto más temible, en el de burgomaestre de Amberes.

Alejandro Farnesio va á sitiar á Amberes: con Amberes tendrá á la vez á Holanda y á Inglaterra. Es el momento decisivo: lo cree así, y sin escuadra emprende el bloqueo de un puerto marítimo (11).

Farnesio tenia entonces treinta y seis años,

(1) Siendo virey el duque de Alcalá.
(2) Siendo virey el conde de Miranda.
(3) Como los Benedictinos de Montevergine, cerca de Avellino, y los religiosos de Troja en la Pulla. Véase la *Colec. de Palermo*, página 447, cartas del nuncio Giacomo Aldobrandini.
(4) D'Ossat á Enrique III, 24 set. 1584, tom. I, p. 2.
(5) El 17 de agosto, 7 y 17 setiembre de 1584.
(6) Marzo, julio y agosto de 1585.
(7) Colec. de Groen Van Prinsterer, segunda serie, t. I, pág. 4.
(8) Ms. de la Haya, citado por Motley, the United Netherland, tom. I, pág. 54.
(9) Brabante, 3 miembros; Flandes, 2; Holanda, 4; Zelanda, 3; Utrecht 2; Malinas, 1; Frisia 3.
(10) En Midelburgo. Davison to Bourghley, 28 febr. 1585.
(11) Véanse para el sitio de Amberes, Cabrera, t. III, p. 82; Le Petit, t. II, p. 500.—Cabrera escribe sobre los apuntes de un oficial español; Le Petit estaba en Amberes. La narracion de este sitio es la obra maestra de Lothrop Motley.

y estaba animado por la idea de ejecutar la empresa más extraordinaria del siglo. A la inversa de los holandeses que habian llevado la mar á Leiden para libertar su ciudad, Alejandro Farnesio intenta apartar de la mar á Amberes para atacarla cuerpo á cuerpo. Instálase en Herenthals y clava las primeras estacas de un dique gigantesco que cierra el Escalda, atraviesa los pantanos, salva los canales, se apoya en sus circunvalaciones sobre firmes reductos, lo eriza todo de artillería y amenaza al mismo tiempo á la escuadra por fuera, y á las murallas de Amberes por dentro de sus líneas.

Amberes habia ya decaido mucho de su antiguo poderío. El amago de un sitio hizo salir de la ciudad á los forasteros, á los enfermos, á muchos niños, y el censo de 25 de octubre de 1584 indica solamente noventa mil habitantes. La inferioridad de un municipio sujeto á los embrollos y pequeñeces populares, enfrente de un ejército bien disciplinado, hace ya presentir el desenlace. Al principio se opone á la inundacion de los prados el gremio de carniceros en interés de su ganado que pace en ellos; al cabo de algunos dias, cuando ve que el dique de Alejandro va dominando los prados, sale de su obcecacion; pero el mal está ya hecho. Despues se organizan los comités de defensa, todos rivales, todos agitados, poseedores todos de secretos maravillosos: la comision de municiones, la de fortificaciones, la de marina, que construye un navío gigantesco. El precio de los víveres se eleva rápidamente: durante las primeras semanas algunas naves holandesas fuerzan el bloqueo «á la misericordia del cañon,» y traen víveres sacrificando parte de sus tripulaciones, «los unos muertos, los otros sin brazos ni piernas;» pero hacen pagar este riesgo, lo que irrita á la democracia: así, los magistrados del pueblo, aturdidos por las reclamaciones, fijan el máximum del precio de los artículos; pero inmediatamente cesan los holandeses de exponer su vida, absteniéndose de llevar provisiones que no pueden vender libremente. Y comienza el hambre, y llega el invierno, y el dique sigue avanzando siempre. En vano los desbordamientos del Escalda y las tempestades socavan los terraplenes ó el granizo deteriora la obra de fábrica: Alejandro permanece en medio de los operarios, repara los desperfectos, completa la red de sus líneas y pone la última viga el 25 de febrero de 1585: aquel dia tiene el Escalda su freno y su rienda. —Si vierais nuestros trabajos, escribe Alejandro á Felipe II, nos estimariais más, no nos tendriais en el olvido, no nos abandonariais á privaciones tales, que estamos en vísperas de morir de hambre.

Felipe II, dado enteramente á sus quimeras de Escocia y de Francia, malgasta su dinero con el duque de Guisa, sin advertir siquiera á Farnesio; le oculta igualmente la formacion de la Liga, y no la deja conocer en Flandes hasta tres meses despues; pierde de vista á Amberes que tiene bajo la mano y al heróico ejército de Farnesio, que sucumbe víctima de las privaciones.

El italiano Giannivelli de Mantua, alquimista, hechicero, mecánico, estaba casado con una hija de Amberes, y se ofreció á destruir el dique. Al intento recibió dos navíos, construyó en la sentina de cada uno de ellos cámaras de albañilería, encerró en ellas hasta siete mil libras de una pólvora brillante de su propia invencion, y sobrecargó estos polvorines flotantes de piedras tumulares, de ruedas de molino, de rejas de arado y de pedruscos. Un muelle de reloj habia de aflojarse en un momento preciso y hacer que estallara la pólvora. Giannivelli hizo que acompañaran á estos dos navíos hasta unos diez brulotes para apartar de ellos la atencion de los españoles. En la noche del 3 al 4 de abril de 1585, la flotilla infernal baja el Escalda silenciosamente, oscila en la marea y alumbra con sus luces los mosquetes y corazas de los españoles. Los brulotes se desvian fácilmente; uno de los navíos-polvorines encalla en la orilla, pero el otro va á chocar con el dique en el momento en que el muelle de reloj produce la explosion de la pólvora. Estremécese el Escalda, salta el agua de su lecho, y el dique, el fuerte, todo desaparece. Alejandro es tambien derribado contra un muro á la violencia de la presion; dos de sus tenientes caen muertos á su lado (1), más de mil españoles quedan destrozados y se abre una brecha de doscientos pasos.

Pero muy luégo sale de su aturdimiento Alejandro, se presenta, llama á millares de operarios y aquella misma noche cierra con ellos la brecha.

Esta catástrofe quebrantó profundamente la energía de los españoles: el recuerdo de esta noche helará su valor en momentos por otra parte decisivos. Ya comienzan las deserciones. —Mis alemanes se retiran todos, escribe Ale-

(1) El marqués de Richebourg y Robles, hijo de la nodriza portuguesa de Felipe II.

jandro á Felipe II; van á ponerse al servicio de Francia, donde el país «es más ventajoso para el pillaje.» Pero él sigue aferrado á su plan, desguarnece todo el país y queda preparado contra otra nueva calaverada de los sitiados.

El dique más expuesto era el del Kowenstyn que podia hostilizarse á la vez por los navíos de la ciudad y por los de mar afuera, aunque bien armado con tres fuertes, el Santa Cruz, el Mondragon y el Santiago. El domingo, 26 de mayo, á las dos de la madrugada apareció otra flotilla de brulotes que descendia sobre el Kowenstyn: á la sazon estaba Alejandro inspeccionando un campamento á cuatro leguas de distancia. Los españoles, que preveian una nueva explosion, se encierran en sus casamatas y miran cómo llegan y se consumen los brulotes, sin observar que al mismo tiempo llegan hasta doscientos barcos holandeses. El bastardo Justino desembarca en el dique el ejército de los Estados al mando de Hohenlo. En un instante ocupan tres mil hombres el Kowenstyn, rechazan las tardías salidas de los españoles y los estrechan en sus reductos. Ya acude á la cita la escuadra de Amberes, da la mano á los holandeses por encima del dique y echa en tierra colchones y sacos llenos de tierra. Atrinchéranse contra los fuertes españoles, hacen trabajos de zapa en el dique, y reunen el Escalda con el mar. Por momentos se va ensanchando la brecha; se arriesga á pasar una barca zelandesa, Hohenlo salta á bordo, entra en Amberes y es aclamado por el pueblo. Santa Aldegonda se da prisa en dejar el combate para compartir su triunfo; llegan á la casa de la ciudad, donde se vacian toneles de cerveza; los burgueses saltan de la cama para reunirse con los vencedores y se celebra ruidosamente la liberacion de la ciudad.

Pero los fuertes españoles quedaban intactos á uno y otro lado de la brecha. Uno de los coroneles italianos, Ferrante Spinola, ha caido prisionero y es conducido á Amberes para realzar la gloria de Hohenlo; otro coronel, Camilo Capizucca, declara que quiere vengarlo siquiera hubiese de dar solo el ataque; el belga Mansfeld, que manda uno de los fuertes, dice á su hijo:—Cárlos, hijo mio, es preciso vencer ó morir.—Hombro con hombro y adelante, exclama á su vez Don Juan de Aguilar.

Esta rivalidad entre naciones empuja á todos los hombres contra los holandeses con una especie de ferocidad; pero las dos escuadras barren el dique con su artillería: los holandeses son tenaces detrás de sus colchones al rededor de los bordes de la brecha cada vez más ámplia, y rechazan á los sitiadores á sus fuertes.

En aquel momento resuena un clamor inmenso en todos los destacamentos que coronan los reductos españoles y se escalonan sobre las dunas. Es que llega Alejandro Farnesio.

Octavio Farnesio, duque de Parma

Ve cortado su dique, la mar entrando en su ciudad, los fuertes coronados por las dos escuadras. Llama de todos los puestos del dique y de las estacadas á todo su ejército y lo lanza á la brecha. En doscientos pasos de largo y seis de ancho se baten «como perros rabiosos,» por espacio de hora y media. Rechazados cuatro veces los españoles, ven á su frente cuando vuelven á la carga á su coronel D. Pedro Paz, que habia caido muerto, nueve meses ántes, bajo los muros de Dendermonde: su mismo talante, su coraza misma... es él. Este caso de alucinacion contagiosa muestra la eficacia con que exaltaba á sus soldados el prestigio de Alejandro Farnesio. Los soldados se precipitan siguiendo al fantasma: el español Torralba es el primero que salta á las trincheras y cae muer-

to; pero ya va adelante Capizucca; despues la marea, que no se habia tenido en cuenta, baja, los holandeses lo echan de ver con estupor, y los navíos que los han desembarcado en el dique cortan sus amarras y huyen, ó se inclinan de costado y encallan.—La mar los condena, exclama Alejandro.—Los más bravos holandeses prolongan una defensa sin esperanza.—«Y así fueron pasados á cuchillo todos los que quedaban á uno y otro lado de la brecha, y salgo garante de que se vengó bien la pérdida de los nuestros. La funcion habia durado de siete á ocho horas con gran obstinacion por una y otra parte.» El círculo se estrechó en torno de Amberes.

La noticia llegó tarde á la ciudad. Hohenlo abandona la sala del banquete y se oculta: el pueblo pasa de la violencia á la depresion; falta pan. Santa Aldegonda comprende que va á caer por segunda vez en poder de los españoles, pierde la serenidad como cuando era prisionero de Requesens, reniega otra vez de la causa de su país y procura su salvacion recurriendo á la clemencia del rey. Simple burgomaestre de una ciudad sucumbiente, ofrece á Farnesio capitular por todo el país y entregar toda la Holanda con la ciudad hambrienta. Farnesio lo pone en relaciones con el presidente Richardot.

Richardot, del Franco Condado, es tolerante, inteligente, afable. Comprende la política de Farnesio y quisiera desarmar á los adversarios con la clemencia. Sabe que el convenio será respetado. Pero la defeccion de Santa Aldegonda no es fácil bajo la celosa vigilancia de los ministros reformados. Las primeras negociaciones son del 8 de junio, despues de nueve meses de hostilidades: Santa Aldegonda no puede sustraerse á los que lo espian ni ponerse de acuerdo para una cita secreta sino al cabo de ocho dias; y todavía no halla el medio de evadirse y falta á la entrevista proyectada.—«No veo hacedero ponerme en camino,» escribe. Pero si teme á los tribunos envidiosos, no ménos teme incurrir en el desagrado de Farnesio, y se disculpa y justifica.—Richardot lo tranquiliza.—En pocas palabras, caballero; no tengais cuidado porque S. A. no está descontento de vos: los gobiernos populares están llenos de peligros y sentiria sobremanera que os ocurriera algun azar.

En fin, Santa Aldegonda obtiene permiso para pasar al campo español bajo la tutela de tres delegados del pueblo: deja que los tres delegados asistan á su entrevista con Richardot; pero se guarda de hacerles saber que la misma noche será introducido cerca de Farnesio. Aquí se fia en su elocuencia y repite casi en los mismos términos los sofismas de su primera traicion: no hay salvacion posible para los rebeldes sino en la generosidad de Felipe II, la cual no es dudosa, porque tras la crueldad viene la clemencia, y los excesos de Tiberio hicieron prudente al buen Trajano, tambien español, y luégo á Antonino...

El hambre era el verdadero argumento. Amberes abrió sus puertas. Alejandro hizo su entrada, y una hermosa doncella le presentó las llaves de la ciudad, una de hierro y otra de oro puro, que el vencedor enlazó á su collar, al lado del Toison de oro.

Podia muy bien adornarse con aquel símbolo de una victoria debida á su genio. El correo que llevaba la noticia del suceso despertó á Felipe II. El rey se levantó y llamó á la puerta de su hija:—¡Amberes es nuestra!—le gritó.

II.—Expediciones de Leicester

«Preciso es decidirse inmediatamente: Santa Aldegonda ha prometido someter las provincias á Farnesio» (1). Hé aquí lo que escribia á los ministros de Isabel el agente inglés que les comunicaba la toma de Amberes. Por todas partes daban los protestantes gritos desesperados invocando á la reina de Inglaterra, «la hija única de Dios» (2). Su causa es defendida por los dos hombres de Estado Walsingham y Burleigh.

El enemigo más poderoso de Felipe II no era ciertamente el príncipe de Orange; era Burleigh. Habia nacido el año en que Cárlos V fué elegido emperador, ha de morir el mismo año que Felipe II, y en esta larga carrera, si se mostró servil con todos sus señores y apóstata en todos sus cultos, tuvo á lo ménos el mérito de comprender que la fortuna de Inglaterra estaba ligada al triunfo de la Reforma. Simuló versatilidad para defender mejor sus principios, como igualmente fingió deferencias con todas las manías de su soberana, á fin de retenerla mejor en su política; mostróse flexible en su vida á fin de salvar la rigidez de sus ideas. Como Felipe, era prudente, cauteloso y lento; si se le echaba en cara una falta de buena fe, sabia contestar que su corazon no habia

(1) Gilpin to Walsingham, 23 agosto 1585.
(2) La frase es de Truchsess, el arzobispo desterrado de Colonia.

seguido á su mano. Con esto eligió hábilmente la hora de la toma de Amberes para alarmar el patriotismo de Isabel y le demuestra que salvar los Países Bajos es alejar de Lóndres á Felipe II.

Un cuerpo expedicionario inglés, al mando de sir John Norris, desembarca en Flesinghe; despues la reina dá á los holandeses, no sin dolor, y áun así á fines del año, su favorito Leicester. Con Leicester se embarcan la flor y nata de los cortesanos y todas las fuerzas militares de Inglaterra (1).

Leicester, como Matías y Francisco de Valois, fué recibido con regocijos y banquetes y reinó en medio de una pequeña corte de príncipes destronados: el pretendiente Antonio de Portugal, el elector de Colonia Truchsess, Mauricio de Orange. Tomóle el gusto de tal modo á las costumbres flamencas, que una vez, de sobremesa en Delft, se puso á hablar en alta voz de los derechos de su casa á la corona de Inglaterra. Despues aceptó la soberanía de las Provincias Unidas. «Me han obligado, escribia (2), á tomar la autoridad absoluta, habiéndome puesto en las manos todos los ejércitos y todos los poderes civiles.» A esta noticia la reina Isabel renegó *with great oaths* (3); se exasperó y estuvo entregada muchos dias á su furor. Pero el culpable fué advertido á tiemto y no pensó ya más que en ablandar con sus bajezas á su terrible divinidad. «Davison, el enviado de V. M., le dijo, es quien me ha obligado á aceptar el poder.» Y vuelve á la gracia de la reina, y despues de haberse humillado tanto, tiene el consuelo de recibir cartas en que *la reina de la belleza* le llama *Sweet Robin;* pero está enemistado con Davison á quien ha acusado falsamente; con Norris, á quien deja sin refuerzos en medio de los ejércitos españoles, y sobre todo con los holandeses que le reprochan haber preso algunos miembros del consejo de los Estados que se le dieran por consejeros (4).

Entre tanto, Alejandro Farnesio tomaba á Grave y todas las ciudades del valle del Mosa. Dió luégo descanso á sus soldados llevándolos al electorado de Colonia á saquear algunos pueblos á fin de recompensar su buen comportamiento en Brabante. «No se puede pasar la vida sin comer,» decia (5). Y luégo los trae súbito á las bocas del Issel para socorrer á Zutphen que intentaba cercar Leicester.

Densa niebla envuelve la ciudad y el ejército inglés el 2 de octubre de 1586 á las cinco de la tarde. Llega Farnesio secretamente y manda custodiar el convoy de provisiones á su caballería albanesa al mando del epirota Jorge Crescia. Oyendo las ruedas de los carros, uno de los jefes ingleses, Felipe Sidney, sospecha que un convoy entra en la plaza y se dirige resueltamente al ruido, encontrándose luégo entre el ejército de Farnesio y las tropas de salida que dirige Verdugo, el defensor de Zutphen: allí perdió la vida con quinientos ingleses.

Felipe Sidney era sobrino de Leicester y yerno de Walsingham (6). A juzgar por la seduccion que ejerció sobre sus contemporáneos, habria que creer que estaba dotado de extraordinarios talentos: algunos polacos lo pidieron por rey; pero Isabel se negó á darle autorizacion para presentarse á la dieta. Sus hazañas se limitan á la conquista del castillo de la Perfecta Belleza, en un torneo, y á esta muerte oscura bajo los muros de Zutphen. Tambien ha dejado sonetos que se celebran más que se leen. ¡Curioso destino de un hombre superior que desaparece entre unos cuantos versos y una escaramuza!

Leicester levantó el sitio de Zutphen y se embarcó para Lóndres (7). Farnesio entónces se revuelve contra una invasion de mercenarios alemanes, que acaban de recibir cien mil florines de Isabel. Da cadenas de oro á los jefes é intimida á los soldados lo bastante para decidirlos á retirarse todos sin combatir. Despues de esto cae sobre Esclusa y la cerca (8): es el puerto que con Dunkerque y Amberes ha de encerrar los armamentos contra Inglaterra. Leicester se arranca precipitadamente á los consuelos que le prodigaba su soberana, reune todas las fuerzas inglesas y viene á atacar las líneas españolas delante de Esclusa, pero es batido y se retira á Ostende, miéntras Esclusa capitula (9).

Leicester pasa el resto del año 1587 prepa-

(1) Sobre la composicion de este ejército, Véase Ms. Arch. nac. K. 1564, piezas 19 y 21.

(2) Lodge, *Ilustraciones*, t. II, p. 324, Leicester to Shrewsbury. «They have inforced upon me the absolute government of their countreys as well in civill affairs as in warres, yelding into my hands the whole administration.»

(3) Dudley to Leicester, 11 febr. 1586. Véase Froude y Motley.

(4) Palma Cayet.

(5) Farnesio á Felipe II, 28 febrero 1586.

(6) Y ahijado de Felipe II.

(7) El 24 de nov. 1586.

(8) Esclusa ó Sluys, separado de Cadsand por el rio Hetzwyn, parece haber sido un puerto importante en aquella época: los cambios del litoral han modificado su situacion.

(9) El 5 de agosto de 1587.

rándose para sorprender á Leiden; pero los que entraron en inteligencias con él son ejecutados por justicia. Enemístase luégo con los delegados de los Estados y sale en fin de Holanda odiado de todos sin distincion de nacionalidad y dejando á los jefes de los diversos destacamentos «en vísperas de manejar los puñales unos contra otros» (1).

Alejandro Farnesio acababa de heredar el ducado de Parma por muerte de su padre: Felipe II le manifestaba una confianza bastante excepcional para retirar la guarnicion española que la ciudad de Plasencia habia tenido durante todo el reinado de Octavio Farnesio. Príncipe soberano en Italia y señor absoluto en los Países Bajos, Alejandro Farnesio acababa de darse á conocer como el primer hombre de guerra de su tiempo.

El momento en que un hombre consuma la más señalada de sus hazañas es aquel en que comienzan sus faltas. Despues de los prodigios del sitio de Amberes y de las humillaciones impuestas á Leicester, pareció como que temia Alejandro tentar de nuevo á la fortuna. Puede tambien creerse que los encantos de la hermosa Francelina no fueron extraños á esta apatía.

Francisca de Renty, llamada la hermosa Francelina, se habia casado en 1586 con Juan de Grave, baron de Inchy (2): su marido, su suegro (3), todos sus parientes obtuvieron empleos lucrativos, negocios de víveres, bienes confiscados (4). Pero hay que reconocer tambien que absorbian á Farnesio dos cuidados: las negociaciones con Isabel para simular una amistad que le cerrara los ojos sobre los preparativos de invasion, y el trazado de los caminos y canales que permitian concentrar rápidamente el ejército español hácia los puertos de Esclusa, Amberes y Dunkerque para embarcarlo en una escuadra. En efecto, Felipe II se decidia en aquel momento á ejecutar lo que venia meditando espacio de treinta años, la conquista de Inglaterra.

CAPÍTULO IX

LA ARMADA INVENCIBLE

1586—1588

PROYECTO DE INVASION CONTRA INGLATERRA. — EL MARQUÉS DE SANTA CRUZ. — EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.— PREPARATIVOS EN INGLATERRA.—LA BATALLA DE DIEZ DIAS.— LOS VIENTOS Y LOS MARES.—EL DUELO EN ESPAÑA

I.—Proyecto de invasion contra Inglaterra

Felipe II, el rey prudente, no confiaba el cuidado de vengar sus afrentas ni al duque de Guisa ni áun á Alejandro Farnesio. Tenia en poco verdaderamente á la marina inglesa, que á su parecer (5) no podia armar más de cuarenta navíos, ni sus marineros tenian mucho crédito de valientes por la falsa opinion que suponia haber sido ellos los primeros que huyeron del combate de San Miguel entre las dos escuadras de Santa Cruz y de Strozzi (6). Se ha visto que la escuadra inglesa, al contrario, no habia arribado áun á las Azores el dia de la batalla; pero la idea de que se la habia derrotado inspiraba una presuncion que no desvanecian las hazañas de Hawkins y Drake. ¿Cómo habian de poder luchar contra la primera marina del mundo unos corsarios que saqueaban las ciudades indefensas ó los buques mercantes armados á la ligera? Los vencedores de Lepanto no se dignaban perseguirlos en todos los mares; era mejor exterminarlos en su propia guarida. Pero ya aquí no sentia Felipe II

(1) Palma Cayet. El 14 nov. 1587.

(2) Sobrino del Inchy que fué expulsado de Cambray por Francisco de Valois.

(3) El conde de Beaurieu que entregó la plaza de Breda á Alejandro en 1581.

(4) Las *Memorias de Champagney*, pág. 259, 293 y 294, hacen alusion á la influencia de esta mujer sobre Alejandro Farnesio.

(5) Cabrera, tom. I, p. 225.

(6) Cabrera, t. I, p. 225. «No eran tan bravos que no huyeran los primeros en la batalla que venció el marqués de Santa Cruz.»

tanta confianza. Habia vivido en Inglaterra bastante tiempo para poder apreciar el espíritu patriótico y presentir la obstinada resistencia de la nacion. Comprendió la necesidad de armar con paciencia contra la reina herética todas las fuerzas de la Europa catolica: devoró las afrentas, dejó entrar á saco sus colonias, robar sus galeones, despedir á su embajador, favorecer á los rebeldes de Holanda... sufrió todos los ultrajes con longanimidad.—El papa Sixto V, le escribia Olivares, su embajador en Roma (1), se resiste á creer que no prepareis la guerra, pues se mira aquí la venganza como el primer deber.

«Sin un puerto (en Holanda) no se puede hacer nada,» decia Felipe II (2), y se limitaba á fomentar la turbacion entre los ingleses, alentando los sueños del duque de Guisa y las conspiraciones de Mendoza, y á acumular silenciosamente inmensos armamentos en sus puertos esperando la hora propicia.

Alejandro Farnesio creia, como Felipe II, que bastaba salir de un puerto de la Mancha para desembarcar infaliblemente en Inglaterra. «Nunca, decia el rey (3), nunca la reina pudo armar más de cuarenta navíos; y cuando bien armase doscientos baxeles, son más aptos para el corso que para batalla real... ni tampoco se debia afirmar que sus atrevimientos son particular valor, pues que cuando presentaron la batalla al marqués de Santa Cruz en la isla de San Miguel, los primeros que huyeron fueron los navíos ingleses.» Si pues la reina acepta la lucha en la mar, «se tiene por la parte católica la victoria por segura;» si quiere defenderse á la vez por mar y por tierra, «es la peor resolucion,» como quiera que tendria que dividir sus fuerzas; si espera en tierra firme, «hago tomar el primer puerto que pudiesen y echar el exército en tierra, advirtiendo que siempre habian de yr navíos de Flandes y de España con las cosas necesarias, sin pensamiento que hubiesse que temer de los enemigos despues de rotos.»

He aquí el plan de Farnesio. Pero el detalle en que más insiste es el que parece no haber comprendido Felipe II: repite sin embargo muchas veces Farnesio que el primer acto es desembarazar la mar, porque es el medio de asegurar la victoria al ejército de tierra. Aquí comienza ya el error: Farnesio no tiene la pretension de afrontar los navíos, áun tenidos en poco, de Drake y Hawkins con sus barcos chatos de los canales interiores de Holanda: que se despeje la Mancha y pasará. Pero no se encarga de asegurar la libertad de la mar. Una escuadra preparada en España debe ante todo procurar la seguridad en la Mancha y sus trasportes desembarcarán en seguida el ejército, los cañones y los víveres en la costa inglesa. Fué la idea de Napoleon en el campo de Boloña: tenia buques para embarcar el grande ejército, pero la marina de guerra debia ántes asegurar el paso. Felipe II comprende que Farnesio podria con sus solos recursos operar una invasion en Inglaterra: está engañado en cuanto á la poca valía que concede al poder naval de Isabel; entiende que su escuadra de España será un refuerzo, miéntras segun Farnesio, debe ser el primer cuerpo de ataque, el que abra el camino.

Este error se explica. El designio de Farnesio hubo de embrollarse en el espíritu del rey con la masa de discusiones, memorias, contraproyectos en que fué envuelto. No se contenta Felipe con los consejos ó dictámenes de la Junta de noche; tambien interroga á Don Juan de Zúñiga que quiere casar al archiduque Alberto, cardenal y todo, con la reina Isabel (4); pide notas á Don Hernando de Toledo, el bastardo del duque de Alba (5), hombre algo sujeto á la cólera, grave, justo (6), que ha reemplazado á Requesens como comendador mayor de Castilla, pero que tiene tambien sus planes propios y recomienda la desconfianza respecto de Farnesio: Farnesio es un príncipe soberano y acaso pretenda ser rey de Inglaterra. Del Padre Santo hay que desconfiar tambien. «Al papa sacar promesa de ayuda sin declararle el tiempo por respeto del secreto, y porque quizá así prometerá más pensando que no ha de haber efecto.» Sixto V, sin embargo, no es aliado de desdeñar. Se sabe que no pára de acumular monedas de oro en el castillo de

(1) 9 de setiembre 1586. «No creerlo en ninguna manera por la veneracion en que acá es tenida la venganza.»

(2) A Alejandro Farnesio, 29 diciembre 1585.

(3) El texto es citado por Herrera, t. III, p. 65. «Los primeros que huyeron fueron los navíos ingleses.» Creo que Cabrera ha copiado aquí simplemente á Herrera. La segunda parte de la historia de Cabrera no es más que una compilacion. A veces introduce en su narracion frases tomadas de antiguos autores que no tienen relacion ninguna con el asunto. Así, hablando Cabrera (tom. III, pág. 15) de los hombres que el marqués reclutó en los muelles de Sevilla para la segunda expedicion á las Azores, los califica así: «Viciosos, corrilleros, pendencieros, tahures, que hacen de las mujeres mundanas ganancia particular y se mueven por el humo de las viandas,» copiando esta frase de un manuscrito de Mendoza sobre la *Guerra de Granada*, donde se aplicaba á los voluntarios de Sevilla en la guerra contra los moriscos.

(4) Gachard, *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, p. 79.

(5) Herrera. t. III, p. 61.

(6) Cabrera, t. III, p. 247.

San Angelo (1). Si cuenta con este tesoro para emancipar á Italia, una prudente política exige que se confisque esta fuerza en provecho de la expedicion contra los protestantes ingleses. Pero el papa no dará su oro, si no se le comunican los proyectos, y apénas los conoce «cuando el gusto que mostraba se le ha resfriado con el dolor del dinero» (2). Dar un millon que se le pide «seria un mónstruo de natura» (3). En vano se renuevan las instancias (4): su mal humor aumenta la turbacion en el ánimo de Felipe II. «S. S. estuvo muy irritado «colericísimo en la mensa, tratando mal de palabras á los que le servian y meneando con gran furia los platos» (5).

Y así las incertidumbres, las inquietudes, las sospechas desvian la atencion del rey, hacen olvidar las condiciones puestas por Farnesio (6) y destierran tan vivamente los hábitos de contemporizacion que de repente, al saber Felipe la toma de Esclusa, escribe á Farnesio con una especie de fiebre (7): «Aunque no dexo de ver lo que se aventura en navegar con gruesa armada en invierno, y por esse canal, sin tener puerto cierto, ya el tiempo plazerá á Dios, cuya es la causa, darle bueno... No demoreis (8). Ved si hubiese de caer todo en vacío ¿qué es que quedaríamos? Viendo buena ocasion (9) procurais de no perdella, aunque no haya llegado la armada.»

No debe darse exagerada importancia á este primer error ó mala inteligencia. Bien que al parecer creyera inútil la escuadra de España; bien que en diciembre se imaginara que Farnesio debia estar en marcha hácia Lóndres (10), Felipe II no cesó un instante de acumular los preparativos. Pero este mismo cuidado de prevenir todas las eventualidades, obliga á investigar las menores faltas en una empresa tan admirablemente combinada. La idea aceptada desde el principio como incontestable de que, ántes de toda tentativa, se debia tener un puerto en Holanda, debió de contribuir á engañar á Felipe sobre el papel de Farnesio. En vez de hacer salir la armada de España en la primavera de 1587, se esperó á la toma de Esclusa, con lo que se perdió un año. Si en vez de pasar el verano en las dunas y en los pantanos de Esclusa, se hubiera concentrado el ejército de Farnesio en Dunkerque ó en Amberes, hubiera podido embarcarse aquel mismo verano, luégo que hubiera sabido que la escuadra de España ocupaba la Mancha. Era la idea más sencilla; pero Felipe preferia siempre las combinaciones complicadas: creyó prudente ocultar sus proyectos y comprar el misterio con la pérdida de un año; se imaginó que Isabel sospecharia el amago, si los soldados de Farnesio se agrupaban al rededor de los barcos chatos en Dunkerque ó en Amberes, y que al contrario supondria ingenuamente que en Esclusa se tenia únicamente la intencion de acabar la conquista de Holanda. Para engañarla con más seguridad, hasta ingenió Felipe enlazarla á una red de fraudes diplomáticos: algunos genoveses circularon entre Lóndres y Bruselas (11), é hicieron cundir el rumor de matrimonios respecto de Isabel, y de alianzas indisolubles. Farnesio, que conocia la avaricia de la reina, sabia aconsejarle por medio de estos genoveses que no se arruinara en armamentos inútiles, y obsequiaba grandemente á los que Isabel le enviaba; por señas, escribe uno de ellos (12), que estando á la mesa en casa de Champagney quise corresponder de muy buen grado á un lisonjero brindis que echó á la salud de la reina, y el dia siguiente estuve muy malo de la cabeza.»

(1) Herrera, t. III, p. 164.
(2) Olivares á Felipe II, Roma 24 de enero.
(3) *Ibid.* del 2 de marzo.
(4) Ms. Bibl. nac. fond. español. 185, fol. 170.
(5) Carta de Olivares del 30 de junio.
(6) Las notas de Farnesio se dan tambien extractadas por Motley, *the United Netherland*, y por Hosack, *Mary queen of Scots*, tom. II, pág. 331.
(7) Carta del 4 de set. de 1587.
(8) *Ibid.*
(9) Carta del 14 de noviembre 1587.
(10) Carta del 11 de diciembre 1587.

II.—El Marqués de Santa Cruz.

El único hombre que parece haber comprendido á Farnesio es Santa Cruz.

Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, era capitan general de las escuadras de España en el Océano: sus hazañas contra los moros de la costa de Africa, la inspiracion que le hizo allegar la reserva en el momento decisivo de la batalla de Lepanto, y sobre todo su victoria sobre Strozzi, lo hacian considerar como el primer hombre de mar de la época. Altivo y cruel, mandaba degollar á sangre fria á los prisioneros y llevar á las cautivas, como un argelino, á los mercados.—Traigo cuarenta y cuatro hermosas esclavas, escribia de vuelta de las

(11) Grafigna y Pallavicini eran genoveses; el otro agente, Andrés de Loo, debia de ser flamenco, pero escribia en italiano.
(12) De Loo á Cecil, Rec. of. 26 setiembre 1587. «A tal segno che tenendoci il Sr. de Champagney a cena, con farli raggione di buon cuore d'un gran brindisi che fece alla sanità di sua Sacra Maestà, mi dolse la matina seguente bravamente la testa.»

Azores (1), y voy á ponerlas en venta. Tenia el alma de los bárbaros conquistadores de América, alma de otro siglo, llena de desprecio para con los cortesanos, desviada de los mezquinos espíritus que rodeaban al rey. Su gloria, que habia embriagado un momento el patriotismo, no avivaba ya más que la envidia: ante el rudo marino, los secretarios de los consejos, los redactores de protocolos, los empleados todos sentian su inferioridad, sembraban las sospechas, suscitaban las dificultades. En la cábala figuraban con los secretarios Andrés de Prada y Andrés de Alba, con Rodrigo Vazquez de Arce, Don Pedro de Velasco, capitan de guardias (2), Don Alonso de Leiva y el conde de Fuentes (3), y creian agradar al amo empequeñeciendo al hombre que sobrevivia solo al rebajamiento de los caractéres. Modificaban sus instrucciones, lo rodeaban de pícaros que lo defraudaban en la cantidad de pólvora que ponian á bordo y le daban por buenas, provisiones averiadas (4).

Entre tanto, Italia entera es puesta á contribucion: el conde de Miranda, virey de Nápoles, el conde de Alba, virey de Sicilia, el duque de Terranova, gobernador de Milan, dirigen á los puertos de España toda su infantería, municiones, navíos, armas, galleta (5).

Los españoles son los hijos legítimos de la gran marina de vela: sus términos náuticos se han impuesto á nuestros marineros: amainar, largar, cargar, estivar, aparejar, tomar rizos, gabiero, castillo de popa, son palabras españolas. La confianza en el genio del almirante, el honor de restablecer la fé católica entre los herejes, la embriaguez de una empresa grandiosa habrian suscitado el entusiasmo nacional, si Felipe II no hubiera roto ya todos los resortes: la gloriosa marina de los conquistadores del nuevo mundo va á sufrir un ultraje que puede hacer apreciar la profundidad á que se habia ya bajado en esta decadencia.

A las seis de la tarde del 29 de abril de 1587, frente á la rada de Cádiz cuajada de galeras, de barcos de vela, de cañones y soldados, aparecen veintiocho buques sin bandera. El temerario que va á arrostrar así á Felipe II en lo más recio de sus armamentos es Francisco Drake. Entra á velas desplegadas y ancla en el Puntal. Las mujeres huyen del teatro, donde se representaba una comedia, se precipitan á la ciudadela, bajo cuya bóveda perecen sofocadas quince de ellas (6). Bajo el fuego de los cañones de las galeras y los fuertes, queman los ingleses ó echan á pique treinta navíos, desfondan los toneles de vino acumulados en el muelle, incendian los haces de forraje, los trigos, la galleta, los frutos secos... «La artillería de los españoles, decian los piratas (7), nos molestaba un poco, pero no dejaba de ser un gracioso espectáculo para nosotros.» En dos noches destruye Drake más de diez mil toneladas de mercancías, abastece su flota, carga sus prisioneros y desaparece.

Muéstrase osadamente cerca de Lisboa, quema cien navíos en el Tajo y se desvanece de nuevo. Se desembaraza de los prisioneros hechos en Cádiz entregándolos á los marroquíes (8), despues hace rumbo hácia las Azores y «cosa asombrosa, apresa el galeon *San Felipe* que venia de las Indias con grande y rico cargamento y lo remolca á Inglaterra» (9). La venta de las mercancías del *San Felipe* produce cincuenta mil libras esterlinas para la reina y seis mil para Drake (10) «y creo, escribe el embajador francés (11), que el navío vale tres ó cuatrocientos mil escudos más de lo que dicen, porque las cosas secretas como la pedrería, que no está registrada por no pagar los derechos, montan siempre mucho.»

Para perseguir al inglés se necesita permiso del rey: pedirlo, esperar que se discuta, redacte, corrija y libre, es perder dos meses y medio. Hasta el 16 de julio, quince dias despues del regreso de Drake á Lóndres, no puede hacerse á la vela Santa Cruz para darle caza. Su escuadra recorre los mares, es batida por las tempestades y vuelve en fin á Lisboa. Toma á bordo las tropas que ha de conducir á Inglaterra, espera órdenes y agota los víveres. Los soldados se aburren, riñen con los marineros, son atacados del escorbuto. Muy luégo es pre-

(1) *Doc. inéd.* tom. LI, pág. 315.
(2) Herrera, t. III, p. 93.
(3) Cabrera, t. III, pág. 261.
(4) Herrera, t. III, p. 164. Tales fueron los escándalos, que se mandó á Don Diego de Armenteros del Consejo de Indias hacer una informacion para que «los culpados no quedasen sin castigo.»
(5) *Ibid.* tom. III, pág. 69.
(6) Cabrera, t. III, p. 247; Herrera, t. III, p. 67.
(7) Hakluyt, tom. II, 2.ª parte, pág. 21. «Was a pleasant sight for us to beholde.»
(8) Motley, t. II, p. 283. Probablemente los cangeó con cautivos ingleses.
(9) Cabrera.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 121. Bernardino de Mendoza al rey, 28 nov. 1587. «La venta del navío de espezería de la India que tomó Drake se avia concluydo en 50 M. libras esterlinas para la Reyna, y 6 M. para el almirante...» Véase tambien una memoria en latin, *ibid.* K. 1564, pieza 135.
(11) Longlée á Villeroy, 28 julio 1587, Ms. Bibl. nac. franc. 16110, pág. 81.

ciso desembarcar la infantería para que se refresque un poco (1), pero ya las compañías estaban muy mermadas (2). Felipe II comienza á extraviarse al través de las ruedas, cuyo complicado movimiento ha imaginado, y pierde la paciencia. ¿Por qué no está ya Farnesio en Inglaterra?

—No tengo dinero para pagar á mis tropas, contesta Farnesio; el poco que me llega de España sufre el quebranto de diez y seis por ciento; mis *pleytas* ó trasportes están bloqueados en la Esclusa ó en el Sas de Gante por ciento cuarenta barcos de Zelanda; mis soldados sucumben de enfermedades en medio de las dunas. Siempre ha estado convenido que yo esperaria al marqués de Santa Cruz: si me dais hoy (3) la órden de pasar sin él el estrecho, ni el cuidado de mi honor, ni el deber de no arriesgar mi ejército me impedirán obedecer; pero aguardo una órden formal. Creo que la escuadra del marqués es necesaria y que debe venir íntegra.

En efecto, ¿qué espera Santa Cruz? preguntan sus enemigos. Sabe que Velasco, el capitan de guardias, acaba de ingresar en el consejo de la guerra (4) para hacer constar su impotencia enfrente de Drake, la mortalidad en sus navíos, su inaccion. Esta minado por el trabajo, por los cuidados, por las acusaciones; inflámase su sangre y la fiebre lo consume (5). Muere en Lisboa (6) «de calentura continua, de cuya pérdida no pueden ménos de sufrir perjuicio el ejército de mar y algun retraso los designios del rey, como quiera que no se encuentran por acá hombres para el cargo que él desempeñaba; fuera de que estaba acreditado entre la gente de guerra y de mar por su fortuna, larga experiencia y valor.»

III.—El duque de Medina Sidonia

En la hora de tan formidable crísis, dejó pasar Felipe II más de cinco semanas ántes de elegir el almirante que debia reemplazar á Santa Cruz. Por fin nombró al duque de Medina Sidonia (7).

El nuevo capitan general del mar Océano, Don Alonso Perez de Guzman el Bueno, sétimo duque de Medina Sidonia, tenia treinta y ocho años (8). Habia sido gobernador general del Milanesado, y despues de Andalucía. Era hombre exacto, hecho al rigor de la etiqueta, intimidado por la desgracia de su suegra la princesa de Eboli (9). Era un administrador bastante bueno para haber merecido en otro tiempo los plácemes del cardenal Granvela (10). Las instrucciones de que fué provisto cuando recibió el mando de la armada (11) eran estrictas, dictaban reglas de conducta para todos los casos previstos y no le permitian ninguna iniciativa. Le recomendaban repartir equitativamente las presas (12) y añadian (13): «Especialmente habeis de tener mucha cuenta con que si alguno se apartare de lo que tiene mandada la Santa Madre Iglesia ó incurriese en pecado nefando, sea grave y ejemplarmente castigado, y que en ninguna manera renieguen ni blasfeman, que es cosa de que Dios Nuestro Señor es tan ofendido. Las mismas instrucciones se dan á todos los capitanes de navío, pero vos habreis de encomendarlo más en carta, como de cosa tan importante al servicio de Dios Nuestro Señor.»

Hácia la misma época (14) cuatro ó cinco fragatas que se habian enviado de Lóndres á vigilar las costas de Portugal y España, vuelven á Inglaterra y dan por cierto que la armada española es una de las mayores que el rey y su padre Cárlos V juntaron nunca, estando ya lista para hacerse á la mar.

La armada de Felipe constaba al principio de la primavera de ciento veinticinco navíos de guerra, divididos en diez escuadras, á saber:

La de Portugal, almirante, duque de Medina Sidonia, 10 galeones, 2 zabras ó corvetas, 1,300 marinos, 3,300 soldados, 300 cañones;

La de Castilla, almirante, Don Diego Flores de Valdés, 14 galeones, 2 pataches, 1,700 marinos, 2,400 soldados, 380 cañones;

La de Andalucía, almirante, Don Pedro de

(1) Longlée á Enrique III, Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 87, del 25 dic. 1587.
(2) *Ibid.* fol 89, del 10 de enero 1588.
(3) Carta del 31 de enero de 1588.
(4) Herrera, tom. III, pág. 93.
(5) Herrera, t. III, p. 93. «Le davan moyno y podrido de tanta pena.» Leo *moyno* por mohino, que en el juego se llama aquel contra quien van los demás que juegan. Véase tambien Cabrera, t. III, pág. 261. «Apretado con el trabajo y cargos injustos.»
(6) Longlée á Enrique III, Ms. Bibl. nac. franc. 16110, fol. 93, del 13 febrero 1588.
(7) *Doc. inéd.* tom. XXVIII, pág. 378. El nombramiento tiene la fecha del 21 de marzo de 1588; el marqués de Santa Cruz murió el 9 de febrero.
(8) Nació en 1550, se casó en 1574 con Ana de Silva y Mendoza, hija del príncipe de Eboli, muere en 1615.
(9) M. Froude padece error, cuando atribuye la eleccion del duque á la influencia de la princesa, que estaba presa hacia muchos años.
(10) *Doc. inéd.* tom. XXVIII. El cardenal Granvela al duque, 4 oct. 1580. En el momento de partir para Milan lo autoriza á llevar consigo á la duquesa. «La tierra es tal, aunque fria en el invierno, que tengo esperanza que á ambos parecerá muy linda y de mucho gusto.»
(11) *Doc. inéd.* tom. XXIV, pág. 554.
(12) *Ibid.* t. XXVIII, p. 388.
(13) *Ibid.* p. 384.
(14) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 62, del 28 marzo 1588.

Valdés, 10 galeones, 800 marinos, 2,400 soldados, 280 cañones.

La de Vizcaya, almirante, Don Juan Martinez de Recalde, 10 galeones, 4 pataches, 700 marinos, 2,000 soldados, 350 cañones.

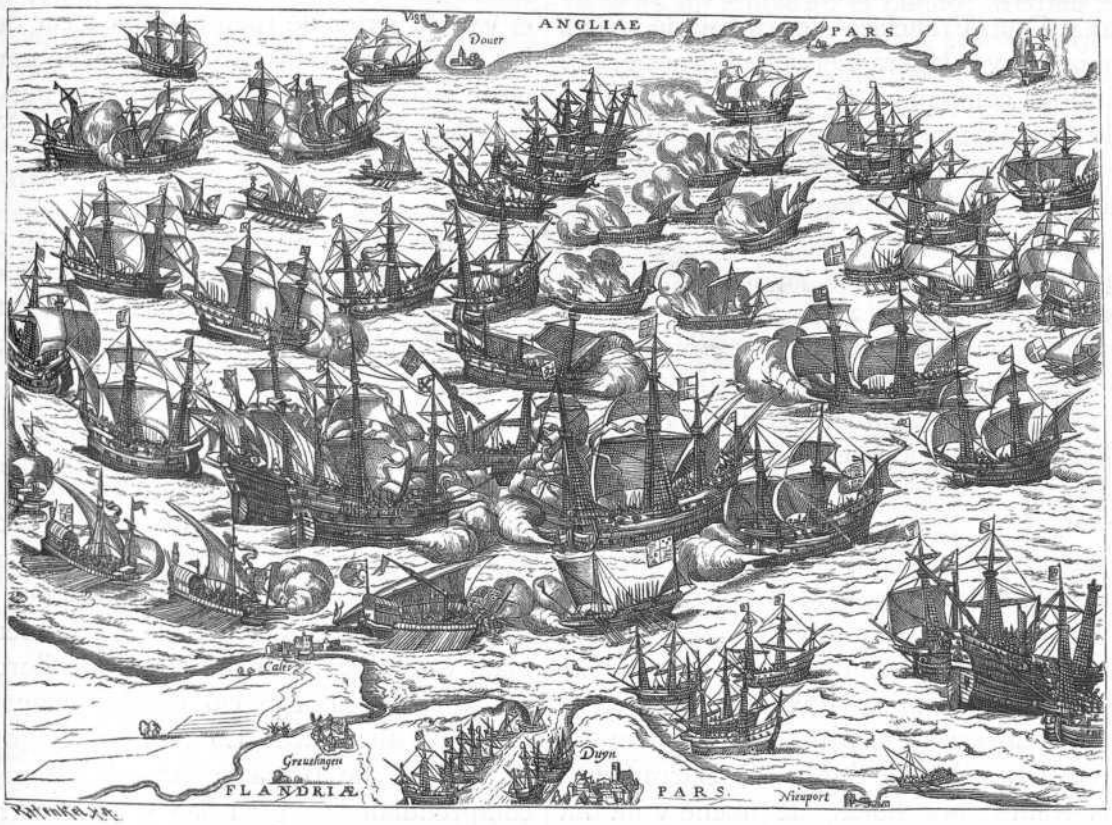
La de Guipúzcoa, almirante, Don Miguel de Oquendo, 10 galeones, 2 pataches, 2 pinazas, 700 marinos, 2,000 soldados, 310 cañones.

La de Italia, almirante, Don Martin de Bertandona, 10 navíos, 800 marinos, 2,000 soldados, 310 cañones;

La escuadra de 23 urcas de Don Juan Gomez de Medina, 700 marinos, 3,200 soldados, 400 cañones;

La escuadra de 22 pataches, carabelas y corbetas de Don Antonio Hurtado de Mendoza, 570 marinos, 480 soldados, 193 cañones;

La escuadra de 4 galeazas de Don Hugo de



La Armada invencible. (Copia de un grabado en cobre de F. Hogenberg)

Moncada, 1,660 marinos, 870 soldados, 200 cañones;

La escuadra de 4 galeras de Don Diego de Medrano, 1,200 marinos, 20 cañones (1).

Más de la mitad de estas embarcaciones eran comparables por sus dimensiones á nuestras fragatas de vela (2). Sus cascos estaban revestidos de corazas de madera por encima de la línea de flotacion. Las dos mil seiscientas cuarenta piezas de artillería debian estar provistas de ciento veinticuatro mil cargas ó cartuchos; pero puede creerse que la defraudacion se comeria parte de las municiones de guerra, como se comia las de boca. Las tropas de desembarco iban á las órdenes de Don Diego de Bobadilla y comprendian los tercios de:

Sicilia, coronel, Don Diego Pimentel;

Nápoles, coronel, Don Alonso de Luzon;

Indias, coronel, Don Nicolás de la Isla;

Entre Duero y Miño, coronel Don Francisco de Toledo;

Andalucía, coronel Don Agustin Mexía;

Portugal, coronel, Don Gaspar de Sousa;

Y las compañías francas de Castilla la Vieja.

Estos tercios constituian en concepto de Farnesio el *nervio principal* de la expedicion (3).

Farnesio, que habia recibido la órden de estar preparado para efectuar la reunion de fuer-

(1) Véase Herrera, t. III, y Hakluyt, *the Principal Navigations*, London, 1599, t. I, p. 591. Obsérvase que cada una de las cuatro galeazas de Hugo de Moncada lleva 415 remeros, 220 soldados y 50 cañones: no es este el lugar de suscitar el problema del trireme, pero puede notarse que estas galeazas, si bien maniobraban pesadamente, resistian muy bien la mar, pues una de ellas, la *Zúñiga*, hubo de llegar al Havre, despues de 60 dias de navegacion en el Océano, al remo, sin contar cincuenta dias de combates y tempestades.

(2) Jurien de La Gravière, los *Marinos de los siglos* XVI y XVII, t. I, p. 132.

(3) Carta del 20 de marzo 1588.

zas en el mes de enero, veia con despecho consumirse en la inaccion su ejército. Estaba bloqueado por los holandeses, pero habia hecho canales para que cruzaran el país una especie de navíos de fondo plano, llamados *pleytas* ó balandras para reunirse con la armada naval (1). Esta flotilla de pleitas estaba mandada por el marqués de Renty, los siete mil españoles de Farnesio por Don Diego de Zúñiga, Don Cristóbal de Mondragon, Don Juan de Aguilar y Don Francisco de Bobadilla. Ellos componian la verdadera fuerza de Farnesio, con las veintidos compañías de caballería del marqués de Pescara; pero tenia además veinte mil alemanes y tambien los del Franco Condado del marqués de Varambon, los irlandeses de Stanley, y los famosos italianos de Spínola y de Capizucca, que tan bien se habian portado en el sitio de Amberes (2).

Imposible moverse de Flandes, miéntras el duque de Medina-Sidonia no sea «dueño de la mar (3).» ¿Cuando aparecerá? Farnesio envia á Lisboa al capitan Morosino para acelerar la partida.

Por fin, el 30 de mayo de 1588, la gran armada sale de Lisboa y se hace mar adentro (4). No sin emocion se sabe esta noticia en el Escorial. «Hácense procesiones cada dia en esta casa y rogativas. El 4 de junio, despues de maitines, hubo disciplina conventual en el coro por el buen suceso de la armada; y en este dia se comenzó á velar el Santísimo Sacramento por dos frailes, por horas, de noche y de dia por todos los frailes de la casa. El 26 de junio á las siete horas de la tarde, vino una solemne procesion en que venian ciento veinte disciplinantes. Estuvo el rey y el príncipe Don Felipe y la Señora Infanta doña Isabel en una ventana á ver la procesion (5).» Sábese el dia siguiente que la armada está aún en los puertos españoles. Habíala sorprendido una tempestad al salir de Lisboa, y no atreviéndose á continuar su rumbo hácia Inglaterra, so pena de perder algunos navíos, el duque de Medina-Sidonia habia hecho la señal de buscar abrigo en el Ferrol. Y hé aquí desorganizadas las escuadras, desembarcadas las tropas y en pugna las tripulaciones españolas, portuguesas é italianas. El tiempo pasa y Alejandro Farnesio tiene noticia de este desórden: sabe que la armada hubiera podido fácilmente continuar su rumbo, á pesar del mal tiempo, como quiera que una division de la escuadra de las urcas, que no comprendió las señales de la almiranta, llegó bien á las islas Sorlingas, segun las órdenes primitivas, volviendo sin graves averías á la Coruña. Si, pues, no se ha partido, es porque no se ha querido partir: Farnesio así lo cree... no habrá, por consiguiente, expedicion este año. Por otra parte, con la lentitud conocida, se dejará pasar el verano ántes de reunir y abastecer de nuevo los dispersos navíos. ¿No hay razon para suponerlo cuando se viene prometiendo por espacio de dos años esa armada invisible? Farnesio pierde la paciencia y renuncia á la expedicion.

Sin embargo, al cabo de un mes, se reune la armada en el Ferrol, y parte de nuevo el 22 de julio. Dentro de algunos dias las dos terceras partes de los hombres que lleva habrán desaparecido.

IV.—Preparativos en Inglaterra

Los regimientos ingleses estaban en Holanda y la reina Isabel no tenia ni ejército, ni armada, ni aliados. Su favorito Leicester acababa de perder todo su prestigio, despues de sus torpezas y malversaciones en el continente: habíalo visto á sus piés, tan abatido y lloroso, que desde luégo lo dispensó de dar cuenta de los caudales distraidos. Lo nombró luégo jefe de las fuerzas de tierra; pero estas fuerzas sólo comprendian sus guardias y las guarniciones de las fronteras de Escocia, y su marina real apénas llegaba á una docena de barcos mal armados. La reina veia con inquietud á Irlanda dispuesta á sublevarse y á Escocia dividida entre un rey, cuya madre acababa ella de matar, y una turba de puritanos que la consideraban como una nueva Jezabel con sus obispos y su liturgia: con esto pidió auxilio al Sultan. «El español y el impostor de Roma, le decia (6), deben ser castigados como idólatras con la proteccion del Dios que nosotros dos adoramos.»

Pero sobre todo se aferró hasta la última hora á esperanzas de paz, y á mediados de julio envió otra vez sus genoveses á Farnesio. No podia resignarse á vaciar las arcas que con tanta fruicion habia llenado y rompia en arrebatos de furor cuando se le hablaba de compras de armas ó de víveres.—No será su dinero, no

(1) Le Petit, t. II, p. 550.
(2) Don Cárlos Coloma, la *Guerra de los Estados Bajos*.
(3) *Ibid.* p. 7.
(4) *Doc. inéd.* t. VII, p. 429.
(5) *Ibid.*

(6) Julian Klaczko, *Revista de Ambos Mundos*, del 15 de octubre de 1878, segun documentos alemanes.

serán sus joyas lo que nos salvará, exclamaban con despecho los marinos. Hasta se negó á que se reparara su navío *Elizabeth Jonas*.—¡Que lo quemen, pues! dijo el lord almirante (1). Cuando, en fin, cede los barcos y deja llamar á las tripulaciones, tiene muy buen cuidado de exigir economías en la manutencion de los hombres, haciendo que se supla la carne y cerveza que se daba á los marineros con pescado y aceite, como en las galeras españolas. Pero no consiente en comprar pólvora. La única medida que no la embaraza es la prision de los católicos y se tiene la seguridad de complacerla denunciando á un papista. «He preso á mi abuela Lady Constancia Foljamb, escribe un cortesano (2), y la tengo encerrada bajo mi guarda.» La Torre está llena de sospechosos condenados á permanecer en ella «todo el tiempo que sea del agrado de la reina.»

Pero los ingleses no son de una raza que se sacrifique á las manías é incapacidad de un soberano: déjanse arrastrar, á la nueva de un peligro, por el soplo del patriotismo, arman de cañones sus barcos de comercio, ponen en comun sus armas y dinero, improvisan una armada nacional. La city de Lóndres convierte á su costa treinta barcos mercantes en buques de guerra. La aristocracia inglesa, que defendió siempre los derechos del país, se esparce por los puertos, compra embarcaciones, trae de Holanda cañones y pólvora, funda el primero de los periódicos, *The English Mercury*, para sostener el entusiasmo popular (3), persuade al rey de Escocia de estar igualmente amenazado y reservado por Felipe II «como Ulises por el cíclope, para ser devorado el último.»

Este contraste entre la apatía del gobierno y el entusiasmo de la nacion pudo engañar á los españoles sobre la resistencia que encontrarian. Su servicio de espionaje era tan complicado y costoso como en Francia; pero cometieron la falta de utilizar, sobre todo, á los jesuitas ingleses ó á los seminaristas de Reims que acogian las noticias más necias con la ingenuidad del emigrado ó del recluso. Lo que estos buenos clérigos juzgaban á propósito dar á conocer á Felipe II, en medio de aquel ruido de armas, era que en las ventanas de la cámara de la reina se habia encontrado gran número de piojos... que treinta grandes peces, llamados vulgarmente puercos de mar, habian subido del rio hasta la misma puerta de la reina (4). En medio de sus indicaciones uniformemente favorables, no pueden discernirse en España las que son exactas. ¿Debe creerse que el pueblo inglés desea la paz, y que los que se arman están á lo ménos tan dispuestos como los españoles á saquear á Lóndres (5)? ¿O bien que falta pólvora en todos los puertos? Este último dato es sin embargo el bueno. Medina Sidonia no tendria nada que temer, si estuviera seguro de ello. Mas para cerciorarse de estas noticias de los católicos proscritos, no posee Felipe más que las cartas de Paris. En Paris sostiene con el seudónimo de *Julio* á un inglés, que ve diariamente á lord Stafford, embajador de Isabel, que recibe de Isabel un sueldo considerable, y está al corriente de todos los secretos de Inglaterra. Este hombre es enemigo de Walsingham y se queja de no recibir sus honorarios, lo que le basta para venderse á Felipe (6). Fué sobre todo utilizado para obtener los secretos que Enrique III comunicaba sin desconfianza á un agente inglés (7); y no prestó servicios contra su país hasta el año siguiente.

Pero áun cuando Felipe II hubiera tenido corresponsales más útiles, habria comprendido difícilmente aquel movimiento espontáneo, fogoso, que trasformaba en barcos de guerra todas las embarcaciones del país y los dotaba de capitanes habilísimos, de artilleros diabóli-

(1) «Either she is fit now to serve or fit for the fire.»

(2) Lodge, *Ilustraciones*, t. II, p. 375. Sir Godefrey Foljamb to the earl of Shrewsbury, 26 febr. 1588.

(3) Sólo se conoce el número 50 del 23 de julio (2 ag.) 1588.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 66 del 1.° de abril 1588.

(5) *Ibid.* pieza 58, del 21 marzo 1588. «El pueblo desea grandemente la paz... una infinidad de compañeros que no desean ménos el saco de Lóndres que los españoles.»

(6) Este inglés debia ser un diplomático importante, puesto que tenia conversaciones con el rey de Francia fuera de la presencia de lord Stafford y un sueldo bastante crecido. (Se queja de que se le debian 2,500 escudos de paga y recibe 1,000 de Mendoza. Ms. Arch. nac. K. 1567, pág. 71, Mendoza al rey, del 5 abril 1588, y pag. 99 del 26 de junio 1588. Véase tambien *ibid.* p. 100). No era ciertamente Antony Poyns, señalado por Mendoza á Felipe II (el 6 de marzo 1586, Ms. Arch. nac. K. 1564, p. 57) como un gran señor que habia combatido en los Países Bajos á las órdenes de Julian Romero, primero, y á las órdenes de Leicester despues, y solicita servir á Felipe II, si se le da algun cargo en Flandes. No es Richard Burleigh que residia en el Havre y daba por dinero noticias de los ingleses á los españoles (Ms. Arch. nac. K. 1575). ¿Seria William Waad que se hallaba en Francia en 1587? Estaba en Viena en 1583, vino á ser á su regreso secretario del Consejo y parece haber conservado este puesto hasta 1605, época en que fué nombrado teniente de la Torre. Se le da por ausente de Lóndres, de muchos meses atrás, en abril de 1587, por Cárlos Merbury en carta conservada en el *Record office;* pero probablemente no estaba ya en Francia en 1588. A instancia mia, Mr. Alfredo Kingston me ha hecho el favor de buscar indicaciones en los Archivos del *Record office*, y me indica una carta de lord Stafford, abril 1587, en que habla de un tal Gratley que podria hacerle grandes servicios sonsacando noticias de la embajada de España. «*To get things out.*» Me comunica igualmente una carta de lord Stafford excusándose con Cecil de conservar consigo en Paris, á pesar de su prohibicion (20 de enero de 1585) á un tal Lilly, sospechoso al gabinete inglés. Lilly permaneció con lord Stafford á lo ménos hasta julio de 1589.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 71.

cos, de marineros que no tomaban reposo ni alimento. Cuando fué á Inglaterra Felipe II á casarse con María Tudor, habia encontrado un pueblo ménos adelantado que España en civilizacion: la distancia era grande. Pero han pasado treinta años y se han invertido los papeles. En este momento Inglaterra es la más viva y vibrante. Así, miéntras leyendo los nombres de los almirantes españoles no se ven más que hombres rígidos, silenciosos, sujetos á una fórmula hierática, se encuentran, al contrario, entre los jefes ingleses semblantes muy distintos, caractéres netamente cortados.

Cárlos Howard era el *lord high admiral*. Habia sucedido á su padre tres años ántes en este cargo, sin haber mandado un barco en su vida. Su notable belleza, su flexibilidad de cortesano y sus lazos de parentesco con la reina eran sus únicos títulos. Pero su vigor corporal lo hacian simpático entre los marineros. Tomaba parte en todas las maniobras con ocurrencias jocosas, levantaba un ancla con sus propias manos, y aseguró su influencia tomando por vicealmirantes al viejo Hawkins y á Drake, los dos héroes de las leyendas del Nuevo Mundo.

Entre los voluntarios que acudieron con sus navíos, habia marinos tan audaces como Hawkins y Drake y eran Frobisher, Raleigh, Cumberland.

Martin Frobisher, tan robusto como el lord almirante, era un sabio modesto; y no dejó de pensar en los grandes problemas del polo norte, sino para acudir en defensa de su patria.

Walter Raleigh estaba dotado de cualidades extraordinarias: empeñado casi desde su niñez en las guerras de Holanda, se encuentra por el solo instinto hecho todo un cortesano y un poeta galante. El fué quien pareciendo por la primera vez delante de Isabel, tira su capa sobre el lodo, que la reina vacilaba en pasar para descender á su esquife. Arrastrado muy luégo á las frivolidades de la corte, viene á ser el primer marino y el primer sabio de la época: conquista inmensas provincias en América, á cuyo territorio llama Virginia con alusion á su reina, siempre vírgen; trae el tabaco y la patata (1) y está destinado á ser el mayor azote de las colonias españolas.

Cumberland descendia de Guillermo el Conquistador. Su familia habia sido proscrita en las guerras de las Dos Rosas; y estaba él olvidado, cuando se presentó en un torneo y pareció tan bien, que arrodillado ante la reina que pedia su nombre, vió deslizarse al suelo uno de sus guantes, que él recogió y llevó toda su vida en el sombrero.

Igual era la fortuna del conde de Oxford, sir Cárlos Blount. Descendia de un conquistador normando, llamado La Blonde; pero su familia se habia arruinado en las guerras civiles. Presentóse á los veinte años en el palacio de Whitehall, estando la reina á la mesa y fué mirado, retenido, pensionado. Ahora se improvisa marino: con él parte Roberto Cecil, hijo del primer ministro. Roberto es delicado, enfermizo; sin embargo, abandona su gabinete de trabajo, arma un barco y se mete en la mar (2). Lo mismo hizo el conde de Northumberland, el amigo del rey de Escocia; lo mismo hicieron todos aquellos á quienes sólo se hubiera creido dispuestos á disipar su vida en fútiles devaneos ó en proyectos de conspiracion.

La armada está á fines de julio compuesta de la manera siguiente (3):

Navíos	Tonelaje	Cañones	Hombres	Comandantes
Triumph.	1,600	34	900	Francis Drake.
White Bear..	1,500	31	800	Lord Sheffield.
Elizabeth Jonas	1,300	31	700	Sir Roberto Southwell.
Victory.	1,200	34	700	Barker.
Arch Royal..	1,200	31	700	Lord Howard.
Golden Lion.	1,100	25	500	Tomás Howard.
Edward Bonaventure.	800	23	500	El hijo del duque de Somerset.
Avantgard.	800	29	700	Winter.
Rainbow.	900	22	500	
Nonpareil.	400	25	500	Henry Bellingham.
Antilope..	600	18	400	Frobisher.
Mary Rose..	500	23	500	Fenton.

(1) Sabido es que los irlandeses cultivan la patata desde 1586, segun Meyen, *Geography of plants*, 1846, pág. 313. No debió de ser introducida por Raleigh hasta 1610 en su propiedad de Youghall cerca de Cork, segun Mac Culloch, *Dictionary of commerce*, 1849, página 1048.

(2) Es el que vino á ser *earl* of Salisbury y es ascendiente de los Salisbury actuales.

(3) Véase Hakluyt, tom. I, pág. 599; pero los detalles del efectivo se dan en un documento sustraido por Mendoza de la embajada inglesa y conservado Arch. nac. K. 1567, piezas 21 y 22. Creo que parte de estas indicaciones es desconocida.

Navíos	Tonelaje	Cañones	Hombres	Comandantes
Dread Naught..	400	16	500	Lord Chesterfield.
Faureau..	300	16	500	Torner.
Swift Sewer..	500	23	500	
Tramontane.	300	22	300	Varde.
Providence..	300	15	400	
Hirondelle..	300	19	400	Unton.
Revenge.	450	23	500	
Ayde..	250	15	300	
White Lion.	200	11	200	Cárlos Howard.

Se habia armado tambien el galeon *San Felipe*, llamado ya *Leicester*, al mando de Jorge Fenner, y todavía fueron llegando para fines de julio el *Tiger*, mandado por Boston, la *Richesse*, por Acat, y las nueve pinazas:

Charles.	de 60	toneladas,	7	cañones y	60	hombres.	
Espion.	» 30	»	8	»	30	»	
Scout.	» 20	»	6	»	50	»	
Sol.	» 18	»	4	»	20	»	
Luna..	» 15	»	5	»	20	»	
Fantasía..	» 20	»	3	»	12	»	
Synet..	» 16	»	4	»	12	»	
Galore	» 15	»	3	»	12	»	
Prince Noir.	» 18	»	5	»	20	»	

A estos treinta barcos hay que añadir unas ciento cincuenta barcas que de todos los puertos del reino acuden de comun acuerdo (1); pero cuyo tonelaje es rara vez superior al de las pinazas. En algunas horas se da la instruccion: los cuatro primeros navíos hacen las maniobras; avanzan, sueltan la andanada y se deslizan evitando el abordaje: el enemigo será así acribillado á cañonazos. Excítase la moral de los hombres con hábiles historietas. «Los españoles llevan, les decian (2), una nao cargada de cuerdas para ahorcar á los ingleses y otra nao cargada de azotes para azotar á las mujeres, con tres ó cuatro mil amas para criar las criaturas de teta; y los que fuesen de diez años los herrarian en la cara.»

Pero todo lo que no puede crearse por la exaltacion nacional, todo lo que debe prever el gobierno, todo hace falta: la cerveza, por poca que se suministre, es agria; los polvorines están vacíos, y lo que sobre todo falta es ejército.

La leyenda ha imaginado, sin embargo, un ejército en el campo de Tilbury. Se ha pintado á Leicester cubierto con un coselete damasquinado, acogiendo á la reina vírgen y galopando con ella entre las aclamaciones de los soldados: iba ella vestida de Belona en un caballo blanco, con el cetro de marfil en la mano, y el pecho encerrado en una coraza de acero que se enlazaba sobre blanca túnica de seda flotante; agitábase en su casco un penacho de plumas de avestruz y caian sobre sus hombros los rizos de una peluca blonda: *Dux femina facti*, dicen las medallas que hizo ella grabar.

La realidad es ménos novelesca: la blanca Belona iba á entrar en los cincuenta y seis años; llegó al campo de Tilbury mucho tiempo despues de que hubiera desaparecido la armada española; ni el ejército existió, sino para esta revista teatral y tardía. Leicester se queja de estar casi solo á principios de agosto; el 4 de agosto escoge el sitio del campamento (3); el dia siguiente se lamenta de ser el cocinero y proveedor de los cuatro mil hombres que acaban de llegar «sin una racion, sin un tonel de cerveza, sin un pedazo de pan (4).» Al mismo tiempo la escuadra que sostiene el cañoneo hace muchos dias, le pide pólvora, y él no tiene un grano de pólvora. El 8 de agosto, cuando el duque de Medina Sidonia hubiera podido estar delante de Lóndres, no tiene Leicester más que sus cuatro mil hambrientos (5).

Sólo por mar puede luchar Inglaterra, y está perdida si sus marinos no la salvan.

(1) Hakluyt, p. 599. «Gathered out of all havens of the realme resorted ships and men, for they all with one accord came flocking thither.»

(2) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 131. Memoria de un inglés á Felipe II, anotada de mano del rey... La leyenda era aceptada por todos los protestantes. Le Petit, tom. II, pág. 563, repite que los niños de los ingleses serán marcados en la frente como esclavos.

(3) Leicester to Walsingham, 4 agosto 1588. «I did make choice of the ground for the encamping.»

(4) I am here cook, gatherer and huntsman without one meal of victuals, not one barrel of beer, nor loaf of bread.»

(5) Citado por Motley, tom. II, pág. 514.

V.—La batalla de diez dias

Despues de seis dias de travesía, el duque de Medina Sidonia se halló el juéves 28 de julio (1) á treinta leguas de las Sorlingas con cuarenta y cinco brazas de fondo y viento fresco del S. O. (2). En aquel momento comprendió acaso por la primera vez lo que faltaba á su armada: iba provista de todo lo que habia podido imaginar la prevision del monarca más prudente; no se habia olvidado embarcar ciento setenta frailes y se habia tenido buen cuidado de elegirlos de la Iglesia de Portugal para desembarazar al país de incómodos adversarios; hasta se habia procurado un barco de cortesanas (3) segun se dijo; pero no se poseia ningun piloto. El duque sabe muy bien que va á Margate; pero la incertidumbre del derrotero lo turba. Si aquel mismo dia se hubiera atrevido á fondear en Plymouth, como ántes hizo Drake en la bahía de Cádiz, acaso hubiera podido destruir la armada inglesa; hubiera podido poner en tierra sus regimientos; ninguna fuerza preservaba á Lóndres (4). Pero estas inspiraciones no iluminan nunca á los tenientes de un monarca meticuloso y receloso. Medina Sidonia, que ha perdido ya cuatro galeones portugueses al salir de Lisboa (5), nota con asombro que le faltan hoy cuarenta y tres navíos: consulta á Don Alonso de Leyva, su segundo, y envia tres pataches (6) al cabo Lizard en busca de los barcos extraviados: con esto pierde dos dias más, cuando con rápidas maniobras habria sorprendido á los ingleses en sus últimas horas de formacion.

Al ver que la armada se acercaba á Plymouth y luégo, volviendo mar adentro, desaparecia, cobran aliento los capitanes ingleses, que tienen en tierra parte de sus tripulaciones; acaban de escaparse del peligro «á lo ménos tal fué el parecer de muchos marinos hábiles, porque hubiera sido mucho más ventajoso para los españoles detenerse en Plymouth, cuando no estábamos nosotros preparados aún para el combate: era tambien la opinion de la mayoría de sus almirantes (7).»

El sábado 30 toda la armada de España avanzaba en órden de batalla, en medio de una menuda lluvia, cuando por la noche vislumbró al través de la bruma los navíos ingleses á poca distancia (8) y se detuvo.

A las dos de la madrugada la luna traspasa la niebla y alborea la cresta de las olas; á su incierta claridad se ven los enemigos á tiro de cañon (9). Muy luégo se cubren de velas los barcos ingleses, se deslizan bajo el vientre de los galeones, sueltan su andanada y huyen: es la maniobra que se les ha enseñado. Contra estos rápidos y fugaces enemigos son impotentes los pesados barcos españoles; sus cañones asestan demasiado alto, y sus movimientos son por demás pausados. Estréchanse unos con otros (10) sin poder hacer otra cosa, porque los ingleses iban con el viento y, mejores veleros, gobernaban tan hábilmente sus barcos que hacian de ellos cuanto querian» (11). El duque no se atreve á avanzar; teme que alguno de sus barcos caiga al menor descuido en poder del velocísimo enemigo, y procura formar un cuadro, sufriendo con paciencia el hierro de los cañones ingleses. Pero poco á poco se introduce la confusion en aquella masa compacta; Miguel de Oquendo, que ve con despecho la inferiori-

(1) Sabido es que los ingleses no admitieron el calendario gregoriano hasta 1752: hay pues una diferencia de diez dias entre sus narraciones y las de los españoles. Muchos contemporáneos nuestros han conservado las fechas inglesas (Froude, Frank Jones). Hé aquí, para mayor claridad las fechas inglesas:

Julio de 1588.
Viérnes 22. Partida de Coruña.
Juéves 28. Reúnese la armada en el cabo Lizard.
Viérnes 29. Id.
Sábado 30. Encuentro con la armada inglesa.
Domingo 31. Primer cañoneo.—Explosion del barco de Oquendo.

Agosto.
Lúnes 1.° Se divide la armada.
Mártes 2. Nuevo combate.
Miércoles 3. Reposo.
Juéves 4. Leicester escoge su campo.—Se cerca al almirante inglés.
Viérnes 5. La armada inglesa espera pólvora.
Sábado 6. La española llega á Calais.
Domingo 7. Estancia en Calais.—Brulotes.
Lúnes 8. Combate de artillería.
Mártes 9. El viento sopla hácia Zelanda.
Miércoles 10. Dia de San Lorenzo.—Violenta tempestad del Sur.

(2) Cabrera, tom. III, pág. 293.

(3) D'Aubigné, *las Historias*, tom. III, pág. 87. «Habia en un navío una multitud de... para el... pero esto no debia ponerse en uso hasta que pasara el miedo de la mar.» Los mismos informes se habian dado al almirante inglés. Hakluyt, t. I, p. 607. «The ships with the spanish women wich followed the fleet.»

(4) Véase la memoria de un genovés al servicio de los ingleses. «Se tiene por cierto que fácilmente se haria fatta padrona di quello.» Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 10.

(5) *Ibid.* Uno encalló en Bayona; los otros tres volvieron á Lisboa y no tomaron parte en la lucha.

(6) Cabrera, tom. III, pág. 293.

(7) Hakluyt, t. I, p. 595. «Acording to the judgement of many skilful navigators, they greatly overshot themselves, whereas had beene more commodious for them to have staied themselves there, considering that the englishmen being as yet unprovidet... it is reported that the chiefs commanders in the navy and those wich were more skilful in navigation... found fault that they were bound unto so strict directions and instructions.»

(8) Herrera «y no se pudieron contar por cerrazon y llovizna.»

(9) Las narraciones de Cabrera y Herrera parecen hechas por referencias de testigos oculares; á lo ménos están en completa concordancia con los diarios de á bordo publicados *Doc. inéd.* t. XIV, página 449 y sig., y t. XLIII, p. 417 y sig. con el que analiza Froude y el Ms. del contador Pedro Coca Calderon, y con las indicaciones de Hakluyt, *the Principal Navigations;* t. I, p. 591 á 607. La misma concordancia hay con la relacion italiana Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 10, con la de la galeaza *Zúñiga*, *ibid.* pieza 123, y en fin con las varias memorias de la carpeta K. 1568, dirigidas á Felipe II, Mendoza y Alejandro Farnesio.

(10) Hakluyt, t. I, p. 597. «Gathered themselves close.»

(11) Herrera, t. III, p. 162, copia esta frase del diario publicado *Doc. inéd.* t. XIV. «Y tan gobernados que hacian de ellos lo que querian.»

dad del tiro español en presencia de los ágiles artilleros ingleses, golpea al jefe de sus artilleros, el cual baja á la bodega y da fuego á la Santa Bárbara: este navío se pierde. El *Santa Catalina*, tripulado por el almirante Don Pedro Valdés, choca con una galeaza y queda fuera de combate. Esta primera jornada acaba en fin. Medina Sidonia cree aquella noche que debe continuar su rumbo hacia Margate y abandona el *Santa Catalina*. Los barcos *Triumph* y *Victory* caen sobre esta presa, se apoderan de ella y se reparten *cuarenta mil ducados del rey* que encuentran en su cámara, con doscientos barriles de pólvora, que es lo más precioso.

El lunes 1.º de agosto el tiempo está claro y la mar rizada. Don Alonso de Leiva maniobra con las galeras procurando tomar al abordaje un navío inglés; pero los ingleses saben que el viento sopla con regularidad á las mismas horas de marea, conocen las corrientes y saben hacer remolcar oportunamente sus navíos por barcas: el dia trascurre tambien bajo una lluvia de balas. Los españoles quieren un combate de infantería; los ingleses no quieren combatir sino á cañonazos.

El mártes se reproduce la misma lucha entre la marina de alto bordo, de poderoso casco y la inquieta y fugaz escuadra. «Los ingleses tenian una gran ventaja, porque sus navíos eran ligeros, se alejaban súbitamente y sabian siempre aprovecharse de la marea y del viento.» Pero lo que más admiraba á los españoles era la prodigiosa actividad de los artilleros ingleses: no podian comprender ellos cómo en tan poco tiempo se podian cargar y apuntar las piezas.

Es el miércoles: la batalla dura hace cuatro dias. Medina Sidonia, que tanta prisa se daba el primer dia en meterse en una rada inglesa hasta el punto de abandonar á Valdés y su navío, parece ahora aturdido con su armada que se arremolina en el estrecho y se deja acribillar por las balas enemigas. Hubo un momento en que esperó apresar á lord Howard y su *Arch Royal*. «Se creyó que se iba en fin á luchar al abordaje, que era nuestra única probabilidad de vencer; pero en aquel mismo momento comenzó á refrescar el viento y aprovechándose de ello el almirante enemigo, se desembarazó de nuestros navíos y desapareció en el horizonte» (1).

Encontráronse á la tarde en las aguas de la isla de Wight: los ingleses no tienen ya pólvora y la piden en todos los puertos, desguarneciendo sus barcos de hombres de faena que van á buscarla (2). Esto da algunas horas de descanso. Las tripulaciones españolas se hallan fatigadas con esta lucha incesante, y el dia siguiente se decide el duque á no exponerse ya así al fuego de los cañones enemigos: al propósito da órden de dirigirse á Dunkerque esperando encontrar á Farnesio; á lo ménos tendrá así algunos dias de reposo. Su armada obedece á la órden y la escuadra inglesa lo escolta sin disparar un cañon por espacio de diez horas: no debe gastar su poca pólvora en salvas. Con esta amenazadora escolta llega el duque á las costas de Francia, ve la rada de Calais y se mete en ella el sábado á las cuatro de la tarde. Durante una semana apénas se habia interrumpido la batalla.

Esta prisa en guarecerse, como reses acosadas, en la rada de Calais, en vez de continuar su rumbo hácia Dunkerque, prueba el abatimiento de los españoles. Fatigadas sus escuadras por aquellos pequeños y veloces barcos cuyos cañones las acribillan, vuélvense hácia Farnesio sin tener siquiera fuerzas para acogerse cerca de él y se refugian bajo los cañones franceses. El infatigable enemigo que las ha seguido siempre, cierra la rada luégo que han entrado y se declara vencedor. Desde lo alto de los muros de Calais, va á presenciar la última escena la guarnicion francesa.

El sábado por la noche, cuando las tripulaciones comienzan á gozar de alguna seguridad y reposo, envia Medina Sidonia á Don Rodrigo Tellon y á Don Pedro de Leon cerca de Alejandro Farnesio á pedirle socorro. — A dicha, contesta Alejandro, ¿tengo yo barcos de guerra, ó he de combatir con mi caballería la escuadra inglesa? Tócale al duque despejar la Mancha: cuando tenga el paso libre, embarcaré mis soldados en barcos chatos.

La armada española no ha perdido más que tres barcos; puede reparar sus averías y proveerse de municiones en la rada de Calais. Nada apremia; y algunos dias de descanso van á levantar la moral de los marinos. Acaso van á recibirse pilotos de Dunkerque ó de Holanda. La superioridad material de la armada es tan abrumadora que no le causan inquietud ninguna los doscientos barcos que se agitan en lontananza. Y deja pasar tranquilamente el domingo, y por decirlo así, se duerme.

La luna no brillaba sino por la madrugada. En la sombría noche, en el momento preciso de

(1) *Doc. inéd.* t. XIV, pág. 457.

(2) Hakluyt, t. I, pág. 599. «Were nowe constrained to send their men on land for a newe supplie of gunne-powder.»

levantarse los hombres de cuarto de media noche, surgen en medio del mar ocho fogatas de resplandor espantable. Vése á la luz de las llamas cómo las chalupas inglesas que han remolcado los ocho brulotes se alejan á fuerza de remo, miéntras la marea empuja regularmente la inflamada flotilla hácia la costa á lo más espeso de la armada.

Un incendio puede combatirse: ya el capitan Serrano ha montado una barca y se aferra á un brulote para desviarlo de la escuadra. Pero de repente se recuerda á Gianivelli y la máquina infernal del sitio de Amberes. En aquella ocasion avanzaban tras las barcas luminosas dos sombrías masas: sin duda vienen tambien ahora; hay seguramente aquí como allá alguna invencion diabólica (1). Un terror pánico embarga todos los ánimos, y el duque de Medina Sidonia, tan receloso como el negro amarrado al banco, ordenó por señales levar anclas. Luégo al punto corren todos á las cuerdas y á los remos; córtanse los cables á hachazos; se dejan las anclas en la rada, chocan unos con otros y arrostran de nuevo la escuadra inglesa. Al salir del abrigo, un fuerte noroeste empuja hácia los bancos de Dunkerque á la armada invencible, que pasa de largo «por delante de su propia casa, sin que la hubiese osado abordar una sola nao, tanto son vidriosas las cosas de la guerra (2).»

Al amanecer cuenta el duque sus navíos (3) á la altura de Gravelinas y no viendo á la galeaza *San Lorenzo* que montaba Don Hugo de Moncada, quiere volver á Calais á salvarlo y recobrar las abandonadas anclas.

El *San Lorenzo* no existia ya: en el tumulto de la noche hubo de chocar su timon con el ancla de la almiranta, y timon, barra, ancla, todo cayó á la mar (4), dando con el casco en la playa el viento y la marea. Sin demora acércanse los ingleses *Arch Royal* y *Margaret and Joan* y lo cañonean. Tendida la galeaza capitana, no puede hacer uso de su artillería y toda su dotacion gana la playa á nado; don Hugo de Moncada queda únicamente á bordo con algunos valientes que muy luégo reciben la muerte (5). Los ingleses caen sobre la encallada nave y comienzan á saquear sus riquezas; pero Mr. Gourdan, gobernador de Calais, recoge á los náufragos y envia una chalupa á proteger al *San Lorenzo* que toca el suelo francés. La chalupa llega en el momento en que dan con las arcas del dinero los ingleses, los cuales rechazan á los marinos franceses y los arrojan al mar. Una descarga de las baterías de la plaza los obliga á abandonar sin dilacion la presa.

Bien venidas las balas francesas. Ciertamente luchaban los ingleses con admirable heroísmo por los más preciosos derechos: con sus intereses iban unidos los de la civilizacion; pero su codicia de corsarios, la inmensidad del desastre, la impotencia misma de los bravos que no podian obtener una lucha cuerpo á cuerpo, nos imponen una especie de parcialidad para con los vencidos.

En alta mar luchaban á la vez los españoles con los ingleses que quemaban su último cartucho y contra el viento que cada vez más impetuoso los empujaba á la costa. Es el décimo dia de la batalla, el último. El galeon *San Felipe y San Mateo* está tan acribillado de balazos que no es ya posible gobernarlo y deriva hasta Zelanda, en cuya costa encalla. El *Real* decae tambien de su rumbo y es impelido á los mismos parajes. La sangre de los remeros corre por los bancos. Los españoles de la aguerrida infantería piden un abordaje.—¡Cobardes, gritaban á los ingleses, gallinas luteranas, venid á las manos con nosotros! A las tres da lord Howard la señal de suspender el combate y envia á tierra á pedir pólvora.—Haced un estado demostrativo de las necesidades de cada navío, contestan los empleados de la reina con mucho sosiego.—Enviad todo lo que tengais de pólvora y víveres: nosotros nos lo repartiremos (6). Pero ya con la noche llega la tempestad. La armada pasa aún la mañana del dia siguiente á vista de la escuadra inglesa luchando contra el viento.

VI.—Los vientos y los mares

El miércoles 10 de agosto, dia de San Lorenzo, se retiran los ingleses. Ya no hay cañoneo ni nada más que el viento que silba en las jarcias y el mar cuyos golpes quebrantan las

(1) Herrera. «Alguna invencion de fuego como las barcas de Amberes.» Coloma «Creyendo que era otra máquina cual la que se vió en el contra dique de Amberes... de tal manera atemorizaron los ánimos.»

(2) Herrera.

(3) *Doc. inéd.* tom. XLIII, p. 417. Esta relacion continúa la del tomo XIV.

(4) Referencia del esclavo negro de Santa Cruz, que fué olvidado allí y puesto en libertad por los ingleses. «La galeaza capitana topó con el timon en la áncora de la galera padrona, por lo cual le fué fuerza yr á tierra.» (Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 18). Cabrera dice: «Por haber salido el timon de la aguja y el másculo de la femenella.»

(5) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 18. «Mataron la mas gente que se halló por haber salido muchos en tierra.»

(6) Send with all speed as much as you can... we pluck their feathers by little and little.»

popas: una tempestad del Sur empuja á la armada á regiones desconocidas. El duque de Medina Sidonia convoca á bordo de su galera á Don Antonio de Leyva y á los jefes de escuadra: el almirante de Castilla, Don Diego Florez, exclama que están perdidos.—Don Miguel, pregunta el duque al bravo Oquendo que habia sobrevivido á la explosion de su nave: «¿qué haremos? Somos perdidos?»—Eso lo dice Diego Florez, contestó Oquendo; á mí mándeme solamente Vuecelencia municionar de balas.

En este momento llega una barca de Amberes: Farnesio avisa al duque que puede retirarse á Emden, donde se le abrirán los arsenales para carenar sus barcos; él mismo se le unirá con su ejército pudiendo así abrumar á Holanda durante el invierno y á Inglaterra la primavera próxima.

Pero pocos hombres tienen el temple de Oquendo. La armada no puede admitir más que una idea, en aquella hora de desaliento, despues de una exaltacion de diez dias bajo un lúgubre cielo, y es la vuelta á España. Basta de radas extranjeras, basta de esfuerzos; España. El duque da la órden de costear la Escocia, doblar la punta norte y volver por el canal de San Jorge y las costas de Irlanda.

Pero la mar se hincha, el huracan acrece su violencia y la armada se dispersa entre la bruma. Abandonado á sí mismo cada navío, el duque no trasmite ya más señal ni órden sino que «Se remediasen como pudiesen» (1). No se tiene para beber más agua que la que cae de las nubes; los heridos sucumben, la tempestad, cada vez más recia, dura once dias mortales.

¡Extraña fatalidad! En estos momentos hubiera podido Alejandro Farnesio penetrar en Inglaterra. La escuadra inglesa no se hallaba en estado de hacerse á la vela, sus marinos habian sostenido sus fuerzas, durante los diez dias de batalla con pescado podrido, cerveza pasada y harinas averiadas, y estaban atacados de una epidemia que los mataba: el *Isabel Jonas* hubo de perder doscientos hombres; el navío de sir Roger Townsend quedó reducido á un solo hombre; los demás apénas podian reunir tripulacion bastante para levar anclas. Los recien llegados á bordo de los infectos barcos eran muy luégo atacados del contagio. Aquellos héroes que con prodigios de energía y actividad acababan de salvar á su país, caian víctimas de la avaricia de Isabel y de la venalidad que ella misma autorizaba. «Su graciosa Majestad, escribe Leicester el 25 de agosto (2), ha venido aquí conmigo á ver su campamento, lo que ha entusiasmado el corazon de sus leales súbditos.» Pero los reclutas de Leicester no habrian podido atajar los aguerridos tercios de Farnesio, y la reina Isabel lo comprende sin duda así, porque licencia á sus soldados tan luégo como pasa la revista. Leicester está fatigado y quiere aprovechar la estacion de baños; detiénese en su castillo de Kenilworth para pasar el dia de su cumpleaños, siéntase á la mesa y cae muerto (3). Al saber la reina este golpe, ocurrido en el dia en que ella tambien está ligada por influencias siderales, se estremece pensando en su propio horóscopo y cae en un acceso de demencia. Preciso es que el primer ministro Cecil arriesgue su cabeza para penetrar en la soledad en que permanece encerrada Isabel hace ya una semana.

Así, durante todo el mes de setiembre estuvo indefensa Inglaterra; y lo más curioso es que Felipe II tenia el presentimiento de esto, como quiera que el 3 del mismo mes envió á Farnesio la órden de pasar el estrecho y desembarcar en Margate (4). Pero estas combinaciones absolutas no se hacen más que en el gabinete, cuando no se tiene en cuenta para nada el instrumento humano ni las depresiones morales. Bien puede creerse que Alejandro Farnesio habia mirado siempre con aprehension el embarque de sus veteranos en barcos planos; que habia retardado, como se le reprochara (5), la obra de calafatear sus barcas en las cuales no tenia la mayor confianza; que no reprimia ya con tanta actividad los malos manejos de sus comisarios y administradores (6). Pero no se le debe reconve-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 123. Relacion de la galeaza Zúñiga.

(2) Lodge, t. II, p. 376, Leicester to Sherewsbury. «Her gratious Majesty has byn here with me to see her camp and people, wich so enflamed the hearts.» La revista fué el 16 de agosto, la carta es del 25 (sistema gregoriano). Así, hacia ocho dias que huyeron de Calais los españoles y seis que se disparó el último cañonazo, cuando se verificó esta famosa revista.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 116. Despacho de Inglaterra del 17 de setiembre 1588, trasmitido á Felipe II por Bernardino de Mendoza. «El conde de Lestre murió yendo á los baños casi súbito y en la mesma casa donde habia hecho matar á su mujer.» (Hay aquí error: Amy Robsar fué asesinada en Cumnor-House; pero los recuerdos de Kenilworth estaban ligados á este asesinato. Walter Scott lo comprendió admirablemente). «La reina despues de su muerte, estuvo encerrada algunos dias sola en su cámara, sin querer hablar á persona hasta que el tesorero y otros consejeros, rompiendo las puertas, entraron á verla.»

(4) No he visto esta carta, indicada por Motley, tom. II, p. 533.

(5) Coloma.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 115. Aviso de Flandes del 11 de agosto. El pasaje siguiente está anotado de mano de Felipe II. «Los comisarios no han mirado que á hurtar lo que han podido.»

nir por no haber arrastrado al mar un ejército consternado por el desastre de que habia sido testigo: en todas las costas de Bélgica se recogian despojos y náufragos; más de mil trescientos españoles, salvados del espantable naufragio, hubieron de ser socorridos, equipados é incorporados en el ejército de Farnesio, y todavía hablaban con asombro de la prodigiosa actividad de los artilleros ingleses, de las privaciones pasadas á bordo, de los crujidos de los cascos, de los gritos de los náufragos, del silencio pavoroso de los ahogados.

Sin embargo, los que fueron arrojados por el mar al alcance de Farnesio ó cayeron prisioneros de los holandeses, pudieron tenerse por los más dichosos de la armada: el huracan arrastró á los otros al mar del Norte, donde al través de las nieblas reconocieron las Orcadas, Shetland y Feroe, «islas tenebrosas y mal seguras» (1), siendo impelidos hasta el 63° (2). En fin, el 8 de setiembre sopló el viento al noroeste y las proas se dirigieron hácia el canal de San Jorge. Se han consumido ya las provisiones embarcadas en la Coruña á mediados de julio, y viene el hambre sobre la fatiga y la sed. Despues de muchos sufrimientos, se descubren las verdes costas de Irlanda. Allí hay católicos; allí hay agua y reposo. Los españoles se lanzan á la playa sin cuidarse del navío ni de los más postrados de sus compañeros, que acaso no podrian saltar en tierra, y se arrastran hambrientos y moribundos. «Los oficiales ingleses que los recogen, sin concertarse entre sí, están unánimes en la opinion de que no hay que emplear más que un método con aquellos aventureros, y es pasarlos todos al filo de la espada (3).» Sir Ricardo Bingham, gobernador de Connaught, escribe al saber la ejecucion de estos náufragos: «Despues de haberlos despachado así, hemos consagrado el dia entero del domingo en glorificar y dar gracias á Dios Todopoderoso» (4). Se habia tenido buen cuidado de desnudar á los moribundos ántes de matarlos para no ensangrentar sus vestidos, ya estropeados por las aguas del mar, dejando los desnudos cuerpos á lo largo de la playa. «Cuando yo estaba en Sligo, dice un inglés (5), hube de contar en la arena, en una extension de unas cinco millas, hasta mil y cien cadáveres, y la gente del país me aseguró que los habia tambien en otros parajes, aunque en menor número.»

Los irlandeses, bien que católicos, no escrupulizaron participar de las riquezas que traia la mar. «Su opinion era muy dudosa ántes de la victoria, escribe un oficial inglés; pero luégo que vieron la desnudez y aniquilamiento de nuestros enemigos, degollaron á cuantos pudieron.»—Y refiérese en otra memoria: «El abatimiento de los náufragos era tal, que un hombre solo acabó con su hacha más de ochenta» (6).

No todos llegaban á nado y moribundos. La galera *Rata* de Don Alonso de Leyva, arribó al pié de una torre vieja, donde se atrincheraron los mosqueteros españoles. Siguieron su mismo rumbo la urca *Santa Ana* y la galeaza *Girona*, que se estrelló algunas horas despues de haber saltado en tierra su gente. Con esto se encontró Leyva al frente de dos mil hombres, pero sin víveres ni pólvora. Una patrulla inglesa topó una noche con esta mísera tropa, mató á los primeros, se cansó de herir y maltratar á otros, que no tenian fuerzas ni para manejar un palo y despojólos á todos de sus vestidos y joyas, abandonándoles luégo. Un jefe irlandés, O'Neil, les suministró víveres (7), y reparando la *Girona*, pudieron, en fin, embarcarse á últimos de noviembre; mas apénas se hicieron á la vela, cuando una nueva tempestad echó á pique la combatida nave y todos se ahogaron, salvo nueve marineros de las tres tripulaciones.

El gobierno inglés calculó en cuatro mil el número de españoles ahogados en el canal de San Jorge, suponiendo otros tantos muertos en las playas. «Y veis aquí cómo Dios ha combatido por S. M. contra esos idólatras» (8).

La galeaza *Zúñiga* pudo refugiarse en el Havre (9) y comparar la hospitalidad de los franceses con la de los irlandeses á quienes se pretendia emancipar.

Impelida por la tempestad, habia ido tan léjos la *Zúñiga* hácia el norte, que no pudo arribar á Irlanda sino despues de seis dias de navegacion de retorno, fondeando en un ansa el 14 de setiembre. «Los habitadores son rús-

(1) Cabrera.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 123.

(3) Es un protestante, contemporáneo nuestro y á nuestro lado, quien escribe estas palabras. Creeríase que aconsejaria aun los mismos procedimientos (Froude, tom. XII, pág. 502).

(4) «Thus having made a clear dispatch of them, we rested Sunday all day giring praise and thanks to Almighty God.»

(5) «I numbered on one strand of less than five miles in length eleven hundred dead bodies of men.»

(6) «With his gallowglass axe.» No he podido comprender qué especie de hacha era esta.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 7 y 40.

(8) «God hath wrought for Her Majesty against the idolatrous enemies.»

(9) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 123, y K. 1567, piezas 148, 152 y 153. Relaciones al rey de Don Juan de Saavedra y Pedro de Igualdo, y declaraciones de varios.

ticos y salvajes... y era tan notable nuestra necesidad de bastimentos que se nos murieron de hambre y sed cerca de ochenta soldados y forzados.» Volviendo á hacerse á la mar, encontró un barco francés que la escoltó hasta el Havre, donde «se nos hacia buen acogimiento y todo buen tratamiento.» Pero la compasion de las buenas gentes del Havre se extendia tambien á los remeros, lo que no comprendian los españoles: la sensibilidad del francés no podia tolerar que, despues de tales pruebas, continuaran los pobres forzados remando toda su vida. Ya el rey de Francia habia dado libertad á los trescientos galeotes, héroes en su mayoría, de la galeaza encallada en Calais. Y hé aquí cómo los honrados visitantes que llenan la *Zúñiga* con pretexto de curiosidad, liman los hierros de los forzados franceses que en ella encuentran y se los llevan confundidos entre la multitud, olvidando las limas en manos de los otros encadenados remeros (1). En esta sola galeaza, sin contar los que habian muerto en la demanda, habia diez y siete remeros franceses por causas desconocidas. ¿Se habian comprado á los turcos? ¿Fueron apresados en los barcos de comercio que se arriesgaban á entrar en los puertos españoles? A favor de la emocion suscitada por sus miserias, doce remeros italianos y españoles pudieron recobrar tambien su libertad. Pero estos abusos de la hospitalidad francesa no se podian tolerar y se prohibió entrar á bordo á los curiosos. Despues, para restablecer entre la chusma saludable disciplina «el gobernador él mesmo con un palo está apaleándoles todos los dias» (2).

VII.—El duelo en España

«Contra los hombres la embié, no contra los vientos y la mar» (3). Este dicho, bien sea de Felipe II, bien de alguno de sus teólogos que se lo aplicara, es el más feliz que se haya puesto jamás en boca de un vencido. Toda España creyó, y nosotros creemos hoy aún, que la tempestad se habia tragado la armada invencible. Se han olvidado aquellas fortalezas flotantes que se agrupaban aturdidas como un rebaño de ovejas, bajo el cañoneo de los victoriosos, aquellos alados barcos que las acosan y acribillan, aquella triste retirada á la bahía de Calais, aquel terror ante los brulotes. Jamás con una sola palabra se ha arrancado tan completamente el prestigio de la victoria.

Pero la noticia no cundió en un solo dia. Felipe II estuvo torturado espacio de dos meses por los episodios que se le trasmitian de Paris, de Brujas, de Venecia. Al principio se le anuncia una gran victoria: Bernardino de Mendoza escribe de Paris que los españoles han destruido quince barcos ingleses y son dueños del estrecho. Felipe se da prisa en trasmitir á Farnesio esta importante nueva (4). No cabe dudar de ello, cuanto más que por espacio de doce dias se le anuncian otras victorias (5). Sin embargo, pone al márgen de una de estas cartas: «Miedo he que será esto como lo de la nueva primera que embió.» Tiene en la mano una relacion inglesa del 10 de agosto, en que se lee (6): «Nuestros navíos han tenido gran falta de pólvora y la tienen aún.»—Entiendo, escribe Felipe, que se habla aquí de navíos ingleses. No pierde su serenidad, y cuando Bernardino, siempre crédulo, le dice: Isabel ha huido á San James, pone el rey al márgen: «Casa de recreo que fué monasterio» (7). Pero cuando el embajador, obstinado en verlo todo por este fausto prisma, escribe diciendo todavía (8): La escuadra inglesa se ha retirado á sus puertos; la nuestra acaba de desembarcar sus tropas en Escocia. «No sé, escribe al márgen el rey, no sé como haviendo visto esto Don Bernardino y lo que se sigue despues, dió tanto crédito á los avisos de ayer.»

Felipe supo, en efecto, á fines de agosto, por conducto de Farnesio, el desastre de Calais. S. M. lo ha sentido más que se puede creer, escribe á Farnesio el confidente Don Juan de Idiaquez (9); y si no tuviera la esperanza de

(1) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 152. Relacion de Pedro de Igualdo del 7 de octubre de 1588.

(2) *Ibid.* piezas 152 y 153.

(3) Estas palabras solo las consignan Perono, *Dichos y Hechos*, y Mathieu, pero especialmente se leen en una *Vida de Felipe II* conservada Bb. 122, Bibl. de Madrid. Véase Gachard, la *Biblioteca de Madrid*, p. 122. Pero la misma *Vida* manuscrita existe igualmente en Paris, y fué reconocida por Morel Fatio, pág. 65 del *Catálogo de Manuscritos españoles*, como una nueva traduccion de la cuarta narracion del libro I de la *Historia de Francia* de P. Mathieu, Paris 1606, en 4.° tom. I, pág. 95 á 148. Además se habia publicado en Madrid en 1788 por Antonio Valladares de Sotomayor.

(4) *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, p. 77.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 118, del 13 agosto, pieza 122, del 20, y K. 1568, pieza 97, otra carta del 20.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 93. Esta relacion está en francés. La nota del rey dice textualmente: «Que los ingleses creo que dice.»

(7) *Ibid.* pieza 97.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 131, del 30 agosto.

(9) El 31 agosto 1588. *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo. Este pensamiento no es el que da la traduccion de Gachard: yo creo que expresa mejor el espíritu de la carta, bien que no sea literal la version. Hé aquí el pasaje textual: «Y si todavía no quedare alguna esperanza en Dios de que podria haverse servido de responder por su causa, y que si la vuelta del Armada ha dado ocasion á V. E. la habrá sabido tomar de suerte que no se le escape de las manos, no sé cómo se llevaria un sentimiento tan grande.»

que Dios le tendrá en cuenta lo que se ha comprometido por su causa, ó si no pensara que costeando la armada esos estados, os habrá dado ocasion de desquite, no sé cómo soportaria un dolor tan cruel.

Ciertamente no hubiera dejado el rey pasar esta carta si se le hubiera mostrado, porque en la minuta de otra que hizo un secretario para el mismo Farnesio, borra Felipe esta frase idéntica: «Es de esperar que habreis aprovechado la ocasion de volver por nuestra reputacion,» y pone en su lugar: «En lo que Dios hace, no hay que perder ni ganar reputacion, siendo lo mejor no hablar de ello.»

Pero muy luégo sabe los naufragios ocurridos en Zelanda, los turbiones que impelen los navíos hácia Noruega (1) y los tristes pormenores de las matanzas en las costas de Irlanda, los nombres de los bravos que han muerto de hambre ó al hierro de los campesinos, «le duele extraordinariamente no aver acabado de hacer un tan gran servicio á Dios» (2). Habia querido ayudar á Dios y Dios no quiso aceptar su ayuda. Que los ingleses estuvieran destinados á volver al regazo de la Iglesia católica era cosa evidente: Felipe quiso ser elegido para esta conversion; pero Dios reservaba esta gloria para otro: su deber era resignarse á la voluntad de Dios. Y se replegaba ya en la serenidad de su fatalismo, cuando recibió la noticia de la llegada á Santander de los tristes despojos de la expedicion. Cincuenta y tres navíos volvieron uno á uno en la última semana de setiembre. «Es lástima verlos; no hay quien conciba tanta miseria» dice un testigo al ver estos últimos sobrevivientes (3). Bien puede creerse que Don Cristóbal de Mora y Don Juan de Idiaquez vacilaron en la antecámara del rey al ir á anunciarle este regreso (4). Por fin entró Mora y encontró á Felipe escribiendo (5).—No tenemos nada que decir, dijo saliendo de la real cámara; el rey no dice nada.

Las privaciones habian sido tan crueles que los expedicionarios iban sucumbiendo uno tras otro al tocar en tierra. Todas las familias estaban de duelo. Y aún se esperó largo tiempo á que fueran llegando otros navíos. Un despacho de Venecia hizo creer por un momento que Don Alonso de Leyva habia salvado veintiseis navíos y sublevado la Irlanda (6); pero la realidad apareció muy pronto. Nadie volvió: los herederos de las principales casas que acompañaban á Leyva, perecieron con él tragados por la mar. Vinieron luégo las narraciones de los cautivos rescatados. La de Gonzalo Gonzalez del Castillo es por demás triste.—Naufragué, dice, el 6 de noviembre con la urca *San Pedro el Mayor:* era la época en que los ingleses estaban ya cansados de matar, y la reina, despues de retenernos un año en dura prision, nos distribuyó como esclavos á sus favoritos. Tocónos en suerte á mí y á algunos otros William de Courtenay, que muy luégo nos redujo á prision más rigurosa, exigiéndonos cinco mil ducados de rescate. Nos quejamos á la reina de tan duro tratamiento y esto fué causa de que se nos tratara peor, encerrándonos en un calabozo á pan y agua.

Despues de dos años de cautiverio, fueron los infelices conducidos á Bretaña y vendidos al duque de Mercœur, quien los puso en aptitud de volver á su país (7).

La desesperacion fué tanto más profunda, cuanto más exaltado habia sido el entusiasmo. Pocos meses ántes se habian recitado con orgullo estos versos de Góngora (8):

Levanta, España, tu famosa diestra:
Desde el francés Pirene al moro Atlante
Haz, envuelto en durísimo diamante,
De tus valientes hijos feroz muestra.
. . . . . .
¡Oh reina torpe!..... reina no, mas loba
Libidinosa y fiera...

Por fortuna fué Lope de Vega uno de los sobrevivientes. En cuanto al duque de Medina Sidonia, se encerró silencioso y desesperado. Felipe II tuvo la prudencia de no hacerle responsable de la catástrofe. Una memoria secreta decia: «Si la armada fuera gobernada como convenia y los que la habian á cargo se quisieran prevaler de las ocasiones que se le han presentado y executarlas, el Rey de España era tan rey de Inglaterra hoy como lo es de España.» En esta memoria se leen todavía estas palabras de Felipe: «Es un error lastimoso (9).»

(1) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 110.

(2) *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, Don Juan de Idiaquez á Farnesio.

(3) García de Villejo al secretario de la guerra, 10 octubre 1588.

(4) Lothrop Motley admite el hecho, pero solo se encuentra en Damian Strada, t. II, p. 564. Sabido es que este escritor, que tuvo en sus manos toda la correspondencia de Alejandro Farnesio y la de su madre, no hacia escrúpulos de una narracion novelesca.

(5) «Scribentem litteras.»

(6) Ms. Arch. nac. K. 1574, pieza 8, del 17 noviembre 1588.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1592, pieza 81, del 9 marzo 1592. La vuelta á la patria data del mes de febrero anterior.

(8) Góngora nació en 1561 y murió en 1627. «*A la Armada que el rey Felipe II envió contra Inglaterra.*»

(9) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 131. Textualmente: «Esto primero es *heregía* lastimosa.» Creo ó haber leido mal ó que la real mano escribió *heregía* por error.

CAPÍTULO X

PRIMERAS REPRESALIAS DE LOS INGLESES

1589-1592

PREPARATIVOS DE REPRESALIAS.—EXPEDICION DE PORTUGAL.—CRUCEROS MARÍTIMOS

I.—Preparativos de represalias

Una de las más penosas preocupaciones de Felipe II fué el temor de un nuevo ultraje en sus costas como el de la bahía de Cádiz el año precedente: los ingleses no podian dejar de perseguir á los fugitivos. Si hubiera podido conservar la menor ilusion sobre el prestigio de España, los informes de sus espías de Inglaterra no le dejaran ignorar la necesidad de defenderse á su vez contra una invasion. El pérfido *Julio*, que habia salido de Paris poco tiempo despues que Enrique III y vuelto á Inglaterra, indicaba á Mendoza el número de navíos que se habian armado, los capitanes, los jefes de los cuerpos de desembarco (1) y continuaba cobrando una subvencion (2). Comunicábanse los informes á Felipe II, el cual los anotaba de su mano (3), informes que revelaban que desde noviembre de 1588, Francisco Drake y los hermanos Norris tenian conferencias con el pretendiente Don Antonio para preparar una invasion en Portugal. De esta manera «cuando se le hubiera dado que hacer en este reino al rey de España, seria más fácil asaltarlo en las Indias ó en la misma España» (4).

Don Antonio se agitaba entre intrigas y miserias, desde el fracaso de su tentativa en las Azores. «Da compasion verlo, decia un inglés (5): está literalmente en el caso de morirse de hambre.» Felipe II habia prometido cincuenta mil ducados á quien se lo entregara (6), y le seguia los pasos en Lóndres y en Marruecos por medio de su confidente *Sanson* (7). Los demás confidentes de Don Antonio no valian más tampoco. El uno, Gaspar de Ayran, se dejó sorprender en Marruecos con una mora y fué reducido á prision; el otro, Manuel Godin, apaleó en las calles de Lóndres á Antonio de Brito, emigrado como él y huyó á Francia (8). Extraños personajes frecuentaban aquella corte miserable. «El capitan que V. sabe, escribe un agente de Felipe (9), me refrescó muchas veces la memoria de sus promesas y me aseguró con juramento que, si el Rey nuestro señor será servido dello, no le faltará el modo de desembarazar el mundo de persona tan dañosa al bien público.»

En medio, pues, de estos aventureros hubieron de preparar el plan de un levantamiento en Portugal Francisco Drake, los hermanos Norris y el conde de Essex. Creyeron bajo la palabra de Don Antonio, que no tenia doce libras para pagar sus deudas (10), que los católicos de Portugal estaban dispuestos á acoger á aquel triste pretendiente presentado por un ejército de protestantes, y se hicieron á la vela en abril de 1589 con ciento cincuenta navíos y veinte mil hombres.

Así, cuando el invierno apénas ha terminado, los barcos que volvieron del mar del Norte no han reparado aún sus averías, las viudas de los náufragos están de duelo todavía, los reclutas no han ingresado en los depósitos de los cuerpos, y veis aquí que viene á caer sobre España la plaga de una invasion. Felipe II se siente un momento abatido. ¿Cómo defenderse de esta agresion? ¿Le seguirán siendo fieles los portugueses? ¿Suministrará dinero el papa? «El sacar el dinero, escribe el embajador Oliva-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 182, del 26 noviembre 1588; K. 1568, pieza 56, de mayo 1589, y pieza 135, de diciembre 1588.
(2) *Ibid.* K. 1568, pieza 82.
(3) *Ibid.* K. 1568, pieza 131.
(4) Palma Cayet.
(5) Stafford to Walsingham. «Truly you would pity the poor man's case, who is almost next door starving in effect.»
(6) Felipe II á Tassis, 15 y 28 de marzo 1585 (segun Motley, tomo I, pág. 68).
(7) Ya he dicho que *Sanson* parece ser Don Antonio de Escovar.
(8) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 76.
(9) *Ibid.* K. 1566, pieza 8, Don Pedro d'Oudeyherste á... (?)
(10) Strype, *Anales*, t. III, p. 450. Pídense á lord Burleigh doce ó trece libras para pagar las deudas del pretendiente.

res (1), es cosa tan de entrañas de Su Santidad, que no aprovechó nada.» Una larga nota de puño y letra de Felipe II deja ver su inquietud y casi un desaliento momentáneo (2):

«He visto todo esto que parece que va de veras y confio en Dios que pondrá su mano en ello, y en todo lo demás hay bien poco que confiar, segun está todo y las dificultades que hay en todo, y no es la menor la de la comida, que sin ella ya veis lo que hará la gente, y más toda bisoña, y los caballos tambien han menester comer. Pero pues la causa es tan justa, Dios nos ayudará en ella.»

Mas por una feliz casualidad está servido el rey en esta ocasion por dos hombres de alta valía, Don Cristóbal de Mora, como hombre de gobierno, y el conde de Fuentes, como general. «Comprad trigo, prended á los sospechosos, escribe Mora á Fuentes (3). Que con secreto se advierta á los perlados de las órdenes para que con el mismo secreto prevengan á los confesores de cómo los ingleses con voz y ayuda de Don Antonio vienen á robar aquel reyno, y meter su mala secta en Portugal, y á profanar sus templos.»

II.—Expedicion de Portugal

Los ingleses habian entrado alegremente en sus barcos gritando todos: ¡España! ¡España! (4). La partida fué pues una fiesta. Despues de seis dias de navegacion, llegan á la Coruña (5) donde son cañoneados por el galeon *San Juan* del almirante Recalde que se habia librado del desastre del año anterior. Con tiempo tempestuoso echan en tierra siete mil hombres (6), atacan en tres columnas la parte baja de la poblacion, entran al asalto, hacen prisioneros al comandante de la plaza Don Juan de Luna y al proveedor de víveres Don Juan de Vera, matan quinientos españoles y se dispersan por las calles para saquear, metiéndose en las bodegas, donde nuestros hombres, con excesiva intemperancia (7), se entregan á la alegría de beber el vino de España hasta caer ebrios. Los más sobrios hicieron en la baja poblacion un gran botin de víveres, de municiones y ciento cincuenta cañones (8); pero no eran bastante numerosos para impedir que se retiraran los habitantes á la ciudad alta, donde se atrincheraron á las órdenes del marqués de Cerralvo, acogiendo á las tripulaciones que abandonaron sus barcos é hicieron volar el galeon *San Juan* (9).

Mientras los ingleses se daban al pillaje apoderándose de seis mil pipas de vino y se imaginaban «que iban á ser ricos para toda la vida, porque se les habia dicho que en España eran de oro las montañas» (10), el marqués de Cerralvo improvisó trincheras, regimentó á los marineros é introdujo el órden en la ciudad alta. Sir John Norris, en vez de embarcar sus tropas, despues de este feliz golpe de mano, emprendió un sitio en regla contra las fortificaciones en que se habian abrigado los fugitivos: fué una falta que condenó Isabel (11) y que hubo de expiarse duramente. John Norris tuvo que armar baterías y meterse en trabajos de zapa. Despues de muchos dias, un ramal de mina abrió suficiente brecha y los ingleses se lanzaron al asalto. Para rechazarlos, las mujeres y los niños se unieron á los veteranos de la armada: una de las mujeres, Camara Pita, á quien á vista de sus ojos le mataron el marido, hizo morder el polvo al abanderado inglés, le arrebató la bandera y la agitó triunfalmente encima de la muralla (12). Más tarde recibió de Felipe II el grado y sueldo de alférez. Otras mujeres lanzaban sobre los ingleses piedras y calderas de agua hirviendo. De repente, en medio de la pelea, derrúmbase una torre ya quebrantada por la explosion de la mina, y cierra con sus escombros la brecha, aplastando al mismo tiempo buen número de ingleses. Uno de ellos, el capitan Sydenham, queda prendido de ambas piernas entre dos peñascos y no puede seguir á sus camaradas en su retirada. El dia siguiente, lo vieron vivo aún y forcejeando para libertarse, y algunos de los suyos que quisieron ayudarle, cayeron muertos sobre él y tuvo que morir allí en lenta tortura entre los dos ejércitos (13). Más de mil doscientos ingleses murieron en el empeño; el tiempo pasaba y el ejército perdia su confianza. Sir John Norris, que vacilaba en retirarse, despues de este descalabro, por no desmoralizarlo enteramente, sabe que á

(1) Cartas del 8 de agosto y 26 de setiembre de 1588.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 9 D. Esta nota se dirige á Mora segun lo prueban las instrucciones que Mora envia (pieza 16) empleando las mismas palabras que el rey.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 16.
(4) Palma Cayet.
(5) *Relacion del coronel Anthony Winkfield*, publicada por Hakluyt, 2.ª parte del tomo II, pág. 134.
(6) *Relacion de sir Francis Drake y de sir John Norris*, publicada por Lodge, t. II, p. 389.
(7) «Inordinate drinking.»
(8) Palma Cayet.
(9) *Relaciones inglesas.*
(10) Herrera, t. III, p. 168.
(11) Talbot to Sherewsbury, 26 mayo 1589, Lodge, t. II, p. 396.
(12) Herrera, t. III, p. 169; Cabrera, t. III, p. 341.
(13) *Relacion del coronel Anthony Winkfield.*

Puente de Burgos acaba de llegar un cuerpo español de seis mil hombres, y allá va sin dilacion con nueve regimientos, ve al enemigo atrincherado tras el puente obstruido de barricas, salva el puente á la cabeza de su fuerza junto con su hermano, arrebata una bandera y cae sobre los reclutas que se dejan matar sin resistencia. Los ingleses no dan cuartel, matan á cuantos alcanzan y se dispersan por el país, saqueando y quemando las casas y las quintas «de modo que hubierais visto la region cubierta de llamas en más de tres millas á la redonda» (1).

Despues de este brutal consuelo, desistieron los ingleses de su empeño contra la Coruña y volvieron á bordo de sus navíos; pero su ejército estaba *desflorado* (2); y despues de aquellos doce dias pasados en la Coruña «se ha servido Dios, dice Edward Norris (3), enviarnos una gran afliccion de enfermedades, producidas por la excesiva provision de vino, tan abundante en todas las casas, que no era posible apartar de ellas á los soldados.» Las pérdidas fueron compensadas con el arribo de una flotilla que mandaba el conde de Essex: Essex habia salido despues que los otros, embarcándose secretamente en Falmouth para evitar las importunaciones de la reina Isabel, que queria conservarlo á su lado «y por algunas otras causas más secretas» (4)

Felipe II comunicó la evacuacion de la Coruña al archiduque Alberto que gobernaba el reino de Portugal, á fin de animarlo á la misma resistencia. Olvidó el incendio de sus barcos de guerra en sus propios arsenales, para felicitarse de que no le hubiera cabido una desgracia más cruel, pues «lo que principalmente me dolia, dice el rey (5), era ver que se hallaba tan cerca (de los herejes) el campo del apóstol Santiago, y yo más léjos de lo que quisiera para socorrelle.» No se movió, sin embargo, para estrechar la distancia. El archiduque Alberto, más prudente todavía, se retiró de Lisboa con pretexto de vigilar las levas de tropa.

Casi al mismo tiempo reaparecian los ingleses en las costas de Portugal y tomaban el fuerte de Peniche. Sir John Norris se puso en marcha hácia Lisboa con seis mil hombres, mientras Francisco Drake remontaba el Tajo para apoyar su ataque. De Peniche á Lisboa apénas hay doce leguas; pero el calor sofocaba á los ingleses y hubieron de echar seis dias de camino. El conde de Fuentes los dejaba avanzar, limitándose á impedir que los campesinos les suministraran víveres, á molestarlos con su caballería y á recobrar, mientras iba en su seguimiento, el fuerte de Peniche, pasando á cuchillo su guarnicion (6).

Sin el ganado de los portugueses no pueden los expedicionarios pensar en sustentarse, y no pueden robarlo á sus dueños, como quiera que se presentan en clase de libertadores: el menor exceso de merodeo se castiga severamente; hasta las iglesias han de respetarse. Pero ni los escrúpulos de los jefes ingleses ni las proclamas de Don Antonio tientan á los portugueses: únicamente los frailes acuden al lado del pretendiente. «¿Qué ventaja tenian los frailes en seguirle con tanto celo? dice el coronel Winkfield (7). No lo sé, pero ello es lo cierto que el pueblo tuvo en suspenso sus homenajes hasta que supo á qué lado se inclinaba la victoria.» ¿Qué hacer en los arrabales de Lisboa estando prohibido el pillaje? Cuatro dias permanece allí el ejército hasta que sabe que la escuadra de Drake no puede pasar las barras del Tajo: entónces se pone en marcha, teniendo que comerse los caballos y sembrando el camino de cadáveres (8). Al encontrar los navíos á la entrada del Tajo, no pueden reprimir su alegría los soldados, que se tienden fatigados en los puentes y son conducidos mar adentro.

Una suerte inesperada viene á ahorrar á la escuadra privaciones semejantes á las sufridas por la *armada invencible*. Encuentra en su rota sesenta barcos alemanes que llevaban harina á Portugal y se apodera de ella sin escrúpulo. Ni se resigna aún á abandonar los Estados de Felipe: hombres del temple de Drake y de Norris (9) aún se fortalecen con los reveses, evitan los desastres con su presencia de ánimo y tientan á la fortuna hasta haber agotado todos sus recursos. Acércase Drake á la costa, ve á lo léjos la rada de Vigo y entra de súbito en ella.

(1) *Relacion del coronel Winkfield*, Hakluyt, p. 142. El jefe español era el conde de Andrada.

(2) Cabrera.

(3) Sir Edward Norris to M. Vichamberlain. Lodge, tom. II, página 406.

(4) «Some other causes more secret.» Relacion del coronel Winkfield. Tal vez con alusion á estas cosas más secretas, dice Essex más tarde en una de sus deplorables súplicas á Isabel para obtener la gracia de su vida: «Once thought myself to happy.» (Hubo un tiempo en que me creí demasiado feliz.

(5) Cabrera.

(6) Herrera, tom. III, pág. 170; Lodge, tom. II, pág. 406, *Relacion de Norris*.

(7) . . . «The friars had by following him with such devotion I know not, but sure I am the laity did respite their homage till they might see wich way the victory would sway.»

(8) *Relacion de Edward Norris*. «Our men fall daily sicke.»

(9) Norris habia pasado su infancia al lado de Coligny.

«Allí, dice Winkfield, echamos en tierra á todos los que estaban aún válidos, esto es, unos dos mil hombres; incendiamos los barcos españoles, entramos á saco la ciudad y embarcamos el botin.»

El 2 de julio volvian los ingleses á Plymouth (1). En estos dos meses y medio habian perdido once mil hombres. Sin embargo, no debian estar los españoles más orgullosos que ellos de los resultados de esta expedicion. «Pero considérese que un Rey naturalmente poco resoluto y viejo, y con falta de salud, aunque muy prudente, y con falta de ministros activos y militares, no era mucho que no pudiese ni prevenir ni acudir á todo» (2).

III.—Cruceros marítimos

No era más afortunada hácia la misma época otra expedicion inglesa. Cumberland hubo de creer provechoso estar al acecho de la flota de las Indias á la altura de las Azores, miéntras estaban entretenidos los españoles en sus puertos á vueltas con Francisco Drake. Habia partido á mediados de junio (3) y apresado en la Mancha tres navíos franceses que volvian de Terranova con cargamento de bacalao. Dióse prisa en declararlos ligueros, esto es, buena presa, y los envió á Inglaterra. Cuando llegó á San Miguel de las Azores, supo que los galeones de las Indias habian ya pasado, y creyó indemnizarse ocupando la isla de Fayal; pero esta roca fué en todos tiempos de las más pobres que han habitado los europeos. Despues de tres meses de crucero al rededor de las Azores, hubo de pensar en la vuelta, contentándose con la presa de un solo navío cargado de azúcar y cochinilla. Pero un período de calmas detuvo súbitamente la flotilla inglesa, y bajo un sol abrasador y en una mar inmóvil, se agotó la provision de agua. «Se nos repartian á cada uno tres ó cuatro cucharadas de vinagre para beber comiendo, porque no teníamos ya otro líquido. Una tempestad nos proporcionó algun granizo que crujíamos con más sabor que almendras confitadas.» La estacion de las lluvias les trajo mayor alivio; extendian las camisas para que se empaparan y luégo las retorcian y las chupaban (4); recogian las gotas que se deslizaban á lo largo de los mástiles y aún las que corrian por el puente, sin cuidarse de la falta de limpieza. Despues de tres meses de este suplicio, pudieron por fin llegar á Irlanda, hácia las fiestas de Navidad.

Otros corsarios corrieron á Malaca y á las islas de la Sonda, y volvieron con especias y otras ricas presas (5). La incertidumbre del botin y las emociones del combate daban á estas expediciones cierto interés novelesco. Con frecuencia se asociaban muchos navíos para tender una especie de red al través del Atlántico, diseminándose á dos leguas de distancia unos de otros, dispuestos á reunirse al estampido del cañon y caer sobre el galeon de las barras metálicas. De este modo apresó Cumberland á la *Madre de Dios*, que traia mil quinientas toneladas de mercancías preciosas (6). Pero tambien tenia sus riesgos esta especie de caza, pues los navíos así separados podian ser más fácilmente atacados por una flota enemiga, como sucedió con el *Revenge*.

El *Revenge*, mandado por Ricardo Grenville, formaba parte de una escuadra de seis barcos reales y unos diez navíos corsarios, que mandaba Tomás Howard (7), cuando fué sorprendido por la escuadra española de cincuenta y cuatro navíos con que Don Alonso de Bazan iba á proteger la flota de las Indias. Ricardo Grenville no pensó en huir. El fuego comenzó á las tres de la tarde, yéndose á pique dos navíos españoles; pero pasada la media noche cayó muerto Grenville, y el *Revenge*, sin mástiles ni pólvora, apénas tenia treinta hombres válidos, despues de quince horas de combate, cuando cayó en poder de los españoles (8).

Don Alonso de Bazan, hermano del marqués de Santa Cruz, debió á este combate un momento de popularidad (9), y hablaba de ir á

(1) El pretendiente Don Antonio hubo de recaer en su miseria y murió en Paris en 1595. Se habia casado con Ana Barbosa. Su hijo Manuel, alternativamente novicio en los capuchinos y aventurero entre los protestantes, roba á Emilia, una de las hijas de Guillermo de Orange; despues obtuvo su perdon de Felipe II y volvió á disfrutar una pension en España.

(2) Cabrera, tom. III, pág. 172. Esta extraña reflexion en un cronista casi oficial no es absolutamente justa: en lo de faltar ministros activos y militares, olvida Cabrera al conde de Fuentes.

(3) El 18 de junio de 1587, con cuatro navíos. V. la *Relacion* de Edward Wright «excelente matemático,» en la Coleccion de Hackluyt, tom. II, 2.ª parte, pág. 143.

(4) «Watched them tille they were thorow wet, then wringing en sucking out the water.»

(5) Ms. Arch. nac. K. 1574, pieza 44, de abril y agosto de 1589. *Correspondencia de Venecia*. «Avian venido con muy ricas presas á Malacca, con designio de cargar pimienta en la Sonda.»

(6) El 3 de agosto 1591. Véase Le Petit, t. II, p. 594, y Frank Jones, Martin Frobisher.

(7) Memoria redactada por sir Walter Raleigh, y publicada por Hackluyt, t. II, 2.ª parte, p. 169.

(8) Herrera, t. III, pág. 294; Cabrera, t. III, p. 498.

(9) Estaba olvidado hacia cerca de treinta años en el Peñon de Velez cuya plaza mandaba desde 1563 y tenia enemigos y envidiosos como su hermano. Va en la expedicion de 1591, no pudo salir de Lisboa hasta el 30 de agosto; el combate con el *Revenge* fué el 8 de setiembre. Véase en Cabrera con cuánto despecho lo supieron sus émulos.

pegar fuego á Plymouth: la confianza que inspiraba á su gente acaso hubiera procurado algunas horas de gloria; pero estando en las aguas de Cádiz, adonde habia de enviársele, y él con impaciencia esperaba, la autorizacion para hacerse á la vela, hubo de recibir dos órdenes á la vez: en la una se le mandaba aparejar para el cabo de San Vicente; en la otra dejar su escuadra y presentarse en Madrid (1). Escribió sin perder tiempo para saber cuál de las dos órdenes debia obedecer, «y porque no se le respondia, envió persona que al cabo de veintinueve dias volvió con órden de ir á Lisboa y hacer lo que el cardenal archiduque Alberto le ordenase.» La travesía de Cádiz á Lisboa hizo perder hasta el 6 de julio; despues el cardenal archiduque esperó á su vez diez y nueve dias ántes de pensar en dirigir la escuadra de Bazan á las Azores. Cuando la escuadra llegó á estas islas, supo su comandante que los ingleses acababan de dar caza y despojar de su rico cargamento á la flota de las Indias.

(1) En 1592. Herrera, tom. III, pág. 337.

FIN DE LA PARTE TERCERA

PARTE CUARTA

Postrimerías del reinado

CAPÍTULO PRIMERO

ADVENIMIENTO DE ENRIQUE IV

1589-1590

ÚLTIMOS MESES DE ENRIQUE III.—EFERVESCENCIA DE LA LIGA.—CAMPAÑAS DE ARQUES Y DE IVRY.—SITIO DE PARIS EN 1590

I.—Ultimos meses de Enrique III

Algunos dias ántes de morir Catalina de Médicis, ve entrar en su aposento á su hijo Enrique III, pálido extremadamente, anunciándole la muerte del duque de Guisa.—En cuestion de hechos consumados, le contesta friamente la madre, deben estar tomadas todas las precauciones (1).

Por desgracia, ninguna se habia tomado; sólo en el mismo dia se expidieron órdenes á los gobernadores de provincia para mantenerlos bajo la autoridad real (2); algunas horas despues pensó el rey en enviar á Ornano á Lyon con la órden de prender al duque de Mayena (3); pero ya le habia tomado la delantera Rossieux, escudero del duque de Guisa, para prevenir á Mayena del golpe de Estado, y la misma reina Luisa, la propia mujer de Enrique III, avisaba al duque de Mercœur que se pusiera en defensa en su Bretaña (4).

Mayena quedó aterrado á la noticia del asesinato, y sabiendo que los habitantes de Lyon no seguirian su partido, se retiró hácia su gobierno de Borgoña algunas horas ántes de la llegada del corso Ornano. Lanzando un grito desesperado, se dirigió á Felipe II: «Señor, le dijo, los católicos de este reino se echan á los piés de V. M.» (5). Pero Felipe II no estaba ménos turbado.—He encontrado, escribe un viajero (6), toda España conmovida por la noticia de la muerte de su buen amigo el duque de Guisa, y este Rey la ha sentido de tal manera, que dicen no sintió tanto la pérdida de su armada.—Felipe ignora cómo se recibirá en Francia el hecho, teme la coalicion de todos los partidos contra él y quiere contemporizar con Enrique III.—Guardaos, escribe á Bernardino de Mendoza (7), guardaos de pedir explicaciones al rey Cristianísimo mi hermano; no es malo que hable él primero; no os alejeis de él.

Sin embargo, la organizacion democrática de la Liga sobrevivia á Enrique de Guisa: el jefe militar habia desaparecido; pero podia reemplazarse por otro ménos generoso, ménos dominante, ménos desdeñoso del favor popular. Mayena fué tardo en comprender los recursos que se le ofrecian para su desquite; se decidió con repugnancia á ponerlos en juego, y no se presentó en Paris hasta el 12 de febrero, más de seis semanas despues de la muerte de su hermano.

Puede creerse que el aspecto de Paris revolucionado le ofreció pocos atractivos, porque con una actividad que no le era habitual, se puso en campaña contra Enrique III ántes que el ejército real estuviera en estado de protegerle. Enrique III se echó en brazos de su hermana Diana (8), duquesa de Montmorency, que supo reconciliarle súbitamente con Enrique

(1) Cheverny, *Memorias*, pág. 491.
(2) Ms. Bibl. nac. franc. 3425, fol. 5.
(3) Bernad, los Estados de 1593. Prólogo, pág. 36.
(4) *Historia del duque de Mercœur*, la Haya, 1692, pág. 57.
(5) Groze, tom. II, pág. 399. Mayena á Felipe II, del 12 enero, 1589.
(6) Carta de un desconocido de Madrid, del 4 febrero 1589, conservada en Rec. of. y citada por Froude, tom. XII, pág. 529.
(7) Baguenault de Puchesse, la *Política de Felipe II*, pág. 41.
(8) Era hija de Enrique II y, segun decian, de la piamontesa Felipa Duc.

de Navarra. Los dos príncipes unieron sus fuerzas, hicieron retroceder á Mayena y se apoderaron de Etampes y Pontoise.

El embajador de Felipe II, Bernardino de Mendoza, habia continuado, segun sus instrucciones, en Saint Dié, cerca de Blois, hasta que supo la llegada de Mayena á Paris (1); entónces se dió prisa en volver á la capital á fin de regularizar la resistencia, sin considerar que venia á ser jefe de rebeldes y se sometia así á los azares de la guerra: cuando su fiel correo Hanz Oberholtzer, antiguo reitre de sus campañas de Flandes, fué sorprendido por el conde de la Rochefoucauld con las cartas destinadas á Felipe II, escribió Mendoza reclamando á su criado y las cartas. «Donde no, decia, es querer romper guerra con el Rey mi señor» (2).—Señor Don Bernardino, replica Enrique III (3) os he de decir que no puedo yo tener sino como cosa de enemigo todo lo que viene del lugar á que os habeis retirado sin mi permiso, lo que os ha hecho perder el nombre y privilegio de embajador: esto no impedirá sin embargo que yo guarde paz y amistad con el rey Católico, mi buen hermano.

—El Rey de España, exclamaba Mendoza con despecho (4), no sabe mostrar brio en semejantes ocasiones; y yo de ninguna manera iré sin sacar á mi criado, aunque me cueste la camisa.

Felipe II, en efecto, no se veia de buen grado comprometido á sostener una guerra civil en Francia, sin provecho posible, y cuando debia reparar los desastres del año anterior y defender á Portugal contra la invasion inglesa. «Cierto que no me contentan estas cartas de Francia, escribia al márgen de un resúmen de despachos (5): que no estar juntos los estados ni ayudarse con dinero es muy malo. Y así creo que han menester mucho dinero de acá.» Despues de tanto dinero mal gastado, va á ser preciso reunir más á toda costa y gastarlo por una causa perdida. El rey de Francia sitiaba á Paris con cuarenta mil hombres: esta union tan temida de treinta años atrás por la autoridad real y los soldados protestantes, aparecia realizada á los ojos de Felipe en los momentos en que sus propias fuerzas parecian más debilitadas: comprendia que Paris iba á someterse á su rey, que toda Francia se iba á aliar con Inglaterra y Holanda, cuando de pronto recibe una carta de Mendoza (6). «Dios ha sido servido librarnos por un suceso solo de su mano. Un fraile ha salido de esta ciudad con resolucion de matar al rey, para la mayor gloria de Nuestro Señor. V. M. juzgará si este pueblo tiene que dar gracias á Nuestro Señor por el señalado beneficio que acaba de conceder á la religion.»

Pero Felipe II no tenia la misma tentacion de ver el dedo de Dios en el puñal de Jacobo Clemente: el rey de España no queria que estuviera el puñal en otras manos que las suyas, ni que los frailes se salieran de la disciplina, impelidos por el fanatismo. Por esto, cuando los empleados de su cancillería hablaron de este desenlace que libraba de tan grandes inquietudes y abria inmensos horizontes, dejando vacío el trono de Francia, tuvieron buen cuidado de añadir que, si bien se echaba de ver el Juicio maravilloso de Dios, mirara mucho el rey por el buen recabdo y seguridad de su real persona (7).

II.—Efervescencia de la Liga

Desde la muerte del duque de Guisa y la prision en Blois de los principales agitadores de Paris, se habia apoderado del pueblo de las grandes ciudades una especie de frenesí. En Paris, el maestro de armas Leclercq «se sentia capaz de hacer de capitan» (8) y vino al frente de una turba de gente armada á prender á los miembros del parlamento que no parecian bastante puros y conducirlos á la Bastilla: algunos consejeros habian huido ya á Tours, y los demás, bajo la presidencia de Bernabé Brisson, firmaron servilmente los decretos que dictaba el pueblo (9). En Tolosa, el odio á las autoridades legales se manifestó con más violencia todavía: el primer presidente Duranti y el procurador general Daffis se vieron obligados á buscar refugio en el convento de dominicanos: el pueblo amenazó incendiar este asilo; Duranti se envolvió en su roja toga, abrazó á su mujer, Rosa de Caulet, y salió á la calle. Los católicos «lo mataron y se encarnizaron con él de tal manera que era imposible reconocerlo, creyén-

(1) Estaba aún en Saint Dié el 1.º de febrero, 1589.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1569, piezas 79 y 82.
(3) *Ibid.* pieza fechada en el campo de Beaugency y refrendada por Revol; junio de 1589.
(4) *Ibid.* pieza 91, del 21 junio, 1589. Estas murmuraciones eran muy raras entre los agentes de Felipe II y muy imprudentes, porque todas sus cartas pasaban por la vista del amo.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 29.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1569, piezas 111 y 112. Véase tambien Baguenault, *Politica de Felipe II*, p. 43.
(7) Ms. Arch. nac. K. 1592, pieza 3.
(8) D'Aubigné, t. III, p. 215.
(9) Por ejemplo, el destronamiento del rey, el 26 de enero.

dose desgraciado el que no le habia dado algun golpe» (1).

De todas las grandes ciudades, pero de Paris sobre todo, tendian los brazos á Felipe II, pues se recaia en las vergüenzas del siglo precedente: ya en 1419, cuando el delfin Cárlos hizo matar en el puente de Montereau al duque de Borgoña, el populacho de Paris habia llamado á los ingleses para vengar á su ídolo: ahora llama á los españoles... En todos tiempos la democracia parisiense olvidó la patria en el furor del momento.

Con todo, á pesar de las pomposas exequias que Paris hacia al duque de Guisa, á pesar de las imprecaciones, á pesar de la apoteósis, la Liga habia sentido un alivio positivo al perder á su jefe. Guisa, el soldado arrogante y orgulloso, inquietaba al pueblo: lo que da popularidad no es el genio, sino las maneras brutales, las frases huecas, la voz ronca. Llegaba, pues, el reinado de los frailes ignorantes, de los tribunos vulgares, de los oradores callejeros. La Liga opone á Mayena, á sus obispos, á sus capitanes, su sábia organizacion, sus órdenes mendicantes y el dinero de Felipe II. Y cae, no en poder de Mayena, sino de la comuna de Paris.

Desde su llegada á la capital, habia procurado Mayena ahogar la autoridad de los Diez y seis, transfiriéndola á un consejo compuesto de sesenta miembros, que conservara el título de los Diez y seis, pero que esperaba sustraer á la influencia popular (2); combinacion poco hábil, porque en toda asamblea que no tiene programa definido, ni atribuciones limitadas, el poder es de la fraccion más violenta. De los miembros designados por Mayena, los unos, como los cinco párrocos, rivalizaron en celo con los antiguos Diez y seis; los otros, como algunos prelados, no quisieron luchar con una democracia grosera y salieron de Paris. Los militares se reunieron con su gente de guerra; los letrados comprendieron que ganarian á poca costa buenos empleos aprovechándose del desórden: tenian el ejemplo de Estéban de Nully, que en la jornada de San Bartolomé habia hecho matar á Pedro de la Plaza para ocupar su puesto de presidente en el tribunal de subsidios; el de Le Tellier, que se hacia nombrar contador mayor; el de Marillac que anhelaba llegar á canciller. Y se dejaron llevar por la corriente democrática.

Fuera de esto, aunque los nuevos Diez y seis hubieran intentado repudiar las tradiciones de los primeros Diez y seis, no hubieran podido sino dar más autoridad á un extraño poder que se habia improvisado al lado de ellos, la oficina de la casa de la ciudad: era una comuna de Paris en la comuna de Paris, más pequeña é inquieta y muy más solícita en prodigar sus bajezas á Felipe II (3). Esta comuna de los puros se componia del preboste de los comerciantes y de cuatro *miembros de la oficina*. Ella misma, á su vez, estaba dominada y vigilada por predicadores y libelistas.

Los sermones eran á la sazon un festejo para el pueblo. La Iglesia habia creado las órdenes mendicantes para penetrar en medio de los pobres, de los ignorantes, de las víctimas; para mezclarse con los desgraciados, comprender sus vicios, hablar su lengua y sembrar entre ellos la esperanza. En los últimos grados de la gerarquía sacerdotal se agitaban multitud de frailes más pobres y tan poco instruidos como los obreros y los campesinos, frailes que vivian á tenor de una regla austera y en medio de crueles privaciones, que estaban prontos á los sacrificios más heróicos, como á las tentaciones más degradantes. Eran los verdaderos amigos, los únicos consoladores de las clases miserables; pero estaban siempre dispuestos á trasformarse en tribunos: los primeros ministros protestantes fueron en Francia frailes mendicantes; y de las mismas órdenes salieron tambien los predicadores de la Liga. En ambos casos, eran impelidos, en su mayoría, por los instintos populares, por la envidia, por el horror de la injusticia; no pocos por huir de la regla; algunos por las seducciones de la guerra y del martirio. Ejercian irresistible poder cuando, de pié, sobre un guarda-canton,

(1) El cadáver fué colgado con el del procurador general y un retrato del rey, el 10 de febrero, 1589. Véanse dos relaciones contemporáneas publicadas en Tolosa en 1861, con el título: *Historia verdadera de lo que pasó en Tolosa.*

(2) Los 44 nombres añadidos á los de los diez y seis hombres que se improvisaron delegados de los arrabales, como se vió en una nota anterior son segun las notas copiadas por Lezeau cuyos manuscritos están Bibl. Santa Genoveva, H f 2: el cardenal de Lenoncourt, los obispos de Meaux, (de Brezé), de Senlis, (Roze), de Agen (de Villars), de Rennes (Hennequin); los párrocos de San Severin (Juan Prebost), San Benito (Juan Boucher), San Andrés (Cristóbal Aubry), Santiago, (Pelletier), San Nicolás (Pigenat); los militares Launay, Meneville, Canillac, Saint Pol, Mourault, Saussoy, Bourdaisiere, Fay, Villeroy, padre é hijo; los hombres de Ley Nully, Jeandin, Vetus, Lemaistre, Ormesson, Videuille, Masparault, Coquelet, Midorge, Machault, Soly, Caston, Marillac, Accarie, Lebeauclere, Poucher, Charpentier, Bourdeaux, Sermoise, Dampierre, Amours; y los burgueses Auroux y Fontanon. Véanse en el párrafo IV los nombres de los 16 coroneles.

(3) En la carta dirigida á Felipe II, que está Ms. Arch. nac. K. 1573, pieza 68, el preboste es La Chapelle-Marteaux, el marido complaciente de la hija del presidente Nully; los asesores que firman son Rolland-Compans y Costeblanche; en la del 16 de setiembre de 1591 hay las firmas del preboste Boucher, señor de Orsay y de los regidores Bretuel, Touches, Hotman y Lemoyne, *de la oficina de la casa de la Ciudad.* K. 1579, pieza 96.

con los hábitos arremangados sobre la coraza, los brazos y las piernas al aire, la partesana en la mano y la mirada fulgurante, arengaban á los transeuntes con gestos y palabras groseras. «En el huerto de las Olivas, decia uno de ellos, Dios hizo oracion por nosotros; pero si el rey va á un huerto, sólo es para entregarse á la lascivia» (1).

Los párrocos de Paris no gustaban de estos imprevistos procedimientos de sus peligrosos auxiliares. Desde luégo tuvieron que sufrir la adicion poco litúrgica de un *Oremus* contra el rey en las ceremonias de la misa (2); despues hicieron el elogio de Jacobo Clemente y luégo se resignaron á conservar á sus feligreses, compitiendo en violencia y cinismo con los más audaces oradores callejeros. Los más ambiciosos no se contentaron con la palabra y redactaron folletos.

Entre los folletos escritos en favor de la Liga ó de España, los únicos que tienen algun valor

Conduccion del cadáver de Enrique III de Paris á Poissy
(copia de un grabado de la época)

son los que se atribuyen á Roze, obispo de Senlis (3). Roze era de espíritu moderado, un hombre de letras; pero se veia arrastrado al partido de los violentos por sus relaciones con la hija del presidente de Nully: una mujer, en contiendas religiosas, no siempre da el mejor consejo, sobre todo si tiene faltas que expiar (4). La mayoría de los escritores combaten menos á los hugonotes que á los moderados: el transeunte á quien se gritaba *¡Al político!* era arrojado al Sena tan infaliblemente como el ministro protestante: es una aberracion de todas las épocas. El torpe que pide transacciones, el reinado de las leyes, la paz, es el más aborrecido, es el más peligroso, porque quiere despojar de su máscara á los hipócritas, de su alimento á los fanáticos, á los jefes de sus vanidades. Así el *Aguijon de los franceses*, decia: «No hagamos caso de las traidoras palabras del político, el cual se cuela entre nosotros con falsos pretextos, diciendo que áun cuando hubiera un rey hereje, no dejaria él de vivir en su religion. ¿No sabeis que teniendo un solo diente dañado, no hay ya reposo ni gusto en todo el cuerpo? ¿Qué seria si la cabeza estuviera podrida, infecta y corrompida?»

Otra fuente infalible de éxito eran las absurdas narraciones que arrastraban la grosera credulidad del vulgo: así pues, los parisienses escuchaban con voluptuosa fruicion «las hechicerías de Enrique de Valois y las oblaciones que hacia al diablo en el bosque de Vincennes con la figura de los demonios de plata sobredorada,» y se indignaban de que se hubieran encontrado últimamente dos sátiros de plata sobredorada apoyándose en una fuerte maza. Los políticos decian que eran candelabros. «Estos monstruos diabólicos están ahora en esta ciudad.»

El populacho de las ciudades históricas tiene sus vicios que parecen idénticos en cada uno segun las diversas épocas: la canalla de Nápoles se distingue de la de Viena; el parisiense ha tenido siempre el mismo servilismo con jefes vergonzosos, la misma indiferencia para las ideas de ley y de deber, la misma sensiblería para los dolores imaginarios y las emociones ficticias, la credulidad misma para los cuentos necios.

La nobleza real del Campo de Saint Cloud,

(1) Palabras de Poncet, ya preso en el reinado de Cárlos IX. Véase Barthelemy, *Diario de un cura liguero de Paris*, pág. 116.

(2) En la colecta «Deus ultor impietatis et sponsæ filii spes unica, fac christianæ religionis hostibus superatis, propugnatores nostros tui honoris vindices gloriosos et speratæ victoriæ ad nos remitte compotes. Per Dominum Deum nostrum...

(3) Principalmente *De justa reipublicæ christianæ in reges impios et hæreticos auctoritate*, 1590.

(4) Estaba casada con La Chapelle-Marteau, preboste de los comerciantes.

no carecia tampoco de violentos y fanáticos. Los hidalgüelos en los países, donde no están disciplinados por una poderosa aristocracia, se distinguen por su odio á los moderados, por sus deferencias con los advenedizos, por su oposicion á todas las reformas. Cuando Enrique IV fué proclamado rey por los cinco mil protestantes del ejército que sitiaba á Paris.—«Es el rey de los bravos,—dijo el católico Givry; es nuestro rey.» Y luégo al punto los mariscales de Aumont y de Biron, los duques de Montmorency, de Luxemburgo, de Longueville y de Rohan aclamaron al nuevo rey. Pero la pequeña nobleza se dejó conducir por los intrigantes que recorrian el campo amenazando con el peligroso mote de *políticos* á todos los que se adhirieran á Enrique IV. Ninguno podia considerarse como un *puro*, sino se comprometia á retirarse á su casa (1). No era un mal humor sin objeto, á lo ménos en aquel momento: d'O vino á resumir las condiciones: todos los empleos y pensiones deben reservarse exclusivamente para los católicos (2).

En medio de esta defeccion, Enrique IV con sus protestantes, los suizos y los guardias franceses, espera aún tomar á Paris; cree que obstinándose en este sitio, atraerá á sí *el hierro de toda Francia*. «Tendré, decia, tendré conmigo á cuantos aman la patria y el honor. A los demás doy licencia y dejo en libertad para que vayan á buscar su salario al servicio de amos insolentes. ¿No seria una vergüenza haber venido á dar un beso á esta hermosa ciudad y no tentarle el pecho?» Pero las defecciones llegan á los más fieles: Biron quiere asegurarse la preponderancia en el Perigord, la Tremouille en el Poitou y parten. Enrique IV se ve reducido á no poseer sino el valle del Sena; conserva algunos suizos con sus gascones, reparte los demás entre el mariscal Aumont que ocupa la Champaña y el duque de Longueville, que tiene la Picardia.

III.—Campañas de Arques y de Ivry

Satisfechos de la muerte de Enrique III y de la disolucion del campo de Saint Cloud «querian los Diez y seis que se eligiera al rey de España y echarse enteramente en sus brazos, alegando la buena opinion que la comuna tenia de la probidad, piedad, fuerza y medios del dicho rey de España» (3). Pero Mayena logró que se proclamara por rey, con el nombre de Cárlos X, al viejo cardenal de Borbon; eleccion que no podia ménos de ser del agrado de Felipe II. Para un príncipe que teme la precipitacion es una fortuna poder ceñir la corona á la frente de un cardenal moribundo hasta que se maduren los planes y se pongan de acuerdo los adeptos. Como el cardenal Enrique dejó preparar la conquista de Portugal, el cardenal Cárlos daria lugar á emprender la de Francia. Las circunstancias son idénticas; los resultados no pueden diferir. Sin embargo, para que la analogía fuera perfecta, habria sido preciso que Mayena hubiera tenido bastante actividad para arrebatar é introducir en Paris á su rey cardenal, rodearlo á los ojos de Europa de todo el esplendor del trono y dejar reducido á Enrique IV al papel de pretendiente. El cardenal de Borbon estaba retenido en Chinon en poder de Chavigny desde el golpe de Estado de Blois. ¿A quién lo entregaria Chavigny? Diana de Francia, en nombre de Enrique IV, se presenta súbitamente á las puertas de Chinon, llama á Chavigny, le dice que tiene dos mil escudos en la mano y que entregará seis mil más cuando se le entregue el cardenal; ve que Chavigny vacila; sabe que el liguero La Chastre se aproxima á Chinon para libertar al anciano y ofrece catorce mil escudos.—Dadme una suma á buena cuenta y daos prisa en traerme el resto, dijo Chavigny. Algunas horas despues, la caballería de Saumur, conducida por Duplessis-Mornay, y la de Niort, mandada por Parabère, llegaban á las puertas de Chinon. Diana entregó el dinero; y Chavigny al cardenal que se resistia. El anciano fué cargado en un caballo y conducido al galope al castillo de Loudun, donde estuvo encerrado hasta su muerte (4).

Al mismo tiempo que se veia privado del rey cardenal, Felipe II tenia, como en Portugal, que defender sus derechos contra las pretensiones de todos los pequeños príncipes de Europa. Su propio yerno, el duque de Saboya, hacia cuenta de ganar el Delfinado y la Provenza. «Antes se darian al diablo que á él» (2), contestó el parlamento de Grenoble.—En cuanto á la Provenza, escribe Felipe II de su mano «cierto que yo he tenido por inconveniente, estas pláticas como habeis visto por el despacho pasado, que no ha de servir sino de más

(1) Angulema, *Memorias*, pág. 67; Nevers, tom. II, pág. 591.
(2) D'Aubigné, tom. III, págs. 186 y 217.
(3) Villeroy, *Apología y discursos*, pág. 142.
(4) Mad. de Mornay, *Memorias* publicadas por Mad. de Witt, tom. I, pág. 181.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1570, pieza 11, sumario de cancillería.

confusion y desconfianza (1). Cuanto más que en el norte el duque de Lorena muestra semejante codicia y se jacta de sus supuestos servicios.»—«Yo soy, dice (2) quien ha enviado á Mr. de Rosne á Paris con compañías italianas y albanesas (3) para comenzar la guerra; tengo buen derecho de conservar á Metz; pido el Toison de oro, pensiones...» (4). Felipe II no estaba en manera alguna por desmembrar su reino de Francia. Envió pues de Flandes á La Motte, gobernador de Gravelinas, para que ayudara á Mayena á desembarazarle de Enrique IV, y negoció empréstitos con sus banqueros.

Enrique IV tomó su partido con resolucion: en vez de dejarse cercar en medio de Francia, quiso tener una base que le permitiera recibir sus vituallas de la Rochela y de Lóndres, y diez dias despues de haber levantado el sitio de Paris, estaba ya en Dieppe donde formaba un campo atrincherado. Ocupaba el rio del Pollet apoyándose en el castillo de Arques, en Dieppe y en el Pollet. Este último punto debió haberse ocupado por el duque de Aumale, á lo ménos así lo creia Felipe II (5); pero Aumale se habia detenido en Eu, miéntras Mayena, confiado en la enorme superioridad de sus fuerzas y seguro de apoderarse de Enrique IV ó de empujarlo á la mar, avanzaba lentamente, esperaba á los valones de La Motte y el dinero del ajente financiero Moreo (6); con esto, no apareció delante de Dieppe sino tres semanas despues que Enrique IV (7), con diez y nueve mil peones y siete mil de á caballo, cuyas dos terceras partes eran extranjeros (8). El ejército de Enrique IV era la mitad inferior en número, pero estaba atrincherado en los hondos caminos de la Normandía y defendido por los pantanos de Arques y por pedregosas colinas, donde en viñedos cargados de pámpanos y racimos estaban emboscados los arcabuceros (9). Piezas de batir seguian á la caballería y con ella iba á los puntos amenazados (10). Por espacio de seis dias fatigó y desanimó Mayena á su ejército con inútiles asaltos contra Dieppe y el Pollet; despues, el 21 de setiembre, en medio de una densa niebla, dirigió todas sus fuerzas contra el castillo de Arques. Sus lansquenetes se encontraron de repente con los suizos de Enrique IV; bajaron entónces sus picas y gritaron que se rendian; luégo, en el momento de abrirles paso, comenzaron á matar suizos y á ocupar las trincheras. Al ver esto Enrique IV, cayó sobre ellos con sus infatigables jinetes. En esto los rayos de un sol de otoño disiparon la niebla, el cañon del castillo de Arques comenzó á tronar, Chatillon, el hijo de Coligny, llegó del Pollet con quinientos gascones, y Enrique IV, seguido de cerca por todos sus bravos, cargó al ejército de la Liga y lo arrolló.

Mayena no comprendió todavía que estaba batido, y el dia siguiente tentó un nuevo asalto contra Dieppe; encontrando siempre delante de sí á Enrique IV y sus jinetes y echando de ver, en fin, que en ocho dias de infaustos combates habia perdido la mitad de su ejército, por lo cual retrocedió lentamente hácia Paris.

A la narracion de estas heróicas jornadas se estremecieron todas las espadas de Francia; los hidalgüelos que refunfuñaban acudieron adonde se ganaba honra. Todos tenian por una gloria servir en el escuadron de la bandera blanca, escuadron prodigioso, como no se verá nunca, que era el alma del ejército. Rodeado de hombres como Givry, Parabere, Chanterac, Chanlivaut, Lavardin «el rey ganoso de prodigar su vida como un simple soldado (11) respondia á la pasion de todos de tener un héroe á su frente.» Sabia Enrique IV que estaban tan orgullosos de él, que pudo decir en una entrevista que tuvo con los ligueros.—No estrañeis que esté así apremiado por esta nobleza: todavía me apremia más en las batallas (12). Sus adversarios envidiaban la suerte de los que combatian á su lado: cuando Tremblecour, que habia llevado un regimiento lorenés á la Liga, cayó prisionero y, ya en libertad, fué á ver á Mayena: —Creedme, le dijo; es príncipe capaz de conquistar el mundo entero.—¿Qué deben pensar los suyos? añadia con despecho Bernardino de Mendoza (13).

En Enrique IV «la grandeza y el arte per-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 125.
(2) Lepage, *Cartas é instrucciones de Cárlos III*, Nancy, 1864, págs. 29, 34 y 83.
(3) Ya se han visto en las partes precedentes de estaobra y se verán aún, á estos auxiliares albaneses: era una caballería reclutada en Morea y en Albania desde el siglo XV por los venecianos con el nombre de *esradiotas;* los diversos ejércitos recibieron poco á poco mercenarios, de estos que vestian el dorman y los calzones de los turcos, el bacinete de hierro, y por armas la lanza, la cimitarra y la maza. Véase Cherrier, *Historia de Cárlos VIII*, tom. II, pág. 220.
(4) Lepage, pág. 196 y 258.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 143, Bernardino al rey.
(6) *Ibid.* K. 1570, pieza 11. Moreo trae los fondos á Ruan.
(7) Entre el 26 de agosto y el 15 de setiembre de 1589.
(8) *Ibid.* K. 1569, pieza 147, Bernardino al rey. Habia 7,000 suizos, 4,000 alemanes, 1,200 valones, italianos y albaneses.
(9) Sabido es que el cultivo de la vid era aún general en Normandía cien años despues. Boisguilbert, el *Detalle de Francia*, cap. XIII.
(10) Aubigné, tom. III, pág. 218.
(11) Saint Simon, el *Paralelo de los tres reyes.*
(12) Faye á Bellievre, 9 agosto 1590, edic. Halphen, p. 95.
(13) Ms. Arch. nac. K. 1571, pieza 25, del 14 febrero, 1590.

sonal fueron de repente útiles y siempre deslumbradores.» Pero estaba obligado por su mismo prestigio á superar constantemente la temeridad de los demás. En sus esfuerzos por parecer extremadamente bravo, la carne no siempre servia á la voluntad, y se cree (1) que en los momentos de combate en que se jugaba el destino de Francia, le cogia una especie de desvarío, durante el cual lo tomaba todo á burla.

No, no era un semidios, era un francés rebosando buen humor y gracia «que sabia ganar los corazones con ligerezas» (2). Pero á pesar de las pocas ilusiones que sobre los caractéres le habian dejado sus antiguas decepciones, no se cansaba nunca en sus esfuerzos de seductor: «el hábito de las angustias y necesidades de su primer estado de jefe de partido le habia enseñado á conocer á los hombres, á no pretender hallarlos perfectos, á no disgustarse por sus defectos.» Aún ingrato, era todavía amable. Su espíritu, tan sobresaliente como su valor, le permitia descuidar los intereses, encantar á sus enemigos, encerrarse en la prudencia, si era más útil. Sus cartas á sus capitanes son cariñosas; sus arengas hacian tanta impresion que podian escribirlas por la noche los oyentes, y conservaron muchas con todo su sabor, pero no con su tono, como tenian cuidado de decir «con aquella gracia que nadie sabria imitar» (3).

Contra este capitan vacila mucho tiempo Felipe II en hacer avanzar á su gran hombre. Arriesgar á Alejandro Farnesio con Enrique IV hubiera sido forzar la fortuna, y se espanta de esta peligrosa prueba. El conde de Egmont, el hijo del soldado de San Quintin y Gravelinas, es el que opone Felipe al caudillo de Coutras y de Arques.

Pero ántes que Egmont estuviera en disposicion de llevar sus valones á Francia, quedaba Mayena abandonado con los restos de su ejército: de repente supo, en su retirada, que la capital estaba otra vez amenazada.

El dia de Todos los Santos, á las seis de la mañana, en medio de una densa niebla, escaló súbitamente Enrique IV las fortificaciones del arrabal de San German «donde habia gran número de herejes» (4) y comenzó á cañonear las de Paris. Se apoderó de Vaugirard y de Montrouge, hizo ahorcar á dos de los Diez y seis que cogió prisioneros; pero comprendió que no podia emprender un sitio en regla sin ser ántes dueño del círculo de plazas fuertes que rodeaban á Paris. Sin dilacion partió hácia el Loira, recorrió ciento cincuenta leguas en siete semanas, tomó á Vendoma (5), Mans (6) y Alençon, y cayó por fin, enfermo, rendido de fatiga, en medio del invierno. Durante su enfermedad se le ocultó en el castillejo de la Motte-Freslon, en el fondo del Poitou (7). Pero el vigilante Mendoza supo que el adversario de Felipe II acababa de desaparecer. «Se halla mal de su indisposicion ordinaria, que es escupir sangre algunas veces y una especie de tísica,» escribia á su amo (8). Y durante este tiempo acogia en Paris á Tassis, su predecesor, y á Moreo, el hombre del dinero (9), que llegaban llenos de promesas y escribian juntos á Felipe II.—Desde la frontera hasta aquí no hay ya comunicacion entre los pueblos, ni tráfico, ni cultivo: las gentes están miserables y desalentadas (10).

Pero de pronto reaparece á primeros de marzo Enrique IV y pone sitio á Dreux.

En estas mismas llanuras de las cercanías de Dreux, veintiocho años ántes, se habia librado ya una de las batallas decisivas de nuestras guerras de religion. Enardecido Mayena por el recuerdo de la gloria adquirida por su padre en aquellos lugares y excitado por el ardor del conde de Egmont, resolvió atacar el ejército de Enrique IV que cruzaba la llanura de Ivry abandonando el sitio de Dreux.—Ha empeñado imprudentemente la batalla y la ha dirigido mal, decia Alejandro Farnesio que no tenia en gran estimacion los talentos militares de Mayena (11).

Era la mañana del 14 de marzo: viendo á los ligueros bajar de una altura «y pareciéndole buen juego» á Enrique IV mandó al gran maestre La Guiche que diera el *alto á los brazos:* era mandar hacer fuego á la artillería. Nueve descargas siguieron á esta órden.» Hubo estrago á buen seguro, y habiendo vuelto la pelota la artillería del duque, todo comenzó á moverse (12). La caballería del conde de Egmont, mezclada con los arcabuceros de á caballo y precedida de Fray Mateo Aguirre, que agitaba un crucifi-

(1) Tallemant Des Reaux, edic. Montmerqué, t. I, p. 19.
(2) Saint Simon.
(3) Faye á Bellievre, 7 agosto 1590.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1569, piezas 170, 171 y 173, Bernardino de Mendoza al rey, noviembre 1589.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 184.
(6) *Ibid.* pieza 188.
(7) Mad. de Mornay, *Memorias.*
(8) Ms. Arch. nac. K. 1571, pieza 7.
(9) *Ibid.* K. 1569, pieza 201.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 201, el 30 de diciembre 1589.
(11) Carta del 24 de marzo 1590, citada por Gachard, *Corresp. de Felipe II*, tom. II, prólogo, p. 73.
(12) Aubigné, tom. III, pág. 228.

jo (1), rompe los primeros escuadrones franceses, desbarata las filas de la infantería y penetra hasta nuestra artillería. Viendo la derrota de su primera línea y que «algunos huian más de cuatro leguas sin volver al combate» (2), mandó Enrique IV montar á caballo á sus jinetes de la bandera blanca, los cuales se ajustaron los cascos, miéntras decia la oracion el ministro Amours, que habia cantado ya los gloriosos salmos de Coutras y Arquer. Luégo, *con semblante risueño*, dijo el rey: «Camaradas, amigos mios, si se os pierde la bandera blanca, buscad mi blanco penacho, que encontrareis siempre en el camino de la victoria y del honor» (3).

¿Qué podia hacer ya el conde de Egmont ante este huracan? Fonslebon le rompió el cráneo de un pistoletazo. «Teniendo que sostener el esfuerzo de dos mil buenos caballos, el ejército de la Liga no pudo resistir mucho tiempo (4), ni siquiera medio cuarto de hora (5).» Los reitres reclutados con el dinero del rey de España, «huyeron á la primera carga viniendo á embestir, dice Mayena, con la caballería de Flandes y mis *cornetas* que debian combatir conmigo y que puestas en desórden casi todas no pudieron cargar;» los lansquenetes, que el aventurero Saint Pol habia reclutado á costa del duque de Lorena, «bajaron sus picas, diciendo que no querian combatir (6).» Se decia que Enrique IV se detenia «á cinco buenos pasos delante de cualquier otro, y no pudieron nunca con su formidable bosque de lanzas romper el escuadron del rey» (7).

Arrollado en la derrota, imposibilitado de reunir á su mando treinta caballos, en medio de tal espanto (8), Mayena galopó buen trecho; no se atrevió á refugiarse en Paris, «temiendo con razon la cólera y ligereza del pueblo» (9); y no echó pié á tierra hasta la noche en Mantes: despues, rendidos por tan larga carrera, apénas quitadas las botas y con mano temblorosa, escribió una triste carta á Moreo, el dispensador de los recursos pecuniarios (10), suplicándole tuviera la bondad de no retirarle su benevolencia. «Con muy gran pesar mio, añadia, os envio las tristes noticias que el portador os dirá, siendo ellas tales que la muerte me seria mil veces más agradable....»

Moreo esperaba con Mendoza las noticias en casa de la duquesa de Montpensier, la noche del 14 al 15, cuando llegó este correo: al mismo tiempo recibia una carta de su hermano, que servia de capitan en el ejército de la Liga (11): de esta manera supo que se habia perdido la artillería y que los alemanes no habian combatido, rindiéndose al principio de la batalla. Pero entrambos se consolaron con la falsa nueva de la muerte de Enrique IV; dieron cita á Mayena en la ciudadela de Saint-Denis y le infundieron bastante confianza para decidirle á dirigir una carta apologética al rey de España (12). Esta carta, escrita de su mano, refiere largamente los pormenores de la derrota, echa la culpa de ella á los alemanes en primer lugar y luégo al pánico que siguió á la defeccion de los cobardes. «Ni capitanes ni soldados tenian oidos para oirme. Esta desgracia que por juicio de razon no se podia prever, ha dado gran ventaja á nuestros enemigos.»

Lo que pensará Felipe II tanto inquieta á Mendoza como á Mayena: el belicoso embajador echa tambien á los alemanes la culpa de la infausta jornada (13), y escribe otra vez el dia siguiente (14). Pero Felipe II no se deja dominar por estas emociones ni turbar por episodios: vive en otra esfera, léjos de los que obran y de los que mueren. El tiempo pasa; los reveses que se acumulan, los valientes que sucumben, no son nada en sus metódicas combinaciones. «No desplació mucho este suceso al rey de España, segun yo advertí en el darle el pésame, observa Cabrera (15), porque entendió, añade, que si venciera el de Mayena, tenia resolucion de matar en Paris los 16 diputados de la Liga y hacerse llamar rey.» Felipe II conservaba aún en Madrid al embajador Longlée, que ocho años ántes le habia enviado Enrique III; pero sin hacerle confidencia de las noticias que recibia sobre la batalla de Ivry.— «Y no seré yo quien se las dé, escribia Longlée (16), pues no por esto seria mejor visto.»

(1) Herrera, tom. III, pág. 195.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1573, pieza 72, *Relacion de Mayena.*
(3) Aubigné. Presenció este episodio.
(4) Relacion de Mayena, K. 1573, pieza 72.
(5) Aubigné.
(6) Mendoza al rey, 14 de marzo 1590, la noche siguiente de la batalla, K. 1571, pieza 58.
(7) Le Petit, *Crónica de Holanda*, t. II, p. 583. La narracion de Herrera, t. III, p. 195, parece haberse hecho sobre la *Relacion de Mayena.*
(8) *Relacion de Mayena.*
(9) Cheverny, *Memorias*, p. 499. Mayena fué luego de Mantes á Saint Denis.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1574, pieza 46, carta del 14 marzo 1590.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1574, pág. 48. «Aviendo perdido la artillería .. los dos mil lansquenetes que S. Pol traxo de Lorena se rindieron al principio de la batalla.»
(12) Ms. Arch. nac. K. 1573, pág. 72, carta del 22 marzo, 1590.
(13) *Ibid.* K. 1571, p. 58.
(14) *Ibid.* p. 59, del 16 de marzo.
(15) Tom. III, pág. 415.
(16) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 1.ª Longlée al gobernador de Bayona. Longlée estaba aun en Madrid el 8 de abril de 1590. (*Ibid.* pág. 2, Longlée á Matignon).

IV.—Sitio de Paris en 1590

El Sena venia á ser realista de Paris al mar, salvo en Ruan y Mantes. Mantes fué la primera en rendirse á Enrique IV; despues Vernon, Meaux y Melun, Provins y Corbeil, Lagny y Poissy (1), todas las ciudades por donde pasaban los abastos á Paris.

La cadena se extiende al rededor de la ciudad rebelde, y el hambre comienza pocas semanas despues de la batalla de Ivry (2), y va á reinar en ella con recrudescencias intermitentes; los comerciantes no venden, los operarios no encuentran ya trabajo, el dinero y el trigo se esconden en el fondo de las casas. El 4 de mayo de 1590 comienza el ataque (3); el 9 llega de Sens Enrique IV y toma á Charenton (4).

No quedaban más que unos 220,000 habitantes en Paris (5) é iban á morir la cuarta parte en los tres meses de estío (6).

«Por medio de la ciudad va una ancha calle de tiendas que, comenzando de la puerta de San Martin, la divide en dos partes hasta la puerta de Nuestra Señora, que á los lados tiene casas y tiendas y parece calle como las otras.» Esta magnificencia deslumbraba á los extranjeros. Las murallas de Cárlos VI á la orilla derecha y las de Felipe Augusto á la izquierda, habian sido reparadas en 1536 por Boccadore, el arquitecto municipal (7); pero estaban mal conservadas y abiertas por brechas en muchos puntos (8). Verdad es que los cañones de Enrique IV no alcanzaban más allá de cuatrocientos pasos (9).

El duque de Mayena no habia creido prudente encerrarse en la ciudad sitiada; estaba en Perona, desde donde enviaba á España súplicas sobre súplicas para que se le enviaran dinero y soldados, ora dirigiéndose á Don Juan de Idiaquez (10), ora al mismo Felipe II «muy humildemente para que fuera servido emplear por algun tiempo su autoridad y sus medios á nuestra conservacion» (11). Hasta fué á Flandes «con el parecer del comendador Moreo, para obtener de Alejandro Farnesio algunas tropas.»

El mando nominal pertenecia en Paris al duque de Nemours, que se esforzaba en reemplazar en cada distrito al coronel jactancioso é inepto de la milicia burguesa (12) con uno de sus caballeros. Pero cada uno de los Diez y seis, como cada uno de los predicadores, usurpaba su parte de autoridad, aparentando á la vez someterse á la supremacía de Mendoza y de Gaetano el legado.

El cardenal Gaetano (13) era un italiano afable y letrado, para quien era funesta su mision en Francia. No bien hubo pasado la frontera, cuando le robaron su equipaje: á su llegada á Lyon, el estrado de la sala en que se le dió un banquete, se vino abajo. Libre de estos peligros, entra en Paris en enero precisamente durante el entusiasmo belicoso de la comuna, que envia diez y seis batallones á recibirle con salvas de mosquetería. «El, que habia oido hablar de la suficiencia y discrecion de tales gentes, hacia continuamente señas con la mano para que cesaran, pero ellos, creyendo que eran bendiciones que les echaba, volvian á la carga sin cesar» (14). Acababa de hacer renovar el juramento de la Liga, cuando supo la derrota de Ivry. Prepárase á evadirse ántes del ataque de la ciudad (15), cuando llega su sobrino Pedro Gaetano trayéndole la órden de permanecer en Paris (16). Se resigna humildemente y áun recibe con docilidad los elogios de Mendoza (17); pero es casi al mismo tiempo obligado á autorizar la incautacion de todos los ornamentos de plata de las iglesias, para pagar á la gente de guerra (18), y muy luégo á bendecir una nueva procesion en medio de las importunas salvas de mosquetería: por delante de él desfilan hasta mil ochocientos frailes (19), todos con los hábitos arremangados, las capuchas atrás, el casco en

(1) Ms. Arch. nac. K. 1571, pág. 70. Sorpresa de Mendoza ante la rapidez de estos triunfos y discreto método del bloqueo. Enrique IV toma, además, durante las primeras semanas de sitio, á Palaiseau, Longjumeau, Brie, Bray y Nogent del Sena; poseia ya á Senlis y á Montereau.

(2) Desde el 23 de abril. *Ibid.* K. 1571, p. 84, Mendoza al rey.

(3) Barthelemy, *Diario de un cura liguero*, p. 245.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1571, pág. 99.

(5) Lestoile, 26 de mayo 1590.

(6) Herrera, t. III, p. 208.

(7) Sauval, t. I, p. 43.

(8) Pigafetta, *Relatione dell assedio di Parigi*. La sociedad de historia de Paris ha publicado en sus tomos III y VII, las relaciones mas curiosas de este sitio. La de Pigafetta está Ms. Bibl. nac. franc. 3960, fol. 40; y las de Panigarolles al duque de Saboya, se hallan *ibid.* 3947, fol. 273, y 3960, fol. 92.

(9) *Ibid.* pág. 53.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 75. Carta autógrafa del 10 mayo de 1590.

(11) Ms. Arch. nac. K. p. 77, carta autógrafa.

(12) Bol. Soc. hist. de Paris, tom. VII, inserta los nombres de estos caballeros.

(13) Este nombre ha sido casi constantemente disfigurado. Se lee Gaetano en las firmas. Véase, por ejemplo, Ms. Bibl. nac. franc. 3275, fol. 67.

(14) Legrain, citado por Alfredo Franklin, *Diario del sitio de Paris*, p. 130.

(15) *Ibid.* pág. 139. Es la relacion de un secretario italiano del nuncio.

(16) *Ibid.* p. 143.

(17) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 76; al rey, el 13 mayo 1590.

(18) Lestoile, 1.º junio 1590.

(19) Herrera, t. III, pág. 210.

la cabeza y el mosquete al hombro (1), cantando himnos y haciendo salvas, no con pólvora sola, por cuanto una bala vino á matar al capellan que el cardenal tenia al lado.

Estos frailes seguian siendo los verdaderos dueños de Paris. «Un pueblo, decia Enrique IV, es un asno que se deja llevar del ronzal, y principalmente el pueblo parisiense» (2). Los agitadores no eran solamente frailes, «ni pobres pedantes de la Sorbona, que han estado toda su vida en colegio;» eran tambien los procuradores. Estos agentes subalternos de la justicia se vieron súbitamente hechos amos del parlamento y del municipio, y se les volvió el juicio: trastornadas sus ideas, fueron víctimas de una fiebre frenética que acababa con ellos. Desde Pascua á Navidad de 1590 murieron sesenta y dos procuradores.

En este horno, todos los crímenes eran permitidos á los Diez y seis y á sus amigos.—«Un tonelero de los Diez y seis mató por su propia mano á una mujer muy honrada, viuda del relojero Greban, haciendo creer que era hugonota.—Uno de los Diez y seis, llamado Emmonot, mató á un buen católico, llamado Minterne, para robarle cuatrocientos escudos.—Un tal Moret, con muchos otros burgueses, fueron echados al agua por haber dicho que seria bueno hacer la paz.»

Entre tantos crímenes, el más despreciable fué el más inútil: los Diez y seis tenian en sus manos rehenes, tanto más odiosos á la democracia, cuanto que eran un sabio y un artista. Cuando huyó de Paris Enrique III, dijo á su primer inventor de vidriado fino, Bernardo Palissy, dejándole en el Louvre:—Amigo mio, me veo obligado á abandonaros en poder de mis enemigos.—Los que os obligan, señor, contestó el artista, no podrán nada contra mí, porque sé morir (3). Palissy fué encerrado en la Bastilla por Leclerc, y abrumado «de miserias, necesidades y malos tratamientos» (4), á pesar de sus noventa años. El pobre sucumbió como la mayor parte de los rehenes de la Bastilla, y á la mujer que tenia el valor de llevarle la comida, dijo Leclerc riendo «que lo encontraria con sus perros en la muralla adonde lo habia hecho arrastrar como tal perro.»

Contra los Diez y seis no habia recurso: un burgués presentó querella sobre un robo hecho por Louchard. «La demanda no pudo tener curso, no habiendo jueces ni secretarios bastante audaces para tocar á ella, atendida la calidad del personaje» (5). En este terror son víctimas de la autoridad de la comuna hasta los mismos frailes, los cuales se dejan condenar á proveer de comida en las puertas de sus conventos «á los pobres del barrio que les serán designados.»

Como en medio de estos desórdenes, las pocas provisiones que se habian reunido habian sido agotadas, el hambre comenzó á hacer estragos desde mediados de junio. Paris estaba tan cercado, que desde el 14 de junio hasta el primero de agosto, no pudo recibir el mismo Mendoza una sola carta (6). Los sitiados «se comian las zurrapas de las candelas de sebo, y el pan regalado era de avena, y en lugar de vino usaban agua de regalizia» (7). Disputábanse el reparto de los caroños y otras cosas más horribles (8); los más desesperados procuraban refugiarse en los arrabales, cerca del ejército real, y caian desfallecidos al llegar. «Todas las mañanas teníamos casos semejantes.» El legado concedia indulgencias (9), Bernardino de Mendoza «daba ciento ó ciento veinte escudos para pan todos los dias y hacia distribuir grandes calderas de sopa; despues de haber consumido todo su dinero, su crédito y el de su amo y vendido todas sus joyas y su vajilla de plata, entregó sus caballos (10). «Este veterano de los sitios flamencos no habia sido aún testigo de privaciones sufridas con tanta tenacidad, y no podia ménos de admirar, en cierto modo, á los que sucumbian al rededor de sus ollas de salvado. Desde 1.º de agosto habia superado en doce mil escudos el crédito que Moreo le habia abierto (11). A la sazon la cantidad de harina que en enero se vendia á dos escudos, valia ya ciento treinta (12). Un italiano afirma haber visto pan hecho con polvo de huesos humanos (13); pero no habia visto comerse á los niños; otro de los italianos del séquito del Legado (14), que vió tambien devorar el pan de huesos, añade que habia oido

(1) Dom. Felibien, t. II, p. 1190.
(2) Lestoile, 18 marzo 1595.
(3) Aubigné, t. III, p. 216.
(4) Lestoile.
(5) Lestoile.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 115, Mendoza al rey, 1.º agosto, 1590.
(7) Herrera.
(8) Aubigné, tom. III, pág. 236.
(9) Herrera.
(10) Chiverny, *Memorias*, pág. 500.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1571, pág. 115, Mendoza al rey.
(12) *Ibid.* pág. 121.
(13) Pigafetta, pág. 78.
(14) Corneio, *Breve y verdadero discurso de las cosas más notables...* Extracto de Alfredo Franklin, *Diario del sitio de Paris*.

decir á un presidente que se habian robado y cocido algunos niños. Puede creerse que sólo se cometió este crímen una vez y exclusivamente por los alemanes: los lansquenetes que estaban á sueldo de la comuna «comenzaron, dice otro testigo (1), á cazar niños, como perros, y se comieron tres, dos en el hotel de Saint Denis y uno en el hotel de Palaiseau;» despues de lo cual desertaron (2). La piel hablaba, dice uno de los familiares del legado (3); estaba amarilla y seca «y se encontraban todas las mañanas ciento, ciento cincuenta, y á veces doscientos, muertos de hambre en las calles (4). Hasta en casa de la duquesa de Montpensier se murió de hambre una criada.

Y todos aquellos papanatas sucumbian oyendo contar grandes victorias obtenidas en los otros barrios sobre el ejército real; henchíanse de noticias falsas (5), y se tragaban falsas proclamas (6) en que se decia que Enrique IV habia autorizado á sus soldados á tomar el dinero de los parisienses, «sus mujeres de grado y sus hijas por fuerza.»

Entre tanto y á su vista tomaba el rey á Saint Denis (7) y dejaba que sus soldados recogieran á los desgraciados que huian del hambre, sistema contrario á las leyes de la guerra, pero que disculpó (8) diciendo que, si los hubiera rechazado á la ciudad sitiada, habrian muerto sin conmover á los ligueros «que tenian la fuerza y la autoridad y provisiones de sobra para sus necesidades.» Permitia, tambien, introducir víveres, pero á buen precio: era una contribucion de guerra á cargo de los más ricos ligueros. Con esta idea tenia encargados á Givry y á Aubery du Maurier (9) «para que dejaran pasar á Paris todo el vino y leña que quisieran.»

Compadecidos de la miseria de los pobres, el cardenal de Gondi, obispo de Paris, y Espinac, arzobispo de Lyon, obtuvieron autorizacion del legado para tener una entrevista con Enrique IV, á riesgo de ser arrastrados á su vuelta á Paris.

(1) Lestoile, 16 agosto 1590.
(2) Pigafetta, pág. 79.
(3) *Ibid.* pág. 80.
(4) Corneio, pág. 46.
(5) Soc. hist. de Paris, tom. VII, pág. 245, 252.
(6) *Ibid.* pág. 194.
(7) El 9 de julio 1590.
(8) *Cartas misivas*, tom. III, pág. 285.
(9) *Correspond. de Mayena*, publicada por la Academia de Reims, tomo I, pág. 50, carta del 20 nov. 1590. Era un servicio oficial regularmente organizado. Ha habido error en acusar á Givry de haber sacado de esto su provecho, puesto que obraba por cuenta del ejército real, no por la suya propia.

Enrique IV tenia en su mismo campo el consejo de ministros: habia conservado á Revol, confidente de Enrique III, y llamado á Chiverny, canciller que cayó en desgracia algunas semanas ántes del golpe de Estado de Blois: Chiverny, tan ardiente partidario de la Liga hasta entónces, se dió prisa á abandonar sus empresas para acudir cuanto ántes al llamamiento del rey «sabiendo, decia (10), cuanto importa á un servidor que tenga su amo segura opinion y confianza de su fidelidad y de su afecto, cuando entra á su servicio.» Al verle llegar Enrique IV, le entregó las dos llaves del cofre de los sellos de Francia (11) y le dijo sonriendo: «Hé aquí las dos pistolas con que deseo me sirvais: con ellas me habeis hecho bastante daño; pero estais perdonado. Os dejo para ir á rogar á Dios á mi manera; rogadle vos á la vuestra.» Pero sus ministros y hombres de ley no penetraban fácilmente hasta él. «Toda la noche anda á caballo; se acuesta á las cinco de la mañana y se levanta á las diez... No habla más que con gente de guerra» (12). Se aprestó, sin embargo, á recibir en la abadía de San Antonio á los dos prelados que salian de Paris para proponerle una paz general (13).

—Segun eso, les dijo, Paris no quiere abrirme sus puertas, si la paz no es general: Paris se hace árbitro entre Mayena y yo. Es cosa chusca esto de ver una plaza hambrienta empeñarse en persuadir de la conveniencia de la paz al duque de Mayena, que está gordo y sano y á sus anchas. Los de la Union no temen que Paris sea desgarrado, con tal que saquen ellos un jiron: así, todos son españoles ó españolizados. Vos, señor cardenal, deberiais tener piedad de los que son vuestras ovejas; y vos tambien, señor arzobispo. En achaque de teología, no alcanzo mucho; pero sé lo bastante para deciros que Dios no quiere que trateis así al pobre por complacer al rey de España y á Bernardino de Mendoza.»

—Pero si Paris se entrega, se arriesgó á decir el arzobispo de Lyon, vendrá luégo el rey de España á sitiarlo otra vez y á tomarlo.

—¡Vive Dios—exclamó el rey.—Si viene lo

(10) *Memorias*, pág. 504.
(11) Faye á Bellievre, 11 julio 1590, pág. 90, ed. Halphen, p. 90. Chiverny, *Memorias*.
(12) Faye á Bellievre, 9 julio 1590, pág. 81.
(13) Faye á Bellievre, carta del 7 de agosto, pág. 94. Faye asistió á la entrevista é hizo la reseña bajo la impresion del momento. Su carta se copió é insertó en la *Cronología* de Palma Cayet y en las *Memorias de la Liga*. La relacion oficial estaba perdida; pero se acaba de publicar por la Soc. hist. de Paris, tom. VII, pág. 239 y está absolutamente conforme con la carta de Faye.

recibiremos como se merece.—Reprimiéndose luégo, continuó con templanza:—He jurado contra mi costumbre; pero ahora os digo serenamente que por Dios vivo no sufriremos esa mengua. Quiero entrar en Paris; haré ahorcar á los que han sido causa de la muerte de tantos pobres, y aseguraré á los demás la paz y la libertad religiosa. Decidlo así para que no se os acuse de infidelidad para con vuestra patria.

Durante esta conferencia, se diseminaban los burgueses por los arrabales, se mezclaban con los soldados del ejército real «y en este encuentro muchos parisienses lograron su salida de la ciudad» (1); otros volvieron á entrar con ideas más tranquilas; una especie de resorte dejaba asomar el buen sentido. La comuna reprimió rudamente estas tentaciones patrióticas, haciendo ahorcar á muchos burgueses «de los más significados,» y entre ellos al joyero Leprestre (2). Ocho dias despues, no pudo impedir que salieran otra vez los dos prelados para declarar á Mayena que Paris se entregaria dentro de cuatro dias (3).

Pero llegaba ya el ejército de Alejandro Farnesio. Enrique IV, que sabia cuánto arriesgaba continuando el sitio ante el amago de tal caudillo y tales soldados, evacuó los arrabales el 18 de agosto y sólo pensó ya en prepararse para una batalla.

CAPÍTULO II

CAMPAÑAS DE ALEJANDRO FARNESIO EN FRANCIA

1590-1592

ÚLTIMAS CAMPAÑAS DE FARNESIO EN FLANDES.—PRIMERA CAMPAÑA DE FRANCIA.—LA COMPAÑÍA DE JESUS.—LOS MENDIGOS Y LOS TRAIDORES.—LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES DEL LANGUEDOC Y DE BRETAÑA.—LOS ALIADOS Y LOS NEUTRALES.—IMPOTENCIA DE LA LIGA.—SEGUNDA CAMPAÑA DE FARNESIO EN FRANCIA.—CATALINA DE BORBON

I.—Ultimas campañas de Farnesio en Flandes

Viendo Alejandro Farnesio desaparecer la armada que habia de trasportar su ejército á Inglaterra, juzgó necesario levantar la moral del soldado con un triunfo importante y rápido. En esta obligacion de dar cuanto ántes un golpe ruidoso, escuchó al inglés Grimstone, que le prometió la plaza de Berg-op-Zoom, mandada por el escocés Balfour. Los Países Bajos habian venido á ser el asilo de todos los malhechores de Europa. Eran ahorcados muchos, asalariados no pocos, y habia ya la costumbre de vivir en una atmósfera de asesinatos y traiciones. Farnesio, que el año anterior habia adquirido á Güeldres por mediacion de un escocés, esperó adquirir del mismo modo la ciudad de Berg-op-Zoom. Con esta idea escogió tres mil hombres de los más fuertes entre sus españoles é italianos, los condujo él mismo hasta el fuerte de la Cabeza, vió abrirse el rastrillo y penetrar por la bóveda á sus soldados; mas luégo oyó un espantable cañoneo. Emboscada la guarnicion en las estrellas y contra-escarpas, acechaba á los desgraciados y los abrasó sin que pudieran defenderse. «Oyendo el tiroteo Alejandro, fué tal su despecho que hubiera entrado en la plaza á no contenerle sus más íntimos (4).» Muy pocos fueron los que se salvaron. A Don Alonso de Idiaquez (5), que aunque capitan de una compañía de caballos, quiso hallarse como infante en esta ocasion, le salvó el sargento Limon, que le tomó sobre sus hombros (6) y le sacó á nado á través de los fosos de la plaza. Cuando Grimstone, autor de la estratagema, fué á preciarse de ella á la corte de Inglaterra, la reina Isabel le arrojó un bolsillo con estas palabras: «Andad á vuestra casa, donde me acordaré de vos para emplearos siempre

(1) Relacion publicada por Alfredo Franklin, pág. 208.
(2) Lestoile, 8 agosto 1590.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1571, pág. 117, del 17 agosto 1590.
(4) Aubigné, tom. III, pág. 202.
(5) Hijo de D. Juan de Idiaquez. Llegó á ser duque de Ciudad Real y virey de Nápoles.
(6) Coloma, pág. 10. A Don Sancho de Leiva le salvaron tambien sus soldados.

que haya menester un hombre que sepa hacer bien el personaje de traidor.»

Leicester habia dejado en Gertruydenberg otros ingleses que se creian los soberanos de la ciudad, ponian á rescate á sus habitantes y hacian correrías á lo largo de los canales, saqueando los barcos y á los negociantes que con ellos traficaban (1). El príncipe Mauricio de Orange acometió la empresa «de castigar á los amotinados, para dar un buen ejemplo de obediencia á todas las guarniciones.»

Abrió el fuego contra su ciudad de Gertruydenberg con sesenta cañones, «de tal manera que se estimó esta batería por la más furiosa que se hubiera visto hasta entónces en los Países Bajos (2).» Era una razon suficiente para que Farnesio se apresurara á ofrecer su apoyo á los amotinados: la guarnicion se encontraba así entre dos ejércitos que la amenazaban y solicitaban igualmente, y tomó el partido más favorable á sus intereses: completó en pocas horas el pillaje de la ciudad y salió con su botin, dejando á Farnesio la plaza.

Esta estrategia alrededor de los fosos de algunas ciudades, estas hostilidades en pequeño, no eran del gusto de Farnesio. Por otra parte, sentia pesar sobre sí un odio sordo; sabia que no faltaban quejosos de él en el Escorial. Se le acusaba, «de no haber cumplido con su deber cuando la armada española estaba cerca de Calais y de haber sido la causa de la muerte de tantos soldados en Berg-op-Zoom (3).» Sobre todo se le reprochaba no haber exterminado á los protestantes en las ciudades que le estaban sometidas y carecer de fervor en sus prácticas religiosas (4). Adivinaba su condenacion principalmente por la ruina de su salud: creíase envenenado; se le hinchaban las piernas (no sin sospecha de veneno), de lo que se lamentaban sus mismos criados italianos, diciendo sin rebozo que los españoles habian puesto así á su amo (5). Esta opinion se generalizó. Farnesio no dudaba de que Felipe II queria deshacerse de él, como, segun se creia, se habia desembarazado de Don Juan de Austria. «Se le ha escapado decir, escribe un inglés (6), que tenia grandes sospechas de que le habian echado veneno en su comida ó bebida.»

Lo que puede afirmarse es que Felipe II daba gran importancia á las noticias de su salud. «De Flandes avisan particularmente, se lee en una nota de la cancillería, temerse la salud del duque de Parma, y lo mismo confirman de Lorrayne.—Ojo, pone el rey al márgen. En esto convendrá mirar luego, y así lo vean Don Cristoval y Don *Juo* (Idiaquez); aunque creo que debe ser lo mismo que es recibido á los 29 deste, pues esto es tan pocos dias despues (7).»

Lo cierto, igualmente, es que Felipe II prodigó á Farnesio muestras de confianza en el momento mismo en que le buscaba sucesor (8); le declaró que su conducta habia sido la que debió ser durante toda la campaña marítima contra Inglaterra (9); acogió con benevolencia al del Franco Condado, Richardot, á quien Farnesio envió á Madrid con encargo de justificarle; pero hubo de enviar á Flandes, un tanto como vigilantes, y otro tanto como sucesores, á dos jóvenes que tenian una actitud singular en la corte, como se ha visto en otro lugar (10); dos hombres orgullosos é inquietos, que pasaban ambos á dos por hijos naturales del rey (11), el príncipe de Ascoli y el duque de Pastrana.

Farnesio estaba muy quebrantado en Spa, «bebiendo el agua de las fuentes» y haciendo peregrinaciones á Aquisgran, donde por dar mejor opinion á Felipe II de su ortodoxia, hacia sus devociones, segun se cuidaba de hacer publicar, adorando las preciosas reliquias «que son: las bragas de San José, la camisa de la Vírgen María y la silla de Carlomagno (12).»

Los dos veranos de 1589 y 1590 se pasaron en el norte en golpes de mano contra algunas plazas y en preparativos de la campaña de Francia.

Pueden comprenderse estos golpes de mano con dos ejemplos, el de Nimega y el de Breda.

Entre los bandidos que pasaban de un partido á otro, segun las probabilidades del pillaje, uno de los más temibles era el aleman Martin Schenck. Constantemente ebrio y á caballo siempre, hasta para comer, hasta para dormir,

(1) Palma Cayet, pág. 138.
(2) Aubigné, tom. III, pág. 205.
(3) Palma Cayet.
(4) Aubigné. «Que no hacia gala de rosarios ni cuentas benditas.»
(5) Le Petit, *Crónica de Holanda*, t. II, pág. 570.
(6) Lodge, *Ilustraciones*, t. II, p. 396. Talbot to Shrewsbury, 26 mayo 1589: And himselfe gevethe oute that he greatly suspecte the himselfe to have receved som poyson, ether in som meate or drynke.» El mismo pensamiento se halla en [este verso, Ms. Bibl. nac. franc. 3960, fol. 75 :

Humant un œuf Parme s'est trouvé pris...

(7) Ms. Arch. nac. K. 1570, p. 11.
(8) Gachard, *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, p. 80 á 89.
(9) Bolet. Comis. real hist. de Bélgica, 1.ª serie, t. XIII, p. 8.
(10) Hist. de Felipe II, t. III, p. 54.
(11) Le Petit, *Crónica de Holanda*, t. II, p. 576. «Que se decia ser bastardos del rey de España.»
(12) *Ibid.* pág. 570; Aubigné, t. III, p. 207.

golpeaba á sus soldados, les heria y áun los mataba, pero le permanecian adictos por el atractivo del rico botin que les procuraba. Habiéndole expulsado el príncipe de Orange, se habia pasado al servicio de Farnesio. Habia vencido á Hohenlo y tomado á Nimega; despues pasó al servicio de los Estados y formó el proyecto de recobrar á Nimega, de que él mismo les habia despojado.

Salió, pues, de su fuerte de Schenck, que habia construido para dominar á Vestfalia, y con algunos hombres penetró embarcado á media noche (1) en el corazon de la ciudad, miéntras los demás de su fuerza lo esperaban á fuera bajo las murallas. Introdújose en una casa que se apoyaba en ellas á fin de practicar una abertura por donde entraran los de afuera; pero quiso la casualidad que en esta misma casa se celebrara una boda aquella noche: al ruido de los golpes las mujeres comenzaron á dar gritos, los convidados, medio ebrios, se diseminaron por la ciudad con antorchas encendidas y los vecinos y la guarnicion acudieron en armas. Schenck corrió á su barca, pero al saltar á bordo se deslizó y cayó al agua, y no pudiendo salir á flote por el peso de su armadura, se ahogó. Al dia siguiente sacaron su cuerpo del agua los burgueses y lo pusieron en la horca.

La ciudad de Breda estaba ocupada por una guarnicion italiana. Mauricio de Orange autorizó al francés Herauguiere á tentar un ataque parecido y puso á sus órdenes setenta hombres (2). El asentista de leña de los italianos de Breda, Adriano de Bergues, escondió á Herauguiere y sus aventureros en un barco de turba. El barco llega á primeros de marzo (3) por el canal y es visitado por un cabo que no ve más que turba, pero hace esperar la marea del dia siguiente para dejar abrir las esclusas por medio de las cuales se comunican el canal y los fosos de la ciudadela. «Durante esta espera los soldados escondidos tuvieron agua hasta media pierna y murmuraban de Herauguiere: el frio les hacia toser y escupir y en este apuro sólo esperaban ya que los descubrieran y ahorcaran.» Y los italianos de la ciudadela, que tenian tambien frio, no murmuraban ménos de este retardo, y mostraron gran celo en animar la maniobra para descargar el barco. El patron que oia en la bodega la tos de los escondidos «hizo cuanto ruido pudo para darle á la bomba.» Llegó, en fin, la segunda noche y salió Herauguiere, se apoderó con sus setenta hombres de dos cuerpos de guardia, mató á los que fueron á atacarlo al patio de la ciudadela y abrió una puerta á los refuerzos que lo esperaban extra-muros.

Muy luégo se desvia Farnesio de las preocupaciones de esta guerra de escaramuzas y se prepara para una expedicion á Francia.

Al enterarse Felipe II de la batalla de Ivry, se decide á empujar á Farnesio contra Enrique IV.

Recibe por instrucciones Farnesio, utilizar á Mayena y preparar el advenimiento de la infanta Isabel al trono de Francia.—Isabel, le escribe Felipe II (4), es, por derecho materno, la única heredera de la corona: no se deben tener en cuenta los usos contrarios, ni la supuesta ley sálica, de invencion reciente, como lo saben todos los que han estudiado la cuestion, ley desacreditada, á pesar de cuanto digan los mal informados.—Estas combinaciones de arte política y de ciencia militar convenian al genio de Farnesio: desde luégo se mide con el desgraciado Mayena.

Mayena estaba en el último apuro. «Beso humildísimamente las manos de V. A.,» escribia á Farnesio (5), buenas palabras que no interesaban al italiano, ni le hacian descuidar «ningun artificio para sacar de Mayena cuantas ventajosas condiciones podia (6). Es grato ver arrastrado á la órbita de Alejandro Farnesio á un hombre flojo é irascible como Mayena, que no sabia tener actividad ni aplomo, que sólo salia de su torpeza por un acto de brutalidad (7).»

Mayena estaba desconcertado por sus reveses y doblegado por su necesidad de dinero; y se desquitaba de sus bajezas con Farnesio difamándole en sus secretos coloquios con el hombre más importante de Europa, con el comendador Moreo.

Don Juan Moreo era el agente predilecto de Felipe II en Francia, el dispensador de sus larguezas. Falso y envidioso, sobresalia en sonsacar confidencias, corromper los corazones y sorprender las intenciones. Habia comenzado por sobornar al desgraciado Enrique de Guisa, com-

(1) El 10 de agosto 1589.
(2) Coloma, pág. 26; Aubigné, t. III; Palma Cayet, p. 212; Du Maurier, p. 221.
(3) El 3 de marzo 1590.
(4) Gachard, *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, p. 73. Instrucciones á Tassis, del 3 de mayo de 1590, y á Farnesio, del 1.º octubre siguiente.
(5) Colec. de Croze, p. 408, carta del 12 abril 1590.
(6) La Huguerye, *Memorias*, t. III, p. 339.
(7) Asesinatos de Saint-Mesgrin, de Sacremore y de los asesinos del presidente Brisson.

pró luégo á Balagny y á Cambray, asalariaba á Mayena y acriminaba á Farnesio. Felipe II lo habia recompensado con una rica encomienda y empleos de corte, que no tenia tiempo de ejercer ni aprovechar, gracias á su ardor atrabiliario por las misiones secretas. No era menos vanidoso. «Me ha alcanzado S. M. de mi religion, decia (1), el título de Baylio de Caspe y castellan de Amposta, y al delante, siendo castellan de Amposta, me cubriré delante de mi rey.»—Engáñase, escribe al márgen Felipe II, que se hacia exhibir las cartas dirigidas á sus agentes y se paraba en todos sus detalles. Moreo era además miembro del consejo de la guerra (2) y se veia llamado á desempeñar en la anexion de Francia el papel de Cristóbal de Mora en la de Portugal, soñando así largos años de omnipotencia. Por esto, más le inquietaba Farnesio que el mismo Enrique IV. Desde la batalla de Ivry, le venia denunciando por no haber querido dar infantería al conde de Egmont, lo que, segun él, habia sido causa de la derrota, y añadia: No le he ocultado mi opinion, lo que le ha mortificado tanto que no me trata ya cortésmente. Sin él, hubiera triunfado en Francia la causa católica (3). Despues explotaba la vacilacion de Farnesio ante los peligros de evacuar á Flandes y arriesgar un ejército insuficiente contra un hombre de guerra como Enrique IV. «He hecho, escribia de Spa el héroe al ponerse en marcha para Francia (4), he hecho harto más de lo que he podido poniendo en mucho riesgo lo que tengo á mi cargo y juntamente con él la honra y reputacion.»—En hora buena, decia Moreo al comunicar esta carta al rey (5); sin duda cree que se le envia á Francia «más por sacalle destos estados que por socorrer á los católicos de Francia; se le ha dicho que debe ser reemplazado por el cardenal archiduque, que está ya dispuesto á partir de Madrid. Fuera desto está muy mal conmigo (6).»

Farnesio creia temerario comprometer la dominacion española en el norte para penetrar en medio de Francia sin fuerzas preponderantes; pero Moreo disfrazaba en estos términos la prudencia del caudillo (7). «Aunque para dezir la verdad, he visto tan malas señales de voluntad en el duque de Parma, que temo no llegue á efecto nada... Temo alguna treta de Machiavelo por vias indirectas porque conozco la costumbre de los de su país.» Y todavía, excitándole más y más la bilis, llegó Moreo á decir al rey (8): «No hay príncipe en Italia, hay pocos en el mundo, que no anhelen engrandecerse; y este podria dar un golpe más tremendo que todos los otros: sabido es que no hay un perverso que no desee la muerte de V. M.»

Los tortuosos manejos y calumnias de Moreo daban ménos cuidado á Farnesio que las imprudentes hablillas de dos mozalbetes que se hacian llamar los *bastardos del rey*. El príncipe de Ascoli y el duque de Pastrana criticaban al general en medio de los regimientos y ganaban fácil popularidad. Era un juego peligroso: la guarnicion española de Jurtray se aprovecha de esta autorizacion que al parecer prometian los dos viajeros, para expulsar á sus oficiales y saquear la ciudad (9); en Tournay se insubordina un regimiento de Don Antonio de Zúñiga (10) «y todos estos motines y desórdenes se hacian á instigacion de los dos cortesanos, émulos de Farnesio (11).»

En fin, Richardot, el del Franco Condado, vuelve de Madrid con órdenes y caudales de Felipe II. Sus soldados vuelven á la subordinacion y disciplina al recibir sus pagas, y Farnesio se pone en movimiento. A principios de agosto se halla en Condé y el dia 14 llega á Guisa.

II.—Primera campaña en Francia

Farnesio no conocia exactamente ni la fuerza del ejército de Enrique IV, ni los dias que Paris podria resistirse aún: sólo sabia que Mayena podria darle apénas ocho mil hombres (12) y avanza con lentitud para no perder ningun hombre, sabiendo al llegar á Meaux, el 22 de agosto, la repentina muerte del importuno comendador Moreo.—Ha muerto envenenado, escribe el capitan Moreo, su hermano (13), el 18 de agosto en Meaux, en ménos de veinte y cuatro horas, sin poder pronunciar una palabra; pero

(1) Ms. Arch. nac. K. 1569, pág. 152 y 158, Moreo á Mendoza, del 2 octubre 1589.
(2) *Ibid.* K. 1573, pág. 65. La carpeta K. 1574 contiene principalmente su correspondencia.
(3) Citado por Motley, *the United Netherland*, t. III, p. 203.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1574, p. 64, Farnesio á Moreo, Spa 4 de julio de 1590.
(5) *Ibid.* pág. 65, Moreo al rey.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1574, p. 66.
(7) Ms. Arch. nac. K. 1574, p. 77. Moreo á Don Juan de Idiaquez, del 26 julio 1590.
(8) Citado por Motley, tom. III, pág. 204.
(9) Le Petit.
(10) Herrera.
(11) Le Petit, t. II, p. 576.
(12) Ms. Arch. nac. K. 1573; pág. 85, Tassis al rey.
(13) *Ibid.* pág. 90.

habia confesado y comulgado tres dias ántes (1). Y el antiguo embajador Tassis, que llegaba tambien á Meaux (2), escribia á Don Juan de Idiaquez: «Habeis perdido un amigo muy devoto: esta muerte súbita es muy triste. Dios lo haya perdonado. Amen.»

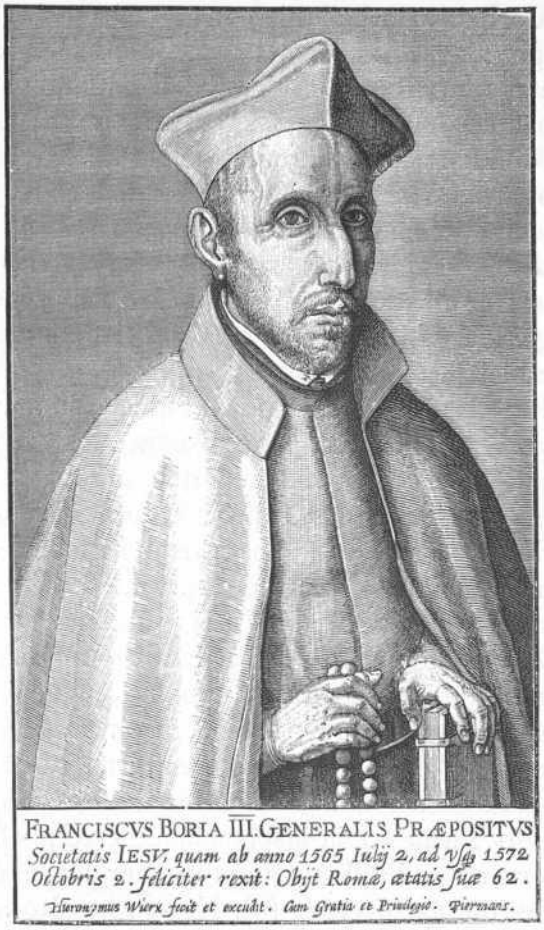
Llegan tambien á Meaux Mayena y sus ligueros, La Motte con artillería española y el príncipe de Chimay con los valones. Farnesio se encierra, á la orilla derecha del Sena, en frente de Lagny, en un campo que rodea de fosos y empalizadas, cuyos vestigios se encontrarian hoy acaso. Tenia cerca de veinticinco mil hombres y diez y ocho piezas de batir (3), miéntras Enrique IV, segun sus informes, sólo tenia diez y seis mil peones medianos, cuatro mil excelentes jinetes (4) y once piezas de campaña.

Enrique IV habia comprendido la necesidad de reunir sus fuerzas bajo su mando, y desatendió por el momento á Paris, estableciéndose en un campo atrincherado entre Vincennes y Saint-Maur, resuelto á dar la batalla, si veia una ocasion favorable (5). «No hay que engañarse, le decia Biron (6), hasta el punto de esperar que los soldados franceses aventajen en órden á los españoles.»

No tardó mucho Farnesio en realizar el pronóstico del viejo mariscal: despues de siete dias de inmovilidad, pasó el Sena, á favor de la niebla, derribó una cortina de los muros de Lagny á unos cuantos cañonazos, entró en la plaza y pasó á cuchillo la guarnicion (7).

Era una humillacion para Enrique IV ver tomar una plaza fuerte al lado de su ejército, y quiso contestar con un golpe más famoso. Aquella misma noche evacuó su campo, pasó el Sena, entró en el arrabal de San Marcelo á las dos de la madrugada y echó las escalas sobre la puerta Papal, entre las de Santiago y San Marcelo (8). Tras la puerta Papal se extendian los jardines de la abadía de Santa Genoveva: el rey esperaba entrar en la abadía, fortificarse en ella y desde esta posicion ir ganando paso á paso á Paris (9).

Los vecinos no velaban, pero precisamente á aquella hora estaban de centinela en la torre papal tres ó cuatro jesuitas. Uno de ellos, el P. Commolet, «por no estár ocioso, ensayaba su sermon» (10). Toman sus alabardas, las rompen en los cascos que aparecen en lo alto de



Francisco de Borja, tercer general de los jesuitas
(Facsímil de un grabado en cobre de J. Wierx, 1551-1619)

las escalas, y derriban dos hombres al foso, dando voces de alarma (11). Al punto acudieron el abogado escocés Balden y el librero Nicolás Nivelle (12), y despues algunos estudiantes. Sue-

(1) Esta congestion cerebral se tuvo generalmente por un envenenamiento. V. Coloma, p. 33. «Murió casi al improviso despues de cierto banquete.»

(2) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 89, Tassis á Idiaquez, del 12 de setiembre 1590.

(3) *Ibid.* p. 85, Tassis al rey, del 3 setiembre 1590.

(4) *Ibid.* «Muy buenos.»

(5) *Cartas misivas*, t. III, p. 245.

(6) Aubigné, t. III, p. 238.

(7) A excepcion del comandante Beauvais de La Fin, que acaso fué traidor; á lo ménos él fué despues el agente más activo de la traicion de Biron. Acerca de la toma de Lagny, la noche del 4 al 5 de setiembre, véase Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 87, Tassis al rey.

(8) Esta puerta estaba tapiada. Habíase abierto en las murallas en 1147 para la entrada solemne del papa Eugenio III.

(9) La noche del 10 de setiembre de 1590. Véase la Coleccion de Franklin, p. 270. Enrique IV asegura que sólo queria decidir á Farnesio á dar batalla (*Cartas misivas*), t. III, p. 250; pero puede creerse que no fué sino un pretexto para cohonestar el descalabro.

(10) *Historia de Alejandro Farnesio*, Amsterdam, 1692, p. 300.

(11) Herrera, t. III, p. 215; Coloma, p. 35; relacion publicada por Franklin, p. 270; relacion de Pigafetta, p. 98; relacion del tom. VII del *Boletin de la sociedad de historia de Paris*, p. 266; Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 129. Bernardino de Mendoza al rey, del 11 de setiembre de 1590. «Halláronse á la guarda solo algunos padres de la Compañía de Jesus; echaron de la muralla abaxo á los de las escalas.» Estas escalas abandonadas (*Bolet. hist. Paris*, t. VII) se dieron como trofeos á los padres, que las conservaron en su colegio de Clermont.

(12) Librero de la calle de Santiago, muestra de las *Dos Columnas*. El ardiente burgués murió 15 dias despues en el asalto de Corbeil. En 1589 fué enviado por Mayena al papa Sixto V para anunciarle la muerte de Enrique III, segun lo dice en su folleto *Carta del Illmo. Cardenal Montalto.*

na el toque de somaten y Enrique IV se aleja rápidamente de Paris.

Pero Farnesio comprendia que la ciudad no estaria libre miéntras estuviera hambrienta; gastó cien mil escudos de oro en su abastecimiento (1), de acuerdo con Sebastian Zamet, uno de los advenedizos afectos á Catalina de Médicis, y esperó facilitar la navegacion atacando á Corbeil. Corbeil hizo más resistencia que Lagny: la guarnicion y la mayoría de los habitantes murieron en la brecha. Exasperados los españoles, empujaron á los prisioneros al puente, donde los despojaron, precipitándolos luégo abajo riéndose de ello muy satisfechos (2). Los ligueros no fueron más respetados que los realistas: «á duras penas se pudo salvar á la hermana de M. de Aron, maestre de campo de la Liga; era cosa horrible la violacion de mujeres que hicieron los españoles» (3).

Pero los parisienses no agradecieron á Farnesio sus esfuerzos para abastecerlos, reprochándole el desprecio con que miraba á los jefes de la comuna; sentíanse humillados de verlo posponer sus ídolos, sus políticos al del Franco Condado Richardot, presidente de Artois, al italiano Cosme Massi y al francés Villeroy (4); dejaba que se hablara de tregua, de reunion de los estados, lo que no convenia á Mendoza (5), ni ménos al «corazon de los parisienses que muy luégo comenzaron á cansarse de la dominacion española, de tal manera que viendo Farnesio la insolencia de este pueblo, que no se podia dominar ni retener por fuerza, se decidió á volverse» (6). Ni áun intentó atacar á Melun, partiendo repentinamente hácia el norte.

A esta noticia, los caballeros de Enrique IV se agruparon al rededor de su tienda: Givry, Marivaut, Parabere y Harambure solicitaron perseguir á los españoles. El dia siguiente recobraron á Corbeil escalándolo en una noche, y despues corrieron á picar la retaguardia de Farnesio. El caudillo de los españoles marchaba en buen órden, hacia gran resistencia, pero dejaba diariamente algun destacamento extraviado ó bagaje perdido. Fué una retirada correcta; pero si Farnesio pudo preciarse de haber trocado en bloqueo el sitio de Paris, Enrique IV pudo á su vez gloriarse de «haber escoltado con fuerzas amenazadoras el ejército de Farnesio» que dejaba mucho bagaje á discrecion de los campesinos (7).

(1) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 88, Tassis al rey.
(2) Aubigné, t. III, p. 242.
(3) Palma Cayet, p. 248.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 143, Mendoza al rey, del 4 noviembre 1590.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 88.
(6) Chiverny, *Memorias*, 508.

III.—La Compañía de Jesus

La casualidad que apostó algunos jesuitas en los muros de Paris, precisamente en el punto mismo en que se colgaron las escalas del ejército real, no contribuyó poco á desfigurar el papel de la Compañía de Jesus en la Liga. La naturaleza de su influencia en los siglos siguientes, contribuyó más aún á extraviar la opinion: la lucha solapada y maligna de la Compañía de Jesus contra los principios que los antiguos católicos, los parlamentos y las asambleas del clero llamaban derechos de la Iglesia galicana, ha hecho creer que los Padres eran igualmente enemigos de la dinastía nacional. Esta idea está tan generalizada que se deben apreciar exactamente los servicios que pudieron prestar en Francia á Felipe II.

El error es debido hasta cierto punto á los mismos jesuitas, como quiera que dejaron creer que habian sido ellos los más importantes del partido católico, durante nuestras guerras religiosas, y no fueron nunca indiferentes al provecho que pudo haber en pasar por los dueños de la opinion. Todo, hasta su intervencion en el escalamiento del arrabal de San Marcelo, se ha exagerado por ellos: los buenos de los Padres, como todos los hombres de vida pacífica, gustaban de ponderar su valor militar; pero sin duda hubieron de producir más efecto con sus gritos que con sus alabardas.

Ello es lo cierto que eran casi tan odiados de los españoles como de los franceses: en Francia tenian, sobre todo, por enemigos á todos aquellos á quienes perjudicaban como competidores en la enseñanza de la juventud, esto es, á las órdenes religiosas que hallaban en los colegios sus medios de subsistencia. En España, país pobre, tenian por adversarios á todos los religiosos que sacaban su escasa pitanza de la caridad pública. «No pueden ni quieren faltar en tierra gorda,» decia el pueblo; y tambien: «Por sus industrias buscan lo mejor y más gordo de la tierra» (8). Fuera de la gente oficial, nadie les agradecia su actitud tan audazmente española en Portugal; y en cuanto á sus artificios para hacer asequible la anexion de

(7) Palma Cayet.
(8) Viaje del arquero Cock en 1585.

Inglaterra, llegaron á resultados tan desastrosos que se vió comprometida la influencia de la órden. No bien hubieron vuelto á la Coruña los últimos barcos de la armada, cuando Felipe II obtuvo del Papa un breve para que se examinaran de nuevo las doctrinas de la Compañía. «Vino á Madrid, llamado del Rey, Don Gerónimo Manrique, que fué inquisidor en la armada de la Liga en el año 1571, para hacer la visita de la Compañía de Jesus como consultor del Consejo Supremo de la Inquisicion, por Breve de Su Santidad que para ello trujo S. M. Tomáronle ásperamente los Padres teniendo la poca reputacion de asistir á esta consulta de los de la Inquisicion y haciendo extraordinarias diligencias para estorvarlo con el Rey por muchos medios» (1).

Pero apénas hubieron conjurado este peligro, cuando surgieron otros por diferentes puntos: las tres órdenes, de Santo Domingo, San Agustin y San Francisco, se coligaban en todo el mundo contra la Compañía de Jesus.—Estamos unidos, decian los religiosos de América, del Japon y de Filipinas (2). Cuando reprendemos á los recien bautizados que sigan reverenciando á sus mayores muertos en el paganismo y por consiguiente condenados para siempre, nos contestan ellos citando la autoridad de los Padres que los han bautizado: los Padres autorizan el culto de los mayores, estos recien bautizados lo afirman, y no es una calumnia, porque nosotros mismos hemos visto á los Padres de la Compañía tratar á los ministros de la religion del país (3). Con esto, cuando hay persecucion, se dirige contra nosotros, no contra los Padres (4). En la China, dejan los Padres estudiar los escritos de Kon-Chu (5): nosotros hallamos apénas idea de Jesus entre los que ellos han bautizado «por parecerles Dios crucificado y muerto bocado duro para principiantes.»

(1) Cabrera, t. III, p. 316. Véase sobre la larga persecucion de la Compañía de Jesus por la Inquisicion, *Historia de Felipe II*, t. I, pág. 203 y sig. Los jesuitas españoles se desquitaron hábilmente de esta vergüenza, invadiendo en el reinado siguiente la Inquisicion de España y haciéndose nombrar con frecuencia calificadores suyos. Por ejemplo, el P. Estéban Fenoll, rector del colegio de Barcelona, fué calificador en 1649. Vése cuanto se calumnia á la órden de Santo Domingo, cuando se la identifica con la Inquisicion española. Se pueden citar igualmente como inquisidores á los jesuitas Castro Palao, Tamburini, Maryn, Pereyra y sobre todo al P. Nitard. (*Revista británica*, enero 1875).

(2) Ms. Bibl. nac. fond. español, n.º 551, fol. 21. «Nuestros religiosos y los de San Francisco que, como queda dicho, vivian juntos.»

(3) Ms. Bibl. nac. fond. español, n.º 551, fol. 21. «Con los Padres de la Compañía, ministros antiguos de aquel reino.»

(4) Ms. Bibl. nac. fond. español, n.º 551, fol. 23. «Recargar la culpa de todas las persecuciones del Japon á los Padres.» En 1590. Véase tambien el fol. 38.

(5) *Ibid.* fol. 24. «Hallo muy poca noticia (de Jesus) entre los pocos fieles que hallo.»

—Es falso, contestaban los jesuitas: nosotros mostramos la cruz. Por lo demás, «no son idolatrías las honras que los cristianos chinos hacen á sus mayores difuntos ó á su maestro Kon-Chu, sino cortesías políticas é indiferentes.»

De esta manera ningun lazo de reconocimiento ni de amor los ligaba en España: al contrario, su mision verdadera, que era fundar la omnipotencia de un Papa infalible en una Iglesia dócil, no podia ménos de ponerlos en oposicion con Felipe II: las pretensiones del príncipe á sojuzgar el clero y dominar la Santa Sede, habian de ser más peligrosas, si Francia se anexionaba á España. Ningun pontífice podia ya hacer frente al soberano temporal de la Europa Católica.

Puede añadirse que los intereses de los Padres no los atraian tampoco á la Liga: no estaban seducidos como los demás miembros del clero por el atractivo de pingües prebendas: en su desinterés debieron sentirse más bien indignados que envidiosos, cuando vieron hecho arzobispo de Aix á un fámulo como Genebrard, uno de los Diez y seis. Nada recibieron, ni prebendas ni dinero. En los vergonzosos legajos de los recibos coleccionados por Felipe II, sólo una vez se ve el nombre de un jesuita.

Era en 1584, época de las conspiraciones contra Isabel de Inglaterra. «El Padre Inocencio Picquet, de la Compañía de Jesus,» cobra doce mil escudos de oro enviados por el rey de España (6). No era á buen seguro para acciones lícitas: Felipe II no tenia tantos escudos de oro sobrantes que fuera á emplearlos tan generosamente fuera de España en otro objeto que un asesinato ó una guerra civil. No se trata, pues, de hacer el elogio del Padre Inocencio Picquet ni de las tentativas de asesinato tramadas por los jesuitas contra la reina Isabel; trátase únicamente de hacer luz sobre un hecho histórico. La verdad es que los jesuitas no fueron aliados de España en sus pretensiones sobre Francia, ni metieron tampoco la mano en la bolsa que se abria para los traidores: el único recibo que existe de uno de ellos pertenece á una época en que no existia la Liga y en que Felipe II no pensaba siquiera en la corona de Francia.

Más tarde no sólo no recibieron nada, sino que fueron despojados de sus rentas. Los jesuitas de Paris vinieron á tal estado de pobreza, que tuvieron que implorar la piedad de Felipe II, y encargaron al único de ellos que era de nacio-

(6) Ms. Arch. nac. K. 1573, pág. 38. Recibo del 12 de octubre de 1584.

nalidad española, Juan Bautista Gonzalez (1), para que hiciera presente su miseria.

—Veinte años hace que vivo en Paris, escribe á Felipe; los que ejercen el poder en nombre del rey de España han detentado nuestras rentas sobre la casa de la ciudad; no se nos pagan nuestras mensualidades de colegio ni se tienen en cuenta nuestros servicios. Nosotros, sin embargo, éramos los únicos que vigilábamos en los muros, cuando se intentó escalarlos, y los que salvamos á Paris. Fuera de esto, nunca hemos interrumpido nuestros sermones ni nuestra enseñanza.

Hé aquí los únicos servicios de que se jactan los jesuitas; en nombre de ellos, en un momento de desesperacion, procura demostrar un español que son dignos de la caridad de Felipe, y no encuentra nada que alegar, sino aquella guardia en las murallas y sus sermones.

—Por esto, continúa Juan Bautista Gonzalez, se nos odia, se nos acusa de ser todos españoles, cuando yo soy el único español.

Así, pues, en medio de Paris son tratados casi como en las Azores, despojados de sus rentas por los ligueros y perseguidos como españoles por los realistas. Se les imputan todas las iniquidades. ¿Se da con un religioso de maneras pérfidas como el P. Mathieu? dice el *Correo de la Liga;* es un jesuita. Este P. Mathieu se llamaba en realidad Fray Mateo de Aguirre, de la órden de San Francisco, era natural de Vizcaya y cumplia con su deber de español, poniendo al servicio de Felipe II su prodigiosa actividad y sus talentos diplomáticos. Jesuita igualmente era, segun la leyenda, el P. Bourgoing, descuartizado en Tours; y era dominico (2). El abogado Ameline no pertenecia tampoco á la Compañía, bien que se hubiera disfrazado de jesuita para reclutar en muchas ciudades partidarios para la Liga (3).

Indudablemente, despues de la tentativa de asesinato de Barriere contra Enrique IV, serán expulsados los jesuitas; pero este decreto prueba principalmente su impopularidad. Los que mantenian vivos los furores populares y excitaban al asesinato, eran Montgaillard, llamado el Petit Feuillant, Feuardent, el Franciscano y los curas ambiciosos, que tenian siempre las manos llenas de doblones españoles.

(1) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 79.

(2) Ms. Bibl. nac. fond. Dupuy, vol. XV, fol. 5.

(3) Lestoile. Teníase en aquella época la manía de ver por todas partes la mano de los jesuitas. Cavriana, embajador de Toscana, escribia el 4 de agosto 1585. «I Gesuiti sono stati ministri a questa impresa (la liga)... il re ha avuto una gran patienza a non cacciarli di Francia.»

Los principales jesuitas procuraban, al contrario, la reconciliacion: ellos, casi solos, se atrevieron á declarar que sin incurrir en la pena de excomunion, se podian tener entrevistas con un príncipe hereje (4): de los cuatro teólogos que tienen el temerario valor de firmar esta invocacion á la paz, tres son jesuitas, Bellarmino, Vixio y Tirio (5). Despues, cuando sea necesario el último esfuerzo para hacer que la Iglesia acoja á Enrique IV, será tambien un jesuita, el cardenal Tolet, quien precipite la solucion (6).

IV.—Los mendigos y los traidores

Los curas de Paris no eran los únicos que estaban á sueldo por Felipe II. Al lado de la Sorbona, que lo felicitaba por preferir la salvacion de la Liga á los intereses de su dominacion en los Países Bajos (7), diez y seis bribones que se denominaban consejeros de los diez y seis distritos de Paris, le enviaban por conducto de Fray Mateo de Aguirre una solemne exposicion (8) en que decian: Podemos ciertamente asegurar á V. M., con los votos que todos los católicos hacen por ver á V. M. *(sic)* empuñar el cetro de este reino, como nos echamos de muy buena voluntad en sus brazos, como en los de nuestro padre.—Al mismo tiempo «los de la oficina de la casa de la ciudad» se prevalian, para enviar otra exposicion semejante, «de la confianza que nos ha traido el P. Mathieu, religioso de la órden de San Francisco» (9).

En Orleans la cofradía del Cordon (10) no se permitia entrar en relaciones más que con Bernardino de Mendoza; pero Poitiers y Saint Malo enviaban delegados á España (11).

(4) *Bolet. soc. hist. de Paris*, t. VII, p. 232, publica esta consulta sobre la cuestion propuesta por el legado, á saber: «Si se puede tener entrevistas con un príncipe hereje para obtener mejores condiciones para los católicos, sin incurrir en las censuras de la bula del 5 de los idus de setiembre 1589.»

(5) Este último era el rector del colegio de Paris. El cuarto teólogo era Panicarola, franciscano, obispo de Asti.

(6) *Corresp. del cardenal de Ossat.* D'Ossat al rey, del 30 de agosto 1595, tom. I, pág. 569.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 81. «Quum tibi potior Ecclesiæ quam servandi principatus in finitimo nobis Belgio...»

(8) *Ibid.* K. 1579, p. 89, de setiembre 1591. Es la pieza original con las firmas autógrafas numeradas de 1 á 17 por el órden siguiente: 1, Debussy, capitan de la Bastilla; 2, Roland, tesorero de ahorros; 3, Genebrardt; 4, Martin, doctor en teología; 5, Boucher, doctor en teología; 6, Acarie, consejero y contador; 7, ?, coronel de la ciudad; 8, ?; 9, Crucé, capitan; 10, Hamilton, doctor en teología y párroco de San Cosme; 11, Launay; 12, Sanguin, canónigo de Paris; 13, ?; 14, el gran prior de Francia; 15, Joly-Meline, uno de los capitanes; 16, Delabruiere; 17, Turquet, coronel. En los números 7, 8 y 13, leo probablemente por error Raunefaul, Douthuert y Du Pineant. La pieza está en perfecto estado. Acaso se añadieran los números por la cancillería española. En todo caso, sabido es que los Diez y seis eran á la sazon mucho mas numerosos.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1579, p. 96, del 16 setiembre 1591.

(10) Palma Cayet.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1577.

Sin embargo, los gobernadores de proviacia y de ciudad, son los más importunos en ofrecimientos de servicios y en exigencias de dinero. Ofrécense con cinismo, son por demás obsequiosos, compiten en ignominia, tienden perpétuamente la mano, extreman su gratitud por los menores agasajos. Hemos podido examinar los documentos que comprueban toda esta bajeza. El alma de Francia estaba sólo en el campo de Enrique IV.

Los períodos revolucionarios ponen de relieve ciertos caractéres; ven nacer los santos y los héroes; pero no son favorables á las costumbres públicas. El discernimiento entre el justo y el vicioso viene á ser raro. Viendo derrumbarse las instituciones, arruinarse las familias, improvisarse las fortunas, se llega á mirar el interés del momento como la más segura regla de moral y el espíritu de intriga como la mejor de las cualidades. Con el ejemplo de los hábiles se violentan las leyes de la conciencia. Así se ha podido decir con razon que habia muy poco de religioso en toda esta empresa de la Liga (1).

Si el celo católico hubiera sostenido realmente á los ligueros, habrian salido de sus casas, como los caballeros de Condé en la primera guerra, como los de Enrique IV en esta última crísis, con la bolsa llena, habiendo vendido sus bienes al efecto. Los ligueros hicieron lo contrario. «Si no tocaban el dinero de España, no querian marchar; ni el mismo duque de Mayena y sus servidores.»

De esta manera bien podia Felipe II repasar el estado de sus provincias de Francia, expresivo de los nombres de los gobernadores franceses que lo abrumaban con notas sobre el celo de cada uno (2). Más aún; si como en el Poitou, el gobernador, vizconde de la Guerche, no parecia bastante español «por las sospechas que se tienen de él,» era sustituido por Brissac, el vencido de las Azores, que aumentaba su hacienda sirviendo á todos los partidos, y dirigia súplicas lastimosas á Felipe (3) sin conseguir que se le perdonara enteramente haber hecho armas contra España; estaba como vigilado en su Poitou por el conde de Daillon, que conservaba á Poitiers, pero que enviaba á su mujer á Madrid á pedir dinero, á echarse á los piés de la infanta Isabel para decirle, entre sollozos, que su esposo se habia arruinado al servicio de España y no tenia más esperanza que su caridad (4).

Boisdauphin, gobernador de Anjou y del Maine, estaba más gordo que Mayena y no podia montar á caballo; sin embargo, no ménos habia convencido de su importancia á Felipe II. Disculpábase de su temeridad en escribirle. «Ofuscado de su esplendor, decia (5), he vacilado en ofrecerme.» Con esto recibia un despacho de diez mil escudos de pension; la misma asignacion de diez mil escudos se concedia á La Chastre, gobernador de Berri y Orleans. «Mas que no se les consignen en ninguna parte, decia el rey á su corresponsal Maldonado (6), para que dé lugar de ver lo que hace el uno y el otro.»

La Normandía pertenecia nominalmente á uno de los hijos del duque de Guisa; pero se conservaba á devocion de Felipe II por Villars-Brancas, que solicitaba su favor y su dinero (7). Este Villars se suponia descendiente de Scanderbeg y no era pariente del marqués de Villars-Savoye que ocupaba la Gascuña.

Este último era hijo del duque de Mayena. «Tengo necesidad, escribia (8), de treinta mil escudos para mí.» Recibia la promesa de seis mil (9); pero se guardaba de ser exigente porque tenia en su provincia un rival temible en el arte de atraer á sí las subvenciones de España, el jóven Lansac.

No merece Lansac que se le olvide al tratar de esta gente. Era hijo de un cumplido caballero de la Orden, que habia sido confidente de Catalina de Médicis y embajador de Francia. Probablemente habia sabido por su padre los proyectos de la expedicion á las Azores, y los reveló con su cuenta y razon á España. Ahora se precia de este antiguo servicio, recuerda haber contribuido por su parte al desastre de la armada francesa y suplica á Felipe II tenga á bien enviar á Burdeos un cuerpo de ejército, respondiendo de la conquista de todo el delta del Garona (10). Todavía, al cabo de algunas semanas, tiene pensamientos mucho más vastos;

(1) La Huguerye, *Memorias*, t. III, p. 346.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 90. Estado general remitido al rey.
(3) *Ibid.* K. 1573, pieza 100. La Guerche muere en este momento. (Fond. franc. 4019, fol. 51.)
(4) Ms. Arch. nac. K. 1584, piezas 81 á 86.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 67, de Nantes, 12 enero 1591.
(6) *Ibid.* K. 1575, pág. 52.
(7) Ms. Arch. nac. K. 1575, pág. 9 y 10.
(8) *Ibid.* K. 1583, pág. 9.
(9) A lo ménos puede inducirse de una nota puesta en Madrid al márgen de una carta de Saint Pol. Este da las gracias por 6000 escudos que ha recibido, y el empleado de Madrid, que lee mal la firma, cree que la carta es, no de Saint Pol, sino de Villars; de lo cual se deduce que otra tanta cantidad habia sido remitida á Villars. — Savoie, K. 1582, pág. 89.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1580, p. 27 á 36.

obtiene de Maldonado (1) una carta de recomendacion y parte para Madrid. Acumula memorias, importuna á los empleados, denuncia propiedades retenidas en manos de ingleses y propone que se confisquen en su provecho; designa en Madrid una casa que deberia alquilar para él Felipe II, llevará allá á su mujer y ya nada podrá separarla del rey á quien adora. ¿Qué servicios ofrece este intrigante para que el secretario Don Luis de Zúñiga (2) proponga, en efecto, que se alquile la casa y vaya allá la mujer de Lansac? Nada más fácil con el sistema de Lansac que conquistar á Francia, no ya sólo á Francia, sino tambien á Inglaterra y Holanda. Todas ellas tendrian que rendirse á discrecion de Felipe II, ó perecer.—Se os pondera, dice (3), al genovés Cristóbal Colon, que no dió al fin más que desiertos; yo ofrezco países ricos y poblados.—Este maravilloso secreto consistia simplemente en ocupar todas las salinas. Por espacio de un año entero Felipe II y sus empleados escuchan al majadero. «Hay que tomar las salinas para tener despues en nuestras manos la vida de todos los franceses. V. M. podria así dar y quitar la vida á quien quisiera.» Privados de sal los ingleses, no podrian abastecer sus navíos para largas navegaciones; sus marinos vendrán de suyo á entregarse por un puñado de sal. Es fácil ocupar la costa desde la Gironda hasta la península de Morbihan: por cien mil escudos se corromperia al gobernador de Brouage: «yo me encargo, decia, de Bourgneuf y del Croisic;» se tendria á Brest por otros cien mil. Él ya ha recorrido la Bretaña y preparado tráficos (4). Por el momento no se cuida más que de su propia persona, pero la entrega sin condicion. «Y se obliga por juramento (5) y promete solemnemente de tener para siempre de aquí adelante á V. M. por su rey legítimo, y vivir y morir en su solo servicio.» Pero lo olvida todo en Madrid y no le advierte á tiempo su hermano el obispo de Comminges, tan inquieto y tan español como él (6), los acontecimientos que ocurren en Francia.

Otra de las hechuras de Catalina de Médicis se daba tambien á un juego odioso. Balagny, colocado por ella en Cambrai, estaba dominado por su mujer Renata de Clermont «que tenia más talento y valor que él» (7). A ella fué á quien se dirigió el comendador Moreo para comprar, por precio de doce mil ducados mensuales, la alianza de Cambrai (8); pero la Balagny, en vez de consagrar estos fondos á mantener una guarnicion, escondia los ducados en los subterráneos de la ciudadela y se divertia humillando á los burgueses (9).

La mayor parte de las otras subvenciones no eran mucho más útiles: Bassompierre mostraba muy buena voluntad llevando noticias á Bernardino de Mendoza y conservando la ciudad de Soissons; pero pretendia que se le remunerara (10). El nieto de Montluc perdia el tiempo en el sitio de Domme en Perigord y escribia á Felipe II (11): «El difunto señor de Montluc, mariscal de Francia, mi abuelo, no negó nunca los favores que habia recibido de V. M. de quien se llamaba francamente servidor, y me dejó esta adhesion por herencia.»

Aturdido por tantos pretendientes, comenzaba ya Felipe II á desconocer entre ellos á los suyos y envolvia á todos estos franceses en la misma desdeñosa indiferencia. Cuando se le escribe que el mariscal de Rosne ha tomado los castillos de Montmorency y Ecouen, olvida que Rosne es el único hombre de talento de su partido y pone al márgen del escrito: «No se entiende bien de qué parte es este, mas debe ser de la de los hereges» (12). Y cuando se le habla del más violento español que hubo jamás entre los franceses, el cardenal Pellevé, escribe (13): «Dígaseme quién es este cardenal, que no cayo en él; no sé si es el de Sens.» Así, estos hombres que le consagran su vida y honor, que le entregan sus corazones hasta el punto de morir, como Pellevé, al verle definitivamente excluido, son desconocidos por su amo, que ignora si son amigos ó enemigos.

Sus marinos tienen mejor criterio: apresan los navíos de Saint Malo en la época en que Saint Malo pertenece á España (14); apresan, igualmente, en Gibraltar tres barcos de comerciantes de Lyon, cuando Lyon está en poder de la Liga, los barcos de los señores Martin y Juan

(1) Ms. Arch. nac. K. 1575, p. 115, de marzo 1591.
(2) *Ibid.* K. 1580, p. 57. En realidad, Lansac recibe en Madrid 9000 escudos en dos veces.
(3) *Ibid.* pág. 42 á 57.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 65.
(5) *Ibid.* K. 1580, p. 56.
(6) *Ibid.* K. 1584, p. 53 á 56.
(7) La Huguerye, t. III, p. 342.
(8) «Ganando á este hombre y á su mujer que le gobernaba.»
(9) Sobre la dominacion de Balagny en Cambrai, véase fond. Dupuy, vol. 191; fond. franc. núm. 3399, 3584, 20474, 20560; y fond. Colbert, vol. 337.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1595, pág. 94, de febrero 1591.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 83.
(12) Ms. Arch. nac. K 1569, p. 157.
(13) *Ibid.* K. 1582, p. 85.
(14) *Ibid.* K. 1578, p. 139 á 142, de setiembre 1592.

Les-Conets, personajes, escribe Mayena (1) en una reclamacion lamentable, «que tienen mucho poder en las ciudades de Lyon y Marsella, donde están en primer lugar.» ¡Siniestros avisos de la suerte reservada á Francia, si no se defiende!

Fuera de esto, ni los mismos agentes españoles recibian contestacion ni dinero: parecia que se les olvidaba tambien ó confundia. Cada provincia tenia su pagador español, cada gobernador su vigilante, cada corresponsal su cifra. La multiplicidad de las ruedas de esta máquina era tal y tanta, que es de excusar á Felipe haberse perdido en ella á veces, pues acaso la conocemos hoy mejor que él mismo. Fray Mateo de Aguirre se comunicaba con agentes, como Tassis, que habia gastado cuatrocientos cuarenta mil escudos de oro ántes del año 1590 (2); Gabriel de Alegría, el antiguo pagador del duque de Guisa; Gabriel de San Estéban, el pagador general (3); Diego Maldonado, Mendo de Ledesma (4) y otros muchos. El dinero rebosaba en todas las manos; ya el banquero Agustino Spinola volvia á suspender los anticipos (5), ya los pagadores españoles dejaban de percibir sus asignaciones y se lamentaban de su miseria, no pudiendo pagar los correos ni áun satisfacer sus primeras necesidades (6).

Pasaban los dias cifrando ó descifrando despachos (7) ó haciendo reaparecer los caracteres trazados con tinta simpática (8); todos ellos eran crédulos y prolijos en sus correspondencias; pero habian sabido muy sutilmente discernir los dos únicos hombres de mérito de la Liga, Rosne y Saint Pol.

Cristian de Savigny, baron de Rosne, habia nacido en el ducado de Bar, y fué enviado á Paris por el duque de Lorena en 1588 para derribar á Enrique III. Despues de haber organizado con los albaneses la jornada de las Barricadas, se entregó al duque de Guisa y luégo á Felipe II. Mayena le hizo mariscal de Francia y gobernador de la isla de Francia. Rosne no era francés y tenia el derecho de combatir á Enrique IV. Luchó contra él con talento y en vez de venderse á él como tantos otros, morirá con las armas en la mano.

El aventurero que se hacia llamar Saint Pol parece ser tambien natural de Lorena: fué mucho tiempo soldado; luégo jefe de partidas, y se hizo en fin príncipe de Rethelois y gobernador de Reims. Este advenedizo gustaba á la democracia de la Liga; recibió por órden de Alejandro Farnesio ciento sesenta y dos mil escudos en dos años (9); despues continuó cobrando seis mil escudos mensuales por conducto de Zamet (10) hasta que el jóven duque de Guisa le mató en un acceso de cólera. «Prometo, decia (11), no reconocer á otro que S. M. por mi superior y no sujetarme jamás á las leyes de un rey hereje... con tal condicion que S. M. me dará diez mil escudos cada mes.»

En cuanto al duque de Mayena, estaba considerado por todos los partidos como incapaz. «La floxedad é inconsideracion que tenia en quanto ponia mano, escribia Mendoza (12), y con quan rota desperdiciaba el dinero,» deben quitar toda confianza en él. Y como por otra parte no disimulaba sus pretensiones personales á la corona, ni su ambicion, tan grande que no queria ver cerca de sí otros príncipes de su casa (13), los agentes de Felipe II se propusieron tenerlo á raya reemplazándole con un general español como Mondragon (14).

Si el menor sentimiento nacional y no la ilusion de un miserable orgullo, hubiera inspirado á Mayena, podia tenérsele en cuenta este disfavor y desconfianza. Pero nadie era más obsequioso que él para con Felipe II, ni nadie más pedigüeño. No se contentaba con pedir siempre dinero; quiso lisonjear tambien al rey de España, suplicándole tuviera á bien enviarle á Ruan carmelitas descalzas (15); grave torpeza, porque Felipe no gustaba de que fueran las mujeres á un país herético, áun cuando pertenecieran á una órden austera. Muy luégo comprendió

(1) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 58, de octubre 1592.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 102.
(3) *Ibid.* K. 1584, p. 1.
(4) *Ibid.* K. 1577, p. 13.
(5) *Ibid.* K. 1569, p. 14.
(6) *Ibid.* K. 1577, p. 127 y 128.
(7) Se conservan muchas de estas cifras y pueden leerse los despachos que sin ellas serian ininteligibles. Véanse principalmente:
K. 1579, p. 7, la cifra del duque de Guisa: a se representa por 44 41
b » » 33 90
c » » 20 77
K. 1566, p. 11, cifra de Bernardino de Mendoza; ba, es 10; be, 11; bi, 12; bo, 13.
K. 1570, p. 120, cifra de *David*, agente de seudónimo: a, es t; b, es d; c, es o.
K. 1572, p. 12; cifra desconocida que da un carácter para cada letra y añade: «Hay hombres tan prácticos que saben encontinente hallar la inteligencia de las cifras.» Se han de interponer entre las palabras, caractéres que no tengan ningun valor, pero que sirven para interrumpir y embrollar.
(8) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 30.
(9) De diciembre 1590 á diciembre 1592. Véase K. 1584, p. 1, 58 á 61.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 89.
(11) *Ibid.*, K. 1583, p. 3.
(12) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 159. Esta carta debe ser del 31 de diciembre 1591.
(13) La Huguerye, *Memorias*, t. III, p. 341.
(14) Ms. Arch. nac. K. 1575, p. 50 y siguientes.
(15) Ms. Arch. nac. K. 1576, p. 14, del 12 de julio 1591.

Mayena la necesidad de defenderse en Madrid y envió primeramente al presidente Jeannin; despues, temiendo que este magistrado no fuera bastante dócil, se arriesgó á introducir cerca de Felipe II al señor de Parage (1). «No por desconfianza de la bondad, ni ménos de la sapientísima y clarísima prevision de V. M., sino por la priesa que me da la urgencia de las cosas y la actividad de sus enemigos...» Y conjura al rey «tenga á bien mandar cuanto ántes la órden y provisiones, que demasiado sabe son muy necesarias para contener el impetuoso torrente.» Despacha luégo un tercer enviado á Madrid, el señor de Pelissier (2); procura que le recomiende el duque de Lorena, á quien va á ver á Verdun, y escribe á Felipe II: «Va para cuatro meses que no he recibido un escudo» (3).

V.—Los ejércitos españoles de Languedoc y de Bretaña

Si Farnesio no habia podido conducir más que un pequeño número de españoles á su primera campaña, si los banqueros y pagadores se lamentaban de tener vacías sus arcas, es porque Felipe II habia creido provechoso apoderarse de dos provincias francesas: allí diseminaba los soldados que habrian podido obtener una victoria decisiva, reunidos bajo la mano de Farnesio. No estaba seguro de conquistar á Francia; pero continuando este sueño, pretendia al mismo tiempo anexionarse el Languedoc y la Bretaña. Y enredaba y comprometia el gran proyecto con tentativas mezquinas.

El populacho de Tolosa, despues de haber asesinado al primer presidente y al procurador general, temia que lo castigara, ya el mariscal de Matignon, ya el duque de Montmorency, é invocó la proteccion de España. El jefe de la Liga era el mariscal de Joyeuse, que reclamó la misma intervencion (4).

Felipe II tenia razones especiales para acoger estas pretensiones: inquietábanle Aragon y Cataluña, que venian agitándose desde las turbaciones del condado de Ribagorza y creia ventajoso el pretexto de una guerra en Languedoc para tener un ejército cerca de los Pirineos. Pidió un estado de las fuerzas de que podia disponer en el Rosellon y la Cerdaña (5); vió que podria reunir unos dos mil hombres y encargó á Don Martin de Guzman ponerlos en pié de ejército (6). Como faltaban arcabuces, dió órden de comprarlos. «Creo, escribia, que no seria malo esto, tanto por tenerlos allí, como por sacarlos de Barcelona.» Adquirió los planos de Leucate y de Narbona (7), las dos plazas francesas que debian servir para el abastecimiento del cuerpo expedicionario, y dispuso que la flota de Doria ocupara todos los puntos de desembarco entre Rosas y Agde.

Como al mismo tiempo invadia la Provenza el duque de Saboya, Enrique IV iba á hallarse desterrado del Mediterráneo y muy luégo encerrado entre el Sena y el Loira.

Don Francisco de Eraso y un regimiento de alemanes, Jerónimo de Lodron y un regimiento italiano (8) desembarcaron en Narbona. «He visto esto, escribia el rey (9), en que convendria tomar resolucion con brevedad, y así Don Juan de Idiaquez que lo mire todo y me lo acuerde.» Pero las órdenes tardaron como siempre: el italiano Lodron pedia refuerzos é ignoraba si debia incorporarse á Joyeuse, hallándose tan olvidado que hubo de arriesgarse á reemplazar de su propia autoridad los capitanes que morian. «Acabo de nombrar capitan al español Don Andrés de Muxia (10), que ha sido en otro tiempo capitan de infantería y hasta ahora ha servido honradamente, por lo cual merece el ascenso.»

En fin, el año siguiente, trae Don Gaspar de Guevara las levas de Cataluña y toma el mando del cuerpo de ejército. Comienza por entrar á saco la ciudad de Agen (11). «El castigo de los de Agen ha servido de manera que los más lugares que en este distrito tenian la parte de Memoranci se han reducido;» pero el regimiento de alemanes ha menguado mucho y el de españoles ha desertado en su mayor parte. Estos españoles, reclutados entre los bandidos de la montaña ó entre los ganapanes de Barcelona, no tenian mucho más valor que los alemanes, y se aprovechaban de la proximidad de la frontera para volver á su primer oficio. Su coronel Don Martin de Guzman escribia á Don Juan de Idiaquez (12): «La infantería española

(1) Ms. Arch. nac. K. 1575, pág. 102. Mayena á Felipe II, de Soissons, 18 de marzo 1591.
(2) M. Arch. nac. K. 1578, p. 108.
(3) *Ibid.* K. 1578, p. 102, del 23 octubre 1591.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1575, p. 8.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1574, p. 61, de julio 1590.
(6) Ms. Arc. nac. K. piezas 68 á 71.
(7) *Ibid.* K. 1574, p. 4 y 146. Estos planos son curiosos y están bastante bien hechos por ingenieros italianos.
(8) Ms. Arch. nac. K. 1575, pág. 59 y 60. Hieronimo de Lodron habia servido en la escuadra de Santa Cruz en las Azores.
(9) *Ibid.* Nota al márgen.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1576, p. 18. «Quel altre volte e stato capitano de infanteria et sinora anco ha servito honoratamente, dove merita ben esser promosso.»
(11) *Ibid.* K. 1576, p. 3.
(12) Ms. Arch. nac. K. 1576, p. 4.

se va deshaciendo con gran furia; así temo que dentro de pocos dias se han de quedar las cuatro banderas solas.» Entre tanto procuraba disculparse Joyeuse con Felipe II por su inaccion ó por sus descalabros (1), siendo al fin batido y muerto en enero de 1592 (2).

En Bretaña disimulaba mucho ménos sus deseos Felipe II.

Bretaña, segun los legistas, no habia formado nunca parte del reino de Francia (3); era patrimonio de la familia reinante. La reina Claudia, mujer de Francisco I, era por herencia la señora de Bretaña, y por herencia la infanta Isabel venia á ser legalmente la propietaria de Bretaña (4). Esta sutileza apartaba al hijo del duque de Lorena, que habria debido en todo caso heredar ántes que la infanta Isabel (5); pero Felipe II no se preocupó más de esto que en otro tiempo de las pretensiones de la casa de Parma sobre Portugal. Sin embargo, tenia otro competidor mucho más peligroso, por cuanto habia tomado ya posesion de la herencia: era el duque de Mercœur. Este lorenés, que Enrique IV habia nombrado torpemente gobernador de Bretaña (6), pretendia ser soberano de la provincia á título de su mujer María de Luxemburgo (7). María de Luxemburgo no carecia de firmeza ni de talento, pero no podia suplir la completa incapacidad de su marido. Mercœur no está siquiera en aptitud para gobernar su gente, escribian los agentes españoles (8). «Se le huyen los soldados no queriendo otra guerra que robar y prender y cada hora le piden dinero y otras impertinencias.» En cuanto á los señores, todavía son más salvajes. «No hay persona que tenga un castillejo que no piense que es gran señor y hará contribuir á las aldeas cercanas; de manera que todo aquello está hecho un bosque de salteadores.»

Los ambiciosos, reducidos á la impotencia, tenian todos el mismo recurso: Mercœur se resignó, como los demás, á invocar á Felipe II (9), probablemente por consejo de su mujer, porque la altiva duquesa escribia al mismo tiempo que él á Felipe (10). «Si no tiene á bien V. M. venir pronto en nuestra ayuda, temo que corra mi marido una mala aventura.»

Por muy conveniente tuvo Felipe II enviar un ejército á Bretaña, como que no habia esperado esta súplica para reunir navíos y soldados en la Coruña; pero se habian estado allí consumiendo los víveres y consumiéndose los soldados tambien de enfermedades.

El jefe de este cuerpo de ejército, Don Juan del Aguila, obtuvo al fin la órden de partida y desembarcó en Quiberon el 28 de setiembre de 1590 (11). Muy luégo ocupó á San Nazario con quince compañías, y á Blavet, ciudad arrasada, donde no quedaban en pié más que el fuerte y el monasterio de Santa Catalina, con otras dos compañías (12). Desde el primer dia arrastraba setecientos enfermos y entre ellos muchos capitanes (13). Los oficiales se lamentaban, como él, al rey, que ni siquiera habia sido capaz de proveer á sus necesidades en sus propios puertos. Estamos en la miseria, escribian á la vez Don Juan del Aguila y Don Pedro de Albisua, que mandaba las quince compañías de San Nazario, y Don Antonio de Herrera que comandaba seis, con Don Diego Maldonado, el diplomático (14); pedimos siquiera ayuda de costa.

El duque de Mercœur se da prisa á notificar, desde Dinant, á Don Juan del Aguila que es su afectísimo servidor (15), pero no le envia víveres. Sólo al cabo de un mes le llevan refuerzos y dinero unos barcos de Vizcaya, y con esto comienza el sitio de Hennebon el 26 de noviembre.

A la sazon costaba el ejército español catorce mil escudos mensuales (16), y el duque de Mercœur firmaba un recibo deshonroso de veinte mil escudos de oro, con toda esta letanía

(1) Véase especialmente su curiosa carta sobre el episodio de Villegaillene, K. 1576, p. 36, del 27 setiembre 1591.

(2) Carta de su hijo á Felipe II, K. 1578, p. 129. Se ahogó en el Tarn huyendo, despues de derrotado en Villemur por Montmorency (Lestoile, 19 octubre 1592).

(3) La enorme cantidad de documentos que hay en los Archivos sobre esta historia local, habria debido tentar á un escritor jóven. Podria consultar unos treinta legajos; tendria tambien las piezas publicadas por la sociedad de bibliófilos bretones con el título: *Choix de docum. ined. sur l'hist. de la Ligue en Bretagne*, par M. Anat. de Barthelemy; Nantes, 1880: y asimismo varios escritos de la época, como *Discours véritable de la prise du comte de Soissons*, par Mgr. le duc de Mercœur, 1589, y otros. Hay documentos Ms. Bibl. nacional franc. 11534 y 18704.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1572, pág. 1 á 8, y Chiverny, *Memorias*, pág. 510.

(5) Porque era hijo de la hija mayor de Enrique II, miéntras la infanta representaba los derechos de la hija segunda.

(6) Este Mercœur era hermano de la reina Luisa, mujer de Enrique III.

(7) Historia del duque de Mercœur, la Haya, 1692, p. 66.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 65, de agosto, 1590.

(9) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 56, de julio, 1590.

(10) *Ibid.* p. 59.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1272, p. 71. Llama á este punto Bibero.

(12) *Ibid.* pág. 80, y K. 1580, p. 3, 4 y 16. Esta última da el plano de Blavet y de la rada. Habia en San Nazario 2132 soldados y 281 en Blavet.

(13) *Ibid.* K. 1572, p. 94.

(14) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 82 á 94.

(15) *Ibid.* p. 78.

(16) *Ibid.* p, 101.

de honores: MANUEL DE LORENA, *duque de Mercœur y de Penthievre, par de Francia* (1).

Era el más inútil y trapacero de los mercenarios de Felipe II, y el más costoso tambien de Bretaña, donde las conciencias estaban á bajo precio. Si el país era demasiado pobre para sostener el ejército de invasion, lo era tambien para rehusar las pequeñas sumas. Nunca habia visto Felipe II, en su larga experiencia, un patriotismo á tan vil precio. Por doce escudos trata M. de Villamont la traicion de Brest; por ciento cincuenta se compra al más importante burgués de Nantes, La Motte-Jaquelot. La mujer del presidente Vely «que es dama principal,» da cuenta de lo que oye, por cien escudos (2); Mad. de Cambor, que hace el mismo oficio, obtiene ciento cincuenta para su marido, y Mad. de Boisdauphin toma trescientos. La importancia de la duquesa de Mercœur era bien evidente para que los agentes españoles juzgasen necesario hacerla vigilar por todas estas mujeres: en cuanto al duque, todo estaba reducido á comprar á su secretario por cien escudos: habia entre estos caballeros quien se vendia hasta por veinte escudos.

Durante estos dobles tráficos, continuaba Hennebon su resistencia. La escuadra española se habia abrigado en Blavet; la artillería no llegaba de Nantes; la caballería bretona era tan mediana que Don Juan del Aguila se veia obligado á dar sus caballos á los albaneses de las compañías italianas (3). El ejército español, quebrantado ya ántes de salir de la Coruña, continuaba decayendo.—El socorro, escribia Mercœur á Felipe II ha disminuido mucho á causa de la enfermedad de los soldados. No hay más que dos mil hombres en estado de servicio.—Hasta mediados de enero del año siguiente (4) no pudo Mercœur anunciar la toma de Hennebon (5). Pero está en pugna con Don Juan del Aguila. «Yo no hago esta guerra á mi modo, sino al del duque, escribe el general español (6), y si algunos descuidos suceden, V. M. sea servido entender que no es culpa mia... Fray Mateo de Aguirre es un enredador que se mete en todo, divulga nuestros secretos y ofrece dinero por saberlos.» Muy luégo se queja tambien Don Juan de sus propios capitanes: tres de ellos solicitan dejar de servir á sus órdenes (7). Entretanto los partidarios de Enrique IV se apoderan de Guingamp (8). En setiembre desembarcan refuerzos y elevan el ejército español á cerca de cuatro mil hombres (9); pero el dinero no viene ya. Ocúpense los puertos, decia Felipe II, y con un derecho sobre las mercancías manténganse las guarniciones (10). Pero los pagadores españoles de Bretaña gastan treinta y siete mil escudos mensuales (11) y se creen obligados á escuchar á todos los mendigos, hasta á Brisac, que llega de Poitou para llamar á sus arcas «haciendo los discursos que suelen los franceses» (12).

Esta venalidad comienza á disgustar áun á los mismos compradores, cuanto más que no reciben autorizacion para pagarse ellos sus servicios. «Habrá veinte años que ando sirviendo en negocios de estado, escribe Diego Maldonado (13), y me hallo hoy en dia tan pobre y necesitado que no tengo debajo de la capa cien escudos, despues de haber gastado más de cinco mil que heredé de mis padres.»

En este contraste, tan humillante para nosotros, los soldados españoles sufrian la misma penuria que los agentes diplomáticos. Felipe II se preocupaba más de salvar sus almas que de asegurarles la subsistencia: esto es lo que pretendia hacerle entender el contralor Don Pedro de Illanes (14) con sutiles precauciones para excusar su buen sentido. «Acerca de que en los ejércitos de V. M. se guarde la ley de Dios como se debe, siendo V. M. tan católico y celoso de la guarda y observacion de los mandamientos divinos, se ha hecho grande instancia en que entre los soldados no haya pecados públicos de amancebados, rufianes ni personas que con mal ejemplo, no siendo casados, traigan consigo mujeres; y para conseguir esto, se ha tomado por medio al parecer conveniente echar las mujeres del ejército, y cuando salen los soldados por mar fuera del Reino no permitir embarcar las mujeres de mal vivir y procurar que se casen algunos que con mucha ansia porfian retener algunas mujeres. En el

(1) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 108.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1586, p. 1.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1572, p. 109.
(4) *Ibid.* p. 127, del 18 enero 1591.
(5) *Ibid.* K. 1575, p. 67. El ejército tiene entonces 2132 hombres, inclusos 193 enfermos. Además hay en Blavet 330 soldados, 280 marinos y otros tantos remeros.
(6) *Ibid.* K. 1583, p. 19, del 11 de mayo 1591.
(7) Ms. Arch. nac. K. 1583, p. 147 á 149.
(8) Cabrera, t. III, p. 478.
(9) Ms. Arch. nac. K. 1576, p. 40, de setiembre 1591.
(10) Cabrera, t. III, p. 490.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1575, p. 108, Carta de D. Infante.
(12) Ms. Arch. nac. K. 1583, p. 146 á 150. Cartas de Mendo de Ledesma.
(13) *Ibid.* K. 1580, p. 89, del 7 setiembre 1591.
(14) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 8, del 12 mayo 1591, Pedro de Illanes al rey.

Ferrol y otros puntos de embarque han tenido razon en no tomar á bordo mujeres de mala vida y afrentarlas y castigarlas, ú obligar á casarse á los que no quieren separarse de ellas. No se ha de imitar á los paganos que con malicia y ciega obstinacion como brutos tratan con las mujeres, sino interviniendo el santísimo sacramento del matrimonio. Pero si se impide la fornicacion, lo que áun decirlo causa horror, el mal busca otros caminos sin comparacion peores, más odiosos y abominables ante el conspecto de Dios, por lo cual muy de atrás los Santos Padres y propriamente para excusar mayores males y pecados, han permitido en la república cristiana lugares públicos notorios donde haya mujeres pecadoras conocidas, postradas á satisfacer á los vicios y sensualidades... y la dicha opinion la han tenido varones muy religiosos. Y esto seria más importante en este ejército que en cualquier otro para evitar un daño más grave, como quiera que estos soldados llegan hasta á casarse con bretonas, sospechosas todas de heregía.»

Estas francesas se llevaban á sus casas á sus maridos ó les echaban en cara la necedad de servir sin paga. Con esto, cuando recibieron la órden de atravesar toda la Bretaña para sitiar á Ancenis, ellas mismas los indujeron á la desobediencia. Uno de los campamentos se alzó en rebelion y eligió por jefe á un tal Pedro Navarra, que invitó al campamento de Ancenis á abandonar las banderas de Don Juan del Aguila para ir á ponerse á sus órdenes. El general envió á los rebeldes un hombre, cuyo valor le habia hecho popular en el ejército, el capitan Don Francisco de Ayala. Al verle llegar, se agruparon los insurgentes y prepararon sus arcabuces. Uno de ellos tiró al suelo su sombrero diciendo que desde aquel momento no conocia ya rey. Los rebeldes enviaron á Ayala un tambor con la intimacion de que volviera á su campo. El heróico capitan, solo y á vista de ellos, prendió al tambor (1). Quiso libertarlo el mismo Pedro Navarra, jefe de los insurgentes, y Ayala lo prendió tambien, y á vista del campo insurrecto se llevó sus dos prisioneros, que presentó á Don Juan del Aguila. Pero el general no se atrevió á aprovechar tan feliz golpe temiendo la rivalidad de los demás jefes, el disfavor de los empleados y la cólera del rey, y dejó al general que Felipe habia puesto á su lado, Don Mendo Rodriguez de Ledesma, caballero de Calatrava, que parlamentara con los rebeldes.—Hijos mios, les escribió este, volved al camino del deber; si estais descontentos de Don Juan del Aguila, os pondremos á las órdenes del duque de Mercœur.

—Es burla, pusieron los rebeldes en la misma alocucion.

—No os fieis de Don Mendo, escribia Aguila á Madrid; tiene tan poco hábito de tratar soldados, que cree todo lo que le dicen (2).

Los rebeldes se retiraron, unos á Poitiers, otros á Ruan, y el ejército de Bretaña quedó por muchos meses reducido á la impotencia.

(1) Ms. Arch. nac. K, 1583, piezas 10 á 15.

VI.—Los aliados y los neutrales

En el estado de las provincias francesas remitido á Felipe II, se leen estas palabras á la cabeza del Delfinado y la Provenza: «Se dice que el duque de Saboya se ha establecido» (3). El duque de Saboya habia, en efecto, caido en gracia á los marselleses; pero no pudo impedir que su vecino, el duque de Toscana, ocupara el castillo de If y la isla de Pomegues. Habia, sin embargo, entre los dos italianos esta diferencia: el florentino tomaba el pretexto de conservar para Enrique IV, con ayuda de estos fuertes y su escuadra, las costas de Provenza, miéntras el piamontés aseguraba á su suegro, Felipe II, que se consideraba como simple gobernador de Provenza, bajo su autoridad suprema; el Médicis, más banquero que príncipe, se interesaba en la partida del rey de Francia, anticipaba fondos á crecido interés, se proponia no ceder sino por buenos escudos las garantías tomadas (4) y tenia buen cuidado de mantener á costa de Enrique IV la caballería, que tuvo la audacia de enviar para combatir á los españoles en Francia. «Algunas tropas de caballería italiana enviadas á vuestro servicio por el gran duque, escribe el mariscal d'Aumont á Enrique IV (5), no sabian cómo pasar á vos, y se me han incorporado, pero tan menesterosas y

(2) La misma serie de piezas. Mendo de Ledesma es quien escribe al rey el mayor número de cartas y tambien las más largas.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 90. Hé aquí los nombres de los gobernadores afectos á España: Bretaña, Mercœur; Normandía, Villars-Brancas; Picardía, Aumale; Champaña, Saint-Pol; Isla de Francia, Belin; Borgoña, Senecé; Lyonnais, Nemours; Languedoc, Joyeuse; Guiena, Villars-Savoie; Lemosin, Pompadour; Poitou, Brissac; Anjou, Boisdauphin; Auvernia, Saint-Vidal; Berri, La Chastre.

(4) Enrique IV paga más tarde doscientos mil escudos por If y Pomegues.

(5) Y no á Felipe II, como indica por error el legajo K. 1581, p. 28; sino que esta carta fué interceptada por los españoles y remitida á Madrid por Don Diego de Ibarra, como lo prueban las cartas K. 1581, p. 34 y 39 del 15 febrero 1592. Exasperado Felipe por esta defeccion, pone al márgen: «Hablar de ello al Padre Santo.»

miserables que lo hubieran pasado muy mal sin cuatrocientos escudos que he tenido que entregarles.»

El piamontés no pensaba tampoco en hacer la guerra á sus expensas, ni hacia más felices á sus soldados. Habia obtenido de su suegro la promesa de cien mil escudos mensuales con el derecho de sucesion, para uno de sus hijos, del gran priorato de Castilla á la muerte del viejo bastardo Hernando de Toledo (1).—Llego á Aix, escribia con entusiasmo á Felipe (2); voy ganando terreno; daré cuenta de todo á V. M. —Enviadme pólvora, balas, municiones de boca, decia tambien á Don Juan de Idiaquez (3). Pero era ménos feliz en las conquistas que emprendia por su propia cuenta. Cuando quiso anexionarse el Delfinado, encontró en su camino á Lesdiguieres.

Pequeño y fogoso, Lesdiguieres era muy querido de los soldados y habia consagrado cuarenta años de su vida á defender á Francia contra la codicia de Saboya. Su actividad, su prevision, su avezamiento á la guerra de montaña, le designaban como el jefe indispensable en esta frontera. El 15 de abril de 1591 batió á los piamonteses en Esparra y tomó «quince banderas ganadas con mengua de dicho duque» (4); venciólos de nuevo cuatro meses despues en Pontcharra, tomando diez y ocho banderas (5), y edificó el fuerte de Barrault para proteger á Grenoble.

Tan ambicioso, pero ménos emprendedor que el duque de Saboya, el duque de Lorena se contentaba con lisonjear á Felipe II, con repetirle que era muy suyo y le besaba humildísimamente las manos (6), con solicitar un capelo de cardenal para uno de sus hijos y darle las gracias por haberlo obtenido (7). «Sé que la autoridad, intervencion y favor de V. M. han sido la única causa de obtener esta promocion. Es aumentar sobre mí y los mios el número de las infinitas obligaciones que debemos á V. M. por los grandes favores que tiene la bondad de dispensarnos.»

Pero el único aliado que podia ser verdaderamente útil á Felipe II, era el Padre Santo.

El papa Sixto V se habia pronunciado francamente contra Francia, al saber el asesinato del duque y del cardenal de Guisa. Pero Enrique III le envió al obispo de Mans (8) con la mision de decirle (9) que si hubiera querido castigarlos «por las vías ordinarias de la justicia, tenia por ciertas su propia perdicion y ruina.» Sixto V dejó á su cancillería condenar el asesinato en estilo pedantesco, segun la costumbre (10), y se negó á escuchar las disculpas del obispo, interrumpiéndole con estas palabras (11): *E videte di non cascar in qualche disordine.* Son las propias palabras, dice el obispo, con que me replicó muchas veces, sin querer dejarme hablar del asunto.

Pero salvando así su dignidad, no está Sixto V descontento de ver preocupado por las cosas de Francia á todo un Felipe II. Conocia la penuria financiera de España, el aniquilamiento de su ejército, y estaba dispuesto á aprovecharse de un desastre posible para hacer valer sus propias pretensiones al reino de Nápoles. Miéntras duró el pontificado de este papa, estuvo Felipe II en continuas inquietudes. Sixto V habia reunido un tesoro cuantioso en el castillo de San Angelo, alistaba gente de guerra y amenazaba reconocer por rey de Francia á Enrique IV (12).—Protestaré, decia el fogoso conde de Olivares, embajador de España, y publicaré en todo el mundo este crímen contra la Iglesia de Dios.—En ese caso, replicaba el papa, haré que os corten la cabeza.—Yo llamaré á mí á todos los de mi nacion, súbditos del rey Católico, y saldremos de Roma desafiándoos.

El rompimiento parecia inminente: para intimidar á la curia romana, el embajador Olivares habia hecho venir de Nápoles y acampar en las fronteras de los Estados Pontificios las aguerridas compañías destinadas á reforzar el ejército de Flandes (13). Sixto V se rodeó de guardias y siempre que salia del Vaticano hacia ocupar las calles por fuerza armada (14), y en pleno consistorio llevó su enojo hasta hablar de

(1) *Corresp. de Ossat.*—Ossat á la reina Luisa, t. I, p. 169.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 65. Carta autógrafa del duque á Felipe II, de julio 1591. «De lo que seguirá yo daré siempre aviso.»
(3) *Ibid.* K. 1578, p. 66.
(4) Chiverny, *Memorias*, p. 509.
(5) *Ibid.* p. 513; el 18 setiembre 1591.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1575, p. 116.
(7) *Ibid.* K. 1573, p. 70, del 13 de febrero 1590.
(8) Llamábase Angennes de Rambouillet.
(9) Ms. Ministerio de Negocios extranjeros. Regist. Roma, Suplem, tom. II, fol. 106 y siguientes.
(10) *Ibid.* Suplem. t. I, fol. 282. «Infandum dolorem explicare cogimur et vere hodie infandum, tum quia nec eum fari nec exprimere possimus, tum quia propter infandum ac inauditum scelus et sacrilegium, illum conceperimus. Occisus est cardinalis Guisius, occisus est cardinalis, occisus est presbyter cardinalis qui erat archiepiscopus Remensis, sine processu, sine judicio, sine lege, sine legitima...»
(11) *Ibid.* Suplem. t. II, fol. 178.
(12) Herrera, t. III, p. 216.
(13) Cabrera, t. III, p. 424.
(14) Herrera. Véase Ms. Bibl. nac. franc. 3960, fol. 85, una carta de Felipe II á Sixto V, del 13 set. 1589, pidiéndole fondos con urgencia.

expulsar de Roma al conde ó de encerrarle en el castillo de San Angelo.

Felipe II llamó al conde de Olivares, le envió de virey á Sicilia y le reemplazó en Roma con el duque de Sesa. Algunos dias despues de la llegada de Sesa, murió de repente Sixto V. «Y viéndose el Pontífice tan apretado de todos y en particular de los embaxadores católicos, se halló tan congoxado, que sintiendo demasiadamente la libertad con que se procedia, siendo de su naturaleza sensitivo, dándole un recio accidente de calentura, en pocos dias se murió» (1). Tal fué la version oficial en España. En Francia, uno de los predicadores asalariados por Felipe II, el párroco de San Andrés, hubo de decir en el púlpito: «Dios nos ha librado de un mal papa y político; si hubiera vivido más, os habriais asombrado de oir predicar en Paris contra el papa; y sin embargo, hubiera sido preciso hacerlo» (2). Pero el vulgo creyó en un envenenamiento: ningun indicio, salvo el interés de Felipe II, permitia sin embargo dar asenso á esta leyenda.

España tuvo que luchar con muchas dificultades para obtener un papa dócil á su política contra Francia. Urbano VII, que anunciaba intenciones conciliadoras para con Enrique IV, murió á los doce dias (3). El cardenal Sfondrati, de la faccion española, elegido en seguida con el nombre de Gregorio XIV (4), murió al cabo de dos meses; Facinetti, cardenal Sanctiquattro, que tomó el nombre de Inocencio IX, murió en ménos de un año, *envenenado* por los españoles, segun opinion popular (5). En fin, Aldobrandino, con el nombre de Clemente VIII, pudo reinar diez años (6).

Gregorio XIV comenzó su breve pontificado excomulgando á Enrique IV y entregando á Felipe II el tesoro de Sixto V. Envió tambien un cuerpo de ejército en socorro de la Liga, al mando de su sobrino Sfondrati, *condottiere* milanés que vino á ser de repente duque de Montemarciano (7). Este ejército se disolvió al saberse la muerte del papa, y el nuevo pontífice, Inocencio IX, se contentó con suministrar á los parisienses una subvencion de quince mil escudos mensuales (8) y enviarles por nuncio, en lugar del desgraciado Gaetano, que habia tomado el pretexto de los conclaves para retirarse de Paris (9), al cardenal Sega que habia desempeñado ya misiones cerca de Don Juan de Austria y de Felipe II. Pero Clemente VIII fué quien mostró más celo, pues no se limitó á ser enemigo de Enrique IV, sino que se opuso tambien á que la Iglesia celebrara las exequias de Enrique III, á pesar de las súplicas de la reina Luisa, su viuda; y en el breve en que prohibia estas honras fúnebres, hasta le negó el título de rey. «Será menester esperar, escribe d'Ossat (10), que Francia tenga un rey pacífico y que la curia romana tenga que esperar y temer de él.»

Sostenido secretamente por el gran duque de Toscana y por el emperador, Enrique IV no tenia por aliados manifiestos más que á los príncipes protestantes de Alemania, el sultan Amurat (11), la reina de Inglaterra y la república de Venecia.

Pero la reina de Inglaterra, en medio de sus crísis nerviosas, ahora enviaba un ejército en socorro de Francia, ahora advertia á Enrique IV que no debia ya contar sino con sus oraciones. Acababa de perder á su ministro Walsingham. «Buena nueva,» puso Felipe al márgen de la carta en que se le anunciaba esta muerte (12). En efecto, el partido de la alianza francesa se hallaba reducido á lord Burleigh y al conde de Essex.

La república de Venecia habia estado atrevida en acreditar á sus embajadores cerca de Enrique IV. La aristocracia veneciana, como todos los cuerpos políticos cuyos miembros están formados desde la infancia para el gobierno de su país, tenia una amplitud de miras muy rara en aquella época. Cuando Duplessis Mornay, que muy jóven se halló en Venecia un dia de Pascua (13), vió al dux, á la señoría, á todo el pueblo postrarse de rodillas al salir de San Márcos el Santísimo Sacramento «él solo permaneció de pié y cubierto, sin que nadie se indignara contra él.» Aquellos políticos sentian la necesidad de preservar á

(1) Herrera.
(2) Palma-Cayet, p. 235; Duplessis-Mornay, t. IV, p. 466; Lestoile, p. 34.
(3) Sixto V muere el 27 agosto 1590; Urbano VII es elegido el 15 de setiembre y muere el 27.
(4) El 4 diciembre 1590.
(5) Le Petit, t. II, p. 595. Muere el 30 diciembre 1591.
(6) Elegido el 2 de febrero 1592, muerto en 1601.
(7) Cabrera, t. III, p. 492.
(8) *Cartas inéditas del cardenal d'Ossat*, publicadas por Tamizey de la Roque, p. 32, Ossat á Zamet.
(9) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 94.
(10) *Corresp. del cardenal d'Ossat*, publicada por Amelot de la Houssaye, t. I, p. 152.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 5. Pero Felipe estaba en buenas relaciones con el sultan de Fez, desde la conquista de Portugal. Véase *Cartas de Madrid*, 8 agosto 1581.
(12) El 18 abril 1590. K. 1571, p. 81.
(13) En 1570. Mad. de Mornay, *Memorias*, publicadas por Mad. de Witt, t. I, p. 30.

Europa de la dominacion de Felipe II, y eran implacables contra sus diplomáticos que sufrian la influencia española. Girolamo Lippomano hubo de ser denunciado, durante su embajada en Madrid, como supeditado á la voluntad del rey, é inmediatamente fué separado de su punto y enviado de *baile* ó representante de Venecia á Constantinopla. Supo la señoría que habia escrito al rey de España una carta de aviso de los preparativos que parecia hacer el turco (1); y le envió sin demora como sucesor á Lorenzo Bernardo; despues, al subir Lippomano á bordo de la galera veneciana, que habia de conducirle á su nuevo destino, una mano oculta le precipitó al mar. Los peligros de un proceso de estado se evitaban de esta suerte.

VII.—Impotencia de la Liga

Bernardino de Mendoza empieza á comprender que no triunfarán los que él ha comprado sin un ejército español que no se venda, Está enfermo y arruinado. Tiene el pesar de irse volviendo ciego (2); le tiembla la mano (3) y se ve obligado á guardar cama por falta de leña (4). No le queda un ducado, ni una alhaja; el invierno es rigoroso y el pan raro. Habian creido que libre Paris del ejército que lo cercaba, recobraria luego vida, abriendo sus tiendas y surtiendo de víveres sus almacenes. Nada de esto, desde la partida de Farnesio. El Sena está siempre cerrado, cerrado tambien el Marne, cortados los caminos. El pueblo comienza á murmurar contra el rudo embajador que le ha distribuido su comida y dinero (5). ¿Se digna á lo ménos Felipe II dar las gracias al viejo soldado y diplomático que casi ha perdido la vista? Moreo no lo ha perdonado. «Fué á quexarseme Villeroy de Don Bernardino, escribia á Felipe este envidioso espía (6), diciendo que en Tours se habian descifrado los despachos que enviaba á S. M. en los quales decia mucho mal y á mas desto declaraba su intencion en decir que S. M. habia de ser rey de Francia, de que se aprovechaba el de Bearne.»

Un nuevo golpe acaba de desalentar al viejo embajador.

El caballero de Aumale (7), nieto del primer duque de Guisa, tenia en Saint Denis una cortesana llamada la *Raverie*, de quien estaba ciegamente enamorado. Estaban separados desde la ocupacion de Saint Denis por Enrique IV, y al cabo de seis meses la pasion hubo de sugerir al amante el proyecto de un golpe de mano para recobrar la plaza y volver á sus amoríos (8). Sorprendida la guarnicion por un asalto, se retiró en derrota al castillejo, dejando al caballero de Aumale dueño de la plaza. «Habiendo entrado fácilmente, creyó ser en efecto dueño de ella,» y se precipitó en la hostería de la *Espada Real*, donde habitaba la *Raverie*, con quien permaneció en amor y compañía (9). Entretanto, Vic, gobernador de Saint Denis, reunió sus soldados, barrió á los parisienses y sorprendió al caballero con su damisela. El jefe liguero desnudo como estaba, fué arrojado á la calle, acribillado á golpes y tirado á un monton de cadáveres. Quedó tan desfigurado, que hubiera sido imposible distinguirle de los otros, si la *Raverie* no lo hubiese reconocido entre los demás muertos por los signos de amor que ella misma habia dibujado en otro tiempo en sus brazos. Esta aventura hubo de poner en moda á la damisela, que supo sacar partido de ello con más dureza que corazon (10).

El suceso de Saint Denis, escribe Bernardino de Mendoza (11), ha fortalecido mi resolucion de salir de Paris con una escolta de doscientos infantes alemanes. En Ferté-Milon encontró un regimiento napolitano mandado por del Monte que le acompañó hasta Soissons. Para seguir hasta Flandes, se confió á los valones del regimiento de Carondelet «y con ser ellos de S. M. y yo embajador, no han dejado de desvalixarme de lo poco que traya» (12). Llega á Flandes ciego, arruinado, «ejemplo, dice, de los altibajos de la condicion humana.» No cesa de dictar

(1) D' Ossat á la reina Luisa, t. I, p. 163. Véase tambien Herrera t. III, p. 262.

(2) Quéjase de ello desde el 24 de junio 1586, Ms. Arch. nacion. K. 1564, p. 112. «Por haverseme acabado de quajar una cataracta en el ojo izquierdo me ha impedido totalmente la vista de él; han resuelto los médicos y oculistas deste lugar que me disponga á la aguja, probando si será parte para abatilla.» Tres años más tarde el mal se habia agravado. 5 noviembre 1589, K. 1569, p. 172. «Me basta la cuyta de estar casy ciego.» Así la ceguera no provenia, como se ha supuesto, de las fatigas del sitio.

(3) Nótese en las firmas de sus cartas el progreso de la enfermedad.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 151, del 9 diciembre 1590.

(5) *Ibid.* pág. 153.

(6) *Ibid.* K. 1574, p. 31, del 22 febrero 1590, Moreo al rey.

(7) Era el tercer hijo del duque de Aumale y de Luisa de Brezé.

(8) Saint Denis se tomó el 9 de julio de 1590; la tentativa del caballero de Aumale fué el 1.º de enero 1591.

(9) Canciller de Chiverny, *Memorias*, p. 509; Cabrera, tom. III, p. 482. «Muy atento de entrar en una casa á ver una dama que amaba mucho.»

(10) Lestoile. «Estando M. Vitri en Paris en casa de la Raverie, donde chanceaba pasando el tiempo...» Ella estaba en una ventana, en casa de Bocquet, calle de Santiago, para mostrarse á Enrique IV cuando entró en Paris el 15 de setiembre de 1594.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 14, del 16 enero 1591. Sábese así la fecha exacta de su partida.

(12) *Ibid.* p. 24.

cartas al rey y en ellas recomienda desconfiar de Mayena, se lamenta de los malos oficios de Moreo, tiene hiel para todos y dureza hasta para sus fieles parisienses. «En Paris, dice, ayunan, si bien no es cuaresma: todo va de mal en peor (1).»

Por estar ménos estrechamente encerrados que durante el sitio, los parisienses, como se ve, no dejaban de estar necesitados (2). Sentian tan bien que Enrique IV habia simplemente trocado el sitio en bloqueo, que hubieron de abstenerse de presentar á Nuestra Señora de Loreto las ofrendas prometidas para cuando los libertara: habian hecho voto de enviarle un navío de plata que pesara trescientos marcos, mas se creyeron en el derecho de no enviar cosa alguna. Pero se habian tranquilizado de sus temores de un ataque á viva fuerza, bajo la guarda de una guarnicion española. El regimiento napolitano de Monte, que habia encontrado Mendoza en su retirada, y dos regimientos españoles se habian introducido en Paris el 12 de febrero de 1591, por diligencia de los dos sucesores de Mendoza, Juan Bautista Tassis y Diego de Ibarra (3).

Con su guarnicion de Paris, iba Felipe II descubriendo sus proyectos y preparaba el campo al ejército que en hora propicia debia venir de Flandes y completar la conquista.

Un auxiliar precioso para él, y á la vez contra Mayena y Enrique IV, le deparó la suerte el mismo año. El jóven duque de Guisa, que habia permanecido preso desde el asesinato de su padre, se evadió de la prision y se dió prisa en escribir á Felipe II (4): «Vengo á ofrecer mi vida y todo lo que me pertenece, ahora que estoy en situacion de poderos servir, como deseo con tal devocion, que estimo no poder adquirir en mi vida mayor dicha que ejecutar las órdenes de V. M. cuantas veces me juzgue digno de honrarme en su servicio.»

Súpose esta evasion con alegría hasta en los países sometidos á Enrique IV, como escribe La Chastre que la habia preparado (5). «Mi hijo le condujo á distancia de veinte leguas por un país enemigo, sin ningun contratiempo, bien que su salida fuera conocida en toda la ciudad de Tours y hecha á la luz del medio dia.»

Esta ciudad de Tours que era la capital interina de Enrique IV y la residencia de su parlamento, no esperaba más que una ocasion propicia para entregarse á Felipe II. Cuando, á instancia de la viuda de Enrique III, se descuartizó en Tours al prior de los dominicanos que habia alentado á Jacobo Clemente, el mártir emplazó al bearnés á comparecer en breve término ante el tribunal de Dios: una noble doncella fué con su sirvienta á recoger su preciosa sangre (6), y el pueblo todo hubiera tambien estallado si una fuerte guarnicion de hugonotes no lo hubiera tenido á raya.

Pero estos mismos hugonotes venian á ser con frecuencia un embarazo. Duplessis-Mornay, presuntuoso y pedante, se arrogaba una especie de tutela sobre el rey, apartaba á Villeroy que hubiera querido entrometerse en favor de la paz, é impedia que se llamara á Bellievre. «Anda tan adherido y pegado al rey que con dificultad se le pueden dirigir cuatro palabras» (7). La familia de Condé no era ménos importuna: la viuda del último Condé era acusada de la muerte de su marido y tenida aparte con su hijo, cuya legitimidad era sospechosa. De los hijos del primer Condé, el uno, el conde de Soissons, era intrigante y chismoso; y el otro, el cardenal de Vendoma, tenia tanta prisa en tomar el título y los bienes del cardenal de Borbon, muerto en prision (8) con el nombre de Cárlos X, que inspiraba sospechas de abrigar como él aspiraciones á la corona.

Fuera de esto, las operaciones militares no siempre eran felices. Despues de haber tomado á Noyon (9) quiso Enrique IV apoderarse del castillo de Pierrefonds.

Pierrefonds estaba ocupado por un antiguo soldado, que como Saint Pol, habia llegado á ser jefe de partida; hacíase llamar Rieux, se habia elevado á la clase de asentista de víveres, y luégo con dinero y audacia, hubo de reclutar numerosa tropa, á cuya cabeza recorria los caminos. Su botin se acumulaba en el castillo de Pierrefonds, en medio de los bosques (10). Tenia

(1) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 31. Al rey, del 5 febrero 1591. Véase tambien la carta al rey, echada en Mons, el 1.° abril, K. 1578 pág. 48.

(2) Sobre los detalles del bloqueo de Paris despues de levantado el sitio, véase una curiosa carta de Crillon á Haillan, escrita de Saint-Denis el 1.° de octubre 1590. Ms. Bibl. nac. franc. 3275, fol. 37.

(3) Este último no trae sus credenciales hasta el 30 de marzo 1591. V. Ms. Arch. nac. K. 1565, p. 147.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 117 del 22 agosto 1590.

(5) *Ibid.* Ms. Arch. nac. K. 1577, pág. 116.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1571, p. 53.

(7) Faye á Bellievre, 17 agosto 1590, edic. Halphen, p. 107.

(8) En abril de 1590.

(9) El 18 agosto 1591.

(10) Se ha querido rehabilitar á Rieux. M. Prioux, miembro de una sociedad docente de Soissons, ha escrito una memoria para demostrar que Rieux debia ser un hombre honrado, puesto que era un noble y no un advenedizo. La prueba de su nobleza es endeble: Rieux se casó con la sobrina de un canónigo de Soissons, Enrique de Saureux, lo cual no hubiera podido hacer, si no hubiera sido noble, porque no.

de huésped al perfumista Labruyere, de la comuna de Paris. Los muros de Pierrefonds eran tan fuertes que rechazaban el hierro de los cañones de Enrique IV, el cual, despues de veinte dias de sitio, tuvo que retirarse dejando á los bandoleros campar por sus respetos (1).

Pero en campo raso las milicias de la Liga no eran tan bravas como detrás de las murallas.

Miéntras á las inmediaciones de Orleans, Antragues, con un cuerpo de ejército real, maniobraba hábilmente contra fuerzas albanesas de Mayena, mandadas por Dragut de Comnene, los frailes de Orleans llamaron al populacho á las armas y lo arrastraron á una salida en masa. Comnene les intimó que se retiraran, pues sino, los consideraba como perdidos. Ellos contestaron que querian ver á los *maheustres* (2). Llenos de entusiasmo «avanzaron hasta la cabeza de un gran campamento; vieron á los *maheustres* bien á descubierto y, viendo que se venian contra ellos, cambiaron tan pronto de parecer y de actitud, que las tropas reales les aplastaron por completo. Veis aquí cómo la obcecacion de estos habitantes fué causa de su ruina, como acontecerá siempre que se metan en guerras los habitantes de las ciudades fuera de sus murallas y toda otra clase de pueblo indisciplinado: desde léjos asienten á bravatas y quimeras extrañas y ridículas, pero tan luégo como ven el menor contratiempo, los embarga el miedo de tal modo que no tienen más recurso que la fuga.»

Esta leccion no aprovechó á sus vecinos, los burgueses de Chartres. Estos pobres eran, es verdad, mantenidos en una exaltacion poco provechosa á los que la provocaban.

Hé aquí cómo refiere el milagro de San Piat á Felipe II un español, tan piadoso como los vecinos de Chartres (3):

«De toda antigüedad avian creydo sus mayores que el cuerpo de San Piat mártir estaba allí... Y quitada la reja con harto trabajo hallaron una caja de madera tan bien pegada que tardaron buen rato en descubrir las juntas. Deshecha que fué, hallaron un encerado blanco fresco y debajo un envuelto de tafetan carmesí tan nuevo como si se hubiera puesto el mismo dia, y sobre el tafetan un billete en pergamino que decia como en el tiempo de San Dionisio Areopagita aquel cuerpo fué sepultado en aquel lugar. Dentro del dicho tafetan estaba envuelto el cuerpo entero de San Piat, y habiéndolo descubierto, se halló, no sin gran admiracion, tan perfecto y entero que no le faltaba sino hablar, y porque algunos de la compañía dixeron que si mostraban el cuerpo al aire se convertiria todo en polvo, fué la dicha caja llevada á la mitad de la iglesia, y allí visitada y tocada por el dicho cardenal, y se halló el cuerpo sólido con carne, nervios y músculos en todas las partes del cuerpo y que todo estaba tan fresco que no parecia muerto sino de aquel dia. Tenia la mano derecha puesta sobre la tetilla, la cual no tocaba sino con dos dedos, y habiéndole levantado la mano el cardenal (4) luégo se volvió á su lugar de suyo. Al santo le habian cortado la cabeza en tiempo de San Dionisio, mas cobróse y púsose en la caja, atada con su cuerpo, y al rededor de ella se veia la sangre bermeja y líquida como si la cortadura se hubiera hecho el mismo dia.»

Felipe II debió de escandalizarse de esta profanacion; pero la ciudad de Chartres se creyó al amparo de una proteccion sobrenatural; rehusó la guarnicion que le ofreció Mayena para defenderla contra Enrique IV (5) y se quedó estupefacta cuando vió que ni San Piat impidió que los hugonotes de Coligny franquearan sus murallas. Por desgracia aquel hijo de Coligny, que igualaba en consejo y valor á los mayores capitanes de Europa (6), murió pocos dias despues de haber ganado á Chartres.

Esta caida de Chartres llevó la consternacion á los bodoques de Paris, que se veian aislados, cercados, vendidos acaso. La comuna, como todos los tiranos, creyó poder librarse del miedo creando el terror.

¿Qué prueba la toma de Chartres? hacen decir los diez y seis. Simplemente «que Nuestra Señora de Paris no tiene la misma virtud que Nuestra Señora de Loreto, que guarda las llaves de Paris» (7). Lo que se necesita es *una buena sangría á lo San Bartolomé* para los políticos. Mayena es *un gran puerco;* en estan-

---

ble debia ser la jóven para haber podido casarse con un hombre tan importante como Rieux. Rieux fué cogido por los burgueses de Compiegne en 1594 y entregado al parlamento de Paris, que instruyó su proceso y le hizo ahorcar.

(1) El 12 de setiembre 1591.

(2) Esto es, mahometanos. «Así llamaban á los realistas.» Palma Cayet, p. 302.

(3) Ms. Arch. nac K. 1577, p. 148, del 8 de octubre 1591.

(4) El cardenal (de Borbon) murió dos años despues, de la misma enfermedad que Francisco I y Leon X.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1565, pág. 147. Respondieron que esperaban en la intercesion de Nuestra Señora. Esta carta es de Bernardino de Mendoza á Martin de Idiaquez: en aquella época no estaba ya Mendoza tan seguramente informado

(6) Lestoile.

(7) *Ibid.*

do él á la mesa con una escudilla bien honda, sólo vale para hacer la guerra á las botellas. El bearnés es un *chivo apestoso, un perro*. El cura de San German de Auxerrois «no predica más que sangre y carnicería, excitando al pueblo con gestos y palabras atroces» (1). El de San Severin dice palabras tan groseras que sus vicarios ahogan su voz «echando las campanas á vuelo.» El obispo de Paris, Gondi, ha sido expulsado de su silla y secuestradas sus rentas. El cardenal Lenoncour, canciller de la Liga, huye precipitadamente. Brigard, primo de Leclerc, y «uno de los primeros pillos,» se hace sospechoso á su vez y es reducido á prision. El parlamento lo condena y él se evade: luégo el furor de la comuna se vuelve contra lo que queda del parlamento.

Desde que el parlamento fué llamado á residir en Tours, los consejeros ligueros de Paris habian sufrido una primera depuracion por medio de Leclerc, que hubo de encerrar en la Bastilla (2) á los más honrados. Bernabé Brison habia tenido la debilidad de aceptar el papel de primer presidente á la cabeza de las reliquias de su corporacion. Era un legista laborioso, un escéptico sutil, uno de esos hombres que se creen moderados porque no se atreven á entrar en lucha contra los violentos. Fué señalado al odio del pueblo por el cura de Santiago. «Es sufrir demasiado, dice este tribuno; es preciso manejar los puñales; hay traidores en el parlamento y es menester echarlos al rio.» Una delegacion de la comuna de Paris compuesta de Leclerc, Cromé, Louchard, Ameline, Aimonot, Auroux y Hamilton, párroco de San Cosme, se presenta con hombres de las secciones, la noche del 15 al 16 de noviembre de 1591, en casa del presidente Brisson y de los consejeros Claudio Larcher y Juan Tardif. Los arrancan de la cama y los ahorcan de una escala apoyada contra la pared. Brisson, en tan crítico momento, sólo tuvo una idea de pedante (3). «Os ruego que no se estropee el libro que estoy escribiendo, pues no deja de tener mérito.»

Descuélganse los cadáveres y se llevan «bien temprano á la Greve, alumbrando Cromé con una linterna en la mano;» luégo se ponen en la picota.—Los Diez y seis, dijeron con indignacion los españoles (4), se han visto obligados á adoptar esta medida un tanto violenta y á ejercer por sí mismos la justicia que no podian obtener.—Pero los militares no gustan de estas matanzas clandestinas: los de la guarnicion española de Paris no disimularon su disgusto y se declararon dispuestos á reprimir toda tentativa de pillaje. Exasperada por esta sorprendente oposicion, discute la comuna nuevas ejecuciones: Mad. de Nemours y Mad. de Montpensier, la madre y la hermana de Mayena (5), temen que de un momento á otro se las tome en rehenes é invocan la proteccion de Belin, gobernador de la isla de Francia, que se declara tan amenazado como ellas. En esta angustia, suplica Mad. de Nemours á su hijo Mayena que venga á libertarla á ella y á su hija de la servidumbre á que se veian reducidas bajo la dominacion de aquellos perdidos.

El orgulloso Mayena, que habia tenido en su juventud pretensiones al trono de Polonia (6) y que se veia ahora á punto de ser rey de Francia, se sintió poseido de un arrebato de su cólera homicida. Llegaba de Verdun y estaba en Laon con Villeroy y el presidente Jeannin, á quienes enseña la carta de su madre: ellos le explican que no se está ya en guerra religiosa, sino en vísperas de una plebeyería; que Farnesio va á llegar y á tomar el pretexto de la impotencia de Mayena, para confiscar á Paris en nombre del rey de España. Mayena manda tomar las armas á sus soldados y monta á caballo. En este momento interviene Don Diego de Ibarra, el embajador español.—Los Diez y seis, dice, son muy disculpables por haber dejado sin castigo á los que turbaban el órden y fraguaban traiciones: no sino con mucha justicia han ejecutado á los que merecian esta muerte infamante.—Es gente de baja condicion, interrumpe Mayena, y los que los abonan, son cómplices suyos.—Luégo dió la órden de marchar á sus tropas.

Pero hubo de notar que Don Diego de Ibarra le tomó la delantera, con la intencion evidente

(1) Lestoile. «Yo lo he visto en tal furor.»

(2) Es quien firmaba Debussy en la representacion á Felipe II.

(3) Esta idea seria bella en Lavoisier ó en Andrés Chenier; es hasta miserable en Brisson. Sin embargo, hay que confesar que la mayoría de los autores sentirian que los ahorcaran ántes de acabar la obra que llevan entre manos. Hé aquí la lista de las obras de Brisson: *De formulis populi Romani*, en folio, 1583; *De spectaculis; Côde de Henri III; De veteri ritu nuptiarum*, publicada en 1641; *De regio Persarum principatu*, en 1710; *Dictionarium juridicum*, en 1743; *Opera minora*, en 1747.

(4) Cabrera, t. III, p. 510.

(5) La duquesa de Mayena debió de unir sus instancias á las de aquellas; pero probablemente no estaba en Paris. Consta que se moria de miedo en esta ciudad desde 1590 y queria huir, á pesar de las órdenes de su marido. Mayena prohibió á sus escuderos suministrar escolta á su mujer, obligándola así á permanecer en Paris. *Corresp. de Mayena*, publicada por la Academia de Reims, t. I, p. 96.

(6) Faye á Bellievre, 30 de julio 1588, edic. Halphen, p. 49.

de impedir su entrada en Paris, ó á lo ménos de avisar para que se pusieran en cobro los asesinos. Entonces, dejando á la tropa continuar su camino, partió el duque al galope con algunos jinetes, alcanzó á Ibarra en Vincennes (1) y lo persuadió de haber desistido de sus proyectos de castigo. Ibarra, que le vió tan poco acompañado, entró sin desconfianza con él en Paris y tranquilizó á los Diez y seis de tal manera, que vinieron á ser insolentes con Mayena: invadieron su habitacion, hablaban en voz alta y todos á la vez, sin pizca de respeto, segun su costumbre.

Pero el dia siguiente aparecen los soldados de Laon, cercan la Bastilla, que entrega Leclerc temblando, y prenden al abogado Ameline, que aspiraba á ser procurador general, y á sus cómplices Louchard, Aimonnot y Anroux. De órden de Mayena fueron conducidos á una sala baja del palacio, y allí colgados de una viga, sin forma de juicio (2). Los soldados encontraron en casa de Leclerc «quinientos á seiscientos mil francos que habia pillado.»

Este golpe brutal é insuficiente á la vez, no contuvo los desbordamientos de la democracia: un cura calificó de Santos mártires, desde el púlpito, á Lonchard y compañeros y otro llegó á hacer el panegírico de Ameline. Los aduladores del populacho, como Brissac, exclamaron «que el difunto rey, de quien tanto mal se habia dicho, no habia obrado peor que Mayena.» Cuando se habla con tanta violencia, se está muy cerca de venderse: los probos son moderados.

VIII.—Segunda campaña de Alejandro Farnesio

Al volver Alejandro Farnesio á los Países Bajos, despues de su primera campaña en Francia, hubo de encontrar la situacion muy cambiada. Un hombre de genio, Mauricio de Orange, acababa de levantarse en armas. A su vez, los indóciles burgueses, los gárrulos tribunos, los rapaces soldados, se habian agrupado á su alrededor: Holanda tenia un general y un ejército. La fuerza de voluntad del jóven príncipe improvisaba una disciplina que en vano habian querido imponer su padre Guillermo de Orange, el francés La Noue y el inglés Leicester.

Para vengar la muerte del coronel Schenck, vino Mauricio de Orange á poner sitio á Nimega «á donde arrojaba balas que llevaban fuego artificial, y al caer en las casas las incendiaban de tal modo, que casi no se podia apagar el fuego» (3). Alejandro Farnesio, llamado á Francia por Felipe II, desde agosto de 1591, en virtud de órdenes de que fué portador el presidente Jeannin, enviado por Mayena á Madrid y de aquí por Felipe II á Bruselas (4), tuvo mal de su grado que renunciar á la lucha que preparaba contra su jóven adversario, y se resignó á algunos sacrificios en los Países Bajos á fin de concentrar mejor en el Brabante y la Frisia las fuerzas españolas que quedaran durante su ausencia.

Verdugo, á quien dejó en la Frisia, se mantuvo sin comunicacion con Bruselas ni Madrid por espacio de más de siete años (5) y murió quebrantado algunos meses despues de haber tenido que evacuarla. A Cristóbal de Mondragon le fué confiado el Brabante. Este veterano de las guerras de Cárlos V tenia á la sazon cerca de noventa años: nadie habia sabido apreciar sus raras aptitudes sino Alejandro Farnesio, que le habia encontrado de simple coronel del tercio viejo y promovido á maestre de campo á los ochenta años (6). Al salir de Bruselas, le designó como representante de su persona y delegado de sus poderes (7).

Pocos dias despues de la ejecucion de los asesinos de Brisson, pasaba Alejandro Farnesio la frontera y se establecia en Guisa para dar tiempo á desbaratar las intrigas y calmar la irritacion de Mayena. La cuestion consistia en reconciliar á Mayena con Don Diego de Ibarra que habia sido burlado á su entrada en Paris «y estaba resentido como buen caballero» (8); separar á Villeroy y á Jeannin, que habian aconsejado *hasta la importunacion* (9), el golpe de Estado contra los Diez y seis y se retirarian del mercado en cuanto vieran vendida Francia á Felipe II; satisfacer, en fin, la ambicion de

(1) Este episodio, indicado por las cartas de Don Diego de Ibarra, fué resumido muy claramente por Herrera.

(2) Cromé pudo evadirse; Leclerc fué autorizado para retirarse á Bruselas; Delauna y fué desterrado de Paris. Son aprehendidos en 1594 y ahorcados, un cura (sin duda Hamilton) y un sargento, cómplices en el asesinato de los magistrados.

(3) Palma Cayet. Mauricio tomó, además de Nimega, á Turnhout, Deventer y Hulst.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1578, p. 90. Jeannin á Don Juan de Idiaquez, 27 setiembre 1591.

(5) De 1587 á 1594. Véanse sus *Memorias* ya citadas, tom. III, pág. 184. Murió en Luxemburgo en 1595.

(6) Delante de Audenarde, el 24 junio, 1582. El despacho obra Ms. Arch. nac. fond. español. 186, fol. 281. Mondragon habia nacido á principios del siglo en Medina del Campo; comenzó su carrera de soldado raso (Herrera, t. III, p. 103), y fué ascendiendo «sin otra ayuda ni favor que su propio mérito.» Murió en 1596.

(7) Ms. Bibl, nac. fond.. español. 186, fol. 259, del 14 noviembre 1591. «Cristoval de Mondragon, del Consejo de guerra del Rey nuestro Señor, y su castellano de Amberes, junto con los cargos importantes y señalados servicios que ha hecho en mas de cincuenta y cuatro años... en mi lugar, representando mi misma persona.»

(8) Herrera, t. III, p. 319.

(9) *Ibid.*

Mayena, con una presa bastante rica para hacerle creer que le ayudaria á acercarse á la corona.

Pero Alejandro debió de sorprenderse mucho al descubrir, desde su llegada á Guisa, ciertas enemistades que ni podia sospechar contra el duque.—Ni la duquesa de Guisa ni su hijo, escribe á Felipe II (1), estaban contentos con el duque de Mayena, quejándose á mí del poco caso que hacia de ellos y creyendo que en este punto no cumplia con su deber.—La duquesa se consoló con algunos cumplimientos y promesas «aunque se hubiera consolado más, si se la hubiera socorrido con alguna cantidad de dinero, segun las pláticas que me ha hecho sobre sus necesidades.» Mayena llega aquella misma noche de Paris, expone sus quejas contra Ibarra, principalmente «por haber querido persuadirlo á su venida á Paris de que debia proceder con lenidad contra los que habian ahorcado á los magistrados y querian so capa de religion provocar una rebelion.» Pero como príncipe italiano, más acostumbrado á ver trapacerías en los políticos que la pasion del motin en el pueblo, imagina Farnesio que la irritacion de Mayena proviene únicamente de la sospecha de que Don Diego de Ibarra hubiera querido sublevar á los parisienses y, apoyado en la guarnicion, hacerse dueño de la ciudad. Y pinta á Mayena con malicia. «Lleva siempre por objeto tener el primer lugar.» Ibarra describia tambien esa vanidad con exactitud más cáustica. «Tiene celos de las alondras porque vuelan.»

Pero esta presuncion ridícula y hasta doblez con los españoles, cuyos ducados embolsaba, no dejaban de hacer á Mayena útil á Francia, pues apartaba con su sola pesadez, puede decirse, las pretensiones de Felipe II. Sus réplicas al hábil italiano son á veces felices.—Convoquemos los Estados, propone Farnesio.—Es peligroso, contesta Mayena, sino comprais ántes á todos los gobernadores de las plazas.—Despues, si se trata de los derechos de la infanta, Mayena *se hace atrás*. Sobre todo, se opone á introducir guarnicion española en la Fere, alegando «que la dicha plaza le pertenece en propiedad.» Todo eso es muy bueno (2), observa Farnesio; pero no impide que siga tomando nuestro dinero. No le impide tampoco firmar un acta (3), que consagra su sumision á Felipe II, siempre por dinero, pero con la intencion de no cumplir su palabra. «Estos artículos no fueron admitidos sino para distraer á los españoles» (4).

Miéntras Mayena se entregaba á estas tentaciones, entre su ambicion y su codicia, Enrique IV sitiaba á Ruan. Los españoles se habian, al parecer, formado una idea exagerada de la importancia de Ruan; Farnesio hubo de subordinar á la liberacion de esta plaza todo su plan de campaña y se puso rápidamente en movimiento hácia la Picardía. Dejando Enrique IV al mariscal de Biron, con toda su infantería, en las trincheras de Ruan, salió con su caballería al encuentro del ejército de Farnesio.

Por desgracia la guarnicion de Ruan se componia de hombres ménos fanfarrones, pero más bravos que los parisienses. En cuanto Villars Brancas, su comandante, supo la partida de la caballería real, hizo una salida contra el campamento de los alemanes, púsolos en derrota fácilmente y los rechazó como un rebaño hasta las tiendas de los gascones. Allí los dos hijos de aquel bravo Piles, á quien hizo matar Cárlos IX á su presencia, en el Louvre, durante la de San Bartolomé, reunieron sus huestes «y aunque imberbes todavía, tomaron la resolucion de morir ántes que faltar á su deber; muchas veces les intimaron la rendicion con promesa de la vida, pero la rechazaron de tan buen talante, que entre la multitud que los abrumaba, muchos hombres de honor testificaron haberlos hostilizado á su pesar» (5). Biron logró rechazar á los asaltantes, pero avisó á Enrique IV que era necesario que volviera pronto para levantar el sitio.

Entre tanto Enrique IV hacia un prodigio inverosímil. Obligado á detener el ejército de Farnesio en su marcha, para mantenerlo á distancia de Ruan, avanza derecho á él. El 5 de febrero está en Aumale: toma ciento veinte jinetes de la corneta blanca y se hace seguir de cuarenta de sus mejores capitanes, acompañado cada uno de diez jinetes escogidos. Mete entre esta tropa escogida doscientos migueletes ó arcabuceros vascos, que sabian pelear á pié, saltar sobre el caballo libre y agarrarse á la grupa del que pasaba. No bien hubo hecho

(1) Farnesio á Felipe II, Ms. Bibl. nac. fond. español. 168, folio 165, del 15 enero 1592. Esta carta refiere todos los acontecimientos de diciembre. Supongo que hubo de ser interceptada por Enrique IV, porque hay muchas copias en la biblioteca. Acaso no sean sino copias de una traduccion del original. Es carta muy importante.

(2) Esta opinion de Farnesio sobre la Fere (*ibid.* fol. 172) es muy importante, pues descarga á Mayena de la inculpacion que le hicieron los contemporáneos de haber consentido en la cesion de la Fere. Vese al contrario, que á su pesar, los españoles hicieron matar á su gobernador de la Fere y tomaron la plaza.

(3) Duplessis-Mornay, t. V, p. 137; texto del tratado del 18 enero de 1592.

(4) Jeannin á Villeroy, *Apología y discurso*, p. 181.

(5) Aubigné, t. III, p. 264.

esta gallarda hueste cuatro leguas de camino, cuando descubre al ejército de Farnesio dispuesto en trapecio, fuerte de diez y seis mil peones y cinco mil jinetes, y carga á la caballería ligera que aparece en la vanguardia.

Al punto da Farnesio la órden de suspender la marcha; manda avanzar á la artillería y se prepara á la batalla. «Parecíale imposible que un tan gran soldado como Enrique se aventurase con sola caballería á sostener el choque de aquel ejército» (1).—Le place decirlo así, dijo Enrique IV cuando se le contó despues la sorpresa de Farnesio; no está obligado á hacer el pipiolo; bien lo sé.

Enrique tenia que suplir la falta de ejército con exceso de valor personal, haciendo de modo que sus camaradas, y áun sus mismos enemigos, estuvieran orgullosos de él; acaso tambien participaba de la embriaguez de ellos, cuando oprimiendo los ijares de un caballo, veia á veinte mil hombres tomar posiciones de combate ante un puñado de valientes; cuando cargaba las primeras filas y desaparecia al través de los hondos caminos, dejando ó tomando á la grupa á sus migueletes, para simular mejor un ejército, salvando los sotos, haciendo ver por todas partes caballos, penachos, detonaciones de mosquete. Testigo de esta ostentacion, se siente inquieto Farnesio, y creyéndose obligado á emplear gran prudencia, se atrinchera contra estos seiscientos caballos (2). Una especie de gloriosa locura hace saltar á los jinetes de Enrique IV, que se arremolinan al rededor del inquieto ejército y cargan los cañones en batería. Es el mejor dia de este lúgubre período: los que sobrevivieron, se estremecian de satisfaccion á este recuerdo, treinta años despues (3). El mismo Mayena decia: «Son hombres que de padre á hijo están avezados á la muerte.» Enrique IV fué alcanzado por una bala en los lomos. «Amor mio, escribia aquella misma noche á Gabriela Strées, por poco no pierdes á tu servidor, de un tiro de falcon (4). Te beso los piés un millon de veces.»

Este buen humor no interrumpido, este ardor, estas proezas, dan autoridad entre los hombres.

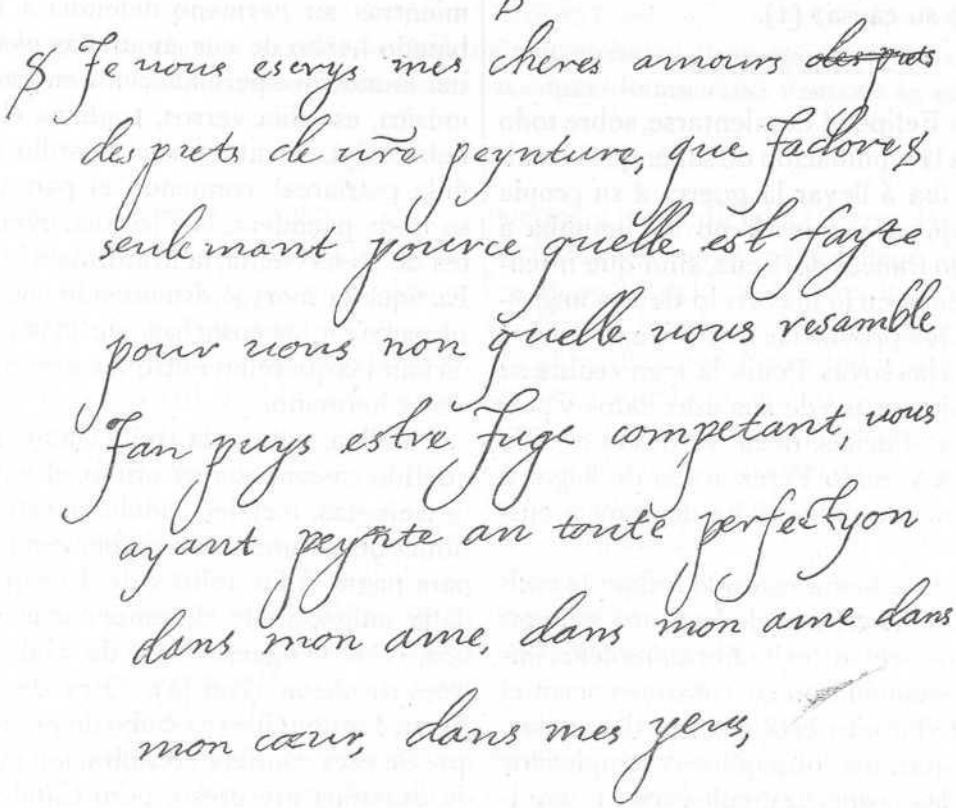
Farnesio comprendió aquella noche que no habia tenido que habérselas más que con una apariencia de caballería; su prestigio se amenguó y los españoles comenzaron á criticarle. «Aunque el suceso del dia de Aumale fué bueno, escribe Ibarra (5), le parece que pudiera ser mejor.» Los dias siguientes fué víctima de las faltas del jóven duque de Guisa y de Mayena, que se dejaban copar gruesos cuerpos de caballería, teniendo siempre de frente, á dos leguas, la caballería del enemigo» (6). Farnesio tomó á Neufchatel (7) y se acercó, en fin, tanto á Ruan, que Enrique IV, poco seguro de su infantería, tuvo que levantar el sitio (8); pero despues de haberlo mantenido tres semanas desde el combate de Aumale, y sobre todo conservando todo su prestigio sobre sus soldados. Las maniobras ejecutadas confiadamente por su ejército, separaron á Farnesio de sus abastecimientos. «Iba deshaciéndose el ejército, escribia Ibarra (9), y el enemigo con su caballería se alojaba siempre cerca de él.» De las incomodidades se ha recibido harto daño por la falta de dinero y lo demás necesario. «Coloma negoció cuarenta y tantos mil escudos que se dieron á la gente francesa, y otros veinte mil por las pagas de enero y febrero del de Mayena... La de S. M. no ha recibido paga ni socorro, fuera de la que se le dió á su entrada en Francia.» Habia que pagar, tambien, á algunos desdichados suizos que el papa habia suministrado (10).

El cansancio y los sufrimientos de una campaña de invierno suspenden las hostilidades durante el mes de marzo. Enrique IV reside en Pont-de l'Arche, teniendo su material de sitio y sus víveres en Caudebec. Aquí reaparece súbito Farnesio el 23 de abril (11). «Al llegar ayer fué á reconocer este lugar, como suele, aventurándose cierto harto más de lo que seria razon... Diéronle un arcabuzazo en el brazo derecho entre la muñeca y el codo (12). No pasó la bala y hubiéronle de cortar porque saliera. Y yo, añade Tassis, deseo vernos desembarazados y salidos con brevedad deste rincon, donde se está con grande estrechez de vituallas y forraje.» Es tambien la opinion de Diego de Ibarra (13), que envia á Felipe noticias de la herida los dos dias siguientes. «Alejandro, dice, se exponia como un soldado particular... por poco que dure su enfermedad, hará falta muy grande

(1) Coloma, p. 54.
(2) Coloma. «Tanto pudo la prudencia de poder cautelarlo todo.»
(3) Véase la relacion de Aubigné.
(4) Pieza de artillería que se llevaba al brazo. Sobre esta palabra añade Enrique un chiste permitido en las costumbres de la época, á propósito de la enfermedad de su primo el cardenal y de sus causas.
(5) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 34.
(6) *Ibid.* p. 46.
(7) *Ibid.* p. 40. Tassis al rey. Fué el 14 febrero 1592.
(8) *Ibid.* p. 46. Ibarra al rey. El 27 febrero 1592.
(9) Ms. Arch. nac. K. 1581, pieza 46.
(10) *Ibid.* p. 34. Tassis al rey, 15 febrero 1592.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 73. Tassis al rey, 24 abril 1592.
(12) Coloma describe lo mismo la herida. «En el brazo derecho, en igual distancia del codo y la muñeca, entre las dos canillas.»
(13) Los dos al lado de Farnesio. Ibarra al rey, K. 1581, p. 76.

su existencia.» Despues abre Ibarra su carta y añade que Caudebec acaba de capitular.

Pero ya se acerca Enrique IV.—Ya os lo decíamos, exclaman á esta noticia los franceses del ejército español; muy luégo le tendremos encima.—Los españoles se retiran sobre Ivetot y permanecen quince dias bloqueados por Enrique IV. Careciendo de víveres, se deciden á huir, y huyen de noche, abandonando sus bagajes, atravesando el Sena, corriendo desde el 22 al 30 de mayo, ó sea desde Caudebec á Chateau Thierry, con su general enfermo, en medio de mil sufrimientos y pérdidas crueles. «Hállase este ejército, escribe Tassis (1), muy menguado y disminuido... lo que hemos alcanzado de bien en este último viaje de Roan se encierra en solo haver quitado de sobre ella al enemigo... las armas enemigas han ganado reputacion...



Facsímile de una carta de Enrique IV á Gabriela de Estrées. (El original se conserva en la Biblioteca nacional de Paris)

quedando al enemigo tiempo largo para acometer cosas á su propósito sin disturbio.» Postrado Farnesio, dejaba el mando de su ejército á Rosne (2), el único capitan de valer en la Liga, y se retiraba á Spa.

Consagrar un ejército y un año á libertar á Paris, como en la primera invasion de Francia, era acaso útil; pero Ruan no valia tan enormes sacrificios. Con esto cunden, con el desaliento, las recriminaciones. Quéjase Mayena de que el mando del ejército se haya confiado, no á él, sino á Ranucio Farnesio, de Ivetot á Chateau Thierry, y á Rosne definitivamente; se indigna de que se desmiembre á Francia, dejando que se enseñoree de la Provenza el duque de Saboya; hace notar que la Liga está consagrada por el pueblo de las grandes ciudades y el clero bajo, y que es preciso dar dinero para atraer á la nobleza (3). En efecto, Ibarra cree saber que Villars Brancas está dispuesto á vender á Ruan y que Villeroy prepara un tratado de paz entre todos los franceses. El parlamento ha vuelto á hacerse sospechoso y el cardenal legado tiene que calmar el furor del pueblo «muy peligroso furor, á lo que entiendo, dice Farnesio (4), que resume la situacion con notable buen sentido. Hállase el enemigo en buena disposicion para exhortar á concierto al partido católico entero ó parte de él, y el dicho partido, viendo que dos veces hemos venido á salvarle sin fruto cumplido y que en lugar de verse salvos, se hallan ahora más perdidos que nunca, ¿quién duda sino que entran

(1) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 86.
(2) *Ibid.* p. 89. Ibarra al rey, del 20 junio 1592.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 87. Resúmen de los despachos de Ibarra hecho por la cancillería.
(4) *Ibid.* p. 86, del 30 mayo 1592. Estas cartas de Tassis revelan los maravillosos resultados de la campaña de Enrique IV en Normandía, su victoria real sobre Farnesio y sus consecuencias.

en desconfiar de nuestro poder y que se hallan desanimados y desesperados?»

En esta crísis, en que se pone en tela de juicio su poder, Felipe II se abandona á uno de sus famosos accesos de silencio. En vano Don Cristóbal de Mora y Don Juan de Idiaquez le ponen á la vista las cartas de Tassis y de Ibarra y le dan cuenta de ellas en extracto ó resúmen; el rey escribe lánguidamente al márgen: «Que se mire lo que en todo convendrá y Dios ayude su causa» (1).

IX.—Catalina de Borbon

Bien podia Felipe II desalentarse, sobre todo cuando sentia la humillacion de saber que el maldito bearnés iba á llevar la guerra á su propia España. Porque Enrique IV no se limitaba á defender su rio francés del Sena, sino que intentaba nada ménos, en lo más recio de sus angustias, arrojar á las provincias de Felipe la guerra que devastaba las suyas. Ponia la mano sobre su rival á propósito de uno de sus asesinatos y persiguiendo estas huellas, decia ya desde el sitio de Paris (2): «Antonio Perez acaba de llegar á Aragon; espero que en breve ha de venir á buscarme.»

Se recordará la flema con que Felipe II recibió la noticia de la victoria de Lepanto, su largo recogimiento sobre su reclinatorio, los celos implacables que removieron su corazon contra el héroe católico durante esta especie de éxtasis, el arte con que los obsequiosos empleados mantuvieron las sospechas, cultivaron la envidia, hicieron abortar los sueños de Don Juan de Austria, sobre Túnez primero, sobre Inglaterra despues. El miedo trasformó á Felipe hasta hacerle cómplice de los galopines culinarios, de los mozos de mulas, de los infames espadachines que asesinaron al humilde secretario Escobedo. Despues, cuando abatido Don Juan por el silencio de su hermano, por la certidumbre de su desgracia y por la ruina de sus esperanzas, sucumbió prematuramente, Felipe II, echando de ver que habia sido víctima de las criminales trapacerías de Antonio Perez, hizo prender á este cómplice del homicidio, se exasperó por su indocilidad y se vió impulsado por la ira á perseguirle, miéntras á esta nueva víctima permanecian fieles Doña Juana Coello, la esposa apasionada y la princesa de Eboli.

En los momentos en que Antonio Perez, quebrantado por la tortura, se le escapaba de las manos y se ponia bajo la proteccion del Justicia de Aragon, aparecia otra mujer y se colocaba, como Aragon, entre Felipe II y su rebelde ministro: era Catalina de Aragon, hermana de Enrique IV.

Gobernaba Catalina pacíficamente el Bearn, miéntras su hermano defendia á Francia, habiendo hecho de sus montañas el único rincon del mundo que permaneciera en paz. Componia música, escribia versos, traducia el griego y el hebreo (3), llevaba en su castillo de Pau una vida patriarcal, comiendo el pan amasado por su linda panadera, la Picotina, oyendo los chistes de su sirvienta, la Maturina, á quien llamaba Enrique la *loca* (4), discutiendo con sus colonos su parte en las cosechas, sin más cuidados que dirimir las querellas entre las antiguas favoritas de su hermano.

Catalina, que tenia treinta años (5), hubiera querido casarse con su primo, el gallardo conde de Soissons, fortaleciéndola en este deseo Corisanda de Gramont, que habia vendido sus joyas para pagar á los reitres de Enrique IV, y andaba anhelosa de desempeñar un papel político, el de vengarse acaso de Gabriela de Estrées su nueva rival (6). Otra de sus rivales, Juana Tignonville (7), hubo de prevenir á Enrique de esta cándida conspiracion (8). El conde de Soissons fué preso; pero Catalina no entró en pugna con la política de su hermano, reconociendo el absoluto poder que le habia dado sobre su voluntad, segun decia ella misma (9); y le hizo avisar de que Aragon parecia prepararse á un levantamiento, que Antonio Perez habia trabado relaciones en este reino que le habia ofrecido seguro asilo con entera libertad religiosa (10).

(1) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 89, 90 y siguientes.
(2) Faye á Bellievre, 11 de julio 1590, edic. Alphen, p. 105.
(3) Bolet. de la Socied. del protestantismo francés, t. XV, p. 23.
(4) La condesa de Armaillé, *Catalina de Borbon*, p. 128 y 274.
(5) Nació en 1559.
(6) Filiberto de Guiche, marido de Corisanda, la excitaba, acaso por venganza, en sus intrigas contra la voluntad del rey. Debia ser un espíritu ilustrado, por cuanto á él dedica Montaigne los sonetos de la Boecia.
(7) Casada, despues de sus devaneos, con el conde de Pangeas.
(8) La condesa de Armaillé, p. 144.
(9) Carta citada por Yung, *Enrique IV escritor*, p. 162.
(10) Carta del 26 de noviembre de 1591, citada por la condesa de Armaillé, p. 137.

CAPITULO III

TURBULENCIAS DE ARAGON

1590-1594

LLEGADA DE ANTONIO PEREZ Á ARAGON. — CAUSAS DE DESCONTENTO. — INSURRECCION DE ZARAGOZA. — EXPEDICION DE VARGAS.—INTERVENCION DE LOS BEARNESES.—INDISCIPLINA Y MISERIA EN ESPAÑA

I.—Llegada de Antonio Perez á Aragon

Antonio Perez, con ayuda de su mujer y de Gil de Mesa, se habia evadido de su prision y llega á Calatayud. Agotadas sus fuerzas, se acoge al convento dominicano de San Pedro Mártir, miéntras el fiel Gil de Mesa continúa su viaje á Zaragoza y en su nombre pone en manos del Justicia de Aragon un acta de *manifestacion* (1).

En cuanto un acusado pisaba el suelo de Aragon y declarándose *manifestado* apelaba á los fueros del reino, quedaba exento de tortura y se sustraia á los procedimientos secretos, seguro de un juicio en forma: era la ley, y Felipe II habia jurado respetar estos antiguos derechos. En su misma España se levanta la legalidad ante él, como en los Países Bajos.

Consultó aragoneses y castellanos, pidió informes y se llenó de enojo contra el desconcertado juez de Perez, el frio y feroz Rodrigo Vazquez de Arce (2). Este no se sentia ménos humillado que Felipe II por la súbita aparicion de las leyes ante el tribunal en que perseguia él á Antonio Perez. Una sola medida es posible, decia al rey: arrancar al profugo áun á los fueros de Aragon, áun á los privilegios y derechos de la Iglesia. Felipe II vacila, no puede ménos de vacilar, mal que le pese, por mucho que le interese tapar la boca á su antiguo confidente: con todo, se decide al fin y envia á Calatayud un alcalde de corte para sacar de su asilo á Antonio Perez y restituirlo á su prision (3).

Los buenos dominicanos aseguran bien sus puertas y, escondiendo á Perez, lanzan rayos de excomunion contra el sacrílego alcalde. Pero los arqueros del rey fuerzan las puertas, aprehéndese al fugitivo y le arrastran á la calle. Un dia ántes Antonio Perez hubiera estado perdido; pero aquel dia, miéntras el alcalde, indiferente á la excomunion, mandaba atar sobre un caballo al preso, entraban en la ciudad cincuenta arcabuceros escoltando á Mateo Ferrer, ujier del Justicia de Aragon. Acércanse al galope y reclaman, como *manifestado* y en virtud de los derechos del reino, al acusado que quieren llevarse los castellanos. Desde por la mañana estaba el pueblo agitado: los campesinos acudian de las cercanías y todos se escandalizaban viendo violar la inmunidad de la iglesia y forzar la casa de los dominicanos; pero ya están llenos de entusiasmo al verse sostenidos por los representantes de las leyes del país. Con esto aventan á los arqueros del rey, libertan á Antonio Perez y le llevan en triunfo hasta Zaragoza, donde le dejan en la prision de los *manifestados*.

Apoyado en la pasion religiosa y en el espíritu nacional de Aragon, libre en su misma prision, dueño de sus importantes papeles, salvados por su mujer, y festejado por el pueblo de Zaragoza, Antonio Perez tiene el buen sentido de ofrecer la paz á Felipe II, y escribe al rey y al confesor pidiendo que se le deje olvidado en un rincon con su mujer y sus hijos, y él por su parte se obliga á no divulgar los secretos que posee: puede defenderse, y ha de decirlo todo; pero prefiere que todo acabe en paz.

No obtiene contestacion. Entónces envia Perez á Madrid al prior de Atocha con una nota en que resume todos sus medios de defensa

(1) *Doc. inéd.* t. XV, p. 398 á 407.

(2) El dúctil Mateo Vazquez murió en 1590; habia crecido en poder. «Durante las ausencias del rey, se le remitian todos los espedientes.» (Cabrera).

(3) *Doc. inéd.* t. XV, p. 406.

y una copia de las cartas que puede exhibir originales á los jueces libres de Aragon. El rey recibe dos veces al prior, le escucha, vuelve á caer bajo la influencia de Rodrigo Vazquez, y escribe al marqués de Pozas: «Con toda diligencia hagais poner en órden y tener á punto veinte lanzas de la mejor gente que haya en vuestra casa y tierra y que estén lo mejor encabalgados y armados» (1). Al mismo tiempo da órden al virey de Aragon para que á toda costa le entregue el fugitivo. «Así lo exijo por descargo de mi real conciencia y por lo que debo á la reputacion de la justicia» (2).

En fin, autoriza tambien á Rodrigo Vazquez para pronunciar contra el acusado la pena de muerte y muerte infamatoria (3). Despues de ahorcado Perez, será decapitado y su cabeza quedará expuesta en un sitio público, con pena de la vida á quien le dé sepultura.

Pero á la vez que hacia condenar á Perez en el tribunal de Madrid, no dejaba el rey de proseguir el proceso ante los jueces de Aragon.—Sólo obtendremos de ellos el destierro, decia (4); pero se tendrá cuidado de echar mano al desterrado para ejecutarle segun la sentencia del juez de Castilla.

La sentencia de muerte hizo perder á Perez toda esperanza de transaccion y á la vez todo escrúpulo. Sin más demora, exhibió las cartas (5) que probaban que el rey habia sido su instigador y su cómplice en todos los actos que se le imputaban.—Se me acusa de haber falseado la clave de los despachos cifrados: es cierto. Pero hé aquí la carta en que el rey me lo ordenaba: esto era para ocultar al consejo ciertos pormenores que el rey queria guardar secretos. Hé aquí las notas del confesor sobre el asesinato de Escobedo; ved los parajes que muestran la turbacion del rey, temiendo las declaraciones de la morisca, que fué ahorcada por un envenenamiento de que estaba inocente, porque lo habíamos preparado nosotros con el rey. Ved los cargos que hacia el rey, cuando fracasaban las tentativas de asesinato...

El prestigio del rey y los secretos de Estado quedaron entregados al escarnio público. Los amigos de Perez multiplicaron y dieron á los cuatro vientos las copias de estas cartas, y el abogado del rey escribia de Zaragoza pintando el mal efecto causado por estas revelaciones y pidiendo nuevas órdenes (6).

El rey y Rodrigo Vazquez quedaron aterrados por el golpe, de que fueron, sin embargo, avisados oportunamente y que hubieran podido prever y evitar. A buen seguro los volantes de Felipe II no decian todo lo que les hacia expresar la pérfida interpretacion de Antonio Perez.—Tortura maliciosamente el sentido de mis palabras, decia el rey con despecho (7); lo que yo le escribia no era sino consecuencia de lo que él me decia: ahora bien, como él me engañaba, podia yo contestarle, en esta ilusion cosas que parecen hoy extrañas.

Hay mucha verdad en esta lastimosa defensa de Felipe. Si, como es verosímil, Antonio Perez le hizo creer que venia Escobedo á preparar una revolucion en favor de Don Juan de Austria, pudo muy bien el rey entender sin deshonor que Escobedo merecia la muerte. Pero queda siempre el deshonor en la eleccion del envenenamiento, en el de los asesinos, en la recompensa de los que asestaron el golpe.

No es ménos deshonroso el extraño procedimiento que inventaron de consuno el rey y Rodrigo Vazquez para desembarazarse de Perez, poniendo en juego, sin pretexto ni fe, el procedimiento de la Inquisicion.

El primer cargo es sutil.—Perez se habia fugado á caballo de su prision; cierto que se detuvo en el convento de Calatayud, pero hubiera podido continuar hasta el Bearn, y en este caso, habria suministrado un caballo, esto es, material de guerra, á los herejes (8). Se añadia que debia de ser hechicero ó mago para atraer tanta gente á su devocion (9). Su popularidad se le echaba en cara como un crímen. La base hubo de parecer bastante firme á la Suprema, siempre sumisa al rey, para incoar un proceso. Sin embargo, no se atrevió á poner en movimiento á sus agentes, sino en virtud de órdenes formales (10).

En todo Aragon, sólo un tribunal dependia de Madrid: el de la Inquisicion.—No lo constituian frailes, sino tres legistas: el licenciado Fernando Molina de Medrano, el doctor Antonio Morejon y el hidalgo Don Juan Hurtado

(1) *Doc. inéd.* t. LI, p. 227, el rey al marqués de Pozas.
(2) *Ibid.* t. XII, p. 56.
(3) «Muerte de horca.» 1.° de julio 1590.
(4) *Doc. inéd.* t. XII, p. 55.
(5) Sabemos exactamente las cartas que exhibió en aquel momento; son las del manuscrito de la Haya, algunas de las cuales se han publicado, segun otras copias, en el tom. XII de *Doc. inéd.* pág. 16 y siguientes

(6) *Doc. inéd.* t. XII, p. 23.
(7) *Ibid.* t. XV, p. 435.
(8) *Doc. inéd.* XV, p. 482.
(9) Perez, *Memorial*, p. 119.
(10) *Doc. inéd.* t. XII, p. 145 y 149. «Se enviará la órden... Conviene que V. M. lo mande advertir al cardenal.»

de Mendoza (1). Pero el uso queria que el calificador fuera un teólogo. Temió Felipe II que los teólogos tuvieran escrúpulo de legalidad (2) y mandó escribir al cardenal Quiroga, inquisidor general, que parecia favorable á Perez, que el servicio de S. M. exigia que en esta informacion no se nombrase otro calificador que Fray Diego de Chaves, su confesor (3). La órden se dió por boca del mismo rey. Pero la piedad del confesor es sospechosa y el cómplice fidelísimo es vigilado por Arenillas, el subalterno cuyas funciones son hacer saber á los inquisidores la voluntad soberana del rey. Este funcionario verá con Fray Diego de Chaves la causa y «ayudará á buscar los medios que conduzcan á que sea entregado de nuevo al Santo Oficio el acusado.»

Siempre sumisos á los caprichos del rey y como celosos de probar que eran instrumentos de gobierno y no protectores de la religion, el inquisidor general y la Suprema se apresuraron á entregar el proceso á las dos personas que se les habian así designado. Fray Diego de Chaves y Arenillas creyeron que bastaba una sola sesion para formular el acta de acusacion. Poseemos esta pieza.—Si Dios Padre se atravesara en medio, se supone haber dicho Perez, le llevara de las narices á trueque de hacerle ver cuán ruin caballero ha sido el rey conmigo.—Es proposicion blasfema, escandalosa, escriben los calificadores, y sospechosa de la herejía de los vadianos, que dicen que Dios es corpóreo y tiene miembros humanos.—Duerme Dios en estos mis negocios; estoy á punto de perder la fe.—Es escandalosa, porque parece que dice de Dios que duerme, como si él fuese inocente y sin culpa ¡un hombre jurídicamente atormentado y condenado á muerte!—Duerme Dios, duerme; debe ser burla esto que nos dicen que hay Dios: no debe de haber Dios.—Es sospechoso de herejía diciendo que Dios no tiene de las cosas humanas la providencia y el cuidado que las sagradas letras y la Iglesia nos enseñan: el que duda en la fe, es infiel, y no creyendo no es cristiano. Así decian los calificadores, olvidando los estatutos de la Inquisicion que prohibian hacer cargos á los acusados de palabras dichas «con enojo ó ira, que más son blasfemias que herejías, añadiendo no se prenda á ninguno de esta calidad.»

Provistos de estas armas, los inquisidores de Zaragoza reclaman, so pena de excomunion, que se les entregue el reo Antonio Perez, que es trasladado de la prision de los *manifestados* á los calabozos de la Aljafería con el mulero Mayorini que le ha alquilado caballos.

Este embrollo anulaba la constitucion de Aragon, falseándola; y con esto subió de punto el descontento que venia agitando el país de mucho tiempo atrás. La voz de contrafuero cundió por Zaragoza y todos los pueblos inmediatos (4).

II.—Causas de descontento

Desde las córtes de Monzon en 1585 no habian cesado de aumentar las causas de desórden.

La Inquisicion, tan popular en toda España, era odiosa á los aragoneses. Para combatirla hubieron de imaginar el procedimiento que podia desagradar más al rey, cual era invocar contra las demasías del Santo Oficio la intervencion de la Santa Sede. «Están en pugna contra los de la Inquisicion, decia un embajador francés (5); han apelado al Padre Santo y S. M. no querria que llegara á Roma el recurso.» La apelacion de una sentencia injusta no podia llegar fácilmente ni áun á la Suprema «como quiera que el apelante debia comenzar desembolsando mil y quinientos doblones» (6). Sin embargo, los inquisidores habian procurado acomodarse á las costumbres locales y se resignaron tardíamente á concentrar su trabajo solamente en la poblacion morisca. Sabian amenizar las fiestas públicas con pomposas procesiones de sus penitenciados, grey maldita de infieles condenados á perpetuidad al sambenito, que desfilaban entre el desprecio público detrás de las cofradías y los gremios «con algunas mujeres bien hermosas condenadas á esta pena» (7).

No eran inocentes estas excitaciones: los cristianos de la montaña comprendieron que

(1) Recuérdese que la Inquisicion española estaba en manos del rey, como ya se ha demostrado, y no en poder de la órden de Santo Domingo. Los dominicanos no estaban en mayor número en ella que los franciscanos, los laicos, ni en el reinado siguiente los jesuitas.

(2) Perez, p. 141. «De caer en irregularidad.»

(3) Marqués de Pidal, *Alteraciones de Aragon*, t. I, p. 479, Arenillas y Chinchon, 5 mayo 1590. «Por lo que S. M. mandó, yo escreví al Sr. Cardenal que se sirviese de que ningun teólogo calificase lo que resultaba desta informacion, sino el P. Fray Diego de Chaves, su confesor.» Chinchon le contesta que se lo tiene en cuidado «y procura encaminar lo que en justicia se pueda para que estos hombres entren en poder del Santo Oficio.»

(4) Son más celosos de sus privilegios, escribe un francés, que de sus propias mujeres. (Discours au vray des troubles naguéres advenus, Lyon, 1592, Bibl. nac. O C. 237.)

(5) Ms. Bibl. nac. 10752, Forquevauls á la reina madre.

(6) *Jornada de Tarazona*, de 1585, publicada por Morel Fatio y Rodriguez Villa, p. 24.

(7) *Viaje de Felipe II*, de 1585, publicado por Morel Fatio y Rodriguez Villa, p. 36.

sin cosa de pecado podian saquear las ricas granjas de los moriscos, y hasta sostenia un tal Morton «que matarlos no era sino prestar un gran servicio» (1). Las víctimas se defendieron y áun exterminaron á algunos de los asesinos. Entónces apareció el capitan Lupercio Latras.

Latras era uno de aquellos aventureros que se creia conveniente tolerar y áun utilizar en ciertos casos. Ya capitan de bandoleros en bosques y montañas; ya sometido y alistado en un regimiento de infantería (2), ó bien espía político, encuéntrasele un dia en Calais vestido de andrajos; otro dia se pavonea en Lóndres, vestido de seda y oro (3). Él llamó á los merodeadores de los caminos y los regimentó contra los moriscos de Aragon, quemó dos pueblos, exterminó un millar de hombres; supo luégo que tendria algo que ganar en el condado de Ribagorza y allá fué con su partida.

Este condado, que no queria depender más que del rey, habia sido adjudicado por la justicia de Aragon al duque de Villahermosa; pero el rey, aconsejado sin duda por Chinchon, siempre enemigo del duque, dejó que los bandidos se apoderaran del país. Los oficiales de la justicia aragonesa y los del duque fueron expulsados; un famoso bandido, llamado el *Miñon de Montallar*, se instaló en Graus, el pueblo principal del condado y estuvo saqueándolo por espacio de seis dias. El duque de Villahermosa tomó á sueldo los hombres de Lupercio Latras y bearneses mandados por el conde de Agont; entró en Bibagorza y volvieron á empezar los pillajes y violencias.

Felipe II creyó poder aprovecharse de estos desórdenes para enviar á Aragon un delegado real, y designó para ello á un castellano, Don Iñigo de Mendoza, marqués de Almenara. Esta eleccion pareció á los aragoneses un nuevo ultraje y su furor llegó al colmo cuando supieron que Antonio Perez habia sido arrebatado de la prision nacional de los *manifestados* y entregado al Santo Oficio.

III.—Insurreccion de Zaragoza

Al grito de *¡favor á la libertad!* la nobleza y el clero llamaron al pueblo á las calles: los curas, todos patrióticos, hicieron tocar á rebato; los campesinos acudieron á la ciudad; Don Diego de Heredia, acérrimo defensor de los derechos feudales, se improvisó jefe de la insurreccion y condujo al pueblo bajo las ventanas del marqués de la Almenara, el castellano enviado por el rey.

Almenara se hizo fuerte en su casa y gritó diciendo que estaba resuelto á defenderse á puñaladas: solamente él tuvo energía ante aquel tumulto.

Era virey el obispo de Teruel, prelado de ánimo apocado y no muy grandes alcances. El arzobispo de Zaragoza, hermano del conde de Chinchon, pugnaba entre los afectos de familia y el deseo de no irritar á su clero. El Justicia que habia declarado legal la entrega de Perez al tribunal del Santo Oficio, fué silbado en la calle y tuvo que refugiarse con sus subalternos en casa del bravo Almenara.

—Mi casa está contigua á ésta, dijo al marqués uno de los tenientes del Justicia: haced un agujero en la pared y huireis por mi puerta trasera.—Ninguno de mi raza ha huido, contestó Almenara, y no quiero ser yo el primero. —Marqués, terció diciendo el Justicia, yo ví en Gante al mismo emperador, en medio de una sedicion soldadesca, hacerse preparar un caballo á la puerta trasera de su palacio para asegurarse la fuga.—El marqués contestó remitiendo un volante á los inquisidores, prohibiéndoles que entregaran á Antonio Perez.—Muramos todos, ántes de cometer tal bajeza (4).

Pero en este momento las puertas casi cedian á la violencia de los golpes y las rejas de las ventanas estaban casi arrancadas. El Justicia salió á un balcon.—¿Respetareis al marqués y á los suyos, si yo los conduzco á la cárcel?—¡Sí, á la cárcel!—¿Me lo jurais como caballeros y personas de honor?—¡Sí, sí!—Y salieron. Los magistrados y el marqués son maltratados. El Justicia cae y le levantan. El marqués en pié, altivo, ensangrentado, es arrastrado á la prision. Tenia dos cuchilladas en la cabeza, tres dedos cortados, las costillas hundidas... murió á los catorce dias.

Embriagado ya con la sangre, se lanza el pueblo en actitud hostil á la Aljafería, la prision fortificada del Santo Oficio; lleva paja y alquitran y hace saber que va á quemar vivos á los inquisidores, si no dan libertad inmediata á Antonio Perez.

(1) Pidal, *Alteraciones de Aragon*, t. I, p. 201.

(2) *Ibid.* Véase tambien *Cartas de Madrid*, del 25 octubre 1582. Carta de Delgado. «Lupercio Latras, bandolero, tenia en la montaña 2000 hombres... es buen caballero... quiere obligará S. M. á servirse dél.»

(3) Ms. Arch. nac. K. 1574, p. 1. Baltasar de Hortigosa, 9 diciembre 1589. «En Lóndres, pasando por una casa de un sastre, hacian unos vestidos mu guarnecidos de oro, y le dixeron al sastre que para quién eran, y dixo para un capitan español que havia venido de España, que se llamaba Lupercio Latras y que se paseaba en Lóndres, y le habian hallado en Calés todo desnudo.»

(4) *Doc. inéd.* t. XII, pág. 163 á 318.

Los tres inquisidores tenian bastante experiencia de lo que era el suplicio de fuego para arrostrarlo con valor.

—Sin embargo, decia el presidente Molina de Medrano, seria una hermosa corona el martirio por el Santo Oficio (1). Pero ¿no se podria transigir, objetaban los otros, dejando á salvo la dignidad del cargo? Con tal que Perez le quede sumiso, importa poco el lugar en que se le encierre.

Los inquisidores consienten, pues, en que Perez sea detenido por su cuenta en la prision de los *manifestados;* y sin demora lo entregan al pueblo.

En este momento Antonio Perez es el dueño de Zaragoza; arenga á sus salvadores y pide que se abra una informacion criminal contra los inquisidores que han violado los fueros.

Mas por la noche los campesinos abandonan la ciudad, los magistrados comienzan á inquietarse, cuanto más sabiendo que el rey reune un ejército en el campo de Agreda, y ofrecen restituir á Perez al rey, en cambio de la promesa de garantizar los fueros para lo sucesivo. El verano se va en negociaciones, el Justicia muere y es sustituido por su hijo Don Juan de Lanuza: éste, mozo de veintisiete años, se pone de acuerdo con Don Diego de Heredia para salvar á Perez á toda costa.

Los inquisidores se han concertado tambien con el virey, el arzobispo de Zaragoza y los principales nobles, para recobrar á Perez, el 24 de setiembre, ó sea á los cuatro meses justos de su primera tentativa. Al intento, envian á sus familiares con carros tirados por cuatro mulas, para llevárselo de madrugada. Pero los arcabuceros que le guardan, se niegan á entregarle; preséntase luégo Don Diego de Heredia, manda tocar á somaten y acude la multitud. Sin demora baja Antonio Perez á la calle y recorre la ciudad, bajo un dosel de espadas desnudas. Los familiares del Santo Oficio son acuchillados. Todos los que tienen venganzas privadas que satisfacer, se aprovechan del tumulto para deshacerse de sus enemigos; los campesinos penetran por todas las puertas, y no queriendo esta vez perder el jornal, derriban puertas y allanan tiendas. Los disparos de arcabuz se hacen más y más frecuentes; cierra la noche y el pillaje parece inevitable; cuando de repente se abren de par en par las puertas de San Pablo y de su nave, inundada de luz, salen en procesion los sacerdotes con el Santísimo Sacramento, acompañados de los franciscanos de los dos conventos de Zaragoza, con sus banderolas, sus cirios y sus cánticos. El pueblo se arrodilla y la ciudad se salva.

A la noticia de este segundo tumulto, Felipe II organizó una junta en el Escorial para tomar consejo, aparte de la junta especial, en sesion permanente en Madrid, hacia cuatro meses. Fray Diego de Chaves da un consejo que parece el más expeditivo. «Que se diese muerte á Antonio Perez por el órden que mejor pareciese,» decia este anciano de noventa años (2). Felipe II repugnó este otro asesinato y expidió, en fin, á Vargas, el general de su ejército de Agreda, la órden de marchar sobre Zaragoza (3).

IV.—Expedicion de Vargas

Don Alonso de Vargas pertenecia á la pequeña nobleza de Extremadura, y se le habia elegido como jefe de la expedicion por no estar emparentado con ninguna familia de Aragon. Habia servido modestamente en las guerras de Flandes y se le dió por adjunto á Don Estéban de Ibarra, para el detall administrativo, y á Don Agustin Megía como coronel de los ochocientos veteranos que, cuatro años ántes, se embarcaron en la Armada Invencible.

Estos ochocientos veteranos y veinticinco cañones constituian el nervio del ejército. Iban acompañados de quince mil milicianos que habian de instruirse en una breve campaña y marchar despues á la guerra de Francia.

A esta fuerza no podia oponer la insurreccion más que unos veinte nobles con sus criados y todos los frailes. Alardeó, empero, de poder organizar la resistencia: al intento pretendió unir en confederacion los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia, obtener la alianza del Bearn y de Venecia y reclutar y armar hasta veinte mil hombres (4). Pero las ciudades miraban con recelo á los campesinos de su comarca, temian el pillaje ó querian hacer su revolucion particular sin curarse de Zaragoza. En Teruel, los dos hermanos Baltasar y Melchor Novella intentan inducir al pueblo á la sumision y son descuartizados; pero el pueblo se contenta con esta hazaña y no sale de sus muros. El pillaje llega á hacerse tan habitual entre los insurgentes,

(1) Herrera, t. III, p. 283.

(2) Pidal, t. II, p. 112. Segun los manuscritos de los legajos de la Inquisicion.

(3) El 24 de octubre 1591.

(4) *Doc. inéd.* tom. XII, p. 485.

que los habitantes ricos se ven reducidos á la necesidad de calcular qué es preferible, si ser despojados por el pueblo de Aragon ó por el ejército de Castilla. Los jefes del clero, reunidos en Tarragona en sínodo provincial, no se atreven á intervenir sino para suplicar al rey que suspenda la marcha de su ejército, flaqueza que aminora la influencia de los frailes. Sospechan unos de otros y unos á otros se denuncian: uno de los jefes, Don Juan de Luna (1), no escapa de manos de la multitud, que quiere matarle, sino por la proteccion de los franciscanos; el Justicia es golpeado en la calle. Por fin, despliega la bandera de San Jorge y sale el 8 de noviembre, para detener al ejército real en el puente de Alagon.

Le siguen cuatro maceros y cuatrocientos jinetes. Al otro dia se le incorporan algunos centenares de campesinos, que piden víveres y se niegan á obedecer á los jefes. El Justicia y Don Juan de Luna se aprovechan del tumulto para desaparecer; Antonio Perez huye igualmente, y á los tres dias entra Vargas en Zaragoza sin ninguna resistencia (2).

El astuto Perez habia juzgado prudente no dar á conocer su paradero. El Justicia se retiró á Epila, al lado del duque de Villahermosa y del conde de Aranda, los dos señores principales de Aragon, los moderados que no apoyaban los despóticos proyectos del rey, ni la violenta insurreccion del pueblo: por consiguiente, eran los más odiados del pueblo y del rey.

Mas, por la primera vez de su vida, Felipe II se inclinaba á la clemencia. Alonso de Vargas le escribia asegurando que los aragoneses eran sinceros en su sumision y que la pacificacion era completa. El marqués de Lombay, hijo del duque de Gandía, fué enviado para anunciar á los aragoneses, sus compatriotas, que serian respetados los fueros y que el nuevo virey seria el conde de Morata, aragonés tambien. Lombay comprendió, como Vargas, que serian impolíticas las ejecuciones. «¿A quién castigar? escribia (3). El más culpable es el prior de la Seo, que hizo tocar á rebato, y los sacerdotes y canónigos son los que más sin tino andan en todas estas cosas.»

Todos los cortesanos son parientes de algun aragonés; los ministros tambien, y todos inter-

(1) No se confunda con el conde de Luna que dejó unas memorias sobre estos disturbios.

(2) El 12 de noviembre de 1591.

(3) *Doc. inéd.* t. XII, p. 553.

ceden con el rey para halagar sus tendencias al perdon; todos, salvo tres.

El conde de Chinchon sentia odio de familia, siempre vivo, contra el duque de Villahermosa, y queria proscribir á todo Aragon á trueque de alcanzar á su enemigo: era un sentimiento feroz, pero poco extraordinario en aquella época. Rodrigo Vazquez de Arce estaba humillado por la desaparicion de su víctima, Antonio Perez: tenia tambien que satisfacer una venganza, cuando se unia al de Chinchon para excitar á Felipe II contra Aragon. Pero ni vicio ni pasion podrian explicar el frenesí con que el confesor, Fray Diego de Chaves, ya en los últimos límites de la vida humana, reunia su último aliento para exigir el castigo y oponerse al perdon.—Dios ha peleado por vos, decia al rey el rencoroso fraile (4): si perdonais á sus enemigos, no os perdonará él á vos. La sagrada Biblia ofrece ejemplos de esto.—Nada de proceso, decian los tres feroces consejeros, nada de sentencia ni ejecucion; basta dar los nombres de los culpables y autorizar á todo súbdito del rey á írseles encima y matarlos.—Y multiplican sus gestiones y extreman sus instancias y hasta maldicen las vacilaciones del rey.

Estas vacilaciones, sin embargo, servian mejor los proyectos de venganza, que lo hubiera podido hacer el más astuto disimulo.

La confianza renacia en Zaragoza, cuando se veia que despues de un mes permanecian las cárceles vacías; los fugitivos volvian uno á uno y eran recibidos cortésmente por Vargas y el marqués de Lombay.—¿Por qué no vuelves á Zaragoza? escribia al jóven Justicia de Aragon, su madre Doña Catalina de Urrea: no corres ningun riesgo.—Tranquilizado así por su madre, vuelve á Zaragoza el Justicia, y preside su tribunal; el duque de Villahermosa y el conde de Aranda vuelven tambien, y todas las familias se tranquilizan.

Entónces Felipe II toma, por fin, su resolucion. Era la mañana del 12 de diciembre (5) y daba el rey audiencia á un comendador de San Yago, Don Gomez Velazquez. Cuando el comendador acababa de retirarse, llámale el rey otra vez por medio del secretario Santoyo.—Ni una palabra, le dice el rey; montad á caballo, idos derecho á Zaragoza y entregad estas cartas á Don Alonso de Vargas.

(4) Pidal, t. II, p. 356, tomado de los *Archivos de la Inquisicion.*

(5) El marqués de Pidal tomó de la Biblioteca del rey de España y aceptó este relato de la improvisada mision de Velazquez y de la larga vacilacion de Felipe II. Nos parece muy verosímil.

Velazquez entra en la tienda de un joyero, vende su cadena de oro para sus gastos de viaje, monta á caballo y parte. Al cabo de seis dias llega á Zaragoza y entrega á Vargas las cartas. Al abrirlas, echa á llorar el veterano.

—Prended inmediatamente al Justicia de Aragon, Don Juan de Lanuza, y sepa yo su ejecucion al mismo tiempo que su prendimiento. Córtesele la cabeza.

—Esto es mandar en pocas palabras y no por señas, exclama Brantome, que vió una copia de esta curiosa carta.

Durante la noche, apóstanse unos soldados en una callejuela inmediata á la iglesia de la Seo, adonde el Justicia va á oir misa todas las mañanas. El capitan Velazco que le acecha, se entretiene y disimula mirando las estampas de una tienda. Suena la campana y á poco aparece el Justicia y sube las gradas del pórtico. Velazco llama á sus soldados y prende al magistrado. Al mismo tiempo, avisa Vargas al duque de Villahermosa y al conde de Aranda, que se va á ahorcar á un soldado protegido por ellos. Los dos acuden para pedir su perdon; pero son presos y enviados á Castilla, donde los encierran al uno en la ciudadela de Burgos y al otro en el castillo de Medina del Campo. Ni el uno ni el otro verán más á Aragon.

El Justicia tuvo todo el dia y la noche para prepararse á bien morir. Luégo fué decapitado en la plaza pública. Los franciscanos recogieron su cuerpo y celebraron con pompa sus exequias. Pero su madre, que le habia entregado con su credulidad, ni áun pudo encerrarse para llorarle: su casa y sus muebles fueron confiscados para el rey y la pobre señora quedó en la calle.

El Justicia de Aragon no podia ser detenido sino por decision de las córtes: esta ejecucion era un golpe de Estado, que llenó de terror á todo el país. Con esto comenzó otra vez la emigracion; pero los fugitivos eran perseguidos por el Santo Oficio, que muy luégo volvió á sus procedimientos (1) y llenó sus calabozos.

Felipe II quiso, al mismo tiempo, tomar visos de clemencia y dió una amnistía; pero de ella quedaban excluidos veintidos acusados, más otros ciento veinticinco y todos los hombres de ley, que habian firmado consultas sobre fueros, y todos los que encubrieran proscritos y todos los presos del Santo Oficio. La amnistía, por otra parte, era cosa del rey y no rezaba para nada con la Santa Inquisicion, que quedaba en libertad de recibir delaciones y prender é instruir secretos procedimientos.

(1) Consérvase en Paris copia de algunos procedimientos del Santo Oficio, Ms. Bibl. nac. fond. español. 178.

V.—Intervencion de los bearneses

Antonio Perez, que de un año atrás estaba en relaciones con Enrique IV, se retiró directamente á Pau (2), al lado de Catalina de Borbon, convocó á los emigrados alrededor de esta princesa y preparó una invasion en tierra de Aragon.

Hacia ya tiempo que Enrique IV tenia entre cejas el proyecto de recobrar á Navarra: desde 1579 se creia Felipe II en la necesidad de mantener una fuerte guarnicion en Fuenterrabía (3), contra la cual preparaban un asalto los bearneses. Creia tambien en peligro la plaza de San Sebastian, y no ignoraba que Enrique IV tenia inteligencias en Aragon, y acaso una alianza secreta con los moriscos en el reino de Valencia (4); pero habria ignorado que dos mil vascos y muchos centenares de emigrados iban á caer sobre los diseminados cuerpos del ejército de Vargas, si una doncella de Catalina no hubiera escuchado lo que esta concertaba con Antonio Perez. La doncella, que se llamaba Doña Agueda de Arbizú, dió oportuno aviso de lo que se concertaba á Felipe II (5). Sin perder tiempo, recurrió Felipe al sistema que ya le habia sido utilísimo en un caso análogo, cuando los ingleses quisieron, de acuerdo con Don Antonio, sublevar á Portugal.—Los bearneses, hizo escribir á todos los pueblos (6), son herejes y vienen á saquear las iglesias y los monasterios, estando concertados con los infieles moriscos para exterminar á los católicos.

Este rumor cundió con tal rapidez, que todo Aragon, como ántes todo Portugal, se estremeció de indignacion contra los emigrados que pretendian introducir en el país á los excomulgados herejes. Hasta los habitantes de Sallen, situado en la frontera, cerraron sus puertas á su propio señor, Martin de Lanuza (7), que

(2) Debió salir de Zaragoza el 11 de noviembre de 1591, y llegar el 24 á Pau.

(3) Herrera, t. II, p. 228. El gobernador de la plaza era D. García Darce.

(4) Véase sobre estos pormenores la comision que desempeñó desde 1583 el espía Jerónimo Brun, cuya cifra poseemos, Ms. Arch. nacional K. 1562, p. 5. «De qué personas de Aragon se ha servido Vandoma para sus trazas; si es verdad que con los moriscos del reino de Aragon ó del de Valencia ha habido alguna correspondencia ó alianza.»

(5) Herrera, t. III, p. 309.

(6) Véase una de estas cartas firmada por el capitan Ramada. Ms. Arch. nac. K. 1583, p. 41.

(7) Pariente del Justicia decapitado.

tuvo que tomar la plaza por asalto. La tropa invasora pudo tomar tambien á Biescas, á cinco leguas de la frontera, pero fué acorralada por la vanguardia del ejército de Vargas y por las milicias locales, que persiguieron en los pasos del Pirineo á los extranjeros, cogiendo á muchos y rechazando á no pocos á las nieves, donde sucumbieron. Vargas puso en libertad á los bearneses, pero se llevó á Zaragoza, prisioneros, á los emigrados que cayeron en sus manos (1).

Don Diego de Heredia y Don Juan de Luna, los dos jefes principales del movimiento, no pudieron escaparse: su papel habia sido demasiado público para que el proceso no fuera concluyente. Con todo eso, se les tuvo ocho meses bajo el poder de un juez tan feroz como servil, que se trajo especialmente de Milan para el caso y se llamaba Miguel Lanz. Este inicuo funcionario se complació en agotar toda su energía y sus fuerzas todas para arrancar las confesiones que deseaba el rey, y despues en atormentar á los acusados con inauditos suplicios: Heredia sufrió hasta once vueltas de cuerda.

En efecto, lo que Felipe II queria, á instigacion del implacable conde de Chinchon, era suprimir la influencia del duque de Villahermosa y del conde de Aranda, señores peligrosos por demasiado ricos y populares; pero ninguno de los dos se habia comprometido en la insurreccion. Era, pues, preciso dejar vivir á los verdaderos culpables, torturándoles hasta que se dejaran sorprender en el lazo que se les tendia para inculpar á aquellos dos inocentes. Este empeño en dictar falsas delaciones, hubo de llevarse á un extremo que irritó al mismo Felipe II. Don Juan de Luna, con los miembros desarticulados, hubo de dejarse llevar, en el parasismo del dolor, á proferir las palabras que el juez queria atribuir á Rodrigo Vazquez para justificar la condenacion del duque de Villahermosa. Con verdadera alegría firmó el juez Lanz la declaracion que hacia constar la delacion y mandó desatar y tender sobre un colchon al desgraciado Luna. Pero luégo, asaltado éste de remordimientos, pidió un confesor y declaró, medio sofocado, que su delacion contra el duque era calumniosa y rogó al honrado confesor que redactara una retractacion que firmó. El juez no vaciló en prender al confesor y amenazarle con la tortura, si no le entregaba el documento; y fué menester nada ménos que la intervencion del arzobispo, de todo el clero y áun de la Inquisicion, para que pudiera el religioso llegar hasta el rey. Felipe II no permitia que se jugara con los deberes religiosos: si se hubiera suprimido la retractacion, habria ido Luna al infierno por culpa de los agentes del rey, y el rey habria estado en riesgo de condenarse por haber causado la perdicion de un alma. Con esto recibió bondadosamente al religioso, desaprobó el proceder del juez de Milan y dió órden de cortarles simplemente la cabeza á Luna y á Heredia.

Pero ni el duque de Villahermosa ni el conde de Aranda se aprovecharon de estos sentimientos católicos: uno y otro continuaron presos, y ambos á dos murieron de repente aquel mismo año, sin que se les hubiera conocido ninguna enfermedad y sin que se sepa exactamente el dia de su muerte (2). La misteriosa coincidencia de estas muertes repentinas, pareció sospechosa áun entre los allegados de Felipe II (3). Sus cortesanos, que formaban sobre esto diversos juicios, ignoraban, sin embargo, la suerte del flamenco Montigny, á quien vimos estrangular en su prision. No hay derecho para afirmar que Felipe II hizo estrangular tambien á los dos aragoneses; solamente se sabe que el conde de Luna, hermano no perseguido del duque de Villahermosa, escribió estas palabras: «Súpose su muerte ántes de saber que estaba enfermo (4);» y se quejaba de que se hubiera sustituido el cocinero enviado por él á su hermano, con un hombre elegido por el alcaide de la prision. Sábese, en fin, que en las piezas de estos procesos habia una consulta resuelta en estos términos (5): «Cuando el crímen es público, sin citacion y sin defensa y sin proceso, puede ser condenado y castigado el reo por el juez superior. Así lo siente Cayetano *in Summa, Verbo homicidium*, y Navarro *in Manuali*, cap. 25, número 10. Y la razon desto es porque cuando el crímen es público y notorio, no se puede defender en juicio el reo justamente. Si el reo es poderoso y no se puede prender, puede ser condenado *in ausencia*, sin ser llamado y citado, y en este caso no se puede decir que es despojado el reo del derecho de la justa defension,

(1) Febrero de 1592.

(2) Se cree que el conde de Aranda murió el 4 de agosto, y el duque de Villahermosa el 6 de noviembre.

(3) Céspedes, citado por Pidal, t. III, p. 135. «Tan breves muertes dieron materia á diferentes juicios.»

(4) Documentos citados por Pidal, t. III, p. 135.

(5) *Ibid.*

sino que él mismo se despoja y priva della; *y así podrá el Rey mandar le maten secretamente.*»

Lo mismo que para Montigny, el proceso no se interrumpió por la muerte de los acusados, sino que duró hasta el reinado siguiente y concluyó por la absolucion (1).

El rey exhortó á la Inquisicion á moderar su venganza, y con esto tuvo que resignarse el Santo Oficio á no quemar vivos más que á seis condenados y á someter á setenta y tres á varias penitencias. El recuerdo de esta fiesta, en que desfilaron las setenta y nueve víctimas, fué bastante vivo para que reivindicara su popularidad la Inquisicion de Zaragoza (2). Pero Felipe II, muy inquietado por estas turbulencias (3) y asombrado de esta invocacion de las leyes contra su autoridad y de esta fuerza oculta que le detenia á la vez en Holanda y en Aragon, no se atrevió á abusar más de su victoria.

Aun esta victoria, debida únicamente á la presencia de un ejército, era una ruina en semejante momento. Enrique IV habia comprendido muy bien que daba alivio á Francia, obligando á Felipe II á inmovilizar quince mil soldados al rededor de Zaragoza.—¿Por qué no se nos envia ese ejército de Vargas? preguntaban los españoles, perdidos en medio de las provincias francesas (4); se necesitan soldados, no podemos vivir sino siendo los más fuertes.—Suplicamos al rey se sirva hacer entrar al ejército de Vargas, decian en nombre del duque de Mayena, sus dos yernos, Montpezat y Villars-Savoie (5). Y no ya sólo en Bretaña, en Languedoc y Flandes, eran necesarios los soldados de Vargas. Soldados hacian falta en Filipinas, en el mundo entero: en un rincon perdido, en Angola, amenazan los indígenas destruir la colonia.—Vuestra Majestad deberia enviar con presteza dos mil buenos soldados con municiones, escribia el gobernador (6). Así, el rey tiene prisa en sacar el ejército de Zaragoza y en templar con su generosidad los rencores de Aragon: mantiene los fueros (7) y hasta hace abrir los calabozos del Santo Oficio, despues de la celebracion de la fiesta de los setenta y nueve. Hace como que perdona á los jefes de la insurreccion que han logrado escaparse, como Don Martin Lanuza, ó á lo ménos olvida que este fué quien introdujo á los bearneses en Sallen y autoriza á sus embajadores en Francia á remunerarle como espía para conocer los proyectos de los otros emigrados españoles (8). Felipe sabe por este Lanuza degenerado, que veintiocho caballeros aragoneses se habian refugiado bajo la proteccion del rey de Francia y que mediaban inteligencias con España para preparar un levantamiento de moriscos.

Pero nada de perdon para Perez. Apénas entran en Zaragoza los castellanos, cuando procede el Santo Oficio á registrar la casa en que habia habitado y descubre la prueba del crímen más abominable; da aviso de ello á la Suprema y envia á Felipe II el cuerpo del delito. «Es un sigillo de oro, estampados en él ciertos caracteres, que mostrados al docto Victoriano Zaragozano, hombre de los que más saben astrología en esta tierra, ha declarado que se hizo el dicho sigillo con pacto expreso, ó á lo ménos tácito, con el demonio.»

Felipe II apénas se atreve á mirar tan horrible objeto. «Será bien, escribia al márgen del aviso, será bien volverlo á los inquisidores para que procedan.» El sabio Victoriano fué consultado de nuevo y declaró «mediante juramento» que los signos grabados significaban *Michael;* que la pieza «le parecia haber sido sacada de la clavícula de Salomon,» y que libraba al hechicero de sus enemigos, diciendo ciertas palabras en el momento de la conjuncion de ciertos planetas (9). Probablemente era el sello del gobierno

(1) Véase la sentencia absolutoria redactada por Don Diego de Covarrubias, licenciado en ambos derechos, Ms. Bibl. nac. fond. español. 178, fol. 202. Los bienes secuestrados se restituyen á la hija del duque, D.ª María de Aragon, la cual casó con Don Cárlos de Borja, conde de Ficallo, llevándole el título de duque de Villahermosa. Esta jóven duquesa y su esposo fueron, segun se cree, los castellanos de Buenavia, donde se dió hospitalidad á Don Quijote.

(2) En nuestros mismos dias, un ministro de la monarquía constitucional, el marqués de Pidal, cansado de referir disturbios y torturas, cree que puede amenizar su asunto, describiendo como una fiesta los esplendores de este auto de fe. «Creemos muy á propósito, para separar el ánimo de escenas aflictivas, la descripcion de este aparato.»

(3) Creemos apócrifa la exclamacion que se le atribuye generalmente sobre el asesinato del marqués de Almenara.—¡Cómo! diz que dijo el rey hasta tres veces en una especie de abatimiento; ¡tambien han muerto al marqués!—Como Almenara no murió hasta catorce dias despues del tumulto, Felipe supo primero las heridas, luégo tuvo noticia de la prision: la muerte no pudo aparecerle sino como un episodio, despues de aquel escándalo.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 66. Diego Maldonado al rey, octubre de 1592.

(5) *Ibid.*, p. 15, del 3 de agosto de 1592.

(6) Esta carta de Baltasar Almeida de Souza á Felipe II, del 21 de mayo de 1591, fué interceptada por los ingleses, que nos la dan en su traduccion de la época. Hakluyt, t. II, sec. part. p. 133: «This realm hath twice bene lost for want of good governement. Your Majestie must send hither 2000 good soldiers with munition.»

(7) Esta legislacion especial duró hasta el reinado de Felipe V, 29 de junio de 1707.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1589, p. 17, del 12 de junio 1593. Don Diego de Ibarra á Don Juan de Idiaquez. «Don Martin de Lanuza anda con el de Bearne y Antonio Perez y un Gil de Mesa.» «Dice que Perez abia ydo á Inglaterra por órden de Bearne; el Don Martin dixo que tenian en Aragon 20 m. moriscos á su devocion; dixo que avian acudido al de Bearne 28 caballeros aragoneses.»

(9) *Doc. inéd.* t. XII, p. 570 y siguientes.

insurreccional. Puede creerse que Felipe, ménos pueril que sus inquisidores, no era, como ellos, víctima de esta chocarrería. Fuera de esto, tenia procedimientos para no temer á la conjuncion de los planetas: una cuadrilla de asesinos andaba en zaga de Antonio Perez.

Ya es un simple bandido que intenta matarle en las calles de Burdeos (1); ya una mujerzuela bastante linda, aseadita y vivaracha. Esta va á buscarle á Pau con encargo de seducirle, arrastrarle á su albergue en la montaña, con pretexto de tener más libertad para prodigarle sus caricias, y ya allí entregarle á seis caballeros españoles que le esperan, mediante una suma de diez mil escudos. Pero la francesilla se quema al jugar con fuego: compadécese de la desgracia del proscrito, ve las señales de la tortura, y se enternece y no piensa ya más que en salvar á su ídolo. Esta era la verdadera hechicería de que Perez sabia hacer uso: con sus encantos habia perdido á la princesa de Eboli y se precipitó él en la desgracia. Advertido por la francesa de los lazos y peligros que lo rodean, parte Antonio Perez al ejército de Enrique IV, y luégo va á Inglaterra, persuade á Isabel de la conveniencia de dirigir una expedicion á Andalucía (2) y vuelve á Paris, cuando ya ha entrado Enrique IV, encontrando en todas partes asesinos armados contra él por Felipe II. En Lóndres fueron dos irlandeses á quienes la reina hizo ejecutar (3); en Paris, un aragonés, Don Rodrigo de Mur, conde de Piñilla.

Este Don Rodrigo era partidario del duque de Villahermosa y estaba perseguido por la Inquisicion, como complicado en los disturbios del condado de Ribagorza (4). El rey pidió informes de su causa á la Suprema y, enterado, hubo de ofrecer al conde el perdon, si se comprometia á matar á Antonio Perez; en lo cual convinieron.

La Inquisicion recibe la órden de poner en libertad á Don Rodrigo «guardando en rehenes á un pariente suyo, que se ofrece en su lugar hasta que el otro ejecute cierto caso, de que resultará gran servicio á Nuestro Señor y no poca autoridad al Santo Oficio» (5). Los inquisidores no ponen en duda que se trata de matar á Enrique IV y entregan sin demora el preso á Fray Mateo de Aguirre, que le conduce á Paris. Los suizos de Enrique IV ven rondar á este extranjero al rededor del cuerpo de guardia, le arrestan y le encuentran encima dos pistolas cargadas y cien doblones en un rincon de sus calzas (6). Acostumbrado Mateo de Aguirre á circular en Francia entre los ejércitos enemigos, puede salvarse; el otro declara que tenia intencion de matar, no á Enrique IV, sino á Antonio Perez, por órden de Don Juan de Idiaquez. El desdichado conde fué ahorcado.

Perez continúa por espacio de muchos años intrigando contra su país. Despues de la muerte de Felipe II, sabe que su mujer y sus hijos han recobrado la libertad y que los secretarios arrastrados en su desgracia han sido llamados á la corte por Felipe III (7); espera volver igualmente al favor y se ofrece á servir de espía en Francia al nuevo rey, si se le da alguna retribucion por la embajada (8). —Yo, dice, podria prestar grandes servicios; poseo preciosos pormenores sobre los negocios de los suizos y relaciones de amistad con los embajadores venecianos é ingleses, el condestable de Francia y el conde de Soissons. Podria residir en Besanzon ó en Constanza y me contentaria con ciento ó ciento cincuenta escudos mensuales.

—Este viejo, escribe el comendador mayor de Castilla, al saber estas pretensiones, no tiene honor ni juicio: tras tantos trabajos y á su edad, no deberia pensar sino en retirarse á un rincon, á hacer penitencia de sus pecados.— Yo he sido, añade á su vez el conde de Miranda, quien ha hecho más oficios con S. M. para que hiciera por la mujer de Perez y por sus hijos la merced que les ha hecho; pero por el hombre no quiero interceder.

Siempre vanidoso y turbulento, Antonio Perez cayó luégo en el desprecio y la miseria, y sobrevivió á Enrique IV (9).

VI.—Indisciplina y miseria en España

Mortificado Felipe II por el pensamiento de su impotencia en frente de Antonio Perez, habia

(1) Antonio Perez, *Memorial del hecho*. Se llamaba Gaspar Burzes.
(2) *Doc. inéd.* t. XXXVI, p. 246.
(3) Mignet, *Antonio Perez y Felipe II*, p. 237.
(4) Pidal, t. III, p. 286.
(5) Son palabras textuales del rey. Octubre de 1594.

(6) Lestoile. Véanse tambien las *Cartas de Bongars*, p. 428. Bongars á Camerario. «Captus Hispanus quidam qui à rege Hispaniarum inmissus erat interficiendo Antonio Perezio.»
(7) Especialmente Baltasar Alamos Barrientos.
(8) Ms. Arch. nac. K. 1593, pág. 53, agosto de 1604. El título puesto en la pieza es erróneo; no es una nota de Perez, sino un acta de sesion del consejo.
(9) Murió el 3 de noviembre de 1611. Parece haber sido objeto de una rehabilitacion secreta en 1615. A lo ménos, una nota publicada (Doc. inéd. t. XII) indica que su hijo fué reducido á prision por haber publicado esta acta. Este último rigor agotó el valor de la viuda Juana Coello, que murió poco tiempo despues en brazos de su hija Luisa.

puesto á España en combustion, se habia burlado de la Santa Inquisicion, divulgaba por toda Europa sus secretos de Estado y enseñaba á los ingleses el camino de Andalucía, se sometió al yugo de los dos hombres que servian sus odios, Fray Diego de Chaves y Rodrigo Vazquez. Maestro en el arte de aniquilar los caracteres y doblegar las más firmes voluntades, estála suya sojuzgada á su vez. Rodrigo Vazquez exige, en recompensa de su servilismo, administrando justicia, el primer título de la monarquía, el de presidente de Castilla; pero tan alta jerarquía estaba ocupada á la sazon por el conde de Barajas, nombrado diez años ántes por empeño de la infanta Isabel (1) y conservado por el rey como un buen ministro (2). Felipe intenta defender al conde contra las cábalas de Vazquez; envíale promesa escrita de no abandonarle y se precia de dar pruebas de firmeza. Entónces Fray Diego de Chaves tomó el asunto por su cuenta y el 19 de marzo de 1591 escribe desde su celda al rey, esta audacísima conminacion: «Yo, confesor, no insistiré más, ni me obliga Dios á más; pero oblígame Dios á no administralle ningun sacramento, porque no los puede V. M. recibir, hasta que V. M. lo haga, porque esto manda Dios. Tengo por cosa cierta estar V. M. en el más peligroso estado que tenga ningun cristiano católico.»—«Padre Fray Diego, contestó al punto Felipe, direis de mi parte al conde de Baraxas, que conviene que me pida licencia para irse á descansar á su casa.»

El conde murió de despecho en su destierro algunos meses despues. Su sucesor, Rodrigo Vazquez, morirá del mismo mal, cuando Felipe III le expulse *afrentosamente* (3). Pero el prestigio del rey se amengua, el respeto se pierde y la corte olvida su antigua disciplina.

El conde de Benavente amenaza con abofetear á un ujier que se niega á abrirle de par en par la puerta de la real cámara.—No teneis derecho á ello, grita desde su poltrona el rey gotoso, que ha oido la contienda.—Entónces que éntre quien quiera; yo me voy, replica el conderetirándose (4).

El marqués de Mondejar (5) es condenado á galeras, por haber asesinado á un criado suyo, con cuya mujer estaba en relaciones.

El duque del Infantado y el duque de Alba se conciertan para burlarse del rey como de un anciano de comedia.

Don Fadrique, aquel hijo del antiguo duque de Alba, tan duramente perseguido por Felipe II, por haberse casado con su prima, despues de haber seducido á una dama de honor, sólo habia sobrevivido á su padre algunos meses. De este desdichado matrimonio habia tenido un hijo, que murió ántes que él. El título pasó á su primo Don Antonio (6). Este último es el que habia resuelto el rey casar con la hija del duque de Alcalá (7); al mismo tiempo queria casar á la hija del duque del Infantado con el almirante de Aragon (8). Pero esta doncella era amada por el duque de Alba, quien olvidaba por ella á la designada por el rey. Alba huyó secretamente de Madrid, se encontró en Guadalajara con aquella, se casaron el mismo dia en presencia del padre, el duque del Infantado, «y al punto consumaron su matrimonio.» Al mismo tiempo llegaba á Guadalajara un correo que llevaba una carta del rey al padre de la recien casada. «El duque de Alba acaba de salir de Madrid para casarse con vuestra hija, le decia el rey (9). Obrad sin concluir cosa alguna, hasta que habiéndolo entendido, os mande avisar lo que me parecerá ser más conveniente.»—«Señor, contestó el duque, todo está concluido ya: habíamos recibido las dispensas necesarias del cardenal de Toledo; si vuestra carta hubiera llegado ántes de la ceremonia, no hubiéramos dejado de obedeceros (10).»

Algunos dias despues, el jóven duque de Alba es preso y conducido al castillo de Medina, donde habia sido ya encerrado su primo

(1) El 28 de octubre 1582. Véanse las *Cartas de Madrid*, del 8 de noviembre siguiente. «Imbió á la Infanta mayor la cédula del presidente del Consejo Real para el conde de Baraxas. Es hombre de govierno y bien intencionado.»

(2) Cabrera, t. III, p. 473.

(3) Ms. Bibl. nac. sec. española, fol. 188, y *Doc. inéd.* tom. XV, pág. 398.

(4) Cabrera, t. III, p. 447.

(5) *Ibid.* p. 351. Era Don Luis Hurtado de Mendoza, 4.° conde de Tendilla y 5.° marqués de Mondejar.

(6) El gran duque de Alba, Don Fernando Alvarez de Toledo, tercer duque de Alba, marido de Doña María Enriquez, tuvo además del bastardo Don Hernando tres hijos legítimos:

Don Fadrique, 4.° duque de Alba, casado sucesivamente con:
Doña Jerónima de Aragon hija del duque de Segorbe;
Doña María Pimentel hija del conde de Benavente;
Doña María de Toledo hija de Don García; y
Muere despues de sus hijos.
Don Diego, conde de Lerin es condestable de Navarra.
Se casa con Doña Brianda de Beamonte.
Su hijo Don Antonio Alvarez de Toledo Beamonte sucede á su tio Don Fadrique, como 5.° duque de Alba.
Doña Beatriz se casa con el duque de Feria.

(7) Cabrera, t. II, p. 198 y t. III, p. 445.

(8) El almirante de Aragon era Don Francisco de Cardona; el duque del Infantado se llamaba Don Iñigo Lopez de Mendoza, y su hija Doña Mencía.

(9) Ms. Bibl. nac. sec. española, 185, fol. 171 del 23 de julio de 1590.

(10) *Ibid.* La contestacion es del dia siguiente 24.

Don Fadrique por una causa idéntica; el duque del Infantado es relegado á Guadalajara y reducidos á prision todos los testigos.—No teneis que andar detrás de los jueces, decia el rey al duque de Alcalá, cuya hija habia sido olvidada por su prometido: yo os haré justicia; lo vereis.—Pero Felipe pugnaba contra las fuerzas que habia creado él mismo: el cardenal arzobispo de Toledo se prevalia de su poder de inquisidor general para sostener la validez de un matrimonio que él habia autorizado (1).

Una sociedad no se trasforma, como hubiera querido Felipe II, en un convento ó en un cuartel. Imponer violencias vejatorias y minuciosas reglas, es crear la hipocresía y sembrar vicios. La sujecion que exigia el rey, daba más estímulo á la licencia, áun á las puertas de su cámara: en la corte tal era y tanta la disolucion, que no se haria esperar mucho el castigo del cielo, segun la expresion de un despechado que le denunciaba los abusos (2):

«Son tantos los que embian recaudos á Jueces que no le queda libertad al Juez... Tambien hay en la corte más de diez mil personas que su oficio es esperar que les provea una baxa de alguacil, una cobranza, otra cosa semejante, y para esto, el uno trae á su hermana, otro á su mujer, otro á sus hijas para darlas en precio... Cada dia hay cuchilladas y heridos, y en estando contento el herido y declarando que está fuera de peligro, sueltan al preso y áun algunos que han muerto hombres... Pocos dias ha que vivia en la corte una mujer que se llamaba Doña Isabel Megia, hija de una texedora de Granada, casada con un criado de Juan Luis de Vitoria, que se llama Eza..... Ella vivia escandalosamente, y se entendió y averiguó que el marido la consentia vivir mal, siendo la pena de la ley azotes y galeras. Pues por acuerdo de los jueces los embiaron á Granada en coche... Se pregonó que no se cantaran cantares deshonestos procurando desterrar el baile maldito de la zarabanda; y este verano, haciéndose una comedia, donde se hallaron algunos del consejo, una mujer que representa y se llama Ana Manrique, bailó la zarabanda, y desde entónces se baila públicamente en los teatros... Se vende todo, véndense las comisiones de alguaciles, escribanos y de los jueces; véndense las rentas de los pleitos, las solturas de los presos y los huesos de las causas... Estando ordenado que las mujeres que son públicamente malas no traigan seda ni oro, y que vivan en barrios apartados y señalados, traen seda y oro cuanto quieren, y van á las iglesias y á los teatros con tapetes y alombras y almohadas, viven esparcidas por todos los buenos barrios de Madrid, son honradas, encimadas y regaladas, y andan bien venidas.»

Las pragmáticas no eran mejor guardadas fuera de la corte, ora por ser impracticables, ora porque se perdieran entre la multitud de costumbres locales. Ordenado estaba que los mesoneros compraran la paja fuera del radio de cinco leguas, y de ocho la cebada, bajo la pena de azotes «y aunque muchos lo quebrantan, no se azota á ninguno» (3). Un ejemplo mostrará cuán imposible hacia una administracion normal la incoherencia de los privilegios particulares. En Toledo (4) habia un tribunal que administraba justicia segun las leyes de Castilla, otro segun la ley visigoda, otro para los moriscos, otro para los judíos; esta diversidad penetraba hasta en las ceremonias del culto: los muzárabes, ó cristianos que se habian sometido al yugo de los moros sin retirarse á la montaña, observaban el ritual visigodo. En otras partes, al contrario, no habia tribunal de ninguna clase, ó á lo ménos los habitantes no habian oido nunca hablar de él y se sometian siempre á las decisiones del alcalde (5).

Los más escrupulosamente observados de todos los reglamentos reales eran los que tendian á mantener la ignorancia. La pragmática de 1559 que prohibia (6) á todo español salir del reino á estudiar, fué renovada en 1595: eclesiástico ó seglar, nadie podia pasar al extranjero para aprender ni enseñar, so pena de confiscacion de bienes y destierro perpetuo (7). Estas prescripciones hicieron caer las ciencias en tal olvido que, para hacer navegable el Tajo, se tuvo que llamar al ingeniero italiano Antonelli (8), y para establecer en Segovia una fábrica de moneda, no se encontró en España nadie que supiera construir una rueda hidráulica, teniendo Felipe II que llamar seis ingenieros alemanes

(1) De este matrimonio nacieron un hijo y dos hijas.
(2) Ms. Bibl. nac. sec. española, 185, fol. 203.
(3) El mismo manuscrito, fol. 206.
(4) *Historia de las comunidades de Castilla*, Madrid, 1840, obra dedicada á Don Antonio Gonzalez.
(5) Es el caso de Navalpino citado por Fermin Caballero, *Discurso* en la Acad. de la hist., Madrid, 1866, p. 49.
(6) Ms. Bibl. nac. sec. esp. 168, fol. 155. «Mandamos que de aquí adelante nenguno de los nuestros subditos y naturales de qualquier estado ó condicion y calidad que sean, eclesiásticos, seglares, frayles ni clérigos, ni otros algunos, no puedan ni salir destos reynos á estudiar ni enseñar ni aprender, ni á estar ni residir en universidades, estudios ni collegios fuera destos reynos.»
(7) *Ibid.* 168, folios 155 y 165.
(8) En 1588. Gounon-Loubens. *Ensayo sobre la administracion de Castilla.*

y retenerlos para poder utilizar las máquinas (1).

—¿Y para qué la ciencia? decia aún doscientos años despues, la universidad de Salamanca: Newton no enseña nada de lo que puede servir á un buen lógico; en cuanto á Gassendi y Descartes, no confirman mejor que Aristóteles la verdad revelada (2).

Todos los hombres válidos entraban en el ejército ó en el clero: Daroca, ciudad de tres ó cuatro mil habitantes, tenia siete parroquias, cuatro conventos, tres ermitas y en la colegiata ó iglesia principal un prior y veinticuatro canónigos (3). En la diócesis de Pamplona habia, en 1623, treinta y dos mil frailes, y seis mil sacerdotes; en la de Sevilla catorce mil clérigos, y diez y ocho mil en la de Calahorra (4). Los laicos podrian muy bien decir con David: *Zelus domus tuæ comedit me*, escribia á este propósito un inglés (5).

No se puede formar una idea de cómo disminuia la poblacion, sino con ejemplos aislados, porque los censos son evidentemente inexactos (6). Sabido es que Medina del Campo, que tenia catorce mil habitantes al advenimiento de Cárlos V, no contaba más que mil seiscientos á mediados del siglo XVII; esta ruina provenia principalmente de la insurreccion de las comunidades de Castilla. Casi en todas partes los bienes de manos muertas hacian disminuir la poblacion y dejaban desiertas las ciudades. Algunos municipios lograron armarse para la lucha, y así Getafe tenia el privilegio de prohibir los conventos en su territorio, Yebra el de oponerse á que adquiriera propiedad rústica ningun forastero noble (7). Pero rara vez se sabia comprender que quitar la propiedad del suelo al cultivador, y la ciencia, y por consiguiente, la industria á todos, era preparar la ruina: se observaba, es verdad, el decrecimiento asombroso de la poblacion, pero se explicaba por causas fantásticas; era, como en Castillejo, la corza negra que habia atravesado la iglesia durante la misa mayor, ó como en Villanueva y en Albalulet, las cucarachas y escorpiones que habian producido las fiebres (8).

Por lo que toca á Aragon, la explicacion era más sencilla: las recientes turbulencias habian hecho perecer á muchos habitantes y los resentimientos privados se habian aprovechado del desórden; muchos que se habian retirado á la montaña huyendo del Santo Oficio, hubieron de tomarle gusto á la vida del bandido. Para calmar los ánimos, Felipe II recorrió la España del norte, durante la segunda mitad del año 1592, yendo á las córtes de Aragon y de Cataluña. Salió de Segovia el 12 de junio (9), se detuvo en Burgos y en Pamplona, y no volvió á Madrid hasta fines de diciembre. En esta ocasion hubo de mostrarse más conciliador de lo que estuvo nunca, á fin de tranquilizar los ánimos y poder disponer de los soldados de Vargas.

Pero este viaje no fué mucho más provechoso que la gran informacion ordenada por él muchos años ántes. Habia enviado á todas las comunidades de Castilla y de las Indias (10) un minucioso interrogatorio para obtener relaciones topográficas, una especie de descripcion detallada de toda la monarquía. Todos los años, por espacio de seis, renováronse las órdenes para obtener resultados, pero los secretarios sólo recibieron algo más de un cuatro por ciento de las preguntas (11), y estas raras memorias revelaban tal y tanta ignorancia, que nadie pudo utilizarlas (12). La instruccion dada á los espíritus quitaba no ya sólo toda aptitud científica, sino hasta el sentimiento de la precision, de tal manera que no habia ménos de trece maneras de indicar las leguas: habia leguas pequeñas, divididas en pequeñas, chicas, cortas, malas; las medianas que se dividian en medianas, razonables, ordinarias, vulgares; y las leguas grandes, que se calificaban tambien de varias maneras,

(1) Estaban en España aún en 1617. V. Jornada de Tarazona, pág. 9.

(2) Ticknor, *Spanish literature*, t. III, p. 237.

(3) Viaje de 1585, p. 24.

(4) Davila, *Hist. de Felipe III*, t. II, p. 215.

(5) Manuscrito de Sir Carlos Cornwallis, embajador en 1609, copiado por Buckle, t. IV, pág. 48. «The layty of this nation may say with Davyde: *Zelus domus tuæ comedit me*, for assuredly the riches of the temporall hath in a mauner all fallen into the mouthes and devourwing throates of the spirituals.»

(6) Se contaba por vecinos, pero el vecino es un grupo de habitantes que varia, segun los casos, de 3 á 7; el pechero es igualmente incierto, como el *feu* de nuestro antiguo régimen. Véase Gounon-Loubens, *Ensayo sobre la administ. de Castilla.*

Un censo de 1587 da 1.334.000 pecheros para Castilla, ménos Navarra y Granada.

» 1590 » 1.179,000 »
» 1591 » 1.338.000 »
» 1710 » 904.000 »

(7) Fermin Caballero, p. 43, segun las *Relaciones topográficas.*

(8) Fermin Caballero, pág. 43.

(9) *Jornada de Tarazona*, publicada por Morel Fatio y Rodriguez Villa, Madrid, 1879. La apertura de las córtes se hizo ántes de la llegada del rey bajo la presidencia del arzobispo de Zaragoza, D. Andrés de Cabrera y Bobadilla, hermano del conde de Chinchon. El prelado murió durante la sesion.

(10) Un ejemplar del interrogatorio enviado á las Indias existe Ms. Bibl. nac. sec. española, 175, fol. 33. El análisis de las contestaciones está en la memoria de Fermin Caballero, Madrid, 1866.

(11) En total 636 por 13000 de Castilla y Leon. Nada de las Indias.

(12) Ni aun el cronista Morales que pidió estas memorias para facilitar su trabajo sobre las *Antigüedades de España.*

como grandes, crecidas, largas, de marca, de buena marca. No eran ménos vagas las indicaciones sobre las producciones del pueblo, sus recursos, sus necesidades. Pero la fecundidad de las anécdotas pueriles ó necias, el lujo de los detalles sobre las riquezas religiosas, llenan estas ingenuas memorias. Todo son tesoros robados de noche por moros misteriosos: en Membrilla se hubieron de encontrar diez y seis toneles llenos de oro; en otros pueblos osamentas de gigantes. En diez de los villajos que enviaron estas notas, hay una ó muchas cabezas de las once mil vírgenes; en cuatro de ellos, un San Isidoro diferente. San Márcos sólo es celebrado en Albanchez; pero su fiesta se celebra con un ayuno tan general que ni los niños de teta pueden obtenerla. Cuatro de cada cinco pueblos tienen por patrona á la Sma. Vírgen; pero nunca es la misma; sus advocaciones varian al infinito, desde la Vírgen del quinto Dolor hasta la Vírgen del Beso; Añover, Talavera, Illana se precian de poseer sus cabellos, su camisa, su leche, la piedra de la circuncision, los manteles de la cena...

Y de todas partes han de salir soldados. El ejército de Vargas está ya disperso en Italia, en Francia, en Flandes. El único pueblo con quien España está á la sazon en paz es, por una curiosa irrision de sus pretensiones religiosas, Turquía. El temible Uluch-Alí ha recibido órden del Sultan para que no hostilice á España (1), y envie sus genízaros para la guerra contra Persia y sus barcos á las costas de Candia (2); además, sin Persia ni Candia, tenia el sultan, para ocuparse, sus propios genízaros, que en 1589 habian saqueado los bazares de Constantinopla y quemado cuarenta mil casas en un espacio de doce millas de circunferencia (3).

CAPÍTULO IV

EL ARCHIDUQUE ERNESTO

1592-1595

MUERTE DE ALEJANDRO FARNESIO.—INTERREGNO.—INCAPACIDAD DEL ARCHIDUQUE

I.—Muerte de Alejandro Farnesio

Rosne, el coronel lorenés á quien la Liga improvisó mariscal de Francia, preparó una segunda expedicion española en Francia, miéntras, quebrantado de salud, se encerraba en Spa Farnesio. «Su herida del brazo está en vías de curacion, escribe Tassis al rey (4), pero con tiricia y gran flaqueza, temeroso de caer en el mal pasado.» Una enfermedad desconocida lo tiene demacrado todo el verano en Spa y en Bruselas; está triste y recuerda á Don Juan de Austria, á quien vió sucumbir lentamente. ¿De qué proviene esta postracion (5)? ¿Del abuso de las aguas de Spa, como dicen los doctores? ¿Del veneno, como murmuran sus familiares italianos?... De pronto sabe Farnesio que el conde de Fuentes, capitan general de Portugal, ha llegado á los Países Bajos.

Entónces comprende que está decidida su suerte. A su vista van á pasar sus soldados al mando de otro general; van á pasar por delante de él, dóciles á una voz que no es la suya, olvidados de la gloria de Amberes. Levántase, sale de Bruselas (6) y aparece en medio del ejército que Rosne ha preparado para una campaña de invierno (7).

De mucho tiempo atrás sabia Farnesio que Felipe II no le perdonaba sus triunfos políticos ni su influencia en el ejército. Habíase esforzado en corregir esta mala voluntad á fuerza de paciencia, en tolerar las demasías de los bastar-

(1) Ms. Arch. nac. K. 1573, pág. 2. Cristóbal de Salazar á Felipe II.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1573, p. 132. V. tambien Ms. Bibl. nac. sec. italiana, n.° 188, IX. Trattato della prolongatione della sospensione delle armi del gran Signore e del Re di Spagna, firmato e conchiuso il di 4 febbr. 1581.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1574, p. 50.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 90, junio 1592.

(5) *Ibid.* K. 1582, p. 48, Tassis al rey, del 25 setiembre 1592. «Muy decaydo y flaco.»

(6) Coloma. El 31 octubre, 1592.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 67. Tassis al rey, 11 nov. 1592.

dos del rey, Ascoli y Pastrana, y tambien con agasajos ingeniosamente imaginados para lisonjear las manías del soberano, como la pierna izquierda de San Felipe y la cabeza de San Lorenzo, que tuvo el arte de descubrir y sustraer de Francia, para enriquecer las colecciones del Escorial (1). Pero Felipe II no se curaba nunca de sus sentimientos envidiosos contra los hombres superiores, y estaba resuelto á destituir á Alejandro Farnesio; sino que aguardaba con miedo el momento de notificar esta resolucion, de mucho ántes tomada. La cédula de revocacion fué tres veces redactada; y existen las tres minutas sucesivas (2), la primera es del 20 de febrero, durante la campaña de Normandía; la segunda de un mes más tarde (3). En fin, formulóse por tercera vez la órden (4), pero no se envia por un correo, sino que se confia al conde de Fuentes, que estuvo retenido mucho tiempo en Madrid. Al ponerse, finalmente, en camino el conde, se da buena prisa Felipe en tranquilizar al mismo á quien va á herir y le colma de protestas de confianza.—No adelantarán nada los que me hablen de vos en opinion diferente de la que yo tengo, opinion justificada y confirmada por los numerosos ejemplos que yo tengo y que observo cada dia, de vuestra participacion y servicios en los servicios de la mayor consecuencia. Así, pues, estad tranquilo por esta parte (5).—¿No es bastante? Felipe sabe que Farnesio se cree envenenado, que acaso se niegue á ir á Madrid, donde sus enemigos están al parecer cada vez más agitados; y como de pasada añade estas pérfidas palabras (6):—Creed que he sentido el mayor pesar de vuestras inquietudes: debeis estar del todo tranquilo, ya que sabeis la opinion que yo tengo de vos y mi satisfaccion por vuestros servicios.

Alejandro se hallaba el 14 de noviembre en Arras, en medio de su ejército, cuando supo la entrada del conde de Fuentes en Bruselas (7). Estaba tan descarnado que no se le veian más que los ojos y los huesos, conservando siempre aquella vivacidad de espíritu, que le habia dado tanta autoridad sobre sus soldados. «Otra campaña, decia (8), y me retiraré á Parma. Pero no hay que suponer que Enrique se deje batir fácilmente, como suponen estos ministros católicos.» Estaba constantemente á caballo, haciéndose presente en todos los regimientos; pero al cabo «era mortal aquel cuerpo incansable» (9). Una mañana se sintió mal al montar á caballo; por la tarde firmó los despachos y á la noche murió... Tenia cuarenta y siete años (10).

Felipe II debió de sentirse aliviado de un gran peso con una solucion que le desembarazaba del último de los hombres superiores de su reinado. Desde ahora queda á sus anchas, solo con Rodrigo Vazquez y sus agentes. Los médicos declararon, luégo de embalsamar el cuerpo de Farnesio, que le habian encontrado «los intestinos consumidos y como reducidos á nada, y todo el interior del cuerpo dorado, lo que provenia de los metales de que estaba saturada el agua de la fuente de Spa» (11). Mayena, tan viejo como Felipe, no ocultó su alegría de verse libre de un vigilante que conocia su incapacidad (12). Unicamente sus enemigos sintieron con sinceridad su muerte.

—Era un gran hombre, exclamó la reina Isabel. Merecia mejor suerte.

—Murió un gran caballero, un gran capitan, aunque nunca llevó ventaja sobre mí, dijo á su vez Enrique IV (13).

II.—Interregno

Fuentes se encontró bastante embarazado con sus papeles sellados y sus comisiones secretas, cuando al llegar á Bruselas supo que Farnesio se hallaba en su campamento de Arras. Mantúvose encerrado y de incógnito (14), hasta que supo la muerte de Alejandro, y entónces exhibió sus papeles. Con asombro general, el nuevo gobernador era el conde de Mansfeld, que tenia más de ochenta años, y el nuevo general del ejército de Francia era su hijo, Cárlos de Mansfeld. Pues que mandaba al Norte á Fuentes, su mejor general, bien hubiera podido Felipe II utilizarlo mejor que como un simple correo.

(1) El 1.º de agosto 1592, carta de Felipe II, citada por Motley, t. III, p. 216.

(2) Gachard, correspondencia de Felipe II, tom. II, Prólogo, página 81 y siguientes.

(3) El 25 de marzo 1592.

(4) El 28 de junio 1592.

(5) El rey á Farnesio, 11 setiembre 1592.

(6) El 17 de octubre 1592.

(7) El 11 de noviembre 1592.

(8) Gachard, los *Archivos del Vaticano*, p. 77, Correspondencia del nuncio Mateucci, «non vedendosi che ossa, occhij et quella vivacità di spirito... resolvendosi al ritorno di ritrarsi a Parma... facili como suppongono questi ministri catolici.»

(9) Coloma.

(10) El 3 de diciembre 1592. Véanse tambien Coloma, la Corresp. del nuncio Mateucci y la biografía de Farnesio, por Alonso Vazquez, soldado español.

(11) Herrera, t. III, p. 315.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 76 y 79. Ibarra al rey, dic. 1592.

(13) Gachard, *Archivos del Vaticano*. Correspondencia del nuncio Mateucci. «E morto un gran cavaliere, un gran capitano, se bene non ne ha mai tolto del nostro.»

(14) Gachard, *Arch. del Vaticano*, pág. 80, Cartas del nuncio Mateucci. «Serrato e secreto.»

El viejo Mansfeld no tenia ni actividad ni autoridad, ni su hijo era conocido de los soldados. Con esto, miéntras el hijo pugnaba en Francia con las sediciones de los regimientos, el padre no sabia hacer cosa mejor que despertar las antiguas pasiones contra los herejes (1).

Entre tanto, Mauricio de Orange completaba su instrumento de dominacion, un ejército valiente y disciplinado (2); hacia caer en su poder, despues de un sitio discretamente mantenido, la importante plaza de Gertruydenberg y forzaba á Verdugo á evacuar á Groninga (3).

Felipe II comprendió el peligro, y se apresuró á enviar como administrador provisional á Don Estéban de Ibarra, á quien apartó del ejército de Zaragoza, y se decidió á nombrar gobernador de los Países Bajos á un hermano del archiduque Matías, que ya en otro tiempo habia usurpado el mismo puesto, el archiduque Ernesto.

III.—Incapacidad del archiduque

Hacia muchos años que el emperador Rodolfo andaba á caza de la soberanía de los Países Bajos para su hermano Ernesto; hasta se sospechaba que habia sido uno de los más peligrosos adversarios de Francisco de Valois en Amberes diez años ántes (4). Pero los cuatro hermanos eran todos tal para cual, Rodolfo, Matías, Ernesto y Alberto (5).

Rodolfo era un alquimista maníaco que tenia horror á las mujeres. Cómo una enfermedad análoga hizo la fortuna de Alberto, ha de verse pronto. Matías era muy aficionado á las fiestas y temia los golpes: bien se recordará cómo partió llorando y haciéndose dar bienes eclesiásticos. Ernesto era jugador y borracho: su única cualidad buena era el amor, no al arte, sino á las obras de plata cincelada. Su puerilidad se ve en sus cuentas de gastos (6). Comienza por divertirse en Viena muchas semanas seguidas en celebracion del honor que le habia conferido el rey católico, invierte luégo cuatro meses (7) en un viaje de Viena á Bruselas, pasando este tiempo entre bebedores ó bien encerrado para sangrarse y purgarse; consagra crecidas sumas á sus deudores, á sus músicos, á sus joyeros... Espantado de esta indolencia Don Estéban de Ibarra, escribe (8): «Me duele lo que se pierde y aventura por su tardanza.» Porque Mauricio de Orange no consagra su tiempo á los artistas, sino que gana terreno y amenaza á Brabante.

Ernesto en Bruselas no es ya útil: quéjase de cólicos continuos; es expulsado por los regimientos italianos, que se apoderan de Bruselas y proclaman la *República italiana* (9); reclutan los aventureros excluidos del ejército de Mauricio, nombran cónsules y hacen irrupciones contra los vecinos.—Arruinan, comen, saquean, escribe el príncipe de Chimay (10); saquean no solamente los villajos, sino las casas de los caballeros y las iglesias; matan á los hombres y violan á las mujeres.

El archiduque recibió fondos de Felipe, aceptó las condiciones de los rebeldes (11), pagó lo que se quiso y murió de sus cólicos algunas semanas despues (12).

Un último rayo de esperanza trae á Felipe II un general que retrasó un año los progresos de Mauricio de Orange.

Este general no era otro que Mondragon. Habia nacido dos años despues que Cárlos V y muere dos años ántes que Felipe II. En esta carrera de cerca de un siglo, ha visto crecer y decrecer, alzarse y decaer el ejército: es el último de los grandes soldados de España. Unico jefe á la muerte de Ernesto, maniobra con bastante arte para reducir á la impotencia el escogido ejército de Mauricio durante todo el año de 1595. En el invierno vuelve á su ciudadela de Amberes y muere muy luégo á la edad de noventa y cuatro años.

(1) Durante la enfermedad y despues de la muerte de Farnesio fué cuando se publicaron los folletos católicos, como *Theatrum crudelitatum hæreticorum nostri temporis*, auctore R. Verstegan, Antverpiæ, 1592, con 30 grabados; o *Delineatio historica Fratrum minorum a Gueusiis in odium fidei crudeliter occisorum.*

(2) Cartas de Bongars, p. 279. «*Nihil fortius, nihil modestius.*»

(3) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 85, del 25 mayo 1594, Tassis al rey.

(4) Correspond. de Busbecque, t. III, p. 148. Carta al emperador del 5 de febrero 1583, donde le previene que se tiene de él esta opinion en Paris.

(5) Entre Ernesto y Alberto hay aun Fernando y Cárlos que no son superiores. Véase sobre estos príncipes la opinion del papa Paulo V, del rey Jacobo de Escocia y de varios políticos, reunidas por Perrens, *los Matrimonios españoles*.

(6) *Comis. real hist. de Bélgica*, t. XIII, p. 86.

(7) Octubre 1593.—Enero 1594.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1589, p. 90. Estéban de Ibarra á D. Juan de Idiaquez, 21 noviembre 1593.

(9) Bolet. Comis. real hist. t. XIII, p. 107.

(10) Motley, t. III, p. 294.

(11) Diciembre 1594.

(12) El 20 de febrero 1595.

CAPÍTULO V

LOS ESTADOS DE LA LIGA

1592-1594

INDISCIPLINA Y MISERIA EN FRANCIA.—CAMPAÑA DE 1593.—APERTURA DE LOS ESTADOS.—REANIMACION DEL PATRIOTISMO.—LA TOMA DE PARIS.—ALMONEDA DE LOS LIGUEROS.—NEGOCIACIONES

I.—Indisciplina y miseria en Francia

Treinta años hacia que, con pretexto de contiendas religiosas, estaba Francia abandonada á los odios privados, y era presa de los aventureros de todos los países, carecia de seguridad y bienestar. La mujer corria peligro en cuanto salia de una fortaleza. «No me atrevo á ir al campo, escribia en otro tiempo la señora de Cipierre á Cárlos IX, por temor de que me roben y atropellen en los caminos» (1). Despues se llegó poco á poco á robar las mujeres para someterlas á rescate. «Tuve noticia de que mi mujer estaba presa y puesta á precio de quinientos escudos de rescate» (2). Tambien se robaban para ultrajarlas con singular refinamiento. La hija del comisario Belin (3), que era una gallarda moza de diez y ocho años, fué sorprendida en Paris por Le Brun, comerciante de la calle de Saint-Denis, y estuvo tres dias perdida... en fin, se la encontró en una casa de la calle de San Honorato, donde se asistian apestados; fué rescatada por cien escudos y restituida á su padre, que murió de pesar.» Otras veces tenian que despojarse, hasta las simples campesinas, de todo lo que poseian, para rescatarse.

«Mi abuelo, refiere Guy Patin (4), fué preso por los ligueros y no pudo rescatarse por ménos de cuatrocientas libras que tuvo que dar al contado; cantidad que no es grande hoy, pero que lo era entónces: para reunirla tuvo mi abuelo que empeñar á crecido interés sus joyas de casamiento, segun le oí decir muchas veces llorando.»

Así, el exceso de los sufrimientos consternaba á los viajeros, que siguiendo caminos destruidos, no encontraban más que casas arruinadas y villajos quemados (5). «Desde la frontera hasta Paris, escribian los españoles (6), ha cesado dias há la comunicacion de las villas; los vezinos dellas, cansados de la falta del tráfico y del no gozar sus haciendas, están desproveydos de victuallas, pobres y muy acobardados.» Los lobos devoraban hombres hasta en las calles de Palaiseau (7). Los jefes de partidas no reconocian ninguna autoridad: el duque de Epernon y Montpezat, yerno de Mayena, se concertaban en vano para poner en libertad á un caballero que habia secuestrado uno de sus capitanes. «Lo ha entregado á cuatro soldados de su compañía que lo guardan en una cueva á dos leguas de allí» (8).

El odio crecia contra el extranjero que mantenia estos males. Los sentimientos católicos pugnaban con las prácticas teatrales de la devocion española: cuando los regimientos de Felipe II celebraban, en su guarnicion de Paris, las fiestas de Pascua, representaban á las santas mujeres *con tres maniquíes* (9); el pueblo los acusaba de idolatría. Los ánimos comenzaron á volverse hácia Enrique IV. José Foulon, abad de Santa Genoveva, reunió á los principales burgueses para estudiar una transaccion, mas fué denunciado al legado por uno de sus religiosos y reducido á prision. Se le acusaba de haber tenido la audacia de sostener que un sacerdote en el púlpito no debia ocuparse en asuntos de Estado. Mayena le facilitó la evasion (10).

La opinion de los parisienses se habia modificado ya de tal manera, que Tassis, el agente de Felipe II que tenia más discernimiento y

(1) Carta citada por M. de Ruble, *Francisco de Montmorency*.
(2) Lestoile.
(3) *Ibid.* p. 94.
(4) Edic. *Reveille-Parise*, t. I, p. 333.
(5) Cartas de Bongars, p. 315.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1569, p. 201, Tassis y Moreo al rey, del 30 diciembre 1589.
(7) Lestoile, p. 175.
(8) *Bolet. soc. hist. del Perigord*, año 1880, p. 384.
(9) Lestoile. Cavriana, el embajador de Toscana, escribia: «Con gli Ugonotti son molti catolici partigiani della casa di Borbone.»
(10) Palma Cayet, p. 472.

tacto, escribia espantado (1): «Paris está llena de políticos y quizá de parciales del de Bearne; los buenos cansados de la vida de hasta aquí.» Era oportuna ocasion para pasar lista la eleccion del preboste de los comerciantes; pero ni Mayena ni los burgueses parecian dispuestos á favorecer á los candidatos de los españoles.—«No se me pide parecer, escribe Ibarra (2); tengo por excluidos á M. de la Bussiere, y Masparaut; que fueron, sin embargo, de los buenos; pero se inclinan á Luillier, del cual tengo muy ruin informacion.»

Pero hasta los mismos *buenos* son sospechosos entre sí; ninguno parece bastante puro: la envidia, los reproches de venalidad ó de moderacion, azotes de todas las democracias, desgarran la Liga. Los héroes de las barricadas, como el tapicero Lassus, ó como el fervoroso que se daba el nombre de *Dieu-Merci-la-Saint-Berthelemy*, son proscritos á su vez (3). En esta crísis continúa Felipe II su indeciso sistema.

II.—Campaña de 1593

Enrique IV no podia aprovecharse del miedo de los parisienses: fatigados sus voluntarios por la larga campaña de Normandía, habian vuelto á sus casas; los alemanes no querian comprometerse, si no se les anticipaba la soldada (4); la reina Isabel se negaba á enviar refuerzos «temiendo que fuera causa de que el conde de Essex, á cuyo mando estaban los ingleses en Francia, permaneciera aquí, cuando á toda costa queria tenerlo allá, como la persona que más amaba en el mundo y de quien temia el menor peligro» (5). Enrique IV estaba entre Charenton y Saint-Maur (6), dispuesto á entrar en campaña contra el ejército de Farnesio reunido en Arras.

Pero Felipe II habia diseminado de tal modo sus subsidios y soldados, que el ejército de Arras no pasaba de once mil hombres (7). Púsose en marcha en lo más crudo del invierno y avanzó hasta Noyon sufriendo increibles privaciones (8).

Noyon solamente estaba defendida por cuatrocientos cincuenta ingleses, que evacuaron la plaza sin combate. Pero este fácil triunfo no aumentó la autoridad de Cárlos de Mansfeld para con los veteranos de Farnesio. El ejército se negó á salir de Noyon miéntras no se les entregaran los seiscientos mil escudos de pagas atrasadas (9). Los oficiales mismos hallábanse en tal estado de miseria, que hubo de reconocer Mansfeld la imposibilidad de toda operacion militar. —Los dos regimientos españoles, escribió (10), han amenazado abandonar sus banderas para ir á mantenerse sobre Artois (11); mi maestre de campo, Don Antonio de Zúñiga, desprecia mis órdenes y ni siquiera me dirige la palabra, siendo sólo considerado por el albanés Jorge Basta.—Despues de cinco meses de inaccion, promete Mansfeld á sus soldados traerles dinero de Flandes; pero en vano lo procura y reaparece en medio de ellos con las manos vacías (12). Sin más demora abandonan el campo novecientos españoles, penetran en la ciudad de Saint-Pol, en Artois, y viven á costa de sus habitantes. Los italianos, por su parte, se amotinan y la situacion no puede ser más triste. «Las cosas, dice el juicioso Tassis (13), están en tal estado, que es menester gran misericordia de Dios para traellas á buen puerto.» Los insurrectos reinaron en el Artois por espacio de quince meses (14) y no volvieron á sus guarniciones hasta que se aceptaron sus tratos.

III.—Apertura de los Estados

Felipe II sacrificaba todos sus recursos en aquella época para captarse un título legal á la corona de Francia. No queria deber nada al papado y creia que los Estados generales le darian una investidura suficiente. En vano le advertia Tassis que los Estados generales «ninguna cosa podian dar sino sólo el nombre» (15) y que como la fuerza era necesaria, mejor era mantener soldados que no pagar traidores. En vano añadia otro español (16): «Como son todos franceses, aunque difieren en religion, convienen y concuerdan en lo que es guardar el reyno

(1) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 67.
(2) *Ibid.* p. 62. Al rey, del 3 de noviembre 1592.
(3) Lestoile, 24 febrero 1594.
(4) Cartas de Bongars, p. 199.
(5) Mad. de Plessis-Mornay, *Memorias*, t. I, p. 212, publicadas por Mad. de Witt. Mornay estaba entónces de comision en Lóndres.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1582, pág. 53, del 5 octubre 1592. Ibarra al rey.
(7) *Ibid.* K. 1587, p. 14, Tassis al rey.
(8) *Ibid.* p. 78, Mansfeld á Don Martin de Idiaquez. «Nezessidad increyble.»
(9) Ms. Arch. nac. K. 1587, pág. 31. Tassis al rey, del 9 abril de 1593. «La gente medio amotinada y resuelta de no marchar sin ser pagados.»
(10) *Ibid.* p. 81, del 3 de julio 1593. Al rey.
(11) Estos dos regimientos eran los de Don Alonso de Idiaquez y Don Antonio de Zúñiga.
(12) Ms. Arch. nac. K. 1587, p. 70, del 6 agosto 1593.
(13) *Ibid.* p. 31.
(14) De mayo 1593 á agosto 1594.
(15) Ms. Arch. nac. K. 1587, p. 99.
(16) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 66. Diego Maldonado al rey, de octubre 1592.

y corona que no la posea extranjero... pareciéndoles que V. M. les quiere yr acabando de quemar lentamente, y que este cuerpo de reino tiene complexion tan robusta que podria sufrillo, y curallo todo... Pensar de hacer en Francia, en esta era, cosa alguna por amor ni persuasion es yerro y engaño, que no vale otra cosa que la fuerza, y esta les ha de obligar á hacer virtud por necesidad y no otro ningun medio... Quieren más á Bearne, que es francés y de su cosecha, que no un extranjero, aunque sea un ángel.»

Felipe cree más en las maravillas de la corrupcion que en el poder de la fuerza, y escucha á los que le hablan de comprender en estos tráficos, no ya sólo á la nobleza y al clero, sino tambien «hacer algun officio con las villas principales y grangear personas dellas» (1). Acaso no se engañaba. Mas para lograrlo habria debido convocar los Estados generales, miéntras Farnesio tenia en jaque á Enrique IV en la Normandía; derramar con profusion el dinero y no olvidar en la distribucion á sus famélicos soldados. El éxito, si lo queria comprar, debia pagarse caro. «Y esta verdad cada hora la veo más claramente, decia uno de sus agentes (2), por donde me atrevo á repetilla tantas veces. Y por si caso no se pudiera emprender esto con tanta abundancia de gente y dinero, será mucho más servicio de V. M. de pensar en otros medios.»

Mayena no se resistia á la reunion de los Estados: desde 1590 preparaba la convocatoria (3); pero los españoles no se decidieron tan rápidamente. Las elecciones no se hicieron hasta fines de 1592. Por último, los diputados llegaron á Paris: eran ciento treinta en la sesion de apertura, el 26 de enero de 1593, en el salon del Louvre (4). Del rey de España no se tenian noticias. Felipe ha tenido á bien añadir á todos los agentes suyos que circulan por Francia, un embajador extraordinario, el duque de Feria, y lo esperan. Feria está en Milan; luégo se pone en camino y viaja lentamente con su pomposo cortejo. A lo ménos Felipe puede hacer que tengan paciencia los Estados con un manifiesto que los atraiga á él.—No (5), dice, he examinado si seria útil publicar una justificacion en Paris, pero no es menester: á los buenos bástanles los actos; á los demás no quiero dar ocasion para una réplica.—Por fin se acerca Feria; pero ante todo debe concertarse con Mayena. Los Estados siguen esperando.

Mayena no habia ocultado á Farnesio su oposicion al proyecto de ceñir la corona de Francia á la frente de la infanta Isabel (6); hasta se habia mostrado ingenioso en la multitud de proposiciones que hubo de imaginar para descartarse de esta princesa. ¿Por qué no dejar al jóven cardenal de Borbon en lugar del que ha muerto con el nombre de Cárlos X? dijo primeramente.—Sólo por perjudicar á España habla el duque así, escribieron los agentes españoles á Felipe II.—«Mucho desto ó todo lo creo y temo,» puso el rey al márgen de la carta (7). Pero si se tomara al duque de Saboya por rey de Francia, dice un dia Rosne, confidente de Mayena, á Don Diego de Ibarra, es igual para el rey ver reina de Francia á la Serma. infanta Doña Catalina, duquesa de Saboya, que á la Serma. infanta Doña Isabel.—Menester será desengañarles desto, escribe el rey al márgen, pues es muy contrario de la verdad (8).

No ignoraba Felipe las pretensiones personales de Mayena á la corona: se ofreció á comprárselas y le pidió condiciones. Rosne llevó al duque de Feria las condiciones de Mayena, resumidas así en una nota que se envió á Felipe II. «Dificultar cualquiera eleccion fuera de la suya, y saliendo ella, querer dar á S. M. la Provenza y otra Provincia, y entiéndese será la Picardía.—Dar Blavet en Bretaña á S. M.—Dar á Monterol (Montreuil), Ardres, Calais, Boloña y el Catelet. — Ceder en Roma la precedencia que hasta aquí se ha dado á Francia» (9).

Estaban léjos de entenderse. El duque de Feria no tuvo dificultad ninguna en explicarse con Mayena desde su primera entrevista (10); Mayena sentia embarazo en discutir por los veintitres mil escudos mensuales que venia recibiendo de Felipe hacia ya cuatro años (11) y deseaba conservar. Así, sus segundas proposiciones fueron más moderadas. Pidió simplemente al duque de Feria que le continuara España las pensiones prometidas por Moreo y

(1) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 53. Ibarra al rey, del 5 oct. 1592.
(2) *Ibid.* K. 1589, p 27. Ibarra al rey.
(3) *Corresp. de Mayena*, publicada por la Academia de Reims, t. I, p. 55.
(4) Bernard, los *Estados de 1593*.
(5) Gachard, *Corresp. de Felipe II*, prólogo del t. II, carta del 25 de febrero 1593.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1581, p. 34.
(7) Ms. Arch. nac. K. 1588, p. 44. Martin de Gurpide á Ibarra, 17 enero 1593.
(8) *Ibid.* p. 89, Ibarra al rey, del 28 enero 1593.
(9) Ms. Arch. nac. K. 1588, p. 27.
(10) En Soissons, el 25 de febrero 1593.
(11) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 15.

otros, con los atrasos, y se le asegurase además el pago de sus deudas; *item*, una renta perpetua de doscientos mil escudos, más cuatrocientos mil escudos pagaderos en tres años; *item* «se le dará la Borgoña, como lo pide» (1), es decir, como lo estipula el tratado firmado, despues de tres dias de debate «con todas sus rentas; *item*, se le dará el gobierno de Normandía para uno de sus hijos.» Mediante lo cual el duque de Mayena se declara satisfecho, «y renuncia á su primera pretension á la corona, cediendo provincias, y promete poner todos sus anhelos en que se declare y elija por reina de Francia á la infanta Doña Isabel.»

El duque de Feria no debió ignorar que Mayena se vanagloriaba de haber firmado este deshonroso tratado con la intencion de no tenerlo por válido sino en las cláusulas relativas al dinero que pudiera recibir; pero no podia ser exigente, porque habian surgido ya mil dificultades: la más rara era la que sobrevino de pronto entre los mismos agentes de Felipe II, á la hora de establecer el ceremonial de la entrada en el salon de los Estados.

El rey, demasiado prudente, creia que no podia haber tales cuestiones entre sus embajadores. Pero ellos se negaron (2) á seguir al duque de Feria á los Estados, si el lugar que se les señalara ofendia en lo más mínimo su pundonor: todos convenian en que el duque debia ir en el primer lugar; Diego Maldonado, simple agente en Bretaña, aceptaba de buen grado el último, pero los otros tres se disputaban la preeminencia. Tassis hacia valer la duracion de sus servicios diplomáticos; Don Iñigo de Mendoza decia «que la justicia de su derecho consistia, lo primero, en ser, como era, hijo y nieto de grandes de Castilla por parte de padre y madre; y lo segundo en la comision que traia, que era fundar en razon y justicia la intencion y pretension del Rey.» Y continuaba un alegato de jurista. En fin, Don Diego de Ibarra sostenia que siempre habia sido igual á Tassis.

La solucion fué que no asistirian nunca juntos á una misma sesion. «¡Ah! exclamó entónces Ibarra: la muerte del duque de Parma, se ve cada dia más la falta que hace!»

El dúctil Maldonado salió mejor de sus negociaciones con los Estados generales y arregló sin gran dificultad el ceremonial de la recepcion.

(1) Ms. Arch. nac. K. 1585, pág. 73. «Se le dará la Borgoña como la pide;» es el resúmen hecho por el rey. El tratado en francés del 28 de febr. de 1593 está publicado por M. de Croze, t. II, p. 410.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 33 á 40.

El duque de Feria pudo, en fin, penetrar en el salon de sesiones á los dos meses largos de la llegada de los diputados (3) y este retardo fué suficiente para arruinar su mision.

«El viérnes á las tres, escribe (4), vino á avisarme el Padre Orbaix que me estaban esperando. Salí acompañado de todos los italianos y españoles que tiene el rey en Paris y llegué al palacio que llaman Louvre, y al principio de la escalera me estaban esperando Gilbert Genebrard, arzobispo de Aix y otros. Despues llegó Manuel, segundo hijo del duque de Mayena con otros señores, y en lo alto de la escalera me esperaba el cardenal de Sens y los maceros, que me precedieron hasta una sala muy grande, la cual estaba colgada de tapicería, y á un lado un tablado alto, adonde estaban la duquesa de Nemours (5) y sus hijas y la duquesa de Montpensier y otras damas, y por la sala bancos de los diputados de todas tres cámaras que se juntaron, y mas adelante un dosel y debaxo una tarima grande cubierta de alhombras, y en medio del dosel una silla, que estuvo vacía, la qual dicen que estaba puesta para representar la persona real, y al lado derecho, debaxo del dosel, otra en que se sentó el Cardenal de Sens, y al lado izquierdo, asimismo debaxo del dosel, otra en que yo me senté, y un poco apartado de la mia, fuera del dosel, estaba Manuel y abaxo de la tarima, á la mano derecha, estaban los arzobispos y obispos.»

¡Vanos honores! ¡Engañosa pompa! Algunos dias despues sabe el duque que aquel mismo Mayena, que acababa de comprar, y aquellos parisienses que creia sumisos á la guarnicion española, acuerdan una tregua con el odiado bearnés. Así, Felipe II envia á los que han de dar á conocer sus intenciones en el momento preciso en que su intervencion, invocada por espacio de tres años, no es ya deseada. Ha esperado á que se cansaran sus adeptos para venir en su ayuda; y se decide en el instante en que se renuncia á él. Los delegados de Mayena y del clero van á buscar á Enrique IV á Suresnes (6), y comienzan las conferencias para empezar por una tregua y acabar por ofrecimientos de servirle. Los ligueros que quieren que se les compre, tienen ya por más honroso que les pague

(3) La apertura fué el 29 de enero; la recepcion del duque el viérnes 2 de abril.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 40. El duque de Feria al rey.

(5) El original dice la duquesa de Guisa, pero yo creo que se trata de su suegra, á la cual los extranjeros daban siempre el título de su primer marido.

(6) El 25 abril 1593.

el rey, que no que les entretenga España. Las primeras proposiciones son exorbitantes. — ¿Qué importa? dice Enrique IV; habiendo dicho su precio, tienen ganas de vender (1).

Los ligueros afectos á España claman en vano contra estas conferencias y hasta inventan el cartel público creyendo que se leerá «su declaracion, protesta y desaprobacion, fijada en las esquinas de las calles de Paris» (2). ¿Qué puede este fanatismo en una ciudad hambrienta cuatro años hacia? «Porque, como escribe el duque de Feria (3), aunque no se puede llamar cercada por no tener exercito sobre sí, mas teniendo los enemigos las riberas y passas en su poder, pues toda la provision que viene allá le paga contribucion, se puede contar por cercada, vive por mano del enemigo.»

Pero lo que sobre todo cierra la boca al duque de Feria, el golpe que más le agobia despues de las contrariedades de la etiqueta y la sorpresa de las conferencias de Suresnes, es que en hora tan crítica faltan los fondos (4). Tassis no tiene ya créditos, Ibarra no tiene ya dinero, Mendoza no ha traido más que sus títulos de nobleza, Maldonado se muere de hambre. Es el momento de pujar las conciencias y disputárselas á Enrique IV: la guarnicion española de Paris cuesta ochenta y siete mil escudos de oro mensuales (5); Villars-Savoie en Guyena recibe seis mil (6); la duquesa de Guisa acaba de cobrar más de quince mil (7); el arzobispo de Lyon recibe mil solamente (8); pero ha sido preciso distribuir hasta ocho mil entre los diputados de los Estados generales para que tuvieran paciencia esperando al duque de Feria «y entretenerlos sin que se disolvieran» (9); y los demás gastos corren en las provincias. La Chartre se queja de que no se le pague su pension; el duque de Aumale envia á Felipe II un cróquis del valle de la Somme y de sus plazas fuertes (10) y añade: «Los gobernadores están á mi devocion, pero es menester darles alguna ayuda de costa.»

¡Raza degenerada! Un veterano de los primeros años de guerra religiosa, La Noue, pocos meses ántes de su muerte decia á un camarada suyo, indicando una rama de laurel en la cimera de sus armas esculpidas en la piedra de la chimenea: «Hé aquí, primo mio, la recompensa que vos y yo esperamos.»

Miéntras los banqueros abrian nuevos créditos, se esforzaba el duque de Feria en influir sobre los diputados con razones y Memorias jurídicas. Para él era indudable y fácil la eleccion de la infanta Isabel (11). La ley sálica no le parecia sino una objecion pueril.

Vése, en efecto, cuán difícil de defender era esta ley en la discusion que sobre ella tuvo en Madrid el presidente Jeannin con el jurisconsulto español Rodrigo Zapata. «Tocaba á los franceses que querian excluyr á las mujeres provar la costumbre, y que si la provavan en los casos que habian sucedido, en otros que no fuesen semejantes no se havia de admitir, y que entonces cuando se introduxo, los de la casa de Borbon ya estaban apartados de la Casa Real y así no han de gozar della.—La costumbre se introduxo desde el principio del Reyno de Faramundo.—La costumbre no se presume, y que diese actos en que se hubiese introducido antes del tiempo de Luis Hutin» (12).

Pero no es tan fácil destruir el sentimiento nacional como las ficciones de nuestros antiguos legistas. El rey de Francia debe ser francés: es una ley que no ha menester estar escrita. Ahora bien, como el duque de Feria sabe que su amo nos destina un archiduque, comprende que no se allanarán las dificultades áun cuando hiciera él aceptar los derechos de la infanta. «Yo, dice (13), lo remito todo á que se mostrara por razon el que mas conviene para excluyr toda discusion sin afectos particulares, y con esto, sin nombrar persona, ven bien claro á quien se tira los príncipes que llaman en este reyno, quando estuviesen desengañados con un poderoso exercito de sus intentos, sin falta cederian á quien con tan grande diferencia es superior á todo, como qualquiera de los sobrinos de Vuestra Majestad. El pueblo se muere por un general apetito de Rey de su propia nacion, sin ahondar mas lo que conviene, pero quanto al favor

(1) Mad. de Mornay, *Memorias*, publicadas por Mad. de Witt, t. I, p. 226.

(2) Un ejemplar de este primer cartel político, fechado del 25 de abril 1593, se conserva Arch. nac. K. 1588, p. 103.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 40.

(4) *Ibid.* K. 1588, p. 31.

(5) *Ibid.* p. 1.

(6) *Ibid.* p. 13.

(7) *Ibid.* K. 1585, p. 20. La cifra exacta es de 15,789 escudos de oro.

(8) *Ibid.* K. 1588, p. 31.

(9) *Ibid.* «A los Estados generales para que se entretengan sin disolverse.»

(10) *Ibid.* p. 29.

(11) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 40.

(12) Ms. Arch. nac. K. 1595, p. 14. Don Rodrigo Zapata á Don Juan de Idiaquez. La *sala* era el dominio que debia suministrar un jefe armado: todavía se llama la *salle* al castillo feudal en el Borbonés y en la Auvernia. No pudiendo la mujer prestar el servicio militar, era naturalmente excluida de la *sala*. Torturando esta fórmula fué como los antiguos legistas aplicaron por patriotismo la ley de la Sala á la corona real.

(13) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 40 y 45.

del pueblo, repentinamente crece, y de la misma manera se muda, de suerte que no ay que hacer dél entero fundamento, porque rescibe la ley de los que tienen las armas en la mano.»

A pesar de tan bellas máximas, no puede el de Feria disimular su secreto. La infanta Doña Isabel ha de casarse con el archiduque Ernesto: no lo oculta ya. La primera no puede casarse con un francés, porque tiene probabilidades de reinar en España, «siendo su hermano muy jóven, estando léjos de la época en que podria contraer matrimonio y enfermizo desde su infancia» (1).

El archiduque Ernesto era completamente desconocido en Francia: la audacia de presentarles por rey un hombre cuya existencia ignoraban, indignó á los diputados (2), y les abrió los ojos haciéndoles ver la vergüenza de su situacion. En vano quiso Tassis el dia siguiente atraerse los ánimos (3) con un discurso conciliador que pronunció en francés; en vano les dirigió Don Iñigo Mendoza una docta arenga «en maravilloso latin y con muy buena accion» (4); el duque de Feria tuvo que retirar la candidatura del archiduque Ernesto, primero, y luégo la del archiduque Alberto con que quiso sustituirla (5), á fin de obtener como un triunfo el voto de los Estados, que suplicaban al rey de España «que recibiera en su agrado la eleccion que se haga de uno de nuestros príncipes para ser rey y le hiciera el honor de darle en matrimonio á la Serma. infanta su hija.»

Una distribucion de dos mil setecientos escudos retribuyó esta semi-deferencia, repartidos entre los diputados de la clase media por una comision elegida públicamente. Anunciáronse otras subvenciones; pero este efímero triunfo habia sublevado ya el sentimiento nacional. Desde el dia siguiente el diputado del Vair, exclamaba (6): «¡Qué vergüenza esto de ver que veinte bribones de Paris vendan al rey de España la corona de Francia! Nunca se ha oido decir que tan desvergonzadamente se jugara con la fortuna de un reino, sacándose á pública subasta vuestras vidas, vuestros bienes, vuestro honor, vuestra libertad. ¡Y en qué lugar! en el corazon de Francia, en presencia de las leyes. Despertaos, señores.»

Ni se borró el mal efecto con el ofrecimiento de casar á la infanta con el duque de Guisa. «Reconociendo, dice el mariscal de La Chastre (7), que la proposicion de la infanta nos fué amarga y de dura digestion, quisieron echarle un poco de azúcar.»

Entre tanto firmaba Enrique IV la tregua con la Liga. A partir del 26 de junio, cesaban ya los franceses de matarse entre sí.—No he podido impedir nada, escribe el duque de Feria (8): el pueblo queria la tregua, nuestro ejército es débil, falta dinero.

La impotencia de Felipe II se revelaba á los ojos de todos. La Chastre, que no cobraba ya su asignacion, hacia notar que el rey de España ni tenia soldados ni dinero y queria infundir la persuasion de que «sus promesas de dinero eran dinero y la idea de sus ejércitos, ejércitos verdaderos. Si esa gente hubiera en una noche cubierto de hombres la tierra, como lo está de hongos un prado, si ellos mismos estuvieran exentos de necesidad y tan abundantes de dinero que pudieran subvenir á la nuestra con largueza» (9), se podria comprender su jactancia; pero no tienen nada. El duque de Feria lo sabe, y entona á su vez la triste lamentacion con que importunan sin cesar al Escorial todos los gobernadores, por espacio de tantos años: ¡Soldados! ¡Dinero! Y en la sima, Felipe II envia, tarde siempre y en pequeña cantidad, sus soldados y su dinero.

IV.—Reanimacion del patriotismo

El parlamento de Paris habia declarado ilegal la candidatura de cualquier extranjero (10), habia ratificado la tregua y hecho publicar los artículos que la extendian á todo el reino (11). Pero la emocion fué mucho mayor en Francia, cuando se supo que el rey acababa de entrar en la comunion católica.

—«Señor, habia dicho d'O á Enrique IV «con un juramento del nombre de Dios,» la hora decisiva ha llegado; no hay que andar ya con rodeos. Si fuerais un rey santimonioso, temeria emplear este lenguaje; pero vos vivís como un buen camarada.» Enrique IV que estaba can-

(1) Mr. Arch. nac. K. 1585, p. 45 y 46.
(2) Sesion del 28 de mayo de 1593. Véanse las *Cartas de Bougars*, p. 295. «Displicere hispanica audacia; ut auditum est nomen Ernesti, inauditum antea, horrere plerique eo devenisse rem Galicam ut homo quem ne natum quidem scirent esset ad regnum accersendus.»
(3) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 50, el 29 mayo 1593.
(4) *Ibid.* p. 53, el 6 de junio.
(5) Sesion del 29 de junio.
(6) No en los Estados, sino en sesion del Parlamento, el 20 junio.
(7) Augusto Bernard, los Estados de 1593, p. 727.
(8) Ms. Arch. nac. K, 1585, p. 58, del 26 de junio.
(9) Augusto Bernard, p. 729 y 732.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 67.
(11) *Artículos acordados para la tregua general* en la Villette, entre Paris y Saint Denis.—Paris, Federico Morel, impresor ordinario del rey.

sado de los *profetas* de la Gascuña y del lenguaje de Canaan, esperaba tiempo hacia la ocasion de abandonar aquellos grasientos censores y volver sin descrédito al gremio de la Iglesia Católica (1).

El 25 de julio de 1593, á las diez de la mañana, fué recibido en el pórtico de la iglesia de Saint Denis por el arzobispo de Bourges y los obispos de Mans, Evreux, Nantes y Angers. Los prelados lo condujeron ante el jóven cardenal de Borbon, que recibió su abjuracion y le hizo presentar el agua bendita (2). «Entónces las trompetas y clarines y atambores tañeron; los reyes de armas vestidos de sus vestiduras reales de terciopelo morado, sembradas de flores de lis de oro, gritaron *¡viva el Rey!* tres veces; *¡Largueza!* y derramaron alguna moneda.»

La única contestacion de Felipe II fué una distribucion de dinero. Ejército no tenia: los

Entrada de Enrique IV en Paris

(Facsímil de un grabado de cobre titulado: «Reduccion milagrosa de Paris á la obediencia del Cristianísimo rey Enrique IV, y cómo Su Majestad entró por la Puerta Nueva el mártes 22 de marzo de 1594.—N. Bollery pinxit; Jean le Clerc excudit.»)

Países Bajos no podian suministrar ningun refuerzo en aquel momento, segun lo notificaba el Ibarra de Flandes al de Paris (3). Pero se encontró dinero; el 3 de agosto pudo el duque de Feria dar una cantidad á los párrocos de Santiago y San Severin para distribuir entre sus adeptos (4); hizo entregar á los diputados de la clase media (5) seis mil doblones por sus asignaciones de agosto. Pero muy luégo le abrumaron las reclamaciones y no pudo pagar más que hasta el 18 de octubre las asignaciones de setiembre de los mismos diputados (6). El despilfarro es, en efecto, extraordinario: Moreo era un avaro al lado de los agentes actuales. Toda mano que se alarga, se retira llena de dinero, desde el cardenal Pellevé que tiene cerca de ochenta años y embolsa mil doblones, y el obispo de Amiens que exige y cobra tres mil, (7) hasta los más oscuros, como un tal Entragues, que reciben pequeñas cantidades «por servicios secretos» (8). Bassompierre venia á contar, y el hecho es bien curioso, que «el de Bearne pre-

(1) Nadie hablaba sin sonreirse de la necesidad de una abjuracion. «E molto meglio, escribia Cavriana, el embajador toscano, essere re di Francia mangiando pesce il venerdi, che povero duca di Bierna con la licenza de mangiar carne a suo beneplacito.» Cuando se haya decidido, añade Cavriana, verán pronto el fin de su fiesta Mayena y Guisa.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 69.— Relacion española de la ceremonia.

(3) *Ibid.* K. 1589, p. 33, Don Estéban de Ibarra á Don Diego de Ibarra.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1589, p. 65. «A los curas de Santiago y San Sebrin 2,489, para repartir entre los católicos desta villa.»

(5) Algunos enviaban al *Hôtel Dieu* este dinero infame. Bernard, Prólogo, pág. 72.

(6) Y aún fueron reducidas para setiembre á 5,048 escudos de oro. Ms. Arch. nac. K. 1589, p. 83. «Al duque de Umena para dar á los Estados generales para el entretenimiento del mes de sept. 1593.»

(7) *Ibid.* Como *ayuda de costa.*

(8) *Ibid.* Este *Entragues* es el mismo que el *Juanetin* que se encuentra en su oficio, K. 1589, p. 72, y acaso el mismo que el del famoso duelo de los seis, del 27 abril 1578. Se sabe que fué uno de los dos sobrevivientes y que se le acusó de deslealtad en el duelo. Se encuentra otra vez en estas listas á Antonio Escovar con 200 escudos, K. 1589, p. 65, el que habia servido para espiar al pretendiente portugués.

tendia hacer divorcio... para casarse con su sobrina del gran duque» de Toscana (1). A los que nada pedian, se les hacian ofrecimientos como á Rosne (2) y á Villars Brancas (3), que calculaba si habia más ventaja en tomar el dinero de Enrique IV que el de Felipe II.

Los príncipes de la casa de Guisa eran, como siempre, los más ásperos en esta almoneda: el duque de Aumale obtenia la ayuda de costa que habia mendigado (4); Mayena, cuyas pretensiones importunaban á Ibarra (5), recibia muy bien los diez y ocho mil escudos que le pertenecian por su asignacion de agosto (6). La pension de seis mil escudos asignada al jóven duque de Guisa (7) y la promesa de la mano de la infanta, no fueron tampoco operaciones provechosas; á lo ménos éste no regateaba las gracias. «Puesto que ha sido del agrado de V. M. concederme el mérito y favor de una gracia tan alta, me atrevo, Señor, á dar humildísimamente las gracias á V. M. esperando hacerme digno del honor con que habeis tenido á bien distinguirme y adquirir con señalados servicios lo que me falta particularmente» (8).

Por contraste de estas bajezas, gusta ver á los verdaderos hombres de guerra y á las ciudades unirse en gran número, en cuanto se ponen á descubierto los proyectos del rey de España. Este movimiento nacional vino á ser irresistible desde el mes de mayo (9); la prolongacion de la tregua (10) habia permitido á los mejores capitanes de Mayena, como Boisrosé, Lhospital-Vitry, Sainte-Aulaire, ponerse bajo las banderas que representaban exclusivamente el honor nacional (11). Esta vez todo el hierro de Francia es atraido al campo de Enrique IV.

«El hierro bien manejado merece la primera palma; el segundo honor pertenece á las plumas bien cortadas» (12). Las plumas hacian su oficio desde muchos años ántes; pero muy especialmente las de un grupo de hombres verdaderamente franceses, de espíritu moderado y severo gusto, quienes mostraron por primera vez el poder del buen sentido y del genio práctico de la clase media. Enrique III no habia sabido utilizar para su causa á estos laboriosos hombres de letras, desconfiando de su risa impregnada de cólera. Enrique IV, al contrario, gustaba de los hombres de ey solapados y de los eruditos de propósitos tenaces, como Pasquier, Pithou, Belloy, Lestoile, Toiras.

Estos voluntarios dieron con frecuencia golpes bastante felices. El presidente Gayant, que sobrevivió cincuenta años á aquella época y pareció un gigante á los inquietos jóvenes de la Fronda (no hay ya hombres de este temple, decian) (13); el presidente Gayant representa en esta lucha la táctica regular del libelo clásico en latin. «Cuanto más injurian al rey, segun él (14), tanto más caros creen que serán comprados. Todo el ardor de su celo se reduce á recoger dinero. Nos llaman herejes, porque no hemos querido entregarnos con ellos á los españoles, hijos de judíos. ¿Qué quieren ahora? El rey de Francia es católico ¿quieren verlo á las puertas del Vaticano, descalzo entre el rebaño de penitentes, de rodillas ante los sacerdotes, gimoteando de dia y de noche, pisoteado por los bufones y pedantes de la curia romana?»

El *Estado de España*, por el notario de Tillet (15), afecta la forma histórica. España se ha formado con el fraude y la violencia, y sólo su Inquisicion la conserva. ¿Quién será tan miserable que quiera admitir en nuestra Francia á esos fanáticos? Viene luégo una antigua memoria que muestra en 1499 al canciller de Francia con el oficial del sello y los reyes de armas, el procurador general y los señores del consejo, recibiendo en Arras los homenajes de Felipe el Hermoso, abuelo de Felipe II, como vasallo de los condados de Flandes, Artois y Charolais:

Venez voir son ayeul un juste hommage rendre
Aux pieds d'un de nos rois en armes indomptés,

Venid á ver á su abuelo rindiendo justo homenaje á uno de nuestros reyes, en armas indomable, dice un soneto que reasume el libelo.

La cuestion de derecho fué sostenida por las Memorias de Pedro de Belloy (16). El chiste

(1) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 93. Feria al rey, del 28 agosto 1593.
(2) *Ibid.* p. 129.
(3) *Ibid.* p. 130 y 132.
(4) *Ibid.* K. 1589, p. 65. Mil cien escudos.
(5) *Ibid.* p. 33.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1589, p. 65.
(7) Creo que esta cifra es por término medio. El jóven pretendiente cobra 5,000 escudos por julio; 9,000 por agosto (K. 1589, página 65); 6,000 por setiembre y 3,400 por octubre (K. 1589, p. 83).
(8) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 80, del 4 octubre 1593. Las mismas cartas al príncipe de España y á los dos Idiaquez.
(9) Ms. Bibl. nac. franc. 3275, fol. 140.
(10) Hasta el 31 de dic. de 1593. Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 137.
(11) Véase el Manifiesto de los miembros de la nobleza de Francia. Ms. Bibl. nac. franc. 3947, fol. 395.
(12) Aubigné, las *Historias*, t. III, p. 286.
(13) Guy-Patin. Gayant murió en octubre de 1645.
(14) *Apología Christianorum procerum*, por R. T, s. I, 1593. No estoy seguro, sin embargo, de que este escrito sea de Toiras.
(15) S. I, 1594.
(16) *Memorias y colecciones del orígen de la Real familia de Borbon.* La Rochela, 1587; *Exámen del discurso pronunciado contra la casa Real de Francia.* S. I, 1587.

burlesco fué ensayado por escritores que ridiculizaban los embarazos de los Estados generales entre los pretendientes, como aquel *Aviso al Papa* (1) en que se representa á los españoles proponiendo á su infanta «unida por el futuro matrimonio con el archiduque, como una especie de rey andrógino, el cual, por cierta comunicacion de propiedades en idea, estaba provisto del derecho y del sexo requeridos. Y sobre esto manudeaban promesas de doblones y ducados. La casa de Lorena tenia despierto el apetito y se le hacia la boca agua por este raro manjar... En una palabra, se necesitaba un príncipe francés ó poco ménos.

Pero la obra maestra en este género, la pieza que ha quedado en idioma francés como un modelo acabado, es la *Sátira Menipea*, que ha sobrevivido á las contiendas del momento y ofrece siempre al buen gusto el grato sabor de su fina y encantadora ironía.

Sin embargo, estos libelos eran especialmente destinados á la nobleza y á la clase media y sólo seducian el gusto delicado: para el pueblo hánse de menester toques más fuertes, chistes groseros, un estilo vulgar. Los ligueros lo comprendieron así, y sus brutales ultrajes, en que se indignan contra los franceses por

Qu'ils nommoient très-chrestien ce monstre béarnois,
Bien qu'il eust contre Christ endosé le harnois,

se dirigian á los envidiosos sentimientos de la democracia, como el *Banquete del conde de Arete* (2), como Paris vendido (3), como los sermones del cura Juan Boucher, que estuvo hablando nueve dias seguidos en el púlpito, cuando supo la conversion de Enrique IV (4), ó como la apología de los malvados á quienes se habia inducido á matar al rey (5).

Al lado de estos fanáticos no se desdeñaron los realistas de descender al populacho, sembrando necios pasquines como los siguientes:

Les Seize ont ja pris possession
Des seize pilliers de Montfaucon (6)

ó alusiones á la corrupcion de los señores como:

Mon Dieu! qu'ils sont beaux et blonds
Vos doblons!
Faites-en chercher encores,
Demi-Mores,
Parmi vos jaunes sablons (7).

V.—La toma de Paris

Espiraba la tregua el 1.º de enero de 1594. Don Diego de Ibarra insistia en que se enviara todo el ejército de los Países Bajos á la defensa de Paris (8). Pero en un consejo de guerra celebrado en Bruselas, en presencia del archiduque Ernesto, hicieron observar los capitanes españoles (9) que Francia estaba muy devastada para poder sostener un ejército numeroso y fueron de parecer que, en lugar de correr riesgos contra el rey batallador, lo mejor era consumirlo lentamente, sin confiar nada al capricho de la fortuna y amenazando todas sus fronteras (10).

Entre tanto no estaba ocioso Enrique IV. Hacíase reconocer sucesivamente en Aix, Bourges, Lyon, Meaux. «Que con lo demás que tiene, escribe Tassis (11), le hace ya rey de Francia poderoso.» Y añadia el duque de Feria (12): No se debe ya pensar en elegir rey, sino en agrupar las fuerzas del partido.

Chartres, con su devocion á la Vírgen, era una especie de capital religiosa: Enrique IV se aprovechó de este renombre, para hacerse consagrar en su catedral (13). Pronunció todos los juramentos de la ceremonia y presidió el capítulo de los caballeros de la Orden. Tenia á su lado al embajador de Venecia, pero no quiso recibir á Don Antonio, el pretendiente de Portugal, y le dió indirectamente el consejo de retirarse á Inglaterra (14).

Dos dias despues de esta consagracion, vió Enrique IV llegar á su lado, en Chartres, á la persona que debia desear más en su corte, la abuela misma de todos los Guisas, la duquesa de Nemours.

Esta nieta de Luis XII sentia ver en Paris una guarnicion española (15) y habia esperado

(1) Atribuido al cardenal Plasencia, S. I, 1594.

(2) *El banquete del conde de Arete en que se trata de la disimulacion del rey de Navarra y de las costumbres de sus partidarios*, Paris, en casa de Guillermo Bichot, calle de Santiago, 1594.

(3) *Paris vendido*, ó discurso de las traiciones, perfidias y deslealtades de los políticos, Paris, 1589.

(4) *Sermones de la fingida conversion de Enrique de Borbon*, Paris, 1594.

(5) Apología de Jean Chastel, parisiense, ejecutado por Francisco de Verona, s. I, 1595.

(6) Ms. Bibl. nac. franc. 3275, fol. 145. Véase tambien la pieza sobre los tres Joyeuse

(7) Ms. Bibl. nac. franc. 3960, fol. 78 repetido.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 14 y 21.

(9) Despachos del embajador veneciano Giovanni Mocenigo, copia de la Bibl. nac. de Paris, filza 23, fol. 3.

(10) *Ibid.* «Che non si dovesse intrare con tutte le forze unitamente insieme, cosi per sola difficoltà di viverci le potriano facilmente consumere... senza remittere cosa alcuna all' arbitrio della fortuna.»

(11) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 36, del 25 febrero 1594.

(12) *Ibid.* p. 41, del 2 de marzo.

(13) *Ibid.* p. 39, del 4 de marzo.

(14) Da estos detalles el embajador Mocenigo, copia de la Bibl. nac. «Refiere que el rey pretextó un dolor de muelas para no recibir á Don Antonio.» Los españoles sabian la presencia del pretendiente portugués en Chartres. Tassis al rey, K. 1590, p. 39.

(15) Lestoile, p. 99.

que su hijo el duque de Mayena hubiera tenido el talento de domar la democracia parisiense y alejar á los españoles; pero cuando reconoció que su hijo habia perdido toda autoridad, cuando vió á su nieto, el duque de Guisa, que corria parejas con Mayena por incapaz y violento, dividir más y más á los franceses; no vaciló ya en sus sentimientos de francesa, y acudió al lado de Enrique IV, el 6 de marzo por la tarde (1). La casa de Guisa declina; el duque de Aumale está en pugna con los españoles, que pretenden ocupar á Beauvais (2); Mayena sabe por las cartas interceptadas que le hace comunicar Enrique IV, que los españoles conocen sus intrigas y piensan internarlo en Madrid (3); sabe que han sorprendido sus despachos al papa, que se ha hecho odioso á los parisienses y sospechoso á todos; de todas partes surgen enemigos al rededor de él; la vieja mariscala de Saint-André, una de las beldades de la corte de Enrique II, viene á pedir justicia por el rapto de su nieta, antiguo crímen de Mayena (4). Este huye de Paris, tendiendo aún las manos hácia Felipe II. «Todavía, le dice, tenemos muy gran necesidad de vuestra asistencia» (5). Y envia otra vez á su yerno Montpezat á Madrid, donde se le mortifica por espacio de ocho meses.—«Se le podia responder agora algun otro desvio para entretenerle, dice un empleado.—Paréceme bien esto; así se le responda» escribe el rey de su mano (6). Por más que Montpezat denuncia á los gobernadores (7) «que han ido á asegurar con Vendosme (8) la fortuna que temian perder con nosotros,» no consigue sino el desprecio de los españoles. Enrique IV se decide á dar el golpe en Paris: aléjase precipitadamente de las enojosas fiestas de Chartres (9), llega á Senlis, entabla negociaciones con los burgueses de Paris para decidirles á sublevarse como los de Lyon y á recobrar su libertad (10). Sale de Senlis á caballo, aunque lloviendo, el 21 de marzo de 1594, y llega por la tarde á Saint Denis. Paris será suyo la noche siguiente.

—Podemos estar seguros de Paris, escribia tres meses ántes Don Diego de Ibarra (11), desde que he hecho expulsar á los coroneles sospechosos de políticos y reemplazar al gobernador Mr. Bellin con Mr. de Brissac, caballero muy católico.

¿Cómo dudar de Brissac? Declara al rey de España que sólo para él ocupa á Poitiers y lo abruma con sus protestas de sumision (12) y sus enviados (13). Ha perdido sus bienes, confiesa á Felipe II, y añade: Siempre he reconocido en V. M. el único poder, despues de Dios, de adelantar una parte del restablecimiento.—Pero si Felipe olvida restablecer la hacienda de Brissac, bien puede buscar otro medio, despues de Dios, para arreglar sus negocios. Una mujer interviene en este momento cerca de Enrique IV.

Juana de Cossé, hermana de este Brissac, estaba casada con uno de los favoritos de Enrique III, Saint Luc: el dia de sus bodas fué uno de los más célebres de aquel reinado, por la extravagancia de las fiestas. Juana, cuyo esposo habia seguido el partido de Enrique IV, hizo comprender á su hermano las ventajas de servir al vencedor: no se limitó á meros consejos, sino que le prometió, en nombre de Enrique IV, el título de mariscal de Francia y un millon y setecientas mil libras en dinero. Los burgueses de Paris costaron ménos: unos, como el preboste Luillier, prometieron su concurso por simple horror al extranjero; otros, como los curas Chavagnac de Saint Sulpice, Renato Benito de Saint Eustache, Moraines de Saint-Merri, estaban indignados de los excesos cometidos por los predicadores de la Liga, de la licencia que se iba introduciendo entre los religiosos, del escándalo que daban, como lo decia el jesuita Commolet (14), las religiosas que por todas partes se paseaban del brazo de los caballeros, haciéndose el amor.

Brissac jugó esta partida con ingenio y serenidad, no habiéndose hecho sospechoso á los españoles hasta el 21 de marzo por la noche, precisamente á la hora en que se acababan los preparativos. Dejó abierta la puerta Nueva (15)

(1) Mocenigo, carta del 7 de marzo. «Madama de Ghisa (creo que debe entenderse de Nemours) arrivo qui hiersera per trattare con S. M. in torno l'accomodamento del figliolo che e come in aperta diffidenza de Mons. Humena.»

(2) *Ibid.* fol. 3, carta del 8 de marzo 1594.

(3) *Ibid.* «Una lettera intercetta con la quale pare che el re di Spagna dice che potendo havere nelle mani, lo prendino e lo mandino in Spagna.»

(4) Mocenigo, fol. 8.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1569, pág. 215, Mayena al infante de España, del 12 noviembre 1593.

(6) *Ibid.* K. 1593, p. 21, 23, 36 y 44.

(7) *Ibid.* p. 44.

(8) Así llamaba todavía á Enrique IV.

(9) El 8 de marzo de 1594. *Diario de un cura liguero*, publicado por E. de Barthelemy, p. 267.

(10) Mocenigo, carta del 8 de marzo. «Fare sollevatione simile a quella di Lione per rendersi nella libertà.»

(11) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 14 y 21.

(12) Véase el capítulo II; y tambien Ms. Arch. nac. K. 1587, página 51. Cartas del 4 y 20 mayo 1593.

(13) Ms. Arch. nac. K. 1597, p. 35. Mision del señor Belesbat.

(14) Lestoile, del 8 noviembre 1593.

(15) La puerta Nueva daba al Sena, entre el Louvre y las Tullerías.

sin prevenir al duque de Feria ni al legado. El duque (1) tuvo aviso de ello á las siete de la noche, por medio de un teniente napolitano que estaba de guardia en su palacio. A su queja, contestó friamente Brissac, que la puerta estaba bien guardada. Pero Don Diego de Ibarra (2) se puso al punto á rondar por las murallas y encargó á oficiales españoles que vigilaran á Brissac y áun le dieran de puñaladas, si aparecian los franceses. La visita de los puestos duró hasta las tres de la madrugada, hora en que se acostaron Ibarra y los suyos. Una hora despues, se presenta Saint-Luc en la puerta Nueva y se levanta la visera: su cuñado, con una antorcha en la mano, le reconoce é introduce en la calle de Santo Tomás del Louvre. Saint-Luc deja en la guardia de la puerta al marqués de Favas con cien arcabuceros, avanza hasta la cruz del Trahoir (3), y envia un destacamento á la puerta de San Honorato (4), donde espera el regidor Neret y á donde llega al mismo tiempo Lhospital-Vitry, que acaba de entrar por la

Salida de la guarnicion española de Paris

(Facsímile de un grabado en cobre, titulado: «Cómo Su Majestad, estando en la puerta de San Dionisio, vió salir de Paris las guarniciones extranjeras que el rey de España tenia allí.»)

puerta de Saint-Denis, abierta por el regidor Langlois. Los valones de la puerta de San Honorato son sorprendidos y pasados á cuchillo; bajan el puente levadizo y entra Enrique IV, sigue la calle de San Honorato, hace ocupar las principales posiciones y se instala en el Louvre. Allí recibe á Brissac, que se presenta algo inquieto (5), le abraza, le ciñe su propia banda y le dice: «Ahora reconozco que sois un buen francés.»

Al amanecer cundió la nueva por la orilla derecha. Los burgueses se ciñen su banda blanca; algunos se refugian en las casas de los realistas; los más comprometidos huyen al campo, y los españoles se atrincheran en sus cuarteles y en el palacio del duque de Feria. Ha entrado el ejército real y fraternizado con los soldados franceses de la guarnicion, y todos aclaman á Enrique IV. Por la mañana va el rey á Nuestra Señora, donde se canta un solemne Te-Deum. El ruido de las campanas viene á sorprender á los habitantes del distrito de la Universidad y otras calles alejadas: despiértanse y se asoman á las ventanas, escuchan á los heraldos de armas que anuncian que el rey está en Nuestra

Las Tullerías estaban extramuros, y su patio de caballerizas caia al foso de la plaza. Las demás puertas estaban en la orilla derecha: la de San Honorato, poco más ó ménos, en el emplazamiento actual del Teatro Francés; la de Montmartre, donde está hoy situada la plaza de las Victorias; las de Saint Denis, Saint Martin, del Temple y Saint Antoine. Venia luégo la Bastilla. Véase el plano de Paris, publicado con la relacion del sitio de 1591 por la *Sociedad de la Historia de Paris*.

(1) Relacion dirigida por el duque de Feria á Felipe II, y titulada la *Pérdida de Paris*, fechada en Laon el 28 de marzo. Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 64.

(2) Relacion dirigida por Ibarra á Felipe II el mismo dia y con el mismo título. Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 60.

(3) Esta cruz estaba, segun creo, en la calle *Croix-des-Petits-Champs*, donde hay actualmente establecido un vinatero con la muestra de la *Croix Blanche*.

(4) Relacion publicada por la *Revista retrospectiva*, 1838, p. 5.

(5) Mocenigo.

Señora, y salen gritando con los heraldos ¡viva el rey! El legado sabe la asombrosa nueva por conducto del gentil-hombre que le envia el mismo Enrique IV, para advertirle que será respetado como representante de Su Santidad (1). La Bastilla, que el duque de Feria hizo guarnecer de cañones quince dias ántes, «para que pudiera tener en freno á Paris» (2), capitula á la primera descarga de diez piezas que el rey manda poner en batería delante de sus fosos (3).

El duque de Feria comprendió que no habia probabilidad alguna de triunfo contra una capital en que se abrazaba el ejército sitiado con el sitiador. «La guarnicion que el duque de Umena tenia, escribe (4), estaba obediente al governador y quizá con voluntad de su amo; la de V. M. con este suceso, rodeada de enemigos de dentro del lugar y de los que entraban de fuera, estuvo en sus quarteles... y viendo como todo estaba perdido, acepté esta condicion y dí mi palabra de que ninguna de la gente de V. M. moveria las armas.» Los alemanes á sueldo de Felipe II habian depuesto ya las suyas (5); Feria é Ibarra estaban separados, y tuvieron que aceptar los ofrecimientos del vencedor, que queria vencerlos en buena guerra (6), esto es, no degollarlos segun el uso. Su salvo-conducto firmado por Enrique IV está redactado en términos bien franceses (7). «Señor Don Diego de Ibarra: habiendo Dios permitido que muchos de mis súbditos hayan vuelto á la obediencia que me deben, como particularmente mi primo el mariscal de Brissac, mi tribunal de Parlamento, el preboste de los mercaderes, regidores, burgueses y habitantes de mi buena ciudad de Paris han hecho, he tenido á bien daros á vos y á las tropas extranjeras que hay en mi dicha ciudad, salvo-conducto y escolta para que os retireis con vuestras banderas, armas y bagajes, al lugar que os parezca, lo que he hecho en la seguridad de que no os hareis indigno de esta gracia con ningun acto de oposicion. Por lo cual ruego á Dios, Sr. Don Diego de Ibarra, que os tenga en su santa guarda.»

A las dos de la tarde todo habia terminado. Los napolitanos desfilaron por la puerta de Saint-Denis, seguidos de los españoles con el duque de Feria, y luégo de los valones con Don Diego de Ibarra. Enrique IV se gozaba en su triunfo. «El príncipe de Bearne, dice el duque de Feria, estaba en una ventana sobre la puerta de San Dionis, por donde salimos, á quien quité el sombrero quando passé y él hizo lo mismo. Estaba vestido de mezcla parda y un sombrero negro con una grande pluma blanca: al pasar las banderas que yban tendidas, no hicieron ninguna cortesía.» Ibarra prohibió tambien á sus alféreces saludar con las banderas al rey de Francia. «Lo más que en este accidente me admiró, dice, fué se diessen dos puertas al enemigo y entrassen dentro con tan gran golpe de gente, sin que hubiera alarma ni alboroto en la villa ni un solo católico armado.»

Por la noche, los soldados extranjeros acampaban á tres leguas de Paris y se retiraron luégo á Laon (8).

«La pérdida de Paris ha empeorado los negocios de manera que temo mucho se ha de llevar tras sí lo más que queda,» añade Ibarra.—«Rosne está decidido á continuar la lucha, escribe Tassis con su buen sentido habitual, cuando se le participan los desórdenes en Bruselas (9). Todo esto está bien, pero queda por ver lo que para ello querrán y cómo se les podrá cumplir.»

El golpe era en efecto tan decisivo que el irascible cardenal Pellevé cayó muerto al oir anunciar debajo de sus ventanas la entrada del rey, y la duquesa de Montpensier, la antigua soberana de Paris, se presentó humildemente en el Louvre á expresar á Enrique IV cuánto sentia que su hermano Mayena no le hubiera bajado el puente.—Así no hubiera yo llegado tan temprano, contestó de buen humor el rey. Pero no perdonó igualmente á Brissac la duquesa.—Tiempo hace, dijo, que lo tenia por cobarde; pero hasta hoy no lo tuve por traidor.

Los hombres como Brissac son necesarios á veces, pero nunca son honrados: un dia en que delante de él le envidiaba un cortesano su suerte de haber dado la ciudad de Paris á su rey—¡Pardiez! exclamó Enrique IV; no se me ha dado, se me ha vendido: lo que no impidió á Villars Brancas hacer con Ruan lo mismo que Brissac con Paris (10), casi inmediatamente, recibiendo tres millones y medio de libras y el título de almirante de Francia. Villeroy que, al

(1) Relacion de Mocenigo.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 41. El 4 de marzo 1594.
(3) Relacion de Mocenigo.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 64.
(5) *Ibid.* p. 60. La *Sociedad de la Historia de Paris* podria publicar estas relaciones de Feria y de Ibarra, muy pintorescas ciertamente.
(6) Mocenigo.
(7) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 43. Creo que Ibarra recibió la misma pieza original.
(8) Relacion de Feria. «Llegamos aquella noche á un lugar, tres leguas de Paris, que se llama Blacmenin.»
(9) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 39, del 30 de marzo 1594.
(10) *Ibid.* p. 69. Tassis al rey, 15 abril 1594.

decir de un buen juez, era el hombre más hábil de su siglo (1), habia precedido á Brissac entregando á Pontoise por recobrar su empleo de secretario de Estado.

Entre Laon, Beauvais y la Fere se refugiaban todos los agentes españoles con sus partidarios: la consternacion era grande entre ellos. —El conde de Mansfeld no hará nada este verano, decia Ibarra (2); no se paga á su ejército.—La Normandía está perdida, escribia á Don Martin de Gurpide, que habia sido expulsado de Ruan (3). «El estado de las cosas en Bretaña es no bueno, y se puede temer peor, si no se pone remedio» (4), hacia anunciar á Felipe II Don Mendo de Ledesma. «Pensar tratar de realdad ó de recompensa della seria cevarse de ayre y de viento; vamos muy de cayda,» hacia observar Tassis (5).

Pero el más desalentado de todos era el duque de Feria. Sabia los implacables rencores de su amo: sus descalabros ante los Estados, su sorpresa en medio de Paris, su capitulacion, todo lo humillaba. Fuera de esto, habia tenido, durante esta crísis, la dolorosa noticia de que su mujer habia muerto en Madrid (6). Don Juan de Idiaquez y el duque del Infantado encargaron á Ibarra le diera con precaucion tan triste nueva; pero «estando con el duque, contesta Ibarra, y ántes de cortar los hilos, abrió él una carta del conde de Chinchon en que se lo escribia; de manera que yo no tuve lugar de hacer lo que V. S. y el duque del Infantado me mandaban, sino ayudalle á llorar su travajo como quien tan abiertas tiene las llagas.» Felipe II era más clemente con los generales desgraciados que con los vencedores. Ya habia cubierto con su indulgencia al duque de Medina Sidonia, despues del desastre de la armada invencible; no al desacierto de los jefes atribuia él los reveses, sino á la justicia de Dios, que le probaba por su bien ó le castigaba por sus pecados. Distinguia tambien con amistoso afecto á la madre del duque de Feria, la vieja inglesa que le recordaba su segunda mujer y su juventud, y que era casi lo único de su vida pasada que sobrevivia á su lado. Esta enérgica mujer ejercia gran influencia sobre su hijo, que le escribia con frecuencia desde Paris, y ella decidió al rey á dirigir al duque de Feria una carta de pésame por la muerte de la jóven duquesa (7).

(1) Cardenal de Retz, *Memorias*, t. I, p. 348.
(2) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 60.
(3) *Ibid.* p. 74.
(4) *Ibid.* K. 1591, p. 37. Mision del capitan Oracio Minuci.
(5) *Ibid.* K. 1590, p. 71.
(6) Era hija del duque de Alba; se casó en 1581 y aportó en dote cien mil ducados. Véanse *Cartas de Madrid*, 30 octubre 1581.

VI.—La almoneda de los ligueros

Los franceses son inclinados de suyo á todo nuevo régimen: el ejemplo puede más en ellos que el interés; no hay en este momento ciudad en Francia que no quiera imitar á Paris (8). Pero los gobernadores prefieren á Brissac á los regidores de Paris y tienden á Enrique IV las manos que Felipe II no les llena ya de doblones: menester fueron novecientas mil libras para La Chastre, seiscientas setenta mil para Boisdauphin, cerca de nueve millones para los Guisas y Lorenas (9); de suerte que Sully se lamentaba de ver desperdiciar así el dinero entre los peores enemigos; cuando Bongars exclamaba: se pierde más que se gana en comprarlos, pues nos despojan aun en nuestra desnudez y hay que darles hasta nuestra sangre.—Amigo mio, contestaba Enrique IV, sois muy necio en este punto: si hubiéramos de tomarlos á la fuerza, nos costarian diez veces más.

Felipe II tenia más que ofrecer: viendo que Francia se le escapaba de las manos, queria recortar los harapos, y con un giro inesperado, se agarraba á la ley sálica y pedia para su hija las provincias que dependian del derecho franco, entregando las demás á los jefes dispuestos á ayudarle. Para él los países recien adquiridos, Bretaña, Provenza, Borgoña (10); el Languedoc para Joyeuse, que escribe de Tolosa (11): He inutilizado á los que podian oponerse á nuestras intenciones.—Epernon, que pasaba por neutral entre los partidos, comienza á creer que podria arreglar para sí una soberanía en el Lemosin y la Guyena: tiene la delicadeza de no comunicarse directamente con Felipe II, pero trasmite sus proposiciones de alianza al archiduque Ernesto, el cual las hace conocer en Madrid por medio del capitan Serrano (12).

Mas tiene por rivales en Guyena á Villars-Savoie, que se traslada á Madrid, donde se da tono de personaje, á fin de sacar de la con-

(7) El duque de Feria fué enviado otra vez á Paris en 1610 á cumplimentar á Luis XIII por su advenimiento (K. 1593, pág. 59) y continuar las negociaciones de su matrimonio con una hija de Felipe III. Este matrimonio habia sido ya propuesto por el jesuita Cotton. (*Ibid.* p. 60). V. Perrens, los *Matrimonios españoles*.
(8) Mocenigo, 17 abril 1594. «Essendo questa natione portata per natura dalle cose nuove e dall' esempio d' altri con quali ha interesso di comodità. Non è città in Franza che con l' esempio dell'altre rendute al Re non habbia procurato ogni possibile per fare il medesimo.»
(9) Sully, cap. CLI.
(10) Ms. Arch. nac. K. 1594, p. 1, 4 y 9.
(11) *Ibid.* K. 1596, p. 60, abril 1595.
(12) *Ibid.* p. 10, diciembre 1594.

fusion general un reinezuelo de Burdeos (1). Y Lanssac y el obispo de Comminges, su hermano (2), que intrigan con los empleados, se ponen bajo la proteccion de Fray Mateo de Aguirre (3), proponen introducir en la Gironda las galeras españolas y suministran planos de Burdeos, haciendo al mismo tiempo traicion á Felipe II con cartas secretas dirigidas á Montmorency, para volver por su mediacion á la gracia de Enrique IV (4).

Cuanto más dinero distribuye el rey de Francia, tanto más obligado se halla Felipe á suministrarlo, y las liberalidades de España obligan igualmente á Enrique IV á exagerar sus sacrificios pecuniarios. Todos se ponen en subasta: Daillon en Poitou y Nemours en el Forez alzan la voz y acriminan á Rosne y á Mayena (5). Felipe comienza á sospechar que sus partidarios toman el dinero á dos manos: desconfia, sobre todo, del duque de Mercœur, que se compromete á mantener la Bretaña á su devocion, mediante la asignacion de cuarenta mil escudos de oro mensuales (6), porque un tal Ives de Cormilla de Coedon le advirtió que Mercœur engañaba á los españoles y queria conservar para sí la soberanía del país (7).

Con todo eso, á Bretaña dirige Felipe II sus esfuerzos. En 1593 tenia cuatro mil españoles en Blavet, Auray y Pontivy (8): les envió el año siguiente (9) una escuadra cargada de plomo, pólvora y galleta, lo que era bastante para obligar á Mercœur á dirigirle las más humildes protestas de adhesion (10); pero muy poco para asegurar una conquista. El capitan Diego Brochero resume con sagacidad la situacion (11). «Todo lo que se pretenda desta provincia es perder tiempo, gente, dineros y reputacion, porque quando tubiésemos toda la Bretaña conquistada, seria imposible sustentarla, mayormente con los maltratamientos que de nosotros ha rescivido.»

Enrique IV no tenia necesidad de dividir así sus esfuerzos; agarrábase sólidamente al valle del Sena y lo iba desembarazando más y más cada dia; pero sí necesitaba todo su prestigio militar para tener á raya á los protestantes, indignados de su abjuracion. Habia tenido la feliz inspiracion de reunirlos por medio de su hermana Catalina de Borbon, que habia dejado su castillo de Pau y sus lindas bearnesas y venido á su lado al Louvre, donde estaba rodeada de una corte de protestantes con las damas de Rosny, Rohan, Nevers y Montmorency. Pero las mujeres no comprenden las condescendencias en materias religiosas: Catalina de Borbon, á pesar del cariño que profesaba á su hermano, estaba inclinada á apartar á los católicos.—«Señor, decia, quieren que yo crea que está condenada nuestra madre (12).»

Enrique IV, por su parte, estaba resentido de que no lo hubieran seguido en su conversion sus principales amigos: los jefes de oposicion, cuando llegan al poder, tienen esta intolerancia con sus antiguos compañeros de combate; quisieran ellos que á la hora en que el espíritu de gobierno se hace necesario, olvidaran todos el espíritu de lucha. Además, perseverar en la Reforma, era vituperar tácitamente al rey, casi acusarlo de haber abjurado por interés, reprocharle su falta de conciencia. No era sólo la conciencia lo que se indignaba en los bravos caballeros de Enrique IV; acaso una especie de celos, excusable en cierto modo, se despertaba en ellos, viendo arrojar tantos escudos y tantos collares de órdenes y todos los cargos y empleos de corte á los enemigos, á quienes combatian de tanto tiempo atrás, vendiendo sus bienes y derramando su sangre: los vencedores, arruinados, se veian obligados á contribuir todavía al honor y riqueza de los vencidos. La clemencia apénas hubiera sido tolerada, la generosidad hubiera parecido inhábil, la prodigalidad causaba indignacion. «He visto, dice Mornay (13), hombre de estos que han atentado contra la vida, el honor y el Estado del rey en su propio lecho.» Todos los rigores son para los compañeros pesarosos, los teólogos adustos, los gascones batalladores.

Se necesitaba una nueva accion ruidosa para reprimir esta especie de motin de amigos y reunir á los enojados. Enrique IV cayó sobre Laon, donde los españoles se creian invulnerables. Mansfeld envió en socorro de la plaza un convoy de víveres y pólvora, escoltado por quinientos de sus mejores jinetes. Los españoles se pusieron en los morriones plumas amarillas para reconocerse de noche y se dirigieron

(1) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 113, setiembre 1594.
(2) *Ibid.* K. 1584, p. 53.
(3) *Ibid.* p. 70.
(4) *Ibid.* p. 108.
(5) *Ibid.* K. 1584, p. 100 á 107 y 133 á 145.
(6) *Ibid.* K. 1596, p. 86.
(7) *Ibid.* K. 1594, p. 20.
(8) *Ibid.* K. 1580, p. 131 á 138.
(9) *Ibid.* K. 1591, p. 159.
(10) *Ibid.* K. 1569, p. 216, Mercœur al infante de España, Nantes, 22 de julio 1595.
(11) *Ibid.* K. 1587, p. 140.
(12) La condesa D'Armaillé, *Catalina de Borbon*, p. 185 y 300.
(13) Mad. de Mornay, *Memorias*, publicadas por Mad. de Witt, tom. I, p. 378.

á la tienda de Enrique IV. Pero los hugonotes de la corneta blanca no dejaban sorprender á su antiguo camarada: muy luégo montaron á caballo y cargaron contra los de las plumas amarillas. Con esto, se despertó el campo real, y los españoles que no huyeron, mordieron el polvo, dejando el convoy en manos de los sitiadores (1). Laon capituló (2), y Felipe II, despues de tantos esfuerzos, quedó reducido á la plaza de la Fere en el Norte de Francia.

VII.—Negociaciones en la curia romana

Una fraccion notable del clero de Francia se habia adherido á Enrique IV sin esperar su conversion (3). En la curia romana, los cardenales italianos deseaban, como la mayor parte de sus compatriotas, el triunfo del enemigo de Felipe II, bien que no se atrevieran á pronunciarse francamente en favor de un hereje. El papa comprendia el peligro que hubiera hecho correr á su autoridad la preponderancia del rey de España. Enrique IV envió oportunamente dos embajadas al Padre Santo para obtener su neutralidad; una de ellas era puramente política: la componian el mariscal de Bouillon, el secretario de Estado Revol, y Saint-Gouard, que por su larga residencia en Madrid, conocia las ideas religiosas de Felipe II. El cardenal de Gondi, que partió al mismo tiempo, no recibió instrucciones directas de Enrique IV, pero se puso de acuerdo con los tres diplomáticos en Nogent, donde los encontró (4). Las dos embajadas presentaban al Padre Santo una nota (5) firmada por el cardenal de Borbon, el duque de Nevers, el canciller de Chiverny, Cárlos de Montmorency y Francisco de O, en nombre de los «príncipes de la sangre y otros príncipes, duques, pares, cancilleres, mariscales de Francia, gobernadores de provincia, caballeros, eclesiásticos y todos los demás que pertenecian al partido real,» para obtener la absolucion del rey.

Las negociaciones no podian llegar á feliz término en tanto que Enrique IV permaneciera en la herejía, como hacian constar con despecho los cardenales italianos. Así, pues, á la nueva de su abjuracion «toda Italia salta de plazer y en Roma todo se trueca en nuestro favor» (6). Sino que, pasado este primer movimiento de entusiasmo, juzgó el papa Clemente VIII que la absolucion debió ser concedida por él solo y que la ceremonia de Saint-Denis se habia hecho en desprecio ó menoscabo de sus derechos. Que esta susceptibilidad se fundase en los principios de la jurisdiccion eclesiástica, lo impugnó una Memoria de Pithou exponiendo «la justa y canónica absolucion del rey» por los prelados franceses (7); mas no por eso se dejaba de estar en la necesidad de satisfacer á esta nueva queja de Roma y de confesarse en actitud de sufrir una segunda absolucion. Los agentes de Enrique IV se sucedian allende los montes. Un prelado, á quien la viuda de Enrique III ocupaba en Roma gestionando la gracia y vénia para celebrar las exequias de su marido, tomó á pecho los intereses de Francia y comprendió que era infalible el éxito. Este prelado, d'Ossat, obispo de Rennes, era ciertamente el hombre más notable del clero francés: tenia levantado espíritu, grandes miras políticas, estilo firme (8). Él fué quien aconsejó al rey que no exagerara las concesiones.—¿Qué arriesgais? le decia (9): estais en posesion; veremos quién puede esperar mejor, si los que están en el fuerte, al abrigo del calor de la lumbre, ó los que están fuera temblando bajo el granizo.

Clemente VIII sentia que estaba en conciencia obligado á aceptar el restablecimiento oficial del catolicismo en Francia. Pero sabia tambien que, irritando á Felipe II, se arriesgaba á provocar un cisma en España y una conflagracion en toda Italia. No es que diera gran importancia al cardenal Deza, el antiguo verdugo de los moriscos de Granada, que le daba á conocer los deseos de Felipe II (10). Pero el duque de Sesa, embajador español (11), «viendo al papa inclinado á admitir la conversion del rey, le declaró que su amo llevaria el hambre á Roma no permitiendo que se importaran granos de Sicilia, Nápoles ni otras tierras suyas. Y al con-

(1) Mocenigo, fol. 49, Carta del 29 junio 1594 «Et in cima del morione le piume gialle per conoscersi fra essi, si avvicinarono fino all' allogiamento del Re, e lo havevano messo in non poco disordine, se il solito ardire delli suoi soldati non si fossero valerosamente opposti: il combattere fu dall' una e l' altra parte per molto tempo dubioso e incerto, ma in fine datosi all' armi tutto il campo convenero li spagnuoli ritirarsi et lasciare le vetovaglie per preda all' esercito del Re.»

(2) El 22 de julio de 1594.

(3) Como los cardenales de Gondi, de Borbon y de Lenoncour; el arzobispo de Bourges, R. de Beaune, Bec, obispo de Nantes; Thou, de Chartres; Fumée de Beauvais; Sourdis, de Maillesais; Angennes, de Mans; Clausse, de Chalons; Daillon, de Bayeux.

(4) Ms. Arch. nac. K. 1582, p. 9. Nota inglesa á Isabel, interceptada por los españoles.

(5) *Ibid.* p. 55 y 56. Octubre 1592, y Ms. Bibl. nac. 3960, fol. 72.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1589, p. 64. Traduccion española de la carta de Saint-Gouard, del 29 agosto 1593, interceptada por los agentes de Felipe II.

(7) En Paris, imprenta de Claudio Montreuil y Juan Richer, 1595.

(8) *Correspondencia del cardenal d'Ossat*, publicada por Amelot de la Houssaye, Paris, 1725. El registro de esta correspondencia está en los negocios extranjeros.

(9) *Ibid.* t. I, p. 378.

(10) Ms. Arch. nac. K. 1594, p. 9.

(11) *Memorias de Nevers*, t. II, p. 716.

trario, reconvenia á Su Santidad diciéndole que ántes bien debia dejar que se arruinara Francia; porque entónces el clero no tendria fuerza para discutir sus privilegios, como lo habia hecho, de manera que la autoridad del clero, del Parlamento, de la Sorbona, se convertirian en humo con los privilegios y libertades de la iglesia galicana.»

El papa creyó que los turcos amenazaban á Viena y envió á Madrid á su sobrino Gian-Francesco Aldobrandini, con el pretexto de implorar socorro de Felipe II contra los infieles (1); pero en realidad con el objeto de saber del rey de España en qué condiciones querria hacer las paces con Francia para hacer que las otorgara Enrique IV ántes de darle la absolucion (2).

El sobrino nuncio hubo de consternarse á la vista de la decrepitud del rey y de la desolacion de España: las señales de la decadencia, de la impotencia, de la ruina, eran tan palpables, que por esta parte podia la Iglesia estar tranquila: el hombre que la dominaba de tanto tiempo atrás, no era ya de temer. El sentimiento de los españoles lealmente católicos estaba, al mismo tiempo, representado cerca del papa por un jesuita español, que era un erudito y un santo, el cardenal Tolet. Este verdadero cristiano despreció los caprichos de su rey para no atender más que á los intereses de la fe, é hizo ver al papa la necesidad de volver á abrir la Iglesia de Francia. Se asegura que otro personaje tuvo tambien alguna influencia: era éste un doctor francés, Serafin Olivier, auditor de la Rota y bufon de la corte pontificia.—Se dirá, decia, que Clemente VII perdió á Inglaterra con su vivacidad y Clemente VIII á Francia con su temeridad.—Y áun cuando fuera el mismo diablo, dijo otra vez, no podriais impedir que se convirtiera.

Clemente VIII se decidió, en fin, á prometer la absolucion y arregló las varias condiciones de la penitencia.

La penitencia tenia tres puntos. Enrique IV se comprometia, en primer lugar, á cumplir ciertas ceremonias religiosas él y sus sucesores (3); en segundo lugar introducia en Francia la observancia de los cánones del Concilio de Trento (4); en fin, se sometia á la pena de azotes; mas para esta formalidad fué desde luégo autorizado para dar procuracion á Ossat, obispo de Rennes, y á Perron, obispo de Evreux.

El dia 17 de setiembre de 1595, ante el Padre Santo que estaba sentado en un trono cubierto de riquísimo paño (5) y rodeado de cardenales, auditores de la Rota, capellanes de cámara, familiares secretos, y los embajadores de Venecia, Saboya y Ferrara, se adelantaron por en medio de una hilera de veinticuatro penitenciarios armados con sendas varas, los dos prelados franceses. Postráronse á los piés del Padre Santo, y se les dió lectura de la confesion del rey de Francia, que reconocia sus apostasías y su pecado de haber recibido una absolucion ilusoria en Saint-Denis; luégo se les hizo renovar la confesion de estas culpas, renegar de la absolucion ilusoria é implorar la única verdadera absolucion, que es la del papa. Al mismo tiempo declaraban en nombre de Enrique IV, y como mandatarios suyos, que se entregaban á la Inquisicion, se ofrecian á la penitencia y se aprestaban á aceptar las condiciones que les fueran impuestas. Entónces uno de los penitenciarios entregó una vara al maestro de ceremonias, quien la pasó á su vez al cardenal Montalto. El cardenal llevó la vara al papa, quien la tomó, y miéntras los cantores entonaban el *Miserere*, los dos prelados franceses fueron azotados por el papa á cada versículo (6).

Clemente VIII quedó tan satisfecho de este acto, que perpetuó su recuerdo con una cruz, que existia aún en 1875 en medio de una calle, y que el municipio de Roma hizo depositar en la iglesia de San Luis de los franceses á instancia de nuestro embajador Mr. de Corcelles. Entre los españoles, causó el acto grandísimo alborozo y sus historiadores no omiten ningun detalle de esta grotesca humillacion de su enemigo.

(1) Herrera, t. III, p. 506.

(2) Ossat á Villeroy, t. I, p. 294, mayo, 1594.

(3) Los reyes de Francia venian obligados desde aquella época á rezar el rosario todos los dias, las letanías los miércoles, la corona los sábados, y á oir misa todos los dias (Art. XI del tratado).

(4) Esta concesion fué anulada por los parlamentos, no siendo ejecutada sino en 1615.

(5) Véanse las piezas del tratado y las Memorias oficiales en las *Embajadas y negociaciones del Ilmo. cardenal Perron*, Paris, Besogne. 1633, t. I, p. 288 y 322. Los hechos están exactamente indicados por Aubigné, t. III, p. 431; Anquetil, t. III, p. 327; y sobre todo con gran lujo de detalles por Herrera, t. III, p. 509.

(6) «Procumbentibus humi eisdem Dominis Jacobo et Arnaldo procuratoribus ante pedes Suæ Sanctitatis in plano solii Pontificalis, illustrissimus et reverendissimus D. Alexander cardinalis Montaltus exhibuit in manibus ejusdem nostri Papa virgam quam Paulus magister ceremoniarum ab uno ex supradictis Pœnitentiariis habitam porrexerat et dum cantores cantabant psalmum *Miserere*, D. N. Papa in singulo versiculo dicti psalmi verberabat et percutiebat humeros prædictorum et cujuslibet ipsorum cum virga prædicta quam pro manibus habebat.»

CAPÍTULO VI

GUERRA ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA

1595-1597

COMBATE DE LA FONTANA FRANCESA. — SITIO DE LA FERE. — SITIO DE AMIENS

I.—Combate de la Fontana Francesa

Desde la campaña de Normandía, se consolidaba cada año más el poder de Enrique IV: en 1592 habia rechazado de Francia el último ejército de Farnesio; en 1593 habia obligado á la Liga á aceptar la tregua y reunido á los católicos con su abjuracion; en 1594 habia ganado á Paris y los valles del Sena y del Loira. Ahora es, verdaderamente, rey de Francia. Puede ya dejar la ficcion que simula una paz aparente con España, miéntras se desgarran los dos pueblos en lucha encarnizada; no sigue la política de Catalina de Médicis, que enviaba cariñosas cartas á Felipe II, miéntras procuraba herirlo en Francia, en Flandes y las Azores; prefiere declararle francamente la guerra, como lo hizo el 16 de enero de 1595.

Este acto oficial le saca de una falsa situacion y obliga á todos los gobernadores á someterse á su autoridad ó á declararse españoles: desde ahora, no hay ya partido ni pretexto entre Enrique IV y Felipe II.

El año 1595 va á consagrarse á defender el país contra dos ejércitos españoles, y los triunfos de 1596 permitirán creer que se ha acabado la lucha; pero el accidente de Amiens obligará á Enrique IV á entrar de nuevo en campaña y sólo entónces se pensará en la paz.

Mucho tiempo hacia que Francia no tenia aliados. Isabel, es verdad, preparaba una diversion en España; pero este ejército que debia arruinar y abatir á Felipe II, no pudo ejercer una influencia inmediata en la suerte de la campaña de Francia. Los alemanes despedian á los enviados franceses sin concederles nada (1); el calvinista Ancel, que se agitaba mucho entre los luteranos alemanes, se mostraba inferior á los demás diplomáticos franceses de la época (2). Venecia (3) y Toscana temian demasiado la vecindad de los regimientos de Felipe II en Italia, para enviar otra cosa que embajadores y dinero, prestado á crecido interés.

El duque de Lorena tampoco hubiera querido comprometerse. Su hija, la duquesa de Toscana (4), habia negociado su reconciliacion con Francia (5), y habiendo embolsado muy buenos escudos de Enrique IV, pretendia el de Lorena permanecer neutral en medio de las hostilidades, pero no pudo tener á raya la impaciencia de sus caballeros, quienes creian que su honor no estaba satisfecho, miéntras no se distinguieran al lado de la bandera blanca. Un puesto en los legendarios escuadrones de Enrique IV, era la verdadera gloria. El duque no se atrevió á negarles esta gracia, y luégo que le fué arrancado el permiso, los caballeros loreneses, á las órdenes de Tremblecour y de Haussonville, acudieron á Francia. El duque de Lorena, tímido y envidioso, se vengará en Tremblecour.

El refuerzo de las espadas que abandonaban á los degenerados Guisas para adherirse al rey de los bravos, era precioso en tales momentos, porque Mayena introducia en Borgoña un ejército español y reanudaba sus lazos con los ligueros para entregar la plaza de Lyon á Felipe II (6).

Sin renunciar á un nuevo ataque por el Norte, Felipe II habia reunido las guarniciones de Italia y de Sicilia en un fuerte ejército que mandaba el gobernador del Milanesado, Don

(1) Mision de Felipe de Fresnes, señor de Canaye.

(2) Mision de Ancel. Véase tambien Mothley, t. III, p. 411 y 417; Thou, l. CXVIII, y Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 122.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 115.

(4) Cristina, hija de Cárlos III y de Claudia de Francia, nació en 1565, se casó en 1583 y murió en 1637.

(5) La Hougerye, *Memorias*, t. III, p. 363.

(6) Herrera, t. III, p. 489.

Juan Hernandez de Velasco, duque de Frias y condestable de Castilla. Habíale agregado como guías á Mayena, á Fray Mateo de Aguirre y á Don Bernardino de Mendoza, el infatigable ciego del sitio de Paris (1).

Pero miéntras se organizaban estas tropas en Besançon para marchar sobre Lyon, vino Tremblecour á desafiarlas audazmente, tomando á Vesoul, á su vista. Esta temeridad era necesaria: Enrique IV no tenia ya ejército y algunos dias de respiro le daban tiempo para acudir con su caballería.

El prudente duque de Frias creyó necesario recobrar á Vesoul: fué molestado en su marcha por Haussonville y perdió un tiempo precioso bajo los muros de Vesoul; pero encerró en la ciudadela á los loreneses de Tremblecour, los cuales, despues de tres dias sin una gota de agua, tuvieron que capitular. Sin embargo, la invasion se habia retardado (2) y contenido el arranque. Enrique IV acudia ya de Troyes con algunos centenares de caballos.

Anunció su llegada con un golpe que hubo de paralizar al duque de Frias. Oimos, escribe á Felipe II el secretario del duque de Mayena (3), oimos muchos cañonazos hácia la parte de Dijon, que hacian sospechar que la ciudad se habia sublevado. A cosa de media noche llegó un hombre enviado por el vizconde de Tavanes, que aseguró que era verdad y que se habia hecho entrar en ella al mariscal de Biron con tal confusion y precipitacion, que los habitantes no habian tenido lugar de asegurar sus vidas y haciendas con una capitulacion, y que se habia visto obligado á retirarse á Talan, fortaleza distante de allí un tiro de cañon.

Entre Dijon, que estaba insuficientemente ocupada, Tavanes que ocupaba á Talan, y el ejército español, que se concentraba en Gray, Enrique IV estaba muy comprometido, con sus quinientos ó seiscientos caballos. Recordó, empero, el combate de Aumale y resolvió dar la bienvenida á los loreneses renovando aquella proeza. Acercóse al duque de Frias para *divertir al ejército* (4), llevando ciento sesenta caballos; Haussonville se le incorporó con un centenar, y Biron quedó con trescientos en Dijon.

(1) La presencia de estos últimos no es conocida, segun creo, más que por la relacion de Pelissier á Felipe II, relacion que al parecer no ha sido consultada por muchas personas. Ms. Arch. nac. K. 1598, páginas 86 y 88.

(2) Bougar á Camerario, p. 364. «Nos Aussonvillæ et Temblecurtio plurimum debere qui molem illam veluti disrupuerint.»

(3) Ms. Arch. nac. K. 1598, p. 88 y 86, marzo 1596, Mayena á Felipe II, extensa relacion sobre los acontecimientos, hecha por Pelissier.

(4) Aubigné, t. III, p. 352.

La vanguardia de los franceses estaba dirigida por el marqués de Mirebeau que se hallaba en los dominios de su padre, y alojó al rey en Fontana-Francesa, tambien de su padre (5). El duque de Frias que avanzaba hácia Dijon, se detuvo ante aquellos jinetes y formó su ejército en batalla. Mayena instaba para que se continuara la marcha sobre Dijon, «pero no fué esta la opinion del condestable de Castilla ni la del mariscal de campo Olivares.» Los tres ignoraban la presencia de Enrique IV «porque á saberlo, con hacer marchar toda la caballería del ejército, no podia ménos de caer muerto ó prisionero» (6). Salieron contra el marqués de Mirebeau cuatrocientos jinetes italianos; pero fueron rechazados por Haussonville. Llamando luégo el rey á sus caballeros por sus propios nombres, cargó á la infantería española y vino á desembarazar á Haussonville, y la Tremouille, con los últimos jinetes, trajo oportuno socorro al rey. Durante estas cargas sucesivas, pasaba el tiempo y los españoles se admiraban de la tenacidad de aquellos jinetes á quienes creian sostenidos por un ejército. Muy luégo llega Biron de Dijon con algunos hombres de armas, y ataca á su vez; pero cae herido. «Con esto el señor condestable de Castilla resolvió replegar su ejército sin pasar más adelante.»—Pasad á lo ménos la noche sobre el campo de batalla, decia Mayena. Siquiera para salvar la reputacion del ejército, permaneced mañana en el mismo sitio.

¡Prodigioso poder el de la audacia! Como en Aumale, detiénese el ejército, retrocede y desaparece ante un puñado de caballos; y el dia siguiente, Enrique IV volvió y se paseó por el sitio del combate; de suerte que si el ejército hubiera salido este otro dia para Dijon, se hubiera visto en el mismo peligro que el dia precedente (7). Así Haussonville y los loreneses tuvieron la fiesta que habian solicitado, habiendo podido caracolear bajo el fuego de un ejército al lado de la Tremouille y de Biron y dejarse llevar del ímpetu francés.

Con semejantes aventuras, no ya sólo hacia creer Enrique IV que tenia ejército, sino que lo creaba en efecto. ¿Qué soldado habria rehusado servir á las órdenes de tal caudillo? El mismo Tavanes, el teniente de Mayena en Borgoña, testigo en su castillo de Talan de este combate de la Fontana Francesa, no pudo

(5) Relacion de Mayena. Llama al lugar *Fontaine-Chateau*.

(6) *Ibid.*

(7) Relacion de Mayena.

resistir más á la seduccion, y olvidando á Mayena y la Liga, se echó en brazos del héroe á quien habia visto aspirar, *á cara descubierta,*

Des bataillons croisés la poudre et la fumée (1).

El duque de Lorena fué insensible al honor de esta jornada, que salvaba á la Borgoña, y llamando á sus caballeros, resolvió hacer expiar su gloria á uno de ellos. Una noche mandó cercar el convento de religiosas de Remiremont, donde estaba Tremblecour con una parienta suya: los arqueros amenazaron con pegar fuego á la casa, si no salia el caballero. Salió, pues, y supo que estaba condenado á morir en el acto. Rogó que se le diese siquiera un confesor, y luégo de súbito derribó á los que le detenian y saltando por encima de un seto, se arrojó al Mosela; pero miéntras pasaba á nado el rio, los arcabuceros del duque tuvieron sobrado tiempo para disparar sobre él y lo mataron á tiros (2).

Pero en el Norte los soldados de Felipe II eran conducidos por el mariscal de Rosne y el conde de Fuentes, y el éxito de la guerra se volvió contra Enrique IV.

Fuentes, ya viejo (3) cuando por muerte del archiduque Ernesto fué investido del gobierno de los Países Bajos, era sobrino y discípulo del duque de Alba. Conservaba aún todo su vigor y era de alta y recta estatura y rostro marcial. En punto á disciplina, se mostraba severo y orgulloso; era aficionado al fausto, y sabía como el duque de Alba tener á raya á los temerarios y no confiar nada á la casualidad. En cuanto su vigorosa mano hizo sentir el mando, se calmaron las sediciones militares, se halló dispuesto en la frontera un ejército de veteranos y los fondos de las pagas atrasadas fueron adelantados por los banqueros.

Miéntras Enrique IV estaba retenido en Borgoña, Fuentes y Rosne avanzaron por Picardía en la primavera de 1595, y embistieron á Doullens con un ejército de siete á ocho mil veteranos.

Turena que mandaba en la frontera, llamó á sí á Villars-Brancas, el nuevo almirante, á Belin el antiguo gobernador de Paris, á todos los gobernadores de las ciudades de Normandía, con la caballería de las guarniciones, y avanzó á marchas forzadas al frente de unos dos mil hombres de á pié y mil quinientos de á caballo (4).

Los capitanes españoles fueron todos de parecer que se levantara el sitio: Fuentes prefirió el consejo de La Motte y esperó en sus líneas al ejército francés. Aquella misma noche mataron á La Motte al emplazar una batería. Muy luégo apareció la caballería de Turena asaz fatigada por su larga marcha; pero Turena y Villars que creian que los españoles eran poco numerosos, que les veian retirarse á sus trincheras y cubrirse con sus carros, no vacilaron «con orgullo francés» (5) en cargar á galope al enemigo. Dejan atrás la infantería,

(1) El polvo y el humo de los batallones cruzados. D'Aubigné. Sobre el papel de Juan de Tavanes en Dijon, véase el notable libro de M. Pingaud, *Les Saulx-Tavanes*, p. 159 á 168.

(2) Correspondencia de Bongars, p. 37 y 436.

(3) Don Pedro Enriquez de Acevedo, conde de Fuentes, nació en 1526 y murió en 1610. Fué su madre Doña Catalina de Toledo y Pimentel, hija de Don García, hermano mayor del duque de Alba, y de Doña Beatriz de Pimentel. (Pedro de Rojas. Bibl. nac. Oa 57, p. 38 y 122). Casó con Doña Juana de Acevedo y no tuvo hijos. Sábese la fecha de su muerte por la carta de un P. Jesuita, publicada en el Memorial histórico español, tom. XVII. Murió en 1610, á la edad de unos 85 años. Tomo por fecha probable de su nacimiento el año de 1526, porque se sabe que fué el más brillante caballero en las cañas y sortijas del casamiento de la infanta Doña Catalina en 1585, debiendo de tener á la sazon sesenta años por lo ménos. En su campaña de Francia, en 1595, era «muy entrado en años, pero los llevaba con vigor, de alta estatura, con rostro militar, hasta rígido, más bien cauto que osado, con igual altivez y fastuosidad.» (*Libros de antaño*, tomo VI, Prólogo, p. 19, segun el Diario del Cardenal Bentivoglio.) Estos pormenores son importantes, porque la vida de Fuentes se ha confundido en la *Biographie Michaud* con la de Pablo Bernard de Fontaine, que era soldado raso en 1593, gobernador de Brouges en 1631, del Franco Condado en 1634, que fué hecho conde por Felipe IV y promovido, á la muerte del cardenal archiduque, á uno de los gobiernos de Flandes en 1641. Este, y no Fuentes, muerto ya hacia treinta y tres años, fué el que murió en Rocroy en 1643. Este curioso error se ha reproducido en la *Biographie Didot*, en el *Dictionnaire de la conversation*, en la *Encyclopédie de gens du monde*, en los *Diccionarios de Bouillet, Larousse, Dezobry* y *Bachelet* y otros, retrasando treinta y cinco años el nacimiento de Fuentes para hacer verosímil su muerte en 1643. La misma confusion se observa entre los alemanes en *Conversations-Lexicon* y en *Allgemeine-Encyclopadie;* y áun entre los mismos españoles, en la *Historia de España* de Lafuente. En cuanto á la *English-Cyclopædia*, aquí se omite el nombre. Don Pascual de Gayangos, que ha rectificado este error, comete otro no ménos extraño, como quiera que en el *Memorial histórico* español, tom. XVII, p. 9, refiere el nacimiento de Fuentes á 1515, lo que le habria dado 95 años de edad, y no 85 escasos, á la época de su muerte. Se tienen cartas de Fuentes (fonds. franc. 3983) y un epigrama sobre su entrada en Nancy (n.° 3960, fol. 74) «*Quand ce brave Espagnol que tant on vante icy...*» Fué capitan general de la caballería ligera de Milan, y despues, de Portugal (Herrera, t. III, p. 137). Enemigo de Santa Cruz, tom. III, p. 308. Su defensa de Portugal contra los ingleses, p. 358. Mision á los Países Bajos, t. IV, p. 178. Batalla de Doullens, p. 247. Toma de Cambrai, p. 249. Es hecho conde de Val de Opero por Felipe II. Se halla en Barcelona en 1600. Toma en completa paz el marquesado de Final en 1602. Muere en Milan, en 1610. Su mujer muere cuatro dias despues.

(4) Las narraciones de esta campaña son muy diferentes en España y en Francia. Pero los historiadores franceses no han estado nunca felices con el conde de Fuentes. Yo creo que hay que seguir á Coloma, *Guerra de los Países Bajos*, pág. 111 y sig. Coloma mandaba la mitad de la caballería española, y su narracion concuerda con la carta de Fuentes, con Villalobos, *Comentarios*, que fué herido en la batalla, y con Carnero, *Guerra civil de Flandes*, que conoció á todos los oficiales españoles. De Thou es el único francés de aquella época que da á esta batalla su importancia real. Menciona el papel de Rosne que los españoles omiten sin razon.

(5) Villalobos, p. 63.

derriban á los jinetes españoles que intentan atajarlos y penetran en medio de las líneas «hasta la boca de los mosquetes.» Allí, la infantería de Fuentes les hace «una salva tan buena, que parecia que todo un infierno de fuego surgiera de aquellos trigos. Las balas hirieron y mataron más de cien caballos, rodando por el suelo ellos y sus dueños.»

Los franceses se detienen, se arremolinan bajo el fuego del enemigo, quieren huir; pero sus caballos, cansados y pasmados por lo mucho que habian corrido, no tienen ya fuerzas ni para este último recurso. En este crítico momento, los carga la caballería española, y en un instante fué completa la derrota. Setecientos franceses perdieron allí la vida y entre ellos casi todos los gobernadores de las plazas inferiores de Normandía. Belin cayó prisionero con algunos otros; el almirante Villars, que llevaba una armadura dorada, un penacho blanco y las cintas de Madama Cimier, cayó del caballo con una pierna rota: oye que se lo disputan cuatro soldados como rica presa y no puede impedir que vengan á las manos, por más que les grita, en excelente castellano, que la presa es suficiente para todos cuatro. En esto sobreviene el contralor Contreras que dirime la cuestion en presencia del enemigo, haciendo que su paje rompa la cabeza á Villars, objeto de la contienda. La infantería francesa se desalienta viendo alejarse á Turena con los jinetes que le quedan, y se deja matar, sin que quedara uno de los dos mil para llevar la noticia (1).—Toda su infantería ha sido derrotada, escribe Fuentes á Felipe II; por nuestra parte no creo haber perdido más de cinco ó seis hombres y algunos heridos (2).—Y hé aquí lo que fué la batalla de Doullens, refiere uno de sus capitanes (3): los escritores franceses tienen buen cuidado de no hacer siquiera memoria de ella, y fué el lúnes, víspera de Santiago, patrono de los soldados españoles. La intervencion del uno y el valor de los otros decidieron la victoria.

Doullens continuó su resistencia, pero fué tomada al asalto y entregada al pillaje «con la crueldad ordinaria en semejantes casos, dice piadosamente el capitan español, pero no con todos los excesos que nos han imputado los franceses: no se llegó hasta el punto de matar á las mujeres y niños; sólo se mataron dos mil quinientos soldados y muy poco más de mil seiscientos habitantes. Pero ¿qué hacer? *Habiendo muchos no podian morir pocos.*»

Algunos jefes fueron retenidos prisioneros: sus rescates y los de los prisioneros de la batalla precedente, se elevaron á más de doscientos mil ducados. «Y hubiérase obtenido el doble, sin la desgracia de matar al almirante.» Fuentes mandó luégo atacar á Cambray por la infantería de Don Luis Mejía.

Balagny, que habia recibido de Francisco de Valois la plaza de Cambray, la conservaba en su poder, haciéndose creer necesario á Enrique III, á los Guisas y á los españoles. Recibia de Alejandro Farnesio, por conducto de Jasc de Valenciennes, dos mil escudos mensuales para «ayudar á mantener su guarnicion» (4). Pero se le reprochaba ir atesorando los escudos en los subterráneos sin tener más guarnicion que algunos suizos mantenidos por los burgueses. El mando pertenecia en realidad á su esposa, la orgullosa Renata de Clermont, que se complacia en hacerse adular por las mujeres de la ciudad. Fué, como las otras, seducida por el prestigio de Enrique IV, y decidió á su marido á abandonar la causa de España, mediante una buena asignacion de treinta mil escudos y el título de mariscal de Francia. Enrique IV pagó religiosamente la asignacion; pero los Balagny no creyeron necesario gastar este dinero y confiaron á los burgueses el cuidado de defenderse á sí propios. Los burgueses estaban irritados por las humillaciones que su soberana imponia á sus mujeres; pero su indignacion fué bastante prudente para no manifestarse hasta que Rosne y Fuentes establecieron sus baterías delante de los muros de Cambray (5). Reuniéronse entónces en las calles, sobornaron á los suizos de Balagny (6) é hicieron señas á los españoles para que se acercaran. Entre tanto, Balagny emprendia cobardemente la fuga, y su mujer corria desgreñada por las calles arengando á los burgueses, prometiendo repartirles el tesoro acumulado en los subterráneos del castillo y pretendiendo seducir á las mujeres. De repente, sabe que los suizos acaban de abrir á Fuentes la puerta del Santo Sepulcro: entónces «tal era la fuerza de ánimo de aquella mujer gentil» (7) que exhaló en pocas palabras todo su desprecio

(1) Villalobos, p. 63.
(2) El 24 de julio 1595. Comis. real hist. de Bélgica, t. V, p. 224.
(3) Coloma.
(4) Ms. Bibl. nac. fond. español. 168, fol. 165.
(5) Coloma. Véase tambien Ms. Bibl. nac. franc. 11.603.
(6) Bongars. «Factum id proditione civium et Helvetiorum quos cives corruperant.»
(7) Coloma.

para con el cobarde que la habia abandonado, dió un grito y cayó muerta.

Cambray quedó en poder de los españoles hasta 1677 y participó de las miserias de todas las ciudades que volvieron á caer bajo su yugo. Balagny olvidó á su altiva Renata de Clermont y se casó con Diana, hermana de Gabriela de Estrées y tan liviana como ella (1).

Pero al volver á Bruselas, despues de esta gloriosa campaña, supo Fuentes que tenia un sucesor. En efecto, Felipe II le habia reemplazado con el cardenal archiduque Alberto, arzobispo de Toledo, el tercero de los hermanos austriacos que quedaba en Flandes. Llevó el cardenal caudales, los últimos ducados de Felipe II; fué seguido de los despojos del ejército vencido en Borgoña, unas sesenta banderas que mandaba el maestre de campo Don Manuel de la Vega (2), y preparó una nueva campaña, miéntras Fuentes se retiraba á Italia.

II.—Sitio de la Fere

La peor consecuencia de la derrota de Doullens y de la pérdida de Cambray, fué volver la esperanza á los obstinados ligueros, alzar el precio de los que aún se vendian y dar pesares á los que se habian sometido. Juan de Tavanes se arrepentia ya de su entusiasmo por el vencedor de la Fontana, y enviaba cerca de Felipe II á Gilberto de Hauteroche (3), renegando á la vez de Enrique IV y de Mayena en una carta de su vigorosa pluma. La religion, decia, se ha perdido en Francia por precipitada ambicion. Los príncipes de Lorena, como si el reino de Francia hubiera sido de ellos, lo querian poseer todos. Recuerde V. M. que la nobleza del rey de Navarra no le acompaña más que tres meses: V. M. puede derrotar al enemigo reforzando oportunamente el ejército.—Su agente evita encontrarse en Madrid con Pelisier, agente de Mayena, que lo denuncia (4), como vendido ya á Enrique IV. Tavanes queria veinticinco mil escudos de oro y una garantía contra la confiscacion de sus bienes, y cuatro mil escudos mensuales: el duque de Epernon y Mayena pedian mucho más, al mismo tiempo (5). Lo que es dinero no hay ya: Felipe II está en el último apuro, como que deja que se muera de hambre su ejército de Bretaña (6). «Me hallo tan desconsolado, escribe el vigilante Mendo de Ledesma, qual puede estar un hombre que nació con la honra que yo y se vee desfavorescido y en tanta necesidad.»

Nada se puede enviar á Francia, nada á Flandes. Esto fué á causa, dice un cronista (7) de un nuevo decreto contra los hombres de negocios, el cual decreto anulaba sus créditos por sumas prestadas al rey, lo cual no se halló equitativo por la opinion, ni oportuno por los acontecimientos, y se acabó por reconocer que ninguna disposicion hubiera podido ser tan favorable á los enemigos.—La bancarota no salva la hacienda: España tendrá necesidad, para cerciorarse de ello, de continuar la experiencia por espacio de muchos siglos.

El duque de Guisa adivinó esta penuria y se sometió á Francia. Para probar su sinceridad, tomó contra los ligueros la ciudad de Marsella y la defendió contra las galeras de Doria (8), ahorcando al burgués Cazot, que habia querido introducir á los soldados de Felipe II.

Privado de los subsidios españoles, desconsiderado, abandonado, el duque de Mayena invocó la intervencion de Gabriela de Estrées y se hizo presentar por ella á Enrique IV; sus yernos Villars-Savoie y Montpezat hicieron á su vez un acomodamiento. La inexpugnable ciudad de la Fere estaba estrechamente bloqueada por Enrique IV. Su heróico gobernador, Don Alvaro Osorio, vió agotadas sus provisiones y escribió que estaba reducido al último extremo (9). La carta fué interceptada, y aún se ven las señales de los pliegues que la disimulaban en los vestidos del portador. Los españoles se defendieron todavía siete semanas; pero no siendo socorridos, tuvieron que capitular (10).

Mas no sin compensacion renunciaban á salvar La Fere Rosne y Don Agustin Mejía: dejando que Enrique IV se encarnizara con los heróicos sitiados, pasearon por en medio de su ejército á su ridículo cardenal archiduque y se presentaron delante de Ardres.

Ardres estaba defendida por Belin, el antiguo liguero que habia sido hecho prisionero en la batalla de Doullens: acababa de pagar su rescate y viéndose atacado de nuevo, se apresu-

(1) Diana Babou de la Bourdaisiere. Sabido es que la madre y las hijas tenian la misma reputacion y el mismo lujo de tocador. Balagny murió en 1603.
(2) Villalobos, *Comentarios*, p. 125.
(3) Ms. Arch. nac. K. 1598, p. 81; marzo 1596.
(4) Ms. Arch. nac. K. 1598, p. 83 y 88.
(5) *Idia*. p. 93 á 99, marzo y abril 1596.
(6) Ms. Arch. nac. K. 1598, p. 123, del 2 de junio 1596.
(7) Herrera, t. III, p. 667.
(8) Aubigné, t. III, p. 376.
(9) Ms. Bibl. nac. f. español. 183, fol. 91, 5 abril, 1596.
(10) El 22 de mayo de 1596.

ró á capitular, por no tener que desembolsar otro rescate.

Este fácil triunfo dió aliento al cardenal archiduque y lo decidió á seguir dócilmente los atrevidos proyectos de Rosne, que se precipitó súbitamente sobre Calais.

Calais no intentó defenderse. Miéntras la guarnicion se atrincheraba en la ciudadela, los almacenes del puerto, las casas de los burgueses, hasta los barcos fueron saqueados. Diez años hacía que los españoles no habian logrado un botin tan rico: algunos soldados ganaron hasta ocho mil ducados (1).

En este momento ocurrió un suceso muy singular. Durante el pillaje, entran en la ciudadela, favorecidos por la marea, trescientos de los famosos jinetes de Enrique IV. Son los héroes del combate de Aumale, los mismos compañeros de los de la Fontana Francesa. No hay uno de estos trescientos que al guiñar un ojo, no esté dispuesto á romperse la crisma con el más pintado (2). Están mandados por Matelet, *genio y corazon de hierro.* Pero el genio de Enrique IV no les anima ya; ni siquiera saben defender una brecha, y tienen que capitular. Calais se pierde en doce dias.

Este episodio acaba de explicar hasta qué grado reunia Enrique IV las dotes, las buenas cualidades y los defectos necesarios, defectos tan necesarios como todo lo demás. Para ser el jefe de aquellos hombres recelosos é impresionables, era preciso ser temerario hasta el punto de jugarse la suerte de Francia á una estocada, *buen camarada* hasta comprometer el respeto; dominante por temperamento, elegante por instinto; siempre confiado y risueño.—Donde no está el rey, todo se pierde: ellos mismos lo dicen (3).

Guines y Catelet caen despues que Calais: el gobernador de Ham, M. de Mouy-Gomeron, vende su ciudad por veinticinco mil escudos; pero los españoles le cortan la cabeza, cuando reclama el precio estipulado (4).

Durante estas conquistas, Mauricio de Orange aprovechaba la ausencia de los antiguos regimientos españoles para fortificarse en Holanda. Con esto, el archiduque Alberto, en vez de continuar sus triunfos en Francia, como queria Rosne, exigió que volviera el ejército á los Países Bajos á mediados de agosto, y empleó el resto del año en Hulst, donde se arruinó su ejército y perdió Rosne la vida de un cañonazo. Poco tiempo despues, el jóven Mauricio acabó de destruir, gracias á su victoria de Herenthal, las fuerzas españolas en el Norte.

III.—Sitio de Amiens

Enrique IV se preparaba para embestir á Arras y acababa de reunir en Amiens víveres, municiones y un parque de sitio; pero no habia podido obtener de sus habitantes autorizacion para introducir en la plaza una guarnicion.—Ya nos defenderemos nosotros mismos, le habian dicho siempre los de Amiens. Uno de ellos, Mumolin, hubo de entrar en relaciones con Hernan Tello Portocarrero, gobernador de Milan y de Doullens, y lo indujo á tomar la ciudad, aprovechando la ausencia de Enrique IV, detenido en Ruan por los embrollos fiscales del parlamento de Normandía.

Hernan Tello, soldado de fortuna, bajo de estatura, «bien hecho, algo castaña la barba, amigo de tener» (5), era un tipo notable del hombre de guerra español, atrevido, previsor, incapaz de cansarse ni abatirse. A estos, no á los Chaves ni á los Vazquez ni á los Chinchones, á estos hubiera debido preferir Felipe II: si en vez de rodearse de iluminados é intrigantes, hubiera comprendido el verdadero genio de su nacion y dado la mano á los héroes que pululaban en sus ejércitos, habria cambiado ciertamente el destino de España. Pero todos los hombres generosos se hacian matar, miéntras los de corazon mezquino y estrecha inteligencia, los cobardes y los envidiosos, aseguraban su dominacion sobre el país.

La estratagema empleada contra Amiens, se parece á la de Francisco de Valois contra Amberes. Hernan Tello embosca un dia de mercado (6) algunos hombres en el camino que conduce á la puerta Montrecu, se detiene y desnuda á los campesinos que pasan; algunos soldados se cubren con sus blusas, «traje del país muy cómodo para ocultar las pistolas» (7); avanzan hasta el puente levadizo y empujan los asnos y carretas de nueces que acaban de secuestrar; agrúpanse en la puerta, al-

(1) Herrera, t. III, p. 611.

(2) Aubigné. Véase sobre esta campaña el *Discurso verdadero de la señalada y milagrosa toma de la ciudad y castillo de Calais...* Bruselas, Rutger, Velpius, en el Aguila de oro, 1596.

(3) Bongars al médico del príncipe de Anhalt, p. 30. «Quo absente nihil nobis feliciter cedere.»

(4) D'Ossat á Villeroy, t. I, p. 528.

(5) Villalobos, *Comentarios*, p. 81. Nació en Toro de Castilla la Vieja.

(6) El 11 de marzo de 1597.

(7) Las relaciones oficiales conservadas en los archivos de Simancas se han publicado en el tomo VI de los *Libros de antaño*, Prólogo, pág. 97.

gunos sacos caen y se revientan: los burgueses del puesto se rien, se ponen á recoger nueces y á burlarse de los supuestos campesinos; éstos se enfadan y prolongan la escena. Entre tanto van llegando españoles, matan á los guardias del puesto y entran en la ciudad.

Hernan Tello tenia apénas mil quinientos hombres á sus órdenes: no tomó un escudo ni un mueble, ocupándose sólo en atrincherar su escasa guarnicion, en tomar en nombre del rey los cañones, las municiones, los víveres que habia reunidos en Amiens. Despues dejó á sus soldados saquear á sus anchas á los burgueses «y no habia soldado que no tuviera tres ó cuatro casas que saquear» (1); y no contentos con lo que pillaban, todavía ponian á rescate á los habitantes, así canónigos y demás eclesiásticos como seglares (2).

Muy luégo acudieron soldados de todos los regimientos y guarniciones para participar de tan rica presa, y con esto tuvo en pocos dias Hernan Tello más de cuatro mil hombres á sus órdenes, con sus criados, que ocupó sin demora en reparar las fortificaciones, disponiéndose con serenidad y firmeza á sostener un sitio.

El efecto de este golpe de mano fué prodigioso: toda la Europa volvia los ojos hácia Amiens: los antiguos ligueros se estremecieron á la idea de venderse otra vez más; el parlamento de Paris volvió á darse importancia «como esos locos de Amiens, decia Enrique IV, que me han rehusado dos mil escudos y dan un millon al enemigo.»

Enrique IV tiene que perder un año entero, un año de nuestra vida nacional, para reparar este desastre. Pocos hombres han experimentado, como él, tantas contrariedades, viniendo á destruir en un momento los resultados obtenidos, los proyectos preparados, las prudentes combinaciones de un genio indomable. Esta vez habia completado la dominacion de Francia, y de repente por la vanidad de unos burgueses poltrones, todo vacila en su mano. Un momento se siente desalentado.—Me iré á Flandes, dice, á que me rompan la cabeza de un pistoletazo.—Luégo ve llegar á sus antiguos camaradas y el instinto militar lo arrastra de nuevo. Va con su corte á Amiens y empieza el cañoneo.

Dos soldados españoles «muy ingeniosos en esto de hacer artificios de fuego,» hubieron de inventar unas balas huecas de cobre que llenaban de estopa impregnada de materias inflamables y arrojaban con morteros: estas balas lucian en el aire como cometas, y al caer, iluminaban el suelo de manera que permitian apuntar las piezas, «con que la fiesta de los sitiados y la grita era mucha» (3).

Esta crísis parecia suprema en los dos campos; hubiérase dicho que las condiciones de la paz se disputaban bajo los muros de Amiens. La paz estaba ya en todos los ánimos; los antiguos derechos de la guerra estaban tan olvidados, que Hernan Tello convidaba á las hermosas picardas á comidas y bailes en Amiens: los soldados del regimiento de Don Agustin Mejía representaban delante de ellas la comedia de los *Amores de la Infanta Celima*, les vendian á bajo precio las galas de las burguesas de Amiens, y hasta les hacian oir violines; «las más hermosas entre las mujeres del país eran las hijas de la condesa de Bonnivet» (4). Pero las galanterías no interrumpian el cañoneo: las balas se llevaron primero á Saint-Luc, gran maestre de la artillería de Francia, despues al bravo Hernan Tello. No tardó mucho en acercarse un ejército español enviado de socorro.

Este ejército estaba aún mandado por el archiduque Alberto, pero no tiene ya á Rosne ni á Don Agustin Mejía. Detiénese en Vignancourt ante la caballería de Enrique IV, y despues de dos dias de indecision, avanza hasta una legua de Amiens. Los franceses hablan de este acontecimiento como de un banquete. «El primer plato era de siete mil españoles naturales» (5), que avanzaban hácia la puerta de Hotoi haciendo retirarse á los franceses «de tan ruda manera que muchos hubieran llamado fuga á esta retirada.» La caballería española mandada por Contreras, el asesino de Villars, penetra hasta las trincheras. Los cañones se vuelven contra ella; al estruendo siéntese el archiduque poseido de súbito é invencible temor, y ordena la retirada ántes de haber perdido un centenar de hombres (6).—No corteis el hilo á la victoria, le gritaban sus coroneles.—No tenemos ya víveres para el ejército, contestaban los proveedores (7). Y en el momento en que los valerosos españoles eran vencedores, les hace retroceder el austriaco y luégo se retira vergonzosamente á Flandes.

(1) Villalobos, *Comentarios*, p. 222.
(2) Le Petit, *Crónica de Holanda*, p. 674.
(3) Villalobos, *Comentarios*, p. 287.
(4) Villalobos.
(5) D'Aubigné, t. III, p. 393, el 15 de setiembre de 1597.
(6) Relaciones oficiales de los archivos de Simancas, t. VI, de los *Libros de antaño*, p. 109.
(7) *Ibid.* p. 106. «Por no cortar el hilo á la victoria.—La hambre con que ya se hallaba el exército.»

Hubo entre los sitiados una *desesperacion rabiosa*, cuando vieron retroceder sin causa y desaparecer, en fin, aquel ejército esperado por tanto tiempo. Estrechábanse las manos jurando y perjurando hacerse matar. Pero las balas, el hambre y por último la epidemia, habian reducido su número hasta el punto de hacer imposible la defensa. Los mil cuatrocientos sobrevivientes, con ochocientos heridos, desfilaron algunos dias despues por delante de Enrique IV, quien cubierto de plumas blancas y vestido de argentado raso, se hacia nombrar á los capitanes, segun iban saliendo de Amiens, encomiaba la bravura de todos ellos y les honraba por su conducta en la plaza.

CAPÍTULO VII

LOS INGLESES EN ANDALUCÍA

1595-1596

CRUCEROS INGLESES.—PREPARATIVOS DE UNA GRAN EXPEDICION.—SAQUEO DE CÁDIZ

I.—Cruceros ingleses

Los negociantes españoles estaban arruinados no sólo por las quiebras de Felipe II, sino tambien por las presas de los corsarios. Fundábanse en Lóndres corporaciones para regularizar los productos del océano y concertar metódicamente las expediciones: los accionistas no siempre realizaban grandes ganancias, los barcos eran á veces destruidos; pero áun cuando Lóndres no se enriqueciera, Sevilla y Cádiz se arruinaban. En 1593, el conde de Cumberland asoló la Trinidad y la Habana; el año siguiente Ricardo Hawkins devastó el Perú, si bien fué hecho prisionero y enviado á Castilla, donde estuvo encerrado hasta el reinado siguiente. Su padre John Hawkins y Francis Drake, volvieron á la mar para vengarle en 1595; pero fueron rechazados de Puerto Rico por la artillería española, y de Cuba por la tempestad (1). Quisieron atravesar el istmo de Darien á pié y encontraron la fiebre amarilla: Hawkins fué el primero que sucumbió; Drake se embarcó con su gente, cambió algunos cañonazos con la escuadra española de Don Bernardino de Avellaneda, fué rechazado de *Nombre de Dios* por Don Alonso de Sotomayor y murió en Portovelo (2), volviendo arruinada su flotilla.

A lo ménos, llamando sobre sí la atencion de las pocas fuerzas de que podian disponer los españoles, habia asegurado el éxito de los navíos de Walter Raleigh que se hicieron á la vela en la misma época.

Walter Raleigh preparaba en 1595 una expedicion destinada á remontar el Orinoco, cuando fué encerrado de improviso en la Torre de Lóndres por órden de la reina Isabel. ¿Habia ofendido la ortodoxia de la reina con palabras sospechosas de ateismo, ó excitado sus celos con proyectos de matrimonio? Sólo se sabe que recobró el favor, lisonjeando su avaricia. Su flota partió sin él y trajo tan rico botin de San José de la Trinidad, de la Guyena y del Orinoco, que pudo hacer un agasajo de ochenta mil libras á la irritada soberana.

De este modo, las colonias españolas aprovecharon solamente á enemigos de Felipe II; hasta tentaban la codicia de los holandeses que buscaban paso por el polo-norte (3), y exigian continuos refuerzos de tropas y navíos, fuertes costosos, Audiencias con depósitos hasta en Panamá. Y miéntras estaba hostilizado en esta inmensa superficie, desatendia Felipe el Mediterráneo y las costas de España. Las galeras estaban olvidadas en los puertos de Italia, á pesar de las lamentaciones de Juan Andrea Doria.—El desórden es completo, exclamaba éste (4): cuando se me dan remeros para treinta galeras, no se me envian remos sino para nueve; las galeras de Génova y las de Toscana se disputan la preferencia; la soldada no se pa-

(1) Herrera, t. III, p. 592.
(2) El 7 de febrero de 1596, á los 52 años de edad.
(3) Herrera, t. III, p. 451. Llegaron hasta el 73°.
(4) *Doc. inéd.* t. II, p. 71, Doria á Felipe II, del 12 mayo 1594.

ga nunca, los capitanes no están nunca á bordo; los soldados no conocen el servicio de mar. La situacion es tan grave que, si muy en breve no se fortifican Cartagena y Cádiz, no estamos en aptitud de defenderlas.

Las mismas lamentaciones en las costas de Portugal. Aquí tampoco se paga á las tropas, ni están los puertos en estado de defensa (1). «Suplico á V. M. que no se fie tanto de las congeturas de que no cargaran á esta parte, que por esto deje de acudir á reforzalla. Los castillos están sin gente ni pólvora: el exercito se compone de veinte banderas hambrientas; todos hambreamos, todos nos lamentamos y cada uno piensa que su trabajo es el mayor, y engañámosnos en esto porque es uno mismo.»

«Advierta Vm. por amor de Dios y del Rey, que se está en estado de perder la ciudad y la rada y qualquier desastre paresce posible» (2).

Miéntras Felipe II se hace sordo á estos clamores, acércase la tempestad, y el desastre anunciado va á caer sobre España.

II.—Preparativos de una grande expedicion

Antonio Perez no se habia limitado á arrastrar á Enrique IV hácia Aragon, sino que habia pasado el mar y ofrecido la Andalucía á Isabel (3). Dos años estuvo empeñado en llamar la atencion de los ingleses sobre Cádiz, prometiendo gloria al conde de Essex y un rico botin á la reina (4). Y se le escuchaba con tanto más gusto, cuanto que Isabel se creia expuesta á una tentativa de asesinato preparada por Felipe II.

Isabel tenia por médico á un judío portugués, el doctor Lopez, que lo habia sido primero de Leicester y era una persona tan honrada como celosa (5). Despues de haber merecido estimacion por espacio de más de quince años, vino á hacerse sospechoso y fué reducido á prision por órden de la reina. Encontráronse en su casa, además de una joya de valor, cartas que prometian sumas considerables en nombre de Felipe II, y sometido á prueba de tormento, hizo confesiones y fué por ellas ahorcado.

En virtud de estos hechos, no se ha vacilado nunca en admitir que el judío Lopez habia prometido á Felipe II envenenar á Isabel, lo cual le era fácil, dado su destino de médico real. Pero ha de reconocerse ante todo que las confesiones arrancadas en el potro del tormento, no prueban cosa alguna. Ni áun se sabe exactamente lo que confesó el doctor judío. Por lo demás, la simple verdad hubiera bastado para que se le condenara.

Porque esta verdad, que nosotros poseemos sin tortura, es más lógica que la ficcion.

Felipe II no tenia á la sazon interés alguno en que muriera Isabel; al contrario, todo lo podia temer de este acontecimiento. No poseia aún á Calais; Francia y los Países Bajos se le escapaban de las manos; el rey de Escocia lo habia engañado: no tenia, pues, medio alguno de ocupar á Inglaterra, ni áun de impedir que un protestante sucediera á Isabel. Su interés único era concentrar todos sus esfuerzos en Francia y asegurar la navegacion de sus galeones en el Océano; no pensaba más que en ajustar la paz con Isabel, á fin de aislar á Enrique IV y recobrar sus barras metálicas. Así como habia cedido en los Países Bajos, enviando á Don Juan de Austria á Luxemburgo, estaba cansado ahora de la lucha con Inglaterra. Ahora bien, no pudiendo entrar en relaciones directas con herejes, tenia que recurrir á vías indirectas para proponer una tregua.

Don Cristóbal de Mora, ciertamente el más honrado de sus ministros, envia en su nombre á Lóndres al portugués Manuel de Andrada y al español Pedro Marquez, que deben entenderse con el doctor Lopez para que los introduzca ante la reina: los tres aconsejaron á esta que aceptara un armisticio, que prohibiera las piraterías é internara en Lóndres al pretendiente Don Antonio (6). Por desgracia, el tesoro estaba tan exhausto, que los negociadores llegaron como mendigos: Andrada no recibe más que trescientos escudos y la promesa de un destino en las Indias. Para decidir al doctor Lopez á entrar en esta peligrosa cuestion con la irritable soberana, tampoco tiene Mora más que una promesa. «Será justo, dice (7), dar algo para la hija del doctor Lopez, y esto podria ser alguna joya vieja de las que hay en las arcas de S. M.»

De aquí la joya de que se trata en el proceso.

(1) *Doc. inéd.* t. XLIII, p. 485, Don Juan de Silva al rey, abril de 1593; á Don Juan de Idiaquez, octubre 1593 y abril 1594, p. 505 y 521.

(2) *Doc. inéd.* tom. XLIII, Silva al marqués de Velada, marzo de 1594, p. 520.

(3) Desde 1593 tenia entrevistas con Cecil y Essex. Véase una memoria á Felipe II sobre la corte de Inglaterra, del 20 de mayo de 1593. Ms. Arch. nac. K. 1585, p. 49.

(4) *Doc. inéd.* t. XXXVI, p. 246.

(5) Lodge, *Ilustraciones*, t. II, p. 224, marzo de 1579. «Cheeff phyzycyon to my lord of Leicester... is a very honest person and zealous.»

(6) Ms. Arch. nac. K. 1578, piezas 7 y 11.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1577, p. 11.

No era raro en aquella época iniciar las negociaciones con el médico de un príncipe para obtener una alianza (1); las instrucciones dadas en nombre de Felipe II son honradas, pues prueban que queria la paz, no la muerte. Los papeles de los dos agentes y del doctor no podian decir más. Pero acaso fueran alterados, como los del proceso de María Stuardo, por los falsificadores que mantenia la cancillería inglesa. Isabel, que preferia á la paz hostilidades cuyos gastos corrian á cargo de las asociaciones mercantiles y de cuyos beneficios participaba, hubo de tener por ingenioso hacer ahorcar á los tres hombres y presentarse como víctima á su pueblo. No se sabe qué fué de la hija del doctor.

Contra Felipe II eran excusables todas las sospechas: tantas veces se habia dejado sorprender en intrigas y manejos deshonrosos. En esta misma ocasion, si no á Isabel, procura quitar de en medio á Antonio Perez, «quiere sacarlo de Lóndres vivo ó muerto» (2), y puebla de agentes secretos á Inglaterra. Gusta de que se le dé cuenta de sus espionajes bajo una nomenclatura de nombres supuestos: Inglaterra viene á ser *Sicilia;* Enrique IV se llama *Eliogábalo;* Antonio Perez es *Artemidoro* (3); pero en vez de divertirse con esta novela, hubiera estado mejor inspirado oyendo al duque de Feria, que le aconsejaba emplear con preferencia ingleses. Está, en efecto, muy mal informado de los preparativos que se acumulan contra España; sabe en enero de 1596 que hay cinco navíos en Plymouth (4). Alármase apénas y se limita á enviar pólvora á los puertos del Tajo, cuando sabe de pronto que los ingleses están en Cádiz.

III.—El saqueo de Cádiz

El 30 de junio de 1596, á los primeros albores de la mañana, se vislumbraron á la altura de San Sebastian de Cádiz hasta sesenta navíos ingleses. Iban mandados por el mismo almirante que dirigió la batalla de los diez dias en la Mancha, lord Howard of Effingham, y llevaban diez mil soldados ingleses á las órdenes del conde de Essex, y cinco mil holandeses al mando de Luis de Nassau (5).

(1) Véanse especialmente las cartas de Bongars al médico del príncipe de Anhalt.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1590, p. 41. Feria á Felipe II.

(3) *Ibid.* Creo que el agente secreto que se llama *Pedro de Azpeitia*, no es otro que Gonzalo Gonzalez del Castillo, que estuvo preso en Inglaterra espacio de cuatro años y fué rescatado por el duque de Mercœur. Véase K. 1592, p. 81.

(4) K. 1587, p. 143 á 147.

(5) Herrera, t. III, p. 634 y sig.; *Doc. inéd.* t. XXXVI, p. 205 y siguientes.

Despiértase la poblacion alarmada; las mujeres se refugian en la ciudadela; las milicias de Jerez llegan á la carrera, y el almirante Don Diego de Sotomayor ordena su escuadra en batalla dentro de la bahía. Disponia de ocho galeones y tres fragatas «en buen estado, y todos se felicitaban de la fortuna de tener tan á punto una defensa para salvar la ciudad.» Pero nadie se atreve á dar órdenes ni se apresta á obedecer. Llámase al duque de Medina Sidonia; se distribuye pólvora, plomo y mechas á los lugareños que se refugian en Cádiz. Sotomayor, intranquilo por su responsabilidad y acostumbrado á esperar las instrucciones del rey, se turba en cuanto cambia algunos cañonazos, y abriga su escuadra en el Puntal, en el fondo de la bahía.

Por la noche, llega el duque de Medina Sidonia muy oportunamente para describir, hora por hora, á Felipe II los movimientos de los ingleses.—En este momento entra la armada inglesa en la bahía, con mucha bonanza.—Desembarca tropas en el Puntal: no se puede ya socorrer la plaza.—Cañonea los galeones *San Felipe* y *San Andrés.*—Echalos á pique.—Sale de la ciudad una columna de tropa.—Es rechazada y escala las murallas para volver á Cádiz. Los ingleses la siguen y las escalan con los nuestros, lo que no es difícil porque estas murallas están muy deterioradas.—¿Se podrá defender la ciudadela? Temo que no, porque no tiene víveres para un dia ni pólvora para tres horas.

Los defensores de la ciudad vivieron de agua sola por espacio de dos dias (6); sus cañones se reventaban á los dos ó tres disparos: fué preciso capitular para salvar á lo ménos las cuatro ó cinco mil mujeres amontonadas al rededor de aquellos. Las mujeres recibieron autorizacion para retirarse, sin llevarse más que la ropa puesta: todos los objetos escondidos en la ciudadela, todo cuanto habia en las casas de Cádiz, fué sometido á un pillaje regularizado, y sobre esto, exigieron los ingleses un rescate de ciento veinte mil ducados.

«Ni navíos, ni flota, ni armada, ni Cádiz ha quedado,» continuaba escribiendo á Felipe II el duque de Medina Sidonia (7).

El almirante Sotomayor subia con sus tripulaciones el Guadalquivir, quemando todos los barcos mercantes que encontraba, para evitar que cayeran en poder del enemigo, y los mari-

(6) *Doc. inéd.* t. XXXVI, p. 238.

(7) *Ibid.*

neros entraban á saco los barcos ántes de pegarles fuego. En la ciudad, todas las autoridades estaban consternadas y confundidas (1). Sólo el canónigo Don Francisco de Quesada conservó su serenidad en esta catástrofe, y con su fuerza moral sostuvo á la poblacion que se veia condenada á evacuar sin víveres, á pié y bajo el terror, la ciudad más rica de España, «para que el saco fuese más llano» (2).

El mismo canónigo organizó los convoyes sucesivos que se dirigieron al interior del país: el 2 de julio partieron mil quinientas mujeres y

Mauricio de Orange, conde de Nassau, copia de un grabado en cobre de G. Jacobson Delff (1580-1638)

los Padres jesuitas; el dia siguiente dos mil quinientas más. Así, en los buenos dias del reinado, se habian alejado, á pié y abandonando igualmente cuanto poseian, los ricos moriscos de Granada; como ellos, tambien, se morian de hambre los vencidos de Cádiz, como quiera que no habia ya víveres en la península. El canónigo Quesada los solicitó de los mismos ingleses, pero los ingleses carecian tambien de ellos. Sin embargo, su corazon magnánimo hubo de seducirlos y pusieron á su disposicion un barco para conducir sin fatiga á todas las religiosas, y le permitieron sacar del hospital los colchones de los enfermos, dándole para este efecto otro barco.

Fuera de estos colchones y de la ropa puesta, nada se dejó á los emigrantes: hasta las rejas y vidrieras de las ventanas arrancaron los ingleses. Sin embargo, no registraron á nadie, no ultrajaron á mujer alguna, cesaron de matar en cuanto acabó la lucha, no hicieron prisioneros (3), pero incendiaron la ciudad despues de haberla saqueado, destruyendo la cuarta parte de las casas (4), y además la catedral.

Durante los diez y seis dias que duró esta

(1) Herrera.
(2) *Doc. inéd.* Declaracion de Lope de Valenzuela.

(3) «Sino á los rehenes.» Supongo que estos rehenes eran católicos ingleses ó irlandeses establecidos en Cádiz. Herrera, p. 645.
(4) *Doc. inéd.* p. 410. Doscientas noventa casas, de las mil doscientas tres.

horrible hazaña, toda la Andalucía corrió los mismos riesgos. Y ¿cómo resistir? escribian al rey los capitanes (1). No tenemos en el Puerto de Santa María más que ochocientos soldados, y de ellos ciento cincuenta sin armas.—Yo tengo unos tres mil campesinos en Jerez, añadia el duque (2), pero no tienen armas. «Es vergonzosa cosa lo que en esto pasa... Yo he escrito lo que convendria se provea de dinero y otras cosas para aquí, y no se me ha respondido ni he tenido carta ninguna de V. M. y así estoy confuso y aguardando lo que V. M. manda.» Los simples capitanes eran ménos respetuosos, y repetian como dichas al conde de Essex, las palabras que querian que llegaran á oídos del rey (3): El rey Don Felipe es un rey muy buen cristiano y defiende muy bien la ley de Dios; sino que está mal aconsejado.

En estas horas de vergüenza, no ocurre á Felipe II ninguna duda sobre su sistema, á pesar de esta defeccion de la Providencia. Vacila tan poco, queda tan intacto en su impotencia, que las únicas palabras pronunciadas por él, miéntras Andalucía le escucha con ansiedad, reivindican sus derechos sobre Holanda. «Puesto que el duque ha aprehendido á un holandés de esa tropa, que lo ahorque, pues lo merece su culpa, y haga lo mismo con todos los prisioneros que fueron súbditos mios» (4).

En lugar de subir el Guadalquivir hasta Sevilla, como queria el conde de Essex, el almirante Howard se hizo á la vela para Inglaterra, reportando de esta expedicion de un mes (5) más botin que ninguna flota hasta entónces. Hubiera querido terminar la campaña con un ataque igual á Calais; pero Enrique IV no estaba de ningun modo tentado á confiar á ingleses el cuidado de quitar otra vez á los españoles su ciudad de Calais; temia mucho que ellos quisieran conservarla. Veia acercarse el momento en que, á pesar de las repugnancias de Isabel, podria dar reposo á Europa una paz general.

CAPÍTULO VIII

PAZ DE VERVINS

1597-1598

POSTRACION DE ESPAÑA.—INTERÉS DE ENRIQUE IV EN LA PAZ.—LOS MATRIMONIOS

I.—Postracion de España

Felipe II está vencido, pero no desengañado. No puede ya prolongar la lucha, pero no abandona ninguna de sus quimeras. Ni cree haber dejado de ser el instrumento de la Providencia, áun cuando retrocede ante los herejes triunfantes en todas partes. Mauricio de Orange toma sus ciudades una á una; Enrique IV rechaza á sus últimos soldados; Isabel se lleva hasta los muebles de sus puertos militares. Ya no hay regimientos, no hay ya más ducados. El *devorador de Europa* no tiene ya dientes. Ve que se aproxima la muerte; comprende que ha acabado su mision, y se resigna á abandonar el mundo, dejando, como su padre, la paz detrás de sí.

La guerra no nutre ya los ejércitos: las pocas carracas que llegan de América, al través de los cruceros ingleses, traen oro ya empeñado de mucho ántes. La venalidad de los jueces y la rapacidad de los empleados, arrancan, hasta á vista del rey, las pocas economías de los soldados. «Cuando se viene á la corte, es preciso traer la bolsa bien repleta» (6). Así los únicos que quedan ricos, bien en contra de los planes de Felipe, son aquellos cuyo rango coloca por encima de las rapiñas: los veintitres duques tienen de renta en jun-

(1) Cartas de Medina Sidonia; de Gaspar de Añastro (que era acaso el quebrado asesino de Amberes); de Portocarrero, almirante de las galeras.

(2) *Doc. inéd.* p. 335.

(3) *Doc. inéd.* p. 239. Capitan Juan Jimenez Lobaton.

(4) *Ibid.* p. 311. Es una órden verbal; el rey no contesta hasta el 12 de julio á las siete cartas del duque. P. 388.

(5) Partida de Plymouth el 13 de junio, de Cádiz el 15 de julio.

(6) *Diario de Camilo Borghese*, publicado por Morel Fatio. Sobre las hambres, aun en tiempos de prosperidad, las *Cartas de Madrid* hacen frecuentes indicaciones; 25 de octubre 1582. «E gran falta que en toda España ay de pan... cierto que está este reino muy afligido.»

to cerca de millon y medio de ducados (1).

Celoso de su influencia y de su orgullo, suspicaz y apesarado, Felipe II se ha retraido con su familia. Ha hecho venir á su hermana María (2), la viuda del emperador. Créese, como él, de una raza superior á la humanidad; sabe que la noche de su desembarco, aparecieron resplandores en el cielo, lo que hizo creer á muchos que el cielo mismo celebraba con luminarias su feliz llegada (3). Está al lado de su sobrina la infanta Isabel en las recepciones solemnes. «Es una vieja pequeña, beata, vestida de religiosa, con un velo en la cabeza (4). La infanta comienza á envejecer, tambien, en medio de tan austera etiqueta: es más bien hermosa que fea, más bien pequeña que alta, bien que calce grandes tacones; tiene la boca grande, la tez aceitunada, el pelo negro. Viste de paño negro con una pluma blanca en la cabeza.»

Pero la Providencia no perdona á la familia privilegiada: no son ya las reinas jóvenes y los niños las víctimas elegidas; sino la emperatriz María, primero, y luégo la infanta Catalina, duquesa de Saboya (5). ¿Se salvará á lo ménos el precioso vástago, heredero de tantas coronas, el príncipe Felipe? Se acerca á los veinte años y parece un niño dócil, exacto, cubierto de hérpes (6); tiene la boca grande y abultada y viste de blanco (7). Su preceptor, el Padre Loaysa, le ha enseñado «un poco de Santo Tomás y le ha hecho sostener en el Escorial tésis de teología.» Está triste como los otros, indeciso en medio de las juntas, de los consejos y de las rivalidades de los secretarios (8). Se va acostumbrando al amontonamiento de los expedientes y al completo olvido del tiempo que hace prolongar años y años el negocio más sencillo (9); pero oye á los que echan de ménos á Antonio Perez ó al cardenal Granvela y tiene bastante buen sentido para apreciar la desastrosa influencia de Rodrigo Vazquez.

Este Rodrigo Vazquez habia imaginado suspender el pago de lo que se debia á los banqueros, á pretexto de ser ilícitos los contratos que habian hecho aceptar al rey; y esta suspension de pagos fué sancionada por un decreto (10). Los demás ministros, especialmente Mora, hicieron cuestion de honor que se supiera que ellos, por su parte, no habian aconsejado esta

(1) Ms. Bibl. nac. sec. española 186, fol. 101 y sig. Es la serie de los duques con las rentas de muchos de ellos, á fines del reinado. La he rectificado, al tenor de varias indicaciones:

Frias (Velasco) condestable hereditario de Castilla desde 1473, ereccion en ducado en 1488	70.000	ducad. de renta	
Medina de Rio Seco (Enriquez y Cabrera) almirante hereditario de Castilla, desde 1400; la ereccion del ducado no es hasta 1520, prefiriendo llamarse conde de Melgar	100,000	»	»
Medina Sidonia (Guzman), ereccion 1445	130.000	»	»
Alburquerque (Bertrand y la Cueva), ereccion en 1464 en provecho del francés Bertrand.	40.000	»	»
Alba (Toledo), ereccion en 1469. . . .	80.000	»	»
Infantado (Silva), ereccion en 1475. . .			
Nájera (Manrique de Lara), ereccion en 1482.	40.000	»	»
Arcos (Ponce de Leon), ereccion en 1484	50.000	»	»
Sesa, ereccion en 1486 para Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan..			
Béjar (Sotomayor y Zúñiga), ereccion en 1488.	75.000	»	»
Medina-Celi (Figueroa y la Cerda), ereccion en 1491.	40.000	»	»
Veraguas. Es el título de Cristóbal Colon dado á sus herederos en 1537.	30.000	»	»
Alcalá de los Gazules.	80.000	»	»
Escalona (Acuña y Pacheco). Estos duques preferian llevar el título de marqueses de Villena y firmaban *El Marqués*. . . .	90.000	»	»
Maqueda.	40.000	»	»
Segorbe y Cardona.	80.000	»	»
Villahermosa (Aragon).	20.000	»	»
Osuna (Acuña y Tellez Giron) erigido en 1562.	100.000	»	»
Feria, erigido en 1562.	55.000	»	»
Baena (Córdoba), erigido en 1566. . .			
Pastrana, Francavilla } Erigidos para los dos hijos mayores de Eboli.			

Pero el rango de los grandes de España no se regulaba por su antigüedad ni la importancia del título. Yo creo que el órden era el siguiente bajo el reinado de Felipe II. Duque de Medina-Celi, conde de Benavente, almirante de Castilla, duque de Arcos, conde de Lemos, duque de Medina Sidonia, conde de Miranda, duque de Alburquerque, marqués de Villena, duque de Alba, conde de Oñate, duque del Infantado, conde de Oropesa, duque de Nájera, duque de Gandía, duque de Sesa, duque de Béjar, duque de Frias, marqués de Villafranca, conde de Egmont, duque de Veraguas, marqués de Pescara, marqués de Aytona, duque de Osuna, duque de Monteleone y Terranova, marqués de Santa Cruz, conde de Aranda, duque de Pastrana, duque de Francavilla.

(2) En 1582.

(3) *Cartas de Mardid*, 19 de marzo. «A las 8 de la noche paresció un grande encendimiento de fuego en el ayre, de que algunos ignorantes quieren hacer prodigio de su venida mirando que hasta el cielo quiso hacer fiestas y alegrías con luminarias por su buena llegada.»

(4) *Diario de Borghese.*

(5) El 6 de noviembre de 1597.

(6) Ms. Bibl. nac. sec. esp. 168, fol. 181. «Le crió una mujer de no mucha salud, de donde traxo una enfermedad que todavía le dura (1609) y le llaman usagre.»

(7) *Diario de Borghese.*

(8) La administracion á fines del reinado comprende: la *Junta Suprema* con Mora, Chinchon é Idiaquez; el *Consejo de Estado*, en que figuran, además de los tres ministros, el cardenal Quiroga, el marqués de Velada, el conde de Fuensalida, el príncipe Doria, todos sin sueldo, y los secretarios Don Francisco y Don Martin de Idiaquez con 2.000 ducados cada uno; el *Consejo de Castilla y Cámara*, presidente Rodrigo Vazquez, la primera dignidad del reino; el *Consejo de Inquisicion*, que consta de seis miembros y tiene á sus órdenes veinte tribunales (Valladolid, Toledo, Cuenca, Galicia, Murcia, Logroño, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Granada, Sevilla, Córdoba, Llerena, Canarias, Cerdeña, Mallorca, Sicilia, Méjico, Lima, Cartagena); el *Consejo de Hacienda y Contaduría* bajo la direccion del licenciado Laguna; el *Consejo de Cruzada*, regentado por Don Francisco Avila; el *Consejo de Aragon*, por Don Simon de Figueroa; el *Consejo de Italia;* el *Consejo de Flandes*, á las órdenes de Nicolás Dainant; y los *Consejos de las órdenes de Indias, y de Portugal*. Véase el *Diario de Borghese* y Ms. Bibl. nac. sec. esp. 168 fol. 21.

(9) *Diario de Borghese.* «Non si tiene conto del tiempo, che un negocio benche facile vuole gl' anni in terminarlo.»

(10) Herrera, t. III, p. 712.

bancarota; pero no pudieron convencer á Felipe II de los inconvenientes de su acto de violencia, sino mostrándole, algunas semanas despues, las arcas vacías. Fué menester llamar de nuevo á los banqueros, revocar el decreto de Rodrigo Vazquez y pasar otra vez por los contratos ilícitos: el rey se sometia á pagar un interés de cinco por ciento por las dos terceras partes de su deuda con los genoveses y una renta vitalicia por el tercio, obteniendo de ellos, en cambio, la promesa de ocho millones á crecido interés.

Y no ya sólo de los genoveses, habia que sufrir tambien las exigencias de los venecianos.

Un criminal, perseguido por un alguacil, se habia refugiado en la posada de Agostino Nani, embajador de Venecia: el alguacil entró detrás de él sin tener en cuenta el privilegio (1) y fué arrojado afuera por los criados, que le rompieron la vara de justicia. Vazquez se precipita en este incidente y da órden de prender á Badoaro, sobrino de Nani, y á los criados de la embajada. Los venecianos se fortifican en la casa, dispuestos á sostener un sitio. Llegan los arqueros, se arremolina el pueblo, y los alcaldes solicitan parlamentar. Abre Nani ingenuamente una puerta, y es al punto atropellado por la multitud, preso y llevado á la cárcel con toda su gente. Al dia siguiente es puesto en libertad; pero los jueces, demasiado celosos, condenan á muerte y á galeras al sobrino y los criados del embajador. Felipe II «por respeto á la Señoría, anuló estos procedimientos, hizo salir de sus dominios á los acusados y escribió una carta de apología á la República» (2). Encargó, además, á su embajador en Venecia, Don Iñigo de Mendoza, que le disculpara con la Señoría.

Felipe estaba quebrantado por los achaques: la gota no le abandonaba ya; tenia tan estropeada la mano derecha, que ni podia ya firmar, teniendo su hijo que trazar por él las tres palabras *Yo el rey* (3). Era ver por anticipado á su sucesor reinando. Aún tenia que dejarle la paz, como él mismo la habia recibido de su padre. Esto hizo que comenzaran á escucharse las instancias del papa.

Clemente VIII habia enviado á Madrid, en 1593, una mision que, con pretexto de pedir á España socorros contra los turcos, debia sugerir la primera idea de reconciliacion con Francia (4). Despues, en 1595, envió á su sobrino Giovanni Francesco Aldobrandini, cerca de Felipe II. La tercera gestion fué la única bien acogida, y fué la de Buenaventura Calatagirone, general de los franciscanos (5). En tal momento acababa Felipe de perder, con Amiens, su última esperanza, y la solucion era ya inminente.

II.—Interés de Enrique IV por la paz

Así como, por su declaracion de guerra á España, habia obligado Enrique IV á los ligueros á pronunciarse por él ó por los españoles, la paz con Felipe II debia quitar todo pretexto de hostilidad contra él á los descontentos. Sabia que los fanáticos volverian de buen grado á la guerra civil; veíales irritados por el triunfo de los moderados, á quienes odiaban más que á los hugonotes, segun costumbre, y estaba obligado á decirles:—Soy católico y no permito que nadie en mi reino afecte ser más católico que yo.

Pero, sobre todo, pensaba en los intereses no políticos que favorecia la paz. Queria componer los caminos, plantarlos de árboles, procurar el bienestar de sus súbditos, despues de tan largo período de sufrimientos. Pensaba ya en reunir los dos mares por el canal de Languedoc, y uno de sus primeros actos, despues de la paz, fué enviar dos ingenieros al Languedoc para hacer las nivelaciones y los planos (6).

En fin, era preciso evitar que el duque de Mercœur se dejara tentar por Felipe II y le entregara la Bretaña. Sostenido por las guarniciones españolas de Nantes y Blavet, Mercœur tenia la pretension de ser soberano inde-

(1) Este privilegio fué reconocido pocos años ántes: en 1581, el embajador de Mantua rompió igualmente la vara de un alguacil, y fué por ello preso y azotados sus domésticos, haciéndose entonces constar que el derecho de asilo pertenecia sólo al nuncio y á los embajadores del imperio, de Francia y de Venecia. *Cartas* de Madrid, 17 de octubre 1581.

(2) Herrera, t. III, p. 663.

(3) *Ibid.* p. 708. «No alterando el estilo que se solia tener.»

(4) Mision de Camilo Borghese. Las instrucciones son del 6 de octubre de 1593.

(5) Herrera, t. III, p. 698.

(6) Encarga de los detalles al condestable Montmorency. Creo que este hecho no es muy conocido. Montmorency envia sus instrucciones al cardenal de Joyeuse con los ingenieros y los fondos necesarios para los primeros estudios. El cardenal contesta, despues de pedir datos (Ms. Bibl. nac. franc. 3071, fol. 85, el 20 de junio 1601): «Muy Sr. mio: tengo mucho gusto de ver que habeis tenido á bien informaros del negocio de que se habla por aquí de hacer comunicables los dos mares por medio de un canal que puede hacerse con la autoridad que vos teneis. Los señores Garrigues y Raveau que habeis enviado, han puesto ya manos á la obra en la nivelacion, habiendo recibido el dinero necesario, segun vuestras órdenes. En cuanto hayan terminado, no dejaré de ir yo mismo al lugar á ver lo hecho y sin demora os daré cuenta de ello, para satisfacer el deseo que teneis de informar al rey. Entre tanto os beso humildemente las manos por el favor que me habeis hecho escribiéndome particularmente para un negocio tan importante, al cual contribuiré hasta donde me sea posible en servicio de S. M. y en obsequio vuestro.»

pendiente, continuaba la guerra y no se sometió hasta el 20 de marzo de 1598, pocos dias ántes de la paz definitiva en toda Europa. Exigió y cobró de Enrique más de cuatro millones en dinero, pero se vió igualmente despreciado por españoles y franceses y fué á morir oscuramente á Hungría.

El deseo de la paz era tan general, que el celo de un subalterno bastó para determinar los preliminares. Un antiguo servidor del viejo Bernardino de Mendoza, llamado Nuñez, hubo de rogar á Entragues, á quien habia conocido entre los asalariados de la embajada española y encontraba ahora entre los cortesanos de Enrique IV, que le proporcionara una audiencia con el rey de Francia. Fué recibido Nuñez y se declaró encargado por Bernardino de Mendoza de proponer un matrimonio entre Enrique IV y la infanta Isabel (1). La idea era peregrina. El rey envió á Bernardino su confidente La Varenne, hombre cuyo oficio no habia sido hasta entónces mezclarse en matrimonios legítimos. Este confidente fué acogido en España como agente oficial y se vió rodeado de obsequiosas distinciones. Desde su llegada pudo hacer adoptar un proyecto de conferencias para la paz, y los plenipotenciarios se reunieron en Vervins.

III.—Los matrimonios

La dificultad para Felipe II no era renunciar á Blavet y á Calais y á las ciudades de Picardía, ganadas por Rosne y Fuentes; no era abandonar á los últimos ligueros, que como el duque de Aumale «hablaban muy bajo» (2), ni tampoco sellar una reconciliacion con los herejes ingleses. El sacrificio cruel era abandonar los Países Bajos.

Y á los Países Bajos, íntegros, es á lo que ha de renunciar. Holanda y Francia están de acuerdo para no separarse una de otra por un Flandes español. Felipe II no puede evitar que Flandes forme un Estado independiente de su corona: todo lo que gana es desposeerse de estas provincias en provecho de su hija Isabel. Pero no puede creer que Dios quiera despojar así á una familia real: Dios lo abandona momentáneamente, lo castiga por sus pecados, lo prueba; pero Dios hará entrar de nuevo á Flandes en los dominios de España. Felipe II conoce bastante los deberes de Dios para atreverse, con su lógica de fanático, con su manía de ayudar á Dios, sin cosa de escrúpulo en esta hora suprema «ya acosado por la muerte,» á cometer una accion monstruosa.

En compensacion de su renuncia á los Países Bajos, Felipe II hizo que los plenipotenciarios de Vervins le concedieran extrañas condiciones, que ninguno de ellos se explicó por el momento ni intentó discutir, pero que proyectan hoy una claridad deslumbradora sobre el pensamiento del moribundo.

Con efecto, consiente en la renuncia, á condicion de que la soberanía pase á su hija Isabel y que ésta se case con el cardenal archiduque Alberto: la renuncia será nula, si no se efectúa este matrimonio, ó si la infanta queda viuda y vuelve á casarse. Finalmente, se conviene en que si Isabel muere sin hijos, volverá Flandes á la corona de España.

Ahora bien, Felipe II está cierto de que su hija no tendrá prole en su union con el cardenal archiduque, pues sabe que éste adolece del mismo defecto natural que el príncipe Don Cárlos, que el rey Don Sebastian, que el emperador Rodolfo (3), y no será nunca un marido. Resueltamente sacrifica á su hija predilecta, para que muriendo sin hijos, recobre España á Flandes, y acaso, si Dios se apiada, tambien á Holanda.

Así se explican las cláusulas que la despojan, si se casa con un hombre y no con el impotente Alberto.

El defecto del archiduque no era un secreto. El ejército de Amiens le habia dado el apodo de *hombre débil* (4); Calatagirone, general de los franciscanos, conocia este achaque; Enrique IV gustaba de referir sus pormenores (5). Pero no causó inquietud la certeza de esta reversion á España; á lo ménos se ganaba tiempo, el de la vida de Isabel: habia impaciencia, vehemente deseo de paz, y nadie puso obstáculos á la mala accion de Felipe II.

Unicamente Alberto parece haberse turbado un poco ante esta necesidad de casarse. Habia sido nombrado arzobispo de Toledo (6), y hu-

(1) Perrens, los *Matrimonios españoles*.

(2) Ms. de Berlin, extractos publicados por Gachard. *Bol. Comis. real hist.* 1873, p. 38 y siguientes. Aquí está la correspondencia de los plenipotenciarios franceses Biron, Bellievre y Sillery, con Enrique IV y Villeroy. Véase tambien Ms. Bibl. nac. franc. núms. 16135 y 16136, 18066 á 18071, y 23629 á 23631.

(3) Y que Juan Guillermo de Güeldres, nieto, como Alberto, del emperador Fernando.

(4) Lestoile, p. 289.

(5) La narracion de Enrique IV está publicada por Gachard, *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, segun la carta de Aersen, agente de las Provincias Unidas en Francia á los Estados generales, del 27 mayo 1599, p. 190.

(6) A la muerte de Quiroga en 1595.

bo de oponer algunas dificultades para renunciar á tan opulenta silla: solicitó del papa que no admitiera su renuncia sino en forma condicional, para que no fuera válida, si se rompia este casamiento. ¿Era una tentativa de resistencia á la voluntad de Felipe, ó simple codicia del aleman avisado que teme perder á la vez la mujer y la mitra? El nuncio Mateucci (1) creyó, al parecer, que Alberto queria sólo conservar algo, si se le escapaba la soberanía, y hubo de rogar al papa que admitiera la dimision del arzobispo hasta el dia del casamiento, *ex nunc prout ex tunc*. Alberto espera un mes más para despojarse del capelo (2): tal y tanto era su temor de verse abandonado por su terrible suegro.

Pero con él iba Felipe II de buena fe; hubo de prevenir tambien á su hija y obtener su asentimiento; sólo señalaba los dados en su juego con los soberanos extranjeros. Hasta se concertó con Alberto (3) para defraudar las estipulaciones de la paz que firmaba y mantener guarniciones españolas en las ciudades que se comprometia á ceder.—Los gastos, decia, serán de mi cuenta y las plazas se conservarán por mí, el príncipe mi hijo y esta corona, todo el tiempo que parezca conveniente: sabed que está convenido así desde el principio, pero conviene el secreto.

El matrimonio debia celebrarse en Madrid á la vez que el del príncipe Felipe con su prima Margarita de Austria (4). Alberto dejó el gobierno de Flandes á Don Francisco de Mendoza, almirante de Aragon (5), salió á recibir á la princesa Margarita y la condujo á España. En el camino recibieron la noticia de la muerte de Felipe II.

CAPÍTULO IX

MUERTE DE FELIPE II

1598

EJÉRCITO DE PIOJOS.—OJEADA SOBRE EL HOMBRE

I.—Ejército de piojos

La gota, la costumbre de una vida sedentaria y probablemente tambien los remedios de los médicos, habian consumido á Felipe II de mucho tiempo atrás. Antes de haber llegado á los setenta años no podia ya tenerse en pié ni sentado. No tardó en saberse esta postracion en toda Europa y se volvieron los ojos hácia su hijo, el débil príncipe Felipe. «Espero que Dios me concederá la gracia de que, habiendo servido á S. M., podré servir igualmente á V. A.» escribian ya los cortesanos desde otras tierras (6).

El mártes 30 de junio de 1598 se acostó el rey en una litera y se hizo trasladar al Escorial (7). Sin poderse levantar y estando siempre de espaldas, continúa despachando, haciéndose dar cuenta de los expedientes. Al cabo de tres semanas, le obliga ya la fiebre á dejar el trabajo. En la mano derecha y en el pié del mismo lado se le abren unos tumores, y su médico, Mercado, anuncia que se aproxima el fin. Se le hincha luégo una rodilla y se le abre tambien. El enfermo permanece en la misma cama cincuenta y tres dias sin poderse mover; no se le muda de ropa ni se le lava, y las sábanas se impregnan de las evacuaciones, de los sudores y supuraciones. La miseria invade aquel pobre cuerpo (8); corróese la raíz de cada pelo; el

(1) Gachard, Archivos del Vaticano, p. 90. El nuncio al papa, 8 junio, 1598.

(2) *Ibid.* p. 92, del 13 de julio 1598. «L'habito cardinalitio.»

(3) *Corresp. de Felipe II*, Prólogo del t. II, carta del 3 jun. 1598.

(4) Hija del archiduque Fernando y de María de Baviera. Tenia catorce años y el príncipe Felipe veinte.

(5) Hermano del marqués de Mondejar. Habia ido á Flandes con Alberto, llevando al hijo mayor de Guillermo de Orange, embrutecido por la educacion recibida en España.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1569, p. 209, clasif. por error como del n.° 1590, carta del duque de Arschot al príncipe Felipe, Paris, 24 de junio 1598.

(7) Véase la relacion Q. 135 de la Bibl. de Madrid, extractada por Gachard.

(8) Mignet, *Antonio Perez*, cita el Ms. de la Bibl. nac. donde se lee esta frase: «Una asquerosa phitiriase con un exercito innumerable de piojos.» Véase tambien la relacion hecha al tenor de las declaraciones de los médicos y los capellanes. Bibl. nac. Oc 248. *Testimonio*

vendaje saca de la pierna dos escudillas de pus; la carne se desprende de los lomos y de las espaldas; y los parásitos devoran toda su piel, á la vez que la gangrena sus llagas. El rey siente tal repugnancia de sí mismo, que haciéndose enseñar su féretro, forrado de raso blanco, recomienda que se coloque préviamente el cuerpo en un ataud de plomo para que no manche la seda.

«Yo he querido, dice á su hijo, que os hallásedes presente, para que veays en qué vienen á parar los reynos y los señoríos deste mundo, y que sepays qué cosa es muerte, aprovechándoos dello, pues mañana habeys de comenzar á reynar.»

Felipe II murió el 12 de setiembre, con los ojos fijos en un crucifijo.

II.—Ojeada sobre el hombre

«Lo que solamente vivia ya en el rey era el sentimiento de sus pecados, el qual le daba un dolor tan vivo, que despues de haberle abierto la pierna, preguntado por el príncipe si era mucho el dolor que padecia con la nueva llaga, respondió:—Mucho más me duelen mis pecados.»

Despues, volviéndose á su confesor, Fray Diego de Yepes, «Padre confesor, le dijo, vos estays en lugar de Dios, y yo protesto que haré lo que me dixeredes que es menester para mi salvacion, y así estará por vos lo que yo no hiciere porque estoy aparejado para cumplirlo todo.» Y mandó á Mora tomar nota de estas palabras para que sirvieran á la remision de sus pecados.

¿Qué pecados?

¿Qué recuerdos surgian en aquella alma, ocasionándole angustias superiores á las torturas de la carne?

No, no eran las visiones, ni los burgueses de Flandes, ni los campesinos de Portugal, ni los soldados sacrificados á millares en Francia, ni Montigny, ni Orange, ni el Justicia de Aragon, ni los olvidados indios, ni los católicos de Inglaterra excitados al asesinato, ni los genoveses robados, ni los judíos quemados. Todavía, muriéndose á pedazos en su infecto lecho, hubiera inspirado á su santa Inquisicion, contado las vueltas de cuerda, designado ciudades que despoblar, escuchado á Deza ó á Fray Diego de Chaves: hasta el último aliento vivian con él sus ilusiones sobre su método de servir á Dios. Habia sido demasiado clemente, lo cual era ya un primer dolor: en vez de destruir sólo á los moriscos de Andalucía, hubiera debido exterminar á los de toda España. «El año cuando se perdió la poderosa Armada, refiere Don Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, me atreví á dezir á S. M. que habiendo gastado mucho tiempo en descubrir qué causa podia aver para que Dios permitiesse aquel mal sucesso, se me havia ofrecido una cosa de mucha consideracion... Le embió á mandar un profeta que destruya á los Amalequitas, sin dexar hombres, mugeres, ni niños, aunque sean de leche, y porque no cumplió exactamente su mandamiento, cayó en indignacion de Dios» (1).

Bueno que los teólogos se ingenien en estas argucias; la conciencia del moribundo se estremece bajo el peso de muy diferentes remordimientos: ve las impudicicias de su mocedad, sus condescendencias con los Ebolis, su cruel envidia contra Don Juan de Austria, un escogido de Dios, los cristianos degollados por su culpa en Túnez, el asesinato de Escobedo, los valerosos guerreros abandonados en Holanda por celos contra Farnesio. Por estos pecados es un réprobo, su vida es maldita y le espera condenacion eterna. Porque su Dios no se engaña, y este Dios ha querido verle más bien vencido que aceptarle por colaborador de su gloria.

Seria una conjetura ociosa calcular lo que habria sucedido si Felipe II hubiera interceptado la civilizacion, con su sistema de monarquía universal. No podia lograrlo: no tenia cualidades ni poder necesario para ello.

Carecia de toda idea de aprovechamiento del tiempo; no poseia ni la ciencia de los esfuerzos rápidos, ni el arte de adaptar su voluntad á los variables acontecimientos. Diseminaba sus recursos; aplicaba demasiado tarde los remedios; chocaba con las fuerzas en vez de utilizarlas, ahora fueran estas las de los hombres, como Don Juan de Austria, Granvela, Farnesio, Santa Cruz, todos anulados por él y empujados á la desesperacion; ahora fueran la energía y la riqueza de sus pueblos, como las de los burgueses del Norte ó de los moriscos de Granada; ó bien las tradiciones de la Iglesia, que falseó con

auténtico de las cosas notables... por el licenciado Cervera de la Torre, Valencia, 1599. «Notable cantidad de corrupto humor de olor muy malo... Cámaras de pestilente humor en la misma cama, sin mudarse la ropa de abaxo en todo el discurso de su enfermedad.»

(1) Estas cartas de Don Juan Ribera á Felipe II están publicadas en un volúmen impreso en Roma, en 1734, que no he podido yo haber á la mano. M. de Circourt no ha sido mas afortunado (*Hist. des Arabes*, t. III, p. 168). Las citas están extractadas de las que hace Buckle (*History of civilisation*, tomo IV, pág. 59), que poseia un ejemplar.

su Inquisicion y sus máximas de dominacion secular.

Faltábale tambien el poder. España no estaba ni bastante poblada ni bastante cultivada; Italia no era bastante militar; América no era aún bastante rica: todas las bases flaqueaban bajo el peso que las hacia suportar.

Pero aunque hubiera tenido súbditos por todas partes sumisos, soldados renovados sin cesar, tesoros inexhaustos siempre, se habria estrellado contra dos obstáculos: la Reforma, cuya expansion era irresistible: y el papado, cuyo vigor estaba intacto. Ni el papado ni la Reforma podian acomodarse con un monarca, segun la Biblia, que se sustituia al Soberano Pontífice como representante del Señor, y á la conciencia como protector de la fe.

Felipe II hubiera podido desentenderse de Francia y de Inglaterra, tolerar las riquezas de los flamencos, empujar hácia el Nuevo Mundo la actividad de los holandeses y contra el Oriente la de los españoles, regularizar sus impuestos, hacer refluir hácia España el producto de las tarifas libremente consentidas por sus grandes ciudades del Norte, y los de las barras, pedrería y especias de América. Con esto hubiera dejado una España rica con su industria, gloriosa por sus triunfos contra los turcos, orgullosa de sus fueros.

Pero la corona de Inglaterra, que le fué impuesta desde su juventud con la mano de María Tudor, torció sin duda su destino. Creyóse destinado por la Providencia para atraer á los hombres al catolicismo y mantenerles en él; refirió fatalmente su pensamiento á este primer reinado, se creyó en el deber de importunar á los ingleses, de irritarlos hasta ponerlos contra él: entónces aprendieron el camino de las ricas presas y á causar las grandes catástrofes del reinado.

Otra fatalidad fué la facilidad é importancia de la victoria de San Quintin. Creyó que los franceses no tenian ningun valor militar, que los venceria constantemente; y en realidad los venció siempre que no los acaudilló un Francisco de Guisa ó un Enrique IV. Nuestra nacion no se bate, si no está bien mandada: á las órdenes de Enrique IV, no conoce la derrota; con un general incapaz, no suministra un soldado. Es toda nuestra historia: no somos dignos de ser soldados sino con un hombre digno de ser general.

Así, las dos primeras dichas de la vida de Felipe II, su dominacion sobre Inglaterra y su victoria de San Quintin, le hicieron pensar toda su vida en Inglaterra y en Francia. De aquí su olvido de Italia y de América, su menosprecio de Argel y de Túnez, su descuido para con los turcos tan luégo como los venció. Los deja que tomen la Goleta, que asolen á Hungría, que amenacen á Viena; no se cura más que de Francia, de Inglaterra y los Países Bajos.

Se atrae espontáneamente el odio de los flamencos; olvida sus juramentos que consagraban las franquicias locales; juzga que su autoridad no puede tolerar instituciones garantidas por las leyes: de duque de Brabante quiere llegar á ser monarca absoluto. Sus ultrajes á la constitucion toman por pretexto los progresos de la Reforma. Pero la aristocracia católica comprende que está amenazada la independencia nacional y organiza la resistencia contra la revolucion intentada por el rey. Esta patriótica defensa de las leyes tiene por partidarios á los reformados, que eran tenidos por los primeros: así, cuando el rey destruyó la aristocracia liberal, la lucha por los derechos del país se trasforma poco á poco en guerra de religion. Despues de los desaciertos del duque de Alba, prueba Felipe á transigir; despues sospecha de Don Juan de Austria, como codicioso de Inglaterra, y vuelve á las ideas de represion; pugna sucesivamente con todos sus gobernadores y olvida súbito los Países Bajos para concentrar todos sus esfuerzos en Portugal.

Embriagado con la posesion de Portugal y la victoria de las Azores, donde se le hace creer que ha hecho huir á los ingleses, se exalta á la idea de conquistar á Inglaterra, desdeña los planes de Farnesio y envia su armada un año demasiado tarde.

En Francia se pronuncia igualmente demasiado tarde, y despues de tarde, envia muy poca tropa para distribuir en muchos puntos. Muy luégo se ve en la necesidad de mantener un ejército en Aragon; ve luégo saqueado á Cádiz y amenazada toda Andalucía; suspende sus pagos y comprende que el mundo está cansado ya de él.

«De los de Flandes los rebeldes son enemigos públicos, y los demás sin dubda lo son secretos; los de Italia y Portugal son tambien enemigos secretos; los de Aragon se tienen por ofendidos; y así los amigos solos desta corona son las Indias y los reynos de Castilla.» Así resume el estado moral de la monarquía uno de los nuevos ministros que llama Felipe III (1).

(1) Esta relacion es de Baltasar Alamos Barrientos, consejero de Hacienda de Felipe III, en 1598.

Felipe II ni siquiera habia sabido producir la cohesion en la misma España: durante los cincuenta años que siguen á su muerte, el Rosellon se anexiona á Francia, Cataluña vive veinte años en república bajo el protectorado de Francia, Portugal vuelve á ser reino independiente, Aragon está á punto de proclamar por rey al duque de Hijar y Andalucía prepara un levantamiento con el marqués de Ayamonte. Cuando no se respetan ni los derechos de las corporaciones, ni la libertad de los particulares, se acaba por el fraccionamiento y la vergüenza.

Sin embargo, bien que Felipe II aparezca como un obstáculo en la marcha de la civilizacion y como un azote para España, los españoles guardan un verdadero culto á su memoria, y se explica fácilmente esta paradoja nacional. Generalmente, un pueblo se apega al hombre que lo embrutece, y hasta puede decirse que no sufre los excesos de un amo, sino cuando está maduro por sus instintos para el despotismo; de tal manera, que el monstruo alega por disculpa los vicios de los demás. Felipe II no es el único responsable del violento papel que desempeñara España bajo su reinado; no es la causa única de esta sobrexcitacion febril. Un hombre, cualquiera que sea su genio, rara vez imprime movimiento á su generacion, si no encuentra en torno de sí las fuerzas que lo esperan. Se puede discernir en la catástrofe hasta dónde se extienden las faltas del hombre y dónde comienzan las de la nacion.

Despues de seis siglos de lucha por la existencia sostenida contra el islamismo, los españoles habian llegado á confundir en un solo amor la patria y la religion, y á considerar sólo útiles á la nacion el soldado y el sacerdote: de aquí el horror al cambio, puesto que la religion responde á todas las necesidades; y el desprecio del trabajo, puesto que la guerra es la primera necesidad de la vida. Así, se aferran á sus ideas, viven en un mundo de milagros y proezas y vienen á ser otro pueblo de Dios, que cifra su felicidad en la fe y en la guerra. Pero la fe, para los ignorantes, es la supersticion; la guerra abandona el trabajo á los esclavos, y desde entónces viene á ser la Inquisicion una institucion nacional y la agricultura un objeto de desden. Y por una parte se llega hasta al paganismo.—«¡Oh esposa de Cristo! se decia á una piadosa monja (1), ¿cómo os pagará vuestro esposo los servicios que le haciays?» Y por otra parte se gusta de la pereza.—«Sufren más bien el hambre que el trabajo: el trabajo, dicen, es para los esclavos» (2).

Tenian una probabilidad de sustraerse á las consecuencias de este estado mental: su antiguo sentimiento de resistencia á la centralizacion. Pero las libertades municipales sucumben en Castilla bajo la mano de Cárlos V, y en Aragon bajo el pié de Felipe II. Y caen entónces en las redes de los voraces empleados y de los inquisidores dóciles al rey. En toda Europa se despierta el espíritu humano; duda, busca, inquiere. España no se mueve; está hechizada al rededor de las tumbas del Escorial.

Una nacion que no ha sabido defender sus libertades municipales, que renuncia á buscar la verdad, que está orgullosa de «no dejarse deslumbrar (3) por ásperos cálculos é intrincadas demostraciones geométricas, con que astuto el entendimiento disimula el engaño con los disfraces de la verdad, y de mirar las matemáticas como la alquimia en la física, que da apariencias de oro á lo que no lo es,» se deja llevar á decir «la ciencia es un crímen, la ignorancia la primera virtud» (4); se obstina en una ciega tradicion, hace lo que hicieron sus padres y nada más. En Almaden, los primeros mineros abrian verticalmente los pozos para explotar el cinabrio: cuando los pozos habian atravesado la vena, debia continuarse la explotacion por galerías horizontales. Pues nada: el abuelo ahondaba verticalmente; verticalmente ahondaba el nieto, y no encontrando mineral, abandonaba el sitio á los operarios alemanes. En Madrid, los primeros habitantes tiraban á la calle los excrementos, y así vinieron haciéndolo sus descendientes, hasta Cárlos III que fabricó albañales. —¡Qué temeridad! exclamaban los madrileños. ¡Qué olvido de la sabiduría de nuestros mayores! (5).

(1) Historia de la fundacion de *Religiosas capuchinas*, por el Padre Fons, de la Compañía de Jesus, Barcelona, 1649.

(2) Mad. d'Aulnoy, *Relacion del viaje de España*, Lyon, 1693, t. II, p. 369.

(3) Forner, Oracion apologética por la España, Madrid, 1786, pág. 38.

(4) Saint Simon, *Memorias*, t. XII, p. 102.

(5) Véase Historia de Felipe II, apéndice B del tomo III; y tambien Cabarrus, *Elogio de Cárlos III*, Madrid, 1789. «Se conmovió el vulgo, y tuvo varias autoridades á su favor la extraña doctrina de que los vapores mefíticos eran un correctivo saludable de la rigidez del clima.» Véase además Rio, *Historia del reinado de Cárlos III*, Madrid, 1856, t. IV, p. 54. «Le presentaron dictámenes médicos en que se defendia el absurdo de ser elemento de salubridad la basura.» *Id. Ibid.* t. I, p. 267. «Le presentaron cierta originalísima consulta hecha por los médicos bajo el reinado de uno de los Felipes de Austria y reducida á demostrar que, siendo sumamente sutil el aire de la poblacion, á causa de estar próxima la sierra de Guadarrama, ocasionaria los mayores estragos si no se impregnara en los vapores de las

Así, Felipe II se conformaba con los instintos de su pueblo cuando mantenia la inmovilidad y la ignorancia en el interior; cuando no consideraba á sus súbditos de los Países Bajos, de Italia y América sino como materia imponible. Sus culpas propias son sus esfuerzos contra Inglaterra y Francia, su negligencia para con el ejército, sus celos contra los hombres superiores. ¿Puede llamarse decadencia al estado en que dejó su reino? Lo que viene á ser una nacion de cruzados bajo una dinastía de reyes segun la Biblia, España misma lo muestra.

Hemos visto la fabricacion de la moneda y la explotacion de las minas de Almaden abandonadas á los alemanes; inundadas las minas de Guadalcanal hasta que lady Herbert Spencer llevó á ellas operarios ingleses, en 1728; los tejedores de Sevilla son holandeses, irlandeses los de Segovia, bearneses los segadores de Aragon (1). De Holanda son los constructores de sus navíos; de Holanda y de Francia van las cartas geográficas y hasta las drogas de los boticarios, cuya primera oficina se estableció en Madrid en 1776. Todavía no hay en 1786 curso de matemáticas ni de diseccion; no se conoce la circulacion de la sangre hasta 1787. Ni siquiera se enseña la esgrima (2).—«Nunca, dice el duque de Saint Simon durante su embajada en Madrid (3), nunca ví frailes tan gordos, tan altos, tan groseros, tan petulantes. El orgullo les salia por los ojos y por todos sus movimientos. Estos frailones codeaban á las damas y áun á la Camarera mayor, las cuales, á esta indicacion, les hacian una profunda reverencia, besaban piadosamente sus mangas y repetian sus humildes reverencias.»

Los primeros Borbones que fueron á reinar sobre aquel vasto monasterio, encontraron á los españoles de tal manera modelados para la ociosidad y la ignorancia, que no pudieron utilizarlos.—«Tendreis la bondad de enviarme un hombre para la hacienda, ó no habrá hacienda» (4). Gobernaron con la princesa de los Ursinos, el mariscal de Tessé, el realista Orry, y despues con el italiano Alberoni, el holandés Ripperda y el aleman Konigseg.

El cambio de régimen permitió lentamente á España regenerarse bajo la dinastía de los Borbones. Al advenimiento de Cárlos III, en 1759, esto es, más de ciento sesenta años despues de la muerte de Felipe II, comienza una nueva era para España. Cárlos III, que desde su juventud fué sustraido á la influencia de la educacion monástica, es un príncipe ilustrado que emplea tambien extranjeros, como el siciliano Esquilache, el irlandés Wall, el francés Cabarrus; pero tambien á dos españoles de un talento superior, á los precursores de los hombres de Estado de la España Constitucional, los condes de Floridablanca y de Aranda.

---

inmundicias desparramadas por las calles.» Buckle cita tambien á un viajero inglés que recogió en Madrid esta rara tradicion. «Being desirous to know why so beastly a custom is suffered, they say it is a thing prescribed by their physicians; for they hold the air to be so piercing and subtle, that this kind of corrupting it with these ill vapours keeps it in good temper.» Véanse igualmente las *Cartas del abate Galiani*, publicadas por Luciano Perey y Gaston Maugras, tomo II, pág. 411, y la curiosa nota que sobre este episodio añaden los editores, fundada en las *Memorias* del baron de Gleichen. Véase por último la *Descripcion de Madrid*, por Enrique Cock, publicada por primera vez por Morel Fatio y Rodriguez Villa, pág. 28 de la introduccion. Esta descripcion en verso latino dice del Prado:

Aptus adulterio et plantandi cornua campus.
Pero el alcalde vigila con cuidado
Ne quemvis lædat Gallorum morbus amantem.

(1) Y aun en tiempo de Voltaire por los auverneses y lemosinos. (Voltaire, la *Biblia*, p. 294).

(2) Mad. de Aulnoy.

(3) *Memorias*, t. XII, p. 244. Habla de los religiosos de Nuestra Señora de Atocha.

(4) Louville á Torcy, t. I, p. 149.

FIN DE LA HISTORIA

APÈNDICES

I

La madre de Cárlos V

Siéntese cierto disgusto en desgarrar una página de historia que expone hechos conocidos y aceptados por todo el mundo, reanimados por los pintores y cantados por los poetas. La vacilacion sube de punto, cuando con actos criminales hay que sustituir una leyenda patética. Pero cuando aparecen de súbito las pruebas despues de trescientos años, no es cosa de cerrar los ojos. Hay una emocion más honda y muy más instructiva que en la leyenda en los detalles de la lucha verdadera entre una madre, cuya abnegacion nunca se cansa, y un hijo á quien ha depravado el hábito del poder. Así lo han creido los sabios del *Record Office* al publicar los documentos que revelan la suerte de la madre de Cárlos V (1).

I

Hasta nuestra época, admitian como hecho rigorosamente demostrado los historiadores, que la heredera de los reinos de Fernando de Aragon é Isabel de Castilla se habia vuelto loca de pesar á la muerte de su marido Felipe el Hermoso. Este recuerdo corrió siempre unido á su nombre y no se la conocia sino por *Juana la Loca*. Ante esta incapacidad el poder vino á caer en manos de su hijo. Los episodios de este drama íntimo se presentan en estos términos por un historiador de Cárlos V (2): «Siempre á la cabecera de la cama, durante todo el curso de la enfermedad de su esposo, ni los ruegos ni las instancias pudieron arrancarla de allí un momento, con estar en el sexto mes de su embarazo. Sin embargo, cuando su esposo espiró, no derramó una lágrima, no dió siquiera un suspiro: su dolor era mudo y tranquilo. Pero continuó al lado del cuerpo de Felipe con la misma solicitud y ternura que si hubiera estado lleno de vida. Luego que con su vénia lo enterraron, hizo que lo sacaran del sepulcro y se lo llevaran á su propia habitacion, donde vestido con su más precioso traje, lo puso en una cama de respeto. Y como hubiera oido contar á un fraile la historia de un rey que resucitó á los catorce años pasados de su muerte, convertia los ojos al cuerpo inanimado y de hito en hito lo miraba en la esperanza de que volviera á la vida. Para colmo de demencia estaba celosa de su marido muerto y no permitia que sus damas se acercaran á la cama de respeto.»

La poca verosimilitud de estas invenciones pintorescas no fué parte á impedir que se acogieran sin discusion; y precisamente bajo esta forma deseaba Cárlos V que se conocieran los hechos: no dictó él los términos; dejó sólo que se desarrollara la leyenda. Fué indicada con vacilacion por el cronista Sandoval, referida en cartas particulares por Pedro Martyr, y acogida y desenvuelta mucho más tarde por el jesuita Mariana (3). La correspondencia de Cárlos V, con todas las piezas relativas á la reclusion de Juana la Loca, se hallaba en la torre de Simancas, encerrada en un cofre, bien conocido, que nadie se atrevia á abrir: la autoridad que habia impuesto el suplicio y exigido el secreto parecia tan formidable, áun despues de tales y tantas revoluciones, que todos temblaban y se guardaban muy mucho de llevar la mano á aquel cofre cerrado hacia siglos. Uno de los archiveros que empleaba Inglaterra en copiar en España las piezas relativas á su historia, se obstinó ante el cofre misterioso y pudo al fin, en 1868, registrar los tan guardados documentos.

Pocos detalles ofrecen sobre la infancia de la princesa Juana. Puede creerse que era de carácter obstinado y taciturno, sin ser por eso altanera y agria como su hermana Catalina, casada con Enrique VIII de Inglaterra; sábese además que preferia las costumbres religiosas de los sacerdotes franceses á las prácticas estrechas y fanáticas del clero español: es uno de los primeros cargos articulados contra ella.

«Ha dado treinta florines á uno de esos beodos de Paris» (4), escribe uno de aquellos religiosos españoles que bebian agua clara, se disciplinaban las espaldas en medio de sus costumbres disolutas y aborrecian al clero secular. Tenia á la sazon diez y ocho años (5), y

(1) Calendars of letters and state papers relating to the negociations between England Spain, preserved in the archives de Simancas and elsewhere, edited by G. A. Bergenroth. Supplement to vol. I, and. II. Longman, 1868.

(2) Robertson, lib. I, pág. 301, version Suard.

(3) Lib. XXIX, cap. III y V.

(4) Fray Andrés á la reina Isabel, 1.° setiembre 1498, p. 50.

(5) Nació en 1479, perdió á su madre el 26 de nov. de 1504, y á su marido el 25 de set. de 1506.

hacia uno que estaba casada con un príncipe austriaco que la golpeaba, al parecer, y positivamente le faltaba á la fidelidad conyugal, como quiera que no se ocultaba para cortejar á sus damas de honor. De cómo estas humillaciones íntimas agriaron el carácter y excitaron los nervios de la jóven princesa, uno de sus cortesanos lo refiere con una ingenuidad que permite apreciar exactamente el estado mental de Juana en aquella época (1): Bien que fuera muy hermosa y lo más gentil de su persona que pudiera verse jamás, y tan cabal para querer que no tardó más de un año en tener un hijo, no embargante, por la juventud del rey y por los malos consejeros que tenia, la buena de la reina dió en tener algunos celos y nunca los ha podido dejar; y ha ido esto tan adelante que la buena de la reina no ha tenido en tres años más gusto ni sosiego que una mujer condenada ó falta de juicio. Y á decir verdad tenia á las veces razon, porque como os he dicho, su marido era hermoso, jóven, fuerte, y le parecia que en esto del amor podia hacer más de lo que hacia; y por otra parte trataba con gente moza que le traian mensajes y presentes de ciertas damiselas y sabian llevarlo á malos pasos. Con esto la buena de la reina estaba como mujer desesperada, encerrada siempre y tan aburrida qne no queria ver ni hablar á nadie, salvo á los que necesariamente habian de servirla... Y luégo que vino á su reino, no paró hasta que las damas que estaban en su compañía fueron despedidas; y hubiera querido dar á conocer públicamente sus celos y su locura, y tanto hizo que se quedó sin compañía de mujer.

Disensiones conyugales, indocilidad para con los frailes y obstinacion de carácter no bastan para constituir esos síntomas de locura inminente que llaman los sabios *neurosis vesánica*. Sin embargo, el mismo padre, el rey Fernando, hubo de concebir, al parecer, el proyecto de hacerla pasar por incapacitada, á fin de conservar solo el poder en detrimento de su hija y de su yerno, cuando vió á la reina Isabel en su última enfermedad. Fernando de Aragon, que con un sistema de hábiles perfidias acababa de afianzar la dominacion de España é Italia, no estaba dispuesto á ceder la corona de Castilla, y aprovechándose de la ausencia de Juana y de Felipe, que se hallaban en Flandes, hizo dictar á su esposa moribunda letras patentes bajo esta fórmula: «Por cuanto puede acaecer que la princesa esté absente, ó estando en los reynos no los quisiere ó podiere regir ó gobernar... el rey Fernando conservará el poder en Castilla» (2).

Primero y precioso paso. El padre ha notado con alegría los pesares y extravagancias de su hija, y los explota junto al lecho mortuorio de la madre, buscando vagas palabras que velen su pensamiento para que el amor maternal no se subleve; y todavía hace repetir las mismas palabras en el testamento para poder invocar este doble testimonio, cuando llegue la oportunidad de despojar á su hija.

Pero Juana tiene un defensor. Su marido Felipe de Austria, que no quiere dejarse despojar por su suegro de la herencia de Isabel la Católica, denuncia á la Europa esta maquinacion y escribe á Gonzalo de Córdova, el Gran Capitan, que Fernando de Aragon, á fin de dar buen color á la usurpacion de dicho gobierno, hizo publicar y correr la voz de que la reina su hija estaba loca, por lo cual debia él gobernar en su nombre. Despues se presenta audazmente en Castilla declarando que el rey D. Fernando, su suegro, habia usurpado sus reinos privando de ellos á la reina su esposa y á sus hijos.

Fernando se habia en efecto apoderado de Castilla en cuanto murió su esposa, declarando que su hija estaba demente y que su marido la tenia encerrada, lo que segun las palabras textuales de Felipe el Hermoso, eran *embustes y patrañas* infinitas (3).

Véase pues en qué circunstancias y por qué interés viene á caer esta imputacion en la pobre reina. Se ve á quién la acusa y á quién la defiende; pero ¿tenia Felipe noble interés en defenderla? En vano se llama y hace llamar Felipe I, rey de Castilla: el poder real, efectivo, la fidelidad de los vasallos, los votos de los próceres son exclusivamente para Juana, á cuyo lado se sentará como una sombra; y sumiso á la nueva reina tendrá que sufrir las importunas quejas de sus celos y renunciar á sus alegres galanteos. ¿No seria mejor entenderse con el viejo de su suegro? Esto es lo que quiere Fernando, el cual viéndose abandonado de todos los castellanos, se presenta casi solo y con fingida humildad á la cita de Villafáfila, donde lo espera Felipe. Es el 27 de junio de 1506. El astuto viejo arrastra á su yerno á la iglesia. «Era vigilante, cauto y sutil, y no hay historia donde se haga mencion de que lo engañaran nunca» (4). Desde el pórtico se les ve discutir largamente bajo la bóveda de la iglesia: el aragonés gesticula con animacion; el austriaco parece que se decide á su pesar. Muy luego parecen de acuerdo, salen y firman un tratado. Hay hasta tres: por el primero, cede Fernando la corona de Castilla á sus *amados hijos;* por el segundo se estipula que Felipe poseerá solo este reino, si Juana se niega á tomar parte en el gobierno, en razon de sus enfermedades ó de sus pasiones que no pueden expresarse por ciertos respetos (5). Con esto hace el padre comprender á su yerno la ventaja de excluir á su hija; tras-

(1) Relacion del viaje de Felipe el Hermoso por un caballero de su séquito (sin duda el señor de Lalaing). Extracto publicado *Bull. com. roy.* hist. de Bélg. t. VI, 2.ª serie, 1854, p. 30, segun el Ms. de Bibl. nac. Dupuy, n.° 503.

(2) Carta patente de la Reina, 23 nov. 1504, Bergenroth, p. 65. La reina muere tres dias despues.

(3) P. 73.

(4) *Historia de Bayardo*, por el Leal Servidor, p. 388.

(5) Bergenroth, p. 79. «Segund sus enfermedades y pasiones que acqui no se expresan por la onestidad.»

forma en cómplice al protector; vende su renuncia para obtener la condenacion de su hija. Pero el tercer documento hace más clara aún la intriga: este mismo Fernando que acaba de demostrar á su yerno el ventajoso interés de hacer creer la demencia de Juana, escoge esta misma ocasion para negarla, y redacta una protesta secreta ante notarios revocando todo lo que se habia estipulado en los otros dos documentos de Villafáfila (1).

Este último acto acaba de dar á comprender el pensamiento de Fernando. A los tres meses escasos de la entrevista de Villafáfila, muere Felipe el Hermoso, cuyas entrañas se entierran precipitadamente, y se hace desaparecer al que se congracia de haberle dado el *brebaje* (2). Fernando de Aragon vuelve á apoderarse de Castilla, y mantiene á su *muy amada hija* en la prision en que hacia tres meses la habia encerrado su marido.

Así, proclamar la incapacidad de Juana para conservar la corona de Castilla; ofrecer esta corona á su yerno que defiende la capacidad de su mujer; obtener á este precio que sea encerrada Juana como tal loca, por su propio marido; estar apercibido por medio de una protesta secreta á prevalerse de la capacidad, para excluir á su marido, si no puede lograrse su envenenamiento; apoderarse del mando en cuanto se logra la muerte de Felipe, y proclamar en alta voz que Juana como loca rematada debe permanecer en su prision: hé aquí los medios empleados por Fernando para retener la soberanía del reino de Castilla.

II

Felipe el Hermoso habia muerto en Burgos; Juana estaba encerrada en Tordesillas. Su padre la mantuvo allí bajo la vigilancia y guarda de un aventurero llamado Mosen Ferrer, quien hubo de incomunicarla de tal manera que no supo la reina la muerte de su padre (3) ni el advenimiento de Cárlos, su propio hijo.

Hallábase Cárlos en los Países Bajos: no habia visto á su madre desde la primera infancia, y habia crecido en la creencia de que la reina estaba loca. Cederle el poder hubiera sido hacer la infelicidad de sus pueblos: no podia tener ningun escrúpulo ni vacilacion en suceder á su padre. ¿Habia de remorderse de los sufrimientos de una mujer recluida por espacio de diez años, condenada por su abuelo, y hasta peligrosa si se despertaban en su nombre los estrechos instintos de la lealtad castellana? Rara vez debieron de hablarle de su madre, y no pensó siquiera en ella durante la embriaguez de los primeros meses de poder. Su madre era para él una molestia, no un remordimiento; estaba en la ignorancia, no en el crímen.

Pero la ignorancia no se prolongó mucho tiempo. Gobernaba en su nombre España el cardenal Gimenez de Cisneros, y llegó á saber con horror el severo prelado que el alcaide Mosen Ferrer maltrataba á la madre de su soberano, ora por ser de suyo perverso, ora por domar las rebeldías de una mujer moza, amén de reina, exacerbada en un encerramiento de diez años. Estaba, en efecto, tan desesperada la reina en aquel silencio, en aquella soledad, en aquel universal olvido y abandono, que hubo de resolverse á morir de hambre, y Mosen Ferrer... confesó á Cisneros... que le habia hecho dar *cuerda* (4).

De dos maneras puede entenderse esta confesion: ó significa simplemente que se azotó á la jóven reina con una cuerda, ó bien expresa la forma de tortura llamada de cuerda, que se empleaba en la cuestion jurídica y consistia en la suspension por los brazos con peso en los piés. Sea de ello lo que quiera, horrorizado el cardenal, se dió buena prisa en participar á Cárlos el ultraje.

Al saber que á su madre le habian dado cuerda, acaso sintió el hijo vergüenza; pero no manifestó más que enojo contra el bueno del cardenal que iba con tales impertinencias en medio de tan alegres regocijos. «Sabed, le escribió rudamente, que á mí los que en esto quisieren meter la mano, no ternán buena intencion.» Ni siquiera pensó en reemplazar á Mosen Ferrer. Pero el buen Cisneros lo removió, aunque no sin temor de reincidir en el alto desagrado por este exceso de celo, pues su amigo Diego Lopez de Ayala le escribió desde Bruselas que sólo por mera forma se hablaba allí de la reina; que era gente peligrosa y convenia guardar bien la boca.

La pobre madre tuvo, sin embargo, un momento de alegría, viendo presentarse en la prision en que estaba hacia ya doce años á su hijo Cárlos el dia 15 de marzo de 1518. Pero no logró despertar en aquel corazon un movimiento de ternura: el hijo se limitó á instalar un nuevo carcelero, D. Bernardino de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, conde de Lerma, y á darle por instrucciones (5), que no saliera nunca, que ninguna de las mujeres que la asistian supiera lo que él le dijera, secreto absoluto para todo el mundo,

(1) «Por quanto á todos es notorio el grande agravio que la Serenísima reyna Doña Juana, mi muy cara y muy amada fija, e Yo recebimos en la contratacion (protesta y se reserva sus derechos para) para fazer lo que devo y soy obligado por derecho natural á la dicha Serenísima reyna, mi fija, para que cobre su libertad y derechos.»

(2) «El bocado.» Proceso de Lopez de Araoz, citado por Bergenroth, p. 37.

(3) Sabido es que Fernando de Aragon, como nuestro rey Luis XII, murió algunos meses despues de haberse casado con una princesa muy jóven.

(4) Mosen Ferrer á Cisneros, 6 marzo 1516. «Porque no muriese dexandose de comer, por no cumplir su voluntad, le hubo de mandar dar la cuerda por conservarle la vida.»

(5) Cárlos al marqués de Denia, 19 abril 1518. «Fué bien no darle lugar á salir fuera, y cuando os hable, no consintais que ninguna de sus mujeres ni otra persona esté delante.»

y que á él solo debia dirigirse para todo lo que tuviera que escribir de ella.

Este cuidado de ocultar á las mujeres de servicio las conversaciones que el marqués de Denia habia de tener con la reina, prueba que Cárlos las habia prescrito de antemano y que sabia que los proyectos fraguados no tenian probabilidades de éxito, sino á condicion de ser ignorados. Tratábase de obtener de la reina un documento que hiciera constar su demencia de una manera pública é incontestable. Para ello quiso Cárlos valerse de la ignorancia en que Mosen Ferrer la habia tenido y ordenó á Denia que hiciera creer á la reina que vivia aún el rey Fernando su padre y la indujera á escribirle una carta. Ya cundian narraciones sobre aquella reina que rehusaba creer la muerte de su marido y esperaba que se despertara despues de muchos años; estas suposiciones hubieran recibido confirmacion preciosa, si se hubiera podido producir una carta destinada á otro muerto: hé ahí el lazo tendido por el hijo á la madre. Le he dicho, escribe el marqués de Denia á Cárlos, que la causa primera del viaje de Vuestra Alteza á estos reinos ha sido el deseo de suplicar al rey Fernando que le diera alguna más libertad. Pero la reclusa tuvo el instinto del peligro y con esa obstinacion muda de las mujeres oprimidas, se negó á firmar la carta que la comprometia, sin desanimar por eso á sus opresores, que muy luégo improvisaron otro ardid.

El emperador Maximiliano habia muerto hacia algunos meses, y Cárlos fué elegido para sucederle: Cárlos escribió, pues, á su madre diciéndole que Maximiliano acababa de cederle desinteresadamente la corona imperial y que estaba ella, por tanto, en el deber de escribirle una carta dándole las gracias: hasta el borrador ó minuta de la carta le fué presentado á punto por el marqués de Denia. Pero este escribia luégo con despecho, contestando al emperador: «Dixe á S. A. como á V. M. habian elegido emperador, y questo avya procurado el señor emperador como buen padre y que V. M. lo hazia saber por *aquella carta*, y mostregela, y que Su Alteza la devya de ver y responder á ella y aun al señor emperador besandole las manos por la merced que á V. M. havya hecho. Dixome que por cyerto olgara mucho dello, y que la carta otro dia la verya.»

De esta manera se la empuja á un mundo imaginario; no se le habla más que de muertos y se le oculta la suerte de sus hijos vivos. La cuerda de Mosen Ferrer es acaso ménos criminal que esta serie de supercherías. Este esfuerzo del dueño de Europa contra su propia madre, atontada por los sufrimientos de tan largo cautiverio, para probar, caso necesario, ó determinar la demencia de la pobre reina; este cambio de confidencias con el cómplice, estas miserables maquinaciones revelan una bajeza de que hay pocos ejemplos tan curiosos.

El primer resultado obtenido por el marqués de Denia fué abatir el orgullo de la reina, la cual despues de trece años de dura reclusion, fué á humillarse ante la marquesa de Denia. «Dyceme, escribe Denia á su amo, dyceme tantas buenas palabras para atraerme á esto que me espanta como las dice quien está como S. A. y aunque no es sin trabajo de la marquesa y mio remediar y excusar estas cosas.» Lo que pide la reina con tales y tantas súplicas no es sino aire que respirar. «Quiere salir fuera, añade el marqués; yo le he respondido todas las veces que en esto me ha hablado que el tiempo es con poca salud... Me ha dicho que yo escriba que no puede sofryr la vida que tiene, que ha tanto tiempo que la tiene aquí encerrada y como presa, que mire que es razon que sea mejor tratada.»

III

La libertad apareció de súbito despues de catorce años de prision, á fines de agosto de 1520. Los comuneros de Castilla, al mando de Juan de Padilla, se presentaron delante de las torres de Tordesillas para libertar á la reina, cuyos derechos habia usurpado Cárlos V. El marqués de Denia tuvo que franquearles las puertas. Luégo al punto se abrió una informacion sobre las causas de la prision de la reina, produciendo resultados precisos y concordantes. «Casi todos los criados y servidores de la reyna, escribe á Cárlos V el cardenal Adriano, á quien el emperador ha delegado sus poderes, miéntras lo eleva al solio pontificio, dizen que S. A. ha sido agraviada y detenida por fuerza catorce años en aquel castillo, como que no estuviera en sí, habiendo estado siempre en buen seso y tan prudente como lo fué en el principio de su matrimonio.» El cardenal ha hecho que se le remitan las piezas de la informacion, está consagrado á Cárlos V, cuyo maestro ha sido, y en pugna con el partido que sostiene los derechos de Doña Juana; necesita sobre todo estar en gracia del emperador para lograr sus aspiraciones al papado; pero á pesar de tan graves intereses, tiene la buena fe de declarar sin vaguedades que la reina no está loca y de repetirlo así á Cárlos en una segunda carta. «Echaré fama por todo el Reyno que la Reyna está en cumplido seso y bien dispuesta para mandar como lo estaba la Reyna Doña Isabel su madre.»

Este período de libertad se prolonga tres meses y medio (1). Rodeada de rebeldes, no tiene la reina mas que poner una firma para dar con su adhesion fuerza legal al movimiento liberal de Castilla, para desposeer á su hijo, reivindicar el poder y asegurar el triunfo de los comuneros. El cardenal Adriano lo reconoce así: Que la reina, dice, firme la proclama y es el único modo de hacer perder todo el reino. Lo perdereis sin resistencia posible, si firma.

(1) Del 24 de agosto al 5 de diciembre de 1520.

La madre, sin embargo, se negó con abnegacion conmovedora á dar la firma que habia de despojar al hijo desnaturalizado; la madre deshonrada, negada, recluida y atormentada hacia tantos años, no habia podido arrancar de su alma el amor á su hijo, y rehusó unirse á los enemigos de Cárlos —«La Reyna, anuncia Hurtado de Mendoza á Cárlos V, dixo muy buenas cosas á los que aquí estaban, cuando le dixieron que V. M. se llamaba rey en perjuicio de S. A.: dixo que así se acostumbraba por autoridad del Reyno. Quando le dixieron que habia hecho muchos daños en él, dixo que no la rebolbiese nadie con su hijo, que todo lo que tenia era suyo, y que él miraria por ella.» En esta crísis, Cárlos V parece verdaderamente enternecido: no habla ya de la demencia de su madre, no formula agravios, está completamente entregado á su inquietud, «por el atrevimiento grande y desacato que se ha hecho á la reyna, mi señora, en quitar de su servicio al marqués y marquesa de Denia.» Son sus palabras textuales en la carta que dirige á su maestro, el cardenal.

La abnegacion de Juana, su serenidad y firmeza en medio de aquella gente armada, mantiene la legalidad y el derecho en manos de Cárlos V. Los próceres de Castilla combaten á los comuneros, los vencen y entran en Tordesillas. Todos admiran la generosa actitud de la reina: el conde de Haro le declara que es libre; Hurtado de Mendoza escribe al emperador que tiene á la reina por enteramente cuerda.

Sabe Cárlos V que se ha vencido la rebelion y no tiene ya ninguna inquietud: ni siquiera escribe una palabra á su madre, limitándose á reponer á su lado al marqués de Denia y á su esposa, para volver á cerrar tras ellos las puertas del castillo de Tordesillas.

El odio por extraña interversion se encuentra muy á menudo en el que hace sufrir persecucion: la víctima se borra, desaparece á la larga en su resignacion, miéntras el autor de la injusticia se agria en su propia perversidad, se irrita ante la sumision, ahoga en su rencor sus remordimientos. El marqués de Denia, privado, por algunos meses, de la princesa á quien tenia la obligacion de atormentar, disimuló tan poco su alegría al echarle mano otra vez, que el honrado Mendoza se creyó en el deber de prevenir al emperador. «El marqués de Denia viene aquí con más pasion de la que era menester. V. M. debe mandar que se temple mucho y la marquesa: segun la pasion que tiene y la mala voluntad con que la reciben, creo no seria bueno lo que hiciesse.»

Sin embargo, acaso no sea simple ferocidad lo que inspira al de Denia los malos tratamientos de este segundo período de la reclusion. Es lícito creer que estaban prescritos en las instrucciones formales de Cárlos V, pues no sólo los hace conocer escrupulosamente el de Denia en su correspondencia, sino que ninguna de las cartas que los denuncian, como la de Mendoza, atrae al marqués cosa de reprension ni vituperio.

Uno de estos gritos, lanzados hácia Cárlos V en favor de Juana, revela en toda su realidad un dolor interesante y digno de observarse. Cuatro meses despues de la muerte de su marido, habia dado á luz la princesa en su prision una niña que habia crecido encerrada con ella. La niña no habia conocido nunca otra existencia, no habia salido jamás de las torres de Tordesillas. No hubiera tampoco formulado quejas, si la conducta de la marquesa de Denia no hubiera hecho la situacion intolerable. La pobre niña encontró al fin ocasion de hacer llegar á su hermano una ingenua carta; carta que se encontró tambien en el cofre de Simancas. La princesa, que tenia entónces quince años, se quejaba de la vigilancia de la marquesa, que no le permite escribir á su hermano sino lo que ella le dicta; que la registra y le *saca hasta los ojos*, si lleva cartas encima; que la despoja de su ropa en favor de sus hijas, sin dejarle nada en posesion. Luégo continúa: «Vuestra Majestad provea por amor de Dios que si la Reyna mi señora quisiesse pasearse al corredor del Rio ó salir á su sala á recrear, que no lo estorven; la marquesa y sus hijas mandan á las mugeres no la dexen salir á la sala y corredores, y la encierran en su cámara, que no tiene luz ninguna sino con velas.»

Malhadada intervencion que trajo el más cruel dolor: Cárlos V dió órden de separar á la hija de la madre.—«No, exclamó Juana, no quiero dexalla, porque he miedo que el Rey me la ha de tomar, como al infante, y por buena fe que si tal fuesse que me echasse por una ventana abaxo ó me matase con un cochyllo.»—«Los hijos, repuso Denia, no andan siempre con sus padres.—Dixome que no curasse dalle consejo, que no queria sino su niña.» Tuvo, sin embargo, que someterse al sacrificio: habiéndole dicho que la princesa iba á casarse con el rey de Portugal, la abrazó... y quedó sola.

IV

A veces se permitia á la reina salir de la cámara alumbrada con velas para pasearse en el corredor. «Habrá un mes, escribe Denia, que salió á un corredor y comenzo á dar voces, y porque no oyessen á S. A. yo mandé á las mugeres que le suplicassen que se entrasse en su cámara, y si no lo hiziesse, la metiessen; y viendo que lo querian hacer, entrose: ha quedado tan ordenada, que no hace sino lo que le suplicamos y así come cada dia. Yo siempre crey que estando S. A. en la indisposicion, no podia aprovechar ninguna cosa tanto como alguna premia (1);

(1) Esta palabra significa violencia, opresion, tiranía, segun el diccionario Dominguez, y apremio, fuerza, coaccion, segun el de Salvá y el de la Academia española: es la idea de la tortura.

aunque es muy grave cosa pensar el vasallo en hazella á su señor.» Es la segunda vez que el marqués de Denia habla al emperador de este medio de domar á su madre. «Tenga V. M. por determinado, le habia dicho ya, que no se puede hazer con voluntad de S. A., y en verdad que hazelle premia V. M. en muchas cosas serviria á Dios y á Su Alteza.» El Marqués hubo de emplear la violencia, si lo juzgó conveniente, como quiera que Cárlos V no le contestó, no supo autorizar ni prohibir el uso de la tortura contra su madre. Cuando el sentido moral desciende á este grado, suele detener en la pendiente el sentimiento religioso; pero estaba la fe harto pervertida en Cárlos V para no mostrarle en sus adversarios enemigos de la Iglesia. El emperador hubo de imaginarse fácilmente que su madre estaba entregada á la impiedad, olvidando que ni fraile era Lutero todavía, cuando fué encerrada Juana, sin haber tenido desde entónces comunicacion ninguna con el exterior.

Sin embargo, el marqués de Denia refiere en todas sus cartas que la reina se niega á oir misa en su prision. Es difícil de suponer que no haya sido sincero el marqués en sus acusaciones, cuanto más que se declaraba dispuesto á emplear la violencia para vencer esta culpable resistencia. Vacilo todavía, dice, porque seria más conveniente que viniese ella de su propia voluntad; pero con la ayuda de Dios, Su Alteza vendrá presto. Puede creerse que la reina buscaba un pretexto para que la condujeran á otra iglesia fuera del castillo, obteniendo por este medio aire y luz durante algunos momentos cada dia; ó bien que su corazon se sublevaba ante tanta miseria, abandono y desesperacion. Acaso tambien aquel longuísimo encierro, sin aire, sin luz, sin conversacion, comenzaba ya á obrar sobre su cerebro. En todo caso, importa notar que su confesor, Fray Juan de Avila, escribia por entonces á Cárlos V diciéndole que estaba en sano juicio; que el servicio que prestaba á Su Alteza llevándole los consuelos de la religion los habia bien de menester, pero que el marqués queria apartarlo de ella.

El hijo vió con despecho esta intervencion del confesor y se hizo el sordo á sus quejas, como á las de su hermana, como á las del buen Hurtado de Mendoza, como á las de los Rdos. cardenales Cisneros y Adriano. El honrado Fray Juan de Avila tuvo el valor de continuar, espacio de algunos meses, escribiendo á su señor, á pesar de su silencio. «A S. M. suplico por servicio de Dios envie á mandar al marqués y á la marquesa tambien que me traten bien y no me molesten.» No podia creer el buen religioso que un hijo empujara á su madre á la impiedad para acusarla mejor de demencia. Juan de Avila fué despedido: desde el seno de su convento quiso continuar tan valerosa lucha; pero fué muy luégo reducido al silencio.

Esta tentativa fué la última muestra de interés que recibió la reina Juana: todos sus hijos la olvidaron, hasta el príncipe que habia crecido en su prision. Si su nuera, la piadosa y altiva emperatriz Isabel, fué á hacerle una visita á Tordesillas, no fué por manifestarle cariño, no; fué por arrebatarle las pocas alhajas que le quedaban.—Necesito un descargo, escribe el marqués de Denia: el chambelan Rybera se ha llevado los objetos que le ha indicado la emperatriz, y como yo soy el responsable de ellos pido un resguardo.

No se puede negar con absoluta certeza que Juana hubiera tenido cierta propension á la manía ó un vicio de equilibrio en sus facultades; pero ningun sistema nervioso, por sano que se le suponga, podria resistir un régimen, sostenido cerca de cincuenta años, de encerramiento sin aire, sin luz, sin movimiento, de abandono universal, de vejaciones, de crueldad, de desesperacion. La locura hizo al fin su aparicion con un cortejo de sufrimientos indecibles y de alucinaciones espantables. La reina, vieja ya, veia un gato negro que devoraba á su padre y á su marido; daba alaridos pavorosos y se negaba á todo cuidado de limpieza, sin proferir jamás una palabra de maldicion contra su ingrato hijo. Cuarenta y nueve años pasó en aquella cámara, en aquel mismo suplicio: fué encerrada á mediados de 1506 y murió en 1555 «dando gracias á Dios que ponia fin á su vida,» escribe su nieta Juana.

El admirable descubrimiento de esta correspondencia clasificada y escondida por espacio de tres siglos, permite apreciar en esta derrota de todos los sentimientos tiernos el valor moral de Cárlos V, y las rudas impresiones en cuyo medio crecieron todos los miembros de su familia.

II

Uno de los fragmentos más criticados de los dos primeros volúmenes (1), es el apéndice sobre *La Madre de Cárlos V*. Algunas personas han sentido que la opinion de los sabios ingleses haya prevalecido contra la piadosa fidelidad de los españoles á la memoria de sus Reyes Católicos.

Tranquilamente estaba Mr. Gachard recogiendo de algunos años atrás documentos referentes á Juana la Loca, cuando fué sorprendido por la publicacion del *Record Office*. Escribió sin demora á Madrid,

(1) Este segundo apéndice en que se contesta á las objeciones hechas al primero, salió á luz en el tercer tomo de la edicion original. En la traduccion nos ha parecido oportuno enlazar los dos apéndices, como piezas de ilustracion de un mismo asunto, y así lo hacemos con permiso del autor.

recibió datos inexactos de que sin vacilar hizo justicia (1), pero se vió arrastrado por la corriente del patriotismo español, que se indignaba de las revoluciones de Inglaterra, y casi sin saberlo, vino á ser el abogado de las preocupaciones nacionales. Sin embargo, ni sus principios de probidad científica, ni los leales hábitos de su método histórico, le permitieron negar lo que reconocia exacto, ni ocultar lo que perjudicaba al sistema. Un sabio de su valía, no vió en esto más que la verdad perseguida de buena fe. Con él se aprovechan los hechos que acepta y los que procura. Consagró á esta polémica contra el *Record Office* siete lecturas en la Real Academia de Bélgica (2), y al mismo tiempo un archivero español, el erudito Don Antonio Rodriguez Villa, hacia una nueva edicion de los mismos documentos, á que añadia muchos otros de importancia (3). Hízose el campeon de Fernando y de Cárlos V con cierto cariño, pero con bastante buena fe para disimular ningun hecho. Despues de trabajos tan profundos por parte de adversarios tan concienzudos, puede verse lo que queda de los descubrimientos del *Record Office*.

El primer hecho definitivamente admitido con certeza de que se ven pocos ejemplos en historia, es la falsedad de la leyenda que supone que Juana se vuelve loca al dolor de la muerte de su esposo, entregándose desde entónces á extravagancias maniáticas.

Sábese hoy que mucho tiempo ántes de volver con su marido á España, cuando estaba todavía en Bruselas, era ya acusada de loca por su padre; y ella misma denunció esta perfidia en una carta de que hasta entónces no se conocian más que tres copias, carta importante de suyo, en tal manera que podia tenerse por apócrifa. Pero el señor Rodriguez Villa hubo de encontrar la pieza original en los archivos de la duquesa de Alburquerque. La intriga fué denunciada por la víctima, mucho tiempo ántes que la leyenda, con precision notable:

«Pues allá me juzgan que tengo falta de seso, escribe de Bruselas Juana el 3 de mayo de 1505, haced comprender á mi padre como los que me achacan esto le hacen agravio á él mesmo, porque no falta quien diga que le place dello á causa de governar nuestros Reynos, lo qual yo no creo.... Si en algo yo puse de pasyon, notorio es que no fué otra la causa sino celos.»

Miéntras procuraba apartar á su hija en virtud de esta acusacion, el mismo Fernando escribia á Gonzalo de Córdoba (4): «No se ha contentado (su yerno) con publicar por loca á la Reyna mi hija e su mujer; mas he sabido que la tiene como presa e fuera de toda libertad. Guárdela Dios.»

Así, en Bruselas, la orgullosa castellana se sintió poseida de furor, cuando se vió engañada por su marido. Turbado en sus degradantes infidelidades, el marido se quejó al padre de estas escenas conyugales. El padre cogió al punto este pretexto para retener la corona de Castilla; fingió creer á la vez que estos furores eran de demencia, para deshacerse de la hija, y que el marido secuestraba cruelmente á Juana, para desembarazarse del yerno. El verdadero loco es este padre que lleva á tal grado su amor al trono, que despoja á sus hijos, que contra ellos imagina fraudes tan ingeniosos.

Pero Felipe el Hermoso no esperaba ver de este modo disfrazadas por su suegro las quejas que le daba sobre el carácter de su mujer, y espantado de los amaños del anciano, envió para desbaratarlos un confidente suyo, Gonzalo de Córdoba: las declaraciones de este mandatario del marido nos son conocidas por una nota trazada de puño y letra del Gran Capitan. —He oido decir, escribe Gonzalo, que estaba mal dispuesta y enajenada; se me ha encomendado no creer nada de ello; es un rumor extendido con malicia y con intenciones culpables.

Estas intenciones no sino se revelan demasiado públicamente: no hay una pieza de la época que no muestre la aspereza de Fernando en esta persecucion contra los derechos de sus hijos. Procura cerrarles el paso por mar animando contra ellos á Enrique VII de Inglaterra; les corta el camino por tierra (5) por medio de intrigas con Luis XII. Pero seducido el inglés por las buenas prendas de Juana, deja partir de sus puertos á los jóvenes soberanos; Felipe y Juana desembarcan en la Coruña el 28 de abril de 1506, y muy luégo los próceres y las ciudades de Castilla se pronuncian en su favor. Sólo dos hombres intentan una revolucion contra ellos en provecho de Fernando, y son el duque de Alba y el marqués de Denia.—Quisierais, dice el condestable de Castilla al duque de Alba, que yo fuera un traidor como vos; eso no lo verán nunca vuestros ojos.—En cuanto al marqués de Denia, gana con este perjurio la vergüenza de hacer que se elija luégo á su hijo para carcelero de la princesa.

Pero tan grande era en Fernando el deseo de conservar la corona de Castilla, que «envió acá al obispo de Palencia, los mismos príncipes lo declaran (6), para

(1) Bolet. Acad. real de Bélgica, tomo XXXVIII, núm. 9 y 10. «Declaro con tanta satisfaccion como espontaneidad y presteza que los pocos pasajes omitidos no tienen importancia y que las diferencias entre los originales y los textos de la coleccion son insignificantes.»

(2) De 1869 á 1872, tom. XXVII, núm. 3 y 5; tomo XXVIII, núm. 9 y 10; tom. XXIX, núm. 3, 4 y 6; tom. XXXIII, n.° 1.

(3) *Bosquejo biográfico de la reina Doña Juana*, Madrid, Aribau, 1874. Rodriguez Villa ha publicado con Morel Fatio los dos viajes del arquero Cock; tambien ha recibido del rey Alfonso el encargo de dirigir la edicion completa de la grande historia de Felipe II por Cabrera.

(4) El 24 de abril de 1505, archivos del conde de Valencia.

(5) *Crónica de Lorenzo de Padilla*.

(6) Todos estos documentos están publicados con notable sinceridad por Rodriguez Villa, bien que contradigan su tésis. Los hechos son aceptados por él; la lógica impone la conclusion. «Envió acá al obispo de Palencia, etc. Así, no la hubiera dado por loca si hubiera partido para Nápoles.»

nos poner inconveniente en nuestra ida allá e para movernos á tomar el reyno de Nápoles e dejar esos reynos de Castilla durante su vida. En viendo Su Alteza que todavía estábamos en ir allá, hizo divulgar que yo la Reyna no era para reynar.»

Fernando hace, en fin, su último amaño: obtiene de su yerno una entrevista en Villafáfila, lo persuade de que su interés está en hacer público, de acuerdo con él, que Juana se ha vuelto loca y encerrarla á fin de reinar solo. Con esto seduce al yerno, y los dos publican juntos el 27 de julio de 1506, que «la reina no puede de ninguna manera atender al gobierno;» la encierran en Tordesillas bajo la vigilancia del aragonés Mosen Ferrer, que la odia como castellana. Despues, cuando Felipe el Hermoso está bien separado de ella y se cree dueño absoluto de Castilla, es convidado á comer en la ciudadela de Búrgos por Don Juan Manuel. Come, juega á la pelota, se siente mal y muere (1). El que se jacta de haberle dado el *bocado* desaparece, y Fernando vuelve á tomar posesion de Castilla.

Pero ha sido demasiado astuto en sus mañas y su exceso de precauciones nos lo entregan hoy.

Miéntras declaraba en Villafáfila que su *muy amada hija* no podia reinar sin traer con sus enfermedades y arrebatos la perdicion de los reinos, tenia buen cuidado de prevenirse contra su yerno con una declaracion secreta, en que hacia constar que Juana estaba en su cabal juicio, pues escribia á su embajador en Venecia (2): «Trabajaron de poner sospechas de mí al Rey mi fijo, diciendo que yo llevaba fin de juntarme con la Reyna mi fija para contra de él.... Se folgara mucho de ver tanto amor y tan estrecha union entre mí y el Rey e la Reyna mis fijos.»

Luégo que murió Felipe, el lenguaje es muy diferente. Fernando olvida que por espacio de dos años ha sostenido el supuesto de la demencia, y sólo recuerda ya las desmentidas dadas á esta afirmacion por él y por su yerno. Su hija no estaba loca, pero comienza á estarlo, dice, y entónces inventa la leyenda del féretro.

Seria difícil probar que una persona no está loca, áun sometiéndola á escrupulosa observacion facultativa: no puede decirse que Juana no estaba loca; pero se puede probar que fué falsamente acusada de actos de demencia que no existieron jamás.

Felipe el Hermoso muere en Búrgos. Su mujer, encerrada en Tordesillas, da á luz á su hija Catalina. Luégo, tres años despues de la muerte, el alcaide aragonés saca de la prision á Juana, la lleva junto al ataud «que no olia á algalias» (3), la hace subir á un coche con el mismo féretro y la conduce á Granada, donde se celebran las exequias, y la vuelve á traer á Tordesillas.

Si, pues, la viuda se ha acercado al cadáver, no ha sido de libre voluntad, sino por disposicion ajena; y ha pasado algunos dias fuera de la prision, sólo para autorizar ó hacer creer la leyenda. Fernando ocultó que su hija estaba presa, miéntras moria su marido en Búrgos, que habia vuelto al calabozo miéntras el cadáver estaba en Granada, y escribió con la mayor impudencia: que estaba opuesta á darle sepultura empeñada en conservar á su lado el cadáver.

Hay, en efecto, un interés particular en imaginar esta fábula. Enrique VII, rey de Inglaterra, enamorado de Juana desde que pasó por su corte, hubo de pedir su mano tan luégo como supo su viudez. «Habeis de saber, escribe Fernando á su embajador en Lóndres, que la dicha Reyna mi fija trae de contino consigo el cuerpo del Rey don Felipe, su marido.» Ante este dolor conyugal, no puede ménos de retirarse un pretendiente. Despues de haberse deshecho del marido, el astuto viejo se desembaraza de los pretendientes. Enrique VII se cree humillado al saber que se prefiere un cadáver á su persona, y olvida á la princesa de quien se cree desdeñado. Así, pues, la fábula inventada por Fernando, no es una simple obra de arte; es elegida más bien que otra con miras espeles: desalentando á los que hubieran querido tomar á Juana por esposa, nadie se presenta ya á turbar este dolor, y Fernando conserva la corona de Castilla.

Al instante caen por tierra los testimonios de Pedro de Anghiera, de Sandoval, de todos los que de buena fe repitieron las narraciones echadas á volar por el rey. Preciso es renunciar definitivamente á decir que todos los dias abria la reina el ataud de su esposo. Mr. Gachard, que enumera extravagancias de este género, olvida que la reina estaba muy bien encerrada y que el ataud estaba bajo un monumento.

Puede creerse que los contemporáneos se mostraron ménos ingenuos que los historiadores de nuestro tiempo ante las invenciones de un rey famoso por sus fraudes. En efecto, el propio hijo de Juana, el emperador Cárlos V, probó á confirmar la acusacion con una nueva superchería, consistente en obtener cartas de su madre dirigidas á muertos. La tuvo estrechamente encerrada por espacio de muchos años para ocultarle la muerte del rey Fernando y la del emperador Maximiliano, y luégo hizo que le aconsejaran escribir á los dos príncipes. Si hubiera podido mostrar estas cartas, habria confirmado la fábula que la presentaba en coloquio con otro cadáver.

Esta tentativa muestra á lo ménos que la fábula tenia necesidad de confirmacion, y repugna más que la tortura física. ¿Y hubo, en efecto, tortura física? Los españoles lo niegan.

(1) El 25 de setiembre de 1506. «El rey se subió cierto dia á comer á la fortaleza de Búrgos que tenia Don Juan Manuel, y despues de haber comido, jugó á la pelota, y acabado el juego, se sintió mal dispuesto.»

(2) 1.º de julio de 1506.

(3) La carta del 23 de diciembre de 1506 de Lope Conchillos á Miguel Perez de Almazan.

«¿Quién espera, escribe el alcaide Mosen Ferrer á quien acusaba el cardenal Cisneros de emplear contra la reina procedimientos que alteraban su salud, quién espera más merced de su salud que yo? Mas si Dios la hizo de tal condicion que no se le puede hacer más de lo que su divina Majestad permite y quiere, y nunca el Rey su padre pudo hacer más, fasta que porque no muriese dexándose de comer por no cumplir su voluntad, le hubo de mandar dar cuerda por conservarle la vida, ¿háse de dar culpa á mí?»

¡Qué descuido tan ridículo, dicen los españoles, esto de tomar, dar cuerda por dar tortura! Al contrario, significa dar suelta, aflojar, ceder; es como en la pesca á la caña, largar cuerda.

Los españoles están en su terreno, y seria presuncion no escucharlos sobre el sentido de una expresion de su propia lengua; pero despues de escucharlos, no podemos estar conformes. En efecto, con la interpretacion que dan ellos, vendria á ser absurda la frase. Se comprende que el carcelero reclame con la traduccion inglesa contra los que le acusan de cruel, diciendo: — Su padre era más, puesto que empleó la tortura.—Pero la letra no tiene lógica ninguna si se le hace decir:—Es injusto acusarme de cruel, pues la reina es tan indomable que su padre mismo envió órden de cederle en todo.—

Pero áun olvidando la lógica, no se puede recusar la carta del cardenal Cisneros, el prelado mismo que estaba encargado por Cárlos de apoderarse de Castilla en perjuicio de Juana; pero se cree obligado en conciencia á escribir al hijo, que la manera cómo se la trata es peligrosa «á la salud e vida de Su Alteza.» Ya se ha visto anteriormente la dura contestacion de Cárlos, que prevenia al demasiado celoso cardenal que no se metiera en este asunto.

El marqués de Denia, hijo del castellano traidor, sucesor en 1518 del aragonés Mosen Ferrer en las funciones de carcelero, advirtió á Cárlos V que empleaba *premia* contra su madre. *Premia*, dicen los españoles, es violencia moral, y Mr. Gachard acepta esta traduccion. No se comprende cómo quien tiene á una mujer tan estrechamente encerrada, como sabemos, hace tantos remilgos para emplear la coaccion moral. Si se llama así el acto de trasladarla por fuerza de sus criados á un aposento, ó la amenaza de más rigorosos castigos que hacian prorumpir á la desgraciada princesa en súplicas humildes á los piés de la marquesa de Denia, con vergüenza de su propio marido, puede aceptarse esta traduccion. Comprendemos como los españoles que la reina no fué sometida por Denia á otras torturas que á las de secuestracion, á la de falta de aire y de luz, á la de capciosas y mal intencionadas sugestiones para que escribiera á muertos, sugestiones que la trastornaban y le hacian caer en la demencia. «Hacerla *premia* en muchas cosas, escribe Denia, serviria á Dios y á S. A. haria servicio; ya la reina nuestra señora su madre le sirvió así y así trató á su hija. En lo de la misa se dilata por ver si se podrá hacer con su voluntad, porque así será mejor y que con ayuda de Dios, S. A. la oirá presto.»

Se impone aquí una objecion, que, segun creo, no se ha formulado nunca. ¿Qué interés ó qué gusto podia tener Cárlos V en maltratar á su madre?

Cárlos V habia sido separado de ella á la edad de cinco años. Si se acordaba de su madre, era probablemente para representársela en uno de sus arrebatos de celoso furor, porque la esposa humillada debió de arrojarse sobre su hijo con delirios de amor que lo espantaran. Cuando llegó á Bruselas la noticia de la muerte de Fernando el Católico (1), escribió Cárlos al Consejo Real de Castilla para que le dieran el título de rey en detrimento de los derechos de su madre.—Tomando este título, contestaron los castellanos (2), atentariais al honor y reverencia debida, segun las leyes divinas y humanas, á la reina vuestra madre, y esto sin fruto ni consecuencia y contra el mandamiento de Dios... Vuestra Alteza debe seguir los buenos ejemplos, no que los malos que ofenden á Dios.—Pero ya ántes que llegara á Bruselas esta noble contestacion, se habia hecho Cárlos reconocer por rey en Santa Gudula, anunciando á todos los tribunales que aceptaba el título de rey concedido por el Padre Santo y el sacro colegio de los cardenales. El Consejo de Castilla tuvo que aceptar el hecho consumado. Y hé aquí cómo Cárlos se aprovechó del fraude de su abuelo y recibió la misma víctima en herencia.

Sin embargo, hay que hacer una rectificacion: las publicaciones del *Record Office* no han mencionado gran número de visitas de Cárlos V á Tordesillas. Ya los *Comentarios* del emperador (3) hablan de dos, hechas en 1517 y 1522; y M. Gachard indica otras en 1518, 1520, 1524, 1539 y 1542.

Que cincuenta años de reclusion trajeron al fin la locura, cosa es de que no podria dudarse: la poderosa razon del mismo Cárlos V, difícilmente habria podido resistir sin detrimento á la inmovilidad de medio siglo y á las vejaciones que refiere la infanta Catalina. Aun puede creerse que Juana, con un carácter celoso y agrio, como su hermana la reina de Inglaterra, tenia predisposicion á la demencia, como su abuela, que fué relegada al castillo de Arévalo, y como sus biznietos el príncipe Don Cárlos y el rey Don Sebastian. Cuando su nieto, Felipe II, fué á visitar á la cautiva octogenaria en 1554, de paso para Inglaterra, la encontró en el estado que describe uno de sus confesores.

---

(1) Noticia de M. Gachard en la Academia real de Bélgica, tomo XXIX, n.º 6.

(2) Copio la traduccion de M. Gachard.

(3) Traducidos del texto portugués por M. Kervyn de Lettenhive.

—Asentaos, Fray Luis de la Cruz, me dijo, y escuchadme: hay un gato muy grande que devoró á la infanta de Navarra y á mi madre la reina Isabel, y arrástrase por aquí cerca, traido por mis sirvientas para que me embista...

La impresion que esta entrevista debió de dejar en el ánimo de Felipe II, es la única causa que ha hecho introducir aquí estos relatos. Se ha creido útil mostrar en medio de qué tradiciones de familia y de qué espectáculos hubo de formarse el alma de aquel rey. Aquí aprendió el arte de cómo es posible desembarazarse hasta de las madres que estorban y de cómo para guardar los grandes secretos no hay sino los muros de los calabozos. La prision de Don Cárlos semeja á la de Juana; el encierro de la princesa de Eboli está igualmente bien murado y falto de aire y de luz; las quejas de ambas mujeres se escapan en las mismas palabras; el subterráneo donde se estranguló á Montigny, y los otros en que murieron Villahermosa y Aranda, no debieron dejar remordimientos en quien habia recogido tales ejemplos. Esta leccion de Juana la Loca permite atenuar en parte algunas de las malas acciones de Felipe II.

Pero nadie, fuera de España, puede formarse idea de la adoracion que profesan, áun hoy dia, muchos españoles á los reyes que precedieron á la dinastía borbónica.

Pueden citarse dos ejemplos.

El acontecimiento más monstruoso de su historia es la expulsion de los moriscos, decretada por Felipe III en 1609, medida que en pocos meses llevó á cabo el exterminio de cerca de dos millones de personas. Pues bien, historiadores graves juzgan así este hecho en 1856 y 1857. «Con la expulsion se completó el principio de la unidad religiosa, que fué un bien inmenso» (1).—«La imparcialidad de historiadores nos obliga á respetar semejante medida por los inmensos bienes que produjo en el órden religioso y en el órden político» (2).

Una historia de Felipe II está saliendo á luz actualmente por fragmentos, cada quince dias, en la *Ciencia Cristiana* (3). Su autor, el presbítero Don Juan Fernandez Montaña, es severo con los escritores que no admiran á su héroe. A todos en monton les llama *judíos*, y luégo los clasifica como enajenados, en enemigos frenéticos y en enemigos tranquilos. Entre estos últimos figuran, no ya sólo Mignet y Gachard, sino tambien el marqués de Pidal y Gaspar Muro. En Felipe II todo es perfecto, hasta el cuerpo. «Que á su sabor vociferen los hombres mundanos y perversos; no por eso impedirán que nuestro rey Don Felipe II haya sido hermoso, tan hermoso que robaba las miradas, las simpatías y los corazones» (4). Cuando se casa en Inglaterra (5), «disipa las fuerzas del infierno, establece la soberanía de Jesus, empuja las almas á millones al gremio de la Iglesia, da la vida y el pan de la verdad á toda la nacion, alegría al Padre comun de los fieles, gloria á Dios, felicidad á los ángeles y rabia y confusion á los espíritus de las tinieblas. No podia quedar sin recompensa el celo de este rey, y así la Providencia divina decidió remunerar sus servicios haciéndole de un golpe dueño y señor de todos los Estados de su padre.»

Así, recompensado á expensas de su padre, Felipe II tiene el mérito de componer su corte con personas de *sangre pura* (6); esto es, sin mezcla de sangre judía ni mora. Felipe II se preocupó sin duda poco de esta puerilidad; pero es curioso notarla en un español de 1881.

---

(1) Lafuente, *Historia de España*, tomo XVII, pág. 340, Madrid, 1856.

(2) Janer, *Condicion social de los Moriscos de España*, Madrid, 1857.

(3) Desde el 15 de octubre de 1880. *Nueva luz y juicio verdadero* sobre Felipe II.

(4) Páginas 102 y 107.

(5) Páginas 514 y siguientes.

(6) Página 522.

Apéndice A

Carta inédita de Arias Montano

La Academia de historia de Madrid ha publicado en el tomo VII de sus *Memorias*, una noticia de don Tomás Gonzalez Carbajal sobre el doctor Benito Arias Montano. Las cartas de Arias Montano, escritas de 1568 á 1580, se han publicado en la *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, tom. XLI, pág. 127 á 418. Pero hay un vacío entre la carta de Amberes del 23 de noviembre de 1577 y la de la Peña de Aracena del 23 de abril de 1578; en este intervalo fué Arias Montano de Amberes á Lisboa, despues cayó enfermo volviendo de Portugal á su llegada á la Peña de Aracena. La carta del 23 de abril de 1578 comienza por estas palabras: «No he convalecido de la flaqueza con que vine á esta Peña.» La publicada aquí es del 28 de febrero de 1578 y permite restituir esta parte de la vida de Arias Montano. Sin duda hubo de conservar un triste recuerdo de las fatigas de su viaje de Amberes á Lisboa, porque en su carta del 29 de mayo de 1579 elude una nueva mision que se le ofrece para Portugal. «Yo creo bien que S. M. tiene en Lisboa personajes á su devocion que podrán hacer buen oficio, y no tengo asaz competente color para mi ida á Lisboa el presentar la Biblia al rey.»

En este intervalo desconocido entre las cartas de Amberes y las de la Peña de Aracena ha debido de haber muchas otras importantes. Yo no poseo más que la siguiente, dirigida á Zayas el 28 de febrero de 1578.

Hela aquí:

Ill.° Sr. mio:

Con grande soledad he venido por estos caminos dexando en essa corte las prendas que en ella tengo. En Toledo estuve dos medios dias en el eletto de Osma y hallelo tan dotor Velazquez como antes lo era, de manera que tengo grande confianza de que hará buen pastor, quando entre en la administracion del oficio para que es elegido. Con Ambrosio de Morales estuve medio dia en la puente y pareciome tan bien aquel lugar y ministerios, que por lo mucho que lo amo, le rogué que no deseasse otra cosa que aquella para fenecer la peregrinacion. Allí entendí que rodeaba pasando por Guadalupe y tomé camino derecho para Alcántara. Hallé al obispo de Coria en el Cañaveral, que anda visitando su obispado con mucha diligencia. Persuádome de quanto dél conozco que se gobernará bien en temor de Dios y modestia y charidad. Los de Alcántara me detuvieron medio dia por fuerza y por estos detenimientos tardé en llegar á Lisboa XVII dias, donde he sido muy bien recibido de los amigos que me conocian de vista y de oydas, aunque la falta de algunos mis muy queridos que han pasado desta vida me ha dado grande tristeza. He hallado toda la tierra en luto por la muerte de la Reyna, que era en gran manera amada y reverenciada de todo el Reyno y dexa un lastimoso deseo en el corazon de todos. Yo hice luego luto y no he sentido menos la pérdida pública que si fuera su vasallo y criado. Hallo muy grande loor de Francisco Cano, al qual dexa seiscientas mill de renta y cargo de su testamento entre otros albaceas. Helo solamente saludado y estamos concertados de estar juntos el domingo que viene plasziendo á Dios. Al embaxador hallé bueno y muy contento por mi venida aquí, quiere que yo bese las manos al Rey, porque dice tiene noticia de mí y lo desea. Heme excusado, y al fin lo habré de hacer y bastaráme para ello el nombre de ser el menor criado de la Majestad de su tio, que Dios prospere. Hallo aquí el pueblo descontento con este propósito tan constante que el Rey tiene de hacer jornada, para la qual no se halla fundamento. El asunto desta ciudad es estraño y la gente que en ella prattica es mucha en grande manera.

Aquí hallé un pliego de cartas de Roma encaminado por Vm. con una suya que me consoló en grande manera. Y hoy he recibido otra de Vm. de diez y siete deste con las allegadas tambien de Roma. Dios pague á Vm. el refrigerio que me da con sus letras y con las buenas nuevas de la salud de estos mis señores que bien quiero; que nuestro Señor la prospere á todos como yo deseo.

Voy ha ofrecídose un embarazo en el negocio y pleyto de los Castellanos que me ha forzado por conciencia á escribir á S. M. suplicándole por el remedio dello, porque en sola su autoridad consiste, despues de Dios, la defensa de una justicia manifestísima, y estorvo de agravio notable en ofensa de nuestro Señor y deservicio de S. M. y del honor de todos estos sus vasallos y hijos de vasallos muy honrados cuyas familias pasan aquí de cuarenta y cinco. Y padecen terrible tuerto por invenciones de uno que Vm. conoce; que para socorrer necesidades del Rey ó acrecentarle su dinero, no mirando los inconvenientes gravísimos presentes y venideros, cargan su conciencia

y la fama y buen nombre de su Príncipe. Y porque con deseo de entender bien de rayz esta materia para que Vm. la refiera á S. M. he visto por mis ojos el proceso y leydo toda la provanza de una parte y de otra. Escribiré aquí á Vm. la summa breve quan claro pudiere.

Los cristianos nuevos convertidos por fuerza el año de 97, decendientes de judíos que habian venido de Castilla años antes y convertidos aquí en Portugal, cayan amenudo en delitos por los quales eran castigados en la Inquisicion y penados en persona, bienes y honra, compusieronse los años pasados con el Rey por cierta summa para que por un tiempo las haciendas no se les confiscasen y que pudiesen vender las rayces que tuviesen en Portugal y salir del Reyno sin licencia. Espiró aquel tiempo por los años pasados, creo el de LXIX; en todo aquel discurso jamás se trató ni intentó tal cosa con las casas ni familias castellanas que aqui havia, porque no eran en cosa alguna semejantes á los cristianos nuevos, y los mas dellos eran notoriamente tenidos y reputados por cristianos viejos y gente muy principal, como lo es toda la familia de los Martinez que eran muy ricos y tienen grande parentela en toda la Andalucia y casas principales en Córdova, vinculadas en antigua y perpetua sucesion. Los cristianos nuevos eran y han sido en este Reyno muy notados públicamente, y los castellanos han siempre enparentado con los mejores de la tierra cavalleros y hidalgos. Y por esto y por su buen trato han sido y son muy estimados. De que los otros parecen haver tenido envidia.

Estos meses pasados procuraron los que tratan de la hacienda sacar dineros de los cristianos nuevos, y para esto renovar aquella antes dicha. Y ellos inventaron una maldad, salida del consejo del infierno, que porque igualassen á los castellanos con ellos prometieron doscientos y veinte y cinco mill ducados. Non declarando mas sino que pussiessen la concesion que todos los que decendiessen de judíos huviessen de contribuir en aquella summa. Quando tuvieron la concesion requieren á los castellanos que contribuyan hasta nueve mill ducados de aquella tan grande summa. Por donde se ve quan á su costa quisieron comprar el deshonor de los castellanos. Los quales sintiéndose aggraviadísimos con cosa tan injusta y nunca pensada, y conociendo el modo de proceder de algunos ministros, recurrieron al socorro de S. M. Católica, y por ser de mi tierra y muchos dellos amigos mios y deudos de mis amigos, me embiaron la relacion que yo dí á S. M. cuya autoridad y favor les valió para que no executassen á los mas flacos sin oyrlos á justicia. Y en esto ha hecho boníssimo oficio el Embaxador enterado primero del grande aggravio y desafuero que se les hazia. Diéronles breves términos para sus provanzas dentro de las quales han hecho en Portugal y en esta misma ciudad hermosíssima prueva de limpieza antigua sin género ninguno de raza con testigos vegíssimos, nobles, hidalgos, cavalleros y señores y officiales del Rey y del Reyno, en tanta copia y con tal conformidad que los juezes bien intencionados estorvavan el pasar adelante en los testigos y número de ellos. Allende destas, han venido abundantíssimas y cumplidíssimas de Castilla, de mucha antigüedad y tiempo inmemorial sin género alguno de contradiccion ó duda, sino con toda notoriedad, y de algunos dellos provanza de hidalguía como es de los Martinez. De otros han parecido executorias sacadas en estos consejos.

Los contrarios han presentado poquíssimos testigos y infames y sin autoridad, y ninguno dispone de cosa ni persona particular ni conocida dellos. Solo dicen que aquí en Portugal suele llamar á los castellanos y mercaderes el vulgo judeos (es como en Italia que á todos los españoles llaman Marranos); y que siendo estos castellanos á bulto les llamavan ellos confesos, mas que por decir la verdad, ellos no sabian si lo eran ó no, ni conocian á sus padres ni abuelos, ni sabian de qué lugares traen su orígen: hasta aquí se havia procedido en el proceso, no siendo bastante el grande y agudo negocio y desmesurado favor de los contrarios para oscurecer esta verdad. Han pedido los castellanos y piden con instancia que se sentencie su causa en lo principal, que es en que ellos afirman ser no solo castellanos, mas christianos viejos limpios y como instavan en esto. Los contrarios han dicho que ellos no pueden pagar la grande summa que prometieron de los CCXXV mill ducados, si no contribuyen los castellanos con sus nueve mill que les han echado. Los oficiales del Rey porque no se les impidiesse la cobranza de tan grande summa ordenaron un auto en que mandaron á los castellanos que depositassen la parte que se les havia ordenado y á los de la nacion que entre sí repartiessen otro tanto. Porque si los castellanos fuesen dados por libres, el Rey quedase enterado de toda la summa á costa de los de la nacion, y si los castellanos fuessen condenados, de aquel depósito se satisficiese á los de la nacion en aquella parte. Háse tenido este auto por iniquo y la execucion dél por afrentosa ó injuriosa á los castellanos. Los quales piden y responden que no tienen nada por qué depositar aquella parte ni otra alguna, porque mantienen ser christianos viejos y no comprendidos en la concesion, y que están prestos de pagar llanamente si fueren condenados, y que el auto es exorbitante, porque en punto que ellos piden sentencia definitiva, les piden depósito de lo que afirman no deber, y que si lo deben, no les pidan depósito, sino pronuncien ser deudores y lo cobren, y si no lo deben que tienen por injuria el hacerles depositar, porque el depósito es contra su honor. Y recélanse con razon que si le depositan, el Rey se servirá del depósito, y no se hablará mas en la causa, sino

quedará por sentenciar. Y este es manifiesto argumento de que su justicia es clara, porque si no lo fuera, no anduviera la cosa por estos rodeos, sino brevemente se sentenciaran y cobraran sin depósito lo que la condenacion rezara.

El Embaxador está descontentísimo deste auto por su manifiesta iniquidad, y lo ha tratado conmigo, y tenido por cierto remedio recurrir al favor de Su Majestad Católica y á su Real socorro, el qual implorando los castellanos alcancen que les sea guardada su justicia, sentenciándose en la causa principal, y por haver yo entendido el negocio de rayz, le ha parecido escriba á Vm. esta summa dél, para que Vm. la refiera á S. M. suplicándole estorve una injusticia tan enorme, porque cualquiera deshonor desta gente tan honrada resulta en grande ignominia de una increible multitud de parientes muy principales y nobles que tienen en Castilla, como consta por todas las provanzas que tienen hechas, en las quales muchos muy estimados y conocidos por muy limpios muestran preciarse mucho del parentesco que con estos castellanos tienen. Y puede S. M. con su autoridad estorvar este perjuicio, que nace de un tan mal auto contra los de allá y los de acá (1).

Al Rey besé las manos el sábado pasado y estuve con S. A. una hora, y el domingo me mandó llamar y estuve dos horas y media. Don J. de Silva tiene muy bien entendidas las cosas de acá, y como buen cavallero, sabio y temeroso de Dios hace el oficio que Vm. sabe.

La vista de Francisco Cano me ha contentado en extremo. Vaso tiene para servicio de grandes príncipes. Hallo en él muchas letras y asaz práctica de las cosas del mundo.

Despues acá me ha mandado llamar el Rey dos veces y he estado en cada una mas de una hora con él reportándome siempre en las respuestas que convenia dar á un tal Rey. Pienso salir de aquí con la primera marea, que por haver llovido todos estos dias y noches y alterádose la mar, no he salido antes. Llegué aquí á los veinte deste. Vm. me haga la gracia de dar mis besamanos á mi Sr. Don Luis Manrique y á todos esos Señores, y encomendarme á Dios, el qual prospere la Ill.ª pers.ª y casa de Vm. en su servicio. En Lisbona último de febrero de 1578.

B. l. m. de Vm.—Su siervo,

Arias Montano.

Apéndice B

Documentos portugueses

Gran parte de los manuscritos utilizados en la narracion de la conquista de Portugal se han traducido en portugués y publicado en Punta Delgada de las Azores en 1880 y 1881, en la Coleccion *Archivo dos Açores*, tom. II y III (2). Además el Ms. 66 de la seccion portuguesa de la Biblioteca nacional comprende algunas cartas de Tomar, escritas en español, que completan las indicaciones de Ms. 416, seccion italiana, citadas con el título de *Cartas de Madrid.*

Segun estos varios documentos, se ve que Cipriano de Figuereido quedó de gobernador en Angra (3) en nombre del rey Antonio, que notificó su advenimiento el 9 de julio de 1580 (4), y que se acuñó moneda con el busto del nuevo soberano (5). El gobernador enviado por Felipe II, Ambrosio de Aguiar Coutinho, no pudo arribar y tuvo que refugiarse en S. Miguel (6).

En junio de 1581 envió Catalina de Médicis á Angra al capitan Antonio Scalino para organizar la defensa (7). Scalino anunció la próximallegada de Strozzi y fué recibido con entusiasmo por el clero: hasta las religiosas escribieron á Catalina dándole gracias por su proteccion (8).

Santa Cruz venció á Strozzi con su sola escuadra de Lisboa, como se comprendió, segun su Memoria. Muchos dias despues llegó la flota de Sevilla (9), y entónces designó el almirante por gobernador de las Azores á Alonso de Mello Coutinho (10).

Antes que Scalino penetrara en Angra, habia enviado á Lisboa Catalina á un hijo de su confidente Lausac, que era obispo de Comminges (11). Pero como se sabe que el otro hijo de Lausac estaba pagado como espía por el embajador de España en Paris, y como los dos hermanos estuvieron siempre en gracia de Felipe y favorecieron su partido en Francia durante los años siguientes, puede creerse que este obispo de Comminges no inspiró desconfianza á los españoles. En todo caso, nadie le molestó, miéntras era intolerable en Lisboa la situacion de los franceses. Consta así, no sólo por las cartas de Saint-Gouard, sino tambien por la de un francés, que escribe (12): «Han preso á dos franceses, á los cuales han dado

(1) Al márgen se lee esta palabra de mano de Zayas: *No.*
(2) Creo que el único ejemplar de esta coleccion que hay en Paris, pertenece á M. Fernando Denis.
(3) *Archivo dos Açores*, t. II, p. 97.
(4) *Ibid.* t. II, p. 21.
(5) *Ibid.* p. 101.
(6) *Ibid.* p. 389.
(7) *Ibid.* p. 97, y sec. portuguesa 66, fol. 42 á 49.
(8) Seccion portuguesa 66, fol. 23 y 53 á 61.
(9) La narracion del arribo de esta armada está en *Archivo dos Açores*, t. II, p. 456.
(10) *Ibid.* p. 24.
(11) Seccion portuguesa 66, fol. 17.
(12) *Ibid.* fol. 29, del 23 abril 1581.

martirio dos ó tres veces, diciendo que eran amigos de un francés llamado Pedro Dor, que se decia cónsul de los franceses... El duque de Alba ha hecho muchas diligencias y prometido cuatro mil escudos á quien le descubra el paradero de dicho cónsul. Os aseguro que los franceses pasan ahora grandes trabajos en este país.»

El duque de Alba á duras penas podia mantener la disciplina entre sus soldados, áun en el mismo Lisboa. En cuanto hizo ahorcar á seis de ellos (1) «se comenzaron todos á concertar resueltos de morir todos juntos ántes que consentir que cada dia los deshacen.»

Durante este tiempo permanecia Felipe en el monasterio de Tomar recibiendo los juramentos de fidelidad. En una sala adornada con la tapicería de la toma de Túnez, que habia prestado la emperatriz María, se presentó «vestido de una sotana de tela de oro con manga ancha y sobre ella una loba de brocado rozagante que le llegaba hasta media pierna y solian traer los dictadores romanos» (2). A su derecha estaba el duque de Braganza con la espada de condestable en la mano: luégo se desplegó el estandarte real, trájose un misal y un crucifijo de cristal y despues los señores procuradores del reino vinieron á prestar juramento. La apertura de las Córtes se hizo con la misma solemnidad; pero «S. M., usando de su acostumbrada prudencia y recato, salió armado con un peto y espaldas á prueba por lo que cada dia tememos de las intenciones portuguesas» (3).

Sin embargo, muchas peticiones de los diputados hubieron de inspirarle más desprecio que desconfianza. Entre los votos formulados en semejante crísis, se nota en efecto el de prohibir á los *cristianos nuevos* llevar armas y montar á caballo, y el de autorizar á las personas de todas condiciones para llevar vestidos de seda.

Pero en estos negocios de Portugal, el punto culminante para nosotros los franceses es la derrota inverosímil de una armada de conquistadores, cincuenta navíos y mil doscientos caballeros (4) qne desaparecen á todos los vientos ante la mitad de la armada enemiga, á quien abandonan sus jefes y tres barcos. No faltaron recriminaciones: los cobardes echaron la culpa á los valientes que lucharon hasta morir. Una noticia bastante cínica en su misma ingenuidad acusa á Strozzi de haber mandado mal sus tropas. Se podria atribuir á Sainte Soulaine esta cautelosa apología, que no carece de interés. Refiere que el capitan Scalino con sus dos barcos la *Fargue* y el *Croissant* no habia esperado á Strozzi en las Azores, sino que habia vuelto á reunirse con la escuadra de *Belle Isle*; la pesada urca de Strozzi hubo de obligar á los otros navíos á navegar lentamente para no dejarla sola; así se echó más de un mes en la travesía, «lo que fué causa de que la mayor parte de nuestros soldados cayeran malos, tanto por no estar bien acomodados como por no estar hechos á la mar, y fué tan grande la enfermedad que hubieron de echarse al agua más de ochocientos ántes que tuviéramos conocimiento de tierra.» La exageracion es evidente; pero es menester tomarlo de léjos para disculpar su desaliento. Toda su narracion está en el mismo espíritu. Se deja á Beaumont al frente de la armada, se desembarca, se ahogan algunos hombres, se llega de noche á un pueblo, donde no se encuentra pan ni vino que diera un mal refrigerio á los soldados, «los cuales no comieron aquella noche sino algunos puercos asados sobre unas ascuas, con un poco de agua que fué preciso traer de media legua de allí.» El dia siguiente, queriendo atravesar la isla, «hicimos un longuísimo camino al través de montes, rocas y valles, con un calor sofocante, cargados con nuestras armas, y sin encontrar pan ni vino ni áun agua, y caminamos desde por la mañana hasta las cinco de la tarde, y puedo aseguraros que quedaron del ejército más de dos ó trescientos molidos del camino, sofocados de sed y abrumados con el peso de sus armas, á merced de los montañeses que dieron buena cuenta de ellos.» Despues, de una escaramuza en que fueron rechazados los españoles, se encerraron los franceses en un pueblo «y la mayoría de nuestros soldados estaban casi desesperados.» Súpose en aquel momento que la ciudad era abierta y que los españoles se habian retirado á sus fuertes. Pero muy luégo aparece la escuadra española y es preciso volver á embarcarse. El autor de la narracion afirma que Strozzi no dió órden de combate, lo que es imposible admitir. Pero áun aceptando esta alegacion, no se puede explicar cómo sólo tres barcos entraron en combate contra toda la escuadra enemiga sin que ninguno de los otros cuarenta y siete se moviera en ayuda de ellos. Strozzi, Vimioso, Brisac, Beaumont Borda comenzaron la batalla. Don Antonio, Sainte Soulaine, Fumée y los otros los abandonaron y huyeron. El hecho es extraño, pero no es dudoso.

(1) Seccion portuguesa 66, fol. 35, cartas de Tomar.
(2) *Ibid.* cartas de Tomar, fol. 31 á 37.
(3) *Ibid.*
(4) Es la valuacion dada por el estado que parece oficial de la seccion VC. Colbert, vol. 28 y 29, fol. 578. Este estado indica como jefes «al Señor Felipe Strozzi, general de dicha armada, al conde de Brisac, teniente comandante en ausencia del dicho Strozzi; al Señor Sainte Soulaine, mariscal de campo de quince compañías; al Señor Borda, mariscal de campo de dos compañías; al Señor de Beaumont, teniente de M. de Brisac.» En el mismo legajo se encuentran: fol. 712, una carta en portugués firmada *Rey*, de Don Antonio á Francisco de Valois, Tours, 30 de enero; fol. 574, una relacion de la entrevista en Eu entre Don Antonio y Francisco de Valois, 6 de octubre de 1581 (Vimioso que asistia á ella, parece haber seguido á Francisco á la expedicion de Cambray); fol. 588 á 625, una relacion de la expedicion de Chaste; fol. 580, la relacion que yo atribuyo á Sainte Soulaine.

FIN

INDICE

Páginas

PRÓLOGO. 1

PARTE PRIMERA.—España y Europa en los primeros años del reinado.—CAPÍTULO PRIMERO.—Juventud de Felipe II.—1527-1553. 3

I.—Nacimiento de Felipe. 3

II.—Primer matrimonio de Felipe. 6

III.—Primer viaje á Flandes. 7

CAPITULO II.—Alianza inglesa.—1554-1555. . . 9

I.—Primeros años de María Tudor. 9

II.—Negociaciones de matrimonio. 11

III.—Sublevacion de Wyatt. 14

IV.—Segundo matrimonio de Felipe. 19

V.—Conversion de Inglaterra. 20

VI.—Relaciones de Felipe y de Isabel. 23

CAPÍTULO III.—Rivalidad entre Felipe II y Enrique II.—1555-1559. 26

I.—Abdicacion de Cárlos V. 26

II.—Guerra contra la Santa Sede. 28

III.—Declárase Inglaterra contra Enrique II. . . 31

IV.—Batalla de San Quintin. 33

V.—Pérdida de San Quintin. 35

VI.—Toma de Calais. 37

VII.—Conferencias de Cercamp. 38

VIII.—Muerte de María Tudor. 39

IX.—Paz de Cateau Cambresis. 42

X.—Vanidad de los proyectos de concierto contra la herejía. 43

Páginas

CAPÍTULO IV.—Las costumbres é ideas religiosas de España en el reinado de Felipe II. 47

I.—Abatimiento de los reinos españoles. 47

II.—Aspereza de costumbres. 49

III.—La vida privada. 52

IV.—Preocupaciones religiosas. 55

V.—Santa Teresa. 55

VI.—La Compañía de Jesus. 56

VII.—La Inquisicion. 57

VIII.—La Inquisicion puesta al servicio del poder real. 62

IX.—Luchas de la Inquisicion contra el clero. . . 65

CAPITULO V.—Autoridad de Felipe II en España y en Europa.—1559 1560. 71

I.—Poder absoluto en España. 71

II.—Relaciones con Francia. 72

III.—Relaciones con Inglaterra. 75

IV.—Cuestion de Navarra. 76

V.—Los ministros. 77

VI.—Penuria del erario. 80

CAPITULO VI.—Rivalidad de Felipe II y de Catalina de Médicis.—Primer período.—1560-1567. . . 81

I.—Deferencias de Catalina á la Reforma. . . . 81

II.—Negocios de Navarra. 84

III.—Primera guerra de religion en Francia. . . . 87

IV.—Córtes de Monzon. 90

V.—Concilio de Trento. 91

Páginas

VI.—Los católicos de Francia vigilados como herejes. 92
VII —La conspiracion de Montluc. 94
VIII.—La reina de Navarra protegida por Catalina. 96
IX.—Proyectos de matrimonio. 97
X.—La entrevista de Bayona. 100
XI.—Nuevas dificultades con Francia. 105
XII.—Continuacion del espionaje en Francia. . . 108
CAPITULO VII.—Primer período de la lucha contra el islamismo.—1559-1568. 110
I.—Necesidad de guerras contra los otomanos. . . 110
II.—Derrota de Mostagan. 113
III.—Desastre de los Gelves. 114
IV.—Defensa de Mers-el-kebir. 115
V.—Toma del Peñon de Velez. 116
VI.—Liberacion de Malta. 118
PARTE SEGUNDA.—España y Europa hasta la marcha de D. Juan de Austria á los Países Bajos. —CAPITULO VIII.—Las riquezas de los Países Bajos. 123
I.—Prosperidad de la burguesía. 123
II.—Contraste con las costumbres españolas. . . . 124
III.—Espíritu liberal de la aristocracia. 126
CAPITULO IX.—Primer período de la lucha contra la nacionalidad flamenca.—El cardenal Granvela.—1559-1563. 130
I.—Envío de tropas españolas. 130
II.—Lucha contra los herejes. 131
III.—Oposicion de la aristocracia. 133
IV.—Tumultos en el Henao. 136
V.—Partida de Granvela. 139
CAPITULO X.—Primer período de la lucha contra la nacionalidad flamenca.—La regenta Margarita.—1564-1567. 141
I.—Mision del conde de Egmont. 141
II.—Confederacion de Culemburgo. 143
III.—Tumultos y destruccion de imágenes. . . . 147
IV.—Alianza de la regenta y de la aristocracia. . . 149
V.—Destitucion de la regenta. 151
CAPITULO XI.—El príncipe D. Cárlos. 153
I.—Primeras dolencias de D. Cárlos 153
II.—Enfermedades y demencia. 154
III.—Prision del príncipe. 157
IV.—Su muerte. 159
CAPITULO XII.—El Escorial.—1563-1570. . . . 162
I.—Progreso de las artes en España. 162
II.—Ultimas preñeces y muerte de Isabel. . . . 164

Páginas

III.—Relaciones con Francia. 166
CAPITULO XIII.—Segundo período de la lucha contra el islamismo.—Sublevacion de los moriscos.—1568-1570. 168
I.—Odios nacionales entre los españoles y los moriscos. 168
II.—Expedicion del marqués de Mondejar. . . . 171
III.—Don Juan de Austria. 173
IV.—Campaña de D. Juan de Austria. 175
CAPITULO XIV.—Segundo período de la lucha contra el islamismo.—Batalla de Lepanto.—1571-1572. 180
I.—Liga contra los turcos. 180
II.—La armada de la liga. 182
III.—Batalla de Lepanto. 183
IV.—La expedicion de Túnez. 186
V.—Abatimiento de la autoridad real en Italia. . . 188
CAPITULO XV.—Segundo período de la lucha contra Catalina de Médicis y los Países-Bajos.—El duque de Alba.—1567-1569. 190
I.—Preparativos del duque de Alba. 190
II.—La infantería española. 191
III.—Prision de los condes de Egmont y de Hornes. 193
IV.—El Tribunal de Sangre. 196
V.—Asesinato del baron de Montigny. 202
VI.—Preponderancia del duque de Alba. 204
CAPITULO XVI.—Segundo período de la lucha contra los Países Bajos y Catalina de Médicis.—Intervencion de Francia y de Inglaterra en la cuestion de los Países Bajos.—1570-1572. 206
I.—Resentimientos con Inglaterra. 206
II.—El duque de Alba ataca las riquezas de los Países Bajos. 209
III.—Sublevacion de Holanda. 212
IV.—Preparativos de guerra en Francia. 213
CAPITULO XVII.—Segundo período de la lucha contra los Países Bajos y contra Catalina de Médicis. —Sitios de Mons y de Harlem.—1572-1574. . . 218
I.—El conde de Genlis. 218
II.—Jornada de San Bartolomé. 222
III.—Incoherencia de la diplomacia francesa. . . 224
IV.—Toma de Mons. 227
V.—El duque de Medinaceli. 231
VI.—Descrédito de la política francesa. 232
VII.—Sitio de Haarlem. 232
VIII.—Desaliento del duque de Alba. 234

Páginas

CAPITULO XVIII.—Segundo período de la lucha contra los Países Bajos.—El comendador mayor de Castilla.—1574-1576.. 237
I.—Marnix de Santa-Aldegonda. 237
II.—Batalla de Mook y primer saqueo de Amberes. 239
III.—El sitio de Leiden. 240
IV.—Tentativas de transaccion. 241
V.—Muerte de Requesens. 243
CAPITULO XIX.—La reina Ana.. 245
I.—Cuarto matrimonio de Felipe II. 245
II.—Desgracia del duque de Alba. 247
III.—Administracion de América.. 249
IV.—Penuria financiera. 250
V.—Desastres en Flandes. 251
PARTE TERCERA.—Conquista de Portugal.—Alejandro Farnesio.—La armada invencible.—
CAPITULO PRIMERO.—Don Juan de Austria en los Países Bajos.—1576-1578. 253
I.—Felipe II se cansa de la lucha con Flandes. . . 253
II.—El edicto perpetuo. 255
III.—Ensayo de administracion regular. 258
IV.—El golpe de Estado de Namur. 260
V.—El golpe de Estado de Gante. 262
VI.—Batalla de Gembloux. 264
VII.—Ultimos meses de D. Juan de Austria.. . . . 265
CAPITULO II.—La princesa de Eboli.—1578-1590. 267
I.—Asesinato de Escobedo. 267
II.—Prision de Antonio Perez y de la princesa. . . 271
III.—Primer período del proceso de Antonio Perez. 275
CAPITULO III.—Conquista de Portugal.—1577-1582. 278
I.—El rey D. Sebastian.. 278
II.—Campaña de Marruecos. 280
III.—El rey cardenal. 281
IV.—Campaña del duque de Alba. 283
CAPITULO IV.—Expediciones navales de los ingleses y los franceses contra las posesiones españolas.—1579-1584. 289
I.—Primera campaña de Drake. 289
II.—Isabel y sus consejeros. 290
III.—Mezquindad de la política francesa.. . . . 293
IV.—Esfuerzos del rey Antonio en Inglaterra. . . 293
V.—Expediciones á las Azores. 295
VI.—Segunda expedicion de Drake. 299
CAPITULO V.—Lucha de Alejandro Farnesio contra Guillermo de Orange.—1578-1584. 301

Páginas

I.—La grande escision. 301
II.—Guerra civil en los Países Bajos. 305
III.—Francisco de Valois duque soberano de Brabante. 307
IV.—Descalabros y muerte de Francisco de Valois. 310
V.—Asesinato del príncipe de Orange. 313
CAPITULO VI.—El duque de Guisa.—1582-1588. . 317
I.—Union de Enrique de Guisa y Felipe II contra Isabel.. 317
II.—Constitucion de la Liga. 319
III.—Ultimos años del duque de Guisa. 322
CAPITULO VII.—Situacion administrativa.—1582-1587. 326
I.—Las córtes de Monzon.. 326
II.—La junta de noche. 329
III.—Las colonias. 332
IV.—Italia.. 333
CAPITULO VIII.—1584-1588.. 335
I.—Sitio de Amberes. 335
II.—Expediciones de Leicester. 338
CAPITULO IX.—La armada invencible.—1586-1588.
I.—Proyecto de invasion contra Inglaterra. . . . 340
II.—El marqués de Santa Cruz. 342
III.—El duque de Medina Sidonia.. 344
IV.—Preparativos en Inglaterra. 346
V.—La batalla de diez dias. 350
VI.—Los vientos y los mares.. 352
VII.—El duelo en España. 355
CAPITULO X.—Primeras represalias de los ingleses.—1589-1592. 357
I.—Preparativos de represalias. 357
II.—Expedicion de Portugal. 358
III.—Cruceros marítimos. 360
PARTE CUARTA.—Postrimerías del reinado.—
CAPITULO PRIMERO.—Advenimiento de Enrique IV.—1589-1590. 362
I.—Ultimos meses de Enrique III. 362
II.—Efervescencia de la Liga. 363
III.—Campañas de Arques y de Ivry. 366
IV.—Sitio de Paris en 1590. 370
CAPITULO II.—Campañas de Alejandro Farnesio en Francia.—1590-1592.. 373
I.—Ultimas campañas de Farnesio en Flandes. . . 373
II.—Primera campaña en Francia. 376
III.—La Compañía de Jesus. 378
IV.—Los mendigos y los traidores. 380

Páginas

V.—Los ejércitos españoles de Languedoc y de Bretaña. 384
VI.—Los aliados y los neutrales. 387
VII.—Impotencia de la Liga. 390
VIII.—Segunda campaña de Alejandro Farnesio. . 394
IX.—Catalina de Borbon. 398
CAPITULO III.—Turbulencias de Aragon.—1590-1594. 399
I.—Llegada de Antonio Perez á Aragon. . . . 399
II.—Causas de descontento. 401
III.—Insurreccion de Zaragoza. 402
IV.—Expedicion de Vargas. 403
V.—Intervencion de los bearneses. 405
VI.—Indisciplina y miseria en España. 408
CAPITULO IV.—El archiduque Ernesto.—1592-1595. 412
I.—Muerte de Alejandro Farnesio. 412
II.—Interregno. 413
III.—Incapacidad del archiduque. 414
CAPITULO V.—Los Estados de la Liga.—1592-1594. 415
I.—Indisciplina y miseria en Francia. 415
II.—Campaña de 1593 416
III.—Apertura de los Estados. 416
IV.—Reanimacion del patriotismo. 420

Páginas

V.—La toma de Paris. 423
VI.—La almoneda de los ligueros. 427
VII.—Negociaciones en la curia romana. 429
CAPITULO VI.—Guerra entre Francia y España.—1595-1597. 431
I.—Combate de la Fontana Francesa. 431
II.—Sitio de la Fere. 435
III.—Sitio de Amiens. 436
CAPITULO VII.—Los ingleses en Andalucía.—1595-1596. 438
I.—Cruceros ingleses. 438
II.—Preparativos de una grande expedicion. . . . 439
III.—El saqueo de Cádiz. 440
CAPITULO VIII.—Paz de Vervins.—1597-1598. . . 442
I.—Postracion de España. 442
II.—Interés de Enrique IV por la paz 444
III.—Los matrimonios. 445
CAPITULO IX.—Muerte de Felipe II.—1598. . . . 446
I.—Ejército de piojos. 446
II.—Ojeada sobre el hombre. 447
APÉNDICES.—La madre de Cárlos V. 451
Apéndice A.—Carta inédita de Arias Montano. . . 461
Apéndice B.—Documentos portugueses. 463

L. FORNERON

HISTORIA
DE
ELIPE

BIBLIOTECA
UNIVERSAL

G 14894